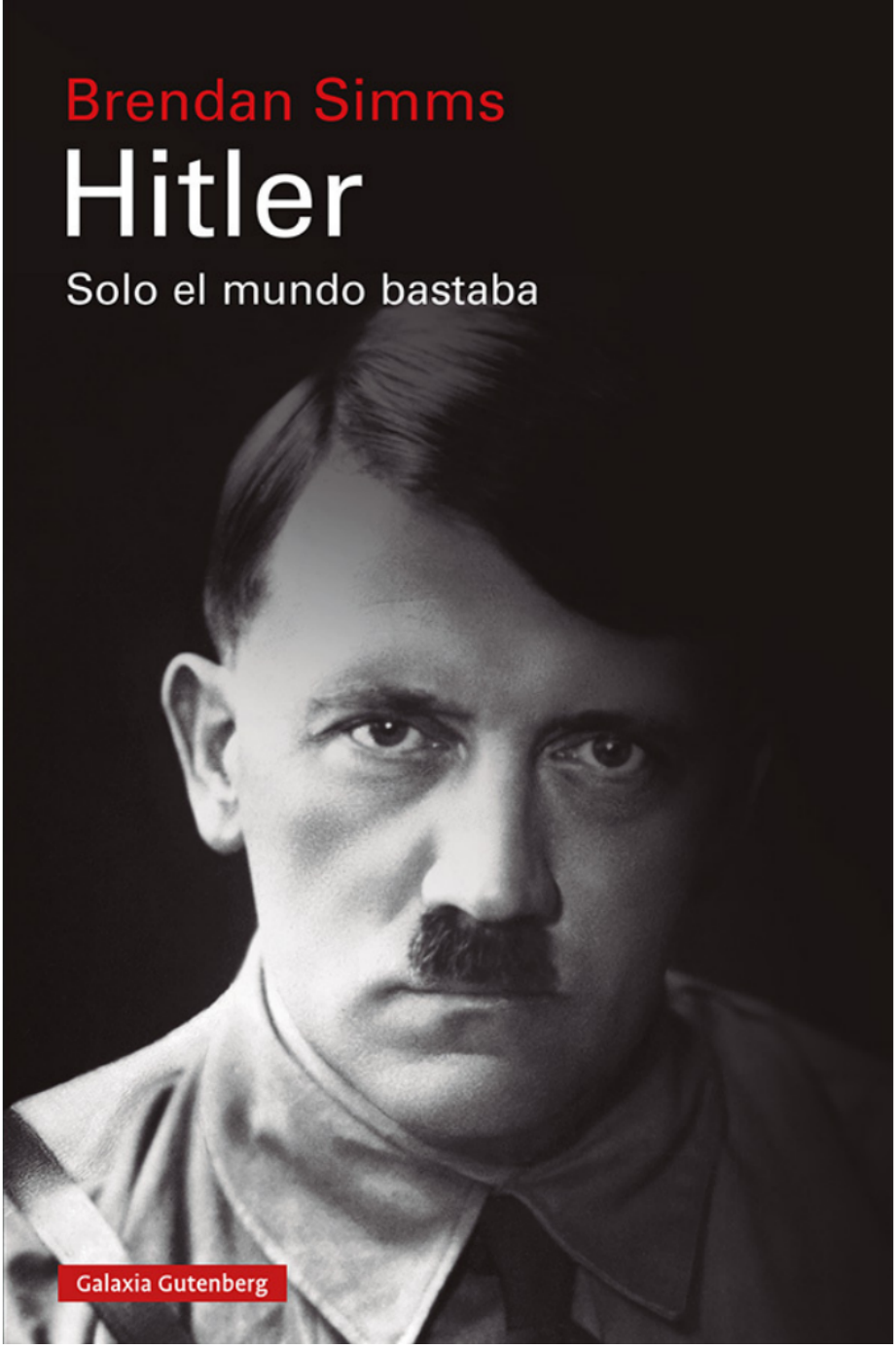
Brendan Simms

Hitler

Solo el mundo bastaba



Galaxia Gutenberg

© Jochen Braun

Brendan Simms es catedrático de Historia de las Relaciones Internacionales en la Universidad de Cambridge (Reino Unido). Ha publicado numerosos libros, entre los que destacan *Unfinest Hour: Britain and the Destruction of Bosnia* (finalista del Samuel Johnson Prize) y *Europe: The Struggle for Supremacy, 1453 to the Present* , que fue publicado en 2013 y recibió extraordinarias críticas.

Este libro ofrece una biografía política e intelectual de Hitler, desde su primera concepción de la historia de Alemania y su papel en el mundo a raíz de la derrota en la Primera Guerra Mundial, hasta el convencimiento de que el principal enemigo no era ni el comunismo ni la Unión Soviética, ni tampoco el judaísmo internacional, como se ha repetido hasta ahora, sino el capitalismo anglosajón y, principalmente, Estados Unidos. Mientras que la mayoría de los historiadores han argumentado que Hitler subestimó la amenaza estadounidense, Simms muestra que Hitler se embarcó en una guerra preventiva contra Estados Unidos precisamente porque lo consideraba el principal adversario y el único que podía destruir Alemania. El dominio nazi sobre la práctica totalidad de Europa, la guerra contra la URSS y la aniquilación de los judíos europeos eran capítulos de una carrera contrarreloj para convertir al III Reich en una potencia capaz de enfrentarse al liderazgo anglosajón y, si no vencerlo, llegar al menos a un mundo bipolar equilibrado entre el descarnado capitalismo financiero anglosajón y el Reich alemán enraizado en la tradición racial germánica.

Hitler es una lectura poderosamente argumentada y definitiva que permite comprender la mente de un tirano asesino del que pensábamos que ya lo sabíamos todo.

Brendan Simms

Hitler

Solo el mundo bastaba

Traducción de
Victoria Eugenia Gordo del Rey

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original: *Hitler: Only The World Was Enough*
Traducción del inglés: Victoria Eugenia Gordo del Rey

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: febrero de 2020

© Brendan Simms, 2019
de la traducción: Victoria Eugenia Gordo del Rey, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021
Imagen de portada: © Pictures From History / Photoaisa

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN : 978-84-18218-89-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Katherine

«Al final, el sustento del hombre depende de la tierra y la tierra es el trofeo que el destino otorga a los pueblos que luchan por ella».

ADOLF HITLER , 1943,
citado en Helmut Krausnick,
«Zu Hitler's Ostpolitik im Sommer 1943»,
Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte , 2 (1954),
pp. 311-312

Índice

Abreviaturas
Agradecimientos
Prólogo
Introducción

PARTE I
HUMILLACIÓN

1 . Boceto del dictador de joven
2 . Contra «un mundo de enemigos»
3 . La «colonización» de Alemania

PARTE II
FRAGMENTACIÓN

4 . La lucha por Baviera1
5 . Poder angloamericano e impotencia alemana
6 . Recuperando el control del partido

PARTE III
UNIFICACIÓN

7 . El desafío norteamericano
8 . Avance
9 . Cometer los menos errores posibles

PARTE IV
MOVILIZACIÓN

10 . El «cuento de hadas»
11 . La «elevación» del pueblo alemán
12 . Cañones y mantequilla

PARTE V
CONFRONTACIÓN

13 . «Niveles de vida» y «espacio vital»
14 . «Inglaterra es el motor de la oposición contra nosotros»
15 . Los «poseedores» y los «desposeídos»

PARTE VI
ANIQUILACIÓN

16 . Haciendo frente a Occidente y atacando a Oriente
17 . La lucha contra los «anglosajones» y la «plutocracia»
18 . La caída de la «Fortaleza Europa»

Conclusión
Notas

Abreviaturas

A fin de reducir la de por sí gran cantidad de referencias, los documentos de estas colecciones, fácilmente accesibles, se han citado en forma abreviada.

ADAP	*Akten zur Deutschen Auswärtigen Politik 1918 -1945. Aus dem Archiv des Auswärtigen Amtes* . Serie C (1933-1937), Serie D (1937-1941) y Serie E (1941-1945) (Gotinga, 1950-1981)
BAK	Bundesarchiv Koblenz
BayHSTA	Bayerisches Hauptstaatsarchiv, Abt. I V, Kriegsarchiv
BT	Klaus Gerbet (ed.), *Generalfeldmarschall Fedor von Bock. Zwischen Pflicht und Verweigerung. Das Kriegstagebuch* (Múnich y Berlín, 1995)
DV W	Hans-Adolf Jacobsen (ed.), *Dokumente zur Vorgeschichte des Westfeldzuges, 1939-1940* (Gotinga, Berlín y Fráncfort, 1956)
DW	Hans-Adolf Jacobsen (ed.), *Dokumente zum Westfeldzug, 1940* (Berlín, Gotinga y Fráncfort, 1960)
ES	Hildegard von Kotze y Helmut Krausnick (eds.), *'Es spricht der Führer'. 7 exemplarische Hitler-Reden* (Gütersloh, 1966)
ET	Hildegard von Kotze (ed.), *Heeresadjutant bei Hitler, 1938 -1943. Aufzeichnungen des Majors Engel* (Stuttgart, 1974)
FE	Martin Moll (ed.), *Führer-Erlasse, 1939-1945* (Stuttgart, 1997)

FK	Willi A. Bölcke (ed.), *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg. Hitlers Konferenzen mit Albert Speer, 1942 -1945* (Fráncfort, 1969)
GT	*Die Tagebücher von Joseph Goebbels im Auftrag des Instituts für Zeitgeschichte und mit Unterstützung des Staatlichen Archivdienstes Russlands* , ed. Elke Fröhlich, 24 vols. (Múnich, 1993-2006)
HB	Wolf Rüdiger Hess (ed.), *Hess Briefe, 1908-1933* (Múnich, 1987)
HP	Lothar Gruchmann y Reinhard Weber (eds.), *Der Hitler-Prozess 1924. Wortlaut der Hauptverhandlung vor dem Volksgericht München I* , 4 vols. (Múnich, 1997-1999)
HT	Hans-Adolf Jacobsen (ed.), *Franz Halder. Kriegstagebuch. Tägliche Aufzeichnungen des Chefs des Generalstabes des Heeres 1939-1942* , 3 vols. (Stuttgart, 1962-1964)
HW	Walther Hubatsch (ed.), *Hitlers Weisungen für die Kriegsführung, 1939 -1945* (Fráncfort, 1962)
IMT	*Der Prozess gegen die Hauptskriegverbrechen vor dem Internationalen Militärgerichtshof* (Núremberg, 1949)
KB	Martin Vogt (ed.), *Herbst 1941 im Führerhauptquartier. Berichte Werner Koeppens an seinen Minister Alfred Rosenberg* (Coblenza, 2002)
KP	Willi A. Boelcke (ed.), *Kriegspropaganda 1939-1941. Geheime Ministerkonferenzen im Reichspropagandaministerium* (Stuttgart, 1966)
KT	Helmuth Greiner y Percy Ernst

	Schramm (eds.), *Kriegstage-*
OKW	*buch des Oberkommandos der Wehrmacht* , 4 vols. (en 7 partes) (Fráncfort, 1961-1965)
LB	Helmut Heiber (eds.), *Hitlers Lagebesprechungen. Die Protokollfragmente seiner militärischen Konferenzen, 1942-1945* (Stuttgart, 1962)
LOC	*Library of Congress* (Biblioteca del Congreso)
LV	Gerhard Wagner (ed.), *Lagevorträge des Oberbefehlshabers der Kriegsmarine vor Hitler 1939 -1945* (Múnich, 1972)
MK	Christian Hartmann, Thomas Vordermayer, Othmar Plöckinger y Roman Töppel (eds.), *Hitler. Mein Kampf. Eine kritische Edition* (Múnich y Berlín, 2016)
RH	Friedrich Hartmannsgruber (ed.), *Regierung Hitler. Akten der Reichskanzlei* , 7 vols. (Berlín y Múnich, 1983-2015)
RSA	Institut für Zeitgeschichte (ed.), *Adolf Hitler, Reden, Schriften und Anordnungen. Februar 1925 bis Januar 1933* , 17 vols. (Múnich, 1992-2003)
RT	Jürgen Matthäus y Frank Bajohr (eds.), *Alfred Rosenberg. Die Tagebücher von 1934 bis 1944* (Fráncfort, 2015)
SA	Eberhard Jäckel con Axel Kuhn (eds.), *Adolf Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen, 1905 -1924* (Stuttgart, 1980)
SD	Andreas Hillgruber (ed.), *Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler. Vertrauliche Aufzeichnungen*

	über Unterredungen mit Vertretern des Auslandes 1939-1941 , 2 vols. (Fráncfort, 1967-1970)
WA	Henry Ashby Turner (ed.), *Otto Wagener. Hitler aus nächster Nähe. Aufzeichnungen eines Vertrauten 1929 -1932* (Fráncfort, 1978)

Agradecimientos

Por encima de todo quiero expresar mi agradecimiento a mi esposa, Anita Bunyan, por su apoyo durante más de treinta años y su ayuda para este proyecto. Mi agradecimiento también para Christopher Andrew, Mark Austin, Maximilian Becker, Ilya Berkovich, Tim Blanning, James Boyd, Christopher Clark, Norman Domeier, Alan Donahue, Andreas Fahrmeir, Bill Foster, Eric Frazier, Allegra Fryxell, Bernhard Fulda, Claire Gantet, Manfred Görtemaker, Christian Goeschel, Bobby Grampp, Tom Grant, Neil Gregor, Henning Grunwald, Christian Hartmann, Daniel Hedinger, Winfried Heinemann, Lukas Helfinger, Dorothy Hochstetter, Luisa Hulsroj, Nora Kalinskij, Gerhard Keiper, Jennifer Jenkins, Klaus Lankheit, Charlotte Lee, Clara Maier, Heinrich Meier, Mary-Ann Middlekoop, David Motadel, Marlene Mueller-Rytlewski, William Mulligan, Fred Nielsen, Mikael Nilsson, Jeremy Noakes, Wolfram Pyta, Phillips O'Brien, Darren O'Byrne, William O'Reilly, James Carleton Paget, Nathalie Price, Helen Roche, Gabriel Rolfes, Ulrich Schlie, Klaus Schmider, K. D. Schmidt, Klaus Schwabe, Constance Simms, Daniel Simms, Maja Spanu, Alan Steinweis, Benedict Stuchtey, Hans Ulrich Thamer, Liz Wake, Thomas Weber, Steffen Werther, Jo Whaley, Samuel Garrett Zeitlin y Rainer Zitelmann. Este libro está dedicado a mi hija menor, Katherine.

Prólogo

En julio de 1918, la Primera Guerra Mundial venía durando ya casi cuatro años. El soldado de primera clase Adolf Hitler, del 16º Regimiento Bávaro de Infantería de Reserva, había prestado servicio en ella prácticamente desde su comienzo. Había visto al Reich alemán desafiar a la poderosa coalición formada por los imperios de la Entente, Inglaterra, Francia y Rusia, además de otras potencias más pequeñas. A finales del año anterior, una de ellas, el Imperio zarista, había sido doblegada por una combinación de derrotas militares y revoluciones. Entretanto, no obstante, el Reich se había granjeado la enemistad de otra potencia todavía más temible: Estados Unidos.

Alemania se hallaba en ese momento inmersa en una carrera por derrotar a Francia y hacer retroceder a Inglaterra al otro lado del Canal antes de que las tropas estadounidenses pudieran llegar en su ayuda. Al principio, sus esfuerzos se vieron coronados con éxito. El avance de los ejércitos alemanes en el frente occidental estaba siendo arrollador. Y con él, el de Adolf Hitler, que marchaba con ellos y pudo ser testigo directo del momento en que la racha comenzó a cambiar, durante la segunda batalla del Marne.

El numeroso contingente de soldados americanos, descansados y llevados por un entusiasmo que contrarrestaba su falta de experiencia, entró arrasando entre los agotados reservistas bávaros, causando devastadores efectos en la moral de los camaradas de Hitler y una indeleble impresión en él mismo. Con al menos dos de estos nuevos enemigos se topó directamente. El 17 de julio de 1918, el ayudante de brigada Fritz Wiedemann escribió que «el soldado de primera clase Hitler había llevado dos prisioneros americanos (hechos por el 16º R[egimiento de Reserva] a los cuarteles de la 12º Brigada de la Real Infantería Bávara». [1]

Sobre quiénes eran estos hombres y la importancia que Hitler le dio al hecho entonces, no existe constancia. Sí sabemos, en cambio, cómo Hitler interpretaría más tarde aquel momento trascendental para su vida y, por tanto, para la historia del siglo XX .

Hitler estaba convencido de que estos «soldaditos» eran descendientes de emigrantes alemanes que la patria había perdido a causa de la falta de «espacio vital» para alimentarles y que habían regresado en venganza formando parte de las filas de un ejército enemigo imparable. En posteriores discursos, volvió repetidamente sobre aquel momento de

«mediados del verano de 1918 en que los primeros soldados americanos aparecieron en los campos de batalla franceses, hombres bien desarrollados, hombres de nuestra misma sangre, a los que durante siglos habíamos deportado y que ahora estaban dispuestos a hundir en el barro a la madre patria». 2

Aquí es, por tanto, donde empezó todo: la preocupación por la debilidad demográfica alemana, para la que el *Lebensraum* hacia el este iba a convertirse finalmente en el único remedio; el respeto y el miedo a las potencias «anglosajonas» con sus aparentemente infinitos recursos espaciales, demográficos, naturales y económicos; y la determinación de evitar otra guerra civil racial entre anglosajones y teutones –propiciada por la «judería mundial»– si era posible, o sobrevivir en caso de que un nuevo enfrentamiento resultara inevitable.

Introducción

Hace poco más de veinte años, un crítico alemán contabilizó más de 120.000 libros y artículos sobre Hitler y el Tercer Reich, [1] una cifra que desde entonces ha aumentado sustancialmente. Las mejores de estas biografías han reflejado la época y las tendencias académicas del escritor. La obra pionera de Alan Bullock, *Hitler: estudio de una tiranía* , escrita solo nueve años después de 1945, en plena Guerra Fría, le presentaba como un perfecto ejemplo de la «época de despotismo no ilustrado», pero también como un «oportunista carente de principios». [2] Intencionada o no, esta interpretación encajaba con el contexto intelectual más amplio de la teoría del totalitarismo y la propensión de su colega A. J. P. Taylor a priorizar la casualidad y la contingencia sobre modelos explicativos más profundos. Dos décadas más tarde, Joachim Fest escribió una célebre biografía, más literaria que académica, que no obstante se granjeó la admiración de muchos historiadores profesionales. Fue el primer intento imaginativo a gran escala de explicar cómo un hombre como Hitler pudo conseguir y mantener el poder en un país tan económicamente avanzado y culturalmente sofisticado como Alemania. [3] Marcó un hito en la historia de la República Federal y constituyó la culminación de treinta años de investigación y profunda reflexión. La biografía de Fest trataba tanto de los alemanes como del propio Hitler.

La siguiente biografía «clásica» tardó otros veinte años en aparecer. Los dos volúmenes de Ian Kershaw, considerada la obra de referencia hasta la fecha, reflejaban la notable cantidad de investigación sobre la dictadura nazi llevada a cabo durante las décadas anteriores, especialmente el «giro» hacia la historia social y el largo debate entre los «intencionalistas», que trazaban una línea más o menos recta desde las declaraciones pragmáticas de la década de 1920 hasta el final de la trayectoria de Hitler, y los «estructuralistas», que ponían el énfasis en las rivalidades y dinámicas institucionales. [4] Si a Fest le habían criticado por abstraer demasiado a Hitler de su entorno, [5] el Hitler de Kershaw estaba en cambio altamente contextualizado. Kershaw no ponía «el foco en la personalidad de Hitler», sino en el «carácter de su poder», lo que requería «fijarse en primera instancia en los demás más que en el propio Hitler». [6] La biografía de Kershaw también tenía en cuenta el aspecto «voluntarista», por el que los historiadores resaltaban cada vez más la colaboración activa de la población en las iniciativas nazis, reconociendo el perdurable poder de

instituciones y agrupaciones, y volvía a poner sobre la mesa la intervención individual como agente de la historia, tanto en los casos de mayor como de menor importancia. 7 La construcción del «mito» que rodeó al Führer resultó ser en la misma medida obra de otros como suya propia. 8 El Hitler de Kershaw no lo controlaba todo, porque no lo necesitaba: los principales actores «trabajaban por el Führer» por iniciativa propia. 9 Su papel quedaba así relativizado en la visión de Kershaw, aunque seguía teniendo una gran visibilidad.

Desde entonces han aparecido muchas más biografías y estudios especializados. 10 Volker Ullrich destaca en particular la personalidad de Hitler. 11 Poco después, Peter Longerich ha culminado su largo compromiso con la historia del Tercer Reich ofreciendo su propia interpretación, que tiene en cuenta muchos de los detallados estudios aparecidos desde la publicación de los dos volúmenes de Kershaw 12 y demuestra que Hitler fue mucho más que un mero «catalizador» de fuerzas ya existentes en la sociedad alemana y una figura mucho más dominante de lo que había admitido el enfoque «estructuralista». Por la misma época, el libro de Wolfram Pyta, aunque no se tratara de una biografía propiamente dicha, mostró que el enfoque «cultural» en los estudios históricos podía aportar nuevas perspectivas sobre la imagen fabricada por Hitler de sí mismo como un «genio» y la naturaleza «escenificativa» de su gobierno. 13 Más recientemente, la breve biografía de Hans-Ulrich Thamer nos ha vuelto a recordar la importancia de la violencia y la seducción en la relación de Hitler con el pueblo alemán. 14

En muchos aspectos, la aportación del que esto suscribe no puede competir en este campo. Obviamente, no llegará a constituir la primera obra en importancia sobre su materia de estudio, ni tampoco la última palabra. No aspira a igualar la calidad literaria de Joachim Fest, la dimensión y la profundidad de Ian Kershaw, el extenso conocimiento del sistema doméstico nazi de Peter Longerich, la sofisticación teórica de Wolfram Pyta o la penetración psicológica de Volker Ullrich. Ni tampoco puede la presente biografía explicar ni reinventar la rueda. Tiene en cuenta pero no trata de sintetizar la reciente y abundante investigación especializada sobre el Tercer Reich en un sentido más amplio. 15 No puede explicar la profunda conexión que Hitler tenía con el pueblo alemán. 16 En lugar de todo ello, este libro no trata del Hitler al que dicho pueblo votó, sino del Hitler que les tocó tener. No trata de lo que este «consiguió», sino de lo que pretendía. Por último, la personalidad y la vida privada de Hitler no constituyen un tema del libro, si bien aparecerán determinadas facetas de ellas, algunas bastante inesperadas. Dicho esto, aunque el autor no

puede presentar el Hitler «completo», espera demostrar que nuestra imagen de él ha sido hasta ahora bastante incompleta.

Esta biografía reivindica tres nuevas premisas importantes e interrelacionadas. En primer lugar, que la principal preocupación de Hitler durante toda su trayectoria fue Angloamérica y el capitalismo global, más que la Unión Soviética y el bolchevismo. Segundo, que la visión de Hitler del pueblo alemán –incluso una vez expurgado de judíos y otros «indeseables»– fue muy ambivalente, reflejando un sentimiento de inferioridad respecto a los «anglosajones». Tercero, que –por razones más que comprensibles– nos hemos centrado demasiado en la homicida «eugenesia negativa» de Hitler contra los judíos y otros «indeseables» y no lo suficiente en lo que él consideraba su «eugenesia positiva», destinada a «elevar» al pueblo alemán a la altura de sus rivales británicos y estadounidenses. 17 Como consecuencia, a todos se nos ha pasado por alto hasta qué punto Hitler se hallaba inmerso en una lucha mundial no solo contra los «judíos del mundo», sino contra los «anglosajones». La pretensión del autor no es meramente «acumulativa», no consiste en aportar una nueva dimensión al marco existente, sino en que su trabajo sea considerado con un carácter «sustitutivo». Si lo que aquí se afirma se sostiene como válido, la biografía de Hitler, y tal vez la historia del Tercer Reich en un sentido más amplio, debería replantearse desde su base.

Esta biografía rompe por tanto con gran parte de la idea o ideas dominantes sobre Hitler. Hitler no había puesto al pueblo alemán en un pedestal racial, sino que le obsesionaba el temor de su permanente fragilidad. No creía que Estados Unidos hubiera quedado paralizado por el derrumbe de Wall Street y aquel país siguió constituyendo un factor clave en su pensamiento desde el inicio de la década de 1920 en adelante. El libro también refuta la arraigada creencia de que el principal motor de la visión del mundo de Hitler, y la fuente de su virulento antisemitismo, fuera el temor a la Unión Soviética o al bolchevismo. En consecuencia, no acepta la crucial importancia que se cree tuvo para él el frente del este en la Segunda Guerra Mundial. El libro no ve un «pluralismo conceptual» significativo en ningún área de la política nazi, interior ni exterior, que a Hitler realmente le importara. Hitler no fue prisionero de ninguna fuerza de la sociedad alemana, de unos centros de poder rivales. Si el gobierno alemán se encontró a menudo en un estado de «caos policrático» no fue desde luego resultado de ningún intento consciente del dictador por aplicar la máxima del «divide y vencerás». Dicho esto, ninguna de las obras citadas está exenta de valores ni de errores, y este libro inevitablemente coincide con los expertos en el Tercer Reich en algunos temas y discrepa en otros. De

ello queda constancia en las notas, en las que la literatura se cita en general cuando el acuerdo es explícito, mientras que los errores se suelen corregir solo por deducción.

El autor, de hecho, se basa en gran medida en el trabajo de otros, inspirado en algunas tendencias historiográficas recientes. En primer lugar, el cariz «transnacional» ha dotado de un nuevo marco a la historia alemana, en la que los hechos se entienden como parte de unos procesos europeos e incluso mundiales más amplios. 18 El subcampo de la *Histoire Croisée* representó un estímulo especialmente valioso para entender el largo conflicto germano-americano que tanto determinó el pensamiento y la trayectoria de Hitler. 19 En segundo lugar, la globalización: el Hitler de esta biografía es, pese a su especificidad, producto de unas fuerzas globales. 20 Encaja perfectamente en los recientes estudios sobre capitalismo mundial. 21 En tercer lugar, la «tendencia ambiental» nos permite ver a Hitler básicamente como un maltusiano, un político de la escasez. 22 En cuarto lugar, recientes estudios sobre la gobernanza mundial, especialmente el cartel angloamericano surgido a principios del siglo XX , acentuaron la percepción del autor acerca de la rebelión de Hitler ante ese orden de cosas. 23

En quinto lugar, los estudios históricos sobre migración y raza, especialmente los que tratan del colonialismo de asentamiento angloamericano, así como la investigación sobre la política internacional sobre la raza y en especial el énfasis en las «hegemonías anglosajonas», han proporcionado un contexto para reflexionar sobre la visión mundial de Hitler. 24 En este sentido, Alemania puede considerarse, como ya lo fue por los alemanes de la época, incluido Hitler, tanto colonizadora como colonizada; no está claro a qué lado de la «frontera racial global» quedaba en realidad. El Reich fue el «reponedor», no lo «repuesto»; 25 el «fertilizante», por usar la expresión del propio Hitler, no el fertilizado. En sentido contrario, como señaló Aimé Césaire ya a mediados de la década de 1950, el proyecto imperial de Hitler en Europa invirtió el orden racial tradicional al reducir a muchos hombres blancos a un estatus inferior que solía estar reservado a la gente de color. 26 En sexto lugar, el «enfoque espacial» en la literatura histórica nos ayuda a entender cómo Alemania, tras realizar la transición del *Reich* tradicional a nación, fue reconcebida de nuevo como un imperio a escala mundial. 27 Por último, el «enfoque temporal» en los estudios históricos llevó al autor a prestar especial atención al tiempo, la cronología y, especialmente, a las líneas temporales en el pensamiento de Hitler. 28 La expansión y la contracción del tiempo en su mente se revelará como una variable crucial.

Más concretamente, el texto dejará constancia de la gran deuda que el autor mantiene con un gran número de estudios sobre la Alemania nazi aparecidos a lo largo de los últimos veinte años. [29] Mark Mazower ha aportado un marco de trabajo para entender el Tercer Reich como un imperio europeo dentro de Europa. [30] Tim Snyder ha destacado la dimensión «ambiental» del pensamiento de Hitler. Adam Tooze ha mostrado hasta qué punto Estados Unidos debe considerarse la principal referencia para el Tercer Reich desde un primer momento, pero sobre todo desde que comenzó la batalla por la producción durante la guerra. [31] La dimensión estadounidense de la historia alemana del siglo XX en general ha sido perfectamente descrita por Mary Nolan, Philipp Gassert y Stefan Kühl. [32] Johann Chapoutot nos recuerda la indisoluble importancia de las ideas para el proyecto nazi [33] y Lars Lüdicke nos hace reparar en la asombrosa coherencia de pensamiento en temas clave a lo largo de los últimos veinticinco años. [34]

Esta biografía también ha podido beneficiarse de los numerosos nuevos estudios sobre determinados periodos o aspectos de la vida de Hitler. Dirk Bavendamm puso la juventud de Hitler bajo el microscopio; Brigitte Hamann reexaminó la época de Hitler en Viena, demostrando que no existe ninguna prueba de un sentimiento antisemita por su parte durante aquellos años. [35] Por el contrario, como Anton Joachimsthaler demostró, la «senda» de Hitler comenzó en realidad en Múnich. [36] Thomas Weber ha arrojado luz sobre las experiencias de Hitler durante la Primera Guerra Mundial. Othmar Plöckinger y Thomas Weber realizaron un examen mucho más detallado de los cruciales años que Hitler pasó en Múnich inmediatamente después de la guerra. Plöckinger elaboró también un minucioso análisis de la gestación y el legado del *Mein Kampf (Mi lucha).* [37] Despina Stratigakos investigó las preferencias arquitectónicas y actividades domésticas de Hitler, un tema hasta ese momento inexplorado. [38] Anna Maria Sigmund fue la primera en analizar el complicado *ménage à trois* entre Hitler, su sobrina Geli Raubal y su chófer Emil Maurice. [39] Heike Görtemaker escribió el primer relato satisfactorio sobre su relación con Eva Braun. [40] Timothy Ryback nos ha permitido hacernos una idea de los hábitos de lectura de Hitler, mientras que Bill Niven investigó sus gustos cinematográficos. [41] Fritz Redlich sometió a Hitler a un serio análisis psiquiátrico, [42] Johannes Hürter examinó la relación de Hitler con sus jefes militares de más rango [43] y Stephen Fritz ha defendido con argumentos muy sólidos que Hitler no era ningún *amateur* en materia militar. [44]

Existen también varios estudios importantes sobre el papel de Hitler en el Tercer Reich. Christian Goeschel ha rastreado la evolución de su

«alianza fascista» con Mussolini. [45] Kurt Bauer demostró su decisiva participación en el fallido golpe austriaco de 1934. [46] El estudio de Andreas Krämer sobre la crisis de mayo de 1938 y sus consecuencias mostró a un dictador reaccionando a unos acontecimientos externos, pero que controlaba por completo el aparato de seguridad nacional alemán. [47] El trabajo de Angela Hermann sobre la crisis de Múnich y sus repercusiones reveló que el «pluralismo conceptual» de la política exterior nazi solo existió a un nivel por debajo del propio dictador. [48] Rolf-Dieter Müller ha argumentado convincentemente que el plan de Hitler en 1938-1939 era atacar la Unión Soviética y que solo se desvió de él debido a la negativa polaca a cooperar. [49] La importancia clave de la dimensión norteamericana en 1940-1941 ha sido puesta de relieve en un estudio de Kershaw sobre las decisiones fatídicas de Hitler. [50] Edward Westermann y Carroll Kakel han comparado la guerra de Hitler en Rusia con la conquista del Oeste norteamericano. [51] Los varios tomos de *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg* , considerada la historia oficial alemana de la guerra, han demostrado el crucial papel de Hitler a lo largo del conflicto. [52] Por último, el papel decisivo de Hitler en el asesinato de seis millones de judíos ha quedado demostrado más allá de toda duda por Richard Evans, Peter Longerich y otros autores que se han ocupado de refutar las afirmaciones de David Irving en contrario. [53] Magnus Brechtken y Maximilian Becker, del Instituto de Historia Contemporánea de Múnich, están preparando en la actualidad una edición académica de los discursos de Hitler como canciller. [54]

Los argumentos presentados en este libro se basan en abundantes, si bien heterogéneas, fuentes. Muchas son bien conocidas, otras han sido sorprendentemente ignoradas y algunas son, por lo que al autor le consta, completamente nuevas. La principal fuente sobre aproximadamente los primeros treinta años de la vida de Hitler es la edición completa de su correspondencia, escritos y anotaciones (algunas de ellas llegadas hasta nosotros de manera indirecta) hasta 1924; las falsificaciones conocidas dentro de este conjunto documental no se han tenido en cuenta. [55] Esta colección se encuentra razonablemente completa a partir de 1919, pero antes de esta fecha no lo está tanto; por ejemplo, no constan registros de ningún tipo de un año entero, entre agosto de 1908 y agosto de 1909. [56] De mediados de la década de 1920 en adelante, esta biografía se basa principalmente en ediciones críticas de *Mein Kampf* , [57] *El segundo libro* y la voluminosa edición de sus discursos y escritos entre 1925 y 1933. [58]

Como cabría esperar, los registros aumentan exponencialmente durante el periodo posterior a la toma del poder por parte de Hitler en 1933. Una

importante fuente para el Tercer Reich en sí es la pionera colección de Max Domarus, integrada básicamente por discursos, aunque está incompleta y los estándares editoriales dejan bastante que desear. 59 Existe también una versión mucho más reducida, pero de calidad muy superior, de siete de los discursos más importantes de Hitler, realizada por Hildegard von Kotze y Helmut Krausnick. 60 Los documentos de los gabinetes de Hitler nos aportan una visión muy valiosa de su práctica de gobierno, y los documentos sobre política exterior alemana también incluyen muchas declaraciones realizadas por él. 61 Respecto a los años de la guerra, contamos con la edición de Martin Moll de los «decretos» de Hitler, la colección de las «directivas» de Hitler de Walther Hubatsch, la edición de Willi Boelcke de sus reuniones con Albert Speer sobre producción de guerra, y el *Lagebesprechungen* , los protocolos de los informes militares de Hitler que han llegado hasta nosotros. 62 Estas fuentes en serie se complementan con memorias, diarios, el reciente y sumamente valioso «Itinerario» recopilado por Harald Sandner y otras fuentes impresas. 63 Aunque la mayor parte del material citado en este libro lleva tiempo siendo de dominio público, la importancia de parte de él no se ha reconocido adecuadamente y algunas declaraciones clave han sido incomprensiblemente ignoradas durante décadas.

Como ocurre con todas las fuentes históricas, las relativas a Hitler, y en particular los diarios y memorias, deben ser tratados con precaución. Joseph Goebbels, por ejemplo, tenía la intención de que la mayoría de sus diarios fueran publicados, así que el biógrafo debe tener en cuenta los engrandecimientos que el personaje dejaba para la posteridad. 64 Albert Speer, por su parte, no se limitó a incurrir en descaradas tergiversaciones y apologías, sino que además tendía a exagerar su especial vínculo con Hitler. 65 Algunas fuentes aparentemente contemporáneas, como el *Aufzeichnungen* de Otto Wagener y el diario de Gerhard Engel, fueron en realidad escritas muchos años después de los hechos que narran, pero, una vez cotejadas, han demostrado ser una guía muy fiable casi sin excepción. 66 También es necesario tener cuidado con los registros de las conversaciones informales de Hitler que, aunque bastante exactos respecto a sus sentimientos, contienen algunas tergiversaciones demostrables y no deberían tomarse como un registro literal de lo que realmente dijo. 67 Ninguna de sus supuestas declaraciones ha sido reproducida en estilo directo. Con las oportunas advertencias, todos estos registros se han utilizado en los casos en que se ha considerado apropiado.

En cambio, esta biografía no ha tenido para nada en cuenta una serie de fuentes «clásicas». Respecto a las primeras etapas de la vida de Hitler,

tergiversadas por el *Mein Kampf* y posteriores «memorias» de sus contemporáneos, el autor ha tomado la drástica medida de basarse solo en el material generado en esa época. Esto descartaba, por ejemplo, las memorias de su amigo de infancia Kubizek. 68 Tampoco se ha considerado fiable nada de lo dicho o citado por Werner Maser. 69 Fuentes como las «conversaciones con Breiting» y los recuerdos de Hermann Rauschning, que durante mucho tiempo se han visto con recelo pero siguen apareciendo de vez en cuando en algunos relatos acreditados, no se han utilizado. 70 Por último y con notable renuencia, el autor ha obviado por completo el presunto «testamento» de Hitler de principios de 1945. Los sentimientos en él vertidos sin duda armonizan con los de Hitler, e incluso con el argumento de este libro, pero un reciente examen forense demuestra que su procedencia es demasiado dudosa para poder fiarse de su contenido. 71

Las nuevas fuentes utilizadas para esta biografía se pueden agrupar en dos categorías. Algunas solo comentan o recrean aspectos bien conocidos de la trayectoria de Hitler. Otras, sin embargo, sirven de fundamento a argumentos esenciales del libro. El *Kriegsarchiv* o Archivo de Guerra bávaro proporcionó nuevo material sobre la experiencia de Hitler en la Primera Guerra Mundial, incluido su trascendental encuentro con soldados norteamericanos y la lucha de su regimiento con sus nuevos adversarios en general. Otros depósitos bibliotecarios de Múnich confirmaron la profunda preocupación que a Hitler le producía el separatismo bávaro. Los registros del Ministerio de Asuntos Exteriores contenían material muy valioso sobre hacer retornar a los emigrantes alemanes y el plan de «intercambiarlos» por judíos alemanes «salientes». Hasta donde al autor le consta, ninguno de estos documentos concretos ha sido utilizado por otros biógrafos de Hitler y es incluso poco probable que conocieran su existencia.

Con el fin de estructurar todo este material en una argumentación lógica, el autor ha adoptado un enfoque tipo «embudo». En un primer momento, cuando las fuentes son escasas, ha tratado de abarcar lo más posible. A medida que el libro avanza y las principales líneas de interpretación van siendo más claras y el material de fuentes más copioso, el foco se va estrechando. Esto también obedece a que Hitler fue notablemente más abierto sobre su manera de pensar en sus primeros años y con el tiempo fue haciéndose cada vez más cauto. En general, el autor ha tratado de mostrar más que de contar. Esto supone una extensa exégesis y citas directas del propio Hitler. A diferencia de algunos trabajos, por tanto, esta biografía es más bien escasa en contexto y «Hitlercéntrica». 72 No le perderemos de vista durante más de un párrafo o dos seguidos. Esto no quiere decir, por supuesto, que Hitler fuera un pensador completamente *sui*

generis –es bien sabido que se basaba en gran medida en argumentos ajenos–, sino simplemente que nos centraremos en lo que él pensaba más que en de dónde lo tomó. Siguiendo la norma de Richard Evans, daremos prioridad al «análisis, la argumentación y la interpretación» sobre el «lenguaje del fiscal de la corte penal o del moralista sermoneador». [73] La intención no ha sido contradecir a Hitler sistemáticamente, ya que hacerlo habría sobrepasado los límites del libro y dado como resultado una obra muy distinta. Salvo cuando tengan motivos para creer lo contrario, los lectores –y aquí tomo una frase prestada– harán bien en considerar todo lo que dijo como una mentira, incluidos las conjunciones y los artículos. De una forma u otra el «contenido de verdad» que hay en los escritos y discursos de Hitler es menos importante para esta biografía que su significado e intención. En este punto el autor ha tratado en todo momento de penetrar en la mente de Hitler, sin dejar que él entre en la suya.

Los tres argumentos centrales de este libro se apoyan en una serie de subargumentos. Muchos de ellos le sonarán incluso al lector profano y la mayoría serán bien conocidos para los especialistas en este campo. Otros pueden haber sido brevemente apuntados con anterioridad, pero sin que se les haya dado la importancia que verdaderamente tienen. También hay algunos hilos argumentales bastante esenciales que son –por lo que al autor le consta– completamente nuevos. Si bien la preocupación de Hitler por Inglaterra no es ningún secreto, y el grado de su enfrentamiento con Estados Unidos ha constituido un tema recurrente en los estudios más recientes, hasta ahora los historiadores no han reconocido su obsesión demográfica con la emigración alemana y la gran importancia que esta ejerció en su visión mundial. Mientras que la conexión entre el antisemitismo de Hitler y su anticapitalismo ha sido señalada a menudo e incluso sido objeto de algunos estudios, la enorme influencia que esto ejerció en su visión mundial y hasta qué punto él estuvo librando una guerra contra las «altas finanzas internacionales» y la «plutocracia» desde el principio hasta el final no se ha comprendido en absoluto. El grado de preocupación que a Hitler le producía la cohesión racial del pueblo alemán, que él atribuía a siglos de fragmentación política y cultural, tampoco se ha entendido del todo. Por esta razón, la importancia de la amenaza separatista bávara, el desafío de la integración europea, el fantasma de la restauración de la monarquía Habsburgo y la amenaza «negra» (del clero) en varios momentos de la trayectoria de Hitler requieren una considerable profundización.

El argumento se subdivide en seis partes. La primera trata de las primeras etapas de la vida de Hitler hasta el final de la guerra mundial,

durante la cual, tras unos muy lentos inicios, fue dando cada vez más señales de concienciación política, pero ninguna de vocación política o potencial liderazgo. La guerra sumergió a Hitler en un encuentro traumático con el poder de Angloamérica, cuya fuerza militar, económica, financiera y demográfica aplastó al Reich e hizo añicos su universo. Entre 1919 y 1922 empezaron a hacerse visibles las primeras líneas de su visión mundial: el temor a Angloamérica, la hostilidad asociada al capitalismo global y la judería internacional, así como la preocupación por que debilidades internas como el socialismo, el bolchevismo, la emigración masiva y especialmente el separatismo bávaro dejaran al Reich indefenso frente a los enemigos externos. Durante este periodo, Hitler parece haber estado actuando bajo el supuesto de que la regeneración de Alemania necesitaría muchos años, tal vez generaciones. En la Parte II, que abarca los años 1923-1927, vemos cómo en un principio el tiempo se aceleró para Hitler, a fin de prevenir el peligro de un golpe aparentemente separatista y aprovecharse de una coyuntura doméstica e internacional que parecía favorable. Tras el fracaso de su propio golpe, Hitler volvió a unos plazos más largos y empezó a construir su concepto de *Lebensraum* en respuesta a la degeneración racial de Alemania, y en especial a la hemorragia que para él representaba la salida de tantos emigrantes sanos a Estados Unidos. Este era necesariamente un proyecto a largo plazo, por lo que el tiempo volvió a desacelerarse para Hitler.

En la Parte III, que comprende el periodo 1928-1932, vemos a Hitler elaborar un proyecto modernizador destinado a fortalecer al Reich frente al desafío norteamericano, especialmente frente a la pérdida de los «mejores» elementos de la sociedad alemana a través de la emigración al Nuevo Mundo, y proporcionar una alternativa a la ampliamente popular idea de la integración europea. Aprovechando el bache económico causado por la Depresión, diseñó también una estrategia para hacerse con el poder bastante antes de lo que tenía previsto. En la Parte IV, que comprende los años 1933-1936, se analiza el proyecto de transformación social, económica y racial de Hitler, diseñado para eliminar a los elementos «negativos» de la sociedad alemana, como los judíos y los discapacitados, y facilitar el desarrollo de líneas raciales más «positivas». Si el reloj «racial» fue, por su propia naturaleza, programado a un plazo mucho más largo, las políticas diplomáticas y militares de Hitler se ajustaron a una agenda mucho más inmediata. Por parte de Hitler no existía un plan de dominación mundial, solo la determinación de proporcionar a Alemania la ampliación territorial que él creía necesaria para sobrevivir en un mundo de potencias mundiales.

En la Parte V, correspondiente al periodo 1937-1940, el tiempo volvió a acelerarse una vez más, como respuesta de Hitler a la hostilidad de Angloamérica. Aquí veremos cómo el Führer, que en un principio no se había planteado la dominación global, y ni siquiera ocupar una parte tan grande del continente europeo, se vio impulsado por la lógica de la guerra y la expansión hacia una ampliación mayor del conflicto. Por último, en la Parte VI, que abarca el periodo 1941-1945, la trayectoria de Hitler alcanzó su culmen con la confrontación con los Estados Unidos de Roosevelt, desembocando en una desaforada lucha por el *Lebensraum* y la destrucción de la judería europea. Cuando las potencias «anglosajonas» se unieron en su contra, Hitler quedó convencido de que solo una política verdaderamente global podría proteger al Reich frente a todos sus enemigos. Los ejércitos alemanes se hallaban apostados en dos continentes y amenazaban con ocupar un tercero. Hitler también albergaba planes de atacar el hemisferio occidental, al menos desde el aire. Durante un breve lapso de tiempo, pareció como si tuviera el mundo entero a su alcance, pero sin poder agarrar el trofeo entre sus manos, y al poco tiempo comenzó la inevitable caída, que culminaría con la segunda y aún más destructiva derrota del Reich a manos de, en opinión de Hitler, los «anglosajones», los judíos y sus aliados.

Parte I

HUMILLACIÓN

Las tres primeras décadas de la vida de Hitler estuvieron caracterizadas por la oscuridad y las privaciones de uno u otro tipo. Al poco tiempo de su nacimiento, en el extremo occidental del Imperio Habsburgo, en circunstancias humildes, si bien no de pobreza, la situación de Adolf Hitler comenzó a deteriorarse rápidamente. Su padre y su madre murieron, esta última tras una traumática enfermedad, y él malgastó su modesta herencia. Su talento artístico no fue reconocido en Viena. Hitler estuvo dando tumbos y pasando duras penalidades antes de recomponerse y mudarse a Múnich, entonces la segunda ciudad del Imperio alemán. Allí estuvo arreglándoselas como pudo. Aparte de su rechazo explícito hacia el Imperio Habsburgo, Hitler no dio ninguna otra muestra de politización hasta que alcanzó la edad de veinticinco años. La guerra resultó para él una experiencia liberadora y desestabilizadora a la vez. Durante los cuatro años que duró su servicio militar, Hitler fue herido, sufrió devastadores bombardeos, fue condecorado, quedó temporalmente ciego y cayó derrotado, como tantos otros alemanes. Terminó el conflicto como lo comenzó, como una figura esencialmente solitaria, marginada por la historia de Alemania y del mundo.

1

Boceto del dictador de joven

Adolf Hitler nació en Austria, por circunstancias históricas, el 20 de abril de 1889. Su lugar de nacimiento, Braunau am Inn, había pertenecido al ducado de Baviera durante cientos de años antes de que fuera cedido a la monarquía Habsburgo por el Tratado de Teschen que selló el final de la guerra de Sucesión bávara en 1779. Durante las revueltas de las guerras revolucionarias y napoleónicas cambió de manos en varias ocasiones, para volver definitivamente a Austria en 1815. Cultural y etnográficamente, la frontera del río Inn entre Alemania y lo que luego sería el Imperio austrohúngaro marcaba una distinción ausente de diferencias, al menos en Braunau y alrededores. El dialecto alemán y las costumbres tradicionales eran más o menos las mismas a uno y otro lado del río. Aunque Hitler no tardó en trasladarse más al este, y vivió también en otros lugares, continuó dentro de los confines de la Alta Austria y, por tanto, de la zona dialectal del «bávaro central». [1] Hitler más adelante se autodenominaría bávaro en varias ocasiones. [2]

Políticamente, sin embargo, la brecha era enorme. Durante unos mil años, los habitantes de Braunau habían formado parte del Sacro Imperio Romano, una comunidad política de naciones que englobó a la mayoría de los alemanes hasta su extinción en 1806. Su orientación germánica se mantuvo a través de la Confederación Alemana a partir de 1815. En 1866-1871, sin embargo, el primer ministro de Prusia, Otto von Bismarck, excluyó a Austria y aplastó a Francia a fin de permitir la «pequeña unificación alemana» del Segundo Reich. Los Habsburgo respondieron volviendo su mirada hacia el sur y hacia el este, y tratando de llegar a un compromiso con los indisciplinados magiares. Gracias al nuevo estatus de la corona húngara, los habitantes de Braunau se convirtieron entonces en «imperiales y reales» súbditos de un imperio multinacional en lugar de un Estado explícitamente alemán. La frontera con el Imperio alemán se encontraba solo a trescientos metros de Simbach, al otro lado del Inn. Los Hitler debían de verla cada día. Las simpatías del padre, Alois, eran, según se dice, pangermánicas, asociadas a una opinión liberal o al menos librepensadora y escéptica respecto a la Iglesia católica romana. [3] No existen pruebas fiables de que Alois fuera desleal a los Habsburgo,

antisemita, alcohólico o violento con sus hijos.

Adolf era uno de los hijos menores de una dispersa familia. [4] Tenía un hermanastro mayor, Alois júnior, y una hermanastra, Ángela, nacidos del primer matrimonio de su padre con Franziska Matzelsberger. Tras la muerte de esta, Alois se había casado con su prima, Klara Pölzl, con la que había tenido seis hijos, de los cuales solo dos sobrevivieron: el propio Adolf y su hermana pequeña, Paula. Dos de los cuatro hermanos de Hitler murieron antes de nacer él, y otro cuando Hitler apenas había cumplido diez años. La hermana de Klara, Johanna, a la que llamaban «Hanitante» («tía Hani»), fue una figura muy importante en sus vidas. El trabajo de Alois pronto obligó a que la familia se mudara de su casa en la calle Salzburger Vorstadt al cercano Hafeld, en Lambach. Alois también trabajó durante un tiempo en la ciudad fronteriza alemana de Passau. Finalmente se jubiló en Leonding, [5] donde murió de un infarto mientras se encontraba tomando una copa de vino mañanera en un mesón de la localidad, el 3 de enero de 1903.

La viuda, Klara, trasladó a la familia primero a Linz y luego a Urfahr, en la otra orilla del Danubio. Hitler continuó su educación en la Staats Realschule de Linz. [6] La escuela de Linz era famosa por sus simpatías nacionalistas alemanas y anti-Habsburgo. Tras unos primeros años de buenos resultados académicos, Adolf se convirtió en un alumno apático, con ausencias frecuentes, que solo obtuvo buenas notas en dibujo y deporte, y una calificación de su esfuerzo como meramente «satisfactorio». [7] Aunque Hitler se apuntó a varias organizaciones culturales mientras vivió en Linz y en Urfahr, como el Linzer Musealverein, el Oberösterreichischer Musikalverein y el Oberösterreichischer Volksbildungsverein, [8] no existen pruebas de esa época acerca de ningún compromiso político. Nada sugiere, tampoco, que Hitler conociera a su compañero de escuela Ludwig Wittgenstein, que más tarde se convertiría en un famoso filósofo. En todo caso, Hitler fue un mal estudiante que se vio obligado a repetir curso antes de abandonar definitivamente el colegio a los dieciséis años.

El efecto que esta sucesión de muertes y de cambios tuvo en el joven Adolf se desconoce. Sus experiencias no fueron en ningún sentido extraordinarias: estas inseguridades emocionales y económicas eran habituales en aquella época, puede que en todas. Es cierto que tanto el padre como el hijo (como más adelante ocurriría) establecieron relaciones con sus primas, pero esto no constituía nada raro en las zonas rurales entonces. Al parecer mantuvo varias amistades normales, especialmente con August Kubizek, compañero wagneriano al que conoció en un concierto y con quien compartía intereses artísticos. Por tanto, nada en la

infancia de Hitler, de la que a ciencia cierta se saben pocas cosas, sugiere lo que vendría después.

Las principales preocupaciones de Hitler tras dejar el colegio eran su seguridad financiera, su vida sentimental, hacer carrera como pintor y la salud de su madre. La primera carta de Hitler de la que se tiene noticia fue escrita en febrero de 1906, junto con su hermana Paula, solicitando al Finanzdirektion Linz el pago de su pensión de huérfano. 9 Visitó Viena en varias ocasiones y no tardaría en mudarse a la capital imperial. Allí desarrolló su afición por las óperas de Richard Wagner. En el verano de 1906, Hitler asistió a la representación de *Tristán e Isolda* y también a la de *El holandés errante* . También estuvo en el Stadttheater. De la ópera no solo le apasionaba la música, también la arquitectura de sus teatros. En una postal del Teatro de la Ópera de la Corte de Viena dejó constancia de lo impresionado que le dejó la «majestad» de su exterior, pero también de sus reservas respecto al interior, excesivamente «recargado» de terciopelo y oro. 10

A principios de 1907, la madre de Hitler fue diagnosticada de cáncer y operada sin éxito. Aunque no tenía seguro médico, las facturas no fueron muy cuantiosas gracias a la amabilidad de su médico judío, Eduard Bloch. Hitler ayudó a cuidar de su madre durante su enfermedad y cuando murió, a finales de diciembre de 1907, parece ser que quedó devastado. Sin embargo, durante el tratamiento encontró tiempo para viajar a Viena e incluso alquilar allí una habitación a principios del otoño. 11 En cualquier caso, es cierto que Hitler nunca culpó a Bloch de la muerte de su madre ni se volvió por ello antisemita. Por el contrario, durante un tiempo siguió manteniendo un contacto amistoso con Bloch, llegando incluso a enviarle una postal pintada a mano para felicitarle el año nuevo. 12 Mucho tiempo después, Hitler permitió que Bloch escapara de Austria en unas condiciones mucho más favorables que sus desdichados compañeros judíos.

Entretanto, las ambiciones artísticas de Hitler sufrieron un serio revés. A primeros de septiembre de 1907, solicitó, junto con otros 111 candidatos, su ingreso en la Viennese Akademie für Bildende Künste. Aproximadamente una tercera parte de ellos fueron desestimados en un primer momento, pero Hitler logró pasar a la siguiente fase en torno a un mes más tarde. Esta vez, sin embargo, tuvo menos suerte: sus dibujos fueron calificados de «no satisfactorios» y por tanto no pudo contarse entre los veintiocho candidatos finalmente admitidos. 13 Hitler decidió, no obstante, mudarse permanentemente a Viena en febrero de 1908. Ese año pidió una importante suma de dinero a su «Hanitante» para financiarse, y para el resto fue arreglándoselas con su pensión de orfandad. 14 Una amiga

de la familia, Magdalena Hanisch, trató de allanarle el camino en la capital recabando el apoyo de Alfred Roller, un profesor muy influyente de la Kunstgewerbeschule, cuyas puestas en escena de las óperas de Wagner eran sumamente admiradas por Hitler; de hecho, le llamaba el «gran maestro de la ilustración escénica». La carta de Magdalena a su amiga Johanna Motloch, que fue quien actuó de intermediaria, ofrece la única descripción de la que tenemos constancia del Hitler de esa época. «Me gustaría ayudar a este joven», escribió, «no tiene a nadie que pueda recomendarle ni ayudarle de palabra ni de obra. Llegó solo a Viena y tuvo que ir a todas partes también solo, sin nadie que le orientara para lograr su admisión». 15 Lo único que mantenía a Hitler en Linz, añadía, era la cuestión de su pensión de orfandad. Röller accedió a ver a Hitler, quien a su vez expresó su más efusivo agradecimiento a Johanna Motloch. Sin embargo, la reunión no tuvo lugar.

El primer lugar de residencia de Hitler en Viena fue una habitación en Stumpergasse. Su casera, Maria Zakreys, era checa y, según Hitler, hablaba un alemán defectuoso. Los intereses de Hitler en aquel momento eran sobre todo musicales y arquitectónicos. A mediados de febrero de 1908, anunció su intención de comprar un piano, y cuando dos meses después su amigo Kubizek prometió llevar una viola, el joven Adolf amenazó en tono de broma con gastar dos coronas en algodón para taparse los oídos. A mitad del verano, sin embargo, Hitler no se encontraba ya tan eufórico. Confesaba llevar la vida de un ermitaño, acosado por las chinches, y para colmo sin tener a nadie para despertarle: Frau Zakreys estaba fuera. No obstante, Hitler empezó a interesarse por la planificación urbanística, especialmente por el trazado y la arquitectura de Linz. 16 Un mes después, los ánimos de Hitler no habían remontado; pedía perdón a Kubizek por su largo silencio y añadía: «No se me ocurre nada que contarte». Ocupaba su tiempo leyendo periódicos –existen referencias a una suscripción– y escribiendo, al parecer sobre planificación urbanística y arquitectura: «Ahora estoy escribiendo mucho, normalmente por las tardes y por las noches». 17 Es posible que el malestar de Hitler tuviera, al menos en parte, un origen financiero. Parecen no existir dudas de que pasó un periodo de pobreza, tras el cual le diría a Kubizek: «Ya no hace falta que me traigas queso y mantequilla, pero gracias por la intención». Una pobreza que, sin embargo, no le impediría asistir a una representación del *Lohengrin* de Wagner. 18

Poco después, Hitler dejó Stumpergasse y durante más de un año la ciudad se lo tragó. Hasta agosto de 1909 se alojó en casa de Helene Riedl, en Felberstrasse. Su única actividad conocida durante este periodo fue

solicitar por segunda vez su entrada en la Academia, con los mismos decepcionantes resultados que en la ocasión anterior. Se alojó después durante un mes en casa de Antonia Oberlerchner, en Sechshauserstrasse, para marcharse a mediados de septiembre de 1909. De lo que vino a continuación se sabe aún menos. Ciertamente pasó por algún tipo de crisis económica y puede que psicológica, que conllevó un descenso en su consideración social. Pocos años más tarde, mucho antes de que fuera famoso, Hitler les dijo a las autoridades de Linz que el otoño de 1909 había sido «una época amarga» para él. 19 Según una declaración que hizo a la policía vienesa a principios de agosto de 1910, pasó algún tiempo en un asilo para personas sin hogar de Meidling. No se sabe cómo Hitler consiguió salir de allí, pero sí nos consta que a partir de febrero de 1910 ya pudo pagar una cama en un lugar más respetable, el albergue para hombres de Meldemannstrasse, en Viena-Brigittenau. 20 Aquí comenzó a pintar postales y cuadros que su amigote y «socio» Reinhold Hanisch vendía a algunos distribuidores; la relación se fue al traste cuando Hitler denunció a Hanisch por haberse apropiado indebidamente de parte del dinero. 21

Una vez más su pista se pierde en la ciudad. Tenemos extensas descripciones de lo que hizo y pensó durante este tiempo, escritas por él y por algunos contemporáneos suyos, pero todas ellas proceden de un tiempo en el que Hitler ya se había convertido en una figura pública y trataba por todos los medios de elaborar su propio relato biográfico, especialmente en *Mein Kampf* . Lo único que sabemos con certeza es que Hitler tuvo que permanecer en las filas del Imperio austrohúngaro hasta la edad de veinticuatro años, a fin de poder cobrar su pensión de huérfano. A esto no ayudó su enfrentamiento con su mediohermana Angela Raubal por culpa de su herencia, a la que se vio obligado a renunciar tras comparecer ante un tribunal en Viena a primeros de marzo de 1911. 22 Es posible que Hitler asistiera a una de las conferencias de Karl May, el autor superventas de novelas del oeste, a finales de marzo de 1912. 23 En la primavera de 1913, Hitler cobró la última cuota de su pensión. Ya no había nada que le retuviera en Viena.

Cuando Hitler fue a Múnich, en mayo de 1913, todas sus posesiones cabían dentro de una pequeña maleta. Su bagaje mental conocido era todavía menor. 24 Consistía básicamente en negativas. En sus tratos con Eduard Bloch en Linz no mostró el más leve indicio de antisemitismo, más bien todo lo contrario. Más tarde, Hitler mantuvo tratos amistosos con al menos dos judíos a los que vendía sus cuadros en Viena: el judío moravo Siegfried Löffner, que fue interrogado por la policía en relación con el presunto fraude de Hanisch, y el judío húngaro Samuel Morgenstern, que

llevaba un cuidadoso registro de estas compras. [25] Tampoco tenemos ninguna evidencia de esta época que demuestre que Hitler reaccionaba negativamente al carácter multinacional de la capital austrohúngara. Vivió feliz durante casi un año bajo el techo de una solterona, Maria Zakreys, y no dejó traslucir ninguna irritación por su limitado manejo de la lengua alemana. Sus intereses documentados eran la arquitectura, la planificación urbanística y la música, especialmente las relaciones entre estas áreas. Probablemente dentro de su cabeza pasaban muchas más cosas, pero no podemos estar seguros de cuáles eran.

La forma en que Hitler se describía a sí mismo fue cambiando, pero siempre con un denominador común: la creatividad. Se registró como «artista» en Stumpergasse a mediados de febrero de 1908, como «estudiante» en Felberstrasse a mediados de noviembre de 1908, como «escritor» en Sechshauserstrasse a finales de agosto de 1909 y como «pintor» en Meldemannstrasse a primeros de febrero y de nuevo a finales de junio de 1910. [26] En aquel momento, no es posible que los constantes cambios de domicilio obedecieran a evadir el servicio militar, ya que siempre registraba sus entradas y salidas. En cualquier caso, son perfectamente típicos de alguien con los antecedentes y los intereses de Hitler. Las continuas fluctuaciones en su solvencia económica, que solo dejaban rastro en caso de entrar en conflicto con la ley o en el registro de las autoridades municipales, fueron moneda común para millones de personas en la Europa anterior a 1914.

Fue a su llegada a Múnich, a finales de mayo de 1913, cuando Hitler participó en su primer acto político documentado. Él y su nuevo compañero Rudolf Häusler alquilaron una habitación en casa del sastre Josef Popp, en Schleissheimerstrasse. Entonces se registró como «apátrida», lo que constituye una clara muestra de rechazo a su nativa Austria-Hungría. Es posible también que su intención fuera tratar de despistar a las autoridades cuando le llamaran a cumplir con el servicio militar que Hitler, como el resto de los jóvenes de su reemplazo, debía prestar al Imperio una vez que había cumplido los veinte años en abril de 1909. En agosto de 1913, la Magistratura de Linz estuvo de hecho tratando de localizarle bajo sospecha de deserción, y en octubre supieron por unos parientes que Hitler se había mudado a Viena. Aunque él no había proporcionado su nueva dirección a las instancias burocráticas, al preguntar en el hostal de Brigittenau en el que se hospedaba estas averiguaron enseguida que se había trasladado a Múnich. Las autoridades austrohúngaras no lograrían dar con su paradero en la Schleissheimerstrasse de Múnich hasta enero de 1914. [27] Poco después, Hitler recibió la orden de presentarse ante la magistratura de Linz.

Esto le llevó a ofrecer una extensa disculpa que basó en su pobreza y en que él ya había respondido a la llamada en Viena, en febrero de 1910. Finalmente, las autoridades austriacas le citaron en el centro de reclutamiento de Salzburgo a principios de febrero de 1914 y le declararon físicamente no apto para el servicio. [28] Mientras tanto, Hitler continuó ganándose la vida con la venta de sus pinturas, como ya había hecho antes en Viena. [29]

De todo ello extraemos una imagen del joven Hitler más cercana a un esbozo que a un retrato completo. Sin duda, era algo más que un mero don nadie; sus intereses artísticos estaban bien asentados; su hostilidad hacia el Imperio Habsburgo, aunque no las razones para sentirla, está documentada. No encontramos en cambio ningún indicio de las ideas y aspiraciones que adoptaría después. [30] ¿Podría haber sido de otro modo? Lo que Hitler vivió en Linz y en Viena bien pudo conformar sus posteriores puntos de vista sobre política nacional, raza o cultura. Pero no había visto nada todavía y, hasta donde sabemos, tampoco estaba muy al tanto de lo que pasaba fuera del Imperio Habsburgo y su aliado alemán. No hay evidencias de esa época de que tampoco supiera mucho sobre Francia, el Imperio ruso o el mundo anglosajón del Imperio británico y Estados Unidos. Pero eso estaba a punto de cambiar. Si el Hitler de 1914 todavía no había dejado apenas huella en el mundo, el mundo estaba a punto de dejar huella en él.

2

Contra «un mundo de enemigos»

Al parecer, Hitler reaccionó con entusiasmo al estallido de la Primera Guerra Mundial. En una fotografía de esa época –tomada antes de que se conocieran por el que luego sería su socio y propagandista, Heinrich Hoffmann– aparece entre una animada multitud en la Odeonsplatz de Múnich, el 2 de agosto de 1914. [1] Se presentó voluntario para luchar con el ejército bávaro [2] y dos semanas después fue reclutado por el 16º Regimiento Bávaro de Infantería de Reserva, conocido como Regimiento List, por el nombre de su comandante. Esta unidad no constituía un regimiento «voluntario» como tal, sino que estaba integrada por una muestra de población muy diversa, procedente sobre todo de la sociedad del sur de Baviera, entre la que se encontraban voluntarios como Hitler y también hombres reclutados a la fuerza. A continuación, el regimiento recibió algunas semanas de instrucción, casi toda ella en el propio Múnich, pero también en el campamento de Lechfeld, al sur de Augsburgo. Durante este periodo Hitler aprendió a utilizar el fusil reglamentario y luego fue enviado a reforzar el avance alemán a través de Bélgica y el norte de Francia. [3]

En otras palabras, Hitler no desapareció cuando estalló la guerra. Por el contrario, se presentó de inmediato voluntario para ingresar en el ejército alemán (técnicamente, el bávaro), tomando una decisión bastante inusual. En agosto de 1914, por tanto, Hitler dio definitivamente la espalda no solo a Austria-Hungría, sino que optó decisivamente *por* Alemania. Esta fue su primera y fundamental declaración política documentada.

El principal enemigo, según Hitler pensaba entonces, se encontraba al otro lado del Canal. La primera carta de la que tenemos constancia tras alistarse, dirigida a su antigua casera en Múnich, Anna Popp, anuncia su esperanza de «llegar a Inglaterra», cabe suponer que como parte de una fuerza invasora. [4] Sorprendentemente, el objetivo de Hitler no era el Imperio zarista del este, pese a constituir en ese momento una amenaza para la Prusia Oriental; a lo largo de toda la guerra, de hecho, solo en una ocasión (que nos conste) hizo referencia al frente del este. [5] Tampoco señaló al inveterado enemigo francés. Al centrarse en Inglaterra, es posible que Hitler estuviera haciéndose eco del discurso del «odio a Inglaterra»

presente en toda Alemania en general y en su unidad en particular, [6] o que se adelantara incluso a él. Una semana después, cuando el Regimiento List llegó a Lille, en el norte de Francia, fue reunido en la Place du Concert para recibir una «orden del príncipe de la Corona bávara contra el inglés». «Ahora tenemos la suerte», escucharon, «de tener enfrente a los ingleses, a las tropas de un pueblo que lleva muchos años mostrándose hostil con nosotros para rodearnos de enemigos y estrangularnos». [7] De una forma u otra, el deseo explícito de Hitler de encararse con los británicos –mucho antes de alcanzar ese frente y en un momento en el que la Fuerza Expedicionaria Británica (BEF) no representaba más que una pequeña parte de las fuerzas aliadas enfrentadas a Alemania por el oeste– constituye su segunda declaración política importante y ya apunta a la evolución que seguiría su visión mundial, basada en gran parte en el respeto y el miedo a Gran Bretaña como potencia.

Al poco, el Regimiento List acabó encontrándose en efecto con los ingleses en Geluveld y, posteriormente, en Wytschaete y Messines, en la región belga de Flandes. [8] La historia de la Fuerza Expedicionaria Británica en 1914 se ha considerado tradicionalmente como una lucha desigual contra el gigante alemán. Esto es cierto en general, pero conviene recordar que a escala táctica la imagen era muy distinta. El choque del Regimiento List contra los hombres del Regimiento Yorkshire, la legendaria Guardia Coldstream, la Guardia de Granaderos y los Gordon Highlanders fue una batalla entre aficionados y profesionales. Algunos de los soldados de List, entre ellos el propio Hitler, no contaban con ninguna formación militar previa a la guerra. A excepción de algunos de los oficiales, ninguno pertenecía al ejército regular. La BEF , en cambio, estaba formada por soldados experimentados, muchos de los cuales ya habían entrado antes en acción, y en su mayoría tiradores mejores y más rápidos que sus adversarios alemanes. La batalla de Geluveld fue, por tanto, claramente desigual.

Dadas las circunstancias, el Regimiento List se desenvolvió bien, pero sufrió terribles bajas. El propio Hitler participó en varios ataques frontales, concretamente en tres, si damos crédito a su propia versión. En ella, hablaba de «durísimas batallas» para las tropas, pero, según él, al final «los ingleses [*sic*] fueron derrotados». No obstante, la «derrota» asestada a los británicos no duró mucho, ya que los bávaros fueron expulsados de Geluveld poco después por el Regimiento de Worcestershire. Hitler fue ascendido a *Gefreiter* –soldado de primera clase– con funciones de ordenanza –correo encargado de entregar los despachos– en el regimiento. Desde entonces, afirmaba: «Puedo decir que arriesgué mi vida diariamente

y vi la muerte de cerca», lo que probablemente no fuera una exageración durante aquella época de su servicio militar. El 2 de diciembre, Hitler fue recompensado por su servicio con la Cruz de Hierro de Segunda Clase. «Fue», escribió, «el día más feliz de mi vida». Pidió a su casero que guardara como recuerdo el periódico en el que se notificaba su condecoración, «si Dios nuestro Señor me permite seguir con vida». 9

Al final de una larga carta en la que narraba sus experiencias en el frente, Hitler reflexionaba, a principios de febrero de 1915, sobre la situación interna y estratégica de Alemania. 10 Lamentaba la pérdida de vidas en la lucha contra un «mundo de enemigos internacionales» y expresaba la esperanza no solo de aplastar al «enemigo externo de Alemania», sino de que su «internacionalismo interno se desintegrara». Es posible que la última frase fuera inspirada por el antisemitismo o que fuera un ataque dirigido a las lealtades transnacionales de los católicos y los socialdemócratas alemanes. Hitler también profetizó que «Austria sufriría el destino que yo siempre he predicho», refiriéndose, cabe suponer, a su ocaso final. 11 Sus cartas no nos cuentan prácticamente nada del frente del este, y nada en absoluto de cómo reaccionó al hundimiento del *Lusitania* , la campaña de propaganda aliada y muchos otros aspectos importantes de la guerra.

Durante el resto del conflicto bélico, Hitler prestó servicio como correo del regimiento más que en la línea del frente propiamente dicha. Pero ser correo no dejaba de resultar bastante peligroso. Por ejemplo, en la siguiente carta, de mediados de febrero de 1915, Hitler narraba el impacto de una bomba que cayó en su posición, de la que fue «rescatado milagrosamente», admitiendo que le estaba «poniendo nervioso el constante fuego de artillería». También se alegraba de que Alemania estuviera «por fin movilizando la opinión contra Inglaterra», una prueba más de su preocupación respecto a Gran Bretaña. 12 Ocho días después, Hitler se hacía eco de otro «terrible cañoneo» y de otras batallas contra los ingleses. En efecto, el Regimiento List se vio obligado a actuar a la defensiva a medida que cada vez más soldados británicos llegaban al frente del oeste. La siguiente batalla importante de Hitler, en marzo de 1915, en Neuve Chapelle, fue precedida de bombardeos aún más masivos por parte de la artillería británica, seguidos por el primer encuentro con las tropas imperiales del ejército indio. Un mes después, en Fromelles y en Aubers Ridge, Hitler tuvo que enfrentarse a más unidades del Imperio, especialmente canadienses. Con el tiempo, la variedad de cascos exóticos en las trincheras enemigas –incluidos los «turbantes [y] sombreros picudos»– 13 daban a los hombres del Regimiento List la triste impresión

de que el mundo se había levantado en armas contra ellos.

Esta impresión se vio reforzada al año siguiente. Tras un largo intervalo de tranquilidad en los cuarteles del regimiento en Fournes –durante el cual pasó al parecer mucho tiempo pintando, dibujando y leyendo–, Hitler volvió a entrar en acción en Fromelles, en el Flandes francés, en mayo-junio de 1916. Esta vez, el Regimiento List se tuvo que enfrentar a australianos y neozelandeses, muchos de los cuales eran curtidos veteranos de Galípoli. Una vez más, el desánimo hizo presa en los bávaros al verse luchando con hombres que habían viajado desde el otro extremo del mundo para combatir contra ellos en Flandes. Y lo que era aún peor, como el camarada de Hitler Adolf Meyer recordaba, algunos de los australianos eran descendientes de alemanes. Uno de sus prisioneros «no solo hablaba un alemán excelente, sino que, para más inri, se apellidaba Meyer como yo. O sea: su padre era un alemán que había emigrado a Australia de niño con sus padres y luego se había casado allí con una inglesa». 14 Lo que Hitler pensó entonces de los enfrentamientos de su regimiento con las tropas imperiales británicas no ha quedado registrado.

Al poco tiempo, el Regimiento List se vio arrastrado a las últimas fases de la batalla del Somme, durante la cual muchos soldados alemanes desarrollaron un prudente respeto por las cualidades de los británicos para el combate. 15 Hitler tuvo la suerte de no encontrarse en la primera línea del frente, expuesto al fuego de las metralletas y armas de corto alcance, pero sí podía ser alcanzado por los cañones enemigos. 16 Su búnker recibió enseguida el impacto de una descarga de artillería británica, hiriéndole en el muslo superior izquierdo. La herida no puso en peligro su vida, pero sí fue lo suficientemente grave para que le evacuaran. Hitler fue enviado al hospital militar de Beelitz, en el sudoeste de Berlín, a recuperarse. Aquí se enfrentaría por primera vez a los devastadores efectos del bloqueo aliado, tema que era objeto de apasionada discusión en Alemania. Este presunto deseo inglés de «exterminar» a los alemanes era el culpable de los terribles efectos que el bloqueo estaba causando en los niños y, por tanto, en la salud racial de la nación, y ponía el foco sobre la necesidad de proteger a «la siguiente generación». 17 Una vez más, hasta nosotros no han llegado pruebas de la opinión de Hitler sobre estos acontecimientos a medida que se iban desarrollando.

Posteriormente, fue destinado al Batallón de Reemplazo del Regimiento List en Múnich. Allí expresó su inquietud por no poder reincorporarse a su unidad. «Hace pocos días salió un transporte para el regimiento», le escribió a su compañero en las funciones de entrega de despachos, Balthasar Brandmayer, a finales de diciembre de 1916, «[pero]

desgraciadamente no pude ir en él. Solo iban dentro viejos parlanchines». [18] En enero de 1917, Hitler escribió al adjunto del Regimiento List, Fritz Wiedemann, diciendo que «ya estoy listo para volver a entrar en combate», expresando su «urgente deseo de regresar a [su] antiguo regimiento y con sus viejos camaradas». [19] Max Unold, que sirvió con él en los cuarteles del Batallón de Reemplazo de Luisenschule, en Múnich, a principios de 1917, confirmaría más tarde que Hitler «volvió a incorporarse [al servicio] en el campo de batalla». [20] Unold constituía una compañía poco habitual para Hitler, ya que era pintor expresionista y fundador del Münchener Neue Secession en 1913.

En marzo de 1917, Hitler regresó con su unidad a los cuarteles del regimiento. Poco después, los de List fueron testigos, aunque no participaron directamente, del formidable ataque canadiense en la cresta de Vimy. No obstante, al poco tiempo, sí se enfrentarían directamente a los feroces ataques de los británicos durante la batalla de Arrás. Posteriormente, a finales del verano de 1917, el Regimiento List regresó a Geluveld para la tercera batalla de Ypres, durante la que estuvo siendo brutalmente machacado por la artillería británica a lo largo de más de una semana. La combinación de gran cantidad de explosivos, metralla y gas causó un terrible número de bajas. Hitler se vio directamente inmerso en el combate, dado que el acuartelamiento de su regimiento se interponía en el camino por el que los británicos avanzaban hacia el saliente de Ypres. [21] Sus impresiones sobre estas experiencias no las conocemos, ya que no han sobrevivido pruebas de ese periodo. Cuando el destrozado Regimiento List fue finalmente retirado del frente, se le destinó a los alrededores de Mulhouse, en Alsacia, para recuperarse. Fue allí donde, tras casi tres años de luchar, principalmente contra tropas británicas, indias, canadienses, australianas y neozelandesas, Hitler se enfrentó por primera vez a un enemigo mayoritariamente francés.

Entretanto, Estados Unidos había entrado en guerra del lado de los Aliados a principios de abril de 1917, si bien más como «socio» que como una potencia de la Entente. Esta decisión fue vista por muchas personas de ambos lados del Atlántico como un acto de solidaridad anglosajona dirigido contra los «teutones». [22] Millones de estadounidenses, muchos de ellos nacidos en el extranjero, se prepararon para cruzar el Atlántico. [23] Un número muy considerable de ellos eran de ascendencia alemana. La comunidad germano-americana, que por entonces se encontraba bajo la presión del hundimiento del *Lusitania* , se vio sumida en una crisis. En lo que en muchos sentidos supuso un ensayo de la posterior «amenaza roja», esa comunidad fue completamente «apartada» por la propaganda

norteamericana y la sociedad civil. Parte de la intención subyacente a la campaña por la prohibición del alcohol era antialemana. Con el fin de escapar al estigma de ser «americanos mestizos», muchos descendientes de alemanes abrazaron la hegemónica cultura «anglosajona». [24] Una vez más, no se conservan pruebas de la forma en que Hitler reaccionó a estos hechos en aquel momento, aunque más adelante tendría mucho que decir sobre ellos.

Tras el periodo relativamente sin incidentes en el que estuvo destacado en Alsacia, el Regimiento List se desplegó para dar apoyo a la gran ofensiva alemana de la primavera de 1918. [25] A finales de marzo, mientras avanzaban justo detrás de las tropas de asalto, se encontraron con soldados franceses de las colonias, zuavos argelinos. [26] Luego, a mediados de julio de 1918, el Regimiento List se topó por primera vez con norteamericanos, en la segunda batalla del Marne, cerca de Reims. Aquí se vieron obligados a retirarse rápidamente, [27] pero no sin hacer algunos prisioneros. Dos de ellos fueron conducidos por Hitler hasta los cuarteles de la brigada. [28] Los hombres del regimiento no albergaban ninguna duda sobre las cualidades de los norteamericanos ni sobre otros enemigos británicos. Un informe del 2º Batallón correspondiente a la segunda batalla del Marne, escrito un mes más tarde, refería que «el enemigo (francés, británico, norteamericano) se mostraba duro en la defensa [y] valiente en el ataque». [29] Colin Ross, quien más tarde aconsejaría a Hitler sobre aspectos relacionados con Estados Unidos y que entonces servía como soldado en el frente occidental, recuerda no solo el valor de los soldados americanos, sino la frecuencia con la que unos se gritaban a otros en alemán y el gran número de prisioneros germanoparlantes. [30]

Por entonces, el bloqueo aliado, el control del espacio aéreo y la superioridad numérica estaban empezando a causar daños irreversibles en el regimiento de Hitler. «[La] salud y la moral de los hombres», escribió el jefe del 3er Batallón RIR aquel mismo mes, «se resiente por la continua falta de provisiones»; existe constancia de sentimientos similares en los demás batallones. El diario de guerra del 2º Batallón lamentaba la «presión del muy superior enemigo, que está constantemente desplegando nuevas tropas (inglesas)». [31] Todo ello era coherente con el panorama general en toda la línea del frente, de una ofensiva que se estaba quedando sin fuerzas frente a una aplastante superioridad aliada en número de hombres, material y energías. Son célebres las palabras pronunciadas en aquellos momentos por el general Ludendorff sobre «los días negros del ejército alemán». Una vez más, desconocemos lo que Hitler pensaría de todos estos acontecimientos entonces. El único hecho documentado es que volvió a ser condecorado en

agosto de 1918, esta vez con la Cruz de Hierro de Primera Clase, concedida por recomendación de su oficial judío al mando, el teniente Hugo Gutmann desde Núremberg, si bien no fue él el que físicamente puso la condecoración en el pecho de Hitler. 32

En este momento, cuando la contraofensiva aliada entraba en su punto álgido, Hitler fue enviado a Núremberg para asistir a un curso sobre señalización, y después le concedieron un permiso de quince días en Berlín. Durante este tiempo que estuvo fuera, el avance de los Aliados siguió siendo inexorable. 33 Los hombres del Regimiento de List se enfrentaron a enemigos diversos, a veces los franceses, pero por lo general más a los ingleses. Como en muchas formaciones alemanas, la moral se desplomó bajo el peso de los intensos bombardeos de la artillería y los ataques aéreos aliados. Un informe lamentaba que «la aviación enemiga controla completamente los cielos». Otro apuntaba con alarma que «el deseo de descansar es cada vez mayor entre los oficiales y soldados después de cada misión. Solo un mínimo de cuatro semanas de calma en unos cuarteles en condiciones podrían revitalizar a los combatientes física y moralmente agotados ["exhaustos"]. Actualmente la unidad se encuentra, en el mejor de los casos, preparada para una guerra estática en un sector tranquilo del frente». Al final del mes, nadie podía frenar a los británicos. «Todo el mundo ha huido», se lamentaba el comandante de una compañía, «estamos pendientes de un hilo». 34 Ni siquiera pudo enviar hombres a coger municiones, por miedo a que no volvieran. La oleada cada vez mayor de soldados americanos que fueron llegando al frente a lo largo de septiembre de 1918 agravó la generalizada sensación de abatimiento. 35

A primeros de octubre de 1918, el desánimo de la unidad era todavía mayor. Fridolin Solleder, un oficial del Regimiento List, recordaba una «lucha desigual». «Un solo hombre tiene que enfrentarse a tres o cuatro. ¿Hasta cuándo va a durar esto?». También lamentaba que «desde octubre de 1918 han entrado en acción más de millón y medio de soldados norteamericanos descansados y agresivos al otro lado de nuestras líneas. África, Australia, la India y Canadá siguen mandando unidades enteras de soldados jóvenes a Europa». «Munición, material, opiniones [*sic*] y multitud de hombres se enfrentan al soldado del frente alemán. La dimensión de esta lucha se está haciendo inabarcable». 36 La extendida sensación de estar en guerra con el mundo entero, de ser superados en número, en armas y en «partidarios», no podría expresarse más claramente. Tras más de cuatro años de guerra, el Regimiento List, al igual que la mayor parte del ejército alemán, ya no podía más.

La vuelta de Hitler se produjo en medio de esta crisis. A mediados de

octubre, fue herido en un ataque con gases durante un bombardeo británico. En un primer momento le atendieron en el cercano hospital de campaña bávaro de Oudenarde, donde tuvo lugar la famosa victoria del duque de Marlborough sobre los franceses más de doscientos años atrás. Una semana después, fue enviado a pasar la convalecencia en el Hospital de Reserva Prusiano, en Pasewalk, al noreste de Berlín. Allí se enteró de la conclusión del Armisticio, y de la rendición alemana, el 11 de noviembre de 1918. Al parecer la noticia le provocó una especie de histeria. La mayoría del ejército alemán siguió luchando hasta el final, y solo se detuvo cuando así se lo ordenaron, [37] pero el hecho irrefutable es que había sido moral y militarmente derrotado.

Así terminaron los algo más de cuatro años de guerra de Hitler. Su historial fue, en cierto sentido, inusual. Tras un largo periodo en la línea del frente a los comienzos, pasó el resto del conflicto en los cuarteles del regimiento, a cierta distancia. Un puesto indudablemente más seguro que el de un soldado de infantería ordinario o incluso que el de un correo de batallón o de compañía. [38] Ciertamente se trataba de una posición más cómoda, que le permitía tener algún tiempo para leer y dibujar; hasta donde sabemos, los libros que consultaba eran más de arquitectura que de temas políticos. [39] Algunos hombres del Regimiento List expresaron sus recelos hacia él por este motivo, y resulta verosímil pensar que las probabilidades de que Hitler fuera condecorado estaban por encima de la media debido a que su cara les resultaba familiar a los oficiales que hacían y decidían sobre las recomendaciones. [40] Es posible que Hitler no quisiera ser ascendido para así continuar formando parte del personal del regimiento. De lo que no hay duda es de que Hitler exageró y adornó su relato de la guerra, y tuvo mucho cuidado de ocultar el hecho de que en realidad la mayor parte de ella no la pasó en el frente. [41]

Dicho esto, el historial de Hitler es menos especial de lo que podría parecer. No era infrecuente que los soldados rasos rechazaran un aumento de graduación para seguir estando con sus amigos. Es más, aunque no hay duda de que Hitler cumplió eficazmente sus misiones, no mostró en ningún momento la iniciativa que se le supone a un candidato a oficial. También debe destacarse que Hitler vio el combate, la muerte y la destrucción en numerosas ocasiones. Fue herido dos veces, no en accidentes, sino por el fuego enemigo. El cuartel general del regimiento no constituía por tanto una «zona alejada» propiamente dicha. En resumen, no cabe ninguna duda, incluso si se prescinde de adornos posteriores, de que Hitler fue un soldado valiente y eficaz, [42] si bien con ciertas limitaciones, durante su primera guerra.

El impacto de la guerra en la personalidad de Hitler no está claro. Por ejemplo, no existen evidencias de preferencias homosexuales, [43] ni en realidad de actividad sexual de ningún tipo. Tampoco parece que estableciera vínculos personales muy estrechos con sus camaradas, similares a las relaciones homosociales que más adelante mantendría, por ejemplo, con Goebbels y Speer, aunque en ambos casos debería recordarse que las evidencias proceden sobre todo de estos dos obsesos por llamar la atención, más que de Hitler. En el conjunto de fotografías que han sobrevivido, él aparece como una figura marginal, un tanto «adosada». [44] Dicho lo cual, las cartas y postales que han sobrevivido no sugieren otro tipo de relación distinta a las relaciones de camaradería habituales con compañeros soldados, como las felicitaciones por las condecoraciones y las quejas por la comida. De una u otra forma, lo que sorprende, y a menudo se ha destacado, es que durante los cuatro años del mayor peligro para Alemania, el que luego sería Führer no dio muestras de cualidades de liderazgo.

Como veremos, el impacto de la guerra en la visión mundial de Hitler a largo plazo fue considerable. [45] No obstante, su afirmación de que la noticia del Armisticio en noviembre de 1918 le impulsó a «convertirse en político» de la noche a la mañana debe tomarse con importantes reservas; no existen pruebas de esa época que lo demuestren. Su formación política, en todo caso, no está clara. Su hostilidad al Imperio Habsburgo y su lealtad a Alemania ya estaban para entonces bien asentadas. Era consciente de la importancia de la propaganda y la necesidad de «movilizar la opinión» contra los británicos. Veía la guerra como una lucha no solo contra el enemigo externo, sino también contra el internacionalismo «interno» de la sociedad alemana, que él achacaba tanto a las tendencias socialistas (el objetivo más probable) como clericalistas, particularistas o capitalistas, e incluso a una combinación de las cuatro. Por encima de todo, Hitler había salido de la guerra con una profunda conciencia del poder de la Entente, especialmente el de los británicos, a sus ojos el más formidable del «mundo de enemigos» contra el cual había luchado en vano aquellos cuatro años. Francia, el país en el que había estado destinado tanto tiempo, le había dejado una impresión bastante menor. [46] Debido a su herida, Hitler se había perdido el desmoronamiento definitivo de finales de octubre y primeros de noviembre, pero había presenciado la serie de catástrofes ocurridas desde primeros de agosto a mediados de octubre de 1918, por lo que no pudo albergar ninguna duda de que el ejército alemán había sucumbido finalmente a un enemigo enormemente superior.

Sin embargo, las líneas principales de su pensamiento político no eran

visibles todavía. Aún no existía un enfrentamiento con las principales fuerzas de la época: la democracia capitalista angloamericana y el bolchevismo soviético. Y, lo más importante, pese a sus posteriores afirmaciones en *Mein Kampf* y otros lugares, no había todavía señal de ningún tipo de antisemitismo. En su regimiento había casi sesenta judíos identificables, un número superior al de la proporción de ellos presente en la población en general, algunos de los cuales, como Georg Dehn, fueron condecorados. [47] No existen pruebas correspondientes a esta época de ningún choque entre estos hombres y Hitler. Más aún, su posterior trato («relativamente») benevolente a Bloch y los judíos con los que había prestado servicio en la guerra –incluido el propio Gutmann, una vez que fue consciente de la situación– sugiere una ausencia de animadversión personal contra ellos. [48] De hecho, el que fuera su superior, el comandante Fritz Wiedemann, que más tarde se convertiría en ayudante de Hitler, escribió poco después del comienzo de la Segunda Guerra Mundial que «con la aquiescencia del Führer él había ayudado a varios combatientes judíos del 16º Regimiento Bávaro de Infantería y permitido su emigración». [49] En resumen, al final de la guerra, Hitler tenía el «mundo de enemigos» en su punto de mira. La lucha contra los judíos, en su vertiente capitalista o comunista, todavía no había comenzado, ni tampoco Estados Unidos había sido declarado explícitamente uno de sus blancos.

3

La «colonización» de Alemania

Los años inmediatos de la posguerra constituyeron un periodo de deshonra nacional para Alemania. Con su monarquía en el destierro, despojado de grandes franjas de territorio por el acuerdo de Versalles, y bajo la carga de una enorme factura por reparación de daños, el Reich se hundió en un estado de profunda perturbación económica, política y psicológica. Los soldados extranjeros, algunos de ellos hombres de color, ocuparon partes importantes del país. Alemania se había enfrentado al mundo y había perdido; muchos opinaban que ahora no era más que una colonia del sistema global. La esencia biológica misma del pueblo alemán parecía estar en riesgo, mientras se debatía contra el continuado bloqueo y la perspectiva de un empobrecimiento a largo plazo. Hitler experimentó estas penurias tanto personal como políticamente. Su situación era aún más marginal que la de la mayoría. Tras las turbulentas secuelas de la guerra, le costó abrirse camino. Por otra parte, Hitler estaba aún más preocupado que la mayoría de los alemanes por el estado del Reich. Buscaba respuestas y no tardó en encontrarlas. Hitler identificó la causa originaria de la humillación de Alemania en el poder de Angloamérica y el capitalismo internacional judío, que se valía de diversos instrumentos, en concreto del comunismo revolucionario, para mantener sometido al Reich. Con la ayuda de otros, pero esencialmente guiado por su propia motivación, Hitler empezó a desarrollar una ideología para encontrar sentido al mundo que le rodeaba. A finales de este periodo, Hitler había llevado a cabo un exhaustivo diagnóstico de los males del Reich, pero le faltaba aún encontrar la cura. Dado lo hondo que Alemania había caído, Hitler preveía que el resurgimiento nacional tardaría generaciones en llegar.

Poco después de que la guerra terminara, Hitler recibió el alta hospitalaria. Regresó a la capital bávara, no por decisión personal, sino porque así se lo ordenaron. En todo caso, habría tenido que volver a la ciudad para la disolución oficial de su unidad. A diferencia de la mayoría de los soldados alemanes, Hitler no trató de que le desmovilizaran cuanto antes. [1] Por el contrario, fue destinado al Batallón de Reemplazo del 2º Regimiento

Bávaro de Infantería en Múnich. Más adelante Hitler haría referencia a sus *seis* años de uniforme, [2] más que a los *cuatro* años de guerra, sugiriendo que consideraba la continuación de su lucha a partir de noviembre de 1918 como parte de su prestación militar. Como muchos de los que siguieron llevando uniforme, y también muchos civiles, Hitler seguía psicológicamente en pie de guerra. Esto no resultaba sorprendente, dado el continuo bloqueo aliado y la posibilidad de volver a la guerra en caso de que las condiciones de la paz resultaran demasiado onerosas. [3] Es significativo que no se uniera a un *Freikorps* paramilitar ni a ninguna de las formaciones de vigilancia de fronteras que combatían a los vecinos de Alemania por el este, refugios habituales de los poseedores de un recio espíritu «nacional». [4] Hitler no trató de oponerse al breve gobierno radical de izquierdas del gabinete de Kurt Eisner, durante abril-mayo de 1919, e incluso es posible que simpatizara con él. [5]

Entonces sobrevinieron tres acontecimientos determinantes. En primer lugar, Hitler fue elegido por sus mandos para prestar servicio en la sección del ejército dedicada a propaganda y «educación», dirigida por el capitán Karl Mayr. [6] Esto indica el entendimiento por su parte de que Hitler tenía aptitudes para este tipo de trabajo. Parte del verano de 1919 lo pasó realizando un curso de formación en el Reichswehr para su nuevo puesto, que incluía un periodo de asistencia a una serie de conferencias dadas en la Universidad de Múnich. [7] Esta «formación» incluía advertencias sobre los peligros del bolchevismo, quejas sobre la caída de Alemania respecto a su poderoso estatus anterior, de la que se culpabilizaba en parte a las maquinaciones de los judíos, y también unas clases impartidas por Gottfried Feder sobre la necesidad de romper con la «servidumbre de la deuda» y los ataques al capitalismo financiero. Otras conferencias versaban sobre la asfixia económica a la que Alemania se veía sometida por el lado occidental. [8] El historiador Karl Alexander von Müller se refería al abrumador poder de Angloamérica y a los peligros de la «dominación por parte del mundo anglosajón». [9] Dicho esto, Hitler no se limitaba a ser el receptor pasivo del mensaje del Reichswehr, entre otras cosas porque los conferenciantes con frecuencia se contradecían unos a otros. [10] Como veremos, su ideología emergente difería de ellos en aspectos importantes, especialmente en el énfasis aún mayor que él ponía en el anticapitalismo y en sus peculiares puntos de vista sobre política exterior.

En segundo lugar, Hitler fue elegido *Vertrauensmann* –representante del soldado (literalmente, «persona de confianza»)–, un cargo creado por la Alta Comandancia para mejorar las comunicaciones y relaciones con la tropa. [11] Esto demuestra que para ese momento ya debía de haberse ganado

el apoyo de una parte importante de sus compañeros.

El tercer acontecimiento fue la noticia de la conclusión de las humillantes condiciones del Tratado de Versalles a finales de junio de 1919, cuyas líneas básicas generales ya eran conocidas desde primeros de mayo. [12] Uno de los antiguos camaradas de Hitler recordaría más adelante haberle visto ponerse a estudiar el tratado en cuanto se hizo público. [13] Los detalles eran cruciales, porque hasta aquel momento las nefastas consecuencias territoriales y financieras de la guerra aún no se habían hecho evidentes. Es más, incluso después de conocerse los términos, muchos los consideraron tan onerosos que el gobierno del Reich retomaría la guerra antes que aceptarlos. [14] Este fue el motivo, un acto de guerra y no el despecho, que hizo que el comandante de la flota imperial alemana que se había internado en Scapa Flow, en las Islas Orcadas, decidiera hundirla antes de que se pudiera utilizar para coaccionar a Alemania. Tras un encendido debate, la Asamblea Nacional decidió aceptar el tratado en julio de 1919. A raíz de ello, en muchas ciudades alemanas, incluida Múnich, se registraron graves problemas de orden público.

El 20 de agosto de 1919, Hitler participó por primera vez en un debate celebrado en su unidad del Reichswehr; tres días después, pronunció un discurso entero sobre «términos de paz y reconstrucción». Esta es la primera declaración política importante de Hitler de la que se tiene noticia. El texto, lamentablemente, no ha sobrevivido, aunque su esencia puede deducirse de comentarios realizados no mucho más tarde; sobre esto volveremos más adelante. Al día siguiente, existe constancia de que Hitler habló del tema «emigración». [15] Dos días después, un informe del Reichswehr afirma que Hitler había dado «una conferencia muy buena, clara y enérgica… sobre capitalismo, durante la cual ha tratado brevemente el tema de la cuestión judía, como no podía ser de otro modo». [16] Esta es la primera referencia de Hitler a los judíos de la que existe constancia, y fue hecha dentro del contexto del capitalismo, [17] no del bolchevismo o la Revolución alemana. Que el hecho no es casual queda demostrado por la hoy famosa carta que escribió a Adolf Gemlich tres semanas después, el 16 de septiembre de 1919.

La «carta a Gemlich», que constituye el primer texto político extenso de Hitler que se conserva, [18] definía el «problema» judío en parte como una cuestión médica. Hitler denominaba a los judíos «la tuberculosis racial de los pueblos». En parte, definía el problema en términos políticos, presentando a los judíos como las «fuerzas impulsoras de la revolución» que había provocado la caída de Alemania. Con ello se refería no solo a lo acaecido en 1917 en Petrogrado, sino a los comités de trabajadores y

soldados de 1918 en Alemania. Pero el énfasis principal de Hitler recaía en otro aspecto completamente diferente del «problema». Su antisemitismo inicial tenía un origen profundamente anticapitalista, más que anticomunista. [19] Hablaba de las «danzas en torno al becerro de oro», del encumbramiento del dinero, el «poder del dinero», etcétera. Hitler destacaba la afinidad transnacional entre los judíos alemanes y los de Polonia y Estados Unidos. Los judíos, sostenía, no se describen como alemanes judíos, polacos judíos o estadounidenses judíos, sino «siempre como judío, alemán, polaco o americano». Todavía entonces, dos años después de la Revolución rusa, no parece que tuviera nada que decir sobre el comunismo, el bolchevismo y la Unión Soviética. [20] En otras palabras, Hitler se hizo enemigo de los judíos antes de declararse públicamente enemigo del bolchevismo ruso.

Nada de ello resulta especialmente sorprendente. El antisemitismo en general, y el anticapitalismo antisemita en particular, venían siendo una constante en la política y el pensamiento político alemanes desde finales del siglo XIX . [21] Su presencia estaba firmemente asentada en los partidos de la derecha alemana y en organizaciones como el Deutsch-Nationale Volkspartei (DNVP), la Sociedad Thule y la Liga Pangermanista. Algunos grupos, como el Kampfbund gegen Zinsknechtschaft (Liga para el Quebrantamiento de la Esclavitud de la Deuda) y los Völkische Gewerkschaften (Sindicatos del Pueblo), iban específicamente dirigidos contra el capitalismo «judío». [22] Más concretamente, la hostilidad hacia al capitalismo internacional, fuerza a la que se le atribuía la derrota de Alemania, dominaba el mensaje que Hitler había escuchado a los adoctrinadores del Reichswehr. De una forma u otra, en Alemania, y quizás en Europa más en general, el antisemitismo y el anticapitalismo (internacional) han sido históricamente inseparables. En el caso de Hitler, es prácticamente imposible hablar de lo uno sin hablar de lo otro.

Entre sus primeras conferencias al *Aufklärungskommando* y su carta a Gemlich, Hitler también realizó su primera intervención en un debate «casi» público en el Sterneckerbräu, en Múnich. El 12 de septiembre de 1919 le enviaron como observador a una reunión del marginal Partido Obrero Alemán (DAP). Cuando uno de los presentes entre el público, el profesor Adalbert Baumann, defendió la separación que preconizaban los bávaros del sur de Alemania del Reich, [23] Hitler le atacó enérgicamente y de hecho sacó a su antagonista de la sala. Anton Drexler, presidente de la división de Múnich del DAP , comentaría más adelante con admiración: «Madre mía, qué pico de oro. Podría sernos útil». [24] El encuentro fue trascendental en dos sentidos. Primero, tuvo como consecuencia la entrada

de Hitler en el partido a finales de ese mismo mes, quizás a petición de Mayr, [25] pero más probablemente por su propia decisión. [26] Rápidamente se convirtió en uno de sus oradores más aclamados, aunque al principio le hicieran todavía sombra Dietrich Eckart y Gottfried Feder. En segundo lugar, la discusión con Baumann fue la primera de un enfrentamiento cada vez más duro entre Hitler y los separatistas bávaros y particularistas indignados por la reducción de derechos que la Constitución de Weimar establecía para los que habían sido estados constituyentes de la Alemania imperial. [27]

A partir de mediados de noviembre de 1919, Hitler organizó una serie de ataques a gran escala en discursos públicos sobre el principal enemigo –«las absolutas enemigas Inglaterra y América»–. Era Inglaterra la que se había mostrado decidida a evitar el ascenso de Alemania al poder mundial, para no hacer peligrar su «monopolio mundial». «Esa fue también la razón», afirmaba Hitler, «para que nos hicieran la guerra. Y ahora, América. Como país adinerado tenía que intervenir en la guerra para no perder el dinero que había prestado». [28] Y en este punto establecía el vínculo entre su crítica anticapitalista y el comportamiento hostil de la coalición occidental. Esto guardaba estrecha relación con el antisemitismo de Hitler. «Los americanos ponen los negocios por encima de todo. El dinero es dinero, aunque esté bañado en sangre. El bolsillo es lo más sagrado que tiene un judío», afirmó, añadiendo: «América habría atacado con o sin submarinos». [29] Lo que llama la atención aquí es que los términos «americanos» y «judíos» se utilizaban casi indistintamente.

Si la profunda hostilidad hacia las potencias anglosajonas venía determinada por su antisemitismo, a la vez era diferente y, lo que es clave, anterior a ella. No en vano, Hitler se había pasado casi toda la guerra luchando contra los «ingleses», y al final, también contra Estados Unidos. Hitler ya se había convertido en enemigo de los británicos –y de los americanos– antes de convertirse en enemigo de los judíos. [30] De hecho, se hizo enemigo de los judíos en gran medida debido a su hostilidad hacia las potencias capitalistas angloamericanas. Hitler no pudo ser más claro: «Luchamos contra el judío», declaró durante una asamblea pública a principios de enero de 1920, «porque el judío impide la lucha contra el capitalismo». [31]

El resto de los enemigos de Alemania, en cambio, formaban parte de una segunda, y algo más amable, categoría. Los rusos y los franceses, según sus argumentos, se habían convertido en enemigos «a causa de su desafortunada situación o de otras circunstancias». [32] Hitler no era en modo alguno desconocedor de la dimensión de la enemistad francesa, pero

sorprende que en sus alocuciones se extendiera mucho más sobre los términos del tratado y sobre el bloqueo que sobre las pérdidas territoriales ante los vecinos inmediatos de Alemania. Este interés en la fuerza de los angloamericanos, y cada vez más de Estados Unidos, con o sin antisemitismo, era sin lugar a dudas inusual en Alemania, e incluso en Europa en general. Reflejaba una preocupación mucho más amplia respecto al inmenso poder de Estados Unidos en el mundo posterior a la guerra. 33 Como veremos más adelante, todo el pensamiento de Hitler y las políticas del Tercer Reich a partir de 1933 fueron esencialmente una reacción a esto.

Indagar en la derrota fue clave para la visión mundial de Hitler. Las supuestas fracturas en la sociedad alemana desempeñaron un importante papel en este sentido, el «internacionalismo interno» al que se había referido ya durante la guerra. Con él Hitler identificaba en primer lugar a los socialdemócratas y los socialistas independientes (USPD), quienes presuntamente ponían la lealtad a sus camaradas de clase por encima de su lealtad a la nación; era a su internacionalismo, no a su socialismo, al que Hitler se oponía. Era la misma preocupación que le producía el capitalismo, que Hitler rechazaba en general, pero, como veremos, no necesariamente en su versión «nacional» local. También apuntaba contra el particularismo alemán, especialmente en Baviera, que amenazaba la integridad del Reich. El principal enemigo interno, no obstante, eran los judíos, que habían «apuñalado a Alemania por la espalda», aunque rara vez Hitler utilizó exactamente esta expresión. 34 Todo ello ha contribuido a dar la impresión de que Hitler, como muchos otros alemanes, pretendía culpabilizar de la derrota principalmente a los chivos expiatorios internos más que a la fuerza de la Entente. De hecho, Hitler nunca suscribió la explicación monocausal doméstica del desastre y gran parte de su pensamiento, especialmente su posterior búsqueda del *Lebensraum* , sería inexplicable en tal caso. Eliminar a los judíos y poner fin a las desavenencias domésticas dentro de Alemania eran condiciones necesarias pero no suficientes para el resurgimiento del Reich.

Hitler era consciente de la fortaleza industrial del Imperio británico y de Estados Unidos, pero desde su punto de vista, la lucha contra los angloamericanos durante la Primera Guerra Mundial no se decidió solo por los factores materiales. Su visión de la política internacional se centraba básicamente en lo humano. En opinión de Hitler, el final del siglo XIX y los inicios del XX habían constituido una épica competición demográfica que el Imperio alemán había perdido sin paliativos. No había conseguido proporcionar una salida al exceso de población ni mediante una expansión económica ni tampoco territorial, con el resultado de que millones de

alemanes habían tenido que emigrar. Mientras tanto, sus enemigos habían construido enormes imperios que podían invertir en fuerzas para los campos de batalla de Europa. Hitler lamentaba «que la Entente enviara fuerzas auxiliares extranjeras a derramar su sangre en los campos de batalla europeos». 35 Él personalmente había tenido experiencia de ello cuando se enfrentó con soldados de las Indias (británicas) en 1915 y con zuavos argelinos (franceses) en 1918. La preocupación de Hitler se agravó cuando vio a africanos y marroquíes formar parte de las fuerzas de ocupación francesas en la década de 1920. Acusó a Francia de que «solo estaban esperando la llegada de la estación cálida para lanzar un ejército de 800.000-900.000 negros sobre [nuestro] país y con ello rematar su tarea de sometimiento y violación de Alemania. 36 La preocupación de Hitler no era solo racial, sino estratégica: la de que Francia utilizara sus recursos humanos de África para oprimir a Alemania, un arma de la que Alemania ya no disponía al haber perdido su mucho más reducido imperio como consecuencia de la guerra.

La principal amenaza que representaban los imperios europeos, no obstante, no era el despliegue de «súbditos de otras razas», sino de las colonias de pobladores blancos. Algunos de los soldados más sobresalientes de las tropas británicas en el frente occidental habían llegado desde Canadá, Australia y Nueva Zelanda. Eran numerosos, estaban bien alimentados, en buena forma, altamente motivados y a menudo se mostraban extremadamente violentos. 37 Todavía peor le parecía el hecho de que los alemanes que el Reich había exportado durante el siglo XIX por carecer de suficiente tierra para poder alimentarles hubieran vuelto convertidos en soldados estadounidenses para luchar contra Alemania. En discursos posteriores, como veremos, Hitler volvió varias veces sobre el momento en el que se encontró con sus primeros prisioneros americanos. La cuestión de la emigración fue el tema de su segundo discurso más importante, pronunciado en septiembre de 1919, y también estuvo presente en su siguiente disquisición, que trató de la colonización interna de Alemania. Sus pensamientos sobre este asunto impresionaron hasta tal punto a su valedor, el capitán Mayr, que este anunció su intención de «publicarlo en prensa, bien en forma resumida o completa». 38 La emigración formaba parte de la vida cotidiana en la Alemania de la posguerra, hasta tal punto que un periódico de Múnich, *Der Auswanderer* («El emigrante»), estaba dedicado por completo a este tema. 39

En todo caso, aunque la preocupación de aquella época por el tema de la emigración fuera mucho más allá de Hitler, no parece que recibiera una especial atención en el análisis general de la guerra. Constituye por tanto

una aportación particular suya al debate sobre el resurgimiento alemán y una de las lecciones más importantes que él extrajo de la guerra. En adelante, la cuestión de la emigración, y el problema americano asociado con ella, fue fundamental en el pensamiento de Hitler.

Lo que curiosamente estuvo ausente del pensamiento de Hitler inmediatamente posterior a la guerra, y de hecho durante bastante tiempo más, fue una preocupación seria por el poder ruso o por la Unión Soviética. [40] En realidad, no resulta sorprendente, dado que el principal enemigo de Alemania habían sido los aliados occidentales mientras que, de hecho, Rusia había sido derrotada en 1917. A Hitler ni siquiera le preocupaba el comunismo como amenaza externa. El impacto del exiliado báltico y feroz antibolchevique Alfred Rosenberg durante este periodo no fue significativo y, en todo caso, los dos no se conocerían hasta meses más tarde. [41] Como muchos alemanes, [42] Hitler veía el bolchevismo como una enfermedad, que había dejado a Rusia incapacitada para la guerra y minado la resistencia alemana un año después. Él no temía una invasión soviética, ni siquiera tras la victoria de los rojos en la guerra civil. Lo que Hitler temía en cambio era que el comunismo destruyera los últimos vestigios de la soberanía alemana frente a la Entente. «No debemos temer la amenaza de la avalancha bolchevique como resultado de las victorias bolcheviques en los campos de batalla», advertía, «sino más bien como resultado de una subversión planificada de nuestro propio pueblo», que les dejaría en manos de las altas finanzas internacionales. [43] Resulta significativo que Hitler no gastara saliva hablando de la Unión Soviética en sus primeras declaraciones de 1919, salvo para predecir que estaba destinada a ser una «colonia de la Entente». Esto quiere decir que, para Hitler, el capitalismo y el comunismo no eran simplemente dos caras de la misma moneda antisemita. El bolchevismo era claramente una fuerza subordinada. Su función en el sistema plutocrático angloamericano era socavar las economías nacionales de los estados independientes y prepararlas para ser tomadas por las fuerzas del capitalismo internacional.

En cambio, a Hitler le preocupaba mucho el separatismo alemán, especialmente en Baviera. En enero de 1920, durante uno de los discursos más importantes de sus comienzos, Hitler atacó no solo el separatismo, sino más específicamente el «particularismo» bávaro, cuyas aspiraciones federales eran más moderadas. Estas, afirmaba, solo podían beneficiar a los que deseaban «demoler» el Reich en Múnich, Berlín, París y Londres, y formaban parte de una política de «acorralamiento». Hitler condenaba el sentimiento antiprusiano, muy extendido por todo el espectro político bávaro. Es más, consideraba la diferenciación entre separatismo y

federalismo, en la que muchos bávaros insistían, como una distinción carente de diferencia. El *Rosenheimer Tagblatt* se quejaba de que «Hitler había llevado a cabo un intolerable intento por distraer al público al declarar que el federalismo era más o menos sinónimo del separatismo».

En el aspecto retórico, Hitler rechazaba la alternativa de un «Estado unitario o federal» en favor de un «Estado unido contra el mundo externo» a fin de evitar que la patria fuera invadida por sus enemigos raciales. En esta misma tónica, condenaba la idea de la «Confederación del Danubio», que según él obligaría a Baviera a depender del carbón checo o francés. «Mejor una Gran Alemania bolchevique», bramó Hitler en un mitin del partido, «que un sur de Alemania dependiente de los franceses y los checos». 44 Se trataba de una afirmación muy reveladora, ya que en ella quedaba patente su consideración del particularismo bávaro como una amenaza mucho mayor –o al menos más inmediata– que el comunismo. Hitler era claramente partidario de un Estado unitario. Su absoluto rechazo al federalismo distinguió al Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP) no solo de gran parte de la derecha moderada, sino también de muchos que se sentían cercanos al nacionalsocialismo en todo lo demás. En una carta al doctor Walter Riehl, nacionalsocialista austriaco pero contrario al *Anschluss* , exponía su postura con más detalle. A diferencia de otros partidos, Hitler ponía «gran énfasis en la unificación completa de todas las tribus alemanas con independencia de su nacionalidad previa». Solo esto, aseguraba Hitler, «permitiría al pueblo alemán ocupar la posición en el mundo que merecía por número y cultura». Ello exigía, continuaba Hitler, «un punto central acordado de toda la organización y la administración del Estado». 45

También estaba en gran medida ausente del pensamiento de Hitler de entonces cualquier eslavofobia reseñable, al menos en las declaraciones de esa época que nos han llegado, 46 aunque a buen seguro compartía la indignación patriótica contra las reivindicaciones del nuevo Estado polaco. 47 Calificó al líder nacionalista polaco Korfanty de «jefe de una banda de ladrones, asesino y sacaojos polaco» y a sus seguidores de «escoria del bandidaje polaco». 48 «Toda la política polaca de Bethmann-Hollwegs», afirmó, en referencia al enfoque anterior a 1918, «estaba traspasada por su incapacidad para comprender el odio nacional polaco. El establecimiento del Estado polaco fue el mayor crimen cometido contra el pueblo alemán». 49 Los comentarios de Hitler a este respecto se basaban en consideraciones nacionales no raciales, al igual que tiempo más tarde su supuesta preocupación por los checos de Viena –basada exclusivamente en sus propias afirmaciones posteriores en *Mein Kampf* – estaban expresadas en

términos nacionales más que raciales. Curiosamente, se negó a permitir a los miembros del NSDAP que se unieran a las revueltas antipolacas acaecidas en la Alta Silesia, 50 que evidentemente él consideraba una distracción. Por entonces, Hitler consideraba a los eslavos víctimas del capitalismo judío, un destino que compartían con los alemanes, y esperaba la restauración del «verdadero» espíritu ruso en la Unión Soviética. Todavía no había dado señal alguna de albergar ninguna ambición territorial en el este. La compasión, y no la hostilidad, era en aquel momento el principal sentimiento de Hitler hacia los rusos.

A finales de marzo de 1920, Hitler se quitó para siempre su uniforme del ejército. Llegado ese momento, algunas de las líneas más importantes de su visión mundial, expresadas coherentemente tanto en su correspondencia privada como en concentraciones públicas y artículos de periódico, eran ya claramente visibles: el temor a los aliados occidentales (en especial a Inglaterra), una profunda inquietud demográfica respecto a Estados Unidos, una violenta hostilidad hacia el capitalismo internacional, una percepción de los efectos subversivos del socialismo y el comunismo y, por supuesto, un virulento antisemitismo. Ninguno de estos sentimientos se había hecho visible antes de 1914. El temor a Inglaterra y al «mundo de enemigos» fue expresado por vez primera al inicio del conflicto. El resto fue respuesta no solo a la derrota en sí, ni siquiera a la revolución, sino a las consecuencias de la derrota. Fue el acuerdo de Versalles el que dejó claro el significado del 18 de noviembre. Este fue el tema al que dedicó su primer discurso político conocido, y sus consecuencias dominaron su pensamiento posterior. A diferencia de la mayoría de los nacionalistas, las pérdidas territoriales fueron lo que menos le importó a Hitler: como hemos visto, le preocupó mucho más el impacto a largo plazo de la esclavitud que suponía la deuda perpetua, el bloqueo continuado y que todo ello acarreara un aumento de la emigración. Dicho de otro modo, no fue la guerra la que hizo a Hitler, ni siquiera la revolución, sino la paz.

A principios de 1920, Hitler había encontrado dos nuevos hogares. Nada más dejar el ejército, encontró alojamiento como realquilado de Ernst y Maria Reichert en Thierschstrasse nº 41, en el barrio de Lehel, dentro del casco antiguo de Múnich. Se trataba de un cuarto muy modesto, en un vecindario de clase media-baja. Hitler era un inquilino de trato fácil, que nunca cerraba la puerta y dejaba a los Reichert usar su gramófono y sus libros durante sus frecuentes ausencias. No sabemos cuáles eran exactamente sus lecturas, pero los libros más manoseados de su colección

son los relacionados con la historia y el arte, mientras que los que tratan temas de raza o ciencias ocultas dan la impresión de no haber sido leídos. 51 Hitler se daba sus baños en el cercano Müllersches Volksbad. Uno de sus vecinos era Hugo Erlanger, un judío veterano de la Primera Guerra Mundial, que regentaba una tienda de ropa y artículos de deporte en el bajo. Había comprado el edificio entero dieciocho meses antes, por lo que él era el verdadero casero de Hitler. 52 Los dos se encontraban con bastante frecuencia y se saludaban educadamente; Erlanger –que más tarde sería expropiado por el Tercer Reich– no recordaba después ninguna hostilidad por parte de Hitler. Esto plantea una interesante cuestión sobre la política y la personalidad de Hitler. Claramente, su visceral antisemitismo tenía un componente abstracto que no le impedía establecer relaciones personales cordiales con judíos concretos, lo que por supuesto constituye un fenómeno nada infrecuente entre los antisemitas, tanto de entonces como de después.

Su nuevo hogar profesional y político era el DAP , rebautizado como Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP) durante 1920. Hitler para entonces ya era conocido en la escena de la derecha local. A mediados de marzo de 1920, mientras técnicamente aún continuaba prestando su servicio militar, Hitler acudió a petición de Mayr a Berlín, en el momento álgido del *Kapp putsch* o golpe de Estado de Kapp, donde Dietrich Eckart le presentaría a Erich Ludendorff, el legendario general de la Primera Guerra Mundial. No existen pruebas de que Hitler tuviera planeado tomar el mando del partido en ese momento, o de que lo viera como un instrumento para hacerse con el poder. Desde su ingreso en el NSDAP el crecimiento del partido fue sin duda notable y su composición social era claramente heterogénea, 53 aunque las cifras totales seguían siendo modestas. La expansión regional fue lenta: la primera sede del partido fuera de Múnich se estableció en Rosenheim en abril de 1920 y cuatro meses después (agosto de 1920) en Starnberg. A finales de 1919 contaba solo con 195 miembros. En julio de 1920 sumaban 1.100 y a finales de año más de 2.000. Pero todavía no era lo suficiente para tener un impacto electoral, y, en todo caso, Hitler rechazaba cualquier intento de entrar en el Parlamento por «razones morales y financieras». 54

Hitler opinaba que la organización política sin propaganda era inútil. 55 Su principal preocupación en este sentido era utilizar el partido como una plataforma para ir diseminando y madurando sus ideas. En febrero de 1920 se dedicó a la elaboración del programa de veinticinco puntos del NSDAP (entonces aún técnicamente DAP), aunque no está claro que él pudiera adjudicarse la única autoría. 56 Los primeros cuatro puntos trataban de integridad nacional, política exterior y expansión territorial; los cuatro

siguientes sobre raza, básicamente de restricciones dirigidas a los judíos. Hitler retomó la idea de «autodeterminación» de Wilson con su llamada a la «unificación de todos los alemanes en una Gran Alemania basada en los derechos de los pueblos a su autodeterminación». 57 Además, exigía «tierra y suelo (colonias) para la alimentación y asentamiento de nuestro excedente de población», primera declaración documentada de lo que posteriormente se convertiría en el concepto *Lebensraum* . La localización geográfica de estas futuras «colonias» no se especificaba, pero por lo que parece en aquel momento Hitler pensaba en territorios de ultramar. En puntos posteriores atacaba la «esclavitud de la deuda» y hacía un llamamiento a quebrantarla y nacionalizar grandes trust industriales, y defendía el aumento de las ayudas sociales a la tercera edad así como reformas territoriales que incluían la expropiación con fines públicos y un fuerte poder centralizado del Reichstag que le permitiera legislar para todas las regiones. En lo que respecta al ámbito nacional, el programa se centraba en los judíos, el capitalismo y el separatismo alemán, más que en el comunismo en sí. En materia de política exterior, el programa no ponía tanto el blanco en la Unión Soviética como en las potencias occidentales, exigiendo espacio vital no al este, sino en las colonias de ultramar, de las que entonces habían dejado fuera a Alemania.

Hitler prestaba una especial atención a la iconografía en la que se apoyaba el mensaje. Una esvástica negra, diseñada por él, sobre un círculo blanco y un fondo rojo, fue presentada por primera vez como emblema oficial del partido en un mitin celebrado en Salzburgo en agosto de 1920. 58 En una de sus primeras y escasas incursiones en el ocultismo, Hitler alababa la esvástica como un «símbolo del sol» que representaba el «culto» a la luz en una «comunidad basada en la cultura aria» no solo en Europa, sino también en la India y en Japón. El uso del tradicional negro imperial, el blanco y los tonos rojos constituía una calculada afrenta al negro, el rojo y el amarillo de la bandera de Weimar. «El rojo es social», explicaría más adelante, «el blanco es nacional y la esvástica es antisemita». 59 Con la colocación del símbolo en diagonal, Hitler transmitía claramente una sensación de dinamismo y movimiento. 60 Cuatro meses más tarde, supervisó la compra del periódico *Völkischer Beobachter* y la editorial Franz Eher Verlag, financiada en parte por un préstamo procedente de fondos para sobornos del Reichswehr concedido por Dietrich Eckart, que proporcionó al partido una plataforma mediática con una tirada de entre 8.000 y 17.000 ejemplares tres veces a la semana; tras muchos altibajos, el *Völkischer Beobachter* empezó a publicarse diariamente el 8 de febrero de 1923. 61 Como principal órgano del NSDAP , el periódico publicaba

noticias sobre las actividades del partido, pero a la vez era el vehículo de comunicación directo entre Hitler y sus bases, lo que le servía a él para ensayar y reforzar su mensaje ideológico. 62 El partido también promovió a Hitler como líder «carismático», destinado a sacar a Alemania de su situación de sometimiento. 63

Durante los siguientes quince meses, Hitler se volcó en un intenso programa de discursos programáticos por las principales cervecerías de Múnich, para los que previamente practicaba sus gestos delante de un espejo. A finales de ese año, había hecho veintisiete apariciones en Múnich y doce fuera de Múnich, incluyendo Bad Tölz, Rosenheim e incluso Stuttgart. La audiencia podía oscilar entre unas 800 y 2.000 personas. Durante finales de septiembre y primeros de octubre de 1920, Hitler realizó varios viajes a Austria para apoyar la campaña electoral del Partido Nacionalsocialista en el vecino Wurtemberg. A principios de 1921, unas 5.600 personas asistieron a un discurso sobre Versalles que pronunció en el Zirkus Krone. Un testigo presencial, su primer biógrafo, Konrad Heiden, recordaba más adelante que el secreto del éxito de sus discursos radicaba en que los asistentes se convertían en «participantes» en lugar de ser meros «oyentes». 64

Hubo algunos tropiezos. El intento oportunista de Hitler de dirigirse, sin haber sido invitado, a una multitud de 20.000 personas en Múnich durante un acto celebrado en el Feldherrnhalle en febrero de 1921 se vio frustrado cuando las nutridas bandas de música empezaron a tocar nada más comenzó a hablar. 65 Cabe recordar también que muchos miembros no habían visto ni oído a Hitler en persona. 66 En general, no obstante, su perfil fue creciendo de forma constante y empezó a imponerse sobre el de los oradores más conocidos, como Gottfried Feder y Dietrich Eckart, como el rostro público del partido. Pese a su aura un tanto misteriosa –Hitler se negaba a que le tomaran fotografías–, se había convertido en un «nombre» reconocible entre los políticos bávaros. Su relación con el Reichswehr en Baviera, que había sido en realidad su incubadora, continuó siendo buena incluso después de que dejara sus filas. A mediados de mayo de 1921, Hitler se reunió con el primer ministro, Gustav von Kahr, lo que supuso su reconocimiento político por parte de la Baviera «oficial». 67 Lo había logrado.

Hitler se había unido a un partido ya existente, no había fundado uno nuevo. Esto significaba que tenía que trabajar en colaboración con otros y dentro de unas estructuras que todavía entonces no estaban bajo su control, y ni siquiera dominaba. El sistema colegiado del partido fue establecido por el propio Hitler, que redactó su reglamento en diciembre de 1919. «Los

objetivos del partido son de tal alcance», escribió, «que solo se lograrán a través de una organización tan rígida como flexible». [68] Argumentaba que el comité de dirección del partido solo podía actuar con eficacia si contaba con la confianza de su masa social y la confianza mutua. «La primera», decía, «requiere que todos los miembros del comité, incluido su presidente, sean elegidos por los miembros en asamblea abierta». «La segunda», proseguía Hitler, «excluye cualquier forma de control a través de un gobierno superior o paralelo, ya se trate de un círculo o de una logia». Dicho de otro modo: disciplina sí, dictadura no. La primera forma organizacional del partido fue por tanto cuasidemocrática, entre otras cosas porque la ley de asociación alemana no permitía otra cosa a Hitler y sus colegas.

Durante este periodo, Hitler colaboró con una serie de figuras, no todas las cuales eran miembros del partido, de una manera informal y a menudo no jerárquica. Su más estrecho colaborador era Rudolf Hess, un veterano de la Primera Guerra Mundial que se había criado en Egipto; la fecha de su primer encuentro (ocurrido probablemente en mayo de 1920) es objeto de polémica, pero lo que sabemos a ciencia cierta es que se unió al NSDAP en julio de 1920. [69] Un interlocutor clave fue el oficial del Reichswehr Ernst Röhm, cuyos encuentros constan desde principios de 1920, si bien los primeros contactos pudieron producirse mucho antes. [70] Hitler trataba a menudo con el personal del *Völkischer Beobachter* , en especial con su director, el dramaturgo Dietrich Eckart, y su ayudante Alfred Rosenberg, un refugiado germano-báltico de la Revolución rusa que influiría en la visión de Hitler sobre la Unión Soviética; [71] el editor era su viejo camarada de regimiento Hermann Esser. En un gesto nada habitual en él, Hitler reconoció su deuda con Eckart, por la ayuda que este le había prestado con el *Völkischer Beobachter* , y con Rosenberg, por su «profundización teórica en el programa del partido». [72] A finales de 1920, Hitler conoció a Max Erwin von Scheubner-Richter, [73] que siendo cónsul de Alemania en la ciudad de Erzurum, en Anatolia Oriental, había presenciado con horror la masacre de los armenios durante la Primera Guerra Mundial. Es probable que procediera de él la determinación por parte de Hitler de que los alemanes no se convirtieran en «un pueblo como el armenio», esto es, el blanco de los opresores extranjeros. [74] Por la misma época, Hitler conoció también a Gregor Strasser, un farmacéutico de Landshut. La única disputa importante la mantuvo con Karl Harrer, uno de los líderes originales del DAP , que quería que el partido continuara siendo una especie de secta, a diferencia de Hitler y Drexler, que querían crear un movimiento de masas. A principios de 1920, Harrer fue apartado y a finales del año siguiente

quedó completamente excluido.

Si bien probablemente Hitler era para entonces el miembro más conocido del partido, lo cierto es que todavía nada indicaba que aspirara a liderarlo. Tal vez se debiera a los largos plazos que él había previsto para alcanzar el poder en Alemania, el resurgimiento de la dignidad y la fuerza de la nación y la posterior reafirmación de la autoridad del Reich en la escena internacional. Dada la penosa situación del país inmediatamente después de Versalles, la recuperación sería un proceso muy lento. La necesidad más acuciante en ese momento, por tanto, no era la organización política, sino la recaudación de fondos y el trabajo propagandístico, con el fin de desarrollar y difundir el mensaje lo más posible. Probablemente esta sea la razón, más que cualquier intento por obligar al partido a aceptar su liderazgo sin restricciones, por la que, en diciembre de 1920, Hitler declaró su «dimisión permanente del comité [de dirección] del partido» y (esto resulta menos obvio) de su «Comité de Prensa». 75 Decía que estaba dispuesto a continuar hablando en nombre del partido dondequiera que fuera necesario. La idea de que podía hacerse con el control absoluto del partido al parecer procedió de otros y no de él. Drexler, por ejemplo, escribió a mediados de febrero de 1921 que «todo movimiento revolucionario debe tener una jefatura dictatorial y, por esta razón, considero a nuestro Hitler el candidato más indicado para nuestro movimiento». 76 Así que, durante aproximadamente los primeros dieciocho meses de su carrera política, la posición de Hitler fue un tanto indeterminada. Se convirtió en el principal portavoz y recaudador de fondos del partido, además de su imagen pública, pero sin ser su jefe y en algunos momentos sin ni siquiera formar parte de su comité de dirección.

Fue la amenaza a las ideas y el programa del partido, más que su posición personal, lo que llevó a Hitler a hacerse con el liderazgo del movimiento. 77 Anton Drexler y muchos otros creían que la mejor manera de abrirse camino en el concurrido ambiente nacionalista radical de la época era fusionarse con otros grupos de la misma ideología. Hitler se oponía a todas estas iniciativas, principalmente porque amenazaban con poner en riesgo lo que él consideraba el mayor activo del partido: su coherencia ideológica. El *casus belli* fue el deseo de Drexler de unir fuerzas con el Deutsch-Sozialistische Partei (Partido Socialista Alemán, DSP), cuyo centro de gravedad geográfico quedaba mucho más al norte, y que teóricamente proporcionaría al NSDAP un alcance también mucho mayor dentro de Alemania. Drexler analizó los posibles formatos de colaboración con el DSP en el congreso del partido celebrado en Zeitz, Turingia, a finales de marzo de 1921, y pocos meses más tarde, con el líder del DSP

franconiano, Julius Streicher. También entabló negociaciones con el ideólogo nacionalista radical Otto Dickel, jefe del Deutsche Werkgemeinschaft, miembro del NSDAP y portavoz ocasional del partido, que estaba tratando de fusionar todas las asociaciones antisemitas y nacionalistas radicales. 78 Hitler se opuso enérgicamente, entre otras cosas porque el DSP le había rechazado como miembro dos años antes, 79 y después de que sus intentos por evitar la fusión fracasaran, abandonó el partido el 11 de julio de 1921, exponiendo con bastante detenimiento unos días más tarde los motivos que le habían llevado a hacerlo. 80

El NSDAP , afirmaba, se había fundado partiendo de «una perspectiva racial extrema y rechaza cualquier forma de parlamentarismo», y así sigue siendo en su forma actual. Su pretensión era diferenciarse claramente de todos los demás «llamados movimientos nacionales» y había sido construido con la idea de librar «la batalla de terminar de una vez por todas con el dominio judío sobre nuestro pueblo». El NSDAP era también un «partido social, o más bien socialista», cuyos estatutos establecían que «la sede de su jefatura estaba en Múnich y en Múnich debe seguir, ahora y siempre». Este programa, continuaba Hitler, se había acordado como «inmutable e inviolable, frente a un auditorio de mil personas, y consolidado con cimientos graníticos en más de un centenar de mítines multitudinarios». 81 En aquel momento, afirmaba Hitler, estos principios habían sido violados por los planes de fusión con otro partido, por el acuerdo alcanzado en Zeitz de trasladar la sede a Berlín y por la idea de abjurar de ellos en favor del programa de Otto Dickel, que él rechazaba por «carente de significado, amorfo y amoldable». Específicamente, Hitler se oponía a la creencia de Dickel de que Inglaterra estaba saliendo de la dominación de los judíos y a su admiración por el judío Walther Rathenau. Él estaba interesado en la propaganda, no en la organización, y en el poder de las ideas, no en el poder burocrático.

Para regresar al partido, Hitler puso como requisito indispensable el cumplimiento de sus condiciones. En primer lugar, exigía la «convocatoria inmediata de una asamblea general extraordinaria de todos sus miembros» en un plazo máximo de ocho días, cuyo propósito era la sustitución del comité existente por otro de nueva elección que presidiría él. Además, Hitler reclamaba «poderes dictatoriales para la creación inmediata de un grupo de trabajo encargado de llevar a cabo una implacable purga en el partido de los elementos extraños» que se habían infiltrado en él. En segundo lugar, pedía «la aceptación irrevocable del principio de que la sede del movimiento estaba y seguiría estando en Múnich», y que el *Ortsgruppe* de Múnich sería su cuartel general hasta que pudiera establecerse una

organización a escala nacional. En tercer lugar, Hitler insistía en que no debería haber más «cambios de programa ni de nombre», al menos durante seis años; y que los que los promovieran serían expulsados. En cuarto lugar, decía que el NSDAP y el DSP no debían unir sus fuerzas. De hecho, determinaba que no habría fusión alguna con ningún grupo, sino en todo caso «absorciones» desprovistas de cualquier «concesión» por parte del NSDAP . En quinto lugar, Hitler establecía que cualquier negociación de este tipo podría ser vetada por él y que él elegiría quiénes podían representar al partido. Hitler aseguraba que si ponía estas condiciones «no es porque yo ansíe el poder», sino porque estaba convencido de que «sin un mando férreo» el partido no tardaría en degenerar de Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán en una mera «Liga Occidental». Desde el primer momento, Hitler había querido controlar el mensaje más que al partido, pero entonces se dio cuenta de que lo primero no podía conseguirse sin tener garantizado lo segundo.

No está muy claro si Hitler dimitió con la intención de forzar la obtención del liderazgo, o si se fue desesperado y decidido a dictar sus propias normas solo después de que los varios intentos para convencerle de que regresara demostraran la fortaleza de su posición. En todo caso, sus exigencias eran más modestas de lo que parecían, al estar sujetas (como mandaba la ley) al voto de los miembros. Los «poderes dictatoriales» solicitados no eran para dirigir el partido en general, sino que se limitaban a la esfera que a Hitler le preocupaba por encima de todo, esto es, el establecimiento y mantenimiento de una coherencia ideológica. Esto es lo que subyace a su exigencia de eliminar a los disidentes, supervisar la absorción de otros grupos y mantener Múnich como una especie de «Roma» o «Meca» ideológica. El resultado, en cualquier caso, fue el mismo. Hitler obtuvo un triunfo total. Drexler se dio por vencido. La fusión con el DSP quedó descartada y nadie se atrevió a proponer ninguna nueva fusión en condiciones de igualdad. Hitler entró a formar parte del comité de gobierno del NSDAP ocupando el cargo de presidente y llevó a cabo una minuciosa purga. Otto Dickel fue expulsado. Drexler fue marginado. [82] Ningún orador del partido volvió a decir nunca nada bueno de un judío ni a sugerir ni por lo más remoto que las potencias occidentales no estuvieran controladas por los judíos.

Enfrentamientos como el que Hitler tuvo con Drexler son frecuentes en los movimientos políticos emergentes: representan el choque entre la necesidad de crecer y el mantenimiento de la pureza ideológica, siendo esta última la postura que Hitler tan enérgicamente adoptó. En julio de 1921, Hitler ganó su primera batalla política. Se había convertido en político.

Tanto si él había buscado ese liderazgo como si el liderazgo había llegado a él, era evidente que ya era oficialmente el jefe del NSDAP , y no solo de facto. Si alguna vez se había considerado a sí mismo como un mero «vocero» del movimiento para la nueva Alemania, en ese momento aspiraba a ser su líder.

Hitler se dispuso entonces a reorganizar y expandir el NSDAP . [83] A finales de 1921, el número de miembros se situaba en torno a los 6.000. [84] El partido se mudó de Sterneckerbräu a un local más grande en Corneliusstrasse, 12. Se abrieron sucursales locales en Hannover, Zwickau y Dortmund. Hitler estrechó su control sobre el partido, incluidas las células de fuera de Alemania. En la primavera de 1922, el NSDAP de Austria y Bohemia aceptó la autoridad de Hitler. [85] La toma de decisiones colegiada fue abolida. Los subcomités serían a partir de entonces nombrados por Hitler. Pese a estas medidas, Hitler trataba de mantenerse al margen de la toma de decisiones diaria, y veía su implicación en estos asuntos como un mero trámite para retomar su ofensiva propagandística. Su principal preocupación parecía ser la pureza ideológica, por encima del mero control. La única limitación formal era la impuesta por la ley de asociación de Weimar, en virtud de la cual, al menos en teoría, tenía que rendir cuentas ante los miembros del partido. [86]

En agosto de 1921, Hitler creó una formación paramilitar oficial, que el 5 de octubre pasó a denominarse Sturmabteilung o SA , con sede en el número 39 de Schellingstrasse, en Múnich. Su primer comandante fue Emil Maurice, que ya se había hecho notar peleando del lado de Hitler o en su nombre. El cometido principal de esta nueva fuerza era proteger las asambleas del NSDAP y reventar las del bando contrario. Se crearon secciones ciclistas, motorizadas y a caballo, armadas y formadas por el Reichswehr. Este esperaba a su vez apoyarse en las SA y en otras agrupaciones de derechas, en caso de disturbios civiles o de una invasión francesa. El crecimiento inicial de las Sturmabteilung fue discreto, alcanzando una cifra de 700-800 hombres en doce meses y aproximándose a los 1.000 a principios del año siguiente. Entretanto, donde Hitler no podía imponer su absoluta autoridad sobre las organizaciones regionales, llegaba a compromisos. El más significativo de estos acuerdos fue el que alcanzó con Julius Streicher en Núremberg, quien para 1922 ya había reconocido la autoridad suprema de Hitler a cambio del control más o menos total del NSDAP en Franconia. [87] De modo que, incluso en Baviera, el partido seguía siendo diverso y el nivel de control directo de Hitler variaba. [88]

En algunos sentidos, Baviera constituía un hábitat agradable. Se consideraba a sí misma un «centro del orden» dentro del caos de Weimar, una arcadia de valores conservadores y patrióticos. 89 Hitler se encontraba allí protegido y apoyado por el Reichswehr bávaro, que solo de forma muy vaga reconocía la superioridad de la autoridad nacional de la época y cuyas lealtades estaban puestas firmemente en Múnich y no en Berlín. 90 El presidente de la policía de Múnich, Ernst Pöhner, y el jefe de la policía política, Wilhelm Frick, eran simpatizantes del NSDAP . Hitler también estaba en constante contacto con las numerosas agrupaciones nacionalistas de derechas que florecían en la ciudad y se congregaban en torno al general Ludendorff, un icono nacional a raíz de la guerra. 91 Hitler comenzó a formar un cuadro de líderes y asesores que se iban reuniendo en torno al NSDAP y muchas veces en torno a él personalmente. Gregor Strasser ingresó en el partido en octubre de 1922. Ese mismo mes, Hitler conoció a Hermann Göring, un as de la aviación, carismático y bien relacionado, gracias al cual se les abrieron muchas puertas en el mundo de los negocios y la alta sociedad.

En otros aspectos, Hitler y el NSDAP no encajaban bien en el ambiente de Múnich, dominado por el catolicismo y el Partido Popular Bávaro (BVP). 92 El BVP controlaba completamente la escena política parlamentaria local. Sus 65 diputados del Landtag (Parlamento Regional) de Baviera eran católicos, seis de ellos clérigos, y todos menos uno de sus veinte miembros del Reichstag eran católicos, y dos de ellos, clérigos. 93 Mientras que el partido era confesionalmente homogéneo, socialmente era diverso, ya que representaba a bávaros de todas las clases, y estaba decidido a no romper con el Reich, pero a la vez resistirse a la visión de la República de Weimar de un Estado más centralizado. Pese a sus raíces austriacas –esencialmente del sur de Alemania– a Hitler le costaba mucho hacerse un hueco dentro de este electorado. Por esta razón, trató de llegar a las iglesias mediante su concepto del «cristianismo positivo». Hitler afirmaba que Jesús había sido «difamado» por el mismo pueblo que en ese momento era el «azote» de Alemania: los judíos. 94 «Deberíamos tomar nota del ejemplo de este hombre», argumentó Hitler en cierta ocasión, «que nació pobre en un portal, persiguió unos altos ideales y al que más tarde, por esta razón, los judíos crucificaron». 95 «La religión cristiana es la única base ética posible del pueblo alemán», diría poco después, añadiendo que era importante evitar cualquier «tensión entre las distintas confesiones», porque las «divisiones religiosas» habían sido una de «las peores cosas que le habían ocurrido al pueblo alemán». 96 Aunque Hitler logró cierto avance entre los católicos bávaros a principio de la década de 1920, 97 este fue un sector

demográfico con el que tuvo que esforzarse por conectar hasta el fin de sus días.

Múnich constituía por tanto un hábitat ambivalente para el joven partido del NSDAP . Era un terreno pedregoso para los nazis, no solo política y culturalmente, sino también físicamente. Las autoridades empezaron a ver cada vez con peores ojos las actividades de Hitler, especialmente cuando generaban alteraciones del orden público. Hitler pasó dos periodos en prisión. Perdió un importante aliado con la dimisión de Ernst Pöhner del cargo de presidente de la policía de Múnich en septiembre de 1921. Un mes después, Hitler tuvo que presentarse en la jefatura de policía, donde recibió una seria advertencia a raíz de una serie de trifulcas callejeras y peleas en cervecerías. 98 El *Völkischer Beobachter* fue prohibido varias veces por publicar artículos incendiarios. 99 En marzo de 1922, tras su condena por un quebrantamiento de la paz, el ministro bávaro del Interior, el doctor Franz Schweyer, se planteó seriamente deportar a Hitler a Austria y el ministro presidente, el conde Lerchenfeld, dejó claro a Hitler que si estaba en Baviera era muy a pesar suyo. 100 La policía vigilaba a Hitler de cerca.

Hitler continuaba decidido a establecerse en Múnich, pero solo con la intención de servir como faro inspirador para el resto de Alemania y como base desde la que hacerse con todo el Reich. «Múnich debe convertirse en un modelo», escribió en enero de 1922, «la escuela, pero a la vez el pedestal de granito» del movimiento. 101 «Hoy en día no tenemos una misión bávara», anunció Hitler seis meses más tarde, «sino que más bien Baviera tiene la misión más importante de toda su existencia». Baviera, de acuerdo con esta visión, lejos de estar separada, era «el estado más alemán del Reich alemán». Múnich era un santuario y un bastión, pero sobre todo era una poterna. El estatus especial que Hitler le asignaba a Baviera dentro de Alemania no era por tanto el de una entidad separada o autónoma, como federalistas y particularistas querían, sino el de ser la vanguardia de la renovación nacional. «No “alejada de Berlín”», proclamó Hitler en un debate sobre la relación entre Baviera y el Reich, «sino “hacia Berlín”», a fin de «liberarla de los que quieren embaucar al pueblo alemán». 102 Pronto quedaría claro que esta agenda era muy distinta a la de las mayoritariamente monárquicas y particularistas élites militares y políticas bávaras.

En aquel momento, el éxito del partido entre las grandes empresas había sido muy limitado. Cierto es que el exdirector de Siemens, Emil Gansser, invitó a Hitler a dar un discurso en el National Klub de 1919 en Berlín. Uno de los asistentes, el industrial Ernst von Borsig, quedó tan

impresionado por la evidente facilidad de Hitler para salvar la distancia entre la causa nacional y la clase trabajadora, que le volvió a invitar para una segunda aparición. Hermann Aust, directivo de una empresa comercializadora de café de malta en la capital, le pidió a su vez que se presentara ante la Liga de Industriales Bávaros en Múnich, luego en el Herrenklub y a continuación ante el Gremio de Comerciantes. Ninguno de estos actos condujo a nada en términos financieros. La razón para el escaso éxito cosechado por Hitler no es difícil de encontrar. El programa del NSDAP –por ejemplo, el punto 13, en el que se atacaba a los trust– era radicalmente anticapitalista, como por otra parte ya hemos visto lo era gran parte de la retórica de Hitler. Pese a la disposición de Hitler a moderar su mensaje al público empresarial, poniendo el énfasis en los temas antifranceses y antibolcheviques, las empresas no le prestaron su confianza. Paul Reusch, un importante barón del Ruhr, en referencia al plan de nacionalización nazi, señaló: «No hay razón para apoyar a nuestros verdugos». El partido siguió dependiendo de las donaciones del Reichswehr bávaro, tanto en metálico como en especie, en forma de armas o vehículos, y de un heterogéneo grupo de pequeños donantes, principalmente comerciantes, minoristas y pequeños negocios. 103

Dada la escasez de fondos, el crecimiento del partido y, en concreto, su alcance propagandístico fueron impresionantes. El número de miembros aumentó considerablemente: de 4.300 a finales de 1921 a más de 20.000 un año después. 104 La organización del partido también constituyó una importante fuente de financiación a través de las cuotas de los miembros, las entradas vendidas para los mítines, colectas y préstamos sin interés de los miembros. El aparato del partido creció, aunque discretamente. En 1922, Hitler contrató a un secretario personal, Fritz Lauböck, hijo de un nazi de Rosenheim. La asistencia a los actos del partido también aumentó y el mensaje fue llegando a una audiencia mucho más numerosa. A principios de 1922 se produjo un gran salto cualitativo cuando el número de asistentes a los discursos dados por Hitler en enormes cervecerías solía oscilar entre las 2.000 y 6.000 personas. Un momento cumbre fue el *Deutsche Tag* celebrado en Coburgo en octubre, que desembocó en una pelea multitudinaria contra manifestantes de signo contrario. 105

No todo el mundo se dejaba convencer. Los registros de los discursos de Hitler dejan constancia de numerosos abucheos e interrupciones. Uno de los que fueron a escucharle a una cervecería de Theresienstrasse fue Franz Halder, el que luego sería su jefe de Estado Mayor, que al parecer no entendió lo que Hitler decía. 106 A veces Hitler tenía que acudir a más de un acto por noche; el 30 de noviembre y el 13 de diciembre de 1922

constan diez actos simultáneos. Sin duda, esto tiene que ver con el hecho de que el partido retribuyera a Hitler por sus intervenciones como orador, lo cual constituyó durante mucho tiempo su único ingreso, tras licenciarse del ejército.

El propósito de toda esta actividad no era la creación de una organización de partido capaz de ganar unas elecciones, y todavía menos de constituir una fuerza capaz de planear un asalto armado a la República de Weimar. En lugar de ello, el principal objetivo de Hitler seguía siendo dotar de una coherencia ideológica al movimiento. «La fuerza más importante de un movimiento», afirmó a mediados de febrero de 1922, no reside «en el número de sus células locales sino en su cohesión interna». La mención reiterada a posturas comunes generaba lealtad y fervor. Por ejemplo, cuando las autoridades expresaron sus dudas sobre que la Sección Gimnástica de las SA se dedicara solo al ejercicio físico, Hitler respondió diciendo que los miembros del partido en conjunto también hacían ejercicio «aunque solo fuera con la boca». Continuó oponiéndose rotundamente a impugnar las elecciones. Hitler sostenía que «no había nada de productivo que hacer en el Parlamento» y que «algunos nacionalsocialistas concretos se dejarían corromper por la ciénaga del parlamentarismo». 107

Durante los primeros años de la década de 1920, por tanto, Hitler utilizó sus discursos para ensayar y desarrollar su ideología. Durante este periodo, sus palabras –que eran, por supuesto, actos en sí mismas– fueron más importantes que sus hechos. La reciente derrota y sus causas seguían constituyendo su principal preocupación. Hitler reiteraba su convicción de que la guerra había sido causada por una conspiración capitalista angloamericana. A veces, atribuía el «pecado original» a Inglaterra, cuya «envidia» comercial y colonial al Reich había promovido una «política de acorralamiento» contra Alemania, y cuya prensa la había denigrado como una nación de hunos y bárbaros. En otras ocasiones apuntaba contra Estados Unidos. «Entre otras cosas, el hecho de que el bienestar social y el desarrollo cultural [del Imperio alemán] fuera como una china en el zapato para el sistema de cárteles americanos», bramó en marzo de 1921, «no significaba que tuviéramos que desaparecer». Hitler comparó en numerosas ocasiones la «cultura social de Alemania» con el capitalismo estadounidense. Profesaba un especial desprecio por el presidente norteamericano Woodrow Wilson, como el «agente de las altas finanzas internacionales». 108

El colapso de 1918 se explicaba en parte por las artimañas del enemigo y, en parte, por la debilidad o estupidez alemanas. Hitler no se llamaba a engaño acerca de «la superioridad del liderazgo enemigo», que casi

consiguió acabar por completo con el Reich en 1915-1916, cuando un «enemigo dos o tres veces más poderoso que nosotros en número y en equipamiento» atacó a una línea de frente alemana «prácticamente sin reservas». Combatir contra Francia, y especialmente contra el Imperio británico, ya era de por sí bastante complicado, pero lo que había inclinado definitivamente la balanza había sido la intervención estadounidense. Hitler estaba convencido de que esto habría acabado ocurriendo con o sin la guerra submarina. Tras haber sido previamente un apoyo «pasivo» de la Entente como suministradores de armamento, los americanos intervinieron cuando Inglaterra y Francia estaban ya a punto de ser derrotadas con el fin de no perder los «miles de millones» que les debían los Aliados. Entonces «recurrieron a América», afirmaba, «y el poder del gran capital internacional se vio de este modo directamente implicado». La Entente no solo tenía inmensos recursos demográficos e industriales a su disposición, sostenía Hitler, sino que además había «torturado» a Alemania mediante un «bloqueo de hambre» contra su población civil. 109

Todo esto fue mucho más a peor, según Hitler, por la equivocada estrategia alemana y la debilidad interna del Reich. El principal error diplomático, argüía, era «la lealtad alemana, en lo bueno y en lo malo, al destartalado Estado Habsburgo» y el consiguiente fracaso a la hora de alcanzar un acuerdo de paz con Rusia. Por otra parte, cada vez iba ganando más terreno la percepción del siniestro papel desempeñado por el marxismo, una doctrina «venenosa» que había paralizado y luego corrompido al pueblo alemán hasta la médula. La voluntad alemana de resistir se había visto también minada por el calculado engaño aliado. De nuevo, señalaba a Wilson como el más infame de todos, el hombre que al incumplir la promesa de dar el tratamiento justo que establecían los Catorce Puntos había obligado al Reich a rendirse, cuando seguir resistiendo no solo habría sido posible sino esencial. Wilson, resumía Hitler, era «la causa del derrumbamiento», el hombre que había hecho que el abrumador poder de Estados Unidos cayera sobre el Reich, y el flautista de Hamelín que había convencido a los alemanes para que depusieran sus armas con el argumento de una paz justa. 110

El hilo que unía todas estas explicaciones en la mente de Hitler era el poder y la malevolencia de los judíos, principales controladores de un «capitalismo internacional» que necesitaba «aún más objetos de explotación». Eran ellos los que bajo el mando de su cabecilla, lord Northcliffe (que, de hecho, no solo no era judío, sino un ferviente antisemita), habían despertado en la prensa británica el furor contra Alemania antes de 1914. Eran las «corporaciones internacionales de prensa

en manos judías», afirmaba Hitler, las que habían impedido un acercamiento ruso-alemán. Ellos eran los propietarios de las grandes empresas de Estados Unidos que habían sostenido los esfuerzos bélicos aliados y engañado al «pacífico» pueblo norteamericano para entrar en guerra con Alemania, en contra de su sentir natural y sus intereses. Fueron los judíos los que trataron de manipular el suministro de alimentos a Alemania y los que «precipitaron la revolución valiéndose del hambre». Todo ello ocurrió porque la «Bolsa de Nueva York» –el «cuartel general de la judería mundial»– estaba decidida a aplastar a Alemania, el último *Nationalstaat* que «todavía no estaba gobernado del todo por los mercados bursátiles». 111 En resumen, Hitler continuaba firmemente aferrado a la idea de que una síntesis mortal entre la judería mundial, el capitalismo internacional y Angloamérica constituía la némesis de Alemania.

Por otro lado, para Hitler la guerra ni mucho menos había terminado. Alemania seguía siendo la víctima del capitalismo internacional, contra cuyo continuado poder él ya había arremetido en repetidas ocasiones. Hablaba del «mercado bursátil internacional y el capital de préstamo» como los principales «beneficiarios» del tratado de paz. Desde el «derrumbamiento del Reich», afirmaba Hitler, el país había caído bajo «la égida del capital internacional, apátrida, independiente de las personas, los lugares y las naciones». Calificaba las conferencias internacionales como simples «conferencias bursátiles». Hitler veía el capitalismo internacional judío y la democracia occidental como elementos relacionados. «El capital bursátil internacional de propiedad judía», pensaba, «era la fuerza motriz de estos estados democráticos occidentales». Y establecía una ecuación entre «democracia-capitalismo-judíos». Por todas estas razones, argumentaba, el nacionalsocialismo era una «fuerza nueva cuyo propósito solo podía ser anticapitalista». 112

Hitler no era completamente contrario a todas las formas de capitalismo, aunque a veces daba esa impresión. Él comparaba la hostilidad total de socialdemócratas y marxistas por el capitalismo en general con la distinción que él hacía entre el pernicioso «capitalismo de préstamos internacional», en su mayor parte judío, y el «capitalismo industrial productivo». «Las fábricas y el capital industrial», expuso ante un auditorio de las SA , «son nacionales» y «el capital de cada país sigue siendo nacional». Para decirlo con más claridad aún, resaltó que el nacionalsocialismo «luchaba contra cualquier forma de gran capital, con independencia de que fuera alemán o judío, si está basado no en el trabajo productivo, sino en el principio del interés, de los ingresos que no son fruto del trabajo o del esfuerzo». Además, añadía Hitler, el NSDAP «se

enfrentaba a los judíos no solo como únicos poseedores de esta [forma de] capital», sino también porque «impedían» la «lucha sistemática» contra él. En opinión de Hitler, era la determinación del capitalismo internacional de someter a las economías nacionales independientes lo que había llevado a la guerra mundial y al brutal acuerdo de paz posterior. Este era el contexto conforme al que él interpretaba los intentos aliados por controlar el Reichsbahn, la red nacional de ferrocarril alemana. Hitler acusaba a los judíos de tratar de «tenerles atrapados», como parte de una política cuyo «objetivo final era la destrucción de nuestra economía nacional y la esclavización de nuestros trabajadores». 113

La determinación de los Aliados de aniquilar a Alemania, pensaba Hitler, quedó demostrada por su continuación del bloqueo tras el fin de las hostilidades. «Quieren destruirnos por completo», afirmó, «quieren hacer que nuestros niños enfermen y se consuman». Veía en las exigencias de indemnizaciones en especie procedentes de la agricultura alemana un plan para reducir su población a través del «hambre», de acuerdo a la supuesta política de Clemenceau de librarse de «veinte millones que sobraban» de alemanes. La principal culpable, no obstante, era Inglaterra, a la que Hitler consideraba «maestra en la destrucción de la salud de los pueblos», siendo los alemanes solo las últimas víctimas de una estrategia de hambruna global mucho más amplia. El Tratado de Versalles era por tanto una mera continuación del bloqueo del tiempo de guerra, llevado a cabo por otros medios. 114 Según la retórica de Hitler, la supuesta campaña de minar la «esencia» del *Volk* alemán en conjunto pesaba mucho más que las pérdidas territoriales.

El principal propósito de esta estrategia, afirmaba Hitler, era reducir la población de Alemania, en parte a través del hambre, pero sobre todo a través de la emigración. «La pérdida de [nuestra] flota mercante al completo», afirmaba, complementa «la destrucción de nuestra industria, y ello significa cortar la arteria principal de toda nuestra vida económica». «Ya no tenemos comercio mundial», continuaba Hitler, «por lo que actualmente hemos perdido la posibilidad de alimentar a unos veinte millones de personas». 115 «La Entente», se lamentaba, «nos aconseja emigrar para poder alimentarnos y dejar pasar a los judíos del este». 116 Hitler, en otras palabras, temía que Alemania se convirtiera en la víctima de lo que hoy se denomina «reemplazo de población». Con frecuencia instaba a su público a pensar en los «miles de emigrantes alemanes». 117 Este era el gran trauma subyacente a toda la visión mundial de Hitler: la continua hemorragia de los mejores individuos del Reich, que habían tenido que dejar la patria para acrecentar la población de los enemigos de

Alemania, con los nefastos resultados vistos en la Gran Guerra. Aún peor, argumentaba, estos individuos más aptos estaban siendo sustituidos por las sobras judías de la Europa central y del este, en una especie de selección negativa, destinada a minar todavía más la homogeneidad racial del pueblo alemán. 118

El capital internacional y las potencias victoriosas –ambos una misma cosa en la mente de Hitler– habían reducido de este modo a Alemania al estatus de una «colonia». El propósito de Versalles, argumentaba, era «ir preparando a Alemania» para su destino como «colonia del capital internacional», y «ablandar a nuestro pueblo» a fin de convertirlo en «trabajadores esclavos internacionales». Lamentaba que Alemania fuera una «esclava a sueldo del capital internacional». Alemania no era más que «una colonia del sindicato financiero internacional judío», sostenía Hitler, lo que convertía al pueblo alemán en «el esclavo del mundo exterior». En abril de 1922, declaró enfurecido que «prácticamente ya no tenemos un Reich alemán independiente, sino una colonia del mundo exterior». Los pagos en concepto de indemnizaciones ordenados por Versalles, dijo, constituían un robo brutal de la fuerza de trabajo alemana. «Nos hemos convertido por tanto en el juguete de nuestros enemigos», concluía Hitler, «en un pueblo esclavo, en el que diez millones de personas están trabajando gratis para el mundo exterior». 119

Todo esto iba envuelto en una crítica más general, aunque idiosincrática, del imperialismo europeo. Por un lado, Hitler era amargamente crítico con el Imperio británico. «¿Dónde estaba la ley», preguntaba, «cuando Inglaterra inundaba China y la India con opio y Norteamérica con licor para socavar a estos pueblos y así someterlos con mayor facilidad?». También acusaba a Gran Bretaña de haber «reducido al pueblo irlandés de 8,5 a 4,5 millones [a través de la hambruna de la patata]», y haber «permitido, cínicamente», que 29.000 mujeres bóeres tuvieran una muerte miserable en los «campos de concentración de Sudáfrica». Y a continuación dedicaba a los negros el envenenado cumplido de que él prefería tener «cien negros antes que un solo judío». 120 Por otro lado, Hitler se oponía no tanto al colonialismo como a lo que más tarde denominaría la «negrificación» de los alemanes. 121 «En realidad no necesitáis un par de pantalones», decían según él los Aliados, «los negros tampoco los tienen». La propia Alemania se había convertido en «la plantación de los intereses del capital extranjero». Había caído más bajo aún que la «República Negra de Liberia», donde al menos gozaban de autodeterminación. De hecho, lamentaba que «hoy día cualquier hotentote puede decidir sobre Alemania», en referencia, quizás, al hecho de que tanto

Haití como Liberia fueran signatarios del Tratado de Versalles en su calidad de miembros de la coalición aliada. En resumen, temía que Alemania «no tardaría en quedar relegada a una posición similar a la de la India, Irlanda o Egipto». Alemania, concluía Hitler, estaba totalmente esclavizada, era considerada «menos que un Estado de negros [*sic*]». 122

La idea de que Alemania estaba siendo esclavizada y reducida al estatus de una colonia africana estaba bastante extendida entonces, no solo entre los círculos de la ultraderecha. Viktor Klemperer, un veterano judío de la misma división en la que había servido Hitler, que más tarde sería víctima del nazismo, escribió que «la forma en que las potencias de la Entente hablan de y a Alemania me produce tanto rechazo como si a mí mismo me estuvieran tratando como a un negro»; 123 en otra ocasión comparó la situación del Reich con la del Congo. Muchos alemanes vivieron la ocupación, las indemnizaciones y la presencia de las tropas coloniales enemigas como una forma no solo de sometimiento, sino también de humillación, 124 un sentimiento que compartían desde la extrema derecha hasta el SPD e incluso los grupos pro derechos de la mujer preocupados por la violencia sexual. 125 La Alemania de Weimar en la que Hitler actuaba era a la vez una nación colonizada y poscolonial, en una era de continuado imperialismo occidental. 126 La derrota sufrida a manos de las potencias occidentales había puesto patas arriba el orden racial internacional.

En efecto, hacía tiempo que la blancura de la piel de los alemanes venía siendo puesta en duda por los anglosajones. Ya en 1751, en sus *Observaciones sobre el aumento de la humanidad, poblamiento de países, etcétera,* Benjamin Franklin los había incluido, junto con españoles, italianos, franceses, rusos y suecos como un pueblo de «complexión morena». Franklin solo exceptuaba a los «sajones», refiriéndose probablemente a los bajosajones, cuyos ancestros se habían asentado en Inglaterra. Estos, decía Franklin, «con los ingleses, constituyen el principal contingente de Gente Blanca sobre la tierra». Más recientemente, en 1916, el destacado teórico norteamericano Madison Grant publicó su lamento por *La caída de la gran raza,* 127 que también identificaba a alemanes y escandinavos como racialmente inferiores a los angloceltas, si bien preferibles a los europeos del este, los judíos o los negros; volveremos sobre ello más adelante.

El sentimiento de indignación racial por el tratamiento dado a Alemania hizo que algunos nacionalsocialistas se hicieran antiimperialistas y simpatizaran con los condenados de la Tierra, pero este no fue el caso de Hitler. A finales de 1922, los servicios de inteligencia británicos informaron de que había asistido a una reunión con revolucionarios de

Egipto, Turquía, la India e Irlanda celebrada en Múnich. [128] Probablemente, lo hizo a instancias del conde de Reventlow, uno de los primeros nazis, que al parecer tenía en verdadera consideración a estos movimientos, como víctimas del imperialismo británico. Karl Haushofer también apoyaba las aspiraciones de los nacionalistas indios. Hitler, por su parte, no solo se mostraba desdeñoso con los derechos de los pueblos no europeos, sino también escéptico respecto a su valor político en la lucha contra el poder de Angloamérica.

Según Hitler, todavía peor que el viejo imperialismo europeo de las potencias occidentales era la aspiración judía de dominar el mundo, cuyas principales víctimas eran los alemanes. Basándose en *Los protocolos de los sabios de Sion* , afirmaba la existencia de un gran plan para controlar el mundo. El objetivo último de la política respecto a Alemania y otros estados independientes, declaró Hitler a comienzos de 1921, era la creación de un «Estado mundial judío». A lo largo de los dos años siguientes, Hitler volvería en varias ocasiones sobre este tema, al hablar de la «dictadura mundial judía» y el «objetivo final [de los judíos]: la dominación del mundo [y] la destrucción de los estados nacionales». En sus notas para un discurso, Hitler dejó las conexiones absolutamente claras de forma sucinta: «La dominación del mundo, con una capital judía –Sion– que significará la esclavitud del mundo: la Bolsa, la prensa, la cultura mundial. Un idioma mundial. Todos esclavos de un único amo». [129] De esta forma, Hitler cerraba el círculo de los enemigos del Reich: imperialistas occidentales, judíos y capitalistas.

Alemania no era, por supuesto, la única víctima. Rusia se encontraba en una situación todavía menos envidiable. Los «poderes monetarios internacionales», aseguraba, iban detrás de los «recursos naturales rusos». El bolchevismo era fundamental para alcanzar esta meta, como también lo era en el caso alemán. Formaba parte de la «intención del gran capital judío de destruir totalmente Rusia para maximizar beneficios». Esto constituye una evidencia más clara aún de la actitud de Hitler hacia el comunismo, que él consideraba una enfermedad más que una amenaza militar propiamente dicha. El bolchevismo había «destruido» Rusia mediante el establecimiento de la jornada de doce horas, la imposición del «*knut* judío» y el «asesinato en masa de la *intelligentsia* ». Rusia había quedado por tanto «completamente abandonada al hambre y la pobreza». «En Rusia», advertía Hitler en referencia a la hambruna que se padecía allí, «treinta millones de los llamados “proletarios”» están abatidos y tienen que escarbar en la hierba buscando raíces» que comer. Cuando el ministro de Exteriores soviético, Chicherin, anunció en la Conferencia de Génova que

los gobiernos occidentales podían invertir en Rusia, Hitler comentó que «el capital mundial internacional había recibido permiso para explotar y saquear estas áreas», reduciendo al «ruso de a pie a nada más que un número de empleado». «Hoy toda Rusia», concluyó, «no es nada más que una cultura destruida y una colonia lista para ser explotada por el capital extranjero». 130

Es en este contexto en el que debería verse la evolución de la actitud de Hitler hacia la Unión Soviética. En ocasiones llegó a sugerir que el bolchevismo y el capitalismo internacional iban de la mano. Hablaba de la manera en la que el capitalismo judío utilizaba a los «guardianes culturales» chinos en Moscú y «ayudantes de verdugos» negros en el Rin, mientras en Génova los soviéticos «caminaban del brazo de los grandes banqueros». Los judíos, aseguraba Hitler, «tienen a sus apóstoles en ambos bandos» y por tanto actúan como agentes de la «derecha» al mismo tiempo que de la «izquierda». 131 De cuando en cuando, Hitler proclamaba que el comunismo constituía la principal amenaza. 132 También es cierto que tras la victoria bolchevique en la guerra civil rusa, la amenaza del comunismo internacional cobró mucha más importancia para él de la que le había dado en 1919. 133 Hitler llamó en ese momento a «vencer y exterminar la visión marxista del mundo». «Los acontecimientos de Rusia deben ser observados con atención», advertía, porque una vez que los comunistas hayan «consolidado su poder», probablemente «se volverán contra nosotros». 134

Pese a todo ello, Hitler seguía sin considerar el capitalismo y el comunismo simplemente como dos caras iguales de la misma moneda judía. Continuaba viendo el bolchevismo no solo como una amenaza en sí, sino como un instrumento del capitalismo internacional para socavar el trabajo de las economías nacionales y dejarlas preparadas para ser absorbidas por el capitalismo financiero internacional (tanto judío como no judío). Incluso después del final de la guerra civil, cuando el poder soviético se había asentado firmemente en Rusia, él veía el bolchevismo básicamente como un arma más del arsenal del capitalismo internacional. «El norte» de Alemania, advertía Hitler, estaba siendo entregado al «bolchevismo», mientras que el sur estaba destinado a convertirse en un «Protectorado francés». El propósito de este ejercicio, afirmaba, era el «sometimiento definitivo» de setenta millones de alemanes con el fin de convertirles en «el trabajador para todo el mundo». «Esto», sugería Hitler, «es el objetivo final del poder bursátil supranacional». 135 En un sentido más amplio, su retórica y su atención seguían estando centradas casi por completo en la amenaza que representaban las potencias occidentales y el capitalismo financiero internacional.

Por este motivo, Hitler se oponía enérgicamente a cualquier forma de internacionalismo, no solo porque lo despreciara por principio, sino porque lo consideraba un engaño. En parte, esta hostilidad se enfocaba hacia la izquierda alemana, cuya fe ciega en unos principios universales, alegaba Hitler, había dejado a Alemania indefensa durante la guerra mundial y a raíz de ella. Esta era la razón, sostenía, por la que «[deberíamos] liberarnos de la falsa ilusión de la Internacional [socialista] y la [idea de] la Fraternidad de los Pueblos». La principal objeción de Hitler al internacionalismo, sin embargo, era simplemente que servía a los intereses de las potencias imperiales occidentales. ¿Dónde había estado el derecho internacional, preguntaba, cuando Luis XIV había saqueado Alemania a finales del siglo XVII , cuando los ingleses habían bombardeado la neutral Copenhague en 1807, matado de hambre y oprimido a los irlandeses, o cuando los americanos habían desalojado a los nativos indios? A Hitler no se le había pasado por alto que «en casa del inventor de la Sociedad de Naciones [la América de Wilson], se rechaza a la Liga como una utopía, una idea absurda». Ni siquiera existía solidaridad racial entre los blancos, se lamentaba Hitler, porque Francia había mandado «solidariamente camaradas de África para esclavizar y amordazar a la población del Rin». Por esta razón, Hitler rechazaba de plano cualquier idea de gobernanza internacional, afirmando que «la Sociedad de Naciones no es más que un *holding* de empresas de la Entente dirigido a salvaguardar sus ganancias ilícitas». 136

Para empeorar aún más las cosas, Alemania padecía una continuada debilidad interna. Hitler condenaba la «llamada batalla contra Berlín» –un elemento esencial de la retórica bávara común a todos los partidos y clases sociales– como una «tapadera bajo la que se ocultaba el objetivo de catapultar a Alemania a su anterior impotencia y fragmentación, mediante la eliminación de la capital imperial», y hacer que «se desangrara hasta la muerte» a través de la creación de «dos grandes estados distintos y enfrentados», condenados a una «permanente lucha fratricida». 137 Esta hostilidad no era meramente retórica. La primera comparecencia de Hitler ante un juzgado de Múnich fue consecuencia de un enfrentamiento con el particularista bávaro Otto Ballerstedt. En una perorata de dos horas, censuró el revuelo mediático que fomentaba Ballerstedt y le acusó de pretender la disolución y la destrucción del Reich. La Liga Bávara (Bayernbund), dijo Hitler, sostiene que «solo pretende el desarrollo federal del Reich alemán», pero «en realidad», Ballerstedt estaba atacando a la propia Alemania, «persiguiendo por tanto el mismo objetivo que Francia llevaba persiguiendo trescientos años». 138

Significativamente, la primera misión de su nueva formación paramilitar, asumida incluso antes de que fuera bautizada como las SA , fue atacar no a los judíos, comunistas o socialdemócratas, sino una asamblea de la Bayernbund de Ballerstedt en la Löwenbräukeller, celebrada en el verano de 1921 bajo la pancarta de «no traicionaremos a Baviera». 139 Hitler encabezó un asalto en el que Ballerstedt fue golpeado y finalmente se llamó a la policía para parar la pelea. Su violento comportamiento fue castigado con una breve condena de cárcel. 140 En cambio, no está documentado que Hitler pusiera las manos encima a ningún judío, ni entonces ni después. La campaña de Hitler contra el federalismo bávaro en general y su *vendetta* contra Ballerstedt en particular continuaron a lo largo de la década de 1920 y siguieron constituyendo una preocupación para él hasta que lo mandó matar durante la Noche de los Cuchillos Largos.

En materia de política exterior, la visión de Hitler era, como ya hemos visto, fuertemente ideológica. Dicho esto, también por entonces empezó a desarrollar un agudo sentido de la geopolítica, debido en parte al imperante discurso de la central ubicación de Alemania en Europa y su consecuente vulnerabilidad a ser «acorralada». Hablaba de la «posición de nuestra patria, geográficamente una de las más desafortunadas de Europa». Hitler arremetió en repetidas ocasiones contra «el acorralamiento de la Entente contra Alemania». Donde Hitler iba mucho más lejos que la corriente nacionalista dominante era en la cuestión del espacio, del *Raumfrage* , referencias que fueron aumentando exponencialmente a principios de la década de 1920. A mediados de abril de 1920, Hitler se lamentaba de que «el mundo estuviera tan injustamente distribuido». Cuatro meses más tarde, apuntaba que Alemania sufría de una grave falta de espacio en comparación con Inglaterra, que controlaba una cuarta parte del mundo. En marzo de 1921, Hitler denunciaba la injusticia de que Gran Bretaña, con una población mucho menor, controlaba «tres cuartas partes del mundo entero», mientras que Alemania, con una población mayor, tenía que apañárselas con un espacio considerablemente menor. Esta idea de la conexión entre la «desventajosa localización militar» de Alemania y la «imposibilidad de conseguir que Europa les suministrara alimentos» 141 seguiría obsesionando a Hitler hasta el final.

La causa de esta distribución desigual, pensaba, era el capitalismo global y su sistema asociado de gobernanza mundial. «La explotación internacional del capitalismo debe combatirse», exigía Hitler, así como la del «capital de préstamos internacional». «Queremos convertir a los esclavos del mundo en ciudadanos del mundo», anunció. Para ello era necesario «liberar al pueblo alemán de las cadenas de su esclavitud

internacional». Esto a su vez implicaba que Alemania tenía que recuperar su libertad de acción militar. «El alemán es o un soldado libre», argumentaba Hitler, «o un esclavo blanco». 142 Por tanto, hacía un llamamiento al pueblo alemán a recuperar el viejo adagio de «quien no quiere ser martillo tiene que ser yunque», añadiendo que «hoy somos yunque y nos seguirán golpeando hasta que el yunque se convierta en martillo», es decir, en una «espada alemana». La idea de que Alemania debía convertirse en «martillo» para evitar seguir siendo «yunque» era una metáfora bastante común por aquella época, a la que Hitler recurriría en varias ocasiones. 143

En resumen, Hitler veía que la raíz de los males de Alemania estaba en su sometimiento externo. «Sin la liberación de Alemania de las cadenas de los tratados de paz», afirmaba, «no existe ninguna posibilidad de desarrollo económico para la nación». «La liberación de Alemania», continuaba Hitler, era «solamente posible mediante la cohesión política tanto en el ámbito nacional como exterior». 144 En ese sentido, Hitler fue un exponente de la tradicional primacía de la política exterior, y su énfasis en la exposición geopolítica de Alemania y su falta de «espacio» era un lugar común en ese momento. También está claro que veía la esclavitud del Reich como producto no solo de la fortaleza del enemigo, sino también de la debilidad alemana. Esto prescribía un diferente tipo de prioridad en política exterior, dirigida esta vez a la movilización de todos los recursos de la nación contra el enemigo externo, otro tema recurrente en el pensamiento político prusoalemán. 145 Cualquier perspectiva de una política alemana enérgica, afirmaba Hitler, «debe basarse en un cambio político radical a escala nacional». 146

Dentro de este contexto, podía sacarse mucho partido de la derrota de 1918. Así como la catástrofe de 1806 había conducido a las guerras de liberación en 1813, Hitler esperaba que la derrota de 1918 y la humillación de Versalles fueran seguidas de un resurgimiento nacional; «caída», «purificación» y «renacer» fueron conceptos muy utilizados en la Alemania de Weimar. 147 La retórica de Hitler imitaba conscientemente la del gran mártir de la patria, Palm, un librero de Múnich al que Napoleón mandó ejecutar en la ciudad natal de Hitler, Braunau, por redactar el impactante panfleto titulado «Alemania en su profunda humillación». Probablemente fuera en este contexto cuando Hitler se encontró por primera vez con la idea de Carl von Clausewitz de que el hecho de no ofrecer una fuerte resistencia al extranjero haría más difícil el resurgimiento posterior. Hitler creía firmemente que la capitulación de Alemania en 1918 había sido prematura, que sus líderes deberían haber promovido como último recurso

una *levée en masse* al estilo francés, que habría animado a posteriores generaciones a resistir. Esta creencia continuaría afianzada en Hitler durante toda su trayectoria, y volvería a cobrar relevancia cuando la derrota militar volvió a perfilarse de nuevo en 1944-1945. [148]

Hitler rechazaba las soluciones estándar al atolladero de Alemania. Se preguntaba si el sionismo podía ser una solución a la «cuestión judía», pero enseguida se declaró contrario a la idea. Hitler veía en las aspiraciones judías a tener un Estado una prueba de su sentimiento de identidad nacional, pese a toda su retórica internacional. «Los judíos», escribió, eran «un pueblo» que «se identificaba como pueblo (sionista)». La «prueba» de ello, proseguía Hitler, era «Palestina». Hitler era, no obstante, profundamente escéptico respecto a que el proyecto sionista llegara a triunfar, porque era completamente contrario a la naturaleza de los judíos. El concepto «ario» de Estado, afirmaba, era «territorial», mientras que los parásitos judíos solo podían alimentarse de estados ya existentes, no establecer uno propio. El judío «no puede construir un Estado», argumentaba, porque era «incapaz de construir un Estado». Además, incluso si conseguía construirlo, Hitler creía que solo serviría para agravar la amenaza judía. El planeado Estado sionista de «Jerusalén», sostenía, no debía considerarse como una zona de asentamiento nacional judía, sino como «el cuartel general del poder mundial judío para sus perversas actividades de explotación». En efecto, durante el resto de su vida, Hitler mantuvo la visión de que el establecimiento de un Estado judío, en Palestina o donde fuera, solo constituiría otro punto focal para la judería mundial. [149]

También era profundamente crítico con los planes de los gobiernos del pasado imperial y el actual gobierno de Weimar de crecer o de negociar una salida del atolladero en el que se encontraba Alemania. En la década de 1890, el canciller Caprivi había pronunciado la conocida frase de que Alemania debía exportar productos si no quería tener que exportar personas. En la década de 1920, Stresemann y otros mandatarios instaron a los alemanes a tratar de realizarse a través de la actividad económica, y argumentó a favor de lo que hoy denominaríamos una estrategia más geoeconómica para defender el interés nacional. Hitler rechazaba la «forma puramente económica de ver las cosas», que él calificó como «el mayor error de la política alemana de las últimas décadas». «La esperada consecución pacífica del poder [mundial] a través de la economía», continuaba diciendo, «ha resultado un fracaso». «La industrialización [y] la

conquista pacífica del mundo», afirmó, estaban condenadas al fracaso, porque «no se tiene en cuenta que no puede existir política económica sin la espada [ni] industrialización sin poder». «La economía», explicaba, «reviste una importancia secundaria». «Lo importante», subrayaba Hitler, «es el orgullo nacional [y] el amor a la patria». 150 La primacía de la política en el pensamiento de Hitler no podía quedar mejor expresada.

Hitler tampoco deseaba una restauración del Segundo Imperio. Era muy crítico con el fracaso del derecho tradicional a la hora de entrar en contacto con la marginada clase trabajadora alemana y reintegrarla en el redil nacional. «¿Por qué no se concedió al pueblo el sufragio universal?», preguntaba en referencia a la restrictiva ley electoral prusiana de las «Tres Clases» anterior a 1918, que favorecía a la élite acaudalada, cuando se le pedía que sacrificara su vida en el campo de batalla. La clave, afirmó Hitler, no era la forma de Estado en sí, sino qué fórmula era mejor para el pueblo alemán en su lucha por librarse del sometimiento exterior. En este punto sus ideas cambiaron muy poco a lo largo de la década de 1920. La cuestión no era, razonaba en abril de 1920, si Alemania debía ser «una monarquía o una república», sino «qué forma de Estado era la mejor para el pueblo». «Necesitamos a un dictador de puro genio si queremos volver a levantarnos». «Nosotros no convertimos en fetiche las formas de gobierno», explicó en noviembre de 1921, «lo único decisivo es el espíritu que las sostiene. La única consideración debe ser el bienestar de todo el pueblo alemán». En julio de 1922 invocaba a «un Reich alemán, un Estado germánico; por nosotros, como si es una República alemana». En 1923, mientras Alemania se veía sacudida por el malestar interno, los movimientos separatistas y una renovada ocupación extranjera, dijo que «la forma de Estado era secundaria ante la necesidad de la patria». 151 El pensamiento constitucional de Hitler no era deudor de las glorias del pasado imperial, sino que se centraba en las necesidades del presente y del futuro.

La salvación de Alemania debía comenzar por una profunda transformación interna, «primero hay que destruir al enemigo interno», afirmó, «y luego será fácil aplastar al enemigo externo». La política económica doméstica de Hitler era vaga en aquella etapa, casi esquemática, pero su rumbo general no ofrecía dudas. Hitler llamaba a la nacionalización de toda la banca y el sistema financiero, y por tanto al «quebrantamiento de la esclavitud del interés», un término que había tomado prestado de Gottfried Feder. 152 Su objetivo a este respecto no era tanto la propiedad pública en el sentido marxista como el control nacional de los resortes de la manipulación financiera internacional. Hitler todavía no había llamado a la

destrucción física de la judería mundial, pero la eliminación de la judería alemana estaba ya implícita, al menos en el contexto de una futura guerra, por si una vez más actuaban de quintacolumnistas. 153 En la carta a Gemlich de septiembre de 1919, ya había hecho un llamamiento a «la completa eliminación de los judíos». 154 y en una carta de agosto de 1920, un corresponsal informa de que Hitler creía que «el bacilo» debía «exterminarse» a fin de asegurar la supervivencia del pueblo alemán. 155 De un modo u otro, su política doméstica era esencialmente política exterior.

Hitler era mucho más concreto sobre la necesidad de reconstruir la unidad interna de Alemania, especialmente de las relaciones entre las distintas clases. La reconciliación del obrero alemán con la nación tras su exclusión durante el Segundo Imperio constituía el punto central de este proyecto. Hitler defendía a los obreros de las habituales acusaciones conservadoras de ser «villanos sin patria» que se habían escaqueado en la guerra. Se debería luchar, «finalmente», contra el espíritu destructivo que Alemania había absorbido a lo largo del siglo, que era «el espíritu del interés de clase y el orgullo de rango». Por esta razón, Hitler era un firme partidario de la pionera legislación social de Bismarck, si bien opinaba que esta no había llegado lo bastante lejos. Un oyente refirió cómo Hitler había «culpado al viejo Estado» de haber «tratado su avanzada legislación social como una cuestión de caridad más que de derecho» y por haber «fracasado a la hora de acortar distancias entre los trabajadores intelectuales y los trabajadores físicos», convirtiéndose por el contrario en «defensor del orden establecido». A consecuencia de ello, la Alemania del káiser había fallado a la hora de proteger al pueblo de la corrupción del «culto judío al dinero». 156

Así pues, Hitler era partidario del «socialismo», pero no como los socialdemócratas, los socialistas independientes o los comunistas lo entendían. «Nacional» y «social» eran «dos términos idénticos». «El verdadero socialismo enseña que hay que cumplir con los deberes de uno al máximo», explicaba Hitler, «el socialismo real en la forma suprema del *Volk* ». «El marxismo no es socialismo», afirmaba, «yo arrebataré el socialismo a los socialistas». Esto era lo que significaban las palabras «obrero» y «socialista» incluidas en el nombre de su partido. «No había sitio» para los «proletarios con conciencia de clase» en el partido, como tampoco lo había para «una burguesía con conciencia de clase». 157 En repetidas ocasiones, Hitler se dirigió a los obreros. 158 Todo ello explica la ambivalencia de Hitler hacia los comunistas, a quienes consideraba hombres buenos que habían tomado un camino equivocado y cuyo carácter

le era mucho más simpático que el de la tibia burguesía, instalada cómodamente a mitad de camino. «Preferiría que me ahorcaran en la Alemania bolchevique», aseguraba, «que vivir feliz en un sur de Alemania francés». Un observador comentó que Hitler «estaba cortejando a los comunistas» al afirmar que «los dos extremos, comunistas y estudiantes, debían unirse». El centro, afirmaba, estaba lleno de «lamebotas» (*Schleimsieder*) inútiles, mientras que «los comunistas habían luchado con armas por sus ideales, siguiendo, simplemente, un camino equivocado». Solo había que reconducirlos hacia la «causa nacional». 159 En el caso de los comunistas alemanes, Hitler odiaba el pecado, pero amaba al pecador.

Si bien Hitler veía la salvación de Alemania en un renacimiento nacional, eso no le convertía en ciego frente a los modelos extranjeros. De hecho, el contexto internacional en el que se insertaba todo su pensamiento hacía que estuviera especialmente interesado en la fuerza de las potencias rivales. El principal modelo de Hitler era Inglaterra. «Los ingleses», admitía, «tienen derecho a sentirse orgullosos como pueblo». La vitalidad de Inglaterra se basaba en la «extraordinaria brillantez» de su población. Tenían el «sentimiento nacional que tanto le falta a nuestro pueblo» y habían mantenido «la pureza racial en las colonias», afirmaba refiriéndose a la ausencia en general del matrimonio interracial entre los colonos y funcionarios de las colonias y la población nativa. A diferencia del tardío Estado nacional alemán posterior a 1871, Gran Bretaña gozaba de «una tradición político-diplomática centenaria». Y, a diferencia también de Alemania, había entendido la verdadera relación entre política y economía. «Inglaterra ha reconocido el principio básico para la salud y existencia del Estado», argumentaba Hitler, «y ha actuado durante siglos de acuerdo con el principio de que el poder económico debe ser transformado en poder político» y «que el poder político debe utilizarse para proteger la vida económica». «Hay algunas cosas que permiten a Gran Bretaña ejercer la dominación mundial», explicaba: «Un muy desarrollado sentido de la identidad nacional, una clara unidad racial y por último la capacidad de convertir el poder económico en poder político, y el poder político en poder económico». 160

Existían, no obstante, dos profundas contradicciones en el pensamiento de Hitler acerca de Inglaterra. La primera, calificaba al país como «una segunda judería», 161 lo que no casaba con su actitud por lo demás respetuosa. Hitler consideraba a los judíos británicos como principalmente urbanos, y tan bien integrados que «parecían británicos», lo que evitaba que el antisemitismo prosperara allí. De ser así, esto podría –según el razonamiento de Hitler– justificar la hostilidad de Gran Bretaña hacia el

Reich, pero lo que él no explicaba era por qué este nivel atípicamente alto de penetración judía no hacía a Inglaterra aún más débil que a Alemania. Esta paradoja fundamental en la visión de Hitler del Reino Unido nunca fue resuelta. En segundo lugar, se daba una aparente contradicción en que Inglaterra hubiera alcanzado tal grandeza bajo el sistema parlamentario que él tanto despreciaba. Existen motivos para pensar, sin embargo, que él creía que el gobierno representativo era adecuado para los ingleses, pero no para los alemanes. «Si todos los alemanes pertenecieran a la tribu de los bajosajones [es decir, la tribu de la que procedían gran parte de los ingleses, y la única que Benjamin Franklin había considerado completamente blanca]», señalaba, «la forma republicana de Estado sería la más adecuada» para permitir al Estado «capear cualquier temporal y recurrir a los mejores elementos para dirigir el país». «Pero dado que este no es el caso [en Alemania]», continuaba Hitler, «el pueblo alemán necesitará siempre un ídolo en forma de monarca». 162 Esta es una temprana indicación de la profunda inquietud que a Hitler le producía la fragmentación racial alemana, no solo frente a la judería, sino a los mundialmente dominantes anglosajones.

Hitler también fue interesándose cada vez más por Estados Unidos, país al que había llegado a considerar como el almacén de (en su opinión) los mejores elementos raciales europeos, entre ellos el supuestamente mejor tipo de alemán. Recalcaba que, a diferencia de Alemania, que dejaba entrar hordas de judíos del este, «los amarillos tienen prohibido establecerse en América». 163 En agosto de 1922 le presentaron a Kurt Lüdecke, que había pasado cierto tiempo en Estados Unidos llevado por sus negocios y al que Hitler enviaría más tarde al otro lado del Atlántico como emisario suyo. 164 A mitad de aquel mes, Rudolf Hess escribió en nombre de Hitler al legendario fabricante de automóviles y ferviente antisemita Henry Ford para recabar su apoyo. 165 Por otra parte, Angloamérica también iba estando cada vez interesada en Hitler. El radar del Ministerio de Asuntos Exteriores británico le detectó ya en 1920, y a finales de 1922 era una figura que consideraban muy a tener en cuenta, si bien no se produjo ninguna tentativa de entablar contacto con él. 166

En cambio, la embajada de Estados Unidos, probablemente influida por el golpe de Estado de Mussolini en Italia, decidió estudiar más de cerca a este político en alza. En noviembre de 1922, el agregado militar de Estados Unidos en Alemania, el capitán Truman Smith, se desplazó desde Berlín para reunirse con Hitler el 20 de noviembre. Hitler afirmó que él era la mejor opción que tenía Estados Unidos para mantener a los bolcheviques fuera de Alemania, condenó la monarquía como «un absurdo», manifestó

que la «dictadura» era la única respuesta, negó cualquier plan de guerra contra Francia y clamó contra «el actual abuso del capital». 167 Sin duda, todo esto era lo que los americanos deseaban oír –dejando aparte los comentarios sobre el capitalismo–, pero también era lo que Hitler verdaderamente pensaba. De una forma u otra, los dos hombres –wagnerianos ambos– hicieron al parecer buenas migas. Un «demagogo maravilloso», escribió Smith, pocos días después. «Muy pocas veces he escuchado a un hombre tan lógico y tan fanático a la vez. Su poder sobre las masas debe de ser inmenso». 168

Fue Smith quien, inmediatamente después de esta reunión, puso a Hitler en contacto con Ernst *Putzi* Hanfstaengl. Este personificó la relación entre Alemania y Estados Unidos, la cual revestiría una importancia clave en el pensamiento y la política de Hitler durante los veinte años siguientes. El abuelo materno de Hanfstaengl, Wilhelm Heine, había emigrado a América como refugiado liberal tras la fallida revolución de 1848. Alcanzó el rango de general de brigada en el ejército de la Unión y fue uno de los que portaron el féretro de Lincoln en su funeral. 169 El padre de Hanfstaengl era propietario de una importante empresa de arte en Múnich. Hanfstaengl fue criado en parte en Estados Unidos, donde asistió a la Universidad de Harvard y conoció personalmente a un joven Franklin Delano Roosevelt. A partir de 1912, dirigió la sucursal del negocio de su padre en Nueva York. Hanfstaengl pasó la guerra –en la que un hermano suyo resultó muerto luchando del lado alemán– en Estados Unidos. La empresa se arruinó debido a la entrada de Estados Unidos en el conflicto y la asociada Ley de Comercio con el Enemigo. Hanfstaengl se convirtió en un enemigo extranjero; el asimilado se había convertido en intruso.

Durante el año siguiente, Hanfstaengl y Hitler estuvieron en contacto casi diario. Hanfstaengl hizo tomar conciencia a Hitler no solo del inmenso poder industrial y demográfico de Estados Unidos, sino del hecho de que cualquier alemán tenía algún pariente cercano allí o en otra parte del mundo, algo de lo que Hitler ya era muy consciente. Sostenía que el partido debía llegar al resto del mundo a través de una política de prensa extranjera bien coordinada. 170 Hanfstaengl se convirtió en efecto en el encargado de comunicación exterior del NSDAP . También tocaba el piano para Hitler, con un repertorio que incluía no solo a Wagner, sino las marchas del equipo de fútbol de Harvard. El capitán Mayr recordaría pasado un tiempo «los métodos americanos de venta» utilizados para difundir el mensaje nazi. 171 Estados Unidos fue así convirtiéndose cada vez más en un modelo a la vez que un rival. Obviamente, al igual que con Gran Bretaña, la simultánea insistencia en el poder de la judería *en* Estados Unidos y el

subyacente poder racial *de* Estados Unidos contradecía sus propias teorías. [172] Una vez más, esta paradoja quedó sin resolver, pese a que constituye la clave para comprender tanto los orígenes de toda su visión mundial como los acontecimientos que veinte años más tarde le llevarían a su caída.

De importancia más inmediata para la situación de Alemania fueron los recientes y llamativos ejemplos de resurgimiento nacional de pueblos que se habían recuperado de un declive o derrota catastrófica. Quizás sorprendentemente, Hitler estaba abierto a dejarse inspirar por Francia. «La Revolución francesa fue nacional y constructiva», razonaba, «mientras que la alemana pretendía ser internacional y destruirlo todo». Hitler adoptó una actitud similarmente positiva hacia el posterior radicalismo francés. «Cuando Francia cayó en Sedán», escribió, «¡se hizo una revolución para rescatar la maltrecha bandera tricolor!». «La guerra se libró con nuevas energías», continuó, y «la voluntad de defender el Estado generó la República Francesa en 1820», restaurando así «el honor nacional francés». Esto demuestra que a lo que Hitler fundamentalmente se oponía no era a las «ideas de 1789», a las que casi nunca hizo referencia. Su verdadero trauma –sobre el que volveremos más adelante– fue la fragmentación de Alemania iniciada en el Tratado de Westfalia en 1648. [173]

No obstante, las inspiraciones externas más inmediatas de Hitler eran los dos países que habían experimentado una transformación nacional fundamental desde el fin de la guerra. El primero, la Turquía de Kemal Atatürk, que pasó de estar al borde de la partición a ver salir a los griegos en 1922. [174] Alemania había llegado a hundirse tanto, señalaba Hitler a mediados de septiembre de 1922, apenas diez días después de que Atatürk hubiera recuperado Esmirna, que «debe decirse que, a día de hoy, hasta el turco más humilde es más ser humano que nosotros». En segundo lugar, le entusiasmaba el caso de Italia, donde Mussolini y sus fascistas se habían hecho con el poder a finales de octubre de 1922 con su icónica «Marcha sobre Roma». Poco después, Hitler comentaría con fingida timidez: «Hay quien nos llama fascistas alemanes», añadiendo que él no quería entrar en «si esta comparación es cierta». Pronto sería más directo, exigiendo «el establecimiento de un gobierno nacional en Alemania basado en el modelo fascista». Un año después, a un entrevistador del *Daily Mail* le dijo que «si a Alemania le dan un Mussolini alemán, la gente caería de rodillas ante él y le adoraría más de lo que se ha adorado nunca a Mussolini». [175]

Fue entonces cuando Hitler rompió el consenso nacionalista y revisionista dominante, que exigía que Italia entregara el germanoparlante Tirol del Sur. Él sostenía que cualquier nuevo «gobierno nacional» solo sería capaz de asentarse si conseguía algunas victorias importantes. En su

opinión, dichas victorias eran difíciles de alcanzar en el ámbito económico, por lo que la mejor apuesta consistía en la incorporación (*Anschluss*) de Austria. Para ello era necesario contar con la aprobación no solo británica, sino también italiana. Por otra parte, Alemania debía alinearse en general con la Italia de Mussolini, «que había vivido su renacimiento nacional y tenía un gran futuro por delante». Por ambas razones, condenaba rotundamente el debate sobre Tirol del Sur que mantenían el resto de nacionalistas, subrayando que «en la política no existen sentimientos, solo un frío cálculo de intereses». 176 Resulta significativo que el apoyo de Hitler a una alianza con Italia obedeciera principalmente a motivos geopolíticos, no de afinidad ideológica, dado que sus primeros comentarios al respecto los hizo no solo mucho antes de la conquista fascista del poder, sino también mucho antes de nombrar a Mussolini por primera vez. 177

A Hitler le gustaba decir a veces que lo más difícil era resucitar a Alemania a nivel interno y que a partir de ese momento sería fácil enfrentarse a los enemigos externos. En realidad, no se hacía ilusiones. Un resurgimiento nacionalista haría a Alemania «capaz de establecer una alianza» de nuevo, si bien esta era solo condición necesaria pero no suficiente para afianzar su posición en el mundo. Esto requeriría aliados de verdad. Hitler no era de por sí contrario a una alianza rusa, preferiblemente sin los comunistas, aunque, si era necesario, también con ellos. «Debemos tratar de conectar con la Rusia nacional [y] antisemita», afirmaba, «no con los soviets». Dicho esto, en agosto de 1920, diecinueve años antes del Pacto Hitler-Stalin, comentó que «se aliaría no solo con el bolchevismo, sino con el diablo si hiciera falta, con tal de actuar contra Francia e Inglaterra». 178 Temía, no obstante, que este intento de liberarse mediante un pacto ruso-alemán sería aplastado sin más por británicos y franceses. Una alianza británica sería mucho más deseable, si dicho país pudiera mantenerse fuera del alcance de los judíos.

Pero en lugar de ello, Hitler puso su mirada mucho más lejos, al menos desde un punto de vista conceptual. Esperaba poder enfrentarse a las fuerzas del capitalismo financiero internacional con el frente unido de la «Internacional de lo productivo», para movilizar las «voces en defensa de los derechos de los pueblos productivos». Alemania actuaría como punta de lanza en estos esfuerzos, purificándose ella primero. Hitler exigió nada menos que un frente internacional panario y antisemita. Invirtiendo los términos del lema del *Manifiesto comunista* , anunció: «¡Uníos, no los proletarios de todas las naciones, sino los antisemitas de todas las naciones!», «uníos para luchar contra la raza judía, explotadora y opresora de todos los pueblos». 179 Estos llamamientos los repitió de diversas

formas en muchas ocasiones durante los primeros años de la década de 1920 [180] y por supuesto más adelante también. Aunque Hitler nunca sugirió que el nazismo fuera «para exportar», desde el primer momento tuvo claro que su programa requería un alto grado de cooperación internacional entre los antisemitas del mundo para compensar la debilidad de Alemania.

A largo plazo, pensaba que todo esto no serviría para nada a menos que Alemania solucionara la cuestión del «espacio». Al principio, Hitler cifró todas sus esperanzas en la expansión o restauración colonial como medio para resolver el problema del suministro de alimentos y también el de la emigración. [181] «Debido a la pérdida de las colonias», se lamentaba, «nuestra industria se encuentra al borde del colapso». Argumentaba que Alemania había estado compitiendo a un nivel mucho más bajo de lo que le correspondía antes de 1914 porque no había sabido aprovechar la oportunidad de la expansión colonial. No obstante, el razonamiento espacial de Hitler experimentó un cambio importante en torno a 1922, llegando a ver la expansión hacia el este como la solución. «En términos de política exterior», dijo Hitler en diciembre de 1922, «Alemania debería prepararse para una política estrictamente continental» y «evitar la vulneración de los intereses británicos». «Debía tratar de destruir Rusia con la ayuda de Gran Bretaña», proseguía. «Rusia», continuaba, «proporcionaría suelo suficiente para los colonos alemanes y un área extensa para las actividades de la industria alemana». [182] Aunque todavía no había alumbrado el término *Lebensraum* , un punto fundamental en el pensamiento de Hitler, la necesidad de una ampliación territorial hacia el este, a fin de asegurar el suministro de alimento para el pueblo alemán y contener la hemorragia migratoria, ya estaba presente. Esta política venía principalmente motivada por el temor y la emulación de Angloamérica, más que por una inquietud ante el comunismo del este o un deseo de eliminar a los judíos que vivían allí.

Durante los primeros años de la década de 1920, las líneas generales más importantes de la política de Hitler respecto al interior y al exterior fueron haciéndose cada vez más claras, y la mayoría quedarían fijadas ya para toda su vida. Su odio a los judíos era evidente, así como su temor a las potencias occidentales, que había pasado del odio a una especie de terror. Su admiración por los británicos y por los norteamericanos –aunque esta aún no fuera tan marcada– era evidente. La voluntaria afinidad con Mussolini y otros era manifestada abiertamente. Se percibían sin embargo algunas ausencias sorprendentes. Para un hombre que luego expresaría unas opiniones tan radicales sobre el tema, hasta ese momento había dicho muy poco –más allá de unos cuantos ataques al cubismo, el futurismo y al

«kitsch» judío en general– sobre el papel de la cultura en el resurgimiento de Alemania. Hitler se había manifestado mucho menos de lo que habría cabido esperar acerca de la Unión Soviética y su temor al comunismo quedaba empequeñecido frente al que le producía el capitalismo. Aún resulta más llamativo, dejando aparte algunas imprecaciones dispersas contra los polacos en unos contextos concretos relacionados con los territorios del este en disputa, 183 que no hubiera dado señales de una hostilidad global hacia los eslavos en general ni hacia el pueblo ruso en particular. Lo que más tarde se convertiría en el concepto de *Lebensraum* era ya visible, pero solo en líneas generales. Su formación intelectual aún no se había completado.

En cambio, su autoridad en el partido ya estaba entonces firmemente asentada. El «principio del Führer» despertó una gran aceptación, si bien su mandato no era el mismo en toda la extensión de su feudo. «El Führer», dijo a finales de julio de 1922, «debe ser un idealista, entre otras cosas porque es el que dirige a aquellos contra quienes parece que todo ha conspirado». «Nadie, grande ni pequeño, debe avergonzarse de su obediencia», declaró a mediados de noviembre de 1922 respecto a las SA , porque «pueden elegir a sus propios líderes», y los que no valen la pena pueden ser «expulsados». «Hitler adoptó la postura», comentó un testigo a los pocos días de asistir a un discurso suyo, «de que solo el líder era responsable ante la masa. Las comisiones, los comités» y otras instancias «ralentizarían el movimiento» en lugar de «impulsarlo». De vez en cuando, recurría a la lógica del «tambor», por ejemplo, cuando lamentó que Alemania no hubiera contado con un «tambor» como Lloyd George durante la guerra». 184

Durante aproximadamente los primeros dieciocho meses siguientes a su emergencia política en 1919, parece que Hitler concebía el resurgimiento de Alemania como un proceso a largo plazo en el que él desempeñaría un papel de apoyo, aunque posiblemente no viviera lo suficiente para verlo completado. Incluso después de su giro de *Trommler* a *Führer* a mediados de 1921, abogaba por un proceso constante de transformación ideológica más que una conquista revolucionaria. Durante este periodo, la actitud adoptada por Hitler fue la de esperar a ver si su propaganda y la marcha de los acontecimientos hacían a la población alemana tomar esa dirección. «La gente todavía se las apaña bastante bien», le comentó a Hanfstaengl, «solo cuando las cosas se pongan mal de verdad vendrán en masa hacia nosotros». 185

No obstante, en la segunda mitad de 1922, en el primero de los muchos giros que daría la trayectoria de Hitler, este empezó a contemplar un plazo mucho más corto. Una nueva urgencia fue deslizándose en su retórica y sus acciones; la laxitud evolutiva dejó paso al fervor revolucionario. Alemania, argumentaba, necesitaba a un «dictador», es decir, a «un hombre que si hace falta pueda pasar por encima de la sangre y los cadáveres». Su régimen «podría entonces ser sustituido por una forma de gobierno similar a la del lord protector», que a su vez podría ir seguida de una monarquía.[186] Este recurso a la historia inglesa, que da una idea del nivel del conocimiento histórico de Hitler, era un discurso inteligente para ganarse el respaldo conservador de cara a un golpe que le otorgaría un poder dictatorial, pero a la vez ofrecía la perspectiva de una evolución, a través de un Cromwell alemán y un general Monk, hacia la restauración de la monarquía. El motor de este proceso era la cada vez más profunda convicción de Hitler no solo de que él podía salvar al país, sino de que una tormenta perfecta de problemas domésticos y amenazas externas obligaba a que lo hiciera cuanto antes. El tiempo apremiaba. Alemania se estaba desintegrando y Hitler estaba cada vez más convencido de que únicamente él podía volver a poner las cosas en su sitio.

Parte II

FRAGMENTACIÓN

Durante 1923-1927, Hitler se enfrentó a las fuerzas que desintegraban Alemania. De ellas, la amenaza más inmediata seguía siendo el particularismo alemán, en la mente de Hitler prácticamente indistinguible del separatismo. A Hitler también le preocupaba profundamente la supuesta fragmentación racial del pueblo alemán, que él atribuía en parte a las hondas divisiones políticas, agravadas por el apoyo externo y judío al parlamentarismo, y en parte al legado histórico del conflicto religioso. Hitler trató de evitar esos peligros mediante un *putsch* en Múnich. En sus posteriores discursos y escritos, Hitler compararía aquel lamentable panorama con la natural coherencia del mundo angloamericano, que entonces dominaba Alemania más que nunca, no solo militarmente, sino también económica y culturalmente. En último lugar, pero no menos importante, durante su periodo de reclusión en Landsberg y después de su liberación, Hitler luchó contra el peligro de fragmentación en el NSDAP . A Hitler no le resultó fácil reestablecer su autoridad sobre la dirección ideológica del movimiento y el aparato del partido, un proceso que no finalizaría hasta finales de la década de 1920.

4

La lucha por Baviera

La Alemania de Weimar se enfrentó a numerosos problemas en sus primeros años, pero el más existencial era la amenaza de la desintegración territorial. En Renania y el Palatinado, las autoridades francesas realizaban continuos esfuerzos por apoyar a los grupos partidarios de la autonomía regional, e incluso de la independencia, con el consiguiente perjuicio para el Reich en general. 1 En Hannover y otros lugares de Alemania, se vivía un resurgimiento del tradicional sentimiento monárquico y antiprusiano dirigido contra Berlín. La principal amenaza a la autoridad del Estado central, sin embargo, procedía de Baviera. Allí era en parte una cuestión de ideología y de cultura la que enfrentaba a los bávaros, católicos, tradicionales y más conservadores, con las zonas con frecuencia más protestantes o progresistas de Alemania. No obstante, la cuestión de fondo era sobre todo constitucional. Durante el Segundo Reich establecido por Bismarck en 1871, Múnich había conseguido amplios derechos exclusivos, muchos de los cuales perdió con la llegada de la República de Weimar en 1919. El Partido Popular Bávaro, la principal fuerza política de la región, se había comprometido, a través de su «Programa de Bamberg» de 1920, a revisar la Constitución con el fin de conceder mayores poderes a los estados constituyentes; en realidad, de volver a la situación anterior. Gran parte de la temprana historia de la República de Weimar, de hecho, estaba marcada por la cuestión de las relaciones entre Baviera y el Reich, un conflicto en el que la amenaza de la fuerza armada siempre estuvo implícita, y, a veces, patente.

Estas tensiones se vieron agravadas por un montón de problemas más que fueron aumentando a lo largo de 1923. En enero, los franceses ocuparon Renania en represalia al hecho de que Alemania no cumpliera con el pago de sus indemnizaciones. El gobierno del Reich declaró la «resistencia pasiva». El malestar social era intenso, debido en parte a la inflación galopante que acabó con los ahorros de la clase media y provocó la ruina de las pensiones, y en parte por el Partido Comunista Alemán. Tanto una revuelta obrera como un golpe nacionalista parecían probables. Para empeorar las cosas, fue extendiéndose el miedo a que los franceses trataran de ocupar otras partes del país, aparentemente para hacer cumplir

los términos de la paz, pero, en realidad, para tener a Alemania sometida de manera permanente. Pese a todas sus ilusiones de volver a la ofensiva, el gobierno y la jefatura militar eran profundamente conscientes de la debilidad militar del Reich; las cláusulas del desarme del Tratado de Versalles habían dejado indefensa a Alemania. [2] Ello les obligaba a depender de formaciones paramilitares, tanto para sofocar el malestar interno como para proporcionar algún tipo de resistencia creíble a la invasión francesa. El canciller Cuno y el general Von Seeckt elaboraron un plan de movilización secreta, conforme al cual el Reichswehr almacenaría las armas y apoyaría a los paramilitares. Hitler, al igual que otros muchos líderes, se mostró de acuerdo en poner a sus SA bajo el mando del ejército en caso de un ataque francés. Hasta ese punto el NSDAP formaba ya parte del *establishment* nacional. [3]

La posición de Hitler en aquel momento era complicada. Para la mayor parte de los alemanes seguía siendo prácticamente un desconocido. Los principales diarios de Berlín le ignoraban tanto a él como a su partido. Ni siquiera se hicieron eco del tumultuoso *Deutscher Tag* en Coburgo, cuya repercusión quedó reducida al sur de Alemania. [4] Hitler contaba con muy pocos proveedores de fondos fuera de Baviera, con la notable excepción del barón Fritz Thyssen, un industrial del Ruhr que realizó grandes aportaciones a lo largo de 1923. [5] Dicho esto, dentro del ambiente de la derecha nacionalista no particularista bávara, Hitler se había constituido en un referente. Era bien conocido en Múnich, ciudad a la que Thomas Mann describió en una carta al diario norteamericano *The Dial* escrita en 1923 como «la ciudad de Hitler». Sus discursos atraían a enormes y alborozadas multitudes. Karl Alexander von Müller, que le había oído hablar por primera vez en la Löwenbräukeller a finales de enero de 1923, describe «el ardiente foco de multitudinario e hipnótico entusiasmo» [6] que generaban las banderas, la incesante música de marcha militar, y los breves y enardecedores discursos pronunciados por figuras menores del partido antes de que él en persona apareciera entre una salva de aplausos. Prácticamente cada frase de Hitler era interrumpida por una estruendosa ovación, tras lo cual él se iba a cumplir con su siguiente compromiso.

A lo largo de los siguientes meses, el ritmo de los eventos y actividades nazis aumentó. Los miembros del NSDAP eran más de 20.000 a principios de 1923, y la cifra llegó a ser de 55.000, es decir, más del doble, en los diez meses siguientes; [7] las SA casi se cuadruplicaron, pasando de unos 1.000 hombres a casi 4.000 durante el mismo periodo. [8] El propio Hitler era ya tan famoso que el NSDAP empezó a denominarse el «Movimiento de Hitler», el término bajo el cual la policía bávara registraba entonces sus

actividades. Se había convertido en figura de culto. El *Völkischer Beobachter* empezó a salir diariamente en febrero de 1923, otorgando un trato preferente a la publicación de los discursos de Hitler. Dos meses más tarde destacaba en su portada el cumpleaños del Führer, honor que hasta entonces no había alcanzado ningún otro líder nazi. 9 Hacía tiempo que había dejado ya el humilde papel de tambor. 10 Hitler se refirió una vez más a la necesidad de un dictador. El pueblo alemán, afirmaba, «espera hoy al hombre que le diga: Alemania, levántate [y] anda». 11 El contexto y la retórica no dejaban lugar a dudas de que era él quien pensaba desempeñar ese papel. Sus seguidores le consideraban no solo el jefe del movimiento nacional, sino el salvador y futuro líder de Alemania. El *Oberführer* de las SA , Hermann Göring, le aclamó en el acto celebrado el 20 de abril de 1923 con motivo de su cumpleaños como «amado Führer del movimiento de liberación alemán». Alfred Rosenberg le describió sencillamente como el «líder [Führer] de Alemania». 12

Consciente de su endeble situación dentro de la dominante corriente católica bávara, Hitler continuó tratando de tender puentes con la Iglesia, o al menos con sus adeptos. «Nosotros queremos», prometía Hitler, «ver un Estado basado en el verdadero cristianismo. Ser cristiano no significa poner la otra mejilla cobardemente, sino luchar por la justicia y contra toda forma de injusticia». 13 El NSDAP consiguió en efecto introducirse un poco entre los estudiantes universitarios y campesinos católicos, e incluso entre algunos miembros del clero como, al menos durante un tiempo, el cardenal Faulhaber, pero Hitler no logró hacer mayores progresos en esta dirección. 14 También se esforzó por conectar con la aristocracia bávara, que seguía firmemente concentrada en torno a la dinastía Wittelsbach, especialmente al príncipe heredero Ruperto de Baviera, una figura avalada por su desempeño como comandante durante la guerra. 15

La ocupación francesa de Renania, la pésima situación económica que a mediados de año entró en hiperinflación y la resultante escalada en las revueltas comunistas y de otros grupos de izquierda, dieron aún más alas a Hitler. Los nazis se apropiaron de la figura de Albert Leo Schlageter, gran mártir de la resistencia contra los franceses en el Ruhr ejecutado a finales de mayo de 1923, si bien no está claro que llegara a ser miembro del partido. 16 Sin embargo, Hitler rehusó unirse a la no violenta y multipartidista *Ruhrkampf* . Su argumento era que los verdaderos culpables se encontraban en Berlín y no en París. Poco después del ataque francés, Hitler hizo un llamamiento al público que había ido a escucharle al Zirkus Krone para llevar a cabo «un ajuste de cuentas general con los enemigos políticos internos del país»; el lema debería ser «No abajo Francia, sino

abajo los criminales de noviembre». «No queremos batallas en el extranjero», formuló en otra ocasión, «hasta que hayamos conseguido la victoria en casa». Por otra parte, Hitler interpretó la acción francesa dentro de su propio marco de pensamiento de la conspiración capitalista internacional en contra del Reich. Francia, afirmaba, estaba «conchabada con las altas finanzas internacionales» para someter a Alemania y quedarse con sus tierras. Rechazando la llamada a la solidaridad nacional, Hitler apuntaba mucho más alto. «Abajo los demás partidos, abajo el frente de unidad», proclamaba, «ese es el lema, y el crecimiento del antisemitismo en Inglaterra y Francia es más importante que la lucha por el Ruhr». 17

En medio de este ambiente enfervorecido, Hitler estrechó sus vínculos con varias organizaciones paramilitares de Baviera, y con la jefatura del Reichswehr en Múnich. Bajo el patrocinio de Ernst Röhm, en cuya oficina del Reichswehr se reunían, las SA , los Bund Oberland, la Organización Niederbayern, el Reichsflagge y la Organización Lenz formaron un «grupo de trabajo» a mediados de marzo de 1923. El mando militar fue confiado a Hermann Kriebel, pero la dirección política fue en gran medida entregada a Hitler. El comandante del Reichswehr en Múnich, el general Otto von Lossow, presentó a Hitler al jefe del Estado Mayor del Ejército, Hans von Seeckt, en la capital bávara, el 11 de marzo de 1923. El encuentro no resultó precisamente un éxito. Hitler hizo un feroz discurso ofreciendo su apoyo a un golpe militar inmediato contra el gobierno del Reich. 18 A petición de Röhm, cinco semanas después redactó un memorándum sobre la situación política. 19 En él apuntaba a que el «tiempo» se estaba agotando: pronto, Francia podría haber bolchevizado a Alemania y acabado de someterla por completo. Había llegado el momento, sostenía Hitler, de «tomar el poder» y «purgar totalmente» el país de sus enemigos internos. El cambio de la actitud de «esperar a ver qué pasa» al activismo revolucionario, iniciado a finales del año anterior, era ya muy evidente.

Durante este periodo, Hitler continuó elaborando y desarrollando su pensamiento estratégico. A lo largo de 1923, estuvo arremetiendo contra el capitalismo internacional –judío y no judío– como la fuente de los males de Alemania. En un breve prefacio que Hitler escribió para un libro de Gottfried Feder sobre este tema, lo describía como el «catecismo» del «nacionalsocialismo». 20 La prominencia del anticapitalismo, así como el temor a la expropiación y explotación por parte de amos extranjeros, quedan muy claros en «el trabajo del comité del partido para la seguridad de la alimentación del movimiento nacionalsocialista», que Hitler encomió en el verano de 1923. En él definía al «enemigo interno» como «especulador de la economía nacional», la «idea de conflicto de clase» y las

«tendencias inmorales en el gobierno y la legislación». Lamentaba la crucifixión de la clase media alemana por el «fraude masivo» de «nuestra economía monetaria», el «espíritu de la especulación» y el «terror de la idea capitalista». El documento no mencionaba directamente el bolchevismo ni a la Unión Soviética. Recomendaba –con la aprobación de Hitler– que el Estado protegiera los «activos básicos de la nación», esto es, «la comida y la fuerza de trabajo» a través de «una legislación anticapitalista en lo referente a tierras y asentamientos, vivienda, pero también y por encima de todo, en lo tocante al suministro de artículos de primera necesidad». Ello requería la «exclusión del capital extranjero de la tierra y el suelo, los negocios y los bienes culturales alemanes». [21]

Al igual que el círculo Ludendorff, Hitler estaba mucho menos preocupado por el destino de las minorías alemanas y las tierras de la periferia del Reich que por el destino del área central, que él creía bajo la amenaza de ser sometida e incluso extinguida. [22] Hitler también estaba empezando a considerar soluciones a largo plazo a la difícil situación de Alemania. Rechazaba la generalizada idea de una colonización «interna» de las tierras poco pobladas, en favor de la expansión territorial. «La [re]distribución de la tierra sin más», advertía en la primavera de 1923, «no puede brindar alivio. Las condiciones de vida de un país, en última instancia, solo pueden mejorarse a través de la voluntad política de expandirse». [23] El concepto de *Lebensraum* ya es claramente visible aquí, si bien el término en sí mismo no se utilizaba.

A lo largo de la primavera y el verano de 1923, Hitler fue haciéndose más agresivo. A principios de marzo de 1923 se celebró una reunión de formaciones paramilitares en Múnich en la que Hermann Esser sugirió que si los franceses avanzaban por el Rin, la Entente debería ser informada de que se detendría y fusilaría a todos los judíos si no se retiraban. [24] Aunque no está claro si este pensamiento procedió originariamente de Hitler, sí sería el primer ejemplo de su posterior estrategia de utilizar a los judíos como rehenes para que las potencias occidentales se comportaran. A mediados de abril de 1923, se celebraron unas masivas maniobras paramilitares conjuntas en Fröttmaninger Heide, cerca de Freimann, que fueron seguidas de un desfile hasta la sede del gobierno en Múnich. Dos semanas más tarde, el Primero de Mayo, se produjo un grave enfrentamiento con organizaciones de trabajadores en Oberwiesenfeld. Hitler promovió esta escalada. Él personalmente ordenó a las Sturmabteilungen no solo defender sus propias asambleas, moliendo a golpes a los que fueran a abuchearles, sino también reventar las asambleas de sus enemigos. Además, Hitler les ordenó que se dedicaran a insultar a

los judíos en calles y cafés. [25] Corrían abundantes rumores de que el NSDAP y las organizaciones nacionalistas «marcharían sobre Berlín», harían una limpieza general y establecerían un gobierno capaz de enfrentarse a la Entente.

Hitler también se esforzó por ampliar sus contactos internacionales. Estos estaban en parte destinados a proporcionar financiación. Una de las figuras en quien Hitler tenía puestas grandes esperanzas era el magnate estadounidense del automóvil y candidato al Congreso por el Partido Demócrata Henry Ford, que no solo simbolizaba el tipo de capitalismo productivo nacional que él tanto admiraba, sino que además era un activo antisemita. Su libro, traducido como *Der internationale Jude* (El judío internacional, 1921), había sido un gran éxito en Alemania. [26] En aquel momento era bien conocido que Hitler tenía un retrato de Ford en su despacho, y se hablaba de invitar al norteamericano a dar una conferencia. [27] Pero sus intentos de acercamiento a Ford fracasaron. Según Robert D. Murphy, vicecónsul de Estados Unidos en Múnich, con quien Hitler mantuvo un encuentro a principios de marzo de 1923, «la organización del señor Ford hasta el momento no había hecho ninguna contribución monetaria al partido» y «sus fondos procedían principalmente de alemanes residentes en el extranjero». [28] Algunos artículos de prensa hablaban de las esperanzas nazis en «América» y una lucha conjunta contra los judíos y el capitalismo. [29] Al final de agosto de 1923, Hitler viajó a Suiza en busca de respaldo financiero. «Hitler es encantador», escribió una de las señoras de la casa de un adinerado partidario suizo en su diario, «le tiembla todo el cuerpo cuando habla», cosa que hacía «maravillosamente». Hitler le dijo al general suizo Wille: «Daré un golpe en otoño». [30]

La otra motivación de Hitler era convencer a las grandes potencias para que permitieran el ascenso del NSDAP y aceptaran el resultado de cualquier acción revolucionaria. Sus principales objetivos en este sentido eran Estados Unidos e Italia. En abril de 1923, le dijo al famoso periodista germano-estadounidense Karl von Wiegand que él rechazaba las reivindicaciones del Berlín «bolchevique» «de la misma manera que los colonos norteamericanos de la época de Washington rechazaban comparecer ante el ceremonioso tribunal de Jorge III». [31] En junio de 1923, el *Völkischer Beobachter* anunció formalmente que el NSDAP no insistiría en que Italia devolviera Tirol del Sur. En agosto de 1923, Hitler envió a Lüdecke a Italia a establecer contacto con el régimen fascista, pero sin éxito. [32] Hitler trató de ganarse a los norteamericanos a través de una serie de entrevistas. A mediados de agosto de 1923 ofreció una iracunda entrevista al periódico neoyorkino *World* en la que prometía una «dictadura

fascista» y exigía que «el funcionariado debía reducirse al mínimo», tal vez como concesión a las preferencias de «gobierno reducido» de sus lectores norteamericanos. 33

Estas tentativas sugieren que la imagen enormemente negativa que Hitler tenía de Angloamérica había dado paso a una actitud más positiva. El motivo en parte era táctico, ya que se había dado cuenta de que sus objetivos a escala doméstica solo podían alcanzarse contando con el apoyo, o al menos la tolerancia, de Londres y Washington. En parte obedecía también a un cambio en su concepción estratégica, según la cual Inglaterra iba dejando cada vez más de ser para él un «enemigo absoluto» para convertirse en un potencial aliado. Gran parte de este cambio en Hitler, no obstante, parece haber sido impulsado por un idilio mucho más profundo con el «estilo de vida» americano, probablemente a consecuencia de su prolongada relación con Hanfstaengl, con quien por aquel entonces mantenía un contacto prácticamente diario. Esto quedó reflejado en el nuevo gran formato, al estilo americano, dado al *Völkischer Beobachter* el 29 de agosto de 1923, que fue muy comentado en aquel momento. No a todo el mundo le gustaba esta tendencia, ni la arrogancia ni el *slang* americano de Hanfstaengl que llevaba asociados. Friedrich Plumer, uno de los primeros nazis, que más tarde rompería su relación con Hitler, acusó a Hanfstaengl de «americanizar» el movimiento. 34

Pese a estos progresos, Hitler se encontraba entonces bajo una gran presión. Las relaciones con las autoridades de Múnich eran extremadamente malas. Ya le habían metido dos veces en la cárcel y a comienzos de año fue llevado ante la policía para explicar su comportamiento en Coburgo. 35 Dos semanas más tarde, el ministro bávaro del Interior, Schweyer, trató de prohibir el congreso del NSDAP en Múnich, y aunque no lo logró, se aseguró de que no pudieran concentrarse en un espacio abierto, para reducir así el número de asistentes. 36 Schweyer volvió a intentar acusar a Hitler de los incidentes violentos de Oberwiesenfeld, obligándole a presentar un escrito en su defensa ante las autoridades judiciales bávaras. 37

Hitler podía continuar jugando al ratón y al gato con las autoridades, prometiendo comportarse bien y luego volviendo a las andadas, pero ¿durante cuánto tiempo? Una concentración masiva celebrada en el Zirkus Krone a mediados de julio de 1923 congregó a tanta gente que tuvo que cerrar las puertas media hora antes de la hora de inicio fijada. El oficial de la policía que estaba al mando aquella noche advirtió a Hitler de que no le permitirían desplegar los estandartes del partido dentro del edificio. 38 La posterior marcha hacia la estación principal de Múnich desembocó en un

choque con la policía; Hitler, de pie, se encaró con los policías a caballo, armados con porras. Al mismo tiempo, las SA criticaban a Hitler. Sus bases estaban ya impacientes por entrar en acción, y no podían entender por qué Hitler no las conducía ya hasta Berlín o, como mínimo, al Ayuntamiento de Múnich. Mantener a este gran número de hombres armados en estado de semipermanente revolución ya no era posible. Si no se hacía algo pronto, existía un riesgo real de que la olla dejara de hervir, o bien de que rompiera a hervir antes de tiempo y se desbordara.

Hitler se encontraba por tanto ante una encrucijada estratégica. Por un lado, hacía llamamientos a un esfuerzo propagandístico a largo plazo para preparar al pueblo alemán para que volviera a ser una gran potencia. Esto implicaba una especie de revolucionaria actitud de espera, no muy distinta a la que mantuvieron los socialdemócratas durante la preguerra, [39] de acuerdo con la cual el NSDAP se limitaría a cosechar los frutos de su trabajo más adelante. En realidad, esto es lo que Hitler ya había sugerido a principios de año, cuando anunció que «llegará el día en el que daremos un golpe de Estado, bueno, más que dar un golpe», añadió con menosprecio, «bastará con soplar para que esta roca desaparezca». [40] En otras palabras, llegado el momento, al NSDAP le bastaría con soplar un poco para que la casa se viniera abajo. Por otro lado, la situación interna y externa del partido estaba cambiando constantemente, planteándole nuevas oportunidades, pero también nuevas amenazas. Durante mucho tiempo había sostenido que no existía una solución rápida para los males de Alemania. ¿Podía ser, no obstante, que la historia pudiera acelerarse, que se pudiera ir al encuentro del destino en lugar de limitarse a esperarlo?

Los ejemplos de Turquía e Italia parecían sugerir que era posible. En el otoño de 1923, Hitler hizo saber que lo que Atatürk había hecho «es lo que tendremos que hacer nosotros en el futuro, si queremos liberarnos». [41] En una ocasión posterior le citó como modelo para su *putsch* «de la cervecería». También aclamó a Mussolini como modelo, utilizando para las SA estandartes al estilo romano, en un claro homenaje. [42] Aunque no existen pruebas de que Mussolini apoyara los planes de Hitler de dar un golpe de Estado, tampoco existen dudas de que le sirvió de importante inspiración. [43]

Entre el final del verano y el otoño, la situación se exacerbó aún más. Hans Adam Dorten, un separatista apoyado por los franceses, había proclamado una «República Renana» en julio de 1923; [44] sus partidarios ocuparon varios edificios gubernamentales en Aquisgrán. El 26 de septiembre de 1923, el gobierno de Stresemann anunció el fin de la resistencia pasiva contra los franceses, sin haber cumplido sus objetivos. El

sentimiento de humillación que esto provocó alimentó la extendida percepción de que ya era inminente un golpe de Estado para establecer un nuevo gobierno «nacional» en Berlín. Aproximadamente por aquella misma época, los comunistas estaban llevando a cabo importantes avances en la Alemania central, especialmente en Turingia. En Baviera, las milicias de derechas, incluidas las SA , con la plena cooperación del Reichswehr local, se preparaban para repeler tanto a los comunistas como a los franceses si era necesario. Estos encuentros se repitieron varias veces en asambleas –«los días alemanes»– celebradas por toda la provincia, primero en Núremberg, luego en Hof, donde Hitler dio uno de sus discursos, y por último en Bayreuth. Era sabido que el *Generalstaatskommissar* de Baviera, y de facto también encargado de su gobierno, Gustav von Kahr, estaba valorando qué paso dar a continuación.

A Hitler no le preocupaban demasiado los comunistas, que para finales de octubre ya habían sido vencidos. El verdadero peligro se encontraba en la derecha. El primero, que los líderes de la oposición nacional estropearan la tarea de marchar sobre Berlín. Hitler hacía incesantes llamamientos a la acción: «o Berlín marcha hasta Múnich», advirtió, «o Múnich marcha hasta Berlín». 45 En segundo lugar, existía la posibilidad de que el NSDAP fuera utilizado como una especie de infantería que acabara dando apoyo a unos fines ajenos a los suyos, especialmente los del conservadurismo social. Tercero y más importante de todo, Hitler estaba preocupado por cuáles eran las verdaderas intenciones del gobierno bávaro y muchas de las organizaciones que le respaldaban política y militarmente. Temía que lo que querían no fuera renacionalizar Alemania mediante la toma de Berlín, sino una Baviera conservadora independiente. Si este era su principal objetivo o simplemente una opción predeterminada frente a la decidida resistencia republicana y de izquierdas en el resto del Reich, a Hitler le importaba poco. Hitler tampoco distinguía, como hemos visto, entre el separatismo propiamente dicho y las reivindicaciones de los particularistas bávaros de volver a las antiguas disposiciones federales del Segundo Imperio. El resultado, a su modo de ver, sería el mismo: la fragmentación del Reich en un momento en que el peligro, tanto interno como externo, era máximo.

El gobierno bávaro y muchos de los grupos asociados con él estaban, en efecto, planeando reconsiderar la relación federal con Berlín y no lo ocultaban. Otto Pittinger, el líder de Bund Bayern und Reich, se mostraba claramente partidario de restaurar la monarquía Wittelsbach en Baviera y volver a unos vínculos federales más imprecisos, como los de la época de Bismarck. El propio Kahr había hablado a favor de la restauración de la

monarquía bávara en varios mítines. 46

Hitler respondió a este desafío existencial con una estrategia sutil. Por un lado, atacó sin cesar a los monárquicos conservadores. «Resulta difícil imaginar», dijo en su discurso del *Deutscher Tag,* en Hof, a mediados de septiembre de 1923, «que el nacionalismo se exprese» exigiendo «que vuelvan a ondear las viejas banderas, que el viejo Estado autoritario deba resucitar y que haya que volver a las condiciones de antes». «Eso», afirmaba, «no es nacionalismo». 47 Por otro lado, Hitler pretendía crear un frente común con conservadores y monárquicos contra el enemigo externo. El 25 de septiembre de 1923, Scheubner-Richter fue encargado de propiciar un encuentro entre Hitler y el príncipe heredero Ruperto de Baviera; la esperanza era convencerle para que apoyara una marcha sobre Berlín. 48 Se ordenó a los miembros del partido, bajo pena de expulsión, abandonar todas las formaciones paramilitares que no estuvieran bajo el liderazgo político del Kampfbund, es decir, el suyo 49 y se planeó una avalancha de asambleas multitudinarias. 50

Hitler recubría su retórica de un cuidadosamente calibrado esfuerzo propagandístico. A mediados de septiembre de 1923 dio un discurso en Bayreuth –la ciudad de Wagner– y aproximadamente dos semanas después volvió para dar otro. En esta ocasión, aceptando la invitación de Winifred Wagner, la esposa de origen inglés del hijo de Wagner, Siegfried, mediante la cual acudió al santuario de Wagner en Wahnfried. Allí Hitler le habló al yerno del compositor, el filósofo político racista Houston Stewart Chamberlain, autor del éxito editorial *Los fundamentos del siglo XIX* , del que se llevó una impresión muy favorable. 51 Hitler fue a rendir tributo a la tumba de Wagner. También publicó un texto autobiográfico y una selección de sus discursos bajo el título de *Adolf Hitler: su vida y sus discursos.* 52 El nombre que aparecía en la portada era el de su socio Victor von Koerber, pero el verdadero autor era Hitler. En él exponía sus posiciones políticas, incluidos sus ataques al «bolchevismo» y al «mammonismo judío internacional», pero eliminaba intencionadamente cualquier referencia negativa a Estados Unidos, muy probablemente con el fin de que Estados Unidos tolerara un golpe de Estado cuando este se produjera. El principal propósito del libro era retratar a Hitler como el salvador de Alemania. Koerber-Hitler ya no se describía a sí mismo como un «tambor», sino como «un arquitecto que está construyendo la poderosa catedral alemana». Sin duda sacando partido al estilo adquirido en sus aproximaciones a los católicos bávaros, Hitler se autorretrataba como una figura mesiánica, cuyo

despertar político se comparaba a la resurrección de Cristo y cuyos escritos constituían una especie de sagradas escrituras.

El 26 de septiembre, el mismo día del final de la resistencia pasiva en el Ruhr, el gobierno bávaro declaró el estado de emergencia. Kahr fue nombrado comisario general. 53 También aquel mismo día, Hitler firmó una proclamación en apoyo de una «Liga para el Quebrantamiento de la Esclavitud de la Deuda»; con toda intención, se identificaba al capitalismo internacional y las potencias victoriosas como el enemigo más que a la izquierda alemana. En una «carta abierta al gobierno bávaro» adjunta en el *Völkischer Beobachter* , escrita en colaboración con –entre otros– Drexler y Gottfried Feder, Hitler criticaba la prevista entrega de activos nacionales alemanes en el marco de otro acuerdo aliado impuesto. 54 Lo que hasta entonces había sido un choque directo entre Berlín y el Múnich de derechas, estaba a punto de convertirse en un enfrentamiento a tres bandas entre Kahr, el gobierno del Reich y la escena nacionalista de Múnich, con Hitler como protagonista principal.

Al día siguiente, la avalancha de asambleas multitudinarias prevista por Hitler fue prohibida. Las sospechas nazis sobre las intenciones de Kahr aumentaron. 55 Hitler condenó la medida por considerarla dirigida contra el «movimiento de liberación *Völkisch* ». 56 Advirtió a Kahr y a los federalistas en general contra no «limitar» la «misión histórica de Baviera estrictamente a la celosa conservación de los intereses bávaros delimitados por los blanquiazules puestos fronterizos bávaros» y «priorizar» las «justificadas demandas para la recuperación de la categoría de estado de Baviera dentro del marco del Reich» por encima de la «necesaria liberación de Alemania entera». La elección de las palabras ya era en sí una concesión a las sensibilidades locales, pero Hitler se apresuraba a recalcar su idea de que la misión de Baviera era «acudir en ayuda de nuestros hermanos del centro y norte de Alemania, que se veían amenazados». «No solo el futuro de Baviera», añadía, «sino también el futuro de Alemania se decidirá en Baviera hoy». 57 El jefe de policía, Seisser, recordaría más adelante que Hitler desestimaba a cualquiera que no le apoyara, «ya fuera un vigilante nocturno o un separatista, un monárquico del Danubio o un simpatizante del Papa o de los franceses». 58

La tensión fue aumentando constantemente a lo largo de octubre. El 20 de octubre, el gobierno del Reich en Berlín despidió a Lossow, el jefe del ejército en Múnich. Seguro de contar con el respaldo de Kahr, este se negó a marcharse. El grupo paramilitar Bund Bayern und Reich de Otto Pittinger se puso de su parte. El resto del Reichswehr parecía dispuesto a actuar contra los «amotinados». Grupos armados se congregaron en las

inmediaciones de la frontera entre Baviera y Turingia. Alemania parecía a punto de deshacerse. Una vez más, Hitler arremetió contra los federalistas, esta vez en un tono de urgencia aún mayor. «La política estrecha de miras y orientada exclusivamente a Baviera de las fuerzas que apoyan la dictadura bávara», dijo en una asamblea de líderes de las SA , llevaba a que Baviera fuera considerada en toda Alemania como un estado «separatista» que trataba de salir del Reich, abandonado por todos sus aliados. Esta situación, estallaba Hitler, solo beneficiaba a la Francia de Poincaré. La respuesta era «enfrentar la cuestión alemana en el último minuto desde Baviera», y culminarla en Berlín con la colocación de la esvástica en el Reichstag. Esta era la «misión» bávara. 59

Pese a las demandas locales de su época, Hitler hizo grandes esfuerzos por ajustarse a la opinión internacional. En una entrevista que dio a American United Press en Bayreuth, dijo que las «masas» de Baviera le apoyarían frente a Kahr y anunció que él «no era monárquico y lucharía contra toda iniciativa monárquica, porque los partidarios de los Hohenzollern y de los Wittelsbach solo promovían divisiones separatistas». 60 Hitler también dio una entrevista al prestigioso periodista germano-americano George Sylvester Viereck, en la que se postulaba como el único baluarte contra el «bolchevismo» y revelaba sus ambiciones territoriales. «Debemos recuperar nuestras colonias y expandirnos hacia el este», sostenía. «Hubo un tiempo en el que podríamos haber compartido el mundo con Inglaterra. Ahora, solo podemos tratar de estirar nuestros contraídos brazos hacia el este. El Báltico no es más que un lago alemán». 61 Aproximadamente por la misma época, expresó a un periódico norteamericano sus planes de elaborar una «doctrina Monroe para Alemania», 62 la primera vez que se expresó claramente sobre un tema que habría de estar presente en toda su estrategia. A mediados de octubre de 1923, hizo una declaración pública en el *Corriere Italiano* renunciando una vez más a cualquier reclamación alemana sobre Tirol del Sur, como gesto para complacer a Mussolini. 63 Estaba convencido de que Francia apoyaría un golpe de Estado separatista, pero al parecer también creía que Inglaterra y Estados Unidos como mínimo tolerarían su *putsch* . 64

Justo al final de octubre de 1923, los líderes *Völkisch* y paramilitares se reunieron en la oficina de Röhm en el Reichswehr de Múnich e iniciaron los preparativos para la acción armada. 65 El propósito era atajar cualquier tendencia separatista en la jefatura bávara y que prestara su apoyo para una acción conjunta contra Berlín. Se esperaba que Kahr anunciaría sus planes de dar un golpe de Estado contra el gobierno de Berlín en un mitin programado para el 8 de noviembre en la cervecería Bürgerbräukeller. Si

Hitler y sus cómplices en la conspiración pretendían anticiparse a Kahr y su supuesta agenda separatista, o bien captarle para que se uniera a sus planes, aquella era una excelente oportunidad para tener reunidos a todos los principales protagonistas en el mismo sitio. 66

La noche que Hitler dio el golpe estuvo cargada de dramatismo. Irrumpió en la Bürgerbräukeller, disparó su pistola al techo y anunció ante el aplauso general que el gobierno bávaro de Knilling y el gobierno del Reich en Berlín quedaban depuestos. Hitler «sugirió» a Kahr para el puesto de regente de Baviera y a Pöhner para el de presidente de su consejo de ministros. Prometió que aquella misma noche se anunciaría un «gobierno nacional alemán» en Múnich. «Recomendó» que él mismo debía asumir la «jefatura» hasta ajustar cuentas con los «criminales» de Berlín. Ludendorff sería el comandante de un nuevo ejército nacional; Lossow, ministro del Reichswehr y Seisser, ministro del Interior. Con la intención de unir el orgullo local bávaro con la misión pangermánica, Hitler dijo que correspondía al gobierno provisional la tarea de marchar sobre el «nido de iniquidad de Berlín». Y en una considerable concesión a las sensibilidades bávaras, se comprometió a «construir un Estado federal cooperativo en el que Baviera reciba lo que se merece». 67 Kahr, Lossow y Seisser fueron retenidos y convencidos para que apoyaran el golpe de Estado.

Entonces entraron en acción los golpistas. Su «Proclamación a todos los alemanes» anunciaba que la nación iba a dejar de ser tratada como una «tribu de negros». 68 Hanfstaengl fue encargado de informar e influir en la prensa extranjera; puso sobre aviso a Larry Rue, del *Chicago Tribune,* sobre el hecho de que el golpe estaba a punto de comenzar, y se presentó en la Bürgerbräukeller con un grupo de periodistas de otros países. 69 Las oficinas del *Münchener Post* , periódico favorable al SPD , fueron arrasadas, pero no hubo «terror blanco» en las calles de Múnich; la principal preocupación de Hitler era la derecha, no la izquierda bávara. Una de las escasas detenciones fue la del conde Soden-Fraunhofen, un acérrimo partidario de la dinastía Wittelsbach a quien se acusó de ser un «mercenario del Vaticano». 70 Se esperaba a Winifred y Siegfried Wagner, que casi con toda seguridad ya estaban al tanto de la conspiración, en el Teatro Odeón inmediatamente después del golpe, donde Siegfried dirigiría un concierto de Wagner, tal vez a modo de celebración. 71 Hitler anunció melodramáticamente que «la mañana verá nacer un gobierno nacional en Alemania o bien nuestra propia muerte». 72

Pero lo que trajo la mañana fue la cruda realidad de que los golpistas estaban solos. El levantamiento nacional general en todo el Reich no se había producido. Kahr, Lossow y Seisser, que bajo coacción habían dado

su «palabra de honor» durante el golpe, se escabulleron y empezaron a movilizar fuerzas para restaurar el orden. Los peores temores de Hitler se confirmaron: no luchaba solamente contra el Berlín rojo, sino contra las fuerzas separatistas de Múnich. Un panfleto nazi publicado a toda prisa aquel mismo día anunciaba con amargura que «hoy la [revolución de noviembre] iba a haber sido sofocada desde Múnich y el honor de la patria restaurado». «Esta», añadía el panfleto evocando la retórica de Hitler, «hubiera sido la misión bávara». Kahr, Lossow y Seisser, desgraciadamente, habían traicionado a la causa. Tras ellos, continuaba diciendo el panfleto, estaba «el mismo trust de separatistas y judíos» responsable del pérfido armisticio de 1918, el «esclavo Tratado de Versalles y la despreciable especulación bursátil», junto con todos los demás males. 73 Concluía con un llamamiento a hacer un último esfuerzo por salvar la situación. Lo sorprendente de este documento era el notablemente mayor énfasis que ponía en el peligro separatista-clerical y capitalista que en la amenaza del bolchevismo.

Hitler y el resto de conspiradores partieron la mañana del 9 de noviembre hacia el centro de Múnich formando una columna de unos 2.000 hombres, muchos de ellos armados. Strasser, que se había presentado allí procedente de Núremberg con un contingente de seguidores, fue especialmente beligerante. Su plan no estaba claro, pero parece que se trataba de arrebatarle la iniciativa a Kahr; es posible que Hitler también intentara continuar luchando hasta el final, como había prometido la noche anterior. Fuera del Feldherrenhalle, en la Odeonsplatz, se encontraron con un cordón policial. Hitler se cogió del brazo con Scheubner-Richter y la columna comenzó a avanzar directamente hacía las líneas de la policía, con las armas preparadas. No está claro si Hitler buscaba la muerte como sacrificio inspirador de futuras generaciones o si trataba de imitar la famosa confrontación de Napoleón con el mariscal Ney, cuando el emperador marchó lentamente hacia sus viejos camaradas, que se negaron a disparar. Hubo un cruce de disparos, que causó bajas en ambos bandos. El propio Hitler escapó de la muerte de milagro, resultando herido en el brazo, y huyendo a toda prisa del lugar. Antes de acabar el día, Kahr publicó un comunicado anunciando el fracaso del «*putsch* de Hitler». 74 Pese al gran dramatismo de la puesta en escena, todo había acabado en un fiasco.

Un panfleto publicado inmediatamente después del fallido golpe, escrito por el propio Hitler o por alguien siguiendo sus instrucciones, realizaba un seguimiento del deterioro de las relaciones entre Múnich y Berlín a lo largo

de octubre de 1923. En él se citaba parte de una conversación supuestamente mantenida entre Hitler y Lossow, en la cual este último «mencionó en repetidas ocasiones al gobierno de Ankara», refiriéndose al resurgimiento nacional turco liderado por Atatürk, que podría acabar tomando Berlín. El panfleto proseguía con un ataque a Kahr, quien supuestamente «dependía por completo de los jesuitas de Roma». «Dado que Hitler sabía», continuaba, «que el "peligro negro" [esto es, el clero] en Baviera era todavía mayor que el rojo», se había visto obligado a anticiparse a las maquinaciones de los jesuitas, la dinastía Wittelsbach, los franceses, el Papado y los Habsburgo. [75] Las líneas principales de la por otra parte bastante contradictoria interpretación del *putsch* estaban claras: había sido llevado a cabo con la complicidad de los conservadores bávaros a la vez que con el fin de frustrar sus planes de un golpe clerical, monárquico y separatista en perjuicio del Reich en general.

El 11 de noviembre, Hitler fue arrestado en el domicilio de Hanfstaengl, situado en Uffing am Staffelsee, al sur de Múnich. Justo antes de su detención, Hitler se las arregló para hacer llegar un breve mensaje a Alfred Rosenberg, pidiéndole que se encargara de dirigir el movimiento en su ausencia. De allí fue conducido a la prisión de Landsberg, a la espera de juicio. [76] En un primer momento parece que Hitler atravesó una especie de crisis personal que se reflejó en una depresión e incluso en ideas suicidas. Hess, que todavía no se encontraba en Landsberg, dijo que estaba «emocionalmente muy decaído». [77] Tras unos duros interrogatorios, Hitler llevó a cabo una huelga de hambre de diez días. [78] Según recordaba el psicólogo residente, Alois Maria Ott, Hitler estaba consternado por la muerte de sus camaradas y dijo: «Ya he tenido bastante, no puedo más, si tuviera un revólver lo cogería ahora mismo». Ott consiguió calmar a Hitler y convencerle para que depusiera su protesta; la alimentación forzosa prevista no fue finalmente necesaria. [79] A primeros de diciembre de 1923, Winifred Wagner le envió mantas, libros y otros artículos, con la intención de alegrarle; también le escribía con frecuencia. [80] Hitler volvió a recuperar el ánimo, y dos semanas después empezó a preparar su defensa.

A mediados de diciembre de 1923, Hitler fue interrogado en Landsberg por el fiscal del Estado, el doctor Hans Ehard. Todavía con el brazo maltrecho, Hitler prometió «jugar sus mejores cartas durante la vista», y se preguntó en voz alta si «ciertos caballeros» tendrían el valor de cometer perjurio ante el tribunal. Esto iba claramente dirigido a Kahr, Lossow y Seisser. Ehard informó de que Hitler, tras haberse negado categóricamente a hacer ninguna declaración oficial para evitar «que pusieran palabras en su boca», pronto comenzó a pronunciar «interminables conferencias

políticas». Explicó que había dado el golpe porque los hombres del Kampfbund se habían mostrado impacientes por entrar en acción y era imposible contenerles ya más. Ehard, actuando probablemente por instrucciones de sus superiores, que temían que los trapos sucios salieran a luz, preguntó directamente a Hitler si tenía previsto «utilizar la cuestión de los supuestos planes separatistas bávaros en [su] estrategia de defensa». Hitler se negó a responder a esto, pero acto seguido pronunció una larga diatriba contra los «bien conocidos, influyentes, leoninos círculos con inclinaciones religiosas que solo perseguían fines separatistas y con este propósito habían empujado a Kahr a actuar de hombre de paja». «Estos círculos», añadía, «buscaban la restauración de la monarquía». Dentro del contexto de lo que él denominaba «planes de ruptura franceses», estas tendencias conducirían a «la separación de Baviera» y «la desintegración del Reich». 81 Sorprende que Hitler dedicara de nuevo mucho más tiempo a hablar de estos peligros para el Reich que de los procedentes de la izquierda.

Hitler no tardó en sentirse cómodo en Landsberg. 82 Las condiciones eran notablemente buenas, dado que tanto los guardas como los prisioneros le trataban como una celebridad, incluso después de recibir su sentencia. Los términos de su encarcelamiento no incluían trabajos forzosos, una dieta reglamentada, uniforme de recluso ni restricciones respecto a las visitas. Sus principales compañeros al otro lado de los barrotes fueron su chófer y guardaespaldas, Emil Maurice, y Rudolf Hess; su autoridad no se cuestionó. El joven nazi Hermann Fobke comentó que no se trataba tanto de «presentarte al jefe» como de que «el jefe te aleccionara». 83 Sus admiradores le llevaban libros, comida, flores y noticias. Helene Bechstein le llevaba queso. En total, solo en los primeros meses, le visitaron más de quinientas personas, entre ellas Elsa Bruckmann. Hanfstaengl comentaría más adelante que la celda olía como una «*delicatessen* ». Pese a todo, Hitler encontraba la cautividad irritante, porque le tenía enjaulado sin posibilidad de intervenir en lo que sucedía fuera. El entorno no era ni mucho menos lujoso –Landsberg no dejaba de ser una prisión, no un hotel–. La música y el odio le daban fuerzas para seguir adelante. «Doy salida a mi enojo preparando mi defensa», escribió en enero de 1924, «cuya primera parte, al menos, espero sobrevivirá al proceso judicial y a mí. Por lo demás, sueño con Tristán y cosas así». 84

El NSDAP , entretanto, estaba sumido en el caos. 85 El presidente Ebert anunció que los seguidores de Hitler serían juzgados por traición. El partido en sí fue declarado ilegal y pasó a la clandestinidad; se prohibieron sus publicaciones, incluido el *Völkischer Beobachter* y el periódico *Der*

Stürmer de Streicher. La policía entró en el local del partido, llevándose siete bolsas de patatas, además de todos los documentos y objetos de valor. En Hesse y en Wurtemberg, las autoridades se movilizaron rápidamente para erradicar el riesgo de que surgieran imitadores. La mayor parte de la jefatura nazi había huido, escondiéndose entre simpatizantes residentes en Múnich o en los alrededores. El hecho de que Hitler escogiera a Rosenberg para dirigir el partido en su ausencia cogió a todo el mundo por sorpresa y provocó una consternación general. Rosenberg era frío y cerebral, y no contaba con seguidores dentro del movimiento. En cambio, los tres sustitutos nombrados también por Hitler –Julius Streicher, Max Amann y Hermann Esser– sí tenían su cuota personal de poder. Hitler no dio explicaciones sobre su decisión. Es posible que viera a Rosenberg como un hombre de paja que simplemente se limitaría a guardarle el asiento hasta su puesta en libertad, pero también es posible que pensara que la mayor prioridad en su ausencia era el mantenimiento, no de la coherencia dentro de la organización, sino de la pureza ideológica, 86 misión para la cual Rosenberg era el candidato perfecto.

Pero el mundo no dejó de girar mientras Hitler estuvo en Landsberg. Rosenberg no solo tenía que enfrentarse a la cuestión práctica de cómo pagar sueldos, publicaciones y otros gastos, sino también que pronunciarse sobre temas políticos cruciales. El más acuciante era si el partido debía presentarse a las elecciones. Hitler era escéptico, pero permitió a Rosenberg que siguiera adelante. Rebautizados temporalmente como Grossdeutsche Volksgemeinschaft (GVG), dado que el antiguo nombre del partido había sido prohibido, los nazis reunieron a un numeroso grupo de viejos partidos para presentarse a las elecciones del Landtag de Baviera bajo el estandarte del Völkischer Block (VB); en Turingia, se unieron al Deutsch-Völkische Freiheitspartei (DVFP) de Albrecht von Gräfe, una escisión del DNVP . Hitler trató de establecer un estricto límite de tiempo en todos los acuerdos –por ejemplo, finales de febrero de 1924 para el del DVFP – probablemente con el fin de tener las manos libres una vez que quedara en libertad. De una u otra forma, el movimiento seguía estando totalmente orientado hacia Hitler, aunque este siguiera preso en Landsberg. Como anunció la jefatura de Múnich a mediados de marzo de 1924, «es responsabilidad nuestra poner en sus manos un instrumento que esté vivo, no inservible». 87

A finales de febrero de 1924, Hitler compareció en juicio ante el *Volksgericht* de Múnich, en la antigua Academia de Infantería de Blutenburgstrasse. Le permitieron asistir vestido con traje, en lugar de con el uniforme de prisión, y lucir su Cruz de Hierro. Las medidas de seguridad

eran rigurosas, y el interés de los medios de prensa, incluidos los extranjeros, máximo. Sin duda a Hitler le habría complacido saber que «se escuchaban sobre todo muchas voces en inglés». 88 El gobierno del Reich había querido que el juicio se celebrara en Leipzig, pero las autoridades de Múnich estaban decididas a no traspasar el ámbito local, muy probablemente porque temían que de otro modo llegara a descubrirse su complicidad en varias conspiraciones. 89 Berlín cedió dentro de un contexto de mayor acercamiento con Baviera. A mediados de febrero de 1924, aproximadamente una semana antes de comenzar el juicio, el Reichswehr bávaro se rindió una vez más a las órdenes de Berlín, contrariamente a la postura adoptada por Kahr y Lossow en noviembre de 1923; Kahr dimitió.

Como es bien sabido, Hitler utilizó la sala como una plataforma desde la que exponer su visión mundial, retocar su biografía 90 y difamar a sus numerosos enemigos. Lo que no se sabe tanto es que el blanco de sus ataques fue en todo momento el separatismo bávaro, del que acusaba por encima de todo a Kahr, Lossow y Seisser. Retomando su retórica anterior al *putsch* , Hitler explicó al tribunal, el primer día del proceso, que era «muy difícil» distinguir entre el «federalismo disfrazado» y una fuerza que «públicamente» apoyaba una forma de actuar que acabaría teniendo «consecuencias separatistas». Recordó al público presente en la sala que el «Programa de Bamberg presentado por el BVP contiene explícitamente la frase de que cada uno de los estados [federales alemanes] tiene derecho en el futuro a firmar tratados con otros estados [es decir, estados extranjeros] –una frase cuya conclusión lógica implica la disolución del Reich–». Su preocupación, afirmaba, era que Kahr no llegaría a marchar sobre Berlín, o lo haría sin éxito, y luego tomaría la opción separatista, probablemente con «ayuda extranjera», es decir, de Francia. En un sentido más general, a Hitler le desagradaba la dominante idea de «que tras la lucha se ocultara en realidad la defensa de unos derechos exclusivamente bávaros», una postura que implicaba la separación del resto de Alemania. 91 Esta retórica le permitía adelantar al triunvirato por la derecha, y dejarle en vergüenza frente a la escena alemana general, dado que el separatismo constituía una violación clara de la Constitución de Weimar. Indudablemente, esta era la razón por la que las autoridades de Múnich querían que el juicio se celebrara dentro de Baviera, y por la que pusieron a Hitler las cosas tan fáciles. Él, a su vez, también colaboró, reservando las acusaciones más concretas para las sesiones a puerta cerrada, bajo la amenaza implícita de que si quería podía hacerlas públicas.

El juicio duró poco más de un mes, del 26 de febrero al 27 de marzo de 1924. Los procedimientos no estuvieron centrados en Hitler todo el tiempo,

y durante largos periodos del juicio él asistió como espectador mientras sus cómplices en la conspiración se sentaban en el banquillo de los acusados. No importaba. Hitler consiguió igualmente imponer su liderazgo en la lucha política contra la República de Weimar, dejando a celebridades como el general Ludendorff en segundo plano. «La lucha política», anunció inequívocamente, «es decir, el enfrentamiento y ajuste de cuentas con los criminales de noviembre» está «encabezada por mí y lo seguirá estando». [92] Hitler no negó el contenido de las acusaciones, pero su argumento fue que su actuación había estado guiada en todo momento por el bien de Alemania. Su actitud aparentemente franca salió favorecida en la comparación con las evidentes argucias del «triunvirato», que cuestionaron enérgicamente su intención separatista y, de forma aún más inverosímil, cualquier conspiración contra el gobierno del Reich en Berlín. Incluso el fiscal jefe Ludwig Stenglein dio fe de «la pureza de las convicciones de [Hitler] y su desinteresada dedicación al trabajo». [93] La credibilidad de Kahr, Lossow y Seisser, en cambio, quedó completamente hecha trizas en el contrainterrogatorio, y con los testimonios de los acusados y testigos. En ocasiones, Kahr parecía tan abrumado que su voz apenas pasaba de un suspiro y el público de la sala tenía que aguzar el oído para escucharle. En cambio, el juez tuvo que pedir varias veces a un Hitler crecido que bajara la voz. [94]

El discurso final de Hitler fue una triunfante reiteración de sus creencias y su sentido de misión. Si él era un traidor, entonces también lo eran Bismarck, Atatürk y Mussolini, cuya traición se había visto ratificada por el éxito. Hitler denunció que «cada tribu de negros tiene derecho a la autodeterminación», pero que «Alemania no pertenecía a las tribus de negros, y sin embargo estaba por debajo de ellas». La raíz de la situación en la que se encontraba Alemania, continuó, residía en su expuesta posición geopolítica dentro de Europa. «El pueblo alemán», argumentaba Hitler, «se encuentra posiblemente en la peor localización de todas las naciones en términos político-militares. Desde un punto de vista geográfico se halla extraordinariamente mal localizado, rodeado de numerosos rivales». Estaba amenazado también por el empeño de Francia en «balcanizar» Alemania y reducir su población. En este contexto, se refirió al «[presunto] objetivo de Clemenceau de exterminar a veinte millones de alemanes en Europa, dividir a Alemania en varios estados, e impedir la emergencia de otro gran Reich unido». También se veía amenazado por la supuesta estrategia mucho más amplia de Gran Bretaña de balcanizar Europa entera en aras de mantener el equilibrio de poder. No existía ninguna solución económica a esta situación, recalcaba Hitler, sino solo una enérgica política exterior

basada en el máximo nivel de movilización interna que fuera posible. Alemania necesitaba librarse de la «judería internacional», responsable de coordinar a las fuerzas internacionales en su contra. También debía, en consecuencia, luchar contra el capitalismo internacional. Había que librar «la batalla contra la esclavización por parte del mercado bursátil internacional» y contra la «monopolización» de «toda la economía», instaba Hitler. 95

Todos eran temas que Hitler ya había abordado en declaraciones suyas anteriores, pero esta vez también tenía puesta sobre él la mirada de los alemanes e incluso de parte de la prensa internacional. Su discurso de cierre concluyó con la sonora frase de que, aunque el tribunal le condenara, era más que probable que la posteridad le absolvería. En una secuencia claramente coreografiada, los otros acusados dijeron no tener nada que añadir, de modo que las altisonantes palabras de Hitler quedaron resonando en la sala, a modo de resumen de lo que había sido el juicio. Hitler convirtió la derrota y la humillación del 9 de noviembre de 1923 en el relato de una victoria. Si el fallido golpe de Estado había tenido muchos padres, a partir de entonces fue el «*putsch* de Hitler», expresión con la que Kahr originalmente había pretendido convertir a los nazis en chivos expiatorios, pero que en realidad había colocado a Hitler en la primera línea de un nutrido grupo de «salvadores» de Alemania. Las sentencias reforzaron esta impresión. Ludendorff fue absuelto, un tratamiento indulgente que contribuyó a destacar el papel de Hitler. El propio Hitler fue condenado por «alta traición» contra el Estado a cinco años de cárcel –técnicamente, a «ser recluido en una fortaleza»– con posibilidad de recibir la libertad condicional pasados seis meses y previo pago de una multa de doscientos marcos oro.

Hitler era ya un héroe no solo para la derecha bávara, sino para muchos nacionalistas de toda Alemania. Lo que había comenzado siendo para la opinión pública el «juicio de Ludendorff» acabó siendo el «juicio de Hitler». «Ahora me estoy dedicando mucho a Hitler y el movimiento nacionalsocialista», escribió el estudiante renano Joseph Goebbels en su diario a principios de marzo de 1923, refiriéndose casi con toda seguridad al seguimiento de los reportajes sobre el juicio, «y supongo que lo seguiré haciendo durante un tiempo». Deseaba que toda ciudad tuviera su Adolf Hitler, «que con su fuego sagrado acabe con todo lo que es tibio y anodino». No obstante, la conversión de Goebbels fue lenta, en parte por una cuestión de estilo de vida. Como intelectual, Goebbels se oponía a la naturaleza «simplista» de gran parte de la retórica de Hitler. Y también por motivos políticos. A Goebbels, por entonces un eslavófilo declarado con

una apreciable consideración por la Revolución rusa, no le agradaba nada la visión de Hitler de la Unión Soviética ni tampoco lo que él consideraba como el carácter reaccionario general de su camarilla de Múnich. 96

Cuando volvió a Landsberg para cumplir el resto de su condena, Hitler se vio enfrentado a algunas importantes cuestiones estratégicas. Las formaciones paramilitares que tuvo bajo su mando durante el *putsch* habían sido dispersadas por las autoridades. Armado de un comunicado de Hitler en el que le nombraba «líder militar» del Kampfbund, 97 Ernst Röhm comenzó a resucitar a las SA , bajo la tapadera de una organización pantalla, y a últimos de mayo de 1924 fue a consultar con Hitler. Tal vez temeroso de provocar a las autoridades, y consciente de su incapacidad para hacerse con el poder por la fuerza, el Führer insistió en que las SA mantuvieran un perfil bajo. Hitler mostró además una actitud más conciliadora hacia el BVP , en parte sin duda por razones tácticas, pero probablemente también porque la amenaza del separatismo bávaro había remitido. Dicho esto, en mayo de 1924 había hecho saber que continuaría enfrentado al partido si este persistía en sus «políticas claramente reaccionarias y particularistas». 98

La otra cuestión eran las elecciones, en las que a regañadientes Hitler había permitido participar a Rosenberg. Hitler, al igual que otros muchos, creía que el tema central en la política alemana eran las recomendaciones de la Comisión de Reparaciones de Guerra presidida por el banquero estadounidense Charles Dawes, que el gobierno y la Coalición de Weimar aceptaron. Una de las propuestas más controvertidas era poner la Reichsbahn a cargo de la administración internacional a fin de garantizar sus ingresos por el pago de las reparaciones. 99 Uno de los «principales objetivos del movimiento *Völkisch* » era para Hitler luchar contra este «crimen internacional». Entregar la Reichsbahn, continuaba, equivalía a cortar la «sutil y vitalmente necesaria red de ferrocarril que atravesaba el territorio del pueblo alemán». 100 Hitler se oponía enérgicamente a la pérdida de este activo nacional a manos de un plan de austeridad impuesto internacionalmente.

Así las cosas, la elección del Reichstag de mayo de 1924 fue básicamente un referéndum sobre el Plan Dawes. Durante toda la campaña, la propaganda y la iconografía nazi estuvieron sistemática y casi exclusivamente dirigidas contra el «capitalista judío». 101 En este sentido, su iconografía difería muy poco de la de los comunistas e incluso de las caricaturas del pintor de izquierdas Georg Grosz. 102 El voto comunista subió de medio millón en 1920 a 3,7 millones. Los partidos de derechas se llevaron una parte aún mayor del pastel: 7,5 millones de votos. De estos,

solo una pequeña parte fueron a los partidos «comodín» del NSDAP . [103] Los nazis del norte de Alemania, que se oponían por principio a participar en cualquier proceso electoral y tendían en general a la izquierda, se mostraron escépticos con los resultados, así como los aliados *Völkisch* . El partido del sur de Alemania, cuyos resultados habían sido mucho mejores y que era menos «socialista», se inclinaba más a repetir el experimento y continuar la relación con el DVFP .

Esto devolvió al primer plano la espinosa cuestión de la relación del Partido Nazi con otros partidos y grupos. Hubo encarnizados debates sobre con cuáles de las diversas formaciones de la sopa de letras de la derecha debían aliarse o unirse los nazis, y bajo qué condiciones. Gregor Strasser y el general Ludendorff apoyaban decididamente la fusión con el DVFP para crear un nuevo Partido Nacionalsocialista por la Libertad (NSFP). Hitler aceptó de mala gana, pero insistiendo en que la sede y el centro principal del partido debían continuar en Múnich. Las tensiones afloraron a primeros de junio de 1924, con motivo del congreso del NSDAP noralemán celebrado en Hamburgo, cuando los delegados rechazaron la fusión con el «parlamentarismo» y «espíritu partidista» en general del DVFP . Decidieron romper con Múnich y establecer un Directorio noralemán. [104] A los nazis de Fráncfort les desagradaba tanto la idea de una fusión que se escindieron para formar el Deutsche Partei, jurando lealtad a Hitler. Estas diferencias dieron lugar a una interminable cola de personas que iban a Landsberg a visitar a Hitler para informarle, quejarse o tratar de convencerle de que apoyara a una facción u otra. [105]

Hitler respondió anunciando su retirada de la política activa a mediados de junio de 1924. «De ahora en adelante», escribió, «nadie tiene derecho a actuar en mi nombre». [106] Gottfried Feder comentó después de visitarle que Hitler estaba «deprimido [y] quiere retirarse completamente del movimiento» para «trabajar», esto es, «escribir» y ganar dinero. [107] Durante los siguientes dos meses, Hitler repitió su mensaje públicamente en varias ocasiones. [108] El motivo de actuar así obedecía en parte a su desencanto por la manera en que las diversas fusiones y colaboraciones estaban convirtiendo al partido en una organización puramente burguesa, y en parte a que desde la cárcel carecía de poder real para cambiar las cosas. [109] Un joven nazi reaccionó diciendo que todos los nazis no eran más que «comodines» a la espera de la puesta en libertad del Führer; otro dijo que «nuestro programa se resume en dos palabras: «Adolf Hitler». [110] La «retirada» de Hitler acabó por tanto resultando una jugada muy acertada, no solo porque le eximiera de la responsabilidad de tomar partido. Además, redujo en gran medida las tendencias separatistas, ya que nadie podía decir

que contaba con su respaldo, y por lo absurdo de tratar de tomar el control del partido en su ausencia, dado que se esperaba que su puesta en libertad fuera inminente.

Una de las razones por las que Hitler quería entonces mantener un perfil bajo era el temor a que su puesta en libertad se retrasara o a ser deportado a Austria. Las autoridades bávaras llevaban tiempo esperando hacer lo segundo, y a principios de mayo de 1924 la Polizeidirektion en Múnich comunicó al Ministerio del Interior bávaro que «Hitler constituye una permanente amenaza para la seguridad interior y exterior del Estado». [111] A finales de abril de 1924, los austriacos acordaron en principio aceptarle. [112] Hitler consiguió evitar la deportación, pero tras el rechazo a su petición de libertad condicional no pudo salir el 1 de octubre como él en un primer momento esperaba. El 16 de octubre declaró que debería permitírsele quedarse, «ya que nunca me he sentido ciudadano austriaco, sino solo un alemán». «Mi afecto por mi tierra natal, Austria, es grande», continuaba diciendo, «pero también lo es la hostilidad hacia el Estado austriaco», en el que –como en «el anterior Estado Habsburgo»– solo podía ver «un obstáculo para la unificación del pueblo alemán». [113] Y basaba su derecho a tener la ciudadanía alemana en el «compromiso de su sangre y su vida durante cuatro años». Al mes siguiente, hizo saber que él era «hijo de un territorio austriaco que cien años antes había pertenecido a Baviera. Su ciudad natal es Braunau». «Por esta razón», continuaba, «considera absurda esa frontera, que quiere dividir a alemanes con las mismas tradiciones y la misma lengua en dos naciones [*sic*]». [114]

5

Poder angloamericano e impotencia alemana

La razón principal por la que Hitler se retiró de la dirección del partido fue su plan de escribir un «gran libro», como dejó claro en la declaración en la que anunciaba su decisión. [1] El proyecto comenzó como una defensa «cuasilegal» de sus acciones ante el tribunal. Pronto empezó a transformarse en la idea de elaborar, como Hitler le dijo a Siegfried Wagner a principios de mayo de 1924, un «exhaustivo ajuste de cuentas con los caballeros que alentaron el 9 de noviembre», es decir, Kahr, Lossow y Seisser. Con la esperanza sin duda de contratar un libro que causaría sensación y sería un éxito de ventas, varios editores le ofrecieron sus servicios a Hitler, bien en persona o por carta. [2] Con el tiempo, sin embargo, el enfoque de la obra cambió, probablemente gracias, en parte, a algún tipo de acuerdo explícito o implícito con el estado bávaro de no hurgar en la herida a cambio de una sentencia leve. No obstante, también había razones positivas para este cambio de perspectiva. Hitler quería aprovechar la relativa tranquilidad de Landsberg para escribir un manifiesto mucho más amplio que explicara en detalle los principios del nacionalsocialismo, trazando un camino al poder para el movimiento y demostrando cómo Alemania podía recuperar su independencia y su estatus de gran potencia. [3] El primer volumen de *Mein Kampf* , escrito o recopilado en su mayor parte en Landsberg, parece haber sido básicamente un trabajo en solitario, con relativamente poca participación de otros. Julius Schaub, otro preso que más tarde se convertiría en su ayudante personal, recordaba que Hitler escribió *Mein Kampf* «solo y sin la participación directa de nadie», ni siquiera de Hess, que compartió con él la prisión de Landsberg. [4] El libro fue mecanografiado por el propio Hitler, que lo leía en voz alta y hacía resúmenes de extensas partes de él a sus compañeros de cárcel, un público agradecido y, en cualquier caso, cautivo. [5] A veces, al escucharse decir las palabras que él mismo había escrito, a Hitler se le saltaban las lágrimas. [6]

El periodo de reclusión le permitió a Hitler la oportunidad de leer más y poner en orden sus pensamientos. [7] Una de sus principales preocupaciones en Landsberg fue Estados Unidos, al que empezaba a considerar un modelo de Estado y de sociedad, por encima incluso del Imperio británico.

«Devoró» las memorias de un emigrante alemán regresado de Estados Unidos. [8] «Debería tomarse a América como modelo», afirmaba. [9] Hess escribió que Hitler estaba cautivado por los métodos de producción de Henry Ford, que hizo que los automóviles fueran accesibles a las «amplias masas» populares. [10] Parece que este fue el origen de la Volkswagen. Hitler pretendía que el automóvil sirviera como «el medio de transporte del hombre de a pie en la naturaleza: como en América». [11] También tenía previsto aplicar los métodos de producción en masa a la vivienda, y experimentó con proyectos de diseño de una *Volkshaus* para familias de tres a cinco hijos con cinco habitaciones y un baño, con garaje, en grandes urbanizaciones de casas adosadas. También estaba decidido a no quedarse atrás en la construcción de «rascacielos», y anhelaba provocar la consternación de los elementos del *Deutsch-Völkisch* trasladando la sede del partido a un edificio de este tipo. Aparte de demostrar que Hitler estaba interesado en la arquitectura popular, y no solo en edificios públicos monumentales, estos planes dejan claro que pensaba en mejorar la situación de la clase trabajadora alemana a través de la modernidad del estilo suburbano y metropolitano estadounidense. [12] Este era el modelo de sociedad ideal contra el que escribió *Mein Kampf*.

La modernidad no era un fin en sí mismo, sino un medio por el cual el pueblo alemán, y especialmente la clase trabajadora y las mujeres alemanas, podían ser movilizadas en apoyo del proyecto de resurgimiento nacional. Hitler exaltaba el desarrollo tecnológico –aviones, máquinas de escribir, teléfonos y puentes colgantes, e incluso electrodomésticos–. Estos últimos liberarían a las mujeres de las faenas de la casa y les permitiría ser mejores esposas y tener más hijos. «¡Qué poco se han beneficiado del progreso nuestras pobres mujeres», se lamentaba, «con todas las cosas que se pueden hacer para facilitar [la vida de una mujer] con ayuda de la tecnología! Pero la mayoría de la gente sigue pensando hoy en día que una mujer solo es buena esposa y ama de casa si está siempre sucia y trabajando todo el día». «Y luego», continuaba diciendo, «uno se sorprende cuando la mujer no es lo bastante intelectual para el hombre, cuando él no puede encontrar en ella estímulo y solaz». Y, por si fuera poco, añadía, esto era «malo para la raza» porque era «evidente que una mujer agotada no puede tener hijos tan sanos como la que está bien descansada, puede leer buenos libros, etcétera». [13] El nexo entre lo que Hitler más adelante denominaría la «elevación» racial de Alemania, el progreso tecnológico y mantener el nivel de vida ya queda evidente aquí.

Parte indispensable de este programa de mejora racial era el apoyo de Hitler a lo que hoy llamaríamos tecnología «alternativa». «Cada granja que

no tenga una fuente alternativa de energía», exigía, debería instalar «un motor eólico con dinamo y baterías recargables». Y aunque quizás esto no fuera posible en las circunstancias económicas de aquel momento, continuaba Hitler, a largo plazo sería una inversión viable. Rechazaba la idea de que el cambio tecnológico restara encanto a la agricultura. «Bastante me importa un romanticismo», exclamaba, «que llena de escarcha las ventanas de las casas al atardecer, [y] que hace envejecer a las mujeres prematuramente, de tanto trabajar». Hitler por tanto despreciaba a la gente de ciudad que se iba a pasar el día al campo, se extasiaba con el paisaje y luego volvía a sus modernos y eficientes hogares urbanos. Hitler decía apoyar «la conservación de la naturaleza», pero a la manera de los parques nacionales en las montañas. «En esto también», concluía, «los americanos han hecho bien las cosas con su parque de Yellowstone».

La feroz hostilidad de Hitler por el capitalismo financiero internacional no amainó en Landsberg. Sin embargo, sí matizó algunas de sus ideas anteriores sobre las economías «nacionales». Resulta significativo que rechazara las demandas de los fabricantes de automóviles alemanes de ser protegidos frente a la competencia de Henry Ford mediante unas barreras arancelarias más altas. «Nuestra industria necesita esforzarse y lograr el mismo rendimiento», señaló Hitler. Una vez más, Estados Unidos era el modelo explícito a seguir. [14]

Hitler también estaba empezando a incorporar por entonces el concepto de *Lebensraum.* [15] Esta era una de las ideas clave de Karl Haushofer, profesor y mentor de Hess, y decano de la *Geopolitik* alemana. Este fue a visitar a Hess en prisión, llevándole unos ejemplares de la «Geografía política» de Clausewitz y Friedrich Ratzel, uno de los textos más influyentes en materia de geopolítica. [16] Aunque no hay pruebas de que Haushofer coincidiera con Hitler en alguna de estas ocasiones, es muy probable que así fuera, o que en cualquier caso sus ideas llegaran de alguna forma a Hitler. A mediados de julio hubo un debate sobre el *Lebensraum* en Landsberg, que comenzó en el jardín en tono afable y desenfadado y terminó con el círculo más estrecho de Hitler «admirado» ante una larga definición del término expuesta por Hess. [17] En esencia, era muy simple: todo pueblo necesitaba un determinado «espacio vital» para alimentar y alojar a su creciente población. La idea parecía proporcionar la respuesta al principal desafío al que se enfrentaba el Reich: la emigración de su excedente demográfico a Estados Unidos. Esto formaba parte de un cambio importante en el pensamiento de Hitler, alejándolo de una potencial alianza rusogermana y de evitar la emigración mediante la restitución de las colonias alemanas, y orientándolo a la conquista de *Lebensraum* en el este,

colindante con un expandido Reich alemán. 18 Tenía menos que ver con el odio al bolchevismo y la judería del este de Europa, y más con la necesidad de preparar al Reich de cara a un enfrentamiento o a una coexistencia en igualdad con Angloamérica, cuyo dinamismo tenía entonces más fascinado que nunca a Hitler.

La crucial importancia del Imperio británico y Estados Unidos en la gestación de *Mein Kampf* es evidente desde las primeras líneas generales que pergeñó en junio de 1924. 19 Estas se centraban en la política exterior en general, y en los angloamericanos en particular. Hitler criticaba no solo el fracaso a la hora de conseguir una alianza con Gran Bretaña, sino también a la de hacer a Alemania fuerte en Europa en lugar de perseguir una expansión colonial, naval y comercial, como el gobierno imperial había hecho. Esto, sostenía, fue «especialmente importante para el desarrollo del continente americano y su ascenso a primera potencia mundial». La base de las grandes potencias europeas, continuaba Hitler, era demasiado pequeña. Las comparaba con pirámides invertidas cuya base estaba en ultramar y su vértice en Europa. En cambio, Estados Unidos tenía su «base en América y su cima en el resto del mundo». Esto lo convertía en un modelo superior a Inglaterra, si bien esta se beneficiaba de su parentesco con Estados Unidos. En las líneas generales se refería explícitamente a «Gran Bretaña y el mundo anglosajón» y a la «importancia» de Estados Unidos como «Estado anglosajón» para la propia Gran Bretaña. Los contornos de la mayor preocupación de Hitler, la colosal fuerza de las potencias del mundo «anglosajón», eran por tanto claramente visibles.

Aunque Hitler intentaba reducir su exposición a las pequeñas disputas de partido dentro de prisión, sorprende que tratara de mantener su compromiso con el mundo en un sentido más amplio, especialmente con simpatizantes y financiadores de Italia y Estados Unidos. Pese a haber permitido a Göring encontrar cobijo en Italia tras el *putsch* , Mussolini tenía buen cuidado de mantener a los nazis a distancia. 20 En cuanto a América, a principios de enero de 1924, al poco de haber iniciado su periodo de reclusión en Landsberg, Hitler escribió una carta de acreditación a su enviado Kurt Lüdecke. Le pedía a Lüdecke «promover los intereses del movimiento de liberación alemán en Estados Unidos y en concreto recaudar dinero para este fin». 21 A finales de enero, Lüdecke partió con Winifred y Siegfried Wagner hacia Detroit. Pese al llamamiento a la «solidaridad de los hombres blancos» y su oferta de promover el tipo de antisemitismo internacional preconizado por el periódico *Dearborn Independent* , en los encuentros que

mantuvo con Ford no consiguió convencerle para que financiara de ninguna forma al movimiento. [22] Entre mayo y junio de 1924, Lüdecke visitó a Hitler varias veces en Landsberg. [23] En 1924 se fundó en el barrio alemán de Chicago un *Ortsgruppe* nacionalsocialista que al parecer también tuvo cierta presencia en Nueva York; un año más tarde, Hitler agradeció personalmente a uno de sus activistas en América que enviara dinero para el movimiento. [24] En general, sin embargo, el intento de recurrir a Estados Unidos fue un fracaso.

Hitler no se hacía ilusiones sobre el calendario para la regeneración nacional y racial de Alemania. El fracaso del golpe le había curado de todo vanguardismo. En ese momento no pensaba en términos de años, ni siquiera de décadas, sino de siglos. A finales de junio de 1924, anunció públicamente que «el restablecimiento del pueblo alemán no consiste en absoluto en la adquisición de armas técnicas, sino que es una cuestión de regeneración de nuestro carácter». «Las renovaciones espirituales», continuaba diciendo Hitler, «requieren, para ser algo más que un fenómeno pasajero, *muchos siglos* [cursiva en el original]» para saldarse con «éxito». [25] Cinco meses más tarde, Hess anotó que Hitler «no se engaña respecto hasta qué punto él puede llevar a la práctica la "idea"». «La maduración de las ideas, la adaptación de la realidad a la idea y de la idea a la realidad», continuó, «probablemente requerirá muchas generaciones». Hitler, continuaba diciendo Hess, veía que su función era simplemente «establecer un nuevo poste indicador en la distancia», «preparando la tierra» en torno al poste existente, que «marcará una gran era en el desarrollo de la humanidad». La tarea de «mover hacia adelante» el poste y avanzar de alguna forma hacia el objetivo, en cambio, sería responsabilidad «de otro hombre, más importante todavía, que está aún por llegar». [26] Dicho de otro modo, tras la certidumbre de 1923, Hitler volvía a no estar seguro de si él era el mesías o solo un Juan el Bautista, el «tambor» de 1919-1920.

Durante la segunda mitad de 1924, las disputas internas siguieron coleando. [27] A finales de julio se celebró una enconada asamblea en Weimar. Esser y Streicher no perdieron ocasión para desacreditar a Rosenberg. Feder, Strasser, Gräfe y Ludendorff también se unieron para atacarle. Ludendorff al final se marchó haciendo aspavientos. Hitler no envió a nadie en representación suya. El NSDAP y el DVFP siguieron adelante y a finales del verano formaron una inestable fusión que dio lugar al National-Sozialistische Freiheitsbewegung (NSFB). El Directorio Noralemán formó el National-Sozialistische Arbeitsgemeinschaft (NSAG), cuyas inclinaciones claramente socialistas repugnaban a Esser y Streicher en Baviera. Durante todo este tiempo, Hitler guardó un elocuente silencio

desde la prisión. Un miembro escribió a Hess desesperado: «¿Dónde estás ahora que el movimiento se está descomponiendo?». Y recibió esta respuesta: «Con Hitler. Con Hitler, que está por encima de todo». 28 Estaba claro que el movimiento estaba en estado de animación suspendida, era como una representación de Hamlet sin el príncipe.

Hitler fue puesto en libertad condicional el 20 de diciembre de 1924. La emblemática fotografía de Heinrich Hoffmann en la que se muestra a Hitler junto a un coche como si estuviera a punto de sentarse a conducirlo no se tomó, como Hitler hubiera querido, a la puerta de la prisión, dado que las autoridades se opusieron, sino frente a la puerta histórica de la ciudad. 29 La intención era transmitir un mensaje de determinación y dinamismo, aunque lo cierto es que Hitler no conducía ni aprendió a hacerlo nunca.

Pese a esta bravata, Hitler fue dando sus pasos con prudencia. Poco después de su puesta en libertad mantuvo dos reuniones con el ministro-presidente Heinrich Held, en las que le aseguró que no intentaría dar otro golpe de Estado. También moderó el tono en la retórica del *Mein Kampf* , en cuyo segundo volumen estaba trabajando desde su tranquilo retiro montañoso en Berchtesgaden, que un admirador le había cedido para su uso y disfrute. 30 Hitler también se dedicó a poner orden en su situación administrativa como ciudadano, lo cual adquirió renovada importancia a raíz de que le prohibieran hablar en público. A principios de abril de 1925, escribió a las autoridades de Linz presentando su «renuncia a la ciudadanía austriaca». También mantuvo un largo debate con el cónsul austriaco en Múnich, al que expresó su deseo de renunciar a su nacionalidad. 31 El 30 de abril de 1925, las autoridades austriacas le despojaron finalmente de una ciudadanía que él nunca había aceptado. Esto no significaba que Hitler hubiera dejado establecido con claridad su derecho a permanecer en Alemania –oficialmente en ese momento pasó a ser un apátrida–, pero al menos había conseguido que fuera más difícil deportarle a otro lugar. La amenaza de expulsarle, no obstante, continuaba latente, como las autoridades bávaras se encargaban de recordarle de vez en cuando. 32

Los siguientes movimientos de Hitler también fueron observados muy de cerca por sus seguidores, que esperaban impacientes que les guiara. Las divisiones del año anterior no terminaron con el regreso de Hitler de Landsberg, sino que más bien se recrudecieron cuando las distintas facciones, escondidas en una selva de movimientos y siglas, trataron de ganarse el favor del Führer. Hitler evitó el conflicto, entre otras cosas para tratar de concentrarse en terminar *Mein Kampf.* 33 «Ni una palabra de Hitler», anotó Goebbels justo al final de 1924, «qué talento político el de este astuto zorro». Quince días después, inquiría nervioso: «¿Qué hará

Hitler? Esa es la inquietante pregunta de cada día. Esperemos que no se pase al bando reaccionario». 34 La reticencia de Hitler molestaba a parte de las bases, que se quejaban de que sería mejor que se dedicara a solucionar los «problemas» del movimiento más que a trabajar en «un documento de alta política». La policía bávara, que vigilaba de cerca a Hitler desde su puesta en libertad, también informaba de que parecía absorto en *Mein Kampf* , que trataba «exclusivamente sobre el marxismo y los judíos». 35 Como luego veremos, este resumen no era en absoluto exacto, pero debió de ser leído con gran alivio en Múnich en tanto que apuntaba a que Hitler no albergaba planes de venganza contra Kahr, Lossow y Seisser.

En parte, las disputas dentro del NSDAP se basaban en antipatías personales, o en la lucha por tener acceso a Hitler, una cuestión cuya importancia iría aumentando a medida que el poder de este iba también creciendo. «Si uno pudiera estar dos horas con Hitler», clamaba Goebbels desesperado, «todo podría resolverse, pero está siempre rodeado de gente, como los monarcas de antaño». 36 Las relaciones dentro del partido de Múnich eran especialmente malas y las luchas intestinas entre Rosenberg, Hanfstaengl y Esser acabaron en pleitos. La división también revestía un carácter cultural, enfrentando a los alemanes del norte y el oeste contra los del sur. Hitler no fomentaba estas disputas para fortalecer su propia autoridad, sino que las consideraba una amenaza para la cohesión del movimiento. A finales de abril de 1925, envió una larga carta a Rosenberg rogándole que no siguiera litigando, por el bien del partido. 37 En adelante los desacuerdos debían resolverse internamente, mediante el Comité de Investigación y Mediación, conocido por su acrónimo alemán, USCHLA . 38

Sin embargo, lo que a Hitler le importaba por encima de todo eran las fisuras ideológicas del movimiento, que en su ausencia se habían hecho más profundas. En muchas ocasiones estas fisuras eran reflejo de otras divisiones, y otras veces las trascendían. Los nazis discrepaban enérgicamente sobre la participación en elecciones, postura que encontraba más apoyo en el sur que en el norte, y la lucha armada contra el «sistema». Los elementos conservadores *Völkisch* estaban enfrentados a aquellos con una disposición más «socialista», principalmente en el norte y el oeste.

Pero las diferencias más hondas eran las que afectaban a la política exterior. Los del norte tendían al internacionalismo. «¿Es el nacionalsocialismo una cuestión alemana o un problema mundial?», preguntaba Goebbels retóricamente, añadiendo: «Para mí va mucho más allá de Alemania. ¿Qué piensa Hitler? Esta pregunta necesita respuesta». 39 Llamaban a una alianza con Rusia, algo que también atraía a elementos socialmente más conservadores, como Reventlow. Territorialmente, solo

exigían la devolución de las colonias alemanas y la restauración de las fronteras de 1914. Las relaciones entre el Arbeitsgemeinschaft y el partido en el sur, dirigido por Esser, Streicher y Amann, eran pésimas. Los críticos aplicaban el clásico análisis de principios de la edad moderna de una camarilla de «consejeros malvados» que monopolizaban a Hitler, ocultándole la verdad y conduciendo el movimiento en un sentido reaccionario.

Eran relativamente pocos los que, como Albrecht von Gräfe, querían que Hitler volviera a representar el papel de «tambor» que fuera abriendo paso al verdadero mesías nacionalista, Ludendorff. 40 Bastante mayor era el problema de que muchos de sus seguidores le conocían solo por su fama, sin haberle visto en persona ni haberle oído hablar nunca. 41 De modo que Hitler tenía que actuar con prudencia para restablecer su autoridad dentro del partido. Para ello disponía de pocos medios. Prácticamente no tenía fondos; solo podía convencer, pero no mandar. Una posibilidad era confiar en el carisma que transmitía en sus discursos y en el contacto personal. Hitler dio treinta y ocho discursos en 1925 y cincuenta y dos al año siguiente. 42 No obstante, esto le permitía solo un avance limitado, por un lado porque las cifras de asistentes eran sustancialmente menores que en 1923, cuando estaba en todo su apogeo, y por otro porque todavía tenía prohibido aparecer en público en gran parte de Alemania. Por tanto, Hitler se veía forzado a hablar solo en asambleas cerradas del partido, salones 43 o eventos privados. Tampoco podía confiar mucho en su magnetismo personal. Obviamente, unos cuantos escépticos podían rendirse a la admiración general cuando estaban en su presencia; convencerse a sí mismos de que él estaba tan interesado en ellos como ellos en él. «Ha llegado Hitler», escribió Goebbels durante una visita, «qué alegría. Me ha saludado como a un viejo amigo [y] se ha mostrado afectuoso conmigo». «Cuánto le quiero, qué tipo», seguía diciendo Goebbels. «Me gustaría que Hitler fuera mi amigo». 44 Muy a menudo, sin embargo, volvían las dudas en cuanto Hitler se había marchado, especialmente si incumplía lo acordado.

El carisma y el liderazgo tenían que verse complementados con la organización. A finales de febrero de 1925, Hitler relanzó oficialmente el NSDAP . En sus «Líneas básicas para el restablecimiento del NSDAP », 45 Hitler determinó que los miembros existentes tenían que volver a solicitar su ingreso. Se negó explícitamente a tomar partido en las disputas de los pasados dieciocho meses y expuso su visión de cara al futuro. En un arrollador primer discurso pronunciado en Múnich tras su puesta en libertad, Hitler dio por «terminadas» todas las disputas internas. 46 La

reconciliación no fue tanto negociada como decretada. Hitler era realista, incluso en público, respecto a las dificultades de trabajar con el grupo de individuos tan diverso que formaba el partido. «No considero que sea tarea de un líder político», señaló, «tratar de mejorar o incluso estandarizar el material humano que tiene ante él». [47] Él no podía compensar las diferencias de «temperamento, carácter y capacidad». Mejorarlas y armonizarlas, explicó Hitler, llevaría siglos, y requería «cambios en los elementos raciales básicos». Lo único que el líder podía hacer era «tratar, con una gran entrega, de encontrar las partes "complementarias" en cada persona», lo que podría combinarse para formar una unidad. En otras palabras, Hitler tendría que trabajar con las personas con las que contaba, no con las que le gustaría tener.

Hitler sabía que el partido necesitaba trascender su propia persona. La lealtad personal no bastaba; necesitaba cuadros del partido que obedecieran, no solo a él, sino a sus superiores inmediatos. El principio del Führer iba más allá del propio Führer. Se necesitaban oradores con mayor talento y formación, para que toda la cadena de comunicación del mensaje no recayera solo en él y unos cuantos más. «Necesitamos escuelas de oradores», anunció en marzo de 1925, «porque hasta hoy este movimiento de masas no cuenta más que con diez o doce buenos oradores». [48] Dicho de otro modo, Hitler estaba aprendiendo a no acaparar para él su carisma, sino a expandirlo a su alrededor. Sus discursos e instrucciones ya no hacían referencia solo al Führer en singular, sino a «los Führer», en plural, de quienes dependía el liderazgo del movimiento.

Para ello era clave el establecimiento de una burocracia de partido adecuada. [49] En este aspecto, los socialdemócratas sirvieron explícitamente de modelo. [50] Hitler admitía muy a su pesar que el SPD era un partido «organizado igual que las SA ». [51] Pese a su escasez de fondos, el NSDAP se trasladó a un nuevo local en Schellingstrasse, Múnich, en el verano de 1925, y Hitler comunicó su proyecto de construir una «sede central del partido» en Múnich pagada por sus miembros; si su idea era que el edificio fuera un rascacielos, no está claro. Hitler también estableció la estructura *Gau* , una compartimentación de todo el país en áreas administrativas, divididas a su vez en *Bezirke* y *Ortsgruppen.* [52] Animó a las bases locales del partido a actuar con iniciativa y solventar en lo posible las disputas sin trasladarlas a la Sede Central. Esto, en parte, constituía un reconocimiento del hecho de que su control directo era limitado y, en parte, era también reflejo del deseo de reducir las incesantes riñas, pero, sobre todo, de su fe en un darwinismo burocrático. «Puede establecerse más de un comité en cada área», escribió en relación con la campaña presidencial, «de manera

que puedan competir entre sí, siendo el mejor el que más trabajo realice». [53] Este fue uno de los primeros ejemplos de la tendencia a la «policracia» de la que más adelante Hitler tendría ocasión de arrepentirse.

En marzo de 1925, Hitler encargó a Gregor Strasser reestructurar el partido en el norte de Alemania. Strasser, aunque originario de la localidad bávara de Landshut, se sentía, por temperamento e ideología, mucho más cercano a los del norte. En septiembre de 1925, con la aprobación de Hitler, ayudó a establecer un equipo de trabajo en Hagen, Westfalia. A Goebbels –por entonces ya una figura importante dentro del NSDAP noroccidental– se le encargó la edición de una publicación llamada *Nationalsozialistische Briefe* . Todo esto entrañaba un riesgo, como el propio Hitler comentó, que era que el espacio de maniobra resultante condujera a que «el líder individual persiguiera sus propias ideas» en lugar de las del Führer supremo. [54] Hitler estaba además obligado por la ley de asociación alemana a celebrar una reunión anual del partido en Múnich, en la que debían elegirse los cargos y plantearse las mociones para su debate. Nada de esto hizo del NSDAP un partido «de abajo a arriba». Hitler tenía claro que la asamblea general anual era solo una charada destinada a cumplir con las normas de asociación. [55] El debate no se propiciaba en absoluto y las mociones eran estrictamente controladas.

Hitler también resucitó a las Sturmabteilungen, no como una formación paramilitar, que es lo que había venido siendo en los meses previos al *putsch* , sino como organización dedicada a «fortalecer los cuerpos de nuestra juventud, educándolos en la disciplina y la dedicación al gran ideal común [y] entrenándolos en la instrucción militar y servicios de reconocimiento del movimiento». No habría armas, no estando permitido portarlas a la vista ni tampoco almacenarlas. Cualquiera que violara esta norma sería expulsado. [56] La preocupación de Hitler a este respecto era que le acabaran declarando ilegal por culpa de unos exaltados armados. El efecto inmediato de esta normativa fue precipitar una ruptura con Röhm, para quien los aspectos paramilitares de las SA seguían siendo fundamentales. Debido a esto, dimitió y finalmente emigró a Sudamérica. [57] Ese mismo mes, Hitler creó el Escuadrón de Protección, que pronto pasaría a conocerse simplemente como las SS , una unidad de protección personal cuyo principal líder, Josef Berchtold, ponía un especial énfasis en la pureza ideológica. [58] En una decisiva afirmación de su autoridad, Hitler había creado un monopolio de la violencia dentro del movimiento.

El método principal a través del cual Hitler trató de restablecer el control

del partido fue la pureza ideológica y la coherencia. Y lo hizo a base de esfuerzo, con el objetivo de conseguir uniformidad dentro de un amplio espectro de temas conflictivos. Hitler no podía imponer sus ideas sin más: tenía que engatusar y persuadir. Y lo hacía mediante sus discursos, declaraciones, debates y, desde finales de 1925, también mediante la publicación de sus dos volúmenes del *Mein Kampf*. [59] Escritos solo en parte desde cero, mientras estuvo en Landsberg y tras su puesta en libertad, el resto se hizo a partir de parches de varios artículos e instrucciones, e incluso de borradores anteriores al *putsch* . Gran parte de *Mein Kampf* se originó como una respuesta directa a los acontecimientos políticos de 1925-1926, [60] y Hitler utilizó el texto para dejar sentadas las cosas, al menos implícitamente, no solo a los miembros del partido, sino también a sus críticos dentro de él. Por esta razón, el libro debe considerarse dentro del contexto de las numerosas declaraciones que él efectuó antes y después de su publicación.

Contrariamente a lo que dijo en sus anteriores amenazas, *Mein Kampf* no fue un ajuste de cuentas con sus anteriores aliados conservadores bávaros, aunque esperó a las páginas finales del segundo volumen para abjurar de cualquier intención de «ajuste de cuentas». [61] En cambio, las secciones autobiográficas, en las que casi todo es ficticio, deberían verse como un *Bildungsroman* [62] en el que se narra el despertar político del héroe. El capítulo titulado «Año de aprendizaje y sufrimiento en Viena» muy probablemente trataba de evocar la famosa novela de Goethe *Las penas del joven Werther* . Las principales secciones –doctrinales– iban dirigidas a orientar al partido en sus disputas pos-Landsberg y comunicar sus conclusiones finales en materia política. [63] Con algunas excepciones importantes, *Mein Kampf* acabó siendo un texto bastante estable, en el que los cambios fueron escasos a lo largo de casi veinte años de reediciones. [64] Aunque el libro era poco fiable como fuente biográfica, resumía la dirección que llevaba el pensamiento de Hitler a mediados de la década de 1920, algunos de cuyos aspectos clave seguirían inmutables a partir de entonces.

Gran parte de lo que Hitler dijo en *Mein Kampf* y en sus varios discursos retomaba temas conocidos ya de antes del *putsch* . El foco seguía puesto sobre las fuerzas de la fragmentación doméstica. Hitler arremetía una vez más contra la «mendacidad de esos llamados círculos federalistas» interesados solo en promover sus «sucios» intereses partidistas. [65] Continuaba atacando duramente el efecto desintegrador del marxismo, y lamentando la alienación de los trabajadores alemanes. Elevó a nuevas cotas sus ataques a la clase media alemana, a cuyos integrantes calificaba

de «filisteos», «estúpidos burgueses», tan confusos por el «aire viciado de las asociaciones sectoriales» que eran incapaces de trascender el «vulgar patrioterismo de nuestro mundo burgués de hoy en día». Comparaba la rudeza de las SA , que sabían que «el terror solo puede ser vencido por el terror», con la «blandenguería burguesa». Hitler también reformulaba mordazmente sus objeciones al parlamentarismo y las políticas electorales, y a la democracia occidental en general, concluyendo que el «principio de mayoría» equivalía a «la demolición de la idea del Führer como tal». 66

El principal peligro de la debilidad interna de Alemania era que la hacía vulnerable a los ataques externos, especialmente los de los enemigos que Hitler más temía: el capitalismo internacional, Angloamérica y las fuerzas asociadas de la judería mundial. Hitler criticaba la economía de la desigualdad y la explotación, la «estremecedora yuxtaposición de pobres y ricos, tan cerca unos de otros», el «papel del dinero», en virtud del cual el «dinero [se había convertido] en Dios» y «al falso Dios Mammón se le ofrecía incienso». Cada vez estaba más convencido de que la «batalla más dura que había que librar no era ya contra los pueblos enemigos, sino contra el capital internacional». 67 A este respecto, Hitler insistía más que nunca en su distinción anterior entre el capital nacional, que el Estado podía controlar, y el pernicioso capital internacional, que controlaba a los estados o pretendía hacerlo. 68 Uno de sus principales instrumentos de sometimiento era el marxismo revolucionario, que socavaba las economías, sociedades y gobiernos nacionales. 69 Otros eran el empobrecimiento económico y la contaminación racial, los cuales además reducían la capacidad de las naciones para resistirse a pasar a manos internacionales. Para Hitler, mantener una economía nacional independiente era por tanto absolutamente clave para la defensa de la identidad, soberanía y pureza racial nacionales.

Hitler se oponía enérgicamente al capitalismo internacional incluso cuando no era judío, pero achacaba a los judíos un papel especialmente malévolo dentro del sistema capitalista global; esta seguía siendo la principal raíz de su antisemitismo. En *Mein Kampf* , como en su retórica anterior, los judíos estaban inseparablemente ligados con el dinero y con todo el sistema capitalista como «comerciantes» o «intermediarios», que cobraban una «abusiva tasa de interés» por sus «acuerdos financieros». Los judíos, proclamaba, tenían como objetivo nada menos que «la dominación financiera de toda la economía». Sin embargo, dado que «un mundo bolcheviquezado solo puede sobrevivir si llega a abarcarlo todo», un «solo Estado independiente» –como una renovada Alemania– podría detener a este gigante. 70

Sin embargo, también se reconocía abiertamente la naturaleza táctica del plan antisemita. [71] El foco en un «objetivo único», es decir, en los judíos, explicaba Hitler, tenía una motivación «práctica». Las masas, decía, estaban en realidad muy diferenciadas. Muchos se apuntaban a la lucha contra los judíos y el marxismo, pero en cuanto alguien añadía más metas, la gente empezaba a abandonar y la masa se acababa fragmentando. Era por tanto esencial ceñirse a un único y sencillo objetivo. Por otra parte, a diferencia de los ingleses, que tenían más seguridad en sí mismos, el pueblo alemán mostraba una particular tendencia a un «complejo de objetividad» por el cual el mero número de enemigos podía llevarle a creer que ellos mismos estaban equivocados. Por este motivo, concluía, era «esencial, con gente como los alemanes, apuntar a un enemigo y marchar contra un enemigo», porque «en caso necesario con un enemigo uno puede referirse a muchos». Hitler volvía sobre este tema en *Mein Kampf* , cuando decía que, «por razones puramente emocionales, a las masas no debería mostrárseles dos o más enemigos, porque ello podía conducir a la total fragmentación de su poder de ataque». [72] La utilización táctica del antisemitismo también era evidente en otro aspecto. Cuando existía la posibilidad de que no fuera del agrado de potenciales patrocinadores, como el adinerado público del Nationalklub de Hamburgo en 1919, simplemente el tema no se tocaba. [73]

Fuera como fuese, el antisemitismo siguió estando en el núcleo de la visión mundial de Hitler. Afirmaba que los judíos dejaban caer todo el peso de sus presiones diplomáticas, mediáticas, revolucionarias y raciales sobre los estados nacionales que se negaban a someterse. Comenzaban con tormentas domésticas, como el parlamentarismo, la prensa y los sindicatos, a los que Hitler consideraba «instrumentos» de los judíos, y el «marxismo», su «columna» de asalto y «principal arma», cuyo «objetivo final es la destrucción de los estados nacionales no judíos». Aquí Hitler se limitaba a retomar el argumento que ya había esgrimido anteriormente de que el comunismo era simplemente un instrumento del capitalismo internacional, refiriéndose al «marxismo como un arma para la demolición de la economía nacional y la imposición de una ley del capitalismo del préstamo». De aquí su hostilidad a los sindicatos, que el marxismo había convertido en un instrumento para «machacar la base económica de los estados nacionales independientes, a fin de destruir su industria y su comercio nacional, como parte del proceso de esclavización de los pueblos libres en servicio de una judería financiera mundial y supranacional». [74] La retórica de Hitler era por tanto mucho más anticapitalista que anticomunista: por aquel entonces, las referencias a Dawes en sus discursos

superaban con mucho a las que hacía a Lenin. [75] Continuaba temiendo al bolchevismo, no en forma del Ejército Rojo, sino básicamente de un virus que podía dejar a Alemania lista para ser absorbida por las fuerzas del capitalismo internacional.

Y, todavía peor, afirmaba, el capitalismo pretendía destruir el linaje alemán mediante «la contaminación con sangre negra en el Rin» (aludiendo a los soldados de las colonias presentes entre las fuerzas de ocupación francesas) a fin de «comenzar la bastardización del continente europeo desde su mismo centro». La contaminación de la sangre, advertía, solo puede eliminarse «pasados siglos, en todo caso». Dentro de este relato, la emigración de masas alemana revestía especial importancia. Hitler la veía como parte de un plan concertado para destruir la esencia biológica del pueblo alemán, que se remontaba a hace varios siglos. «El pueblo alemán tuvo que enviar fuera a sus hijos», se lamentaba Hitler, a consecuencia de lo cual, durante unos trescientos años, los alemanes han servido como «bestias de carga a otras naciones» y se habían tenido que mudar a «Australia, Centroamérica y Sudamérica». [76] Sobre este tema volvería una y otra vez en años posteriores.

Las principales potencias enemigas del Reich, según Hitler, no eran la Unión Soviética, Francia o ningún Estado europeo, sino el Imperio británico y lo que él en general denominaba la «Unión americana». Esta enemistad era compleja, y no sería exagerado describirla como una relación amor-odio. Hitler admiraba profundamente Angloamérica. No creía, aunque a veces aparentara que sí, que Alemania hubiera sido derrotada solamente a causa de sus disensiones domésticas. Por el contrario, frecuentemente rendía tributo a la fuerza y la valentía del enemigo al que se había enfrentado durante la guerra. [77] Una de sus críticas a la propaganda alemana durante la contienda era que hubiera retratado a Gran Bretaña como un país de tenderos cobardes. Hitler arremetía contra los «periódicos y revistas satíricas» por su «alto nivel de autoengaño, ya que sus tonterías fueron contagiándolo poco a poco todo, desembocando en una subestimación» de los británicos. Los alemanes, lamentaba, llegaron a creer que se estaban enfrentando a un «increíblemente cobarde hombre de negocios». Pero la realidad era muy distinta. «Todavía recuerdo perfectamente», continuaba diciendo Hitler, «las caras de sorpresa de mis camaradas cuando nos encontramos cara a cara con los soldados británicos en Flandes», y se dieron cuenta de que eran unos adversarios mucho más temibles de lo que esperaban. El Imperio británico, según la opinión de Hitler, compartida por muchos en aquella época, era sencillamente la «fuerza más poderosa de la Tierra». «Hasta qué punto resulta difícil»,

reflexionaba, «vencer a los británicos, es algo que los alemanes sabemos muy bien». 78

No era por tanto sorprendente que tanto en *Mein Kampf* como en sus discursos, Hitler tratara de analizar las razones de la superioridad británica. En parte, era una cuestión de voluntad. Hitler alababa la «brutalidad» –palabra que en su vocabulario se empleaba como un cumplido– de Lloyd George en la guerra. Admiraba la determinación de Gran Bretaña para continuar la lucha, pese a la amenaza del submarino, «a toda costa». En parte, era una cuestión de propaganda inteligente. Hitler se refería a la «superioridad psicológica de los británicos», que habían definido la guerra como una lucha por la «libertad» frente al despotismo alemán. En parte obedecía también a una cuidada estrategia, una hábil gestión de recursos. Hitler señalaba con admiración que los británicos invertían su sangre inteligente y prudentemente, empujando a otros a que fueran al frente antes que ellos. No obstante, sería una «estupidez pensar que el británico no está dispuesto a sacrificar la suya». «Lo hará», afirmaba, «cuando sea necesario». En parte era una cuestión de coherencia nacional superior. «Cuando las cosas se ponen feas de verdad», señalaba, «los británicos se unen como raza»; no así los alemanes. Hitler elogiaba la legislación social británica como pionera en «preservar al pueblo británico para el Estado británico». El éxito de esta política, argumentaba, se había visto durante la guerra, con el gran patriotismo demostrado por los trabajadores británicos. En parte, se debía a la capacidad de Gran Bretaña para conseguir un enorme imperio mundial y sacarle partido para su beneficio político y militar en Europa. Aquí Hitler mencionaba «la característica habilidad de la forma de gobernar británica para convertir el poder político en ventaja económica, y transformar inmediatamente cualquier ganancia económica en poder político». 79

Hitler era perfectamente consciente de la importancia del Parlamento para la historia de Gran Bretaña y la fuerza de esta nación en el mundo. Se refería a «Inglaterra, la tierra de la "democracia" clásica», como el «modelo de [este tipo] de entidad». Hitler afirmaba que, siendo joven, las muchas horas dedicadas a leer periódicos le habían hecho adquirir «una perdurable admiración por el Parlamento británico». Esta admiración todavía era evidente a mediados de la década de 1920. Hitler conocía por encima el diseño y decoración del Palacio de Westminster, que encontraba estéticamente más agradable que la asamblea austrohúngara. «Cuando Barry hizo que su palacio parlamentario se irguiera sobre las aguas del Támesis», escribió, «penetró en la historia del Imperio británico» en busca de inspiración para las «1.200 hornacinas, ménsulas y columnas». «En este

sentido», continuaba diciendo, Westminster «se convirtió en un templo a mayor gloria de la nación». 80 Paradójicamente, Hitler consideraba el «parlamentarismo» desastroso para la unidad alemana, pero esencial para el poder británico. La explicación a esta aparente contradicción radica en que él creía que los británicos, más coherentes, estaban preparados para la democracia mientras que los alemanes no.

La admiración de Hitler por Gran Bretaña y su imperio se veía igualada, y en muchos aspectos superada, por la que profesaba a Estados Unidos. Esto no obedecía a ninguna idea romántica de Hitler originada por las novelas del «salvaje Oeste» de Karl-May, sino que reflejaba su fe en la modernidad y el enorme potencial industrial del Nuevo Mundo. 81 Dada su enorme preocupación por el «espacio», a Hitler simplemente le fascinaban las dimensiones de América. El futuro del mundo estaba en manos de los «estados gigantes» y el primero entre ellos era Estados Unidos. 82 En un discurso comparaba «el área ridículamente pequeña en la que se asentaba la población alemana, que podía recorrerse de norte a sur en coche en dieciocho horas, con los trenes expresos de Estados Unidos, que tardaban seis días en llegar de un océano al otro». En *Mein Kampf,* mencionaba la «increíble potencia interna» de la «Unión americana» y el «gigantesco coloso del Estado norteamericano, con sus abundantes tesoros de tierra virgen», con lo que hacía alusión no tanto a su riqueza mineral como a su capacidad de proveer de alimentos. «En Norteamérica», sostenía, «que cuenta con inmensas áreas de producción de cereales, no les pasa como a nosotros». Allí tienen «la mejor tierra para cultivar grano, una tierra que no necesita fertilizantes y que cada uno cultiva con la mejor maquinaria». 83

La razón principal de la fortaleza de Estados Unidos, pensaba Hitler, era demográfica. Estaba poblada con la en teoría racialmente sana descendencia de los emigrantes ingleses, y los mejores individuos de la Europa continental. En *Mein Kampf* , Hitler se refería a la «inauguración del continente americano» por parte de los «arios». Al frente de ellos, al menos numéricamente, estaban los alemanes que se habían visto obligados a emigrar por falta de espacio vital en los siglos XVIII y XIX y por las presiones del capitalismo internacional en el siglo XX . «A lo largo de los siglos», escribió, «los alemanes emigraron al otro mundo [una forma abreviada de referirse al mundo capitalista anglosajón] como fertilizante para otros pueblos, como fertilizante cultural para otras naciones». «Esta emigración a América», expuso en cierta ocasión ante el público sobre el tema de la emigración alemana, «hizo grande a ese país». Por si fuera poco, se habían ido los mejores. «Una procesión interminable de hijos de granjeros alemanes cruzó el gran charco, el océano, camino de América»,

clamaba Hitler, «y este flujo duró siglos y se llevó a los mejores individuos que poseía nuestro pueblo». La creencia de Hitler en la contribución alemana al crecimiento de Estados Unidos era tal que, haciéndose eco de un extendido bulo de la época, afirmaba que el alemán se había convertido prácticamente en el idioma de la joven República». [84]

Hitler era perfectamente consciente, por supuesto, de que la creación de Estados Unidos solo había sido posible mediante la expropiación, deportación y asesinato de los indios nativos americanos. «Hace trescientos años», argumentaba, «Nueva York era un pueblo de pescadores» del que «cada vez más gente fue marchándose al oeste para tomar posesión de un nuevo mundo». «Esto no se consiguió mediante un sereno debate», continuaba Hitler, sino mediante el uso de «armas de fuego, así como de aguardiente [refiriéndose al alcohol], hasta que la nación roja [los nativos americanos] se rindió». «Luego el área fue cubriéndose con una red de carreteras y vías ferroviarias», proseguía Hitler, «y a continuación se fundaron gigantescas ciudades, hasta que finalmente la raza blanca controló el continente entero, que hoy constituye una piedra angular de la raza blanca». Acusaba a los pacifistas, socialistas y liberales que habían huido a América de haber «olvidado» que era un país que el «hombre blanco» no había recibido como regalo de una «cohorte de ángeles», sino que había sido arrebatado a los «pieles rojas» con «pólvora, disparos» y brandy. [85] En resumen, Hitler creía que el poder de América se había erigido sobre la conquista violenta de una tierra que en origen había pertenecido a otro pueblo.

El precio de la pureza demográfica era una eterna vigilancia racial. [86] En esto, una vez más, Hitler veía a Estados Unidos como un paradigma. Afirmando que «el resultado de cualquier mezcla de sangre aria con pueblos inferiores suponía la ruina de esta cultura», comparaba a «América del Norte, cuya población se compone en su mayor parte de elementos germanos, mezclados en muy escasa medida con pueblos de color racialmente inferiores», con «América Central y del Sur, donde los emigrantes, de origen latino, se habían mezclado a mucha mayor escala con la población aborigen». Concluía por tanto que «el [habitante] germano, racialmente puro y no adulterado, se ha convertido en el señor de las tierras americanas [y] lo seguirá siendo mientras no caiga víctima de la contaminación (*Blutschande*)». Su legislación en materia de emigración, señalaba en tono aprobatorio, discriminaba específicamente a los asiáticos, la gente de color y en especial a los emigrantes del este de Europa. No es que esto fuera en absoluto suficiente, aseveraba Hitler, pero sí era mucho mejor que la situación alemana. «Al prohibir la Unión americana la entrada

de elementos médicamente pobres», escribía, y «excluir sin más de la nacionalización a determinadas razas, Estados Unidos reconoce el principio de una forma embrionaria de Estado *Völkisch* ». Hitler consideraba por tanto a Estados Unidos como el mejor ejemplo del «instinto de supervivencia» del «hombre blanco» y el baluarte más eficaz contra la «negrificación» del mundo. 87

Si bien la degeneración racial solía tener su origen en algún tipo de mestizaje, Hitler creía que también podía ser consecuencia de defectos conductuales. El alcohol, que él consideraba un agente devastador, ocupaba uno de los primeros puestos en su lista de malos hábitos. «El alcohol», afirmaba, «es dañino para el ser humano» y a lo largo de este siglo «ya ha acabado» con muchos más alemanes valiosos que los que habían caído en el campo de batalla durante el mismo periodo. «El alcohol», continuaba Hitler, «es una de las peores causas de degeneración», y una vez más hacía referencia a los «repugnantes ejemplos de la historia de varios pueblos colonizadores». 88 Por esta razón, a Hitler le impresionó profundamente la introducción de la ley seca en Estados Unidos en 1920, tras una serie de prohibiciones circunscritas a determinados estados durante las décadas anteriores. Esta postura lo distinguía no solo de la cultura de la cerveza y el vino dominante en Alemania, sino también de la América alemana, para la cual la consiguiente pérdida de la cultura de las cervecerías al aire libre fue especialmente traumática. 89 Los americanos, argüía, se preocupaban más por el desarrollo de su raza. «Un continente entero ha declarado la guerra al veneno del alcohol», escribía Hitler, «con el fin de liberar a un pueblo del devastador efecto de este vicio». Y advertía de que «si los estados europeos no resolvían pronto la cuestión del alcohol en el sentido americano, América gobernaría completamente el mundo en un plazo de cien años». 90

A Hitler también le impresionaba profundamente lo que él consideraba el modelo socioeconómico americano, cuyos méritos había reconocido ya en Landsberg. A diferencia de la rígida Alemania, proporcionaba la oportunidad para el desarrollo de talentos en todo el espectro social. «Si en las últimas décadas el número de importantes inventos ha aumentado, especialmente en Norteamérica», sostenía, se ha debido entre otras cosas al hecho de que allí muchos más individuos con talento de las clases bajas gozaron de la oportunidad de cursar estudios superiores que en Europa. La modernidad americana era especialmente evidente en la rápida motorización del continente: en este sentido, Hitler afirmaba que «en Norteamérica había un coche por habitante». A diferencia de muchos críticos contemporáneos del cambio tecnológico, Hitler lo consideraba algo genuinamente positivo. Frente a aquellos que defendían que «la nueva

tecnología conducía a un desempleo aún mayor», él sostenía que «estos inventos a su vez generaban nuevos puestos de trabajo». En particular, elogiaba a Henry Ford, cuyos empleados podían permitirse pagar un coche y una vivienda. Esto les hacía inmunes al virus revolucionario. El trabajador americano ha sido por tanto «nacionalizado», [91] un logro que Hitler esperaba poder emular en Alemania.

Hitler no solo admiraba y temía a Gran Bretaña y Estados Unidos separadamente, sino que además las consideraba fundamentalmente parecidas. Ambas disfrutaban, aunque él no siempre lo expresó así, de una «relación especial». Hitler hacía específicamente referencia a «un sentimiento de comunidad lingüística y cultural» entre Gran Bretaña y la «Unión americana». Los describía colectivamente como «anglosajones» y hablaba del «instinto anglosajón de ejercer el dominio mundial». Su principal preocupación, por tanto, era el poder de Angloamérica: cómo podía imitarse, conciliarse, apaciguarse, evitarse, contenerse o, como mínimo, aplazarse. Atribuía la derrota alemana de 1918 a una combinación de la habilidad británica para formar una coalición global antes del conflicto, su valentía y «brutalidad» durante la guerra y su capacidad de socavar a Alemania desde dentro, apoyada desde un principio por la intervención económica estadounidense. También afirmaba que poco después del estallido de la guerra en 1914, «la metralla americana» explotó sobre las cabezas de las columnas alemanas. [92]

No obstante, la principal amenaza que representaba Angloamérica no era industrial, sino demográfica. Los descendientes de los alemanes que el Reich había exportado en el siglo XIX por falta de tierra para alimentarles estaban ahora en el lado angloamericano. «Es difícil decir si son nueve o diez millones los alemanes que viven en la Unión norteamericana», afirmaba, «pero desde el principio estos alemanes fueron una pérdida para Alemania». Hitler hizo una lista de todos los alemanes que vivían en el extranjero. Decía que las bombas que habían detonado sobre sus cabezas en el otoño de 1914 habían sido «producidas en fábricas americanas con trabajadores alemanes operando las máquinas». [93] El tópico de los «ingenieros alemanes» trabajando para la economía de guerra americana fue uno de los que volvería a retomar mucho más avanzada su trayectoria.

Más importante aún, Hitler creía que el excedente demográfico de Alemania había vuelto a cruzar el Atlántico para luchar contra el Reich como soldados americanos en las últimas etapas de la guerra. A mediados y finales de la década de 1920, volvió repetidamente sobre el momento «en el verano de 1918, en que los primeros soldados americanos aparecieron en los campos de batalla franceses, hombres bien desarrollados, hombres de

nuestra misma sangre, a los que durante siglos habíamos deportado y que ahora estaban dispuestos a hundir en el barro a la madre patria». 94 «Estos chicos, rubios y de ojos azules, ¿quiénes son en realidad?», preguntaba en otra ocasión, haciendo explícita la conexión racial. «Son todos hijos de antiguos granjeros alemanes. Y ahora son nuestros enemigos». 95 Por si fuera poco, los alemanes que se habían marchado eran «los mejores» («*das Beste* »), los elementos más dinámicos. «Todo esto se sumó», sostenía, «dotando al nuevo continente de un carácter muy valioso. Y nos lo encontramos en 1918 en el frente occidental». 96 La guerra mundial, podría decirse, había sido en realidad una guerra civil alemana. Este fue el trauma que motivó gran parte de su política y su programa posteriores.

Por tanto, la lucha racial que Alemania acababa de perder, y que necesitaba desesperadamente ganar la próxima vez, no era principalmente entre alemanes y eslavos o judíos, sino el conflicto entre los alemanes y una Angloamérica enriquecida por los elementos racialmente más valiosos de la sociedad alemana. Era, aunque Hitler no lo expresara exactamente así, un enfrentamiento entre teutones y anglosajones.

A esto es a lo que Hitler se refería en *Mein Kampf* cuando hablaba del futuro «enfrentamiento bélico general de los pueblos», a la confrontación definitiva no con los judíos, sino con las otras llamadas potencias arias o nórdicas, esto es, Inglaterra y Estados Unidos. «Si dos pueblos de tendencia [racial] similar [o sea, ambos son arios] compiten entre sí», escribía, «la victoria será para aquel cuyos gobernantes se hayan apoyado en los mejores talentos disponibles», mientras que la derrota será para el pueblo «cuyo gobierno no sea más que un gigante que se alimenta de unos bienes y clases determinados», sin tener en cuenta la capacidad de cada uno de sus miembros. No obstante, esta confrontación debería evitarse todo lo posible, y advertía del «odio contra los arios, de los que podemos estar distanciados respecto a muchas cuestiones», pero «con los cuales estamos unidos por la sangre compartida y por la cultura común». 97 Aquí radicaba el funesto narcisismo de la pequeña diferencia racial que Hitler temía, especialmente dada su convicción de que Angloamérica era el bando más fuerte de los dos, tanto cuantitativa como cualitativamente.

Es dentro de este contexto de la dominante preocupación de Hitler por Inglaterra y Estados Unidos donde debería entenderse sobre todo el antisemitismo de Hitler. Él asociaba a los judíos no solo con el capitalismo internacional angloamericano, sino también con el surgimiento de una falsa conciencia racial en el Imperio británico y en Estados Unidos. En *Mein Kampf* , Hitler hablaba de «un liberalismo manchesteriano de origen judío». Afirmaba además que «los judíos son los mandamases de las

fuerzas bursátiles de Estados Unidos» y «cada año van controlando cada vez más la fuerza del trabajo de un pueblo de 120 millones de habitantes»; este poder, argumentaba Hitler, era el que les había permitido volver la inmensa fuerza de Angloamérica contra sus camaradas arios del Reich. El objetivo final, proclamaba, basándose explícitamente en la vieja teoría de la conspiración de *Los protocolos de los sabios de Sion,* era la puesta en práctica de «un programa de acción» para sus planes de «conquista mundial» basados en la «exterminación de los pueblos». 98 Peor aún, como hemos visto, los judíos supuestamente socavaban a los alemanes en casa, política, cultural y racialmente, reduciendo su resistencia a la dominación exterior. Obviamente, esta teoría adolecía de algunas contradicciones internas evidentes. Si los judíos eran tan intrínsecamente parasitarios y desintegradores, ¿por qué no habían debilitado a Angloamérica? Y, a la inversa, si Angloamérica era tan fuerte como él decía, ¿por qué no se había librado todavía de los judíos? Sea como fuere, Hitler estaba sinceramente convencido de la simbiosis angloamericana-judía.

Gran parte de todo esto se limitaba a ser una repetición de lo que Hitler llevaba diciendo ya algún tiempo, si bien aquí se exponía más extensamente y añadiendo algunos comentarios importantes. Los peligros de la emigración y el poder de Angloamérica se encontraban entre los primeros temas que había abordado entre 1919-1920, y si bien habían pasado un tanto a segundo plano por los dramáticos hechos de 1921-1923, volvieron a emerger con renovada fuerza a mediados de la década de 1920. El odio a los judíos, la distinción entre el capitalismo nacional e internacional, la necesidad de una expansión territorial que equilibrara a los grandes imperios y uniones mundiales, la inadecuada respuesta exclusivamente económica o colonial a las amenazas a las que se enfrentaba Alemania, las advertencias sobre los peligros de las divisiones dentro del país, los ataques al federalismo y el separatismo, la hostilidad hacia los Habsburgo, la primacía de la política exterior, el sentimiento de esclavitud nacional alemán provocado por la Entente y el capitalismo internacional, el temor al acorralamiento, la necesidad de una alianza con Italia, la importancia de la propaganda y el concepto de Führer eran temas absolutamente constantes. 99 También lo era su rechazo a cualquier alianza con los otros «desposeídos» del mundo, al parlamentarismo y las elecciones, a la restauración de la monarquía y la aristocracia, la Sociedad de Naciones o el gobierno mundial en general, el sionismo y las panaceas ofrecidas por la corriente de la derecha nacionalista conservadora. Estos temas continuaron formando parte del repertorio de Hitler, en diversos grados, hasta el final en 1945.

No obstante, hay que decir que hubo cambios evidentes en el pensamiento de Hitler. Algunos temas fueron perdiendo fuerza. Fue disminuyendo el énfasis en el peligro racial que representaban las fuerzas de ocupación coloniales francesas y en la amenaza del dominio francés en general, que alcanzaron su apogeo en 1921-1923. El separatismo alemán, especialmente la variante bávara, siguió constituyendo una preocupación, pero no volvió a alcanzar los niveles de paroxismo que provocaba en Hitler justo antes y después del *putsch* de Múnich. Por otra parte, empezaron a aflorar algunos temas nuevos importantes. Si en algún momento Hitler había albergado esperanzas de una restauración nacionalista de la vieja Rusia, y el fin del dominio «judeo-bolchevique» sobre los intereses del capital internacional, ahora estaba convencido de que la Revolución rusa había llegado para quedarse. Redobló sus exabruptos anticomunistas y, aunque nunca cambió su opinión de que el bolchevismo era esencialmente un instrumento del capitalismo internacional, un fenómeno superestructural, a partir de entonces sí le concedió algo más de autonomía relativa. Empezó a hablar de la «plaga mundial del bolchevismo», la necesidad de una «guerra de destrucción ideológica contra el marxismo y los que manejaban sus hilos por detrás» y calificó al NSDAP como el «enemigo mortal declarado del marxismo». 100

Significativamente, Hitler se refería en este punto a la amenaza del comunismo global, que bajo su punto de vista estaba dirigido desde Londres y desde Nueva York, sobre los intereses del capitalismo internacional, o la amenaza de que el comunismo se hiciera con Alemania, ya fuera por medios electorales o por la fuerza de las armas. Sin embargo, Hitler seguía todavía sin considerar a la Unión Soviética como una seria amenaza militar, y –al menos en aquel momento– hablaba en general del «marxismo» más que específicamente del «bolchevismo» ruso. El principal propósito de su retórica anticomunista, por consiguiente, no era tanto apelar a la burguesía alemana como demostrar a las diversas facciones del partido que la situación en Europa del este había cambiado, y que la gran estrategia nazi debía cambiar con ella. Una alianza con Rusia, una demanda habitual no solo de la derecha conservadora, sino también de los elementos más izquierdistas del partido, como Goebbels y los Strasser, fue descartada por absurda e incluso perniciosa; en este punto Hitler rechazaba explícitamente la tradición bismarckiana. 101 Más importante aún, la continuada debilidad de Rusia presentaba entonces la oportunidad de abordar la crucial debilidad geopolítica alemana, la falta de espacio para alojar su presunto excedente demográfico.

La solución, argumentaba Hitler, radicaba en vencer el desequilibrio

entre espacio y crecimiento de población en Alemania. «Nos encontramos en un mundo de grandes potencias emergentes [con ello quería significar algo parecido al concepto de «superpotencias»]», escribía, «en el que nuestro Reich está cayendo cada vez más en la irrelevancia», debido a su reducido tamaño. «Solo un espacio suficientemente grande en esta tierra puede proporcionar libertad de existencia a un pueblo» en el contexto de su exposición geopolítica. Por esta razón, afirmaba, «el movimiento nacionalsocialista debe tratar de eliminar la discrepancia entre nuestra población y el tamaño de nuestro territorio», tanto desde la perspectiva del «suministro de alimento» como desde el punto de vista estratégico. Para entonces ya había rechazado la idea capriviana de exportar productos en lugar de personas y la vuelta de las colonias. Ambas soluciones, sostenía Hitler, eran vulnerables a una coerción naval y comercial por parte de Angloamérica. También descartaba la clásica exigencia nacionalista de restaurar las fronteras de 1914, que no serviría más que para volver a la insatisfactoria constelación geopolítica bajo la cual el Reich había perdido la guerra. 102

En lugar de ello, instaba a una expansión territorial –«el espacio vital»– 103 en Europa, esto es, en «Rusia y sus estados vasallos». Todo esto quedó resumido en una conclusión que más adelante llegaría a hacerse famosa. «Con esto», terminaba, «nosotros los alemanes ponemos un punto final a la política exterior del periodo anterior a la guerra». «Comencemos allí donde hace seis siglos nos detuvimos. Terminemos con el eterno éxodo germánico hacia el sur y el oeste de Europa y dirijamos la mirada hacia las tierras del este. Pongamos fin a la era de la política colonial y comercial de antes de la guerra y pasemos a orientar la política territorial alemana del futuro». Con ello Hitler se estaba refiriendo «principalmente a Rusia y sus estados vecinos subordinados». 104

Y en este punto Hitler no estaba pensando en Polonia ni en Checoslovaquia, sino en la Unión Soviética. Y si la distinguía entre las demás no era porque fuera el principal enemigo judío, sino por la razón, completamente opuesta, de que la subversión judía allí había dejado al territorio preparado para una conquista alemana. Había que atacar a la Unión Soviética porque era débil, no porque fuera una amenaza. Es evidente que Hitler, que hasta entonces no había mostrado ninguna hostilidad hacia los eslavos como tales, expresaba en este momento un antagonismo racial frente a ellos, si bien mucho más leve que el que mostraba hacia los judíos. En *Mein Kampf* atribuía la fuerza histórica del Estado ruso a la «eficacia estatal del elemento germánico [principalmente báltico] en una raza inferior», 105 que había sido «completamente

exterminada y extinguida» por la Revolución. También es cierto que predicaba la necesidad de erradicar el comunismo mundial, pero en este momento lo consideraba más una amenaza global (más virulenta en el Occidente demócrata y capitalista) que específicamente soviética. El quid de la cuestión es que Hitler no justificaba principalmente la búsqueda de *Lebensraum* en la inferioridad inherente de la población eslava allí, en una guerra ideológica contra el bolchevismo y ni siquiera en la aniquilación de los judíos de Europa. Su motivo principal era que la entonces débil Alemania debía colonizar a su aún más débil vecino antes de que ella misma fuera esclavizada por completo. Hitler tenía a la Unión Soviética en su punto de mira no tanto por lo que era (ideológicamente) como por dónde se encontraba (geográficamente). No había, digamos, nada personal en ello.

Su objetivo, en todo momento, no era la dominación mundial, sino simplemente la supervivencia nacional. No había, aseguraba Hitler, soluciones intermedias. Alemania tenía que ser una potencia mundial o se hundiría del todo. Argumentaba que las soluciones intermedias y las limitaciones de la época de Bismarck habían quedado obsoletas en un mundo de imperios globales. «Alemania será una potencia o no será nada», escribió Hitler, «pero ser una potencia mundial requiere el tamaño necesario». Esto significaba, concluía, que «el pueblo alemán solo podrá garantizar su futuro a través del poder mundial». [106] Es posible que Hitler hablara en privado de sus aspiraciones a la hegemonía mundial, pero probablemente solo fueran bravatas. [107] Lo más seguro es que, al menos en esta etapa, Hitler no aspirara a la «dominación mundial» por parte de Alemania, sino a un estatus de «potencia mundial» necesario para su mera supervivencia.

En resumen: la fuerza motriz de la estrategia de Hitler a mediados de la década de 1920, al igual que durante el periodo posterior a la Primera Guerra Mundial, seguía siendo el temor y la admiración a Angloamérica. El *Lebensraum* en el este ofrecía la ventaja de matar dos pájaros de un tiro. Primero, proporcionaría a Alemania la masa territorial necesaria para equilibrarse con la Unión americana y el Imperio británico, y hasta cierto punto con Francia. Segundo, la expansión hacia el este aseguraría las materias primas y especialmente las tierras de cultivo necesarias para alimentar al excedente demográfico alemán. La colonización del este era la solución a la dañina migración trasatlántica y hacia las antípodas. Hitler se proponía golpear en el este, pero en realidad con la vista puesta en el oeste.

El giro geopolítico tomado por Hitler hacia el *Lebensraum* a mediados de

la década de 1920 fue acompañado de una transformación, o al menos un replanteamiento igualmente importante en su pensamiento en materia de política doméstica, cada vez más marcada por su evidente pesimismo racial respecto al pueblo alemán. Lamentaba «nuestra propia fragmentación de la sangre» a consecuencia de «siglos de deterioro racial». Las divisiones internas de Alemania desde la Reforma, argumentaba Hitler, y la interferencia externa resultante habían subvertido el carácter ario de su pueblo. «Con la guerra de los Treinta Años», afirmaba, «se inició un lento declive de nuestro poder nacional». El Reich quedó hecho trizas debido a las diferencias confesionales, de clase, políticas y regionales. Y, todavía peor, la expuesta situación geopolítica de Alemania la hacía vulnerable frente a una constante contaminación racial. «La desfavorable localización de Alemania», sostenía, «facilita una continua afluencia de personas que lógicamente se traduce en cientos de miles de bastardos». Por otra parte, dentro de su visión, la debilidad de Alemania se traducía también en la falta de un control de inmigración eficaz. «Todo el mundo», se quejaba, «es indiscriminadamente admitido en Alemania». 108

Por si todo esto no fuera suficientemente malo, el pueblo alemán se veía debilitado además por la emigración masiva, dado que los que se marchaban eran siempre los más brillantes. «Cientos y miles de los mejores elementos», se lamentaba, «habían quedado perdidos para nuestro pueblo para siempre y con ellos quizás la sangre más valiosa [y] más vigorosa». Como explicó en *Mein Kampf,* «la experiencia ha demostrado» que por lo general los «más sanos y vigorosos» son los que emigran. A consecuencia de ello, «nuestro pueblo ya no descansa sobre un núcleo racial homogéneo», pues los elementos raciales básicos estaban dispersos no solo entre distintos territorios, sino también dentro de los territorios mismos. En Alemania, continuaba, «al lado del hombre nórdico se encuentra el eslavo, junto al eslavo, el dinárico, al lado de ambos el occidental, y entre todos ellos [varias] mezclas dispersas. 109 Por tanto, el *Volk* alemán no era limítrofe con la raza nórdica. Por el contrario, según su punto de vista, se hallaba encerrado en una espiral racial descendente en la que la tendencia hacia un deterioro racial ininterrumpido había restado al Reich la capacidad de evitar nuevas contaminaciones y emigraciones.

La preocupación de Hitler respecto a Angloamérica no hizo sino agudizar este sentimiento de inadecuación racial alemana. Admiraba los «instintos raciales de los países extranjeros», en virtud de los cuales el pueblo se unía en los «momentos críticos», «opinando lo mismo y llegando a las mismas decisiones», porque al final «se abría paso el idioma de la sangre». Aquí tenía especialmente en mente a aquellos que podían echar la

vista atrás hacia una larga e ininterrumpida historia nacional. «Este no es el caso de Alemania», afirmaba, y «sí lo es de Inglaterra», cuyo ascenso había sido continuado a lo largo de los últimos trescientos años. «En este sentido», continuaba Hitler, «la nación británica podía fundirse en una unidad cuya capacidad granítica de resistir era ya inquebrantable». A diferencia de los alemanes, los británicos estaban unidos por «sus principios y su orgullo». 110 Hitler, dicho de otro modo, no albergaba dudas de que los británicos, y sus descendientes en Norteamérica, disfrutaban de una nota media en valor racial considerablemente más alta que el pueblo alemán.

Este sentido de la jerarquía se vio confirmado por su relación con teóricos estadounidenses de la raza. Hitler estaba familiarizado con Madison Grant, cuyo impactante libro *La caída de la gran raza* fue traducido al alemán y ampliamente comentado en 1925, si bien parece que los capítulos del *Mein Kampf* sobre raza ya estaban terminados para entonces. 111 El libro de Grant suele considerarse una aportación al racismo frente a los negros de América, pero su característica más llamativa era la clara estratificación que el autor hacía de las razas blancas, y su poco halagadora visión de los inmigrantes alemanes. Según él, solo unos nueve o diez millones de alemanes del total de setenta millones en 1914 eran verdaderamente nórdicos. Esta categorización causó una considerable ofensa en la Alemania de la década de 1920, especialmente en la derecha, pero Hitler aceptó el análisis. «Basándose en la obra de un erudito norteamericano [Grant] que demuestra que Alemania apenas cuenta con nueve o diez millones de personas verdaderamente nórdico-arias», argumentaba Hitler, «la Unión americana ha establecido sus cuotas de inmigración, poniendo por delante de todo a los emigrantes procedentes de países escandinavos, después a los de Gran Bretaña y solo en tercer lugar a los de Alemania, por ser racialmente inferiores». Luego comentaba con aprobación que, a diferencia de Alemania, Estados Unidos «no permite emigrar allí a todos los judíos polacos», sino que «pone límites al número de ellos». 112 Entre esta visión y la desesperación de Hitler por la emigración no existía contradicción alguna. Los alemanes que iban a Estados Unidos podían ser inferiores a los anglosajones residentes, pero en su opinión eran los mejores dentro del grupo de los malos.

Este panorama negativo tenía, a su juicio, un lado positivo. Al menos no había habido mestizaje al nivel del denominador común más bajo, lo que habría dado lugar a un «batiburrillo racial». La «bendición» de esta ausencia de «mezcla [racial] completa» era que «hoy en día en el cuerpo del pueblo alemán sigue habiendo grandes cantidades de personas nórdico-

alemanas que constituyen nuestro tesoro más importante para el futuro». Una vez que Hitler llegara al poder, desenterrar ese tesoro sería tan importante como eliminar lo que él consideraba la basura racial. Por el momento, la incómoda coexistencia con los, según los denominaba, diversos elementos no asimilados existentes dentro del pueblo alemán significaba que «al menos nuestra mejor sangre continuaría pura y libre del deterioro racial». Esto dejaba abierta la posibilidad de seleccionar y multiplicar las mejores cepas del *Volk* alemán existentes. Hitler definía por tanto la «misión verdaderamente suprema» del Estado nacional socialista como aquella que consistía en poner al pueblo alemán sobre una base racialmente sólida. «El Reich alemán», escribió, debía ser un Estado «que abarque a todos los alemanes, con el fin no solo de recuperar los elementos raciales originales, sino también de conservar los elementos raciales más preciados y conducirlos con firmeza a una posición dominante». 113 En otras palabras, para Hitler, la eliminación de los judíos y otros elementos «indeseables» era condición necesaria pero no suficiente para la salvación racial. Su mayor preocupación era la fragilidad racial que percibía en el pueblo alemán, especialmente en comparación con la vitalidad de Angloamérica.

A partir de entonces, el pensamiento y posteriormente la política racial de Hitler se basaría en dos pilares, vinculados pero distintos. Su «eugenesia negativa» pretendía eliminar los presuntamente negativos elementos «inferiores» considerados «dañinos» para el organismo político racial, especialmente los judíos, pero también los gitanos, los discapacitados y los dementes. 114 Su «eugenesia positiva» buscaba acentuar lo positivo elevando a los elementos supuestamente «superiores». Hitler partía de su distinción crucial entre el *Volk* alemán –que en su opinión estaba hecho a partir de muchas cepas raciales diferentes– y la raza nórdica o aria –que constituía solo una minoría dentro del mismo–. De una u otra forma, advertía en el penúltimo párrafo de *Mein Kampf* , «un Estado que en una época de envenenamiento racial se consagra al cuidado de sus mejores elementos raciales tiene que convertirse un día en señor del mundo». 115 Este era el papel que Hitler hubiera deseado tanto para Alemania, pero que temía acabara siendo para Estados Unidos.

La solución de Hitler a todo esto no se basaba en ninguna creencia pasajera de tipo esotérico o sobrenatural; estas teorías ayudaron a los alemanes a superar su estatus «subalterno» dentro del conjunto europeo a partir de 1918. 116 A diferencia de muchos activistas «*Völkisch* » de entonces, y de

algunos destacados nacionalsocialistas después, especialmente del que sería jefe de las SS , Heinrich Himmler, Hitler tenía poco tiempo para complejas teorías arias o para la conmemoración de las antiguas tribus germánicas. En *Mein Kampf* , Hitler se burlaba de estos entusiastas. Si hay algo «anti-*völkisch* » es esta moda de ir soltando palabras alemanas antiguas». Hacía mofa de los «eruditos errantes» alemanes y de los «matusalenes *Völkisch* ». Hitler miraba con desdén «el antiguo heroísmo germánico, de los tiempos remotos, [con] hachas de piedra, etcétera», interpretado por «cómicos *Völkisch* » con barba. También rechazaba las antiguas estrategias de germanización. «La nacionalidad o, mejor dicho, la raza», explicaba, «no radica en el lenguaje, sino en la sangre». E insistía, con una frase que más tarde se haría famosa, en que «se pueden germanizar territorios, pero no individuos». 117

La restauración de la unidad racial alemana, sostenía Hitler, exigía una estrategia apoyada en varios frentes. La disciplina era fundamental. Esta era consecuencia, no de la fortaleza, sino de la debilidad alemana. Los ingleses, según él pensaba, no necesitaban disciplina de la misma forma, la tenían de manera natural. «Cuando las cosas se ponen difíciles», argumentaba, «los ingleses se unen como una sola raza». «En el momento en que las cosas se ponen difíciles en Alemania», en cambio, «los instintos profundamente arraigados» y la «composición sanguínea» del pueblo alemán salían a la superficie. En *Mein Kampf* escribió que «en Alemania no se está formando ninguna nueva raza, sino que los diversos elementos raciales continúan coexistiendo unos junto a otros, con el resultado de que el pueblo alemán [tendía] a dispersarse en todas direcciones» cuando se veía en dificultades. Esto significaba que a los alemanes había que inculcarles la unidad racial. «Gran parte de lo que parece tan natural al extranjero», continuaba, «necesita sin embargo ser laboriosamente enseñado a nuestro pueblo». «Para nosotros», proseguía Hitler, la «disciplina» compensa la ausencia de un «instinto basado en la sangre». «Esta es la única manera de meter en cintura a los hombres». Uno de los medios para conseguirlo era, según escribió en *Mein Kampf* , el servicio militar obligatorio, y elogiaba la forma en que el servicio militar universal prusiano había servido para reparar en parte el daño de varios siglos de «fragmentación de la sangre» alemana. 118 La vuelta del servicio militar obligatorio, razonaba Hitler, era por tanto esencial, no solo para la defensa del Reich, sino para la cohesión racial del *Volk* .

Este es el contexto más profundo que explica la reorganización y reorientación de las SA tras ser liberado. En parte, se trataba de garantizar que los activistas no pusieran en peligro la nueva estrategia «legal». La

principal razón, no obstante, era que Hitler veía a las SA no como el vehículo para el resurgimiento militar de Alemania, sino como el motor de su regeneración moral y racial. En septiembre de 1926 emitió un nuevo «estatuto» para las SA , en el que se establecía que «todo tipo de excesos serán evitados», «dando a nuestra imagen pública un carácter imponente y digno». Su cometido técnico era proporcionar «servicio y protección» en los «mítines multitudinarios». Hitler «prohibía estrictamente» cualquier tipo de «apariencia militar». «Las SA », explicaba, «no son una formación militar. La formación militar de la nación es tarea del ejército y no del NSDAP ». A principios de noviembre de 1926, Hitler estableció el cuartel general de las SA en Múnich, bajo la dirección de Franz Pfeffer von Salomon. La función de las SA no consistía en participar en «conspiraciones», sino en «arrebatarle las calles» al «marxismo». En un sentido más general, Hitler quería que las SA proporcionaran a la sociedad alemana al menos parte de la disciplina y la cohesión perdidas. Por esta razón, decía Hitler, las SA deben mostrar una «disciplina estricta» para que con el tiempo Alemania logre recuperarse. 119

Esto era importante porque, como hemos visto, el horizonte temporal de Hitler, acortado considerablemente en 1923, volvía a extenderse tras el fracaso del *putsch* . En este momento, sus previsiones eran que el resurgimiento de Alemania llevaría varias generaciones. «La batalla por la idea nacionalsocialista», advirtió en una ocasión al público, «puede tardar décadas, tal vez siglos». 120 El cortejo hacia los obreros alemanes, escribió en *Mein Kampf* , «era un proceso de transformación y convergencia que no se completaría en diez o veinte años, sino que, según muestra la experiencia, se prolongaría durante varias generaciones». 121 «La bastardización y la contaminación judías de la sangre», temía Hitler, «solo podía quedar eliminada de nuestro organismo político nacional después de varios siglos, si acaso». 122 En febrero de 1927, escribió que «la unificación de una mezcolanza de personas de procedencias tan heterogéneas requería un proceso que llevaría décadas». 123 Él necesitaba un plazo largo de tiempo para la aplicación tanto de la eugenesia positiva como de la negativa.

Hitler aspiraba nada menos que a invertir los efectos políticos de la Reforma y de la guerra de los Treinta Años, que consideraba la raíz de la fragmentación de Alemania. Hitler criticaba el «ultramontanismo» –esto es, la tendencia de los católicos a poner la lealtad para con el Papa por encima de la que se le debe al Estado– y las supuestamente antinacionalistas tendencias de la Iglesia del siglo XIX . Acusaba a la Iglesia de no «sentirse del lado del pueblo alemán» y consiguientemente alababa el «movimiento

contra Roma» de principios del siglo XX por haber superado la «desafortunada división de la Iglesia» en pro del «poder interno del Reich». Según él, esto se había perpetuado en el católico Partido de Centro, una de las agrupaciones clave en la Alemania de Weimar, hermanada además con el detestado BVP bávaro. Hitler se lamentaba de que «los sentimientos religiosos sean todavía más profundos que cualquier otra consideración nacional o política». 124 Hablaba del «descaro con el que se trataba de identificar la religión católica con un partido político». En este sentido, Hitler se sentía más cómodo con el protestantismo, «que representaba mejor los intereses de Alemania». Esta era la principal razón, declarada por él, de su antagonismo con la cristiandad organizada, y especialmente con la Iglesia más organizada, el catolicismo romano, si bien su enemistad personal iba mucho más allá. Su hostilidad era más política que metafísica.

Por otra parte, a diferencia de otros muchos ideólogos de derechas, Hitler creía que era posible llegar a un compromiso, especialmente con el catolicismo romano, separando a la Iglesia de la política. Para disgusto de muchos activistas *Völkisch* , y miembros del partido como el conde Ernst Reventlow, Hitler instaba por tanto a continuar atacando a los partidos políticos católicos y sus simpatías internacionalistas, pero evitando ofender las sensibilidades puramente religiosas. Había que oponerse al Partido de Centro no por razones religiosas, sino «exclusivamente por razones nacionales y políticas». «Si te consideras un elegido del destino para predicar la verdad», escribió, «hazlo, pero ten también la valentía de no esconderte tras el disfraz [la palabra exacta de Hitler era *Umweg*] de un partido político». A cambio, Hitler prometía mantener al NSDAP fuera de la religión. «Los partidos políticos», insistía, «no tienen nada que ver con los asuntos religiosos», en tanto estos no socaven la moral de la raza. Hitler se negaba a tomar partido entre las distintas religiones. 125

Hitler consideraba que las artes y las humanidades desempeñaban un papel crucial en la recuperación racial de Alemania. Pensaba que la actividad cultural ayudaba a depurar y refinar los mejores elementos del pueblo alemán. En algunos sentidos, se trataba de un ejercicio de nacionalismo cultural, dado que Hitler insistía en el valor de la pintura y la música alemana del siglo XIX , situándolas por encima de las aberraciones de su época. En otros aspectos se trataba de un proyecto más universalista que apelaba no al pasado gótico o germánico, sino a la tradición clásica europea. 126 La Antigüedad debería ser objeto de estudio para «la conservación de la nación», razonaba, dado que «sigue siendo el primer profesor no solo para el presente, sino para todas las épocas». «En el futuro», continuaba, «el ideal cultural helénico debería conservarse en toda

su belleza». También juzgaba muy importante el papel de la historia. Debería enseñarse no como «un aprendizaje memorístico o una sucesión de fechas históricas», sino como una búsqueda teleológica de «las fuerzas» que eran «la causa de los efectos que percibimos como acontecimientos históricos». Su «principal valor reside en el reconocimiento de las grandes líneas de desarrollo» porque la historia enseña sobre el futuro y sirve para asegurar la supervivencia de un pueblo. 127

El ejercicio de los poderes del Führer podía ser carismático y autocrático, pero su base era popular. Hitler insistía en que los «genios extraordinarios no necesitan tener en cuenta al ser humano corriente», porque, aunque pueda tener «consejeros» a su lado, «la decisión definitiva la toma uno solo». Esto era necesario aunque solo fuera para garantizar la sucesión. Hablaba de la necesidad de una «verdadera democracia germánica en la libre elección del líder, que tendría que asumir la responsabilidad absoluta de todas las acciones y omisiones. Dentro de este sistema, seguía diciendo, «no habría votaciones sobre cuestiones concretas». Por otra parte, quizás inspirado por el ejemplo de Westminster, aceptaba que «los parlamentos son necesarios» porque dotan de un mecanismo por el que aquellas «cabezas» que «más adelante se harían cargo de unas tareas especiales» podían «ir destacando paulatinamente». 128 El Parlamento tenía por tanto una función selectiva más que representativa. Era una especie de democracia, pero no como nosotros la conocemos. Hitler estableció el principio de un hombre, una mujer, un voto, una vez, al menos durante la vida del Führer. En adelante, el Parlamento podía ejercer tareas de asesoramiento, pero no de control. A esto lo denominaba la «democracia germánica».

La publicación del segundo volumen de *Mein Kampf* en diciembre de 1926 marcó el final de una fase importante en la evolución ideológica de Hitler. Dicho esto, hubo algunos temas que más adelante adquirirían considerable importancia que no aparecen en *Mein Kampf* , o bien no de forma explícita o expuestos con detalle. El libro rebosaba antisemitismo, pero no hacía un llamamiento explícito al asesinato de todos los judíos de Europa. 129 Se instaba a la conquista de «espacio vital» en el este por medios militares, sin duda, pero concebida como instrumento para equilibrar a la superpoderosa Angloamérica más que como un proyecto para otra guerra mundial (en caso de que las potencias occidentales le permitieran expandirse hacia el este). La importancia de Estados Unidos era evidente, en sus discursos más que en *Mein Kampf* , pero el enfrentamiento continuado con la «Unión americana» estaba aún por venir. Tampoco se hacía referencia explícita a la relacionada «cuestión europea»,

que ya estaba siendo tema de debate no solo en Alemania en general, sino dentro del propio partido. En otras palabras, Hitler no había llegado a su destino doctrinal definitivo. Guardaba otro libro dentro de él que, como veremos, escribió pero nunca llegó a publicar.

6

Recuperando el control del partido

Hitler expuso sus posiciones ideológicas una y otra vez, en público y en privado, con el fin de restablecer la unidad del partido y, con ella, su propia autoridad. En un primer momento la resistencia fue considerable. La disposición de Hitler a comprometerse con el catolicismo escandalizó a muchos. También había resistencia por parte de la «izquierda». Con el anticapitalismo, Hitler sin duda lo tenía fácil. «Convertiremos el nacionalsocialismo en un partido de lucha de clases», escribió Goebbels en su diario en mayo de 1925, «eso es bueno. Al capitalismo hay que llamarlo por su nombre». Había, no obstante, un inquietante sentimiento de incomodidad sobre dónde se posicionaba en realidad Hitler, especialmente cuando se opuso a los planes de confiscar los bienes de los príncipes depuestos en 1918, una causa que contaba con mucho respaldo entre la izquierda. «¿Se hará nacionalista o socialista?», se preguntaba Goebbels a mediados de junio de 1925. «Como yo quería», escribió un aliviado Goebbels en julio de 1925, «claramente contrario a la burguesía y el capitalismo. Estaría dispuesto a sacrificarlo todo por este hombre». Goebbels también quedó impresionado con la publicación del primer volumen de *Mein Kampf* en octubre. «Estoy terminando el libro de Hitler», escribió. «¿Quién es este hombre? ¡Mitad plebeyo, mitad dios! ¿Es realmente Cristo o solo Juan [el Bautista]?». [1]

Sin embargo, poco tiempo después, las dudas volvían a asaltar a Goebbels. Como muchos «del norte», temía a la «pocilga» de Múnich. «No voy a soportar este bizantinismo mucho más tiempo», afirmaba desesperado, «tenemos que llegar a Hitler». Comentando las excentricidades de Julius Streicher, Goebbels exclamaba: «¡Pobre Hitler! ¡Pobre nacionalsocialismo!». Dos días después, tras habérsele ofrecido el puesto de editor del *Völkischer Beobachter* , Goebbels escribió: «Hemos aclarado las cosas con Hitler, [quien] también me tendrá más cerca». [2] Este sería un patrón común entre los seguidores de Hitler, de mediados a finales de la década de 1920 y en adelante. Las dudas les asaltaban con frecuencia, pero luego los encarecidos ruegos de Hitler volvían a hacerles recobrar la fe. [3] Su conversión no era tanto una experiencia aislada, parecida a la de Saulo en su camino a Damasco, como un proceso que alternaba parones y

arrancadas. En algunos casos el acatamiento se hizo más duradero, mientras que en otros las dudas siguieron apareciendo hasta el final.

El área más conflictiva seguía siendo la política exterior, respecto a la cual la publicación de *Mein Kampf* no dejaba las cosas inmediatamente resueltas. Muchos no podían digerir el abandono de Tirol del Sur, que Hitler había convertido en una verdadera prueba de lealtad, por el valor que otorgaba al hecho de contar con el favor de Mussolini. En agosto de 1926, por ejemplo, Hans Frank, un miembro leal que más tarde se convertiría en el gobernador de la Polonia ocupada por los nazis, abandonó temporalmente el partido por esta cuestión. Pero el asunto verdaderamente crítico era Rusia. La izquierda y «los del norte» estaban aferrados a la idea de una alianza con una Rusia libre y, en caso necesario, con una Rusia bolchevique contra el capitalismo internacional judío angloamericano. Hitler, por supuesto, quería colonizar el este, y estaba decidido a acabar con cualquier disensión al respecto. Envió a Gottfried Feder a una reunión del Arbeitsgemeinschaft a finales de enero de 1926 para imponer la línea antirrusa. Esto no le sentó nada bien a Goebbels, que respondió con un vehemente ataque contra el «capitalismo occidental» y en defensa de una alianza rusa. [4]

Tampoco había consenso sobre la polémica cuestión del internacionalismo, que Hitler despreciaba, pero que otras destacadas figuras del partido seguían defendiendo con ahínco. Gregor Strasser, en concreto, estaba convencido de que Alemania debía hacer causa común con los «desposeídos» del mundo, incluidos los habitantes de color de las colonias. Veía a Alemania como una de las naciones desvalidas del mundo, y la imaginaba liderando una «Liga de los Pueblos Oprimidos» en alianza con Rusia, Marruecos, Persia, la India y el resto de desdichados de la Tierra. «La fragmentada, martirizada, explotada [y] esclavizada Alemania», afirmaba Strasser, «era protagonista y aliada natural de todos los que luchan por la liberación nacional», dondequiera que les tenga sometidos la «tiranía francesa, el imperialismo británico [y] la explotación financiera norteamericana», es decir, prácticamente el mundo entero. A Goebbels, por su parte, le tenía impresionado Gandhi, a quien comparaba con un «mesías», aunque dudara de que sus métodos no violentos pudieran aplicarse en Alemania. [5] El internacionalismo de Strasser también se extendía al campo de la integración europea. A finales de enero de 1926, redactó un borrador de un nuevo programa de partido en el que llamaba a formar unos «Estados Unidos de Europa, como una Liga Europea de Naciones, con una moneda y sistema de medida únicos para todas». [6]

Las cosas llegaron a un punto crítico el 14 de febrero de 1926, cuando

Hitler convocó un congreso del partido en Bamberg con la finalidad de dejar aclaradas las cuestiones de doctrina, en especial en materia de política exterior. Aquí insistió en la inviolabilidad del programa de los veinticinco puntos. Significativamente, Hitler se concentró en la gran estrategia, no en el debate sobre el socialismo o el referéndum sobre expropiación de los bienes nobiliarios. 7 La asamblea desembocó en una masacre de San Valentín para los disidentes de la «izquierda» del partido; era a su internacionalismo, no a su socialismo, a lo que Hitler se oponía. En una especie de ensayo de los temas que pocos meses después aparecerían en el segundo volumen de *Mein Kampf,* Hitler rechazó una «orientación hacia el este», tanto si esta se basaba en líneas ideológicas bismarckianas como contemporáneas, y proclamó la primacía de la «política» del este, esto es, la conquista de espacio vital allí. Goebbels y otros críticos se quedaron espantados ante este giro «reaccionario». 8

A mediados de 1926, Hitler convocó otra asamblea en Múnich para exigir el fin de las luchas intestinas y el establecimiento de un acuerdo respecto a Rusia. 9 Asistieron la mayoría de las principales figuras, incluido Hess, Streicher y Goebbels; los sentidos desahogos de este último fueron recompensados por el Führer con un emocionado abrazo. Hitler se dedicó esencialmente a repetir su discurso base durante tres horas, pero Goebbels se mostró entonces mucho más receptivo a lo que denominó los «argumentos de Bamberg». Esta vez registró en su diario que los comentarios de Hitler eran «brillantes». «Italia y Gran Bretaña son nuestros aliados», señalaba en tono aprobatorio, «Rusia quiere devorarnos. Todo esto está en el próximo volumen de *Mein Kampf* ». En cuanto a la «cuestión social», respecto a la que las tendencias «reaccionarias» de Hitler llevaban tiempo suscitando desconfianza en Goebbels, ahora le sugerían «ideas completamente nuevas. Ha pensado todo detenidamente». El «ideal» de Hitler, proseguía Goebbels, era una «mezcla de colectivismo e individualismo», en virtud del cual la tierra pertenecía «al pueblo» en tanto que la producción, que era «creativa», debía dejarse a la empresa privada. «Las corporaciones y monopolios», continuaba, «se socializarán. Eso se puede hablar». Goebbels concluía con las palabras «me inclino ante el más grande, ante el genio político». 10

Hitler pasó entonces a reorganizar el Partido Nazi en sí y a convertirlo en un instrumento para llegar al poder. Veía en el NSDAP una misión vanguardista, que le llevaría a liderar la sociedad y al electorado, en lugar de reflejarlo o representarlo. «Un reducido grupo de fanáticos»,

proclamaba, «puede arrastrar a las masas». «Veamos el caso de Rusia e Italia», continuaba Hitler, «solo se puede luchar por la mayoría cuando cuentas con el apoyo de una minoría poderosa». Aquí, por supuesto, Hitler estaba haciendo de la necesidad virtud, pero la alusión al modelo bolchevique era reveladora. Se establecieron unos nuevos estatutos para el partido, seguidos de una serie de directrices y circulares; algunas establecían unos principios generales y otras decidían sobre cuestiones puntuales de política o de personal. Los disidentes fueron expulsados, bien a petición de Hitler o por recomendación del USCHLA . Se prohibió a los miembros unirse a otros partidos o grupos para evitar conflictos de lealtades. «Es una deducción falsa», explicó Hitler a Eitel Leopold von Görtz-Wrisberg, miembro del Bundesleitung del Frontkriegerbund de Turingia, «confiar en un hombre que pertenece también a otra asociación, porque uno nunca sabe qué órdenes seguirá en realidad». Hitler también insistía en que los miembros pagaran una cuota, aunque solo fuera por cuestiones psicológicas. «Uno solo ama», sostenía, «aquello que le cuesta sacrificios». 11

Para la eficacia del partido era crucial el establecimiento de un punto focal –lo que Hitler llamaba «un vértice común» y el «verdadero Führer»– que mantenga unida a toda la organización. «La idea también debe tener un punto central geográfico», continuaba Hitler, citando las respectivas funciones de «la Meca, Roma [y] Moscú», porque si se carecía de él, existía peligro de fragmentación. «La importancia geopolítica [*sic*] de un punto focal para un movimiento» no debía subestimarse, escribió en *Mein Kampf* , «solo el hecho de contar con un lugar con la magia de una Meca o de Roma puede a largo plazo imprimir fuerza al movimiento». La nueva Roma, Meca y Moscú iba a ser Múnich, cuya organización del partido se situaba inmediatamente por debajo de la jefatura del Reich. Hitler instaba por tanto a «que todo el trabajo se concentrara desde un primer momento en un solo lugar: Múnich». 12

La razón para elegir la ciudad no fue su cercanía al nacionalsocialismo –aún quedaban diez años para que recibiera el sobrenombre de «capital del movimiento», 13 sino lo contrario. El Múnich oficial era entonces tremendamente hostil y, a su salida de la prisión de Landsberg, a Hitler le habían prohibido hablar en Baviera por un periodo de más de dos años. Algunos sugirieron que el NSDAP trasladara su sede a Turingia, que en aquel momento habría reflejado mejor su *Schwerpunkt* . Hitler admitía «que él tenía ahora más seguidores en Sajonia y Turingia que en la nacionalista Baviera», y que la «liberación de Alemania podía venir de la costa [esto es, del norte] y ya no de Baviera». Pero contraponía, no obstante, que Múnich

era el Gólgota del nazismo, la «tierra sagrada», donde en 1923 se había derramado la «sangre» de los «mártires». Abandonar la ciudad por un lugar «más fácil» equivalía a traicionar la fe de los caídos allí y significaría de hecho «la muerte» del movimiento. La lucha en Múnich no debía eludirse. «Precisamente porque» era en Múnich donde el NSDAP estaba siendo «más duramente combatido», explicó en una «conferencia de líderes» del NSDAP celebrada en Rosenheim, «no debemos renunciar a dicha posición». En su opinión, la capital bávara estaba siendo el escenario de una guerra de erosión política. Por todo ello, Hitler decidió que el movimiento debía permanecer en Múnich e hizo públicos sus planes de construir una sede del partido en la ciudad. 14

Múnich era además «geopolíticamente» importante. Hitler explicaba que estaba «más cerca de [nuestros] hermanos alemanes de Austria que de cualquier otro lugar y ofrecía la mejor conexión con el movimiento *Anschluss* allí». 15 Tal vez más importante aún, la ciudad constituía una excelente base de partida para conquistar Franconia, un territorio mucho más prometedor en la época de mediados a finales de la década de 1920. La primera cita importante de Hitler tras la refundación del NSDAP fue un discurso que pronunció en Núremberg ante 5.000 personas a primeros de marzo de 1925, cuando aún seguía teniendo prohibido hablar en Múnich. 16 Había más miembros del partido allí que en Múnich. 17 En él expresó su respaldo incondicional a Julius Streicher, no solo frente a las autoridades de Weimar, sino también frente a duras críticas desde dentro del partido. A primeros de diciembre de 1925, Hitler fue a Núremberg a testificar en nombre de Streicher en un juicio generado por su persecución al alcalde Luppe. Seis meses después, Hitler ensalzó Núremberg como un «poderoso bastión de nuestro movimiento». 18 Tampoco fue casual que Hitler convocara el decisivo congreso del partido en la ciudad franconiana de Bamberg, una decisión tomada bajo la apariencia de buscar un punto a medio camino con los del norte, pero debida realmente a que esta localidad era un terreno de juego más favorable que la por entonces mayoritariamente desafecta capital bávara. Coburgo fue otro foco de actividad. 19 Tomando como centro Franconia, el partido podía extenderse como una mancha de aceite, especialmente hacia Turingia. Convencido de la eficacia de la estrategia «sureña», Hitler hizo un esfuerzo, toleró a Streicher y Esser, y exigió que el resto del NSDAP se alineara con ellos.

La centralidad política de Franconia quedó subrayada por el aumento de la asistencia al mitin anual del partido en Núremberg. En agosto de 1927, los nazis se congregaron en la ciudad, procedentes de todas partes; entre 10.000 y 15.000, según las más bien hostiles autoridades, o más aún si

damos crédito al NSDAP . Pese a la lluvia, que obligó a cancelar varios eventos, y los enormes gastos, fue considerado en general un éxito. En un alarde físico notable, Hitler mantuvo el saludo del brazo en alto durante más de noventa minutos, al paso de sus cohortes. 20 Era la primera vez que llevaba un uniforme de las SA en público, un gesto para con los soldados de su partido, y al mismo tiempo un signo de confianza en que este había asimilado su mensaje de que el poder solo podía conseguirse por medios legales. Posteriormente, los asistentes se dirigieron al Luitpoldhain, un enorme parque donde Hitler llevó a cabo una ceremonia de «consagración» de doce estandartes del NSDAP tocándolos con otra bandera, esta última manchada con la sagrada sangre del sombrerero Andreas Bauriedl, «mártir» del fracasado *putsch* de Múnich.

Por otro lado, estaba la considerable importancia cultural de Franconia. Hitler recurrió a la tradición wagneriana en Bayreuth para encontrar fuerza e inspiración. Invitó a Winifred y Siegfried a su primer discurso importante tras su puesta en libertad, celebrado en la Bürgerbräukeller de Múnich el 27 de febrero de 1925, tras el cual un chófer le llevó a Plauen y de allí a Wahnfried a pasar la noche. A partir de entonces, Hitler mantuvo un estrecho contacto con los Wagner. A veces estos iban a visitarle a Múnich a su apartamento en Thierschstrasse 41, pero lo más habitual era que Hitler parara a verlos en Bayreuth casi siempre que iba de camino a Berlín. Solía hospedarse en un hotel cercano y entrar en Wahnfried al amparo de la oscuridad. La primera vez que asistió al festival fue en agosto de 1925, aunque como huésped de un benefactor desconocido, no como invitado oficial; Hitler firmó en el «registro de entrada» de Bayreuth como escritor, reflejando el hecho de que en ese momento se encontraba escribiendo el segundo volumen de *Mein Kampf* . Incluso dentro de un ambiente tan selecto, la gente quedaba impresionada por el conocimiento musical de Hitler. 21 Winifred se unió al partido en enero de 1926. A pesar de los rumores entonces y en adelante, su relación con Hitler –pese a toda su intensidad– no era romántica, al menos por parte de él. Ni tampoco Wagner era la inspiración para el antisemitismo de Hitler; el compositor solo mereció una brevísima mención en *Mein Kampf*. 22 El interés de Hitler en Wagner era más artístico y metafísico, y la relación con Winifred le servía para recargar las pilas en el plano espiritual. A partir de 1933, su visita anual a Bayreuth formaría parte del calendario político nazi.

El interés de Hitler en Bayreuth no era solo personal. Las óperas de Wagner expresaban para él la verdadera profundidad del alma alemana. Hitler estaba por tanto decidido a rescatar la tradición wagneriana de lo que consideraba contaminación extranjera, especialmente los judíos. En esto no

estaba muy de acuerdo con Winifred y Siegfried, que no paraban de tratar de llevar americanos a Bayreuth, aunque solo fuera por razones financieras. [23] Muchos de los que acudían, y algunos de los intérpretes que iban a actuar en la década de 1920, eran judíos. En 1927, Hitler se negó a asistir porque el barítono que interpretaba a Wotan, Friedrich Schorr, era de origen judío; de hecho, dejó de ir durante los siguientes cuatro años. Goebbels acusó a Siegfried de arrastrarse ante los judíos. En general, Hitler veía la actividad y producción cultural como parte integral de la elevación racial del pueblo alemán y que este ampliara sus intereses y conocimientos constituía para él una gran preocupación. En el debate entre los wagnerianos de izquierdas y de derechas, Hitler tomó partido por el «izquierdista» Wilhelm Ellenbogen, que sostenía que Wagner debía ser dado a conocer a las masas. [24]

La Alemania central, occidental y del norte era un terreno aún menos fértil para Hitler, pero él estaba decidido a que esto cambiara. En noviembre de 1926, convenció a un renuente Goebbels a que se hiciera cargo del partido en la capital imperial. [25] Goebbels entonces empezó a luchar contra la izquierda en las calles y barrios del Berlín obrero. Su objetivo en esta «batalla por Berlín» era nada menos que la «conquista» de la ciudad. [26] El 1 de mayo de 1927, Hitler habló en un mitin organizado por Goebbels en la capital, si bien no en público, porque aún tenía prohibido hablar en Prusia. El avance en el norte y el oeste se veía obstaculizado por la emergencia de un nuevo antagonismo, esta vez entre Goebbels y los hermanos Strasser. Gregor Strasser había sido nombrado jefe de propaganda en septiembre de 1926, para disgusto de Goebbels, que codiciaba el puesto para él mismo.

Con paso lento pero seguro, Hitler puso orden en el partido. Uno de los conservadores más significados, el conde Reventlow, abandonó a sus adláteres Wulle y Gräfe y juró lealtad a Hitler; Gräfe fue condenado al ostracismo. El destacado crítico «*Völkisch*» Artur Dinter fue destituido del cargo de *gauleiter* de Turingia. «No existe la más mínima duda», escribió Hess a finales de marzo de 1927, «de quién dirige y da las órdenes». «El principio del Führer», añadió, significaba que había una «absoluta autoridad de arriba hacia abajo y responsabilidad de abajo hacia arriba». [27] En el verano de 1927, echando la vista atrás, Hitler afirmaba que por fin había aclarado «todo el embrollo de grupos mutuamente enemistados que se insultaban y difamaban entre sí» tras su salida de prisión. «Había que volver a imponer disciplina», decía. La discrepancia no se toleraba. «El número de propuestas es tan grande», explicaba Hitler, «que no pueden abordarse en una sola asamblea general», aparte de que este modo de

proceder se parecía al despreciado «parlamentarismo». La finalidad de estos actos era la movilización, no la consulta o la deliberación. «El congreso del partido», explicaba Hitler, «debía cumplir su propósito de dar nuevo impulso al movimiento mediante una gran asamblea de delegados». [28] La mayoría de las propuestas presentadas en Núremberg en 1927 fueron sumariamente desestimadas por Hitler: «La petición carece de fundamento», podía decir; o «la petición no puede cumplirse», «petición imposible» e incluso «la petición viola nuestros principios». [29] En este sentido, Hitler estaba ya poniendo en práctica la «democracia alemana».

Para el final de 1927, las cosas empezaron a pintar mejor para Hitler y el nacionalsocialismo. Las prohibiciones en cuanto a hablar en público fueron levantándose progresivamente: a finales de enero en Sajonia, a primeros de marzo en Baviera; todavía no se le permitía hacer apariciones públicas en Prusia. Hitler había impuesto su ideario ideológico de forma generalizada. Había formado un equipo competente. Göring, al menos en aquel entonces, aportaba contactos sociales y nuevos bríos. Goebbels, que era un verdadero intelectual, tenía un talento especial para la comunicación. Gregor Strasser añadía al equipo sus notables capacidades organizativas. Hess, aunque considerado por muchos como un tipo raro, era en realidad un hombre instruido, hablaba varios idiomas y escribía de forma excelente. Muchos de los colaboradores de Hitler eran sumamente inteligentes, ninguno era lo que normalmente se entiende por un cretino. Era, como mínimo, un grupo diverso, intelectual y temperamentalmente, pero cada uno aportaba una serie de talentos al partido. A excepción de Röhm, que se había marchado indignado, todos estaban dispuestos a llegar hasta el fin.

Hitler también empezaba a encontrarse cómodo en lo personal. Ya había conseguido hacerse un hueco en una determinada parte de la sociedad de Múnich, estaba rodeado de admiradores y era invitado con frecuencia a diferentes salones. Su vida sentimental de aquella época continúa siendo un misterio. [30] En marzo de 1925, Hitler se sintió obligado a negar los rumores de un compromiso. «Hasta tal punto estoy casado con la política», afirmó, «que no puedo permitirme comprometerme con nadie». [31] Mantenía relaciones de cercanía con las hijas y esposas de sus colaboradores, especialmente con la hija del fotógrafo Heinrich Hoffmann, Henriette, y con la esposa de Hanfstaengl, Helene, una germanoamericana escultural. Pero eran relaciones «seguras», para nada físicas. Se cuenta que un día, entre mediados y finales de 1920, Hitler reposó su cabeza en el regazo de Helene y se declaró su esclavo. «Ojalá» suspiró, «tuviera a alguien como tú que me cuidara». Cuando ella le preguntó por qué no se casaba, él contestó: «No podría casarme nunca porque mi vida está dedicada a mi país», es

decir, con su respuesta de siempre. [32] La relación de Hitler con su sobrina Geli, en cambio, sí fue intensa y puede que llegara a ser íntima. Cuando en noviembre de 1927 esta anunció que quería casarse con Emil Maurice, el chófer y guardaespaldas de Hitler, este montó en cólera. Maurice fue despedido al día siguiente. [33]

Aunque Hitler había reafirmado su control sobre prácticamente todo el partido, la República de Weimar a su vez se había estabilizado. Cada vez estaba más americanizada, en parte en el sentido tecnológico que Hitler aplaudía, pero principalmente en el sentido financiero y cultural que tanto despreciaba. Por otra parte, el partido seguía dividido tanto en términos ideológicos como en cuanto a personalidades. Pocos alcanzaban a conocer la importancia que Estados Unidos tenía en el pensamiento de Hitler, y aunque el problema con Rusia estaba ya en gran parte resuelto, empezaba a abrirse un nuevo abismo sobre la cuestión de la integración europea, a la que los izquierdistas seguían teniendo un gran apego. La «izquierda» había pasado del norte de Alemania a Berlín, y en sí misma se hallaba dividida entre los partidarios de los Strasser y Goebbels. El partido estaba estancado electoralmente. Su mensaje no parecía sintonizar mucho con los intereses más inmediatos del pueblo alemán.

Hitler, sin embargo, seguía sin hacer caso. Se negaba deliberadamente a implicarse en la política del día a día, a la que culpaba de «sofocar» la idea. [34] «La vida de un pueblo», proclamaba Hitler, «no la deciden los llamados temas del momento». Por el contrario, él sostenía que «los temas del momento son meros productos de una circunstancia importante, la de haber firmado el Tratado de Paz [de Versalles] hace algún tiempo». Esta es la razón por la que Hitler continuó haciendo hincapié en la miseria del pueblo alemán, incluso durante la época de relativa bonanza que más tarde sería conocida como «los años dorados». «Incluso en el campo de la economía», argumentó en agosto de 1927, «la llamada consolidación no es más que una falacia, una mentira internacional». En todo caso, como hemos visto, el plazo que preveía para la regeneración del pueblo alemán en ese momento era muy largo. Dicho lo cual, Hitler también era consciente de que su oportunidad podía llegar mucho antes. «El actual periodo de tranquilidad mundial», escribió, «transmite la impresión de que pisamos terreno firme», pero esto era un error. «La calma de hoy», advertía Hitler, «también puede verse como un mero «receso en la lucha, que mañana podría ya haber terminado». [35]

Parte III

UNIFICACIÓN

En su felicitación de Año Nuevo a Winifred Wagner, Hitler se mostraba optimista respecto a 1928. «Solo debo mirar al futuro», escribió, «y al final de este año vuelvo a creer gozosamente en él». «Ahora sé una vez más», continuaba Hitler, «que el destino me llevará al punto al que hace cuatro años [1923] había esperado llegar». 1 Es difícil saber cuáles eran las razones para ese optimismo, pero finalmente se demostraría que Hitler estaba en lo cierto. Cinco años después de haber escrito estas líneas, se había hecho con el poder en Alemania, no mediante la violencia revolucionaria, como había intentado en 1923, sino por medios cuasi legales. Durante todo este periodo, Hitler trató de resolver cuestiones relativas a la unificación. Dedicó mayor atención a Estados Unidos, como modelo y a la vez como desafío. Hitler también discrepó con la idea de la unidad europea, que muchos alemanes entonces vieron como la respuesta a los desafíos paralelos del comunismo soviético y el capitalismo estadounidense. En lugar de la quimera de unos Estados Unidos de Europa, promovió la unificación de Alemania bajo su liderazgo, una perspectiva que parecía realista tras sus éxitos electorales de 1930 y 1932. Finalmente, Hitler también trató de reunificar el NSDAP , que estaba en peligro de desintegración pese a que sus posibilidades de ocupar la cancillería fueran en aumento.

7

El desafío norteamericano

A finales de la década de 1920, Alemania parecía cada vez más estable. Los gobiernos y la población iban aceptando poco a poco el poder de Angloamérica y el capitalismo internacional. En parte, porque no tenían elección. Alemania seguía sometida a un punitivo régimen de reparaciones de guerra que amenazaba con tomar el control de activos nacionales como el Reichsbahn. Parker Gilbert, el banquero norteamericano y agente general para las reparaciones de guerra, insistía en que los presupuestos tenían que ser equilibrados antes de empezar a hablar de condonar pagos por reparaciones. La austeridad y el control externo parecían ir de la mano. Existía una preocupación generalizada ante la amenaza de una emigración masiva, especialmente si la economía empeoraba. Muchos opinaban que Alemania era demasiado débil para sobrevivir como un Estado nacional independiente y que debería buscar cobijo dentro de una Europa Unida. [1] La idea de una «Paneuropa», propuesta por primera vez en 1923 por el conde Richard Coudenhove-Kalergi, hijo de un diplomático austrohúngaro que se había casado con una japonesa, iba ganando terreno; uno de sus primeros defensores fue el banquero de Hamburgo Max Warburg, con quien los Rothschild le pusieron en contacto. [2] En 1924, Heinrich Mann publicó un tratado en el que hacía un llamamiento a unos «Estados Unidos de Europa» para evitar que el continente se convirtiera en una «colonia económica de América o una colonia militar de Asia». [3] El Programa de Heidelberg del SPD en 1925 preconizaba la idea de unos «Estados Unidos de Europa». La integración europea formaba también parte importante de la agenda diplomática, con llamadas a una reconciliación franco- germana que contaba con amplio apoyo en ambos países. Otros rechazaban la idea, afirmando, como el veterano diplomático alemán Bernhard Wilhelm von Bülow, que «en una Paneuropa, Alemania desempeñaría el papel de Sajonia, como mucho de Baviera», y que, en todo caso, la idea de una «moneda internacional» y una «absoluta libertad de movimientos» no eran «viables». [4]

El nuevo orden tenía también una acogida más positiva, cultural, económica y políticamente. La conquista de Europa por parte de Estados Unidos, en gran medida benevolente, seguía adelante. [5] El capitalismo de

estilo americano resultaba atractivo a muchos alemanes. 6 Los valores americanos de trabajo duro, energía y oportunidad eran vistos como formas de resucitar a Alemania. 7 Los hombres de negocios emprendían regularmente peregrinajes al otro lado del Atlántico para observar el «fordismo» en acción. Los cronistas alemanes destacaban no solo la riqueza de los americanos, sino también su espléndida complexión física y su expresión franca, que contrastaba, desfavorablemente, con el aspecto demacrado y abatido de sus propios compatriotas. 8 Hollywood arrasaba en Alemania. 9 En 1928 tuvo lugar el primer vuelo trasatlántico de un dirigible Zeppelin, estrechando así los lazos del nuevo continente con el Reich del que tantos americanos habían emigrado. Entretanto, la economía iba mejorando. Los partidos radicales perdían constantemente terreno. Una nueva Alemania parecía ir abriéndose camino. El panorama no parecía muy prometedor para Hitler y el NSDAP , cuyo breve protagonismo se había producido en 1923, como resultado de una grave crisis económica y política.

Pese a ello, Hitler se presentó a las elecciones de 1928 para el Reichstag con entusiasmo. Iba corriendo de un mitin a otro. Un día llegó a hablar en no menos de once lugares distintos de Múnich: la Bürgerbräukeller, la Augustinerkeller, la Hofbräuhauskeller, la Franziskanerkeller, el restaurante Zur Blüte, Malthäserbräu, Arzbergerkeller, Thomasbräukeller, Hackerbräukeller, Schwabingerbräu y Altes Hackerbräuhaus. 10 Su campaña se basaba en lo que él consideraba el tema clave del momento: la esclavitud a la que sus enemigos de guerra habían sometido a Alemania, a través de las fuerzas del imperialismo occidental y el capitalismo internacional. «La situación de Alemania es comparable a la de una colonia», afirmaba. «Alemania ya no es soberana». El hambre y la emigración, alegaba, acechaban la tierra: «El destino de Irlanda se cierne amenazante sobre el futuro de Alemania». «Hitler compara Alemania con la India», refiere un miembro del público sobre lo dicho durante las últimas etapas de la campaña para el Reichstag, «a la que Inglaterra permitía seguir teniendo sus príncipes, [y] su propia representación, [con] todo el *glamour* parlamentario», a fin de distraerla de la «auténtica realidad, esto es, que el inglés es el único señor y el indio es el esclavo». Tanto si hablaba de colonialismo como de Irlanda o de la India, lo que movía a Hitler no era la solidaridad con los desdichados de la Tierra, sino la relegación racial de Alemania. Sin embargo, sus reivindicaciones no estaban exentas de un toque socialista. Los marxistas, sostenía Hitler, deberían criticar no a la sociedad alemana, sino la «injusta distribución de los recursos mundiales». 11 Alemania, defendía en realidad, había sido proletarizada en términos

geopolíticos. Tras su llegada al poder, volvería sobre este tema más extensamente.

El principal vehículo de la esclavización angloamericana seguía siendo la vieja bestia negra de Hitler, el capitalismo internacional, y su cabeza pensante, la judería mundial. «Sabemos de las relaciones entre estas familias», clamó en el momento álgido de la campaña electoral, «los Warburg y los Friedländer de Berlín a Nueva York». «Si esta gente se pone de acuerdo entre ellos», siguió diciendo, «el final del pueblo alemán está a la vuelta de la esquina». En la propia Alemania, el principal instrumento de coerción era el régimen de reparaciones. El principal objetivo de Hitler era en este respecto Parker Gilbert, cuyas intervenciones en los debates presupuestarios del Parlamento le habían convertido en una figura odiosa a los ojos de la sociedad y la política alemanas. Cuando Gilbert criticó al Reichstag por debatir sobre un aumento de la paga del funcionariado civil, Hitler reaccionó enfurecido diciendo que «no somos más que una colonia internacional, expuesta a la arbitrariedad extranjera y la explotación internacional». Se quejó de que Alemania estaba obligada a entregar «todo el patrimonio de la nación como aval para el gran capital internacional judío». Acusó al gobierno de haber «hipotecado a la República socialista entera» así como de «haber entregado ya el Reichsbahn alemán y todos sus ingresos al capital internacional». 12

Así pues, el NSDAP eludía cualquier debate sobre temas económicos concretos argumentando que al final todo se reducía a política, o dicho de otro modo, a haber perdido la guerra. La Constitución nacional de Alemania, sostenía el partido, estaba determinada por las estructuras de gobernanza internacional que le habían impuesto. «No hablemos de la Constitución de Weimar», pedía Hitler, «nuestras tres constituciones son: el tratado de paz, el Plan Dawes y el Pacto de Locarno. Estas son las tres constituciones por las que se rige Alemania». 13 Una vez que se acabe con el sometimiento político de las potencias mundiales, argumentaban los nazis, todos los problemas políticos, económicos o sociales se resolverán por sí solos. Pero el recuento de los votos de mayo de 1928 dejó claro que los nazis habían sufrido una derrota catastrófica. Los avances obtenidos en las elecciones de 1924 se habían volatilizado. Parecía como si lo que los alemanes estuvieran buscando no fuera un nuevo movimiento político, sino una nueva idea o un nuevo líder. A todos los efectos y propósitos, el nazismo parecía extinguido como fenómeno electoral.

Para empeorar aún más las cosas, el Partido Nazi en 1928 apenas estaba algo menos dividido de lo que lo había estado durante e inmediatamente después del encarcelamiento de Hitler en Landsberg. Las principales

fracturas continuaban existiendo y otras estaban a punto de aparecer. La política exterior seguía siendo tema de encarnizadas disputas. Algunos estaban de acuerdo con Rosenberg en que Rusia era un enemigo ideológico que había que expoliar; otros veían la Unión Soviética como un potencial aliado contra Angloamérica. Tirol del Sur no dejaba de dar problemas. [14] Otro nuevo contencioso era la unidad europea, que contaba con un amplio apoyo en el NSDAP . [15] Goebbels había manifestado su anhelo de que llegara el momento «en que nos hayamos liberado [y] podamos hablar de los Estados Unidos de Europa [como] socios iguales». [16] Los más fervientes partidarios de la unidad europea, sin embargo, eran los hermanos Strasser, Otto y Gregor, que la consideraban clave para repeler no tanto a la Rusia bolchevique como a la insaciable ambición del capitalismo angloamericano.

Hitler también estaba harto de las disputas territoriales y las riñas personales. El perejil de todas estas salsas solía ser Julius Streicher, cuyo comportamiento en Núremberg había indignado incluso a la élite local del partido, especialmente a las SA , pero también al resto del espectro político. Hitler trató de no verse arrastrado, y de hecho no pisó la ciudad durante la mayor parte de 1928. Cuando uno de los rivales de Streicher fundó un *Ortsgruppe* Núremberg-Mitte diferenciado en oposición a Streicher, se limitó a comentar que «esto significaría el fin de toda la organización», [17] pero tampoco intervino. Solo cuando Streicher salió vencedor, Hitler fue a verle a la capital franconiana para estrechar la mano de Streicher en público, dando así el visto bueno a su victoria. [18] Pero aquí no acabó todo. En fechas posteriores del mismo año, el comité de arbitraje del partido fue instado a investigar una denuncia anónima de que Streicher celebraba «fiestas de champán» con cargo al partido, al tiempo que se difundían falsos rumores sobre las insinuaciones sexuales de Hitler a diversas mujeres. Al parecer dichos rumores habrían tenido su origen en partidarios de Artur Dinter, que había sido destituido del puesto de *gauleiter* de la vecina Turingia por su ataque a las iglesias. De modo que esta vez fue expulsado definitivamente del partido. Streicher se había librado una vez más, pero su carácter extremadamente conflictivo hizo que su autoridad no tardara mucho en verse cuestionada de nuevo.

Si Franconia era básicamente una plaza secundaria, aunque bastante complicada, las disputas entre Berlín y Múnich, y cada vez más dentro del propio partido de Berlín, eran más graves. En parte obedecían a diferencias políticas entre los del norte, más de izquierdas, enfrentados a los del sur, más conservadores. No obstante, también era una cuestión de cultura y accesibilidad. «Múnich está gobernada por una burocracia terrible»,

escribió Goebbels reprobatoriamente, «y el jefe está rodeado por una camarilla». El principal problema, sin embargo, era el enfrentamiento a cara de perro entre las dos facciones de la «izquierda», representadas respectivamente por Goebbels y los hermanos Strasser. Esencialmente la lucha era por controlar el aparato de propaganda del partido. Una vez más, Hitler fue llamado repetidamente a intervenir. «No hay forma de tratar con el doctor Strasser», se quejaba Goebbels, «ese zorro es demasiado taimado y demasiado mezquino. Hitler tendrá que poner orden». «Todavía sin respuesta de Hitler», anotó desconsolado. Al final, viendo que no llegaba nadie, Goebbels se planteó dimitir. [19] Las diferencias respecto a asuntos económicos y sociales hacían aún más complicadas estas peleas, al ser Goebbels y los hermanos Strasser personas todavía muy relevantes entre la «izquierda» anticapitalista del partido. Todos eran, a su modo, entusiastas de «Europa», a la que veían como depósito de valores culturales y raciales, no tan opuesta a la Rusia soviética, por la que continuaban sintiendo cierta afinidad, en contraposición al «Occidente» capitalista angloamericano.

Hitler no veía estas y otras disputas como una oportunidad para dividir e imponerse él. Por el contrario, las consideraba una pérdida de su propio tiempo y una amenaza mortal a la unidad del movimiento. De modo que aprovechó la ocasión de la campaña electoral para el Reichstag de 1928 para tratar de nuevo de restablecer la cohesión ideológica, reafirmar su propia autoridad y trazar el camino para una recuperación alemana. Era típico en él no centrarse en los asuntos inmediatos del día, sino en principios ideológicos más amplios. [20] El texto de Hitler *Determinación de [nuestra] posición tras las elecciones al Reichstag* , posteriormente conocido por el público británico como *El libro secreto* o *El segundo libro* , comenzó a ser escrito en el verano de 1928, durante el retiro de Hitler en las montañas del Obersalzberg. «El lobo [Hitler] está en Berchtesgaden», escribió Winifred Wagner, «escribiendo un nuevo libro que yo recibiré como regalo de cumpleaños. Hess, que ya ha leído parte, tiene una gran opinión de él». [21]

Hitler continuó trabajando en el manuscrito, de forma intermitente, durante unos dieciocho meses. En él abordaba muchos temas que llevaba tiempo ensayando en sus discursos. Al igual que en *Mein Kampf, El segundo libro* debe analizarse dentro del contexto de otras muchas declaraciones suyas de la misma época, algunas de las cuales quedaron plasmadas en el texto. La redacción también refleja la concepción que Hitler tenía de sí mismo como «escritor». [22] Sin duda, él era un hombre más de hablar que de escribir, pero también era dado a las declaraciones programáticas y, a su manera, a reflexionar en profundidad sobre el estado

del mundo y el lugar de Alemania dentro de él. El texto resultante, cuando se considera en conjunto con otras declaraciones de Hitler de mediados a finales de la década de 1920, resulta absolutamente clave para entender la evolución de su pensamiento y el camino que el nazismo iba a tomar a partir de 1933.

El texto se centraba principalmente en el arrollador poder de Angloamérica y especialmente de Estados Unidos. Este tema había estado presente ya en *Mein Kampf,* y especialmente en discursos posteriores, pero en ese momento era el que dominaba por completo la mente de Hitler. «La Unión americana», argumentaba Hitler, «ha creado un poder de tales dimensiones que amenaza con echar por tierra todos los *rankings* de poder estatal anteriores», capaz incluso de desafiar al Imperio británico. En parte esto se debía a una cuestión de espacio. Gracias a la expulsión y el exterminio de los nativos americanos, sostenía Hitler, «la tierra abundaba». «La proporción entre el tamaño de la población y la extensión territorial del continente americano», escribió, «es mucho más favorable que la proporción análoga de los pueblos europeos con sus espacios vitales». Por otra parte, añadía Hitler, Estados Unidos tenía un gran potencial para seguir creciendo. Disponía del «40 al 50 % de todos los recursos naturales», y su industria no solo se beneficiaba de un enorme mercado doméstico, sino que además era altamente competitiva dentro de la escena mundial. «La Unión americana», afirmaba Hitler, ya no se centraba solo en su «mercado interno», sino que «se había convertido en un competidor mundial, gracias a sus recursos en materias primas, tan ilimitadas como baratas». 23

La superioridad angloamericana era también cuestión de raza. Como hemos visto, Hitler había llegado a creer, y creería hasta el final de su vida, en el alto valor racial de los británicos, los «anglosajones», que eran una de las «razas superiores» del mundo. A finales de la década de 1920 volvería sobre su poder económico, militar, diplomático, colonial y político una y otra vez. La clave del poder británico, sin embargo, era demográfica. Hitler se expresaba con admiración sobre el «valor racial del reino anglosajón en sí», constantemente en busca de «espacio» para escapar de su «aislamiento insular». Los británicos, decía, han tratado de expandirse en Europa, pero se han visto frustrados por estados racialmente «no menos» valiosos; es posible que aquí estuviera pensando en el fracaso del imperio medieval inglés en Francia. En vista de ello, Londres se había embarcado en una política colonial cuyo principal objetivo era encontrar «salidas para el material humano británico», que a la vez «se mantuviera ligado a la madre patria» –algo en lo que Alemania, según su interpretación, había fracasado estrepitosamente–, así como mercados y materias primas para la economía

británica. El resultado, concluía Hitler tajantemente, era que el británico de a pie le había pasado por delante a su homólogo alemán. «El pueblo alemán como tal no está a la altura media de, por ejemplo, el británico». 24 En opinión de Hitler, eran sencillamente superiores a los alemanes.

El otro depósito de «valor racial», en opinión de Hitler, era Estados Unidos. Estos se habían formado a partir de un núcleo de colonos anglosajones que habían sabido expandirse y preservarse a lo largo del tiempo. «La Unión americana», escribió, «ha establecido unos criterios determinados en materia de inmigración, gracias a las enseñanzas de sus propios investigadores en temas de raza» (refiriéndose probablemente de nuevo a Madison Grant). 25 Hitler también admiraba las medidas de Estados Unidos para mantener racialmente sana a su población a través de la selección. En parte, esto era cuestión de eugenesia. Hitler comentaba en privado que él había estudiado la legislación de varios estados americanos en cuanto a cómo evitar la reproducción de personas cuya progenie, desde su punto de vista, no tendría valor o podría ser incluso perjudicial para su raza. 26 Por lo demás, la superioridad norteamericana radicaba en la inmigración selectiva. «El hecho de que la Unión americana se ve a sí misma como un Estado nórdico-germánico y de ninguna manera como una mezcolanza de gentes de todo el mundo», señalaba Hitler, refutando sin duda la idea de Israel Zangwill de Estados Unidos como «crisol», queda claramente reflejado en «la distribución de las cuotas migratorias entre los estados europeos». 27 Mientras que los escandinavos, los británicos y «finalmente» [*sic*] los alemanes ocupaban los primeros puestos de la lista, los eslavos y los latinos no salían favorecidos, mientras que los chinos y los japoneses ocupaban los últimos lugares en esta jerarquía.

Tal vez sorprendentemente, la relación entre los blancos y la por largo tiempo establecida comunidad negra no ocupaba mucho espacio en la visión que tenía Hitler de Estados Unidos, aunque los burócratas nazis más adelante estudiarían la segregación en detalle de cara a la elaboración de la legislación antisemita. En concreto, Hitler no mostraba un gran interés en el sur, ni en la lucha de la Confederación por mantener la esclavitud. Los informes sobre su entusiasmo por el Ku Klux Klan, si bien plausibles a primera vista, proceden de fuentes poco fiables. 28 De hecho, el único comentario verificable que Hitler hizo alguna vez sobre la esclavitud fue claramente condenatorio. Hablaba del «trasplante de millones de negros en el continente americano» como un ejemplo de «costumbres bárbaras» como también lo eran la esclavitud en el mundo antiguo y el trato dado a los aztecas y los incas. 29 De un modo u otro, el entusiasmo de Hitler por Norteamérica se basaba en su interés por los blancos y los judíos, no por

los negros, y en su admiración no por el sur agrícola, sino por el norte industrial.

Si Hitler sentía un sano respeto por el poder demográfico, «racial», económico y militar de Estados Unidos, también percibía claramente lo que hoy llamaríamos su «poder blando». En parte se trataba de una percepción positiva de lo que el estilo de vida americano tenía que ofrecer y que él ya había documentado en ocasiones anteriores. Aunque en realidad Hitler nunca usó la expresión «sueño americano», su retórica demostraba que era plenamente consciente del concepto. «La Europa de hoy», escribió, «sueña con un nivel de vida» que sería posible en Europa, pero que «realmente existe en América». «El americano», expresó concisamente, vivía «en general mejor que nosotros». Esto se debía a que «en América la relación entre el tamaño de la población y el territorio es tan estrecha», argumentaba, «que la prosperidad está mucho más extendida». [30] Una clara demostración de ello, según la interpretación de Hitler, era el alto nivel de motorización de la población de Estados Unidos.

Aparte de esto, a Hitler le preocupaban profundamente algunos aspectos de la cultura americana. Comparaba las glorias del mundo antiguo con la «a todas luces diferente» «advenediza cultura» de América. En cierta ocasión, Hitler y Hess hicieron mofa de un multimillonario norteamericano tan vulgar que había erigido una imitación del palacio de Versalles donde tenía una bañera de oro, criados vestidos con librea y una galería de arte en la que los cuadros todavía tenían el precio puesto. [31] A Hitler le preocupaba en especial la influencia de la cultura popular americana en Alemania, y criticaba duramente los «vampiros de los grandes almacenes», que no solo suponían la ruina de los pequeños comercios, sino que exhibían «todo tipo de baratijas, luces de neón, teterías, escaleras mecánicas y jardines con palmeras» para engañar a los incautos. Hitler desplegaba entonces todo un panorama de pánico moral. Sin embargo, es posible que su mayor preocupación fuera la música, tema que él tanto estimaba. «La música de jazz», sostenía, «ha conseguido llegar a todas las personas por igual, pero bajando el nivel». [32] Esta ambivalencia acerca del carácter de América, que en ningún caso debería confundirse con un simple desprecio, le acompañaría hasta el final.

La fortaleza angloamericana contrastaba con la debilidad alemana. Una vez más, esto obedecía en parte a una cuestión de espacio. A finales de la década de 1920, tanto en *El segundo libro* como en muchas otras ocasiones, Hitler expuso con detalle sus ideas sobre la exposición geopolítica de Alemania. «Por todas partes territorios desprotegidos, abiertos», que en las zonas occidentales albergaban importantes

instalaciones industriales. Alemania estaba rodeada por depredadores como Francia y Rusia y, por si fuera poco, enjaulada naval y comercialmente por Inglaterra. Para empeorar más aún las cosas, Francia se hallaba unida a Polonia por una alianza, en el este, y a Checoslovaquia y Yugoslavia, en el sudeste. Alemania, en resumen, estaba acorralada: «rodeada» y «completamente cercada». Por otra parte, Alemania no solo era vulnerable, sino que carecía de masa territorial crítica. Era imposible de defender completamente, pensaba, especialmente debido a los últimos avances en tecnología. Millones de alemanes, lamentaba Hitler, vivían apretados en un área «que un avión moderno podía atravesar de norte a sur en unas dos horas». En términos generales, Alemania era demasiado pequeña para que el mundo la tuviera en cuenta. «Alemania está, desde un punto de vista puramente geográfico», afirmó, «tan territorialmente limitada que apenas equivale a una [mera] provincia en comparación con otros estados y países del mundo». 33

Si bien todo esto en general podía formar parte de la tradición geopolítica clásica pruso-germana, el énfasis que Hitler ponía en otra presunta debilidad clave de Alemania, no. Se trataba de la «raza», respecto a la cual *El segundo libro* desarrollaba temas que solo habían quedado apuntados en *Mein Kampf* y en sus discursos de mediados de la década de 1920. Como hemos visto, esto es especialmente cierto en lo que respecta a su constante foco en la supuesta debilidad del pueblo alemán, especialmente en comparación con el británico. «Nuestro pueblo en concreto», escribió, «dada su fragmentación racial, carece por desgracia de las características que, por ejemplo, distinguen al británico», a saber, «mantenerse unidos en momentos de peligro». 34 Esto lo atribuía solo en parte a la supuesta corrupción judía y en mucho mayor grado a otros factores, como la fragmentación religiosa, política y territorial que Alemania venía sufriendo desde hacía tanto tiempo.

El fantasma del separatismo, que a Hitler tanto le había inquietado entre 1921-1923, había remitido un tanto, pero Hitler seguía lo bastante preocupado como para lanzar varias andanadas contra el BVP . En una filípica pronunciada en Múnich a finales de febrero de 1928, condenó a los «monárquicos» bávaros, rechazó sus reivindicaciones sobre unos «derechos [estatales] propios» y acusó a sus mantras «federalistas» de ser una mera cortina de humo para otras ambiciones más altas. La objeción de Hitler contra Baviera y otras demandas particularistas estaba enraizada en su largamente sostenida creencia de que solo una «forma de Estado completamente cohesionada» podría hacer frente a los desafíos externos del Reich alemán. Continuó librando una batalla sin cuartel contra el BVP , los

monárquicos de Baviera y sus partidarios del clero, lanzando sobre ellos continuas acusaciones de desviaciones sexuales, comportamiento religioso inadecuado y filosemitismo, [35] que superaban en intensidad e inquina a las que había dirigido nunca a la izquierda de Weimar. [36]

A ojos de Hitler, la fragmentación alemana se agravó y alcanzó su culmen con la República de Weimar. La democracia, afirmó, socavaba la autoridad y hacía imposible la cohesión. «Con respecto al ejército», se lamentaba, «había que reconocer la ley de obediencia a la autoridad, pero la nación estaba sujeta a la ley de la humanidad». Y «¿qué es la mayoría», inquiría Hitler, sino «la encarnación de la mentira, la incompetencia y la estupidez?». «La democracia», sentenciaba, «contradice la ley de todo desarrollo», porque «no tolera la existencia de ningún líder». En resumen, argumentaba Hitler, «si un pueblo permite que la democracia occidental gobierne la Constitución de su Estado, en otras palabras, si introduce el parlamentarismo», creará un «sistema» que «inevitablemente» llevará a «ignorar el talento existente». Por todas estas razones, Hitler consideraba el «principio democrático», que invariablemente asociaba con Occidente y con la judería, como «un principio que destruye los pueblos y los estados». [37]

El Parlamento de Westminster constituía una dificultad intelectual y retórica para Hitler, ya que parecía sugerir que la democracia y la cohesión nacional no eran incompatibles. Retomando un tema del que ya había hablado en *Mein Kampf,* explicaba la paradoja valiéndose del principio de selección. «La democracia británica», razonaba, «no era más que una pequeña élite cerrada». «No olvidemos nunca», continuaba diciendo, «que hasta la década de 1880 solo 470.000 personas disfrutaban de derecho a voto, es decir, apenas un reducido grupo de elegidos». Hitler resaltaba cómo en Inglaterra la tradición política era hereditaria en las grandes familias y destacaba el efecto estabilizador de la monarquía, que era «el centro de gravedad» del sistema político inglés. Por último, Hitler defendía que una democracia antigua como la de Roma siempre había elegido un dictador en tiempos de crisis, y que «esta Inglaterra eligió un dictador en la guerra», esto es, Lloyd George, mientras que el Parlamento alemán no había hecho otra cosa que «parlotear». [38] En otras palabras, mientras que en su opinión la democracia había socavado la cohesión del *Volk* en Alemania, había servido como instrumento de selección racial positiva en Inglaterra.

Hitler también veía la guerra y el conflicto como una amenaza para el pueblo alemán. Aquí se producía una evidente contradicción en su pensamiento. Por un lado, Hitler veía la «lucha» como clave para la vida y la supervivencia de su pueblo. Por otro, creía que la guerra se cobraba la

vida de los mejores y más valientes, dejando a los más débiles y cobardes. «La naturaleza de la guerra es tal», escribió, «que conduce a la selección racial dentro de un pueblo a través de la desproporcionada destrucción de sus mejores individuos». Esto podía desembocar «en cien años en un mortal desangramiento paulatino de la parte mejor [y] más valiosa de un pueblo». Por esta razón, Hitler condenaba las guerras innecesarias como «crímenes contra el organismo político, así como contra el futuro de un pueblo». Por un lado, Hitler invocaba con patetismo la memoria y el sacrificio en el frente; por otro, incidía repetidamente en los horrores y las heridas causadas por la guerra, que él había sufrido en primera persona. Negando despectivamente un conocido dicho civil, describía candorosamente su preferencia por la mutilación sobre la muerte. «Decían que [era] maravilloso morir como un héroe», comentaba Hitler, pero «el soldado que está en el frente lo veía de otra manera». «Aunque en casa dijeran que preferían morir a perder un miembro», continuaba Hitler, la verdad era que los hombres que luchaban en Flandes hubieran sacrificado con gusto una mano o una pierna a cambio de que una baja definitiva les librara del combate y les diera la oportunidad de sobrevivir. «Para los que habían servido como soldados», afirmaba, «la guerra no tenía nada de bonito», sino que era «terrible». 39

El mayor obstáculo para la cohesión del pueblo alemán, sin embargo, era su falta de espacio vital en Europa central y la consiguiente escasez de reservas alimentarias. Una vez más, Hitler retomaba aquí temas ya conocidos de *Mein Kampf,* pero que en sus discursos de finales de la década de 1920 y en *El segundo libro* argumentaba más a fondo. Bismarck podía haber unido «a la masa del pueblo alemán en Europa central», pero no había resuelto «la segunda cuestión más importante para el pueblo alemán en Europa», que era «el futuro del suministro de alimentos». Por tanto, cuando los aranceles habían «frustrado» las «oportunidades económicas» que se abrían ante el Reich, la «olla entró en ebullición y de repente nos encontramos con que sobraban veinte millones de personas». La población excedente, afirmaba Hitler, se había visto obligada a emigrar, parte de ella al Imperio británico y Sudamérica, pero principalmente a Estados Unidos. «Durante trescientos años», afirmaba, «hemos enviado a 10.000 personas fuera por año», por lo que prácticamente todo el continente de Norteamérica se volvió [demográficamente] alemán». 40

Estas afirmaciones de Hitler se basaban en que entre 1820 y 1930 unos 5,9 millones de alemanes se habían establecido en Estados Unidos. 41 Durante el periodo 1860-1890 fueron el contingente más numeroso de emigrantes. Para 1900, alrededor de una décima parte de la población de

Estados Unidos era de ascendencia alemana, [42] entre ellos un tal Friedrich Drumpff, registrado en Ellis Island como «Frederick Trump», el abuelo de Donald Trump, que llegó en 1885. Richard Wagner habló a menudo de emigrar a América, e incluso compuso una marcha para celebrar el centenario de la Declaración de la Independencia de Estados Unidos en 1876. [43] En Canadá, Alemania ocupaba el tercer puesto en cuanto a afluencia de emigrantes, por detrás solo del Reino Unido y de Francia. [44] Los que emigraban con frecuencia mantenían un estrecho contacto con su viejo país y una proporción importante de ellos –en torno a un 25 %– volvían, a menudo con relatos de su exitosa trayectoria en el Nuevo Mundo. [45] Norteamérica tenía por tanto una importante y en gran medida positiva presencia en el imaginario alemán de la década de 1920, mucho mayor que la de la Unión Soviética.

Para empeorar aún más las cosas, seguía diciendo Hitler, la emigración constituía, no solo cuantitativa, sino también cualitativamente, una amenaza para el pueblo alemán. Los que se iban siempre eran los mejores y los más aptos. Tampoco cambió de opinión respecto a los que se quedaban. «Los cobardes y los débiles preferirían morir en casa», decía, a «armarse del coraje necesario» para marcharse en busca de una vida mejor. A lo largo de la década de 1920, Hitler incidió machaconamente sobre este mensaje en numerosos discursos. Alemania había «enviado [a América] a los mejores durante varios siglos». «Solo aquellos que emigran», declaraba, «los que resisten las privaciones», eran «valiosos». «Es el más resistente, el más vigoroso», lamentaba, «el que emigra», lo que se traduce en que, en caso de conflicto, un pueblo formado por emigrantes «triunfará sobre la madre patria». En términos raciales, advertía Hitler, esto equivalía a la «gradual desnordificación de nuestro pueblo» y a la «disminución general de nuestro valor racial»; significaba que se quedaban los peores. [46] La implicación de todo ello era desalentadora: el pueblo alemán de la época de Hitler estaba formado por los posos que quedaban una vez que Norteamérica se hubiera llevado la crema.

Obviamente, lo que se percibía como pérdida para Alemania era una ganancia para Angloamérica. Hitler volvió a repetir su teoría de que, tras la independencia, el Congreso estadounidense había adoptado el inglés como idioma de la nueva unión por un solo voto, asegurando así que Estados Unidos siguiera formando parte de lo que en líneas generales podría denominarse la Angloesfera. «Un continente entero», afirmaba, «se convirtió en británico a consecuencia de esta decisión». Hitler temía el poder de lo que él llamaba la «anglificación» de los alemanes. Lamentaba que los alemanes tendieran a «anglificarse cada vez más» en los «países

anglosajones» y quedaran por tanto «teóricamente perdidos» para su pueblo, no solo en términos de su «capacidad práctica de trabajo», sino también «espiritualmente». «Por esta razón», argumentaba Hitler, «la iniciativa» estaba pasando de «sus madres patrias a las colonias», ya que allí es donde se «concentraban personas de la máxima valía». «La pérdida de la madre patria», lamentaba, «era la ganancia del nuevo país». El resultado, se quejaba, era que «Alemania estaba hundiéndose cada vez más mientras que al otro lado del océano se alzaba un nuevo continente, poblado con sangre alemana». 47

Todos estos pollitos de raza, proseguía Hitler, se habían convertido en gallos en la Primera Guerra Mundial. Desde el primer momento, Alemania se había enfrentado a todo el poder de los imperios británico, francés y zarista, si bien Hitler temía al primero por encima de todos los demás. Por otra parte, explicaba Hitler en un artículo de prensa, en 1917 «la Unión americana estaba decidida a poner toda la carne en el asador en apoyo de la coalición mundial que amenazaba a Alemania». 48 Este fue el momento decisivo en el que la derrota de Alemania se hizo inevitable y Hitler no lo olvidó nunca. Experimentó personalmente lo que aquello significaba en el verano de 1918; casi diez años después aún recordaba la fecha exacta. «Alemania envió fuera a sus mejores hijos durante trescientos años», recordaba. «Al llegar 1918 de repente vimos, el 17 de julio, al sur del Marne, a los descendientes de nuestro pueblo, nuestros emigrantes. Gente vigorosa y robusta, enfrentándose a nosotros como enemigos». «Eran los representantes del nuevo continente», continuaba diciendo Hitler. «Era nuestra propia sangre. La sangre que habíamos dejado marchar». Por otra parte, continuaba, nadie había llegado a darse cuenta de que aquel enfrentamiento había sido «premonitorio» de la «batalla de los pueblos» (o batalla racial: *Volkskampf*) que había de venir. Aquí Hitler volvía a referirse a la confrontación definitiva que esperaba había de producirse entre alemanes y anglosajones. 49

Hitler rechazaba algunos remedios clásicos que se le ofrecían. No creía que Alemania debía exportar su gente para asegurar el suministro de alimentos. Recogiendo un comentario hecho por el canciller Caprivi en la década de 1890, dijo respecto a los políticos de Weimar: «Lo que hay que hacer no es exportar personas, sino productos». En realidad, advertía Hitler, los británicos habían impedido la entrada de productos alemanes poniendo altas barreras arancelarias antes de 1914, y todavía continuaban esclavizando a Alemania a través del Tratado de Versalles y el acuerdo de reparaciones de guerra. Las panaceas ofrecidas desde la izquierda también fueron rechazadas, especialmente el plan para buscar la salvación a través

de instrumentos de gobernanza internacionales. Por un lado, Hitler compartía la extendida visión de que la Sociedad de Naciones era un tigre sin dientes. «Una Sociedad de Naciones sin una fuerza policial propia», afirmaba, «es como un Estado sin sistema legal y sin autoridad policial». Por un lado, Hitler seguía considerando esta institución como un instrumento para el sometimiento de Alemania. «La Sociedad de Naciones está controlada por las naciones saturadas, en realidad no es más que su instrumento». Estas naciones, afirmaba, no tenían ningún interés en poner solución a la injusticia internacional, especialmente a la «distribución espacial del mundo». Esto significaba que el mundo estaba siendo dirigido no según ningún tipo de derecho internacional, sino según la ley del capital: «No de acuerdo con el derecho de los pueblos», fueron sus palabras, «sino con los derechos de los banqueros de los pueblos». 50

El Führer guardaba un desprecio especial a los que pensaban que Alemania debía buscar su salvación en «Europa». Respecto a esto, sus palabras iban dirigidas contra las iniciativas a alto nivel en pro de la integración del continente por parte de personas como Aristide Briand, o la Unión Paneuropea del conde Coudenhove-Kalergi, pero también contra algunos elementos de la «izquierda» nacionalsocialista como los hermanos Strasser e incluso Goebbels. Tituló mordazmente el noveno capítulo de *El segundo libro* «Ni política de fronteras, ni política económica, ni Paneuropa». 51 A lo que Hitler se oponía no era a la idea de mantener a raya a Estados Unidos, sino a lo deseable o practicable de hacerlo mediante una integración europea. Admitía que «es cierto que el movimiento paneuropeo parece tener, al menos a priori, algunos aspectos atractivos». No obstante, y como era de esperar, a Hitler le producían alergia no solo la herencia racial mixta de Coudenhove, sino también su visión de una Europa Unida parecida a un Imperio Habsburgo en versión ampliada. «La Paneuropa que plantea el bastardo internacional [aludiendo a su condición de mestizo] Coudenhove», bramó, «desempeñaría al final el mismo papel contra la Unión americana que el que desempeñó el viejo Estado austriaco contra Alemania o Rusia». 52

Rechazaba los diversos cálculos «mecánicos» del potencial económico y demográfico desplegados contra Estados Unidos. «En la vida de la gente», recordaba a sus lectores, «lo decisivo son los valores y no las cifras». Estados Unidos no solo estaba formado por «millones de personas del más alto valor racial», por parte de la mejor sangre de Europa, sino que lo que le quedaba al viejo continente eran los residuos, de calidad muy inferior. Esto, según la interpretación de Hitler, era consecuencia de la susceptibilidad europea a la «democracia occidental», el «pacifismo

cobarde», la subversión judía, la «bastardización y negrificación», que no solo permitía a los judíos ir haciéndose poco a poco con el «dominio mundial», sino que debilitaba fatalmente al continente de cara a un enfrentamiento con Estados Unidos. Dado que la fuerza de Estados Unidos era básicamente producto de su valor racial, razonaba Hitler, «su hegemonía no podrá vencerse con una unificación de los pueblos europeos meramente formal». «La idea de resistirse a este Estado nórdico [Estados Unidos]», continuaba, con una «Paneuropa formada por mongoles, eslavos, alemanes, latinos, etcétera», en otras palabras, una entidad dominada por «cualquiera excepto los elementos germánicos», era una «utopía». Paneuropa, en resumen, no podía ser más que una «fusión bajo el Protectorado y los intereses judíos», y «nunca crearía una estructura que pudiera plantarle cara a la Unión americana». 53

Hitler afirmaba que había otra forma de enfrentarse al desafío de Estados Unidos. «Solo podrá resistir ante Norteamérica un Estado», sostenía, «que haya entendido cómo elevar el valor de su pueblo y crear la forma de Estado necesaria» para esta tarea. Ello requería una combinación de medidas domésticas y diplomáticas. «La política doméstica», escribió Hitler en *El segundo libro* , «debería proporcionar al pueblo poder interno para reafirmar su posición respecto a la política exterior», en tanto que la «política exterior debería garantizar la vida de la gente para su propio desarrollo interno». Ambas eran «actividades complementarias». Si, por un lado, insistía en que los éxitos diplomáticos eran baldíos si no se contaba con unas fortalezas internas, por otro pensaba que un erróneo sistema de alianzas podía ser perjudicial a efectos domésticos «porque desde fuera se transmitía la orden de que la gente debía ser educada en el pacifismo». 54

En el frente doméstico, Hitler apuntaba a una completa regeneración racial del pueblo alemán. En parte, se trataba de acabar con la presunta influencia perniciosa de los judíos. Sobre todo, afirmaba, se trataba de elevar el nivel racial general del pueblo alemán al de sus enemigos angloamericanos. La educación era básica para este proyecto. Hitler propugnaba el establecimiento de «internados basados en el modelo británico» para formar a la juventud alemana. Era mejor gastar cien millones de *reichsmarks* o marcos en las universidades, opinaba, que gastarlos en un buque de guerra. Hitler también quería superar la histórica fragmentación de Alemania. Manifestó su deseo de reconstruir Berlín como «una gran metrópolis para el nuevo Reich alemán», que contrarrestara a la «política de pequeños estados». Al mismo tiempo, Hitler quería compensar la falta de cohesión natural entre los alemanes mediante la disciplina. Esta era la razón, aparte de otras relacionadas con la disciplina de partido, que le

llevaba a hacer tanto hincapié en la importancia de la obediencia al líder. 55

La respuesta a largo plazo a la difícil situación de Alemania, sin embargo, seguía estando en la conquista de *Lebensraum* en el este, un tema que Hitler ya había tratado extensamente en *Mein Kampf,* y que repitió a lo largo de *El segundo libro* y en muchos discursos. La expansión colonial era rotundamente rechazada una vez más. 56 Esta conquista de espacio iba dirigida en parte a acabar con la vulnerabilidad geopolítica de Alemania, que seguiría existiendo incluso aunque se restauraran las fronteras de 1914. Mejoraría la situación del suministro alimentario en caso de guerra y proporcionaría a Alemania más espacio para maniobrar militarmente. «Por encima de todo», argumentaba Hitler, solo la adquisición de espacio en Europa «preservaría a la población [necesaria]» de la emigración, para poder «disponer de ella en forma de millones de soldados en el siguiente momento decisivo». 57 Por otra parte, solamente un espacio vital mayor permitiría a los alemanes resistir la tentación del estilo de vida americano. «Ni el espacio vital de hoy en día, ni la vuelta a las fronteras de 1914», advertía Hitler, «nos permitirá llevar una vida análoga a la del pueblo americano». 58 Esta conexión entre (la falta de) *Lebensraum* y la emigración, si bien en relación con las colonias de ultramar más que a los territorios del este, había sido una constante en el discurso alemán de finales del siglo XIX y principios del XX . 59

Al igual que en *Mein Kampf* , Hitler continuaba sosteniendo que el espacio vital necesario se encontraba en las «escasamente pobladas» tierras del oeste de Rusia lindantes con Alemania. La clave para esta *Raumpolitik,* explicaba, era que solo podía germanizarse «el espacio», no las personas que vivían en él, como la Alemania imperial había intentado equivocadamente hacer con los polacos sobre los que había gobernado antes de 1914. El movimiento nacionalsocialista, continuaba Hitler, no estaba interesado en la «germanización», sino «solo en la expansión de su propio pueblo». «La población existente», insistía Hitler, no debía ser asimilada. Por el contrario, era una cuestión de o «bien dejar fuera a estos elementos ajenos a fin de evitar seguir contaminando nuestra sangre», o «simplemente sacarlos de allí y distribuir la tierra, que de esta manera quedará disponible para nuestro pueblo». A medida que los bolcheviques fueron consolidando su permanencia en el poder, Hitler fue considerando cada vez más a la Unión Soviética como un vacío que pedía a gritos ser llenado. 60 De nuevo, Hitler buscaba espacio vital en Rusia, no porque hubiera puesto el objetivo concretamente en los eslavos, sino porque sus territorios eran geográficamente contiguos y el bolchevismo los había deteriorado tanto que los había dejado convertidos en terreno abonado para

su conquista.

Hitler sabía que Alemania no «sería capaz de enfrentarse al destino sola» y «necesitaría aliados». Admiraba el espíritu de los soldados que habían garabateado «aceptamos declaraciones de guerra» en los vagones de los trenes que los conducían al frente, pero condenaba esta conducta como «absurdo despropósito» en términos de «credo político». Dedicó un capítulo entero de *El segundo libro* a este tema. Al igual que en *Mein Kampf,* Hitler rechazaba las alianzas alcanzadas por el Reich alemán en 1914, cuyo escaso valor había quedado demostrado durante la Primera Guerra Mundial. En este punto se refería principalmente a los Habsburgo. Su oposición era de menor grado, al menos en principio, a una alianza rusa. Si Rusia conseguía llevar a cabo un «cambio interno», escribió, «entonces no podría descartarse que Rusia», que «hoy en día era realmente judío-capitalista», se convirtiera en «nacional-anticapitalista», y por tanto un valioso aliado para Alemania. El peligro, argumentaba Hitler –y en esto se hacía eco de una extendida tendencia dentro del pensamiento de la época– era que una alianza con Rusia expondría a Alemania al riesgo de un ataque preventivo desde el oeste. 61 En pocas palabras, Hitler, cuyo propósito era poner al ala rusófila del NSDAP en su sitio, rechazaba rotundamente alinearse con la Rusia soviética. Y sobre este tema no admitía ni la más mínima discusión.

No solo tenía clara la necesidad de aliados, sino que era notablemente sincero respecto al tipo de concesiones necesarias para conseguirlos. Retomando un tema tratado en *Mein Kampf,* Hitler ridiculizaba la idea de que Alemania no debía aliarse con ninguno de sus enemigos de la Primera Guerra Mundial ni de aquellos estados con los que mantenía conflictos fronterizos. Si fuera así, señalaba, no podría haber ninguna alianza con Francia, debido a Alsacia-Lorena y sus intentos por hacerse con Renania, ni con Bélgica, debido a Eupen-Malmedy, ni con Gran Bretaña, debido a las colonias robadas, ni con Dinamarca, debido a Schleswig Norte, ni con Polonia, por Prusia Occidental y la Alta Silesia, ni con Checoslovaquia, debido a que tenía oprimidos a cuatro millones de alemanes, ni con Yugoslavia, porque hacía lo propio con 400.000 alemanes, ni con Italia, debido a Tirol del Sur. En otras palabras, continuaba diciendo Hitler, según la burguesía nacional, no podía haber ninguna alianza con nadie en Europa, y Alemania tenía que depender de «sus estruendosos hurras» y sus «bocazas» para recuperar su estatus y sus territorios perdidos. 62

Con un grado de detalle mucho mayor que en *Mein Kampf,* Hitler desarrolló en *El segundo libro* la idea de una alianza italiana. Esto tenía sentido desde el punto de vista ideológico, dadas las similitudes entre el

fascismo y el nacionalsocialismo, pero el principal objetivo de la relación era geopolítico: romper el círculo de potencias enemigas que les tenía acorralados. Para dejar absolutamente claro su argumento contra los críticos nazis de dentro del partido, las partes más importantes se publicaron en un folleto separado. Hitler trató también de llegar directamente a Mussolini. Sin embargo, la esperada reunión prevista para febrero de 1928 nunca llegó a producirse. 63 En prueba de sus buenas intenciones en esta materia, y a fin de dejar nítidamente clara la posición oficial del partido, Hitler se reunió con Ettore Tolomei, el azote de los alemanes en Tirol del Sur, en el barrio muniqués de Nymphenburg, a finales de 1928. Al año siguiente, mantuvo por primera vez un encuentro con el confidente de Mussolini, Giuseppe Renzetti, también en Múnich. 64 Aunque la mayoría de los miembros del partido finalmente entraron en vereda, la cuestión continuó causando serias divisiones dentro del NSDAP , y sirvió para que otros elementos de la derecha alemana contaran con un arma más para atacar a Hitler.

El foco principal de la política de alianzas de Hitler, al igual que en *Mein Kampf,* seguía siendo Inglaterra. Hitler rechazaba la idea de que Inglaterra nunca aceptaría la hegemonía de Alemania en el continente debido a su tradicional política de equilibrio de poderes. Creía que era posible llegar a un gran acuerdo por el que Inglaterra ostentaría su dominio absoluto en ultramar y Alemania en Europa. 65 Pero resultó ser un fatal malentendido de los principios de la política exterior británica. Más perjudicial aún a largo plazo fue la creencia de Hitler de que la rivalidad comercial y política angloamericana acabaría desembocando en una guerra que echaría a Inglaterra en brazos de Alemania. El equilibrio mundial definitivo que él imaginaba, por tanto, consistía en un triunvirato ario, en el que un Reich rejuvenecido y el Imperio británico se enfrentarían contra la Unión norteamericana.

Recuperar la posición diplomática de Alemania, sostenía Hitler, dependía de eliminar el poder internacional de los judíos. Para él, la lucha contra la judería mundial era una lucha internacional, pero primero debía librarse internamente. A juicio de Hitler, los judíos se habían impuesto en Francia, donde el «mercado bursátil judío» gozaba de un dominio absoluto, y en Rusia. Sin embargo, en su opinión la Italia de Mussolini les había derrotado. «La lucha más amarga por la victoria de la judería», argumentaba, «actualmente está teniendo lugar en Alemania», donde el NSDAP es el único abanderado de la resistencia. Decisivamente, añadía Hitler, «el resultado de esta batalla todavía no está decantado en Gran Bretaña», donde «la vieja tradición británica todavía se resistía a la

invasión judía». «Los instintos del reino anglosajón todavía son tan fuertes y vigorosos», proseguía Hitler, «que no se puede hablar de una completa victoria de la judería». Si los judíos al final ganaban, pensaba, Inglaterra estaría perdida, «pero si ganaban los ingleses, todavía podía producirse un cambio en la política británica respecto a Alemania». 66 Dicho de otro modo, la cuestión de si Inglaterra se convertiría o no en aliada del Reich alemán no se decidiría tanto en función de lo que hiciera la diplomacia alemana, sino de la supuesta batalla interna que el Reino Unido mantenía contra la judería.

Hitler se había puesto a sí mismo una inmensa tarea, y no estaba seguro de poder salir victorioso. Sin embargo, sí estaba convencido de que debía intentarlo, aun si las posibilidades de éxito eran escasas. «Si una decisión se nos muestra claramente necesaria», escribió Hitler, debe llevarse a cabo «de forma brutalmente implacable y con todos los medios a nuestro alcance», incluso «si el resultado final fuera en sí insatisfactorio o requiriera mejora», o si la probabilidad de éxito fuera baja y no pasara de «un pequeño porcentaje». Comparaba la situación de Alemania con la de un paciente que estuviera muriendo de cáncer. ¿Tenía sentido postergar la operación solo porque la probabilidad de éxito fuera muy escasa o no fuera posible una recuperación total? Lo peor de todo, continuaba diciendo Hitler, sería que el cirujano llevara a cabo la operación necesaria sin comprometerse de lleno. Por analogía, razonaba Hitler, Alemania necesitaba una «cirugía política» que la rescatara de «una horda de codiciosos enemigos tanto en el interior como en el exterior». «La continuación de esta situación es nuestra muerte», seguía diciendo, por lo que «cualquier oportunidad» de escapar de ella debía «aprovecharse». «Lo que falta en cuanto a probabilidad de éxito», concluía Hitler, «debe compensarse con fuerza en la ejecución». 67 Esta insistencia en la necesidad de asumir riesgos, de intentar al menos lo imposible, fue un tema sobre el que Hitler volvería a insistir repetidamente a lo largo de los siguientes años.

Aun en el caso de que lograra un triunfo en términos globales, Hitler no esperaba aplastar a Angloamérica ni que Alemania alcanzara una hegemonía mundial. Él llamaba a «una Europa de estados nacionales libres e independientes con esferas de influencia independientes y claramente delimitadas». En términos de gobernanza internacional, Hitler afirmaba que cabía imaginar «una nueva Asociación de Pueblos en el futuro lejano, formada por distintos estados de valía nacional», que pudieran «resistir la amenaza del dominio mundial por parte de la Unión americana». «Porque me da la impresión», proseguía, «de que a las naciones de hoy en día les

causa menos daños la continuación del dominio mundial británico que el ascenso del dominio norteamericano». 68 En resumen, sostenía Hitler, lo mejor que le cabía esperar a Alemania era conseguir la paridad global con Estados Unidos por medio de una confederación con estados europeos con ideas afines, especialmente con el Imperio británico.

Probablemente Hitler tuvo intención de publicar *El segundo libro* hasta la primavera y principios del verano de 1929. 69 A partir de ese momento parece que aparcó el proyecto, por razones que no están claras. La explicación más probable es que la visión desalentadora que se daba en el libro de la calidad racial del pueblo alemán, expresada mucho más radicalmente que en *Mein Kampf,* corría el riesgo de alejar a un núcleo de electores nacionalistas y, de hecho, a la población en general. Este sentimiento, que continuó conformando su pensamiento y que guiaría sus políticas tras tomar el poder, fue en ese momento guardado a buen recaudo en un cajón del escritorio de Hitler. Solo volvería a ver la luz, privadamente, durante el enfrentamiento definitivo con Estados Unidos.

En su lugar, a partir de ese momento, Hitler trató de restar importancia a las fisuras raciales internas de la sociedad no judía e incluso ensalzar su supuesta calidad racial. En flagrante contradicción con los sentimientos reiteradamente manifestados en la década de 1920, escribió que «nuestro gobierno a veces trata de convencer a nuestro pueblo de que no somos un pueblo igual, por ejemplo, al de Norteamérica y Gran Bretaña», e «inculcar un sentimiento de pertenencia a una segunda clase». «Y, sin embargo», seguía diciendo, «nosotros sabemos que no es así», y se preguntaba dónde había otro pueblo que «uno por uno, hombre a hombre, fuera más enérgico o tan capaz como el pueblo alemán». 70 Por una parte, esto no eran más que cantos de sirena para mantener altos los ánimos de una población abatida por las penalidades económicas de ese momento y las derrotas militares pasadas. Por otra, la retórica de Hitler también iba dirigida a poner parches en las grietas entre las diversas tribus alemanas, de cuyas diferencias y distinto valor racial, por utilizar sus palabras, él era dolorosamente consciente.

Poco a poco, el NSDAP fue reagrupándose tras el fiasco electoral de 1928. Hitler instó a Goebbels a ocupar uno de los pocos escaños que el partido consiguió, a fin de hacerse con una plataforma parlamentaria de propaganda y que les proporcionara la preciada inmunidad legal frente a posibles acusaciones de libelo o incitación a la violencia. 71 De esta manera, los nazis fueron haciendo oír su voz cada vez más, tanto en el

Reichstag como en Berlín en general. El partido empezó también a reorganizarse a escala nacional. El fracaso del NSDAP en las elecciones de 1928, junto con las exigencias de reconocimiento legal por parte de Hitler, convencieron a las autoridades de Alemania de que podían empezar a relajar las restricciones impuestas al partido y a él. En otoño de 1928, se levantó la prohibición de hablar en público en Anhalt y en Prusia, el estado de mayor tamaño. En vista del fracaso de una estrategia nacional dirigida a atraerse a obreros patriotas, Hitler cambió de rumbo y el NSDAP comenzó a centrarse más en las áreas rurales.

La naturaleza esencialmente «socialista» de la política económica del NSDAP , sin embargo, no cambió. Su pequeña delegación en el Reichstag se distinguía de las demás sobre todo por su feroz anticapitalismo. De acuerdo con la antipatía repetidamente manifestada por Hitler respecto al capitalismo financiero internacional, los miembros presentaban propuestas para confiscar «la fortuna de los príncipes de la banca y del mercado de valores». El partido quedaba bastante a la izquierda del espectro en materia de impuestos y llamaba a un mayor gasto público y social. A la acusación de ser meros clones de Mussolini, los parlamentarios del NSDAP en el Reichstag respondían: «No somos fascistas. Somos socialistas». Emil Kirdorf, una de las pocas figuras importantes del mundo de los negocios alineada con los nazis, se indignó tanto ante el continuo bombardeo anticapitalista que renunció a seguir siendo miembro en agosto de 1928, si bien continuó profesando lealtad personal a Hitler. Ni el partido ni el propio Hitler, sin embargo, cambiaron de dirección. En agosto de 1928, Hitler autorizó la creación del Gran Sindicato Alemán, un sindicato con un fuerte arraigo nacionalista. Un año después, en agosto de 1929, Hitler aprobó la fundación de la Organización Nacionalsocialista de Células de las Empresas (NSBO), en realidad una organización sindical nazi, que los empresarios veían con bastante recelo. Aquel mismo año autorizó un «catecismo» claramente anticapitalista sobre la política económica nazi escrito por Hans Buchner, el responsable de la sección de economía del *Völkischer Beobachter* . 72

El esfuerzo propagandístico mejoró notablemente. A finales de enero de 1928, Hitler había asistido a la proyección, en la Bürgerbräukeller de Múnich, de la primera película (muda) del congreso del partido de Núremberg, acompañado en directo por unos arreglos musicales de Arthur Seidel sobre la *Walküre* (La valquiria) de Wagner. 73 No obstante, por razones financieras, no hubo congreso del partido en 1928, por lo que en su lugar se celebró una «conferencia de líderes» en Múnich entre finales de agosto y principios de septiembre. Hitler, que no fue a Bayreuth en 1927 ni

en 1928, comenzó a proyectar una conferencia para el año siguiente, que coincidiría con el festival. 74 A petición de Hitler, el nuevo *Reichsorganisationsleiter* , Gregor Strasser, comenzó a reorganizar la burocracia del partido. Bajo la dirección de Fritz Reinhardt se estableció una *Reichsrednerschule* para formar oradores. Lejos de acaparar él los focos, Hitler quería formar un cuadro de oradores y sublíderes en los que poder delegar. Con el tiempo, la escuela llegaría a impartir formación a unos 6.000 oradores, un aumento masivo que amplió considerablemente el radio de acción del partido en todo el Reich. 75 El NSDAP estaba desarrollando la capacidad necesaria para convertirse en un partido de masas.

Nada de esto podía ocultar el hecho de que Hitler se encontraba de alguna manera estancado a principios de 1929. Pese a estar haciendo algunos avances en áreas rurales protestantes, salvo por unas pocas excepciones, en ningún sitio superaba el 10 % en las votaciones, y los resultados del partido en general eran mucho más bajos. Dicho esto, el respaldo estaba más repartido que antes del *putsch* , al haberse alcanzado una mayor presencia en el norte y en el oeste, y haber perdido algunas posiciones en Baviera. La situación cambió debido principalmente a dos acontecimientos, ambos relacionados con la principal preocupación de Hitler, Estados Unidos. El primero fue un nuevo plan de pagos en concepto de reparaciones ideado por el banquero de Wall Street Owen Young. Dicho plan llevaba gestándose desde enero de 1929 y sus condiciones se anunciaron oficialmente a principios de junio. 76 Alemania tendría en realidad que pagar menos que bajo el Plan Dawes, y la cantidad por adelantado también era menor, pero el consiguiente alargamiento del periodo de obligaciones –los últimos pagos estaban previstos para 1988– supuso un duro golpe psicológico.

El Plan Young revitalizó la campaña nazi contra el intento de convertir a los alemanes en «esclavos del capitalismo comercial y de préstamos internacional», sometiéndoles a unos «tributos» anuales; el anticapitalismo y el antisemitismo dominaban el discurso. 77 Retomando uno de los temas más recurrentes de Hitler, Fritz Reinhardt predijo que el plan conduciría a la emigración masiva, o «exportación de personas», según sus propias palabras. 78 El propio Hitler afirmó que el objetivo del plan y sus supuestos promotores judíos y otros responsables de las «altas finanzas internacionales» era «convertir a nuestro pueblo, económica y espiritualmente, en los negros del mundo blanco». 79 El énfasis principal de su propaganda visual durante la campaña electoral se puso sobre la forma en que las finanzas internacionales habían impuesto su «esclavitud» sobre

Alemania. [80] La batalla contra la esclavización de Alemania a manos del capitalismo internacional continuó, por tanto, constituyendo el núcleo de la crítica nazi a la política exterior de Weimar. [81] La campaña contra el Plan Young no solo se convirtió en la actividad más importante de Hitler durante los siguientes dos años, sino que también le permitió captar la atención internacional. En otras palabras, su regreso al primer plano se produjo como reacción a la amenaza no del comunismo mundial, sino del capitalismo global.

Por primera vez desde el malhadado *putsch* de Múnich, Hitler se unió en ese momento a un frente conservador y de derechas más amplio. En abril de 1929, participó en una alianza con el DNVP . «El jefe considera la situación política muy positiva», anotó Goebbels en mayo de 1929, «y debemos aprender a esperar y evitar una prohibición [del partido] bajo ninguna circunstancia». [82] En julio de 1929, Hitler, el DNVP y varias organizaciones de derechas más se unieron para lanzar una campaña contra el Plan Young, al que esperaban poder parar mediante un referéndum. El principal objetivo de Hitler eran los trabajadores nacionalistas, a los que se iba a movilizar mediante ataques contra la explotación plutócrata y la apelación al sentimiento patriótico, dos temas típicamente nazis. La decisión de Hitler era en parte táctica. «Consideraciones de índole táctica nos han llevado a librar esta lucha en colaboración con otra serie de agrupaciones», escribió no mucho tiempo después. Destacaba la necesidad de movilizar al pueblo alemán «más allá de los límites de nuestro partido, contra este nuevo y monstruoso intento de esclavización». [83] Desde su punto de vista, la alianza tenía un sentido eminentemente político e ideológico, ya que alineaba al NSDAP con el capitalismo nacional alemán, que sí aprobaba, en lugar de contra el poder del capitalismo financiero internacional, su gran enemigo. [84]

El segundo acontecimiento fue el derrumbe de Wall Street de octubre de 1929, que finalmente desencadenaría la Gran Depresión, el telón de fondo sobre el que se desarrolló la política alemana de principios de la década de 1930. [85] Cuando los bancos estadounidenses se vieron bajo presión, retiraron o se negaron a renovar los préstamos a corto plazo. Esto provocó una crisis de liquidez en los negocios fuertemente endeudados y en el sector público de Alemania. La economía, que nunca se había mostrado tan robusta como durante el breve periodo de «normalidad», comenzó a caer. El desempleo a su vez empezó a aumentar, y tras una serie de quiebras bancarias, se disparó por completo.

Sorprendentemente, la Caída de Wall Street pareció no causar ninguna impresión en Hitler. Su creencia en el poder de Estados Unidos, que él

atribuía a la raza y al espacio más que a la economía en sí, no sufrió ninguna merma. [86] En una conferencia sobre «Política y economía» pronunciada el 10 de enero de 1930, cuando la Depresión ya estaba haciendo estragos en Estados Unidos, Hitler comparó Europa con América, «que lleva ya mucho tiempo practicando una responsable política de eugenesia», como «han demostrado sus medidas inmigratorias». «Alemania», se lamentaba una vez más, «había perdido sus mejores elementos y América había demostrado ser capaz de integrarlos a nivel nacional en su forma de Estado»; aquí Hitler se estaba refiriendo a la anglificación de los inmigrantes alemanes. «Los nuevos territorios», continuaba diciendo, «se han hecho más poderosos cuando han sido capaces de levantar sus manos contra las madres patrias». «Europa, hasta ahora el actor más importante en el mundo», seguía diciendo Hitler, había perdido mucho en este aspecto frente a América. Lejos de que la Caída de Wall Street le convenciera de que el coloso tenía los pies de barro, a finales de enero de 1930, Hitler seguía predicando el mismo sermón que ya había expuesto dieciocho meses antes en *El segundo libro* . «Toda Europa», advertía, «está abocada a un muy desagradable destino si no pone fin de algún modo a la actividad económica expansionista de América». [87]

En cambio, Hitler continuaba mostrando muy poco interés en la Unión Soviética. Le desconcertaba el antagonismo entre Stalin y Trotski, que tendía a considerar una maniobra de distracción. En todo caso, Hitler no tenía una gran opinión de Stalin, al cual, aunque no estuviera «circuncidado», supuestamente asociaba en gran medida con los judíos y consideraba su criatura. Definía el «poder soviético» como la «dictadura judía que actualmente lleva el nombre de Stalin, pero mañana puede encarnarse en alguien muy diferente». Continuaba considerando el comunismo soviético como un padecimiento del pueblo ruso, que amenazaba a Alemania en forma de virus del bolchevismo más que del poder del Ejército Rojo. «En Stalin, la judería ha encontrado finalmente al hombre», comentaba Hitler, «que al igual que Lenin está destruyendo los últimos restos de la cultura aria con brutalidad asiática». A menos que se tuviera mucho cuidado, advertía, Alemania podía sufrir el mismo «destino» que Rusia, donde treinta millones de personas habían ido muriendo poco a poco de hambre. A principios de la década de 1930, las pocas ocasiones en que Hitler prestaba alguna atención a la Unión Soviética era para desechar a Rusia como «un infierno de miseria y privaciones» [88] que debería servir como advertencia para Alemania.

La coalición del Plan anti-Young consiguió forzar un plebiscito a finales de año, pero el resultado fue una aplastante derrota. Ni la agitación

llevó realmente a la unión de los nazis y la derecha conservadora, ni desde luego aumentó la financiación del partido por parte de los círculos empresariales. La repercusión de la campaña contra el Plan Young fue otra. Demostró que la crítica de Hitler a la situación del momento seguía siendo pertinente y le dotó de una plataforma sobre la que renovar su llamamiento al electorado. Pese a las graves dificultades financieras, el renacido congreso del partido en Núremberg constituyó un gran acontecimiento: cuarenta trenes especiales trasladaron a 23.000 efectivos de las SA y las SS, y a 40.000 militantes de base a la ciudad. Estos se adueñaron por completo de la ciudad durante tres días de asambleas y discursos, una ceremonia de «consagración» de las «banderas de sangre» en el Luitpoldhain y, para terminar, una marcha por el centro de Núremberg durante la cual Hitler respondió al saludo de los que desfilaban durante tres horas enteras. 89 Ayudado también por la creciente crisis económica, la suerte del NSDAP en las votaciones empezó a mejorar, al principio de forma imperceptible y más adelante, en algunos lugares, espectacularmente. En Sajonia, triplicaron su resultado anterior en las elecciones al Landtag de mayo de 1929, convirtiendo a Otto Strasser en una importante figura allí, y dotándole incluso de cierto protagonismo a escala nacional. En Coburgo, Sajonia, Baden y Turingia, el NSDAP recuperó algo del terreno perdido en Baviera, especialmente en Múnich, donde el *gauleiter* Wagner –que era cercano a Hitler– ocupó su cargo a partir del otoño de 1929. 90 En Turingia les fue tan bien en diciembre de 1929 que mantuvieron el equilibrio de poder. El NSDAP y Hitler habían vuelto al campo de juego.

Este éxito trajo consigo nuevas oportunidades. En Turingia, los nazis tomaron el poder formando parte de una coalición liderada por Wilhelm Frick. 91 En Sajonia, con la expresa aprobación de Hitler, permitieron la formación de un gabinete SPD -KPD . La motivación que guiaba a Hitler era demostrar que los nazis estaban preparados para gobernar. «A lo largo de los años», explicaba, «la prensa judía ha conseguido inculcar en las mentes de millones de alemanes la visión de que los nacionalsocialistas no estaban en absoluto preparados para ocupar puestos gubernamentales, y no digamos el gobierno entero». 92 Este fue el motivo por el que autorizó a Frick a entrar en el gobierno de Turingia. En privado, Hitler añadiría que él había pedido el Ministerio del Interior a fin de que Frick pudiera llevar a cabo una «purga gradual» de la administración de «tendencias revolucionarias». 93 No obstante, también existían riesgos. El poco afortunado ejercicio del cargo por parte de Frick no sirvió para proyectar una buena imagen de la gobernanza nazi, y la coalición de Turingia fracasó en abril de 1930, entre numerosas recriminaciones. La participación en el gobierno, incluso a nivel

local, también resultó muy impopular entre los elementos más «revolucionarios» del NSDAP . Hitler tuvo que intervenir directamente, por ejemplo, para vetar una petición del Gau de Brandeburgo de una prohibición general de las coaliciones. 94

Las cosas también estaban empezando a mejorar para Hitler en lo personal. Gracias a la generosidad de sus mecenas, las ventas de sus obras y la declaración sistemática de unos ingresos inferiores a los reales ante las autoridades fiscales, sus finanzas se estabilizaron. 95 En octubre de 1929, Hitler se mudó a un piso grande sin amueblar en la opulenta Prinzregentenplatz de Múnich con dos empleados domésticos internos, Ernst y Maria Reichert, sus antiguos caseros de Thierschstrasse. 96 El mobiliario fue fabricado en la Real Fábrica de Muebles Bávara M. Ballin, de propiedad judía; 97 el sobrino del célebre escritor judío-alemán Lion Feuchtwanger vivía a menos de cien metros de distancia. 98 La vida sentimental de Hitler también parecía irse estabilizando. Geli Raubal se registró como subarrendataria de los Reichert, claramente con el propósito de evitar preguntas incómodas sobre la razón por la que dormía bajo el mismo techo que su tío. Sin embargo, dentro del círculo nazi más íntimo, su estrecha relación con Hitler no era ningún secreto. Geli actuaba de anfitriona, o al menos solía estar casi siempre presente cuando Hitler recibía visitas. 99 También le acompañaba a numerosos eventos: a una cena con los Hesse, 100 a Bayreuth (acompañada de su protectora Helene Bechstein como carabina), 101 a varias representaciones teatrales en Múnich, excursiones al campo, e incluso a la famosa escenificación de la Pasión de Cristo de Oberammergau. 102 Geli, una joven vivaracha, sin al parecer intereses políticos propios, gozaba de las simpatías de todo el mundo.

Bajo la superficie, sin embargo, la vida sentimental de Hitler era compleja e incluso turbulenta. 103 Goebbels apuntó en su diario que había oído «cosas increíbles del jefe. Él y su sobrina y Maurice [el chófer]». 104 Las cosas iban a complicarse aún más. En el otoño de 1929, Hitler se encontró por primera vez con Eva Braun, que trabajaba como ayudante en el taller de fotografía de Heinrich Hoffmann. Hitler, que entonces contaba cuarenta años de edad, quedó a todas luces encantado por la joven de diecisiete años; le dedicaba cumplidos y le llevaba regalos. 105 Su relación en aquel momento casi con toda seguridad no era física, pero las atenciones de Hitler bien pudieron haber hecho enfurecer a Geli. Pocos meses más tarde, Goebbels se quejaba de que su líder andaba metido en «demasiados líos». 106 Por otra parte, Hitler era una presencia altamente controladora en la vida de Geli. Helene Hanfstaengl, que conocía bien a Geli, recuerda:

«Siempre tuve la sensación de que él [Hitler] intentaba dirigir su vida y tiranizarla». 107 Pese a su cacareado buen ánimo, en las fotografías que han llegado hasta nosotros casi siempre parece abatida, distante e incluso enjaulada. A consecuencia de todo ello, el ambiente era muy tenso en el apartamento de Hitler en Prinzregentenplatz.

El Hitler de esta época se nos muestra como un hombre solitario, pero no introvertido; sociable, pero no gregario. Hablaba abiertamente de sí mismo a hombres y mujeres; no era reservado en cuanto a sus emociones. Hitler estaba decidido, no obstante, a no comprometerse con una mujer. Para él, el matrimonio solo tenía sentido si uno quería formar una familia, le comentó a su amigo Otto Wagener por aquella época. Aunque afirmaba amar a los niños, decía que no podía permitirse esta felicidad, porque su novia era otra –Alemania– y estaba casado con el *Volk* alemán y su destino. 108 Parte importante de su imagen pública, así como de la carismática consideración en que le tenía su séquito, era que Hitler tenía derecho a desviarse de la norma. «Un genio tiene derecho a ser diferente y a vivir de forma diferente a los demás», escribió Goebbels en su diario, añadiendo que «el mito de Hitler debe permanecer como un *rocher de bronze* », expresión con la que invocaba la famosa declaración del «rey-soldado» prusiano sobre la soberanía del monarca. 109

Tanto en su casa como en la política, Hitler era el centro de todo. Tomaba todas las decisiones importantes y su estilo de liderazgo era característico. Tenía su propia forma de elegir a sus colaboradores, explicó una vez en privado. En lugar de escoger a alguien siguiendo criterios de cualificación o favor, le daba la oportunidad de ocuparse de algo dentro del área general. 110 Si el individuo lo hacía bien, iría creciendo con el nuevo puesto, y si no, sería sustituido por otro. Este enfoque se traducía en una rápida renovación de personal. Por otra parte, lejos de ser controlador, Hitler era reacio a inmiscuirse en los detalles. Comentaba que su memoria automáticamente desechaba cualquier lastre innecesario cuando las cosas iban bien y no había necesidad de que él se implicara. 111 «El jefe», anotó Goebbels con frustración a finales de noviembre de 1928, «permanece al margen de todo –una táctica muy útil– y deja las cosas en manos de sus subordinados». 112

Hitler podía llegar a ser muy precavido con la gente. Argumentaba que el conocimiento de los planes y por supuesto de intenciones concretas, debía quedar restringido en función de la necesidad de conocerlos, e incluso entonces, los ejecutores solo debían saber lo que era absolutamente necesario. Probablemente esta precaución fuera necesaria dentro del entorno altamente permeable de la jefatura nazi, dentro de la cual –como en

cualquier organización– los cotilleos y habladurías abundaban. [113] Al mismo tiempo, Hitler era patológicamente reacio a tomar decisiones. «Hitler», recuerda su asesor económico Otto Wagener, «en realidad nunca daba instrucciones. Quería abstenerse de tomar decisiones». En lugar de ello, marcaba sus principios generales y, a partir de ahí, «uno tenía que emitir instrucciones dentro de su área de forma que la dirección general marcada por Hitler, la gran meta cristalizada a través de estas conversaciones, trataba de alcanzarse, y con el tiempo, se conseguía». [114] El resultado era un estilo de liderazgo confuso, en el que el incuestionable carisma del líder iba acompañado de una equivalente falta de claridad sobre lo que concretamente estaba pidiendo a sus colaboradores que hicieran. Sin embargo, pese a todos sus defectos, Goebbels admitió a finales de 1929 que, aunque «es demasiado blando y trabaja demasiado poco», Hitler «tiene un instinto especial, sabe manejar a la gente, es un genio de la táctica y posee voluntad de poder». [115]

La mejora de las perspectivas para el NSDAP hizo que Hitler reconsiderara su calendario bastante antes de conseguir realmente su éxito electoral. El poder, a pesar de que aún quedaba muy lejos, ya no era completamente imposible. «En tres años», predijo con notable exactitud en noviembre de 1929, «seremos los amos de Alemania». [116] Al mismo tiempo, Hitler seguía planificando una larga campaña, en la que sus objetivos finales se harían realidad en el futuro lejano, tal vez después incluso de su muerte. Resulta revelador que el segundo de los dos ministerios que pidió en Turingia fuera el de *Volksbildung* , encargado no solo de la enseñanza primaria y secundaria, sino también de la Universidad de Jena y de los teatros. Hitler quería que Frick utilizara su poder para convertir a la población en «nacionalsocialistas fanáticos». [117] Para este proyecto fue clave el nombramiento del teórico de la raza nazi Hans Günther para una recién establecida «Cátedra de Cuestiones Raciales» en Jena, otro indicador de que Hitler estaba pensando en una regeneración racial a largo plazo del pueblo alemán, más que en una solución política rápida. [118]

Gran parte de este pensamiento conformaba la concepción de Hitler acerca de las SA . Continuamente se esforzaba en subrayar, incluso en privado, que lo que se esperaba de ellas no era la preparación de otro *putsch* . Las SA no contaban con las armas ni con la formación para llevarlo a cabo. En lugar de ello, Hitler le dijo a Otto Wagener que lo que él quería era que las SA constituyeran un almacén de juventud alemana a la que poder formar como paso previo al servicio militar en el futuro ejército

alemán. 119 Entretanto, en enero de 1929, Hitler nombró a Heinrich Himmler jefe de las SS . 120 Fue Hitler quien dio a la organización su célebre divisa «Mi honor se llama lealtad». Además de sus funciones de seguridad, Hitler quería que las SS actuaran como guardianas de la supuesta comunidad racial alemana, empezando por la aplicación de unos estrictos criterios de selección racial para la admisión en sus propias filas. En otras palabras, la política doméstica de Hitler no debería datarse a partir del momento en que llegó al poder. Hitler ya había empezado a trabajar en la transformación a largo plazo del pueblo alemán mientras estaba en la oposición.

8

Avance

En los inicios de 1930, las tornas de la política alemana empezaron a cambiar bajo el impacto de la crisis económica. A principios de año había 3,2 millones de hombres sin trabajo –aproximadamente un 14 % de la población activa– y la cifra iba en aumento. La agricultura llevaba en crisis desde finales de la década de 1920. El gobierno del SPD presidido por el canciller Hermann Müller empezó a ceder bajo la presión y acabó desintegrándose en marzo de 1930. El nuevo canciller fue el líder del Partido del Centro en el Reichstag, Heinrich Brüning, que se embarcó en una serie de medidas de austeridad que ahondaron o, como mínimo, no sirvieron para acabar con la crisis económica. Hábilmente, él echó la culpa de todos los recortes a las restricciones impuestas desde el exterior, en especial por la política francesa. 1 Se convocaron nuevas elecciones para el otoño. Desde entonces hasta el final de la República de Weimar, el NSDAP entró en campaña permanente, ya que unas elecciones fueron rápidamente sucediéndose a otras. La política alemana en realidad no volvió a estabilizarse nunca, dado que las disputas hasta en el más pequeño de los territorios adquirían una importancia desproporcionada en el ámbito nacional.

El constante avance del NSDAP quedó claramente reflejado en la nueva sede central del partido en Múnich. El rascacielos proyectado por Hitler en un principio quedó descartado con el argumento de que el nacionalsocialismo estaba «enraizado… no solo en las tradiciones históricas, sino también culturales de nuestro pueblo». «Pese a la aparente grandiosidad de una estructura de tanta altura», continuaba diciendo, «no puede ignorarse el hecho de que sería un experimento basado en unos modelos que no nos son propios, sino ajenos. Lo que es natural en Nueva York sería artificial en Múnich». A finales de mayo de 1930, Hitler se conformó con un gran edificio neoclásico del siglo XIX , el Palacio Barlow de Brienner Strasse. A continuación se puso, con gran cuidado, a la tarea de renovación del edificio, financiada mediante un llamamiento extraordinario a los miembros del partido. La idea de Hitler era «conjugar utilidad y belleza…, lo que a su debido tiempo también queremos ir consiguiendo a gran escala». 2

A medida que la suerte del partido iba mejorando, las divisiones en su seno volvieron a su vez a aflorar. El choque más importante se produjo entre los hermanos Strasser y Hitler. En parte se trató de un tema de autoridad. En abril de 1930, los nazis de Sajonia apoyaron una huelga de trabajadores del metal siguiendo instrucciones de Gregor Strasser, respecto a la cual Hitler había expresado claramente sus objeciones. Por otra parte, los Strasser y Goebbels seguían inmersos en su enfrentamiento a brazo partido por la propaganda; no sería la primera ni tampoco la última vez que un frustrado Goebbels habría de plantearse de nuevo la dimisión. [3] No obstante, las diferencias doctrinales eran también muy importantes, especialmente dado que Strasser contaba con muchos simpatizantes entre las SA y el *gauleiter* . El problema aquí no era tanto su postura «izquierdista» en economía, que le generaba a Hitler problemas tácticos con la clase media y las empresas, pero con la que él no estaba esencialmente en desacuerdo, como sus heterodoxas opiniones en materia de raza y política exterior, que ofendían profundamente a Hitler. Contrario a la repetida propuesta de Strasser de que Alemania formara una «Liga de los Oprimidos» contra el imperialismo, Hitler se negaba a poner a los alemanes al mismo nivel que los teóricamente «inferiores» *fellahines* (campesinos) egipcios, hindúes o siameses. Hitler diferenciaba la «inferioridad racial de los indios» de las cualidades del «británico nórdico». Rechazaba las demandas de negros e indios por considerarlas «un intento» de invertir el «orden de clasificación natural de las razas». Por este motivo, Hitler advertía para no «unirse al mundo general en sus lloros y gritos contra Gran Bretaña». Lejos de compartir la admiración de Otto Strasser por el líder indio Gandhi, lo consideraba «una perversidad racial». [4]

Hitler iba dando sus pasos con prudencia, con demasiada prudencia, según algunos críticos de dentro del partido. Goebbels censuraba la tardanza en enfrentarse a los Strasser. «Ya no me creo ni una palabra», escribió en su diario a mediados de marzo de 1930. «Hitler está muy nervioso», anotó pocas semanas después, «es evidente que se siente inseguro». La desesperación daba paso a la esperanza cuando un día Hitler tomaba alguna medida –«¡Bravo! Hitler está empezando a ejercer de líder»– para inmediatamente volver a caer en las dudas al siguiente. «Está evitando tomar una decisión», se lamentaba Goebbels a finales de junio de 1930, «ya vuelve el Hitler de antes. ¡El vacilante! ¡El eterno procrastinador!». En parte, sin duda, todo esto se debía a su indecisión habitual. «No tiene el valor de actuar contra Strasser», se lamentaba Goebbels, «¿qué va a pasar cuando luego tenga que actuar como dictador de Alemania?». [5] Pero la actitud evasiva de Hitler también obedecía a un

método. Cuando su carisma fallaba, no contaba con otros instrumentos para que se cumpliera su voluntad. Hitler no podía arriesgarse a una explosión interna del partido que podía provocar otras detonaciones secundarias y acabar con la organización entera. Las fuerzas desplegadas contra él requerían llevar a cabo una serie de explosiones controladas cuando no podían desactivarse sin más.

En abril de 1930, Hitler empezó a tratar de restablecer su autoridad entre los *gauleiter* y en las SA . El *gauleiter* Friedrich Hildebrandt de Mecklenburgo-Lübeck fue despedido por criticar, como los Strasser, los planteamientos de Hitler en materia de industria; más adelante fue readmitido en el puesto. Hitler también recordó a los SA , muchos de los cuales presionaban para realizar acciones revolucionarias, cuál era su función principal: «Nuestras armas no son los puñales o las bombas, las metralletas, las granadas de mano o las formaciones militares», «nuestras armas son exclusivamente la rigurosa verdad de nuestra idea, el poder victorioso de nuestras tesis [y] nuestro infatigable trabajo de propaganda». [6] Aparte de esto, Hitler animaba a las SA a enfrentarse a los cuadros comunistas del *Rotfront* en la lucha por controlar las calles, por lo que las refriegas nazis se convirtieron en un rasgo común en la política de la época de Weimar.

Otto Strasser, por su parte, se negaba a dar su brazo a torcer. A principios de julio de 1930 fundó una escisión de «izquierdas» de «nacionalsocialistas revolucionarios». Su acta fundacional anunciaba que «los socialistas se están yendo del NSDAP ». El nuevo movimiento nunca llegó a despegar. Gregor Strasser, todavía bajo el hechizo de Hitler, rompió con su hermano. Solo unos 800 miembros y algunos funcionarios abandonaron el partido, la mayoría en el norte. El grupo de Otto continuó activo propagandísticamente hablando, durante dos años y medio más, pero nunca llegó a movilizar a más de 5.000 personas. [7] Pese al extendido malestar dentro de las SA , ni la organización ni una parte importante de ella siguieron a Otto a la oposición. La rebelión no fue ninguna nimiedad, pero pudo contenerse perfectamente. Por otra parte, permitió al liderazgo del partido culpar al ala de los partidarios de Strasser de tendencias ilegales. [8] Hitler había interpretado la situación correctamente. En la que fue la primera de una serie de detonaciones controladas, uno de sus rivales había explotado él solo, sin que el edificio entero se derrumbara.

Hitler se puso entonces a gestionar la crisis de las SA . [9] Aquí el problema no era tanto ideológico –aunque muchos simpatizaban con la izquierda de los Strasser– como táctico. Las SA del noreste, lideradas por Walter Stennes, proponían un enfoque de la toma de poder mucho más

radical. Hitler insistía en una política de legalidad, en la retórica pero también en la práctica, a fin de no facilitar a las autoridades una excusa para prohibir el partido y sus estructuras. Este debate venía de antiguo, pero alcanzó su cota máxima a final del verano y durante el otoño de 1930. El jefe de las SA , Pfeffer von Salomon, era al mismo tiempo desafecto e ineficaz. El día 1 de septiembre, un escuadrón de hombres de las SA demolió las oficinas de Goebbels en Berlín. La rebelión parecía a punto de extenderse también a las zonas rurales. Hitler no intentó enfrentarse a Stennes directamente, [10] tratando desesperadamente de evitar una ruptura antes de las elecciones de 1920. En lugar de ello, procuró poner fin a la controversia destituyendo de su puesto a Salomon y quedando él mismo a cargo (nominalmente) como jefe supremo de las SA . Röhm volvió de Latinoamérica a ocuparse de la dirección real de las SA , con el título oficial de «comandante» (*Stabschef*). Stennes se retiró. Aunque en forma precaria, la paz volvió. Una vez más, las tácticas de Hitler habían dado resultado, ya que otra deserción de alto nivel habría dañado gravemente al partido en las urnas y posiblemente conducido incluso a su implosión.

Tal vez consciente de los peligros de consultar en exceso, la nueva edición de *Mein Kampf* en 1930 eliminó las referencias a la «democracia germánica» y a la «elección del Führer», uno de los pocos cambios verdaderamente importantes que se harían al texto a lo largo del tiempo. [11] El nuevo fragmento subrayaba el «principio de autoridad, unido al de la más alta responsabilidad». En el mismo sentido, Hitler también ordenaba que las organizaciones locales del partido no debían en adelante elegir a sus propios líderes –como se planteaba en las primeras ediciones de *Mein Kampf* –, sino que estos debían ser nombrados desde arriba. [12] En otras palabras, Hitler no solo estaba estableciendo su propia autoridad absoluta, sino la primacía del «principio del Führer» en todo el movimiento. La necesidad de estos «Führer» estaba justificada por la necesidad. «La solución ideal», apuntaría más adelante, «sería que la nación se aferrara» a una única figura, «sin instancias organizativas intermediarias», pero admitía que esto era «desafortunadamente imposible». [13] El experimento en gran medida retórico de la «democracia germánica» de Hitler había terminado. El NSDAP sería un partido con un único líder y numerosos sublíderes.

Como siempre, las preocupaciones ideológicas más que los temas del día a día ocuparon el centro de la campaña nazi de cara a las elecciones al Reichstag de 1930. Hitler realizó un gran esfuerzo para conciliarse con los

católicos, salpicando sus discursos con vocabulario religioso; en una aparición en Wurzburgo, llegó a adornarlo con un «amén». [14] Esto no obedecía solo a un oportunismo electoral, sino que reflejaba el deseo de Hitler de poner fin al conflicto confesional en Alemania. También le recordó al electorado los peligros del federalismo y la supuesta división racial en dos artículos extraídos directamente de *Mein Kampf*. [15] Uno de ellos apareció el mismo día que Goebbels trataba de arreglar el destrozo causado en sus oficinas de Berlín. «La oficina tenía un aspecto horrible», anotó, y «había dos grandes charcos de sangre en mi habitación». Esta «sangre de camaradas», continuaba, era una «visión terrible». «Así somos los alemanes», seguía diciendo, y esto le hacía dudar de que «seamos alguna vez capaces de liberar a este pueblo». [16] Hitler expresó sus preocupaciones por la cohesión del pueblo alemán de una forma más precavida a la que había utilizado contra Strasser. «El pueblo alemán puede estar formado por razas diferentes», dijo ante un público estudiantil, pero su apariencia externa estaba determinada por «los elementos de más alto valor racial», de cuya promoción y mejora debía encargarse la política nacional, centrada en la necesidad de «elevar» al pueblo alemán a un plano racial superior. [17]

La respuesta a estos desafíos, argumentaba Hitler, no era votar a uno de los partidos de Weimar. «En las elecciones», explicó, «nunca se alcanza una victoria, solo son un intercambio periódico de dirigentes». Si los alemanes querían algo más que una simple rotación de supervisores, tendrían que votar al NSDAP y su programa de supuesta regeneración racial mediante la conquista de espacio vital. «Adolf Hitler», publicó un periódico de Sajonia, «anunció que el principio supremo de su partido era la creación y dotación de suficiente espacio vital»; esto –explicaba– era lo que diferenciaba al NSDAP tanto de los marxistas como de los partidos burgueses. El espacio era la respuesta de Hitler a todo, desde las reparaciones a la inflación, pasando por el desempleo o la crisis de la agricultura alemana. «La vida del individuo», comentó a mediados de agosto de 1930, estaba «siempre determinada por el espacio disponible para la sociedad. El espacio vital disponible determina la vida del conjunto y con ella la del individuo». Los norteamericanos, recordó a su auditorio, habían resuelto este problema. Esta necesidad de *Lebensraum* como panacea para todos los males de Alemania se le repetía machaconamente al público de todos los lugares de Alemania. [18]

Mientras que el antisemitismo en general retrocedió como tema de los discursos de Hitler a principios de la década de 1930, tal vez por razones tácticas, en absoluto quedó oculto. A finales de febrero de 1930, Hitler

condenó a los judíos como una «plaga cuyas banderas ondean desde Vladivostok al corazón de la Unión americana». A principios de marzo de 1930, se refirió a los «verdaderos gobernantes» de la «democracia parlamentaria alemana», esto es, «el poder mundial del dinero judío». A finales de julio de 1930, Hitler volvió a lanzar invectivas contra quienes «manejan los hilos de la humanidad, los judíos». 19

Cuando a mediados de septiembre de 1930 se contaron los votos emitidos en las urnas, quedó claro que los nazis habían realizado un colosal avance. Hitler había sido optimista sobre el resultado, pero el recuento final del voto nacional superó con mucho sus expectativas. El aumento a partir del patético 2,6 % de las elecciones de 1928 había sido enorme. El NSDAP era ya el segundo partido con más representación en el Reichstag después de los socialdemócratas. En Franconia, el resultado fue especialmente positivo; la mayoría de las áreas registraron un voto nazi bastante superior al 30 %, que en Coburgo llegó al 43 %. 20 El voto nazi era preponderante, aunque no exclusivamente protestante y de clase media, y con más representación entre los autónomos que entre los trabajadores por cuenta ajena; la militancia del partido estaba integrada sobre todo por varones de edad joven. Dicho esto, el NSDAP ganó votos en todo el espectro y la variedad entre sus partidarios iba creciendo. 21 Lo que estos resultados revelaban acerca del atractivo del programa de Hitler para los diversos sectores del electorado es imposible de saber con seguridad. No existen pruebas, por ejemplo, de que los desempleados le votaran en un número desproporcionado, ni en estas ni en posteriores elecciones; en cambio, sí parecían mostrar una tendencia al alza en favor de los comunistas. 22 Tampoco sabemos con seguridad quiénes entre los que votaron al NSDAP lo hicieron en realidad en apoyo a la visión del *Lebensraum* o el antisemitismo de Hitler, o por alguna otra razón. 23

De una u otra forma, las implicaciones políticas de la votación fueron enormes. La estrategia de Hitler había demostrado ser acertada. Otto Strasser quedó completamente aislado. El camino legal al poder había adquirido unos visos realistas en un plazo de tiempo más corto de lo que nadie se hubiera atrevido a esperar. El éxito sirvió a su vez para alimentar el éxito. «No os hacéis idea», escribió Rudolf Hess a sus padres, «de cómo ha cambiado la situación del movimiento y especialmente del propio Hitler de la noche a la mañana», de manera que «de repente nos hemos convertido en presentables». «Gente que antes evitaba a Hitler», continuaba diciendo, «de repente "tiene que" hablar con él». 24 Los nazis habían empezado a atraer a un nuevo tipo de hombre. Fue por aquel entonces cuando Albert Speer, un joven arquitecto de mucho talento, se encontró por primera vez

con Hitler y quedó hechizado por él. [25] A primeros de enero, Hitler conoció a Hjalmar Schacht, expresidente del Reichsbank, en el piso de Göring; el agente de enlace de Mussolini, Giuseppe Renzetti, también se hallaba presente. [26]

El éxito electoral no cambió el contenido de los discursos de Hitler, que siguieron siendo más o menos iguales hasta la toma del poder, si bien los iba reelaborando y retocando continuamente. Hitler siguió negándose a implicarse en la política del día a día, lo cual reivindicaba como una virtud. «[Nuestro] destino no se decidirá por los asuntos del día a día», anunció en noviembre de 1930. Esto se debía a que, en su opinión, la política de lo cotidiano constituía una distracción respecto a los temas que en realidad importaban. «El político», manifestó en el Nationalklub de Hamburgo a principios de diciembre de 1930, «no debe limitarse a las cuestiones del día, sino que debe dedicarse a las cuestiones de principios». [27] Con algunas excepciones, no había síntomas de moderación o reposicionamiento ideológico, ni siquiera con fines tácticos.

La hostilidad que Hitler sentía por el mundo de las finanzas, especialmente en su faceta internacional, continuó intacta; también estaba relacionada con su antisemitismo. «Si un pueblo disipa su fuerza», advertía a mediados de noviembre de 1930, será dominado por otra fuerza, la de las «finanzas supraestatales». [28] El programa económico del NSDAP continuó siendo ferozmente anticapitalista en su demanda por nacionalizar los principales bancos, prohibir la transacción de acciones y bonos, limitar los tipos de interés y confiscar las ganancias «ilícitas» para impedir que pudiera especularse con ellas en el mercado bursátil, la guerra, la revolución y la inflación». [29] Apoyó la huelga de los trabajadores del metal declarada en el otoño de 1930, afirmando que «tras estas fuerzas que promueven nuestra esclavitud [está] la inexplicable estrechez de miras del empresariado alemán, o al menos de parte de él». [30] Para el debate presupuestario del año siguiente, el partido eligió como portavoz nada menos que a Gottfried Feder, el azote del capitalismo, los pagos de intereses y la «esclavitud de la deuda». Si el NSDAP solía por lo general situarse a la extrema izquierda de la extrema derecha, económicamente se encontraba en la extrema derecha de la extrema izquierda.

En ocasiones, Hitler ponía en un segundo plano el papel de los judíos en todo esto, por ejemplo, en el discurso ante el Nationalklub de Hamburgo, totalmente exento de exabruptos antisemitas. [31] Sin embargo, en el ámbito privado, Hitler se empleaba mucho más a fondo sobre el presunto poder de los judíos en Estados Unidos. Creía que estos habían logrado hacerse con prácticamente todos los puestos clave dentro de la

sociedad norteamericana, lo que les daba un control absoluto. Su sede central, argumentaba, estaba en Nueva York, donde, según sus cuentas, unos tres millones de judíos se habían instalado como el parásito de la solitaria. 32 En una entrevista con un periodista de la Jewish Associated Press, Hitler fue más allá al declarar ante su audiencia estadounidense que «la situación de Alemania era culpa del capital judío». 33 Un cañonazo de advertencia en toda regla para Wall Street. En un sentido más general, Hitler se veía a sí mismo como una víctima de la «prensa judía» y el antisemitismo como simplemente una forma de «autodefensa» alemana. 34

Según la interpretación de Hitler, el pueblo alemán seguía esclavizado: por el capital internacional, por los judíos y por las potencias victoriosas. Estados Unidos seguía siendo la fuerza dominante en el mundo. «La excesivamente rica América», declaró a principios de diciembre de 1930, cuando el país se estaba viendo gravemente afectado por el impacto de la Depresión, «está conquistándolo todo gracias a sus ilimitadas oportunidades». El aborrecido Plan Young, que seguía ocupando el centro de la crítica de Hitler contra el *statu quo* , era el epítome de esta relación amo-esclavo. El hambre de los alemanes era culpa del Plan Young. Llegó a calificar incluso a los trescientos muertos del accidente minero de la ciudad de Alsdorf, en el norte de Renania-Westfalia, como «víctimas del sistema de latrocinio de Young». En su discurso ante el Nationalklub de Hamburgo, se refirió al pago de «tributos» a los amos internacionales. Esta esclavitud, afirmaba, también tenía un efecto psicológicamente devastador sobre el país, al inhibir la creatividad en la música y el arte. Hitler temía, por tanto, que el «pueblo alemán fuera apagándose lentamente [y] pereciendo en medio de la insignificancia». Sostenía que Alemania no era más que el «juguete de todas las naciones» y que en el mejor de los casos se vería condenada a la indignidad de ser una «segunda Holanda, una segunda Suiza». 35

Incluso después de las elecciones de 1930, Hitler no se apartó de su visión de que Alemania estaba racialmente fragmentada, y el propio pueblo alemán era de calidad racial claramente mixta. En ese momento parecía incluir a alemanes, romanos, celtas e incluso eslavos entre los arios. Estos se subdividían en familias de naciones. Los italianos, españoles y franceses del sur formaban parte de la familia románica; daneses, suecos, alemanes y anglosajones, de la familia germánica; y ucranianos, rusos blancos, búlgaros y yugoslavos, de la familia eslava. Lejos de creer en la existencia de una pureza racial, Hitler tenía claro que los patrones de migración a lo largo del milenio anterior habían llevado a desplazamientos y mezclas, en lugar de a razas puras, hablando en general. 36 El único pueblo, afirmaba

Hitler, que había conseguido mantener su sangre completamente pura y sin adulterar gracias a sus leyes sobre el matrimonio y a otros factores, eran los judíos. Todos los demás, y en especial los fragmentados alemanes, eran una mezcolanza en el aspecto racial.

Esto representaba un problema para Hitler. Por un lado, quería que la pureza racial alemana superara las divisiones del pasado; esto constituía una parte fundamental de su programa. Por otro, el diagnóstico público de la inferioridad racial alemana de aquel momento solo podía ahondar las divisiones y perjudicar electoralmente al NSDAP . Si se removían los problemas raciales, solo se conseguiría fracturar y atomizar más al *Volk* alemán, lo cual le haría perder importancia en lo tocante a la política exterior. Las teorías raciales podían debatirse en el círculo más íntimo, explicó Hitler, pero para el público en general eran muy dañinas. Un debate de este tipo solo serviría para suscitar complejos de superioridad y de inferioridad. 37 Pese a toda la franqueza con la que se expresaba en *Mein Kampf* y en sus diversos discursos, Hitler no podía mostrarse sincero con el pueblo alemán en este aspecto. *El segundo libro* quedó guardado a buen recaudo en un cajón.

Por esta razón, Hitler se cuidaba mucho de evitar cualquier retórica pública que pudiera dividir a los alemanes en el tema racial. Las referencias al pelo rubio y los ojos azules eran en él relativamente raras, y no solo porque él mismo no tuviera ni lo uno ni lo otro. El único comentario que hizo en aquella época a este respecto fue el referido a los prisioneros de guerra estadounidenses que conoció en julio de 1918, supuestamente descendientes de emigrantes alemanes. En una conversación privada comentaría en cierta ocasión que no debía albergarse la rígida creencia de que todos los profesores debían ser del tipo rubio germánico. Consideraba esto una completa tontería. Por esta razón, Hitler prohibió expresa y repetidamente que se hablara de dividir al pueblo alemán en dos mitades: los germánicos y los no germánicos, aunque esta fuera en gran medida su opinión. En lugar de ello, estableció que los alemanes en concreto debían evitar cualquier cosa que llevara a crear todavía más divisiones en los ámbitos religioso, político e ideológico. Si se le decía a la gente que era racialmente diferente, el resultado no sería la unificación de todos los alemanes, sino la separación y disolución definitiva del concepto de Alemania. 38

En lugar de ello, Hitler planeaba una reforma racial más gradual y completa de los alemanes, a largo plazo. La mezcla de sangres debía aceptarse tal y como era, argumentaba Hitler en privado, evitando decir que una sangre [alemana] era peor que otra, o una mezcla mejor que otra. Por el

contrario, había que emplear otros medios para llegar a una forma más elevada desde lo que él de forma poco halagadora describía como la masa gris. Aquí Hitler no pensaba tanto en la eugenesia médica como en un abanico mucho más amplio de instrumentos sociales y culturales. En su opinión, era necesario sacar a la superficie los rasgos más valiosos de la gente que vive en Alemania a fin de cultivarlos y desarrollarlos. Esto exigía vías y medios para evitar la propagación de todas las tendencias malas, inferiores, delictivas o decadentes y de las enfermedades congénitas que pudieran dañar al pueblo. Para este proyecto era clave, explicaba Hitler, educar a los jóvenes en la belleza del movimiento, la belleza del cuerpo y la belleza del espíritu, a través del atletismo, el cuidado personal, el ejercicio físico, las exhibiciones públicas en juegos de competición y en concursos, y la reactivación de las artes escénicas siguiendo el modelo de la antigua Grecia. Esta educación selectiva se fomentaría reuniendo a los alemanes de todos los contextos sociales en el jardín de infancia, la escuela primaria, la Juventud Hitleriana y la Liga de las Jóvenes Alemanas. Luego, cuando estos niños crecieran, podrían dejar atrás todas las consideraciones partidistas y elegir al hombre, al único hombre, que les representaría y dirigiría al Reichstag en su nombre. Solo entonces, afirmaba Hitler, llegaría la verdadera democracia a Alemania. 39

Una vez más, Hitler volvía a revisar su calendario. Incluso cuando estaba celebrando el avance del partido en las urnas, preveía que el camino que quedaba por delante sería largo y duro. Esperaba que la toma del poder tras una victoria electoral final iría precedida, más que seguida, de la regeneración racial de Alemania. En confianza comentaba que a veces tenía la impresión de que él no tendría la suerte de vivir el magnífico futuro que tenían por delante, y que solo una generación posterior sería lo bastante madura para traducir sus ideas y sus planes en acciones. Por tanto, creía que su misión era sentar las bases para esta comunidad del *Volk* y, en concreto, guiar a los jóvenes de Alemania por los caminos que conducían a esta meta. 40

El camino que tenían por delante, continuaba exponiendo Hitler, se basaba en la regeneración doméstica, que a su vez haría posible una política exterior radicalmente nueva 41 . Acabar con las divisiones internas de Alemania seguía siendo su prioridad. Una y otra vez, Hitler volvía sobre el tema de la guerra de los Treinta Años y la profunda grieta que había abierto en la vida de la nación, que acabaría desembocando en la catástrofe de 1918-1919. 42 También lamentaba la división causada por el conflicto de clases, que había debilitado al Reich frente a sus enemigos internos y externos. Lejos de tratar de no herir los sentimientos burgueses a efectos

electorales, Hitler continuó arremetiendo contra los «prejuicios» y la «locura clasista». «Quien tiene un título, por pequeño que sea», se quejaba, trataba de «situarse por encima del que lo tiene aún menor». El NSDAP , proclamaba Hitler, estaba contra «el antagonismo y los prejuicios de clase». 43 En el centro de este proyecto integrador y modernizador estaba la motorización de Alemania, que Hitler consideraba esencial para alcanzar la paridad social y racial con Estados Unidos. En 1930, haciéndose eco del extendido debate sobre el desarrollo de un «automóvil del pueblo», señaló que Alemania necesitaría una versión del Ford Modelo T, que fuera asequible al presupuesto de una familia normal. 44

En términos estratégicos, Hitler continuó fiel al *Lebensraum* como panacea universal a lo largo de 1930-1931, tanto en público como en privado. Dadas las divisiones internas del pasado de Alemania, especialmente las de carácter religioso, esta se había «quedado fuera» en el primer reparto del mundo. «Tuvimos que presenciar», se lamentaba, «como naciones [como] los portugueses y los holandeses se repartían el mundo con los británicos». 45 «Si un pueblo está pasando hambre», explicaba, «tiene derecho a apropiarse de territorio». 46 El *Lebensraum* también determinaba su manera de entender la economía internacional. «En el análisis final», comentó respecto a la crisis económica a principios de diciembre de 1930, «la cuestión de la participación en el comercio mundial no radica en elevar la producción, sino exclusivamente en la conquista de mercados. Las ventas son el mayor problema, no la producción». 47 Volviendo sobre temas tratados ya en el *Mein Kampf* y en *El segundo libro* , argumentaba que solo había dos maneras de alimentar al pueblo alemán. «O bien se promueve la exportación, lo que significa competir con el mundo», sugería Hitler, «o creamos nosotros mismos un nuevo mercado mediante la expansión de nuestro espacio vital». 48

Por esta razón, Hitler continuaba rechazando soluciones basadas en la «economía y el comercio mundial»; 49 la única válida era la de conseguir espacio vital en el este. Curiosamente, Hitler no pretendía que Alemania alcanzara el dominio mundial en ese momento; ese tren ya había pasado. Hablaba de ello usando el modo condicional, como una aspiración que habría existido en el pasado, si Alemania no hubiera estado tan dividida. «Ningún pueblo habría tenido más derecho al dominio del mundo», se lamentaba, «que el pueblo alemán», pero ese momento había pasado ya. 50 A lo único que Hitler aspiraba entonces era simplemente a la paridad con Angloamérica.

El nazismo podía haber conseguido un avance electoral, pero todavía se interponían enormes barreras entre Hitler y la toma del poder. Los principales pilares del poder del Estado mantenían en gran medida su escepticismo respecto a Hitler y el NSDAP . El presidente Hindenburg, por ejemplo, se mostraba distante. El canciller, Heinrich Brüning, se reunió con Hitler pero no llegaron a ningún acuerdo. Para indignación del gobierno, Hitler filtró el contenido de la conversación. El Reichswehr no solo era profundamente escéptico respecto al compromiso del partido con la legalidad, sino que también se mostraba enérgicamente hostil a sus políticas «socialistas» domésticas. Dichas políticas, según se hacía constar en el acta de una reunión celebrada en el Ministerio de Defensa a finales de octubre de 1930 en referencia a las medidas de nacionalización establecidas en el programa económico nazi, eran «comunismo puro». 51 Hitler también se dio contra un muro en Núremberg, ciudad a la que calificó como «la más alemana de todas» 52 y en la que tenía previsto celebrar otro mitin del partido en 1931, en algún lugar que fuera céntrico y fácilmente accesible desde Austria y Checoslovaquia. Su petición al alcalde Luppe cayó en saco roto, y el pleno del Ayuntamiento de la ciudad rechazó autorizar la celebración, por segundo año consecutivo, del congreso anual del partido.

Tampoco las elecciones de 1930, pese a las afirmaciones en contra de los propios nazis y sus enemigos, sirvieron para reconciliar a las grandes empresas con Hitler. Un pequeño número de empresarios empezó a «protegerse» frente a la eventualidad de una victoria nazi buscando un acercamiento. Hitler también consiguió algunos progresos con algunas figuras concretas del mundo de los negocios. A finales de septiembre de 1930, se reunió en Hamburgo con el magnate de la industria naviera Wilhelm Cuno, 53 que intercedió para que pudiera dirigir una alocución ante el público del Nationalklub de Hamburgo dos meses más tarde. A la gran mayoría de los líderes empresariales, no obstante, seguía repeliéndole la retórica anticapitalista de Hitler. Su asesor económico Wagener quedaba muy a la izquierda de cualquier empresario. Por otro lado, la prensa del Partido Nazi, especialmente la de la «Organización de Células Fabriles», continuaba arremetiendo contra el «sistema capitalista liberal», 54 criticando a los jefes y llamando a la nacionalización de las industrias clave. Durante todo 1931, las donaciones por parte de empresas siguieron siendo contadas.

Esto significaba que el partido seguía siendo dependiente de fuentes alternativas de financiación, especialmente de donaciones y suscripciones de sus miembros o simpatizantes. El NSDAP también ganaba dinero vendiendo periódicos, libros, entradas para los mítines y de muchas otras

maneras. 55 Todos los miembros de las SA tenían que suscribir un seguro organizado por el partido. Los costes eran en general bajos, dado que había poco personal asalariado; la mayoría de los oficiales trabajaban gratis. En esto, el NSDAP se parecía mucho más al SPD que a los partidos del centro y de la derecha, que solían recibir dinero de grandes empresas u otros intereses particulares. Este modelo de financiación era una respuesta a su debilidad, pero también se convirtió en una fuente de fuerza. Le daba al NSDAP cierta resiliencia e independencia, y permitía a Hitler tratar con más confianza con potenciales donantes; no podían «comprarle» sin más. Además, el hecho de que el partido cobrara la entrada a los mítines actuaba de forma disuasoria contra posibles reventadores o gente sin nada mejor que hacer, a la vez que aseguraba que los asistentes estaban altamente motivados.

La estrategia política de Hitler tras las elecciones tenía una triple vertiente. En primer lugar, Hitler buscaba ejercer un control más estrecho sobre la organización del partido. A principios de noviembre de 1930, Hitler emitió una orden para regular las relaciones entre las SA y las SS ; las SS estaba empezando a cobrar importancia como proveedor de un «servicio de policía interna del partido». 56 En términos generales, ambas organizaciones tenían prohibido tratar de captar a miembros la una de la otra, aunque no se rechazaban las solicitudes justificadas de traspaso, ni tampoco una tenía derecho a dar órdenes a la otra, a menos que la tarea lo requiriera específicamente. En segundo lugar, resentido por el desplante que le había hecho Brüning, y dolido por la frialdad que notaba en el presidente Hindenburg, Hitler contactó con la derecha directamente. En septiembre de 1930, convirtió a Göring en enviado especial para forjar alianzas con los conservadores. 57 Hitler trató de mejorar las relaciones con la organización nacionalista paramilitar conocida como la Stahlhelm, reuniéndose en varias ocasiones con sus jefes. 58 En la «conferencia de líderes» del NSDAP celebrada en Colonia dijo que mientras que la victoria en las elecciones le había permitido al partido hablar «en un tono distinto» con la Stahlhelm, lo «prudente», dado el tamaño de la organización, era «no enemistarse con la Stahlhelm». Dejaba la cuestión de la colaboración táctica a la discreción de los jefes locales, pero en general él esperaba que trabajaran más estrechamente. «Los soldados de marrón y de gris», exigió, «deben permanecer juntos en la batalla contra el actual sistema». 59

Del mismo modo, Hitler trató de apaciguar a los conservadores agrarios, tarea nada fácil dada su personal y bien documentada hostilidad y la de su asesor en materia agrícola, Walther Darré. La petición por parte de este último de «una nueva aristocracia de la sangre y la tierra» había puesto

un importante interrogante sobre el supuesto valor racial de la nobleza alemana. 60 Durante un encuentro con el destacado terrateniente del este del Elba, el príncipe Eulenburg-Hertefeld, mantenido en enero de 1931, Hitler le aseguró que no era su intención expropiar a nadie en Alemania (excepto, implícitamente, los judíos), entre otras cosas porque la tierra disponible no era suficiente para sus fines. Tras proporcionar a Eulenburg la referencia a los pasajes pertinentes de *Mein Kampf* , le explicó que la tierra necesaria había que conseguirla más al este. 61 En efecto, Hitler le estaba proponiendo dejar a un lado incómodas cuestiones distributivas agrandando sencillamente el pastel.

En tercer lugar, Hitler dejó de limitarse a marcar las pautas de la política exterior y comenzó a desarrollarla activamente. Ya era una figura influyente en el país, lo que a la vez suponía unos peligros y unas oportunidades. A Hitler le preocupaba mucho que la enérgica ofensiva de Brüning en pro de un rearme alemán, destinado en parte a desviar la atención de otros males internos, pudiera provocar ataques preventivos por parte de Francia y Polonia. Los polacos estaban preparados para encontrarse con él a mitad de camino. En el otoño de 1930, llegó a Múnich un emisario del mariscal Piłsudski para proponer un tratado de paz y amistad de diez años, una vez que los nazis llegaran al poder, basado en unos lazos económicos estrechos, la resolución de los conflictos fronterizos pendientes y una especie de federación centroeuropea dirigida contra la Unión Soviética. Hitler, que era un entusiasta admirador del mariscal, no necesitó que le convencieran. En privado comentó que estaba decidido a seguir el consejo de Piłsudski y firmar un pacto de diez años con Polonia en cuanto se hiciera cargo del gobierno. Hitler consideraba que un tratado con Polonia sería el primer paso hacia la consolidación de una Europa central. 62 A diferencia de algunos de sus colaboradores, él era optimista respecto a que Gran Bretaña no se opondría a estos planes.

Aun más importante que mantener a raya a los polacos, a los ojos de Hitler, era atraerse a Angloamérica. Al fin y al cabo, Londres y Washington tenían que estar de acuerdo no solo en los planes de Hitler de un nuevo orden europeo, sino, antes que nada, con que asumiera el poder. Esto parecía imposible. Las elecciones cambiaron la posición internacional de los nazis, que había sido en general baja tras el fracasado *putsch* de Múnich. 63 La prensa angloamericana, especialmente *The Times* y los periódicos que eran propiedad de William Randolph Hearst, empezaron entonces a asediar a Hitler pidiéndole entrevistas. «La prensa nacional y extranjera no para de llamar a la puerta», refería un Hess exultante; mandaban telegramas desde Estados Unidos, telefoneaban desde Londres,

y se hundían en la desesperación cuando Hitler fríamente les comunicaba que no estaba disponible». 64 Hitler dio una serie de entrevistas internacionales inmediatamente después de las elecciones, principalmente a medios británicos y norteamericanos, incluidos el *Daily Mail* , el *Sunday Express* y *The Times* . A su asesor económico Otto Wagener le manifestó que necesitaba que Inglaterra se pusiera de su lado. 65

En público y en privado, Hitler estaba convencido de que un acuerdo con los británicos –a quienes consideraba un «pueblo fraternal»– 66 era posible, a partir del *statu quo* territorial en el oeste, la renuncia a las colonias y la común enemistad con la Unión Soviética. 67 En la ofensiva diplomática que llevó a cabo en los medios británicos en el otoño de 1930, Hitler puso gran énfasis por tanto en la amenaza del bolchevismo. Destacó la comunidad de intereses que compartían ambos países y se mostró versado en la historia británica. 68 Hitler esperaba que el acuerdo se alcanzaría sin el recurso a la guerra y poder evitar de este modo un conflicto al estilo del de 1866 entre Austria y Prusia. 69 La alusión a la guerra austroprusiana de 1866 era reveladora, en parte porque indicaba que para él las diferencias entre alemanes y británicos no eran mayores que las existentes entre los alemanes del Reich y los de Austria, pero también por el modo en el que él concebía una futura guerra con Gran Bretaña. Debía evitarse en lo posible, y si había que librarla, hacerlo de forma rápida y acabar en un compromiso de paz generoso, similar al que Bismarck firmó con los austriacos tras su derrota en Sadowa y que permitió llegar, tan solo al final de la década siguiente, a la Doble Alianza Austroalemana. Aquí pueden verse ya perfilados los contornos de la situación de 1940.

Inmediatamente después de las elecciones, se mandó llamar a Putzi Hanfstaengl para encargarle dirigir una campaña bien organizada de cara a la prensa extranjera. 70 Su trabajo consistía en gestionar las relaciones con el gran número de corresponsales destacados en Berlín, la mayoría británicos y estadounidenses. No era una tarea fácil. Aunque Hitler era en sí tema de interés periodístico, también era errático en su forma de actuar, no cumplía los plazos y nunca entendió realmente el concepto de «exclusiva». Para frustración de Hanfstaengl, a menudo hacía los anuncios de sus políticas prematuramente y en lugares poco visibles. Sin embargo, en el contenido del mensaje de Hitler para los norteamericanos no había duda posible. En una entrevista para el *New York American* de Hearst, Hitler arremetió contra la «esclavitud de la deuda de la guerra» y contra el hecho de que el acuerdo de reparaciones hubiera condenado a los trabajadores alemanes a «trabajos forzados durante una generación entera y legado a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, el Tratado de Versalles y el

Plan Young, una esclavitud eterna y la obligación de cumplir con el pago de unos tributos imposibles de olvidar». Al igual que en el caso de Gran Bretaña, lo que Hitler quería era llegar a un acuerdo con Estados Unidos, en este caso basado en una división hemisférica del mundo. «Todo nuestro movimiento», anunció a mediados de octubre de 1930, «apunta hacia una doctrina Monroe alemana. Esto implica querer una Alemania para los alemanes al igual que América quiere una América para los americanos». [71] En este punto, Hitler estaba retomando un concepto que había hecho público por primera vez antes del *putsch* de 1923, y sobre el que volvería repetidamente a lo largo de 1940-1941.

Mussolini, que tanto tiempo llevaba manteniendo las distancias, empezó a asomar la cabeza. No sería hasta mayo de 1930, cuando le dijo a un periodista alemán que el fascismo no era un «producto exportable», principalmente para tranquilizar al gobierno alemán. En ese momento empezaba a contemplar el auge del nazismo como una oportunidad para Italia. Un año más tarde, en mayo de 1931, Mussolini recibió a Hermann Göring, el primer alto cargo nazi distinguido con ese honor. [72] Su confidente, Giuseppe Renzetti, se reunió con Hitler al menos en diez ocasiones entre 1930 y 1931, y otras dieciséis veces después de que tomara el poder. [73] En una entrevista con la *Gazzetta del Popolo* realizada dos semanas después de las elecciones, Hitler reiteró sus puntos de vista sobre Tirol del Sur. El principal propósito en este caso no era sentar unas bases comunes entre el nazismo y el fascismo; de hecho, insistió varias veces en las diferencias entre ambos movimientos. El motivo primordial de Hitler era estratégico: romper el círculo de alianzas que tenían acorralada a Alemania, y disuadir a las grandes potencias de impedir una victoria nazi en las urnas. En resumen, ya fuera con Polonia, Angloamérica o Italia, Hitler ya estaba empezando a desarrollar una activa política exterior mucho antes de llegar al poder.

Pronto comenzaron a inmiscuirse otros temas más mundanos. Hitler pasó gran parte de 1931 no tanto vendiendo el movimiento en el extranjero como tratando de ocuparse de sus responsabilidades en casa. Una de ellas era Göring, cuyas conexiones de alto nivel, tanto dentro de la sociedad alemana como internacionalmente, eran indispensables para el partido. Su creciente importancia y las drogas que tomaba para aplacar el dolor de sus heridas le desequilibraban no solo política sino mentalmente, provocando considerable inquietud en Hitler. Peor todavía era el problema que planteaba el nuevo líder de las SA , Ernst Röhm, cuya evidente homosexualidad, y la de su séquito, no solo repelía a otros líderes del partido, sino que constituía un regalo para los medios de comunicación

enemigos. «¡Qué asco!», escribió Goebbels a finales de febrero de 1931. «Hitler no hace mucho caso a esto», lo que ponía al partido en riesgo de convertirse en un «El Dorado para maricas». 74 Hitler, aunque en teoría se oponía con vehemencia a la homosexualidad, en la práctica fue, de hecho, notablemente tolerante con las actividades de Röhm. «Las SA », declaró, «no es una institución moral para educar a niñas de buena familia, sino una asociación de rudos combatientes». Su «vida privada», continuaba diciendo, «solo debe tomarse en consideración en el caso de que transgreda principios importantes de la forma nacionalsocialista de ver el mundo». 75

Más preocupante todavía era el continuo desafío que las SA hacían a la autoridad de Hitler. Entre bastiadores, Röhm no solo estaba desarrollando sus propias posturas políticas, sino que entablaba contactos diplomáticos privados con potencias extranjeras. 76 Hasta qué punto Hitler era consciente de ello en la primavera y verano de 1931 es algo que no está claro. No era ningún secreto, sin embargo, que muchos líderes de las SA , especialmente Walter Stennes, seguían comprometidos con una estrategia de agitación revolucionaria. Estos eran alentados por sus propios hombres, que habían sido en gran medida «movilizados» para las batallas electorales y que ahora se esforzaban por bajar de sus «alturas». En marzo de 1931, Hitler dio su respaldo a Röhm, pero solo de forma ambivalente. «Yo soy las SA », anunció, «y tú perteneces a las SA », advirtiendo de que «si alguna vez me veo en la tesitura de tener que renunciar a las SA por el bien del [resto del] movimiento, lo haré, con todo el dolor de mi corazón». Claramente, estaba lanzando un cañonazo de advertencia. En abril de 1931, Stennes se desvinculó definitivamente del NSDAP , criticando el «caciquismo» (*Verbonzung*) imperante dentro del partido y el gasto innecesario en «bronce y mármol» invertido en la nueva sede. También se cebó con las divisiones entre Múnich y los nazis del norte. Pero cuando los partidarios de Stennes ocuparon la sede del partido, Hitler actuó. Stennes fue sustituido por Göring. 77 Poco tiempo después, unió sus fuerzas a las de Otto Strasser, pero ni siquiera juntos consiguieron ganar mucho terreno. Una vez más, Hitler había llevado a cabo una explosión controlada dentro del partido, más pequeña que la que habría tenido lugar si Stennes y Otto Strasser se hubieran marchado a la vez.

El comportamiento de las SA ejerció una gran presión sobre la «estrategia de legalidad de Hitler», que en realidad siempre tuvo algo de eufemismo. No significaba que los nazis nunca infringieran la ley; lo hacían continuamente a través de sus ataques a sus rivales políticos. 78 Más bien significaba que Hitler se había comprometido a no volver a organizar otra insurrección como la de 1923, ni a enfrentarse directamente al Estado

de forma violenta. Esta estrategia fue clave no solo para privar a las autoridades de Weimar de un pretexto de proscribir el NSDAP , sino también para tranquilizar la opinión de la burguesía respecto a la respetabilidad del movimiento. En la primavera y el verano de 1931, estas preocupaciones afloraron durante el Juicio del Palacio Edén. Cuando cuatro hombres de las SA fueron llevados a juicio por agresión e intento de asesinato, el abogado de la acusación, un joven judío llamado Hans Litten, llamó a Hitler a testificar. Aunque comparecer ante los tribunales no era nada nuevo para Hitler, por lo general solía salir victorioso ante sus interlocutores. Sin embargo, esta vez, se mostró profundamente incómodo ante un interrogatorio forense en el que quedó demostrada su complicidad con la violencia callejera nazi. El interrogatorio de Litten puso a Hitler en una situación sin salida, porque no podía renegar de las SA sin agrandar aún más el abismo dejado por la revuelta de Stennes, ni tampoco darles su respaldo sin abandonar la estrategia de la legalidad. 79

Para Hitler, la rebelión de las SA constituía en parte un desafío al mantenimiento de su autoridad. «Yo no soy el representante legal del movimiento nacionalsocialista», insistía, «sino su fundador y su líder». Por tanto, se encargó de establecer la nueva estructura de las SA . El énfasis en la importancia del «liderazgo» nacía también de su preocupación por la regeneración a largo plazo de la sociedad alemana. Contraviniendo hasta cierto punto su propio llamamiento a no hablar de las supuestas divisiones raciales alemanas, a principios de mayo de 1931 explicó que «Alemania no es racialmente pura», sino que estaba «compuesta de elementos puramente nórdicos, otros del este y de la mezcla entre ambas partes». «Por este motivo», continuaba diciendo, «todas las cuestiones que requieren una postura basada en la sangre tendrán diferentes respuestas», que en una democracia caerán «del lado racialmente inferior». «Por esta razón», concluía Hitler, «no cabe concebir otra forma de organización que no esté basada en el reconocimiento del Führer y su autoridad». 80 Los alemanes, parecía estar sugiriendo una vez más, no estaban aún preparados para la democracia; todavía no había la cohesión racial suficiente. En fechas posteriores de ese mes, Hitler estableció en Múnich la Reichsführerschule, destinada a formar a una nueva generación de líderes. Lejos de creer, por tanto, que los alemanes eran disciplinados por naturaleza, Hitler creía que necesitaban de un liderazgo fuerte para ponerles racialmente a punto.

El aplastamiento de la revuelta de Stern no puso fin a las divisiones dentro del NSDAP . Göring siguió riñendo con Goebbels. «Göring continúa sin parar de meter cizaña contra mí», se quejaba Goebbels a principios de junio de 1931, «debido a sus celos patológicos», y añadía que su rival

estaba intentando «literalmente meterse en el culo de Hitler», y que «podría llegar a hacerlo si no estuviera tan gordo». [81] Röhm seguía siendo una carga. Además, Hitler y él todavía no habían arreglado lo de Gregor Strasser, que era, junto con Röhm, el último grande de la «izquierda» del partido que le seguía siendo leal tras la marcha de su hermano Otto y de Stennes. Para frustración de muchos, Hitler seguía mostrándose evasivo. En parte, esto obedecía a una cuestión de temperamento y, en parte, de cálculo. No podía permitirse perder un enfrentamiento, ni siquiera ganarlo, si el resultado era la división del partido. No hacer nada, le dijo Hitler a Wagener, solía funcionar en política. La política era siempre una lucha, seguía diciendo, en la que una parte trata de ejercer presión. Si uno devuelve el ataque, este puede verse reforzado, pero si uno se evade y no ofrece resistencia de ningún tipo, la presión dejaba de serlo y se convertía en una mera ráfaga de viento que se disipaba sola y de este modo no lograba echar abajo nada. [82]

Incluso mientras luchaba contra sus enemigos del partido durante la primavera y principios del verano de 1931, Hitler seguía con ojo atento el panorama internacional. A principios de mayo de 1931, estableció el «Departamento de Asuntos Exteriores» en Hamburgo, una medida simbólica en una ciudad que se consideraba a sí misma «la puerta al mundo». Por esta misma época Hitler le aseguró al corresponsal de *Daily Express,* Sefton Delmer, en un restaurante de Berlín: «A partir de ahora, ¡ya verá! Mis hombres estarán tranquilos, disciplinados y en orden. Mi trabajo es evitar que millones de alemanes desempleados pasen a estar bajo el influjo comunista, como fácilmente podría suceder. En cambio, yo quiero convertirles en una fuerza ciudadana organizada para la defensa de Alemania contra el enemigo bolchevique interno y externo». No mucho después, le dijo también a Delmer que sus dos objetivos principales en política exterior eran la cancelación de las reparaciones y tener «mano libre en el este» para permitir que «el excedente de millones de alemanes pueda expandirse en la Unión Soviética». A la pregunta de cómo iba a poder atacar Rusia sin pasar por tierra polaca, Hitler replicó: «Siempre puede encontrarse una manera para todo». [83] Hitler repitió estos comentarios en una entrevista con el *Times* londinense a principios de junio de 1931. «Alemania», les dijo, «debe exportar hombres… especialmente hacia el este. Herr Hitler no especifica esta idea con precisión, pero en su mente parece que el corredor polaco se halla en su camino y que contempla la colonización de un área ilimitada del este». [84] Por si en *Mein Kampf* no

había sido suficientemente claro, Hitler indicaba así claramente sus intenciones estratégicas a Occidente. 85

Hitler también siguió preocupado con el poder de Estados Unidos y al parecer sin tomar en consideración el demoledor impacto económico de la Depresión allí. Repasando la lista de los rivales de Alemania, a primeros de febrero de 1931 afirmó que Estados Unidos se había convertido en un «competidor en el mercado mundial», especialmente «desde la guerra» porque era un «Estado gigantesco con unas capacidades productivas inimaginables». 86 Estados Unidos no constituía solamente una amenaza económica, sino también cultural, como la omnipresencia de la música popular americana también dejaba claramente patente. «Si creemos», advertía, «que debemos hacer música de jazz americana como los mulatos norteamericanos, nuestros logros serán lamentables». A Hitler también le preocupaba Hollywood, y en concreto su versión para la gran pantalla de la novela *Sin novedad en el frente,* de Erich Maria Remarque. Hitler no ponía objeciones a su descripción de los horrores de la guerra, al contrario. El «soldado del frente», escribió Hitler en un pasaje autobiográfico con notable sinceridad, «sabe que tras las palabras "gloriosa victoria" subyace una enorme cantidad de suciedad, lucha, dolor, miseria y privaciones», y también de «debilidad», que hace que «uno supere sus propias debilidades mediante el "autocontrol"». «Nosotros no somos belicistas», afirmaba, «porque nosotros conocemos la guerra». Hitler objetaba al *Schandfilm* porque pretendía mostrar la inutilidad de la guerra, y de este modo minaba la capacidad alemana frente a combates futuros. 87

Si bien Hitler no prestaba mucha atención a la precaria situación económica de Estados Unidos, sin duda, sí estaba al tanto del colapso de la economía alemana. La producción estaba disminuyendo a un ritmo constante, ya fuera por la escasez de capital o de poder adquisitivo. Fue la crisis del sector financiero austriaco y alemán, precipitada por la quiebra del banco Kreditanstalt vienés en mayo de 1931, sin embargo, la que finalmente lanzó a la economía por el precipicio. Las bancarrotas se multiplicaron, los precios de las acciones se desplomaron y el desempleo se disparó. 88 El gobierno de Brüning respondió redoblando su política de austeridad, que a su vez redujo la demanda y agravó la depresión. Para finales de 1931, la producción industrial solo era un tercio de lo que había sido en 1928.

Hitler culpaba de todo esto no a la economía, sino a la política. En febrero de 1931, vio la «inminente hambruna de Alemania» como un producto de Versalles y del Plan Young. Dos meses más tarde, Hitler encontraba el origen del desempleo en causas geopolíticas. A principios de

mayo, atribuyó la «gran escasez alemana» a la «atomización» de la vida política alemana de 1918-1919. Dos meses después de eso, cuando la crisis del banco Kreditanstalt estaba en pleno apogeo, volvió a recordar a su audiencia que la causa real e inmediata de todas sus «preocupaciones económicas, miseria, desempleo, ruina, pobreza, suicidios, emigración, etcétera», era el Plan Young. Yendo más al fondo, Hitler continuaba argumentando que toda la crisis era consecuencia del Tratado de Versalles. Continuó atacando el plan de reparaciones hasta final de año, y no solo en sus discursos, sino también en entrevistas con medios extranjeros. [89] Huelga decir que, por supuesto, Hitler veía que detrás de la miseria económica de Alemania e incluso del funcionamiento del sistema financiero en general, estaba el pernicioso poder de los judíos. [90]

Para la posición internacional de Alemania, explicaba Hitler, era crucial su pobreza económica relativa, no absoluta. Describía la «pobreza» del pueblo alemán como relativa respecto a un «nivel de vida» avanzado más que como una pobreza «absoluta». [91] Aquí volvía una vez más sobre el atractivo del estilo de vida americano, que llevaba preocupándole desde mediados de la década de 1920. Este es el motivo por el que temía tanto a la competencia estadounidense. [92] En concreto, Hitler temía que Alemania no fuera capaz de mantener el diferencial de nivel de vida con los no blancos. «La raza blanca», explicaba a principios de septiembre de 1931, «era capaz, gracias a su fuerza superior, de dominar a otros pueblos de un valor inferior», [93] pero la cada vez mayor pobreza de los alemanes ponía un interrogante sobre su blancura. Si la depresión había hecho que a muchos individuos les preocupara su descenso en la escala socioeconómica, lo que Hitler temía era la relegación racial resultante de todo el pueblo alemán.

Hitler también estaba empezando a tener ideas más creativas sobre cómo revitalizar la economía. Creía en el «efecto multiplicador», en virtud del cual una suma de dinero invertida podía generar una cifra mucho más alta mediante los salarios y el consumo. Hitler afirmaba por tanto que una factura en reparaciones de 2.000 millones de marcos en realidad privaba a la economía alemana de unos 10.000 o 12.000 millones de marcos. [94] Aunque actualmente se haya convertido en moneda común, en aquel momento el efecto multiplicador era un concepto novedoso y polémico y los expertos de la época se reían de Hitler en su fuero interno. [95] Hitler también creía en la financiación del déficit por parte del Estado para estimular la economía, lo que hoy en día llamamos «inyectar liquidez». Se burlaba de los economistas alemanes por tener delante un reloj parado sin darse cuenta de que lo único que hacía falta era darle cuerda. [96] Es posible que en esto Hitler estuviera influido por John Maynard Keynes o al menos

por el pensamiento keynesiano.

Gracias a la caída de la economía, el nazismo empezó a dispararse de nuevo en las elecciones. A mediados de mayo de 1931, el NSDAP obtuvo un 37 % del voto en las elecciones regionales de Oldenburgo y se convirtió en el partido más importante de este Landtag. La República se vio entonces sometida a un incesante bombardeo por parte de la maquinaria de propaganda del partido. Las recientemente disciplinadas SA formaron parte de esta estrategia, que Hitler concibió en términos más políticos que militares, pero que expresaba con lenguaje bélico. «El hombre de las SA », declaró, «es un guerrero político» cuyo trabajo consiste en «permitir al liderazgo del movimiento proteger al movimiento». «Para el nacionalsocialismo», continuaba Hitler, «la propaganda es y sigue siendo la artillería de ataque». Las SA , explicaba, eran «la infantería». «Las SA y las SS », razonaba Hitler, servían para «cubrir» el bombardeo de la propaganda, mientras que «la organización [con lo que se refería al partido] ocupa y fortifica las posiciones conquistadas». El creciente éxito de los nazis aumentó el número de tránsfugas procedentes de otros partidos. Hitler dio órdenes de que estas personas no fueran criticadas por la prensa del partido. 97

El avance nazi y el fracaso del gobierno de Brüning a la hora de enfrentarse con la creciente crisis política y económica aumentaron el interés por Hitler de parte de las élites más poderosas. Fue por esta época cuando Emil Georg von Stauss, director del Deutsche Bank, mantuvo un encuentro con él en Berlín a instancias de Göring. 98 Hitler también conoció por entonces a Walther Funk, redactor jefe de economía del periódico conservador *Berliner Börsen-Zeitung* . Él fue la primera voz no fundamentalmente anticapitalista de la política nazi. Hitler le dio a entender que el programa económico nazi era flexible. Pese a todo esto, y a las grandes esperanzas y reiteradas afirmaciones de Hitler ante sus socios de que el mundo de las finanzas había visto la luz, 99 el NSDAP no logró avanzar mucho con los grandes negocios hasta el verano de 1931. Volviendo la vista atrás sobre estos hechos, su secretario de prensa Otto Dietrich recordaba que «las grandes figuras [de la economía] y representantes de organizaciones industriales mostraban una fría reserva política, a la espera de los acontecimientos». El resultado, escribió, fue que Hitler tuvo que seguir «confiando para sus esfuerzos propagandísticos en los sacrificios financieros de sus camaradas del partido, las cuotas que pagaban sus miembros y la venta de entradas a los mítines». 100

En cuanto a la alta política, Hitler comenzó entonces a hacer grandes progresos. A primeros de julio de 1931, tuvo su primera reunión con el jefe

del partido conservador mayoritario, el DNVP , Alfred Hugenberg. A este encuentro le siguieron otros con los dos líderes del Stahlhelm, Seldte y Duesterberg. También se reunió con el presidente del DVP , Eduard Dingeldey, al que en privado le transmitió su respeto por la política exterior e interior de Brüning, que en público denigraba. Göring se expresó en términos igual de directos con el canciller. 101 La estrategia de Hitler en este punto consistía en socavar al gobierno mediante «cien reuniones». 102 Asimismo, sus tratos con las grandes empresas, que volvió a retomar en otoño, no fueron tan dirigidos a ganarse a sus líderes como a «neutralizarlos». 103 Para esta estrategia era clave minar su confianza en el sistema Weimar. «Hitler», señaló Hess a principios de septiembre de 1931, «está ahora más en Berlín que en Múnich», porque «se ha propuesto a sí mismo hacer que se tambaleen los pilares que el actual gobierno aún mantiene en la industria y la banca». 104 Conseguir esto quedaba todavía bastante más lejos de lo que él afirmaba, pero se habían hecho grandes progresos.

A mediados de septiembre, sin embargo, se produjo un suceso demoledor que estuvo a punto de poner fin a la trayectoria de Hitler. Su vida personal un tanto irregular era motivo de gran preocupación dentro del partido. «Hitler habla de matrimonio», había señalado Goebbels a principios de año, «se siente muy solo y anhela la mujer [adecuada], pero no la encuentra». En el otoño de 1931, las cosas alcanzaron un punto crítico. Las relaciones entre Geli y Hitler se deterioraron, en parte debido a su deseo de «protegerla» y en parte por su oposición a los planes de ella de llegar a ser cantante de ópera. Lo que desencadenó el trágico desenlace no está claro. Puede que fuera el carácter controlador de Hitler, su cada vez mayor interés por Eva Braun, o su mal disimulado encaprichamiento con la novia de Goebbels, Magda Quandt, que se hizo del todo evidente en septiembre de 1931. «Hitler está en el séptimo cielo», escribió Goebbels en su diario el 26 de agosto, «bellas mujeres, como a él le gusta», añadiendo que Magda se había pasado bastante de la raya con «el jefe», lo que a él le producía considerable angustia. Quince días más tarde, Goebbels y Magda le comunicaron a Hitler su intención de casarse. Él se quedó visiblemente «abatido», «resignado» y «solo». Hitler «no tiene suerte con las mujeres», opinaba Goebbels, «porque es demasiado blando con ellas», cosa que «a las mujeres no les gusta» porque ellas «deben [tener] a alguien que las domine». «Él quiere a Magda», anotó Goebbels, «y también busca a una chica adecuada con la que más adelante pueda casarse». 105 Todo esto pudo quizás haber agravado las tensiones entre Hitler y Geli. Cualquiera que fuera la razón, a los dos días de haber tenido una discusión con Hitler, el 18

de septiembre de 1931, Geli se encerró en su habitación y se disparó un tiro con la pistola de él. Hitler, que en ese momento se encontraba en Núremberg, regresó a toda prisa a Múnich.

La muerte de Geli supuso un terrible golpe emocional para Hitler. [106] Mucho tiempo después, seguía desconsolado. En un primer momento parece ser que no dijo gran cosa. Pocos días después se quedó sentado «en completo silencio y acobardado» en el piso de Goebbels, sin decir «ni una palabra de Geli». A finales de noviembre, por fin se desahogó. «El jefe habla de mujeres, a las que quiere mucho», escribió Goebbels, «de la [adecuada] que no consigue encontrar», de «las histéricas que le persiguen», y «de Geli, a la que ha perdido y cuya ausencia llora con todo su corazón». En la boda de Goebbels y Magda, en diciembre de 1931, en la que fue el padrino, Hitler se echó a llorar. «Entonces se pone a hablar de Geli», recoge Goebbels. «La quería mucho», y ella era «su "buena camarada"». [107] Aquellas Navidades, escribió su felicitación personal en una postal ribeteada en negro. «Estoy pasando unos días muy tristes», le dijo a Winifred Wagner, añadiendo luego que «hay que superar primero la gran soledad». Hitler explicaba que había pasado recientemente por Bayreuth, pero no había parado en Wahnfried porque «no era capaz de ir a verla, porque –reconociendo con franqueza su ánimo deprimido– no tiene sentido privar a los demás de alegría solo porque uno sea infeliz». [108]

Hitler también tuvo que afrontar las grandes repercusiones políticas. La muerte de Geli, la manera en que se produjo y los rumores que la rodearon constituyeron un desastre desde el punto de vista de su imagen pública. Gracias a las SA , los nazis ya tenían una siniestra reputación de violencia y sodomía. Ahora la prensa enemiga podía emplearse a fondo con el propio Hitler. El hecho de que al parecer mantuviera una intensa y dominante relación con una sobrina mucho más joven y que esta se hubiera pegado un tiro con su pistola se lo ponía en bandeja. Las cosas no pintaban bien. Hitler respondió con una doble estrategia. La primera medida fue limitar los daños. Hitler no fue al funeral celebrado en Viena para evitar que el acto se convirtiera en un espectáculo mediático a su costa, si bien inmediatamente después entró discretamente en Austria para visitar su tumba. Pocos días más tarde, Hitler publicó una «Declaración» negando cualquier ruptura con Geli, así como cualquier intento de impedir que esta se comprometiera con alguien. [109] No desapareció de la escena pública y continuó su extenuante programa de discursos, aunque, según algunos comentaristas, tenía «un aspecto sumamente cansado». [110] Aunque con ciertas dificultades, la crisis pudo irse conteniendo, si bien Hitler continuó siendo blanco de insinuaciones y comentarios sensacionalistas hasta que

llegó al poder.

No obstante, pronto se haría evidente la necesidad de una respuesta mucho más amplia. Por razones políticas, el tufillo de depravación sexual, incesto e histeria que emanaba el séquito de Hitler sería sustituido por un más sano aroma a domesticidad. Heinrich Hoffmann se puso manos a la obra para llevar a cabo un reportaje fotográfico como celebración de la figura de Hitler que apareció en marzo de 1932, seis meses después del suicidio de Geli. Este álbum, titulado «El Hitler desconocido», invitaba a los alemanes a replantearse su concepción de Hitler como hombre. En lugar del resuelto guerrero de la política rodeado de matones homoeróticos y mujeres histéricas, lo presentaba como un «Führer» mucho más domesticado, en contacto con la naturaleza y que, aunque no tuviera hijos propios, amaba a los niños. Las imágenes y el texto enfatizaban su sobriedad y su vida sana: nada de alcohol, tabaco ni carne. 111 Ni rastro de Eva Braun ni de ninguna otra mujer. Alemania tenía a Hitler para ella sola.

A finales de septiembre de 1931, Hitler le anticipó por dos veces a Goebbels que pronto tomarían el poder. 112 De cara a prepararse para este acontecimiento, Hitler ya había empezado a formar nuevas estructuras de partido. En junio había fundado la Escuela Imperial de Formación de Líderes en Múnich. «Lo que esperamos del futuro», dijo Hitler a finales de septiembre de 1931, «debe ser visible en nosotros hoy» para que «nuestra organización actual encarne realmente lo que ha de ser el Tercer Reich», una de las pocas ocasiones en que empleó este término para describir un régimen nazi. 113 El 1 agosto de 1931 nombró a Otto Dietrich su jefe de prensa. A finales de octubre, Hitler convirtió a Baldur von Schirach en «jefe de las juventudes». Pocos días más tarde, estableció el «Consejo Económico» bajo la presidencia de Gottfried Feder, encargado de asesorar sobre los «preparativos para una legislación económica» y «todos los temas fundamentales en materia de política económica». 114 El día de Nochevieja, fundó la «Oficina de Raza y Asentamiento», bajo la dirección de Walther Darré. Los contornos del inminente Tercer Reich se iban haciendo cada vez más visibles.

El problema era cómo quebrar el gobierno de Brüning, que a primeros de octubre había elaborado más legislación de emergencia y parecía dispuesto a funcionar por decreto presidencial en el futuro más inmediato. La clave era el propio presidente Hindenburg, la camarilla de conservadores que le rodeaban y la red, más amplia, de personas influyentes de la derecha que había en la Stahlhelm, entre los terratenientes y en la industria. 115 Una vez más, el objetivo de Hitler en este sentido no era tanto ganarse a estos agentes de poder como neutralizarlos, reduciendo

el instintivo desagrado y desconfianza que les producía el NSDAP . Mantuvo una reunión con la emperatriz Herminia, esposa de Guillermo II, que fue razonablemente bien. Queriendo ir más allá de lo que hasta entonces habían sido contactos poco sistemáticos, en diciembre de 1931 le encargó al empresario de Baden Norte, Wilhelm Keppler, que ya llevaba siete meses trabajando como su asesor económico personal, que estableciera comunicación con empresarios ajenos a los círculos habituales del NSDAP . 116 Hitler le manifestó que él no estaba atado a ninguna parte del programa económico nazi y también su temor a que Otto Wagener, Strasser y Gottfried Feder ahuyentaran al mundo de los negocios con su discurso socialista. 117 Su primer encuentro con Hindenburg tuvo lugar el 10 de octubre de 1931, y aunque Hitler consiguió mejorar un tanto el ambiente, el presidente no ocultó su determinación de evitar que Hitler se hiciera con el poder absoluto. Fue el inicio de un choque entre dos carismas, y en esta ocasión Hitler quedó eclipsado por el anciano. 118

Al día siguiente, los límites de la ofensiva diplomática de Hitler se hicieron evidentes en un mitin conjunto celebrado con la derecha convencional en Bad Harzburg. 119 Este constituyó un rotundo fracaso, al querer cada partido dominar y marginar al otro. Para empezar, Hitler hizo esperar a los nacionalistas y luego se marchó antes de que acabaran sus desfiles. Hubo incluso peleas entre la Stahlhelm y las SA . «Hitler está furioso», anotó Goebbels, «porque uno está tratando de poner al otro contra la pared». 120 El sentimiento era mutuo. Estaba claro, al igual que sucedía con los conservadores bávaros, que lo que tenían en común la derecha nacionalista convencional y Hitler no era suficiente para permitir una alianza estable. No había sitio para los dos en Alemania.

En la estrategia de Hitler seguía siendo clave el mantenimiento de una fachada de estricta «legalidad», en parte para tranquilizar a las élites establecidas, los votantes de clase media y la opinión extranjera, en especial la de Angloamérica, pero también para privar a las autoridades de una excusa para prohibir el partido o sus organizaciones. A mediados de noviembre de 1931, por ejemplo, Hitler volvió a recalcar la necesidad de la «completa legalidad del partido» y su oposición a «cualquier posesión o uso de armas». Se sintió por tanto profundamente avergonzado cuando poco más tarde un cargo desafecto del partido filtró documentos, redactados sin conocimiento de Hitler en el Boxheimer Hof de Hesse por algunas figuras locales del partido, que daban a entender que el NSDAP estaba planeando un golpe o, como mínimo, hacerse con el poder en respuesta a una hipotética toma del poder por parte de los comunistas. Su posterior *Tagesbefehl* (orden del día) a las SA y a las SS pretendía poner

calma. «No incurráis en provocaciones», escribió, «no os dejéis tentar». Esto era tanto más importante cuanto las formaciones paramilitares se estaban expandiendo a una velocidad considerable –solo en el otoño de 1931 se establecieron veintiocho nuevas unidades, cada una del tamaño de un regimiento– [121] y una vez más empezaban a impacientarse. Hitler siempre trataba de moverse por una delgada línea con el fin de impresionar e intimidar al público que acudía a los masivos mítines y que sus hombres se mantuvieran prestos para el combate, procurando al mismo tiempo evitar un brote prematuro de violencia revolucionaria.

Entretanto, Hitler nunca perdió de vista el contexto internacional. En noviembre de 1931, sacó algún tiempo para leer el libro de Julian Corbett sobre la potencia naval británica. [122] También planteó propuestas directas al Duce a través de Renzetti. [123] En diciembre de 1931, Hans Nieland, el jefe del recién creado «Departamento de Asuntos Exteriores», fue enviado a Roma en busca del apoyo de Mussolini. No obstante, el público principal de Hitler era Angloamérica. Alfred Rosenberg fue enviado a Londres. [124] Mientras, Hitler contactó con el embajador americano, Frederic M. Sackett, mediante la intercesión de Emil Georg von Stauss. El encuentro fue bastante poco ortodoxo, dado que las reuniones con la oposición estaban aún peor vistas entre los diplomáticos de lo que están ahora, y no resultó un éxito. Hitler le soltó un largo sermón a Sackett. Al embajador no le convencieron sus argumentos, y también desestimó su cualificación para el cargo, pero sí se quedó impresionado por la «fuerza y la intensidad» de Hitler, que llegaba a transmitirse incluso a través del traductor. [125]

Estos movimientos fueron acompañados de un aluvión de iniciativas mediáticas hacia Angloamérica. A finales de septiembre, Hitler se quejaba ante Sefton Delmer, del *Daily Express* británico, de la «tremenda psicosis de guerra» de Occidente y expresaba sus esperanzas respecto al «inicio de una relación verdaderamente cordial entre el pueblo británico y el alemán». Afirmaba que los directores de algunos de los grandes periódicos de Gran Bretaña y América estaban a favor de una revisión del Tratado de Versalles. Durante el mes de noviembre dio entrevistas al *New York Times* y al *New York Evening Post.* A principios de diciembre, Hitler convocó a los corresponsales de la prensa internacional en el Kaiserhof de Berlín. Al día siguiente concedió entrevistas al *Sunday Graphic* y al *Sunday News.* [126] Tenía incluso programada una alocución por radio al pueblo estadounidense para el 11 de diciembre de 1931, [127] aunque fue vetada por las autoridades de Weimar. Diez años más tarde, les enviaría un mensaje muy distinto, cuando declaró la guerra a Estados Unidos desde el Reichstag.

La intensidad con la que Hitler cultivaba la opinión angloamericana –Goebbels la calificó como «un verdadero bombardeo»– [128] tenía como objetivo sentar las bases de una colaboración, o al menos coexistencia, tras una toma del poder por parte nazi. Para ello recurría, por un lado, a subrayar injusticias pasadas, invocando al «profesor Maynard Keynes de la Universidad de Cambridge» y su crítica del Tratado de Versalles, y por el otro, a la promesa de dirigir el timón con mano firme. «El mundo no debe esperar de mí fuegos artificiales», advertía, «más bien al contrario». «El movimiento nacionalsocialista», aseguró Hitler al *New York Times* , «conseguirá el poder en Alemania mediante métodos permitidos por la actual Constitución, de forma estrictamente legal». Esta cuidadosa formulación, en la que no se hacía mención a las elecciones ni a la democracia, sugiere que Hitler ya estaba pensando en llegar al poder a través de la presidencia, en lugar de mediante el mero voto en las urnas. También prometió que una Alemania nacionalsocialista se haría cargo de sus «deudas privadas», un gesto claramente dirigido a serenar la opinión estadounidense. Estos mismos puntos los expresó en persona ante el embajador de Estados Unidos. Hitler defendió al Estado de Weimar de las acusaciones de haber utilizado préstamos estadounidenses «de forma manirrota» para construir «estadios y piscinas» [129] basándose en que este gasto era necesario para aliviar el desempleo; una señal de su intención de ocuparse del problema de la falta de trabajo mediante un programa de obras públicas una vez que llegara al poder.

Ideológicamente, Hitler se comprometía a combatir la amenaza internacional del bolchevismo y también hacía un llamamiento a la solidaridad racial norteamericana. Apuntando a las supuestas enormes reservas de mano de obra de las colonias francesas en África, afirmaba que «cada escolar estadounidense puede entender [que] una Europa bajo el dominio francés dejará de ser europea y correrá el peligro de convertirse en africana». Hitler continuaba reafirmándose en su creencia de que Estados Unidos debía servir de modelo para Alemania. «Era América», le dijo al *New York Times* , «pese a su inmenso territorio, el primer país que nos había enseñado mediante su ley de inmigración que una nación no debe abrir sus puertas a todas las razas por igual. Dejemos que China sea para los chinos, América para los americanos y Alemania para los alemanes». En otras palabras, decía Hitler, «no queremos otra cosa que una doctrina Monroe para los hombres, mujeres y niños alemanes», [130] una división hemisférica del mundo con las grandes potencias angloamericanas basada, si no en la cooperación, al menos en una política de no interferencia en los asuntos del otro. Entre bastidores, aun con todo el asunto de la política

doméstica de Weimar girando en torno a él, Hitler continuaba recalcando la necesidad de «espacio». Un activista le recordaba gesticulando en su despacho ante el gran mapa de Europa y proclamando «a su debido tiempo, controlaremos inmensos territorios que tendremos que asegurar». 131

La prolongada ambivalencia de Hitler respecto a Estados Unidos continuó igual hasta principios de la década de 1930. Él veía a Alemania embarcada en una lucha por el control cultural que sacaba lo peor y lo mejor de ambas partes. Por un lado, Hitler temía a la cultura popular norteamericana. Arremetía contra las sesiones de «música negra», compuesta por «americanos de escaso talento musical». Alemania, sostenía Hitler, no debía entrar en esta carrera supuestamente cultural hacia el abismo, sino basarse en el alimento espiritual legado por Wagner y Mozart». 132 Por otro lado, aceptaba gustoso una amistosa rivalidad en el plano arquitectónico. Así quedó demostrado con su incipiente interés por la reconstrucción de Hamburgo, la ciudad portuaria por la que pasaban las importaciones, exportaciones y el tráfico comercial de Alemania y de las tierras del centro y este de Europa, y para la que Hitler albergaba grandes planes. Lo que Nueva York representaba a un lado del Atlántico, le dijo a Otto Wagener, es en lo que Hamburgo debía convertirse en el otro. Pero en lugar de rascacielos y la apabullante funcionalidad e impersonalidad de la metrópolis estadounidense, los trasatlánticos que llegaran a Hamburgo irían siendo gradualmente abrazados por las verdes márgenes del cautivador paisaje del río Elba, las casas con entramado de madera de la costa y sus jardines en flor. 133 En este vívido ejemplo queda plasmada la forma en que Hitler imaginaba la futura y pacífica relación entre el nuevo Reich y Estados Unidos, basada en un conjunto común de los denominados valores raciales.

En cambio, Hitler no parecía muy interesado en la Unión Soviética y no la consideraba una potencia mundial en el sentido militar. Obviamente, con sus interlocutores angloamericanos y ante el público empresarial alemán sí resaltaba los peligros del bolchevismo. Sus discursos y sus cartas públicas planteaban una drástica elección entre el «nacionalsocialismo» y el «bolchevismo». Alemania era retratada como un bastión frente a «Asia». El «bolchevismo» podía «o bien conseguir su victoria mundial en el Reich», o ser «aplastado» allí. 134 El peligro, afirmó ante un público de empresarios alemanes, era que el comunismo «había ocupado un Estado» y estaba utilizando esta base para ir poco a poco «conquistando el mundo entero». 135 No obstante, estas afirmaciones tenían algo de táctico y de artificial, y, en privado, Hitler decía no temer tanto una guerra con Rusia como la amenaza de una revolución comunista en Alemania, un tema que llevaba

desarrollando más de diez años. 136 Además, Hitler no había cambiado su opinión de que el bolchevismo estaba aliado y subordinado a las fuerzas del capitalismo internacional. Afirmaba que al mismo tiempo que los partidos marxistas condenaban la economía capitalista con la máxima dureza, trabajaban codo con codo con las «fuerzas de las altas finanzas internacionales y el capital mundial supranacional». 137

9

Cometer los menos errores posibles

A principios de 1932, estaba claro que las cosas le estaban yendo bien a Hitler. La cuestión era que no iban lo suficientemente rápido. La aparición de síntomas como retortijones en el estómago, sudores y otros malestares le tuvieron convencido durante un breve tiempo de que padecía un cáncer. [1] Hitler, en realidad, no tenía ninguna enfermedad grave, solo estaba completamente agotado. Enfrentado a una conciencia cada vez mayor de su propia mortalidad –algo que llegaría a convertirse en una constante dentro de su retórica y su pensamiento– el Hitler de cuarenta y dos años empezaba a pensar seriamente en la cuestión de su sucesor. Fue dentro de este contexto cuando volvió a considerar de nuevo la idea de un senado del partido, que había caído en el olvido desde la costosa remodelación realizada en el lugar destinado a albergarlo dentro de la nueva sede en la Braunes Haus de Múnich. «Sin este senado del partido», señalaba Hitler, «si yo desapareciera prematuramente, se entablaría una lucha por la sucesión en el mando». [2] Los plazos habían vuelto a acortarse. A las aumentadas esperanzas de poder surgidas tras las elecciones de 1930 se añadía la imperativa necesidad de ocuparlo antes de que al propio Hitler se le acabara el tiempo.

El 6-7 de enero de 1932, Hitler fue convocado a una reunión con el *Reichswehrminister* Wilhelm Groener, un estrecho colaborador de Hindenburg, Kurt von Schleicher, y Brüning. [3] Estos esperaban ganar apoyo nazi en el Reichstag, pero ofrecían muy poco a cambio. Las conversaciones se prolongaron varios días. [4] Hitler quería conseguir el poder y no tardó en dar por terminadas las negociaciones. Le ofendía profundamente el hecho de que le trataran como a alguien que se limitaba a congregar a un montón de votantes, para ponerlos al servicio de sus superiores. Hitler les espetó que él no era un simple «tambor» de la «reacción». [5] A partir de entonces adoptó un tono marcadamente estirado con Hindenburg, rechazando los intentos de traer a colación la actitud crítica de potencias «extranjeras» frente a la violencia nazi y acusándole de valerse del artículo 48 para suprimir la democracia, culpando al presidente de tolerar graves «violaciones de la Constitución». [6] Y peor aún, a Hitler empezaba a preocuparle que la derecha conservadora montara un golpe de

Estado que acabaría con todas las esperanzas de una toma del poder por parte de los nazis aprovechándose de su creciente popularidad. 7

Hitler buscaba romper la situación de punto muerto y esquivar un régimen autoritario en manos de los conservadores mediante una estrategia basada en dos pilares. Primero, redobló su campaña para ganarse al electorado conservador. A principios de enero de 1932, el exdiplomático príncipe Viktor von Wied le procuró un encuentro con Konstantin von Neurath, embajador en Londres y fiel partidario de la derecha conservadora. No sabemos lo que pasaría entre ellos en esta ocasión, salvo que Hitler le preguntó a Neurath si estaría dispuesto a ocupar el cargo de ministro de Asuntos Exteriores en un futuro gabinete presidido por él. 8 A finales de enero, Hitler aprovechó la oportunidad de hablar ante el reputado «Club Industrial» en Düsseldorf, capital de la industria pesada alemana. 9 Su discurso recibió gran difusión y en muchos casos el acto fue interpretado como un respaldo por parte de sus anfitriones. En realidad, entre los asistentes no hubo tantas personalidades como habría cabido imaginar –la mayoría de las figuras importantes de la industria armamentística, del acero y del carbón no asistieron–, pero la entusiasta acogida que le prestaron indicaba claramente hasta qué punto Hitler estaba ganando terreno. Como mínimo, las grandes empresas, que continuaban apoyando a otros partidos en mayor medida, estaban empezando a suscribir «pólizas de seguro» también con el NSDAP . 10 Aunque no hubo referencias directas a los judíos, las menciones indirectas fueron numerosas. 11 El lenguaje anticapitalista quedó un tanto silenciado durante los meses siguientes. Sin embargo, no dio tregua en el ataque al capitalismo internacional. «El nacionalsocialismo», reiteró a mediados de febrero de 1932, anteponía la vida de las personas a «los intereses del capital financiero internacional, que han conducido a la destrucción de todos los pilares naturales en los que se apoyan el pueblo y la economía alemanas». 12

La otra forma de romper el bloqueo era que el propio Hitler se hiciera con la presidencia o, al menos, que utilizara su candidatura para sembrar la discordia entre Hindenburg y Brüning. 13 A finales de enero de 1932 comentó la idea con Goebbels. «Todavía sigue sin decidirse», dejó anotado Goebbels, añadiendo: «Yo abogo por su candidatura», porque «solo él puede sacar a Hindenburg de la pista». 14 Había un problema inmediato que solucionar. El presidente tenía que ser un ciudadano alemán y Hitler era apátrida, no tenía posibilidad de nacionalizarse en ninguno de los *Länder* importantes. Su única esperanza residía en ser nombrado para un cargo público en alguno de los Länder más pequeños, que podían así concederle

la ciudadanía local y, a partir de ella, la de todo el Reich. Afortunadamente para Hitler, los nazis habían ganado poder en Brunswick, y el pequeño cameo posterior fue un ejemplo del carácter fragmentado del sistema de gobierno alemán que Hitler tanto deploraba. Los intentos de nombrarle profesor extraordinario para «el estudio orgánico de la sociedad y la política» por la Universidad Técnica no llegaron a buen puerto, pero a cambio fue nombrado consejero del Estado. [15] Hitler era al fin ciudadano alemán, casi veinte años después de haberse alistado para luchar por el Reich.

La estrategia nazi para la campaña presidencial fue cuidadosamente pensada. En primer lugar, declaró Hitler, había que esperar a que el SPD diera su apoyo a Hindenburg, lo que le colocaría en la izquierda del panorama político. Solo entonces Hitler se pronunciaría. El plan era «maquiavélico», comentaría Goebbels, «pero acertado». [16] La esperanza se basaba en que Hitler tenía primero que ganar a Hindenburg y luego mantener su posición en la segunda vuelta. Hábilmente, trató de tender una trampa a su venerable rival –que gozaba de un estatus icónico por su actuación como comandante supremo durante la guerra– dejándole como viejo y desconectado de la realidad, además de manchado por su politización durante la República de Weimar. «Lamentamos», anunció a mediados de febrero de 1932, «que el capitán general Von Hindenburg se haya dejado convencer para que su nombre sea utilizado en esta lucha». La elección de las palabras era reveladora: no es que el anciano estuviera permitiendo solo que usaran su nombre, sino que lo «utilizaran». [17] Hitler, no obstante, tenía que andarse con cuidado, ya que cualquier falta de respeto podía volverse contra él. [18] Por esta razón, dio instrucciones estrictas de que no se produjeran ataques «personales» contra Hindenburg. [19]

Los nazis estaban seguros de su éxito. Pocos días antes de la primera ronda de votaciones, Hitler predijo ante periodistas extranjeros que conseguiría doce millones de votos. En realidad consiguió 11,3 millones; Hindenburg, más de dieciocho millones. Era un aumento significativo respecto a las elecciones al Reichstag de 1930, pero en ningún caso suficiente para hacerse con la presidencia. Hitler, como comentaría Goebbels, quedó «totalmente sorprendido» por el resultado. [20] Pero no era cuestión de echarse atrás ahora. Hitler se volcó en la segunda ronda de la campaña. Reduplicó su mensaje de «cambio» y sus ataques al «tradicionalismo». «El nacionalsocialismo», anunció a finales de marzo de 1932, tenía como objetivo «instaurar un nuevo ideal político» sobre «las ruinas de la burguesía y la ideología proletaria». Un futuro «régimen nazi»,

añadió, en caso de que no quedara claro su significado, «no representará un retorno al pasado». Hitler quiso subrayar la fuerza y la modernidad de su mensaje tratando –sin éxito, ya que las autoridades se lo prohibieron– de dirigirse al pueblo alemán a través de la radio [21] y embarcándose en un vertiginoso *tour* en avión por todo el Reich. A sugerencia de Hanfstaengl, incluyó a un periodista en cada vuelo, a menudo británico o norteamericano, una medida copiada de la estrategia de campaña de Franklin Delano Roosevelt. [22]

Hitler también trató de dividir a la coalición conservadora que daba apoyo a Hindenburg. A finales de marzo de 1932, se reunió con representantes del Christlich-Soziale Volksdienst (CSVD), un pequeño partido de la derecha más moderada, que sostenía a Brüning en el Reichstag. Su esperanza era disuadirles de prestar su apoyo a una solución autoritaria para la ya larga crisis y contar con su respaldo para la segunda ronda de las elecciones presidenciales. La reunión no fue ni mucho menos un éxito. El CSVD anunció su intención de apoyar a Hindenburg. «No se puede discutir con Hitler», señaló uno de sus interlocutores, porque «"el otro" siempre está equivocado si mantiene una opinión diferente a la de Hitler». Uno de ellos predijo: «Si Hitler llega al poder, esto solo puede terminar en catástrofe». «Dios proteja a nuestra patria», continuaba diciendo, «para que este hombre no controle nuestro destino». [23]

La permanente controversia que envolvía al jefe de las SA , Ernst Röhm, no ayudaba en nada, especialmente dada la conocida aversión de Hindenburg por la homosexualidad. [24] A principios de marzo de 1932, en el punto álgido de la primera ronda de la campaña a las elecciones presidenciales, un semanal socialdemócrata publicó varios extractos de cartas que dejaban su homosexualidad fuera de toda duda. El escándalo estuvo coleando durante más de un mes, con el consiguiente daño para el partido y para la persona de Hitler, pero pese a que no fuera de su agrado, Hitler se negó a echar a Röhm a los leones. «Hitler no quiere abandonar a Röhm», anotó Goebbels en su diario, «pero él está decididamente en contra de los maricas». [25] A primeros de abril, Hitler se sintió obligado a emitir un comunicado público apoyando a Röhm y condenando las «sucias y repugnantes maniobras» llevadas a cabo contra él. [26]

Durante las dos rondas de la campaña a las elecciones presidenciales, Hitler no varió el núcleo de su mensaje. La política exterior continuó constituyendo una de sus primeras preocupaciones y ocupando un lugar destacado en sus declaraciones públicas y privadas. [27] Hitler continuó echando la culpa de los males internos de Alemania a su inferioridad internacional, claramente plasmada en el Tratado de Versalles y el régimen

de reparaciones. «El pueblo alemán», lamentaba, llevaba «sufriendo desde noviembre de 1918 una difícilmente soportable privación espiritual, política y material»; la derrota les había «estampado el sello de ciudadanos de segunda clase del mundo». Criticó ferozmente el Plan Young, su vieja pesadilla, por la «completa destrucción de la economía alemana». Por encima de todo, Alemania sufría la «limitación de [su] espacio vital». La «privación política», en resumen, se había «convertido en privación económica». Dondequiera que fuera a hacer campaña para su candidatura presidencial, ya fuera Hamburgo, Stettin o Leipzig, Hitler remachaba el mismo y consabido tema. 28

Durante la campaña, la actitud de Hitler hacia las mujeres se vio cuestionada. No era un asunto sobre el que él hubiera dicho o escrito mucho hasta entonces. Había llegado el momento de rebatir las afirmaciones de que él «quería despojar a la mujer alemana de sus derechos y que dejaran sus trabajos». Hitler respondió a ellas diciendo que «no hay batalla para el hombre que no sea también una batalla para la mujer». Desde su perspectiva, la mujer tenía una función principalmente reproductora, la de generar y criar el mayor número posible de niños sanos para Alemania. Hitler definía a la mujer como «el elemento más pequeño pero más valioso dentro de la estructura de todo el Estado», en virtud de la maternidad. 29 En privado, Hitler estaba incluso dispuesto a dejar a un lado la moralidad convencional en la medida que esto condujera a un aumento del número de nacimientos «racialmente valiosos». Por ejemplo, cuando Magda Goebbels comunicó temerosa su descubrimiento de que sus padres no estaban casados cuando ella nació, Hitler se rio de este embarazoso hecho, lo cual podía haber sido aprovechado por los medios de prensa que le eran hostiles. 30

El 3 de abril de 1932 despegó el primero de los varios «vuelos sobre Alemania» que realizaría Hitler y que finalizó el 9 de abril. Al día siguiente, Alemania volvía a votar de nuevo. Hitler consiguió 13,4 millones de votos, es decir, el 36,8 % del total. Si muchos de estos votos se emitieron principalmente con la esperanza de ganar espacio en el este o la de solucionar el «problema judío» es algo que no podemos saber, si bien solo los votantes sordos o analfabetos podían ser completamente ignorantes del diagnóstico emitido por Hitler. De una forma o de otra, tanto si constituyó o no una autorización para la agresión o el genocidio, el resultado fue muy considerable, si bien en ningún caso suficiente para desalojar a Hindenburg de la presidencia. Hitler no lo sabía, pero el voto nazi había, en efecto, tocado techo. De lo que sí era consciente es de que tenía un problema en sus manos. «Ustedes no tenían un jefe de Estado que

estuviera en su contra», reflexionaba Hitler en una entrevista dada a un periódico italiano; de hecho, «el rey al final mandó llamar a Mussolini, mientras que yo tengo al presidente Hindenburg en mi contra», un hombre «que todavía goza de un indiscutible respeto por su persona». 31

No obstante, no había tiempo para grandes análisis, ya que casi inmediatamente el NSDAP se vio lanzado a una nueva ronda de campañas. A finales de abril de 1932, había elecciones programadas para los Landtag de Prusia, Baviera, Wurtemberg, Anhalt y Hamburgo, áreas que en conjunto sumaban el 80 % de la población del Reich. Hitler volvió de nuevo a surcar los cielos entre el 16 y el 22 de abril, para pasar una semana «volando sobre Alemania». Varios obstáculos se interpusieron en su camino, especialmente la prohibición de las SA . 32 Los resultados de estos comicios, celebrados el 24 de abril, no arrojaron cambios respecto a la segunda ronda de las elecciones presidenciales días antes de aquel mismo mes. El agotador ciclo electoral continuó en Oldenburgo y Mecklemburgo-Schwerin, donde el NSDAP consiguió mayorías absolutas. Este fue el mayor avance conseguido por el partido a escala regional, 33 tras su falso arranque en Turingia.

A finales de mayo, Brüning presentó su dimisión a la cancillería. Se convocaron elecciones al Reichstag para el mes de julio. Hindenburg nombró canciller al aristócrata católico conservador Franz von Papen. Hitler todavía confiaba en que la ruta electoral le llevara al poder. Al día siguiente de la dimisión de Brüning, dijo durante una reunión en Wismar que esperaba que el partido siguiera creciendo «hasta ganarse al último alemán», un sentimiento que repitió en varias ocasiones durante el resto del año. 34 Hitler no se dejó disuadir por el revés sufrido a finales de junio en las elecciones al Landtag de Hesse, donde el NSDAP quedó muy cerca de conseguir la mayoría absoluta. Su tercer «vuelo sobre Alemania» fue el más largo, ya que duró dos semanas, en la segunda mitad de julio. Durante la campaña, Hitler habló en más de cincuenta pueblos y ciudades. En términos de intensidad, innovación tecnológica y puro bombo publicitario, las campañas nazis de 1932 fueron distintas a todas las que Alemania había vivido hasta entonces. Otto Dietrich, que acompañó a Hitler en la mayoría de los viajes en calidad de su secretario de prensa, calculó tiempo después que para finales de año habían recorrido 50.000 kilómetros por aire y 25.000 por carretera. «La propaganda política,», escribió, «llegó incluso a hacer sombra a la de los norteamericanos» [en ese momento Roosevelt estaba llevando a cabo su propia y victoriosa campaña]. 35

Los temas de la campaña de Hitler fueron los de siempre: la necesidad de inculcar en los alemanes la unidad nacional reconciliando el socialismo

y el nacionalismo, y prohibir «la locura y los prejuicios de clase». [36] El capitalismo y los judíos recibieron los palos acostumbrados y la derecha nacionalista fue duramente criticada no solo por ser «projudía», sino también instrumento del «capitalismo codicioso». [37] Como era habitual, no dijo mucho sobre la Unión Soviética en sí, pero arremetió contra «la escoria asesina de la hermandad criminal comunista» y las «consignas engañosas de los marxistas». Aunque los comunistas seguían siendo el blanco principal de la violencia callejera, no eran la preocupación más importante de Hitler. Este siguió subrayando por encima de todo la necesidad de conseguir el *Lebensraum* , que una vez más definió como una «fuerza determinante e impulsora» muy superior a cualquier consideración sobre la «exportación e importación y la economía mundial». El *Lebensraum* era, en resumen, su programa político. A los que exigían respuestas concretas a los problemas políticos y económicos del momento, Hitler les siguió respondiendo, como siempre, con el poder curativo de la ideología. «Los futuros imaginados», explicaba, eran «las realidades más poderosas que existen en las vidas de los pueblos». [38]

Una de las personas que se vieron arrastradas por el mensaje y la retórica de Hitler fue la directora de cine de veintinueve años Leni Riefenstahl. A principios de aquel año, Leni asistió a uno de los discursos que Hitler dio en el Sportpalast de Berlín. «Me pareció», recordaría más tarde, «como si la tierra se abriera frente a mí, como un hemisferio que se partiera de repente por la mitad [y] del que brotara un increíble chorro de agua», con tanta fuerza, afirmaba, «que llegaba hasta el cielo y hacía temblar la tierra». «No hay duda de que», añadió Riefenstahl, «quedé contagiada». Tras leer *Mein Kampf* atentamente, escribió a Hitler a mediados de mayo de 1932 y consiguió un encuentro con él hacia finales de ese mes. Hitler, que era profundamente consciente de la necesidad que el partido tenía de dominar el medio cinematográfico, reconoció de inmediato el talento de Riefenstahl. «Si alguna vez llego al poder», se supone que le dijo, «usted hará mis películas». [39]

Hitler pretendía distanciarse del «gabinete de barones» o «club de caballeros» de Papen y se retrataba a sí mismo como el defensor de los alemanes corrientes frente a una élite distante, y en el caso de Hindenburg, envejecida. Estaba abierto, no obstante, a la colaboración con conservadores si se atenían a sus condiciones. Cuando dos emisarios del gigantesco conglomerado de empresas químicas IG Farben fueron a hablar con él en junio de 1932, Hitler les recibió con una entusiasta bienvenida, pese a los anteriores ataques nazis a la compañía en los que la calificaba de nido de «judíos codiciosos» y de instrumento del supuesto capitalismo

internacional judío. 40 Su plan para producir combustible sintético encajaba perfectamente con su concepción autárquica, y también les habló de su proyectado sistema de autopistas para Alemania. Hitler también dio visos de cierta flexibilidad respecto a la restauración de los Hohenzollern. Pese a la hostilidad que llevaba largo tiempo mostrando hacia las diversas casas principescas y a la anterior familia imperial, Hitler temía una confrontación directa. «Hitler está a favor de una monarquía purificada», escribió Goebbels el primero de junio de 1932, y al parecer es cierto que realmente jugó, aunque por breve tiempo, con la idea de hacer regente al príncipe Augusto Guillermo (Auwi) y, en última instancia, emperador a su hijo Alejandro. «Hitler», creía Goebbels, «exagera los instintos [pro-] Hohenzollern entre la gente». 41

Dada la tensa relación entre el centralizador gabinete de Papen, que solo podía apoyarse en la autoridad de Hindenburg, y los gobiernos democráticamente elegidos, no es de extrañar que el viejo problema del federalismo alemán volviera a salir a la palestra. Hitler describió al NSDAP como el «guardián de la unidad del Reich» frente a «ciertas camarillas pertenecientes al BVP » y, embistiendo contra un molino de viento ya muy antiguo, «a los separatistas renanos». 42 En efecto, Hitler seguía teniendo entre ceja y ceja al BVP , como mínimo tanto como a los comunistas. 43 El antisemitismo de Hitler, en cambio, se vio un tanto amordazado durante la campaña, tanto dentro como fuera de Alemania. En julio de 1932, publicó una entrevista con la revista norteamericana *Liberty* , que en muchos aspectos era una copia idéntica de otra que había dado al mismo periodista, George Sylvester Viereck, en 1923, incluidas las alusiones directas a la necesidad de *Lebensraum* en el este, pero sin las diatribas contra «los judíos». 44

Cuando a finales de julio de 1932 se hizo el recuento de votos, el NSDAP había conseguido 13,7 millones de votos, unos 300.000 más que en las elecciones presidenciales, pero alcanzando el mismo porcentaje (37 %) que entonces. Para aquellos que venían siguiendo de cerca la trayectoria del partido desde abril, el mensaje estaba claro: Hitler había tocado techo. Ahora tendría que tratar una vez más de utilizar su importante representación electoral para convencer a Papen, y en última instancia a Hindenburg, para que le nombrara canciller y gobernar mediante decreto presidencial. Dada la imperiosa necesidad por parte de estos de contar con respaldo parlamentario para sus decretos de emergencia, el acuerdo entraba dentro de lo posible. El 5 de agosto, Hitler se reunió con el general Kurt von Schleicher, entonces ministro de Defensa. Ocho días más tarde, Papen y Hindenburg se sumaron a ambos en otra reunión. En un principio no

estaban dispuestos a ofrecerle a Hitler más que la vicecancillería, a cambio de que el NSDAP formara parte de la coalición de gobierno, un cáliz envenenado para Hitler. Este rechazó «entrar a formar parte de un gobierno que no encabecemos nosotros». [45] No se llegó a un acuerdo. Hindenburg fue tajante: no podía «ante Dios, ante su conciencia ni ante la patria» entregar todo el poder de gobierno a un partido como el NSDAP , que tenía «una actitud tan sesgada hacia los que pensaban de forma diferente». [46] Más adelante haría públicos estos sentimientos, para indignación y bochorno del NSDAP . Hitler seguía sintiéndose excluido, y aquel mismo día se retiró a su residencia del Obersalzberg a reflexionar sobre sus opciones.

Dentro del NSDAP en sí, la primera prioridad de Hitler fue la gestión de las expectativas. El momento más crítico para cualquier movimiento, adaptando a Tocqueville, llega cuando está al borde del éxito o parece estarlo. Es el momento en que la disciplina empieza a resquebrajarse y las emociones reprimidas afloran a la superficie. Poco antes de la votación de julio, tal vez presintiendo que la marea electoral no le llevaría tan lejos como él deseaba, Hitler subrayó la necesidad de tener paciencia. Qué «importaban tres o cuatro o diez años» en la «gran marcha de la historia alemana», preguntaba Hitler. «Si se quiere hacer realidad un gran proyecto», continuaba, «es mejor que llegue a su meta en cinco o diez años» que «hacer peligrar prematuramente una buena causa». Conformarse con los meros adornos del poder, argumentaba Hitler, sería una traición a la misión del partido. Él luchaba, afirmaba, «no por puestos ministeriales o por sillones [parlamentarios]», sino «por el poder político en Alemania». «Yo no sé si alcanzaremos nuestro objetivo hoy», les dijo en aquel momento, pero, si no, «lo haremos en diez o veinte años», porque «la juventud es nuestra y por tanto también lo es el futuro». [47] Este tipo de teorización a largo plazo era típica de Hitler.

Sin embargo, a primeros de agosto de 1932, para muchos leales al partido, especialmente las SA , las palabras ya no bastaban. Querían recompensas a los años de sacrificio y estaban frustrados por no haber conseguido una mayoría absoluta en julio y por el fracaso de las posteriores negociaciones con Papen. [48] Algunos demandaban una acción revolucionaria inmediata para tomar el poder. Hitler era perfectamente consciente de sus quejas, porque le pidió a Röhm que distribuyera un cuestionario entre las bases de las SA . [49] Otros, como Gregor Strasser, exigían compromisos para entrar en un gobierno de coalición. Ambas tendencias representaban una seria amenaza a la estrategia y la autoridad de Hitler. Este se vio gravemente comprometido por el brutal asesinato de

Potempa, ocurrido en agosto de 1932, cuando las SA mataron a patadas a un comunista en paro delante de su familia. [50] Las SA también fueron teniendo cada vez más trifulcas con el grupo de Stahlhelm y con otros grupos de derechas, complicando de este modo las relaciones de Hitler con la derecha convencional. El resultado de las elecciones de julio había demostrado que las SA eran un lastre para los votantes. El 13 de agosto, el mismo día de su fallida reunión con Papen y Hindenburg, Hitler les dijo a las SA que se dispersaran durante dos semanas.

En torno a esta misma época, Hitler sufrió otro revés personal. Desde el suicidio de Geli Raubal, él no había dejado de darle vueltas a su pérdida. Cuando Ferdinand Liebermann esculpió un busto de ella, se conmovió tanto que se le llenaron los ojos de lágrimas. [51] Más adelante, ese mismo año, Hitler fue a hacer una breve visita a la tumba de Geli en Viena, sin que esto fuera óbice para que echara de menos tener una nueva mujer. [52] Las dos por las que mostraba más interés, Helene Hanfstaengl y Magda Goebbels, estaban ya casadas. Hitler no ocultaba a Goebbels el entusiasmo que sentía por su esposa, «a la que admira mucho y considera la mujer más guapa, amable e inteligente». [53] Es posible que también tuviera algún devaneo con la hija del *gauleiter* de Kurhessen, Karl Weinrich. [54] No obstante, con la única con la que estableció una relación permanente fue con Eva Braun. Hitler se quedó profundamente impactado cuando esta trató de suicidarse en el otoño de 1932. [55] Hitler acudió a toda prisa al hospital con un ramo de flores. Ella se recuperó rápidamente y, a diferencia del caso de Geli Raubal, esta vez no hubo escándalo público. De cara al público, Hitler continuaba describiéndose como «soltero». [56]

Estaba claro que el principal enemigo de Hitler se encontraba a su derecha. A fin de desestabilizar a Papen, y evitar la posibilidad de un golpe de Estado de los conservadores, Hitler redobló entonces la retórica contra el «gabinete de barones» conservador. También arremetió contra los partidos, organizaciones y periódicos «burgueses», término que en su vocabulario equivalía a un insulto. Tres días después de su desastrosa reunión con Hindenburg, Hitler atacó a los «reaccionarios burgueses» que se limitaban a perseguir sus intereses «corporativos y de clase». [57] Hitler reiteró las credenciales revolucionarias y anticapitalistas del nazismo y negó ser un mero «tambor» del *establishment* conservador. Cuando a finales de agosto Papen anunció en Münster nuevos decretos de emergencia, que fueron muy bien recibidos por las empresas al ofrecer rebajas fiscales y a la vez muy poca creación de empleo directo, la prensa nazi se le echó encima. Hitler necesitaba demostrar la ilegitimidad y la insostenibilidad del gobierno de Papen mostrando su total ausencia de

apoyo popular y parlamentario. «Tal vez sea posible gobernar sin el Reichstag», expresó muy directamente a finales de agosto de 1932, «pero no es posible gobernar sin el pueblo»; en efecto, dijo, «ningún gobierno puede sobrevivir» sin «una conexión real con el pueblo». 58 Hitler también había llegado a la conclusión de que tendría que sacar al mismo Hindenburg de la presidencia. Para hacerlo, Hitler se acercó a los otros partidos de Weimar, que estaban igualmente preocupados por las intenciones de Papen. Justo a finales de agosto, después de que Hindenburg hubiera rechazado definitivamente las exigencias nazis, se reunió con Göring, Röhm y Goebbels en un cónclave secreto. 59

Se estableció contacto con el Partido de Centro Católico, que, aunque era contrario a los nazis ideológicamente, reconocía la representación electoral de Hitler y temía la «dictadura de la clase dominante» de Papen. 60 Aunque formar una coalición negro-marrón en el Reichstag era matemáticamente posible, resultaba improbable por otras razones. Las negociaciones se iniciaron el 30 de agosto de 1932. El objetivo de Hitler era socavar aún más a Papen y evitar que el Partido de Centro se echara atrás o tolerara un golpe de Estado dirigido a mantener a los nazis fuera del poder. El Partido de Centro aceptó en principio apoyar a Hitler como canciller, previa aprobación de Hindenburg. En materia de política económica, ambos estaban en contra de los decretos de Papen. Hitler estaba decidido a forzar nuevas elecciones y, durante una reunión de líderes nazis celebrada el 8 de septiembre, se impuso a Gregor Strasser, que quería unirse o al menos tolerar un gabinete de Schleicher. 61 «Hitler va a ir a por todas», escribió Goebbels. «Hindenburg debe ser depuesto por el Reichstag. Es un plan audaz». 62 Hitler aprovechó entonces la ocasión para derribar a Papen. Cuando dos días después los comunistas propusieron un voto de censura al gobierno, ordenó a sus diputados que lo apoyaran. El Partido de Centro y los socialdemócratas se unieron. El gobierno sufrió una desastrosa derrota de 512 votos a 42. Herido de gravedad, Papen no tuvo más remedio que convocar nuevas elecciones para primeros de noviembre. Hitler tenía otra oportunidad de conseguir una mayoría absoluta.

Entretanto, Hitler trató de mantener controlado al partido y, especialmente, a las SA . La moral estaba baja. «Las SA , en depresión», escribió Goebbels. 63 Tanto él como otros ansiaban una lucha abierta contra «el sistema». Hitler les decía, sin embargo, que había que esperar el momento oportuno. En lugar de acciones revolucionarias, Hitler predicaba el «atentismo». A lo largo del otoño y durante el resto del año, invocó la retórica, no ya de la resistencia, sino de la inevitabilidad. «Yo no venderé al partido a cambio de ningún título», afirmó. «¡Yo seguiré luchando! Uno,

dos años, [o incluso] tres». Su gran «rival», señalaba Hitler, tenía ochenta y cinco años, y él tenía cuarenta y tres años rebosantes de salud. Convencido de que el «destino» estaba de su parte, Hitler confiaba en que «finalmente llegará nuestro turno», y añadía, «yo no me rendiré». Hitler se encontraba inmerso en una guerra de desgaste, en la que contaba con la posibilidad de un avance electoral, un cambio de actitud por parte de Hindenburg y su séquito, o simplemente aguantar más que sus adversarios. Este era un Hitler muy distinto al aventurero asustado de 1923. A finales de 1932, se demostró a sí mismo tener nervios de acero. «Hoy día solo necesitamos una cosa», dijo en el Gautag del NSDAP , «y es mantener la calma. Mantener la calma y no ceder». 64

Entretanto, Hitler comenzó a preparar el camino al poder. A Goebbels le prometió el control de la propaganda y la educación. «Debatimos los problemas de la toma del poder», informó Goebbels después de una larga sesión nocturna. «Hablamos de la cuestión de la educación del pueblo», escribió. «A mí me tocarán las escuelas, universidades, cine, radio, teatro [y] propaganda». Eran unas competencias enormes. «La educación nacional del pueblo alemán», escribió Goebbels, «estará en mis manos». 65 A primeros de septiembre de 1932, Hitler fundó la «Oficina de Política Militar» (Wehrpolitisches Amt) del NSDAP . Dándose cuenta de que Alemania necesitaría recuperar su seguridad militar «externa» y restablecer su capacidad de defensa «interna», Hitler afirmó que el pueblo alemán esperaba «una participación equivalente en la construcción de la defensa territorial» por parte del partido. Con este fin, Franz Ritter von Epp, un veterano de guerra bávaro y miembro del Reichstag por el Partido Nazi, fue encargado de establecer «los principios… que serían decisivos para la integración de las fuerzas armadas dentro del Estado». 66 Así, cuando llegara el momento, Hitler y el movimiento podrían entrar en acción de inmediato.

En el otoño de 1932, Hitler se lanzó de lleno a la nueva campaña para las elecciones al Reichstag. 67 Luchó en múltiples frentes, contra todos sus enemigos: la «judería de Berlín, el club de caballeros [y] los partidos burgueses». 68 La fuente de los males económicos de Alemania, continuó argumentando, era política, el sometimiento externo del Reich se debía a su debilidad interna. «Alemania está enferma», afirmó Hitler, «la economía alemana se está derrumbando», pero «solo porque su poder político se está derrumbando». La derrota, sostenía, había conducido a unas reparaciones de guerra y a una esclavitud de la deuda que habían provocado la pobreza a la que Alemania tenía que enfrentarse cada día. De hecho, Hitler se apuntaba el tanto de haber predicho todo esto incluso durante los años

económicamente prósperos de la República de Weimar. «Esta es la desintegración económica de la nación alemana que yo ya había pronosticado», dijo, «simplemente porque yo no permití que los llamados *booms* me distrajeran del hecho de que cuando la política se derrumba, la economía se derrumba con ella». 69

Dado que la política era el problema, la política era también la solución. «En primer lugar se debe acabar con las divisiones alemanas», afirmó, «y luego se podrá acabar con la escasez alemana». Por este motivo, pocos días antes de la votación, Hitler hizo un llamamiento a una «Comunidad del Pueblo» que «poco a poco» iría reconciliando a los alemanes «de todas las profesiones, clases y sectores confesionales». Para todo el proyecto era clave, por último, abordar la cuestión judía. En comparación con los primeros nueve meses del año, hubo un aumento sensible de la retórica antisemita de Hitler, consecuencia del creciente distanciamiento con las viejas élites. Dicha retórica iba en parte dirigida contra «el bolchevismo judío internacional», pero la mayoría apuntaba a la camarilla capitalista que supuestamente apoyaba a Papen. Así, Hitler denunció en repetidas ocasiones el programa económico del gobierno como escrito «en gran parte por el judío Jakob Goldschmidt [exdirector del Darmstadt Bank]». «O el pueblo alemán escapa de las garras de los judíos», advertía, «o acabará descomponiéndose». 70

En una interesante «carta abierta» al canciller Papen, Hitler rechazaba las «reformas» domésticas cortoplacistas. El «deber supremo de un verdadero hombre de Estado», argumentaba, era «la mejora de la sangre del cuerpo político del pueblo». El problema, afirmaba Hitler, era que los «valores de sangre» de Alemania habían sufrido un «deterioro durante breves periodos de tiempo», pero «mejorarlos requería periodos de tiempo más largos». Esta era la razón por la que la falta de espacio vital resultaba fatal. Hitler retomó entonces la conexión entre espacio y raza, entre *Lebensraum* y nivel de vida, que había dado forma a su pensamiento desde mediados de la década de 1920. Volvió a hablar de la desesperada necesidad de solucionar el desequilibrio entre el espacio vital que el pueblo alemán tenía en aquel momento «asignado» y el que necesitaba a partir de su «número», «capacidades genéticas» y los «correspondientes requisitos culturales y [expectativas] de nivel de vida general». 71 Las dos posibles soluciones internas, esto es, las exportaciones («mandar fuera la capacidad de trabajo alemán en forma de productos») o la emigración («la deportación de mano de obra alemana en forma de emigrantes»), o bien no funcionaban, en el caso de las exportaciones, o eran inaceptables, en el segundo caso. Una vez más, Hitler estaba ofreciendo al pueblo alemán una

salida a su penuria doméstica a través de la expansión territorial externa; de hecho, a través de una guerra de agresión.

Durante toda la campaña, Hitler se enfrentó al sistema, rebelándose ante la idea de ser un mero «tambor» de las viejas élites. Se presentó a sí mismo como el defensor de la Constitución de Weimar frente a las reaccionarias tendencias golpistas de Papen y sus compinches. «Según la Constitución imperial», insistió, «estoy legalmente capacitado para que se me confíe el gobierno». Señaló con toda claridad que mientras que el NSDAP llevaba más de una década siendo perseguido debido a su presunta ilegalidad, ahora era Papen el que había abandonado la Constitución. Haciendo alusión a los Borbones, se burló de Papen y sus hombres calificándoles de «políticos de la Restauración, que no habían ni aprendido ni olvidado nada» y mencionó la «Reacción Hungenberg-Papen». Recurriendo al repertorio populista, Hitler se declaró «contra el dominio de Junker y los barones de chimenea» y «a favor de los granjeros y trabajadores de la Baja Sajonia». Hitler también atacó a los «partidos burgueses», que metía en el mismo saco que la «judería de Berlín». Hizo mofa no solo de los «políticos burgueses» y las «banderas burguesas», sino de toda la «mentalidad burguesa». Por si alguien no captaba el mensaje, Hitler concluyó que el pueblo alemán «debe por lógica ser alejado de los conceptos burgueses tanto como del mundo de las ideas marxistas». 72 Como para subrayar su determinación de romper con los moldes burgueses, el NSDAP y el KPD participaron en una simbólicamente importante huelga conjunta del transporte el 2 de noviembre de 1932, solo pocos días antes de la votación.

Por último, Hitler también se volvió contra sus críticos internos. A mediados de octubre de 1932, anunció que se negaba a ser un «ministro de adorno» de otro gabinete presidencial que trataría no solo de «no dejarle trabajar, sino de callarle la boca». Tres días después, Hitler anunció que no tenía intención de ocupar el puesto de ministro del Interior, ya que eso le daría cobertura política al plan del gobierno de reprimir a «las masas». Dijo que él «no se había subido al tren» del 13 de agosto en la reunión fracasada con Hindenburg «porque no tenía intención de bajarme otra vez a los pocos meses». «Por principio, yo no me subiré a ningún tren», siguió diciendo, «que vaya en una dirección completamente distinta a la mía, o que yo sepa que va a descarrilar». «Cuando lleguemos al poder», prometió Hitler, «será para mantenernos en él». «Quienquiera que haga su entrada en la capital», sentenció, «debe permanecer allí». 73 Hitler no pudo haber sido más claro: una vez que estuviera en el poder, no tenía ninguna intención de entregarlo.

De modo que Hitler volvió una vez más a recorrerse de un lado a otro el país convenciendo, motivando y reprendiendo, con su agotador programa

de discursos. Entre el 11 de octubre y el 5 de noviembre realizó su cuarto «vuelo sobre Alemania». No fue, en todo caso, una progresión triunfal hacia una inevitable conquista del poder. «En nuestros viajes por el Reich», recordaría no mucho después su secretario de prensa Otto Dietrich, «percibimos, pese a toda la simpatía y el afecto, el recelo por parte de camaradas nacionales que nos mostraron su desdén o su inquietud», y «además de estrechar muchas manos, vimos puños cerrados y rostros contraídos por el odio». 74 Para mediados de octubre de 1932, en efecto, pudieron apreciarse inconfundibles síntomas de cansancio y desilusión hacia los nazis. Cuando Hitler habló en el Gran Palacio de Congresos de Núremberg, no consiguió llenarlo: los 10.000 espectadores que asistieron fueron notablemente menos que los que habían acudido en visitas anteriores aquel mismo año. 75

Cuando el 6/7 de noviembre de 1932 se conocieron los resultados, la reacción fue de gran desilusión, pero no de absoluta sorpresa. El NSDAP había perdido unos dos millones de votos y 34 escaños; los comunistas habían hecho progresos importantes. El 8 de noviembre, el mismo día que Franklin Delano Roosevelt arrasó con su victoria en las elecciones presidenciales de Estados Unidos, Hitler convocó una reunión de líderes nazis en Múnich para debatir las medidas que tomar. Strasser repitió su petición de que el NSDAP entrara a formar parte de un gabinete presidencial. Hitler se mantuvo firme. Estaba convencido de que el otro bando claudicaría primero. Las relaciones entre él y Strasser, bastante tensas ya, se deterioraron más aún. Un día después, Hitler rechazó la renovada oferta para ostentar la vicecancillería que le presentó Papen. Las negociaciones siguieron prolongándose. Hacia finales de mes, Hindenburg volvió a reunirse con Hitler y le transmitió que le aceptaría como canciller si conseguía una mayoría parlamentaria, lo cual en realidad no constituía ninguna concesión, ya que era improbable que lo hiciera y, en caso de ser así, no necesitaría a Hindenburg para nada. A cada paso, Strasser llamaba a una solución de compromiso y, en algunas ocasiones, pareció que Hitler podía estar dispuesto a aceptarla. Sin embargo, justo a final de mes, durante una reunión de la jefatura nazi en Weimar, anunció, ante las continuas objeciones de Strasser, que esperaría hasta tener la cancillería. 76

Tras la votación de noviembre se produjo un sensible cambio en la estrategia de Hitler. En ese momento llegó en efecto a renunciar a su esperanza de llegar al poder por un camino estrictamente electoral. Un análisis interno llevado a cabo por el NSDAP tras los resultados de las elecciones sugirió que el partido había maximizado su voto, que «no debe llegar a otras elecciones» y que no se podía «hacer nada más… a base de

palabras, pancartas y folletos. ¡Es el momento de actuar!». [77] Hubo muchos que vieron esto como un argumento en favor de tomar medidas revolucionarias, pero no Hitler, que descartó estos comentarios por considerar que la idea era suicida. Él se hallaba concentrado en cambio en un frente más reducido, el de persuadir a Hindenburg para que le dejara gobernar mediante un decreto de emergencia. [78] «Yo me quedé con Hitler hasta tarde esa noche», escribió Goebbels en su diario, y habló de «rechazar la solución parlamentaria» y «pedir una solución presidencial también para nosotros». [79] Ya no ponía objeciones al uso de los poderes de emergencia como tales, sino que defendía que estos debían basarse en la «parte sostenible del pueblo», en otras palabras, en el NSDAP . Su petición fue rechazada por Hindenburg y su secretario general Meissner basándose en que ello conduciría a la dictadura de Hitler. «El anciano» seguía sin ceder un palmo desde el verano. Una vez más, Hitler fue bloqueado.

Pese a las preocupaciones de ámbito doméstico que le asediaron durante la segunda mitad de 1932, Hitler nunca dejó de pensar en el contexto internacional en el que se enmarcaba la situación de Alemania. Su intención era romper la coalición que les tenía acorralados desarrollando una visión global alternativa sobre Alemania y Angloamérica. Durante una entrevista con el *New York American* llevada a cabo por Karl von Wiegand, hizo un llamamiento a «las grandes potencias del mundo occidental a combinarse bajo "una dictadura económica mundial" que mantenga a raya el creciente poder de Rusia, China, la India y el este». Hitler quería que las potencias occidentales –según su lista, Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Francia e Italia– se pusieran de acuerdo para negar a sus competidores la «maquinaria» y los «expertos técnicos» que necesitaban para desarrollar sus economías. «Una vez que estos países con sus bajos salarios y su bajo nivel de vida se industrialicen», advertía, «las naciones occidentales serán económicamente destruidas». Hitler descartaba por el momento viajar él mismo a Estados Unidos –«lleva demasiado tiempo»–, [80] a menos hasta que hubiera una línea de vuelos regular.

El 2 de diciembre, Hindenburg nombró canciller a Schleicher. [81] Tenía planeado recurrir al ejército, si era necesario, a fin de mantener el orden interno, estimular el empleo mediante programas de creación de trabajo y alzarse con la prestigiosa victoria de una igualdad armamentística alemana en la escena internacional. También esperaba aumentar la escasa base parlamentaria de su gobierno ganándose a los nazis a través del indeciso Gregor Strasser. Hitler se alarmó por varios motivos. Primero, la amenaza de un golpe de Estado conservador que le apartaría para siempre del poder era entonces mayor que nunca. En segundo lugar, temía que una política

exterior activa provocara un ataque preventivo por parte de Francia y Polonia. Dos días después de que Schleicher llegara al poder, Hitler escribió al comandante del Reichswehr en la expuesta zona del este de Prusia, Walther von Reichenau, diciéndole que él creía que Alemania se encontraba ya «a mitad de una nueva política de acorralamiento, si es que esta no se había consumado ya», en virtud de la cual Francia y Polonia tenían atenazado al Reich. Dentro de este contexto, «la aceleración teórica del rearme alemán» era lo «peor» que se podía hacer. El periodo más peligroso tras lograr el derecho a rearmarse sería el «periodo siguiente, porque esta teórica igualdad tenía que ir seguida de un rearme práctico, técnico y organizativo». «Si ha existido alguna vez justificación para una guerra preventiva», continuaba diciendo, «en este caso» sería de esperar «un ataque de Francia sobre Alemania». Además, un golpe de Estado apoyado por el ejército, en el que quizás estuviera implicada algún tipo de restauración Hohenzollern, podría precipitar una intervención de las potencias exteriores. 82

Sin embargo, la amenaza más inmediata que Schleicher representaba era para la unidad del NSDAP . Strasser estaba al borde de una revuelta abierta a menos que Hitler aceptara las condiciones del general. Un día después del nombramiento de Schleicher, los dos se reunieron en Berlín. No existen pruebas de que Schleicher planeara dividir al partido, lo que por otra parte habría sido absurdo, ya que la facción escindida solo podría prestarle un apoyo parlamentario limitado. En lugar de ello, lo que quería era utilizar a Strasser como palanca para dar un giro al NSDAP entero. 83 Durante una reunión celebrada el 6 de diciembre en el Kaiserhof de Berlín se produjo un duro intercambio de palabras entre los dos. 84 Hitler se encontraba en ese momento bajo la mayor presión a la que se había visto sometido desde las luchas vividas por el partido durante la segunda mitad de la década de 1920. El dinero escaseaba. Los ingresos por membresía al partido y las SA eran importantes, pero los gastos netos crecían. Al mismo tiempo, Hitler parecía estar perdiendo su toque carismático. El número de asistentes a los discursos fue disminuyendo y, en cierta ocasión, durante la campaña a las elecciones de Turingia, a principios de diciembre de 1932, en que habló menos tiempo de lo normal, la gente empezó a marcharse antes, 85 algo insólito hasta entonces. Aquella campaña no fue bien para el NSDAP . Por si fuera poco, un cargo desafecto del partido franconiano, Hans Sauer, publicó una devastadora crítica del *gauleiter* Julius Streicher en diciembre de 1932. 86 A continuación, el 8 de diciembre, cayó como un bombazo la noticia de la dimisión de Strasser junto con la de Gottfried Feder. La moral se vino abajo. «Preocupan los problemas y el dinero»,

anotó Goebbels al día siguiente, «como siempre». 87 El NSDAP parecía tan alejado del poder como a comienzos de año.

Una vez más, Hitler se mantuvo firme. Reunió de inmediato a sus altos cargos y diputados del Reichstag en Berlín para asegurarse su lealtad. Strasser fue considerado un traidor que había apuñalado al partido por la espalda. Su imperio burocrático se dividió en partes: Robert Ley fue encargado de la dirección de la organización del partido, Goebbels de la «educación del pueblo» y los temas agrarios también fueron transferidos. De este modo, Hitler pudo implicar a otras figuras importantes del partido en la purga de la facción de Strasser. 88 «Strasser está aislado», escribió Goebbels con satisfacción, añadiendo a continuación que era «hombre muerto». 89 Hitler se mantuvo inflexible en que solo aceptaría la cancillería. 90 En cuanto a lo demás, trató de evitar verse arrastrado a la confrontación. En Franconia ni se opuso ni tampoco apoyó a Streicher, que consiguió seguir aferrado al poder en la región. Era el típico Hitler: decidido, empleando la acción radical en algunos aspectos y la tergiversación en otros. Una vez más, la crisis había sido contenida. Al igual que su hermano, Gregor Strasser al final solo había conseguido destruirse a sí mismo, y no a Hitler junto con todo el partido. Dentro del NSDAP , ya había caído la última barrera para que Hitler tuviera el poder absoluto.

La crisis del partido llevó a Hitler a reflexionar sobre la estructura del movimiento y emitir nuevas directrices. Hitler era perfectamente consciente de los peligros del gobierno excesivamente controlador. 91 Algún tipo de burocracia era necesario. El peligro, advertía, era que los alemanes incurrieran en su propensión a gestionar en exceso. «El alemán es demasiado tendente a caer en el error», señaló, «de ver en la organización [del partido] un campo para el trabajo minucioso y mecánico». En lugar de ello, él pedía que «no se organizara mecánicamente lo que se *puede* , sino solo lo que se *debe* organizar». El punto principal era que debía evitarse «construir una organización según un esquema de arriba abajo», y en su lugar «ir construyendo gradualmente» un «aparato de liderazgo» desde «abajo». Esto permitiría al partido deshacerse de los «arribistas» no cualificados y ascender en cambio a los que habían demostrado su talento tras ser puestos a prueba. En este sentido, Hitler articuló un estilo de gobierno que caracterizaría al Reich en general a partir de su llegada al poder.

Hitler no aprovechó la oportunidad para establecer un control total, solo su autoridad absoluta. Sin duda, la frase con la que abría la primera de sus dos comunicaciones sobre la reforma del movimiento dejaba absolutamente claro que la «base de la organización política es la lealtad». A partir de

esto, deducía la necesidad de «obediencia». Sin embargo, Hitler también sabía que el movimiento dependía de la buena voluntad y la creatividad más que de la conformidad ciega de sus miembros. «La supervisión constante», sostenía, «destruye poco a poco la autoridad de toda institución», insulta el «honor» de los oficiales y mina su «iniciativa». Por esta razón, Hitler instaba a que los líderes tuvieran «mayor espacio de maniobra». El *gauleiter* , en concreto, debía «tomar decisiones independientes» sobre «cientos y miles de cuestiones». 92 Al final del documento hacía una breve concesión a las estructuras participativas, refiriéndose a un futuro «pequeño senado del partido», cuya tarea sería «debatir sobre cuestiones importantes del partido» por medio de comisiones o sesiones «plenarias». Sin embargo, de esta idea no volvió nunca a saberse nada.

Pese al fracaso de sus proposiciones a Strasser, Schleicher continuó buscando un entendimiento con Hitler. Hindenburg, sin embargo, siguió negándose en redondo a consentir que Hitler fuera canciller y este a su vez a aceptar un cargo inferior. Hitler tomó medidas para acabar con la disputa en Franconia. Haciendo de tripas corazón, dio su apoyo a Streicher en el tema de las SA , cuyo jefe entonces dio un paso atrás, pero a finales de mes volvió a rebelarse. Por otra parte, aunque Strasser había sido expulsado y no había fundado ninguna organización disidente, seguía contando con un fuerte y terco seguimiento en las ciudades más grandes. El dinero era tan escaso que Göring envió a un mensajero al *chargé d'affaires* de la embajada estadounidense para averiguar si el partido podría conseguir un préstamo en Estados Unidos. 93 La frustración iba creciendo cada vez más.

Cuando el mes tocaba ya a su fin, Hitler logró tranquilizar a Goebbels. «Debemos permanecer firmes», escribió este en su diario tras su encuentro, y «estudiar la historia de Roma, de Prusia y de Inglaterra para ver cómo se hacen estas cosas». 94 Hitler había empezado 1932 con grandes esperanzas, pero la Navidad y el Año Nuevo los pasó muy abatido. Dondequiera que mirara, no encontraba más que malestar, desilusión y reproches. A diferencia de muchos otros, Hitler no tenía una familia en la que apoyarse. Echaba de menos a Geli en cosas en las que Eva Braun no podía compensarle. «La celebración de Navidad», escribió Hitler a Winifred Wagner, «lleva ya dos años siendo para mí un día de duelo», y «ya no soy capaz de ser el de antes». «Desgraciadamente», continuaba diciendo, «siempre hay nuevos obstáculos que superar». 95

Hitler y el NSDAP parecían haberse chocado contra un muro. La

Proclamación del Año Nuevo de Hitler puso una nota desafiante, pero a la vez triste. «La sugerencia de los listos», comentó en tono sarcástico, de que debíamos «imponernos gradualmente» desde «dentro» del sistema y «por la puerta de atrás» fue rechazada. 96 La mayoría de los observadores le escuchaban como el que oye llover. El 1 de enero de 1933, el periódico liberal *Frankfurter Zeitung* se hizo eco de lo que muchos pensaban cuando anunció confiadamente que «el poderoso ataque nazi al Estado democrático ha sido repelido». 97

De repente, la suerte de Hitler cambió, en parte debido a que él se había mantenido firme, y en parte a que sus oponentes habían hecho lamentablemente mal sus cálculos. Se lanzó a la campaña por las elecciones en el pequeño estado de Lippe, con el fin de volver a cobrar impulso. Hitler seguía sin levantar cabeza: Otto Dietrich tuvo que adelantar su propio dinero para reservar un local destinado a fines electorales. 98 Lippe era un clásico territorio nazi: rural y protestante y, como comentó el embajador británico, los esfuerzos nazis encontraron allí «la atracción magnética de una banda de jazz». 99 El excelente resultado –un enorme aumento respecto a las elecciones anteriores, celebradas en 1929 antes de los grandes crecimientos de los años posteriores– no fueron en absoluto reflejo de un aumento del apoyo al NSDAP , pero dio la impresión de un dinamismo renovado. A mediados de enero de 1933, Hitler reunió a sus principales líderes y responsables del partido en Weimar, doblegando a todos aquellos que aún seguían apoyando a Strasser.

Mientras, el frente reaccionario en torno a Hindenburg había empezado a romperse. El 4 de enero, Papen inició una nueva ronda de negociaciones con Hitler en casa del banquero colonés Von Schröder. 100 Este esperaba utilizar a los nazis para sacar a Schleicher de la cancillería. Seis días más tarde, se reunieron en la residencia de Joachim von Ribbentrop, un comerciante de vinos y simpatizante nazi que se había ofrecido a actuar de intermediario. 101 Pocos días después del resultado de Lippe, Hindenburg se vio envuelto en el escándalo de la «Osthilfe», en el que varios de sus socios aristócratas se habían visto comprometidos por malversar fondos en principio destinados a ayudar a los agricultores en apuros del este del Elba. El líder del DNVP , Alfred Hugenberg, se reunió con Hitler el 17 de enero; su confidente, Reinhold Quaatz, señaló que «parecía haber llegado a un acuerdo con Hitler, si bien el entendimiento no había sido perfecto». 102 En el lado de Hindenburg también hubo movimiento. Este seguía rechazando a «Hitler como canciller de un gabinete presidencial, porque este exigía [el control] del Reichswehr, quería [introducir una] dictadura, y era un fantasioso», pero el 21 de enero, Meissner opinaba que el presidente «tal

vez se dejaría convencer sobre la cancillería para Hitler si conseguía una mayoría para aprobar una ley habilitante».

En un atronador discurso pronunciado en el Sportpalast de Berlín el 22 de enero de 1933, la renovada confianza de Hitler era ya palpable. La victoria, predecía, no sería de los infalibles, sino de «los que cometieran los menos errores posibles». 103 Dos días más tarde, volvió a reunirse con Papen, Frick y Göring en casa de Ribbentrop y se acordó que Hitler sería recomendado a Hindenburg para la jefatura de un gabinete de derechas. Tres días después, consultó con Hugenberg, que finalmente también se subió a bordo. Lo mismo hizo Franz Seldte, jefe de la Stahlhelm. Él, Papen y el resto de los conspiradores creían que podrían controlar a Hitler y continuar gobernando a la vieja usanza escondidos tras la fuerza electoral del NSDAP . Durante una reunión con Hitler, Hugenberg se resistió a entregar a los nazis el control del Ministerio del Interior, pero Papen le desautorizó. 104 Göring le aseguró a Meissner que Hitler respetaría no solo los derechos constitucionales del presidente, sino también su mando supremo sobre las fuerzas armadas. 105 Schleicher trató de desviar el peligro disolviendo el Reichstag y convocando nuevas elecciones, o al menos, amenazando con hacerlo, pero no encontró eco en el círculo de Hindenburg. Dada su desesperada posición, Schleicher dimitió el 28 de enero de 1933. Ese mismo día, Hindenburg, Meissner y Papen acordaron a regañadientes un gobierno dirigido por los nazis, con la mayor participación conservadora posible para equilibrarlo tanto dentro como fuera del gabinete.

A los partidos conservadores les seguía preocupando más una dictadura autoritaria presidida por Papen o Schleicher que el inminente nombramiento de Hitler como canciller. Al parecer, el jefe del BVP , Fritz Schäffer, le ofreció su apoyo a Hitler, junto con el del Partido de Centro Católico, afín al suyo, para que el gabinete estuviera dirigido por él. De ser cierto, Hitler aparentemente declinó la invitación basándose en que no quería depender de ellos. 106 El domingo 29 de enero, Hitler y Göring se reunieron con Papen en Wilhelmstrasse. Las líneas generales para llegar a un acuerdo estaban ya claras. Hitler sería canciller, Papen vicecanciller y comisario para Prusia y Göring recibiría el Ministerio del Interior de Prusia. Hitler también exigió unas nuevas elecciones para poder asegurarse una mayoría para la ley habilitante. Por otro lado, Hitler le garantizó a Schleicher por vía de un intermediario que no tenía objeción en tenerle como ministro de Defensa. Un día después, Hitler y Papen se reunieron en el apartamento del segundo en Berlín. Este persuadió a Duesterberg para que permitiera a Seldte entrar en el gabinete, consiguiendo de este modo el

apoyo de la Stahlhelm. Dio su palabra de honor de que no habría cambios en el gabinete ni siquiera tras unas nuevas elecciones; existía además la expectativa de que intentaría atraerse al Partido de Centro para que formara parte del gobierno o, como mínimo, garantizar su aquiescencia. Hasta el último momento, Hitler estuvo temiendo que Papen se echara atrás, o que el presidente mantuviera su veto.

El 30 de enero de 1933, Hindenburg nombró canciller a Hitler. 107 El hecho de que Göring tuviera garantizado el puesto de ministro del Interior para Prusia le daba el control sobre la muy importante policía prusiana. Werner von Blomberg, asesor para la Conferencia de Desarme de Ginebra, fue nombrado ministro del Reichswehr; Schleicher quedó marginado. Pese a las objeciones de Hugenberg, Hitler vio satisfecha su demanda de otras elecciones, esta vez definitivas, para conseguir el respaldo del Reichstag de cara a una ley habilitante. Sus enemigos habían dado su brazo a torcer, una vez convencidos de que, como dijo Hugenberg, «estamos conteniendo a Hitler». 108 Papen, a fin de cuentas el verdadero autor de esta estrategia, se mostró especialmente optimista. «Están ustedes equivocados», respondió a uno de sus críticos, «solo le hemos contratado en pro de nuestros intereses». 109 «¿Cuál es el problema?», preguntó a otro de los que le criticaban. «Tengo la confianza de Hindenburg», de modo que dentro de dos meses «le tendremos a Hitler tan acogotado en una esquina que se va a poner a chillar». 110 Gracias a su debilidad y su error de cálculo, los conservadores dejaron entrar a Hitler por la puerta de atrás cuando el declive de su gancho electoral le tenía la puerta principal más cerrada que nunca. No quedaban más errores por cometer. Algunos se arrepintieron casi inmediatamente de lo que habían hecho. «He cometido la mayor estupidez de mi vida», comentó supuestamente Hugenberg al día siguiente del nombramiento de Hitler, «me he aliado con el mayor demagogo de la historia mundial». 111

Fue un logro insólito y fatídico. Contra todo pronóstico, Hitler había conseguido aguantar hasta que todos los demás, incluidos algunos dentro de su propio partido, se habían rendido o cedido ante él. Había ganado todos los órdagos: el de Schleicher sobre Strasser, la amenaza de disolución del Reichstag y las nuevas elecciones. Hitler había rechazado todo compromiso, pero sin excederse. Hitler no era infalible, pero, en efecto, era el que había cometido menos errores. Había ido arriesgando lo justo, asegurándose no tanto el poder en sí como el poder de conseguir el poder.

Parte IV

MOVILIZACIÓN

Los primeros cuatro años del Tercer Reich estuvieron caracterizados por la frenética movilización de la sociedad alemana por parte de Hitler. Para ello fue necesaria la progresiva eliminación de las restricciones a su autoridad y la «coordinación» de todos los sectores de la sociedad y la política alemanas. Esto llevó a una «batalla de producción», es decir, a la movilización económica y agrícola del país en apoyo del rearme y la autarquía. También implicó una «batalla de consumo», mediante la cual el régimen pretendía igualar el atractivo cultural y económico de la modernidad occidental. En paralelo a todo ello, Hitler se embarcó en un proyecto de regeneración racial a largo plazo, destinado –desde su punto de vista– a eliminar lo negativo y acentuar lo positivo del *Volk* alemán. Su meta última era «elevar» a los alemanes a un plano racial superior donde pudieran coexistir y en caso necesario competir con Angloamérica. Durante todo este periodo, el horizonte temporal de Hitler estuvo sometido a una tensión clave. Por un lado, él creía que la regeneración racial de Alemania llevaría décadas, si no siglos, y no se completaría hasta después de su muerte. Por otro lado, según los cálculos de Hitler, el Reich debía estar preparado para un conflicto bélico en un plazo de entre ocho y diez años. Hacia el final de este periodo, esta tensión entre los dos cronómetros, el racial y el diplomático, fue haciéndose cada vez más evidente.

10

El «cuento de hadas»

Para Hitler y el NSDAP , su nombramiento como canciller fue un momento de máxima euforia. A última hora de la mañana del 30 de enero de 1933, Hitler fue recibido por Hindenburg. Poco más tarde, celebraba una fiesta de la victoria en el Hotel Kaiserhof. A lo largo del día, Hitler emitió un comunicado llamando al partido a apoyarle en la realización de la «inmensa» tarea que tenía por delante. 1 A última hora de la tarde, convocó su primera reunión de gabinete. El día terminó con un desfile de las SA con antorchas por el centro de Berlín, que Hitler y Hindenburg contemplaron desde ventanas distintas de la cancillería. Estas celebraciones fueron retransmitidas por emisoras de radio alemanas, con una significativa excepción; sobre esto volveremos un poco más adelante. «¿Estoy soñando o estoy despierto?», escribió Hess a su esposa al día siguiente, describiéndose a sí mismo sentado en la oficina del nuevo canciller en la Cancillería Imperial de Wilhelmsplatz, mientras funcionarios de los ministerios caminaban por las mullidas alfombras para llevarle documentos a Hitler. Fuera, la multitud cantaba el himno nacional y gritaba «*Heil*» . Hess apenas podía creer que «lo que [él] no había creído posible hasta el último momento» era ya «realidad». 2 El *gauleiter* de Swabia, Karl Wahl, recordó que la emoción le llenó los ojos de lágrimas. 3 «Hitler es canciller», escribió Goebbels en su diario, «esto es un cuento de hadas». 4

A lo largo de los años siguientes, esta sensación de encantamiento fue extendiéndose a lo que probablemente era la mayoría de la población alemana. 5 El proceso de seducción electoral, que nunca había conseguido alcanzar más del 37 % de los votos en unas elecciones libres y justas, continuó a partir de ese momento con todos los recursos del Estado a disposición de Hitler. En una incesante ronda de discursos, desfiles, congresos y otros actos, Hitler no dejó de cortejar al pueblo alemán, y este, en su mayor parte, se rindió a sus tentativas de seducción. La afirmación del régimen de que Alemania se había unido firmemente en torno al «Führer» era exagerada, pero esencialmente cierta. 6

Para muchos otros, el 30 de enero de 1933 marcó el comienzo de una pesadilla. La victoria de Hitler también les hizo derramar lágrimas, pero de otro tipo. A las pocas horas, escuadrones de las SA se desplegaban por todo

el país para arrestar y dar palizas a personas de izquierdas, judíos, y, aunque en una medida algo menor, también a católicos y conservadores. Durante las siguientes semanas y meses, fue poniéndose en marcha un aparato de terror brutal y cada vez más eficaz. Miles de personas fueron encarceladas en sótanos y almacenes, a menudo sometidas a graves maltratos. Hubo muchos asesinatos. Se acabó con los sindicatos y las organizaciones gremiales fueron al poco tiempo abolidas. Gran parte de la represión fue llevada a cabo mediante el sistema judicial regular politizado en lugar de a través del aparato de seguridad extrajudicial. [7] La violencia fue consustancial al régimen nazi desde el primer momento. [8] Sin duda, hubo una extendida complicidad y cooperación con el régimen, en la que las denuncias eran tan importantes como la vigilancia. [9] Sin embargo, pese al consenso alcanzado, el Tercer Reich no habría funcionado sin la coacción. Hitler había asumido el cargo por medios suficientemente legales, pero iba a consolidar y retener el poder ilegalmente.

El desafío frente al que Hitler se encontró al principio de su mandato era enorme, tanto a escala nacional como internacional. La cancillería no le daba el poder absoluto, solo el poder para conseguir ese poder. Por el momento, seguía «encorsetado» por las viejas élites. El viejo funcionariado era básicamente escéptico. [10] Su «toma del poder» solo podía llevarse a cabo por etapas. [11] A corto plazo, Hitler temía un golpe de Estado conservador apoyado por los militares. [12] También le preocupaba la amenaza de una revuelta comunista, o como mínimo una huelga general. [13] Si conseguía superar las primeras semanas, Hitler necesitaría reafirmar su control dentro del gobierno e incorporar, marginar o eliminar tanto al Partido de Centro como a sus socios de coalición conservadores. En términos más generales, Hitler tenía que ganarse y movilizar a las instituciones y sectores más importantes, como el ejército y la industria. También necesitaba desmantelar el federalismo alemán, especialmente en Baviera, cuya emisora de radio se había negado a emitir las celebraciones del 30 de enero de 1933. En cuanto al exterior, su preocupación más inmediata era mantener a raya a la «judería internacional» y esquivar la amenaza de una guerra preventiva por parte de Francia y Polonia antes de que Alemania estuviera preparada.

A medio plazo, Hitler quería preparar al Reich para un conflicto armado, tanto física como mentalmente. [14] A juicio de Hitler, esto requería la eliminación de los judíos de la vida nacional alemana y también de todos los demás elementos supuestamente dañinos, promover las facetas raciales teóricamente positivas del pueblo alemán y «reunir» dentro del nuevo Reich el mayor número de alemanes racialmente sanos en el menor tiempo

posible. Hitler quería comenzar restaurando la posición de Alemania dentro de Europa y formar fuertes alianzas, no solo con potencias afines como la Italia de Mussolini –su enviado Renzetti fue llamado a la cancillería el 30 de enero para presenciar el desfile de antorchas junto a Hitler–, sino especialmente con Inglaterra. También tenía puesta la vista en la conquista del *Lebensraum* en el este –esto es, los territorios rusos más allá de Polonia–, necesario según él para que Alemania pudiera sobrevivir a cualquier futuro bloqueo y alimentar a su excedente de población.

La consecución de estos objetivos a corto y medio plazo exigía que Hitler inspirara en sus adversarios, tanto nacionales como internacionales, una falsa sensación de seguridad. A menudo, esto adoptaba la forma de un engaño deliberado. El primer discurso de Hitler ante el Reichsrat inmediatamente posterior a su toma de poder sugería de forma bastante hipócrita que su intención era mantener la estructura y el espíritu federal de Alemania. Con frecuencia, también daba discursos en los que proclamaba su voluntad pacifista, o tranquilizaba a los diplomáticos y visitantes extranjeros en conversación privada. En ocasiones, Hitler «se escondía a plena vista» y revelaba sus planes verdaderos sin provocar una gran preocupación. En otras, sin embargo, Hitler era completamente franco, como debía ser si esperaba conseguir el apoyo o al menos la aquiescencia occidental, respecto a sus planes de expansión territorial en el este. Por otra parte, el comportamiento indisciplinado de las bases nazis, y también el de algunos de sus líderes, era tal que la naturaleza fundamental del régimen, el verdadero alcance de su hostilidad hacia los judíos y su agresiva política exterior quedaban constantemente a la vista e incluso las verbalizaban sin más reparo. El resultado de todo ello era que las intenciones de Hitler eran como los apartes que hacen los actores cuando se dirigen al público sin que supuestamente les oigan los personajes que están en escena, audibles para todos salvo para quienes se hicieron deliberadamente los sordos (que, según luego se demostró, fueron muchos).

De hecho, no había nada de misterioso sobre cuál era la meta de Hitler a largo plazo, ya que llevaba siendo de conocimiento público desde la década de 1920: convertir al Reich en una de las grandes potencias mundiales, no necesariamente la única o la principal. En esto su punto de referencia eran el Imperio británico y, especialmente, Estados Unidos. La conquista de *Lebensraum* en el este no se concebía como un enfrentamiento definitivo con los judíos o los eslavos, sino más bien como una medida necesaria para conseguir masa territorial y los recursos necesarios para equilibrarse con Angloamérica. También serviría para proporcionar el espacio que se necesitaba de cara a una elevación racial de los alemanes que les pusiera en

situación de paridad con los anglosajones. En resumen, tras la toma del poder, Hitler se propuso poner en práctica el programa cuyos términos generales ya había venido expresando en numerosos escritos y discursos a lo largo de los catorce años anteriores.

Pero, si bien el contenido y la secuenciación de estos objetivos estaban claros en 1933, al menos para el propio Hitler, lo cierto es que su calendario no lo estaba. Quedaba claro que tenía prisa por conseguir sus objetivos a corto plazo, pero el cronograma de sus planes a medio y largo plazo variaba considerablemente. A veces, Hitler parecía haber previsto que Alemania estaría preparada para una guerra importante en una década. Otras, parecía tener en mente un plazo de tiempo mucho más largo. Lo que está claro es que Hitler preveía que la transformación racial completa del pueblo alemán llevaría generaciones y su fecha de finalización sería muy posterior a su propia muerte. Por esta razón, parecía querer evitar, a ser posible, una confrontación con el Imperio británico o, en el peor de los casos, retrasarla hasta que la homogeneidad y la fuerza mental del pueblo alemán estuvieran a la par con las de Angloamérica. Al final, por supuesto, las cosas tomaron un rumbo muy diferente.

Para sorpresa de muchos, Hitler enseguida se mostró a la altura del reto de gobernar. Los que trataron con él durante los primeros años de su cancillería quedaron impresionados por su dominio de los temas. Hitler dejó fascinado al gabinete –y eso que estaba lleno de rivales experimentados y avezados– desde el principio. [15] No hizo ningún intento de monopolizar las reuniones y, salvo pocas excepciones, se contuvo de pronunciar sus famosas e interminables diatribas de antes. Los militares también se quedaron atónitos por la velocidad con la que este antiguo soldado raso había demostrado su superioridad sobre ellos ya en su primera reunión, apenas unos días después de tomar el poder. [16] Las fotografías e imágenes grabadas de esta época muestran a un hombre elegante, físicamente en forma, esbelto y con grandes dotes de mando. «El jefe está mostrando aquí una autoridad increíble», escribió Hess a su esposa el día después del nombramiento, «y su [nueva] puntualidad» era tal que «he decidido incluso comprarme un reloj», añadiendo a continuación: «Un nuevo periodo y una nueva división del tiempo ha comenzado». [17]

En el despacho, Hitler llevaba un horario formal, al menos al principio, e incluso cuando empezó a volver a sus usos anteriores, su nivel general de compromiso no cambió. La cantidad de tiempo total que Hitler pasaba «trabajando», organizando la represión y la movilización dentro del país y

planificando una guerra agresiva en el exterior era considerable. Su programa legislativo era enorme, y ocupaba ya treinta y tres volúmenes antes de estallar la guerra. [18] Por otra parte, como veremos, Hitler nunca desconectaba del todo, ni siquiera cuando se encontraba supuestamente descansando en el Obersalzberg, viendo películas en su sala de cine privada o solazando su espíritu en Bayreuth. Podría decirse que en estas ocasiones trabajaba «desde casa», [19] pero seguía trabajando. En este sentido, Hitler no fue en absoluto un canciller «vago». [20]

Los primeros pasos de Hitler se dirigieron a consolidar su asentamiento en el poder en Alemania. Pocos días después de ser nombrado canciller, el Decreto para la Protección del Pueblo Alemán dio al gobierno poderes draconianos para suprimir el derecho de reunión y de expresión política, que al principio fueron utilizados sobre todo contra los comunistas. El temido golpe de Estado de los conservadores y la revuelta comunista nunca llegaron a materializarse; el único problema serio en cuanto a protestas públicas tuvo lugar en la pequeña localidad suaba de Mössingen. Hitler iba logrando escabullirse cada vez más del corsé que le había puesto Papen. Podía contar con la colaboración de figuras clave dentro del ejército, especialmente con el nuevo ministro del Reichswehr, Werner von Blomberg, que estaba a favor de sus planes de movilización total, y con el jefe de su oficina ministerial, Walther von Reichenau, [21] con quien ya había estado en contacto antes de tomar el poder. El nuevo ministro de Exteriores, Konstantin von Neurath, era menos maleable, pero él también conocía a Hitler de antes de 1933, y los dos coincidían, si no en la meta final, al menos sí en los primeros pasos. El propio presidente Hindenburg, de quien se esperaba actuara de poderoso freno con Hitler, se convirtió en su principal partidario, y aunque diferían en algunas cuestiones importantes, su relación fue siendo cada vez más cordial. [22]

El siguiente objetivo del Führer fue conseguir una mayoría suficiente en el Reichstag. Uno de los métodos para ello, con el que Hindenburg se mostraba a favor, era incorporar al Partido de Centro. Las negociaciones de Hitler con su líder, monseñor Kaas, no consiguieron ganarse a los católicos, pero sí que recayera en ellos la culpa del fracaso de las negociaciones y por tanto de la disolución del Reichstag. [23] El otro camino era ganar las elecciones al Reichstag convocadas el 1 de febrero tras el fracaso de las negociaciones con el Partido de Centro, para primeros de marzo. Hitler reunió el apoyo de los conservadores del gabinete en contra de la izquierda, encarando los próximos comicios bajo el lema «Ataque contra el marxismo». [24] Todo ello sirvió para transmitir tranquilidad al presidente Hindenburg, de quien aún pendía la autoridad de Hitler.

A lo largo de febrero y principios de marzo de 1933, el principal foco de Hitler a escala doméstica fueron las elecciones al Reichstag. Ahora contaba con todo el aparato del gobierno central a su disposición, incluidas la mayoría de las emisoras públicas de radio. Los estados de Baviera y Wurtemberg, al sur de Alemania, constituyeron excepciones importantes. Para indignación de Hitler, unos saboteadores interrumpieron la emisión de uno de sus discursos; a esto le siguió una batalla verbal con el gobierno del Land presidido por el doctor Bolz. 25 En el resto de Alemania, sin embargo, el dominio de Hitler sobre las ondas fue bastante completo. Su emisión por radio, aprobada por el gabinete el 2 de febrero de 1933, llevó por título «Catorce años de marxismo han arruinado a Alemania». 26 El temor de Hitler por el comunismo era bastante real, pero él lo exageraba además con fines electorales. Hitler no quería prohibir el KPD de inmediato. 27 Llegó incluso a sugerir un aplazamiento de la legislación represora para evitar así «reducir» la «amenaza comunista» durante la «campaña electoral». 28 La relación subordinada del comunismo respecto al capitalismo fue de nuevo puesta de relieve durante la campaña electoral al Reichstag. El «marxismo», subrayaba un póster nazi, «es el ángel guardián del capitalismo». 29

Durante las primeras semanas de su cancillería, Hitler evaluó cada paso a la luz de sus implicaciones electorales y su posible impacto en su posición política en general. Durante una reunión del Comité de Política Económica del gobierno, Hitler recalcó que «las decisiones» deben tomarse «considerando» su impacto sobre la «próxima campaña electoral». 30 Por ejemplo, apoyó una «subida de los impuestos a los grandes almacenes» como la «forma más popular de imposición tributaria», pero sugirió evitar dar «detalles» sobre el programa económico del gobierno «en la propaganda electoral». Hitler le recordó al gabinete que el gobierno necesitaba entre dieciocho y diecinueve millones de votos. «Un programa económico que sea aprobado por un grupo tan numeroso de votantes», señaló directamente, «no existe en ninguna parte del mundo». 31 Hitler no siempre tuvo éxito: su intento de eliminar el cobro de las medicinas provocó tal hostilidad por parte de los conservadores que solo consiguió reducirlo a la mitad. 32 Por lo demás, Hitler adoptó la postura de que no debían acometerse grandes iniciativas antes de las elecciones. «Las reformas necesitan tiempo», explicó, y solo podían «abordarse una vez que el pueblo haya manifestado su decisión a favor o en contra del gobierno». 33 Las seis semanas siguientes a la toma del poder estuvieron por tanto caracterizadas por apuntar sus intenciones más que medidas concretas.

El 3 de febrero, Hitler presentó su visión estratégica ante la jefatura del

Reichswehr a petición de este. [34] Prometió acabar con el «pacifismo», fortalecer la «voluntad de resistir» y «eliminar el marxismo de raíz». Más importante aún, prometió que no intentaría amalgamar el ejército y las SA . Hitler también defendía que el desempleo solo podía abordarse y el campesinado alemán solo podía «salvarse» mediante una «política de asentamiento» activa, que requería una expansión del *Lebensraum* de Alemania, que era demasiado «pequeño». También tenía en cuenta una solución económica –«la consecución de nuevas posibilidades para la exportación»–, pero se mostraba más a favor de «la conquista de nuevo espacio vital en el este y su implacable germanización». Y solo se podía «germanizar» el territorio, insistía una y otra vez, no las personas que vivían en él. Estos apuntes se hacían en secreto, pero, en esencia, su contenido difería poco de los pensamientos que Hitler ya había desarrollado en *Mein Kampf* y en innumerables discursos antes de llegar al poder. El horizonte temporal que él contemplaba era de «entre seis y ocho años para erradicar completamente el marxismo», tras lo cual «el ejército estaría listo para acometer una política exterior activa», es decir, «la expansión del espacio vital del pueblo alemán», probablemente hacia el este. Significativamente, Hitler esperaba que la siguiente fase, el establecimiento de un «Estado completamente sano», tardaría «un periodo de unos cincuenta a sesenta años», [35] momento para el cual él «llevaría muerto ya mucho tiempo».

En público, Hitler trataba de ocultar sus intenciones en materia de política exterior, al menos hasta que estuviera listo para quitarse la careta. Lo que más temía era una guerra preventiva franco-polaca y, quizás también, una alianza franco-rusa. «El momento más peligroso», les dijo a los jefes del Reichswehr apenas unos días después de tomar el poder, «es el periodo de construcción de la Wehrmacht». «En ese momento quedará claro», continuó diciendo, «si Francia cuenta o no con hombres de Estado». En caso afirmativo, Francia «no nos dará tiempo, sino que caerá sobre nosotros, es de suponer que junto con sus satélites del este». [36] Hitler trató de evitar este peligro mediante una serie de entrevistas con periodistas británicos, americanos e italianos. En ellas, hizo especial hincapié en la amenaza del bolchevismo y la Rusia soviética. Hitler no quería dar discursos incendiarios, y el mismo día que abordó el tema de sus planes expansionistas con los líderes militares, le dijo a un grupo de periodistas angloamericanos que «todo aquel que, como yo, conoce la guerra [sabe] el coste en recursos que acarrea». Hacia finales de febrero de 1933, Hitler dio una entrevista a Louis Lochner, de Associated Press, en la que tranquilizó al mundo diciendo que su propuesta de servicio laboral no escondía una

fuerza paramilitar disfrazada. 37

La política doméstica de Hitler iba principalmente dirigida a proporcionar los medios para poner en práctica su programa de política exterior. Pocos días después de la reunión con el Reichswehr le dijo al gabinete que «cada medida de creación de empleo respaldada públicamente debía juzgarse bajo el criterio de si era o no necesaria» para devolverle al pueblo alemán la capacidad de defenderse. Por el bien de aquellos que no hubieran captado el mensaje, que Hitler repetiría hasta la náusea durante las siguientes semanas, meses y años, «el canciller subrayó una vez más que el principio supremo para los próximos cuatro o cinco años debía ser todo para la Wehrmacht». 38 El 20 de febrero, Hitler le dijo a un grupo de empresarios especialmente seleccionados, algunos de ellos líderes de la industria alemana, que tenía previsto utilizar el mandato que esperaba recibir en las elecciones de marzo para acabar de una vez con la democracia parlamentaria alemana y aplastar a la izquierda. 39

El incendio del edificio del Reichstag la noche del 27 de febrero supuso un duro golpe para Hitler, y para muchos alemanes de a pie. Un vagabundo comunista, Marinus van der Lubbe, fue arrestado esa misma noche. Lo que pasó exactamente sigue aún sin estar claro, pero de lo que no hay duda es de que, fuera cual fuera el papel que desempeñaran a título particular unos determinados nazis en el incendio, Hitler no ordenó ni tuvo conocimiento de los hechos por adelantado. 40 Le cogió completamente por sorpresa y parece que creyó sinceramente que los comunistas habían sido los responsables. 41 Hitler respondió con el decreto draconiano de la «protección del pueblo y del Estado», en virtud del cual se abolían los derechos de reunión, libertad de prensa y de expresión, al tiempo que se reforzaban los poderes policiales de vigilancia. Significativamente, la nueva ley también suspendía la autonomía de los estados federados si estos no eran capaces de garantizar el orden público, y confería a Hitler, en lugar de al presidente, el derecho a imponerles unos comisarios imperiales. El principal objetivo pudo haber sido el Partido Comunista, que de este modo quedaba sometido a una represión aún mayor, pero el objetivo secundario fue claramente facilitar un ataque al federalismo alemán. A partir de ese momento, Hitler tenía ya un instrumento para enfrentarse a los *Länder* y un argumento –el fracaso de estos a la hora de gestionar la amenaza marxista– para hacerlo.

En Baviera, sin embargo, las autoridades federales seguían resistiendo. El ministro bávaro del Interior, Karl Stützel, se negaba a ceder a las

demandas de frenar a la prensa antinazi. [42] A finales de febrero de 1933, varias semanas después de que Hitler hubiera tomado posesión de su cargo, el primer ministro interino de Baviera, el doctor Heinrich Held, manifestó en una entrevista con el *New York Times* que «cumpliendo con los dictados de la Constitución, defenderé la independencia bávara a toda costa, incluso frente al uso de la fuerza si llega el caso». [43] El líder del BVP , Fritz Schäffer, llegó a amenazar con arrestar en la misma frontera bávara a cualquier comisario imperial enviado por los nazis. [44] Con la connivencia de Held, Schäffer se reunió con el príncipe heredero Ruperto de Baviera para debatir la posibilidad de una restauración de la dinastía Wittelsbach con el fin de impedir que los nazis tomaran el poder en Múnich. Held fue mandado llamar a Berlín. Hubo una discusión acalorada. Los papeles habían cambiado desde su última reunión en 1924. Hitler en ese momento era el que tenía la sartén por el mango. Le advirtió a Held de que cualquier paso hacia una restauración de la monarquía podía acabar en una «grave catástrofe». [45] El plan se frustró cuando Hindenburg se negó a apoyarlo, reivindicando la estrategia de Hitler de aceptar al presidente. [46]

Las elecciones al Reichstag de marzo de 1933 tuvieron lugar en un ambiente de máxima intimidación, en el que los instrumentos de gobierno y las organizaciones del Partido Nazi se desplegaron con gran eficacia. Miles de hombres de las SA fueron enviados por Göring a Prusia con funciones de oficiales de policía. Por otra parte, Hitler tenía entonces el apoyo de Hindenburg. El propio Hitler fue elegido por el electorado de Oberbayern-Schwaben, su primer y único escaño en el Reichstag, y el voto nazi en Baviera alcanzó el nivel más alto de su historia. Aun así, el NSDAP no llegó a alcanzar la mayoría absoluta deseada, consiguiendo cerca del 44 % de los votos. Esto significaba que Hitler tendría que continuar basando su autoridad no en el mandato popular, sino en los poderes presidenciales conferidos por Hindenburg.

Con el voto ya emitido, Hitler se volvió contra su viejo enemigo, el particularismo alemán. «Lo que se necesita», expresó al gabinete, es «un enfoque audaz» de las relaciones entre el Reich y los estados federales, especialmente Baviera. [47] Para ello comenzó por los estados más pequeños y más débiles, instaurando un comisario imperial en Hamburgo y luego en Bremen, Lübeck y Hesse. Entonces chocó con Wurtemberg, el más débil de los dos estados alemanes del sur. El 8 de marzo, se instauró un *Reichsstatthalter* nazi en Stuttgart, así como en Baden, Sajonia y Schaumburg-Lippe. Aquella misma noche, Hitler decidió por fin encarar el tema de Múnich. «Esta noche estábamos todos en casa del Führer», escribió Goebbels en su diario. «Allí se decidió que había llegado el turno

de Baviera». [48] La decisión no fue fácil, ya que algunos dentro del partido temían encontrar una considerable resistencia en Múnich, recordando sin duda el fiasco de 1923.

Hitler, sin embargo, mantuvo la calma. Se hizo personalmente cargo de las negociaciones con el BVP en Berlín, y les espetó sin rodeos que las elecciones habían dejado claro el rechazo al separatismo y al particularismo. [49] Además, envió a Röhm a Múnich para presentarles un ultimátum. El BVP no intentó una restauración Wittelsbach, si bien Held se resistió al principio a las demandas –acompañadas por la amenaza de la fuerza de las SA – de nombrar a Ritter von Epp *Reichsstatthalter* de Múnich. Llegó incluso a dar instrucciones a la policía bávara para que estuviera en estado de alerta. Unidades armadas de arriba abajo tomaron posiciones frente al Landtag bávaro, el Ministerio de Asuntos Exteriores y el Ministerio del Interior, con instrucciones de abrir fuego sobre los nazis en caso necesario. Una guerra civil parecía posible. [50] Diez años atrás, la policía bávara no había dudado en disparar; esta vez, las SA y las SS les tenían atemorizados. El 9 de marzo, la autonomía bávara quedó abolida; el control de la policía pasó a manos de Heinrich Himmler y Reinhard Heydrich. Al enviado francés en Múnich le dijeron que hiciera las maletas. La representación extranjera en cada uno de los estados federales alemanes –y con ella cualquier posible interferencia– dejó de existir. Pasado un tiempo, se prohibió la exhibición de los colores blanco y azul de la bandera bávara, incluso durante su tradicional *Oktoberfest*. [51] El federalismo alemán había muerto.

Fue un gran momento para Hitler. Había impuesto su voluntad sobre un enemigo que llevaba desafiándole más de una década. También fue un momento crucial en la historia de Alemania. Hitler afirmó que «lo que llevaba deseándose e intentándose» en vano «durante siglos» era «ya realidad», esto es, «la coordinación de la voluntad política de los estados federales con la voluntad de la nación». Prometió que él «no quería expoliar los estados federales», sino darles «el rango y el lugar» que «les correspondían en virtud de su historia y tradición». [52] Aquel mismo día, la antigua bandera imperial, roja, blanca y negra, y la esvástica nazi, sustituyeron a los colores negro, rojo y amarillo (o «mostaza», como sus enemigos lo denominaban despectivamente) de Weimar como la bandera nacional. Resulta significativo que Hitler no volviera a la vieja bandera del Segundo Reich, que poco después solo podría mostrarse en ocasiones especiales, como los funerales de soldados del anterior ejército imperial.

La primera fase de la toma del poder ya se había completado. El gobierno de Hitler controlaba ya Alemania no solo de este a oeste, sino

también de norte a sur. El 13 de marzo de 1933, Goebbels fue nombrado ministro de Ilustración Pública y Propaganda. Poco después, Hitler nombró a Schacht presidente del Reichsbank. La segunda fase estaba a punto de empezar.

Para la siguiente etapa era clave la aprobación de una ley habilitante que concediera a Hitler el poder de legislar sin pasar por el Reichstag. Hitler esperaba además que esta medida fortalecería a Alemania frente al mundo exterior. La clave para hacerlo era ganarse al Partido de Centro, ya que esto le proporcionaría a Hitler una valiosa cobertura política. 53 «La aceptación de una ley habilitante por parte del Partido de Centro», explicó al gabinete, «conduciría a un aumento de nuestro prestigio en el extranjero». 54 Hitler, que a nivel nacional se encontraba en ese momento en una posición claramente más fuerte, contemplaba la perspectiva de establecer un concordato entre el nuevo régimen y la Iglesia católica. 55 Por temor a la izquierda, y bajo una grave presión política y a menudo física por parte de los nazis, el Partido de Centro cedió. Gracias a una mezcla de habilidad política y fuerza bruta, Hitler estaba ya a punto de lograr lo que Brüning, Papen y Schleicher no habían conseguido antes que él, es decir, convertir un gabinete presidencial en un régimen con una base en gran medida autoritaria, respaldado por una mayoría parlamentaria.

Hitler consagró esta pujante unidad alemana mediante una ceremonia de inauguración del nuevo Reichstag en la iglesia de la Guarnición de Potsdam. Este evento, que ha pasado a la historia como «El día de Potsdam», iba dirigido a representar la síntesis entre las antiguas tradiciones prusianas y el joven movimiento nacionalsocialista. La aparición conjunta de Hitler y Hindenburg quedó enmarcada por las viejas banderas de batalla prusianas, con el sarcófago de bronce de Federico el Grande al fondo. Se reservaron asientos para los Hohenzollern. En uno se sentó el príncipe heredero, simpatizante nazi, vestido con el uniforme de coronel de los Húsares de la Muerte; el lugar reservado para Guillermo II se dejó simbólicamente vacío, para sugerir un emperador, si no al otro lado del mar, al menos sí del lado holandés del Rin. Dignatarios católicos y protestantes estuvieron sentados codo con codo. El presidente pronunció un discurso invocando las glorias del pasado prusiano, especialmente su unificación de las «tribus alemanas», y expresó la esperanza de que sirvieran como ejemplo para la regeneración de Alemania en aquellos momentos. Hitler le miraba con respeto, con cuidado de que no pareciera que pretendía eclipsar al tesoro nacional que era Hindenburg. No obstante, con o sin el consentimiento del anciano, su carisma ya estaba empezando a pasar al joven canciller. 56 Las desavenencias entre el conservadurismo

alemán y los nazis quedaron simbólicamente disipadas mediante el apretón de manos público entre Hitler y Hindenburg –inmortalizado en una fotografía– inmediatamente posterior a la ceremonia. Aquel fue el primer acto importante de la coreografía de Estado de Hitler, que este había estado ensayando de incógnito en la iglesia de la Guarnición el día anterior. 57

Una vez pasadas estas ceremonias de apertura, el Reichstag volvió a su sede temporal en la Kroll Opera House para aprobar la ley de habilitación de Hitler. 58 Esta medida le daba el poder de legislar sin la aprobación del Reichstag. Hitler explicó que necesitaba poderes para «reconstruir al pueblo y al Reich» así como para «ganarse al obrero alemán para la causa del Estado nacional». Las permanentes preocupaciones de Hitler sobre el federalismo alemán, incluso después de lograr la coordinación de Baviera, volvieron a salir a la superficie con la advertencia de que consideraría cualquier intento de «restauración monárquica» como un «ataque contra la unidad del Reich» y que «respondería a él en consecuencia». Abordando el tema más preocupante del momento para la mayoría de los alemanes, la economía, Hitler definió sus dos principales tareas económicas como la «salvación del agricultor alemán» y la «integración del ejército de los desempleados en el proceso de producción». Para conseguir todo ello, era necesario poner fin al interminable ciclo de votaciones que había caracterizado los últimos años de la República de Weimar. Ansioso por tranquilizar a los críticos, a quienes preocupaba que la ley propuesta diera a Hitler un poder sin precedentes, recalcó su carácter limitado y temporal. Había habido, de hecho, muchas leyes habilitantes a lo largo de la República de Weimar, 59 pero debería haber sido obvio, entre otras cosas porque hasta entonces Hitler no había mantenido en absoluto en secreto sus intenciones, que los Nazis nunca renunciarían voluntariamente a ningún poder que recibieran.

Hitler le hablaba a un público en gran medida cautivo. Junto con el Partido de Centro, los Nazis y sus aliados conservadores constituían una mayoría en el Reichstag. Los comunistas habían sido expulsados. La única voz opositora era la de los diputados del SPD . Otto Wels, su presidente, pronunció un vehemente discurso contra la ley habilitante. Refiriéndose a la ya intensa ola de represión dirigida contra su partido, anunció con unas palabras que se hicieron legendarias que los Nazis podían arrebatarles su libertad pero no su «honor». Cuando Wels terminó, Hitler se levantó de un salto para responder con un avasallador discurso. Arremetió contra el SPD por no haber lanzado una insurrección al estilo de la Comuna de París contra el acuerdo de Versalles en 1919. «Habría sido igualmente posible», dijo, haber dado a su revolución «el mismo ímpetu y dirección que Francia

dio a su revuelta en 1870». Como siempre, eran las conexiones internacionales del SPD y no su socialismo lo que ofendía a Hitler. Les atacó por difundir «falsedades» sobre la situación de Alemania y el hecho de que –presuntamente– «trataran constantemente de desprestigiar a Alemania en el extranjero». A Hitler esto le importaba en la medida en que quería evitar dar a las potencias extranjeras una excusa para intervenir.

Existía una extendida percepción por parte de la izquierda de que el nazismo no sería más que una repetición de la represión antisocialista bismarckiana que el movimiento supo capear con éxito. Hitler le dijo a Wels que este no era el caso. «No nos confundan con el mundo burgués», advirtió, a la vez que desaconsejaba al SPD que mantuviera la esperanza de «que su estrella pudiera volver a brillar». «Yo no quiero cometer el error», recordó Hitler amenazadoramente, «de limitarme a provocar a los enemigos en lugar de destruirles o reconciliarlos». A las bases del SPD les tendían una rama de olivo. «Estrecharé la mano de todo aquel que esté comprometido con Alemania», prometió Hitler. Pero, para los líderes del SPD , el mensaje estaba claro. «Ustedes, caballeros», le espetó Hitler a Wels y los diputados de su partido, «ya no son necesarios». Poco tiempo después, la ley habilitante fue aprobada con 441 votos a favor y 94 en contra, incluido el de Otto Wels. Ese mismo día, fue tramitada sin encontrar ninguna oposición por un Reichsrat completamente controlado por los nazis y se convirtió en ley. La democracia alemana no murió simplemente a manos de una reducida camarilla de hombres reunidos en salones llenos de humo. Se suicidó, bajo coacción, a la vista del público.

Durante las siguientes dos semanas, Hitler se dedicó a legalizar la destrucción del federalismo con dos «leyes para la coordinación de los estados federales con el Reich». Las legislaturas de los estados fueron reconstituidas en función de la proporción que cada partido (en caso de que dicho partido siguiera existiendo) hubiera conseguido en las elecciones al Reichstag de marzo. Sus poderes legislativos les fueron arrebatados y conferidos a los gobiernos estatales, que a su vez tenían que ser nombrados por los comisarios imperiales designados por Hitler. 60 En Prusia, el estado de mayor tamaño, Hitler asumió personalmente el papel de comisario imperial y confirió los poderes de nuevo a Göring, dejando bien claro cuál era la fuente de la que emanaba la autoridad. «Todo poder reside en la autoridad federal», comunicó a la asamblea del *Statthälter* , añadiendo que «debe evitarse que el centro de gravedad de la vida alemana vuelva a ser nunca transferido a zonas o incluso organizaciones individuales», otra bofetada al BVP . 61 Todas las agujas de la vía debían apuntar en la misma dirección. El Reichsrat cayó en desuso y acabaría siendo abolido a

principios del año siguiente. La «coordinación» era en cierto sentido simbólica, dado que todos los gobiernos estatales pasaron a estar bajo el control nazi de todas formas, pero subrayaba la determinación de Hitler de crear un sistema gubernamental unificado del que había quedado eliminada cualquier tipo de diversidad política regional.

Acabar con siglos de tradición alemana era una cosa, pero reemplazarlos era algo muy distinto. Pronto resultó evidente que no se sabía con claridad qué vendría a continuación. Algunos, como el ministro del Interior, Wilhelm Frick, querían convertir el Tercer Reich en un Estado unitario y racionalizar la asimetría del Reich mediante unas unidades administrativas más lógicas. Hitler no estaba tan seguro. Él creía que parte del daño que la «fragmentación» tradicional había causado había sido compensado por el NSDAP , que «nunca había sabido de asociaciones regionales», sino que por el contrario estaba basado en el «sistema del *Gau* », que Francia ya había puesto en práctica. 62 En otras palabras, el *Gau* nacionalsocialista –cualquiera que fuera su origen etimológico en el medievo alemán– era, en la mente de Hitler, el nuevo equivalente alemán al departamento francés, destinado a representar un principio de administración regional completamente nuevo.

Al mismo tiempo, Hitler se mostraba ambivalente sobre la visión de Frick, en la que existía, según él, «una nueva corriente [que] desea desembarazarse de todo, estandarizarlo todo y centralizarlo todo dentro del Reich». Él llamaba a la cautela. Había que empezar por los hechos naturales, y evitar comportarse como «un oso que golpea hasta la muerte al ermitaño solo para matar una mosca». Por tanto, establecía que «el objetivo es mantener la estructura existente en la medida en que esta sea útil», y cambiarla para que «en el futuro se conserve lo bueno y se elimine lo inútil». Aquí Hitler exponía una especie de principio de subsidiariedad nacionalsocialista comparable a una norma muy similar que un año antes había enunciado para el propio NSDAP . «Lo que hay que preguntarse no es "qué se puede eliminar"», explicaba, «sino qué se debe eliminar». La clave, afirmaba Hitler clarividentemente, era que «el particularismo de los príncipes no debe ser sustituido por el particularismo de una ideología». 63

La verdadera preocupación de Hitler en este sentido radicaba en el futuro, cuando los miembros de la vieja guardia hubieran fallecido y existiera el peligro de volver a los viejos hábitos. Su predicción era que «cuando nos hayamos ido», habría un «cambio» en la calidad de los líderes que podría conducir a la «separación» de partes del Reich. Era evidente que Hitler quería evitar el peligro de que su nuevo Reich se desintegrara, como el imperio de Alejandro Magno o el de Carlomagno, dando lugar a unos

estados que pugnarían entre sí por la sucesión, volviéndose por tanto a la federalización de Alemania. Evitar este resultado constituyó una parte esencial de su programa a largo plazo. «La posteridad», le recordó al *Reichsstatthalter* , «nos juzgará por el resultado final» y no por «la revolución en sí». Aunque Hitler no lo expresara exactamente así, al parecer contemplaba un giro weberiano del gobierno en gran medida carismático del Führer y la primera generación de *gauleiter* a una estructura más legal y burocrática a partir de su muerte. En la segunda generación, sugería, la «autoridad» del liderazgo del partido ya no sería tan «firme», y dependería en gran medida de las «tendencias generales» de la burocracia. Este era el motivo, argumentaba Hitler, por el que «la construcción [del Estado] tenía que ser firme para que la coherencia del Estado nacional unificado no pudiera trastocarse. Por tanto, Hitler no se engañaba en cuanto a que la tendencia alemana a la fragmentación hubiera quedado erradicada mediante la «coordinación»; superar el particularismo era un proyecto que habría de ser llevado a cabo por varias generaciones.

Para la primavera de 1933, la izquierda alemana había quedado en gran parte eliminada. Entonces llegó el turno de los aliados conservadores. Estos compartían muchos de sus objetivos a escala nacional e internacional, pero en cuanto a estilo, formación y visión del mundo, estaban muy alejados. [64] El NSDAP se presentaba a sí mismo no solo como un partido anticapitalista, sino también antiburgués. Si se vuelve sobre la retórica de Hitler anterior a 1933, en ella ya arremetía contra los conservadores por su carácter «reaccionario» y su «esnobismo de clase», [65] que obstaculizaban la creación de una verdadera «Comunidad del Pueblo». La violencia infligida sobre los conservadores, si bien de ninguna forma tan significativa cuantitativamente como la ejercida sobre comunistas y socialdemócratas, pasó de cifrarse en unos cuantos incidentes aislados a principios de 1933 a convertirse en una campaña sistemática. El 7 de mayo, el líder del comité ejecutivo del DNVP , Ernst Oberfohren –que se había opuesto a la política de cooperación con Hitler de Hugenberg– fue hallado muerto a tiros en su apartamento. El veredicto oficial habló de suicidio, pero lo más probable es que se tratara de un asesinato. A los miembros más destacados del DNVP les registraron sus casas o fueron acusados de corrupción. Las SA se encargaron de disolver todas las reuniones del partido. Todo esto era consecuencia de la idea cada vez más instalada en la mente de Hitler de que, dentro del país, el mayor desafío a su mandato no procedía de la izquierda alemana en general, sino de la izquierda de dentro del Partido

Nazi, y de la derecha alemana en sus diversas formas: federal, monárquica, aristocrática, clerical y nacionalista conservadora.

Por todo el Reich, comenzó a construirse una red de campos de concentración. A finales de marzo de 1933, los primeros prisioneros fueron enviados al de Dachau, a las afueras de Múnich. 66 La mayoría eran izquierdistas de un tipo u otro, pero también había entre ellos algunos conservadores y federalistas católicos bávaros. Los dos hijos del antiguo adversario de Hitler Heinrich Held fueron considerados «no mejores que los judíos» y destinados a un destacamento de castigo. 67 El propósito de estas primeras iniciativas era perseguir a los enemigos políticos más que a los [según su criterio] enemigos raciales del régimen. Si bien Hitler sabía de la existencia de campos de concentración en Sudáfrica durante la guerra Bóer, e hizo referencia a ellos en numerosas ocasiones, no existen pruebas de que estos influyeran en la decisión de construir Dachau y otros lugares similares. En aquel momento no había una coordinación central del sistema de campos de concentración 68 y no parece que Hitler desempeñara un papel directo ni en el establecimiento ni en la gestión de los campos.

En el verano de 1933, la emprendió contra lo que quedaba del sistema de Weimar. Proclamó el 1 de mayo como fiesta nacional, satisfaciendo así una demanda que la izquierda venía planteando hacía tiempo. Al día siguiente, abolió los sindicatos. Con el tiempo, las NSBO se amalgamaron con el nuevo Frente Alemán del Trabajo, bajo la dirección de Robert Ley, a quien se le encargó la tarea de organizar a los trabajadores alemanes. El 22 de junio de 1933, el SPD fue prohibido. Dos días después, debido a la presión, el DNVP se desmanteló solo. Al otro día, el Staatspartei, antiguo DDP , hizo lo mismo. Los dos partidos católicos, el Partido de Centro y el BVP , fueron los últimos en echar el cierre, bajo graves presiones, a principios de julio. El 14 de julio, una ley prohibió específicamente la creación de nuevos partidos políticos.

Aquel mismo mes, tras largas negociaciones, Hitler por fin consiguió firmar un concordato con la Iglesia católica romana, en virtud del cual la Iglesia tendría garantizada la libertad de culto y el derecho a imponer sus gravámenes eclesiásticos y gestionar sus propios asuntos. Las escuelas católicas y las facultades de Teología continuaron abiertas. El secreto de confesión tampoco fue cuestionado. A cambio, los nuevos obispos debían prestar juramento de lealtad al Reich en el momento de acceder al cargo. Y, más importante aún, el Vaticano accedió a prohibir a los clérigos no solo su implicación en partidos políticos –entonces una cuestión académica–, sino cualquier tipo de actividad política. La intención de Hitler no era solo domeñar los ambientes católicos, sino mantener una vía de entendimiento

con el Papado como agente internacional; en este sentido, era tanto un instrumento de política exterior como interior. 69

Si bien los últimos vestigios de la democracia alemana habían sido ya eliminados, esto no significaba que la autoridad de Hitler fuera absoluta. El principio de derecho no estaba aún extinguido del todo. 70 Algunos jueces continuaban emitiendo sentencias imparciales, como la absolución de algunos de los acusados en el juicio del incendio del Reichstag. Este acontecimiento, cuyo objetivo era mostrar cómo era la nueva Alemania y criminalizar a los comunistas, acabó resultando un desastre para Hitler en el ámbito de las relaciones públicas. Por otra parte, Hindenburg se opuso (al final, sin éxito) a algunas de las demandas más extremas de Hitler, como la ejecución de Marinus van der Lubbe por lo que él consideraba traición pero para el presidente era solo un delito con agravantes contra la propiedad. Alemania todavía era en realidad un duunvirato ostentado por Hitler y Hindenburg y lo seguiría siendo durante un año más.

Gracias a la ley habilitante, sin embargo, Hitler tenía en ese momento poder más que suficiente para seguir cumpliendo con su programa, tanto en lo referente al ámbito nacional como internacional, siempre que continuara contando con el apoyo de Hindenburg. El foco principal de su programa doméstico eran las estrechamente relacionadas cuestiones del rearme y la reducción del paro, que afectaba ya a seis millones de personas, aproximadamente un 34 % de toda la población activa. 71 A principios de abril de 1933, Hitler nombró al incondicional partidario nazi Fritz Reinhardt, que en los primeros años de la década de 1930 había escrito tan apasionadamente sobre los peligros de la emigración alemana, como secretario de Estado del Ministerio de Finanzas. Durante los siguientes años, Reinhardt lanzó varios programas con su nombre dirigidos a abordar el problema del desempleo y proporcionar mano de obra para el rearme. 72 Dichos programas tenían como objetivo generar empleo a través de las obras públicas, en especial de grandes proyectos de infraestructuras, como la construcción de autopistas por largo tiempo planeada y la ayuda directa a la reparación y reforma de viviendas. La mejor manera de hacer que el pueblo alemán vuelva a trabajar, anunció Hitler ante un público de trabajadores de autopistas, era «volver a poner la economía alemana en marcha» a través de «obras monumentales». 73 Estos programas, así como el ingente gasto en armamento por parte de Hitler, se costeaban en gran parte pagados mediante los sospechosos «bonos MEFO » de Schacht, en realidad un sistema de pago en diferido, expedidos a nombre de una empresa tapadera (estatal). El número real de puestos de trabajo creados parece que fue extremadamente modesto; tampoco concitó mucha

confianza entre las empresas, al menos al principio, pero sí permitieron a Hitler cambiar el relato más general. 74

Sin duda con el fin de mostrar cuál era el nuevo ambiente, Hitler armó un gran revuelo con el regreso, procedente de Estados Unidos, del veterano del Regimiento List Ignaz Westenkirchner, en el otoño de 1933. 75 Este había emigrado en 1928, el mismo año en el que *El segundo libro* de Hitler había advertido del éxodo de los alemanes al otro lado del Atlántico, pero no había conseguido abrirse camino en Reading, Pensilvania. Westenkirchner encarnaba por tanto uno de los problemas que a Hitler más le preocupaban. Cuando su viejo camarada contactó con él, el Führer le pagó el pasaje de vuelta a casa. Westenkirchner recibió un puesto de trabajo en el *Völkischer Beobachter* y aparecieron fotografías de él departiendo amigablemente con Hitler y Amann en varias revistas y libros. 76 El hijo pródigo había vuelto a casa. Poco tiempo después, Hitler repitió la misma jugada pagando el billete de vuelta al modisto Anton Karthausen y a su familia, que tampoco habían conseguido abrirse camino en Brownsville, Texas. 77 Se trataba de gestos principalmente simbólicos y que eran ampliamente difundidos no solo por la prensa alemana, sino también la norteamericana, dirigidos a minar el relato del sueño americano. 78 Hitler no estaba aún listo para promover el retorno a gran escala de los emigrantes alemanes más recientes, y todavía menos de los germanoamericanos, al Reich. De hecho, pese a la abundantemente documentada preocupación que le producían los germanoamericanos en la década de 1920, en ese momento mostraba muy poco interés por las actividades de sus simpatizantes en Estados Unidos, 79 casi con toda seguridad con el fin de evitar provocar a Washington.

Tanto las obras públicas como el rearme requerían una ingente financiación del déficit, llegándose incluso a emitir moneda para pagar a los trabajadores y estimular la demanda. Aunque fundamentalmente «socialista» en apariencia y en medidas políticas, en cuanto a la economía, sin embargo, Hitler no era partidario de nacionalizar la industria. De hecho, durante aproximadamente los primeros cinco años de su mandato, se llevaron a cabo privatizaciones a gran escala, no por razones ideológicas, sino para conseguir rápidamente dinero en efectivo mediante la venta de empresas en dificultades. 80 Lo que Hitler sí hizo, y con gran eficacia, fue nacionalizar a los industriales alemanes, convirtiéndolos en instrumentos de su voluntad política. La clave estaba en el control, no la propiedad. Las principales instituciones económicas alemanas, especialmente de la industria, los negocios y la banca, quedaron completamente apartadas de la toma de decisiones. 81 A diferencia del Reichswehr, a ellas no se las hizo

partícipes de los secretos respecto al *Lebensraum* , al menos al principio. Se les decía simplemente lo que tenían que hacer, y si se mostraban reticentes, se las amenazaba con la cárcel, la expropiación o condenándolas a la irrelevancia.

Que Hitler pusiera el foco en la creación de empleo no era contradictorio, sino más bien coherente, con la axiomática prioridad que daba a la política exterior. Llevaba ya largo tiempo pensando que elevar el nivel de vida de los alemanes era el frente central para la supervivencia del Reich dentro de la escena internacional. Se necesitaba mantequilla, no cañones; sobre esto volveremos un poco más adelante. Las *autobahns* –a simple vista «civiles»– tenían también un evidente propósito militar. Además, el rearme requería un flujo constante de materias primas. Algunas de ellas, como el carbón, estaban disponibles dentro del país, o, en el caso del petróleo o el caucho, podían fabricarse sintéticamente, aunque con un coste considerable; Hitler animó a IG Farben, por ejemplo, a seguir adelante con la producción masiva de petróleo derivado de la hidrogenación del carbón. 82 No obstante, hasta ese momento, gran parte de lo que se necesitaba tenía que comprarse fuera con divisas fuertes, que a su vez había que pagar con exportaciones, o intercambiarse por productos alemanes. 83 «Nosotros ya sabemos», admitía Hitler, que la falta de materias primas «no permite la total autarquía de nuestro Reich». Por tanto, enfatizaba «una vez más», que el gobierno no se oponía a las exportaciones, entre otras cosas porque estas «alimentaban» a muchos alemanes, ya que con ellas se pagaba la importación de alimentos. 84 Por otra parte, Hitler era perfectamente consciente de que el Reichswehr era en un principio capaz de absorber solo una parte de los recursos financieros que empezaron a estar a su disposición a partir de enero de 1933. 85 Invertir más dinero en el rearme antes de tiempo sería como echar un cubo de agua en un terreno completamente reseco.

Ahora que ya se encontraba razonablemente seguro en casa, Hitler volvió su atención al mundo que le rodeaba. Todavía le preocupaba el peligro de una guerra preventiva franco-polaca, y existían además informes de los servicios de inteligencia de un posible acercamiento ruso-polaco. 86 De hecho, en Varsovia llegó a hablarse de algún tipo de intervención para hacer cumplir los términos del Tratado de Versalles, si bien no encontró apoyo en los franceses. 87 Hitler trataba de evitar el aislamiento diplomático de Alemania que requeriría un ataque franco-polaco. Para ello era esencial mejorar las relaciones con las potencias occidentales, Francia,

Gran Bretaña y Estados Unidos. En febrero de 1933, el Führer le expresó a Ribbentrop –que dirigía una secretaría especial de política exterior– su deseo de mejorar las relaciones con Londres. [88] A lo largo de los siguientes tres años, Hitler también le prestó más atención a París que nunca antes ni después de ese momento. [89] Con la excepción de un breve interludio durante la crisis del Ruhr de 1923, y unos cuantos comentarios poco halagadores en *Mein Kampf* , él había ignorado por lo general a Francia, pero durante los primeros tres años a partir de su toma de poder, esta representaba su amenaza más inmediata. Por esta razón, esta vez Hitler se preocupó de recalcar, con mayor o menor sinceridad, su falta de interés en recobrar Alsacia-Lorena.

Hitler también manifestó, esta vez con absoluta hipocresía, sus intenciones pacifistas a nivel general. «El pueblo alemán», afirmó durante su discurso sobre la ley habilitante, «quiere vivir en paz con el mundo». [90] En este contexto, la acreditación de veterano de guerra resultó especialmente eficaz. Cuando el conservador británico contrario al nazismo Duff Cooper afirmó que el Tercer Reich se estaba preparando para la guerra, Hitler contraatacó diciendo que «nosotros, los líderes del movimiento nacionalsocialista, hemos servido, casi sin excepción, como soldados en el frente», añadiendo que no creía que nadie que hubiera experimentado la guerra estuviera «preparándose con entusiasmo» para otro conflicto. [91] También se mostró cauteloso respecto al rearme. Hitler le recordó al gabinete que «necesitamos mostrar contención con el rearme». [92] Su éxito aquí se debió en gran parte a que el Reichswehr había participado de este engaño más o menos desde su fundación, y a la existencia de unos planes ya previstos de rearme y reclutamiento entre sus jefes. [93] El Führer reprendió al líder del DNVP, Alfred Hugenberg, por hablar abiertamente de la vuelta de las colonias y la adquisición de *Lebensraum* ; indignado, Hugenberg abandonó el consejo de ministros haciendo aspavientos. El propósito de la estrategia de Hitler era simple: ganar tiempo para, más adelante, cuando estuviera preparado, quitarse la careta. «Yo persigo una política de entendimiento», explicó Hitler al *Reichsstatthalter* , «que más adelante haga posible una política de fuerza». [94]

Una parte importante de la ofensiva diplomática de Hitler hacia el resto del mundo, especialmente a Occidente, fue su defensa de los Juegos Olímpicos. Estos estaban programados para celebrarse en 1936 en Berlín, sede elegida algún tiempo antes de que Hitler llegara al poder. Hitler dejó claro que el Tercer Reich no solo sería anfitrión del evento, sino que organizaría los Juegos Olímpicos más espectaculares de la historia. Hitler

obviamente esperaba poder exhibir sus logros ante una audiencia mundial cuya sola presencia serviría para legitimar su régimen. A fin de evitar que se cumpliera la amenaza de boicot, no obstante, tuvo que prometer que respetaría la inclusividad de la carta olímpica y acogería en Berlín a «competidores de todas las razas». Pese a su insistencia en que se reservaban el derecho a decidir la composición del equipo alemán, los nazis llegaron a aceptar que los judíos pudieran competir por el Tercer Reich. 95

Al mismo tiempo, y sin ningún sentimiento de contradicción, Hitler pretendía aparentar ante Occidente que el rearme, un proceso verdaderamente lento y complicado, estaba mucho más avanzado de lo que en realidad estaba. 96 El propósito era evitar cualquier ataque preventivo. Para esta estrategia era fundamental exaltar a las fuerzas aéreas alemanas. Los paralelismos con el plan del káiser de utilizar la flota de altamar alemana con fines disuasorios frente a Inglaterra eran tan obvios que la Luftwaffe empezó a ser conocida como una «fuerza aérea de riesgo», 97 tal vez no lo bastante grande para devastar Europa, pero sí suficientemente poderosa para elevar los costes de una intervención extranjera. En este sentido Hitler logró un enorme éxito. Fue capaz de suscitar, tanto a nivel popular como entre las élites, una histeria contagiosa sobre su capacidad de causar bajas masivas entre la población civil por medio de bombardeos aéreos. La verdadera expansión de la Luftwaffe no comenzó hasta 1934 y hasta 1938 no se convertiría en la formidable fuerza de lucha táctica que llegó a ser, pero la fuerza aérea alemana ejerció una poderosa influencia en la imaginación de británicos y franceses desde casi el primer momento.

La misma cautela caracterizó las primeras medidas de Hitler respecto a la Unión Soviética. Ciertamente puso fin a la cooperación militar que el Reichswehr llevaba persiguiendo desde principios de la década de 1920 98 y resistió todas las invitaciones por parte de la derecha conservadora, entre ellos algunos funcionarios de asuntos exteriores, para que Alemania se aliara con Rusia en contra de Polonia y Occidente. La Unión Soviética, de hecho, no revestía una alta prioridad en aquel momento, y Hitler la consideraba como un peligro ideológico, pero no militar. 99 Dicho esto, lo cierto es que Hitler quería mantener abiertas las líneas con Moscú. Esto era así en parte para mantener el suministro de materias primas procedente de la Unión Soviética, en parte porque esperaba que Moscú pudiera frenar a Varsovia para que no lanzara un ataque preventivo sobre Alemania y en parte para inspirar en los soviéticos una falsa sensación de seguridad. En la misma tónica, Hitler continuó atacando el «marxismo como una ideología de la descomposición», así como a sus «apóstoles internacionales», 100 mientras que al mismo tiempo manifestaba públicamente que estaba

dispuesto a mantener unas relaciones «amistosas» con la Unión Soviética; la batalla contra el comunismo alemán, añadía Hitler, era simplemente un «asunto doméstico». 101 El hecho de que durante los siguientes ocho años Hitler desarrollara el nivel de sintonía necesario para conseguir sorprender tanto táctica como estratégicamente a Stalin indica hasta qué punto llegó la capacidad de autoengaño de los soviéticos y la de Hitler para disimular.

Lo que Hitler quería evitar era provocar a los vecinos de Alemania innecesariamente. Uno de los principales elementos de discordia eran los millones de alemanes que vivían más allá de las fronteras del Reich, pero dentro de Europa. Hitler mostraba respecto a ellos una considerable ambivalencia. Como ya hemos visto, siempre había estado mucho más interesado en los alemanes que habían partido con destino a Occidente, especialmente en los emigrados a Estados Unidos. Pese a lo ocurrido a partir de 1938, Hitler en principio no consideró a la población de etnia alemana dispersa por Europa como una quinta columna del Tercer Reich. En algunos casos, en concreto el de los alemanes de Tirol del Sur, en realidad estos constituían una barrera para sus proyectos de alianzas. También temía que pudieran ser tomados como «rehenes» por las potencias enemigas. Por este motivo, Hitler les dijo a los representantes de los alemanes en el extranjero que en casa utilizaría el «martillo» pero en política exterior emplearía las «pinzas». La *Volkstumspolitik* fue delegada en Hess, una clara señal de que no la consideraba un *Chefsache* , esto es, un tema de máxima prioridad. Hess, citando explícitamente a Hitler, dictó que las minorías alemanas debían «mantener las mejores relaciones posibles con sus respectivos pueblos anfitriones». 102 Muchas personas de etnia alemana que vivían fuera del Reich, y que esperaban una política más firme desde el primer momento, se sintieron amargamente decepcionadas por esta actitud.

Había solo dos excepciones. Una era Austria, cuya población era principalmente alemana, había muchos partidarios de la unificación – *Anschluss* – con Alemania y existía un Partido Nazi fuerte. Allí estaban sometidos a una importante presión, no tanto por parte de la izquierda como por parte de las élites administrativas conservadoras, lideradas por el canciller Engelbert Dollfuss. Hitler tenía previsto dejar solucionado el tema austriaco cuanto antes. Temía la influencia de la «mediojudería vienesa» y los «legitimistas» (Habsburgo); su preocupación por las tendencias restauracionistas Habsburgo llegaba bastante más allá de Viena, hasta Hungría y algunos otros estados sucesorios de la antigua monarquía dual austrohúngara. Hitler por tanto recomendó al gabinete que «se aplicara el mismo método contra Austria» que había conducido a un «éxito

inmediato» en Baviera. 103 No obstante, fue Viena la primera en llevar a cabo su represalia y en junio de 1933 prohibió el NSDAP austriaco. El número de exiliados nazis austriacos –ya importante de por sí– aumentó todavía más. Algunos de ellos se unieron para formar la Legión Austriaca, una fuerza paramilitar con sede en un campamento de Lechfeld, cerca de la frontera austriaca, a la que en el verano de 1933 se le encargó, siguiendo las instrucciones de Hitler al jefe de las SA austriacas, el *Obergruppenführer* Reschny, apoyar al partido local «en caso de que hubiera una rebelión». No obstante, no llegó a fijarse ninguna fecha ni a llevarse a cabo ninguna acción. 104

El otro Estado vecino al que los nazis fueron hostiles desde el principio y en el que sí se tomaron un gran interés por la muy significativa minoría alemana desde un primero momento fue Checoslovaquia. Cuando las relaciones con Polonia mejoraron, no se hizo ningún intento por aplicar esta misma distensión con los checos. La actitud de Hitler hacia el pueblo checo en aquel momento no está clara, pero lo cierto es que no ocultó en ningún momento su desprecio por el Estado checoslovaco, al que no consideraba nada más que una china franco-rusa en el zapato del Reich. Durante una reunión mantenida con el ministro húngaro de Asuntos Exteriores, Gömbös, en el verano de 1933, Hitler avisó de su intención de «liquidar» Checoslovaquia. 105 Dicho esto, durante aproximadamente los primeros cuatro años de gobierno, el Führer se tomó relativamente escaso interés en lo que pasaba en Checoslovaquia. 106

En cambio, Hitler sí empezó a explorar la posibilidad de una reconciliación con Polonia. A corto plazo, esto le permitiría romper el cerco que tenía acorralada a Alemania y evitar una guerra preventiva. Estratégicamente, una alianza polaca le proporcionaría un socio o, al menos, una base desde la que iniciar el *Lebensraum* más hacia el este. Esta política era contraria a la opinión imperante en el ejército y en el Ministerio de Asuntos Exteriores, donde los conservadores preferían a los rusos bolcheviques antes que a los advenedizos polacos. Neurath, por ejemplo, insistía en que una mejora de las relaciones con Polonia no era ni posible ni deseable, y argumentó en varias ocasiones que Varsovia solo podía ser refrenada manteniendo la conexión con Moscú. Hitler, en cambio, desde el primer momento dio señales de un cambio de rumbo respecto a Polonia. Esto se hizo evidente cuando el gabinete se puso a debatir el tema de los subsidios para la deficitaria Gruben und Hüttenwerke IG Kattowitz, cuya sede entonces radicaba en Polonia, pero anteriormente había formado parte de la Alta Silesia alemana. Durante mucho tiempo, dichos subsidios se habían pagado a fin de mantener el interés alemán en la zona. Hitler,

apartándose de su habitual mantra de la primacía de la política sobre la economía, dejó claro que «todo este tema debería considerarse estrictamente desde la perspectiva de sus beneficios financieros, con independencia de consideraciones militares». 107 Al final fue vendida a un consorcio polaco.

En un sentido más amplio, Hitler no solo quería evitar la intervención exterior, sino también asegurar al menos la benévola neutralidad de Angloamérica, y las alianzas con Italia y otras potencias afines. Hitler, y en general los nazis, al principio parecían esperanzados con la idea de que podrían apelar a la «mejor» –o sea, racista– naturaleza de Estados Unidos. Consideraban la América de Roosevelt como un sistema de gobierno afín, no solo por sus políticas de exclusión racial –en las que la legislación emigratoria tenía mucho más peso que la segregación–, sino porque el *New Deal* parecía armonizar con lo que Hitler estaba intentando conseguir en Alemania. 108

Existía una cierta simpatía americana hacia la nueva Alemania, pero desde el principio Hitler se esforzó en que su mensaje fuera entendido en Estados Unidos. 109 Le irritaban las extendidas e inesperadas críticas a sus políticas raciales por parte de la prensa estadounidense. En declaraciones hechas a la Comisión Imperial para las asociaciones de destacados médicos alemanes, Hitler argumentó que los americanos no tenían «ni el más mínimo derecho» a protestar porque ellos habían sido «los primeros en extraer conclusiones prácticas y políticas del… distinto valor de las diferentes razas». Aludiendo a la legislación inmigratoria de 1924, afirmó que estas leyes habían evitado ya la entrada de los «denominados refugiados judíos procedentes de Alemania». 110 La distancia se hizo evidente en la primavera de 1933, cuando dos americanos participantes en la Conferencia de Desarme de Ginebra, Allen Dulles y su presidente Norman Davis, estrecho colaborador de Roosevelt, se reunieron con Hitler en la cancillería. De forma poco halagüeña para él, el encuentro tuvo lugar con el telón de fondo de un aumento en la preocupación estadounidense respecto a la agitación antisemita. La reunión comenzó con mal pie cuando Hitler preguntó cómo se habría sentido el sur de Estados Unidos posterior a la guerra si, como Alemania, se hubiera encontrado con un tratado destinado a tenerlo sometido de forma permanente. Davis respondió que el sur había sido tratado mucho peor que Alemania porque lo habían obligado incluso a aceptar jueces negros. Este no mostró ninguna comprensión hacia el inveterado temor de Hitler de que los alemanes fueran a ser esclavizados por otros blancos, o incluso por los judíos. Davis a continuación expresó su profunda preocupación por el rearme alemán. El desencuentro de opiniones

entre el racismo norteamericano y el nazi fue absoluto. 111

Las esperanzas de Hitler de un rápido entendimiento con Gran Bretaña también tardaron poco en disiparse. Evidentemente, hubo algunos –como el magnate de la prensa lord Rothermere– que dieron la bienvenida a Hitler como un bastión contra el comunismo. 112 «Ha habido una repentina expansión de su espíritu nacional», escribió en el *Daily Mail* , «como la que se vivió en Inglaterra durante el reinado de la reina Isabel». Rothermere celebraba el «patriotismo puro y duro de Hitler», que había rescatado a Alemania de «sus elementos ajenos», los judíos. «Lo que más necesita el mundo de hoy es realismo», concluía. «Hitler es realista». Sin embargo, la opinión de la prensa, el Parlamento y el Ministerio de Asuntos Exteriores era abrumadoramente negativa. El tratamiento que Hitler daba a los judíos, en concreto, era motivo de gran consternación. El único desacuerdo real era respecto a la medida en que una intervención exterior sería legítima o eficaz. 113

Antes de dar pasos diplomáticos importantes, Hitler necesitaba ganarse, o al menos neutralizar, a la opinión pública de Gran Bretaña y Estados Unidos. Esto requería que el régimen atenuara su violencia doméstica, al menos en la medida en que ello afectaba al mundo exterior y podía ser monitorizado por la prensa internacional, especialmente por los periódicos británicos y norteamericanos, que Hitler consideraba controlados por los judíos. Fue por esta razón por la que, a primeros de marzo, también instó de forma general a las SA , las SS y el NSDAP a evitar los ataques a coches y personas extranjeras. 114 El efecto fue casi imperceptible, en parte porque la disciplina de las SA dejaba mucho que desear, y en parte porque el propio Hitler continuó alentando la violencia con gestos y guiños claramente públicos, pero, sobre todo, porque la naturaleza misma del régimen nazi despertaba una indignación internacional, especialmente en Gran Bretaña y Estados Unidos. Así pues, casi desde el principio, Hitler y el Tercer Reich estuvieron sometidos a un bombardeo de publicidad negativa por parte de la prensa angloamericana. 115

Esta crítica estaba encabezada por los corresponsales extranjeros británicos y norteamericanos destacados en Berlín. Su decano, el representante de la agencia Associated Press Louis Lochner, fue siempre una china en el zapato de las autoridades nazis. 116 Tratar con estos corresponsales era cometido del jefe de la Oficina de Prensa Extranjera de Hitler, Putzi Hanfstaengl. Este montó una oficina justo enfrente de la cancillería, al frente de la cual puso a la cuáquera Agnethe von Hausberger, que se había criado en Estados Unidos. 117 Su monopolio de contactos con la prensa extranjera se veía continuamente puesto en peligro por Goebbels

y por el retorno de Kurt Lüdecke, alineado con Alfred Rosenberg, de Estados Unidos. Durante aproximadamente los siguientes cuatro años, Hanfstaengl trató de conseguir una cobertura de prensa lo más favorable posible. Chismorreaba y bromeaba con corresponsales extranjeros en sus cafés favoritos; el primer Tercer Reich fue un sistema abierto y permeable, a años luz del totalitarismo de la Rusia soviética. 118 Dicho lo cual, los periodistas extranjeros estaban sometidos a una política de intimidación sistemática por parte de las autoridades nazis. Göring les advertía de que sus conversaciones telefónicas eran monitorizadas. Goebbels protestaba a menudo por la mala cobertura que les daba la prensa y en ocasiones consiguió incluso detener, castigar o hacer retirar a periodistas. 119 No obstante, los nazis no podían hacer nada contra la mala cobertura que les dispensaban al otro lado del Canal o del Atlántico.

Hitler era extremadamente sensible a su imagen negativa en el mundo exterior. A primeros de marzo de 1933, advirtió al gabinete que «consideraba muy peligrosa la agitación global de la prensa contra el gobierno alemán». 120 Una semana después, se quejó a Papen de que unos supuestos atropellos perpetrados por las SA contra diplomáticos extranjeros se habían utilizado como pretexto para lanzar un «bombardeo sistemático» con el objetivo de «detener el resurgimiento nacional» de Alemania. 121 Hitler estaba profundamente preocupado por ello, porque creía firmemente que el aislamiento de Alemania y la derrota en la guerra habían sido resultado de una campaña de prensa angloamericana contra el Reich. También le preocupaba la forma en que le retrataban a él personalmente. En franco reconocimiento de esta preocupación por su imagen internacional, Hitler patrocinó la publicación por parte de Hanfstaengl de un libro entero de caricaturas sobre él –*Hitler in der Karikatur der Welt* –, cada una de ellas rebatida detalladamente, que salió a la venta en el otoño de 1933. 122 Por esta razón, Hitler estaba ansioso por establecer un aparato eficaz para conectar con la opinión internacional y «escapar del aislamiento político mundial». Hitler comunicó al gabinete que crearía «una nueva organización» para «influir en la opinión pública extranjera». Esto requería una clara demarcación de competencias entre el Ministerio de Asuntos Exteriores y el Ministerio de Propaganda de Goebbels. Hitler añadió que mientras que Alemania estaba llevando a cabo una «política gubernamental» tradicional, la de otros países estaba siendo «dirigida por otras fuerzas muy distintas», en clara alusión al supuesto poder de la prensa judía. 123

Una de las formas de hacer llegar el mensaje del Führer fue mediante la difusión de *Mein Kampf* en el extranjero. En este punto Hitler se mostró

contradictorio. Por un lado, se tomó notables molestias por restringir la publicación de algunas ediciones en lengua extranjera, llegando incluso a recurrir a los tribunales en Francia. Por otro, prestó su respaldo o al menos toleró otras versiones. Una edición italiana tuvo el honor de que Hitler escribiera para ella un nuevo prólogo. 124 Una versión abreviada en inglés fue publicada en el otoño de 1933 por Hurst and Blackett en Londres y por Houghton Mifflin en Nueva York. Pese a posteriores reclamaciones, como por ejemplo la del líder sionista Chaim Weizmann, de que en estas ediciones se tendía a restar importancia al racismo y a las ambiciones territoriales de Hitler, no llegaron a ser expurgadas en el sentido estricto de la palabra. 125 El énfasis en el *Lebensraum* y en el presunto poder malévolo de la judería mundial era igual de fuerte en estas ediciones que en el original. 126 El Führer también manifestó abiertamente sus planes en una entrevista al *Daily Telegraph* en mayo de 1933, en la que afirmó que no quería competir en materia naval o colonial con Inglaterra, sino la expansión hacia el este. 127 Nada de esto resulta sorprendente, porque, aunque Hitler siempre trató de ocultar sus movimientos diplomáticos y militares, desde un punto de vista estratégico a largo plazo le interesaba que el público angloamericano simpatizara con su forma de pensar en materia de raza y espacio.

Curiosamente, al tiempo que Hitler dedicaba considerables esfuerzos a convertir a Angloamérica, era reacio a perseguir una coalición más amplia de países contra la judería mundial y el resto de pilares del orden internacional. Su interpretación de las instituciones de gobierno mundial y el funcionamiento de la economía global probablemente resultaba más atractiva para los desposeídos del sistema internacional, entre los que se encontraba una gran parte de la población alfabetizada del mundo no anglosajón, que se sentía engañada por el poder de Angloamérica y de «los judíos», y que no creía que la historia hubiera terminado con la llegada del liberalismo. 128 Había muchos altos cargos nazis, entre ellos Rosenberg y Goebbels, que deseaban retomar las cosas donde Strasser las había dejado y forjar alianzas internacionales, si no con los pobres de la tierra del continente indio, al menos con los muchos otros a quienes les había tocado llevarse la peor parte del capitalismo global o del imperialismo británico, o al menos así lo creían ellos. Esto dio lugar a la existencia de una animada «internacional» fascista y antisemita en la década de 1930. 129 Hitler, en realidad, no tenía ningún interés en ninguno de estos enredos transnacionales, al menos en aquel momento. Él tenía previsto exportar un gran número de nazis al este cuando fuera el momento oportuno, pero –con la excepción de los dos pequeños mercados vecinos de Austria y

Checoslovaquia– no tenía intención de exportar el nazismo al mundo en general.

Hitler creía que detrás de esta campaña de prensa negativa había una conspiración judía. La necesidad de tomar «medidas defensivas» contra la «propaganda de atrocidades» ocupó su mente durante toda la segunda mitad de marzo de 1933. 130 Entonces decidió lanzar un boicot, por un tiempo limitado, contra los negocios judíos. 131 Julius Streicher, un fanático antisemita y editor del diario *Der Stürmer* , fue puesto a cargo del Comité de Defensa contra la Atrocidad Judía y de Campaña del Boicot. 132 Su destinatario principal era Angloamérica. Hitler informó a su gabinete de que estaba preparado «para retrasar el inicio del boicot si los gobiernos de Inglaterra y Estados Unidos hacían de inmediato unas declaraciones satisfactorias contra la propaganda de atrocidades. 133 «¿Qué haría América», preguntaba, «si los alemanes residentes en América se comportaran tan mal con América» como los judíos con Alemania? Este constituía un tema especialmente amargo para Hitler debido a sus opiniones sobre el papel de los emigrantes alemanes que, formando parte del ejército americano, habían luchado contra su propia madre patria en la Primera Guerra Mundial. Por otra parte, argumentaba Hitler, aludiendo a la inmigración de *Ostjuden* de finales del siglo XIX , Alemania había «dejado entrar a extranjeros durante cientos de años», sin restricciones, por lo que su densidad de población era enorme. En Estados Unidos, continuaba, la cifra era mucho más baja y, a pesar de ello, «América había aplicado cuotas y excluido sin más a ciertos pueblos» de la inmigración. 134 Aquí volvía a poner de manifiesto su preocupación de siempre por la interferencia judía desde América, unida a la superioridad espacial y la exclusividad racial de Estados Unidos. Pocas cosas habían cambiado desde los primeros pronunciamientos de Hitler en la década de 1920.

En estos primeros tiempos, el Tercer Reich promovió la emigración judía, especialmente a Palestina. Esta era la política del Ministerio de Asuntos Exteriores, el de Economía y en particular de las SS , encargadas de confiscar la mayoría de las propiedades judías. 135 Estas buscaron ayuda en el sionismo alemán y mundial, interesado en aumentar el número de inmigrantes al *Yishuv* . La apoteosis de esta cooperación fue el Acuerdo de Haavara entre la Federación Sionista Alemana, la Agencia Judía y el Ministerio nazi de Finanzas, alcanzado en agosto de 1933 con el fin de facilitar el traslado de judíos alemanes a Palestina. Fue una iniciativa sionista más que una iniciativa nazi, destinada a que los judíos que querían huir de las políticas discriminatorias del Tercer Reich pudieran llevarse al menos parte de sus bienes a Palestina. Visto en retrospectiva, el Acuerdo de

Haavara salvó muchas vidas, ya que permitió la salida de unos ciudadanos judíos a los que de otro modo habrían matado más tarde. No existe ninguna prueba de que este acuerdo fuera promovido o aprobado por el Führer, aunque tampoco hizo nada por revocarlo. 136

Hitler, de hecho, fue ambivalente sobre la emigración de los judíos alemanes. Utilizaba la renuencia de otras potencias a la hora de aceptar refugiados judíos, y la de Gran Bretaña a que fueran admitidos en Palestina, para acusarlas de hipocresía, 137 pero no favoreció su traslado sistemático a gran escala allí ni a ninguna parte. Esto obedecía en parte a que Hitler continuaba oponiéndose completamente a la idea de un Estado judío como tal, que, a su juicio, solo serviría de cuartel general para una conspiración internacional judía. La razón principal, sin embargo, era que él quería que los judíos permanecieran en Alemania para que le sirvieran como rehenes para garantizarse el buen comportamiento de la judería mundial. Esto quedó claro cuando un destacado abogado de Nueva York, Maxie Steuer, visitó Berlín en torno a la primavera o principios del verano de 1933 con una propuesta de las principales figuras de la comunidad judía norteamericana, como los Warburg, los Speyer y los Guggenheim, para financiar la salida de todos los judíos alemanes, incluidos aquellos que recientemente habían inmigrado allí desde Europa del este. Tanto Neurath como Schacht se mostraron encantados con la idea. Pero, para asombro de Hanfstaengl, Hitler rechazó la propuesta, recordándole que él quería tener a los judíos de rehenes. 138

Es evidente por tanto que la política de Hitler hacia los judíos a partir de 1933 acarreó tensión desde el primer momento. Por un lado, Hitler quería dificultar la vida de los judíos todo lo posible para que se fueran y así poder dar una solución progresiva al «problema». Por otra parte, quería que al menos algunos de ellos se quedaran en el país a modo de rehenes para el buen comportamiento de los judíos angloamericanos en las «plutocracias» occidentales. Esta tensión era en parte reflejo de diferentes presiones dentro del régimen, pero sobre todo de una que habitaba en la propia mente de Hitler, y que con el tiempo se resolvería por sí sola.

La confrontación entre Hitler y lo que él consideraba la judería mundial en la primavera de 1933 estuvo a punto de hacer descarrilar sus grandiosos planes para los Juegos Olímpicos. A finales de mayo de aquel mismo año, el Congreso Judío Estadounidense, bajo la presidencia de Bernard S. Deutsch, se manifestó en contra de que los Juegos se celebraran en Alemania. También se produjeron profundas divisiones dentro del propio Comité Olímpico americano. El representante de Estados Unidos en el Comité Olímpico Internacional era el republicano de Luisiana Ernest Lee

Jahncke, que acababa de finalizar su mandato como secretario de la marina. Jahncke era un germano americano no judío, cuyo padre había nacido en Hamburgo, y que odiaba a Hitler y era firmemente contrario a la «despreciable explotación de los Juegos Olímpicos» por parte de los nazis. Si la amenaza iniciada por los americanos del boicot internacional a los Juegos Olímpicos de Berlín nunca llegó a materializarse fue en gran parte debido al entusiasta apoyo del presidente del Comité Olímpico estadounidense, y ferviente antisemita, Avery Brundage.

Otro tema espinoso que Hitler tuvo que negociar con Estados Unidos fue el papel de los germanoamericanos, que constituían, con mucha diferencia, el grupo más numeroso de *Auslandsdeutschen.* Como hemos visto, este grupo era para él determinante en su visión mundial, y él había sacado el máximo partido mediático al regreso a casa de dos de ellos. Dicho esto, Hitler no quería de ningún modo ganarse la enemistad de Washington interfiriendo en sus asuntos internos. Por ello, el NSDAP - *Ortsgruppen* americano fue desmantelado en la primavera de 1933, poco después de la llegada de Hitler al poder. Su lugar fue ocupado por una nueva organización, la Liga de Amigos de la Nueva Alemania, conocida en general como el Bund. No obstante, el Bund era claramente un arma de dos filos. Sin duda, consiguió el apoyo de la derecha racista y aislacionista, pero para la opinión estadounidense en general constituía básicamente un anatema. El Bund fue objeto de duras críticas desde el primer momento, no solo por parte de grupos judíos, sino de muchos otros norteamericanos, incluida la mayoría de los germanoamericanos, para quienes cualquier forma de interferencia externa era inaceptable. El Tercer Reich reaccionó prohibiendo a los ciudadanos alemanes involucrarse en el Bund y hacia finales de año Hitler aseguró a un entrevistador de Hearst Press, el germanoamericano Karl von Wiegand, que él había «prohibido que miembros del partido en el extranjero hicieran propaganda nacionalsocialista, a fin de no poner en peligro las relaciones diplomáticas con estos países». 139

De esta manera, es obvio que Hitler estaba reaccionando a las actividades del congresista judío por Nueva York, Samuel Dickstein, que en 1933 comenzaba a mantener sesiones informales en la Cámara de Representantes sobre las actividades nazis en Estados Unidos. Finalmente, esto llevó, un año después (marzo de 1934), a la fundación de un Comité Especial de Actividades Antiamericanas Autorizado a Investigar la Propaganda Nazi y Ciertas Actividades de Propaganda. Por razones estéticas, se decidió que su presidente fuera el congresista no judío por Massachusetts John W. McCormack, si bien la prensa alemana siempre se

refirió a él como el «Comité Dickstein». Dos meses más tarde, el presidente Roosevelt ordenó a Hoover, director del FBI , iniciar una «muy detenida y minuciosa investigación» del fascismo estadounidense, poniendo especialmente el foco en «cualquier posible conexión con representantes oficiales del gobierno alemán». 140 Efectivamente, el concepto mismo de comportamiento «antiamericano» fue por primera vez utilizado como expresión política institucionalizada durante la confrontación entre Estados Unidos y el nazismo. Claramente, Hitler estaba perdiendo la batalla por América. La «alterización» de los fascistas estadounidenses, la América alemana, el nazismo y el propio Führer estaba ya muy avanzada.

Entretanto, Hitler trataba de llegar a un acuerdo financiero con Washington. El Tercer Reich necesitaba desesperadamente reducir los pagos por los intereses de la deuda generada por préstamos. A la vez, pese a su arraigada ambición de alcanzar la autarquía, los planes de Hitler para el rearme requerían la importación de materias primas, que solo podían pagarse con divisa extranjera derivada de las exportaciones. Hitler también quería explorar las posibilidades de alcanzar formas más profundas de cooperación económica en Europa. Retomando un tema sobre el que ya había hablado antes de 1933, Hitler temía el aumento de agentes económicos no europeos –aquí es probable que estuviera pensando no solo en Estados Unidos, sino también en Japón y posiblemente en China–, ya que estos importaban maquinaria occidental y competían con las potencias industriales consolidadas. 141 Esperaba que el antiguo mundo se dejara convencer en la Conferencia Económica Mundial de Washington para unirse a un boicot a la exportación de maquinaria a estas potencias emergentes. No conseguirlo, se lamentaba, implicaba la destrucción de la industria europea. No obstante, si eso no era posible, Hitler quería –tal como expresó ante una delegación de Alemania oriental a finales de abril de 1933– compensar las pérdidas en el «comercio mundial» mediante el «desarrollo de su mercado interno». 142

En mayo de 1933, Schacht fue enviado a Washington a debatir otras cuestiones interrelacionadas con la economía internacional, las deudas y el armamento de Alemania. Para ello se reunió al menos en cuatro ocasiones con el presidente Roosevelt, aparte de mantener otras innumerables conversaciones con asesores de este, varios senadores, ministros, banqueros y destacados judíos americanos. Estos llegaron a emitir una declaración conjunta en la que subrayaban la necesidad de abolir las restricciones del comercio internacional y de tener unas divisas estables. También estuvieron de acuerdo en que abordar el desempleo era una prioridad urgente tanto mediante la expansión del crédito interior como,

curiosamente, a través del establecimiento de un programa internacional para movilizar el crédito privado y público con fines productivos. Lo que esto daba a entender, a juzgar por las apariencias, era nada menos que una posible alianza keynesiana para la prosperidad mundial. El *New Deal* de Roosevelt, al parecer, era congruente en el plano internacional con el nuevo orden de Hitler en Alemania. 143

En junio, el primer paso importante en política exterior de Hitler fue el anuncio de una moratoria efectiva de la deuda. Las empresas alemanas debían pagar las importaciones en *reichsmarks,* que no se convertirían hasta que hubiera mejorado la balanza comercial. Mientras, los acreedores podían usar sus saldos congelados para pagar por productos alemanes. No hubo ninguna reacción coordinada a escala mundial, ni siquiera por parte de Estados Unidos. Hitler se había salido con la suya.

Por lo demás, Hitler continuó haciendo todo lo posible para evitar roces con Estados Unidos. Prohibió expresamente los ataques a Roosevelt y a su gobierno. 144 También trató de apaciguar los ánimos que él mismo había soliviantado contra la «judería mundial». En su opinión aún no había llegado el momento oportuno para una confrontación directa, por lo que desalentó los actos de violencia espontáneos procedentes de las bases. «El frente al que actualmente hay que estar atentos», advirtió a los *Reichsstatthalter* a principios de julio de 1933, estaba «fuera de Alemania». «Este frente es peligroso», continuó diciendo, y «no debemos provocarlo innecesariamente». «Reabrir hoy en día la cuestión judía de nuevo», concluyó, «significa soliviantar de nuevo al mundo entero». 145 Lo que Hitler aún no sabía era que el presidente Roosevelt en ese momento ya estaba implacablemente en contra de él y del nazismo. En enero de 1933, entre su elección y su investidura, Roosevelt comentó en privado que el ascenso de Hitler era un «augurio maligno», no solo para Europa, sino también para Estados Unidos. Hitler, predijo, «al final se enfrentará a nosotros porque su magia negra apelaba a lo peor del hombre; fomentaba su odio y ridiculizaba su tolerancia; y no podía sobrevivir en un mundo basado en un sistema en el que la razón y la justicia eran pilares fundamentales». 146

11

La «elevación» del pueblo alemán

En el frente doméstico, la posición de Hitler fue afianzándose cada vez más. Alemania era ya un Estado monopartidista. «Nos hallamos a mitad de camino de la lenta consecución del Estado total», le dijo Hitler a sus *Reichsstatthalter* a principios de julio de 1933. La tarea que quedaba por delante, anunció, era crear una «base legal» para este «Estado nacionalsocialista total». [1] Una semana después, el NSDAP fue declarado el único partido político en el Reich. Durante la segunda mitad del año se sucedieron una serie de medidas destinadas a asegurar la penetración del Estado por el partido; la mayoría de ellas fueron infructuosas, y dejaron cosas pendientes hasta el final mismo del Reich. A finales de septiembre de 1933, Hitler anunció su intención de «ir introduciendo gradualmente al partido nacionalsocialista dentro de la autoridad federal». [2] Rudolf Hess, el lugarteniente del Führer en el NSDAP , comenzó a desempeñar un papel cada vez más importante en las reuniones del gabinete del Reich y en el gobierno en general. [3] En diciembre de 1933, esta tendencia quedó plasmada en la Ley para Asegurar la Unidad del Partido y el Estado, cuyo propio nombre parecía dejar clara la simbiosis entre los dos.

Pese a estas medidas, Hitler creía que la nazificación del Estado no era la solución. Quería mantener la eficacia de la administración y la economía, y evitar la interferencia de personas incompetentes nombradas por el partido. De modo que pasó gran parte del verano y del otoño de 1933 diciéndole al partido que atenuara la aplicación del nazismo a nivel local si esto afectaba a la productividad económica y el correcto funcionamiento del Estado. Cuando Hess le preguntó si el «aparato del Estado» entero debía estar integrado exclusivamente por miembros del partido, Hitler respondió sencillamente que «eso no era necesario». [4] Al escepticismo de Hitler sobre el valor de la nazificación «según el manual del partido» subyacía una crisis de identidad mucho más amplia que experimentó el movimiento durante la primavera y el verano de 1933. [5] Hasta entonces, el NSDAP , pese a ser numeroso, no lo había sido tanto como el SPD . En la mente de Hitler, era un grupo de élite, de valor probado en la adversidad, y por tanto capacitado para ejercer el liderazgo en el Tercer Reich.

Sin embargo, con la toma del poder, y especialmente a partir de las

elecciones al Reichstag de 1933, el NSDAP se vio inundado de solicitudes de afiliación al partido por parte de trepas, sarcásticamente denominados «víctimas de marzo», si bien el mayor número de aspirantes se registró en mayo. [6] Hitler temía el «aburguesamiento» del partido y su debilitamiento por la entrada de «oportunistas». De hecho, él ya había anticipado la existencia de este problema en *Mein Kampf* , donde distinguía entre los «miembros» revolucionarios y los «partidarios», más pasivos; había contemplado incluso la prohibición inmediata de la entrada de nuevos miembros tras la toma del poder. [7] Por otra parte, estaba la cuestión de qué función debía desempeñar la organización general del partido ahora que ya se había conseguido el poder. Ciertamente no la de gobernar, dado que esto ya estaba en manos de los nazis que dirigían el Estado, o de instituciones nazis concretas. Sin duda tampoco la de la propaganda, que estaba a cargo de Goebbels y su Ministerio de Propaganda. El 1 de mayo de 1933, el partido anunció que ya no admitiría más solicitudes hasta 1937. La contradicción, no obstante, era obvia. ¿Cómo se podía pedir la penetración del partido en todos los ámbitos de la vida y el gobierno a la vez que se cerraban las listas de nuevos miembros?

Hitler resolvió esta contradicción mediante un exhaustivo programa de transformación interna para Alemania. No tenía sentido «coordinar» todo, explicó sin mucho tacto, dado que estaba hablando con los comisarios imperiales, si uno no contaba con «el hombre adecuado» para ejecutarlo. [8] Por un lado, con ello Hitler simplemente estaba enfatizando la importancia de encontrar al candidato más cualificado para un puesto, en lugar de nombrar sin más a cualquier burócrata nazi. Sin embargo, por otro lado, Hitler estaba expresando su idea acerca de la presunta necesidad de transformar a la sociedad alemana en un sentido más profundo. Él no quería solo una conformidad de puertas para afuera, sino que interiormente se asumiera y se reprodujera el nuevo orden, y para ello era necesaria una mayor homogeneidad «racial». Esto es a lo que Hitler se refería cuando a principios del verano de 1933 ante un público formado por hombres de las SA , en Kiel, manifestó que «debemos continuar la lucha por el alma de la persona alemana». [9] Los alemanes, estaba queriendo decir, tenían que aprender lo que los angloamericanos ya venían dominando desde hace tiempo, es decir, que había que conseguir la cohesión nacional no mediante amenazas o sobornos, sino mediante el instinto.

En este sentido, Hitler creía que tenía una dura tarea por delante. La percepción de la fragilidad y debilidad racial alemanas, presente en sus escritos y discursos durante toda la década de 1920, continuó asediándole después de 1933. La visión de Hitler del pueblo alemán de ese momento

era muy poco favorecedora. Era profundamente consciente de su pobreza y de su ignorancia. Hitler expresó su desesperación por el bajo nivel de civilización del «mugriento» recluta medio a los jefes del Reichswehr. «Es un hecho que la gente de bajo nivel racial tiene que ser forzosamente culturizada», señaló, y la suciedad de muchos reclutas alemanes reflejaba el hecho de que muy probablemente simpatizaran más con otros extranjeros tan degradados como ellos que con sus propios compatriotas. [10] Por otra parte, en el otoño de 1933, Hitler manifestó ante un público integrado por destacados industriales que el pueblo alemán, lejos de ser racialmente puro, era «una nación diversa, formada por muchos grupos y partes diferentes» y que incluía a «muchas personas» completamente «inadecuadas» para una cultura superior. [11] La actitud de Hitler hacia los alemanes era sin duda afectuosa, pero también altamente condescendiente. Racialmente fragmentado, susceptible de ser fácilmente manipulado por los judíos y la propaganda extranjera, y vulnerable a las lisonjas de la cultura popular estadounidense, su *Volk* alemán dejaba mucho que desear.

Una forma de crear el deseado «Estado racial» [12] era eliminar lo negativo. En este punto el principal objetivo de Hitler era la judería alemana, que él consideraba agentes de subversión extranjera y de descomposición racial interna. Su exclusión sistemática comenzó con la Ley para la Restauración de la Función Pública de primeros de abril de 1933, a la que siguieron otras medidas. Obviamente aquí intervinieron muchas instancias e individuos, pero Hitler estuvo en todo momento al mando, ya fuera para hacer avanzar el proceso o para negarse a que burócratas o líderes del partido excesivamente entusiastas le empujaran a emprender acciones «prematuras». [13] La guerra contra los judíos fue avanzando lentamente, en parte porque, como hemos visto, Hitler no quería enemistarse innecesariamente con el mundo exterior y en parte por los intrincados problemas en cuanto a definición que implicaba. Eliminar a los que eran «totalmente» judíos era una cosa, pero ¿qué hacer con los que solo eran medio judíos o lo eran en una cuarta parte? Hitler se resistía a condenar sin más a los cientos de miles de personas afectadas, porque según sus cuentas había mucha sangre «valiosa» mezclada con lo que él consideraba la escoria. Incluso en sus propios términos, las leyes de Hitler estaban llenas de contradicciones, porque mientras por un lado llegaba a definir a un «judío» como alguien con dos abuelos «judíos», esta afirmación «científica» se basaba en la afiliación religiosa de los ancestros en cuestión y no en su supuesta categoría «racial», que habría sido imposible de establecer en cualquier caso.

Curiosamente, en este momento la animosidad contra los eslavos como

tales era escasa. Durante la década de 1920 estos no habían tenido un gran protagonismo en sus teorías, y la eslavofobia no tuvo ningún papel en las políticas de Hitler de los primeros años siguientes a 1933. [14] Sin duda, esto se debía en parte a no querer herir sensibilidades diplomáticas en relación con Polonia, pero las razones principales eran ideológicas. Hitler había fijado Rusia como objetivo para la expansión, no porque los eslavos fueran inferiores, sino porque, en su opinión, los judíos y el bolchevismo habían dejado al Estado indefenso, un supuesto destino que él temía acabara siendo también el de Alemania. Además, Hitler era perfectamente consciente de que el *Volk* alemán incluía a muchas personas de origen checo o polaco. Sin embargo, tanto en lo referente a la política interior como exterior, Hitler era mucho menos antipolaco que la corriente conservadora alemana en general.

El otro frente importante de la campaña para eliminar las vetas «desechables» del cuerpo político nacional era atacar a las personas discapacitadas y a las que sufrían enfermedades hereditarias. [15] A diferencia de los judíos, a estas Hitler no las veía como agentes extranjeros, sino solo como una pérdida de recursos del Estado y una amenaza para la salud mental y física del pueblo alemán. A mediados de julio de 1933, Hitler se apresuró a sacar adelante una Ley para la Prevención de Enfermedades Hereditarias, [16] que permitía la esterilización médica obligatoria de todos aquellos que padecieran discapacidades físicas o mentales «hereditarias» que pudieran pasar a su descendencia, entre ellas la ceguera, la sordera, la esquizofrenia, el síndrome maníaco-depresivo y las deformidades físicas. Su propósito, explicó al gabinete, era asegurarse de que «las personas con enfermedades hereditarias» no se «reprodujeran en gran número» mientras «millones de niños sanos no llegaban a nacer». [17] Hitler se tomó gran interés en la ejecución de estas medidas. Cuando le comunicaron el número de muertes ocurridas durante las operaciones de esterilización, sugirió utilizar la radioterapia en lugar de la cirugía. [18] La motivación de Hitler en este caso no era solo su aversión por los discapacitados, sino su preocupación por preservar a los capacitados. El propósito de esta guerra contra los «débiles» era que Alemania estuviera en forma para luchar contra los «fuertes».

En todo esto, Hitler se basó en muchas tradiciones de la eugenesia alemana existente, pero le causó especial impresión el modelo norteamericano. Su inspiración no fue tanto el sur de Estados Unidos, sino las leyes de «mestizaje» y eugenesia de toda la Unión. [19] La publicación estadounidense *Eugenic News* señalaba que «para alguien versado en la historia de la esterilización eugenésica en Estados Unidos, el texto del

estatuto alemán se interpreta casi igual que la ley de esterilización del modelo americano». 20 Para Hitler, una de las autoridades en la materia era Leon Whitney, cuyo libro *The Case for Sterilization* solicitó específicamente. Su principal inspiración, no obstante, seguía siendo Madison Grant, autor de *La caída de la gran raza* , nada popular entre los nazis debido a su visión escéptica de los alemanes, pero al que Hitler escribió una carta en la que le decía que consideraba esta obra como «su Biblia». 21 Un aspecto en el que Hitler no quería emular a Estados Unidos era en el hábito de fumar, que tanta importancia revistió dentro del sueño americano. De hecho, se negaba a permitirlo en su presencia, ni siquiera a sus más estrechos colaboradores, ni a Eva Braun. Más adelante, los científicos nazis llevarían a cabo investigaciones sobre los efectos perjudiciales del tabaco, prohibieron fumar en oficinas y en salas de espera (si bien con poco éxito) e introdujeron los vagones de no fumadores en los trenes. 22

La eliminación de elementos supuestamente dañinos, sin embargo, no era suficiente para Hitler. Si Alemania quería tener alguna posibilidad de imponerse frente al racialmente superior mundo sajón, Hitler tenía que fomentar en la sociedad alemana lo que era teóricamente positivo. Era necesario conseguir una «elevación» (*Hebung*) cívica y racial en los alemanes a fin de destilar sus mejores elementos en pro de lo que él consideraba la pureza «racial». Para revertir los siglos de pérdida demográfica debida a la emigración al extranjero, y resistirse a la influencia cultural y socioeconómica del Nuevo Mundo, el Reich tenía que formular una visión atractiva y viable de la renovación racial alemana.

Para este proyecto de destilación y elevación racial de Hitler eran fundamentales los «niveles de vida». Esto obedecía en parte a que él temía, como advirtió ante la jefatura del Reichswehr, que un «bajo nivel de vida» hiciera a los alemanes vulnerables al «bolchevismo», 23 pero la razón principal era que él competía explícitamente con Occidente y con el «estilo de vida americano» en particular. La batalla por el alma de la clase obrera alemana había que librarla no contra la Unión Soviética, sino sobre todo contra Estados Unidos. Hitler no compartía el extendido esnobismo cultural alemán sobre civilización, consumo y tecnología. En su opinión, tanto la prosperidad como el progreso tecnológico reflejaban e incrementaban el valor «racial», del mismo modo que un bajo nivel de vida aceleraba la degeneración racial al tiempo que era consecuencia del mismo. Por tanto, en el ámbito interno, la atención del régimen no se centraba en la propaganda, sino en el consumo. 24

Por esta razón, Hitler respaldaba con su prestigio personal el aumento

del número de coches en Alemania. [25] Ya en un primer momento del ejercicio de la cancillería, introdujo una desgravación fiscal sobre los vehículos nuevos. En la primavera de 1934 ordenó al funcionariado que estudiara la fabricación de un «coche del pueblo» de precio asequible. [26] En una serie de discursos a los representantes de la industria del automóvil alemana, elogió la «liberación psicológica» que proporcionaba la propiedad de un coche, y su esperanza de que pronto lo que hasta entonces había constituido «un lujo» pasara a ser un «artículo de uso generalizado». Lamentaba el hecho de que «mientras en Estados Unidos había unos veintitrés millones de coches en circulación, y se producían entre tres y cuatro millones de automóviles al año, la Alemania de Weimar no hubiera conseguido sacar a las carreteras más de 450.000, de los cuales en los últimos años solo una décima parte habían sido de fabricación propia. Y esto pese al hecho de que la población de Alemania equivalía a poco más de la mitad de la de Estados Unidos. «El Ford», continuaba, era el vehículo mediante el que «millones» o como mínimo «cientos de miles» de personas podían conseguir la «elevación de su nivel de vida». Por tanto, instó a la industria alemana a fijar «el precio de compra y los costes de mantenimiento» de este coche teniendo en cuenta «una relación sostenible con la renta de la gran mayoría de la población», como ya era el caso en Estados Unidos. [27] Curiosamente, Hitler no mostró el mismo entusiasmo por los camiones como medio de transporte de mercancías, apostando en su lugar por el ferrocarril. [28] El automóvil era sobre todo un objeto de consumo, más que de propulsión.

Además del automóvil, otro elemento clave del proyecto de modernidad nazi era el avión. También en este aspecto Alemania tenía que ponerse al día. Los británicos y los americanos les llevaban una gran delantera, no solo en la aviación militar y naval, sino también en la aviación civil. Hitler promovió con fuerza un uso cada vez mayor del transporte aéreo, ya que según él mismo expresó, «en pocos años, a nadie se le pasará siquiera por la cabeza hacer un viaje de más de quinientos kilómetros usando otra cosa que no sea el avión». Dentro de sus planes para la reconstrucción de Berlín, la construcción de un enorme aeropuerto en la ciudad ocupaba un lugar prioritario, argumentando que esto sería el equivalente a la creación del Unter der Linden por parte del rey de Prusia. «El aeropuerto de Tempelhof», insistía Hitler, debe convertirse en «el aeropuerto civil más grande y más bonito del mundo». «Nada», advirtió Hitler a los encargados del proyecto, «podría impresionar más a un extranjero que llega a la estación sur de tren o al aeropuerto de Tempelhof que tenemos previsto construir» que ver unas instalaciones capaces de «acallar cualquier crítica»

por su «belleza y tamaño». [29] En otras palabras, «no lo cuente y muéstrelo». Tanto para lo positivo como para lo negativo, Estados Unidos seguía siendo un punto de referencia principal en los planes de Hitler.

Otra área en la que Hitler pretendía competir con Angloamérica era la dotación de receptores de radio inalámbricos. En 1933, Alemania contaba solo con 4,3 millones de receptores de radio con licencia para una población de 66 millones de habitantes, [30] una proporción mucho más baja que la de Estados Unidos o Gran Bretaña. Con el fin de corregir este desequilibrio, Goebbels reunió a unas veintiocho empresas distintas para producir en masa una radio asequible. El «receptor del pueblo» resultante fue presentado en la Feria de la Radio alemana celebrada en Berlín en agosto de 1933; se pusieron a la venta 100.000 aparatos a un precio de 76 *reichsmarks* cada uno. El cartel de la promoción proclamaba «Toda Alemania escucha al Führer», aunque era una exageración bastante grosera. De hecho, no más del 25 % de los alemanes contarían con el aparato de radio necesario para poder hacerlo (suponiendo que quisieran hacerlo). El «receptor del pueblo» no era parte de una especie de círculo cerrado de información totalitaria. No tenía un solo canal, sino muchos –de eso se trataba–, y las emisoras extranjeras podían escucharse sin interferencias, al menos hasta que estalló la guerra. [31] En un principio, por tanto, no constituyó un instrumento de propaganda, sino de consumo. [32] Obviamente, el consumo también era propaganda, una forma de publicidad para el Tercer Reich mucho mejor que discursos y declaraciones.

A Hitler tampoco se le pasaba por alto la importancia del ocio, cuyo disfrute consideraba fundamental para su «proyecto de nivel de vida» y, por tanto, para el supuesto bienestar «racial» de Alemania. En la década de 1920, había alabado la forma en la que los norteamericanos estaban en contacto con la naturaleza y salían en sus coches de excursión al campo. El movimiento nazi de la Fuerza a través de la Alegría fue encargado de la tarea de organizar actividades de ocio para las masas, y abrir las montañas, lagos y playas de Alemania a un espectro mucho más amplio de grupos sociales que hasta entonces; los judíos, obviamente, quedaron excluidos. Una vez más, Estados Unidos era en esto el modelo implícito. [33] El propio Hitler hizo que le fotografiaran con tres niños pequeños, de aspecto convenientemente «nórdico», con un turístico paisaje de montaña de fondo. A los pocos años, el régimen estaba ofreciendo paquetes de viaje, especialmente a enormes complejos de vacaciones construidos al efecto junto al mar Báltico, pero, también, para los más afortunados, más allá de las fronteras del Reich, a Noruega y el Mediterráneo. Uno de los propósitos del movimiento de la Fuerza a través de la Alegría era, concretamente,

ofrecer una alternativa a los modelos de ocio «americanos». [34]

El papel asignado a la mujer dentro de este programa de modernización era claramente limitado. [35] «Las palabras "emancipación de las mujeres"», dijo Hitler durante una reunión de la NS-Frauenschaft, «no son más que palabras inventadas por la intelectualidad judía». Hitler comparaba el «mundo del hombre», caracterizado por el «Estado», la «lucha» y el «compromiso con la comunidad», con el «mundo más pequeño» de la mujer, formado por «el marido, los hijos y su hogar». [36] En términos generales, Hitler se oponía a las mujeres trabajadoras, salvo a las secretarias y empleadas domésticas. Las que entraban en política le producían especial horror, y apenas prestaba atención a la *Reichsfrauenführerin* Gertrud Scholtz-Klink. Tampoco era partidario de las mujeres que ejercían una profesión, [37] con excepción de las profesiones «creativas». Gerdy Troost, esposa del arquitecto Paul Troost, fue contratada en numerosas ocasiones para remodelar los espacios personales de Hitler. Este también patrocinó el trabajo de Leni Riefenstahl. Del mismo modo, Hitler aceptaba el papel de las mujeres en las artes escénicas, como la función directiva de Winifred Wagner en Bayreuth, o el trabajo de las actrices de cine o de teatro. [38] También fue admirador de la estrella de cine checo Anny Ondra, casada con el boxeador Max Schmeling.

En el mundo de Hitler, la cooperación de las mujeres era esencial para el funcionamiento general de todo. Su interés era principalmente demográfico. «Todo niño [que la mujer alemana] trae al mundo», anunció, «es una batalla que ella libra» por la supervivencia de su pueblo. [39] Las políticas de natalidad constituyeron el núcleo de la eugenesia «positiva» de Hitler a partir de 1933. A los alemanes se les animó a formar familias. [40] Los programas de Reinhardt ofrecían préstamos a las parejas recién casadas para pagar los muebles y otros artículos del hogar. Un cuarto del capital del préstamo se daba por condonado en el momento del nacimiento de cada hijo. Estos préstamos solo estaban disponibles para mujeres que antes hubieran estado trabajando. [41] Los nazis también elevaron considerablemente la importancia del Día de la Madre e introdujeron una condecoración con la firma de Hitler grabada que se empezó a conceder a las madres, con distintos grados, dependiendo del número de hijos de «sangre alemana» que habían dado a luz. [42] Estas políticas fueron acompañadas de medidas coercitivas para promover nacimientos más «saludables». [43] El aborto fue prohibido. El divorcio, en cambio, fue facilitado, con el fin de animar a la gente a volver a casarse y con ello a tener más hijos. La homosexualidad ya era ilegal, pero los nazis la desalentaron aún más endureciendo la definición legal de lo que se

consideraban actos homosexuales. Decenas de miles de transgresores fueron enviados a prisiones del Estado. Tomadas en conjunto, estas medidas tuvieron hasta cierto punto efecto. Seis años después, el número de nacimientos, la mayoría de ellos dentro del matrimonio, había aumentado hasta situarse de nuevo al nivel de 1924. Este aumento fue consecuencia no solo de una mayor fecundidad, sino de que la gente empezó a casarse a una edad más joven; pocas parejas aprovecharon en realidad los incentivos económicos para formar familias más numerosas. 44

El pueblo alemán no solo tenía que ascender socioeconómicamente, sino que además tenía que mejorar física y espiritualmente a través de la educación, el deporte y el arte. A finales de marzo de 1933, Hitler hizo un llamamiento a la «desintoxicación política» y la «renovación moral del cuerpo político del pueblo». «Todo el sistema educativo, el teatro, el cine, la literatura, la prensa [y] la radio», continuó diciendo, «son medios para este fin», e iban dirigidos a «preservar los valores eternos» del pueblo alemán. 45 Por esta razón, Hitler puso un especial énfasis en la educación. Patrocinó diversas escuelas de élite, como los Institutos de Educación Política Nacionales (NAPOLA) y las *Adolf-Hitler Schulen.* Su modelo aquí fueron las escuelas privadas británicas, cuya mezcla de robustecimiento físico y mental él esperaba superar. «Por un lado, Eton College», escribió más adelante, «y, por el nuestro, las Escuelas de Adolf Hitler o las NAPOLAS ». Eran «dos mundos», continuaba Hitler, «en un caso se trata de los hijos del pueblo, y en el otro, los hijos de la aristocracia del dinero y los magnates financieros». 46 De hecho, durante el Tercer Reich, el sistema de escuelas privadas británicas sirvió de inspiración a la política educativa nazi. Se fomentaron los intercambios e incluso se invitó a una delegación de Eton a visitar Alemania. 47

Pese a que Hitler tenía personalmente aversión al ejercicio, estaba muy interesado en que la juventud alemana pasara gran parte de su tiempo libre realizando actividades deportivas. Su entusiasmo por el deporte venía motivado por dos factores. En primer lugar, lo veía como una oportunidad para que el Tercer Reich brillara internacionalmente por sus logros deportivos. Cuando Max Schmeling venció por K.O. al estadounidense Steve Hamas en un combate celebrado en Hamburgo, y lo celebró dirigiendo al público el saludo nazi, el Führer se puso eufórico. Actualmente estamos acostumbrados a ver a los líderes políticos identificarse con grandes figuras del deporte, pero, en aquella época, Hitler, al igual que Mussolini, fue una especie de pionero. Todavía más importante, Hitler consideraba el deporte como parte del endurecimiento racial de la juventud alemana, necesario dada la presuntamente lamentable

condición física del *Volk* en aquel momento. En contraste con las «bestias cerveceras» del pasado, «el joven alemán del futuro debe ser esbelto y ágil, veloz como un galgo, resistente como el cuero y duro como el acero Krupp». Ser «duro» era para Hitler el mejor elogio que se podía hacer, y a menudo lo utilizaba en relación con la tenacidad británica. «Debemos», continuaba diciendo Hitler, «formar a una nueva persona para que nuestro pueblo no se deteriore». 48

Si Hitler veía a la juventud alemana como los «hijos de Esparta», tampoco olvidaba Atenas. 49 No hay duda de que la literatura le interesaba muy poco. Hitler no leía novelas ni poemas, y el Museo Goethe de Weimar trató en vano de que fuera a visitarlo; cuando iba allí, prefería ir a visitar la casa de Nietzsche. 50 En todo caso, concedió una subvención para que el museo pudiera existir. Hitler defendía la educación humanista contra las exigencias de una formación más técnica, entre otras cosas porque deseaba que se asociara a los alemanes de entonces con los logros culturales de la Antigüedad en lugar de con las tribus germánicas del mismo periodo. 51 Hitler no tenía tiempo para compartir el entusiasmo de Himmler a este respecto. En lugar de ello, insistió en conectar su *Kampf* con el vínculo milenario entre «helenismo y germanismo». 52

El interés de Hitler por el arte y los artistas no se limitaba a su *glamour* superficial ni a un capricho personal; constituía un elemento clave dentro de su proyecto de elevación «racial». En septiembre de 1933, fundó el Reichskulturkammer para coordinar y supervisar la producción artística. En su primer discurso inaugural sobre cultura, pronunciado aquel año –que repitió una y otra vez en ocasiones posteriores–, Hitler resaltó que la «disposición» artística era parte de la supuesta «herencia» racial. 53 Diferenciar y disfrutar del «verdadero arte», en opinión de Hitler, contribuía al programa de «tamizado» o filtrado racial. «Es cometido del arte», señaló Hitler durante el debate de la ley habilitante, «expresar un determinado espíritu de la época», de modo que «la sangre y la raza vuelvan a convertirse en inspiración de la intuición artística». El arte debería apartarse de la «contemplación cosmopolita» en pro de celebrar el «heroísmo». 54 Uno de los principales vehículos de mejora racial en este punto fue el gusto por la arquitectura, que en su opinión expresaba el «núcleo racial» del «cuerpo político del pueblo». 55

El otro medio más importante para Hitler era la música, especialmente las obras de Richard Wagner, cuya idea de una Gesamtkunstwerk u obra de arte total –que comprendiera lo auditivo, lo espiritual y lo intelectual– era particularmente atractiva. Hitler apareció como huésped de honor en el auditorio Gewandhaus de Leipzig para conmemorar el cincuenta

aniversario de la muerte del compositor. Para agosto de 1933, ya había visto *Die Meistersinger von Nürnberg* no menos de 135 veces. En contra de la creencia ampliamente extendida y las diversas formas en que sus obras podían ser interpretadas, Hitler no utilizó a Wagner para promover el antisemitismo, [56] sino más bien como un medio de inspiración y estímulo para el pueblo alemán. [57] Aproximadamente catorce meses después de la toma del poder, Hitler aprovechó la ocasión de la colocación de la primera piedra del monumento a Richard Wagner en Leipzig para alabar al compositor como un hombre que «encarnó lo mejor de nuestro pueblo», e instó a «nuestras generaciones venideras a adentrarse en el mágico mundo de este maravilloso poeta del sonido». [58]

Hitler quería dar a conocer a Wagner a las masas con el fin de instruirlas. [59] No obstante, se tomó su tiempo en contactar con el socio colaborador más obvio, el Festival Wagner de Bayreuth, dirigido por su amiga Winifred. En muchos sentidos, este constituía un campo minado. Al tratarse de un evento internacional al que asistían numerosos judíos extranjeros y en el que los judíos alemanes solían actuar de forma habitual, el festival no podía «arianizarse» de la noche a la mañana sin generar una gran confusión en la organización y un escándalo público. Por otra parte, Hitler quería llevar a Wagner al pueblo, no sepultarle en un santuario construido especialmente para él. Se negaba deliberadamente, por ejemplo, a concederle a Bayreuth el monopolio sobre Wagner o a suprimir las representaciones rivales en el Prinzregententheater de Múnich. Pese a las numerosas tentativas, nunca accedió a la demanda de Winifred de que *Parsifal* solo pudiera representarse en Bayreuth. Destacadas figuras extranjeras ya estaban empezando a boicotear el festival. Arturo Toscanini, tal vez el director de orquesta de más prestigio en aquel momento, que había actuado, con el aplauso general, en los festivales de 1930 y 1931, rechazó la invitación de Winifred para hacerlo en el de 1933, aduciendo razones políticas; su nombre encabezó una petición de solidaridad con los judíos promovida desde Nueva York. A primeros de abril de 1933, Winifred y su hija Friedelind fueron invitadas a un almuerzo en la cancillería. Winifred le pidió a Hitler que contactara él personalmente con Toscanini, lo que este en efecto hizo, pero –para su vergüenza– sin éxito. Hitler se puso furioso. Para colmo, el italiano acudió en cambio al festival de Salzburgo.

Fue entonces cuando Hitler se desvinculó de todo lo relativo a Bayreuth. Cuando a finales de abril Winifred le regaló unas entradas por su cumpleaños, Hitler hizo caso omiso. El festival pasó la mayor parte de la primavera y el verano de 1933 en crisis ante el desplome del interés

internacional, especialmente en Estados Unidos y, consiguientemente, también de la venta de entradas. Hitler solo intervino en el último momento, a finales de junio de 1933, para garantizar la afluencia de público y con ello la continuación del festival. Hitler permitió a Winifred que siguiera contando con intérpretes judíos en el festival de 1933, y también mantuvo algunos en la Staatsoper de Berlín, porque estos podían ser necesarios en Bayreuth; al resto les despidieron. Casi en el último minuto, Hitler anunció su intención de asistir al festival en persona y fue recibido con gran fanfarria. El carácter del festival cambió radicalmente a partir de ese momento. En lugar de seguir siendo una exclusiva reunión internacional de entendidos en Wagner, Bayreuth fue convirtiéndose en un instrumento socialmente más accesible e ideológicamente más conformista del régimen nazi. También se convirtió en un acontecimiento tradicional y especialmente señalado dentro del propio calendario político de Hitler, programado, muy convenientemente, antes del congreso anual del partido celebrado siempre en el cercano Núremberg. Por el momento, no obstante, Hitler no deseaba de ningún modo provocar más ofensa en los invitados extranjeros de la absolutamente necesaria. Por ejemplo, prohibió que se cantara el «Horst Wessel Lied» e incluso el himno nacional dentro del edificio donde se celebraba el festival, pese a que las ubicuas esvásticas colocadas en derredor ya debían de ser bastante explícitas de por sí. [60]

El Führer también confiaba en que el arte ayudaría a superar las persistentes divisiones regionales dentro de Alemania. Pese a que administrativamente estaba rigurosamente centralizada a través del establecimiento de varias «cámaras» imperiales, [61] retóricamente estaba regionalizada. En el discurso en el que anunció la creación de la Haus der Kunst, Hitler distinguía entre la legítima «peculiaridad de las distintas tierras alemanas», la «variedad de nuestra vida interior» y el supuestamente pernicioso «espíritu de división» que amenazaba «la unidad de la nación». «Si Berlín es la capital del Reich», continuaba diciendo, «Hamburgo y Bremen, las capitales navieras, Leipzig y Colonia, las capitales del comercio alemán, Hesse y Chemnitz, las capitales de la industria alemana, entonces Múnich debería volver a ser la capital del arte alemán». «Ojalá esta ciudad», prosiguió diciendo, «vuelva a replantearse su verdadera misión», es decir, la de ser «sede de lo elevado y lo bello». [62] Este era por tanto el papel que Hitler le tenía reservado a Múnich, ser, además de la «capital política del movimiento», un honor concedido en correspondencia a la petición realizada por la propia ciudad iniciado ya el Tercer Reich, [63] la capital artística de Alemania. «La capital del arte y de nuestro movimiento es Múnich, y seguirá siendo Múnich», [64] anunció Hitler en el acto de

colocación de la primera piedra de la Haus der Deutschen Kunst a mediados de octubre de 1933.

Los gustos artísticos de Hitler eran conservadores, pero en ningún modo cursis. Algunos de los altos cargos nazis, en especial Goebbels, admiraban a modernistas como Emil Nolde, Edvard Munch y Ernst Barlach, todos ellos considerados en un primer momento parte del nuevo arte «germánico». A Hitler no le interesaban. Él prefería a Böcklin, Makart, Feuerbach y Spitzweg, todos ellos pintores que hoy en día siguen teniéndose en gran consideración. Su sensibilidad artística era reconocida incluso por los expertos. 65

Si bien Hitler ponía un énfasis especial en la alta cultura, no se olvidaba tampoco de otros entretenimientos más populares. Rápidamente se dio cuenta de la oportunidad y a la vez la amenaza que representaban tanto el cine como la música popular. 66 Hitler no prohibió las producciones de Hollywood ni tampoco otras extranjeras, 67 y las películas del Oeste constituyeron una gran parte, a veces la mayor parte, de la oferta cinematográfica durante los primeros años del Tercer Reich. 68 Muchos directores de estudios de cine –algunos de ellos judíos– trataron de proteger sus beneficios evitando ofender a Hitler. 69 El propio Führer fue un ávido consumidor de películas americanas, incluidas algunas prohibidas por el régimen, como *Mickey Mouse* , entre otras cosas porque el número de producciones alemanas no era suficiente para satisfacer su demanda. 70 El nuevo cine alemán, por tanto, no sustituyó al de Hollywood, sino que coexistió y compitió con él. La mayoría de las producciones de cosecha propia no tenían otro propósito que el puro entretenimiento, pero si alguna contenía un mensaje político, este no iba principalmente dirigido contra el bolchevismo, sino contra la idea de que existiera un mejor futuro para los alemanes al otro lado del Atlántico. *Der Kaiser von Kalifornien* (1936), por ejemplo, describía la trayectoria de un pionero de origen alemán llamado John Sutter, como ejemplo de una alienación cultural y económica extremas; y, a diferencia de la mayoría de las películas del Oeste de la época, también retrataba a los pieles rojas bajo una luz favorable. En cuanto al jazz, pese a las bien conocidas objeciones de Hitler a la «música negra», se interpretaba en muchos lugares e incluso, más adelante, el propio régimen llegó a presentar a Charlie y su Orquesta ante el público internacional. 71

Aparte de esto, Hitler intervino en varias ocasiones en el campo cinematográfico. Algunas veces, sus motivaciones eran claramente estéticas. Otras, le guiaba un interés político. Cuando el Congreso Cinematográfico Internacional se reunió en Berlín en 1935, Hitler envió un

mensaje de bienvenida y concedió una audiencia privada a las diversas delegaciones internacionales. Esperaba que la «alta misión cultural del cine» ayudara a «profundizar en el conocimiento mutuo entre las naciones». Lo que venía a significar, de forma más clara, que había que evitar la producción de cualquier película –como las supuestamente patrocinadas por judíos– que pudiera complicar las relaciones de la Alemania nazi con el mundo exterior. 72

La última y, según acabaría resultando, forma más importante mediante la que Hitler pretendía elevar lo que él consideraba el valor racial del pueblo alemán, fue la política agraria. A corto plazo, su intención era reactivar el sector agrícola alemán, mejorando los niveles de vida rurales, y aumentar la producción de alimentos de cara a la autosuficiencia nacional. Este frente de batalla era fundamental para el nuevo gobierno porque, en comparación con Gran Bretaña y Estados Unidos, Alemania seguía siendo todavía un país muy rural; de hecho, estaba claramente «atrasado». Cuando Hitler llegó al poder, más de nueve millones de personas, casi el 30 % de la población activa total, trabajaba en la agricultura. En junio de 1933, Hitler nombró a Walther Darré ministro de Agricultura y Alimentación. Ese otoño de 1933, él y Herbert Backe fundaron el «Patrimonio Alimentario Imperial», cuyo cometido inmediato era fijar los precios agrícolas; esto significó el fin del libre mercado en este sector. 73 Sin embargo, Hitler no quería devolver a Alemania a una especie de arcadia rural premoderna. En lugar de ello, veía la agricultura como un elemento clave para incubar una nueva élite alemana, una «nueva aristocracia de la sangre y la tierra», como Darré la definió en su influyente texto sobre esta materia. La política agraria nazi estaba específicamente dirigida a reemplazar a la «vieja» aristocracia *junker* , que supuestamente le había fallado a Prusia y a Alemania, y pretendía estar abierta a todo «verdadero alemán». 74 También buscaba racionalizar la agricultura alemana, ya fuera noble o no.

En el otoño de 1933, Hitler introdujo la *Reichserbhofgesetz* (Ley de Heredad No Enajenable). Su intención era evitar, como manifestó a su gabinete, la reducción de la población alemana a 30-35 millones en los próximos 35 años. La explicación de Hitler al respecto era que la debilidad del sector agrícola, que él atribuía al funcionamiento del sistema capitalista, ponía en peligro el suministro de comida y con ello la propia esencia de la nación. Por esta razón, sostenía, «todo el poder del pueblo se basa en el mantenimiento de una clase agrícola saludable». De una u otra forma, afirmaba Hitler, «el agricultor tendría que ser eximido de la economía de mercado». 75 El propósito demográfico, militar y racial de la nueva ley se hacía explícito ya en el preámbulo, que comprometía al Reich a mantener

al campesinado como «fuente de la sangre del pueblo alemán», preservando la propiedad heredada evitando la fragmentación por vía de la herencia. 76

A diferencia de las anteriores legislaciones agrarias prusianas de principios del siglo XX , destinadas a proteger a los alemanes de la subversión eslava, principalmente de los polacos, los criterios de la *Reichserbhofgesetz* eran raciales en lugar de nacionales. Los específicamente excluidos de «la capacidad de ser agricultores» eran los judíos y los africanos. En cambio, la ley situaba a los pueblos de «sangre tribalmente relacionada» al mismo nivel que los «alemanes» no judíos. El Ministerio del Interior los definía como pueblos que «habían vivido en asentamientos nacionales afines dentro de Europa tiempo atrás en la historia». Los gitanos quedaban explícitamente excluidos, aunque fueran sedentarios, pero la lista de agricultores aceptables incluía no solo a todos los supuestos «arios», sino también a muchas otras «razas» como los húngaros, estonios, finlandeses, eslavos, daneses y lituanos. 77 Si estos tenían la nacionalidad alemana, podían hacerse, o continuar siendo, agricultores. En otras palabras, la reserva racial potencial abarcaba prácticamente a todo el continente europeo. Algunas de estas exenciones podían obedecer a consideraciones diplomáticas, pero posiblemente influyera también la visión relativamente relajada de Hitler respecto a los eslavos, y tal vez la percepción de que tenía que apañárselas con el material demográfico del que disponía. Esto acabaría teniendo importantes consecuencias a largo plazo.

Dentro del ámbito nacional, la inspiración histórica del *Reichserbhofgesetz* fue la *Bauernschutz* prusiana de los siglos XVII y XVIII , destinada a proteger no tanto al campesino como tal, sino como reserva de reclutamiento para el ejército. En el extranjero, la inspiración era claramente la ley de primogenitura aplicada por la aristocracia británica, conforme a la cual todo el patrimonio pasaba al hijo mayor vivo por imperativo legal, mientras que los hermanos menores se veían obligados a buscar un empleo productivo en el ejército, el mundo del derecho, la Iglesia o incluso el comercio. En la medida en que la tierra disponible continuaba siendo la misma, el efecto de la *Reichserbhofgesetz* , y también su intención, eran reducir la población rural y aumentar la productividad agrícola.

A largo plazo, evidentemente, el plan de Hitler era aumentar la tierra disponible. Su intención era asegurar el suministro de alimentos de Alemania en caso de una amenaza de guerra o de bloqueo. Hitler también quería conquistar nuevos territorios a fin de poder alimentar a una clase

dinámica de agricultores y colonos soldados racialmente sanos que gradualmente iría sacando al resto del pueblo alemán de la sima en la que en ese momento se encontraba. Al igual que el moderno Estados Unidos, que había pasado de un (tal vez mítico) sistema jeffersoniano de pequeños hacendados rurales a una agricultura mecanizada a gran escala, Hitler quería pasar de un sistema minifundista de cultivo intensivo económicamente insostenible y en su opinión racialmente pernicioso, a una agricultura más extensiva y a gran escala. Al igual que Estados Unidos, él pretendía aumentar la población mediante la promoción de los elementos valiosos y la mejora de aquellos no del todo desechables. La diferencia, en términos geopolíticos, era que mientras generaciones de norteamericanos fueron animados a «ir al oeste», Hitler instaba a los alemanes –como venía haciendo desde mediados de la década de 1920– a «mirar al este».

Este era el que podríamos denominar «sueño alemán» de Hitler, una visión enfrentada, pero en algunos aspectos también inspirada, en el «sueño americano». Aquí los «niveles de vida» no solo importaban tanto como el «espacio vital», sino que eran interdependientes, en el mismo sentido que lo habían sido en Estados Unidos antes. Según la visión de Hitler, Alemania necesitaba espacio para desarrollar todo su potencial racial, pero también necesitaba fuerza racial para conquistar ese espacio. Dado que Alemania, para empezar, ya carecía de suficiente espacio, en su caso era especialmente necesario aumentar la cohesión racial dentro del país. Esta fatal dialéctica del espacio y la raza sería la que determinaría la política y las medidas a aplicar durante todo el Tercer Reich.

En términos económicos, el nazismo «funcionó», o quizás Hitler simplemente tuvo suerte. Su programa se basó esencialmente en los planes y presupuestos del último periodo de Weimar. Al parecer también pudo beneficiarse de un repunte cíclico «natural». Si los planes de creación de empleo surtieron realmente algún efecto es algo que no está claro. [78] La mayor parte del dinero apartado con este propósito aún no se había gastado a finales de 1933. De una u otra forma, parecía que la insistencia de Hitler en que la clave para la prosperidad radicaba más en la política que en la economía, había quedado demostrada. Las empresas recuperaron la confianza. En un año, el desempleo descendió en más de un tercio; seis meses más tarde, era un 60 % menor que cuando Hitler asumió la cancillería. Aun teniendo en cuenta las posibles artimañas estadísticas, se trataba de un logro impresionante, unos resultados mejores incluso que los que Franklin Delano Roosevelt había conseguido en Estados Unidos. [79]

Fuera o no mérito del Führer, él fue quien cosechó los beneficios políticos.

Afortunadamente para Hitler, el espectro de la emigración alemana fue alejándose a partir de 1933. Sin duda, el número de alemanes contrarios al nazismo que salieron del país fue espectacular, alcanzando las 360.000 personas (sin contar a los austriacos) al final de la década, pero librarse de estos elementos era motivo de alegría para Hitler, que no obstante siguió vigilando muy de cerca las actividades de los círculos de estos exiliados. Sin embargo, a diferencia de los emigrados de los siglos XIX y principios del XX , entre estos apenas había emigrantes estrictamente económicos, probablemente porque Estados Unidos seguía inmerso en la depresión de la que los nazis estaban entonces empezando a salir.

En el otoño de 1933, unos nueve meses después de asumir la cancillería, Hitler pronunció un discurso a puerta cerrada sobre el «Estado del Reich» ante la Comisión Imperial. Fue muy revelador en cuanto a lo que Hitler pensaba que había conseguido y su percepción de lo que seguía quedando por hacer. El 20 de septiembre de 1933, Hitler reunió al «Consejo General de Economía», del que formaban parte algunas figuras de las principales empresas alemanas como Siemens, Thyssen y Krupp. Hitler comenzó resaltando la importancia de la «voluntad» y del «poder de la voluntad» a la hora de recuperar la esperanza y la vida en lugar de rendirse como anteriores gobiernos alemanes habían hecho. Hitler admitió que había habido «errores», pero añadió el comentario tolstoiano de que «la guerra más importante y la más victoriosa, la que queda para la historia del mundo como un hecho único y grandioso», era en realidad «la suma de todas las decisiones tomadas, tanto de las buenas como de las malas». «Generalmente», continuó Hitler, retomando el argumento que ya había utilizado a lo largo de enero de 1933, la victoria era para los que «sencillamente habían cometido menos errores». Si este periodo «ciertamente más tarde se presentara como un periodo tormentoso y tenso», [80] concluyó Hitler, sus resultados habían sido en todo caso abrumadoramente positivos. Hitler estaba aquí escribiendo él mismo la historia de sus primeros meses, señalando que las turbulencias de la toma del poder no solo habían sido inevitables y excusables, sino que además ya pertenecían al pasado.

Era el futuro, sin embargo, lo que a Hitler más le preocupaba. Una vez más, repitió su vieja máxima de que «la acción política» era anterior a la actividad económica. [81] Instó a la industria a mantener el impulso, a crear empleo y promover el consumo y la inversión. La clave para ello era la confianza, razón por la que Hitler, ya fuera consciente o inconscientemente, recurrió a la retórica de Roosevelt en su primer discurso inaugural, en el

que afirmó que «la única cosa» que los americanos debían temer «era al propio miedo». Los alemanes, explicaba, estaban en cambio en un perpetuo estado de «temor»: temor a que los «vecinos» pensaran que gastaban demasiado, temor a la inestabilidad política y temor a los impuestos. Hitler quería «erradicar» este «conjunto de temores». «Solo cuando las personas recuperan una cierta alegría de vivir», sostenía, «conseguirán que el dinero vuelva poco a poco a circular». La clave, explicaba, era lograr «que nadie quisiera ponerse límites, sino que todo el mundo deseara mejorar». «Hay que construir una escalera», dijo, «por la que todo el mundo pueda subir de alguna manera».

El papel del Estado en todo esto, según Hitler, era ponerle al «paciente» las suficientes «inyecciones» para reanimarle. «Debemos», explicó, «darle cuerda a la economía hasta que se produzca una corriente general que también arrastre a otros». Para ello, Hitler confiaba en dos estímulos. El primero era, como ya hemos visto, las obras públicas, especialmente «gigantescos proyectos de construcción de carreteras». El segundo tenía que ver con las «reparaciones en viviendas», con el propósito de «conseguir estimular el afloramiento de una suma mucho mayor mediante la inversión de una cantidad comparativamente pequeña y hacerla así productiva». Esto es lo que hoy denominaríamos el «efecto multiplicador». [82] «Alguien debe empezar a reparar la primera ventana», demandaba Hitler, y todo lo demás vendrá a continuación. Con ello estaba articulando, por decirlo de alguna manera, una teoría de «las ventanas rotas» para la recuperación económica.

Tras esta audacia del Führer, sin embargo, subyacía una mal disimulada preocupación por un retorno del desempleo masivo, especialmente en invierno. «Este invierno, lógicamente, nos preocupa solo una cosa», anunció, que era conseguir que «el número de desempleados no aumente bajo ninguna circunstancia». [83] A Hitler también le preocupaban las relaciones entre el ejército, el medio que él prefería para el rearme alemán, y las SA , que esperaban ser las encargadas de esta función. También le preocupaba la interferencia del partido en el Estado y la economía. Pero lo que Hitler temía por encima de todo era la hostilidad del mundo exterior al cual, a su modo de ver, el resurgir de Alemania y su rearme le habían hecho ponerse en guardia. «Actualmente, el mundo entero está en contra nuestra», advirtió. Esto era peligroso, explicaba Hitler, porque el Reich necesitaba otros tres o cuatro años más para poder contar con una defensa eficaz. Por tanto, quedaba por delante un «peligroso intervalo» antes de que Alemania estuviera preparada para volver a dominar la escena europea. Finalmente, a Hitler le preocupaban los judíos, porque «a menudo tenían gran influencia

en el exterior». 84

En cuanto al ámbito nacional, Hitler reaccionó con el «Plan de Auxilio de Invierno», destinado a crear un sentimiento de solidaridad nacional para ayudar a los alemanes a pasar los física y psicológicamente difíciles meses de invierno. También instó a los líderes del partido «a reducir al máximo las manifestaciones revolucionarias». «Ya no existen objetivos nacionalsocialistas partidistas en Alemania», declaró Hitler, señalando que «la evolución gradual era la condición previa para el resurgimiento económico que Alemania tan desesperadamente necesita». Por si alguien aún no se había enterado, Hitler dejó bien claro que «las intervenciones directas de los comisarios imperiales en la administración deben cesar», sobre todo «en los asuntos judiciales» (aunque obviamente no lo hicieron). En cuestiones militares, comunicó que «la Wehrmacht era la única que podía llevar armas en Alemania» y que «en absoluto era su intención que junto a ella hubiera un segundo ejército en Alemania». 85 De momento, Hitler no podía llegar mucho más lejos, en parte porque quería evitar el enfrentamiento con Röhm y en parte porque, pese a negarlo públicamente en varias ocasiones, él dependía de la cooperación entre las SA y el Reichswehr para la defensa de Sajonia, Silesia y Prusia Oriental frente a un ataque checo o polaco, y la de Renania y el Palatinado frente a los franceses. 86

Dentro de este contexto, Hitler destacaba la importancia de «camuflar» el rearme ejerciendo el máximo control a nivel nacional. «Todas las instituciones del Reich», ordenó Hitler, debían actuar con «la mayor cautela» y «las informaciones de prensa sobre el rearme alemán deben en principio evitarse». La prensa también debía dejar de «publicar constantemente fotos de las SA », ya que su porte paramilitar tendía a despertar sospechas». 87 Hitler se opuso incluso a flexibilizar la legislación nacional sobre armas, basándose en que «actualmente no convenía por razones políticas», ya que las potencias extranjeras lo utilizarían como prueba de que Alemania se estaba rearmando en secreto. En cuanto a los judíos, sostenía que habría preferido una «intensificación gradual» de las medidas, pero se había visto forzado por «el boicot de inspiración judía» a tomar duras represalias de inmediato. Dicho esto, Hitler no quería dar a sus enemigos «ningún tipo de material de propaganda contra Alemania». A este respecto, puso como ejemplo un incidente ocurrido en Núremberg, en el que a una niña alemana no judía le habían cortado las coletas por tener relación con un judío. «Este suceso», lamentaba Hitler, «ha llegado a oídos de toda la prensa extranjera». 88 En resumen, por el momento Alemania debía andarse con cuidado en lo referente al tema «judío».

Pese a todas estas preocupaciones, Hitler tomó entonces otra medida drástica. En octubre de 1933, sacó a Alemania tanto de la Conferencia de Desarme de Ginebra como de la propia Liga de Naciones. En la reunión del gabinete previa, desdeñó el peligro de las posibles «sanciones», aduciendo que era solo una cuestión de «no ponerse nervioso 89 ». La medida se vio acompañada de una serie de gestos hacia los otros desafectos del sistema internacional. Hitler expresó su voluntad de recibir al embajador soviético. 90 Al mes siguiente, envió a Göring a Italia a fin de conseguir un primer encuentro personal entre él y el Duce. Para mayor seguridad, Hitler advirtió a los líderes del partido que evitaran provocar a los franceses, especialmente en Renania, a fin de no darles pretexto para una intervención militar. 91 Como Hitler predijo, la Liga y las potencias occidentales no respondieron más que con bravatas. Pocos días después del anuncio, un aliviado Hitler comentó que «el momento crítico ha pasado». 92 Una vez más, Hitler había dejado en evidencia a la comunidad internacional, y no sería la última.

En lugar de seguir tentando su suerte, el Führer dio un paso atrás y trató de evitar que las potencias se aliaran en su contra. Expresó su deseo de llegar a un entendimiento con Gran Bretaña respecto al tema colonial. Sabía perfectamente, por supuesto, lo importante que el Imperio era para la potencia británica y también era consciente de cómo los franceses habían llevado a sus pueblos sometidos a luchar en los campos de batalla europeos en el pasado, dos cuestiones que ya había tratado en numerosas ocasiones y que desde su llegada al poder retomaba de vez cuando. «Según comentarios hechos por el ministro de Guerra francés», recordó a sus oyentes en marzo de 1933, «una gran parte de las fuerzas francesas de color pueden ser utilizadas de inmediato para el combate en suelo francés». 93 Por esta razón, proseguía el Führer, deberían incluirse entre las fuerzas sobre las que se va a tratar en la Conferencia de Desarme de Ginebra. En las varias entrevistas que dio a la prensa británica en 1933, él mismo reivindicaba su derecho a disponer de colonias, si bien dejando abierto el lugar en el que se encontrarían dichas colonias, negaba que fuera nunca a ir a la guerra por ellas y en general recalcaba su deseo de no enemistarse con Inglaterra por este motivo. 94 En realidad, Hitler seguía con la mente puesta en el este.

Más cerca de casa, lo que Hitler quería era romper el cerco franco-polaco. En noviembre-diciembre de 1933, a pesar de la considerable resistencia del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, Hitler instó a sus diplomáticos a llegar a un acuerdo con Varsovia. 95 El 26 de enero de 1934 se firmó el Pacto de No Agresión germano-polaco. Esto constituyó un logro importante. 96 El acercamiento no era meramente un recurso temporal e

hipócrita. Formaba parte del plan a largo plazo de Hitler de incorporar a los polacos a una alianza menor contra la Unión Soviética. «La política germano-polaca», le dijo a Rosenberg poco después, «no debería durar solo diez años, sino que debería continuar». 97 Durante aproximadamente los cuatro años siguientes, las relaciones con Varsovia fueron en general excelentes. Altos cargos como Göring y Goebbels fueron de visita a menudo. Hitler expresó en varias ocasiones su admiración por el general Piłsudski y lamentó profundamente su fallecimiento; en una conversación privada calificó a los polacos como los mejores soldados del mundo, junto con los británicos y los alemanes. 98 Hitler no solo proporcionó dinero para la fundación de un Instituto Germano-Polaco en Berlín, sino que decidió que la batalla de Annaberg, un acontecimiento señalado en el que los *Freikorps* alemanes habían derrotado a los «bandidos» polacos en 1921, no debía conmemorarse. 99 La relación llegó a estrecharse tanto que los nazis pertenecientes a la minoría alemana residente en Polonia, como el *gauleiter* Förster de Dánzig, se quejaron de estar siendo marginados. 100

Pero el peligro en absoluto había pasado para Hitler, ni dentro de Alemania ni en el exterior. Los franceses seguían mostrándose hostiles. Louis Barthou, nombrado ministro de Asuntos Exteriores a principios de febrero de 1934, era claramente consciente de los planes de Hitler. Había leído *Mein Kampf* en alemán. Barthou fue el impulsor, a mediados de 1934, de la idea de lanzar una advertencia franco-británica-italiana a Hitler para que no interfiriera en Austria. También buscó un acercamiento con Rusia, además de tratar de insuflar nueva vida a la «Pequeña Entente» de Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia. «El Führer me ha preguntado», anotó Rosenberg en su diario a mediados de mayo de 1934, «cómo creía yo que se podía contener a los franceses hasta pasado el otoño». 101 Tal vez lo más importante era que Barthou contaba con el apoyo de los británicos, que cada vez estaban más en guardia frente a Hitler. Su decisión de abandonar la Liga de Naciones dio lugar a la primera reflexión seria en Londres acerca de un nuevo compromiso militar continental. El subsecretario permanente del Ministerio de Asuntos Exteriores, Vansittart, ya hablaba de «Alemania como el posible enemigo». 102 El cerco que Hitler había roto con su maniobra polaca estaba empezando a restaurarse bajo diferente forma. Serían necesarios nuevos esfuerzos para escapar al aislamiento internacional.

Durante la primera mitad de 1934, por tanto, Hitler renovó sus intentos por ganarse al mundo anglosajón. A primeros de abril dio una entrevista a Louis Lochner con el objetivo, en palabras del *Völkischer Beobachter* , «de hacer la personalidad de Adolf Hitler más accesible al pueblo

estadounidense». 103 En ella, Hitler se declaraba ferviente partidario de una diplomacia personal y expresaba su deseo de negociar cara a cara con todos los principales líderes mundiales, incluido el presidente Roosevelt. El 2 de mayo de 1934 se reunió con James D. Mooney, jefe de General Motors y propietario de la importante fábrica de coches alemana Opel. Su propósito no era solo el de promover la producción de automóviles, sino también el de tratar de impresionar a su visitante con el dinamismo político del Tercer Reich. 104 Tal vez más significativo fuera el encuentro de Hitler con el magnate de la prensa William Randolph Hearst, celebrado, a petición del Führer, en el verano de 1934. Cuando Hitler le pidió que le contestara a por qué él era tan «malinterpretado, tan incomprendido en Norteamérica», Hearst no solo le respondió que sus compatriotas «creían en la democracia y eran contrarios a la dictadura», sino que hizo mención expresa a ese «elemento tan numeroso, influyente y respetado en Estados Unidos que se siente profundamente resentido con el trato que los suyos reciben en Alemania». 105 Esto, obviamente, solo sirvió para reafirmar en la mente de Hitler la fatídica conexión entre el poder estadounidense y la «judería» mundial.

En términos diplomáticos, la clave estaba en Londres, en «la lucha por Inglaterra», como Rosenberg la definió tras una de sus muchas consultas con Hitler sobre este tema. Hitler le dijo a Rosenberg, a primeros de mayo de 1934, que inmediatamente después de «la implantación de nuestra ideología», su principal preocupación era la «lucha por Inglaterra». A la frustración de Hitler se añadían sus pésimas relaciones con el embajador británico en Berlín, Phipps, y su insatisfacción con el embajador alemán en Londres, Hösch, respecto al cual albergaba –justificadas– sospechas de ser hostil al Tercer Reich. Fue entonces cuando comenzó a pensar en quién podría ser el sustituto más adecuado. Pese a sus muchas otras preocupaciones, Hitler estaba obsesionado con los británicos, que seguían siendo un «enemigo peligroso» a la luz de sus propias experiencias durante la Primera Guerra Mundial. La «batalla por Inglaterra», comentaría Rosenberg más avanzado aquel verano, «no conoce tregua». 106

12

Cañones y mantequilla

A pesar de todos sus éxitos, a nivel nacional Hitler aún no estaba del todo a salvo. Alemania había sobrevivido al invierno de 1933-1934 sin grandes dificultades pero, pese a que la tasa de desempleo continuó descendiendo, la economía pasaba por graves apuros. El ingente rearme y los contratos de infraestructuras mantenían a la industria tan ocupada que empezó a dejar de exportar, reduciéndose de este modo el vital flujo de divisas extranjeras necesario para comprar las materias primas más escasas. A finales de marzo de 1934, Hitler advirtió que no se podía esperar más si se quería «evitar una catástrofe». [1] «Todo proyectil necesita un anillo de cobre», señaló, añadiendo a continuación que «en Alemania no tenemos cobre». Todo el mundo, declaró, debía entender lo que esto significaba. Hitler también temía una «catástrofe bancaria» derivada de los préstamos irrecuperables realizados a propietarios de grandes almacenes. El ministro de Finanzas, Kurt Schmitt, abogaba por reducir el gasto militar. El presidente del Reichsbank, Hjalmar Schacht, le dijo a Hitler durante una reunión en el Obersalzberg que el rearme estaba por encima de todas las demás consideraciones, afirmando que, por este motivo, el presupuesto militar era viable. [2] Para el verano de 1934, sin embargo, los trastornos causados por el enorme gasto en armamento y la crisis de las materias primas no tenían visos de amainar. Hitler instó a que la economía alemana desarrollara alternativas basadas en una producción o unos suministros locales, ya fuera aceite o goma sintéticos, fibras artificiales para la confección de ropa o habas de soja. «Si es necesario», añadió, el Reich apoyaría estas iniciativas «financieramente». [3]

En la economía nazi existía también cierta tensión entre el gasto, necesario para alimentar la recuperación, y el ahorro, indispensable para financiar el rearme; el mantenimiento de unos «niveles de vida» en el presente chocaba con la consecución de «espacio vital» en el futuro. Hitler animaba a los alemanes a ahorrar, como antídoto al «capital financiero liberal», como deber patriótico y para poder financiar casas, viajes y coches. [4] La mayoría del dinero «prestado» al Reich se invertía en armamento. Hitler, por utilizar el lenguaje de la época, daba a los alemanes «cañones, no mantequilla»; no mermelada para hoy, sino guerra para

mañana. No obstante, Hitler no veía en esto contradicción ninguna, porque él creía que el ejemplo americano demostraba que la consecución de «espacio vital» era imprescindible para alcanzar unos «niveles de vida» satisfactorios.

En el ámbito de la alta política, Hitler se enfrentaba a dos desafíos. En primer lugar, el antagonismo entre las SA y el Reichswehr seguía sin resolverse y se iba convirtiendo cada vez más en un pulso entre Hitler y Röhm. A finales de febrero de 1934, Hitler emitió sus Directrices para la Cooperación con las SA . En ellas dejaba en manos de Blomberg la «única responsabilidad» de la «defensa del Reich», y, por tanto, el control sobre la «movilización» y el desarrollo de las operaciones en tiempo de guerra. Las SA quedaban a cargo de la «formación premilitar» siguiente a la fase de «fortalecimiento» de la juventud alemana, y la «formación de todos aquellos que no hubieran sido llamados a prestar servicio en la Wehrmacht». Hitler justificaba estas funciones basándose en la necesidad estratégica y en la realidad militar. Preveía la llegada de una «turbulencia económica» en unos ocho años. Esto, explicaba, solo podía evitarse «si se encontraba espacio vital» para el «excedente de población» alemán. Esto podría hacer necesario asestar «unos breves y decisivos golpes al oeste y luego hacia el este», para los que las SA no eran adecuadas. [5] La disputa con Röhm era también sintomática de una división mucho más profunda. Mientras que los camisas pardas querían llevar a Alemania más a la «izquierda» y hablaban abiertamente de la necesidad de una «Segunda Revolución», Hitler quería que el país pasara por un periodo de calma que haría crecer la economía y el rearme.

En segundo lugar, cada vez era mayor la amenaza por parte de la «derecha» y los elementos reaccionarios agrupados en torno al vicecanciller Papen y sus colaboradores, que pretendían volver a tener a Hindenburg de su lado y a Hitler bajo el control del gabinete. Se sospechaba que gozaban de apoyo encubierto tanto en la Austria de Dollfuss como en la Italia de Mussolini. En junio de 1934, las SA absorbieron a la Stahlhelm, aumentando con ello su número y equipamiento. Ese mismo mes, Papen dio un muy comentado discurso en la Universidad de Marburgo, criticando las medidas del terror nazi y apuntando veladamente a una restauración de la monarquía en Alemania. Algunos de sus colaboradores, como Edgar Jung, albergaban incluso simpatías habsburguistas. Hitler estaba al tanto de estas conspiraciones, a grandes rasgos. [6] Las tensiones aumentaron todavía más cuando el Führer llegó a estar convencido, o simuló estarlo, de que Röhm estaba conspirando no solo con el retirado general Von Schleicher, [7] sino con potencias

extranjeras, [8] para conseguir su destitución. De una u otra forma, los problemas generados por la derecha y por la izquierda, dentro del país y en el exterior, fueron fundiéndose cada vez más en el pensamiento de Hitler.

Para poner las cosas todavía más difíciles, los planes de Hitler para una *Reichsreform* empezaron a complicarse. [9] A finales de enero de 1934, había promulgado la Ley de Reconstrucción del Reich. Hitler definía su objetivo como «un Reich unificado con una administración unificada», destinada a crear una «estructura» que permitiera al pueblo alemán desplegar su inmensa fuerza. Su «claridad» compensaría la «inadecuación del individuo». [10] Las «prerrogativas» de los *Länder* fueron transferidas al Reich, y los gobiernos estatales quedaron directamente subordinados al del Reich. El viejo Reichsrat de Weimar, por tanto tiempo ya en desuso, fue finalmente abolido el 14 de febrero de 1933. En la práctica, sin embargo, los nazis reprodujeron muchos de los antiguos rasgos del particularismo alemán, como Hitler había temido. Esto fue especialmente evidente, como cabía esperar, en el caso de Baviera, donde los líderes nazis comenzaron a conspirar para subvertir la autoridad del Reich poco después de la abolición del federalismo. Durante todo el Tercer Reich, el particularismo alemán siguió vivo y coleando bajo la forma de las estructuras regionales del partido. [11]

En el verano de 1934, Hitler asestó dos fuertes golpes, uno dentro y otro fuera de casa. A mediados de junio viajó a Venecia para tener su primer encuentro con Mussolini. [12] Se trataba de un momento muy importante para Hitler, que venía esperando desde 1922, y cuando se estrecharon la mano tenía lágrimas en los ojos. La reunión empezó mal, porque el discreto traje oscuro de Hitler, sus zapatos negros, su sombrero flexible y su abrigo ligeramente coloreado contrastaban marcadamente con el ampuloso uniforme del Duce. En todo caso, enseguida entraron en materia, especialmente cuando los dos dictadores salieron a dar un paseo de dos horas por el parque, sin intérprete. Nadie sabe exactamente lo que se dijo en esta ocasión, ni si el Duce, cuyo alemán dejaba mucho que desear pese a sus entusiastas esfuerzos, y el Führer pudieron incurrir en malentendidos. De cualquier modo, Hitler salió de la reunión con la clara impresión de que Mussolini se había mostrado de acuerdo con la destitución de Dollfuss, la instauración de un nuevo canciller y la participación del NSDAP en un nuevo gobierno austriaco. [13] Fue en base a estos supuestos compromisos que Hitler decidió actuar contra Austria. Si fue él quien concibió el golpe de Estado o si se limitó a dar el visto bueno cuando ya estaba preparado, es algo que no está claro. Sea como fuere, cabe suponer que las dos maniobras, contra Röhm y contra Dollfuss, formaban parte de una

estrategia integrada.

Hitler empezó por enfrentarse a sus enemigos internos. El 27 de junio de 1934, Blomberg y Reichenau le convencieron de que las SA estaban planeando un golpe contra el ejército, y probablemente también contra el régimen. 14 Le prometieron asegurarse de que nadie sacara los pies del tiesto mientras las SS tomaban medidas contra Röhm. 15 El lugarteniente de Röhm, Viktor Lutze, le dijo a su vez que se estaba tramando algo. 16 Cuando el Instituto de Investigación (*Forschungsamt*) de Göring –encargado de la vigilancia a objetivos nacionales y extranjeros– informó de que los mensajes interceptados indicaban que Röhm estaba a punto de hacer algo, Hitler se levantó de la silla de golpe. «Ya he tenido suficiente», anunció. «Voy a dar un escarmiento». 17 Hitler voló a Múnich y desde allí se dirigió en coche hasta Bad Wiessee para verse frente a frente con Röhm. Pistola en mano, supervisó en persona el arresto del jefe de las SA , volviendo atrás a toda prisa varios tramos de escaleras cuando pareció que los apresados podían ofrecer resistencia. Se trató sin duda de una escena insólita, en la que Hitler se comportó más como un conspirador de los Balcanes anterior a 1914 o como Al Capone en Chicago que como el líder de una potencia europea. Poco después, Röhm fue asesinado mientras se encontraba bajo arresto, sin dejar de declararse inocente hasta el final. En otros lugares de Alemania, las SS , la Gestapo, la policía, y en algunos lugares incluso el ejército, desarmaron a los camisas pardas y encarcelaron a muchos de sus líderes. Varias docenas de mandos de las SA fueron también acribillados a balazos o ejecutados sumariamente, como Gregor Strasser.

Simultáneamente, Hitler decapitó también a la «derecha». Incluso antes de ir a por Röhm, Hitler había ordenado el arresto del colaborador de Papen, el doctor Edgar Jung, autor del discurso de Marburgo, que a continuación sería también asesinado. 18 El anterior *Generalstaatskommissar* , Gustav von Kahr, que había traicionado a Hitler en 1923, fue asesinado junto con otros varios conservadores bávaros, incluida la bestia negra de Hitler, Otto Ballerstedt. 19 En este caso, el motivo fue por un lado la venganza, pero por otro también el de aplastar cualquier tendencia separatista que pudiera quedar. Dos de los adversarios militares de Hitler, el retirado general Von Schleicher, y su colaborador, Ferdinand von Bredow, fueron asesinados. También lo fueron otras varias figuras cercanas al vicecanciller Papen, incluido su principal estratega, Herbert von Bose, y el político católico Erich Klausener, que había contribuido al discurso de Marburgo. Papen se libró de la purga, pero a partir de ese momento su futuro se tornó muy incierto. Lo que frenó en este

caso a Hitler fue el deseo de no enturbiar su relación con Hindenburg, entonces muy delicado ya de salud. «El Führer todavía no quiere hacer nada contra los reaccionarios», escribió Rosenberg en su diario, «su consideración por Hindenburg llega a ser conmovedora» [20] Los hechos ocurridos en el *putsch* de Röhm fueron típicos de Hitler. Había ido aplazando el enfrentamiento con Röhm todo lo posible a la vez que iba preparando cuidadosamente el terreno. Luego había actuado sin piedad, eliminando de un plumazo dos serios obstáculos a su autoridad.

Pese a los problemas de imagen que ello pudiera acarrear, el régimen no trató de ocultar el decisivo papel de Hitler en la muerte de sus antiguos camaradas. «El Führer encabezó personalmente la acción», anunció un informe oficial, «y ni por un momento ha dudado en enfrentarse él mismo a los amotinados y pedirles explicaciones». «El comportamiento del Führer durante su vuelo nocturno rumbo a lo desconocido fue absolutamente decidido», continuaba diciendo, añadiendo que «Röhm fue detenido por el Führer en persona mientras se encontraba en su habitación». [21] En el discurso de justificación que pronunció ante el Reichstag a las dos semanas de estos hechos, Hitler no se mordió en absoluto la lengua. No solo él mismo «había dado la orden de matar a los principales culpables de traición», sino que había ordenado a sus hombres aplastar con violencia cualquier intento de resistencia. [22] Hitler recalcó que él se había anticipado a una «Noche de los Cuchillos Largos» por parte de las SA , [23] una frase que desde entonces quedó para la historia, si bien como descripción de sus propias acciones y no de las de Röhm.

Por otra parte, Hitler no se llamaba a engaño sobre la mala impresión que los asesinatos habían causado tanto dentro del país como fuera; el embajador estadounidenses Dodd, un sureño cuyas relaciones con Hitler iban deteriorándose poco a poco, boicoteó la defensa de este ante el Reichstag. [24] Por ello, Hitler hizo considerables esfuerzos, tanto a través de comunicados y declaraciones de prensa como dentro de la privacidad del gabinete por ensuciar la reputación de Röhm y su círculo, enfatizando sus bien conocidas tendencias homosexuales y sus –sumamente exagerados– contactos con las potencias extranjeras. [25] Recalcó que él había actuado con el fin de «cauterizar las supurantes heridas causadas por nuestros envenenados pozos y por el veneno vertido por las potencias extranjeras». [26] El Führer pronunció además un histérico discurso en una sesión a puerta cerrada con los líderes del partido, poco después de los asesinatos, en el que amenazó con pegarse un tiro si los distintos pilares en los que se asentaba el Reich no actuaban de forma unificada. [27] A continuación contactó con la prensa extranjera, especialmente la norteamericana, para

que se impusiera su versión de los hechos. Una semana después del asesinato de Röhm, Hitler concedió una entrevista al *New York Herald* que comenzaba con una firme defensa de sus acciones. 28

La pieza clave de la defensa de Hitler, sin embargo, era su alegato de que la eliminación de las SA devolvería al Reich la estabilidad nacional, tras un periodo de agitación purificadora aunque turbulenta. «La revolución», explicó al Reichstag a mediados de julio de 1934, «no es un estado permanente para nosotros». El cambio evolutivo era el nuevo orden del día. Más avanzado el otoño, Hitler prometió: «No habrá otra revolución en Alemania hasta dentro de mil años». «La revolución nacionalsocialista ha terminado», anunció, añadiendo que «ya se ha conseguido lo que cabría esperar de ella como revolución». 29 Si Hitler estaba haciéndose eco del similar pronunciamiento de Napoleón cuando llegó al poder, es algo que no sabemos, pero lo que sí está claro es que su intención era asegurarle al pueblo alemán que él había completado la revolución nazi y la daba por terminada.

El Führer se volvió entonces contra el enemigo exterior más cercano, o sea, Dollfuss. Los primeros días de julio de 1934 los pasó fundamentalmente pensando en Austria y, según parece, supervisando con cierto grado de detalle los planes de la operación. 30 Parece que un grupo de miembros de las SS austriacas consiguió convencer a Hitler de que podían perpetrar un golpe con la ayuda de algunos sectores del ejército y de la policía. A mediados de mes, Hitler se reunió con Theodor Habicht y el resto de conspiradores en Múnich, supuestamente para acordar los últimos detalles. Al igual que en 1923, el plan consistía en capturar a los líderes políticos e imponer la propia voluntad sobre todos los demás. Hitler se dirigió entonces a Bayreuth. Era el primer festival organizado básicamente por él y quería señalar su importancia quedándose allí una semana entera. Esta vez se había prohibido la participación de intérpretes judíos y los hasta entonces relacionados con Bayreuth emigraron a Estados Unidos. Esto no impedía a Hitler tratar directamente con algunos judíos en concreto, como Alice Strauss, la nuera judía del compositor Richard Strauss. Artísticamente, la atracción principal del festival era una nueva producción de *Parsifal* bajo la dirección escénica de Alfred Roller, financiada por el Führer. En señal de reverencia, Hitler apareció vestido con frac, en lugar de esmoquin. La producción fue calificada por los tradicionalistas como la «descristianización de la más cristiana de todas las obras dramáticas», 31 exactamente lo que Hitler había pretendido. Él no era partidario de preservar intactas las obras maestras, como en una urna; para Hitler, el arte era un ente vivo, palpitante, sujeto a un cambio constante.

A última hora de la tarde del 25 de julio de 1934, Hitler recibió una llamada telefónica. Las noticias que llegaban de Viena eran catastróficas. La reunión del gabinete, durante la cual los conspiradores habían planeado capturar al gobierno en pleno, había sido aplazada al día siguiente, y cuando los nazis irrumpieron en la cancillería, la mayoría de los ministros habían conseguido escapar. Demostrando una particular mezcla de brutalidad e incompetencia, durante su arresto, los conspiradores hirieron de tal gravedad a Dollfuss, probablemente de manera no intencionada, que el canciller se desangró mientras se encontraba bajo su custodia. Hitler, no obstante, ordenó a las SA austriacas que organizaran un levantamiento fuera de la ciudad, en el campo. Estas no lograron grandes avances en la capital, pero sí en algunas zonas rurales, especialmente en Estiria. La mayoría de las unidades de la policía y del ejército resistieron ferozmente. Al poco tiempo, los golpistas que quedaban fueron empujados hasta la frontera yugoslava. No hubo posibilidad de conseguir ni siquiera los objetivos mínimos de un gobierno con presencia nazi. Para empeorar aún más las cosas, Mussolini respondió enviando tropas al Paso de Brenner, advirtiéndole a Berlín de que no interviniera. Viéndose impotente para influir en el resultado, y temeroso de que esto le sirviera a Francia de excusa para emprender una guerra preventiva, Hitler dio marcha atrás. Incluso en el momento de máxima humillación, Hitler mantuvo el control, prometiendo evitar «un segundo Sarajevo», [32] en el sentido de un conflicto general provocado a partir de un suceso menor. Él haría la guerra siguiendo sus propias pautas, pero no se dejaría empujar a ella.

La reacción de Mussolini dejó desconcertado a Hitler, ya que este creía que la acción contra Dollfuss había sido acordada en Venecia. «No lo entiendo», le comentó a Fritz Wiedemann. «Yo le puse al corriente de los detalles de nuestra política austriaca cuando nos reunimos en Venecia». [33] Furioso, dejó que las relaciones germano-italianas se fueran poco a poco enfriando. Ya no tenía sentido que Mussolini le devolviera la visita y fuera a Alemania en otoño. En su lugar, Hitler volvió su mirada a los Balcanes. «He estado debatiendo largo tiempo con el Führer», anotó Goebbels a finales de julio de 1934. «Al final ha roto con Roma» y «tratará de estrechar relaciones con Yugoslavia». [34] La relación económica, ya entonces bastante cordial gracias al tratado comercial germano-yugoslavo del 1 de mayo de 1934, se estrechó aún más, pese a que el interés político que Hitler se tomó en la región fue bastante escaso. [35]

El fracaso de este golpe dejó a Hitler una impresión un tanto negativa de los nazis locales, y posiblemente de los austriacos en general, a los que veía con una mezcla de afecto y exasperación. Dejó de confiar en el partido

austriaco, que además fue ilegalizado. «Habicht ya no tiene nada que hacer con Hitler», escribió Goebbels. Hitler le dijo a Reichenau que intentaría «liquidar la política nacionalsocialista respecto a Austria», «desmantelar la Legión Austriaca» y convertirla en una «organización estrictamente humanitaria» dedicada a ocuparse de los refugiados austriacos. 36 Al menos nominalmente, la Legión pasó a convertirse en la Hilfswerk Noroeste y a utilizarse en obras públicas. A fin de aliviar la carga financiera de mantener a una fuerza paramilitar de casi 10.000 miembros, estos fueron integrados cada vez más en la creciente economía alemana. Hitler envió a Papen a Viena, en parte para sacarle de Berlín y en parte para limar asperezas con el régimen austriaco, al menos por el momento. 37 En todo caso, la presión alemana sobre Austria, que había comenzado en 1933 con la «prohibición de los 1.000 marcos», un gravamen impuesto a los alemanes que viajaban a Austria dirigido a dañar al turismo austriaco, y otras medidas similares, continuó durante algún tiempo. No fue hasta julio de 1936 cuando Papen conseguiría negociar un pacto entre caballeros en virtud del cual Hitler reconocía la «completa soberanía del Estado federal de Austria», prometía mejorar las relaciones culturales y dejaba a Viena libre para tratar con los nazis austriacos dentro de su ámbito interno, todo ello a cambio de una amnistía para los miembros del partido que no estuvieran acusados de delitos graves. Dicho esto, Austria continuó siendo motivo de preocupación tras el fracasado golpe, entre otras cosas debido a los continuados rumores de una restauración Habsburgo. 38

Pese a este duro revés diplomático, Hitler continuó reforzando su control sobre la propia Alemania. En primer lugar, tras los hechos del 30 de junio de 1934, las SS fueron ocupando cada vez más el lugar de las SA como institución militar más importante del partido. El 20 de julio de 1934, citando específicamente los «grandes logros de las SS , especialmente en relación con los hechos del 30 de junio de 1934», Hitler elevó las SS del *Reichsführer* a una posición comparable a la del jefe del Estado Mayor de las SA , esto es, inmediatamente responsable ante Hitler. 39 En teoría, esto ponía a Himmler al mismo nivel que el sustituto de Röhm, Viktor Lutze. En la práctica, los hechos del 30 de junio, y la incansable tarea de construcción del imperio llevada a cabo por Himmler, hicieron que las SS tuvieran un papel mucho más protagonista dentro del Tercer Reich.

En segundo lugar, la eliminación del ala de Papen de la oposición conservadora dejó vía libre a Hitler para aprovecharse de la enfermedad de Hindenburg, que finalmente murió a principios de agosto de 1934. Para entonces no quedaba ya nadie para reivindicar su legado ni para recoger su sugerencia, expresada en una carta enviada póstumamente a Hitler, de que

este debía restaurar la monarquía. Antes incluso de que el capitán general hubiera expirado, Hitler ya había presentado al gabinete un proyecto de Ley sobre la Jefatura del Estado del Reich alemán, que se limitaba a amalgamar el cargo y los poderes de la presidencia con los que Hitler ya poseía como «Führer y canciller» tras la muerte de Hindenburg. 40 A continuación convocó un referéndum para demostrar, según sus palabras, la «inquebrantable unidad» del pueblo alemán ante el mundo exterior y, especialmente, ante «una determinada conspiración internacional [de los judíos]». 41 Tras llevar largo tiempo actuando sobre la base del poder presidencial, Hitler se había hecho finalmente con la propia presidencia. Los funcionarios de la Cancillería Imperial prestaron juramento ante Hitler. 42 Viéndole las orejas al lobo, la jefatura del Reichswehr, por iniciativa de Blomberg y Reichenau, sugirió que el ejército prestara su propio juramento de lealtad al Führer. 43

Todo esto sucedía al tiempo que se consolidaba la autoridad de Hitler dentro de la sociedad alemana. Para ello fue clave el mito del «Führer», la carismática influencia que Hitler llevaba tanto tiempo ejerciendo sobre sus seguidores y que en ese momento se extendía a gran parte de la población. 44 Diariamente, esta quedaba expresada en forma del saludo *«Heil Hitler»* , tanto en conversaciones como en comunicaciones escritas. Hitler prestaba una especial atención a la gestión de su culto a la personalidad. Hizo saber que «el saludo alemán *"Heil Hitler"* debía convertirse en el saludo ritual de los alemanes entre sí». Sugirió también que «en las comunicaciones escritas, el *"Heil Hitler"* debía utilizarse en principio como despedida, sin excluir, sin embargo, otras fórmulas alternativas». 45 Dejó «a la discreción de cada uno» decidir cuándo el uso de su nombre al final de una carta era apropiado o no, y recalcó que a los que se abstuvieran de hacerlo por una razón justificada no debía «reprocharseles». Queda clara aquí la idea de Hitler hacia lo que era apropiado y exigible. También estaba decidido a evitar un culto a la personalidad exagerado, lindante con la deificación, que pudiera exponerle al ridículo. Cuando Hitler se enteró de que el grupo no cristiano Movimiento de la Fe Alemana, estaba propagando la idea de un Führer con «dotes divinas» y «enviado por la divinidad» insistió en que este artículo de su credo debía eliminarse. 46

Pero no todo iba como Hitler quería. Muchos alemanes seguían siendo inmunes a su atracción, si bien muy pocos ofrecían una resistencia activa. En el plebiscito convocado para el 19 de agosto de 1934 con el objetivo de aprobar su asunción de la presidencia, unas votaciones difícilmente calificables de limpias y libres, apenas algo más del 10 % de los que acudieron a las urnas se negaron a aprobarlo. Esto equivalía al doble de los

que habían votado «no» en el referéndum de noviembre para abandonar la Sociedad de Naciones, y junto con el gran aumento del número de abstenciones y votos nulos, indicaba cierto malestar por los acontecimientos del 30 de junio o, tal vez, con el gobierno nazi en general. El revés quedó absolutamente patente. La fotografía de un Hitler, Goebbels y otros líderes nazis consternados al conocer los resultados habla por sí sola. 47 Hacia finales de mes, el Führer desahogó su frustración en un discurso en la fortaleza de Ehrenbreitstein, cerca de Coblenza, afirmando estar «convencido» de que convertiría al «décimo hombre», esto es, al 10 % de la población que había votado en su contra en el plebiscito. 48 Claramente, aún le quedaba bastante camino por delante para que la unidad nacional alemana fuera completa.

En cuanto a la alta política, en cambio, la autoridad del Führer era ya más o menos absoluta. «El Führer es ahora el *único* dueño de Alemania», registró Rosenberg en su diario, de modo que «todos los requisitos previos para un Estado nacionalsocialista están por fin cumplidos». 49 El Reichstag era completamente sumiso 50 y básicamente actuaba como un foro de aclamación ante el que Hitler anunciaba sus medidas políticas importantes o –más adelante– emitía sus declaraciones de guerra. Los distintos ministerios del gobierno se limitaban a obedecer las órdenes de Hitler 51 y estaban cada vez más imbuidos del espíritu nacionalsocialista de Hess en la cancillería del partido, que en julio de 1934 se había asegurado el derecho a que toda legislación gubernamental, y, posteriormente, todos los nombramientos de cargos importantes, le fueran consultados. 52

Donde la administración del Estado no llegaba, Hitler ordenó o promovió el establecimiento de estructuras alternativas. «Cuandoquiera que la burocracia oficial del Estado no sea el medio adecuado para resolver un problema», prometió Hitler, «la nación alemana se valdrá de su organización más dinámica para despejar el camino a la realización de sus necesidades vitales… Lo que pueda ser resuelto por el Estado, lo resolverá el Estado, pero cualquier problema que el Estado, por su propia naturaleza, no esté capacitado para resolver, será resuelto por los medios de los que dispone el movimiento». 53 Contrariamente a su reciente anuncio de que la revolución había terminado, en privado Hitler instó en varias ocasiones a los líderes del partido a no dormirse en los laureles, sino a mostrar un mayor activismo. 54 «La conquista del poder», recalcó, «es un proceso que no terminará nunca». 55

Las consecuencias políticas de todo ello fueron dobles. Por un lado, emergió una «corte» en torno a Hitler. 56 Esto fue en parte un fenómeno social en cuyo manejo el Führer demostró gran pericia, 57 pero su

manifestación más importante radicó en el ejercicio de la autoridad. Todo sistema político, incluidos los de las democracias occidentales, genera algún tipo de antecámara del poder, pero, cuanto mayor es la autoridad de la que el líder está investido, mayor será también el espacio de esta antecámara. El acceso a Hitler proporcionaba poder o, al menos, la apariencia de tenerlo. Al igual que Carlomagno cuando se desplazaba de un palacio a otro, en los desplazamientos de Hitler entre la cancillería de Berlín, su piso de Múnich, el Festival de Bayreuth, su retiro vacacional de Berchtesgaden y posteriormente entre sus cuarteles militares, la sede del poder y gran parte de su séquito se trasladaba con él. En el Obersalzberg en concreto, Hitler celebraba audiencias igual que lo haría un monarca en su residencia de verano. En un pueblo vecino se instaló una especie de réplica de la Cancillería Imperial para que el gobierno pudiera seguir funcionando.

La característica más llamativa de la nueva política fue la preocupación de Hitler por su mortalidad y, por tanto, por la cuestión sucesoria. En ausencia de procedimientos democráticos, esto debía regularse con adelanto a fin de evitar un caos. Así pues, a principios de diciembre de 1934, Hitler decretó que quien le sucedería como «Führer und Reichskanzler» sería Hermann Göring. Tanto el gobierno como la Wehrmacht, las SA y las SS recibieron orden de prestar juramento de lealtad a su sucesor personalmente. Hitler también determinó que, en caso de ausencia o incapacidad por su parte, sus funciones serían ejercidas por un triunvirato en el que Göring asumiría la jefatura del Estado, Blomberg la militar y Hess la de todo lo concerniente al partido. 58 La distinción entre ambas disposiciones parece reflejar ciertas reservas por parte de Hitler a la hora de dotar de poder a cualquier posible rival mientras él estuviera todavía vivo.

Aún existían importantes restricciones al poder de Hitler. Algunas de ellas eran voluntarias. A diferencia de la Rusia de Stalin, el Tercer Reich no era, o al menos no todavía, un Estado totalitario. Hitler estaba convencido de que la mera conformidad de puertas para afuera, sin una convicción interior, no valía para nada, porque ante las dificultades aquella se vendría abajo. Por ello, Hitler nunca se cansaba de exhortar y tratar de persuadir a los alemanes –a su manera– consultándolos a varios niveles. En lugar de renunciar a los referéndums tras el fiasco de agosto de 1934, continuó convocándolos hasta finales de la década de 1930. El gabinete siguió funcionando con normalidad durante unos años más, pese a la eliminación de Papen y al debilitamiento de la facción conservadora. Y, más importante aún, Hitler no evitó las reuniones colectivas con sus *gauleiter* y *Reichsstatthalter* . Por el contrario, estas siguieron constituyendo un foro

importante para el debate y el anuncio de sus políticas –y no solo su aclamación– durante todo el Tercer Reich. 59

Los demás límites a la autoridad de Hitler eran estructurales. Pese a la coincidencia parcial en las metas, un número importante de integrantes de instituciones clave como el Ministerio de Asuntos Exteriores y el ejército seguían siendo profundamente hostiles –a él, personalmente, y al nacionalsocialismo en general–. Lo mismo puede decirse de las confesiones religiosas. Dejando a un lado la resistencia de la Iglesia de la Confesión, las confesiones protestantes plantearon relativamente pocos problemas. Pese a haber nacido católico, Hitler se encontraba políticamente más cómodo con el luteranismo y el calvinismo, porque estos tenían un mayor carácter nacional en cuanto a estructura e intereses. A su vez, los protestantes alemanes también se sentían más cómodos con Hitler, aunque los abiertamente nazis Deutsche Christen por entonces aún constituían una minoría. Las relaciones con la Iglesia católica eran mucho más tensas, a pesar del Concordato. Hitler continuaba desconfiando al máximo de la influencia que el catolicismo mantenía aún sobre millones de alemanes, y seguía albergando profundos temores respecto a su alcance internacional. «La Iglesia católica», advirtió durante una reunión de *Reichsstatthalter* a primeros de noviembre de 1934, había «sido siempre enemiga de un poder estatal fuerte». 60 De hecho, a partir de mediados de 1930, esta «negra» amenaza adquirió mucha más fuerza en su imaginación que la amenaza «roja» de la socialdemocracia y los comunistas alemanes. Hitler estaba decidido a enfrentarse a la Iglesia en el futuro, pero de momento decidió seguir esperando y se limitó a dar la orden de que no debían «crearse nuevas e innecesarias áreas de conflicto con las iglesias». 61

A principios de febrero de 1934, Hitler introdujo una nueva ley de ciudadanía pangermana, que eliminaba la necesidad de tener una ciudadanía nacional cualificada, que a partir de este momento quedó abolida; Hitler había sufrido los rigores del viejo sistema en sus propias carnes en la década de 1920. Siete meses más tarde, fusionó los ministerios del Interior del Reich con el de su estado de mayor tamaño, Prusia. Su tanto tiempo pregonada «reforma imperial», sin embargo, hacía pocos progresos. A finales de 1934 y principios de 1935, Frick anunció su intención de dividir Alemania en unos veinte *Reichsgaue* , con aproximadamente un millón de habitantes cada uno, cuyas fronteras se determinarían de acuerdo con factores económicos y estratégicos. 62 El intento de Hitler de introducir cierto grado de racionalidad demográfica y geográfica en el históricamente conformado maremágnum de los *Länder* alemanes fracasó ante la determinación de agentes locales, en su mayoría nazis, de preservar su

poder e identidad. Hitler solo consiguió la amalgama de los dos Mecklenburgos, un resultado bastante pobre a la vista de todos los esfuerzos invertidos. Frente a esta controversia, Hitler prohibió el debate público sobre los cambios y al final dio marcha atrás. 63

En las cuestiones del día a día, las bestias negras de Hitler, es decir, los burócratas, seguían quedándose a la zaga, no solo porque querían hacerlo, sino porque no podían evitarlo. «El Führer está muy enfadado con la burocracia ministerial», anotó Rosenberg a mediados de julio de 1934, anunciando a continuación: «Yo les enseñaré a esos caballeros a llevar el ritmo adecuado». 64 Cinco meses después, durante una reunión de *Reichsstatthalter* , montó en cólera y dijo: «Todavía hoy el Estado sigue teniendo decenas de miles de burócratas», algunos de los cuales eran enemigos del movimiento, unos en «secreto» y otros «por apatía». «Pasarán años», continuó diciendo, «hasta que estos enemigos sean eliminados». 65 Este tipo de explosiones seguirían siendo habituales hasta el fin del Tercer Reich. La frustración de Hitler no se limitaba a la administración del Estado, sino que se extendía a muchas burocracias del partido instauradas después de 1933. Por ejemplo, cuando Hitler pasó una petición presentada por cuatro trabajadores de Hamburgo a la oficina de Hess, que a su vez confió el asunto a un organismo local, parece que dicha petición anduvo perdida dentro del sistema durante cuatro meses. 66 «Constituye un intolerable desperdicio de la autoridad del Führer», explotó Wiedemann tras repetidas y fallidas iniciativas en aras de la claridad, «que los encargos emitidos en su nombre sean ignorados». 67 Todo ello se traducía en una impenetrable maraña administrativa.

Estos problemas se vieron agravados en gran medida por rivalidades personales endémicas y maniobras políticas en las altas esferas. Durante los doce años que duró el Tercer Reich, *gauleiter* , ministros, *Reichsstatthalter* , las SA y las SS se enfrentaron unos a otros en una serie de interminables discusiones, de la misma forma en que los líderes nazis habían mantenido incesantes riñas antes de 1933. Göring continuó peleando con Goebbels; Feder con Schacht, sobre temas económicos; el *Reichsstatthalter* de Braunschweig und Anhalt, Wilhelm Loeper, con el *Staatsminister* anhaltino Alfred Freyberg; y el ministro del Interior, Wilhelm Frick, el *Reichsstatthalter* de Baviera, Franz Xaver Ritter von Epp, y el primer ministro bávaro, Ludwig Siebert, mantenían una batalla a tres bandas, conforme a las más arraigadas tradiciones del particularismo alemán. Todas estas diferencias y otras muchas llegaban al despacho de Hitler para su arbitraje, 68 alegando cada parte que la otra estaba subvirtiendo «la voluntad del Führer». Durante una discusión especialmente acalorada al

teléfono, Walther Darré le dijo «literalmente» al asistente personal de Hitler que sus cartas solo servían «de papel higiénico» y que él «debería besar mi culo». 69 Algunas veces, las riñas tenían lugar en presencia del Führer, como la del jefe de policía de Núremberg, Freiherr von Malsen-Ponickau, y el *gauleiter* de Franconia, Julius Streicher, cuando ambos se enzarzaron delante de Hitler poco antes del congreso del partido de 1933. 70 En resumen, lejos de unir sus fuerzas para transformar y preparar el Tercer Reich para la próxima guerra, sus autoridades y máximas personalidades competían por todo: por el favor de Hitler, por su atención, por estatus, por poder y, cuando el rearme empezó a despegar, por recursos.

Las pruebas de que Hitler fomentara estas rivalidades como una forma de reafirmar su posición son escasas. Es cierto que Meissner, que ejerció de jefe de la cancillería presidencial de Hitler tras la muerte de Hindenburg, recuerda su «tendencia a asignar simultáneamente la misma tarea a varios colaboradores», lo que atribuía en parte a su «profunda desconfianza y al principio de "divide y gobernarás"». Si bien esto podría ser acorde a sus acciones y su personalidad, el propio Hitler nunca explicitó esta teoría. En lugar de ello, como Meissner también dejó constancia, Hitler «expresó varias veces su opinión» de que «confiar paralelamente la misma tarea a varias personas» ayudaba a evitar la «pasividad» en las personas y a «motivarlas» para que alcanzaran mayores logros. Por otra parte, la «competencia» resultante le permitía estar «mejor informado de lo que pasaba». 71 En otras palabras, el Führer promovía la «supervivencia de los más aptos», de acuerdo con una especie de darwinismo burocrático, en lugar de la parálisis, a través de la lucha permanente. Bajo este «caos político», Hitler quería sacudir el sistema, en lugar de que se mantuviera inmovilizado.

De hecho, las interminables disputas personales que asolaron el sistema nazi, más incluso que a las estructuras de gobierno, hartaban y enfurecían a Hitler. «En el Estado nacionalsocialista», decretó, «solo una persona es siempre responsable de algo». 72 También era partidario de que los líderes del partido resolvieran sus conflictos entre ellos siempre que fuera posible, en lugar de solicitar constantemente su mediación. Su principal preocupación, como expresó en cierto momento, era «evitar que todos fueran corriendo hacia él cada vez que se producían diferencias de opinión». 73 La forma en que manejó el choque entre Rosenberg y Rust así lo demuestra. «Cuando el Führer se enteró de que habíamos llegado a un acuerdo», anotó Rosenberg, «rio satisfecho» y añadió que «no quería volver a oír hablar del tema» y que todo lo que acordaran contaría con su bendición. 74 Las disputas en Múnich –«la confusa situación que vive el

gobierno bávaro», como él mismo le expresó a Lammers–, [75] llevaban al Führer a la desesperación. A buen seguro, Hitler quería ser consultado y pronunciarse sobre los temas políticos de importancia, pero no supervisarlo todo. No era lo que hoy llamaríamos un «maniático del control».

Dicho esto, Hitler solo podía culparse a sí mismo de la forma en la que tanto los asuntos importantes como los que no lo eran llegaban a su puerta. Esto no era solo consecuencia del hecho de que él era la fuente de toda autoridad, sino de su tendencia a tomar decisiones sobre la marcha. Hitler podía prometer una cosa en un momento dado, y la contraria en otro, bien porque hubiera cambiado de opinión o porque se le había olvidado lo que había dicho antes. En algunos casos podía ser malinterpretado, o expresarse de una forma tan enigmática que llevara a confusión. Por ejemplo, cuando Christian Weber apeló a él en su lucha con Hermann Göring por el establecimiento de un museo de caza en Múnich, Hitler respondió que él «*no* [énfasis en el original] había» accedido a la petición de Weber. Este tipo de desmentidos fueron habituales durante el Tercer Reich, ya se tratara de su supuesta promesa de visitar una mina de carbón para conseguir una «distribución salarial justa», la de nombrar alcalde de Berlín a Julius Lippert o su oferta de financiar unas obras de construcción en Breslavia de cara a la celebración del futuro Festival de la Liga de Cantantes Alemanes y al Festival Gimnástico Alemán en dicha ciudad. [76]

La naturaleza de la cultura política resultante no es fácil de definir. Pese a no existir ninguna duda sobre cuál era el motor y el interés principal de Hitler, las iniciativas nazis no partían necesariamente de él. A aquello en lo que Hitler estaba directamente al mando, la burocracia respondía con celeridad, ocupándose de cada detalle y ofreciendo varias opciones entre las que el Führer pudiera elegir. En otras ocasiones, la ejecución de las políticas quedaba en manos de las diversas instituciones. Este *modus operandi* era, en ciertos sentidos, el equivalente nazi a las antiguas «tácticas de misión» del ejército prusiano. Hitler establecía los parámetros ideológicos dentro de los cuales debían desplegarse las correspondientes políticas y medidas. Los ministros y burócratas buscaban por tanto adelantarse a su voluntad, antes incluso de que esta hubiera sido expresada. Esta tendencia fue vívidamente descrita por Werner Willikens, el secretario de Estado para alimentación, en febrero de 1934, cuando el Tercer Reich solo contaba un año de vida. «Todo el que tiene la oportunidad de observarlo», escribió, «sabe que el Führer difícilmente puede ordenar desde arriba todo lo que quiere que se haga antes o después. Por el contrario, hasta ahora, todo el que desempeña un cargo en la nueva Alemania ha trabajado mejor cuando ha trabajado, digamos, en la dirección del Führer».

Willikens condenaba a aquellos que «se limitan a esperar órdenes e instrucciones». «Todo el que comete errores», continuaba diciendo, «se dará cuenta enseguida». «Pero quien realmente trabaje en la dirección del Führer, conforme a sus pautas y con la vista puesta en su meta», concluía Willikens «ciertamente tendrá, tanto ahora como en el futuro, la mejor recompensa en forma de la repentina confirmación oficial de su trabajo». 77

Tal vez la mejor analogía del estilo de gobierno de Hitler pueda encontrarse en el mundo de la música. Si él concebía su programa como una *Gesamtkunstwerk* wagneriana, lo cierto es que su ejecución se parecía más a una gigantesca *jam session* que a una sinfonía propiamente dicha. No había partitura, ni partes instrumentales, ni ensayos, sino solo una acordada progresión de notas ideológicas bajo la dirección de Hitler, caracterizada por múltiples improvisaciones por parte de los líderes del partido, ministros y burócratas. La mayor parte del tiempo no se necesitaba del director de orquesta, por lo que la música no se detenía cuando Hitler estaba fuera de la sala. Intencionadamente o no, Hitler había convertido los supuestos puntos débiles del pueblo alemán (un *Volk* –y por tanto un partido– caracterizado por sus divisiones, sus divas y sus *primadonnas*) 78 en un punto fuerte, aprovechando su destructividad creativa y su creatividad destructiva. Esto explica en parte la «radicalización acumulativa» del régimen a medida que instituciones e individuos rivalizaban por el favor de Hitler, 79 si bien es evidente que el radicalismo de Hitler había estado ahí desde un principio, como mínimo desde *Mein Kampf* , y que él no siempre elegía la opción más radical de entre las que le presentaban. Lo cierto es que sí explica la formidable variedad y cantidad de legislación que Hitler consiguió producir durante su ejercicio del cargo de canciller, y lo extremadamente sanguinario que el régimen llegó a ser durante la guerra.

El régimen trataba de esconder las numerosas fracturas en el gobierno alemán mediante exhibiciones de unidad nacional cuidadosamente coreografiadas en desfiles y mítines. Estas se celebraban en muchas ocasiones, por ejemplo, el día del cumpleaños de Hitler, pero la más importante sin duda era la del congreso anual del partido que tenía lugar cada otoño en Núremberg. En septiembre de 1934, sin duda en un intento por demostrar que los fantasmas del *putsch* de Röhm habían desaparecido, cientos de miles de camisas pardas participaron en los actos, e incluso el propio Hitler apareció vestido con el uniforme de las SA . El Reichswehr también participó en ellos por primera vez, en parte para demostrar su compromiso con el nuevo Estado, y en parte para impresionar a los observadores extranjeros con la vitalidad militar del mismo. Hitler estuvo presente en todas partes, o al menos pareció estarlo. 80 Leni Riefenstahl

filmó todo el evento, y Hitler soportó de buen talante las molestias causadas por sus más de 170 colaboradores y su correspondiente impedimenta de cables, grúas y cámaras. El producto final –titulado *El triunfo de la voluntad* a sugerencia de Hitler– ha pasado a ser una leyenda cinematográfica; como mínimo una tercera parte de sus dos horas de duración estuvieron dedicadas exclusivamente al Führer. 81

El congreso del partido tuvo lugar con el telón de fondo de la inquietud por los resultados económicos. La preocupación era, en cierto modo, geográfica. Algunas áreas no se habían beneficiado mucho del alza desde 1933. Una de ellas era Hamburgo, una ciudad que a Hitler siempre le había preocupado mucho y que había visitado en no menos de veintisiete ocasiones. Esto fue así en parte porque la consideraba la entrada marítima al Reich desde el extranjero, especialmente desde Angloamérica, y en parte porque se trataba del puerto desde el que los emigrantes habían partido rumbo a Estados Unidos. En abril de 1934, en un gesto altamente simbólico, se cerró el legendario Ballinstadt –donde un ingente número de emigrantes, en su mayoría europeos del este, pero también alemanes, habían esperado a recibir su pasaje–. Detener la exportación de personas era una cosa, pero la reducción de las exportaciones de productos con el fin de haberse centrado en el rearme y el mercado doméstico era otra. Hamburgo, que en realidad nunca se había recuperado de la caída de 1929, languidecía económicamente, lo que tal vez explicaba el hecho de que casi un cuarto del electorado de la ciudad hubiera votado en contra de Hitler en el referéndum celebrado en agosto tras la muerte de Hindenburg. Esto representaba el doble de la media nacional y, con mucho, el peor resultado de todas las regiones. Hitler reaccionó con celeridad. A principios de noviembre de 1934 declaró la ciudad como «área de emergencia», poniéndola de hecho bajo unas medidas especiales, prohibiendo la inmigración e impulsando contratos industriales con vistas a su mejora. 82

La posición económica del Tercer Reich se vio empeorada por el hecho de que, si bien había habido un considerable gasto en creación de obra civil a lo largo de 1933 y gran parte de 1934, el presupuesto militar se disparó para finales de ese año. La economía apenas conseguía exportar lo suficiente para mantener la balanza de pagos de las importaciones de materias primas, de modo que los expertos militares advirtieron de las funestas consecuencias que podría tener para el rearme. Esto condujo a una escasez de materias primas y una restricción del crédito. 83 En el otoño de 1934, Schacht reaccionó anunciando su «Plan Nuevo», cuyo propio nombre ya revelaba cierta afinidad con el *New Deal* de Roosevelt. A diferencia de su homólogo americano, sin embargo, el plan estaba motivado por la

necesidad de acelerar el rearme sustituyendo el comercio con los mercados mundiales sobre una base puramente económica por relaciones bilaterales apoyadas en conexiones políticas. Algunas de ellas eran con países sudamericanos, pero los vínculos más estrechos se forjaron con los Balcanes. Esta resultaría una valiosa fuente de materias primas y productos agrícolas, y un mercado cautivo para los artículos fabricados en Alemania. [84] Para este comercio se utilizaban acuerdos «de compensación» que equivalían a intercambios masivos de créditos. En este caso, la fuerza impulsora obedecía a razones económicas, o de recursos, más que políticas.

A Hitler también le seguía preocupando la posición estratégica de Alemania. El discurso parlamentario de Stanley Baldwin apoyando el incremento del gasto de la RAF a finales del verano y su comentario de que la frontera inglesa estaba «en el Rin», inquietó profundamente a Hitler. A principios de noviembre de 1934, Hitler manifestó ante los *Reichsstatthalter* que, aunque la situación no fuera tan «crítica» como en mayo de 1933 con la amenaza de la huelga preventiva polaca, o la del verano de 1934 con la crisis de Röhm, «no estaba completamente exenta de riesgos». Llevaría aproximadamente otros dos años salir de la zona de peligro. «A partir de 1936», opinaba, «es improbable que ningún Estado se arriesgue a atacar a Alemania por su cuenta». Incluso entonces, Alemania debería concentrarse en su transformación nacional. «El gobierno del Reich no está en absoluto interesado en ningún tipo de conflicto armado», declaró Hitler, porque si le concedían «otros diez o doce años de paz», la construcción del nacionalsocialismo podría haberse completado del todo. Un mes después, afirmó con satisfacción que «los franceses han perdido ya definitivamente la oportunidad de librar una guerra preventiva». [85] En todo caso, todavía no había motivo para la complacencia.

Por esta razón, Hitler continuó interesándose por el mundo exterior. En noviembre de 1934, durante la visita de dos parlamentarios franceses, Robert Monnier y Jean Goy, les dijo que *Mein Kampf* estaba ya obsoleto, y que no albergaba reivindicaciones territoriales sobre Francia, ni por supuesto sobre Alsacia-Lorena. A su regreso, Goy le aseguró a la prensa francesa que Hitler daba «la impresión de ser una persona equilibrada», tanto «intelectualmente» como «moralmente»; instaba a un entendimiento de la nueva Alemania y a evitar un «cerco de acero» en torno a ella, ya que esto perpetuaría los bloques tradicionales. [86] En diciembre de 1934, Hitler accedió a ver a lord Allen de Hurtwood, un estrecho colaborador del primer ministro laborista Ramsay MacDonald, y a Henri Pichot, presidente de la asociación de veteranos de guerra franceses. [87] A este último –a quien Hitler le pareció un «volcán» y un «huracán»– le prometió que la

devolución del Sarre por parte de la Sociedad de Naciones, prevista ya para 1935, pondría fin a todos los conflictos territoriales con Alemania. 88 A principios del año siguiente, Hitler se reunió con el fabricante de automóviles francés Louis Renault y le prometió también que todas las disputas territoriales habían quedado ya a un lado. 89 Todos estos movimientos iban dirigidos a mejorar la imagen internacional del Tercer Reich, hasta que este estuviera preparado para llevar la lucha al mundo exterior.

Entretanto, Hitler siguió presionando con la revisión del acuerdo de Versalles paso a paso. Su siguiente objetivo fue la región del Sarre. Esta era fácil de alcanzar, ya que su devolución al Reich estaba en todo caso prevista, previo plebiscito, una vez transcurridos quince años desde que le fuera arrebatada en 1920. A principios de junio de 1934, el Consejo de la Sociedad de Naciones anunció que la votación se celebraría a mediados de enero del año siguiente. La importancia del Sarre era sobre todo simbólica, pero su capacidad industrial también revestía interés para el rearme. Hitler consideraba la votación como un referéndum sobre su régimen, entre otras cosas porque los exilados alemanes instaron al electorado del territorio del Sarre a darle en las narices con el eslogan «Gana a Hitler en el Sarre». Nombró al *gauleiter* local, Josef Bürckel, «plenipotenciario general del gobierno del Reich para el Sarre». También frenó a los Deutsche Christen, protestantes de ideología pronazi, cuyos disparates probablemente podían dañar la «opinión exterior y en particular las oportunidades alemanas en el plebiscito del Sarre». 90 En enero de 1935, el Sarre, bajo la supervisión de una fuerza de paz internacional, votó abrumadoramente a favor de volver a Alemania, un resultado que la propaganda nazi aclamó como un rotundo respaldo a Hitler y a su régimen.

Deseoso de consolidar su control sobre la provincia recién recuperada, y por apaciguar al gobierno de París, Hitler anunció inmediatamente –una vez más– que Alemania «ya no tenía ninguna reivindicación territorial contra Francia», frase con la que hacía referencia a territorios franceses como Alsacia-Lorena. Al día siguiente, repitió esta intención ante un periodista estadounidense de la organización Hearst durante una entrevista que dio en el Obersalzberg. Hitler rogó a su interlocutor que no se dejara engañar por las afirmaciones en contrario realizadas por los judíos, a quienes se refirió utilizando un código estándar. «Solo tengo una petición que hacerle al pueblo americano», dijo, que era que en el futuro no creyeran «ni una sola palabra de los cizañeros y agitadores internacionales profesionales» que habían emigrado de Alemania. Durante las siguientes semanas y meses, por tanto, la habitual cantinela de las intenciones

pacíficas de Hitler tuvo un papel destacado. Él ya había advertido al cuerpo diplomático de Berlín de que «Alemania será siempre un garante de la paz». «Y cuando yo hablo de paz», aseguraba, «solo estoy expresando el deseo más profundo del pueblo alemán». 91

En marzo de 1935, Hitler anunció la reintroducción del servicio militar obligatorio, desafiando con ello lo estipulado en el Tratado de Versalles. Esta era, de nuevo, una apuesta arriesgada, dado que franceses y británicos habrían estado en su derecho de hacer cumplir las cláusulas de desarme. La reacción pública fue de nerviosismo, y muchos altos cargos nazis expresaron su preocupación entre bastidores. «Si los franceses tuvieran algo de empuje», le dijo Rosenberg a Hitler, «los bombarderos deberían estar ahora despegando de París». A lo que él sencillamente respondió: «Yo creo que nos saldrá bien». 92 En parte, lo que pretendía era reducir el riesgo a base de fanfarronería: el anuncio del servicio obligatorio fue acompañado de la inauguración de la nueva Luftwaffe, cuyo poder real se quedaba muy atrás respecto al que transmitía su propaganda. En parte también, confiaba en la habitual difusión de informaciones falsas para desorientar a la comunidad internacional. A últimos de ese mismo mes, recibió por fin al ministro de Asuntos Exteriores británico, sir John Simon, y al lord del Sello Privado, Anthony Eden, con gran fanfarria. Había retrasado esta visita hasta que la reintroducción del servicio militar obligatorio hubiera sido anunciada. 93 Winifred Wagner, que fue requerida para asistir a la cena con sus dos compatriotas, conversó con Simon tan animadamente que este no tuvo tiempo de comer. 94 Hitler también concedió entrevistas conciliatorias a medios extranjeros, incluida la prensa estadounidense. 95 Pese a actuar como si no pasara nada, Hitler estaba sumamente preocupado ante la posibilidad de una reacción negativa a su anuncio. 96

Esta vez, el precio diplomático fue considerable. Alarmadas por la última infracción de Hitler, Inglaterra, Francia e Italia se unieron en Stresa en abril de 1935 para condenar a la Alemania nazi. El resultante «Frente de Stresa» constituía una importante amenaza para los planes de Hitler. En mayo de 1935 se firmó también el Tratado de Ayuda francosoviético, dirigido específicamente contra la Alemania nazi. Hitler veía con buenos ojos las ventajas del antagonismo con el comunismo, pero los ecos de la alianza franco-rusa previa a 1914 en torno a Alemania eran preocupantes. De una u otra forma, el cerco que con tanto trabajo Hitler había logrado romper en 1933-1934 corría en ese momento peligro de volver a cerrarse en torno a Alemania.

Todas estas preocupaciones se cobraron un alto precio en la vida

privada de Hitler, en especial en su relación con Eva Braun. Su interés por ella era absolutamente ajeno a lo político, y dejando a un lado la función que ella desempeñaba en la dinámica de la política cortesana nazi, en la que el favor y la accesibilidad tenían un papel importante, nada indica que ella tuviera ninguna influencia en su pensamiento ni en ninguna política concreta. Al principio, la veía habitualmente en Múnich, donde ella tenía un piso, y en el Berghof, donde oficialmente era descrita como la secretaria particular de Hitler. En ausencia de un estatus formal, Eva estaba eclipsada por Magda Goebbels, que gozaba del estatus extraoficial de una «primera dama». Para empeorar las cosas, Eva no solo era rechazada por el círculo de esposas del Berghof, sino también por Angela Raubal, ama de llaves de Hitler y madre de Geli. Por si todo esto no fuera bastante, a Eva le molestaba el interés que Hitler mostraba por otras mujeres, especialmente solteras como Sigrid von Laffert, una aristócrata joven y rubia con la que se le veía frecuentemente en Berlín. Para colmo, tanto las crisis a nivel nacional como la búsqueda de salidas a su situación de aislamiento internacional hacían que el Führer tuviera que ausentarse cada vez más tiempo. Durante los primeros tres meses de 1935, mientras trataba de llegar a un entendimiento con Gran Bretaña, Eva no le vio ni una sola vez. A finales de abril, se lamentaba en su diario de que «el amor, por el momento, no parece formar parte de su programa». 97 A finales de mayo de 1935, Eva cometió otro intento de suicidio, esta vez tomando una sobredosis de somníferos. 98 Hitler reaccionó aumentando sus atenciones hacia ella y prescindiendo de Angela Raubal a principios del año siguiente. Eva era ya, al menos en su fuero interno, «la señora de la casa» en el Berghof. 99

El estrés también parece que pudo haber afectado a la salud de Hitler. Desde el inicio de 1935, había venido sufriendo de acúfenos nocturnos y ronquera. Hitler, que tenía cierta tendencia a la hipocondría, temía que fueran los primeros síntomas de un cáncer de garganta. A finales de mayo fue operado, extirpándosele un pólipo benigno de una cuerda vocal. Estuvo durmiendo casi catorce horas con anestésicos y durante tres meses se abstuvo de hablar en público para permitir que su voz se recuperara. 100

En ese momento, el objetivo de Hitler era romper el Frente de Stresa. Su oportunidad llegó cuando Mussolini entró en conflicto con Abisinia, desde la vecina colonia italiana de Eritrea, que finalmente acabó estallando en una guerra a gran escala más avanzado ese otoño». 101 Esto enfrentó a Roma con París y Londres. Hitler aprovechó la ocasión, no para amigarse con Italia, con la que aún existía resentimiento por el fiasco austriaco, sino para buscar un acercamiento con Gran Bretaña, su socio preferido en materia de alianzas y, bajo su punto de vista, una potencia afín en muchos

sentidos. En junio de 1935, consiguió dar un golpe maestro con el Acuerdo Naval anglo-germano. Bajo una impresión exagerada de la capacidad de Alemania en la construcción de barcos desde 1933, Londres accedió a que Alemania construyera hasta el 35 % del tonelaje británico. Esta decisión dividió a las potencias de Stresa y sirvió también para abrir un poco más el muro que el Tratado de Versalles había levantado en torno a Alemania. 102 Pero su trascendencia real radicó en la creencia de Hitler de que este acuerdo marcaba una partición del mundo entre el Imperio británico, cuyo continuado dominio de los mares era de este modo oficialmente reconocido por el Reich, y Alemania, que reinaría sobre el continente. 103 Hitler estaba exultante. «El Führer está animado», escribió Goebbels, y había presentado «un resumen de sus planes en cuanto a política exterior», que incluían una «alianza eterna con Inglaterra», pero también la «expansión hacia el este». 104

El Führer también esperaba que Winifred Wagner y la familia Mitford pudieran servir a modo de enlace con Inglaterra. Unity Midford debía su segundo nombre –«Valkiria»– a su abuelo Bertie Redesdale, que había sido un rendido admirador de la música de Wagner y conocido a su hijo Siegfried. Diana Mitford se casaría más tarde con el líder fascista británico y entusiasta hitleriano, Oswald Mosley. El Führer se reunió con Leo Amery, que acabaría siendo un destacado líder contrario a la política británica de apaciguamiento. «Creo que hemos hecho buenas migas», dejó escrito Amery en su diario, «debido básicamente a la afinidad de nuestras ideas». 105 Incluso aunque el británico estuviera refiriéndose solo al ámbito económico, su frase no dejaba de ser un tributo a la capacidad de Hitler para ganarse a un interlocutor en principio escéptico. Algún tiempo después, Hitler recibió al barón lord Rothermere en el Obersalzberg como si fuera «un príncipe». 106

En el verano de 1935, algunos manifestantes americanos contrarios al antisemitismo nazi abordaron un barco alemán en Nueva York y rasgaron su bandera, para indignación de Hitler. A finales de agosto, Schacht advirtió –y no por primera vez– de los costes económicos del antisemitismo de Hitler. Exigió que la situación legal de los judíos quedara regulada de una vez por todas, a fin de evitar perturbadores excesos antisemitas. Hitler reaccionó emitiendo la instrucción estricta de que las «acciones individuales» por parte de miembros y organizaciones del partido contra los judíos cesaran de inmediato. Las violaciones de esta norma deberían serle comunicadas al momento; los infractores serían tratados como «provocadores, rebeldes y enemigos del Estado». 107 Esta ordenanza constituía no obstante una medida temporal, hasta que la clarificación legal

sistemática solicitada por Schacht hubiera entrado en vigor. Bajo esta presión, Hitler decidió de repente anunciar esta medida en el próximo congreso anual del partido. El ministro del Interior y sus expertos fueron llamados a reunirse en Núremberg para debatir exhaustivamente sobre un nuevo programa discriminatorio contra los judíos. [108] Hitler revisó todas las propuestas personalmente. A continuación, convocó a toda prisa al Reichstag para presentarle la resultante Ley para la Protección de la Sangre y el Honor Alemanes.

Las Leyes de Núremberg, como dieron en denominarse comúnmente, representaron una radicalización sustancial de la política sobre los judíos. [109] Se declaró ilegal el matrimonio entre judíos y ciudadanos de sangre «alemana o afín». Las relaciones sexuales extramaritales entre los dos grupos también fueron prohibidas. En virtud de la Ley de la Bandera del Reich, se prohibió también que los judíos desplegaran la bandera imperial y la (negra, blanca y roja) bandera nacional, y exhibir los colores nacionales, quedando de este modo efectivamente excluidos de la comunidad nacional. El incumplimiento de estas leyes sería castigado con graves penas de cárcel. La Ley de la Ciudadanía del Reich determinaba que la ciudadanía quedaba restringida a las personas de «sangre alemana o afín» que hubieran «demostrado, con su comportamiento, su voluntad y disposición de servir al pueblo y al Reich alemán con lealtad». Todos los demás fueron clasificados como simplemente «pertenecientes al Estado» y, por tanto, ciudadanos de segunda clase. El propósito de estas medidas, como se establecía en el preámbulo de la ley, era recuperar «la pureza de sangre [como] condición indispensable para la existencia continuada del pueblo alemán» y salvaguardar «a la nación alemana para siempre». Para todo el proyecto resultaba clave definir quién era «un judío» y quién era «un alemán», y cómo categorizar a los que no eran claramente ni lo uno ni lo otro. La legislación instaurada para excluir de la administración pública a los judíos en 1933, el llamado «párrafo ario», había definido muy restrictivamente a estos como los «no arios» que tuvieran un progenitor o abuelo judío. En comparación, las Leyes de Núremberg realmente vinieron a aliviar la situación, introduciendo una mayor flexibilidad y precisión. Ya no se distinguía entre los denominados arios y no arios, sino entre alemanes y personas «afines» por un lado, y los diversos supuestos tipos de judíos por otro. Los que tenían tres o más abuelos judíos eran clasificados como judíos, simple y llanamente. Los que tenían dos abuelos judíos entraban en la categoría de «mestizos de primer grado». Se les «identificaba» o «contaba» como judíos, y por tanto se les trataba como tales, solo si eran o se hacían practicantes de la religión judía; si estaban casados o

posteriormente se casaban con un judío; si eran producto de un matrimonio con un judío propiamente dicho a partir del anuncio de esta ley; o si eran fruto de una relación extramarital con un judío. 110

Pese a lo brutal y exhaustivo de esta legislación, no representaba las opciones más radicales que en aquel momento había sobre la mesa. 111 Hitler, de hecho, no siempre optó por la definición más amplia de lo que era un judío, e introdujo un elemento de voluntariedad para incentivar el cambio conductual en lo que de otro modo habría sido una jerarquía biológicamente determinada. Hasta donde al autor le consta, Hitler nunca hizo concesiones a sabiendas en el caso de los judíos «plenos», 112 pero mostró flexibilidad con los judíos «mestizos» y «contabilizados». Es más, posteriormente aprobó numerosas excepciones a estas reglas, algo que solo él estaba capacitado para hacer. 113 Esto constituía, sin duda, un elemento arbitrario más dentro de lo que ya era un sistema sumamente arbitrario. No obstante, el propósito de Hitler en este sentido no era simplemente que se ejerciera la voluntad del Führer porque sí, ni hacer excepciones tácticas por razones personales, aunque esto también ocurría, especialmente en el caso de artistas o parientes de los «mandamases». Más bien parece que Hitler, pese a sus posteriores comentarios despectivos sobre los «mestizos», estaba tan genuinamente interesado en preservar los elementos raciales «valiosos» como en eliminar a los «dañinos».

El Führer también adoptó una postura relativamente abierta respecto a qué constituía un alemán, situando explícitamente a los pueblos de «sangre racialmente afín» al mismo nivel. A estos últimos se les definía como «pueblos que viven en determinadas áreas de Europa» y «aquellos de sus descendientes que, viviendo en otros lugares fuera de Europa se habían mantenido racialmente puros». 114 La referencia a poblaciones de ultramar probablemente era reflejo de la preocupación de Hitler por la emigración alemana a Estados Unidos y al Imperio británico, y de su respeto por el valor racial norteamericano en general. Lo que no obstante resulta sorprendente es la definición relativamente inclusiva de lo «racialmente afín», que recordaba a la de la Ley de Heredad No Enajenable. Dicha definición abarcaba no solo a holandeses, escandinavos y franceses, sino también a polacos, checos y rusos; en este momento no se vislumbra aún ninguna señal de arrogancia antieslava. Las razones de esta flexibilidad no son difíciles de adivinar, ya que reflejan la inveterada preocupación de Hitler por la calidad del pueblo alemán. Dado lo limitado del material racial del que disponía, el Führer no podía permitirse ser demasiado quisquilloso. Si se tiraba demasiado fuerte de las diversas madejas raciales del *Volk* alemán, en poco tiempo, el tejido podía deshilacharse del todo.

Hitler mostraba muy poco interés en la gente de color, porque no les consideraba agentes autónomos en la conspiración internacional contra Alemania. Sin duda, las leyes antimestizaje estadounidenses sirvieron de estímulo a los racistas nazis. Los burócratas alemanes se basaron en Estados Unidos, más que en su propia experiencia colonial, a la hora de presentar sus propuestas para la discriminación de los judíos y las personas de color. No obstante, el ejemplo norteamericano demostró tener un uso limitado, porque los judíos estaban mucho mejor integrados en la Alemania anterior a 1933 que los negros en Estados Unidos. 115 La aplicación rigurosa de la «regla de la gota de sangre» habría deshecho la sociedad alemana. Tal vez un «octorón» fuera inaceptable al otro lado del Atlántico, pero Hitler todavía no estaba dispuesto a prescindir de todo el que tuviera siete octavos de sangre «aria». Por otra parte, a Hitler no le interesaban los negros en general, y menos aún los afroamericanos. Su admiración por el racismo de Estados Unidos radicaba en las leyes de emigración restrictivas, que en un primer momento se habían dirigido contra los judíos europeos del este de Europa. Mientras que los negros, y otras personas de color, a menudo se vieron envueltos en el fuego cruzado, las primeras leyes raciales de Hitler solo iban dirigidas contra los judíos. 116

En octubre de 1935, por tanto, Bormann comunicó que «el Führer no desea» que a las personas negras de antiguas colonias alemanas que vivían en el Reich, «la mayoría de las cuales habían luchado por Alemania», se les pusieran trabas en sus intentos por «encontrar trabajo y pan», ni se les «hostigara de ninguna otra manera». 117 Pese a todas las adversidades que los negros sufrieron bajo el nacionalsocialismo, el contraste con el tratamiento que recibieron los judíos es llamativo. 118 Nunca existió un internamiento sistemático de los negros en la Alemania nazi. 119 La antítesis del cuerpo «ario» o «germano» no era el cuerpo negro, sino el «cuerpo judío». 120 El racismo cotidiano no era lo mismo que una visión genocida del mundo. Hitler parecía tener una consideración algo mayor por árabes, persas e indios, pero tampoco se los tomaba muy en serio, al menos por aquel entonces. Su séquito respondía a las visitas periódicas de nacionalistas de Oriente Medio, ni con simpatía ni con hostilidad, simplemente con hilaridad. 121 De una u otra manera, para Hitler la lucha importante era entre judíos y alemanes, y, en última instancia, entre teutones y anglosajones.

Por tanto, consideradas en conjunto, las Leyes de Núremberg constituyeron tanto una radicalización como una regularización de la política racial de Hitler. No fueron necesariamente concebidas como un primer paso hacia una inminente, ni siquiera lejana, exterminación física de

los judíos a través de diversos métodos criminales. Más bien, como Hitler declaró explícitamente en una alocución durante una asamblea extraordinaria del Reichstag celebrada en Núremberg, las leyes pretendían ser una resolución definitiva («una solución única y permanente») de la cuestión racial. [122] Se trataba de un planteamiento gradual, en la línea de los pasos que se habían ido dando desde la toma del poder. Hacia el final del año, Hitler explicó su postura al ministro de Justicia Gürtner durante una reunión para debatir sobre el futuro de los judíos en el ámbito profesional. Cuando Gürtner le propuso elegir entre rescindir de inmediato todas las licencias, hacerlo gradualmente con carácter discrecional y una «solución al problema por medios naturales, esto es, dejándoles que fueran extinguiéndose», la respuesta del Führer fue muy instructiva. Cuando le informaron de que en seguir el camino «natural» se tardarían casi dos décadas, les ordenó que por el momento no se tomaran más medidas contra los judíos que ejercieran profesiones liberales. [123] Pasado un tiempo, las medidas existentes irían causando efecto, excluyendo a los judíos de la vida nacional, al tiempo que las medidas de mejora racial elevarían al pueblo alemán a un plano racial más alto.

Las nuevas leyes no solo aumentaron la presión sobre los ya bastante presionados judíos de Alemania, sino que generaron una pesadilla burocrática, a medida que individuos y países se afanaban por establecer su clasificación racial. A los egipcios les dijeron que les tratarían «no de acuerdo con su nacionalidad, sino con su raza», y que los matrimonios entre egipcios no judíos y alemanes se permitirían, de la misma manera que los matrimonios entre otros europeos y alemanes no judíos. [124] Cuando la embajada turca y otras instancias turcas se mostraron interesadas en saber cuál sería su estatus, les aseguraron que «el pueblo turco era considerado como un pueblo europeo en Alemania» y que ese sería el tratamiento que recibiría en relación con las leyes raciales. [125] Con respecto a los turcos, por tanto, el Tercer Reich estaba algo más a la izquierda que la extrema derecha alemana actual.

Más grave fue la reacción en Gran Bretaña y Estados Unidos, donde las Leyes de Núremberg recibieron una condena general, tanto de la prensa como del Parlamento. La preocupación inmediata de Hitler era que las leyes pudieran dar lugar a un boicot a los Juegos Olímpicos de Berlín, programados para el año siguiente, con los juegos de invierno tan solo a pocos meses. Poco antes de que fueran instauradas, el exembajador estadounidense Charles H. Sherrill le dijo durante una visita que el antisemitismo del régimen estaba perjudicando gravemente la imagen de este en Estados Unidos. Sherrill se sintió en la obligación de hablarle con

más detalle del poder de los judíos americanos, que sumaban unos cinco millones en total, de los cuales la mitad vivía en Nueva York, donde constituían aproximadamente una tercera parte de la población. Pese a sufrir el boicot de muchos clubes y de la alta sociedad, continuó, su poder dentro de los medios de comunicación era considerable. En cuanto a la política, Sherrill recalcó que había dos judíos en el gabinete: Frances Perkins, ministro de Trabajo, y Henry Morgenthau, en el Tesoro, y que Nueva York estaba dirigido por Fiorello La Guardia, al que describió como «un judío» con una mujer judía. A consecuencia de todo ello, advirtió a Hitler, existía un peligro cierto de que algunos grupos judíos consiguieran llevar adelante un boicot internacional para los próximos Juegos. 126 Obviamente, Hitler podía sacar provecho de todo esto, ya que confirmaba su arraigada creencia en el poder de la judería internacional en Estados Unidos y sus perversas intenciones hacia Alemania.

La víspera del comienzo de los Juegos Olímpicos de Invierno en Garmisch-Partenkirchen, en febrero de 1936, Hitler se quedó impactado al conocer la noticia del asesinato de Wilhelm Gustloff, jefe de la rama suiza de la Sección Extranjera del NSDAP , acribillado a balazos en Davos por el estudiante judío croata David Frankfurter; el hecho fue objeto de amplia difusión y debate en los medios de comunicación de todo el mundo. 127 Gustloff había sido un incansable promotor del antisemitismo y la ideología nazi en Suiza. Hitler interpretó su asesinato como parte de una conspiración judía más amplia contra el Reich. Su respuesta fue aparentemente «comedida» –para no deslucir los Juegos–, pero el mensaje no dejó lugar a dudas. En su oración funeraria en Schwerin, Hitler afirmó que la judería mundial ya se había quitado la careta. Identificó «la autoría intelectual de quien estaba detrás de este crimen» y organizaría otros en el futuro. «En esta ocasión», continuó, «el responsable de estas acciones se ha mostrado en persona por primera vez». Prometió recoger el guante. «Nos damos por enterados del desafío», dijo, «y lo aceptamos». 128

Las cosas estaban mejorando con respecto a Inglaterra. El rey Jorge V de Inglaterra murió a finales de enero de 1936, un hecho que despertó el interés de Hitler. 129 Su sucesor, Eduardo VIII, no solo estaba comprometido políticamente, sino que era un admirador de la Alemania nazi y un ferviente antisemita. Hitler era perfectamente conocedor de ello y observaba con interés cómo el nuevo rey había mostrado su desacuerdo con los intentos franceses de resucitar la *Entente Cordiale* contra Alemania, su notable simpatía por la situación alemana y –tal vez lo más importante– su

desacuerdo con la opinión de su padre de que el monarca debía acatar incuestionablemente las decisiones del gabinete. 130 Las esperanzas de Hitler de convencer a Inglaterra volvieron a cobrar fuerza. A principios de febrero de 1936 recibió al exministro del Aire, lord Londonderry. 131 «Cuántas veces», le comentó Hitler, «siendo un simple soldado en la guerra mundial, me dije a mí mismo, al encontrarme frente a las fuerzas británicas, que era una completa locura luchar contra estas personas, que podían haber sido miembros de nuestra propia nación». «Este tipo de cosas», añadió, «no deberían volver a repetirse nunca». 132

En la Europa continental, sin embargo, la situación estratégica del Reich se iba deteriorando. Hitler, para entonces, ya había aceptado en gran medida que la esperada alianza británica estaba fuera de su alcance y empezaba a hacerse a la idea de que tendría que conseguir sus objetivos, si no contra los británicos, al menos sin contar con ellos. 133 La alianza ruso-francesa había concluido el año anterior y se iba encaminando hacia una inevitable ratificación por parte del Parlamento de París. Considerada en conjunto con la relación militar ruso-checa, constituía una amenaza para Alemania por dos lados, y esto hizo que Hitler se preocupara por primera vez por el poder militar soviético más que por la amenaza genérica del «bolchevismo». «El Führer está manteniendo un debate interior importante», escribió Goebbels en su diario el último día de febrero, porque «el tratado ruso ha sido aceptado en la Cámara [de los Diputados] de París» y «solamente» quedaba que fuera aprobado por el «senado». 134 Hitler quería remilitarizar Renania como respuesta, a fin de crear un parachoques mayor frente a Francia, y consolidar su control sobre un sector vital de los esfuerzos armamentísticos alemanes.

En los primeros días de marzo, Hitler se armó de valor y se preparó para actuar. Una vez tomada la decisión, aparentó resolución. «Su rostro irradia serenidad y determinación», anotó Goebbels, «ha llegado otro momento crítico, pero ahora hay que entrar en acción». «El mundo pertenece a los valientes», continuaba, «aquellos que no se atreven a nada, tampoco ganan nada». Al día siguiente, Hitler se reunió con Göring, Ribbentrop y el alto mando del Reichswehr en la Cancillería Imperial. Anunció su intención de remilitarizar Renania, llevando a cabo todos los preparativos necesarios en absoluto secreto. Para que París no sospechara, Hitler dio una entrevista conciliadora a la prensa francesa. Desoyó todos los consejos, especialmente los de los militares. 135 El 7 de marzo se puso en marcha la incruenta remilitarización de Renania, que fue acompañada de un comunicado a las potencias de Locarno en el que justificaba la medida como una respuesta a sus supuestas violaciones del pacto, la convocatoria

del Reichstag y el anuncio de unas elecciones generales –un plebiscito, en realidad– «que daría al pueblo alemán la oportunidad de aprobar su política y sus medidas». 136 Todo esto iba acompañado de una oferta para negociar con Francia y Bélgica una zona mutuamente desmilitarizada, un pacto de no agresión con ambos estados y otras varias maniobras dirigidas a dar una impresión de buena voluntad. 137

El mundo contuvo la respiración, esperando a ver cómo reaccionaban las grandes potencias a una violación tan flagrante no solo del Tratado de Versalles, sino también de los acuerdos de Locarno. Pronto quedó claro que Hitler, una vez más, había anticipado correctamente lo que iba a pasar. Los americanos se mostraron básicamente indiferentes; los franceses y los británicos no hicieron nada. El secretario de Asuntos Exteriores británico, Anthony Eden, anunció: «Es el apaciguamiento de Europa entera lo que constantemente tenemos ante nosotros» y llamó a «un ambiente más calmado y tranquilo» en el que explorar nuevas relaciones con Alemania. El rey Eduardo VIII no ocultó su opinión de que no se debía tomar ninguna medida contra Alemania. Winston Churchill fue uno de los pocos en lamentar la pérdida de un «bastión» y advirtió de que Hitler estaba «avanzando sin parar y convirtiendo inexorablemente a setenta millones de la raza más eficiente de Europa en una gigantesca y hambrienta maquinaria de guerra». Sin Inglaterra, Francia no podría o no haría nada. «En materia de echar faroles», comentaría arrepentido más tarde Gamelin, Hitler «era más fuerte que nosotros». 138

En un sentido más amplio, Hitler quería mejorar la imagen del Tercer Reich en todo el mundo, y especialmente en Angloamérica. 139 A corto plazo, esperaba poder hacerlo mediante los Juegos Olímpicos de Berlín. A largo plazo, quería remodelar Hamburgo, la primera impresión del Tercer Reich que tenían los visitantes extranjeros al llegar –la mayoría lo hacían por barco–. Hitler impulsó un ambicioso programa de construcción destinado a convertir a Hamburgo en una metrópolis portuaria a la altura de Nueva York. En junio de 1936, anunció que la creación de la nueva «Ciudad Hamburgo del Führer» implicaría un cambio en el centro de gravedad, situado entonces en torno al Binnenalster, por la ribera del Elba en Altona. A la cabeza estaría uno de los proyectos más acariciados por Hitler, el puente colgante más largo del mundo, con un nivel para coches y otro para trenes, rascacielos gigantes, incluido un *Gauhochhaus* de 250 metros de altura inspirado en el edificio Chrysler de Nueva York y el edificio Field de Chicago, y un *Volkshalle* con capacidad para 150.000 personas. 140

Si bien Hitler era consciente de la necesidad de desarrollar un «poder

blando», no por ello olvidaba otros instrumentos coercitivos más tradicionales que tenía a su disposición. A mediados de junio de 1936, emitió un «decreto para el establecimiento de un jefe de la policía alemana», destinado a llevar a efecto la «concentración unificada de todas las tareas policiales del Reich». 141 De esta manera, todas las principales instancias de seguridad alemanas, la Gestapo, la Sicherheitspolizei y el Sicherheitsdienst, quedaban unidas bajo el control de Heinrich Himmler y su lugarteniente, Reinhard Heydrich. Oficialmente, Himmler estaba sometido a la autoridad del ministro del Interior, Wilhelm Frick, pero en la práctica a partir de ese momento ostentó el poder policial absoluto en Alemania, siendo únicamente responsable ante el propio Hitler. A finales del verano de 1936, el Führer estaba preparado para montar ya su espectáculo ante el pueblo alemán y el mundo en general, comenzando con la primera mitad del Festival de Bayreuth a últimos de julio, y continuando, a primeros de agosto, con las dos semanas de Juegos Olímpicos, para luego volver a la segunda mitad del Festival de Bayreuth. Hitler accedió a esta complicada programación con la esperanza de atraer a Bayreuth a algunos de los muchos visitantes esperados para los Juegos. Esto iría seguido a su vez por el mitin del partido en la primera mitad de septiembre, el primero desde la remilitarización de Renania. Este programa integrado de cultura, deporte y retórica política demostraría la distancia recorrida entre la toma del poder en 1933 y el *Parteitag der Ehre* con el que el Führer celebraría la restauración del «honor alemán tanto dentro como fuera del país». Además, esto le ofrecería la oportunidad de poder influir en los dignatarios extranjeros visitantes, especialmente en los de Angloamérica.

Pero acontecimientos externos hicieron que, por segunda vez consecutiva, Hitler no pudiera disfrutar tanto como quisiera del Festival de Bayreuth. A comienzos de ese verano, el general español Francisco Franco se había sublevado contra el gobierno republicano de Madrid, sumergiendo a España en una guerra civil. Para finales de julio, los nacionalistas atravesaban graves dificultades, al tener a gran parte de sus fuerzas bloqueadas en Marruecos por la marina republicana. Cada vez más preocupados, algunos miembros de la Sección Extranjera del NSDAP –con la bendición de su jefe, Wilhelm Bohle, que probablemente quería ganar protagonismo frente al Ministerio de Asuntos Exteriores–, fue a buscar a Hitler a Bayreuth para entregarle una carta personal de Franco en la que este le pedía ayuda militar. 142 El Führer, ante el asombro de sus interlocutores por su profundo conocimiento de la política y la historia de España, así como de su situación actual, reaccionó con rapidez, ordenando el envío de aviones de transporte alemanes para sacar a la Legión

Extranjera española de Marruecos y trasladarla a la península Ibérica. Esta primera misión de la Luftwaffe no fue muy del agrado de Göring, ni tampoco del de Ribbentrop ni del Ministerio de Asuntos Exteriores, que hubieran preferido permanecer completamente al margen, pero Hitler insistió. 143

La razón por la que Hitler intervino en España no fue económica, aunque los recursos de la península Ibérica eran importantes para el rearme alemán, 144 sino ideológica. Según le dijo a Ribbentrop, «Alemania no podía tolerar una España comunista bajo ninguna circunstancia». Dado el estado interno de Francia, continuó diciendo, formulando una especie de «teoría del dominó» nazi, que la conflagración se extendiera a Francia y la consumiera solo era cuestión de tiempo. Y, en ese caso, temía Hitler, Alemania se vería «cercada» entre los comunistas franceses y la Unión Soviética. 145 Lo sorprendente de ese episodio fue la capacidad de Hitler para tomar decisiones importantes rápidamente, así como convencer a los indecisos, o hacerles caso omiso. También precipitó –o reflejó– una creciente percepción de la amenaza soviética en concreto, y del comunismo más en general. Por primera vez, Hitler parecía temer de verdad un ataque soviético. A mediados de agosto llegó incluso a pedirle a Rosenberg que iniciara preparativos propagandísticos en caso de un ataque por sorpresa ruso. 146

Hitler no tenía mucha confianza en las estrategias de Rosenberg, así que él mismo empezó a avanzar en otros dos frentes. A mediados de agosto de 1936, Hitler nombró a Ribbentrop embajador en Londres con la esperanza de que sus contactos en el mundo de los negocios le ayudaran a mejorar las relaciones allí. 147 También intensificó el ritmo del rearme. En el verano de 1936, el ejército presentó unos planes para una expansión masiva de la Wehrmacht que estarían ejecutados en 1940 a fin de desplegar una fuerza de ataque mayor de la que se desplegó en Francia en 1914. Una parte sustancial de los fondos se destinó para fortificaciones y transporte de caballos en lugar de vehículos a motor. El alto mando, y probablemente el propio Hitler, preveían una larga guerra convencional más que una *Blitzkrieg* (guerra relámpago). 148 Esto significaba que una parte incluso mayor de la industria alemana debía dedicarse a fines militares. El problema radicaba en que la economía ya entonces estaba enfrentándose a dificultades generadas por la demanda de rearme, especialmente, la de cómo pagar las necesarias importaciones de material, e incluso, el programa entero. A finales del verano y durante el otoño de 1936, Schacht y el comisionado para la estabilidad de precios y a la sazón alcalde de Leipzig, Carl Goerdeler, redoblaron sus advertencias de que los

desequilibrios fiscales y monetarios eran insostenibles.

Hitler respondió con un documento sobre el Plan Cuatrienal para Alemania, en el que exponía tanto su visión económica como su gran estrategia. 149 El problema, argumentaba, era que Alemania estaba «superpoblada» y no podía «alimentarse a sí misma». Esta situación se veía agravada por la elevación de los «niveles de vida», que estaban conduciendo a una «aumentada y comprensible demanda en el mercado alimentario». Reducir sin más ese nivel de vida no era una opción, porque la «malnutrición» resultante excluiría a una parte sustancial y «valiosa» de la población del «cuerpo político de la nación»; supondría una marcha atrás en su gradual política de elevación racial. De hecho, seguía diciendo Hitler, «la condición previa para el consumo normal» era la «integración de todos los alemanes en la economía». En esto Hitler se limitaba simplemente a reformular su visión de que el establecimiento de una sociedad de consumo era necesario para mejorar el material racial de Alemania. La dificultad, afirmaba, residía en que mientras que el suministro de bienes de consumo podía aumentarse sustancialmente, el de alimentos y materias primas, no. «Una solución duradera», sostenía, y aquí volvía meramente a repetir lo que llevaba una década diciendo, consistía en la «expansión del espacio vital», esto es, «la materia prima y base del sustento de nuestro pueblo». «Es tarea de los líderes políticos», proseguía Hitler, «resolver algún día esta cuestión».

Entretanto, Alemania tendría que encontrar «alivio temporal dentro del marco de la economía actual». «Dado que el sustento del pueblo alemán dependerá cada vez más de las importaciones», argumentaba, y que también dependían del extranjero para las materias primas, dichas importaciones debían fomentarse «por todos los medios posibles». La solución obvia, la de aumentar las exportaciones alemanas, era rechazada por Hitler como «teóricamente posible, pero poco viable en términos prácticos», porque «Alemania no exporta a un vacío político o económico, sino a zonas extremadamente disputadas». También se negaba a utilizar divisas extranjeras valiosas, porque estas eran necesarias para comprar materias primas para el programa armamentístico. Por todo ello, expresaba su intención de hacer caso omiso de «los intereses de determinados caballeros», destacando que la «autoconservación» del pueblo alemán estaba por encima de la de la empresa privada. Sorprendentemente, Hitler hizo a los judíos «responsables» de cualquier daño que aquellos pudieran infligir a la economía alemana, otro ejemplo de su determinación de tratarles como «rehenes». 150 Sin duda inspirándose en el espíritu de los Planes Quinquenales de Stalin, Hitler demandaba un «plan plurianual» que

«haría nuestra nación independiente del mundo exterior». Para concluir, hizo un llamamiento a que tanto el ejército como la economía alemana debían estar listos para la guerra en un plazo de «cuatro años».

La víctima de todo ello, en términos de alta política, fue Schacht. [151] Hitler no le informó del Plan Cuatrienal hasta la víspera de su anuncio público en el congreso del partido, a primeros de septiembre de 1936. [152] Desde el punto de vista de Hitler, Schacht había cumplido su cometido y ya no era de mucha utilidad. Había proporcionado estabilidad al comienzo del régimen, resuelto el tema de la deuda exterior, escindido a Alemania de la economía mundial y la dependencia de Estados Unidos, y reorientado el comercio alemán hacia socios europeos más maleables, especialmente en los Balcanes. La salida de Schacht ya era solamente cuestión de tiempo, y su continuidad en el cargo, una mera concesión de cara a la opinión internacional. «El Führer es muy escéptico respecto a Schacht», escribiría Goebbels más adelante aquel mismo año, «pero no le liberará de su responsabilidad por motivos de política exterior». [153]

Seis semanas después de redactar su memorándum, Hitler nombró a Göring plenipotenciario general para la implantación del Plan Cuatrienal, con el mandato de asumir «la dirección unificada de toda la fuerza del pueblo alemán y la completa concentración de todas las instancias implicadas del partido y del Estado». [154] Göring se convirtió, al menos nominalmente, en la máxima autoridad del Reich en materia de economía y movilización. En un arranque de energía convocó mítines, emitió decretos y en general trató de transmitir un mayor dinamismo a la administración pública, la jefatura militar y los líderes de la industria alemana. La inversión en fábricas, materias primas y empleo se redobló en todos los ámbitos, [155] prescindiendo de cualquier racionalidad económica. [156] El mensaje estaba claro: Hitler quería que Alemania estuviera preparada, si no para la guerra, al menos para la confrontación, para comienzos de la década de 1940.

Dentro de este contexto, los Juegos Olímpicos de Berlín, inaugurados a bombo y platillo en agosto de 1936, cobraron todavía más importancia de cara a la posición internacional del Tercer Reich. Comenzaron con el relevo de la antorcha olímpica, una invención de los nazis. El 20 de julio de 1936, jóvenes griegas ataviadas con escuetas túnicas de sarga entregaron la llama para que iniciara su viaje hacia Berlín. [157] Toda la ceremonia, filmada por Leni Riefenstahl, fue diseñada con el objetivo de resaltar los lazos entre la Alemania nazi y la antigua Grecia. Todo el proceso fue retransmitido por radio a través de la Olympia-Weltsender Berlin, una gigantesca emisora de radio capaz de llegar a cuarenta países. El equipo

estadounidense, en el que había negros y judíos, recibió una especialmente entusiasta acogida oficial (calculada) y popular (espontánea). La prensa tenía instrucciones estrictas por parte de Goebbels de no herir la sensibilidad de los visitantes, especialmente de las personas de color. Se produjeron algunos momentos un tanto violentos, por ejemplo, cuando el atleta negro Jesse Owens ganó las carreras de los 100 y los 200 metros lisos, la de relevos y el salto de longitud. Sus logros fueron celebrados por la cámara de Leni Riefenstahl, si bien esta se abstuvo de filmar a los alemanes haciendo largas colas para conseguir un autógrafo. En contra de lo que cuenta el mito, Hitler no se negó a felicitar a Owens. Tras ser reconvenido por los funcionarios de los Juegos por estrechar la mano de algunos vencedores durante los primeros días de competición, había decidido no saludar a ninguno. Es más, Owens, pese a sus reservas hacia el régimen, hizo el saludo militar cuando le colocaron la medalla. Durante la campaña a las elecciones presidenciales estadounidenses, más avanzado aquel año, Roosevelt llegó a alabar a Hitler como un «hombre cívico». 158

Los Juegos Olímpicos de Berlín supusieron sin duda un triunfo para Hitler. 159 En sus discursos y palabras de bienvenida, no se había dirigido a un público alemán, sino mundial. La presencia de tantos atletas y visitantes extranjeros sirvió para legitimar el régimen y, por extensión, sus actos a partir de 1933, especialmente la reciente remilitarización de Renania. «La prensa extranjera [enviada a cubrir] los Juegos Olímpicos es fantástica», celebró Goebbels, «todo está funcionando como un reloj. Un gran éxito». 160 Nadie atentó contra su vida. La única infracción seria de la seguridad fue la «encerrona del beso», cuando una mujer californiana se las arregló para besar al Führer. 161 Por si fuera poco, el equipo alemán ganó la mayoría de las medallas, aunque fue superado por los estadounidenses, especialmente por los negros del equipo, en las pruebas de atletismo.

En Bayreuth, Hitler continuó con sus esfuerzos diplomáticos durante la segunda mitad del festival, reanudado al terminar los Juegos Olímpicos. Allí, Unity y Diana Mitford estuvieron continuamente en presencia de Hitler, en parte porque él disfrutaba de su compañía, pero sobre todo a fin de facilitar la comunicación con el *establishment* británico tal y como Hitler lo concebía. Deseoso de consolidar las relaciones con el nuevo monarca progermano, Hitler llegó incluso a presentar en el Covent Garden una producción propia de su *Lohengrin* como regalo para la coronación de Eduardo VIII. Sorprendentemente, el rey –que al parecer no era gran admirador de Wagner– aceptó, pero solo bajo la condición de que no tuviera que asistir él en persona, y, de todas formas, el espacio disponible en el Covent Garden para la producción resultaba demasiado pequeño. No

obstante, Hitler no se dejó disuadir, y sugirió celebrar un *Gastspiel* de la Berliner Staatsoper en la capital británica, seguido de otro de la London Philharmonic Orchestra en Alemania, bajo la batuta de sir Thomas Beecham, director del Covent Garden y hombre supuestamente cercano a Eduardo VIII. 162 Pese a algunas visitas e intercambios de correspondencia preparatorios, estos planes no salieron adelante, pero resultan muy ilustrativos no solo de la determinación de Hitler de utilizar lo que él consideraba la senda interior hacia la política y la sociedad británicas a fin de alcanzar una alianza, sino el alto valor que le daba a la diplomacia cultural. Si el káiser había soñado con pasar revista conjunta a las flotas angloalemanas en un ambiente de cordial rivalidad, el Führer al parecer había fantaseado con concursos de canto al estilo *Tannhäuser* en esa misma tónica.

A finales de agosto y primeros de septiembre, el acoso de Hitler a Inglaterra alcanzó su cota máxima. Lord Lloyd, a quien Ribbentrop tenía catalogado como miembro del «grupo incondicional de Churchill», fue invitado a un mitin del partido con el fin de abrir «una brecha» entre «las filas del frente hostil de los conservadores (británicos) del ala más derechista». 163 También fueron invitadas algunas «importantes figuras británicas» que fueron confiadas a los cuidados de Rosenberg. 164 David Lloyd George, archienemigo de Alemania en la Primera Guerra Mundial, fue recibido por Hitler en Berchtesgaden a principios de septiembre. El encuentro fue amigable, y durante el mismo el ex primer ministro expresó su apoyo al Tercer Reich y su admiración por su programa de construcción de carreteras. Lloyd George le regaló a su vez al Führer una fotografía de sí mismo dedicada: «Al canciller Hitler, con admiración por su valentía, determinación y liderazgo». Posteriormente escribiría que Hitler era un «líder nato» y «una personalidad magnética, dinámica, con una determinación clara, una voluntad decidida y un corazón valeroso». Él no creía que Hitler albergara intenciones agresivas y pensaba que «el establecimiento de una hegemonía alemana en Europa, que era el objetivo y el sueño del antiguo militarismo anterior a la guerra, no se encuentra en absoluto en el horizonte del nazismo». 165

Durante una recepción celebrada en Núremberg pocos días después, Hitler comunicó que estaba preparado para plantear sus demandas coloniales «sobre la base de la cooperación mutua» y «un entendimiento más profundo con Gran Bretaña». La verdadera preocupación de Hitler, estaba claro para sus interlocutores, no eran las colonias, sino la escasez de alimentos y materias primas de Alemania, y –según ellos creían– «proteger Europa del ataque bolchevique». Tras señalar que los propios británicos

también necesitaban colonias para «alimentar a su población», preguntó si ellos habían encontrado «alguna otra forma» de hacerlo pese a «la escasez de materias primas». En tal caso, continuaba Hitler, les instaba «por favor, le enviaran la fórmula». Todo ello, advertía, «no era en absoluto imperialismo, sino una cuestión de mera supervivencia para Alemania», y venía motivado no por el deseo de «interferir en las líneas de comunicación estratégicas del Imperio británico», sino, «por el contrario», por un deseo de «evitar» cualquier posible choque «a toda costa». 166 Hitler no especificaba en detalle su propuesta de negociación, pero las líneas generales estaban claras: Alemania respetaría la posición global del Imperio británico a cambio de la libertad para hacerse con territorios en Europa.

El otoño de 1936, con su tríada del Festival de Bayreuth, los Juegos Olímpicos de Berlín y el mitin de Núremberg, constituyó en muchos sentidos la apoteosis del Tercer Reich. Se había superado a sí mismo en música, deporte y coreografía política. La culminación de estas embriagadoras ocho semanas llegó la noche del 11 de septiembre, cuando el *Lichtdom* de Albert Speer, basado en ideas desarrolladas por otros, lanzó un enorme arco de luz sobre el espacio en el que se celebraba el mitin, formado por 151 reflectores antiaéreos, dejando boquiabierto a todo el mundo. 167 Con este espectacular telón de fondo, los oradores principales, Goebbels, Rosenberg y el propio Hitler, con sus declaraciones perfectamente coordinadas, 168 fueron incidiendo una vez y otra tanto en el renacimiento de Alemania como en la amenaza bolchevique. 169 La guerra civil española, advirtió Hitler, era la prueba de las actividades del «cuartel general de la revolución judía en Moscú». 170 «El congreso del partido ha sido el más unificado hasta el momento», escribió Rosenberg en su diario, añadiendo que «el Führer [salió] feliz y revitalizado». 171

Resulta fácil reconocer por qué en el otoño de 1936 Hitler repasaba con satisfacción los logros alcanzados durante sus primeros cuatro años en el cargo. No hay duda de que la voluntad de Hitler movía montañas dentro de casa. Los precios se controlaron por métodos que desafiaban la economía convencional. Se descubrieron nuevas fuentes de energía. El efecto multiplicador que él había predicho antes de tomar el poder generó en principio un círculo virtuoso durante unos primeros años en los que todo parecía posible. La economía alemana había sido completamente revitalizada, el desempleo era prácticamente cero. No había ninguna resistencia significativa a la autoridad de Hitler. Sus enemigos domésticos

se hallaban muertos, o en prisión, o en el exilio, o bien se habían acobardado o incluso convertido. La posición de Alemania en el exterior y su integridad territorial se habían restablecido con el máximo éxito.

Nada de esto había sido tan fácil como parecía retrospectivamente. Hitler había asumido grandes riesgos y mostrado unos nervios de acero. Había vencido a la amenaza de la guerra preventiva por parte de Francia y Polonia. Las relaciones con Varsovia seguían siendo buenas incluso después de la muerte de Piłsudski, a cuyo funeral asistió con una actitud que aparentaba verdadera reverencia. 172 Se había recuperado del fallido golpe en Austria. No sorprende, por tanto, que Hitler considerara todos estos hechos como una vindicación de su visión de la política como principalmente una cuestión de «voluntad». «Nadie», dijo ante el Congreso Anual del Frente Alemán del Trabajo en septiembre de 1936, «debería contestarme con "eso no funcionará"». «Nadie puede ni debería decirme eso a mí», añadía, «yo no soy uno de esos hombres a los que uno puede decirle "eso no va a funcionar"». «Debe funcionar», afirmaba Hitler, «porque Alemania debe vivir». «La palabra imposible», dijo en un encuentro con los principales industriales alemanes convocado a mediados de diciembre de 1936 para facilitar la implantación del Plan Cuatrienal, «no existe aquí». 173

Sin embargo, para finales de 1936, Hitler estaba llegando ya a los límites de lo que podía conseguirse solo con determinación. Simplemente, no podía lograr a fuerza de voluntad que los alemanes tuvieran un nivel de vida comparable al de británicos y estadounidenses. El símbolo supremo de esta aspiración, el proyecto Volkswagen, ya había empezado a presentar problemas en el verano de 1936, porque la industria automovilística no lo creía viable. Y, lo más importante, el Führer no podía aumentar indefinidamente tanto el consumo doméstico como la producción armamentística. Por más voluntad que se pusiera, el Reich no podía conseguir materias primas en el mercado mundial mientras sus reservas de divisas extranjeras no dejaban de mermar. La estructura del resto de las economías del mundo no podía reconfigurarse a la medida de las necesidades alemanas. Aunque Hitler creía que tanto los cañones como la mantequilla eran cruciales para su proyecto racial, pronto tendría que elegir entre ambos, al menos temporalmente.

En los últimos cuatro meses del año, además, el cielo se ensombreció, no solo físicamente, sino estratégicamente. Hitler observaba el desarrollo de los acontecimientos en Austria con creciente preocupación. Desde el fallido golpe de hacía dos años, el Führer se había esforzado al máximo por evitar problemas allí. Cuando se enteró de que las SA austriacas estaban

tratando de restablecer «grupos terroristas», su adjunto, Fritz Wiedemann hizo saber a su comandante, el *SA -Obergrup-penführer* Reschny, que «el Führer prohibía terminantemente cualquier acción de este tipo». 174 En el verano de 1936, este aceptó un «pacto de caballeros» con el canciller austriaco Schuschnigg, redactado por Papen, destinado a mejorar las relaciones mediante el levantamiento de las restricciones a los viajes y de otro tipo. El problema era que Austria parecía ir alejándose cada vez más de la órbita alemana, e incluso se hablaba de su posible unión a un «Pacto del Danubio». Hitler consideraba que este plan no era más que una maniobra de distracción para lo que él más temía, que era una restauración de la dinastía Habsburgo. Si bien hoy en día esto parece imposible, cabe recordar que en ese momento apenas habían transcurrido dos décadas desde el final del Imperio Habsburgo, y que la dinastía todavía seguía contando con muchos partidarios. Los peores temores de Hitler se confirmaron a finales del verano, cuando se enteró de que el príncipe Starhemberg, líder de la organización paramilitar conservadora austriaca denominada «Guardia Patriótica» (Heimwehr), había solicitado verle para pedirle su respaldo para una «restauración en Austria» llevada a cabo con el apoyo conjunto de la Heimwehr y los nacionalistas alemanes. 175

Entretanto, el conflicto con el comunismo mundial iba adquiriendo cada vez más relevancia, a medida que, en la mente de Hitler, la Unión Soviética dejó de ser una víctima básicamente pasiva para convertirse en una amenaza mortal. «El enfrentamiento con el bolchevismo se aproxima [y] debemos estar preparados», le dijo Hitler a Goebbels a mediados de noviembre de 1936, añadiendo, clarividentemente, que «estaremos completamente preparados en 1941». En ese momento, la principal amenaza comunista residía en España, donde el gobierno republicano estaba siendo fuertemente apoyado por Stalin. «Moscú parece estar volcándose con gran intensidad en España», informó Goebbels después de una reunión con Hitler a mediados de noviembre, «pero se las tendrá que ver con nosotros», porque «España no debe ser roja, y no lo será». 176 «Su único objetivo», señaló Hitler poco después, «era que la política exterior española, tras el fin de la guerra, no la determinaran ni París, ni Londres, ni Moscú», y que por tanto España no estuviera «en el campo enemigo», sino que, a ser posible, fuera «amiga de Alemania» en el «inevitable» conflicto por la reordenación de Europa. 177

Para complicar más aún las cosas, la esperanza de una alianza británica iba disminuyendo cada vez más. 178 Ribbentrop envió desde Londres varias advertencias de que la opinión allí se estaba volviendo en contra del Tercer Reich. «Habla de Londres», escribió Goebbels, donde había «una gran

agitación judía [pero] el rey está de nuestra parte». Una espantosa actuación de la London Philharmonic Orchestra, bajo la dirección de sir Thomas Beecham, tras la que Hitler se vio obligado a aplaudir «educadamente», tampoco ayudó. Sin embargo, Hitler insistió y continuó tratando de influir en la opinión británica a través de los Mitford, en favor de los cuales autorizó algunos pagos a través de Goebbels. El Führer asistió a la boda de Oswald Mosley con Diana Mitford en Berlín, cuyo banquete se celebró a petición de Hitler en la casa de Goebbels en Schwanenwerder. Un mes después, también probablemente en deferencia a Gran Bretaña, despachó sin rodeos a Epp cuando este volvió a sacar el tema de la cuestión colonial. 179

Luego, a primeros de diciembre de 1936, Hitler recibió la catastrófica noticia de que el rey Eduardo VIII, el monarca proalemán de quien tanto había esperado, estaba a punto de abdicar. El Führer, hizo constar Goebbels, «se ha llevado un gran disgusto». 180 Se aseguró de que la prensa alemana estuviera amordazada mientras durara la crisis y el Reich observaba el desarrollo de los acontecimientos. A lo largo del mes siguiente, Hitler arremetió varias veces contra el «hipócrita» gobierno de Baldwin y la «cobardía y la falsedad» del público británico. 181 «El Führer ha hablado de Inglaterra», refería Goebbels, diciendo que consideraba a su población «un pueblo saciado sin ideales». «El rey», continuaba, «era digno de compasión», porque los británicos carecían de «agallas». 182 El 10 de diciembre, Eduardo finalmente abdicó. Unas dos semanas más tarde, Ribbentrop regresó a Berlín a informar del asunto. Su versión confirmó la impresión de Hitler. «Eduardo había sido derrocado por Baldwin y sus ministros», escribió Goebbels tras debatir sobre el tema con Hitler, «porque era demasiado independiente y proalemán». «La señora Simpson», coincidieron ambos, «solo ha sido el pretexto»; la causa real era que la opinión pública en «Londres está completamente en manos de los judíos». 183 Fue durante esta crisis de la abdicación, de hecho, cuando parece que Hitler llegó a la conclusión de que Inglaterra no tenía arreglo.

Las relaciones con Estados Unidos también se iban deteriorando, aunque la ruptura aún no era inminente. La perspectiva más probable, como expresó en uno de sus despachos el embajador en Washington, Hans Luther, era que pese a sus retóricas filípicas contra los que incumplían los tratados y se dejaban llevar por el odio racista, Roosevelt mantendría una política de estricta neutralidad respecto a Europa. Los europeos debían encontrar irónico escuchar semejantes críticas de «un jefe de Estado que se había adueñado de un enorme continente a través de las guerras y el incumplimiento de numerosos tratados», 184 y, podía haber añadido, tenía

además un largo y continuado historial de discriminación racial. De un modo u otro, era evidente que, como Luther advirtió a primeros de octubre de 1936, «nuestra forma de Estado nacionalsocialista cuenta con el rotundo rechazo de todos los gobiernos americanos». 185

Entretanto, Hitler redobló sus esfuerzos para convertir Berlín en una capital verdaderamente mundial. Siguió adelante con la construcción del aeropuerto de Tempelhof. A mediados de octubre de 1936, Hitler le dijo a Albert Speer que pensaba nombrarle *Generalbauinspekteur* con amplias competencias para remodelar la ciudad y convertirla en la capital de una potencia mundial, a la altura –implícitamente– de Londres y Washington. Speer tenía permiso para determinar él mismo su perfil de actividad, lo que le confería poderes más o menos ilimitados para transformar Berlín de acuerdo con su visión, y la del Führer. 186

Hitler también reaccionó al cambiante ambiente internacional consolidando sus alianzas. En octubre de 1936, firmó un acuerdo con Italia claramente dirigido a la colaboración de cara a la Liga de Naciones, la amenaza soviética, la guerra civil española, Austria, los temas coloniales y los Balcanes. Su verdadero objetivo, sin embargo, era Inglaterra. Poco después, Mussolini se refirió públicamente a la alianza como un «eje» entre Berlín y Roma. 187 El Führer también buscó la conexión con Japón. Este paso fue importante, porque hasta ese momento el interrogante de si el Tercer Reich debía «optar» por Tokio o por China seguía sin respuesta, si bien las simpatías de Hitler llevaban algún tiempo del lado de Japón. A principios de junio de 1936, se reunió con el embajador japonés, el conde Mushanokō ji, en Berlín, y un mes más tarde en Bayreuth con el hombre destinado a sucederle, el general Hiroshi Oshima. 188 Ambos acordaron la necesidad de formar un frente común contra la Unión Soviética y el comunismo mundial; ninguno de los dos mencionó a Londres ni a Washington. Hitler creía que una nueva guerra ruso-japonesa era inminente y planeaba aprovechar la ocasión para apropiarse de territorios de la Unión Soviética. 189 A principios de noviembre de 1936, el Tercer Reich y Japón firmaron lo que se conocería como el Pacto Anticomintern. Con el tiempo, Hitler haría referencia en varias ocasiones a este nuevo «triángulo político mundial» como prueba del hecho de que «el aislamiento de Alemania había terminado». 190

El «eje» iba claramente dirigido contra la Unión Soviética y el comunismo mundial, pero en realidad los principales enemigos de Japón eran el Imperio británico y Estados Unidos. Con esta idea, el Führer confió al ministro de Exteriores italiano, el conde Ciano, que el anticomunismo era el mínimo común denominador contra las potencias occidentales, y

también que el pacto tenía como objetivo cambiar la forma de actuar de los británicos. Un frente común contra la Unión Soviética, por tanto, no solo era compatible, sino que en gran medida formaba parte de la lucha conjunta contra las potencias occidentales. «El Führer cree», registra Goebbels, que «los frutos de este acuerdo no habrán madurado hasta dentro de cinco años. Lo que él persigue es una política a largo plazo». [191] Esta resultó ser una predicción asombrosamente precisa, ya que tanto el Reich alemán como Japón irían juntos a la guerra cinco años y una semana después, en 1941, no con la Unión Soviética, sino contra Estados Unidos».

Durante sus primeros tres años y medio en el poder, el cronograma de Hitler no cambió mucho. «Yo sé», comentó en septiembre de 1933, «que este gran proceso de cohesión interna de nuestro pueblo no puede conseguirse de la noche a la mañana». «Lo que se ha ido desintegrando paulatinamente a lo largo de 30, 40, 50 [o] 100 años», seguía diciendo Hitler, no puede reconstruirse «en unos cuantos meses». [192] Diez meses más tarde, todavía seguía expresándose en términos de un proyecto de transformación a largo plazo. «El Estado nacionalsocialista», comunicó al Reichstag, «exterminará internamente, si es necesario mediante una guerra que durará cien años, hasta el último vestigio» de «veneno de la "judería internacional"». [193] En enero de 1935, durante una reunión de su gabinete, anunció que la reforma del gobierno local llevaría entre veinte y treinta años». [194] «Ninguno de nuestros proyectos técnicos estará terminado antes de veinte años», advirtió en mayo de 1935, en tanto que «ninguna de nuestras tareas espirituales se habrá completado antes de cincuenta o cien años». [195] Es evidente que él contemplaba un proceso de transformación a largo plazo, en el que el conflicto con las potencias occidentales debía evitarse durante el mayor tiempo posible.

Dicho lo cual, hubo –como hemos visto– un cambio de tono a finales de 1936. Parece como si hubiera presentido que los días de las victorias fáciles ya habían pasado. No obstante, continuó asumiendo grandes riesgos, porque creía que no había otra forma de salvar a Alemania. Hitler no poseía el privilegio de la certeza, como explicó con sorprendente franqueza en el aniversario del *putsch* de 1923, un momento en el que su apuesta fracasó estrepitosamente. «He tenido que tomar decisiones muy difíciles durante estos tres años y medio», anunció, «de las que en algunas ocasiones ha dependido el futuro de toda la nación». «Desgraciadamente, nunca he tenido ni un 51 % de certidumbre [del éxito]», por el contrario, «a menudo la probabilidad era de un 95 % de fracaso y solo un 5 % de éxito». [196]

Hitler no podría haber sido más claro. Su plan para los años siguientes era volver a tirar los dados una y otra vez hasta que la suerte dejara de estar de su lado.

Parte V

CONFRONTACIÓN

A comienzos de 1937, el Tercer Reich parecía seguro. Hitler había creado una nueva era, con sus propios valores y calendario. El tiempo parecía extenderse hacia el horizonte. A lo largo del año, sin embargo, Hitler llegó a convencerse de que se estaba quedando sin tiempo y de que Angloamérica –según su criterio, víctima de una falsa impresión inducida por los judíos– se había vuelto en su contra. También había perdido la batalla del nivel de vida con Occidente. La siguiente fase del Tercer Reich tenía que ser por tanto de confrontación. Se trataba de una batalla diplomática en la que Hitler aceptaba haber «perdido» Gran Bretaña y Estados Unidos, y buscaba consolidar sus alianzas con Italia y Japón. Fue una competición militar en la que el Führer pasó de las victorias incruentas sobre Austria y Checoslovaquia a los más costosos pero no menos notables triunfos sobre Polonia, gran parte de Escandinavia y posteriormente, hacia el oeste, el más espectacular de todos, sobre los ejércitos británico y francés. Al final, acabó siendo una competición racial en la que Hitler aceleró la eliminación de las ramas «negativas» de la sociedad alemana y promovió la adquisición del «espacio vital» en el este necesario para su planificada «elevación» del pueblo alemán a fin de prepararle para el probable enfrentamiento con los «anglosajones».

13

«Niveles de vida» y «espacio vital»

En Alemania, 1937 fue un año en el que el tiempo pareció detenerse. No hubo grandes titulares que informaran de iniciativas importantes ni dentro ni fuera del país. A finales de enero, Hitler prometió al Reichstag que la «era de las sorpresas ya había terminado [y que] la paz era en este momento nuestra posesión más preciada». 1 Ya había cosechado todas las frutas que estaban al alcance de la mano, dentro y fuera de Alemania. Su poder no era todavía absoluto, pero no había grandes desafíos a su autoridad, ni dentro del partido ni en el país en general. El nacionalsocialismo, el principio del Führer y del mito de Hitler eran la nueva normalidad. 2 El retrato del canciller adornaba los miles de edificios y espacios públicos; incontables escuelas y calles fueron bautizadas con su nombre. En marzo de 1937, superó su inveterada resistencia a aparecer en sellos de correos, por lo que su imagen –adaptada a partir de una de las fotografías realizada por Heinrich Hoffmann– se hizo más ubicua todavía. 3 El Führer era omnipresente, a veces incluso se aparecía en los sueños (o pesadillas) de la gente corriente. 4 Alemania gozaba de un empleo prácticamente pleno. 5 Si eras judío, gitano, homosexual, de izquierdas o monárquico bávaro, la vida era dura, pero, a diferencia de los primeros años del régimen, cada vez se iba haciendo más predecible. Había menos arrestos, y la población de los campos de concentración fue de hecho disminuyendo durante la primera parte del año. Más allá de las fronteras de Alemania, el mundo se había acostumbrado a Hitler. Había, en resumen, una sensación general de calma, que más adelante se revelaría como la calma que precede a la tormenta. 6 «Todo está muy tranquilo en el frente político», comentó Goebbels a finales del verano de 1937.

«Dennos cuatro años de tiempo», había prometido Hitler en su primera alocución por radio al inicio de su cancillería, «y luego júzguennos», una frase que repitió bajo diversas fórmulas y que finalmente fue acuñada por la maquinaria de propaganda nazi como la omnipresente «¡Denme cuatro años y no reconocerán Alemania!». 7 Cuando el quinto año del Tercer Reich empezaba a tocar a su fin, en 1937, el Führer y el movimiento nazi volvieron la vista atrás para hacer balance de sus «logros», en lo que fue interpretado por muchos como un «momento de rendir cuentas». En una

serie de discursos pronunciados en días señalados del calendario nazi, como por ejemplo los aniversarios de la toma del poder y la presentación del programa del NSDAP , Hitler celebró y exageró al máximo, una y otra vez, el progreso económico, político y militar llevado a cabo desde 1933. Goebbels reafirmó este mensaje en una exposición itinerante titulada «Denme cuatro años» que el propio Hitler inauguró en Berlín, así como en un noticiario cinematográfico de título similar.

Hitler continuó imperturbable con su programa de transformación nacional. La eliminación de los judíos de la vida nacional alemana siguió adelante. Aparte de esto, durante la primavera y el verano de 1937, se produjo una clara pausa en las medidas antijudías. Debido al supuesto poder de la judería internacional, Hitler tenía que andarse de momento con cuidado. Un tercer decreto de desarrollo de la Ley de Ciudadanía, previsto por Hitler para febrero de 1937, respecto al estatus especial de las empresas no judías, fue dejado en suspenso en junio basándose en que podía generar contrariedad en los propietarios extranjeros de dichas empresas. La medida fue finalmente promulgada un año más tarde. En mayo de 1937, Hitler ordenó también que se abandonaran los planes para un documento de ciudadanía especial. 8 Explicó su estrategia en un discurso privado a los líderes del partido. Su «objetivo final» de eliminar a los judíos, explicó Hitler, no había cambiado. No obstante, quería evitar tener que tomar medidas que luego pudiera tener que «revertir» o que pudieran «dañar» al Tercer Reich. «Siempre llego hasta el límite», continuó diciendo, «pero no más allá»; decía tener un «olfato» especial para saber lo que era posible y lo que no. En lugar de hacer que sus enemigos salieran a defenderse con todo, razonaba Hitler, él trataba de ir llevándolos a un «rincón» antes de asestarles el golpe mortal. 9 Por esta razón, Hitler no emprendió ninguna iniciativa nueva importante en el frente judío a lo largo de 1937.

Sin embargo, sí hubo un área en la que el régimen radicalizó su política racial. Hitler llevaba mucho tiempo sin tomar una decisión respecto al tema de los «bastardos de Renania», los hijos engendrados por soldados de las colonias francesas durante la ocupación de Renania en la década de 1920, por temor a ofender a Francia, pero, el 18 de abril de 1937, ordenó la discreta «esterilización» de toda esta descendencia. De nada sirvió la sugerencia de la Oficina de Asuntos Exteriores que, preocupada por la reacción francesa, recomendó que las víctimas fueran simplemente confinadas en barracones o deportadas. 10 La tarea fue encomendada a la Gestapo y llevada a cabo a lo largo del año. 11 Estas medidas no eran aplicables a los negros africanos «de pura sangre», respecto a los que Hitler y el régimen eran considerablemente menos estrictos. 12 Sin duda, su

situación empeoró a medida que el Tercer Reich fue avanzando, y a menudo se vieron sometidos a las Leyes de Núremberg, pero, aparentemente, no por petición directa de Hitler. Al ser claramente identificables como «extranjeros», los negros representaban un riesgo mucho menor de «contaminación» racial. Encontraban empleo como camareros, cantantes, en circos o como extras en películas destinadas a mostrar las desigualdades del gobierno imperial británico. También eran reclamados por el «teatro de revista germano-africano», cuyo objetivo consistía en celebrar el colonialismo alemán y recordarle al *Volk* su misión a escala mundial. En la Baja Austria, el público se quedó asombrado al escuchar a los actores anunciar que «nosotros creemos en Alemania, *Heil* Hitler». [13] Aunque los negros residentes en Alemania pasaron grandes penalidades durante el Tercer Reich, el contraste con el tratamiento que Hitler dio a su principal enemigo racial, los judíos, es muy llamativo.

La otra faceta de la política de Hitler consistía en acentuar lo positivo continuando con la «elevación» racial iniciada en 1933. Para este proyecto era clave la mujer alemana. Hitler se las arreglaba para mantener a la formidable «líder imperial de las mujeres», Gertrud Scholtz-Klink, a distancia; por más que lo intentó, esta no consiguió tener una conversación cara a cara con Hitler. [14] Como su asistente personal, Fritz Wiedemann, señaló, Hitler tenía una visión poco halagüeña de las mujeres en la política, aunque estaba dispuesto a hacer excepciones. [15] También quería apartar a las mujeres del ámbito laboral, o al menos del profesional, devolviéndolas al del hogar. En el verano de 1937, Hitler anunció que los nombramientos para los puestos de nivel alto de la administración debían reservarse «en principio» a los hombres. «Él haría solo unas pocas excepciones», principalmente en el «área del bienestar, la educación y la salud». [16] En cambio, las mujeres irían desapareciendo de la carrera legal.

Hitler veía básicamente a las mujeres como agentes de reproducción y regeneración racial. Si bien esto era socialmente «reaccionario», especialmente con respecto a las mujeres en el mundo laboral, también tenía algunas implicaciones sorprendentemente «progresistas». Hitler estaba decidido a eliminar las barreras tradicionales que obstaculizaban el aumento de los elementos racialmente «superiores» del pueblo alemán. En enero de 1937, durante una reunión del gabinete, montó en cólera ante la propuesta de obligar a las madres solteras a dar el nombre de los padres de sus hijos, indignado por el reciente caso, acaecido en Hannover, de una mujer a la que se había impuesto una pena de cárcel por negarse a cooperar con las autoridades en este sentido. «Este tipo de absurdo», bramó, «debe acabar de inmediato». Hitler apoyaba el derecho de una mujer a guardar

silencio, incluso si la intención era establecer las credenciales «arias» del padre. «Consideraba una barbarie», añadió, «emplear la presión para forzar una declaración». Hacia finales de año, Hitler determinó que la mujer de Hannover no debía ser obligada a cumplir su sentencia. En la misma tónica, la nueva ley de las «comadronas» eliminó, a petición suya, la vieja cláusula por la que las comadronas quedaban inhabilitadas para ejercer en caso de «transgresiones morales» como tener relaciones sexuales. [17] Por encima de todo, a Hitler le interesaba revisar la ley conyugal, a fin de reducir el estigma de la infidelidad, evitando su influencia sobre el sexo fuera del matrimonio y la ilegitimidad, y, en general, aumentar el énfasis en la reproducción. [18]

Pese a este énfasis en la «sangre», el programa de elevación racial de Hitler no se limitaba a la biología y a la reproducción. Los instrumentos intelectuales y culturales seguían siendo extremadamente importantes para él. Uno de los frentes clave era la educación, entendida en su sentido más amplio, no solo dentro del ámbito escolar, sino también en lo referente a la ley y el servicio militar. En el lado negativo, Hitler propugnaba que «el *Volk* debía ser educado en la creencia de que la traición era el peor de los crímenes posibles, y por lo general debía castigarse con la pena de muerte». [19] En el lado positivo, Hitler quería que la juventud alemana fuera instruida en la tradición clásica, que valoraba como instrumento de formación del carácter y como ideal estético, y no solo como parte de una formación humanística. En esto el sistema de los colegios privados británicos como cantera de los dirigentes del imperio le sirvió de inspiración. Hitler entendía el consiguiente «proceso de selección natural» en términos meritocráticos, necesarios para sostener al nuevo *Führerstaat* . Su finalidad era combatir no tanto a la judería y otros elementos «perniciosos» cuya eliminación se asumía sin más, sino la tendencia a la fragmentación innata en el propio *Volk* alemán. Hitler concebía esto no como una mera lucha entre clases, regiones, confesiones religiosas o incluso individuos, sino como una pugna que se libraba dentro del fuero interno de cada alemán. Esta es la razón por la que instaba a que dicha pugna fuera «interna a la persona». Los alemanes debían resolver la dialéctica, o la tesis y antítesis, dentro de ellos mismos, no los unos contra los otros. [20] Cada alemán debía ser su propia síntesis.

Otro frente eran las artes, en las que Hitler mantenía un acendrado interés, no solo para su propio disfrute, sino para la educación y mejora del *Volk* . Desde su punto de vista, saber apreciar el verdadero arte era reflejo del valor racial, a la vez que servía para aumentarlo. Era parte de lo que él denominaba los «increíbles esfuerzos del régimen por elevar al *Volk* en

innumerables aspectos de la vida». Hitler exhibía lo que él consideraba el arte más sublime en el «Grosse Deutsche Kunstausstellung», en la nueva Haus der Deutschen Kunst de Múnich. A mediados de julio inauguró la exposición con un discurso en el que explicaba el papel del arte en la regeneración política y racial de Alemania. Relacionaba explícitamente el derrumbe cultural del Reich con la derrota en la guerra perdida, el crecimiento del socialismo y el comunismo, la difusión de «conceptos económicos liberales» y los males del internacionalismo. La «fragmentación ideológica y política» resultante había conducido a la «gradual disolución de un sentimiento de propósito común en el *Volk* » y al «debilitamiento del cuerpo político alemán». En toda esta desdicha había sido clave, sostenía Hitler, la forma en que la judería había «explotado su posición en la prensa con la ayuda de supuestos críticos de arte» con el fin de «destruir» todos los «instintos saludables» de la población en general. Ejemplificó esta influencia con una exposición paralela de «arte degenerado», y en el discurso descargó varias andanadas contra el «cubismo, dadaísmo, futurismo, impresionismo, etcétera». 21

Eliminar a los judíos y otras influencias extranjeras solo representaba el 50 % de la batalla racial. Hitler creía que el verdadero problema era que el *Volk* alemán estaba hecho, según sus palabras, de «una serie de razas más o menos distintas», que con el tiempo habían dado lugar a «esa mezcla que hoy día vemos en nuestro *Volk* ». El elemento «constitutivo» original del *Volk* había sido la misma «raza aria» que había caracterizado a las «civilizaciones antiguas», pero que posteriormente se había diluido mediante la mezcla con «otros» –aquí se refería principalmente a elementos raciales «no judíos», pero «tampoco arios»–. El fin del arte, afirmaba Hitler, era combatir esta adulteración contribuyendo a la «unificación» o «estandarización» del «cuerpo político racial». El estrecho vínculo entre el conocimiento artístico y la «elevación» racial instalado en su pensamiento quedó claro al final del discurso de Hitler, cuando, al elogiar la Antigüedad, dijo que «en apariencia y sensibilidad» estaba más cercana al presente que nunca hasta entonces. Se oponía al arte moderno por su supuesta celebración de la fealdad y su desfiguración de la realidad en forma de «lisiados y cretinos deformes, mujeres que solo pueden provocar asco [y] hombres que más parecen animales que humanos». En lugar de ello, el Führer quería un arte que hiciera a «nuestros hombres, niños y jóvenes más saludables y por tanto más fuertes». Estaba desarrollando un «tipo de persona de belleza resplandeciente», que él había exhibido en la pasarela de los Juegos Olímpicos, mostrándose «radiante, orgullosa, atlética y saludable ante el mundo entero». 22 La esperanza de Hitler era que si los

alemanes contemplaban las estatuas de jóvenes romanos y griegos el tiempo suficiente y con la debida admiración, empezarían a parecerse a ellos, al menos de puertas para adentro. Hitler ponía tanto énfasis en el «renacimiento de la nación» a través de su «limpieza cultural» que hablaba de ello como si lo considerara «por encima de todo» una cuestión cultural. Esto, afirmaba, era más importante «para el futuro» que el mero resurgimiento político y económico. A partir de sus comentarios, queda claro que Hitler consideraba que esto tardaría varias generaciones en lograrse y no podía solucionarse de la noche a la mañana.

Hitler intervino en varias ocasiones para asegurarse de que las obras expuestas en la Haus der Deutschen Kunst tenían su visto bueno y rechazar, incluso poco antes de la inauguración, otras seleccionadas con criterios más liberales. 23 A diferencia de Goebbels, él nunca coqueteó con el modernismo. 24 Hitler exigía que el arte fuera «claro» y «verdadero», aunque siempre fue más claro sobre lo que consideraba degenerado que sobre lo que constituía verdadero arte alemán. 25 En materia de pintura, Hitler prefería el Renacimiento italiano y los maestros alemanes del siglo XIX , que en general podían caracterizarse como románticos. Ejercía una vigilancia estricta sobre lo que se exponía en la Haus der Deutschen Kunst, jactándose de que eliminaría de un plumazo cualquier cosa que no fuera artísticamente perfecta. 26 Con respecto a arquitectura y espectáculos, Hitler era de gustos absolutamente clásicos. Por ejemplo, en el desfile de Múnich que acompañó al «Grosse Deutsche Kunstausstellung», los temas de la Antigüedad tuvieron una presencia mucho mayor que los de la Edad Media.

El género en el que la estética y las ambiciones políticas de Hitler se combinaban más espectacularmente era la arquitectura, especialmente en sus planes para la remodelación de Berlín. El 30 de enero de 1937, fecha del cuarto aniversario de su nombramiento como canciller, firmó un decreto para la creación de una Inspección General de Edificios para la Capital Imperial. Albert Speer fue formalmente nombrado para el cargo, como primer paso en lo que pretendía ser la transformación de Berlín en una capital verdaderamente mundial que representara el poder del Tercer Reich. 27 A partir de este momento y durante unos pocos años, él y su equipo diseñaron proyectos cada vez más precisos y grandiosos, que Hitler estudiaba cuidadosamente y comentaba en detalle. Speer y Hitler acordaron la construcción de dos grandes carreteras, los ejes «norte-sur» y «este-oeste», en medio de los cuales estaría el Gran Salón del Pueblo. Como veremos, la inspiración arquitectónica para el nuevo Berlín –o *Germania* – procedía de diversas fuentes, por supuesto del mundo antiguo, pero

también de París, Londres y, sobre todo, Washington.

Todas estas medidas sugerían que el ritmo de Hitler se había aminorado un poco. Roma no se había construido en un día, y lo mismo podía decirse del Tercer Reich. Cualesquiera que fueran las señales externas de conformidad en el Reich, el propio Hitler no se hacía ilusiones sobre la distancia que aún le quedaba por recorrer. A primeros de marzo de 1937, rechazó la primera frase del nuevo proyecto de Código Penal, que en su opinión parecía exagerar el grado en que la sociedad alemana ya se había nazificado. Subrayó que «el *Weltanschauung* nacionalsocialista no estaba aún implementado por completo» y que «todas las leyes» debían adaptarse a la etapa en la que el *Volk* y el Estado se encontraran en ese momento determinado». 28 En otras palabras, el Führer creía que todavía quedaba algo de camino para llegar a una sociedad verdaderamente nacionalsocialista; en 1937, era una aspiración, más que una realidad. En aquel momento, parece que Hitler contemplaba un proceso gradual por el cual el pueblo alemán iría librándose poco a poco de los elementos dañinos y en su lugar iría incorporando características positivas. En sus discursos, seguía refiriéndose aún a un horizonte temporal de unos cien años, esto es, una fecha de finalización muy posterior a su muerte. 29

El modelo aplicable en este punto no era tanto la Antigüedad como el Imperio británico, que a los ojos del Führer llevaba tanto tiempo sirviendo de cantera para la superioridad racial británica. Tal vez no fuera casualidad que el *Rassenkunde* («Ciencia racial») de Hans Günther, un texto que Hitler conocía, utilizara un retrato victoriano de un oficial de la guardia para ilustrar el tipo nórdico ideal. 30 Ni tampoco es de extrañar que las dos inglesas favoritas de Hitler, Diana y Unity Mitford, fueran citadas como modelos arios («tipo Botticelli») en el libro de Paul Schultze-Naumburg titulado «Bellezas nórdicas» (*Nordische Schön-heiten*). 31 Esta «alta estima del carácter inglés» a raíz de sus experiencias en la guerra era en todo caso compartida por la camarilla del Führer 32 y –como ya hemos visto– una constante en sus discursos. En casi todos los aspectos, los británicos simbolizaban el sistema de elevación racial preferido por Hitler, es decir, el basado en la evolución más que en la revolución.

Llegado 1937, el trepidante ritmo con el que Hitler inicialmente había abordado el federalismo, el sistema multipartidista y las estructuras democráticas se había relajado apreciablemente. Estaba empezando a perder energía, especialmente cuando se trataba de enfrentarse a su viejo enemigo, el particularismo alemán, que respondió a sus planes para la

reforma imperial con una mezcla de obstruccionismo, argumentación alternativa y astucia. A finales de enero de 1937, Hitler consiguió que se aprobara la Gran Ley de Hamburgo, necesaria para facilitar sus monumentales planes de construcción en la ciudad-estado. Poco después, agotado por la resistencia local, y con la mente puesta en otras cosas, en abril de 1937 decidió que había que dejar aparcado todo el tema de la *Reichsreform.* 33 El jefe de la Cancillería Imperial, Hans-Heinrich Lammers, principal persona de confianza de Hitler en ese momento, anunció lacónicamente que el Führer creía que «el momento para una reforma del Reich aún no había llegado». El tiempo, en este caso, parecía prolongarse en la distancia. Las reflexiones de Hitler sobre la sucesión sugerían también un horizonte temporal más largo, además de ofrecerle una nueva percepción de su pensamiento constitucional. De cara al futuro, reflexionó con su gabinete que no sería prudente dejar a un lado el Reichstag en favor del Führer. Más bien, la idea de Hitler era que un «Reichstag constitucional extraordinario» nombrado por él mismo sacara adelante una nueva Ley Básica del Estado que regulara su sucesión. 34 Su principal preocupación era evitar el retorno de la «monarquía hereditaria» y asegurar la emergencia de un nuevo Führer capaz de completar la secular tarea de la regeneración racial de Alemania.

Dicho todo esto, el control personal de Hitler sobre el gobierno continuó intensificándose en algunas áreas clave. Afirmó su autoridad sobre la de la burocracia alemana. Una nueva ley, promulgada hacia finales de enero de 1937, le confirió la autoridad, en consulta con el ministro del Interior, de destituir de su puesto a cualquier funcionario cuyo compromiso con el «Estado nacionalsocialista» planteara dudas. 35 Aun cuando este poder debía ser ejercido conjuntamente con el Ministerio de Justicia y basándose en declaraciones juradas y testigos expertos (y, de hecho, parece que él mismo hizo un uso escaso de esta nueva autoridad), el mensaje estaba claro. Hitler también trató de espabilar a la burocracia trayendo talento de fuera. Por esta razón, abogaba por un sistema de remuneración más flexible, que hiciera posible «reclutar y mantener» a personas «de verdadera valía» para el «sector público». De otro modo, existía el gran riesgo de que este sector se limitara a aplicar la «selección negativa», en virtud de la cual los más capacitados ingresaban en la economía empresarial, desde donde podían controlar al Estado, en lugar de ocurrir lo contrario, como deseaba Hitler. 36

El papel cada vez mayor de Hitler era más obvio en el campo de la justicia criminal. En marzo de 1937, pidió más libertad para los jueces a la hora de aumentar o reducir las penas y, en caso necesario, para la

imposición retroactiva de la pena de muerte. [37] A lo largo del año, Hitler comenzó además a intervenir directamente en el proceso judicial, revocando las decisiones de los jueces, cambiando sentencias y, en algunos casos, destituyendo funcionarios, a uno de los cuales mandó despedir en un plazo de veinticuatro horas. [38] Este tipo de intervenciones llegaron a ser rutinarias en el Tercer Reich. A partir de entonces, durante algunos años, Hitler trató repetidamente de ir minando la independencia judicial, simplificando la destitución de jueces y, en los casos políticos, transfiriendo las competencias de los juzgados civiles a otras autoridades. [39]

El protagonismo de Hitler en el gobierno fue proporcional a la importancia cada vez menor del gabinete. Si en 1934 mantuvo con él diecinueve reuniones, para 1937 el número había descendido a seis. El propio Hitler asistía a ellas cada vez menos, aunque cuando lo hacía no siempre se mostraba voluble o dominante. [40] El uso de circulares para debatir y acordar nueva legislación fue siendo también cada vez mayor; [41] la mayoría de los asuntos se trataban en otra parte. El gabinete se reunió por última vez en febrero de 1938 y, aunque se programaron otras reuniones durante los dos años siguientes, nunca llegaron a tener lugar; [42] cualquier pretensión de deliberación colectiva quedó abandonada por completo. En adelante, las leyes se hacían bien mediante circulares o bien completamente sobre la marcha. [43] La autocracia, la informalidad y las soluciones *ad hoc* ocuparon el lugar de un gobierno responsable. Esto tendría dos graves consecuencias para la política alemana.

El caos policrático en la administración alemana se ahondó. La clave del poder radicaba en el acceso a Hitler y en poder negar dicho acceso a otros. Algunos, como Goebbels, eran extremadamente afortunados en este sentido. [44] Una vez que se había conseguido captar la atención de Hitler, había que extraer de él una decisión, o explorar los parámetros de actuar de forma independiente. Por ejemplo, un área en la que Hitler se había reservado expresamente el derecho a tener la última palabra, esto es, la aplicación de las Leyes de Núremberg, se convirtió rápidamente en un campo minado, al tratar varias organizaciones e instituciones de realizar todo tipo de solicitudes particulares. Finalmente, Lammers se vio obligado a establecer una especie de «coherencia» mediante una circular enviada a los principales responsables de los distintos departamentos y a otras partes implicadas. En ella se expresaba el deseo de Hitler de que todas las peticiones de exención a las leyes raciales debían canalizarse a través de la Cancillería Imperial, y no, como hasta ese momento, llegar de una forma puntual y aleatoria por diversos caminos. [45]

Pese a estos esfuerzos, Hitler siguió teniendo que intermediar cada vez

en más disputas entre ministros, o entre distintas personas, algunas de ellas de un rango bastante menor. 46 Posiblemente, la batalla más compleja en la que Hitler se vio implicado fue una que venía arrastrándose desde hacía tiempo, la del *gauleiter* de Franconia, Julius Streicher. 47 Esta había comenzado poco después de la toma del poder, cuando Streicher se enemistó con el alto comandante de las SS en la ciudad, Freiherr von Malsen-Ponickau. Pese a los bien conocidos escándalos sexuales y financieros de Streicher, y el apoyo de Himmler a su subordinado, la posición del *gauleiter* respecto a Hitler, como *Alter Kämpfer* , o miembro de la vieja guardia, era tan sólida que Malsen por el momento no quiso ir a mayores. Ni siquiera Lammers logró hacer ningún progreso en Núremberg, y cuando le comunicó a Streicher que las instrucciones para frenar los excesos de su violento periódico antisemita *Der Stürmer* procedían directamente de Hitler, lo único que obtuvo fue una respuesta grosera. Goebbels tampoco tuvo éxito. Sin embargo, el nuevo comandante de las SS y jefe de policía, el doctor Benno Martin, no se daba tan fácilmente por vencido. Enseguida fue a ponerse de acuerdo con el alcalde de Núremberg, Liebel. En lugar de enfrentarse a Streicher de frente, fue armando una causa contra él a través de un cuidadoso trabajo policial, con escuchas telefónicas incluidas. Hitler se mostró de acuerdo en crear una comisión de investigación y restringió el hasta entonces fácil acceso a su persona del que el *gauleiter* había disfrutado. Finalmente, Streicher fue destituido con la aprobación de Hitler.

El Führer no fomentaba esta «merienda de negros» burocrática, ni las peticiones de mediación, aun si le situaban en el centro de la disputa. En primer lugar, le exponían a malinterpretaciones o juicios temerarios, dado que constantemente había personas llamando a su puerta para recibir el «*Führer-Entscheidungen*» , que a menudo entraba en contradicción con pronunciamientos anteriores. Por ejemplo, cuando le «recordaron» que había comprometido fondos públicos en viviendas sustitutivas durante la remodelación de Berlín, Hitler le insistió a Lammers en que él «no había tomado esa decisión». 48 En cuanto al arbitraje de conflictos, Hitler les dijo a los líderes del partido que en lugar de escribirle contándole sus quejas, las meditaran bien. La mayoría de los problemas, apuntaba, se resolvían solos, y el resto debían resolverse hablando en lugar de mediante cartas o notas airadas que solo servían para agravar las cosas. Así, en el caso de dos ministros bávaros enfrentados entre sí, Hitler encargó a Hess que procurara un «intercambio personal entre los antagonistas» con el fin de que llegaran a «un compromiso». 49 Hitler tampoco quería que le informaran constantemente de todo. «¡No soy el presidente de un comité de

supervisión!», exclamó en cierta ocasión. En lugar de ello, quería que los administradores del partido tomaran la iniciativa y mostraran sentido de la responsabilidad. 50

Seis meses después de su último intento, Lammers emitió una nueva directiva para tratar de frenar el aluvión de peticiones y solicitudes dirigidas al Führer. 51 La preocupación inmediata de Hitler en este sentido era evitar que la maquinaria del gobierno se atascara, pero estas medidas también formaban parte de un proceso de selección a largo plazo mediante el cual buscaba la mejora del pueblo alemán y de su clase dirigente. La cohesión, explicó Hitler a los líderes del partido, llegaría a través de la «educación», no de la superintendencia o el control, que solo servían para asfixiar la iniciativa y la creatividad. 52 En lo tocante a este punto, articuló una especie de principio de subsidiariedad nacionalsocialista, en virtud del cual el Tercer Reich debía regular solamente aquellas áreas que lo requirieran de forma imprescindible. En cuanto al resto, su deseo era que los alemanes desarrollaran la «confianza» de tomar por sí solos las decisiones («correctas»).

Todo esto dio lugar a un estilo de gobierno informal y a menudo caótico, que se vio complicado por el hecho de que Hitler empezó a llevar un horario cada vez más irregular. Hasta 1936, había seguido una rutina razonablemente convencional. A partir de entonces, el Führer fue volviendo poco a poco a su anterior estilo de vida bohemio, levantándose tarde y acostándose tarde, incluso muy tarde, a menudo tras asistir a la ópera o ver una película y, a veces, dos seguidas. 53 Esto no quiere decir que Hitler fuera lo que se dice un vago. El número total de horas que dedicaba al trabajo siguió siendo el mismo, y dada su visión globalizadora de la política, ninguna de sus actividades culturales podía clasificarse simplemente de ocio, de la misma manera que sus numerosas reuniones con Unity Mitford y su familia 54 eran parte de su plan para atraerse a Inglaterra. Mientras asistía al Festival de la Ópera de Bayreuth, veía películas hasta altas horas de la noche o visitaba exposiciones, en realidad Hitler siempre estaba trabajando.

La excepción en esto fue la relación con Eva Braun, que sí se había estabilizado. Admiraba la belleza de Unity –el Führer las prefería rubias– y la veía como un conducto hacia Inglaterra, pero no sentía un interés romántico o sexual por ella. «Es una chica muy atractiva», parece ser que le dijo a Leni Riefenstahl, «pero nunca podría tener relaciones íntimas con una extranjera, por muy guapa que fuera». 55 Esto podía deberse, como afirmó Riefenstahl, a un amor «patriótico» por las mujeres alemanas, pero probablemente la motivación principal fuera la seguridad. No es casual

que, sobre este tema, Hitler emitiera instrucciones indicando que los líderes del partido no debían casarse con extranjeras, incluso aunque, como las mujeres inglesas, estas fueran consideradas no problemáticas desde el punto de vista racial. Su relación con Eva continuó siendo clandestina, dado que su conocimiento público habría ido en contra de la afirmación de que Hitler estaba casado con Alemania y, más concretamente, con las mujeres de Alemania. «Yo no puedo casarme», dijo, «si lo hago, perderé la mitad de mis seguidoras más fieles». 56 De una u otra forma, la vida personal de Hitler seguía un patrón establecido. Veía a Eva en secreto en el apartamento que esta tenía en Múnich, o en el Obersalzberg, dentro de cuyos confines sí gozaba de reconocimiento y mando en plaza.

El Berghof empezó entonces a cambiar su carácter. Si bien en un principio había sido accesible prácticamente a todos, el Obersalzberg fue volviéndose cada vez más una comunidad cerrada que el secretario de prensa de Hitler más adelante compararía con una «jaula de oro». 57 La montaña se convirtió en un inmenso solar de construcción, a medida que varias instituciones y personalidades de alto rango fueron expandiendo su presencia. Se acordonaron enormes áreas y el aire de la montaña se llenó de polvo y de humos. Martin Bormann, jefe de la cancillería del partido, aprovechó la oportunidad para afianzar su posición dentro del firmamento nazi, básicamente a costa de la Cancillería Imperial, y para controlar el acceso a Hitler. Su propósito era congraciarse él mismo con el Führer mediante la construcción de la Kehlsteinhaus en 1937-1938, un salón de té enclavado en lo alto de una montaña, sobre el paisaje austriaco, al que solo podía llegarse a través de un túnel excavado en la roca. Lo que Hitler pensó de estos cambios es algo que no sabemos, pero lo que sí está claro es que cualesquiera fueran las razones para ir al Obersalzberg, gozar del contacto directo con la naturaleza dejó de ser una de ellas.

En relación con el exterior, a Hitler continuaba preocupándole la posición de Alemania en el mundo y su propia reputación internacional. Seguía muy de cerca las reacciones internacionales a sus discursos, por ejemplo, cuando en enero de 1937 prometió que la era de las sorpresas ya había terminado. 58 Su principal foco de interés internacional siguió siendo Angloamérica. Pese al fracaso a la hora de entenderse con Londres o Washington, Hitler aún no estaba seriamente alarmado. Y, aunque temía al *lobby* judío de América y el poder de Estados Unidos más en general, Hitler seguía considerando a Roosevelt y su *New Deal* con cierto respeto. En abril de 1937, el Führer acogió positivamente la idea de Roosevelt de celebrar una

conferencia mundial para resolver todas las cuestiones pendientes. Cuando el embajador alemán se quejó poco después de que el edificio de la embajada en Washington era demasiado pequeño y además estaba situado en medio del indeseable «Barrio Negro», Hitler apoyó de inmediato la construcción de un lugar de representación más «digno», aun si esto suponía un coste de un millón de dólares. 59 Cuando, en el verano de 1937, el exjefe de la Oficina de Comercio de Asuntos Exteriores en Hamburgo, el barón Von Rechenberg, escribió un incendiario panfleto en el que «descubría» a Roosevelt como un peón de los judíos y un inveterado enemigo del Reich, que envió al Ministerio de Asuntos Exteriores y a Hitler, en un principio no logró concitar mucho interés. 60 Por el momento nada indicaba que el Führer tuviera prevista una ruptura con Estados Unidos en el corto plazo.

Lo mismo puede decirse respecto a Gran Bretaña. La tónica general de los despachos de Ribbentrop desde Londres era que, si bien existía una profunda preocupación sobre las «últimas intenciones» de Hitler, también albergaban un sincero deseo de paz, que en caso necesario podía comprarse con concesiones coloniales. 61 Por este motivo, Hitler continuó utilizando varios mediadores para conseguir ese elusivo entendimiento. 62 Uno de ellos fue la princesa judía de Hohenlohe –nacida en Viena y cuyo nombre de pila era Stephanie Richter–, la cual fue invitada «por orden del Führer» al mitin del partido en Núremberg a fin de que acudiera acompañada de alguna personalidad importante de Inglaterra. 63 Otro fue el exmonarca Eduardo VIII, entonces ya duque de Windsor, por quien Hitler confesaba tener «una cierta debilidad», que visitó Alemania en septiembre de 1937 con la plena cooperación de las autoridades. 64 La visita del duque incluyó una parada en una mina de carbón del Ruhr (donde hizo el saludo nazi) 65 y culminó con la ampliamente difundida recepción que le dio Hitler en el Berghof. Esto fue considerado en general como un gran éxito de propaganda para el Tercer Reich, a la vez que una violación de la promesa del duque de mantenerse en un discreto segundo plano tras la abdicación, y enfureció al rey y al gobierno británico. La reunión privada de Hitler con él no se tradujo en nada que tuviera mayor importancia. 66

Algunos de los otros «mediadores» favoritos del Führer, como el líder fascista británico Oswald Mosley, su esposa Diana y la hermana de esta, Unity, también acabaron por resultar una carga más que una ventaja. Mosley visitó Alemania un mes después del duque, y él también fue recibido por Hitler en el Obersalzberg. 67 También mantuvieron encuentros con Hess, Göring, Goebbels y Ribbentrop. La embajada británica ignoraba a Mosley, pero al mismo tiempo vigilaba de cerca sus movimientos. Una

vez más, estas conversaciones no dieron frutos importantes. Hitler rechazó el plan de Diana y Mosley de instalar una emisora de radio Air Time Limited en la isla de Heligoland, en el mar del Norte, por no ser del agrado de las autoridades militares. 68 Unity, por su parte, se encontraba entonces bajo la vigilancia del servicio secreto británico. Algunos pidieron que se le confiscara el pasaporte. 69 Su valor como «mediadora», que en todo caso Hitler había exagerado tremendamente desde el primer momento, disminuyó rápidamente.

La necesidad por parte de Hitler de tener mediadores con el mundo exterior tuvo una gran influencia en su visión de la aristocracia alemana. Esta tenía conexiones por toda Europa y una orientación paneuropeísta y general conservadora. 70 Philipp von Hessen-Kassel, por ejemplo, era yerno del rey Víctor Manuel III de Italia y desempeñó un papel importante a la hora de poner a Hitler en contacto con Mussolini. 71 Además, gozaba de una excelente comunicación con Hitler dado que compartían intereses artísticos. Pero la actitud de Hitler presentaba un importante elemento de ambivalencia. Pese a todo su entusiasmo por conectar con la aristocracia británica, al jefe de la Gestapo, Heinrich Müller, se le encargó que comprobara si alguno de sus miembros tenía sangre judía, 72 una sospecha que Hitler albergaba respecto a toda la nobleza cosmopolita en general.

Por aquel entonces, Hitler rompió con su principal intérprete en lo tocante a Estados Unidos, Putzi Hanfstaengl, en lo que constituyó uno de los episodios más rocambolescos del Tercer Reich. Por razones que siguen sin estar claras, pero relacionadas en todo caso con las subidas y bajadas dentro de la política cortesana nazi, Hanfstaengl había caído en desgracia en 1937. Sus enemigos, Göring, Goebbels y, con un papel destacado entre ellos, Unity Mitford, decidieron que había que darle una lección. El propio Hitler supo con antelación que iban a gastarle una «broma», 73 si bien es posible que no estuviera al tanto de los detalles. A principios de febrero de 1937, Hanstaengl fue llamado con urgencia a Berlín. 74 A su llegada, le dijeron que se le necesitaba de inmediato en España, y al poco de despegar, le hicieron creer que iban a tirarle del aeroplano. Aunque probablemente, como los implicados afirmarían más tarde, se trató en realidad de una enrevesada broma y no de un intento de asesinato, Hanfstaengl se quedó muy afectado. Poco después huyó a Inglaterra, para acabar finalmente en Estados Unidos.

Entretanto, Hitler iba recibiendo, cada vez con mayor frecuencia e intensidad, advertencias sobre la hostilidad del público y las élites estadounidenses. Boetticher, el agregado aéreo en Washington, subrayó el inmenso potencial militar de Estados Unidos y el poder de las «fuerzas del

capital», así como las «oscuras influencias dependientes de la judería norteamericana dentro de Estados Unidos». 75 Esta sensación de total enemistad entre Estados Unidos y la Alemania nazi fue aumentando a lo largo de la primavera y el verano de 1937, pese al nombramiento del nuevo, y en un principio más optimista, embajador alemán, Dieckhoff. 76 En marzo de 1937, Fiorello La Guardia, el alcalde de Nueva York de origen medio judío, criticó duramente a Hitler durante un mitin celebrado en la ciudad, lo cual provocó indignadas protestas diplomáticas y el intercambio de insultos entre la prensa alemana y estadounidense. 77 Si bien a nadie extrañaba que el Tercer Reich encontrara la oposición de judíos y liberales, Hitler también tuvo que esforzarse por recabar apoyos en el sur de Estados Unidos, donde la reputación del Tercer Reich era terrible y las simpatías probritánicas y antidictatoriales, muy fuertes. No es que los sureños de Estados Unidos se opusieran al racismo, sino que no les gustaban mucho los nazis. 78 No cabe duda de que los sureños estadounidenses le resultaban a Hitler muy difíciles de contentar.

Pero, para colmo, el Tercer Reich no estaba perdiendo solo a América, sino también a la América alemana. 79 El presidente del Deutsche Ausland-Institut, el doctor Strolin, informó a su regreso de un largo viaje a Estados Unidos de que una inmensa mayoría de los americanos alemanes, incluidos los que asistían a eventos culturales, no simpatizaban en absoluto con la nueva Alemania. Esto se debía en parte a la «dominante influencia de los judíos» en lugares como Nueva York, afirmaba, pero también a la más o menos universal antipatía estadounidense hacia el «militarismo», la supresión de la libertad de prensa y en general la «diferente visión mundial» de los americanos, incluidos los americanos alemanes. 80 En mayo de 1937, esta ruptura se hizo patente para el Tercer Reich cuando el cardenal Mundelein, cuyo padre era descendiente de alemanes, hizo un paréntesis en sus ataques a la inmundicia y el sexo extramarital en Hollywood para arremeter contra Hitler, especialmente por el trato que daba a la Iglesia católica en Alemania; las protestas de la diplomacia alemana no sirvieron de nada.

Las relaciones del Führer con casi todas las demás potencias siguieron siendo razonablemente buenas a lo largo de la mayor parte de 1937. Esto se debió por un lado al hecho de que Hitler continuó caminando con pies de plomo en el tema de los derechos de las minorías y por otro al papel desempeñado por los ciudadanos alemanes en el extranjero. Él distinguía claramente entre los *Volksdeutsche* , que definía como descendientes de alemanes pero ciudadanos de otro Estado, y los *Auslandsdeutsche* , ciudadanos del Reich que residían en lugares del extranjero que estaban

bajo el paraguas de la Auslandsorganization. 81 Las relaciones con Polonia continuaban siendo especialmente cordiales, al menos en el plano diplomático. Cuando a principios de 1937 apareció una edición especial en cuatro volúmenes de las órdenes y discursos del difunto mariscal Piłsudski, la lista de suscriptores la encabezaban el presidente polaco, la viuda del mariscal y Hitler. 82 En mayo de 1937, instó a Ribbentrop a «que las relaciones polaco-alemanas no se vieran expuestas a graves tensiones por culpa de cuestiones minoritarias». 83 Sin duda, en privado, Hitler sí era crítico con Polonia. «Con Polonia [no hay] una relación de amor», le había dicho a Goebbels, «sino una relación basada en la razón [que] ha permitido nuestro rearme». 84 Aun así, no existen evidencias de que Hitler estuviera planeando atacar Polonia en ese momento ni en el futuro.

Hitler quería congregar a Europa, o al menos a sus estados autoritarios, tras él, presentándose como un bastión contra la Unión Soviética. En repetidas ocasiones jugó la carta bolchevique en sus conversaciones con Hungría, Rumania y otros países, instándoles a arreglar sus diferencias, una estrategia que mantuvo hasta 1945. 85 Pese a esta retórica, no existen pruebas de que tras un breve lapso de nerviosismo en 1936, en privado Hitler considerara a la Unión Soviética una amenaza militar inminente en ese momento. Fuera de España, por tanto, la lucha se libraba en el plano ideológico y propagandístico. Esta es la razón por la que Hitler destacó tanto la importancia de la Exposición Internacional de París del verano de 1937, que veía como una oportunidad para exhibir los atractivos del nacionalsocialismo ante el público mundial, especialmente ante los europeos. 86 Se tomó un gran interés en el pabellón alemán, codiseñado por Speer. Las prioridades estéticas de Hitler quedaron claras cuando rechazó la petición del ministro de Economía de enviar representantes a estas reuniones. 87 Speer estuvo al tanto de los diseños soviéticos mientras él hacía los suyos, y la intensidad de la competición se vio sin duda aumentada por el hecho de que su rival fuera un judío de Odessa. 88 Al final, los pabellones soviético y nazi estuvieron enclavados frente a frente en la majestuosa Esplanade du Trocadéro, en lo que fue ampliamente interpretado como un espectacular choque entre los dos sistemas. 89

Pese a la aparente estabilidad, a lo largo de 1937 Hitler fue enfrentándose a cada vez más problemas, nacionales e internacionales. Económicamente, el más grave fue la crisis de su proyecto del nivel de vida, que había diseñado no solo para afianzar el régimen dentro del país, sino para inmunizar al pueblo alemán contra la atracción del consumismo angloamericano, y

proporcionar las bases para la mejora racial alemana. Estos esfuerzos se vieron claramente reflejados en una exposición celebrada en Düsseldorf en el verano de 1937, simultáneamente con la feria de París, titulada «Una nación de trabajadores y creadores». 90 Esta iba dirigida a subrayar el crecimiento económico desde la llegada de Hitler al poder, los méritos de la autosuficiencia y la variedad de productos disponibles en ese momento para los consumidores alemanes, incluida la Coca-Cola dispensada desde una reconstruida fábrica embotelladora. Entre los talentos locales expuestos, estaba la empresa alemana Henkel; el propio Hitler visitó su pabellón y fue fotografiado rodeado de una amplia muestra de detergentes y lavadoras. 91 Cabe preguntarse si recordaría entonces sus comentarios a Hess sobre la necesidad de proporcionar al pueblo alemán las comodidades de la vida moderna, allá por la década de 1920. En la misma línea, Hitler siguió manteniendo un gran interés por el proyecto Volkswagen, para el cual eligió Fallersleben (bautizado como Wolfsburg) para el emplazamiento de la futura fábrica. 92

La realidad era, no obstante, que Hitler estaba perdiendo la batalla del nivel de vida. 93 El Führer podía, como él mismo no se cansaba de repetir, haber resuelto el problema del desempleo mejor que Franklin Delano Roosevelt, pero en absoluto llegar a igualar, ni de lejos, el sueño americano. Las cifras hablaban por sí solas. Tras seis años con Hitler en el poder, aproximadamente la mitad del total de alemanes tenían un aparato de radio, frente al 68 % de los británicos y el 84 % de los americanos. 94 La Volkswagen atravesaba dificultades, en la medida que la industria alemana se esforzaba por sacar un coche que fuera también rentable; 95 la tarea fue delegada en el Frente Alemán del Trabajo. Pese a todo el alboroto montado en torno a la motorización, en realidad, ningún Volkswagen civil logró llegar al *Volk* ; pese a todo el incremento de la actividad industrial, los salarios no aumentaron mucho. 96 Y, sobre todo, el nivel general de vida, incluso después de los «milagros» económicos de Hitler, fue un tercio más bajo que el de Gran Bretaña, debido en parte a una productividad inferior. 97 Hitler, de hecho, admitió esta derrota en un discurso de mayo de 1937. Comenzaba haciendo hincapié en la suficiencia en cuanto a los productos básicos y desarrollando una teoría del excedente. 98 Hitler advertía contra la inflación, y –consciente sin duda de la ventaja angloamericana en materia de productividad– asociaba los incrementos salariales a un aumento de la productividad. Instaba a los trabajadores alemanes a que viajaran al extranjero como turistas para que se dieran cuenta de lo bien que en realidad estaban ellos, pero hacía sus comparaciones respecto a la pobreza soviética, frente a la que salía vencedor sin problemas, más que respecto a

la prosperidad angloamericana, a la que no tenía siquiera esperanzas de igualar.

Estas tendencias se vieron agravadas por los impedimentos económicos causados por el rearme que, en su búsqueda de recursos, competía no solo con el consumo, sino también con la cultura. Los tres frentes eran importantes para Hitler, pues los tres constituían escenarios de la batalla contra el capitalismo angloamericano. Lo único que les diferenciaba era una cuestión de tiempos. El consumo y la cultura formaban parte de la visión racial a largo plazo; el rearme respondía a una estrategia mucho más a corto plazo. En un plano ideal, Hitler quería avanzar en los tres escenarios a la vez, pero esto se hacía cada vez más difícil a medida que crecía la demanda de materias primas. De modo que se veía obligado a arbitrar entre tantas peticiones para equilibrar el acero asignado a la fabricación de armamentos y el destinado a la construcción o renovación de teatros, auditorios de ópera y otros edificios; tan era así que en mayo de 1937 pidió una lista de todos los planes de obras urgentes que requirieran el uso de acero. [99] Dos meses más tarde, le dijeron a Hitler que, si autorizaba la ampliación del Teatro Schiller de Berlín, tendría que reducir la asignación de acero a otros, incluida la Wehrmacht. [100] La reacción de Hitler entonces fue aprobar los planes para el teatro con «efecto inmediato» y exigir más cantidad de acero total, amenazando con hacer que el tema dejara de ser jurisdicción del Plan Cuatrienal y pasara a estar en sus propias manos. Todavía en aquel momento, el consumo y la cultura mantenían su importancia junto con la del armamento, y en algunos casos llegaban incluso a imponerse a duras penas sobre las prioridades militares, pero pronto uno o más de ellos tendrían que ceder ante el otro.

La consecuencia inmediata de todo ello fue minar aún más la posición de Schacht, quien sentía que le estaban pidiendo lo imposible, y al que Hitler simplemente consideraba un fracaso. Su presidencia del Reichsbank fue renovada a mediados de marzo de 1937, pero el Führer redujo la extensión de la duración de su cargo de los cuatro años contemplados en el borrador del anuncio a solo doce meses. Schacht tomó nota. La principal motivación de Hitler para mantenerle en el puesto era transmitir tranquilidad ante el exterior. Cuando Schacht trató de extraer una promesa de que no se emitirían más inflacionarios bonos MEFO , lo cual habría hecho peligrar los planes de rearme de Hitler, el Führer se molestó. Se produjo entonces una fuerte discusión y, cuando Schacht se mantuvo firme, Hitler cedió un tanto. [101] Schacht pasó el verano protestando, poniendo pegas y arrastrando los pies. En una carta con copia a Hitler, advertía que «no se puede hornear pan ni fabricar cañones con papel». [102] Un Hitler

visiblemente nervioso le mandó llamar de inmediato al Obersalzberg. La entrevista no sirvió de nada. Una vez más, Schacht se ofreció a presentar su dimisión, pero Hitler seguía necesitándole para ocultar su programa de rearme de cara al exterior.

Pese a lo preocupante de la situación económica, para Hitler la principal amenaza a su autoridad en 1937 procedía de otro lugar, a saber, la religión organizada. Cuando sus servicios de inteligencia le comunicaron a finales de 1937 que Pío XI estaba a punto de emitir una devastadora encíclica, se quedó horrorizado. La encíclica llevaba gestándose varios meses, durante los cuales el pontífice, ya muy quebrantado de salud, había consultado con la Iglesia alemana sobre la creciente amenaza del nazismo. 103 Bajo el título de «Con viva preocupación», la encíclica fue firmada el 14 de marzo de 1937, y leída desde los púlpitos alemanes el 21 de marzo, día del Domingo de Ramos, de 1937. En ella condenaba los ataques «tanto abiertos como encubiertos» del régimen a la Iglesia, y la presión «ilegal e inhumana» ejercida contra los creyentes. También arremetía contra las mismas raíces de la ideología de Hitler, al condenar la «raza y la sangre» como «monedas falsas» que «carecen de valor en la fe cristiana», y rechazar unas «leyes humanas» represoras tan «opuestas al derecho natural» y que «adolecen de un vicio que ninguna fuerza ni poder puede subsanar». Para Hitler, no había duda: estaba siendo víctima de un ataque del catolicismo romano, una amenaza cuya manifestación podía ser nacional pero cuyo origen era internacional.

La venganza no se hizo esperar. Se prohibió la distribución de la encíclica 104 y se envió una desabrida nota al Vaticano. 105 Las relaciones se enfriaron de golpe. 106 Cuando unos académicos alemanes fueron invitados a la inauguración de la Academia Papal de las Ciencias en Roma, Hitler les prohibió que asistieran en vista de la «reciente actitud de la Santa Sede hacia el Reich alemán». 107 Fue la Iglesia católica alemana, sin embargo, la que se llevó la peor parte de la ira del Führer. «Jamás aceptaremos», advirtió Hitler en un discurso a finales de abril de 1937, «que nada se anteponga a la autoridad de [el Estado], ni siquiera una Iglesia». 108 En 1937, la Gestapo, y en especial Reinhard Heydrich, dedicaron mucho más tiempo a investigar a la amenaza «negra», es decir, al clero, que a la amenaza «roja» de la socialdemocracia y el comunismo, que ya hacía mucho tiempo que había sido aplastada. 109 Asimismo, el Ministerio de Propaganda consideró la lucha contra la Iglesia católica el «enfrentamiento político más importante a escala nacional». 110

La principal estrategia del régimen consistió en desacreditar a la Iglesia como institución. Hitler dio órdenes inmediatas al Ministerio de Justicia

para que retomara los procedimientos legales contra supuestos sacerdotes pederastas, que habían sido suspendidos hacía tiempo en beneficio de unas buenas relaciones. 111 Autorizó el uso de material reunido durante los juicios para que pudieran ser utilizados con fines políticos por los *gauleiter* locales. 112 Goebbels –a instancias directas de Hitler– aprovechó al máximo las oportunidades de propaganda, arrastrando a la Iglesia por el barro a la mínima ocasión, en artículos de prensa y programas de radio. Casi todos los días, los alemanes tenían ocasión de escuchar escabrosas historias de abusos sexuales eclesiásticos, de los cuales no todos eran inventados. Aunque el propio Führer se mostraba más contenido en sus comentarios, en sus discursos también hacía evidentes referencias a estos juicios. 113 El régimen también presionó al ambiente católico en general. Las tensiones a veces acababan desembocando en violencia, como en julio de 1937, cuando los participantes en una procesión del Corpus Christi en la profundamente católica región de Ermland, en la Prusia Oriental, se resistieron a la policía cuando esta trató de confiscar la bandera de una asociación de jóvenes católicos. 114 Hitler estaba a punto de sumergir a Alemania en una nueva *Kulturkampf* .

Pese a todo el alboroto, Hitler estaba ansioso por evitar una ruptura completa con la Iglesia católica todo el tiempo que fuera posible, en parte porque temía la influencia internacional que tenía el Vaticano y en parte porque no quería que los católicos alemanes se sintieran fuera de la *Volksgemeinschaft* y cayeran en manos del enemigo exterior. «Según fuentes confidenciales», informó el embajador italiano al Vaticano en junio de 1937, «Hitler ha afirmado la necesidad de evitar batallas confesionales y su determinación de que el pueblo alemán no quede dividido en dos bandos religiosos separados». 115 Hacia finales de julio de 1937, Hitler ordenó poner fin de inmediato a la persecución de los sacerdotes acusados de abuso infantil. 116 En otoño, consideró la implantación de un plan para abolir todas las festividades religiosas, pero luego lo pensó mejor y decidió que «no era el momento oportuno». Para finales de año, Hitler había restablecido una precaria tregua con la Iglesia católica romana.

Una de las razones por las que a Hitler le preocupaba tanto el poder de la Iglesia católica era que veía al Vaticano como un aliado de la causa Habsburgo en Austria. Al Führer le inquietaba el aumento de la actividad del movimiento restauracionista allí. A mediados de 1937, Papen le advirtió desde Viena sobre el crecimiento de la causa legitimista, concentrada en torno al joven Otton de Habsburgo, hijo del último emperador, Carlos, y con una personalidad política propia a tener en cuenta. 117 No mucho después, Göring se reunió con Mussolini en Roma y

le dijo que Alemania jamás toleraría una restauración Habsburgo en Austria, bajo ningún pretexto. 118

Lo que a Hitler le preocupaba a este respecto no eran los ejércitos Habsburgo, sino el poder de la idea legitimista, que él consideraba un desafío directo a su propia autoridad imperial. Sabía que el buque insignia del antiguo Sacro Imperio Romano estaba en Viena y que podía utilizarse para sustentar posibles reclamaciones ante el Reich. Hitler se veía a sí mismo como la culminación de todas las ramas de la historia de Alemania. En él se contenían y resolvían una multitud de contradicciones. Desde el gran ventanal panorámico del Berghof se veía el macizo del Untersberg, en el cual –como Hitler gustaba de contar a todos sus visitantes– 119 había estado la corte del emperador Carlomagno o, según algunos relatos, dormía Barbarroja, a la espera de la última y épica batalla para establecer un nuevo Reich. La historia política de Alemania, de acuerdo con su interpretación, había finalizado en 1933, y ahora Otto de Habsburgo amenazaba con arrastrar a Alemania de vuelta a su pasado. Pero, aparte de representar a una dinastía para él aborrecible, Otto constituía una amenaza para todo el imaginativo proyecto de Hitler. Todo ello no hacía sino acrecentar los temores de Hitler de una conspiración católica contra él, aumentar su deseo de llegar a un entendimiento con Italia, Hungría y otros países afectados por la amenaza Habsburgo, y reafirmarle en su decisión de resolver la cuestión austriaca lo antes posible. No es de extrañar por tanto que el esbozo de plan de contingencia militar contra Austria elaborado a finales de junio de 1937 recibiera el nombre en clave de «Otto». 120

En medio de todo esto, Hitler no había renunciado a sus planes de conseguir *Lebensraum* para el pueblo alemán. Una vez más, su principal punto de referencia seguían siendo las potencias mundiales, especialmente Estados Unidos. Los americanos no solo contaban con espacio de sobra, sino que este era además muy fértil. En el delta del Mississippi, reflexionaba en mayo de 1937, «un pueblo podía vivir en la abundancia», siempre que no hubiera inundaciones, una referencia a las catastróficas inundaciones ocurridas allí aquella década, y una señal más de que el Führer estaba muy al tanto de lo que pasaba al otro lado del Atlántico. Los alemanes, en cambio, no tenían espacio. Retomando temas ya conocidos de otros discursos, Hitler afirmó que estos vivían apiñados en un área muy pequeña, mientras que los rusos, los británicos y especialmente los norteamericanos vivían en la «abundancia». 121 «Nuestro espacio vital es demasiado pequeño», reiteró unos meses más tarde, por lo que necesitaba ser complementado con «colonias». 122 Esto significaba poder elevar a los alemanes respecto a su posición como «pueblo que no pertenecía a las

exclusivas filas de la élite de los grandes propietarios». [123] Alemania, explicaba eficazmente Hitler, recogiendo un tema de su retórica de la década de 1920, era todavía parte del proletariado mundial.

El propósito de los alimentos, dijo una vez Flann O'Brien, es «mantener al pueblo vivo y en su propio país». Desde esta premisa, el Tercer Reich había buscado la autosuficiencia desde el principio, pero los límites de la productividad agrícola quedaron claros en 1937. Las «batallas de producción» anuales habían aumentado sustancialmente los resultados, puede que incluso en un tercio. Entonces se aplicó la ley de los rendimientos decrecientes. Este era el contexto cuando en febrero de 1937 Hitler ordenó al Ministerio de Agricultura que empezara a planificar la distribución de tierras que en ese momento quedaban fuera de las fronteras del Reich. [124] Anunció que «el objetivo final y no negociable para nosotros es un Gran Reich», que «establecería y aseguraría el futuro suministro de comida para Alemania». [125] El área en consideración era Checoslovaquia y, especialmente, Ucrania. Quedaba especialmente resaltado que, en ese momento, no incluía todavía a Polonia, cuya cooperación era vital para cualquier campaña contra la Unión Soviética.

Todavía no existía un calendario ni una sensación de urgencia inmediata respecto a estos planes. «El Zugspitze [la montaña más alta de Alemania] no puede escalarse de un solo paso», advirtió, «hay que ir dando uno tras otro, pero ya llevamos bastante más de la mitad». «Ha pasado muy poco tiempo», continuó diciendo Hitler, «pero yo he planeado el trabajo de este movimiento conforme a una escala de tiempo más larga y la implantación del programa llevará cuanto sea necesario hasta que en Alemania tengamos una generación que haya completado su educación escolar con nosotros». [126] Todos eran llamamientos genéricos, destinados a evitar que los alemanes se acomodaran, planteándoles siempre tareas nuevas para rejuvenecer a la raza. «En la medida en que sigáis llevando a cabo proyectos ambiciosos», proclamó, «seguiréis siendo jóvenes». Unos meses más tarde, Hitler admitió que sus planes eran un «proyecto para el futuro». No se tenía ninguna noción de cuándo finalizaría la segunda mitad, o el último tercio, del programa, de cuándo se alcanzaría el «objetivo final», sino que la sensación general era más bien la de una lucha generacional que llevaría muchas décadas e incluso puede que siglos.

A lo largo de 1937, el nuevo año nacionalsocialista se fue desarrollando por última vez a medida que Hitler iba cumpliendo con su calendario de tradiciones inventadas. La prensa le fue siguiendo en sus traslados, desde la

Cancillería Imperial a su piso de Múnich y luego al Obersalzberg. Aquel otoño culminó en un largo veranillo de San Miguel lleno de festivales, mítines y visitas. Tras rechazar una invitación al 700 aniversario de la fundación de Berlín, Hitler partió hacia Bayreuth. Luego asistió al mitin del partido en Núremberg, donde pronunció una serie de discursos inaugurales. Alemania era ahora mucho más segura, afirmó el Führer, en parte porque contaba con aliados como Italia y Japón, pero sobre todo por su «sistemática política racial». Esta, afirmó, consistía en «crear un nuevo ser humano», tal vez haciéndose deliberadamente eco de la ambición soviética de crear al «hombre nuevo». Estas nuevas personas no solo eran más numerosas –dijo refiriéndose al «creciente número de nacimientos»–, sino, además, más guapas. «Qué guapos son nuestros niños y nuestras niñas», continuó afirmando Hitler, «qué brillo tienen en su mirada, qué aspecto más saludable y lozano, qué espléndidos son los cuerpos de los cientos de miles y millones de niños escolarizados y alimentados en nuestras instituciones». En resumen, Hitler celebraba «el renacimiento de una nación a través de la crianza consciente de un nuevo tipo de ser humano». 127

El ambiente en el mitin de 1937 fue electrizante. Un testigo lo describió como una «histeria colectiva» y un «delirio» lleno de constantes gritos y exclamaciones de «*Heil* ». Ante el triunfante paso de Hitler, hasta los visitantes extranjeros se sentían sobrecogidos y muchos llegaban a derramar lágrimas o a unirse a los saludos. El Führer recibió a los más destacados dignatarios extranjeros en el castillo para desayunar; claramente, todo el espectáculo iba dirigido a impresionarles. El cuerpo diplomático asistió en pleno por primera vez, lo cual se interpretó como otro triunfo. 128 Todo parecía ir bien.

Apenas concluidos los actos de Núremberg, Hitler se preparó impaciente para el siguiente evento, la visita de Mussolini a Alemania en respuesta a la que le había hecho Hitler. 129 Durante la misma, el Duce fue trasladado de Múnich a Berlín y de allí a unas maniobras militares en el Báltico. Cada paso del recorrido fue cuidadosamente coreografiado, hasta el mismo momento en el que el tren de Hitler, que durante el tramo final había circulado en paralelo al de Mussolini, le adelantó para que el dictador alemán pudiera dar la bienvenida a Mussolini a la capital imperial; es posible que con ello se tratara también de sugerir que la Alemania nazi había superado a la Italia fascista. 130 No se dejó nada al azar. Las aclamaciones y el entusiasmo se escenificaron cuidadosamente; a los trabajadores se les dio ese día libre para que pudieran ir a vitorearles. 131 Al parecer, durante estos días no se trató sobre nada de importancia, pero tampoco era esa la finalidad. Todo el ejercicio tenía como objetivo dar

ocasión a Hitler de mostrar sus logros, afirmar su superioridad sobre el dictador más «veterano» y presentar un frente común ante al mundo a través de una diplomacia «cara a cara» que desafiara a la hasta entonces dominante cultura del internacionalismo liberal en Europa. 132 A primeros de noviembre, el Duce se sumó al Pacto Anticomintern, pero para la total alianza militar con Roma habría que esperar otros dieciocho meses.

Si Hitler tenía esperanzas de poder utilizar la visita para llevar adelante sus pretensiones sobre Austria, estas se vieron frustradas. El tren de Mussolini se detuvo simbólicamente en Brenner, en la frontera austroitaliana. En Innsbruck, el Duce se bajó para saludar al ministro de Exteriores austriaco. Se dijo que a Mussolini le habían entregado una carta de la viuda de Engelbert Dollfuss, el difunto aliado de Italia asesinado por los nazis durante su abortado golpe de 1934. 133 Para Berlín, el simbolismo de estos movimientos estaba claro. Hitler ya le había prometido a Mussolini no dar ningún paso más en Austria sin consultarle. En ese momento, el Führer hizo saber al Ministerio de Exteriores y a Göring, quien en su opinión estaba llevando a cabo una «política excesivamente agresiva», que por su parte no existía intención de «precipitar una crisis». En lugar de ello, Hitler quería «continuar buscando una solución gradual». 134

El tiempo, al parecer, seguía estando del lado de Hitler. Se necesitaba más tiempo para que Austria cayera en sus brazos. La elevación racial requería más tiempo todavía. Hitler todavía no había renunciado del todo a la esperanza de conseguir sus objetivos, si no con Gran Bretaña de su lado, al menos tampoco contra ella. Podía amenazar con la guerra, a modo de farol, pero realmente no la deseaba todavía. «Sabéis», tranquilizó al público de su partido a finales de abril de 1937, que «siempre llego hasta el límite, pero no voy más allá». 135 Todavía no había llegado el momento de precipitar una confrontación. Él no quería que la «amenaza de una catástrofe mundial» le estallara en las manos «antes de tiempo». Por el contrario, recalcaba Hitler, Alemania necesitaba paz, un «periodo de tranquilidad», que era «necesario para que el pueblo y el Estado maduraran política, psicológica y militarmente». En otras palabras, no había prisa.

En el otoño de 1937, sin que la gran mayoría de los alemanes lo supiera, ni por supuesto el mundo en general, Hitler de repente aceleró el ritmo. 136 Decidió, no solo iniciar, sino llevar a cabo un cambio secular. 137 Hitler estaría presente en el futuro. El tiempo empezó a correr más rápido. Exactamente cuándo o por qué ocurrió esto es algo que no podemos

determinar con absoluta certeza. Parte de la explicación radica en la creciente sensación de mortalidad de Hitler, el temor por su parte a que la enfermedad o un asesinato pudieran poner prematuramente fin a su vida. 138 Sus contemporáneos notaron que por entonces empezó a utilizar con frecuencia la expresión «mientras yo viva». 139 La razón principal, no obstante, parece ser la toma de conciencia por parte de Hitler de que el conflicto con Estados Unidos, y tal vez con Angloamérica en general, que él había confiado en evitar o al menos retrasar lo más posible, estaba en ese momento mucho más cerca de lo que él había pensado. De una u otra forma, el tiempo ya no estaba de su lado. Lo que tenía que hacerse debía hacerse cuanto antes, con los instrumentos que tenía, y no con los que le hubiera gustado tener.

Parece que el punto de inflexión se produjo en la primera semana de octubre, cuando Roosevelt lanzó un feroz ataque contra las dictaduras. 140 El 5 de octubre de 1937, Franklin Delano Roosevelt pronunció un discurso en Chicago en el que denunciaba «la epidemia del terror mundial», dejando absolutamente claro que se refería a Japón, la Alemania nazi y la Italia fascista. «Cuando una epidemia o enfermedad empieza a extenderse», seguía diciendo, «la comunidad… procede a poner en cuarentena a los pacientes a fin de proteger la salud de la comunidad contra la propagación de la enfermedad». De no hacerse así, advertía Roosevelt, «que nadie crea que América podrá librarse…, que este hemisferio occidental no será atacado y podrá seguir desarrollando tranquila y pacíficamente la ética y el arte de la civilización». Cuando los periodistas le insistieron en que aclarara sus declaraciones, el presidente admitió que estas indicaban «una actitud» más que «un programa», pero el giro global estaba claro. 141 Había definido las dictaduras como lo «opuesto» a Estados Unidos, y el lenguaje de la enfermedad y la cuarentena, que dio nombre a su discurso, sugería una «medicalización» de la retórica de América contra el Tercer Reich. Roosevelt fue preparando sistemáticamente a la opinión pública para la guerra contra Alemania. 142 El Discurso de la Cuarentena dio inicio a un duelo entre Franklin Delano Roosevelt y el Führer, que culminaría con un intercambio directo de andanadas dieciocho meses después, antes de que comenzara la Segunda Guerra Mundial, y mucho antes de que el propio Estados Unidos entrara como país beligerante en la contienda.

El Discurso de la Cuarentena causó una profunda impresión en Hitler. 143 Lo que más le molestó de todo fue el hecho de que Roosevelt pareciera incluir a la Unión Soviética entre sus aliados demócratas frente al Eje. Hitler atribuyó la beligerancia del presidente a su supuesta necesidad de tapar sus fracasos económicos con incursiones políticas en el extranjero, un

tema sobre el que volvería repetidamente a lo largo de los seis años siguientes. Públicamente no emitió ninguna respuesta y, de hecho, instó a la prensa alemana a enfriar la temperatura, pero entre bastidores sí reaccionó. El 6 de octubre de 1937, el día después del discurso de Roosevelt, escribió al barón Von Rechenberg, un exdiplomático, pidiéndole más ejemplares de su incendiario panfleto titulado *Roosevelt-Amerika-eine Gefahr* , en el que describía a Roosevelt como una marioneta de los judíos. 144 Nueve días después, ordenó que también recibieran copias Ribbentrop y Goebbels. 145 La diatriba de Rechenberg, que comparaba a los «verdaderos americanos» de origen blanco con el malvado *lobby* judío que tenía controlado a Roosevelt, coincidía y venía a corroborar, con mayor o menor exactitud, los puntos de vista expresados repetidamente por Hitler. 146 Aproximadamente por la misma época, Hitler dio el visto bueno a una campaña de propaganda masiva contra Checoslovaquia que comenzó el 8 de octubre, tres días después del Discurso de la Cuarentena. 147 En ese momento, todo empezó a ir mucho más rápido.

La inminente confrontación con Estados Unidos no hizo que el país dejara de servir de modelo para Hitler. Por el contrario, a finales de verano y durante el otoño de 1937, Rudolf Wolters, colaborador y hombre de confianza de Speer, fue enviado al otro lado del Atlántico para estudiar los diseños urbanísticos de allí. 148 Los bosquejos y fotos que envió a Hitler revelan la obsesión que el Tercer Reich tenía con el Nuevo Mundo, y hasta qué punto los planes para Berlín se vieron influidos por el modelo de Washington. Wolters estaba a cargo de la planificación del «Eje Norte-Sur» del monumental proyecto de Hitler bautizado como Germania. Las ciudades norteamericanas no parecieron impresionarle mucho por considerarlas «caóticas y desordenadas», salvo una excepción: Washington, especialmente su zona al sur de la Casa Blanca, que Wolters consideró sobresaliente. 149 El bosquejo del Lincoln Memorial y el estanque reflectante que envió al Führer fue significativamente titulado «Eje Este-Oeste», probablemente en evocación del «Eje Norte-Sur» planeado por Hitler. Muchas de las proporciones de la arquitectura que observó en Estados Unidos se encontrarían más tarde, en varios órdenes de magnitud mayores, en los planos del «Eje Norte-Sur». 150 Hitler también leía sobre edificios americanos por su cuenta. Cuando Wiedemann visitó Estados Unidos a finales de 1937, trajo consigo varios libros de arquitectura para el Führer, cuyo propósito era rebatir el «complejo de inferioridad» alemán. El gigantismo de la visión de Alemania de Hitler venía principalmente motivado por su obsesión por el tamaño de Estados Unidos y sus monumentos. 151 El nuevo Berlín, en otras palabras, estaba siendo diseñado

con la idea de igualar y superar no solo a sus ciudades rivales europeas, sino a también a Washington, D. C.

Una dinámica similar determinó los planes del Führer de transformar Hamburgo, del que él pensaba que ya tenía «algo de americano de por sí». [152] Si Washington sirvió de modelo a Berlín, Nueva York fue la inspiración de Hamburgo. En fechas anteriores de aquel mismo año, Hitler se había reunido con los representantes de la ciudad en la Cancillería Imperial, en cuyo *hall* se hallaban expuestas las maquetas del futuro puente sobre el Elba y las nuevas edificaciones de la línea costera, junto con sus planos detallados. «Del puente sobre el Elba hacia arriba», dijo, «empieza la Ciudad Mundial de Hamburgo». Lo que Hitler quería era algo que tuviera «carácter monumental», que cuando de noche se iluminara ofreciera «una panorámica apabullante». [153] Su principal público en este caso era Angloamérica, ya que los visitantes extranjeros que llegaban por mar solían entrar en Alemania a través de Hamburgo. Hitler le diría más adelante al canciller austriaco Schuschnigg durante una visita de este que quería que cuando los americanos llegaran se quedaran impresionados con la capacidad constructora del Reich. [154] Los planes fueron anunciados públicamente en el verano y, en el otoño de 1937, Konstanty Gutschow, el arquitecto encargado de diseñar el rascacielos que albergaría la sede del partido, fue a Estados Unidos a estudiar construcciones como el Empire State Building de Nueva York. [155]

La ambivalencia de Hitler respecto a Estados Unidos quedó perfectamente representada en su indecisión sobre si Alemania debía estar representada en la siguiente Exposición Internacional, programada para 1939 en Nueva York. Por un lado, tenía lógica dar continuidad al éxito del Reich en París con una representación apoteósica al otro lado del Atlántico. Wiedemann, Speer y otros muchos eran muy favorables a la idea, pero Hitler se mostraba dubitativo. [156] El problema era que desde el punto de vista económico la feria tenía poco sentido, dado que el comercio alemán con Estados Unidos se había desplomado desde que el tratado comercial entre ambos estados expirara dos años antes. Por otra parte, en el imaginario nazi, Nueva York era la entraña misma de la bestia capitalista y judía. Tanto el Ministerio de Propaganda como el de Asuntos Exteriores se mostraron contrarios a la participación basándose en que simplemente daría ocasión a que críticos locales como el alcalde La Guardia aprovecharan para arremeter contra el régimen. Hacia final del año, Hitler decidió definitivamente vetar la participación alemana. [157] En lugar de llevar su mensaje al Nuevo Mundo, se limitaría a aplicarlo según sus propios términos a este lado del Atlántico. El mundo de Hitler empezaba a

reducirse.

A su vuelta a Berlín, a finales de octubre de 1937, Hitler mantuvo dos encuentros de enorme importancia. El primero, el 29 de octubre, fue con los *Propagandaleiter* del NSDAP . Les dijo que «según los cálculos humanos no le quedaba mucho tiempo de vida». Según su explicación, esto no tenía que ver con ninguna enfermedad, hecho que podría haber alarmado a su audiencia, sino con que los miembros de su familia tendían a no vivir mucho. Su padre y su madre, añadió, habían muerto pronto. Por esta razón, continuó diciendo, era «necesario resolver los problemas lo antes posible», es decir, «durante el tiempo que le quedara de vida». «Solamente» él, subrayó el Führer, estaba en posición de llevarlo a cabo. 158 Hitler advirtió a los que le escuchaban que iba a haber que darse prisa. Se había llegado a un punto de inflexión.

La segunda reunión se celebró en la Cancillería Imperial el 5 de noviembre y dio lugar al célebre «Memorándum Hossbach». 159 Esto no debería entenderse como la inauguración de una nueva fase en la política de Hitler, sino como reflejo de un cambio reciente. El propósito inmediato de la reunión, convocada a petición de Blomberg, era debatir sobre la asignación de materias primas a la Wehrmacht, una cuestión clave que solo podía resolverse a partir de la estrategia global del Führer. Hitler la estableció con un considerable grado de detalle, dejando claro que sus comentarios iban dirigidos a servir de guía a la «política alemana a largo plazo» y como «legado en el caso de su muerte». La divergencia entre el horizonte a largo plazo de Hitler y la posibilidad de su muerte era evidente. Nada del gran planteamiento estratégico que siguió a continuación era nuevo; de hecho, venía siendo repetido hasta la náusea por Hitler desde la década de 1920. El objetivo principal de la política alemana era «asegurar y aumentar» las cifras del *Volk* , lo que constituía una «cuestión de espacio». El pueblo alemán, razonaba Hitler, vivía apiñado en Europa central y necesitaba más espacio. La alternativa de la autarquía o del comercio internacional fue rechazada, dado que era muy difícil de conseguir con respecto a las materias primas, y sencillamente imposible en cuanto a la seguridad alimentaria. La conclusión de Hitler era que «el futuro de Alemania solo podía garantizarse mediante la solución de la cuestión del espacio», en la que habrá que trabajar durante «un periodo de entre una y tres generaciones».

Las principales potencias que tener en cuenta «hoy», continuaba Hitler, son Inglaterra, Francia, Rusia [*sic*] y algunos estados aledaños de menor

tamaño. Lo sorprendente de esta afirmación no era tanto que diera mucha más importancia a Inglaterra que a ninguna otra potencia, como que Estados Unidos no pareciera estar presente en sus cálculos. Entre las muchas posibles razones que lo explicarían, la más obvia residía en que la palabra clave era «hoy». Como más adelante veremos, en aquel momento a Hitler le seguía obsesionando el tamaño de Estados Unidos en sí, pero esa no era la cuestión para tratar en aquella reunión, enfocada sobre el futuro próximo y el entorno geográfico inmediato. La idea de Hitler era ocuparse de Europa «hoy», y del mundo, esto es, de Estados Unidos, mañana. La reunión no había sido convocada para desvelar la bien conocida ambición de Hitler a largo plazo, es decir, enfrentarse o al menos equipararse a Estados Unidos, sino establecer qué medidas había que tomar a corto plazo para poder hacerse con *Lebensraum* en Rusia a medio plazo. Hitler había pasado de plantearse un futuro global más lejano a centrarse en la solución inmediata de un problema acuciante en el continente. Esto solo podía hacerse mediante la «fuerza», y ese camino, advertía, «nunca deja de entrañar riesgos». Federico el Grande y Bismarck, explicó Hitler, también actuaron «de forma increíblemente arriesgada». Siendo esto así, afirmaba, las únicas cuestiones que quedaban por resolver eran el «cuándo» y el «cómo».

Hitler contemplaba tres escenarios. Bajo el primero, la última fecha para entrar en acción sería 1943-1945, dado que «a partir de ese momento solo cabía esperar que las cosas se desarrollaran de forma desfavorable [para Alemania]». La Wehrmacht, afirmaba, estaba más preparada que nunca. En pocos años, la competitividad cualitativa en cuanto a sus medios y la ventaja cuantitativa respecto a capacidad de reclutamiento se perderían. El Reich sería vulnerable a una «crisis alimentaria», porque las reservas de comida y de divisas extranjeras para comprarla serían insuficientes. Esto, admitía Hitler, podía traer consigo un posible «momento de debilidad para el régimen». También advertía de la «posibilidad de un declive en los niveles de vida y las tasas de natalidad». Esto constituía un insólito reconocimiento de que su proyecto de elevación y multiplicación racial a través de un aumento del nivel de vida había encallado. Por otra parte, el mundo exterior se había dado cuenta del peligro –dijo refiriéndose no solo al rearme occidental, sino también a la retórica de Roosevelt– y estaba empezando a su vez a prepararse para el conflicto que se avecinaba. Tanto desde el punto de vista de los acontecimientos como del estrictamente militar, el tiempo corría en contra de Alemania. Por todas estas razones, Hitler dijo que, si él seguía «todavía vivo» para entonces, su «decisión definitiva sería resolver el problema alemán del espacio para 1943-1945

como máximo».

Había otros dos escenarios, en los que la acción decisiva podría o tendría que adelantarse. Uno era el derrumbamiento interno de Francia o su implicación en una guerra con otro Estado, dos circunstancias que dejarían a Alemania libre para actuar. Llegado este momento, su primera prioridad sería «aplastar Checoslovaquia y, simultáneamente, Austria, con el fin de asegurar ambos flancos frente a cualquier avance contra Occidente. El objetivo aquí no era la adquisición de *Lebensraum* . En un adelanto de lo que serían sus planes para el tiempo de guerra, Hitler argumentaba que la conquista de las densamente –sus palabras exactas fueron «no escasamente»– pobladas Checoslovaquia y Austria solo saldría verdaderamente rentable si pudiera expulsarse a dos millones de personas de la primera y un millón de la segunda. Se trataba por tanto de una operación de remodelación destinada a prevenir un ataque checo de inspiración francesa o británica desde el flanco sur de Alemania. A Hitler también le preocupaba disuadir a Polonia, en la que no confiaba del todo, de aprovecharse de las dificultades de Alemania. Nada hacía presagiar que él mismo estuviera planeando atacar Polonia, al contrario. El tercer y último escenario de Hitler tenía que ver con la posibilidad de una guerra derivada de un enfrentamiento en el Mediterráneo.

Para su inmensa frustración, Hitler se encontró con una clara opinión en contra por parte de los militares y la Oficina de Asuntos Exteriores. No es que estos se opusieran al concepto de *Lebensraum* –que ya les era conocido, como mínimo, desde el discurso secreto de Hitler a los generales en febrero de 1933–. Sin embargo, se mostraban altamente escépticos respecto a que Inglaterra y Francia fueran a permitir que Austria o Checoslovaquia fueran ocupadas, sin oponer resistencia. Tanto Blomberg como Fritsch subrayaron que la Wehrmacht no estaba aún en condiciones de enfrentarse a las potencias occidentales en ninguna guerra que pudiera resultar de ello.

Tras la reunión en la Cancillería Imperial, Hitler empezó a llevar a efecto su nueva estrategia. Ese mismo día, se reunió con representantes de la minoría polaca dentro del Reich y con el embajador polaco Lipski. [160] La alianza polaca seguía siendo fundamental en su estrategia. A lo largo de prácticamente todo el año siguiente, Hitler continuó haciendo hincapié en el respeto mutuo entre Polonia y Alemania, y elogiando la figura del difunto mariscal Piłsudski como «destacada personalidad» que había reconocido la necesidad de un acercamiento. [161] El día siguiente a la reunión, Mussolini se sumó por fin al Pacto Anticomintern. Poco después, Hitler mantuvo un encuentro con el primer ministro húngaro como parte de

su plan para aislar a Austria y a los checos. Le dijo que los húngaros debían concentrarse en sus demandas a los checos y dejar en paz a los yugoslavos. A finales de diciembre, el ejército emitió una nueva instrucción para una guerra en el sudoeste, titulada *Fall Grün* . Por esa misma época se suspendió la expansión de la Luftwaffe y la marina y se aumentó el gasto en el ejército. 162 Todo ello obedecía a un plan de aplastar a Austria y Checoslovaquia rápidamente, en cuanto la oportunidad se presentara, y emprender por tierra una guerra para conquistar la Unión Soviética en un plazo de ocho años.

Para estos planes de Hitler la actitud de Gran Bretaña era clave. Pese a las señales de advertencia, él todavía no había renunciado a Londres. Una alianza británica sería fundamental para equilibrar el poder de Estados Unidos, y la aquiescencia británica era esencial para sus planes en Europa central y para sus planes de conquista en el este. A finales de enero de 1938, Hitler se reunió con el ministro de Exteriores, lord Halifax, en el Berghof y le presentó sus demandas respecto a Austria, Checoslovaquia y Danzig; la finalidad de tener el control de esta última no pretendía tanto ser un gesto antipolaco como hacerse con su puerto de cara a la guerra prevista con Rusia. Hitler se mostró franco en cuanto a su preocupación de que, a diferencia de Rusia y Estados Unidos, Alemania no tenía espacio suficiente. El ministro de Exteriores, que a su llegada había confundido a Hitler con un sirviente, complació a Hitler respondiendo que se tendrían en consideración todas las peticiones, pero que cualquier cambio debía acordarse pacíficamente. 163 Cuando Halifax alabó a Hitler por «evitar la entrada del comunismo en su propio país», el traductor, el doctor Paul Schmidt, añadió –en todo caso dentro del protocolo alemán– «que Alemania podía por tanto ser justamente considerada como el bastión occidental contra el bolchevismo», un concepto mucho más amplio, con implicaciones de gran alcance para la libertad con la que Hitler podía interpretar esto. Hitler tenía fama de oír lo que le interesaba oír, y al parecer sacó conclusiones enormemente exageradas respecto a la medida en que Gran Bretaña entendía su postura. 164

El Führer complementó estos esfuerzos diplomáticos con una campaña doméstica acorde a ellos. La represión, que durante los nueve primeros meses del año se había atenuado, se retomó con fuerza. El objetivo principal fueron los judíos. Consideraciones en materia de política exterior que antes habían servido para aplacar la ferocidad de Hitler por temor a enemistarse con Estados Unidos, se utilizaron entonces para reintensificarla. 165 El 5 de noviembre, el mismo día que se celebró la reunión del «Memorándum Hossbach», se ordenó que todos los judíos

soviéticos abandonaran Alemania en un plazo de diez días; parece ser que a estos no los contempló como posibles rehenes. Tres días más tarde, Goebbels inauguró la –largo tiempo esperada– exposición «El judío eterno», donde se cargaba principalmente contra el capitalismo más que contra el bolchevismo. Al final de ese mismo mes, Hitler comunicó a Goebbels que todos los judíos debían ser expulsados de Alemania. 166

14

«Inglaterra es el motor de la oposición contra nosotros»

El Führer pasó la Navidad y el Año Nuevo en el Obersalzberg. A su regreso a Berlín, volvió de lleno al trabajo. El 12 de enero de 1938, Hitler se reunió con el ministro de Asuntos Exteriores polaco, Beck. Cinco días más tarde, habló con el ministro de Exteriores yugoslavo, Stojadinović . Entre los dos acordaron que era necesario evitar una restauración Habsburgo a toda costa. Hitler aumentó la presión contra los checos en un discurso pronunciado el 20 de febrero de 1938 en el que demandaba el derecho a proteger a las minorías alemanas en Europa, en un claro cambio respecto a su política anterior. «La autodeterminación» e incluso –en otras palabras– la intervención humanitaria se convirtieron en eslóganes de uso frecuente. [1] Pese al despacho enviado por Ribbentrop, Hitler no dejó de seguir intentándolo con Angloamérica. A primeros de marzo de 1938, se reunió con el embajador británico, Henderson, que se resistía a la idea de la devolución de algunas colonias alemanas, ya fuera completa o bajo algún tipo de fórmula de gestión conjunta. Hitler mostró escaso interés, afirmando que «aún no había llegado el momento de dar solución» a la cuestión colonial. [2] El Führer advirtió también a Henderson de que no iba a tolerar la interferencia británica en la relación entre Alemania y «países tribalmente relacionados o con una alta proporción de personas de raza alemana», al igual que Londres no permitiría que él interviniera en sus asuntos con Irlanda. Si Gran Bretaña se inmiscuía, añadió Hitler, «entonces sí nos habría llegado el momento de luchar». [3]

El nuevo tono no dejaba lugar a dudas. Gran Bretaña había pasado a convertirse en el principal obstáculo. La Unión Soviética, que durante el año 1936-1937 había estado bastante presente en su pensamiento, volvió a perder terreno una vez más. Como sus comentarios a Henderson indicaban, Hitler veía los problemas de nacionalidad e imperiales de Londres como un instrumento que podía utilizarse para disuadir o frenar la intervención de los británicos en Europa. Los discursos de Hitler empezaron a adoptar el lenguaje del antiimperialismo. Lo que es más importante, y demostrando que había tomado nota de la petición de Ribbentrop para una coalición internacional contra Gran Bretaña, el Führer trató de estrechar los lazos con

Japón. El 20 de febrero de 1938, finalmente anunció que tenía la intención de reconocer el Estado títere japonés de Manchukuo. [4] Esto llevaba largo tiempo retrasándose para no ofender a China, pero en aquel momento el frente común contra el Imperio británico tenía prioridad. [5] Cuando Hermann Kriebel, un nazi de los más veteranos que había servido como cónsul general de Shanghái, fue a advertirle a Hitler de que no debía poner todos los huevos en la cesta japonesa, el Führer se negó a recibirle, comentando: «No le necesito. Él estaba allí y está juzgando equivocadamente la situación. Yo no estaba allí, pero mi valoración es correcta». [6]

El declive de la relación con Angloamérica no hizo sino afianzar a Hitler en su decisión de hacer de Berlín una ciudad que lograra eclipsar a Washington y a las capitales de otras potencias rivales. [7] El 11 de enero de 1938, Hitler ordenó a Speer construir una nueva Cancillería Imperial en la Vossstrasse que reflejara la grandeza del Tercer Reich. «Quienquiera que entre en la Cancillería Imperial», recalcó durante un viaje al solar en el que iba a edificarse, «debe tener la sensación de estar acercándose al dueño del mundo». [8] Aquel mismo mes, Hitler publicó su Decreto para la Remodelación de Berlín. Poco después, el 28 de enero de 1938, se presentaron al público los planes para la nueva ciudad de Germania. Estos se basaban en un enorme eje norte-sur, rematado con dos inmensas estaciones de tren. El Gran Salón del Pueblo pretendía ser el auditorio cubierto más grande del mundo, con un aforo de 180.000 personas y una cúpula dieciséis veces mayor que la de San Pedro del Vaticano de Roma. Su diseño trataba a todas luces de dejar en pañales el del Capitolio en Estados Unidos. El lago artificial seguramente fuera un guiño al estanque reflectante de Washington tal y como se mostraba en los bosquejos del estrecho colaborador de Speer, Rudolf Wolters. El inmenso arco de triunfo, en el que Hitler tenía la idea de que figuraran los nombres de los 1,7 millones de alemanes caídos en la Primera Guerra Mundial, pretendía sin duda eclipsar el mucho más pequeño Arc de Triomphe de París. La prensa del régimen se mostró convenientemente anonadada, pero el verdadero público al que se dirigía se encontraba en el extranjero. El *New York Times* , por ejemplo, publicó que el proyecto de Hitler era «tal vez el proyecto más ambicioso» de la era. [9]

El interés de Hitler en remodelar las ciudades alemanas iba mucho más allá de la capital imperial e incluía también Núremberg, Augsburgo, Weimar, Goslar, Bayreuth y, especialmente, Múnich y Hamburgo. [10] A finales de febrero, dio un discurso sobre dicha remodelación. A finales de mayo de 1938 emitió un decreto sobre el monumental puente proyectado

para construirse sobre el puerto de Hamburgo, destinado a rivalizar con el Golden Gate de San Francisco. Los críticos vieron todos estos planes, especialmente la remodelación de Berlín, como prueba de soberbia, e incluso de locura. Al ver los planos para Germania, el padre de Speer, también arquitecto, hizo el célebre comentario: «Os habéis vuelto completamente locos». No le faltaba razón. Dicho esto, la principal motivación de Hitler no era la megalomanía, sino la inseguridad, un deseo de levantar la maltrecha autoestima alemana de cara a preparar a la nación para la lucha que tenía por delante. Si planeaba estas estructuras, explicó Hitler a un auditorio de altos cargos militares, no era por «megalomanía», sino más bien «tras concluir fríamente que estas impresionantes obras eran la única forma de dar autoconfianza al pueblo [alemán]». 11

Hitler tampoco había renunciado del todo a la esperanza de ganarle la batalla del consumo a Angloamérica. El día de su cumpleaños, Ferdinand Porsche le regaló a Hitler un prototipo del proyecto del nuevo Volkswagen; en la fotografía tomada con tal motivo, la cara de Hitler es la expresión del más absoluto regocijo. No mucho más tarde, el Führer puso la primera piedra de la primera fábrica de Volkswagen. 12 Su diseño imitaba deliberadamente al de las grandes factorías de automóviles norteamericanas que Porsche había visitado durante un viaje de reconocimiento por Estados Unidos. Pero Wolfsburg pretendía ser mucho más que «la mayor fábrica de coches de Alemania». Iba a ser, como Hitler explicó en su discurso para la ocasión, «una ciudad modelo de trabajadores alemanes» con «viviendas sociales» que servirían a modo de patrón para empresas similares en todo el Reich. Los enormes bloques de pisos que albergarían a los trabajadores de la fábrica de coches y a sus familias –la ciudad prevista tendría 90.000 habitantes– se diseñaron conforme a un estilo moderno e incluso avanzado. Los pisos en sí eran grandes, pensados para familias con cuatro niños, y bien equipados: con calefacción central, agua caliente y diversas comodidades modernas, entre ellas lavadoras instaladas en lavanderías comunes. 13 Se trataba del sueño de la modernidad nazi que Hitler ya había concebido en la década de 1920.

A finales de 1938, Hitler se vio de repente envuelto en una crisis con un origen ajeno a él. 14 El ministro del Reichswehr, Werner von Blomberg, se había casado en segundas nupcias con una mujer mucho más joven y de un rango social más bajo que el suyo. 15 Preocupado por que esta nueva unión pudiera ser rechazada por sus camaradas oficiales, Blomberg acudió a Hitler en busca de apoyo, diciéndole que su amada era una «mecanógrafa», una «chica corriente», que tenía «un pasado». 16 El Führer, siempre dispuesto a romper las barreras de clase en Alemania, probablemente dio

por hecho que ese «pasado» se referiría sencillamente a relaciones anteriores y espontáneamente se ofreció a actuar de testigo en la boda, que se celebró, con cierta prisa, a mediados de enero de 1938. Poco después de la boda, sin embargo, se supo que la nueva esposa de Blomberg tenía antecedentes policiales como prostituta y modelo de fotos pornográficas. Aquel mismo mes, Göring presentó las pruebas, entre ellas las fotos, a Hitler. Eran absolutamente concluyentes. La indignación del Führer se desbordó. Empezó a caminar de un lado a otro de la sala, absolutamente espantado, hablando entre dientes y sacudiendo la cabeza. «Si un mariscal de campo alemán se casa con una puta», manifestó, «cualquier cosa es ya posible». [17] El Führer se sintió traicionado y engañado por Blomberg. Aunque el matrimonio entre distintas clases sociales le parecía perfecto, y no tenía ningún problema con las relaciones sexuales prematrimoniales, Hitler jamás habría permitido que le relacionaran con la pornografía y la prostitución. Temía convertirse en objeto de burla, especialmente en el extranjero. No cabía duda, ni para él ni para nadie, de que Blomberg tenía que marcharse.

Este temblor aislado desencadenó todo un desprendimiento de tierras. Hitler quería reemplazar rápida y discretamente a Blomberg. Como era inevitable, sus ojos se posaron en el jefe del ejército, Fritsch, un candidato verosímil que el ejército aceptaría sin problemas. Pero el Führer en esta ocasión estaba ya prevenido. Temía que Blomberg fuera la punta del iceberg, que se hubiera abierto la veda en un cuerpo de oficiales plagado de depravación. Recordando anteriores acusaciones de homosexualidad contra Fritsch, a las que él no había dado importancia, Hitler exigió de inmediato retomar el expediente y reabrir el caso antes de proponerle para suceder a Blomberg. Él mismo quiso interrogar a Fritsch personalmente. El encuentro no fue bien, principalmente porque Fritsch –en aras de una absoluta transparencia– mencionó sus relaciones amistosas con algunos miembros de las Juventudes Hitlerianas, una de las cuales había terminado mal. Hitler se puso enseguida en guardia, temiendo un escándalo mucho mayor e incontenible en el que estuvieran implicados todavía más chicos. No estaba dispuesto a correr riesgos, entre otras cosas porque la actividad homosexual era ilegal y exponía a los culpables al riesgo de ser chantajeados. La confianza de Hitler en el ejército se había resquebrajado. Fritsch tendría que irse también. La motivación de Hitler no fue en ningún caso el deseo de librarse de oponentes al planteamiento estratégico que él había marcado o restablecido en la cancillería en noviembre de 1937. Al fin y al cabo, desde entonces había tenido tiempo de sobra para haber echado a cualquiera de los dos sin levantar apenas polvareda.

El Führer tenía ante sí un importante quebradero de cabeza. En primer lugar, necesitaba encontrar sustitutos para Blomberg y para Fritsch. El hecho de que Hitler tuviera que andar buscando posibles candidatos y realizar más consultas de las habituales en él demuestra que no había venido tramando estos cambios desde antes. En segundo lugar, el Führer tenía que pensar una manera de presentar los cambios sin que la embarazosa verdad saliera a la luz. Hitler comenzó por la sucesión de Fritsch. El ejército quería al general Gerd von Rundstedt, a quien Hitler rechazaba por ser demasiado viejo. Él prefería a Walther von Reichenau, un hombre con el que había estado en contacto incluso antes de tomar el poder y que había sido fundamental a la hora de conseguir que el ejército prestara juramento personal ante Hitler tras la muerte de Hindenburg. El ejército se negaba a su vez a aceptar en el cargo a un hombre considerado por muchos como un vago y un trepa de la política. Al final, Hitler se decidió por Walther von Brauchitsch, quien se comprometió a «acercar el ejército al Estado y sus ideas». 18

Sustituir a Blomberg fue igualmente problemático. No era solo cuestión de encontrar un nombre, sino de definir el futuro de la función en sí. Hacía ya tiempo que algunos venían reclamando una reorganización de la estructura del Alto Mando alemán. Esta era una buena oportunidad para llevar a efecto el cambio. La iniciativa en este caso no procedió de Hitler, sino de dentro del ejército, de Keitel y por supuesto del ya casi retirado Blomberg, que instaron al Führer a que fuera él mismo quien asumiera el mando supremo del ejército. 19 Hitler abolió el cargo de ministro del Reichswehr e instauró en su lugar el de «comandante supremo de la Wehrmacht» –él mismo– y un Alto Mando de la Wehrmacht (OKW), que asumiría las funciones ministeriales desempeñadas anteriormente por la Oficina de la Wehrmacht. 20 De este modo, el control formal y directo de los servicios armados recayó a partir de entonces en Hitler.

Ya solo quedaba comunicar estos cambios al país y al mundo en general. Sorprendentemente, todavía no se había producido ninguna filtración acerca de esta crisis. Hitler decidió enmarcar los nuevos nombramientos dentro de una reorganización general que cambiaría el relato y daría al mundo otra cosa de la que hablar. 21 De modo que el 4 de febrero de 1938, Hitler anunció las nuevas disposiciones militares junto con otro montón de medidas. La más importante de ellas era la sustitución de Neurath por Ribbentrop en el Ministerio de Exteriores. El efecto de estos cambios fue menos espectacular de lo que habría cabido imaginar, porque Hitler en realidad ya ejercía un control más o menos total sobre el ejército y la política exterior alemana, y –dejando a un lado a Fritsch– habría sido

difícil imaginar un partidario más entusiasta tanto del nacionalsocialismo como de la estrategia de Hitler que el destituido Blomberg. Lo que todo este episodio sí dejó claro en cambio fue la considerable habilidad con la que el Führer podía enmendar una situación muy difícil e incluso sacarle un partido positivo.

A continuación, Hitler volvió a centrarse en sus planes respecto a Austria. Pese a que la urgencia se había hecho mayor, su objetivo no era la ocupación inmediata. Esto habría sido simplemente demasiado arriesgado, y además innecesario. El objetivo de Hitler era neutralizar la amenaza que Austria podía representar para su flanco sur e ir «cocinando» a fuego lento al gobierno austriaco en lugar de hacerlo hervir de golpe. Esto era coherente con el enfoque «evolutivo» que Hitler y Schuschnigg habían acordado en julio de 1936. Tras el descubrimiento de otro plan para un *putsch* tramado por algunos nazis radicales austriacos, el canciller austriaco, Schuschnigg, fue a Berchtesgaden el 12 de febrero para tratar de reafirmar el apoyo de Hitler a los nazis austriacos más moderados. El dictador alemán, sin embargo, pudo prepararse para este encuentro gracias a la información proporcionada por algunos nazis austriacos, en la que le comunicaban por adelantado un resumen completo de hasta dónde estaba dispuesto a llegar Schuschnigg. Fue una reunión tensa, en la que Hitler convenció a base de amenazas a su interlocutor para que concediera la amnistía a los nazis austriacos y nombrara a algunos destacados nazis para ocupar posiciones clave dentro del gobierno. 22

No obstante, Hitler todavía seguía siendo partidario de dar una solución evolutiva a Austria y comunicó a los nazis austriacos que debía evitarse en todo lo posible un enfrentamiento violento. El Führer, en resumen, trataba por todos los medios de evitar que se repitieran los hechos de 1934. Sin embargo, los nazis austriacos continuaron con sus manifestaciones, interpretando el nombramiento como ministro del Interior de un simpatizante nazi, Seyss-Inquart, como un inequívoco visto bueno. En respuesta, el 9 de marzo Schuschnigg de repente anunció la convocatoria de un referéndum sobre el futuro estatus de Austria en un plazo de cuatro días. La formulación de la pregunta, así como el formato de la organización de la votación, en especial el plan de excluir a los votantes menores de veinticuatro años, muchos de los cuales eran nazis, dejó claro que la intención era evitar cualquier tipo de *Anschluss.*

Hitler quedó completamente desconcertado. Su estrategia al final había llevado la olla a ebullición. No había lugar a medias tintas. Por un lado, si permitía que el referéndum siguiera adelante, y si –como parecía probable– resultaba una victoria para Schuschnigg, la absorción de Austria sería

mucho más difícil a partir de ese momento. Por otra parte, si intentaba dar otro golpe, o incluso invadía Austria directamente, Hitler se arriesgaba a otro catastrófico fracaso y tal vez a que interviniera Italia o alguna otra gran potencia. El Führer reaccionó con rapidez. Al día siguiente del anuncio de Schuschnigg, ordenó a la Wehrmacht que se preparara para proceder a la ocupación de Austria en un plazo de cuarenta y ocho horas. Dejó muy claro que aquella no debía ser una «guerra contra un pueblo hermano», y que por tanto debía tener la apariencia de «una invasión pacífica bienvenida por el pueblo». Dicho esto, la resistencia debía «ser eliminada de forma implacable por la fuerza de las armas». [23] La operación debía improvisarse, dado que no había podido planificarse en detalle previamente.

La actitud de Mussolini iba a ser clave. Roma había dado a entender previamente que podría aceptar una solución nazi interna, pero Hitler no contaba con un mandato para llevar a cabo una invasión a gran escala y no había tiempo para conseguirlo, a la vez que tampoco podía correr el riesgo de que se lo negaran. En definitiva, le dijo a Goebbels, él pensaba que Italia e Inglaterra «no harían nada». [24] De modo que el Führer se limitó a informar a Mussolini el 11 de marzo, mediante una carta que le fue entregada en persona por su intermediario Felipe de Hesse, de que su «decisión irrevocable» era «restablecer la paz y el orden en su tierra natal», mencionando entre sus preocupaciones el temor a una restauración Habsburgo. [25] No esperó a la respuesta. Tampoco lo hicieron los nazis austriacos, que el 11 de marzo llevaron a cabo manifestaciones por todo el país. Por otra parte, también fue aumentando la presión de Berlín sobre Schuschnigg para que desconvocara el referéndum y dimitiera, lo que hizo horas más tarde, ese mismo día. El ejército austriaco recibió órdenes de no resistirse a una entrada alemana y, a medianoche, Seyss-Inquart fue nombrado el nuevo canciller. Pese a todo ello, Hitler dio la orden de invadir.

Al amanecer del día 12 de marzo de 1938, las primeras unidades de la Wehrmacht y la policía alemana cruzaron la frontera austriaca. Por la tarde, Hitler hizo lo propio, atravesando su localidad natal, Braunau am Inn, desde donde continuó, sin detenerse, hasta Linz. Mientras estuvo en la ciudad, le preguntó a Hofrat Adolf Eigl por el doctor Bloch, de quien guardaba muy buen recuerdo. Hitler también visitó las tumbas de sus padres en Leonding. Con su firma, el *Anschluss* se convirtió en ley y 6,7 millones de habitantes pasaron de un plumazo a formar parte del Reich. Al día siguiente, la entrada de Hitler en Viena recibió una tumultuosa bienvenida. Un día después, con Unity Mitford a su lado, proclamó el *Anschluss* desde el balcón del Hofburg. La confirmación de la ley del

Anschluss mediante plebiscito (tanto en Austria como en el antiguo Reich) el 10 de abril no pasó de ser un mero formalismo.

Al sur del Brenner no pasó nada. Mussolini le había dado al Führer un dedo y este le había cogido la mano entera. Hitler había sabido interpretar perfectamente al Duce. Su alivio fue evidente. «Nunca olvidaré esto», le aseguró a Mussolini, en un mensaje transmitido vía telefónica por el príncipe Felipe de Hesse. Las grandes potencias tampoco tomaron represalias, pese a que el *Anschluss* era otra violación directa del Tratado de Versalles; Gran Bretaña y Francia se limitaron a emitir tibias protestas contra la presión alemana sobre Austria el 11 de marzo. «Decían que Inglaterra estaría allí para pararme los pies», comentaría Hitler más adelante, «pero la única persona inglesa que yo vi allí [Unity Mitford] estaba de mi lado». 26 El Führer había vuelto a salirse con la suya. Cualquiera que hubiera sido la opinión de otros líderes nazis, en la que Göring parecía haber asumido la línea dura, la decisión de arriesgarse al *Anschluss* dependió exclusivamente de Hitler. 27 Apenas seis semanas después de la crisis Blomberg-Fritsch, había conseguido controlar una situación peligrosa y la había utilizado en su propio beneficio. Hitler no había provocado intencionadamente, pero sí aprovechado, exactamente el tipo de «oportunidad» que cinco meses antes había imaginado en la Cancillería Imperial.

Si bien el oeste no había reaccionado al *Anschluss* , lo cierto es que tampoco había pasado desapercibido. Las relaciones con Londres y Washington experimentaron un claro deterioro. El trato a los judíos austriacos, en concreto, provocó un renovado espanto. Los primeros abusos ya habían empezado a cometerse el 11 de marzo, antes de la llegada de las tropas alemanas, y superaron con mucho cualquiera de los sufridos hasta ese momento por los judíos en Alemania. Roosevelt tomó parte activa en la causa de los refugiados de la Alemania nazi, combinando las cuotas de inmigración de Alemania y Austria para ayudar a los que huían de esta última. 28 También trató de explorar la posibilidad de hacer que «todas las democracias compartan la carga» de distribuir a los emigrantes judíos. Cuatro meses después, esto llevó a celebrar la conferencia internacional de refugiados en Evian. El embajador alemán, Dieckhoff, advirtió de que Estados Unidos no permanecería neutral en el caso de una guerra mundial, sino que se pondría del lado británico. 29 El proyecto de ley de expansión naval de Roosevelt del mes siguiente al *Anschluss* fue una clara señal de la dirección en la que soplaba el viento. Hitler hizo algunos intentos de conectar con Estados Unidos. Concedió audiencia al expresidente de Estados Unidos, Herbert Hoover, durante su *tour* europeo. Por esta misma

época, el Führer se reunió también con Sosthenes Behn, fundador del gigante de las telecomunicaciones estadounidense ITT . [30] Behn, descendiente de alemanes por parte paterna, había servido en el ejército estadounidense en Francia durante la guerra y era por tanto el epítome del tipo de emigrante que Hitler lamentaba tanto perder.

El Führer se negó en cambio a encontrarse con Fritz Kuhn, el *Bundesführer* de la Amerika-Deutschen Volksbund, durante la visita que este realizó a Alemania en abril de 1938. [31] La razón fue su deseo de evitar enemistarse con el gobierno y la opinión pública de Estados Unidos, que ya albergaban fuertes sospechas de las maquinaciones nazis en el hemisferio occidental, cuyo alcance exageraban notablemente. Los servicios de seguridad de Estados Unidos vigilaban muy de cerca las organizaciones germano-estadounidenses, especialmente al Bund, como también lo hacía el comité de Samuel Dickstein y Martin Dies en la Cámara de Representantes, recientemente rebautizado como Comité del Congreso para la Investigaciones de Actividades Antiamericanas, o HUAC en sus siglas en inglés. [32] De hecho, el principal interés de Hitler en América no era establecer una quinta columna al otro extremo del Atlántico, sino promover discretamente el regreso al Reich de los ciudadanos alemanes residentes en Estados Unidos.

Fue en este contexto cuando el régimen hizo un llamamiento para atraer a los emigrantes alemanes de vuelta al Reich. El Plan Cuatrienal y las necesidades de rearme revelaron una grave escasez de ingenieros cualificados y otros trabajadores especializados. Los esfuerzos por localizar a estos ciudadanos alemanes en Estados Unidos hallaron eco en aquellos que no habían conseguido encontrar trabajo, que sufrían el creciente sentimiento antialemán al otro lado del Atlántico, los que todavía sentían la llamada emocional de la patria o los que simpatizaban con el Tercer Reich. El público objetivo en este caso eran en primer lugar los ciudadanos del Reich, no los germano-americanos, pero el plan consistía en ampliar el foco para incluir también a los *Volksdeutsche* (personas de raza alemana) a su debido tiempo. La iniciativa apenas consiguió hacer regresar a un reducido número de personas, básicamente porque la mayoría de las que deseaban aprovechar esta ocasión no podían pagarse el pasaje trasatlántico, ni siquiera vendiendo sus bienes para tal fin, y el régimen carecía de las divisas extranjeras (*Devisen*) necesarias para sufragarlos. Inevitablemente, algunos emigrantes que querían irse de Estados Unidos sugirieron intercambiar sus propiedades con las de los judíos que querían irse a América. [33]

A tal efecto, en 1938 se fundó el Kameradschaft USA , con el auspicio

general de la Auslandsorganization; aunque teóricamente los ciudadanos estadounidenses quedaban rigurosamente excluidos, en la práctica esta norma no siempre se cumplió. En todo el país se establecieron, como mínimo, ocho oficinas encargadas de volver a acoger en Alemania a los llamados «retornados de Estados Unidos». Parte del plan consistía en utilizar sus capacidades para cubrir las carencias de la industria alemana, pero además existía la esperanza de que pudieran utilizarse para colonizar el nuevo espacio vital más allá de las fronteras del Reich. El plan fue un fracaso; el número de personas retornadas hasta el estallido de la guerra no había llegado a mil. Muchos de ellos se llevaron una decepción y algunos no tardaron en volver a cruzar el Atlántico de vuelta. 34 Todo esto no hizo sino confirmar la visión de Hitler de que mientras los alemanes que se asentaban en el este seguían siendo alemanes, los hombres y mujeres jóvenes que partían hacia Occidente quedaban definitivamente perdidos para el Reich.

Después del *Anschluss* , Hitler se apresuró a consolidar su autoridad en Austria y a explotar su triunfo dentro del propio Reich. 35 En el primer «transporte de personas destacadas» a Dachau se encontraban los dos hijos del asesinado archiduque Francisco Fernando, los cuales recibieron muy mal trato allí. El *Anschluss* , por el que aproximadamente otros seis millones de católicos se incorporaban al Reich, hacía más urgente un acercamiento con la jerarquía de la Iglesia. Una de las primeras cosas que Hitler hizo al entrar triunfante en Viena fue reunirse con el cardenal Innitzer, a petición de este. En una escenificación puramente teatral, Hitler se aproximó al cardenal, hizo una profunda reverencia y fue a besar su mano. Innitzer tomó la cruz y la cadena que colgaba de su cuello y la levantó realizando simbólicamente el signo de la cruz. Cuando el cardenal ya se había marchado, Hitler expresó lo muy satisfecho que había quedado de la reunión y su confianza en «poder llevarse bien con la Iglesia de Austria, a diferencia de la del Reich». En Austria, el catolicismo era una «Iglesia estatal y mantenía una relación muy distinta con el Estado». Él no ponía objeciones a que las «Iglesias se implicaran en la política», razonaba, «si eran también instrumentos ideológicos» de las autoridades estatales. Pero si alguien trataba de «ampararse tras la cruz para hacer oposición», continuaba, debía ser «aniquilado». En respuesta a la profesión de lealtad de Innitzer (una carta al Führer se despedía con «*Heil* Hitler»), le prometió que los católicos tendrían permiso para practicar su religión libremente. 36

El control de Austria permitió a Hitler reivindicar la exclusiva de la tradición imperial alemana cuyos «atributos e insignias imperiales» se habían sacado de Núremberg durante las guerras revolucionarias francesas

y almacenado en Viena desde la caída del Sacro Imperio Romano. [37] A mediados de junio de 1938, el alcalde de Núremberg, refiriéndose a las numerosas declaraciones realizadas por Hitler en el pasado, solicitó su devolución a «la ciudad sede de los mítines del partido del Reich». Hitler enseguida se mostró de acuerdo, y cuando el *Reichsstatthalter* de Austria, Seyss-Inquart, pidió que permanecieran en Viena, el Führer le despachó con cajas destempladas. [38] La vuelta de las insignias a Núremberg, ciudad con una fuerte filiación al partido, simbolizaba la continuidad que Hitler quería sugerir entre su Tercer Reich y el Primer Reich de Carlomagno. También pretendía, como él mismo explicó a mediados de septiembre, demostrar a «todo el mundo» que un «poderoso» Reich alemán había existido «medio milenio antes del descubrimiento del Nuevo Mundo», [39] lo que demuestra, una vez más, la continuada fijación de Hitler con Estados Unidos.

Pese a ello, Hitler seguía preocupado por la amenaza Habsburgo. Cuando en el verano de 1938 los miembros de la Asociación Nobiliaria Alemana protestaron contra un artículo publicado en *Der Stürmer* de Julius Streicher en el que se sugería que los Habsburgo tenían sangre judía, Hitler se puso furioso. Al enfado con su *gauleiter* por haber dado lugar a la discusión se sumaba el espanto ante la forma en que la asociación había saltado en defensa de los Habsburgo en un momento en el que lo que se necesitaba era «un frente decisivo y unido de todo el pueblo alemán contra la Casa de Habsburgo». Hitler ordenó que el incidente no fuera comentado en la prensa ni en público. También manifestó su deseo de que los miembros de la Casa de Habsburgo fueran expulsados de Austria y que cesaran todos los pagos compensatorios por la incautación de sus propiedades. A finales del verano todavía seguía debatiéndose sobre el tema y la decisión al final se dejó en manos de Hitler. [40] A principios del año siguiente, entraron en vigor las leyes necesarias y todas las propiedades de los Habsburgo fueron incautadas por el Tercer Reich. Todo el episodio resulta en sí revelador de la importancia que Hitler asignaba a la cuestión Habsburgo y al control de la tradición imperial alemana.

La ocupación de Austria no tenía como objetivo servir a Hitler de plataforma para continuar la expansión hacia el sur o el sudoeste. El nuevo nombre de la provincia –Ostmark– dejaba claro que él la veía como un «baluarte» del flanco sur del Reich [41] y no como una poterna. La visión que Hitler tenía del sureste de Europa, al menos en aquel momento, no dependía en general de sus afinidades pangermánicas. Respecto a las minorías alemanas en toda Europa, continuó actuando con precaución. Cuando Hess protestó porque una comunicación del líder de la

Organización Imperial, Ley, en la que se dejaban entrever pretensiones respecto a Tirol del Sur, Suiza, Alsacia-Lorena y la Polonia occidental, podía acarrear complicaciones diplomáticas, Hitler estuvo de acuerdo en que debía retirarse de la circulación. 42 Las relaciones con Yugoslavia y otros países balcánicos se intensificaron, no tanto con el fin de prepararlos para la anexión, sino de servir de apoyo a las necesidades económicas del rearme. Alemania no incurrió en su gran desequilibrio en la balanza de pagos porque contara con escapar de él mediante conquistas, sino porque la demanda de sus productos fue menor de lo que había esperado. 43

Hitler también actuó en la dirección de tranquilizar a Mussolini, al que durante el *Anschluss* habían puesto ante un hecho consumado. La carta de Hitler del 11 de marzo de 1938 había prometido respetar la frontera de Brenner y fue inmediatamente publicada por la prensa italiana, pese a lo cual, tras la anexión de Austria, había habido un repunte de agitación en Tirol del Sur. 44 Afortunadamente para el Führer, la visita que tenía pendiente devolver a Italia estaba programada para primeros de mayo de 1938, lo que le daba la oportunidad de arreglar el asunto de una vez por todas. Los nazis locales protestaron enérgicamente, y la muy numerosa delegación alemana que se dirigía al sur por tren se quedó sorprendida por la fría acogida prestada en su recorrido a través de Tirol del Sur, en claro contraste con la adulación recibida en el Reich y el resto de Italia. 45 Hitler permaneció imperturbable. Gracias a la «experiencia de dos milenios», le dijo públicamente al Duce en el Palazzo Venezia de Roma, ambas partes querían en ese momento «reconocer esa frontera natural que la providencia y la historia habían evidentemente trazado para nuestros dos pueblos». Esto, explicaba, «establecería una clara demarcación del *Lebensraum* de ambas naciones». 46

Mussolini trató de impresionar a Hitler con un triunfante despliegue de bienvenida que superara la que el dictador alemán había organizado para él el otoño anterior. 47 La herencia cristiana de Roma quedó en gran medida al margen del itinerario fascista, y el Vaticano a su vez ignoró ostensiblemente la presencia de Hitler debido a las tensiones generadas por la encíclica papal un año antes. Pío XI condenó la esvástica que cubría las paredes de toda la ciudad como «una cruz enemiga de la cruz de Cristo». Los museos del Vaticano se cerraron en señal de desacato y la penumbra de la ciudad papal contrastó marcadamente con el alarde de fuegos artificiales e iluminación puesto en marcha por el régimen. 48 A Hitler no pareció importarle. Él se entusiasmó con el patrimonio artístico: el Panteón, la Galería Borghese, el Museo de las Termas y muchas más cosas. Todas las visitas las realizó acompañado por un guía italiano, Ranuccio Bandinelli.

Hitler confirmó su visión del país como una potencia cultural de primer orden, que él esperaba poder igualar con una colección de arte a la altura de los Uffizi o del Louvre. Así nació su idea de crear un *Führermuseum* en Linz. Sin embargo, incluso estando en Italia, Hitler siguió obsesionado por la hostilidad de Estados Unidos. En la Villa Borghese comentó que habían solicitado su apoyo para una exposición de arte alemán en América, pero que él había declinado hacerlo basándose en que «existía el riesgo de que los cuadros fueran dañados por los bolcheviques y, en todo caso, no tenía sentido comportarse educadamente con un pueblo [el estadounidense] que constantemente nos dirige feroces ataques». 49

El siguiente objetivo de Hitler fue Checoslovaquia, a la que tenía en su punto de mira no por razones demográficas o territoriales, sino estratégicas. Era una china en el zapato del Reich, una posible plataforma de lanzamiento en el caso de que otra gran potencia quisiera invadir Alemania. Neutralizar a los checos era vital si el Reich quería atacar en el este para conseguir *Lebensraum* . Hitler se oponía a la solución más sencilla, la de un «ataque estratégico sin que mediara ninguna provocación o justificación». En su lugar, Hitler contemplaba o bien «una acción posterior a un conflicto diplomático que poco a poco vaya desembocando en una guerra» o «una acción relámpago en respuesta a un incidente», por ejemplo, el «asesinato del embajador alemán tras una manifestación antialemana». Es posible que el Führer tuviera aquí en mente casos como el del asesinato de Wilhelm Gustloff, pero también que planeara provocar un incidente. Si los checos no eran derrotados rápidamente, advertía, «lo más seguro es que se produjera un conflicto europeo». Esto significaba que había que convencer a otras potencias de la «futilidad» de la intervención militar a través de un hecho consumado. Políticamente, esto implicaría la captación de aliados –«la división del botín»– y la «desmoralización» e «intimidación» de la víctima. 50

Así pues, el manual de estrategia estaba claro, pero Hitler no planeaba una acción inmediata. «El Führer señaló que tras la incorporación de Austria», dejó anotado Jodl, «no hay prisa en resolver la cuestión checa. Primero hay que hacer la digestión de Austria». 51 «No es mi intención», explicó el propio Hitler a sus generales en privado, «aplastar Checoslovaquia sin que medie provocación, en el futuro inmediato», salvo que se viera obligado a hacerlo debido a que un cambio importante en la política interior checa o acontecimientos políticos ocurridos en Europa proporcionaran un escenario especialmente favorable y tal vez una oportunidad única. En lugar de ello, Hitler tenía previsto ir cociendo a Checoslovaquia en el caldero, y conseguir una «disolución química» del

país a través de la desinformación y la intimidación. A tal fin, Goebbels desplegó un feroz ataque propagandístico en todo el país. El Führer instrumentalizó el concepto de «autodeterminación», [52] una autodeterminación que le estaba siendo negada a los aproximadamente tres millones de alemanes de los Sudetes que vivían en la periferia de Bohemia y Moravia; obviamente, se trataba del mismo principio al que él mismo había renunciado respecto a los alemanes de Tirol del Sur.

El 28 de marzo de 1938, Hitler celebró su primera reunión con el líder de los alemanes de los Sudetes, Konrad Henlein, al que hizo saber su «intención de resolver el problema checo en un futuro no demasiado lejano». El Führer le instó a aumentar las tensiones con Praga presentando «exigencias que fueran inaceptables para el gobierno checo». [53] Sobre su cronograma de actuación no dio más detalles. El 2 de abril, Hitler le ofreció a Hungría la devolución de sus antiguos territorios (incluida la capital eslovaca de Bratislava) en caso de un desmembramiento de Checoslovaquia. Tres semanas más tarde, Henlein expuso sus rígidas y deliberadamente inaceptables exigencias a Praga. A principios de mayo de 1938, la temperatura se había elevado notablemente, pero todavía nada indicaba que el Führer tuviera intención de atacar en un futuro próximo. De hecho, Ribbentrop y Weizsäcker le dijeron a Henlein que evitara llevar la situación demasiado lejos porque «queremos ser nosotros los que tomemos la decisión final». [54]

Pese a ello, la situación checa se fue definitivamente de las manos a finales de mayo, llegando a escapar casi completamente al control de Hitler. Lo que pasó exactamente todavía hoy sigue envuelto en el misterio, pero las líneas básicas sí se conocen. Una facción del Ministerio de Asuntos Exteriores británico y del MI6 , contraria al apaciguamiento, con la ayuda probablemente inconsciente de exiliados socialdemócratas checos y alemanes, desencadenó una crisis dirigida a torpedear la política de conciliación de Chamberlain frente a Alemania y a movilizar la resistencia a Hitler. Se dijo –de forma plausible pero falsa– que el Führer se había movilizado y estaba planeando un ataque inminente sobre Checoslovaquia. En realidad, en aquel momento no estaba desarrollándose ninguna acción militar alemana de este tipo, ni tampoco estaba prevista. Sin embargo, Praga sí se movilizó, y Gran Bretaña lanzó una advertencia a Hitler. Europa parecía al borde de una gran guerra. Por segunda vez en dos meses, el Führer fue pillado desprevenido, pero en esta ocasión no había manera de sacar beneficio de la crisis sin arriesgarse a un grave conflicto para el que no estaba en absoluto preparado. Hitler se vio obligado a dar marcha atrás, humillado como no se había visto desde el fracaso sufrido en Austria cuatro

años atrás. Cuando dos mensajeros de los Sudetes alemanes fueron asesinados en controvertidas circunstancias y la presión para intervenir creció, Hitler se limitó a enviar a su agregado militar en Praga para que colocara una corona sobre sus tumbas. 55

En efecto, Londres había hecho caer en la trampa al culpable antes de que cometiera su (siguiente) delito. El asistente personal del Führer, Wiedemann, que siguió la crisis primero desde Londres y luego desde París, comentó posteriormente que «Hitler adoptó la actitud de un hombre que ha cometido muchas infracciones pero que se indigna tremendamente si alguna vez se le acusa injustamente de algo». 56 Sin embargo, en lugar de disuadir a Hitler, como desde entonces se ha venido creyendo, la intervención británica solo le sirvió de estímulo. Los acontecimientos de mayo de 1938 vinieron a dar la razón a Hitler en que los checos eran meros peones de las grandes potencias. 57 En ese momento, su objetivo pasó a ser no solo neutralizar, sino aplastar a Checoslovaquia. «Es mi voluntad irrevocable», proclamó, «que Checoslovaquia desaparezca del mapa». 58

La opinión militar y diplomática estaba convencida de que esto conduciría a la guerra con las potencias occidentales. Mientras que la mayoría se limitaron a quejarse en privado o a fraguar planes secretos para deponer a Hitler, a primeros de junio de 1938, el general Ludwig Beck, jefe del Estado Mayor, redactó un largo memorándum en el que exponía sus objeciones. 59 En él rechazaba todos los supuestos en los que se basaba la estrategia de Hitler, comenzando por la presunta debilidad de las defensas checas y rematando con una advertencia contra la asunción de que Gran Bretaña y Francia permanecerían pasivas. Beck, sin embargo, cargó demasiado las tintas. Hasta los funcionarios escépticos pensaban que Checoslovaquia podía ser derrotada fácilmente, y dudaban sobre si Occidente en efecto intervendría. El Führer, en todo caso, permaneció impasible y emitió nuevas instrucciones para aplastar a los checos. Esta fue la paradoja de la crisis de mayo: no fue el posterior abandono de Gran Bretaña lo que selló el destino de los checos, sino la expresión previa del apoyo británico.

Las consecuencias de la crisis de mayo siguieron coleando a lo largo de 1938 y, en muchos sentidos, hasta el estallido de la guerra al año siguiente. Lo que Hitler llevaba sospechando hacía algún tiempo pareció en ese momento irrefutable. La diferencia estuvo entre percibir la hostilidad británica durante la reunión de noviembre de 1937 en la cancillería del Reich y tener constancia de ella a partir de 1938. Londres se había quitado la careta. Gran Bretaña estaba dispuesta a ir a la guerra para detener la expansión continental planeada por Hitler antes incluso de que esta hubiera

empezado. Por otra parte, el rearme británico ya llevaba tiempo en marcha y, sumando el gasto militar en los dominios británicos, el Imperio contaba ya con el mayor presupuesto de defensa del mundo. 60 Junto con el de Francia, su potencial pronto dejaría empequeñecido al del Reich alemán con sus fronteras de entonces. Para empeorar las cosas, la enemistad de Estados Unidos en algún momento futuro no solo era segura, como su embajador en Washington no dejaba de advertir, sino que iría precedida de un gradual aumento en su potencia militar. Los planes estadounidenses «son claros en una cosa», informó el por lo general optimista agregado militar en Estados Unidos a finales de mayo de 1938, dentro del contexto de la crisis de mayo: «Ganar tiempo en una movilización industrial es un factor básico». 61 La cuestión era siempre el «tiempo», esto es, no si el Reich alemán volvería a enfrentarse o no contra Estados Unidos, sino cuándo. 62

También para Hitler el tiempo constituía la variable crucial. Si bien desde el otoño de 1937 se había producido una acusada aceleración, a finales de mayo de 1938 experimentó otro cambio de ritmo. Esto quedó reflejado en la retórica que empleó a lo largo del verano: «No debe haber problema», anunció el 22 de mayo de 1938, «que no resolvamos nosotros mismos». 63 «No es propio del estilo nacionalsocialista», señaló Hitler tres semanas después, «dejar para la posteridad la ejecución de tareas que ya son previsibles». 64 Donde Hitler en cierta ocasión había dicho que él simplemente estaba iniciando un largo proceso, en este momento manifestaba inequívocamente su determinación de terminarlo.

El Führer dejó de creer ya en llegar a un entendimiento con Gran Bretaña. Se fue volviendo cada vez más escéptico respecto al valor de los «mediadores» e intentó regular personalmente la interacción política de los alemanes con el mundo exterior en general. Decretó que no quería que los burócratas alemanes hicieran «visitas oficiales» a «las delegaciones de estados extranjeros» en el Reich, porque esto les proporcionaría una «fuente de información» independiente de la del Ministerio de Asuntos Exteriores. Hitler también quería que se ejerciera una supervisión de las «relaciones personales» entre funcionarios alemanes y extranjeros, de cuyo contenido debía informarse por escrito. Dos meses después, estableció que «las invitaciones a personalidades destacadas por parte del Estado y las autoridades del partido» debían contar con su autorización en «todos los casos». A medida que el año iba tocando a su fin, Hitler fue dando más pasos en este sentido. Le dijo a Lammers que quería unas leyes que

aseguraran que «los matrimonios entre ciudadanos alemanes y los que no poseían la nacionalidad alemana» fueran «en principio prohibidos». 65 Solo el propio Führer podía hacer excepciones en casos especiales. Esta medida no tenía una motivación racial, porque ya existía la legislación necesaria a este respecto, sino de seguridad. Hitler estaba echando las persianas de todo el Tercer Reich en general.

El Führer comenzó entonces a preparar a Alemania para un enfrentamiento con Gran Bretaña. De su retórica de admiración por los británicos pasó a otra de condena por su decadencia. La prensa nazi empezó cada vez más a retratar a los británicos como degenerados, afeminados, tecnológicamente atrasados, anticuados y susceptibles a la manipulación judía. Hitler también se hacía eco de estas ideas. 66 «No me hable de los ingleses [*sic*]», le dijo a Wiedemann, «es una nación decadente, que ya no luchará más». 67 Declaraciones como esta a menudo se malinterpretaban, confundiendo la causa con el efecto. La creciente antipatía de Hitler por Gran Bretaña era auténtica, y también su preocupación por la influencia judía allí, pero esto no venía motivado porque de verdad creyera en su debilidad o maleabilidad, sino por su miedo al poder y las intenciones británicas. Hitler se limitaba a ladrar a la luna, a tratar de mantener altos los ánimos de sus colaboradores y posiblemente el suyo propio. Y cuanto más asustado estaba, más fuertes eran los ladridos.

Una clara señal de la preocupación de Hitler por las potencias occidentales fue su decisión de reforzar las defensas occidentales del Reich a fin de poder tener sus flancos libres para atacar el sudeste y a continuación el este. El Führer llevaba pensando hacía tiempo en poner algún tipo de barrera, pero la crisis de mayo infundió al asunto un nuevo carácter de urgencia. Durante la reunión con la jefatura militar celebrada el 28 de mayo de 1938, dio instrucciones verbales de reforzar la frontera desde Aquisgrán hasta Basilea con la ayuda del Servicio del Trabajo y los hombres de Todt antes de octubre, a tiempo del planeado ataque sobre Checoslovaquia. Tres semanas después se dieron más detalles. 68 Al poco, el primero de julio de 1938, Hitler redactó un largo memorándum sobre el estado de las fortificaciones de Alemania, al este y al oeste. Su fascinación por el detalle, en gran parte consecuencia de su experiencia en la Primera Guerra Mundial, ya presagiaba cuál sería su actitud en el inminente conflicto. También su preocupación por los factores psicológicos, especialmente su temor de que las fortificaciones pudieran servir de «protección» para aquellos que «no querían luchar» y su creencia en que la victoria nunca podría conseguirse mediante los «medios de protección estrictamente pasivos», sino solo mediante el «uso ofensivo de las armas».

Por último, estaba claro que la principal amenaza en ese momento procedía del oeste. «Si hace cuatro o cinco años la situación política hacía aconsejable concentrar la capacidad defensiva entonces disponible principalmente contra Polonia», escribió Hitler, «las consideraciones y las necesidades políticas actuales requieren la máxima concentración de toda la capacidad defensiva frente al oeste». 69

La crisis de mayo también llevó a Hitler a replantearse su política armamentística. 70 En este momento quería más de todo, y más pronto aún. El ejército estuvo listo para la acción en abril de 1939, un año entero antes de la fecha objetivo original. La idea era almacenar munición para tres meses de combate. Más de la mitad de la mano de obra empleada en el sector aéreo fue asignada a la construcción del Junkers 88, un bombardero de alcance medio pensado principalmente para las operaciones contra los Aliados occidentales. 71 Hitler ordenó a su edecán naval, el capitán Von Puttkamer, decirle a Raeder que acelerara la ampliación del Kriegsmarine. Quería que la marina adelantara la construcción de dos buques de guerra para la primavera de 1940 y se diera prisa con otros dos; preparar más diques secos para buques insignia, construir todos los submarinos permitidos según el acuerdo de Londres tan pronto como se diera la orden, construir un gran número de barcos de pequeño tamaño y tramitar todos los permisos de trabajo correspondientes con Göring. La razón para estas medidas, como comunicó en una reunión convocada a toda prisa en el Oberkommando der Kriegsmarine el 25 de mayo de 1938, era la situación política, según la cual el Führer tenía que contar con que Francia y Gran Bretaña estaban en el lado enemigo. 72 Al mes siguiente, el personal de operaciones navales recibió el encargo de desarrollar una estrategia contra Gran Bretaña. De una forma u otra, Hitler pensaba en ese momento que la guerra con Gran Bretaña no solo era posible, sino probable, y quizás próxima.

Esto significaba que Hitler necesitaba urgentemente fortalecer todas sus alianzas internacionales, con vistas a elevar los costes para Angloamérica en todo el mundo. En concreto, el Führer quería poner fin al antagonismo ruso-japonés, que ya había desembocado en una guerra abierta y parecía ir a más. Para ello se reunió con el embajador alemán en Tokio, Eugen Ott, a principios de junio de 1938. «Hitler se ha extendido más en detalle sobre la posibilidad de una guerra con Inglaterra», recordaba Ott. «Pese a su acuerdo en la cuestión de la restricción naval, los británicos se opondrían obstinadamente a la necesaria expansión del *Lebensraum* alemán hacia el este». El Führer se planteaba por tanto recurrir a Roma y a Tokio en busca de ayuda. «Entonces preguntó», continuaba diciendo el embajador, «si yo

creía posible convencer a Japón para que relajara sus tensiones con Rusia y se volviera contra el Imperio británico». [73] Por primera vez, Hitler empezó también a considerar seriamente apoyar los movimientos anticoloniales dentro del Imperio británico, algo que la izquierda del partido, y muchos otros dentro de la jerarquía nazi, llevaban tiempo tratando de promover. Las críticas a la represión nazi trataron de ser contrarrestadas con ataques a los crímenes británicos, pasados y presentes. Tanto al público alemán como al internacional se les recordó el encarcelamiento de civiles bóeres en campos de concentración, un viejo tema de Hitler que se remontaba a la década de 1920. [74] Resulta sorprendente que los nazis justificaran sus propias medidas no con referencia a la Unión Soviética –el Gulag no estaba tan presente en su radar–, sino al Imperio británico.

Otra prioridad era resolver la creciente brecha que venía abriéndose con las fuerzas armadas desde principios de año. A este respecto, Hitler albergaba principalmente dos preocupaciones, a su entender estrechamente relacionadas. La primera, que como consecuencia de la crisis Blomberg–Fritsch, él pensaba que los jefes del ejército eran políticamente contrarios al nazismo, derrotistas, social y culturalmente ajenos a las realidades sociales y, en algunos casos, moralmente depravados. Hitler les describió en más de una ocasión como «una casta de señoritos estirados y cabezas huecas, completamente inútiles, carentes de ideas y cobardes». [75] En segundo lugar, los acontecimientos de la crisis de mayo, especialmente la resistencia militar al ataque planeado sobre Checoslovaquia, que muchos creían conduciría a una guerra con Occidente, hacía a Hitler dudar de la determinación de sus generales. Esta impresión se vio confirmada con las reiteradas críticas de Beck a la decisión de atacar Checoslovaquia. A mediados de julio de 1938, pidió la dimisión colectiva de los generales para obligar a Hitler a cambiar de rumbo. Al no producirse, fue Beck quien dimitió un mes más tarde. Hitler, que estaba al tanto de la oposición de Beck, [76] consideraba cada vez más a los jefes de la Wehrmacht como cobardes y obstruccionistas, y empezó a buscar otras posibilidades en materia militar. Las unidades de las SS ya habían participado en la operación austriaca de marzo, y en agosto de 1938 Hitler decretó que las SS -Verfügungstruppe fueran «una fuerza armada con carácter permanente», independiente del ejército y de la policía, utilizable como parte de la Wehrmacht en tiempo de guerra. Más adelante (en abril de 1940) las diversas formaciones militares de las SS se convirtieron en las Waffen-SS . [77]

El giro hacia la confrontación también tuvo un profundo efecto en la política racial de Hitler. Eliminar lo supuestamente negativo y acentuar lo

supuestamente positivo se hizo más urgente, pero a la vez había menos tiempo para conseguirlo. Para luchar en la guerra se necesitaría «cohesión racial», pero a la vez, en la guerra morirían los «mejores» y quedarían los demás. De modo que el tiempo racial debía acelerarse, buscando atajos si era necesario. La tarea a la que Hitler se enfrentaba era en ese momento el equivalente racial a la industrialización a marchas forzadas de Stalin. A diferencia de Gran Bretaña, cuya industrialización se había producido a lo largo de muchas décadas, la Unión Soviética quería conseguirla en el espacio de unos pocos años. Del mismo modo, a diferencia del Imperio británico, el nacionalsocialismo no podía permitirse el lujo de un desarrollo y fortalecimiento racial que durara varios siglos. 78 Durante los siguientes cinco años, por tanto, la extrusión lenta dio paso a la exterminación rápida. Esto tuvo efectos paradójicos. Por un lado, había que perseguir una eugenesia negativa, rápida y brutal, a través de la exclusión y finalmente de la aniquilación. Por otra parte, dado que ya no cabía alcanzar una «elevación» de la calidad racial con el paso del tiempo, la eugenesia positiva fue siendo cada vez más inclusiva, en la medida que Hitler se vio obligado a conformarse con lo que tenía.

En el verano de 1938, por lo tanto, Hitler llevó aún más lejos la guerra contra los judíos. Ante todo, esto se produjo como respuesta a su percepción de la amenaza externa, agravada aún más por la crisis de mayo. Justo a finales de aquel mes, Goebbels resucitó su idea de una operación «antijudía» para Berlín, cuyo inicio estaba en un principio programado para cuando el Führer regresara de Italia. Hitler estuvo de acuerdo, y el jefe de policía, el conde Helldorf, recibió órdenes de aumentar la presión sobre la comunidad judía, 79 pidiéndole concretamente, y aquí la conexión con la crisis checa era evidente, que los «judíos antisociales y criminales» fueran reclutados para realizar «importantes movimientos de tierra», esto es, la construcción del Muro del Oeste. 80 Dos semanas después, con la aprobación expresa de Hitler, la policía hizo una serie de redadas en la comunidad judía de Berlín, lo que levantó numerosas protestas entre las embajadas y consulados extranjeros, especialmente estadounidenses y británicos, dado que estas detenciones incluyeron a ciudadanos de estas nacionalidades. Tras cuatro días, estas se interrumpieron de repente. «La decisión de poner fin a la operación», escribió Franz Alfred Six, del «Servicio de Seguridad», en su informe final de la operación, «parece haberse tomado por intervención del propio Führer». Se supone que las razones de Hitler para hacerlo fueron políticas. 81 Su postura había quedado clara. El mundo exterior, especialmente Angloamérica, no debía dudar de su determinación de tomar represalias sobre la judería alemana.

Para Hitler, la indignación humanitaria que su trato a los judíos causaba en Angloamérica no era más que otra prueba del poder que estos tenían en Gran Bretaña y Estados Unidos. Muchas personas compartían con él este punto de vista. En el verano de 1938, el oficial de las SS Rolf Mühlinghaus fue autorizado para informar en persona al Führer de sus experiencias en Oxford (Exeter College). Sus comentarios daban a entender que la completa «judificación» de la clase dirigente británica les impedía tener una visión objetiva de los acontecimientos en Alemania. 82 En el otoño de 1938, el agregado militar alemán en Washington, Boetticher, que estaba de paso en Berlín, informó a Hitler de la forma en que las políticas nazis respecto a los judíos contrariaban a la opinión pública estadounidense, incluso a personas que de no ser así simpatizarían con ellos. El Führer aseguró estar de acuerdo y prometió mostrarse más comedido. 83 Por un lado, quería dar a entender a Estados Unidos que utilizaría a los judíos como rehenes frente a la actuación norteamericana. Por otro, quería evitar precipitar una confrontación con Estados Unidos, al menos hasta que estuviera preparado. Trágicamente, la hostilidad de Roosevelt hacia Hitler, y su defensa de los judíos, limitó sin embargo la ayuda que en la práctica les prestaba, poniéndoles aún más en peligro de lo que ya para entonces lo estaban.

Al mismo tiempo, de la renuencia de otros países a dejar entrar a los judíos, Hitler dedujo un respaldo a su postura. Esta apuesta a ganador y colocado quedó perfectamente ejemplificada en la actitud de Hitler hacia la Conferencia de Evian de julio de 1938, que Roosevelt convocó para debatir sobre cómo las democracias debían distribuirse la carga de los refugiados judíos más equitativamente. 84 Hitler se negó a participar, y cuando la conferencia terminó sin ninguna oferta por parte británica, estadounidense o de Europa occidental para admitir más inmigrantes judíos (solo unos pocos países latinoamericanos les abrieron sus puertas), hizo buena mofa de ello. «Ellos esperaban», comentó Hitler, «que Alemania, con 140 personas por kilómetro cuadrado, se quedaría con sus judíos sin más», pero «los imperios del mundo democrático, con solo unos cuantos habitantes por kilómetro cuadrado, no pueden asumir esa carga ellos mismos bajo ninguna circunstancia. Por lo visto, ellos están para dar lecciones morales, pero ayuda, ¡ninguna!». 85 La Conferencia de Evian tuvo otra implicación, más siniestra: la puesta en cuestión de la emigración a gran escala como solución al «problema judío».

En este contexto, Hitler trató de evitar que los judíos alemanes actuaran como una quinta columna para el enemigo, y hacerles en cambio rehenes del –supuesto– comportamiento de la judería internacional. A finales de

julio de 1938, le dijo a Goebbels que quería a los judíos fuera, pero que unos cuantos de los más ricos se quedaran, para poder utilizarlos como instrumento de negociación. 86 En este momento las Leyes de Núremberg le parecían «en realidad demasiado humanas». Los judíos, declaró a mediados de agosto de 1938, podían haber sido eliminados «de la vida del Estado», pero seguían siendo fuertes en la «economía». Históricamente, sostenía Hitler, repitiendo un tema que ya venía de antiguo, los judíos habían sido «agentes del comercio y las finanzas». En un reciente viaje a Múnich había pedido ver las tiendas judías que quedaban, y se había quedado espantado al ver que «prácticamente todas siguen allí». En otras palabras, la expulsión gradual de los judíos no había funcionado, o al menos no estaba funcionando lo bastante rápido. Hitler anunció en privado que consideraría tomar medidas «que empeoraran las condiciones de la vida judía mediante una legislación adicional, con el fin de que el grueso de la población judía de Alemania sencillamente deseara no seguir allí. Esa era la mejor manera de librarse de ellos». 87

Entretanto, Hitler siguió manteniendo la presión para limpiar el arte alemán de «dadaístas ruidosos, escayolistas cubistas y pintores de brocha gorda futuristas», y durante la inauguración de una Segunda Gran Exposición de Arte Alemán a mediados de julio de 1938 ensalzó en cambio como modelo el arte del siglo XIX . Esto suponía un problema para el arte nazi porque, a diferencia del fascismo italiano, nunca había desarrollado realmente un estilo «modernista» propio. Hitler consiguió generar un animado mercado de arte contemporáneo, manteniendo elevados los precios gracias a sus propias compras y a dar a conocer sus preferencias personales. 88 Pocos de los elementos de su colección, con excepción quizás de las esculturas de Arno Breker, serían considerados de un valor durable. Parece que Hitler también lo percibía así, pero pensaba que la mediocridad contemporánea era un precio que merecía la pena pagarse para eliminar las excrecencias del modernismo y asegurar la preeminencia del valor artístico «atemporal». Dicho esto, Hitler tenía claro que en el campo de la cultura el «tiempo de precalentamiento siempre tenía que ser mayor». 89 Una vez más, el viejo problema: eliminar lo negativo podía hacerse relativamente rápido, pero acentuar lo positivo llevaba su tiempo.

Algunas veces, las dos cosas podían hacerse a la vez. En agosto de 1938, por ejemplo, Hitler intercambió «arte degenerado» por obras de antiguos maestros de la pintura italiana por vía del mercado artístico internacional. Esta estrategia concordaba perfectamente con su visión más general. En el plano demográfico, Hitler quería cambiar lo que él consideraba la desventajosa tendencia del siglo anterior, cuando Alemania

tuvo que enviar a Estados Unidos emigrantes de alto valor y a cambio recibió inmigrantes supuestamente inferiores del este de Europa. En este mismo sentido, Hitler deseaba limpiar el arte alemán de elementos degenerados que podían ser intercambiados por obras de auténtico valor artístico. Su preocupación, en resumen, era tanto política como estética. «La pintura y la escultura», explicó Hitler, «a menudo eran reflejo de circunstancias políticas». El arte romano y griego, prosiguió diciendo, venía reflejando desde hacía mucho tiempo la grandeza de esas civilizaciones, en tanto que hasta las mejores obras producidas durante su decadencia habían sido abiertamente homosexuales. Hitler advirtió que él jamás toleraría esta degeneración en Alemania. 90

La comparación internacional también ocupaba un lugar importante en la insistencia de Hitler en la rápida terminación de la nueva Cancillería Imperial. Quería contar con un edificio grandioso que representara el poder del Tercer Reich a tiempo de celebrar allí la recepción de Año Nuevo para los diplomáticos extranjeros. En la ceremonia de cubierta de aguas, a primeros de agosto de 1938, Hitler se paró a reflexionar sobre la velocidad en la que el trabajo iba progresando y señaló que «este ya no es el *tempo* americano, sino el *tempo* alemán. Esta es la primera vez que demostramos al mundo cómo se hace, y eso es bueno». De nuevo, el *tempo* americano era el objetivo a batir, y con ello Hitler quería dar a entender algo más general. En su siguiente frase se refirió al crucial tema del *Lebensraum* . «Somos un Estado superpoblado», explicó, «nuestra viabilidad requiere mayores esfuerzos». Esto significaba, concluía Hitler, «que también debemos aumentar el ritmo políticamente». 91

El tiempo y el espacio, en resumen, seguían estando en el núcleo del pensamiento de Hitler. Aunque el tiempo se estaba acabando, todavía existía una ventana de oportunidad. «En política», declaró ante un auditorio de generales en la Escuela de Artillería de Jüterbog a mediados de agosto de 1938, «uno debe creer en la diosa Fortuna, que solo pasa una vez, ¡y hay que cogerla en ese momento! Ella no volverá nunca más». 92 Hitler estaba a punto de volver a tirar los dados.

Durante finales del verano y principios del otoño de 1938, Hitler preparó psicológica y militarmente a Alemania para entrar en acción contra Checoslovaquia. 93 El 2 de septiembre de 1938, se reunió con Henlein y le ordenó que frustrara cualquier intento de una solución negociada. Goebbels, animado por el Führer, 94 volvió a subir la temperatura propagandística. La tensión aumentó en toda Europa. Hitler advirtió a

Unity Mitford que regresara a casa por su propia seguridad. 95 La guerra se palpaba ya en el ambiente cuando los fieles del partido volvieron a reunirse en el congreso anual de Núremberg. 96 Allí, Hitler recibió un memorándum de manos del general Thomas, jefe de la Oficina de Economía de Guerra, el organismo encargado de supervisar la vertiente económica del rearme alemán. En él se afirmaba que, si bien Alemania aventajaría económicamente a Inglaterra al comienzo de una posible contienda, dicha ventaja desparecería en poco tiempo, y en todo caso el conflicto acabaría desembocando en una guerra con Estados Unidos imposible de ganar, dados los inagotables recursos de este país. 97 Hitler se puso furioso y le echó una buena regañina a Thomas; Dieckhoff, que expresó ideas similares sobre América en un encuentro privado en Núremberg, recibió un rapapolvo similar. 98 Pero tanto su retórica como sus políticas demostraron que Hitler había captado el mensaje. Para aquellos preocupados por el conflicto con el oeste, el Führer tuvo palabras tranquilizadoras en el congreso de Núremberg sobre la capacidad de Alemania «en ese momento» de sobrevivir a un bloqueo, añadiendo, de forma un tanto contradictoria, que la verdadera seguridad solo podía conseguirse «sobre la base de nuestro espacio vital», 99 el cual, cabía deducir, todavía no había sido adquirido. Entretanto Hitler organizó una impresionante exhibición militar destinada a mantener alta la moral alemana, disuadir a los aliados occidentales e infundir temor a los checos.

Estos esfuerzos se vieron complementados con una serie de movimientos cuidadosamente coordinados. El 20 de septiembre de 1938, Hitler se reunió con los húngaros y les sugirió que pidieran un plebiscito en los distritos magiares de Checoslovaquia. 100 Ese mismo día, se reunió con el embajador polaco y acordó que Varsovia podría pedir el distrito de Teschen. En lo propagandístico, Hitler redobló sus ataques contra los judíos. A principios de septiembre de 1938, volvió a atacar al «mayor enemigo que amenazaba con destruir a nuestro pueblo, el enemigo mundial que es la judería internacional», 101 advirtiéndoles –a ellos y a sus presuntos títeres en Washington y Londres– de no intervenir en apoyo de Praga. Pero, al final, lo que Hitler estaba persiguiendo era una estrategia de alto riesgo en la que la guerra con los checos era prácticamente segura y el conflicto con Occidente, perfectamente posible. La tensión era visible incluso para los observadores externos. El periodista americano William Shirer, que tuvo la oportunidad de observar el comportamiento de Hitler durante aquel periodo, escribió que «parecía tener un tic peculiar. Cada pocos pasos, inclinaba el hombro derecho nerviosamente, sacudiendo hacia arriba la pierna izquierda a la vez. Bajo los ojos tenía unas manchas,

oscuras y feas. Parecía… al borde de sufrir un ataque de nervios».

A finales de septiembre, la tensión aumentó todavía más. Durante una serie de reuniones con el primer ministro británico, Neville Chamberlain, en Berchtesgaden, Bad Godesberg y por último en Múnich, Hitler amenazó con la guerra si sus exigencias no se cumplían. Hubo ocasiones en las que parecía que Gran Bretaña y Francia intervendrían. El 26 de septiembre, el presidente Roosevelt envió a Hitler y al resto de los protagonistas principales un telegrama llamando a alcanzar una solución negociada y dando a entender, si bien de forma muy indirecta, que, de no ser así, Estados Unidos intervendría, «asumiendo» sus «responsabilidades como parte de un mundo de vecinos». Esta fue la primera maniobra directa, si bien cautelosa, claramente dirigida contra la Alemania nazi por parte del gobierno de Estados Unidos. 102 Brauchitsch advirtió que el ejército aún no estaba preparado. 103 Hitler, que estaba bien informado por los equipos de vigilancia de Göring de las posturas negociadoras de la otra parte, 104 y de las tensiones entre Praga y Londres, se mantuvo firme. Para demostrar que iba en serio, hizo desfilar a una división de infantería a través de Berlín de camino a su despliegue en la frontera checa. A últimos de septiembre de 1938, Chamberlain cedió en Múnich, aceptando finalmente la ocupación más o menos inminente de los Sudetes por parte de Alemania. Poco después, Polonia tomó Teschen y los húngaros se adjudicaron una generosa porción del sur de Eslovaquia.

La guerra se había evitado. El suspiro de alivio colectivo pudo escucharse en toda Europa, de forma especialmente palpable en Alemania. Hitler había vuelto a salir airoso una vez más, tal y como Goebbels y Ribbentrop habían pronosticado. Había logrado hacer retroceder a una coalición militarmente superior. 105 Los opositores del ejército y de Asuntos Exteriores habían sido puestos en evidencia. El Führer, se maravilló el general Von Reichenau, había «apostado fuerte» y había ganado. «Si fuera jugador de póquer», continuó diciendo Reichenau, «podría ganar miles de marcos cada noche». 106 El público alemán, al que la perspectiva de la guerra había tenido atemorizado, se llevó una gran alegría.

Pero Hitler no sentía alivio ni satisfacción. Por el contrario, estaba frustrado y desanimado. El tiempo se acababa. Sus esperanzas habían sido que toda Checoslovaquia hubiera sido invadida antes de final de año. Ahora tendría que dejar lo que quedaba del Estado checo para la primavera. A Hitler le inquietaba también la intervención de Roosevelt, como demostró en su detallada respuesta al presidente, que duplicaba la extensión del original, en mitad de la crisis. En ella, volvía a sacar a escena su

indignación por la forma en la que Wilson había convertido a Alemania en un Estado «paria» después de la guerra, lamentaba la grave situación de los alemanes de los Sudetes y expresaba varios agravios más. 107 Pero lo más preocupante de todo para alguien que, como Hitler, asignaba tanta importancia a cosas intangibles como la voluntad y la cohesión nacional, era la evidente renuencia del pueblo alemán a embarcarse en otro conflicto. Desde una ventana de la Cancillería Imperial, observó en consternado silencio los rostros temerosos y las miradas esquivas del público asistente al desfile de la división de infantería a través de Berlín. Goebbels advirtió a Hitler de que el pueblo alemán no estaba preparado para la guerra. 108 En este sentido, Hitler fue víctima de su propia retórica. El pueblo alemán, como gran parte de Europa, había creído en sus constantes promesas de paz. 109 Por todas estas razones, Hitler nunca consideró el acuerdo de Múnich como una insigne victoria, sino como una enorme concesión de su parte. 110

Por tanto, apenas conseguido este triunfo en Múnich, Hitler se aprestó a planear la siguiente jugada. Les dijo a sus generales estar «decidido a resolver la cuestión del [resto de] Checoslovaquia». 111 Esto, sin embargo, era solo un primer paso. El objetivo real era conseguir una plataforma desde la que atacar a la Unión Soviética y, como Halder transmitió al encargado de negocios en Berlín, Raymond H. Geist, algún tiempo después, tomar Ucrania. 112 El 21 de octubre, Hitler ordenó al Alto Mando de la Wehrmacht que se preparara para la destrucción de lo que quedaba del Estado checo y la ocupación del pequeño territorio de Memel, antes parte de Prusia. Dos días después, le pidió a Fritz Todt que investigara la posibilidad de establecer una vía férrea extraterritorial a través del corredor polaco. Idealmente, lo que quería era aliarse con Polonia contra Rusia, o bien utilizar la Polonia del este como base de operaciones. Si esto no era posible, Hitler al menos esperaba contar con «pasillos» desde los que poder lanzar su ataque contra la Unión Soviética. 113 El *Lebensraum* que pretendía a finales de 1938 claramente no estaba en Polonia, sino mucho más al este. 114 A finales de octubre de 1938, Hitler formuló sus demandas sobre Polonia a Ribbentrop: Danzig, una vía férrea extraterritorial, la emigración de los judíos de Polonia, su adhesión al Pacto Anticomintern y una política común frente a la Unión Soviética (lo que en realidad significaba una ofensiva de guerra conjunta). Sin duda, acceder a estas peticiones habría colocado a Polonia definitivamente dentro de la órbita alemana, pero, a diferencia de las presentadas ante los checos, estas no habían sido premeditadamente pensadas para ser inaceptables. Por el contrario, Hitler deseaba fervientemente la cooperación polaca.

Mientras preparaba sus siguientes movimientos en el extranjero, Hitler seguía obsesionado por la debilidad alemana en el ámbito interior. A primeros de noviembre de 1938, volvió a arremeter contra la «fragmentación de la comunidad nacional en clases». Hitler culpaba tanto a la *Bürgertum* como a los «parásitos judíos internacionales que habían penetrado en el pueblo alemán» de la «falsa selección» resultante en el pueblo alemán. Se necesitaba una «selección de líderes». 115 Esto, no obstante, llevaría tiempo. Entretanto, era necesario asegurar el frente nacional y reavivar el entusiasmo por la confrontación tan obviamente ausente durante la crisis checa. Hitler también quería actuar contra los presuntos «parásitos» de dentro del país y los que movían los hilos desde fuera. Quería animar a los judíos para que emigraran lo más rápido posible y que el mundo exterior les aceptara. Se requería otro cañonazo de advertencia contra la judería internacional. A finales de octubre de 1938, las SS expulsaron a alrededor de 17.000 judíos más, muchos de los cuales acabaron en la tierra de nadie entre las fronteras de Polonia y el Reich.

El 7 de noviembre de 1938, el polaco Herschel Grynszpan disparó e hirió de muerte al diplomático alemán Ernst vom Rath en la embajada de Alemania en París. Aunque su motivación no está completamente clara, parece que lo hizo en protesta por la deportación de sus padres judíos de Alemania a Polonia. De un modo u otro, su acción fue interpretada por los nazis como otro golpe de la judería internacional contra el Tercer Reich. 116 Hitler, al que mantenían informado del estado de Rath, aprovechó la ocasión para vengarse. Al recibir la noticia de la muerte del diplomático, el Führer –tal vez por sugerencia de Goebbels– ordenó la convocatoria de una manifestación «espontánea» de indignación popular contra los judíos. La resultante orgía de vandalismo, cristales rotos, acoso, encarcelamientos y asesinatos dirigidos contra los judíos y propiedades judías como sinagogas o tiendas, acaecida el 9 de noviembre de 1938, ha pasado a la historia como la *Reichskristallnacht* , la noche de los cristales rotos. 117

Normalmente, Hitler se mostraba muy contrario a los pogromos, que consideraba ineficaces, acientíficos y contraproducentes para el orden público, pero en esta ocasión –tal vez impresionado por su reciente efectividad en Austria– hizo una excepción. Su objetivo era enardecer en el pueblo alemán el furor contra sus presuntos enemigos de dentro y fuera del país, enviar a la judería internacional el aviso más contundente posible de que no se iba a tolerar ninguna interferencia más en los asuntos alemanes, acelerar la emigración judía y garantizar que –caso de no poder evitarse la guerra con Occidente– los judíos alemanes serían expulsados antes del comienzo de las hostilidades. 118 A diferencia de lo ocurrido en la Noche

de los Cuchillos Largos, Hitler no dio ningún discurso público justificando estas medidas. La *Kristallnacht* fue principalmente obra suya, lanzada por el Führer con unos propósitos estratégicos definidos por él. 119 Parece que su iniciativa fue bien entendida por parte del gran público. «Los judíos son los enemigos de la nueva Alemania [y] la noche pasada han tenido ocasión de hacerse una idea de lo que eso conlleva», escribió Melitta Maschmann, que trabajaba para el Bund Deutscher Mädel, al día siguiente de la *Kristallnacht* . «Esperemos que la judería occidental, que ha decidido entorpecer los "nuevos pasos hacia la grandeza" de Alemania, tomará nota de los hechos de la pasada noche como advertencia. Si los judíos siembran el odio contra nosotros en todo el mundo, deben saber que aquí tenemos rehenes en nuestras manos». 120

Las semanas siguientes a los violentos hechos del 9 de noviembre fueron testigo de una escalada en las restricciones legales contra los judíos. Desde ese momento quedaron completamente excluidos de la economía alemana. Tres días después, el «decreto para la eliminación de los judíos de la vida económica de Alemania» estableció que a partir de final del año no podía emplearse a judíos en el comercio ni en tiendas minoristas. 121 La *Kristallnacht* no resolvió todavía la contradicción esencial en la guerra a los judíos entre el deseo de echarlos fuera y el de mantenerlos como rehenes. La emigración seguía siendo una prioridad para el régimen. El mismo día que se emitió el decreto, Hitler le dijo a Göring que tenía pensado lanzar una iniciativa diplomática para dejar en evidencia a otros estados por no aceptar a los judíos y de este modo forzarles a hacerlo. 122 Un mes más tarde, sugirió que el mundo exterior debía pagar por esta solución; Schacht fue encargado de investigar la obtención del préstamo internacional necesario. 123 La esperanza de Hitler en este momento era cooperar con el gobierno polaco, y tal vez con otras autoridades europeas, para dar soporte a la salida del mayor número posible de judíos. La cuestión judía, como explicó al ministro de Defensa sudafricano, Oswald Pirow, hijo de inmigrantes alemanes, «no era solo un problema alemán, sino europeo». «El problema», le aseguró a su interlocutor, «se resolvería en el futuro próximo». Hitler llegó incluso a predecir que «los judíos desaparecerían algún día de Europa». 124

Estos hechos, junto con la sensación general de que Hitler ejercía la represión a escala nacional y se encaminaba a una guerra a escala internacional, dañaron el fuerte carisma que su figura había tenido antes en el extranjero. La *Kristallnacht* provocó una indignación especialmente notable en Angloamérica, y más concretamente en Estados Unidos. La reacción de los medios de prensa fue casi uniformemente crítica,

confirmando así a Hitler en su percepción de que actuaban como agentes de la judería internacional. 125 El embajador de Estados Unidos, Hugh Wilson, regresó a su país por haber sido llamado a «consultas». Desde este momento, hasta el final del Tercer Reich, todos los asuntos quedaron a cargo de personal de menor rango. Hitler se vengó retirando a su propio embajador. La respuesta diplomática de Gran Bretaña fue más débil, pero la sensación general de que Hitler avanzaba hacia una guerra era palpable tanto en la prensa como en la política. La opinión internacional en general estaba estupefacta. 1938 fue testigo del «apogeo de Hitler» en lo que entonces se consideraba el mundo civilizado. Para entonces, 1.333 calles y plazas de Alemania llevaban su nombre. 126 Hitler fue nombrado «hombre del año» por la revista *Time* , ciertamente un cumplido con doble lectura. En adelante, el apoyo a Hitler empezó a declinar, al menos en las democracias occidentales.

Así pues, en noviembre de 1938 el Führer ya tenía claras las líneas de batalla. Angloamérica y la judería mundial se habían «quitado la máscara» y alineado en su contra. Se trataba de una lucha política, diplomática, económica y racial. Enfrentaba a los alemanes no solo contra los judíos, sino contra británicos y estadounidenses. Cada vez más, la retórica de Hitler aludía a los «anglosajones» como un grupo. 127 Hitler veía todos estos frentes como interconectados. Si la guerra estallaba por la «cuestión judía», afirmaba, «eso sería prueba de que Inglaterra estaba gobernada por una mentalidad contraria a la paz con Alemania». De hecho, Hitler declaró tener la sensación de que Chamberlain y Halifax se limitaban a «bailar colgados de una cuerda que por detrás manejaban la prensa y la oposición», es decir, los judíos. 128 El hombre al que el Führer temía de verdad, después de Roosevelt, era Winston Churchill, cuyos enfervorizados discursos contra el Tercer Reich él seguía muy de cerca y a quien acusó de querer «destruir» no solo el régimen, sino a la propia Alemania. 129 Hitler señaló con asombrosa clarividencia que, dado el sistema político británico, «mañana o pasado el señor Churchill podría convertirse en primer ministro». 130 El duelo entre Hitler y Churchill, que dieciocho meses después saltaría a la escena mundial, ya había comenzado.

La preocupación de Hitler no era solo por el poder del *lobby* judío en Londres, Washington y Nueva York, sino por el tamaño y la calidad del elemento nórdico presente en Angloamérica. Sabía que la inquietud ante el poder del Imperio británico y Estados Unidos, que habían derrotado al Reich en la Gran Guerra, era ampliamente compartida en Alemania. Por este motivo decidió compartir confidencias con la prensa, para informarle de la lucha que se avecinaba y asegurarles que podían salir vencedores. Las

circunstancias, explicó durante una reunión privada de destacadas personalidades del mundo de la prensa, «me han obligado durante décadas a hablar prácticamente solo de la paz». Solamente mediante el énfasis en los «deseos de paz» alemanes, siguió diciendo Hitler, había sido posible «ir recuperando poco a poco la libertad del pueblo alemán y proporcionarle el armamento que siempre iba siendo necesario para el siguiente paso». El problema era, aseguró, sin duda refiriéndose a la falta de espíritu marcial durante la crisis checa, que «mucha gente» había llegado así a la errónea conclusión de que el «régimen» [*sic*] «quería mantener la paz bajo cualquier circunstancia». Esto podía desembocar, advirtió Hitler, en el «derrotismo», justo en el momento en que el Reich más necesitaba armarse de valor frente al próximo desafío.

Por esta razón, explicó el Führer, era «en este momento necesario reorientar psicológicamente al pueblo alemán» y mostrarle que había metas que solo podían alcanzarse por la fuerza. El propósito de este meticuloso trabajo era asegurar que el *Volk* estuviera listo «para levantarse, incluso cuando empiecen a caer rayos y truenos». La clave para ello era la «autoconfianza». El cometido de la propaganda era infundir en el pueblo alemán «la seguridad en la convicción de que, ante todo, el *Volk* mismo constituía un activo de Alemania, y, en segundo lugar, de que el liderazgo del *Volk* era digno de confianza». Los alemanes tendrían «que aprender a creer tan fanáticamente en la victoria final que incluso si se producían derrotas, la nación seguiría adelante, como había hecho Blücher frente a múltiples reveses». A partir de estos fragmentos, queda claro que la gran transformación del pueblo alemán iniciada en 1933 no estaba ni mucho menos completa. Muchos alemanes, temía Hitler, solo simpatizaban con el nazismo cuando las cosas iban bien, pero dejarían de hacerlo cuando fueran mal.

Cuando ya estaba llegando al final de su alocución, Hitler tocó el tema que estaba en la mente de todos: el poder de Angloamérica, el probable enemigo de Alemania en la inminente contienda. Su intención era convencer a su audiencia de que lo que todos los alemanes debían temer por encima de todo era el propio miedo, de que el desequilibrio no era ni mucho menos tan grande como pensaban. Ocultando sus inveteradas reservas respecto al pueblo alemán, reiteradas tan solo unos minutos antes, Hitler trató entonces de levantar la autoconfianza nacional y persuadir a los periodistas para que hicieran lo propio. «El valor del pueblo alemán», afirmó, «es incomparable». «Jamás permitiré que nadie me diga», continuó diciendo Hitler en evidente contradicción con sus anteriores y desfavorecedoras comparaciones con Angloamérica, «que otro pueblo

pueda tener más valor que el nuestro». Asimismo, insistió en que «nuestro pueblo, especialmente en el momento actual, ostenta con su gradual mejora racial [¡*sic* !] el valor más alto en toda la faz de la Tierra». Se trataba no obstante de una superioridad muy aspiracional. Por lo que sabemos de la impaciencia del Führer respecto al avance de esta «mejora gradual» y su percepción general de la superioridad anglosajona, toda esta palabrería venía a ser solo otro brindis al sol sobre el tema racial.

Hitler se puso entonces a echar unas cuentas muy elementales y características de él. Estados Unidos, advertía, podía tener «126 o 127 millones de habitantes», pero si se descontaba a los «alemanes, irlandeses, italianos, negros, judíos», etcétera, se quedaban en «no más de 60 millones de anglosajones». De igual modo, «el Imperio británico apenas contaba con 46 millones de hombres y mujeres ingleses en su madre patria». En cambio, Alemania «tendría 80 millones de personas de una misma raza para 1940». 131 «Quien no crea en el futuro de este gran bloque», concluyó, «no es más que una piltrafa». Lo sorprendente de esta perorata no era solamente lo erróneo de sus cálculos –incluso en el mejor escenario imaginado por Hitler, Angloamérica tendría 106 millones de anglosajones para combatir contra 80 millones de alemanes–, sino también el hecho de que suprimía a la América alemana del total de Estados Unidos. Al fin y al cabo, era el fantasma de millones de emigrantes alemanes luchando del lado americano el que había llevado a Hitler a buscar territorios en el este.

En este contexto, Hitler hizo un último intento por revertir la tendencia demográfica. Su cálculo fue sencillo. Quería que los judíos alemanes emigraran y confiscar sus propiedades, pero pocos estados estaban dispuestos a dejar entrar inmigrantes sin un céntimo en el bolsillo. Hitler también quería que los emigrantes alemanes, y sobre todo los germanoamericanos, volvieran al Reich, pero carecía de fondos para pagar sus pasajes y reasentamiento, en caso de que quisieran volver. 132

La solución lógica era intercambiar judíos alemanes y sus propiedades por alemanes de América y sus activos. Para Hitler, esta era la jugada doblemente ganadora, donde la eugenesia «negativa» encajaba con la «positiva». El 16 de diciembre de 1938, Göring llamó a Weizsäcker, el secretario de Estado de Exteriores. Quería «una operación a gran escala… para traer de vuelta de América a los alemanes de origen (incluidos los que ya tenían la ciudadanía estadounidense)» para dotar de trabajadores al Plan Cuatrienal. Hitler no solo aprobó el plan, sino que fue al parecer el que inspiró la idea de que «podría organizarse incluso un intercambio entre los estadounidenses de origen alemán que regresaran y los judíos enviados allí». 133 El Ministerio de Asuntos Exteriores era profundamente escéptico

sobre la viabilidad del plan, y advirtió de que cualquier intento de procurar el regreso de ciudadanos estadounidenses enfurecería a Washington. 134 Al final, el estallido de la guerra dio al traste con estos planes.

A medida que la ruptura con Angloamérica estaba más cerca, Hitler fue globalizando su política y su retórica. La alianza japonesa fue cobrando aún más importancia. Mientras que Hitler anteriormente había visto con buenos ojos la posibilidad de una guerra ruso-japonesa, que le daría la oportunidad de conseguir *Lebensraum* en el este, en este momento trató en cambio de evitarla. En adelante, toda su política se orientó a tratar de que Tokio también se pusiera en contra de Londres y de Washington. Parte de esta estrategia era reducir la presencia alemana en China. En el otoño de 1938, suspendió la misión militar del general Falkenhausen a fin de agradar a los japoneses. Algunos generales se resistieron enérgicamente a esto, para indignación de Hitler. 135 Otro eje importante era reducir las tensiones ruso-japonesas, que habían acarreado una dolorosa derrota para Tokio en Changkufeng, en la frontera soviética con China y Corea, en julio-agosto de 1938; la propaganda alemana recibió instrucciones de no dar pábulo a cualquier posible conclusión en el sentido de que los japoneses no fueran valiosos como aliados. 136 Estas medidas fueron acompañadas de una serie de tajantes afirmaciones sobre la calidad del ejército japonés y la degeneración de los americanos, «un pueblo mayoritariamente debilitado y decadente». 137 Aunque Hitler admiraba sinceramente a Japón y a su embajador en Berlín, Oshima, este tipo de afirmaciones deberían interpretarse básicamente como meras palabras dirigidas a mantener alta la moral alemana.

El enfrentamiento de Hitler con el Imperio británico también le llevó a replantearse su actitud hacia los movimientos antiimperialistas en Asia y Oriente Medio. Esto era en parte una cuestión de propaganda, dado que las políticas imperiales británicas eran denigradas con el fin de ilustrar la «hipocresía» del interés que Londres mostraba por los derechos humanos en Alemania. «La indagación por parte de los políticos británicos sobre el destino de los alemanes o miembros del Reich dentro de las fronteras del Reich», dijo, «está fuera de lugar. Al fin y al cabo, nosotros no nos inmiscuimos en asuntos similares que afectan a Inglaterra, como lo que ocurre en Palestina», en referencia a la represión de la «Revuelta Árabe». El principal propósito de la nueva retórica internacional de Hitler, sin embargo, era prevenir a los alemanes del peligro que ellos mismos corrían de ser colonizados y advertir al oeste de que no volverían a dejarse someter. «No estoy en absoluto dispuesto», avisó Hitler en el momento álgido de la crisis de los Sudetes, «a permitir el establecimiento de una

segunda Palestina aquí, en el centro de Alemania. Los pobres árabes puede que estén indefensos y abandonados, pero los alemanes de Checoslovaquia no están ni indefensos ni abandonados. Esto conviene que se tenga en cuenta». Hitler, obviamente, comparaba a los árabes con los alemanes oprimidos, no con los checos; de hecho, llegó a recibir a treinta nacionalistas iraquíes en el congreso anual de Núremberg. 138 Antes de 1933, Hitler había criticado a los que veían a los alemanes como los parias de la Tierra, pero en este momento estaba más cerca de este argumento de lo que estaba dispuesto a admitir.

En el otoño de 1938, el Tercer Reich comenzó a preparar una ofensiva propagandística contra el Imperio británico, específicamente diseñada en represalia por las emisiones en idioma alemán de la BBC . El motor de esto fue Goebbels, en sintonía con el Führer. 139 Los primeros programas en inglés y árabe, emitidos durante la primavera siguiente, se enfocaron en difundir el anticolonialismo, el antisemitismo y el antisionismo. 140 En qué medida este mensaje fue en realidad escuchado y aceptado por el público al que iba destinado es algo que no está claro. Parte de dicho mensaje, claro está, era innecesario. Exportar antisemitismo a Oriente Medio era como transportar naranjas a Jaffa. Es evidente, no obstante, que la propaganda alemana caló hondo en muchos nacionalistas del Tercer Mundo. Por ejemplo, Joseph Said Abu Durra, el líder de la resistencia en el norte de Palestina, escribió a Hitler a finales de diciembre de 1938, alabando «al gran Führer de Alemania, que había conseguido honor y fama imperecederos». También condenaba los «crímenes» cometidos por «Inglaterra, ese Estado que se declara justo, civilizado y humano». El autor procedía acto seguido a atacar a los judíos, y a sugerir que la lucha árabe en Palestina merecía el apoyo alemán. 141

El rápido deterioro de las relaciones con Angloamérica tuvo un profundo impacto en el pensamiento militar y la política armamentística de Hitler. Claramente, él no estaba planeando una guerra a gran escala en el oeste, al menos no si podía evitarla. Tampoco tenía previsto atacar Polonia. Estaba esperando expoliar la Unión Soviética, pero tenía en tan baja opinión el caos y la violencia del gobierno de Stalin que no esperaba necesitar todas sus fuerzas, o mucho tiempo, para hacerlo. Las prioridades de Hitler consistían en generar una capacidad naval y aérea suficiente para, por un lado, disuadir o frenar a Occidente, a la vez que por otro conseguía *Lebensraum* en el este. En diciembre de 1938, Hitler dio el visto bueno a un ambicioso programa de construcción naval, destinado a construir no menos de seis buques de guerra, varios cruceros y casi 250 submarinos. 142 Ese mismo mes, botó el portaaviones *Graf Zeppelin,* mientras que el

astillero Germaniawerft de Kiel recibió el encargo de construir otro. 143

A Hitler le inquietaba particularmente el poder aéreo occidental, especialmente la capacidad de los bombarderos franceses y británicos para atacar el Ruhr. En concreto, subrayó las amenazas de hacerlo lanzadas por los parlamentarios de Westminster. A diferencia de los estadounidenses, que habían entrado en pánico al escuchar la emisión de radio de *La guerra de los mundos* de H. G. Wells, en la que se simulaba una invasión desde el espacio exterior, Hitler afirmó que él no tenía «miedo de las bombas de Marte ni de la Luna». 144 Sí le preocupaba en cambio la versión terrestre. A finales del otoño de 1938, Hitler exigió quintuplicar la potencia de la Luftwaffe con «un programa de dimensiones gigantescas, comparado con el cual los logros anteriores resultan insignificantes», que incluía una flota de bombarderos pesados, cazas de escolta de largo alcance y un avión interceptor para la protección del Reich. Hitler también invirtió una enorme proporción de su capacidad industrial en artillería aérea. 145 El temor a los ataques aéreos franco-británicos era una de las razones por las que estaba decidido a aplastar lo que quedaba de Checoslovaquia, que él continuaba describiendo como un gigantesco «portaaviones» para los aliados occidentales. El coste total de estas medidas era exorbitante, y sumado a las grandes cantidades ya invertidas, o comprometidas con el rearme, completamente inabordable en tiempos de paz. Las obras civiles cesaron casi por completo. Solo debían continuar los monumentales proyectos personales de Hitler.

A finales de 1938, en resumen, los perfiles de la inminente contienda iban haciéndose cada vez más claros. De forma necesaria y conforme a lo esperado, desde el punto de vista de Hitler, dicha contienda enfrentaría a los alemanes contra la judería mundial, en sus dos encarnaciones, comunista y capitalista, y principalmente en esta última. Lamentablemente, desde el punto de vista de Hitler, también enfrentaría al Reich con el Imperio británico y Estados Unidos. Hitler habría preferido, con mucho, continuar en paz con ambos, y había albergado grandes esperanzas de aliarse al menos con uno de ellos. La consecuencia, en cierto modo sorprendente, de la nueva situación no fue solo una alianza oficial con Japón, país hacía tiempo considerado la nueva estrella en ascenso de Oriente, sino un creciente acercamiento a las fuerzas antiimperialistas del Imperio británico. Este no era el lugar donde Hitler quería o hubiera imaginado estar, y de hecho él había hecho todo lo que estaba en su mano para evitarlo, pero lo cierto es que allí estaba.

En Año Nuevo, las relaciones con Angloamérica, que ya dejaban bastante que desear, se deterioraron todavía más.

En su mensaje anual al Congreso, pronunciado el 4 de enero de 1939, Roosevelt anunció que utilizaría todos los medios posibles «sin llegar a la guerra» para frenar a los agresores. «Las democracias temerosas de Dios que hay en el mundo», explicó, «no están seguras si permanecen indiferentes a la ilegalidad, dondequiera que se produzca». Esto llegó un día después de que Estados Unidos asumiera un enorme aumento del gasto en defensa, el mayor hasta entonces en tiempos de paz. Una semana más tarde, el agregado militar alemán en Washington advirtió contra el «presidente y sus amigos judíos [y] sus ilimitados planes armamentísticos y sus intentos de amenazar con el fantasma alemán»; incluso si la capacidad inmediata de Estados Unidos para librar una guerra era limitada, su potencial era enorme. Hitler era profundamente consciente de ello. Le dijo a Boetticher que él mismo destruiría a Roosevelt demostrándole al mundo que el presidente tenía ascendencia judía. Hitler pidió entonces a la embajada de Washington y a otros expertos que fijaran la fecha en la que Estados Unidos estaría en la práctica preparado para intervenir, caso de que estallara la guerra en Europa en 1939. 146 La cuestión no era ya si llegaría una guerra con Estados Unidos, sino cuándo.

La determinación de Hitler de igualar a Estados Unidos se reflejaba en sus ideas arquitectónicas. En enero de 1939, se reunió con Todt y Speer en la Cancillería Imperial para debatir más extensamente sobre la prevista remodelación de Hamburgo y su enorme puente, al estilo del de San Francisco, sobre el Elba. En ella supo, para su satisfacción, que el arquitecto, Konstanty Gutschow, «también había cursado estudios en Estados Unidos». 147 Hitler expuso su pensamiento al Alto Mando alemán. Estos monumentales proyectos de construcción eran parte de su plan para mostrar al pueblo alemán «que no es de segunda fila, sino igual a cualquier otro pueblo de la Tierra, incluido Estados Unidos». «Este es el motivo», continuó diciendo Hitler, «por el que he ordenado construir este gran puente en Hamburgo». Su propósito era conseguir que «cualquier alemán que llegue al país o salga de él, o que haya tenido ocasión de comparar a Alemania con otros países, pueda decirse a sí mismo: "¿Qué tienen de extraordinario Estados Unidos y sus puentes? Nosotros podemos hacer lo mismo"». Esto, concluía Hitler, «es por lo que estoy haciendo construir rascacielos [en Hamburgo] que serán tan "impresionantes" como los americanos». 148 Con ello, Hitler trataba de transmitir, en cemento y piedra, el mismo mensaje que pedía a los periódicos alemanes que publicaran.

En el frente del consumo, Hitler tampoco se había dado del todo por

vencido. A mediados de febrero de 1939, inauguró en Berlín el Salón Internacional de Automóviles y Motocicletas. La industria automovilística, afirmó, era importante no solo en Alemania, sino «en gran parte del mundo». Hitler subrayó que «el automóvil no es un artículo de lujo, sino de consumo», reafirmando de este modo su compromiso de elevar los niveles de vida alemanes. Esto requería, continuaba diciendo, una estructura de precios adecuada «para todas las clases de posibles compradores». Hasta qué punto Hitler contemplaba todo esto dentro de un contexto de competición internacional quedó demostrado por su énfasis en la necesidad de aumentar «la confianza del pueblo alemán en sus propios coches» y asegurar un «suministro de materias primas independiente del resto del mundo». 149 El *Motorisierung* de Alemania debía conseguirse no como parte de un proceso occidental general, sino independientemente y en paralelo; separado, pero igual, por decirlo así. En este Salón se presentó un prototipo del Volkswagen, con el anuncio de que comenzaría a fabricarse masivamente lo antes posible. El desafío pudo escucharse alto y claro al otro lado del Atlántico. «Hitler declara la Guerra del Automóvil», titulaba el *Pittsburgh Press* , «se expone un coche de 400 dólares». 150

Diplomáticamente, la creciente enemistad con Angloamérica condujo a Hitler a estrechar sus lazos con Japón. La principal función de Japón, en su concepción estratégica, era acorralar a Estados Unidos en el Pacífico, más que distraer a la Unión Soviética en Extremo Oriente. Así se lo explicó Ribbentrop, con el consentimiento de Hitler, a un grupo de altos cargos militares hacia finales de enero de 1939. 151 En febrero de 1939, asistió a una Exposición de Arte Japonés en Berlín, como muestra de su respeto. No obstante, pese a las ansias de Hitler, Tokio tardó en comprometerse. 152

Militarmente, Hitler reaccionó dando máxima prioridad a la marina en cuanto a suministro de armas y asignación de recursos. 153 En enero de 1939, autorizó en secreto el Plan Z, un ambicioso programa de construcción armamentística cuya culminación estaba prevista para mediados de la década de 1940, momento en el que Hitler esperaba que la confrontación con Estados Unidos sería inevitable. En él se contemplaba la fabricación de 10 buques de guerra, 10 cruceros de combate, 4 portaaviones, 5 cruceros pesados, 18 cruceros ligeros, 20 cruceros de menor tamaño, 64 destructores, 78 torpederos y 249 submarinos de diverso tamaño. 154 El tonelaje total propuesto ascendía a 2 millones y el número de marineros que requerirían estos barcos, unos 200.000. El esfuerzo exigiría además alrededor de 20.000 nuevas máquinas para llevarlo a cabo. Todo esto, claro está, era incompatible con el Acuerdo Naval firmado con Gran Bretaña en 1935. Además, era potencialmente desastroso para el

ejército, y en especial para la Luftwaffe, a costa de la cual iba a llevarse a cabo la nueva producción; Göring se quejó amargamente. 155

El esfuerzo acumulativo del gasto militar pasado y del previsto era para la economía alemana demasiado importante como para ser ignorado o disfrazado a base de declaraciones de «voluntad» política. El 7 de enero de 1939, la junta directiva del Reichsbank advirtió a Hitler que las cuentas, simplemente, no salían. No había divisas extranjeras para comprar materias vitales. Finalmente, Schacht se plantó. 156 Enseguida fue destituido como presidente del Reichsbank.

El cada vez mayor nerviosismo de Hitler quedó claramente de manifiesto en su trascendental discurso del 30 de enero de 1939, sexto aniversario de su toma del poder. 157 La continuada falta de confianza del Führer en la unidad alemana, especialmente frente a las amenazas del exterior, fue evidente a lo largo de todo el discurso. Era, en realidad, su principal motivo para darlo. El desafío más importante procedía de Occidente, en concreto de Estados Unidos, y en este sentido Hitler temía las palabras y las armas por igual. Arremetió contra «ciertos periódicos y políticos del resto del mundo» –refiriéndose a Roosevelt y a la prensa americana– que afirmaban que Alemania estaba amenazando la paz europea. Aludiendo explícitamente a la intervención del presidente sobre Múnich, e implícitamente a su mensaje de Año Nuevo al Congreso, Hitler afirmó que Alemania «no aceptaría que los estados occidentales interfirieran en ciertos temas», que eran asunto del Reich y de nadie más. 158

La peor de todas las amenazas occidentales era la idea de la democracia, fuente de disensión política y social a la que Hitler culpaba de la debilidad de Alemania en tiempos pasados. La democracia era el enemigo, no solo en el ámbito interior, sino también exterior. «Ciertas democracias», afirmaba Hitler, «tienen al parecer el privilegio exclusivo de alimentar el odio contra los denominados estados totalitarios». Hitler atacó a sus principales enemigos del mundo democrático, esto es, a los «apóstoles de la guerra como el señor Duff Cooper, el señor Eden, Churchill o el señor Ickes». 159 La asociación por parte de Hitler del hombre de confianza y veterano secretario de Interior de Roosevelt, Harold Ickes, con políticos británicos contrarios al apaciguamiento reflejaba la creencia del Führer de que Angloamérica estaba conchabándose contra él. También dijo que, si bien uno podía reírse de la afirmación de que «Alemania planeaba atacar América», había que recordar que «en estas democracias estamos tratando con estados cuya estructura política permite que, en pocos meses, estos terribles promotores de la guerra puedan llegar a

ser jefes de gobierno». Una vez más, Hitler anticipaba la presidencia del gobierno para Churchill, algo, por supuesto, a lo que él contribuiría más que nadie.

A continuación, hacía ya aparición el principal objetivo del discurso, «la judería mundial» y su presunto instrumento, el gobierno de Franklin D. Roosevelt. Del mismo modo que el presidente había advertido a Hitler en su discurso de Año Nuevo ante el Congreso, en esta ocasión le tocaba a Hitler responder ante su Parlamento, el Reichstag. La intención de Hitler era doble. Por un lado, quería preparar al pueblo alemán de cara a este conflicto, porque, de otro modo, el estallido de una guerra provocada por estos enemigos pondría a los alemanes en una situación para la que «psicológicamente no estaban en absoluto preparados» y que les parecería «inexplicable». «El pueblo alemán», continuó diciendo, «debe saber quiénes son los que están tratando de provocar una guerra a toda costa» y, por esta razón, toda la propaganda debía centrarse en «el enemigo mundial judío». Por otro lado, Hitler no solo quería desenmascarar al enemigo, sino también lanzarle una advertencia, amenazando con una venganza tan terrible que le hiciera desistir de empujar a los pueblos de Europa a otra guerra.

A continuación, lanzó una advertencia en clave, pero clara, a Roosevelt y a la «judería mundial». «Si las finanzas internacionales dentro y fuera de Europa consiguen hundir a los pueblos en otra guerra», anunció Hitler, «el resultado no será la bolchevización de la Tierra y por tanto la victoria de la judería, sino la destrucción de la raza judía en Europa». Hitler no podía haber sido más explícito: la judería europea sería hecha responsable del comportamiento de la «judería financiera internacional» no solo en Europa, con lo que se hacía referencia a Londres y París, más que a Moscú, sino también fuera de ella, esto es, en Nueva York y la América de Roosevelt en general. 160

El discurso de Hitler anunciaba una mayor intensificación de las medidas antijudías. A finales de febrero de 1939, a instancias de Hitler, se prohibió a los judíos viajar en los coches cama de los trenes de la Reichsbahn. 161 Durante los meses siguientes, los judíos fueron asimismo privados del acceso al alquiler de protección oficial, a fin de obligarles a vivir juntos en otros alojamientos. 162 También se restringió su acceso a las piscinas públicas y otros establecimientos. 163 El objetivo seguía siendo obligar a los judíos a marcharse de Alemania, y a finales de enero de 1939, Reinhard Heydrich fue nombrado jefe del Centro para la Emigración Judía del Reich. Entre los jefes de las SS a cargo de estas medidas existía cierto desacuerdo sobre a dónde se les debía enviar. Algunos consideraban

Palestina como el destino obvio; otros advertían de que esto daría lugar a un «Vaticano de la judería mundial», en todo caso no lo suficientemente grande para alojar a todos los judíos que había que deportar. Ciertamente, como expresó Heydrich, Palestina se había convertido en una «cuestión mundial». Emil Schumburg, el funcionario de Asuntos Exteriores encargado de coordinar las medidas con las SS , sugirió que los judíos fueran enviados al mayor número posible de países diferentes, al menos en un principio, a fin de promover el antisemitismo hasta un grado suficiente para posibilitar una solución internacional acordada. 164 Todo ello era reflejo de la inveterada visión de Hitler de que la «cuestión judía» debía ser resuelta por medio de una acción internacional.

A ojos de Hitler, la eliminación de la judería mundial era una forma de proteger al Reich, pero no bastaba. También tenía que llevar a cabo su programa de expansión territorial a fin de proporcionar al pueblo alemán el espacio necesario para su elevación racial. «¿Cuál es la raíz de todas nuestras dificultades económicas?», se preguntaba retóricamente durante su discurso del 30 de enero, para responder a continuación, «la superpoblación de nuestro *Lebensraum* ». Una vez más, volvió a hacer referencia a la ventaja que los «distinguidos críticos» de Europa (aludiendo a los británicos) y de «fuera de Europa» (los de Estados Unidos) disfrutaban gracias a su abundante espacio vital, mientras que los alemanes tenían que vivir apiñados en Europa central. 165 A diferencia de los angloamericanos, siguió diciendo, los alemanes no habían nacido con el pan en la boca, sino que tenían que luchar por cada miga. Los planes de Hitler de atacar a la Unión Soviética en 1939 tenían como fin la eugenesia positiva, proporcionar la base económica y territorial necesaria para la gradual elevación del pueblo alemán, y no el deseo de eliminar a los judíos de Rusia. Se avisó a la Wehrmacht de que estuviera preparada para atacar a la Unión Soviética, a ser posible con la cooperación polaca, y, si no, utilizando Danzig y Memel como puntos de partida para entrar en Rusia a través de los estados bálticos. 166 Al parecer, también contemplaba un frente sur partiendo de Eslovaquia. Los planes de Hitler eran tan ambiciosos, y habían sido tan profusamente anunciados en *Mein Kampf* y otros lugares, que era imposible mantenerlos en secreto. Hablar de la invasión de Ucrania llegó a ser tan común en la prensa angloamericana que el *Völkischer Beobachter* se vio obligado a emitir un comunicado, a mediados de febrero de 1939, contra los «promotores de la guerra anglosajones». 167

Hitler dio entonces dos pasos concretos para preparar el ataque sobre la Unión Soviética. En primer lugar, realizó un último intento para atraerse a

Polonia. 168 En la primera semana de enero de 1939, Hitler se reunió con el ministro polaco de Asuntos Exteriores, Beck, en el Berghof. Su petición de ayuda contra la Unión Soviética fue rechazada, pero Hitler no obstante no se rindió. Ribbentrop fue enviado a la capital polaca con un plan para una «solución global» mediante la cual Polonia sería compensada por cualquier pérdida con territorios más al este. Aunque la propuesta no sirvió para nada, el discurso de Hitler del 30 de enero contenía ciertas aduladoras referencias a los polacos y a su ídolo Piłsudski. 169 A mediados de febrero, Himmler, que tenía una buena relación de trabajo con sus homólogos polacos, fue enviado a Varsovia con una oferta por parte de Hitler de garantizar todo el territorio polaco excepto Danzig, que estaba bajo la administración de la Sociedad de Naciones; tampoco él consiguió nada. Un mes después, Hitler todavía seguía albergando esperanzas de atraerse a Varsovia. «El Führer está dándole muchas vueltas a la solución de la cuestión de Danzig», escribió Goebbels en su diario. «Quiere ejercer cierta presión sobre los polacos y espera que estos respondan a ella, pero tenemos que pasar por el aro de garantizar las fronteras polacas». 170

El segundo paso fue tratar de arreglar lo que se había obligado a dejar sin resolver en Múnich: el destino del «resto de Checoslovaquia». Desde el punto de vista estratégico, esto era para Alemania como tener una china en el zapato. El 21 de enero de 1939, se reunió con el ministro de Exteriores checo, František Chvalkovský, para subrayar su necesidad de una cooperación económica más estrecha. La táctica de Hitler era tremendamente simple. Ya había privado a Praga de sus poderosos bastiones fronterizos mediante la anexión de los Sudetes. Su intención ahora era apabullar e intimidar a los checos para desgastar sus «nervios» hasta que el Estado entero quedara «disuelto». Hitler podía monitorizar la eficacia de sus medidas a través de detallados informes de inteligencia sobre comunicaciones checas interceptadas, recibidos del *Forschungsamt* de Göring. Un enfoque parecido a lo que hoy llamaríamos una «guerra híbrida». Hitler recibió al catedrático Vojtech Tuka, un separatista del Partido Popular Eslovaco, y a Franz Karmasin, líder de la minoría alemana en Eslovaquia. El Führer le dijo a Tuka que estaba decidido a poner a los checos en su sitio y le instó a declarar un Estado eslovaco independiente, a lo que Tuka accedió.

Praga cayó en la trampa que Hitler le había tendido. Cuando los eslovacos, alentados por Berlín, llevaron su agitación separatista al punto de ebullición, el gobierno declaró la ley marcial el 10 de marzo de 1939. Hitler envió entonces a sus dos «especialistas en anexiones», el *gauleiter* Bürckel y Wilhelm Keppler, a los eslovacos para garantizar que declararan

la independencia. También recibió al depuesto líder eslovaco, monseñor Tiso, en Berlín. 171 El Führer les dio a elegir entre un Estado independiente y la anexión a Hungría. Tiso finalmente se mostró de acuerdo con un texto redactado por Ribbentrop. Hitler llamó al presidente checo, Emil Hácha, y a su ministro de Exteriores a Berlín. Una vez allí, les hizo esperar durante horas, con el fin de aumentar la presión sobre ellos. Finalmente, Hitler apareció a la una de la madrugada y empezó a apabullar a sus visitantes, amenazándoles con bombardear Praga de inmediato si no accedían a sus demandas. La tensión hizo que Hácha sufriera un desmayo. El médico personal de Hitler, Theodor Morell, le puso una inyección para reanimarle. Después de tres horas de machaque, Hácha firmó una declaración previamente preparada en la que decía «poner, confiadamente, el destino del pueblo checo en manos del Führer». Checoslovaquia había dejado de existir. Poco después, las tropas alemanas entraron en el país. Aquella noche, Hitler durmió en el castillo desde el que podía verse Praga. Eslovaquia se convirtió en un Estado teóricamente independiente, pero en realidad, satélite del Tercer Reich. Francia e Inglaterra no hicieron nada, como los equipos de vigilancia de Göring correctamente habían predicho. Hitler lo había conseguido, una vez más.

El Führer en ese momento no tenía planes de eliminar a la población local para hacer sitio para los alemanes. Por el contrario, se presentó a sí mismo como el garante de los derechos nacionales checos en una Europa dominada por los alemanes. La denominación «Protectorado de Bohemia y Moravia» se basó en las palabras empleadas por Hitler en la proclamación del 15 de marzo de 1939 sobre la «asunción de la protección del pueblo checo por medio del Reich» y se hacía eco de la de los «protectorados» británicos de todo el mundo. Seis semanas después de la anexión, declaró que entre alemanes y checos no había una enemistad histórica grave y que él creía que estos últimos se estaban adaptando bien a su nuevo papel dentro del Reich. 172 Durante ese periodo no se había iniciado ni un proceso general de germanización ni un programa de colonización, porque así lo había querido Hitler.

La preocupación de Hitler por el *Lebensraum* , siempre acuciante, se convirtió en una obsesión cada vez mayor en la primavera de 1939. A finales de marzo, reflexionó que la historia era en realidad el relato de la «migración del pueblo» y que los mismos principios que habían movido a los pueblos durante la prehistoria y la antigüedad seguían vigentes en aquel momento. Una «sociedad tecnológicamente muy desarrollada o un Estado puramente industrial», razonaba Hitler, no podía sobrevivir sin contar con su «espacio propio». Si este espacio no estaba disponible, explicaba, habría

que «luchar por… lo que era una ley natural». No ser consciente de esto le convertía a uno en «el botín de los que no se ponían limitaciones a ellos mismos». En esto, el ejemplo más «brutal» eran los americanos. Sin embargo, a diferencia de ellos, o de los británicos, Hitler se oponía a la marcha al extranjero. Una vez más, volvía sobre su viejo trauma, la pérdida de generaciones de alemanes a consecuencia de la emigración. «Cada alemán emigrado a América», se lamentaba Hitler, «sería una pérdida para la madre patria». El motivo era que «se convertiría en un americano, perdería su conexión con la patria y, desde nuestra perspectiva [*sic*] se degeneraría, porque echaría raíces en tierra extraña». Hitler estaba dispuesto a admitir que la colonización de Estados Unidos, Canadá y Australia había creado estados de «importancia y poder material», pero los consideraba faltos de cultura. Hitler se manifestaba sorprendido, y tal vez también dolido, por que los alemanes se hubieran adaptado tan rápidamente a estas nuevas estructuras. «Es extraño», reflexionaba, «que fueran los de origen alemán los primeros en echar raíces en la nueva tierra y trataran de identificarse con ella más que otros». 173

Poco después del desmembramiento de Checoslovaquia, Hitler sufrió tres golpes que iban a cambiar el curso de los acontecimientos. Varsovia no daba su brazo a torcer. El 26 de marzo de 1939, Ribbentrop informó a Hitler de que el ministro de Exteriores polaco, Beck, había anunciado que considerarían la toma de Danzig como un *casus belli* . Cinco días más tarde, el último día del mes, Hitler se enteró de que Gran Bretaña y Francia habían prometido su ayuda a Polonia y Rumania. Seis días después, se firmó el tratado anglopolaco. Atónito ante la malicia mostrada por Hitler en el asunto de Checoslovaquia, Londres finalmente había decidido plantar cara. Había que defender el equilibrio de poder europeo. Roosevelt respondió a la destrucción de Checoslovaquia imponiendo de inmediato unos aranceles punitivos a los productos alemanes. Dos semanas después, envió un mensaje personal a Hitler en el que le exigía la garantía de no atentar contra la soberanía de una larga lista de estados europeos, entre ellos Polonia, lo cual, a efectos prácticos, venía a complementar la garantía dada por los británicos a Polonia. Angloamérica estaba trazando la raya. El camino al *Lebensraum* ya no pasaba solo por Varsovia, sino también por Londres. Al día siguiente de la garantía franco-británica a Polonia, durante la botadura del acorazado *Tirpitz* , Hitler lanzó un feroz ataque contra los planes de cerco británicos. «Hoy sabemos, a partir de documentos históricos», afirmó, en referencia a ciertos estudios sobre los orígenes de la

Primera Guerra Mundial, «cómo la política de cerco en aquellos tiempos fue promovida sistemáticamente por Gran Bretaña». «Inglaterra», afirmó sencillamente en mayo de 1939, «es el motor de la oposición contra nosotros». 174

La ruptura con Gran Bretaña representaba un tremendo golpe para la gran estrategia de Hitler y era además motivo de gran angustia para él. Por parte de Hitler, la relación se había caracterizado por el respeto a la calidad racial británica, la admiración por su imperio y el temor a su capacidad militar, que él mismo había experimentado durante cuatro largos años en Francia y en Flandes. «Es inaudito», explotó a mediados de abril de 1939, «que sea yo, de entre todo el mundo, el que tenga que verse ante este conflicto; yo, al que en Alemania acusan de ser un incorregible admirador del Imperio británico; yo, que tantas veces he tratado de establecer un entendimiento duradero entre el Reich e Inglaterra, un entendimiento que incluso a día de hoy sigo considerando igual de necesario para la conservación de la cultura europea». «La única culpa de esto», concluyó, «la tiene la pertinaz ceguera de los líderes británicos». 175

La perspectiva de la guerra con Gran Bretaña obligó a Hitler a cambiar su retórica racial, tanto en público como en privado. «El británico es orgulloso, valiente, firme, resistente y con dotes organizativas», admitió, «tiene la audacia y el valor de la raza nórdica». No obstante, ese no era motivo para perder la esperanza. A medida que los británicos se «dispersaron» por el mundo, continuó diciendo, «la calidad [del británico] disminuye. La media alemana es mejor». Con esto Hitler adoptaba una línea nueva, que probablemente él mismo no se creía, pero el Führer en aquel momento necesitaba generar en los alemanes la confianza en sí mismos que ellos –y él– tanto necesitaban, de forma muy similar a la que en noviembre de 1938 él había solicitado de la prensa. Sensible a la (completamente justificada) acusación de que sufría un complejo de inferioridad respecto a Gran Bretaña, Hitler respondió enérgicamente. «Yo no tengo el más mínimo complejo de inferioridad respecto a Gran Bretaña», declararía enérgicamente dos semanas después. 176 No obstante, cualquier conocedor de los escritos y discursos de Hitler de los veinte años anteriores, habría sabido que su sobrerreacción indicaba precisamente lo contrario.

Del mismo modo, Hitler empezó a restar importancia al poder de Estados Unidos, incluso en privado. Cuando le hablaban de la superioridad de Estados Unidos, que en el pasado él había admitido sin problemas, en este momento el Führer prefería comparar la «cantidad» norteamericana con la «calidad» alemana. A los que dudaban les decían que todo lo demás

era solo «la típica exageración y fanfarronería americana». Estaba claro, sin embargo, que Hitler no se lo creía. Cuando a finales del verano de 1939 se proyectó en la Cancillería Imperial una filmación de Nueva York rodada desde el aire, la perturbación de Hitler fue evidente. Se quedó «visiblemente impresionado», escribió su jefe de prensa extranjera Otto Dietrich, «por la enorme vitalidad y los poderosos impulsos de progreso que, para la sensibilidad europea, irradiaba este inmenso ente espacial de coexistencia humana». 177

Hitler se estaba preparando para el conflicto no solo con Inglaterra, sino también con Estados Unidos. Angloamérica, siempre estrechamente relacionada en su pensamiento, se estaba fundiendo en una sola. Las esperanzas iniciales del Führer de separar Londres y Washington se esfumaron. El 28 de abril de 1939, pasadas ya dos semanas de la carta de Roosevelt, Hitler respondió con un cáustico discurso en el Reichstag en el que no solo rebatía las acusaciones del presidente y atacaba a Estados Unidos más en general, sino que también arremetía contra Gran Bretaña, además de manifestar su hostilidad hacia Polonia. 178 En la mente del Führer, todas estas cuestiones estaban íntimamente relacionadas. Culminó el discurso negando que estuviera planeando atacar ninguno de los aproximadamente veinte estados cuya integridad Roosevelt le había exigido que garantizara. Cuando el Führer leyó esta lista, su longitud y aparente falta de sentido, provocó un momento de distensión en el Reichstag y los diputados estallaron en risas. En efecto, en ese momento Hitler no se había propuesto atacar a la mayoría de los estados de esa lista, pero en un plazo de dos años sí iba a atacar a prácticamente todos.

El verdadero problema, como siempre, era el espacio. Angloamérica lo tenía; Alemania quería tenerlo. Había, según argumentaba Hitler, más que suficiente para todos. Lo único que se pedía era que Estados Unidos y el Imperio británico no se inmiscuyeran en los asuntos alemanes, al igual que el Tercer Reich respetaba los suyos. Hitler pedía a Estados Unidos que le reconociera su esfera de influencia en Europa en tanto que él reconocía la de Washington en las Américas. Si Roosevelt, el presidente de un país geográficamente remoto, exigía garantías del comportamiento alemán en Europa, sin duda el Reich «tenía el mismo derecho» de plantear la misma exigencia sobre la política estadounidense en América Central y en toda Latinoamérica. Si Roosevelt apelaba a la doctrina Monroe y rechazaba cualquier exigencia alemana como «una intervención en los asuntos internos del continente americano», estaba claro que Alemania podía basarse en el mismo argumento. «Nosotros apoyamos exactamente la misma doctrina», continuó diciendo el Führer, «para Europa y, por

supuesto, en todo lo que respecta al área y los intereses del Gran Reich Alemán». La idea de Hitler de una doctrina Monroe alemana –que ya había mencionado por primera vez más de una década antes– fue recogida por el abogado Carl Schmitt, que a partir de ella desarrollaría toda una teoría de los «grandes espacios». 179

La consecuencia del inminente conflicto con Gran Bretaña, y al final también con Estados Unidos, fue doble. En primer lugar, en opinión de Hitler, Polonia había sustituido a Checoslovaquia como títere de las potencias occidentales y debía ser aplastada. «Les prepararé una poción diabólica», exclamó al enterarse de la noticia de la garantía franco-británica. 180 En segundo lugar, la adquisición del territorio necesario para igualar a Angloamérica debía acelerarse. «Conseguir espacio vital», explicó a un público de trabajadores alemanes, utilizando una frase que repetiría una y otra vez aquel verano, «es nuestro primer mandamiento». 181 Si Polonia no podía ser incorporada a este proyecto, habría que apartarla a un lado o incluso eliminarla. La petición de Danzig y de una vía férrea extraterritorial no obedecía al revisionismo tradicional de Versalles, sino a la logística necesaria para una guerra contra la Unión Soviética.

El 11 de abril de 1939, cinco días después de que se firmarse el tratado anglopolaco, Hitler emitió sus instrucciones para el *Fall Weiss* , el ataque sobre Polonia. En la orden se declaraba específicamente como enemigo principal, no a Varsovia, sino a las «democracias occidentales». Seis semanas después, Hitler explicó que «el problema de Polonia no puede separarse de la confrontación con Occidente». Polonia vería una victoria alemana en Occidente como una amenaza y actuaría para evitarla. Su conclusión era que no tenía sentido, por tanto, «perdonar a Polonia» y que a él le correspondía «la decisión de atacar Polonia en la primera oportunidad que se presentara». 182 En resumen, que Hitler entrara en guerra con Polonia formaba parte de su conflicto con las potencias occidentales, y no a la inversa. La garantía británica, destinada a proteger el país, en realidad precipitó su destrucción.

Durante todo el verano de 1939, Hitler mantuvo sus esperanzas. Trató de persuadir o intimidar a los polacos, y caso de no conseguirlo, habría preferido librar una guerra restringida para hacerse con Danzig y el Corredor. También mantuvo la puerta abierta para Londres. Continuó mostrándose teóricamente abierto a una «amistad permanente entre Alemania y el pueblo anglosajón», pero declaró que esto solo podía conseguirse si «la otra parte también reconocía no solo los intereses

británicos, sino también los alemanes». 183 Hitler también se preparó para lo peor. Lo que realmente le preocupaba era que la Royal Air Force, la fuerza aérea británica, utilizara sus bases en los Países Bajos para atacar el corazón de la industria alemana en el Ruhr. Él ya había empezado a planear atacar al oeste, no tanto ocupar Francia, aunque el ejército francés tendría que ser derrotado, como establecer bases desde las que continuar la guerra contra Inglaterra. «El ejército tiene que tomar posiciones», ordenó a sus generales, «que sean importantes para la marina y la Luftwaffe». «Si tenemos éxito en ocupar y asegurarnos Holanda y Bélgica, y en derrotar a Francia», continuó diciendo Hitler, «podremos crear una base para ganar la guerra contra Inglaterra. La Luftwaffe podría de este modo mantener el bloqueo interior de Inglaterra respecto al oeste de Francia, y los submarinos de la marina encargarse del bloqueo más amplio». 184

La perspectiva de la guerra contra Angloamérica hizo que Hitler tratara de estrechar las relaciones con sus aliados. El 22 de mayo de 1939, firmó el «Pacto de Acero» con Italia. 185 El valor inmediato de esta alianza no estaba del todo claro. Una semana después, Mussolini advirtió a Hitler de que él no estaría listo para luchar antes del final de 1942, como pronto. El Führer, por su parte, quería que el Duce se uniera más a él. En junio de 1939 ordenó a Himmler que organizara el reasentamiento de los surtiroleses. El acuerdo se alcanzó hacia finales de mes. A los surtiroleses se les ofreció la «opción» de emigrar al Reich o bien permanecer en Italia pero sometiéndose a la italianización. Solo una minoría decidió quedarse: en torno al 80 % «optaron» por el Reich, aunque solo una tercera parte de estos llegaron realmente a mudarse. Este fue el comienzo de una estrategia mucho más amplia de «traer a casa» a un total de entre 700.000 y 900.000 alemanes de Italia, la Unión Soviética, los estados bálticos, Hungría, Rumania, Bulgaria y Yugoslavia. 186

Si bien Hitler contaba con entrar en guerra con Polonia, Inglaterra, Francia y Estados Unidos, la secuenciación de estos conflictos dependía de las reacciones de Varsovia, Londres, París, Moscú y Washington. En el verano de 1939, él no sabía, y no podía saber, si con la invasión de Polonia se desencadenaría una guerra de grandes dimensiones, o si esta llegaría un poco más adelante; ni siquiera podía estar seguro de si esta comenzaría con un ataque contra las potencias occidentales, o contra las tres a la vez. Lo único que sabía era que habría una guerra; que en poco tiempo participarían en ella las principales potencias, incluida también América, y que no iba a durar poco. El Führer confiaba en que Polonia podía ser vencida rápidamente, pero, aparte de esto, no sabía que habría una *Blitzkrieg* ; de hecho, este concepto aún no había sido inventado. «Una victoria rápida en

Occidente», admitía en privado, «es dudosa». Como veterano de la Gran Guerra, y admirador de Inglaterra, el Führer difícilmente podía creer otra cosa. Por tanto, Hitler se había rearmado en profundidad y también en amplitud, tal y como el número y la calidad del enemigo requerían. [187] «Toda jefatura del ejército o del Estado», advirtió a sus generales, «debe tener como objetivo una guerra corta». Dicho lo cual, Hitler hacía hincapié en que había que «prepararse también para una guerra de entre diez y quince años de duración». Él trataría de imponerse mediante un «ataque sorpresa», pero sería «un crimen» confiar solamente en el efecto sorpresa. [188]

La previsión del Führer de una guerra larga se reflejaba en dos preocupaciones relacionadas entre sí. En primer lugar, era profundamente consciente del pésimo estado de la economía alemana, que ralentizaba el rearme y elevaba las tensiones internas. Esto le llevaba a la guerra no porque deseara atajar el malestar doméstico, sino porque se daba cuenta de que estaba perdiendo la batalla de la producción frente a las potencias occidentales. [189] En segundo lugar, Hitler temía que la vulnerabilidad del suministro de alimentos que sufría Alemania abatiría la moral dentro del frente doméstico, como había ocurrido en la Primera Guerra Mundial. Le inquietaban los efectos de un nuevo bloqueo británico en tiempo de guerra, [190] e incluso las sanciones económicas de Roosevelt en tiempo de paz. Hitler lamentaba la propensión de los «denominados jefes de Estado demócratas» de aislar a un pueblo de sus mercados, «por ejemplo, a través de boicots», aunque él, obviamente, también tenía en mente utilizar los bloqueos en la guerra para «matar de hambre al enemigo». [191] Claramente, Hitler creía que la guerra económica con Estados Unidos ya había empezado.

Para el verano de 1939, en resumen, los enemigos que Hitler había identificado al comienzo de su carrera política, veinte años atrás, volvían a hacerse plenamente visibles: las potencias capitalistas occidentales, la democracia, la plutocracia y la supuesta conspiración judía mundial. Sorprendentemente, Hitler había dejado de hacer cualquier referencia a la amenaza comunista. A principios de junio de 1939, declinó una invitación a publicar una recopilación de sus pronunciamientos anteriores sobre los «judíos y el bolchevismo», ya fuera por respeto a la Unión Soviética, o por evitar diluir su mensaje anticapitalista, o (como él afirmó) porque no quería que sus pensamientos fueran «desmenuzados». [192] Hasta se redefinió su intervención en España, que dejó de ser un intento de rescatar a Europa del bolchevismo para convertirse en un golpe contra la plutocracia. En ese momento hablaba de «la lucha de España contra la destrucción

internacionalmente organizada de su país», haciendo referencia a los estragos de la «plutocracia internacional» de Occidente, y sus «políticos del acorralamiento, promotores y beneficiarios de la guerra». 193

A mediados de junio de 1939, la maquinaria del Tercer Reich entró en acción contra Polonia. Las órdenes operacionales del *Fall Weiss* fueron comunicadas a las tropas. Fue solo entonces cuando se desató una intensa campaña de propaganda contra Varsovia. 194 Hitler estaba utilizando el mismo *modus operandi* que había desplegado, con devastadores efectos, contra Checoslovaquia: desmoralizar y aislar a la víctima, al tiempo que trataba de disuadir a Gran Bretaña y a Francia de intervenir. Pero esta vez no funcionó. Estaba claro que, pasara lo que pasara, Polonia lucharía, y que lo más probable era que Occidente cumpliera con la garantía dada, aunque fuera a regañadientes.

La inminencia de la guerra llevó a Hitler a tratar de unir más a la sociedad alemana, de fortalecerla para la lucha y de impedir que volviera a producirse la fragmentación que en su opinión tanto daño le había causado en el pasado. Dependiendo del contexto y de la probabilidad de éxito, esto en ocasiones significaba tomar medidas radicales o atacar estructuras establecidas. El enfoque del conflicto afectaba a la percepción de Hitler del tiempo racial. La gradual mejora del *Volk* alemán no se completaría hasta el comienzo de las hostilidades. Esto acentuó la ambivalencia de Hitler respecto a la guerra. Por una parte, la veía como un fenómeno purificador que servía para endurecer a los más aptos y deshacerse de los no aptos; por otro, temía que, paradójicamente, acabara con la vida de los mejores, dejando vivos a los más débiles o cobardes, en virtud de un proceso de selección negativa. Así pues, Hitler intensificó el ataque contra los «que no merecen vivir», inmediatamente antes de la guerra y durante la misma. A finales de julio de 1939, su médico, Karl Brandt, acabó con la vida de un niño deforme en un hospital de Leipzig, a petición de los padres y conforme a las órdenes del propio Hitler. El Führer también quería preparar al pueblo alemán para un programa de eutanasia. A primeros de agosto de 1939, su séquito proyectó *Vida indigna* , una película sobre la vida de los enfermos mentales incurables. 195

Hitler también continuó su campaña contra el conservadurismo del cuerpo de oficiales. A mediados de julio de 1939, volvió a verse envuelto en un escándalo sexual. Su oficial de enlace naval, el capitán Alwin Albrecht, se casó con una mujer que previamente había gozado del favor de varios hombres. Cuando el almirante Raeder, que había actuado de testigo en la boda, trató de que Albrecht fuera castigado por haber contraído una unión «socialmente inadecuada», citando el asunto Blomberg, Hitler y él se

enzarzaron en una discusión a gritos. El Führer condenó las «típicas intrigas entre oficiales», manifestó su desprecio por los cotilleos de sus esposas y exigió conocer a la mujer para poder formarse un juicio por sí mismo. Al día siguiente hablaron durante unos noventa minutos. Después, la nueva señora Albrecht anunció, con cierta emoción, que el Führer había mostrado «una absoluta comprensión hacia ella como mujer». El propio Hitler expresó su indiferencia ante los «asuntos privados entre un hombre y una mujer», que «son de su exclusiva incumbencia en tanto que no afecten a lo público». 196 De ello se deducía que, aunque la nueva señora Albrecht fuera extremadamente cariñosa y sexualmente activa, no era en absoluto promiscua. La cosa quedó así, si bien, para no herir los sentimientos de Raeder, su marido fue apartado del servicio y convertido en ayudante del Führer. Lo reseñable aquí es que Hitler no trató de escurrir el bulto, ni siquiera después de la crisis del escándalo Blomberg, sino que defendió su postura contra lo que él consideraba las anticuadas normas de los servicios armados.

Bajo la actitud de Hitler hacia el asunto Albrecht subyacía su desprecio por la «naturaleza falaz del cuerpo de oficiales, por su hipócrita afán moralizador» a la hora de juzgar a los demás sobre asuntos que nada tenían que ver con su conducta, actitud o rendimiento. En su opinión, la verdadera amenaza para los servicios armados procedía de los «cobardes y derrotistas», dijo, asestando una bofetada sin mano a la oposición militar a sus planes. 197 Un mes más tarde, Hitler volvió a estallar, esta vez contra el ejército, que según él afirmaba, en los desfiles anteponía las banderas militares tradicionales a las del movimiento nazi. Lo que él prefería sin duda era que hubiera una sola bandera nacional en la que, en una esquina o con una cinta, se indicara la formación en cuestión. Los franceses, aseguraba, llevaban haciéndolo así desde la Revolución. «Desgraciadamente», concluía, «su ejército distaba mucho de ser un ejército revolucionario». 198 Las discrepancias de Hitler con la Wehrmacht para entonces ya abarcaban una larga serie de temas: su presunta cobardía, su debilidad por las tradiciones que tanto tiempo habían tenido divididos a los alemanes y su obsesión por la vida sexual de sus miembros, a costa de su profesionalidad.

Entretanto, Hitler continuaba con la movilización y la mejora del pueblo alemán. Declaró conseguido «el primer objetivo de una nueva producción artística alemana». 199 La «arquitectura» alemana y «los posiblemente incluso más devastados campos de la escultura y la pintura» ya habían sido «curados». Por la misma época, Hitler encargó a Hans Posse, el director de la galería de Dresde, la tarea de reunir una colección

de cuadros para un especial «Museo del Führer» en Linz y siguió muy de cerca los progresos de la *Sonderauftrag Linz* o comisión especial de Linz creada al efecto. Este museo formaría parte de un proyecto más amplio de remodelación de la ciudad, en el que también se incluía un Führerpfalz, un Gauforum con una enorme torre con la forma del Faro de Alejandría y un puente sobre el Danubio. La ciudad también se vería dotada con miles de nuevos edificios de viviendas para albergar a los trabajadores del gigantesco complejo industrial «Hermann-Göring Werke». [200] Estos edificios serían conocidos como *Hitlerbauten* y, a diferencia de la mayoría de restantes obras monumentales, muchos de ellos llegaron a construirse (por mano de obra esclava) en vida de Hitler.

A finales de julio de 1939 Hitler se dirigió a Bayreuth para el que sería el último festival en tiempo de paz. Pasó allí una semana, dedicando uno de los días a inspeccionar el Muro del Oeste, lo que prueba que tenía la inminente guerra muy presente. Hitler habló con las hermanas Mitford, que también asistieron al festival, sobre la deteriorada situación internacional. Le dijo a Diana que él creía que Inglaterra quería la guerra, y que por tanto era inevitable. El 27 de julio, Hitler se reunió con el magnate de la prensa lord Kemsley en Wahnfried y le reiteró su idea de que Alemania debía tener «colonias», con lo que quería decir espacio en el este. [201] Un día después, Hitler encontró consuelo en las palabras de Diana Mosley, que le aseguró que el «antisemitismo en Inglaterra aumentaba a un ritmo constante», y de su hermana Unity Mitford, que no creía en la disposición militar de Gran Bretaña. [202]

En la primera semana de agosto de 1939, Hitler se retiró al Berghof para ultimar los preparativos para la guerra. La motivación de Hitler para seguir adelante se basaba en tres factores. Primero, que temía estar quedándose casi sin tiempo. Era mucho mejor, le dijo a Ciano, entrar en guerra con Occidente mientras él y el Duce eran aún jóvenes. [203] En fechas posteriores del mismo mes, el Führer advirtió a sus generales de que la coyuntura favorable de ese momento no duraría más de dos o tres años. «Nadie sabe», añadió, «cuánto viviré». «Un intento de asesinar a Mussolini o a mí mismo», explicaba Hitler, «puede cambiar la situación en nuestra contra». Por esta razón, continuó, cuanto antes estalle la guerra, mejor. En segundo lugar, el Führer era consciente de que el altísimo nivel de movilización económica, militar y psicológica no podría mantenerse por mucho tiempo. «El enfrentamiento mutuo con los rifles amartillados no puede durar siempre», explicó. [204] Pronto, Alemania tendría que atacar al aliado de Inglaterra en el este, Polonia, y tal vez enfrentarse a las potencias occidentales, o bien dar marcha atrás. En tercer lugar, Hitler estaba

decidido a resolver la cuestión del *Lebensraum* en un futuro cercano, un tema en el que insistió repetidas veces durante aquel mes. Pero, aunque el Führer era profundamente consciente de las trabas de la economía alemana, y de la amenaza que suponían para el nivel de vida, no existe ninguna evidencia de que su decisión de entrar en guerra fuera motivada por consideraciones relacionadas con la política doméstica. 205

Frustrado por la actitud de Polonia y Occidente, Hitler llamó a Carl Jakob Burckhardt, el alto comisionado suizo de la Sociedad de Naciones para Danzig, al Obersalzberg. «Hay algo en los anglosajones (y los americanos) que les divide a ellos y a nosotros. ¿Qué es?», le preguntó a Burckhardt. 206 Hitler juró que no quería nada de Occidente. «Yo no necesito nada de las regiones más densamente pobladas del mundo», explicó. En lugar de ello pedía «tener las manos libres en el este». «Todo lo que hago», prosiguió diciendo, «va dirigido contra Rusia». Si Occidente era «demasiado estúpido y demasiado ciego para entenderlo», entonces se vería «obligado a entenderse con los rusos, atacar Occidente y, tras su derrota, volver con todas sus fuerzas contra la Unión Soviética». 207 Dos semanas después, volvió sobre el argumento del espacio en una conversación con el embajador británico, Henderson. «La afirmación de que Alemania desea conquistar el mundo», argumentó Hitler, «es ridícula. El Imperio británico abarca 40 millones de kilómetros cuadrados, Rusia, 19 millones, Estados Unidos 9,5 millones, mientras que Alemania no llega siquiera a los 600.000 kilómetros cuadrados». 208

Durante todo agosto de 1939, Inglaterra fue la variable clave. Hitler no se engañaba respecto a su poder, ni tampoco respecto a su hostilidad. Su única esperanza era poder convencer o intimidar a Inglaterra para que se mantuviera neutral, al menos por el momento. Por esta razón, no paró de alardear de la capacidad de la Alemania de entonces, a diferencia de la de 1914-1918, para sobrevivir al enemigo, una retórica que no era tanto fruto de la soberbia como de su continuada sensación de vulnerabilidad. «Si se acaba la mantequilla», le aseguró al mediador sueco Birger Dahlerus, «entonces yo seré el primero en dejar de comer mantequilla. Mi gente de Alemania hará lo mismo, con alegría y lealtad». 209 En contra de sus confiadas predicciones ante algunos interlocutores alemanes, destinadas a mantener alta la moral del país, Hitler no creía que esta vez pudiera volver a ganar de farol, como había hecho en Múnich. El Führer hizo saber a Chamberlain que él era consciente de que «si la guerra entre Alemania y Polonia estalla, Inglaterra entrará en ella». Hitler amenazó a Londres con «luchar hasta el final» si intervenía, a la vez que le ofreció aliarse con ella si estaba dispuesta a cooperar. 210 Londres, sin embargo, le dejó muy claro

a Berlín que defendería Polonia, y para disgusto de Hitler, que estaba en conversaciones militares con Stalin sobre la mejor manera de responder a la amenaza nazi. Hitler atribuyó la falsa lectura de la realidad que hacían los británicos a las maquinaciones de los judíos y sus aliados. «La actitud hacia Alemania no reflejaba la voluntad del pueblo británico», se quejó a Henderson con referencia a la ascendencia judía del ministro de Guerra, Leslie Hore-Belisha, sino que «tenía su origen en judíos y antinazis». 211

Ante un frente polaco y franco-británico unido, a Hitler no le quedaba más opción que volver la vista a Moscú, como ya le había indicado a Burckhardt. 212 Su motivación era en parte táctica, en la medida en que su intención era aislar a Polonia y hacer descarrilar las negociaciones anglo-rusas. Pero era también estratégica, dado que necesitaba mitigar el efecto de un bloqueo en caso de una guerra prolongada con Occidente. 213 El temor al poder militar soviético, que estimaba escaso, no entraba en los cálculos de Hitler. 214 Como la mayoría de los observadores anticomunistas de Occidente, Hitler concebía la Unión Soviética como un país con productos de mala calidad, baja moral, violencia caótica y purgas. El 19 de agosto, llegó a un acuerdo económico por el cual la Unión Soviética proveería a Alemania de materias primas vitales. Al día siguiente, el Führer envió un telegrama a Stalin ofreciéndole un pacto de no agresión inmediato. El 21 de agosto llegó la respuesta positiva de Stalin y, dos días después, Molotov y Ribbentrop firmaron en el Kremlin un pacto de no agresión de diez años. 215 En un anexo secreto, quedaban marcadas las respectivas esferas de influencia: a Hitler se le asignaban Lituania y la parte occidental de Polonia y, a Stalin, Finlandia, Estonia y Letonia, así como la parte de Polonia al este de los ríos Narew, Vístula y San. Hitler recibió la noticia mientras se encontraba en el Obersalzberg, comiendo, y reaccionó levantándose de un salto de la silla y gritando: «¡He ganado!». 216 Algunos nazis sintieron en ese momento una afinidad revolucionaria con la Unión Soviética –Ribbentrop comentó su sensación de encontrarse en Moscú igual que entre camaradas– pero, en ese momento, el interés de Hitler en el pacto era exclusivamente estratégico. Su antagonismo con Occidente había hecho necesario un acuerdo temporal con Stalin. 217

El 22 de agosto de 1939, mientras el pacto se estaba negociando, Hitler convocó a sus generales en el Obersalzberg a una reunión cuidadosamente preparada. 218 Los en torno a cincuenta altos mandos militares recibieron la orden de asistir vestidos de paisano, probablemente para no llamar la atención durante el trayecto a allí, mientras que Hitler apareció vestido con el uniforme color pardo del partido. Göring lució deslumbrante con su «magnífica indumentaria de caza, pantalones abombados, camisa blanca

ablusada y un chaleco abierto de color verde». [219] La reunión tuvo lugar en el despacho de Hitler, cuyo enorme ventanal panorámico ofrecía unas sensacionales vistas de las montañas. El lugar fue elegido con la intención de impresionar a los asistentes, y el propio Hitler había comentado en una reunión previa que les había citado allí para que pudieran ver «el entorno en el que me gusta tomar mis decisiones». [220] Aquella mañana, había saltado la noticia de la inminente firma de un pacto de no agresión entre Rusia y Alemania. Hitler utilizó el consiguiente alivio entre los militares para tranquilizarles sobre el ataque planeado sobre Polonia. El Führer les dijo que él no creía que Gran Bretaña o Francia intervinieran. Hasta ese momento, afirmó, las dos potencias habían estado confiando en la Unión Soviética, «pero ahora yo les he ganado por la mano». Como hemos visto, en este sentido Hitler estaba expresando más una esperanza que una expectativa real, pero lo que sorprende es que en gran medida continuaba pensando en la Unión Soviética en función de su relación con Occidente.

El acto en sí tuvo tanto de puesta en escena como de sesión de información y Hitler estaba muy lejos de sentir la confianza que aparentaba. Su referencia a 1918 y a la falta de «base psicológica» para seguir luchando demuestra que aún seguía preocupándole la debilidad alemana; [221] también le inquietaba profundamente cuál sería la respuesta de los presentes. El Führer pidió a su ayudante, Rudolf Schmundt, «que averiguara cuál había sido la reacción a sus palabras». Hitler se tenía a sí mismo por un «gran psicólogo popular», capaz de interpretar el estado de ánimo de cualquier grupo de personas, pero admitió sin reparos que los altos mandos militares eran para él como un libro cerrado. «Adoptan un semblante pétreo», se quejaba, «del que no es posible deducir nada». [222] Hitler hacía bien en preocuparse. Existían profundas reservas entre los militares, que esperaban que Inglaterra y Francia intervendrían de alguna manera, pero no había duda de que harían lo que se les mandara.

El que titubeó fue Hitler, aunque por poco tiempo. El 22 de agosto de 1939, cuando el pacto ruso-alemán era inminente, Chamberlain escribió una carta para enfatizar que la garantía británica dada a Polonia se mantenía en pie; Henderson la entregó un día después. El 24, el presidente Roosevelt envió un telegrama advirtiendo de que la «catástrofe» de una guerra general «se encontraba en realidad a la vuelta de la esquina». Dejó claro que «el pueblo de Estados Unidos rechaza sin fisuras las políticas de conquista militar y dominación». La trascendencia de estas palabras era clara. Washington no permanecería indiferente por mucho tiempo. Meissner, jefe de la cancillería del Führer, recuerda el impacto de la intervención de Roosevelt. «En varios comentarios que hizo durante

aquellos días», escribe, «Hitler calificó este repentino interés de Estados Unidos en los asuntos del centro de Europa como una interferencia completamente fuera de lugar que él tendría que rechazar de plano». 223 A la mañana siguiente llegaron más malas noticias. Mussolini anunció su intención de permanecer neutral, al menos por el momento. Italia, dijo, sencillamente no estaba preparada para una guerra que había llegado mucho antes de lo que se preveía. 224 Hitler se quedó visiblemente «muy abatido» y un observador recordó que parecía haberse quedado sin palabras. 225 El ataque sobre Polonia, que él había programado para el 26 de agosto, se pospuso. Los siguientes días la tensión se hizo insoportable y en Berlín los nervios se crisparon, especialmente los de Hitler, que no paraba de despotricar contra el ejército, el Ministerio de Asuntos Exteriores, Italia y todo el que se cruzaba en su camino.

Durante las setenta y dos horas restantes, el Führer se esforzó por recobrar la calma. Trató de convencer a sus colaboradores, y a sí mismo, de que las potencias occidentales no intervendrían y de que, si lo hacían, el resultado sería muy distinto al de 1918. Se hicieron algunas desesperadas propuestas de última hora a Inglaterra, resucitando la idea de un gran pacto entre Berlín y Londres, aunque solo después de que la cuestión polaca hubiera quedado resuelta. 226 Pero estas no llegaron a ninguna parte. Al final, Hitler recurrió, casi sin esperanzas, al confidente de Göring, Birger Dahlerus, que había estado actuando de intermediario. «Usted que conoce tan bien a Inglaterra», le dijo al sueco, «¿puede explicar el motivo de mi constante fracaso a la hora de llegar a un acuerdo con ella?». 227 Era la misma pregunta que había planteado a Burckhardt, y que le atormentaría el resto de su vida. El 28 de agosto, Hitler fijó una nueva fecha para el ataque de Polonia: el 1 de septiembre de 1939. 228

Hitler no se hacía ilusiones sobre la lucha que quedaba por delante. El 28 de agosto de 1939, antes de que la guerra hubiera siquiera empezado, les dijo a los altos cargos del ejército que «sería difícil y tal vez imposible». Halder comentó que el aspecto del Führer no era nada bueno: «Tenía el rostro cansado, aspecto débil, la voz temblorosa [y] parecía confuso». «Hitler», según dejó constancia otro testigo, «daba la impresión de estar nervioso, cansado», «sus miradas y movimientos parecían erráticos». Cuando explicó la situación en el Reichstag, no recibió más que un débil «aplauso protocolario». Cuando más probable parecía la intervención de Gran Bretaña, más irascible se volvía Hitler. «Mientras yo viva», prometió, «no se hablará de capitulación». «Si llega el caso», le dijo a Brauchitsch, «libraré una guerra en dos frentes». 229 El 30 de agosto, recibió a Förster, el *gauleiter* de Danzig, para darle las últimas instrucciones sobre la toma de la

ciudad. La tensión con Varsovia no podía ser ya mayor. Las SS prepararon un incidente en la frontera con Polonia en el que se fingió un ataque a una estación de radio alemana en Gleiwitz. 230 Hitler iba a volver a tirar los dados.

15

Los «poseedores» y los «desposeídos»

El 1 de septiembre de 1939, la Wehrmacht invadió Polonia. Ese mismo día, Hitler habló en el Reichstag en una aparición preparada hasta el último detalle. En ella se dirigía a dos públicos. Uno de ellos era el pueblo alemán. Ante ellos, el Führer quería justificar la decisión de la guerra y fortalecer los ánimos. Por esta razón, Hitler prometió que «los alemanes no pasarán por ninguna privación que yo no comparta inmediatamente»; también subrayó su nueva función como «primer soldado del Reich alemán» [1] vestido con una sencilla chaqueta gris. El otro destinatario eran las potencias occidentales, cuya intervención deseaba evitar por encima de todo. De cara a ellas, Hitler señaló que él no pretendía «reclamar nada a Occidente» y que «nuestro Muro del Oeste» marcaba el límite del Reich para siempre». También hizo hincapié en que no habría «capitulación». «Me gustaría dejar claro al mundo en general», afirmó, «que no habrá otro noviembre de 1918 en la historia alemana». [2] Este fue el primero de una serie de discursos de guerra que Hitler utilizaría cuidadosamente con el fin de trasladar sus mensajes durante los seis años siguientes. «En tiempo de guerra debo sopesar cada palabra que digo como si fuera oro», dijo, «porque el mundo está preocupado y sensible». Hitler empezó también a dosificar sus apariciones. «Era peligroso», comentó, «hacer discursos sin una razón plausible para hacerlo». [3]

La campaña polaca fue un éxito rotundo. [4] Danzig fue capturado mediante un ataque sorpresa. Los tanques alemanes no tardaron en rebasar las defensas fronterizas y empezaron a avanzar rápidamente hacia el centro del país. El plan de ataque había sido diseñado por la jefatura militar, pero con considerables aportaciones de Hitler. [5] Él había disfrazado los preparativos ofensivos como medidas defensivas. El propio Hitler planeó también la operación de comandos contra el puente de Dirschau hasta el más mínimo detalle. Más importante aún, insistió en que el movimiento de pinza desde la Prusia Oriental no se limitara a asegurar el Corredor, sino que fuera una «gran pinza», mucho más amplia, destinada a atrapar al mayor número de fuerzas polacas posible. [6] Sin embargo, Hitler no interfirió en el desarrollo operativo de la campaña, si bien sí insistió en ser informado del mismo dos veces al día, por teléfono. En cambio, poco

después del inicio de las hostilidades, Hitler emprendió el primero de sus tan pregonados «viajes al frente» para poner de relieve su compromiso con sus hombres. Estos viajes no estaban del todo exentos de riesgo, ya que exponían al Führer a un ataque aéreo e incluso al fuego enemigo, pero constituían esencialmente maniobras de propaganda. [7] Hitler aparecía de repente en puentes y vados, o en hospitales de campaña, en instantáneas pensadas para dar una impresión de dinamismo y ubicuidad. Los polacos no se dieron fácilmente por vencidos, y causaron casi 50.000 bajas, una cuarta parte de ellas por muerte, llegando incluso a lanzar un serio contraataque en el río Bzura contra las fuerzas que avanzaban hacia Varsovia por el sudoeste. [8] A las dos semanas de iniciarse la campaña, Hitler estaba ya lo bastante preocupado para instar a la Unión Soviética a intervenir cuanto antes. El 17 de septiembre, Stalin invadió Polonia desde el este, lo que liberó a la Wehrmacht de mucha presión. Las fuerzas nazis y soviéticas se encontraron en Brest-Litovsk. La resistencia polaca no tardó en desmoronarse. Ribbentrop partió a Moscú para dejar resueltos los últimos detalles de las respectivas zonas de ocupación. El Führer regresó triunfante a Berlín.

Hitler había vuelto a salir airoso una vez más, culminando así dos años de jugadas magistrales en el centro y este de Europa. A lo largo de la década de 1930 había evitado que los Sudetes alemanes se rebelaran prematuramente. Hitler no había respondido a la «provocación» anglo-checa en mayo de 1938. En septiembre del mismo año había vuelto a los polacos y a los húngaros contra Praga. Posteriormente Hitler había dejado que los eslovacos se volvieran contra los checos, lo que le facilitó la toma de Bohemia y Moravia en marzo de 1939. Durante todo este tiempo, también había conseguido mantener a distancia a las grandes potencias. En septiembre de 1939, aisló a Varsovia, consiguiendo la colaboración de Eslovaquia y la Unión Soviética para su plan de ataque. Cada uno de estos movimientos había supuesto serios riesgos y requerido unos nervios templados, y en todas las ocasiones la audacia de Hitler había dado resultado.

Su esperanza de que la guerra fuera localizada, sin embargo, se desvaneció rápidamente. El 3 de septiembre de 1939, Gran Bretaña y Francia habían declarado la guerra. Esto no causó sorpresa en Hitler, pero sí una profunda consternación. Ese mismo día, Unity Mitford intentó suicidarse en el Englischer Garten de Múnich. Aunque no está claro que el estallido de la guerra fuera la motivación inmediata, la fecha y el simbolismo de su acto lo hacen altamente probable. Pese a sus muchos otros compromisos, Hitler le procuró y pagó los cuidados médicos

necesarios. 9 La desesperación de Unity era la personificación del fracaso de la política de Hitler con respecto a los británicos, asentada sobre su asunción de una base racial común y la confianza en los mediadores. En cuanto a Estados Unidos, permaneció neutral, pero su absoluta antipatía por el Reich estaba fuera de duda. Las críticas de Roosevelt eran de dominio público; en privado estaba empezando a hablar de modos concretos para evitar que Hitler se abriera paso en el Atlántico. 10 Estados Unidos ya estaba librando una guerra fría contra una en gran medida imaginaria subversión nazi en Latinoamérica, y de hecho contra la población alemana de allí que, en general, no tenía ninguna culpa. 11

Si bien a finales de septiembre de 1939 Hitler había triunfado militarmente, políticamente la situación era más ambivalente. Con frecuencia él había predicho, pese a saber que no era así, que las potencias occidentales no intervendrían y había prometido que no habría una «guerra en dos frentes». Pero ya la tenía. Dentro del país, el conflicto no gozaba de una buena acogida. 12 La mayoría de los alemanes querían que los polacos recibieran una lección, y recuperar los territorios perdidos y entregados a Polonia en Versalles, pero no tenían ninguna gana de otra guerra contra Inglaterra y Francia. Recibieron el ataque contra Polonia con reservas, y la declaración de guerra de los Aliados con alarma. Nada que ver con el entusiasmo despertado por la movilización de 1914. Las calles estaban oscuras y vacías. Hitler era perfectamente consciente de estos sentimientos, que ya había percibido por primera vez durante la crisis de los Sudetes, contra los que había despotricado en muchas ocasiones desde entonces, y que estaban siendo monitorizados muy de cerca por el aparato de vigilancia del Sicherheitsdienst. 13 La victoria sobre Polonia trajo cierto alivio, pero la preocupación popular frente la amenaza de Gran Bretaña y Francia persistió.

Hitler estaba por tanto decidido a adueñarse de la victoria polaca, que utilizó para apuntalar su posición en el ámbito doméstico e inspirar confianza en la futura dirección del conflicto contra las potencias occidentales. Sus sentimientos de propiedad quedaron claramente patentes con la muerte de Fritsch en el frente, cerca de Varsovia. El comentario de Jodl de que «la Wehrmacht [había] perdido a su mejor soldado» enfureció a Hitler, que al parecer lo consideró una ofensa a su propio estatus como «primer soldado» del Reich. Brauchitsch empeoró aún más las cosas al referirse a Fritsch como el «creador del nuevo ejército», otro galardón que Hitler consideraba suyo por derecho. La inseguridad y los celos del Führer en estas cuestiones quedaron de manifiesto en su decisión de mantener en secreto la muerte de Fritsch durante un tiempo, a fin de privarle de los

honores del martirio, y en su posterior ausencia en el funeral. En efecto, durante los siguientes siete meses, Hitler se ocupó cuidadosamente de gestionar su imagen como el vencedor de Polonia, seleccionando personalmente las fotografías que quería que se publicaran y suprimiendo otros relatos que pudieran hacerle sombra, procedentes de la maquinaria de propaganda del ejército y otras fuentes. 14

El Führer no tenía dudas respecto a quiénes eran los principales enemigos: Inglaterra y los judíos. Su discurso ante el Reichstag, en respuesta a la declaración de guerra de las potencias occidentales, apenas hacía mención a Francia o a los polacos. En lugar de ello, Hitler destacaba la continuidad de la política británica de un «equilibrio de poder» en Europa, destinada a dejar al continente «indefenso» frente a la «ideología del dominio mundial británico». Después de España, los holandeses y Francia, ahora le tocaba a Alemania sufrir «la estrategia de cerco promovida por Gran Bretaña», de la cual Varsovia solo había sido un mero instrumento. En su segunda alocución al ejército del este destinado en Polonia, emitida el mismo día que Chamberlain declaró la guerra, mencionó la presunta «estrategia de cerco» de Inglaterra anterior a la Primera Guerra Mundial, muy por delante del tratamiento polaco a la minoría alemana, como el *casus belli.* 15

Hitler también destacó la dimensión ideológica de la guerra, que enfrentaba a Alemania contra el «enemigo mundial judío-democrático» y «los belicistas capitalistas de Inglaterra y sus satélites». 16 Los judíos, afirmaba Hitler, habían manipulado al «pueblo británico» llevándole a la guerra contra Alemania con el fin de mantener el orden capitalista internacional –controlado por una «clase dirigente plutócrata y demócrata»–, en contra de las aspiraciones del Tercer Reich. 17 Hitler había visto confirmada su teoría en el hecho de que Chaim Weizmann, el presidente del Congreso Judío Mundial y cabeza de la Agencia Judía para Palestina, había escrito a Chamberlain en vísperas de la guerra –el 29 de agosto de 1929– para decirle que «los judíos apoyan a Gran Bretaña y lucharán del lado de las democracias», y «nos situaremos, en todas las cuestiones, ya sean de mayor o menor importancia, junto a la dirección coordinada del gobierno de Su Majestad»; esta carta fue publicada en el diario *The Times* tres días después de que Inglaterra declarara la guerra. Por supuesto, con ella Weizmann no hacía sino responder a las repetidas declaraciones del propio Hitler sobre los judíos y, en cualquier caso, no representaba a todos los judíos. 18

Por todas estas razones, Hitler empezó a librar la guerra contra los judíos desde el inicio mismo de las hostilidades. Esto se debe en parte a que

el estallido de la guerra significaba que, desde su punto de vista, la eliminación de los 300.000 judíos del Reich debía acelerarse; en parte porque la derrota de Polonia hacía que varios millones de judíos pasaran a estar bajo su control; pero, sobre todo, porque él consideraba a la judería internacional como la cabeza pensante que estaba detrás de la coalición enemiga. El temor de Hitler a que los judíos constituyeran una quinta columna en Alemania llegó a tal punto que ordenó la confiscación de todos los teléfonos judíos. A finales de septiembre de 1939, ordenó a Heydrich que cualquier territorio conquistado a Polonia quedara exento de judíos, todos los cuales debían ser congregados en una reserva cerca de Lublin. Una semana más tarde, Hitler ordenó que los judíos alemanes fueran reasentados «entre el Bug y el Vístula», [19] y durante el mes siguiente algunos fueron de hecho transportados allí. Hitler no iba supervisando necesariamente cada fase de la implantación de la política antijudía, pero ciertamente sí era responsable de sus líneas generales. Hacia finales de año, Bormann dejó claramente establecido que todas las medidas aplicadas por las SS de Himmler tenían que ser acordadas con el Führer. [20]

Para Hitler, tan importante como la campaña militar contra Inglaterra y los judíos era la lucha propagandística internacional por desacreditar las versiones enemigas y promover las del Tercer Reich. En este sentido, el Führer estaba decidido a no repetir los errores de la Primera Guerra Mundial. El 8 de septiembre emitió un decreto en virtud del cual otorgaba a Ribbentrop el control de la propaganda externa. [21] Esto constituyó una victoria importante de la Oficina de Asuntos Exteriores sobre Goebbels y reflejaba el deseo de Hitler de coordinación entre los mensajes exteriores del régimen y su política exterior, especialmente respecto a los países neutrales. «La propaganda», afirmó Hitler, «es un instrumento importante con el que los líderes pueden promover y fortalecer la voluntad de ganar en uno mismo y destruir la voluntad y moral del enemigo». Esta labor revestía para él tal importancia que comparaba la posible destrucción de la maquinaria de la propaganda con la pérdida de «ciertas partes de la Wehrmacht». [22] Para este empeño era esencial «ilustrar» al mundo exterior sobre la perversa naturaleza de la judería internacional, para lo cual el antisemita «World Service» fue traducido a ocho idiomas. [23] Al mismo tiempo, a petición expresa de Hitler, la radio nazi transmitía en árabe las supuestas atrocidades del imperialismo británico en Palestina en septiembre de 1939. [24]

Ya en esta temprana etapa, por tanto, la naturaleza de la guerra empezaba a perfilarse claramente. Era la respuesta de Hitler a la apurada situación alemana en el centro de Europa, un intento de escapar a lo que él

consideraba su cerco y sometimiento históricos. En este momento, en que él ya había renunciado a toda esperanza de alianza con Gran Bretaña y de acuerdo con Angloamérica, su discurso dejó de basarse en la solidaridad nórdica para centrarse en un conflicto de clase mundial en el que él sustituía a las naciones por las clásicas categorías sociales marxistas. Estados Unidos y el Imperio británico, bajo este prisma, eran los «poseedores», los dueños de todo. Los alemanes, en cambio, se encontraban claramente entre los «desposeídos», los oprimidos por las fuerzas de la «plutocracia», decididas a acabar con el contagioso modelo social del *Volksstaat* nazi. Su misión era corregir la injusta distribución del espacio vital mundial por la fuerza. El Führer también hacía hincapié en el conflicto ideológico entre democracia y dictadura. Por último, Hitler veía la lucha como un conflicto racial cósmico, no solo –como era evidente– entre alemanes y judíos, sino también una guerra civil entre arios, es decir, entre teutones y anglosajones.

La estrategia aliada contra el Tercer Reich en 1939 se basaba en el bloqueo a Alemania y dejar que todo el peso de las economías británica, francesa y (en efecto) estadounidense combinadas cayera sobre el Reich. No hubo una ofensiva inmediata por tierra, y en lugar de lanzar bombardeos masivos sobre las ciudades y fábricas alemanas, la aviación británica y francesa descargaba panfletos propagandísticos en lo que hasta ese momento era todavía una guerra básicamente política y «de mentira». La guerra en el mar, en cambio, se libró con intensidad desde un principio, dado que la intención de los Aliados era estrangular a Alemania y la de Hitler tratar de mantener sus manos lejos de su garganta. En este sentido, se pensó mucho sobre la manera de cortar los suministros alemanes de petróleo y mineral de hierro. [25] Con el tiempo, la estrategia británica y francesa se revelaría como excesivamente confiada, pero en aquel momento parecía muy acertada. Las cifras parecían hablar por sí solas. Consideradas en conjunto, las economías de los imperios británico y francés equivalían fácilmente al doble de la de Alemania, aun sin contar con la de Estados Unidos. [26] Su potencial demográfico, especialmente si se tenían en cuenta las posesiones coloniales, era también considerablemente mayor. [27] Que este enorme potencial se convirtiera en un poder militar efectivo y se lanzara contra el Reich era únicamente cuestión de tiempo. En vista de todo ello, era imposible que Alemania, incluso sin el bloqueo, saliera vencedora de la guerra con Occidente.

Hitler era dolorosamente consciente de ello, como su continua retórica

sobre la capacidad del Reich para superar otro bloqueo demostraba. Además, pese a que en público no dejaba de fanfarronear sobre la decadencia de los británicos, él seguía manteniendo un saludable respeto por su presencia de ánimo y su calidad racial. La percepción que el Führer tenía de la debilidad alemana era ampliamente compartida no solo por la población en general, sino por la jefatura militar. Esta era especialmente marcada en la Kriegsmarine, cuya inferioridad era tan aplastante que la reacción del almirante Raeder al estallido de la guerra fue sugerir que esta solo podía aspirar a «sucumbir con dignidad» a fin de «sentar las bases para una posterior reconstrucción» de la potencia naval alemana. 28 Más avanzado ese mismo mes, Raeder advirtió a Hitler de que todavía no tenía suficientes submarinos para rendir por hambre a Gran Bretaña. El ejército estaba en mejores condiciones, pero su superioridad sobre las fuerzas francesas y británicas combinadas, una vez que estuvieran completamente movilizadas y desplegadas, no estaba en absoluto clara. Del mismo modo, la Luftwaffe gozaba solo de una ligera y cada vez más mermada ventaja sobre la RAF en la cantidad y calidad de pilotos y aviones. De hecho, Hitler seguía obsesionado con la amenaza de un ataque aliado sobre las ciudades alemanas, especialmente al oeste, sobre sus peligrosamente expuestos núcleos industriales del Ruhr. La Luftwaffe, en cambio, aún no tenía el alcance suficiente para atacar Inglaterra; era una fuerza aérea puramente táctica. 29

En 1939, las opciones del Führer eran limitadas. La sociedad alemana estaba ya altamente movilizada. 30 Los Aliados no tardarían en alcanzarla, en la medida en que el estallido de la guerra pondría fin a la ventaja comparativa de la dictadura, esto es, un nivel superior de movilización militar y psicológica en tiempo de paz. Por otra parte, el bloqueo no solo restringió el acceso de Alemania a materias primas y alimentos, sino que también la desconectó de la economía mundial, que en ese momento se convirtió en un instrumento de los esfuerzos de guerra aliados. De una forma u otra, como Keitel le dijo al jefe de la Oficina Económica de Guerra, el general Thomas, «el propio Führer ha reconocido que no podremos resistir una guerra de larga duración. La guerra debe terminarse rápidamente». 31

Frente a estas realidades, Hitler tomó algunas decisiones radicales con respecto a la economía. Se abandonó cualquier pretensión de competir con Occidente en términos de consumo. «No se puede ganar la guerra contra Inglaterra con cocinas y lavadoras», le dijo a principios de noviembre de 1939 al general Karl Becker, responsable de compras del ejército. 32 Gran parte de los programas de vivienda social se aplazaron hasta después de la

guerra. El Plan Z, destinado a desafiar a los «grandes barcos» de la Royal Navy y Estados Unidos, quedó aparcado ya al principio de la guerra. En su lugar, Hitler decidió concentrarse en los submarinos. A finales de septiembre, Hitler indagó sobre la necesidad de continuar con la construcción del primer portaaviones alemán, el *Graf Zeppelin* , si bien Raeder le disuadió de detenerla. 33 Con el ejército, el énfasis no se puso tanto en los tanques como en la producción de artillería y munición, lo que apunta a que Hitler no preveía una *Blitzkrieg,* sino una larga brega en el oeste.

Estratégicamente, a Hitler le preocupaba mitigar los efectos del cerco y el bloqueo. Aumentó los esfuerzos para que Italia entrara en la guerra cuanto antes. También procuró estrechar las relaciones con Japón, principalmente con idea de mantener a la flota de Estados Unidos ocupada en el Pacífico. 34 A finales de septiembre de 1939, cuando la campaña polaca empezaba a tocar a su fin, Hitler recibió la visita de una delegación de militares japoneses, a los que les dijo que sus dos países eran las únicas dos grandes potencias mundiales que no tenían intereses contrapuestos. Dicho de otro modo, la base fundamental de la colaboración germanojaponesa no era su mutuo antagonismo con la Unión Soviética y el comunismo, sino su hostilidad compartida hacia el orden mundial anglosajón.

El socio más útil de Hitler, de hecho, resultó ser Stalin. 35 El Pacto Molotov–Ribbentrop proporcionaba al Tercer Reich un alcance estratégico y acceso a cereales y petróleo con los que hacer frente al bloqueo. Raeder quiso incluso pedir a los rusos bases desde las que poder hostigar a los barcos británicos, y Hitler accedió a enviar la petición a Moscú a través de Ribbentrop. 36 Al margen de esto, Hitler no consideró el acuerdo más que como un recurso útil. Nunca negó sus diferencias ideológicas con la Unión Soviética ni se echó atrás en nada de lo que había dicho, pero sí enfatizó los intereses geopolíticos que les unían en contra de Londres. 37 La confrontación con Occidente no le dejaba muchas más opciones.

Dentro de este conflicto global emergente, el alineamiento de Hitler con la Unión Soviética casaba bien con el mensaje antiplutocrático de su retórica internacional. Parece que llegó a estar medio convencido de que Moscú se había alejado de su bolchevismo judío en pos de una orientación verdaderamente nacional rusa, un cambio que él había predicho a principios de la década de 1920. «En este momento, el internacionalismo soviético parece haber retrocedido», le manifestaría en privado al Alto Mando de la Wehrmacht más avanzado el año, añadiendo que esto probablemente supondría un giro hacia el «paneslavismo». «Es difícil

prever el futuro [de Rusia]», concluyó Hitler. [38] Por este motivo, la maquinaria de propaganda abandonó por completo las críticas a la Unión Soviética y poco a poco empezó a ensalzar las virtudes de la cooperación. El noticiario cinematográfico *Wochenschau* alabó en especial los suministros de alimentos y materias primas de Rusia. [39]

La otra manera mediante la que Hitler pretendía escapar del estrangulamiento aliado era evitando un enfrentamiento militar directo con las potencias occidentales, especialmente con Gran Bretaña. En vísperas de la invasión de Polonia, decretó que si bien en el este se actuaría con energía, en el oeste era necesario «dejar que la responsabilidad del inicio de las hostilidades recayera claramente en Inglaterra y Francia». Asimismo, la Luftwaffe recibió órdenes de, «por el momento», restringir las operaciones a «repeler los ataques aéreos del enemigo dentro de las fronteras del Reich». A Hitler le preocupaba especialmente no provocar a la Royal Navy en el mar, donde el peligro de un choque inesperado era mucho mayor. Al inicio de la guerra había decretado ya que la guerra en el mar debía dirigirse sobre todo contra el comercio británico y hasta finales de septiembre no autorizó realmente que los barcos de la Kriegsmarine –en concreto el *Graf Spee* y el *Deutschland* – iniciaran operaciones. A esta instrucción le siguió pronto otra que instaba a los capitanes a evitar en todo lo posible acciones arriesgadas, a fin de no facilitar victorias propagandísticas a los británicos. La percepción del Führer en cuanto a su inferioridad naval era por tanto palpable. Hacia finales de año, sus preocupaciones se vieron justificadas con el destino corrido por el crucero pesado *Graf Spee* . Tras una breve trayectoria de ataques a embarcaciones británicas, fue finalmente arrinconado por la Royal Navy frente a las costas de Montevideo y obligado a tratar de huir, para gran vergüenza de Hitler. [40] En cuestión de semanas, por tanto, quedó evidente que, en la práctica, Alemania no era más que un actor regional en un mundo de grandes potencias globales.

El Führer también estaba decidido a mantener a Estados Unidos fuera de la guerra durante el mayor tiempo posible, por lo que quería tomar Varsovia rápidamente, a fin de que cuando el Congreso estadounidense reanudara sus sesiones tras la pausa estival, se encontrara con el hecho consumado. [41] Hitler era perfectamente consciente, como sus diplomáticos y servicios de inteligencia le recordaron en numerosas ocasiones, de que gran parte del inmenso potencial del Nuevo Mundo no tardaría en ponerse al servicio de los Aliados. Estos temores se hicieron realidad cuando el gobierno de Roosevelt implementó un sistema de «pago al contado» que en la práctica significaba que solo los Aliados occidentales podían comprarle

armas a Estados Unidos. Pese a que la actuación de la embajada estadounidense en Berlín era formalmente correcta con el Reich, en la práctica era bastante hostil. 42 Hitler era igualmente consciente, sin embargo, de que los americanos tardarían algún tiempo en estar militar y psicológicamente preparados para la guerra con el Reich. 43 De una u otra forma, fuera de las bravatas propagandísticas, no había casi nadie en el Tercer Reich, y menos aún Hitler, que de verdad creyera que una guerra con Gran Bretaña y Estados Unidos fuera fácil o que pudiera llegar a ganarse.

Por todas estas razones, a partir de septiembre de 1939, la diplomacia de Hitler estuvo dominada por la voluntad de mantener la neutralidad de Estados Unidos y un genuino deseo de llegar a una solución negociada con Inglaterra, aunque conforme a sus propias condiciones. 44 El Führer estaba, como él mismo comunicó a Halder pasados cuatro días del inicio de la guerra con Occidente, «dispuesto a negociar», 45 con la esperanza, como mínimo, de generar división entre Inglaterra y Francia. Durante aproximadamente los siguientes dieciocho meses, Hitler presentó a Londres varias propuestas diplomáticas, retóricas y extraoficiales. El 19 de septiembre utilizó su primer discurso por radio en tiempo de guerra para iniciar una verdadera ofensiva de paz. Hitler pronunció el discurso en Danzig, sin duda para poner de relieve su éxito militar, y en él echaba la culpa de la difícil situación de Polonia a las potencias occidentales y tendía una rama de olivo. 46 Una semana después, cuando la campaña polaca empezaba a tocar a su fin, recibió al intermediario Birger Dahlerus con idea de reanudar las conversaciones.

La esperanza de Hitler de alcanzar una solución pacífica con Gran Bretaña determinó toda su política respecto a Polonia. Es indudable que su actitud hacia este país se había endurecido considerablemente desde la primavera de 1939 y fue deteriorándose aún más durante la campaña. Sus visitas al frente le habían causado una impresión altamente desfavorable. Los polacos solo tenían una «fina capa germánica», por debajo de la cual «el material» era «terrible», comentó a Rosenberg a finales de septiembre de 1939, añadiendo a continuación que los «judíos» eran la «cosa más espantosa que uno se podía imaginar» y que «las ciudades estaban llenas de suciedad». 47 Esto no era solo retórica. Poco después de iniciada la contienda, Hitler ordenó al ejército no interferir en las actividades criminales de las SS . Así que, mientras la Wehrmacht combatía contra los polacos conforme a las normas de la guerra, el tratamiento del que fueron objeto por parte de las SS y otras formaciones fue extraordinariamente brutal desde el primer momento. 48 Sin embargo, es posible que, al final,

fuera el planteamiento de la guerra, y el conflicto en sí, los que convirtieran irreversiblemente a Hitler en un racista polaco radical, y no a la inversa. [49] Según su criterio, los polacos le habían obligado a tratarles mal y jamás les perdonó por ello.

Dicho esto, Hitler mantuvo sus opciones abiertas a Polonia durante al menos seis semanas desde el comienzo de la invasión, en parte guiado por una brizna de esperanza de conseguir contar con su ayuda contra la Unión Soviética, pero sobre todo con el fin de facilitar un acuerdo con Londres. En sus comentarios a Halder inmediatamente posteriores a la declaración de la guerra, mantuvo abierta la posibilidad de que «el resto de Polonia» fuera «reconocido» y añadió que mientras que Alemania controlaría el Narev y el área industrial de Varsovia, «Cracovia, Polonia» y «Ucrania» [*sic*] serían «independientes». [50] Un mes después de la invasión, Hitler seguía barajando opciones para Polonia, una de las cuales consistía en convertirla en un «Estado remanente». [51] Esto parece indicar que Hitler no había renunciado a su idea de llegar a un entendimiento con Polonia basado en una expansión conjunta hacia el este. Este cierto respeto residual por Polonia, incluso después de la invasión, puede evidenciarse en el hecho de que Hitler alabara al mariscal Piłsudski como «un hombre de una energía y comprensión de la realidad incuestionables» en su discurso de Danzig del 19 de septiembre, lamentando que su muerte le impidió evitar la reanudación de la hostilidad entre Alemania y Polonia. [52] El Führer también ordenó poner una guardia de honor en el lugar donde descansaban los restos del mariscal Piłsudski en Cracovia, que permanecería allí durante toda la ocupación alemana. [53]

Estos movimientos culminaron con una dramática alocución al Reichstag el 6 de octubre de 1939, en la que Hitler anunció la victoria en Polonia y ofreció a Gran Bretaña un acuerdo de paz que incluiría un imprecisamente definido Estado remanente polaco. [54] Esta oferta no obedecía a una motivación meramente táctica, sino que –desde su punto de vista– era sincera. [55] La no aceptación de esta mano tendida, advertía, podía conducir a la destrucción del Imperio británico. «Esta lucha aniquiladora», anunció Hitler, «no se limitará al continente [europeo]. No. Se extenderá más allá del mar. Hoy ya no quedan islas». [56]

A partir de septiembre de 1939, la guerra fue absorbiendo cada vez más la atención de Hitler, pero esto no significó que abandonara por completo la política nacional. Por el contrario, el conflicto llevó a un renovado compromiso con los asuntos del interior. Hitler estaba decidido a evitar que

se repitieran los hechos de 1918, y por tanto recalcó la necesidad de construir la solidaridad nacional que él había echado en falta durante la guerra mundial. 57 Prestó gran atención a los informes de los servicios de vigilancia sobre el estado de opinión popular. Por ejemplo, a raíz de algunos informes especialmente críticos del otoño de 1939, Hitler autorizó un aumento de la ración de grasas para los niños. 58 Para sostener la moral del país, el Führer trató de mantener –si bien de manera restringida– el suministro de bienes de consumo. Simbólicamente, insistía en compartir las privaciones de los soldados del frente, por ejemplo, haciendo que su propia casa se sostuviera supuestamente con cupones de racionamiento. 59 La Organización de Auxilio de Invierno, que proporcionaba carbón y ropa a los alemanes más pobres, también contribuyó a compartir las cargas de la guerra, al menos psicológicamente, y a convencer a Inglaterra de la voluntad de resistir del pueblo alemán. El discurso del Führer en el que introducía esta iniciativa destacaba que lo que esperaba de ella era «la autoayuda del pueblo» a través de la «voluntad de sacrificio» en lugar de imponerla mediante «llamadas fiscales al contribuyente». 60

Hitler también reconocía la necesidad de mantener la vida cultural durante el tiempo de guerra, en parte para mantener altos los ánimos de la población y en parte para continuar el proceso de elevación racial del pueblo alemán a través de la apreciación del verdadero arte. Por su parte, él dejó en gran medida de ver películas o asistir a conciertos y a la ópera, pero le preocupaba que al pueblo alemán pudieran faltarle oportunidades de esparcimiento o de formación, incluso, y especialmente, durante la guerra. Los planes de un gran museo de arte en Linz, para el cual Hans Posse presentó un proyecto detallado en octubre de 1939, siguieron recibiendo la atención de Hitler, 61 así como sus otros varios proyectos, pese a las exigencias del conflicto.

Del lado negativo, Hitler redobló los esfuerzos por la eliminación de la disensión interna y el establecimiento de una coherencia ideológica, especialmente en la Wehrmacht. A finales de septiembre de 1939, creó la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA en sus siglas en alemán), que puso todas las principales fuerzas de la policía y la seguridad alemanas bajo el control directo de Heinrich Himmler. Aproximadamente por la misma época, Hitler dio «en principio» el visto bueno al plan de Rosenberg para el «afianzamiento de la ideología nacionalsocialista» dentro del ejército. 62 Estaba decidido a evitar que se repitieran las protestas por parte de algunos comandantes, como el general Blaskowitz, contra el comportamiento de las SS en Polonia, y a endurecer al ejército frente a la larga guerra que tenían por delante. Una señal evidente del malestar de

Hitler hacia la Wehrmacht y de la creciente importancia de las SS fue la creación de nuevas formaciones militares en el seno de las SS . El 18 de septiembre de 1939, ordenó que las Unidades de la Calavera, a las que se les encargó la guardia de los campos de concentración, debían destinar a sus promociones más jóvenes a prestar servicio militar en los regimientos, y a ser posible, divisiones, de las SS . Por el momento, estas formaciones permanecerían dentro del control operativo del ejército. La tendencia, en todo caso, estaba clara. 63

La guerra también aceleró los planes de Hitler para la transformación racial de Alemania. Preveía cuantiosas bajas entre los «mejores» elementos de combate en el frente y una disminución en los nacimientos debido a la larga separación de los maridos de sus esposas. Una forma de compensarlo era la eugenesia positiva de aumentar el número de nacimientos de «más valor». Algunos de ellos podían conseguirse mediante métodos tradicionales, como celebrar el Día de la Madre o premiar a las mujeres especialmente fecundas con la *Mutterkreuz* , la cruz de la madre alemana. De forma algo más controvertida, el concepto de ilegitimidad fue siendo cada vez más criticado, dado que los hombres –especialmente los de las SS – fueron instados a desafiar las convenciones y generar cuantos más hijos, mejor. 64 Parece que en aquel momento Hitler no llegó a estar muy interesado en la idea. El problema de esta eugenesia supuestamente positiva, en todo caso, era que se trataba de un proceso de mejora lento, cuyos cambios se producirían a largo plazo; una estrategia viable en un país en paz, pero al que la inminencia de la guerra había dejado sin tiempo.

Varios factores se unieron para que las ya extremistas políticas raciales de Hitler se radicalizaran aún más a partir de septiembre de 1939. La guerra representó un nuevo incentivo para la eugenesia negativa, que podía ser implantada rápidamente, si bien con un alto coste en el ámbito interior y diplomático. En octubre de 1939, Hitler ordenó a Brandt y a Bouhler que siguieran adelante con el programa de eutanasia, desafiando las ya sabidas intenciones de la Iglesia católica y otras agrupaciones. 65 La medida se fechó, retrospectivamente, el día del inicio de la guerra, el 1 de septiembre, lo que demuestra la relación que Hitler veía entre las dos cosas. 66 Al final, la conquista de Polonia había traído consigo la adquisición no planificada ni deseada de millones de judíos polacos. Según la lógica de Hitler, había que deportarlos u ocuparse de ellos de algún modo, en parte porque representaban bocas «inútiles» que alimentar y en parte porque constituían una amenaza tras las líneas alemanas. 67 En todo caso, la guerra no solo servía de cobertura para medidas planeadas ya hacía tiempo, si bien esta era una consideración a tener en cuenta, sino que, en la mente de Hitler, exigía

además la aceleración de lo que en un principio había contemplado como un proceso a largo plazo y de tipo más evolutivo.

El estallido de la guerra no supuso ningún cambio fundamental en el papel de Hitler dentro del sistema político alemán. [68] Pese a ello, la naturaleza politocrática del Tercer Reich se vio intensificada por la proliferación de nuevas instituciones relacionadas con la gestión de la economía de guerra y las operaciones militares. Un ejemplo de este fenómeno, reflejo además de la primacía de la lucha contra Occidente, fue el mando supremo militar. Este se dividió entre el Alto Mando del Ejército (OKH), la jefatura del ejército de tierra, que más adelante dirigiría la guerra en el este, y el Alto Mando de la Wehrmacht (OKW), que coordinaba los tres cuerpos, el ejército, la armada y la fuerza aérea, dirigía todos los demás escenarios y ejercía la superintendencia en todo el conflicto en general. Tampoco se produjo ningún cambio esencial en el carácter de la alta política nazi. En todos los niveles siguieron existiendo las duras enemistades de siempre, pese al hecho de que Hitler no las alentaba en absoluto. [69] Sus instrucciones estrictas eran que los ministros debían resolver sus discrepancias sin recurrir a él desde el primer momento. [70] La política continuó desarrollándose en torno al propio Hitler, con la única diferencia de que el cuartel general del Führer se añadió a los centros de poder ya existentes. Tal vez sorprendentemente, él no había preparado un gran búnker central desde el que dirigir la guerra, sino que más bien operaba desde una serie de sedes regionales que se habilitaban según cada momento. [71] El cuartel general del Führer era por tanto una institución, no un lugar; el lugar donde el Führer se encontraba en cualquier momento dado.

Lo que cambió tras el estallido de la guerra no fue el alcance de la autoridad de Hitler, que nunca fue directamente desafiada, sino su foco. Empezó a retirarse de la política doméstica del día a día, llegando a hacerse inaccesible. Los encuentros cara a cara con los miembros de la administración civil, bastante frecuentes en la década de 1930, fueron siendo progresivamente sustituidos por el despacho de documentos para su aprobación. Del mismo modo, el Führer prácticamente dejó de asistir a las asambleas de los *gauleiter* , para limitarse a recibirles después de celebradas. [72] Dicho esto, Hitler continuó siendo la autoridad máxima y ejerciendo el absoluto control de las áreas que consideraba más importantes, esto es, la ideología, la política exterior y la organización general de la guerra. Su supervisión inmediata de la política doméstica sin duda fue reduciéndose cada vez más con el paso del tiempo, aunque hasta el final no dejó de estar implicado en ella. Como veremos más adelante,

mantuvo un estrecho control de los temas que afectaban a la moral popular, como el racionamiento, los precios y el reclutamiento de las mujeres. El Führer era quien marcaba las líneas principales, y no era posible conseguir nada contra su voluntad o cambiar el curso, sin su autorización expresa, de nada en lo que él se hubiera embarcado. Los hombres que le rodeaban, incluido el cada vez más ubicuo Martin Bormann, eran órganos ejecutivos, no de control. [73] Hitler seguía siendo el amo indiscutible, la persona a cargo del Tercer Reich.

El 12 de octubre de 1939, Chamberlain rechazó finalmente las propuestas alemanas para la negociación de un acuerdo. Pese a que esta posibilidad llevaba ya algún tiempo barajándose, Hitler se sintió decepcionado y furioso. [74] La negativa de Londres a llegar a un compromiso tuvo dos consecuencias decisivas. En primer lugar, determinó el destino de Polonia; la irreductible hostilidad de Stalin hacia cualquier forma de existencia independiente para los polacos también influyó en la posición del Führer. [75] Hitler descartó la idea de un Estado polaco remanente y cualquier tipo de consideración hacia su población. El trato a los polacos, ya bastante duro, se tornó aún peor. El 17 de octubre de 1939, reprendió a los oficiales alemanes que estaban manteniendo conversaciones con altos dignatarios polacos sobre un posible régimen de colaboración. [76] Varias zonas de la Polonia anterior a la guerra fueron directamente anexionadas a Alemania. Hacia finales de octubre, Hitler juntó a todos los polacos que quedaban bajo su control dentro del «Gobierno General», bajo la dirección de Hans Frank. [77] De hecho, a primeros de octubre ya había empezado a deportar judíos desde Alemania hacia reservas establecidas allí. En este momento se dieron instrucciones concretas para eliminar a toda la *intelligentsia* polaca. [78] Todo esto se hizo «sobre la marcha», no conforme a ningún plan fijado. [79] En un principio, la esperanza de Hitler había sido poder llevar a cabo el ataque sobre Rusia contando con la cooperación, o al menos la tolerancia, de Polonia. En vez de ello, se encontró entonces con una alianza con la Unión Soviética y ocupando grandes zonas de territorio polaco habitadas por millones de polacos, muchos de ellos judíos.

El futuro, a corto y medio plazo, de este espacio y de todos los que vivían en él, no estaba claro. Hitler todavía pretendía utilizarlo como base para una invasión de la Unión Soviética, [80] pero la continuación de la guerra con Gran Bretaña lo hizo complicado. Los plazos, tan cortos en agosto de 1939, parecían volver a expandirse de nuevo. El *Lebensraum* al este seguía muy presente en la mente de Hitler, pero tendría que esperar a

que el flanco oeste estuviera asegurado. Entretanto, Hitler anunció un «proyecto de remodelación» conjunto con la Unión Soviética para despejar al menos parte de las «causas de conflicto» europeas. Esto implicaba extensos «reasentamientos», no solo de polacos, sino también de alemanes. [81] El motivo partía de un hecho muy simple e inesperado. Desde el principio, la política de Hitler había consistido en conseguir, en el este, el espacio vital que el pueblo alemán necesitaba para contrarrestar a Angloamérica. Pero, en este momento, se encontró al mando de un gran territorio en el que no tenía a nadie a quien meter. Hitler se enfrentó al mismo problema en Bohemia y Moravia, si bien en una forma menos extrema. En una situación de pleno empleo en Alemania, y escasa migración económica a Estados Unidos u otros lugares, los alemanes del Reich no encontraban muchos incentivos para establecerse en Polonia ni tampoco en el Protectorado. Hitler no tenía un excedente demográfico que distribuir. En lugar de un «pueblo sin espacio», se encontró entonces con un «espacio sin un pueblo».

Hitler respondió a este problema de tres maneras. En primer lugar, buscó fuentes alternativas de alemanes. Algunos vendrían de Tirol del Sur, donde la transferencia de los que habían «optado» por Alemania quedó finalizada en octubre de 1939, [82] pero la mayoría procedería de los estados bálticos y la Unión Soviética. Las poblaciones alemanas de allí serían repatriadas mediante una macrooperación de «Retorno al Reich». Hitler parecía haber dado con esta solución, de la que no existía constancia en ninguno de sus escritos anteriores ni en sus planes previos a la guerra, merced en gran parte a la casualidad. En un principio, él había tratado solamente de absorber a aquellos alemanes que habían mostrado fuertes inclinaciones nazis o nacionalistas, pero el líder de la minoría alemana en Letonia le persuadió para salvar a todos los alemanes del Báltico de las garras de Stalin. Sea como fuere, el Tratado de Fronteras y Amistad germano-soviético del 28 de septiembre impuso una nueva realidad sobre el terreno mediante la formalización de los nuevos acuerdos territoriales. [83]

La nueva política quedó expresada en el Decreto para la Consolidación del Pueblo Alemán de octubre de 1939, en el que venía a decir que buenas barreras raciales hacían buenos vecinos. Con este objetivo en mente, Hitler se proponía recuperar «al pueblo alemán que anteriormente se había visto obligado a vivir en el extranjero» y conseguir «mejores demarcaciones» con los demás grupos dentro de «su espacio», es decir, Alemania. [84] Himmler fue encargado de la tarea de «devolver» al Reich a estos alemanes para facilitar «el establecimiento de una nueva clase rural alemana», especialmente mediante el cultivo de la tierra en «las nuevas áreas de

asentamiento alemanas» por parte de los retornados. A lo largo de los siguientes quince meses, aproximadamente, se firmaron una serie de tratados con Estonia, Letonia, Rumania, Hungría y la Unión Soviética destinados a facilitar el «retorno» de sus poblaciones de alemanes. 85 El alcance de este plan sugiere que Hitler había dejado sus planes de un ataque inmediato sobre Rusia para una fecha posterior, dado que no tenía sentido sacar a los alemanes de allí para tener que devolverlos un año más tarde (a menos que temiera que pudieran ser utilizados como rehenes, pero este temor nunca se mencionó ni directa ni indirectamente). 86

Los comentarios de Hitler a Rosenberg en torno a este momento demuestran que su marco temporal en efecto había vuelto a expandirse. La guerra inmediata con Rusia ya no estaba en la agenda; la principal preocupación entonces era completar la campaña polaca y ocuparse de Inglaterra y Francia. Más concretamente, la propia visión que Hitler tenía respecto a Polonia indicaba que no tenía necesariamente previsto volver a actuar en el este en un futuro próximo. Durante un breve periodo de tiempo, el lugar del *Lebensraum* , firmemente ubicado en Rusia desde la década de 1920, se desplazó al oeste, a Polonia. El Führer anunció su intención de construir «un inexpugnable *Ostwall* o muro oriental a orillas del Vístula, aún más fuerte que el del oeste». También quería crear un «amplio cinturón de germanización y colonización en esa frontera». Esto constituiría «una ingente tarea», la de crear «un granero alemán» con una «fuerte clase rural alemana» formada por «buenos alemanes procedentes de todas partes del mundo». La formulación de la frase ya da a entender que Hitler podía incluso albergar esperanzas de atraerse a los alemanes de ultramar, incluso los de Estados Unidos. Por último, señalaba que solo «el futuro» demostraría si era posible «llevar adelante el cinturón de asentamiento transcurridas algunas décadas». 87 En otras palabras, Hitler en ese momento contemplaba una guerra con la Unión Soviética solo en algún momento del futuro, tal vez a varias décadas de distancia.

El segundo método del Führer para llenar el espacio que de repente tenía disponible era examinar más de cerca la composición racial del pueblo polaco. Tras haber pasado de la amistad a una hostilidad extrema en unos pocos meses, volvió a oscilar un poco en la dirección contraria. Hitler llevaba mucho tiempo rechazando los programas de germanización tradicionales, con su énfasis en el idioma, y sosteniendo que solo se podía «germanizar» los territorios y no a las personas. En este momento, en cambio, empezó a hablar de asimilar al mayor número de polacos posible. 88 «Aquellos elementos que se consideren racialmente valiosos», afirmaba Hitler, podrían ser «germanizados»; esto le situaba más cerca del más

«moderado» *gauleiter* Förster de Danzig que del *gauleiter* Greiser del Wartheland, que prefería matar o deportar a los polacos. 89 «La base» sobre la que se hacía esta selección, continuaba diciendo, debía ser «el aspecto racial y la herencia genética». Hitler argumentaba que las tribus que originalmente habitaron estas áreas «se habían forjado al 50 % con sangre eslava y alemana», dado que los granjeros alemanes que se asentaron allí cientos de años atrás, al estar escasos de mujeres, se habían emparejado con «las fogosas mujeres eslavas». La solución, afirmaba Hitler, radicaba en el «idioma», en que los «niños olviden el polaco y aprendan únicamente alemán». Así pues, los niños constituyeron un objetivo especial de la política de ocupación. El Führer pensaba que los polacos podían llegar muy lejos si les cogía lo suficientemente jóvenes. 90

Este fue el comienzo del mayor proyecto de asimilación de la historia de la Alemania moderna, paradójicamente llevado a cabo por el hombre que había condenado este mismo tipo de iniciativas cuando se plantearon en el Segundo Reich. 91 No obstante, el viraje no era tan radical como parecía, porque Hitler contemplaba el proceso de asimilación no como una germanización cultural y lingüística de la raza eslava, sino como el descubrimiento y filtrado de los elementos germanos presentes en los pueblos polaco y checo. En la práctica, sin embargo, el resultado era el mismo. Hitler en un principio había querido recuperar y retener la «flor y nata» de la raza, que durante generaciones había ido yendo a parar a los angloamericanos. En este momento, se encontraba a sí mismo teniendo que escarbar entre lo que muchos de sus colaboradores consideraban las sobras de Europa central y del este. No tenía muchas más opciones. En ausencia de los valiosos colonos del Reich o los aún mejores retornados de Angloamérica, Hitler tenía que conformarse con lo que quedaba. Estas medidas apuntaban ya a una tendencia que iría haciéndose más visible a medida que fue avanzando la guerra. Mientras que en un principio el conflicto había puesto término a la eugenesia positiva y favorecido la recompensa inmediata de la eugenesia negativa mediante la deportación, esterilización o el asesinato, a medida que aquel fue alargándose, más fueron reduciéndose los «estándares» raciales de Hitler.

Por último, el Führer pretendía solucionar la escasez de colonos reformando la agricultura alemana, especialmente en el oeste, donde hacía tiempo se caracterizaba por la subdivisión y la ineficacia. Hitler comunicó que quería familias cuyas pequeñas propiedades en el oeste de Alemania hubiesen sido reconvertidas y que los hijos pequeños de los agricultores se asentaran en el este. 92 El eslogan para el este fue «Asentamiento» y, para el oeste, «redistribución», en el sentido de racionalización: los dos estaban

estrechamente relacionados en la mente de Hitler. En este aspecto el Führer era contrario a Walther Darré, partidario de un gran número de pequeñas parcelas de terreno, y favorable a Himmler, que abogaba por «fincas defensivas» más grandes. De hecho, lo que este quería era reproducir el modelo de primogenitura de las grandes haciendas inglesas, de la agricultura extensiva de Estados Unidos y tal vez de las concesiones de tierras a los exlegionarios de la antigua Roma. No se trataba de una utopía agraria, sino de una visión al estilo americano. Para Hitler, por tanto, la modernización de la agricultura alemana y la colonización del este iban de la mano.

La segunda consecuencia de la negativa de Chamberlain a las propuestas de paz de Hitler, que él ya temía mucho antes de que se hiciera pública la respuesta definitiva, fue que el Führer dejó de andarse con miramientos con Inglaterra. «Si los británicos no quieren la paz», le dijo el Führer a Rosenberg a finales de septiembre de 1939, él «caería sobre ellos con todos los medios a su alcance y les destruiría». 93 Y quería hacerlo sin más demora. Pese a que los preparativos alemanes no estaban aún terminados, Hitler creía que el «equilibrio relativo» no se «inclinaría a nuestro favor», sino que «el poder defensivo del enemigo» iría «aumentando gradualmente». Si en ese momento Occidente no contaba con suficientes tanques, probablemente esto «dejaría de ser así» dentro de «6-8 meses». 94 Además, advertía el Führer, a medida que la guerra fuera alargándose, había más probabilidades de que los británicos consiguieran que holandeses, belgas y otros países neutrales se pusieran de su lado. Por otra parte, cuando la cohesión social y nacional de Alemania fuera mermando a la vez que la propaganda aliada tenía más tiempo para hacer efecto, la aviación aliada atacaría la industria del Ruhr, permitiendo a Gran Bretaña dejar caer todo el peso de la economía internacional sobre el Reich. «En este sentido», concluía el Führer, «cada mes de retraso» en el ataque a las fuerzas anglofrancesas, haría más difícil la tarea de la Wehrmacht. En aquel momento, para Hitler las cosas en el este podían esperar, pero en el oeste se le estaba acabando el tiempo. 95

A pesar de todo lo que Hitler había dicho sobre la decadencia británica antes del estallido de la guerra, la mayor parte de lo cual iba dirigido a desarmar los argumentos en contra de su escalada bélica, continuaba creyendo firmemente en la fuerza y el valor racial de Gran Bretaña. El verdadero peligro, expresó ante los altos mandos del ejército, era que la cada vez mayor movilización británica proporcionaba a Francia «una capacidad militar adicional de gran valor psicológico y material». A diferencia de gran parte del Alto Mando, al que le preocupaba el ejército

francés, el Führer veía la inminente campaña principalmente como una competición con Gran Bretaña. Por tanto, advertía enfáticamente que no se debía caer en una «subestimación de las unidades británicas» especialmente en cuanto a defensa, porque «la constitución interna del británico» le convertía en un luchador tenaz. Con ello estaba aludiendo a su experiencia de la resistencia británica durante la Primera Guerra Mundial. Seis semanas después, Hitler volvía sobre el mismo tema. «Me preocupa la presencia cada vez mayor de los británicos», les dijo a sus generales. «El británico es un duro enemigo, especialmente en defensa», avisó. 96

La única esfera en la que Hitler se sentía superior a los británicos era la cultura. «La creatividad cultural de Gran Bretaña», señaló, «es un capítulo aparte». «Nosotros los alemanes», continuó, «ciertamente no necesitamos que los británicos nos den ninguna lección en el ámbito de la cultura». «Nuestra música, nuestra poesía, nuestra arquitectura, nuestra pintura, nuestra escultura», afirmó en una enumeración que recuerda al segundo verso del «Deutschlandlied», no tenían nada que temer en comparación con las de Inglaterra. «Yo creo que un solo alemán, por ejemplo, Beethoven», continuó diciendo Hitler, «ha conseguido más en la música que todos los ingleses pasados y presentes juntos». Esta, por supuesto, era una imagen ya conocida de la retórica nacionalista alemana del siglo XIX , cuando los patriotas habían tratado de compensar su manifiesta debilidad política mediante afirmaciones de supremacía cultural. 97 Irónicamente, Hitler retomó estos temas en un momento en el que muchas de las figuras culturales más importantes de Alemania ya se habían visto empujadas a exiliarse en Angloamérica por su causa.

Políticamente, el objetivo de Hitler era el contrario al del Tratado de Westfalia, que él consideraba la raíz de todos los males de la historia moderna de Alemania. La primera línea de su memorándum sobre la campaña que se avecinaba en el oeste decía que «la disolución del Primer Reich, motivada por la Paz de Münster en 1648», había conducido al sistema de «equilibrio de poder» europeo. Esto a su vez había permitido la emergencia de los franceses pero, «especialmente», la del Imperio británico. La «característica fundamental» de este acuerdo, que también había sido deseo de Gran Bretaña, había sido la «fragmentación del pueblo alemán». Hitler transfería por tanto la responsabilidad principal del mantenimiento del sistema westfaliano de su originador, Francia, a su supuesto protagonista en ese momento, Inglaterra. Durante los siguientes ocho meses aproximadamente, este sería un tema sobre el que Hitler volvería una y otra vez. 98 La objeción de Hitler a Westfalia era en parte territorial, en la medida que se resentía por la pérdida de territorios

occidentales ante otros países, pero su preocupación más importante era conceptual. Para él, los tratados eran el claro reflejo de la fragmentación interna y la subordinación externa del Reich. 99

El Führer estaba decidido a atacar al oeste en la primera oportunidad que se presentara. Pese a que la gran mayoría de las fuerzas enemigas por tierra eran francesas, su principal objetivo era Inglaterra. 100 No atacar, advertía dos semanas después, permitiría a Gran Bretaña acorralar a los submarinos alemanes en el mar del Norte. Por ello, Hitler reiteraba su llamada a «destruir al ejército franco-británico», como «condición previa» para una «brutal operación dirigida a acabar con la voluntad británica de resistir» cuando llegara el momento. 101 El propósito de la ofensiva en el oeste era no tanto el empleo de la fuerza militar contra los ejércitos de operaciones aliados como dar un golpe de efecto político en Londres.

Desde el principio, Hitler imprimió su sello al plan de la ofensiva occidental, tanto estratégica como operacionalmente. Se mostró firme respecto a que no había que limitarse a repetir el «trillado» Plan Schlieffen de 1914. Él confiaba en poder enviar los tanques a través de las Ardenas y su plan era separar a las fuerzas británicas de las francesas. 102 Hitler dio instrucciones para capturar los puentes del Mosa mediante un ataque sorpresa y para utilizar las fuerzas aerotransportadas. 103 Sus órdenes fueron que la operación no debía tener un «centro de gravedad fijo» desde el principio, sino hacerse con uno en función de los primeros éxitos para así poder aprovechar cualquier avance. 104 Hitler también tenía una visión clara de la naturaleza del conflicto que se avecinaba. Exigió que, durante su avance, las puntas de lanza de las fuerzas acorazadas debían evitar verse atrapadas en el «laberinto de las interminables hileras de casas de las ciudades belgas». La clave consistía en mantener su «movilidad» y evitar que el frente enemigo se asentara. Hitler hizo un llamamiento a la «improvisación» y la «concentración» de tanques y armas. Predijo que el «efecto de este despliegue tan masivo, especialmente de los [cañones] 8,8 mm» sería «devastador» para el enemigo. Los bombardeos se utilizarían no solo para destruir posiciones enemigas, sino también para «desmoralizarlas». 105 Y así fue como, casi exactamente, se desarrolló la campaña.

El plan fue acompañado de un renovado bombardeo propagandístico sobre Gran Bretaña, que recibió un trato especial; a los franceses se les criticaba, si acaso, en un tono más pesaroso que iracundo. Hitler atacó al Imperio británico en dos frentes. Por un lado, sostenía que Alemania estaba

actuando en Europa ni más ni menos que como Inglaterra lo había hecho siempre en todo el mundo, si bien con más justificación y eficacia. Comparaba el caos en los territorios británicos de los árabes en Oriente Medio con el orden que el Tercer Reich había establecido rápidamente entre los eslavos de Europa central. 106 Un mes más tarde, profundizaba más en el tema. «Si un inglés hoy en día dice ser responsable del destino de los pueblos de Europa central y del este», argumentaba, «yo solo puedo responder que nosotros somos entonces igualmente responsables del destino de los pueblos de Palestina, Arabia, Egipto e incluso la India». El paralelismo estaba claro: si existían territorios británicos en el resto del mundo, ¿por qué no iba a haber protectorados alemanes en Europa?

Pero Hitler quería salir de caza, al lado de los sabuesos imperialistas, y al mismo tiempo, cada vez más, correr al lado de las liebres colonizadas. La idea de que Alemania había sido esclavizada por el Imperio británico y las altas finanzas internacionales, tan habitual en su retórica durante la década de 1920, y siempre presente de manera soterrada a partir de 1933, retornó con más fuerza que antes. Hasta los más sencillos placeres de la vida, se quejaba, estaban a merced del Imperio. ¿Por qué debían decidir los británicos, preguntaba Hitler, si los alemanes tomaban o no café? Según él, los británicos eran culpables de «oprimir» a 350 millones de indios, «exactamente de la misma forma» en que millones de alemanes eran pisoteados. 107 La empatía de Hitler se extendía a todos los demás desheredados de la tierra. Se burlaba de las afirmaciones británicas de estar luchando por «el derecho a la autodeterminación de los pueblos», dado que, ¿en qué otro lugar se contravenían más esos derechos que en el Imperio británico, donde al parecer este principio no se aplicaba? Curiosamente, Hitler también refutaba las aserciones británicas en defensa de la «civilización», dadas las condiciones en las «zonas mineras británicas, en suburbios como Whitechapel y otras áreas de pobreza y degeneración social generalizada». Para Hitler, la batalla contra el Imperio británico era una lucha de clases internacional en la que las naciones hacían el papel de las clases. El conflicto no se enmarcaba solamente dentro de una guerra alemana de liberación nacional contra el dominio del continente, sino de una insurrección global contra el capitalismo y el imperialismo angloamericanos.

Los judíos eran fundamentales dentro de esta retórica, aunque no constituían en absoluto el único objetivo a batir del Führer. Él arremetía contra los «magnates del dinero», los «barones de la banca internacional, judíos y no judíos» que estaban intentando destruir la Alemania de las «leyes del bienestar para los trabajadores» que habían «acabado con las

diferencias de clase» en el Reich y erradicado el desempleo. 108 Hasta tal punto temían los enemigos de Alemania este modelo de «bienestar y compromiso social», aseguraba, que tenían miedo de que «su propio pueblo pudiera resultar contagiado por él». En este sentido, aparentemente, el nazismo era después de todo un producto exportable. El régimen dio tal importancia a este fragmento del discurso de Hitler que poco después lo publicaría de nuevo en el boletín oficial del Ministerio de Trabajo del Reich. 109 Hitler todavía seguía intentando «internacionalizar» la cuestión judía. Este era el espíritu que le llevó a describir su discurso de «paz» ante el Reichstag como un «intento por ordenar y regular el problema judío». 110

Hitler consideraba esta campaña como un ejercicio de autodefensa, una venganza contra la encarnizada máquina de la propaganda británica y sus supuestos aliados judíos en todo el mundo, especialmente la prensa americana. Durante todo el conflicto volvió a referirse una y otra vez, como había hecho durante toda su trayectoria, al «[capitalismo y] al periodismo internacional judío» y a «ciertos órganos de prensa internacional». 111 Desde el principio de la guerra, Hitler siguió muy de cerca lo que publicaban los periódicos británicos y norteamericanos, exigiendo ver los ejemplares originales. 112 Había representantes del Deutscher Nachrichtendienstbüro (DNB) destinados en el cuartel general del Führer para suministrar al Führermaterialdienst todas las noticias del extranjero, comunicados militares y notas de prensa que Dietrich solicitara. De una forma u otra, la animosidad de Hitler hacia Gran Bretaña había llegado a ser total a finales de 1939. «Quiero derrotar a Gran Bretaña, cueste lo que cueste», le dijo a Goebbels, «y todos mis pensamientos y todas mis acciones se encaminan a este fin». 113

Este odio a los británicos fue también el contexto dentro del cual Hitler interpretó el atentado contra su vida protagonizado por Georg Elser. El aspirante a asesino había escondido una bomba dentro de una columna de la Bürgerbräukeller de Múnich, programada para explotar cuando Hitler pronunciara su alocución anual en conmemoración del fallido *putsch* de 1923. Aquella noche, sin embargo, el Führer se marchó antes de lo previsto para visitar a Unity Mitford en el hospital. Este cambio de planes le salvó la vida, porque la bomba explotó como estaba previsto, causando grandes daños y pérdida de vidas. Pese a que Elser era un simpatizante comunista e incluso llevaba una insignia del Rotfrontkämpferbund cuando fue arrestado, Hitler estaba convencido de que los servicios de inteligencia británicos estaban detrás de la conspiración. El 15 de noviembre de 1939, Goebbels afirmó en el *Völkischer Beobachter* que «el asesino se llama Inglaterra». Más adelante, Hitler pensó que podían haber sido monárquicos

bávaros, y durante un tiempo Goebbels culpó en privado incluso a Otto Strasser. [114] En realidad, no existe ninguna prueba que vincule a la Inteligencia británica con Elser, que al parecer actuó completamente solo.

A Hitler todavía le importaba relativamente poco la Unión Soviética. Las evidentes conexiones comunistas de Elser no parece que pesaran mucho en él. Tampoco temía un ataque inmediato por parte de Rusia. «Rusia», les dijo a sus generales a finales de noviembre de 1939, «no constituye hoy en día ninguna amenaza», dadas sus divisiones internas y la debilidad del Ejército Rojo. Por otra parte, añadió Hitler, «estaba el tratado». Esta situación bien podía cambiar en el futuro, pero él no esperaba que surgiera ningún problema al menos durante «los próximos uno o dos años». A Hitler tampoco le preocupaban las ambiciones de Stalin en Escandinavia, que el Pacto Molotov-Ribbentrop habían favorecido en gran medida. Cuando el conflicto entre Finlandia y la Unión Soviética era ya inminente, el explorador sueco Sven Hedin pudo comprobar durante una visita que Hitler estaba obsesionado con Inglaterra. [115] Hitler llegó incluso a calificar las exigencias de Stalin de «moderadas». Ciertamente, no mostró ningún sentido de solidaridad racial con los pueblos «nórdicos» ni ningún interés por Escandinavia fuera de su lucha con Inglaterra. [116] Tampoco debería atribuírsele ninguna importancia al hecho de que muy de vez en cuando utilizara, de forma bastante imprecisa, la expresión «Gran Reich Alemán», referida con toda probabilidad a la Gran Alemania del siglo XIX más que a ninguna aspiración sobre el norte de Europa. [117] A diferencia de Himmler, de hecho, el Führer no se tomaba muy en serio a los escandinavos, a quienes consideraba un pueblo de pescadores inofensivos y poco despiertos. [118]

La invasión de Finlandia por parte de Rusia, el 30 de noviembre de 1939, tampoco supuso ningún cambio. Fiel al espíritu del pacto con Stalin, Hitler impuso un embargo de armas a los finlandeses. Su única preocupación era que el problema en Escandinavia pudiera servir a Inglaterra de pretexto para intervenir allí y de este modo cortar el suministro de materias primas suecas a Alemania. [119] La Kriegsmarine, que quería tener bases en Noruega para atacar a Gran Bretaña, fue la que llevó a Hitler a mantener un encuentro con el exministro de Defensa y político de extrema derecha noruego Vidkun Quisling el 12 de diciembre en Berlín. Poco después, Hitler dio órdenes de preparar un plan para la invasión de Noruega. La operación fue concebida no como una extensión del *Lebensraum* alemán, ni como una recuperación del «fraternal pueblo» nórdico, sino más bien como un ataque preventivo contra cualquier posible intento británico de interferir en sus suministros de mineral de hierro.

A Hitler le preocupaba mucho más Estados Unidos, al menos a medio y largo plazo. La jefatura naval le advirtió, al poco de que Chamberlain rechazara finalmente las propuestas de paz, de que la posición de Estados Unidos sería decisiva. También le expuso, y Hitler se mostró de acuerdo, que era vital emprender el «asedio de Inglaterra» con toda la fuerza posible, incluso a riesgo de que ello propiciara la entrada de Estados Unidos en la guerra. El razonamiento era que cuanto antes se tomaran medidas radicales en el mar, más corta sería la guerra. 120 Estaba claro, tanto para la marina como para Hitler, que la beligerancia americana no era solo posible, sino probable, y que la cuestión no era si esta se produciría, sino cuándo. Hitler dio a entender que él creía que la guerra habría acabado antes de que los americanos estuvieran preparados para entrar en ella. 121 A finales de 1939, los informes de Boetticher, su agregado militar en Washington, de que Estados Unidos necesitaba todavía alrededor de un año para completar sus preparativos militares, dejaron a Hitler ligeramente más tranquilo. 122 El tiempo, no obstante, no estaba de parte de Alemania, y el Führer lo sabía. «Gracias a sus leyes sobre la neutralidad», explicó Hitler a sus generales, América «todavía no constituía una amenaza. El refuerzo que el enemigo podía recibir de América todavía no era determinante». 123 Ambos «todavía no» eran, no obstante, cruciales.

La preocupación del Führer respecto a Estados Unidos iba más allá de las meras consideraciones militares. El desafío cultural americano seguía obsesionándole. Hitler sabía que los alemanes seguían añorando Hollywood, incluso, y en especial, a partir del estallido de la guerra. «Entiendo que no te gustara la película de anoche», bromeó con Eva Braun en la terraza del Berghof. «Yo ya sé lo que quieres. Tú quieres ver *Lo que el viento se llevó* ». 124 Esta referencia a la película estrenada en diciembre de 1939 demuestra hasta qué punto Hitler era consciente del persistente poder de la cultura americana. No obstante, su preocupación por Estados Unidos iría todavía más lejos. A mediados de diciembre de 1939, pese a todas las presiones de la guerra, Hitler recibió al teórico americano de la raza Lothrop Stoddard en la Cancillería Imperial. El libro de Stoddard titulado *The Rising Tide of Color Against White World-Supremacy* («La marea creciente de las razas de color contra la supremacía blanca») había sido publicado en 1920, prologado, nada menos, que por Madison Grant; la traducción alemana se publicó cinco años después. Según acordaron previamente, el contenido de esta conversación se mantuvo absolutamente confidencial, aunque Stoddard sí habló sin reparos de otros intercambios que mantuvo con Hitler, haciendo constar, con asombro, que muchos teóricos de la raza alemanes, como Hitler, no consideraban al pueblo

alemán como «nórdico», sino como una mezcla de razas. 125 La tarea de crear una verdadera raza nórdica en Alemania estaba todavía pendiente.

La preocupación de Hitler por Angloamérica dominó toda su retórica del *Lebensraum* durante este periodo, en la misma medida que lo había hecho en el pasado. «Por primera vez estoy pisando una tierra», anunció en su discurso del 19 de septiembre de 1939 en Danzig, «de la que los colonos alemanes tomaron posesión quinientos años antes de que los primeros blancos se asentaran en el actual estado de Nueva York». 126 Dos meses más tarde, Hitler lamentaba ante sus generales que la historia de Alemania se había caracterizado por «el ajuste del número de habitantes a la falta de espacio a través de la emigración». El trauma de la pérdida de tantos millones de alemanes emigrados a Angloamérica seguía claramente presente. El hecho de no haber abordado el problema de la falta de espacio, argumentaba Hitler, conduciría a la «muerte nacional» si esta «hemorragia» continuaba. «Yo he decidido emprender un camino diferente», concluía, consistente en «ajustar el espacio vital al número de habitantes». Esto, advertía, no podía conseguirse solo «con la espada». A diferencia de enfrentamientos anteriores, esta «lucha racial» se libraría también por «los yacimientos petrolíferos, de caucho, minerales, etcétera». El verdadero enemigo aquí –«Inglaterra lleva estando en nuestra contra desde 1870»– no eran los judíos ni los eslavos, sino los rivales nórdicos, que eran los que controlaban estos recursos. La lucha racial a la que él se refería, en otras palabras, era un enfrentamiento civil entre nórdicos, el segundo choque de titanes protagonizado por los arios en un lapso de dos décadas.

La ofensiva occidental planeada por Hitler suscitó una gran controversia dentro del Alto Mando de la Wehrmacht. La mayoría de ellos se habían tenido que enfrentar a británicos y franceses durante la Primera Guerra Mundial. Tenían dudas acerca de la calidad del nuevo ejército y también de la resiliencia del frente doméstico. Un ataque a todo o nada constituía una apuesta sumamente arriesgada. Pese a la naturaleza autoritaria del Tercer Reich, la creciente autoridad de Hitler y su arraigado sentido de la obediencia, muchos generales protestaron vehementemente. Poco después de que Hitler diera a conocer sus intenciones, Brauchitsch fue encargado de la tarea de «tratar de disuadir al Führer de sus planes». 127 Varios generales escribieron para expresar sus reservas. Halder, Oster y Stülpnagel empezaron incluso a conspirar para eliminar a Hitler, al menos si finalmente ordenaba un desastroso ataque en el oeste. El motín se respiraba en el ambiente. 128

El Führer montó en cólera. Arremetió contra el «espíritu de Zossen», en alusión a los cuarteles generales del ejército, y acusó a los generales, en

especial a Brauchitsch, de cobardía. 129 No obstante, mostró voluntad de negociar algunas cuestiones importantes. El plan operativo continuó siendo objeto de encarnizado debate durante todo el invierno, con constantes interferencias del Führer, y no llegó ni mucho menos a finalizarse. 130 Hitler también estaba dispuesto a ceder respecto a la fecha. En un principio, él había querido que el ataque se produjera antes del 12 de noviembre de 1939, lo que solo habría dado a la Wehrmacht tres semanas para prepararse. Brauchitsch consiguió convencerle para que lo retrasara. A principios del mes siguiente, Hitler decretó otro aplazamiento de una semana, acordando finalmente esperar hasta el año siguiente. Al final, la fecha del ataque fue pospuesta veintinueve veces.

Sin embargo, respecto a la cuestión principal, Hitler se mostró absolutamente irreductible. Lanzaría un ataque decisivo en Occidente, pasara lo que pasase. El Führer concluyó su discurso de finales de noviembre a los generales con un juramento. «Gane o pierda en esta batalla», proclamó, «no sobreviviré a la derrota de mi pueblo. Ni a una capitulación con el exterior, ni a una revolución desde el interior». 131 Los generales ya tenían su respuesta. Hitler sometería a Inglaterra, a la que pocos días más tarde definió como la «portadora del espíritu de lucha y principal potencia enemiga». «Vencer a Inglaterra», insistió, «es condición previa a la victoria final». 132 La cuestión ya no era si Hitler atacaría o no al oeste, sino cómo y cuándo.

En su discurso de Año Nuevo de 1940, Hitler afirmó que el objetivo del «enemigo mundial judío-capitalista», era «destruir Alemania» y «al pueblo alemán». El motivo era que el Tercer Reich representaba un desafío joven, dinámico y popular a la élite internacional en el poder, que él entendía en términos nacionales y generacionales más que en términos de clase. Los alemanes, afirmó Hitler a finales de enero de 1940, eran uno de los «pueblos más jóvenes» del mundo, y estaban plantando cara a las «llamadas clases pudientes» que habían «robado» a Alemania y se habían quedado sin más con sus ilícitas ganancias. Según esta interpretación, podría decirse que los alemanes eran, en el mejor de los casos, los blancos pobres del sistema internacional. Imbuido de este espíritu, Hitler declaraba su simpatía por los demás desheredados de la Tierra que gemían bajo el peso del imperialismo y del capitalismo, especialmente, los del Imperio británico. Su empatía se extendía no solo hasta los bóeres nórdicos, sino también a los árabes claramente no arios. Hitler recordó a sus oyentes una vez más que había sido Gran Bretaña la que había «inventado el campo de

concentración», 133 y sostenía que el bloqueo a Alemania no era más que la última versión del viejo método de librar la guerra contra las mujeres y los niños. Una vez más, a Hitler parecían afectarle más los anteriores campos de concentración británicos que los actuales campos soviéticos.

Al Führer también le preocupaba la propaganda aliada. Los Aliados devolvieron el golpe, tratando de fragmentar a los alemanes. En lugar de bombardear el Ruhr como Hitler había temido, la aviación británica y la francesa lanzaron millones de octavillas sobre Alemania, llamando a la población a sublevarse contra los nazis. Esta estrategia ha sido desde entonces muy ridiculizada, pero a Hitler le hizo sentir un profundo miedo. Él había sido testigo del colosal efecto que la propaganda aliada había causado en la moral alemana durante la Primera Guerra Mundial. Hitler sostenía que el éxito del nacionalsocialismo durante los seis años anteriores había mantenido inmunizada a la sociedad alemana frente al veneno franco-británico. Nunca más, juraba, los alemanes volverían a ser engañados por desinformación aliada que desencadenara una revolución interna como la de 1918. 134 Hitler, de hecho, estaba muy lejos de creer que la unidad alemana estaba fuera de toda duda, lo que explica la frecuencia y la vehemencia con la que afirmaba lo contrario.

Si bien la guerra parecía no avanzar a primera vista, entre bastidores la actividad en Berlín era frenética. Para entonces, los generales habían aceptado ya la necesidad de atacar al oeste, e interiorizado la visión del Führer de que la ofensiva principal debía dirigirse contra Inglaterra. 135 El 10 de enero de 1940, Hitler fijó una fecha de ataque para una semana después. Ese mismo día, sin embargo, un avión alemán que llevaba el *Fall Gelb* («Plan Amarillo») a bordo, se estrelló cerca de Malinas, en el lado belga de la frontera. No obstante, la meteorología era demasiado adversa para permitir el ataque. El 16 de enero, Hitler pospuso el ataque hasta la primavera y volvió a empezar desde el principio. Un mes después, Erich von Manstein presentó un audaz plan para enviar a fuerzas acorazadas alemanas a través del accidentado Paso de las Ardenas con el fin de dividir a los ejércitos británico y francés y obligarles a retroceder hasta el mar. Hitler quedó entusiasmado. El 24 de febrero de 1940, el que pasaría a la historia como el Plan Sichelschnitt, fue formalmente adoptado.

Prácticamente toda la Wehrmacht fue desplegada al oeste, dejando solamente unas pocas unidades de vigilancia al este. Hitler se tomó un gran interés en los detalles, por ejemplo, en la operación aerotransportada contra la fortaleza belga de Eben-Emael, encargada de impedir aproximaciones a Lieja, y en el paso de los panzer a través del difícil terreno de las Ardenas. 136 En general, se mostró siempre partidario de la solución más audaz. Su

confianza en el plan fue absoluta, hasta el punto que prometió al arquitecto alemán Hermann Giesler que pronto podría enseñarle París. [137] En cualquier caso, ni Hitler ni el Alto Mando alemán preveían un pronto final de la guerra, sino, en el mejor de los casos, asestar en Bélgica un golpe devastador contra los Aliados, que iría seguido de una campaña aérea contra Inglaterra y una guerra de desgaste contra las fuerzas enemigas francesas que quedaran, cerca del Somme o más al sur.

La expectativa de una guerra más larga y la preocupación por la cada vez mayor presencia británica en Francia quedaron claramente reflejadas en el renovado énfasis en un aumento de la producción armamentística; Hitler no esperaba ni por lo más remoto una «victoria relámpago». [138] «La creciente fuerza de los ejércitos enemigos, especialmente del británico», anunció Hitler en una instrucción del 17 de enero de 1940, «exige que la Wehrmacht alemana, especialmente el ejército y la Luftwaffe, se refuercen tanto numéricamente como en lo referente a la calidad de su equipamiento». [139] Sus prioridades también eran reveladoras. Hitler hacía especial hincapié en artillería, munición, alambre de púas y maquinaria, más que en la producción de tanques, que consumía solo un 5 % del acero disponible. Esto aumentó aún más la necesidad de incrementar la movilización de la economía alemana, ya por entonces seriamente forzada. A mediados de marzo de 1940, Hitler nombró a Fritz Todt nuevo ministro de Municiones, con la función de supervisar el mayor aumento de la producción armamentística alemana hasta esa fecha, que llegó a duplicarse entre enero y julio de 1940. [140] Las demandas de la economía de guerra tuvieron importantes consecuencias en la política interior, de ocupación y también en la exterior. Dentro del país, el consumo continuó retrayéndose. En lugar de Volkswagen particulares para los *Volksgenossen* , a partir de 1940 la fábrica de Fallersleben empezó a fabricar vehículos para la Wehrmacht. La promesa de la motorización universal se aplazó hasta después de la guerra. [141]

La necesidad de la economía de guerra alemana de materias primas y alimentos aumentó en gran medida la dependencia de Hitler de la Unión Soviética, motivo por el cual, el 11 de febrero de 1940, firmó un acuerdo económico de amplio alcance con Moscú. [142] Stalin le suministraba grano, forraje para los animales y metales como fosfatos, amianto, cromo y níquel. [143] Muchas de las balas que más adelante se dispararían en Dunkerque iban revestidas de cuproníquel extraído de las minas rusas. Hitler podía así alardear de estar a salvo del bloqueo británico. En este sentido, el Pacto Hitler-Stalin le proporcionó el alcance defensivo y los frutos que esperaba del *Lebensraum* sin tener en realidad que luchar por él. [144] Su visión del

pacto siguió siendo en gran parte instrumental, pero lo cierto es que el Tercer Reich y la Unión Soviética de Stalin tenían mucho en común desde el punto de vista estratégico e ideológico. El Kremlin abrazó el pacto no por mero autoengaño o como un recurso desesperado a falta de un frente común contra el nazismo, sino porque consideraba al Imperio británico su mayor enemigo. 145 Lo mismo que Hitler. Stalin veía el capitalismo global como una amenaza mortal. Y Hitler, también.

La otra consecuencia estratégica de las necesidades de la economía de guerra alemana fue la cada vez mayor determinación de evitar cualquier ataque británico contra su suministro de mineral de hierro sueco a través de Noruega. 146 El 27 de enero, más allá de seguir cavilando en sus hipótesis sobre Escandinavia, Hitler pidió que el OKW diseñara un plan detallado para la ocupación de Noruega y Dinamarca. A finales de febrero de 1940, Hitler designó al general Von Falkenhorst para dirigir la operación. A esto le siguió una instrucción emitida con el nombre en clave de *Weserübung* . Igual que con el *Fall Gelb* , el plan de la operación noruega fue enormemente controvertido, tanto estratégica como tácticamente. Raeder advirtió que «violaba todas las leyes de la guerra naval», porque la operación solo era teóricamente viable con el control del mar. 147 La intención de Hitler era que el riesgo quedara mitigado a base de sorpresa, velocidad y audacia. Aseguró a los comandantes reunidos que la operación sería «una de las empresas más "osadas" de la historia militar moderna». 148 También hubo acalorados desacuerdos respecto al despliegue naval, en concreto el de los destructores, que él insistía en que debían permanecer en las expuestas aguas de la costa de Narvik a fin de mantener alta la moral de las fuerzas que desembarcaran. 149 Una semana más tarde, Hitler fijó la fecha del ataque sobre Noruega para el 9 de abril de 1940.

Cuando el enfrentamiento decisivo con los Aliados occidentales ya estaba muy cerca, Hitler estaba ansioso por evitar tanto la confrontación con Estados Unidos como cualquier intervención diplomática norteamericana. Cuando el 3 de enero de 1940 Roosevelt pronunció otro discurso crítico respecto al Tercer Reich, el Führer dio orden de que el hecho no recibiera más que una breve mención por parte de la prensa alemana. 150 Hacia finales de marzo, el jefe de la Oficina de Economía de Guerra, el general Thomas, dejó constancia de que «el Führer ha vuelto a enfatizar enérgicamente que todo debe hacerse de manera que la guerra pueda terminar en 1940 con una gran victoria militar. De 1941 en adelante, el tiempo juega en nuestra contra (potencial de EE. UU.)». 151 Sin duda teniendo esto muy presente, el ministro de Propaganda –a petición de Hitler– recibió poco después órdenes explícitas de no atacar directamente

ni a Roosevelt ni al gobierno de Estados Unidos. 152

Sin embargo, el tema más acuciante para Hitler, en relación con América, era la cuestión de cómo responder a la visita del subsecretario de Estado de Estados Unidos, Sumner Welles. Aunque algunos de sus contemporáneos e historiadores posteriores a menudo lo calificaran como una «misión de paz», no existen dudas de que en efecto se trató de una intervención del lado aliado motivada por la hostilidad del presidente hacia el Eje y destinada a dividir al Führer y al Duce e incluso a promover un cambio de régimen en Alemania. 153 Y si bien es posible que Hitler no conociera con detalle las intenciones de Roosevelt, lo cierto es que las adivinó. 154 Ordenó a los diplomáticos alemanes que le transmitieran a Welles que, al igual que Estados Unidos había rechazado la interferencia europea en el hemisferio occidental siguiendo la doctrina Monroe, del mismo modo Alemania consideraba el espacio europeo del este como su «esfera de interés». Su propio encuentro con Welles tampoco fue un éxito. Hitler se puso a soltar una retahíla de quejas respecto a la intención franco-británica de «destruir» Alemania, el boicot estadounidense a los productos alemanes y la doctrina Monroe. 155 Lo único bueno de la visita, señaló a raíz de ella el Führer, fue que así Roosevelt «sabría con toda certeza por su emisario que América pagaría muy caro cualquier posible entrada en la guerra». 156

El 9 de abril de 1940, Hitler atacó Dinamarca y Noruega. 157 Los daneses se rindieron tan pronto como se esperaba. Noruega, en cambio, no lo puso fácil. Los noruegos se resistieron con mucha más fuerza de la que Hitler había previsto. Oslo y la mayoría de los principales puertos al sur del país fueron ocupados rápidamente, pero fue entonces cuando empezó la lucha de verdad. A lo largo de las siguientes tres semanas, aproximadamente, una confusa y a menudo desesperada batalla se propagó por todo el centro y el norte de Noruega. El resultado se mantuvo en la cuerda floja durante bastante tiempo. Los Aliados consiguieron echar a los alemanes de Narvik, el puerto cuya captura había constituido el objetivo principal de la operación. Durante un breve lapso, Hitler perdió el temple y emitió una orden por radio instando al general al mando de las operaciones, Dietl, a retirarse, llegando a considerar, al parecer, ordenarle el repliegue a Suecia, prefiriendo el confinamiento a la captura. Tras una breve conmoción, Jodl consiguió hacer que se cambiara la orden. Dietl debía mantenerse firme, y así lo hizo. Hitler dejó escapar un suspiro de alivio; «El Führer ha vuelto a recuperar la calma», dejó escrito Jodl. 158 Hasta mediados del mes

siguiente la Wehrmacht no llegaría a tener la situación completamente bajo control. La apuesta de Hitler se había saldado con éxito, tras haber desafiado los principios de la guerra naval, teniendo como enemigo nada menos que a la Royal Navy. Había logrado coordinar, no solo a todas las piezas políticas, sino también a las militares, por medio del OKW . Noruega, en resumidas cuentas, fue el primer *Gesamtkunstwerk* militar de Hitler.

El Führer se había impuesto en su primer enfrentamiento importante con los temidos *Engländer* , haciendo que una flota de invasión cruzara el mar del Norte delante de sus mismas narices. Había librado una brutal campaña contra los británicos, que había conducido a la total destrucción de pueblos y ciudades ocupadas por ellos. Gran Bretaña, como la nueva revista propagandística *Signal* proclamó en abril de 1940, era «el principal enemigo del Reich en esta guerra». 159 No obstante, la victoria le había costado muy cara. Las pérdidas del ejército habían sido relativamente reducidas, y las de la Luftwaffe, aunque no insignificantes, podían considerarse asumibles. 160 La Kriegsmarine, en cambio, había sido crucificada. Había perdido 1 crucero pesado y 2 ligeros, 10 destructores, 1 torpedero, 6 submarinos y 15 embarcaciones más pequeñas. Muchos otros barcos sufrieron daños, algunos, muy graves. El saldo total de pérdidas fue equivalente a una tercera parte de todo el contingente de guerra de la marina alemana. Las advertencias de Raeder quedaron por tanto demostradas, porque casi todos estos barcos se perdieron no en su ruta por alta mar, sino muy cerca de las costas de Noruega o en sus fiordos. Sin duda, la Royal Navy también sufrió graves pérdidas, en torno al mismo número de barcos, pero al ser mucho mayor, le resultó por tanto más fácil asumirlas. La Kriegsmarine no podía permitirse otra victoria como esta. Los destructores perdidos, en concreto, dificultarían seriamente las perspectivas de Hitler aquel verano.

Bastante antes de que la campaña de Noruega hubiera terminado, Hitler ya había vuelto a centrar su atención en el oeste. El 1 de mayo de 1940, determinó que la fecha del ataque sería el 5 de ese mes. El día 2 aún estuvo manteniendo conversaciones de última hora sobre las operaciones aerotransportadas. Pero la fecha del ataque volvió a posponerse, y el 7 de mayo Hitler anunció que la nueva fecha sería el 9, que poco después se fijaría en el 10. Ese día, el Führer partió hacia su cuartel general en el Felsennest, en la región germana occidental de Eifel. Iba a comenzar la verdadera guerra, una contienda que Hitler no esperaba ganar ni rápida ni fácilmente. El principal objetivo de la ofensiva seguía siendo Inglaterra. En su «Proclamación» a las unidades de ataque de la Wehrmacht, señaló a «los

gobernantes británicos del mundo», en concreto por su supuesta decisión de «impedir a toda costa que Alemania logre la unidad», y por negarle al Reich «las necesidades vitales necesarias para garantizar la supervivencia de ochenta millones de personas». 161

El ataque al oeste fue desarrollándose de forma bastante parecida a cómo Hitler había previsto. Las fortalezas y puentes clave fueron tomados mediante ataques sorpresa o asaltos aéreos. El ejército alemán fue avanzando hacia Bélgica y Holanda, ignorando la resistencia local. Las fuerzas francesas y británicas avanzaban para salirles al encuentro. 162 Las divisiones acorazadas alemanas perforaron fácilmente las precarias defensas aliadas en las Ardenas. Los intentos por establecer una línea de defensa eran hostigados por incesantes ataques desde el aire y los panzer impedían los movimientos por los flancos; una mezcla de adrenalina y narcóticos sostenía el avance de las columnas alemanas. Todo este fenómeno fue conocido como *Blitzkrieg* –«guerra relámpago»–. En dos semanas, Bélgica y Holanda habían sido invadidas por completo, y británicos y franceses empezaban a retroceder hacia los puertos del Canal.

Una vez más, la mano de Hitler se hizo visible no solo en la planificación de la campaña, sino en su ejecución. 163 El Führer pasó la mayor parte de las primeras tres semanas de campaña en su cuartel general de Felsennest, siguiendo e interviniendo en las operaciones. 164 No obstante, su tendencia al pánico y a las dudas fue todavía mayor que en la campaña de Noruega. Tras siete días de vertiginoso avance, Hitler empezó de repente a preocuparse por los contraataques aliados, especialmente desde el sur. 165 Esa tarde, Hitler fue a ver al comandante en jefe del Grupo de Ejércitos del Oeste, Rundstedt, para advertirle de la «importancia que el flanco sur tiene no solo para las operaciones de todo el ejército» sino «política» y psicológicamente. Temía que cualquier «revés» sirviera de estímulo a los líderes, no solo militares sino también «políticos de nuestros enemigos». Por esta razón, concluía Hitler, lo que se requería no era «un veloz avance hacia la costa del Canal, sino establecer cuanto antes una defensa sólida» a lo largo de los ríos, hacia el sur. 166 «El Führer está increíblemente nervioso», añadió Halder aquella noche, «tiene miedo de su propio éxito, no quiere arriesgar nada y por tanto lo que le gustaría, a ser posible, sería detener el avance»; de nuevo, sus temores se dirigían al flanco (sur) «izquierdo». 167 Hitler quería esperar a que llegaran las divisiones de infantería antes de autorizar más avances de las formaciones acorazadas y motorizadas.

El mismo día que Hitler lanzó su ofensiva sobre el oeste, el gobierno de Chamberlain cayó, debido al fracaso de su gestión de la campaña noruega.

Winston Churchill se convirtió en primer ministro de un gobierno integrado por todos los partidos. La noticia no podía ser peor para el Führer, dado que el nuevo líder británico encarnaba todo lo que él más odiaba y temía. Tres días después de su nombramiento, Churchill pronunció su primer discurso ante el Parlamento como primer ministro. En él juró perseguir «la victoria a toda costa, victoria a pesar de todo el terror; victoria por largo y duro que pueda ser el camino» y solo prometió al pueblo británico «sangre, esfuerzo, sudor y lágrimas». Al igual que Roosevelt, y que su enemigo Hitler, Churchill demostró ser un maestro en el arte de la oratoria. El presidente de Estados Unidos llevaba mucho tiempo en el punto de mira del Führer, pero en ese momento el primer ministro pasó a ocupar el centro de la escena. El duelo retórico entre el Führer y el líder británico había comenzado.

Las asombrosas victorias sobre Inglaterra y Francia en Noruega y en Flandes cogieron a Mussolini por sorpresa y le llevaron a querer entrar a toda prisa en la guerra antes de que Alemania hubiera completado su triunfo. La respuesta de Hitler fue muy reveladora respecto a sus prioridades estratégicas. Le interesaba poco que los italianos se amontonaran para subirse al carro contra Francia, pero recibía con sumo agrado cualquier cosa que Mussolini pudiera hacer contra los británicos en el Mediterráneo occidental y central, especialmente en Malta y Gibraltar, o en el extremo oriental, especialmente en el Canal de Suez. 168 El último día del mes de mayo, Mussolini envió una carta en la que anunciaba que Italia declararía la guerra el 5 de junio; en realidad lo haría cinco días después. La operación de barrido italiana en el sur de Francia quedó rápidamente estancada y, para indignación de Hitler, en el Mediterráneo tampoco consiguió mucho. 169

Entretanto, unos 300.000 soldados británicos se vieron rodeados en la costa del Canal, dentro de una bolsa cuyo tamaño iba reduciéndose a toda velocidad. Londres empezó a organizar su rápida evacuación, pero si los panzer superaban el cordón defensivo, solo sería posible llevarse a una parte de ellos. Durante varios días, que resultarían cruciales, no se produjo ningún ataque. 170 Hitler se debatía en la duda, no por razones políticas, sino militares. La decisión original de detener el avance de los panzer el 24 de mayo fue tomada por el comandante del Grupo del Ejército, Rundstedt, contra los deseos del Alto Mando; el Führer se limitó a ratificarla. 171 Puede que esto fuera en parte motivado por el deseo de reafirmar su autoridad sobre el OKW , aunque es más probable que Hitler estuviera sencillamente mostrando la misma cautela que ya había mantenido en varias ocasiones durante las tres semanas anteriores. Sus tanques habían rebasado ya sus líneas de suministro y, al igual que el resto de la

Wehrmacht, él sentía un saludable –y en aquel momento probablemente exagerado– respeto por las capacidades británicas. La orden de detener el ataque sobre Dunkerque fue acompañada de una instrucción de no avanzar ni un paso al norte ni al este de la bolsa. 172

Hitler tenía motivos justificados para ser cauteloso. La retirada a Dunkerque se recuerda, con razón, como un desastre británico, dentro del cual ciertamente se produjeron escenas de pánico y cobardía. No obstante, en general, los alemanes que protagonizaron el avance no creían estar presenciando una desbandada. El grueso de la BEF , la Fuerza Expedicionaria Británica, fue retirándose de forma razonablemente ordenada, sin dejar de luchar. Todas las fuentes alemanas dan testimonio de la resistencia que encontraron: «El enemigo rodeado se ha defendido con tenacidad»; «el enemigo lucha obstinada y valerosamente con el fin de ganar tiempo para la embarcación de sus tropas»; «la batalla es dura, los ingleses son muy correosos»; «pese a que el cordón en torno a Dunkerque se va estrechando cada vez más, el enemigo se defiende con desesperada valentía». 173 Todas estas frases son reflejo de la propia e inveterada retórica de Hitler sobre la «tenacidad» y la «dureza» de los ingleses. Y en cierta medida contradicen las igualmente frecuentes afirmaciones de los generales alemanes de aquel momento y en adelante, acerca de que Hitler debía haber ordenado a la Wehrmacht aplastar sin piedad a las fuerzas británicas atrapadas en Dunkerque. Incluso aunque Dunkerque hubiera carecido de cualquier tipo de perímetro de defensa cuando se ordenó que los tanques se detuvieran, la toma de la ciudad podría no haber resultado tan fácil como hoy nos puede parecer.

El Führer no pensaba que un ataque por tierra a gran escala sobre Dunkerque fuera viable ni tampoco necesario. Él sostenía que el «territorio de Flandes» –qué conocía bien desde la Primera Guerra Mundial– «no era adecuado para los tanques, al estar anegado de agua», 174 evidentemente temiendo que sus unidades acorazadas quedaran hundidas entre los canales y vías navegables. También le dijo al Grupo de Ejércitos A que era «necesario reservar las fuerzas blindadas para próximas operaciones» y que «si el espacio de la bolsa se reducía aún más, esto solo acarrearía una no deseada disminución de la actividad de la Luftwaffe». 175 Por otra parte, el día antes de que los tanques detuvieran su avance, Göring transmitió a un entusiasmado Hitler que la Luftwaffe podía acabar de destruir a la BEF . Poco después, el Führer hizo un comentario sobre «la fiabilidad ideológica de la Luftwaffe en comparación con la del ejército», lo cual pudo ser una razón añadida para no permitir dar el golpe de gracia al ejército y concedérselo a la fuerza aérea. 176

El 24 de mayo de 1940, el mismo día que ratificó la orden de alto de Rundstedt, Hitler emitió una nueva directiva para la Wehrmacht. Se dividía en tres partes. En la primera, definía el «siguiente objetivo de la operación» como la «destrucción de las acorraladas fuerzas anglo-franco-belgas mediante un ataque concéntrico de nuestra ala norte así como tomar y asegurar esa parte de la costa del Canal». La Luftwaffe recibió el encargo de «acabar con toda resistencia enemiga» de la bolsa y «evitar la fuga de fuerzas británicas a través del Canal de Inglaterra», así como proteger el flanco sur del Grupo de Ejércitos A (objeto de la constante preocupación de Hitler). Solo una vez que esto hubiera quedado hecho, decretó Hitler, la Wehrmacht debía «proceder a la destrucción de las [restantes] fuerzas enemigas presentes en Francia». La Luftwaffe, por su parte, recibió órdenes de comenzar «operaciones a gran escala contra el territorio británico», una vez que hubiera suficientes aviones disponibles. Curiosamente, el Führer ordenó que esto se hiciera «independientemente» de las operaciones de Dunkerque y que continuara «incluso después» de que la consiguiente ofensiva hacia el sur, contra el resto del ejército francés, hubiera comenzado. 177

El pensamiento de Hitler durante el episodio de Dunkerque está, por tanto, bastante claro. Mandó parar a los tanques por razones militares, enmarcadas dentro de un concepto político estratégico. Su principal propósito era provocar un efecto político y psicológico contra Inglaterra. Esto debía conseguirse, en primer lugar, doblegando la voluntad de la BEF de resistir en Dunkerque y no mediante su aniquilación física. En segundo lugar, él ya estaba pensando en la siguiente fase de su campaña: un devastador ataque aéreo y naval contra las Islas Británicas desde sus nuevas bases. No existe ninguna prueba de que Hitler ofreciera a la BEF un «puente de plata» para retirarse, con el fin de facilitar un acuerdo negociado. 178

La aviación de Göring cayó sobre Dunkerque como estaba previsto, pero no detuvo la evacuación. Destacadas figuras de la Wehrmacht, que vieron cómo los británicos se les iban a escapar, exigieron un ataque inmediato. El Führer en realidad dejó la decisión en manos de Rundstedt. 179 La ofensiva al final se reanudó, pero las tropas británicas y francesas a cargo de guardar el perímetro lucharon con fiereza, aprovechando los canales y vías de agua para retrasar el avance, tal y como el Führer había temido que ocurriera. Hitler pasó en Bruselas el 1 y el 2 de junio de 1940 para estar cerca de la confrontación decisiva en Artois y Flandes. Pero ya era demasiado tarde. La retaguardia británica fue evacuada la noche del 2 al 3 de junio.

Hitler entonces se dirigió hacia el sur para rematar la tarea con los franceses. El 6 de junio de 1940 trasladó su cuartel general a Brûly-de-Pesche, cerca de Charleville y de la frontera franco-belga. El lugar fue bautizado como el «Barranco del Lobo», apelativo que probablemente hiciera referencia al nombre en clave de Hitler –«Lobo»– durante la década de 1920, pero que también pudo ser un guiño a la guarida del mismo nombre que aparece en la popular ópera de Carl Maria von Weber, *Der Freischütz.* Si bien Hitler había fijado unas metas ambiciosas para la ofensiva, lo cierto es que aún no había perdido su cautela innata a la hora de actuar y rechazó algunas de las sugerencias más audaces del Alto Mando del Ejército por considerarlas «demasiado arriesgadas». 180 Fuera como fuese, el avance alemán continuó siendo implacable. El 14 de junio, París fue abandonado y dejado en manos de los alemanes. Tres días después, Francia pidió la paz. El triunfo de Hitler era completo.

El alcance de la victoria alemana fue totalmente inesperado. Tanto Francia como Gran Bretaña eran sociedades occidentales altamente desarrolladas. Los franceses desplegaron millones de hombres, y entre ambos, los Aliados podían comandar tantos o más aviones, tanques y artillería, y de una calidad más o menos similar, que los alemanes. En términos de transporte, los británicos y los franceses estaban muy por delante. La mayoría del ejército alemán marchaba a pie y gran parte de su artillería y sus suministros se transportaban mediante carros tirados por caballos. La diferencia queda perfectamente ejemplificada en la reacción del comandante del Grupo de Ejércitos B, Fedor von Bock, al ver el equipamiento británico dejado atrás en Dunkerque: «Incalculable cantidad de vehículos, armas, tanques y equipamiento militar», que sugería una «abundancia de material que unos pobres diablos como nosotros mirábamos con envidia». 181 La única y ligera ventaja con la que había contado Hitler eran sus aviones de combate; todo lo demás solo cabe atribuirlo a la superioridad táctica y el empuje de los alemanes. Así pues, el triunfo de Hitler constituyó, dentro de este contexto general, una monumental casualidad. 182 Lo que para Francia e Inglaterra fue una derrota extraña, para Hitler resultó una victoria más extraña aún. 183

Al igual que muchos alemanes, Hitler era profundamente consciente de que la Wehrmacht había vencido a un enemigo que les había derrotado a ellos veinte años atrás, y que las ciudades y pueblos por los que llevaban años luchando habían caído en cuestión de días y, en algunos casos, horas. Siguiendo la estela del avance de sus ejércitos, el Führer se adentró varias veces en la senda del recuerdo. En el momento álgido de la crisis de Dunkerque, el 29 de mayo de 1940, viajó a Ypres, inmediatamente después

de la toma de la ciudad. El Führer atravesó la Puerta de Menin, cuyo león representaba tanto a Flandes como a Gran Bretaña. En junio, Hitler realizó varios viajes más. En uno de ellos se encontró con el entonces ya legendario Erwin Rommel, de la 7ª División Panzer, que expresó efusivamente su lealtad apresurándose a ir a saludar al Führer con el brazo derecho en alto. 184 Hitler quería que estos viajes fueran algo más que un recorrido triunfal. Con su visita no solo al monumento de Langemarck a los caídos alemanes, sino al canadiense de la Cresta de Vimy y al francés de Nuestra Señora de Loreto, en Artois, su intención era sugerir un destino común, en ese momento superado. Hitler había retomado la lucha de la Gran Guerra y finalmente la había terminado, o eso creía él. Visto en retrospectiva, sin embargo, estos viajes pueden interpretarse también como una admisión tácita de que la guerra de movimientos había terminado y que la guerra de desgaste estaba a punto de empezar. Así como el barrido de los ejércitos alemanes en Bélgica en 1914 fue seguido de cuatro años de duro esfuerzo, la victoria de Hitler de 1940 era simplemente el preludio de una lucha mucho más larga.

La interacción entre pasado y presente fue más evidente en cómo Hitler manejó las conversaciones del armisticio con los franceses. 185 Insistió en que estas debían celebrarse en Compiègne, en el mismo vagón de tren cargado de simbolismo en el que los alemanes habían firmado las condiciones de los Aliados en 1918. En el mes transcurrido entre la primera vez que mencionó la idea a Jodl, el 20 de mayo de 1940, 186 y su llegada a Compiègne el 20 de junio de 1940, Hitler estuvo meditando sobre la organización del evento, hasta el último detalle. «Hizo incluso un ensayo previo», según dejó constancia un asombrado diplomático alemán. Al ver a un solitario Führer estrechar la mano y saludar a un espacio vacío, Erich Kordt comentó: «Está ensayando su papel». 187 Cuando llegaron los franceses, Hitler representó la escena que tan cuidadosamente había preparado y se limitó a dictar sus condiciones, sentado en el mismo lugar que Foch había ocupado cuando estableció las suyas en 1918. Hitler no esperó a ultimar todos los detalles, sino que se marchó a toda prisa mientras los plenipotenciarios franceses se comunicaban con el gobierno en Burdeos. No hubo negociaciones como tales. Fue todo de cara a la galería, dirigido a un enorme despliegue de medios internacionales y con cámaras del *Wochenschau* filmando todo el evento. Pocos días después de Compiègne, Hitler visitó París. 188 Entró sigilosamente en la ciudad la madrugada del 24 de junio de 1940, más como un turista aficionado a la arquitectura que como un conquistador. Hitler llevó con él a Hermann Giesler, en cumplimiento de la promesa que le había hecho hacia finales del

año anterior, a Speer, al escultor Arno Breker y al cada vez más ubicuo Bormann. 189 Su primer destino fue la Ópera de París, donde dejó asombrado al guía con su minucioso conocimiento del plano original del edificio. Luego fue conducido en coche a la Madeleine, la Plaza de la Concordia, el Louvre y los Campos Elíseos. En el Arco de Triunfo se detuvo un rato para ver de cerca las inscripciones, las cuales ya se sabía de memoria. El momento cumbre de la visita, sin embargo, fue en Los Inválidos, donde Hitler rindió homenaje a Napoleón, permaneciendo junto a su sarcófago con la cabeza baja. Con ello quería, deliberadamente, recordar la famosa escena de Potsdam de 1806, cuando Bonaparte realizó un peregrinaje similar a la tumba de Federico el Grande. Al salir del edificio, le dijo a Bormann que quería que los restos del duque de Reichstadt, el hijo que Napoleón tuvo con la princesa María Luisa de Austria, fueran trasladados de Viena a París. 190 El simbolismo no podía estar más claro: el propio Hitler se veía como el continuador de las tradiciones de Federico y Napoleón, en cuya persona se encarnaba el fin del antagonismo franco-alemán.

A principios de julio de 1940, Hitler regresó triunfante a Berlín, de pie dentro del coche en el que el chófer le paseó entre las multitudes. Su entrada, que Hitler había planificado detalladamente, se ha comparado con la de un emperador romano de vuelta de sus conquistas. 191 La ciudad era un mar de flores y de multitudes que le aclamaban. Hitler había alcanzado el cénit de su poder. El Führer y el «pueblo», la mayor parte de él exultante por sus conquistas, estaban más unidos que nunca; Hitler era un dictador por «aprobación», al menos hasta ese momento. 192 La mayoría de la Europa continental había caído bajo su dominio, como llovida del cielo. Todo el litoral desde el Ártico al Golfo de Vizcaya estaba bajo su control. Hitler gobernaba sobre un anillo de satélites aliados, al sur y al este. No cabía esperar ningún problema por parte de Portugal ni de Suiza, país que despreciaba. 193 España y Finlandia se inclinaban claramente de su parte. La relación con la Unión Soviética era aparentemente estable. Hitler no solo controlaba directamente la mayor parte de la economía de la Europa continental –con un producto interior bruto anterior a la guerra superior al de Estados Unidos o el Imperio británico y una población sustancialmente mayor–, 194 sino que también tenía acceso a materias primas y alimentos bastante más allá de sus fronteras. Europa había sido unificada bajo el mandato nazi. 195

Hitler no tardó en ordenar la integración de Europa occidental dentro de

la economía de guerra alemana. El 16 de junio de 1940, antes incluso de que Francia hubiera hecho un llamamiento a la paz, Hitler instó a llevar a cabo «una planificación coordinada para los territorios ocupados de Bélgica, Francia y Luxemburgo» dentro del marco de un Plan Cuatrienal. [196] Un nuevo orden estaba a la vista.

Hitler esperaba gobernar este espacio con la mayor mano izquierda posible. En su decreto para la administración de los territorios ocupados del oeste, estableció que «el desempeño de la administración militar» debía tratar de evitar la impresión de una «anexión intencionada de los territorios ocupados». Había que respetar el Convenio de La Haya. «La población no debe sufrir consecuencias», añadió Hitler, «la vida económica no debe interrumpirse». No obstante, las acciones hostiles por parte de la población debían «reprimirse sin contemplaciones». En Noruega, el Führer prometió liberar a todos los reclutas noruegos, manteniendo a los militares profesionales solo mientras el gobierno en el exilio continuara la guerra o hasta que estos individualmente juraran no volver jamás a tomar parte en acciones hostiles contra Alemania. En Francia, dio instrucciones estrictas a los miembros de la Wehrmacht para mostrar «comedimiento» en sus relaciones con la población, «como corresponde a un soldado alemán». [197] El Führer también se refrenó en el tema de las anexiones, que por entonces se limitaron solo a la pequeña provincia germanoparlante de Eupen-Malmedy. [198] El propósito de todas estas medidas era el mismo: dar la impresión a los europeos no judíos de que la guerra había terminado y de que el benevolente gobierno del Führer era la nueva normalidad, lo cual en cierto modo llegó a conseguir, al menos en un principio. [199]

Hitler también deseaba un retorno a la normalidad dentro de la propia Alemania. Los cientos de miles de alemanes que habían sido temporalmente evacuados de los territorios occidentales tras la declaración de guerra aliada fueron autorizados para reclamar sus casas. «Ha llegado el momento de regresar», proclamó a bombo y platillo a finales de junio de 1940. [200] Hitler también utilizó la victoria para atraerse a los jefes de la Wehrmacht, concediéndoles honores y regalos –en dinero o especie– como recompensa a sus servicios. [201] El Führer se mostró especialmente cercano con los comandantes que aún no eran entusiastas nacionalistas. [202] Su objetivo parece haber sido crear una aristocracia militar, similar a la nobleza imperial establecida por Napoleón: una meritocracia caracterizada por una lealtad personal y complicidad con el Führer, formada por hombres en los que pudiera confiar para que le apoyaran en su próxima empresa. El programa de recompensas también pretendía ir en contra de la amenaza de Hohenzollern –resurgida a raíz de la caída de Francia, cuando el antiguo

káiser Guillermo II solicitó su regreso a casa–. Hitler se negó airadamente, exclamando que «nada les vendría mejor a los círculos reaccionarios». [203] Wilhelm continuó en su exilio en Doorn, donde moriría un año después. Los generales no parecieron muy afectados por ello. Ahora tenían un nuevo monarca, más triunfador y más generoso.

Pese a que en el verano de 1940 la alegría estaba bastante extendida por toda Alemania, había un hombre que no estaba de celebración, y ese era el propio Hitler. Durante su desfile imperial por Berlín, ningún esclavo le fue susurrando al oído recordatorios sobre la naturaleza efímera de su gloria, pero tampoco hubiera sido necesario. Hitler era más consciente que nadie, no solo de su propia mortalidad –que tanto tiempo le había obsesionado–, sino también de la resistencia y fortaleza de la potencia estadounidense, que desde el principio había dominado su pensamiento político. Lo sorprendente de su retórica y su actitud durante este periodo, dejando a un lado las fanfarronadas de cara a la galería, eran su cautela y su indecisión. A principios de junio de 1940, cuando la victoria en el oeste ya era clara, el embajador italiano habría esperado encontrarse con un Hitler «jovial, satisfecho, eufórico»; en cambio, estaba «cansado y abstraído», con una «expresión confusa» y «una mirada preocupada, inquieta, ausente». [204] Lejos de dedicar su atención a los asuntos domésticos, ahora que la paz era inminente, el Führer decretó que todas las iniciativas de ámbito nacional que no «estuvieran relacionadas con la defensa del Reich» debían interrumpirse. [205] Por más que le hubiera gustado distribuirlos, la paz no iba a reportar dividendos. El estado de ánimo de Hitler no mejoró a lo largo del mes. Cuando a principios de julio de 1940 regresó tan triunfantemente a Berlín, insistió en que nada indicaba que la vuelta fuera definitiva. [206]

La razón para la preocupación de Hitler era triple. En primer lugar, pese al vapuleo sufrido en el norte de Francia, Inglaterra no daba señales de querer llegar a un acuerdo. Churchill arengaba a la población en una serie de dramáticos discursos. Al igual que Hitler, el primer ministro era un maestro de la palabra; el reportero estadounidense Ed Murrow dijo de él que «había movilizado a la lengua inglesa y la había hecho entrar en combate». En junio de 1940, Churchill realizó el célebre juramento de no solo «llegar hasta el final», sino de llevar la batalla a ultramar si las islas británicas eran invadidas. [207] Todo esto no era precisamente lo que Hitler, muy atento a sus palabras, quería oír. «Leía los apasionados discursos pronunciados por Churchill contra Alemania durante la guerra», recordaba su jefe de prensa Otto Dietrich, «que yo le proporcionaba, no en extractos, sino palabra por palabra». Dietrich opinaba que «a juzgar por su reacción aparentemente irracional… en su fuero interno los admiraba». [208] El 3 de

julio, la determinación británica de seguir luchando quedó claramente de manifiesto por la implacable destrucción del escuadrón francés en Orán, en el norte de África, llevada a cabo con el propósito de que esos barcos no cayeran en manos nazis.

En segundo lugar, Hitler temía el coste «racial» de una guerra continuada. «Siempre son los mejores, los más valientes y los más dispuestos a sacrificarse, los que caen», se lamentó ante Giesler durante su viaje a París, cobrándose la vida de los hombres del Reich «cuya tarea habría sido encarnar y conducir a la nación». [209] Aunque Gran Bretaña no planteaba un problema inmediato en tierra, Hitler temía la amenaza que suponía desde el aire. Esta había sido una de las consideraciones subyacentes a toda la campaña francesa. En aquel momento, si el Führer quería perseguir la misma estrategia hasta su lógico final, la negativa británica a negociar tendría que ir seguida de una masiva campaña aérea contra las Islas Británicas. Hitler estaba dubitativo, dado que temía la capacidad de represalia de Gran Bretaña. «Mi táctica», explicó al embajador italiano, «ha sido siempre dejar que la responsabilidad recaiga en los hombros de mis enemigos». El problema era, prosiguió diciendo Hitler, «que la guerra aérea total es un asunto tremendamente complicado, y por ello es necesario hacer que la población civil crea que se ha hecho todo lo posible por evitarla». Dicho de otro modo, Hitler quería librar a la población alemana de cualquier acción de represalia por parte británica. Además, concluyó, la Luftwaffe había sufrido considerable «desgaste y lágrimas» en Francia. Llevaría tiempo recomponer a las unidades y conseguir los refuerzos necesarios para atacar Gran Bretaña. [210] En resumen, un ataque inmediato sobre Gran Bretaña, después de lo de Dunkerque, no habría sido posible en ningún caso.

La preocupación de Hitler por los ataques británicos se vio acrecentada por la actividad de la Royal Air Force durante el verano de 1940. [211] En los pueblos y ciudades del oeste de Alemania empezaban a escucharse las sirenas cada vez con más frecuencia. Aun si en muchas ocasiones se trataba de falsas alarmas, hubo algunas víctimas mortales y el coste no dejaba de ser considerable para los nervios de los ciudadanos. A mediados de junio de 1940, por ejemplo, Fritz Weitzel, el *Höherer SS und Polizeiführer* del oeste, resultó muerto en un bombardeo británico sobre Düsseldorf; una semana después, el propio Hitler emitió una orden en virtud de la cual, en honor del fallecido, la unidad de las SS de esta ciudad tomó su nombre. [212] Hamm, en Westfalia, un nudo ferroviario vital y centro de clasificación, salió especialmente mal parada. Varios días después del bombardeo, los niños rompían a llorar y gritar o sufrían convulsiones epilépticas. Hubo

hombres que sufrieron ataques cardíacos a consecuencia del trauma. Mujeres histéricas que hasta entonces habían permanecido calladas por miedo a la esterilización, sufrieron recaídas, o así se informó. 213 Pese a revestir escasa importancia militar, el impacto psicológico de estos ataques sí fue significativo. 214 Por otra parte, contradecían el relato de Hitler a sus ciudadanos de que la guerra estaba bajo control y de que la victoria, o bien una paz negociada con Gran Bretaña, era inminente.

En tercer lugar, a Hitler le preocupaban las intenciones de Estados Unidos. 215 La derrota francesa había caído sobre la administración Roosevelt como una bomba. Las encuestas de opinión pública sugerían la extendida idea de que si Hitler derrotaba a Gran Bretaña, su siguiente ataque sería al otro lado del Atlántico. El mismo mes que Hitler entró en París, Roosevelt nombró secretario de Guerra al republicano y proaliado Henry Stimson, a la vez que presentaba al Congreso un proyecto de ley para el primer llamamiento a filas en tiempo de paz de la historia de Estados Unidos. El gasto de Estados Unidos en la fuerza aérea y naval, de por sí considerable, se disparó más aún. Para empeorar las cosas, el avance nazi cambió sustancialmente la política del partido republicano. En su decisiva convención de Filadelfia celebrada a finales de junio de 1940, el firmemente probritánico Wendell Willkie se impuso sobre los (entonces) aislacionistas Tom Dewey, Robert Taft y Arthur Vandenberg. Willkie contaba con el respaldo, no solo de Henry Luce, propietario de la revista *Time* , sino también de Wall Street, en especial de Thomas Lamont, de J. P. Morgan. A Hitler no le importaba mucho, por tanto, quién ganara las elecciones presidenciales en noviembre de 1940. Las dos opciones al otro lado del Atlántico eran malas.

Si el Führer veía Londres y Washington cada vez más alineadas, esto era porque, a sus ojos, los malévolos judíos y otras fuerzas que odiaban a los alemanes habían manipulado a las élites y a la opinión pública en esta dirección. El plan de Hitler, desde la década de 1920, había sido dividir a Gran Bretaña y a Estados Unidos y terciar entre ellos. A principios de la década de 1930, había deseado que llegara un «momento 1866» en el que una Gran Bretaña derrotada entrara en una alianza con Alemania, al igual que había hecho Austria tras la batalla de Sadowa. La caída de Francia podía constituir ese momento en el que Gran Bretaña aceptaría su extrusión de Europa, de la misma forma que Austria se había rendido a Prusia en Alemania, pasando de esta forma Gran Bretaña a convertirse en un socio menor dentro de una alianza dual dirigida contra Estados Unidos, y posiblemente también la Unión Soviética. Cuando Gran Bretaña decidió continuar con la resistencia, Hitler se encontró ante un dilema. «Si aplasto

militarmente a Gran Bretaña», le dijo a Halder, «el Imperio británico se derrumbará –lo cual no beneficiará a Alemania–». «Lo que conseguiríamos con la sangre alemana», continuó diciendo, «solo iría en provecho de Estados Unidos y otros». 216 Hitler, una vez más, estaba pensando en el futuro, en el nuevo mundo multipolar que él había concebido veinte años antes.

El 19 de julio, Hitler por fin dio su tan anunciado y tantas veces pospuesto discurso de «paz» ante el Reichstag alemán. Este se formuló a la vez como una réplica a Churchill y un «último llamamiento a la razón general». «No veo motivo», dijo Hitler, que exija «la continuación de la lucha», advirtiendo de que esta conduciría a la «destrucción» del Imperio británico, algo que él nunca había pretendido. Hitler expresó también el deseo de evitarle así más muertes a Gran Bretaña, y también a Alemania, y el dolor que esto causaría a «muchas esposas y madres en casa». 217 Hitler acompañó estas propuestas con otras medidas dirigidas a fomentar la confianza. La monarquía británica quedaría exenta de los vitriólicos ataques a otros miembros de la élite inglesa. En las Islas del Canal, ocupadas el 30 de junio de 1940, se rezaron oraciones por la Familia Real, se podía cantar «God Save the King» previo permiso, y la administración local emitió instrucciones en el nombre de Su Majestad Jorge VI. 218 Las islas fueron por tanto un laboratorio de la cooperación anglo-alemana bajo el nuevo orden.

Hitler también hizo varios intentos serios para tratar de evitar la intervención americana. Su esperanza, si bien muy mermada, era que Estados Unidos reconociera que iba en su verdadero interés aceptar el dominio alemán de Europa a cambio de la indiscutida hegemonía estadounidense en el hemisferio occidental. En una entrevista con el destacado periodista germanoamericano Karl von Wiegand, Hitler volvió a su vieja idea de una división de esferas al estilo de la doctrina Monroe. Y reiteró su ausencia de interés no solo en Norteamérica, sino en Sudamérica. A cambio, pedía solamente que «América no interfiriera en los asuntos europeos», apelando nada menos que a las reflexiones de George Washington (en su «Discurso de despedida» de 1796) sobre el tema. «América para los americanos», pedía; «Europa para los europeos». 219

La caída de Francia daba a Hitler una oportunidad de «resolver» la cuestión judía y disuadir al mismo tiempo a Estados Unidos. En el verano de 1940 se planteó seriamente deportar a los judíos que estaban bajo su control a la colonia francesa de Madagascar, junto a la costa oriental africana. Este plan, que Himmler le sugirió a Hitler por primera vez a finales de mayo de 1940, 220 fue comentado por el Führer con Ciano el

17-18 de junio, y dos días más tarde con el almirante Raeder, cuya cooperación sería obviamente esencial. A mediados de julio, Hitler ordenó que los judíos dejaran de ser deportados al este, ya que a partir de ahora serían enviados a África. En Madagascar no solo estarían en cuarentena para que no representaran ninguna amenaza para la Alemania nazi, sino que servirían de rehenes para el buen comportamiento de Estados Unidos. Después de la guerra, podían ya ser enviados a Estados Unidos. [221] La decisión de Gran Bretaña de seguir luchando, que dejaba cerradas las líneas marítimas a Madagascar, hizo que el plan resultara del todo inviable, y que más avanzado el año finalmente se descartara. [222]

Pero por quimérico que pueda antojarse en retrospectiva, Hitler no parecía haber concebido el Plan de Madagascar como una tapadera para el exterminio. [223] Por el contrario, cuando Himmler lo sugirió por primera vez, lo hizo como una alternativa a la «extirpación física», que el *Reichsführer* de las SS rechazaba basándose en la «convicción interna» de que era «impropio de Alemania e imposible». Hitler consideró esta idea como «muy buena y correcta». [224] Además, si los judíos debían servir de rehenes contra Roosevelt, era necesario mantenerlos vivos. Por este motivo, Hitler se adhirió al espíritu del plan, si no a la letra, por el momento. A primeros de agosto de 1940, le dijo a Otto Abetz que habría una evacuación de «todos los judíos de Europa» pero solo «después de la guerra». [225] Esto se debe a que no existía posibilidad de transportar a nadie a ningún lado sin el permiso de la Royal Navy. En este momento, por tanto, la «deportación» no era un nombre en clave para asesinato, y la «destrucción» todavía era en gran medida una metáfora que denotaba algo distinto a la exterminación física. Pronto, sin embargo, lo contrario sería cierto, y una retórica más anodina se convertiría en la capa bajo la que se escondería una realidad mucho más oscura.

La obsesión de Hitler con los judíos queda claramente evidenciada en el trato relativamente suave que recibieron los aproximadamente 120.000 soldados de raza negra capturados entre mayo y junio de 1940, un tema en el que Hitler no mostró prácticamente ningún interés. A buen seguro, un buen número de ellos fueron masacrados sin contemplaciones durante, e inmediatamente a continuación, de la campaña francesa, pero no a instancias del Führer. [226] A partir de este momento, el tratamiento fue mejor, entre otras cosas porque los alemanes esperaban utilizar a algunos de ellos como fuerzas auxiliares para su futuro imperio colonial. Los prisioneros africanos se internaban en campos de prisioneros de guerra, no de concentración. La única intervención de Hitler a este respecto de la que tenemos constancia fue una directiva del OKW pidiendo la transferencia de

los cautivos franceses de raza distinta a la blanca a la zona no ocupada. [227] Su preocupación, que databa ya de la ocupación de Renania en la década de 1920, era evitar cualquier «contaminación» del pueblo alemán. [228] La tendencia general era que mientras las condiciones de los negros en los campos de prisioneros generalmente mejoraban con el tiempo, las de los judíos empeoraban radicalmente. La guerra racial de Hitler no era básicamente de blancos contra negros, sino de arios contra judíos.

A la luz de la continuada beligerancia de Gran Bretaña y la creciente hostilidad estadounidense, Hitler volvió a plantearse la cuestión de atacar la Unión Soviética, lo cual no obedecía a la esperanza de una rápida victoria sobre Inglaterra, sino más bien a su ausencia. El 21 de julio de 1940, Hitler le dijo a Brauchitsch que comenzara a planear la invasión de Rusia, o le autorizó a continuar haciéndolo; de dónde partió la iniciativa, es algo que no está claro. Lo más probable es que se desempolvaran los planes de 1939. [229] En este caso, la motivación de Hitler eran las exigencias de la guerra con Gran Bretaña, que seguía siendo sin duda el enemigo inmediato. La «esperanza» de Inglaterra, les dijo a sus generales, eran «Rusia» y «América». Por esta razón, concluyó el Führer, «hay que hacer algo con Rusia», y deben iniciarse los «preparativos intelectuales» para ello. [230] De una u otra forma, dos cosas estaban claras. La primera, que la decisión de atacar Rusia respondía a los dictados de la confrontación con Angloamérica; la antipatía por el régimen soviético no desempeñó ningún papel en esta fase. La segunda, que aún no había una fecha firme para la operación, ni siquiera para una directiva oficial. La guerra con Rusia no estaba aún decidida, al menos no para el futuro inmediato. [231]

A lo largo de 1940, Hitler fue siendo cada vez más consciente de que Inglaterra no se avendría a un acuerdo y tendría que ser coaccionada militarmente. [232] Él siempre había tenido la esperanza de que esto podría hacerse mediante la Luftwaffe y la Kriegsmarine, pero también era realista acerca de las limitaciones de su potencia aérea. [233] Sin duda con esto en mente, Hitler emitió la Directiva 16 para la invasión de Gran Bretaña, concebida como una operación combinada del ejército y la marina. La redacción de la misma estaba hecha completamente en modo condicional y estaba absolutamente exenta de la habitual grandilocuencia y de cualquier mención a una «decisión irrevocable». [234]

El 22 de julio, los británicos rechazaron el «llamamiento» de Hitler. Ya no había alternativa. Habría que lanzar a la Luftwaffe sobre Inglaterra y, si eso no funcionaba, intentar un desembarco o al menos amenazar con él. El 1 de agosto de 1940, Hitler emitió una directiva para un ataque aéreo a gran escala sobre Gran Bretaña. [235] La Luftwaffe fue encargada de la tarea de

aplastar a la RAF , lo que implicaba la destrucción no solo de los aviones británicos en el aire y en tierra, sino de sus aeródromos y sus sistemas de suministro, así como de las industrias aeronáuticas y de artillería antiaérea. Una vez que se hubiera conseguido una «superioridad aérea temporal o local», la atención debería dirigirse a atacar los puertos para bloquear el suministro de alimentos. «Los ataques de terror en represalia», enfatizaba Hitler, «solo pueden ser autorizados por mí». Una semana después, se mostró de acuerdo con Raeder en que el desembarco solo podía ser «un último recurso» si Gran Bretaña no podía ser obligada a firmar la paz «por otros medios», por ejemplo, los ataques aéreos. Y añadía que un «fracaso» supondría «una victoria de enorme prestigio» para Inglaterra. 236 A finales de agosto, Hitler declaró que la prioridad en equipamiento la tendría la Operación León Marino, pero solo durante un «periodo de tiempo limitado». 237 Una heterogénea flota invasora de barcos y gabarras modificadas al efecto fue reunida en los puertos del Canal. 238 La infantería y los tanques practicaron desembarcos con oposición.

Hitler no se hacía ilusiones sobre la magnitud de la tarea que tenía por delante. A diferencia de Polonia o de Europa occidental, se enfrentaba a un enemigo que él consideraba racialmente superior y económicamente más avanzado. La producción de guerra británica aumentaba cada día más. Gran Bretaña contaba con los inmensos recursos, no solo procedentes del Imperio, sino también del respaldo de Estados Unidos. La Royal Navy había asimilado con facilidad sus pérdidas en Noruega, y era muchas veces superior a la Kriegsmarine. En cambio, la Wehrmacht, cuyas bajas de infantería habían sido relativamente reducidas hasta ese momento, había perdido muchos barcos y aviones en Noruega y en Francia, precisamente los activos que se necesitaban para combatir a Inglaterra. Pero, sobre todo, la voluntad de Gran Bretaña para resistir era absolutamente férrea. Las perspectivas de la Luftwaffe frente a la Royal Air Force eran dudosas, pero, incluso si podía conseguirse una superioridad aérea, la traducción de esto en un dominio sobre la enormemente superior Royal Navy en el mar del Estrecho, en la misión más importante de su historia, no sería inmediata. Los planificadores de la Luftwaffe y la Kriegsmarine dudaban de que pudiera lograrse. 239 Pero incluso si, de alguna manera, una de estas fuerzas consiguiera cruzar el Canal, no estaba claro que lo hiciera con la contundencia suficiente para derrotar al mucho mayor y mejor equipado ejército de operaciones británico.

Al final, Hitler chocó con el primer obstáculo. La Luftwaffe acribilló las bases de la RAF situadas al sur y al este del país. En un primer momento, el marcador estuvo igualado, y por un instante pareció que los alemanes

pudieran incluso llevar alguna ventaja. El último día de agosto, la Luftwaffe consiguió causar graves pérdidas a la RAF , pero a costa de sufrir ella misma importantes daños también. Pronto, sin embargo, la tecnología y las métricas empezaron a marcar la diferencia. Gran Bretaña podía sustituir sus aviones y –si bien con más dificultad– a sus pilotos mucho más rápidamente que Göring. Cuando la Luftwaffe recibió órdenes de atacar Londres en represalia a los ataques de la RAF sobre Berlín, se perdió un momento de empuje muy valioso. Durante todo este tiempo, los británicos, tanto militares como civiles, estaban probablemente menos unidos de lo que en ese momento decían o quisieron imaginar después. Sea como fuere, su ánimo inquebrantable impresionó y deprimió profundamente a Hitler. Su plan inicial de destruir la determinación de resistir por parte de Gran Bretaña había fracasado. En el cuartel general del Führer, los nervios se desataron. Hitler explotó ante el fracaso de la Luftwaffe. Los testigos dejaron constancia de «duras diatribas» y «rabietas». 240

El 3 de septiembre, Hitler pospuso la fecha de la invasión hasta el 21 de septiembre. Quince días más tarde, volvió a retrasar la invasión, y el 12 de octubre la aplazó hasta la primavera del año siguiente. Hitler ordenó que los preparativos continuaran, como maniobra de distracción, pero estaba claro que la operación se había desactivado. Esta era casi con toda certeza la decisión correcta. Un ejercicio de guerra de alto nivel, llevado a cabo en la Academia Militar de Sandhurst en 1974, en el que participaron importantes personalidades de ambos bandos y basado en los entonces ya conocidos planes británicos y alemanes, concluyó que cualquier invasión habría resultado un absoluto desastre. 241 El Führer, uno de los personajes más arriesgados de la historia, decidió no tentar a la suerte en el caso de la Operación León Marino. El riesgo era demasiado alto, incluso para un jugador empedernido como él.

Los ingleses tendrían que ser coaccionados de otra manera. Hitler experimentó entonces con dos estrategias a la vez. La primera fue ejercer presión sobre la posición de Inglaterra, en concreto en el Mediterráneo, e invitar a otras potencias a participar en el reparto del Imperio británico más en general. Hitler también estaba decidido a mantener a Estados Unidos fuera de la zona, con el fin de negar a Roosevelt la posibilidad de contar con una plataforma contra el Reich en cualquier futuro conflicto. En este contexto, Hitler se tomó un breve interés en África y jugó, aunque no muy seriamente, con la idea de un Imperio alemán subsahariano. 242 No obstante, prefirió que fueran las potencias regionales las que hicieran el trabajo por él: Italia, por supuesto, pero también España, la Francia de Vichy e incluso Portugal. Durante el otoño y el principio del invierno de

1940, cortejó a las tres potencias y, en especial, a Franco. Esto encajaba con la preferencia de Raeder por una «estrategia mediterránea», con la vista claramente puesta en las bases británicas de Gibraltar, Malta y (en último caso) Egipto y el Canal de Suez. 243

En octubre de 1940, Hitler redobló sus esfuerzos. El objetivo de esta estrategia era, en palabras del propio Führer, «llevar a Francia y a España a acordar una línea común y de este modo formar una coalición continental contra Gran Bretaña». 244 Esperaba poder convencer a Vichy para que entregara algo de territorio a Franco y a Mussolini, autocompensándose con algún otro en África, a costa de Inglaterra. Se trataba de una cuestión delicada, y el Führer sabía que había que manejarla con mucho tacto para evitar que las administraciones coloniales francesas se declararan a favor de De Gaulle. El 4 de octubre se reunió con Mussolini en el Paso del Brennero. Tres semanas después, el Führer recibió a Pierre Laval, jefe interino del gobierno colaboracionista francés de Vichy. Al día siguiente se reunió con Franco en Hendaya, y al otro, con el jefe de Vichy, el mariscal Pétain. Hacia finales de mes, en Florencia, celebró otro encuentro con Mussolini, a quien le preocupaba que Francia le tomara la delantera. 245 Hitler hizo que todos estos movimientos se produjeran dentro de un ambiente fraternal que destacara el valor de sus aliados. Cuando el ministro de Asuntos Exteriores español, Serrano Suñer, le visitó, él personalmente pidió que se movilizara a la gente para recibirle. 246 También ordenó la distribución de condecoraciones alemanas «a fin de demostrar la camaradería del pueblo alemán y su Wehrmacht con las naciones aliadas» que apoyaban su lucha por la libertad. 247

La segunda de las estrategias antibritánicas, y en última instancia antiamericana, consistía en volver a Moscú y a Tokio en contra de Londres. En gran medida esta había sido idea de su ministro de Exteriores, Ribbentrop. En cuanto al Extremo Oriente, la preocupación de Hitler era evitar una renovada guerra ruso- japonesa y garantizar que Tokio seguía centrado en la amenaza británica y, especialmente, estadounidense. El 27 de septiembre de 1940, Hitler firmó el Pacto Tripartito con Italia y Japón. 248 A diferencia de su predecesor, el Pacto Anticomintern, este tratado no iba, ni siquiera nominalmente, dirigido contra la Unión Soviética. De hecho, esta posibilidad quedaba explícitamente excluida en el texto. Su objetivo eran claramente las potencias occidentales. El 13 de octubre de 1940, el Führer invitó al ministro de Exteriores soviético, Molotov, a que fuera en noviembre a Berlín. Allí intentó persuadir a la Unión Soviética para que se uniera al reparto del Imperio británico, al que definió como un «gigantesco territorio en bancarrota» de cuarenta millones de kilómetros

cuadrados. 249 Hitler instó a la Unión Soviética a aprovechar esta oportunidad y extenderse hacia los «puertos libres de hielo» y los océanos, con los que probablemente se refería a la creación de bases rusas en Baluchistán, una vieja fantasía zarista. En esto, Hitler calculó bien el tiro, porque la principal preocupación de Stalin en aquel momento seguía siendo el Imperio británico, que él percibía como una amenaza en los Balcanes y Asia Central.

Si la preocupación más inmediata del Führer era Gran Bretaña, su bloque continental estaba también muy enfocado contra Estados Unidos. Durante el verano y el otoño de 1940, la hostilidad estadounidense no hizo sino aumentar a medida que sus ciudadanos iban instintivamente identificándose con «los pocos» británicos que libraban la batalla de los cielos, y los muchos que durante el *Blitz* («bombardeo») tenían que correr a refugiarse en los sótanos y las estaciones de metro. Los periodistas ensalzaban la defensa de la democracia, pilotos voluntarios estadounidenses prestaban servicio en la RAF , y material de guerra americano llegaba en oleadas desde el Atlántico. El gobierno también intensificó la presión. El 19 de julio, el mismo día que Hitler dio su «discurso de la paz», Roosevelt firmó el proyecto de la «marina de los dos océanos» convirtiéndolo en ley. El 2 de septiembre de 1940 intercambió cincuenta viejos destructores por el arrendamiento de bases británicas, una medida más importante por su simbolismo que por sus implicaciones militares. Los diplomáticos alemanes en Estados Unidos diferían en su evaluación de las capacidades de Estados Unidos, y también en cuanto a la temporalización de su probable beligerancia, pero todos estuvieron de acuerdo en su intención hostil y en la conspiración, o manipulación, por parte de la judería internacional. 250

Hitler observaba todo esto atentamente. Le preocupaban no solo los suministros de Estados Unidos a Inglaterra, sino también la potencial ayuda de América a la Unión Soviética. 251 Hitler no estaba seguro de cómo responder. Por un lado, Goebbels le presionaba para que preparara al pueblo alemán para la inevitable confrontación con Estados Unidos. Por otro, él no quería alarmar ni a su pueblo ni a sus aliados prematuramente. «La decisión del Führer sobre cómo manejar el acuerdo británico-americano», afirmó Goebbels a principios de septiembre de 1940, «todavía se espera». 252 Hitler también resistió la tentación de interferir en la política doméstica norteamericana, que Roosevelt hubiera aprovechado, y prohibió a la prensa intervenir en la campaña electoral. 253 Al Führer también le

preocupaba mucho el hecho de no repetir el error de la Primera Guerra Mundial, esto es, provocar accidentalmente que Estados Unidos declarara la guerra, o proporcionarle un pretexto para hacerlo, llevando a cabo una guerra submarina sin restricciones. Hitler se limitó a tomar medidas preventivas, en concreto a asegurar su flanco occidental. El 26 de septiembre de 1940, decretó que «Inglaterra-Estados Unidos deben ser expulsados del África noroccidental» y que «las Islas Canarias, posiblemente también las Azores y las de Cabo Verde, deben asegurarse previamente mediante la fuerza aérea». 254

En su encuentro con Molotov a mediados de noviembre de 1940, Hitler confesó abiertamente no solo su temor de que Estados Unidos pudiera beneficiarse de la «quiebra» del Imperio británico, sino también su deseo de conseguir una mayor implicación de Rusia en Europa para mantener alejados a los americanos. Hitler volvía a reafirmar así su fe en una doctrina Monroe para Alemania, dirigida a mantener a Estados Unidos fuera del hemisferio occidental, y recurría a su viejo enemigo bolchevique para corregir el desequilibrio generado por el Nuevo Mundo. Su objetivo era crear una coalición global contra Angloamérica extendiendo Eurasia desde España a Vladivostok y Yokohama. «Alemania quiere crear una coalición mundial de partes interesadas», le dijo a Molotov, que se extendería desde «el norte de África hasta el Asia oriental», y estaría formada por «España, Francia, Italia, Alemania, la Unión Soviética y Japón», que se repartirían el «quebrado» Imperio británico. 255 Hitler también ansiaba transmitir a la población alemana la tranquilidad de que formaba parte de una coalición global contra un Imperio británico cada vez más aislado. «Alemania y sus aliados son sin duda lo bastante fuertes», les dijo a los fieles del partido en su discurso anual del 8 de noviembre de 1940, «para contrarrestar cualquier combinación posible en este mundo». El periodo de septiembre a noviembre de 1940 constituye por tanto el punto álgido de la diplomacia de Hitler. Fue un tiempo de actividad frenética en el que todas las opciones seguían sobre la mesa y el futuro, lo que él denominaba «las perspectivas mundiales», 256 se mostraba abierto.

Las medidas nazis para crear un «bloque continental» se vieron acompañadas de otra dosis más de retórica antiangloamericana, anticapitalista, antisemita y antiimperialista. Si el Imperio británico y Estados Unidos eran los «poseedores» del orden mundial, sostenía Hitler, el Reich alemán era el líder de los «desposeídos». No está claro si Hitler tomó esta sonora frase de la novela epónima de Hemingway *To have and have not* (*Tener y no tener* , en la versión española), publicada en 1937, pero lo que sí es cierto es que la utilizó repetidas veces mucho antes de que

se estrenara su famosa versión cinematográfica, protagonizada por Humphrey Bogart, en 1944. «Toda mi vida he sido un desposeído», afirmó, y «me considero un desposeído y siempre he luchado por ellos». Por este motivo, anunció Hitler, él «actuaba en el mundo en nombre de los «desposeídos». 257 En resumen, el Führer aseguraba expresar un resentimiento no solo alemán, sino mundial, por la injusta distribución de los recursos de la tierra.

Según la interpretación de Hitler, la desigualdad se manifestaba tanto en el ámbito nacional como en el de clase, y ambas estaban conectadas entre sí. Alemania en general estaba sujeta a una clase dirigente internacional que había dividido a los alemanes. A finales de 1940, Hitler retomó su vieja crítica al Tratado de Westfalia que había conducido a la fragmentación del Reich. Esto hizo que Alemania quedara atrás en la distribución mundial de territorio y por tanto tuviera que conformarse con menos espacio por habitante que el resto de los principales estados europeos. En este punto, el Führer volvía a reincidir en los datos del *Lebensraum* con las estadísticas habituales. 258 El principal rival del Reich, como siempre, era Gran Bretaña, que se había llevado la parte del león. Dado que Hitler en ningún momento hacía referencia a que las tierras ocupadas en Escandinavia y Europa occidental estuvieran destinadas a asentamientos o a que las adquisiciones realizadas en Europa central y Polonia representaran una solución para el perenne problema alemán del espacio, la conclusión era clara. Alemania podía «poseer» grandes áreas de Europa, pero, en términos globales, seguía siendo pobre. Todavía no «poseía» bastante.

La eliminación de las barreras de clase dentro de Alemania, unas divisiones que el Führer creía cuidadosamente fomentadas por el enemigo externo, formaba parte de la liberación nacional. Hitler quería trascender, como dijo a principios de septiembre de 1940, los «legados del pasado, de origen, de patrimonio y de profesión». Por motivos obvios, argumentaba el Führer, este gran proyecto social constituía una amenaza para el orden establecido, especialmente para los británicos, que tratarían de frustrarlo por todos los medios. Esta era la razón, explicó Hitler ante un público de trabajadores de la industria armamentística a mediados de noviembre de 1940, por la que la «Inglaterra plutócrata-capitalista» había entrado en guerra contra el «Estado del bienestar alemán». 259 Los británicos, volvió a repetir Hitler justo a finales de año, «nos odian por nuestras convicciones sociales y nuestros planes y acciones [en el ámbito social] les parecen peligrosos». 260

Esta era la razón por la que Hitler estaba decidido a mantener todo lo posible su transformador programa socioeconómico y a prometer al pueblo

alemán una vida mejor, al menos después de la guerra. A principios de 1940, antes incluso de la campaña occidental, encargó a Robert Ley la tarea de considerar la idea de unos «planes de jubilación completos y generosos para el pueblo alemán». Más avanzando el año, tras muchas deliberaciones, emitió su Decreto para la Preparación de Construcciones Residenciales Alemanas después de la Guerra. La victoria, explicaba, pondría ante el Reich unas tareas «que solo podría cumplir mediante un aumento de población». El propósito del decreto, por tanto, era promover la «vida saludable de las familias numerosas» de cara a poder conseguir que la tasa de natalidad aumentara. 261

En la retórica de Hitler, el Reich era la vanguardia de una guerra de liberación global que libraría a Alemania, el continente europeo y en última instancia al mundo entero de las garras de la plutocracia capitalista internacional. 262 Este mensaje iba dirigido no solo a los alemanes, europeos y americanos, sino también a los pueblos colonizados. El servicio de radiodifusión nazi en lengua árabe, por ejemplo, anunció que los discursos de Hitler proclamaban «el día en el que el mundo será liberado de Churchill, Eden [y] los judíos». 263 Hacia finales de año, Hitler llegó incluso a desear, en privado, un «despertar» negro como parte de su giro antiimperialista. 264 Sin duda, esta tendencia en el pensamiento de Hitler obedecía en parte al oportunismo y en parte a la racionalización de la ruptura definitiva con Inglaterra, pero al mismo tiempo reflejaba su percepción de que procesos históricos más amplios estaban barriendo el mundo. El antisemitismo era parte integrante de esta visión, como queda reflejado no solo en la asociación consciente que Hitler hacía del capitalismo con los judíos, sino también en el relato del régimen. Por ejemplo, la película de propaganda antisemita *Der ewige Jude (El judío eterno)* , proyectada en las salas de cine alemanas a partir de finales de 1940, otorgaba un gran protagonismo a los Rothschild. 265 El anticomunismo, en cambio, desempeñaba un papel muy secundario, al menos por entonces. Significativamente, el Ministerio de Propaganda ordenó a la prensa dar el nombre de todos y cada uno de los «judíos» que mencionaban, *excepto* a los que trabajaban para el aliado de Hitler, la Unión Soviética. 266

El Führer nunca consiguió formar un «bloque continental» cohesionado. En el Mediterráneo había demasiadas piezas. La coordinación con Italia dejaba mucho que desear, tanto en el frente político como en el militar. 267 Cada una de las dos potencias hacía la guerra por su cuenta, no solo sin prestarse ayuda, sino llegando a interferir la una con la otra. Si al principio el avance discurría por dos líneas paralelas, pronto pasó a seguir

dos ejes divergentes. 268 Mussolini no solo hizo una completa chapuza de campaña contra Inglaterra en Egipto occidental, sino que lanzó una desastrosa invasión de Grecia en octubre de 1940, sin dar prácticamente aviso al Führer. Esto contrarió a Atenas, con quien Hitler no quería problemas. De hecho, él admiraba bastante a los griegos, y deseaba que lograran resistir. La incompetencia italiana también sirvió a Churchill de pretexto para hacer lo que Hitler más temía, que era intervenir en los Balcanes y establecer bases allí. 269 A principios de noviembre, aparecieron en Salónica las primeras tropas británicas para cubrir el despliegue de la RAF en esa zona. El Führer se puso furioso, probablemente perturbado por los recuerdos de la Primera Guerra Mundial, cuando los ejércitos británico y francés, en 1918, emprendieron súbitamente un avance que arrolló todo el flanco sudeste de las potencias centrales. Hitler no había sacado a los británicos de Escandinavia para verlos reaparecer luego por su flanco sur. Durante los nueve meses siguientes, aproximadamente, este tema constituyó una de sus principales preocupaciones.

Hitler no corrió mejor suerte en el Mediterráneo occidental. No es que faltaran las ganas de expoliar a Inglaterra, pero la destrucción preventiva del escuadrón francés de Vichy en Orán, el fracaso de la Luftwaffe en Inglaterra, el fiasco de Italia en la Cirenaica y la destrucción por parte de las Fuerzas Aéreas de la Armada británica de gran parte de la flota italiana en Tarento a mediados de noviembre de 1940 demostraron que el león todavía seguía siendo capaz de revolverse contra los carroñeros. Si bien en junio de 1940 varios chacales habían asomado la cabeza por encima del parapeto de Lisboa a Kabul tras la caída de Francia, lo cierto es que llegado el otoño corrieron de nuevo a ponerse a cubierto. 270 Otro problema era que las demandas de España, Francia e Italia en el norte de África eran contradictorias entre sí, y Hitler no tenía sencillamente fuerzas para imponerles su punto de vista, a diferencia de cuando sí fue capaz de dirimir las de Hungría y Rumania. Lo que realmente acabó de dar al traste con la estrategia del Führer, sin embargo, fue la codicia territorial de Franco al exigir grandes franjas del África noroccidental francesa (de Vichy), donde Hitler quería contar con bases disuasorias frente a Estados Unidos. 271 El encuentro mantenido por ambos en Hendaya fue tan tenso que Hitler diría después que prefería que le arrancaran todas las muelas antes que volver a reunirse con el español. 272 Si Hitler quería despojar a Inglaterra de Gibraltar, Malta y el Canal de Suez, tendría que hacerlo solo.

Para poner aún peor las cosas, Hitler no lograba hacer progresos con la Unión Soviética. Durante la visita de dos días de Molotov, el entendimiento fue también bastante escaso. 273 La delegación soviética escuchó

educadamente el monólogo del Führer sobre la situación mundial, y su afirmación de que Inglaterra ya estaba derrotada y a punto de ser aniquilada desde el aire. Sin embargo, en lugar de aceptar su invitación a participar en el reparto del Imperio británico, los soviéticos formularon algunas preguntas concretas sobre las intenciones de Alemania en los Balcanes y el Báltico. Querían saber cuáles eran las misiones militares en Rumania y Finlandia y por qué la Unión Soviética no había sido consultada acerca de las mismas, como estipulaba el tratado. Estas preguntas cayeron como una ducha de agua fría sobre Hitler, que en ese momento pareció encerrarse en sí mismo. 274 Los visitantes soviéticos no mostraron ningún interés en los intentos del Führer por retomar la conversación sobre la división del Imperio británico. Hitler no estuvo presente en la posterior recepción, posiblemente descontento con cómo habían ido las conversaciones. Apenas se habían hecho los primeros brindis, saltaron las sirenas de alarma anunciando la cercanía de bombarderos de la RAF . El alcance mundial del Imperio británico no podía haber tenido una ilustración más gráfica.

De un modo u otro, el intento de Hitler por despertar otro ataque de codicia entre las potencias del sur y del este había fracasado. Es indudable que lo que las hacía refrenarse no era la ausencia de codicia, sino una obstinada sensación de temor. 1940 no era 1938 o 1939. El Imperio británico no era la Checoslovaquia que había sido ocupada sin disparar una sola bala, ni Polonia, cuyo territorio podía repartirse en el Kremlin entre un brindis y otro. El que quisiera una parte tendría que pelear por ella.

No sorprende por tanto que la obsesión de Hitler por el poder británico fuera más fuerte que nunca. Su temor más inmediato era la amenaza desde el aire. El primer ataque de la RAF sobre Berlín tuvo lugar el 25 de agosto de 1940, y fue seguido de siete alarmas más a lo largo de dos semanas. Estos ataques aéreos, que el régimen denominó «bombardeos de terror», causaron escasos daños materiales visto desde la perspectiva general, pero su impacto psicológico fue muy importante. 275 Hitler se sentía profundamente preocupado por sus efectos. Se tomó un interés personal en tomar medidas preventivas en la capital, como la construcción de refugios y alarmas antibombardeos. Dio instrucciones estrictas de que la población debía dirigirse a los refugios cuando sonaran las sirenas. 276 En Berlín, a Speer se le concedieron los materiales y trabajadores de la construcción necesarios, incluida mano de obra esclava, así como la autoridad de confiscar cualquier propiedad pública o privada que estimara conveniente. 277 Aparte de esto, Hitler creía que la mejor defensa consistía en la disuasión y la represalia. Ante la amenaza británica de lanzar dos, tres, o cuatro mil kilos de bombas en Alemania en una sola noche, a principios de

septiembre de 1940 él anunció que lanzaría cientos de miles, puede que incluso un millón de kilos de bombas. Juró borrar del mapa las ciudades inglesas y detener las actividades de los «piratas nocturnos». 278

A medida que el año iba acercándose a su fin, el panorama pintaba cada vez más oscuro para Hitler. Sus intentos por unir a Europa en contra de Angloamérica habían fracasado. Las relaciones con Rusia se iban deteriorando, hasta el punto que dejó una carta de Stalin sin contestar. Los británicos iban haciéndose más fuertes cada día. El 5 de noviembre de 1940, Roosevelt fue reelegido para su tercer mandato como presidente. El tiempo parecía volver a acortarse. Hitler redobló por tanto sus esfuerzos contra Inglaterra. Envió fuerzas alemanas a los Balcanes y al Mediterráneo en ayuda de Mussolini. 279 El 12 de noviembre de 1940, emitió la Directiva 18, con el planeado ataque sobre Gibraltar y el Canal de Suez. 280 Si su objetivo inmediato en el Mediterráneo occidental era Gran Bretaña, su propósito último era prepararse para la confrontación con Estados Unidos. 281 Las relaciones entre Washington y Vichy eran buenas, y Hitler no se fiaba de Pétain para mantener a raya a los americanos en el norte o el occidente de África. En los planes militares concernientes a Gibraltar, el Peñón no se consideraba como el destino final, sino como un trampolín para cruzar el Estrecho. 282 El plan acabó quedando en nada, porque cuando Serrano Suñer se presentó en Berchtesgaden para debatirlo, a mediados de noviembre, planteó unas exigencias inaceptablemente ambiciosas sobre las colonias francesas, en concreto sobre Marruecos. Hitler se negó a aceptarlas, temiendo que ello precipitara una defección favorable a De Gaulle. El 7 de diciembre de 1940, Franco rechazó por completo la idea de sumarse a la guerra. La Operación Félix tuvo que ser suspendida. Por el momento, el plan del Führer para adelantarse a Estados Unidos en el Mediterráneo occidental y en el norte de África había fracasado.

Fue este contexto de fracaso a la hora de movilizar a Europa contra Angloamérica el que hizo que Hitler acabara volviendo su mirada hacia el este. 283 Su directiva de julio sobre Rusia no había ido seguida de preparativos concretos, pero la idea de atacar a la Unión Soviética resurgió con fuerza inmediatamente después de la desastrosa visita de Molotov a mediados de noviembre. El 15 de noviembre de 1940, Hitler ordenó la construcción de un cuartel general en el este, que posteriormente sería conocido como la Guarida del Lobo. 284 El 27 de noviembre de 1940, Raeder no consiguió disuadir a Hitler de atacar Rusia antes de que

Inglaterra hubiera sido derrotada. Durante la primera semana de diciembre, Hitler admitió que los intentos para hacer que Franco entrara en la guerra habían fracasado, y que la Operación León Marino había quedado aparcada. La derrota de Gran Bretaña se dejaría en manos de la marina y de la Luftwaffe. Anunció que los servicios de inteligencia le habían informado de que estaban fraguándose acuerdos secretos entre Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética. Por este motivo, razonaba Hitler, era necesario ocuparse primero de Rusia, privando así a Gran Bretaña de toda esperanza. Él esperaba que la intervención estadounidense sería «dificultada» por Japón, «siempre dispuesto a apoyar a Alemania». 285 El 17 de diciembre, Roosevelt anunció un plan para un «Programa de Préstamo y Arriendo» que suministraría a Gran Bretaña más material de guerra. Ese mismo día, Hitler le dijo al OKW que solo contaban con 1941 para solucionar lo de Estados Unidos, ya que a partir de 1942 este país ya estaría listo para intervenir en Europa. Al día siguiente, el 18 de diciembre de 1940, Hitler emitió su fatídica directiva para la Operación Barbarroja, es decir, el ataque a la Unión Soviética. 286 El 28 de diciembre, Hitler se fue al Berghof a pasar las Navidades. Ya había tomado su decisión. En el nuevo año que estaba a punto de comenzar, volvería a tirar los dados.

Parte VI

ANIQUILACIÓN

En 1941, Hitler se embarcó en dos guerras de aniquilación. La primera, en junio de 1941, fue contra la Unión Soviética, y su principal propósito era conseguir los recursos y el espacio vital que Alemania «necesitaba» para equilibrar el poder de Angloamérica. La segunda fue el conflicto con Estados Unidos y la «judería mundial», que había comenzado mucho antes, pero no estalló en una guerra abierta con los americanos hasta finales de ese año. En el caso de Rusia, Hitler elaboró planes para llevar a cabo el asesinato indiscriminado de decenas de millones de eslavos, pero pronto los abandonó. En cambio, la campaña en un principio limitada y calibrada contra «los judíos» pasó a convertirse en un genocidio total, que se inició con asesinatos en masa al principio de la invasión de la Unión Soviética y culminó con la «solución final» en la Europa ocupada por los nazis. Para Hitler, ambas guerras eran actos preventivos en defensa propia, a los que se había visto obligado por una coalición que le tenía rodeado. El resultado es bien conocido. Hitler fracasó estrepitosamente en su intento de invadir la Unión Soviética y Estados Unidos le ganó de largo en la batalla de la producción. La «aniquilación» que había planeado para sus enemigos asoló –de un modo algo más leve, aunque en todo caso sumamente doloroso– las ciudades alemanas, la economía alemana, la Wehrmacht, los refugiados de los territorios del este, y, en definitiva, todo el Tercer Reich.

16

Haciendo frente a Occidente y atacando a Oriente

A principios de 1941, Hitler parecía encontrarse en la cima de su poder. Dominaba el continente europeo. La mayoría de la economía de la Europa anterior a la guerra estaba en ese momento en sus manos, al menos en teoría. Las dos potencias neutrales de la península Ibérica se inclinaban de su lado, si bien no se mostraban muy dispuestas a ser beligerantes. Por encima de todo, y en virtud del Pacto Hitler-Stalin, el Tercer Reich contaba con una gran defensa económica que le permitía mitigar los efectos del bloqueo británico. Esta crucial dependencia de los inmensos recursos de Rusia enmascaraba la profunda debilidad de la economía de la Europa ocupada por Alemania. Las relaciones con Moscú se vieron consolidadas con la firma de un gran acuerdo económico el 10 de enero de 1941, que aumentó el suministro de cereales, aceite, algodón y otras materias primas soviéticas para Alemania. [1] Cualesquiera que fueran las verdaderas intenciones de Stalin [2] y las preocupaciones alemanas respecto a sus pretensiones en los Balcanes, Hitler no temía un ataque ruso inminente. Incluso aunque a Moscú le desagradaran profundamente los éxitos alemanes, el Führer aseguró a su Mando de Guerra Naval que Rusia «no desea entrar en guerra con Alemania». [3]

Dentro del país, el prestigio de Hitler se encontraba en un nivel muy alto. Sus grandilocuentes y ensayados discursos del 30 de enero de 1941, aniversario de su llegada al poder, y del 24 de febrero, aniversario del programa original del partido, gozaron de una buena acogida en general. [4] Aunque las exigencias de la guerra no le permitían ser tan ubicuo como antes, todavía ofrecía una imagen muy dinámica y un aspecto más joven que el que correspondía a sus cincuenta y un años. El noticiario *Wochenschau* mostraba a principios de 1941 a un hombre completamente dueño de sí mismo, sin ningún signo visible de desgaste, comparado con el de la década de 1930. [5] Sin duda, sufría algunas dolencias persistentes, especialmente dolores de muelas y flatulencia, y su médico, Theo Morell, le estaba tratando ya con un gran número de sustancias, como mínimo, cuestionables. [6] Pero, para el mundo en general, el público alemán e incluso los miembros de su séquito, la salud de Hitler era razonablemente robusta y así lo seguiría siendo hasta mediados de ese año.

Pese a todo, Hitler seguía siendo un hombre angustiado. Su preocupación más inmediata a principios de 1941 seguía siendo el Imperio británico. «Gran Bretaña», comentó a sus generales, «continúa oponiendo resistencia»; todas las conversaciones sobre un desembarco allí habían cesado por completo. [7] Políticamente, con la total supremacía de Churchill, las esperanzas de una paz negociada se iban desvaneciendo. Militarmente, el Reich estaba volcado en una lucha desesperada con el Imperio británico, por mar y por aire. En el Atlántico, durante los primeros meses del año, los submarinos trataron, con cierto éxito, de impedir la llegada a las islas de los alimentos y materias primas que necesitaban para continuar la guerra. Las cifras de bajas fueron variando a lo largo del conflicto, pero, llegado el final del mismo, los submarinos alemanes habían perdido a un 75 % de sus tripulantes, la cifra más alta de todas las fuerzas, en cualquiera de los bandos. [8] De la misma forma, la guerra en el aire se percibía ya como una lucha existencial; al final, la cifra de muertes más alta de todos los cuerpos británicos fue la del Mando de Bombarderos. El 1 de enero de 1941, Hitler afirmó que Churchill estaba promoviendo una «guerra aérea ilimitada», [9] lo que en efecto se convirtió en una política real por parte de los británicos al cabo de un año. Al final del mes siguiente, esto le preocupaba tanto que ordenó a altas personalidades del Estado y de los distintos partidos que fueran a visitar las áreas afectadas por los peores ataques para tranquilizar a la población. [10] El Führer se negó a asumir él mismo la tarea, tal vez para evitar escenas desagradables. Durante los primeros cuatro meses del año, en todo caso, observó los ataques del Mando de Bombarderos con cada vez mayor ansiedad y fue emitiendo instrucciones para la defensa aérea y la limitación de los daños. [11]

Los británicos también representaban una amenaza militar directa para la posición de Hitler en Europa. A principios de 1941, este observaba el avance del 8º Ejército en el norte de África con alarma. La caída del puerto libio de Bardia el 5 de enero le obligó a admitir que «sin la ayuda alemana todo el norte de África se perdería». [12] Los italianos también estaban siendo machacados en Grecia, donde las fuerzas británicas ya habían desembarcado en Creta y Lemnos, y cuyo despliegue a gran escala en el continente era solo cuestión de tiempo. Hitler temía que un desastre total acabara con Mussolini y abriera un nuevo frente al sur. El Führer sospechaba que los británicos utilizarían sus nuevas bases en Grecia para atacar los yacimientos petrolíferos rumanos, cuya producción era vital para la economía de guerra alemana, y que conectarían con los franceses de Vichy en el norte de África. [13] A Hitler también le preocupaban sus flancos septentrionales. A primeros de marzo de 1941, comandos de la Royal Navy

asaltaron las Islas Lofoten, junto a la costa noruega, dejando al descubierto la debilidad de las defensas alemanas allí. Hitler ordenó el envío de artillería y refuerzos costeros, lo que marcaría el inicio de su enfermiza obsesión con la amenaza británica sobre Noruega, que duraría hasta el final de la guerra. 14

Entretanto, el desafío americano iba cobrando cada vez más importancia. El 3 de enero de 1941, el presidente Roosevelt habló de un «mundo en guerra», y ocho semanas después hizo referencia a una «Segunda Guerra Mundial» iniciada «un año y medio antes». 15 El 11 de marzo de 1941, Roosevelt promulgó con su firma la Ley de Préstamo y Arriendo. Por otra parte, había cada vez más señales de que la intervención directa americana era inminente. Hacia finales de mes, británicos y americanos acordaron en secreto que en caso de una guerra mundial en la que participara Japón, ellos seguirían no obstante promoviendo una estrategia de «Alemania primero». Y, si bien Hitler no tuvo conocimiento de esta reunión, es imposible que le pasara desapercibido el significado de la incautación, ordenada tres días más tarde por Roosevelt, de todos los barcos alemanes e italianos anclados en puertos estadounidenses.

Lo que era aún peor, Londres y Washington estaban articulando cada vez más abiertamente la idea de una gestión conjunta del mundo, basada en su parentesco anglosajón y el compromiso con los valores democráticos. «Las tiranías podían exigir una gran cantidad de espacio vital», escribió Henry Luce, el legendario editor de la revista *Life,* en un muy comentado artículo en febrero de 1941, «pero la libertad requiere y requerirá mucho más espacio vital que la tiranía». «La paz no puede sobrevivir», continuó, «a menos que prevalezca sobre una gran parte del mundo». 16 El choque entre estos dos conceptos de orden, el *Lebensraum* nazi y la libertad angloamericana, el uno aún más ilimitado que el otro, era inevitable. El mensaje de Roosevelt y sus partidarios en la esfera pública norteamericana no podía haber sido más claro. No había lugar en el universo para el Tercer Reich, y Hitler lo sabía. Si en aquel momento los americanos trataban de salvar el hemisferio occidental, el día de mañana harían lo mismo con el mundo. 17

Hitler no se engañaba sobre la magnitud del peligro. A principios de 1941, la economía de guerra alemana ya estaba orientada hacia la esperada confrontación con Angloamérica. Hitler se veía a sí mismo inmerso en una batalla de producción no solo contra el formidable Imperio británico, sino también contra Estados Unidos. Era una guerra que preveía que habría que luchar, en primera instancia, por mar y por aire. El énfasis principal, a principios de 1941, no se centró por tanto en el planeado ataque sobre

Rusia, sino en una mayor inversión que permitiera un posterior aumento en la producción aérea y naval para combatir contra Gran Bretaña y Estados Unidos. [18] Durante los dos años siguientes, habría que dar temporalmente prioridad a los vehículos blindados de combate, pero el énfasis general en la marina, la fuerza aérea y la artillería antiaérea permanecería invariable hasta el final de la guerra. [19] Dado el inmenso potencial de Estados Unidos, pese a su teórica no beligerancia, Hitler se esforzaba al máximo en recalcar, como hizo ante un auditorio público en la primera mitad de 1941, que se encontraba «actualmente en situación de poder desplegar a más de la mitad de la mano de obra de Europa en esta lucha». [20]

De hecho, las economías combinadas del Imperio británico y Estados Unidos –en ese momento movilizadas contra Hitler mediante la Ley de Préstamo y Arriendo– superaban con mucho la del área bajo el control alemán. Además, las cifras anteriores a la guerra estaban infladas, porque el bloqueo británico desconectó a las economías continentales no solo de muchos de sus mercados tradicionales, sino también de su suministro de materias primas. Peor incluso, las victorias de Hitler de 1940 no le habían reportado nuevas fuentes para el abastecimiento de energía o de alimentos, sino millones de nuevas bocas que alimentar. También se hallaba desesperadamente falto de suministro energético, dado que las existencias empezaban a escasear peligrosamente. [21] El Reich de 1940-1941 era abundante en población, pero alarmantemente escaso en recursos. El hambre no era en este caso solución, dado que los trabajadores empleados en las fábricas que producían para Alemania tenían que ser alimentados de alguna manera. Hitler había roto Europa. Y ahora era suya.

Pese a que el continente todavía se mostraba en general en calma, a Hitler le preocupaban ya las primeras señales de resistencia organizada frente a su gobierno, [22] actos que consideraba obra de la Inteligencia británica y la judería mundial. No estaba satisfecho con la respuesta de la Wehrmacht y exigía acciones más severas. En términos más generales, Hitler atribuía la continuada hostilidad de Gran Bretaña a la manipulación judía. El primer día de 1941, en su «Orden del Día» a la Wehrmacht afirmaba que la guerra se estaba librando por deseo de los «demócratas promotores de la guerra y sus patrocinadores capitalistas judíos». [23] Cuatro semanas después, volvió a arremeter una vez más contra «cierta camarilla capitalista judía». [24] Hacia finales del mismo mes, Hitler afirmó que «cierta camarilla en Inglaterra, dirigida por judíos», siempre estaba actuando como los «fuelles de un órgano» en apoyo de la guerra. [25]

Los desafíos externos al Reich se vieron agravados por la persistencia de su debilidad y sus divisiones internas. Pese a todos los esfuerzos del

régimen, el perfil racial del pueblo alemán aún dejaba mucho que desear. Las propias dudas de Hitler, expresadas más o menos abiertamente a lo largo de las dos décadas anteriores, quedaron reflejadas en un manual básico oficial distribuido en las escuelas en 1941. Utilizando como símil una botella de leche, solo un 20 % de la población alemana entraba en la categoría de «especialmente valiosa», es decir, en la capa de la «crema» y los «líderes». El 56,4 % se clasificaba como «medio», es decir, como la leche «descremada» o normal. Y la cuarta parte más baja estaba integrada por un 20 % de «antisociales» y un 3,6 % de «enfermos hereditarios», es decir, «los posos» y los «inferiores». 26 Esta bastante desoladora visión del *Volk* alemán podía explicarse en parte por el supuesto fracaso a la hora de filtrar a los teóricos posos de la sociedad, pero, sobre todo, por el éxito de Angloamérica a la hora de «quedarse con la nata» de los mejores ciudadanos alemanes a través de cientos de años de emigración. Colin Ross, uno de los consejeros de Hitler en el tema de Estados Unidos, desarrolló en profundidad este tema, tan importante dentro de la propia retórica de Hitler, en su libro *Our America: The German Role in the Creation of the United States* , publicado también en 1941. 27

Por si todo esto no fuera ya bastante, la natural propensión de los burócratas alemanes a luchar entre ellos en lugar de contra el enemigo común continuaba igual a los dieciocho meses del inicio de la guerra. Para su frustración, Hitler todavía era repetidamente llamado a arbitrar en disputas de competencias entre miembros de la jerarquía nazi. Como tantas veces, lejos de fomentar estas divisiones, para reforzar su autoridad, el Führer instaba a las partes a resolver sus diferencias mediante la negociación y a presentarle luego la solución acordada. 28 Posiblemente habría querido contar con un «portero» que pudiera mantener estos problemas a distancia. Quien ejerció esta función durante la década de 1930 y en los primeros años de la guerra fue el jefe de la Cancillería Imperial, Hans-Heinrich Lammers, pero el segundo de Hess, Martin Bormann, ya estaba empezando a dominar la antecámara del poder de Hitler y a tener por tanto acceso directo a él. Uno de los primeros en darse cuenta de ello, varios meses antes de la abrupta marcha de Hess, fue Arthur Rosenberg, quien comentó, reflexionando sobre el año anterior, que Bormann se había «convertido gradualmente en la figura central por cuyas manos pasaba todo». 29

Vistos en conjunto, todos estos desafíos hacían que Hitler no solo no se sintiera triunfante, sino cada vez más acosado y asediado, incluso en lo que parecía ser la cumbre de su poder. 30 Estratégicamente, él se sentía a la defensiva. No buscaba la dominación mundial, sino el estatus de potencia

mundial, esto es, la paridad o, como mínimo, una esfera de influencia reconocida. El Führer en realidad no pensaba que fuera a derrotar a Angloamérica, solo a ser capaz de resistirla: militar, económica y mentalmente. A principios de 1941, Hitler buscaba por tanto dos cosas: la primera, causar suficiente efecto militar, diplomático y psicológico a fin de convencer a Londres para que diera su brazo a torcer antes de la llegada de los americanos. En segundo lugar, prepararse militar, diplomática, económica y emocionalmente para una larga guerra contra Angloamérica en caso de que la estrategia fracasara.

Hitler comenzó por poner orden en el caos creado por Mussolini, para lo cual convocó una reunión de jefes militares en el Berghof a principios de enero de 1941. El Führer descartaba tratar a los italianos como iguales, dado que no confiaba en que no fueran a dejar escapar información confidencial a los británicos. Dicho esto, Hitler no quería por nada del mundo herir los sentimientos de Mussolini, y por tanto instó a que la ayuda militar fuera presentada de manera que el Duce no se sintiera ofendido y la relación entre los dos dictadores no resultara dañada. [31] Las fuerzas alemanas, insistió, debían evitar «cualquier muestra de arrogancia que pudiera resultar ofensiva». [32] Hitler dedicó considerables esfuerzos y dosis de sutileza a la gestión de la alianza italiana, mucho más que sus generales y almirantes. [33] Esto obedecía más bien a una decisión política de apoyar a Mussolini y al régimen fascista que a un criterio basado en la valía militar de los italianos, un tema sobre el que el Führer no se llamaba a engaño. El 11 de enero emitió la Directiva 22, sobre el despliegue de fuerzas en el Mediterráneo, que –en contra de los deseos de la Wehrmacht– iban a quedar, al menos nominalmente, bajo el mando italiano. [34] Hitler quería que estas apuntalaran la posición italiana y evitar el establecimiento de una plataforma británica al otro extremo del Mediterráneo y en Grecia. En aquel momento no se mencionó Yugoslavia. Hitler estaba encantado con el Afrika Korps de Rommel, que, ignorando instrucciones estrictas de mantenerse a la defensiva, enseguida pasó a la ofensiva, haciendo retroceder desordenadamente al contingente británico.

A continuación, en la Directiva 23 del 6 de febrero de 1941, Hitler pasó a ocuparse de la economía de guerra británica. [35] Había que intensificar la guerra submarina contra las líneas de suministro en el Atlántico. Apenas dos semanas después, en un discurso para celebrar el aniversario de la fundación del partido, anunció una nueva fase en la guerra submarina, en parte para elevar la moral de la nación y en parte para golpear la de los

británicos. 36 En aquel momento, los hundimientos se situaban en torno a 260.000 toneladas mensuales, una cifra respetable pero no suficiente para conseguir rendir por hambre a las islas. El problema era que había muy pocos submarinos operativos y, aunque la construcción había aumentado a treinta por mes (de solo dos un año antes), el entrenamiento de las tripulaciones llevaba tiempo. La capacidad productiva dedicada a la tarea era considerable: el Reich habría podido construir unos treinta tanques de tamaño medio por cada submarino que botaba. 37 Hitler estipuló también que los ataques se concentraran en los puertos encargados de las importaciones. El propósito general de todas estas operaciones era desgastar a Gran Bretaña e impedir así que lanzara ofensivas en el norte de África y en última instancia en el continente europeo.

El Führer no tenía inhibiciones, sin embargo, a la hora de explorar una cooperación más estrecha con Japón, que serviría para ejercer presión sobre el Imperio británico en Extremo Oriente y evitar que Estados Unidos cargara con toda su fuerza en Europa. 38 A principios de marzo de 1941, emitió la Directiva 24. 39 «El objetivo de la colaboración del Pacto Tripartito», anunció, «debe ser convencer a Japón para que actúe en Extremo Oriente lo antes posible». «Esto acapararía a una parte importante de las fuerzas británicas», «desviando así la atención de los Estados Unidos de América hacia el Pacífico». El «objetivo común de la estrategia [del Eje]», explicaba Hitler, era «someter a Gran Bretaña rápidamente y de esta forma mantener a Estados Unidos fuera de la guerra». Los ataques contra Estados Unidos debían acometerse solo si la guerra con esta potencia «no lograra evitarse». Con este fin, ordenó que Japón fuera reforzado de todas las formas posibles, por ejemplo, mediante el intercambio de información, aun si los beneficios fueran solo unilaterales. Hitler no hizo ninguna referencia a ningún tipo de acción japonesa contra la Unión Soviética; el pacto se concebía principalmente como un instrumento contra Inglaterra y un freno de cara a Estados Unidos. 40

El otro punto importante de la estrategia de contención de Hitler frente a Angloamérica era la persecución de los judíos. En privado, dejó claro que debía haber una «solución final» a la cuestión judía en Alemania y en la Europa bajo dominio alemán; 41 en este momento, esto no significaba necesariamente el asesinato en masa. En público, Hitler anunció que consideraba a los judíos bajo la ocupación alemana como rehenes para la buena conducta de Estados Unidos, supuestamente controlado por los judíos. En el aniversario de la toma del poder, a finales de enero de 1941, Hitler recordó a su auditorio «las observaciones que ya expresé una vez, el 1 de septiembre de 1939 en el Reichstag alemán», esto es, la predicción de

que «si el otro mundo [*sic*] se dejaba arrastrar por los judíos a una guerra global», entonces «los judíos» habrían «cumplido con su papel en Europa». «Puede que hasta ahora se hayan reído de esta [predicción]», continuó diciendo, «al igual que antes lo habían hecho de mis profecías domésticas», pero prometía que «en los meses y años venideros» sus previsiones quedarían demostradas. 42 No existe ninguna evidencia de que este cañonazo de advertencia a Angloamérica, ni ningún otro «aviso», fuera entendido en su enorme magnitud por sus destinatarios en Londres, Washington y Nueva York.

La lucha abierta contra Gran Bretaña y la guerra fría contra Estados Unidos se vio flanqueada por una campaña de propaganda masiva. En Alemania, el régimen buscaba el dominio completo de los medios a fin de transmitir un mensaje cuidadosamente controlado. Antes de la guerra, Hitler se había tomado un gran interés en la censura cinematográfica, pero a partir de septiembre de 1939 dejó el grueso de esta tarea en manos de su ministro de Propaganda. A lo largo de 1941, mientras las relaciones con Washington caían en picado, Goebbels prohibió la importación de películas americanas. 43 Hitler se tomó mayor interés, en cambio, en los noticiarios oficiales. Goebbels supervisaba muy de cerca la producción semanal del *Wochenschau* antes de ir a mostrárselo a Hitler a la Cancillería Imperial o en el cuartel general del Führer para su visto bueno final. 44 Este a menudo exigía cambios –a veces bastante mínimos– respecto al tema, el texto, el tono o la música, preocupándose especialmente de los fragmentos en los que aparecía él. 45 Los periódicos, las revistas y demás medios de comunicación también estaban sometidos a una estrecha supervisión.

En el extranjero, el Tercer Reich trataba de atraerse la opinión mundial a través de diferentes medios. A mediados de enero de 1941, el Führer ordenó un giro gradual de la aparatosa letra gótica, que consideraba arcaica y disuasoria para los lectores extranjeros, a otros tipos de letra que hicieran más fácil para los extranjeros germanoparlantes leer los textos del régimen; otra motivación era ahorrar tiempo en las escuelas. 46 El eje de toda la campaña giraba en torno a tratar de «educar» al mundo en relación con la amenaza judía. A finales de enero, Hitler aprobó el plan de Rosenberg de establecer un «instituto para la investigación de la cuestión judía» al que serían invitados expertos extranjeros. 47 El Führer por tanto seguía albergando esperanzas de que Angloamérica viera por fin la luz. Seis semanas después, el Servicio Mundial anunciaba que Rosenberg había reunido «la mayor biblioteca sobre la cuestión judía» en Fráncfort. 48

A fin de movilizar al pueblo alemán para el desafío que tenía ante sí, Hitler continuó con su programa de transformación doméstica. En el frente

social, trató de abrir camino a las personas con talento. Su principal objetivo aquí era el cuerpo de oficiales. En la primavera de 1941, Hitler hizo un nuevo intento por promover el ascenso exclusivamente por méritos, basado sobre todo en el desempeño en combate, sin ningún tipo de restricciones sociales ni privilegios para el Estado Mayor, que describió como «una orden, cerrada en sí misma y que vive según sus propias leyes». Dejó claro que «solo se tendría en cuenta el principio del desempeño, que el Führer defendió con el máximo énfasis, lo que traería consigo la renovación del cuerpo de oficiales a todos los niveles, que él se esforzaba por conseguir». 49 De momento, sin embargo, no logró muchos progresos entre el arraigado conservadurismo o, dependiendo del punto de vista, profesionalidad del cuerpo de oficiales.

En su campaña por aumentar la producción, Hitler estaba dispuesto a permitir una mayor participación de la mujer en el mundo laboral. El 16 de marzo de 1941, en su discurso con ocasión del Día de Conmemoración de los Héroes, anunció que «no solo el hombre había mostrado la capacidad de resistir, sino también y especialmente la mujer». Seis semanas después, Hitler explicó que, aunque «millones» de mujeres alemanas estaban en los campos y en las fábricas sustituyendo a los hombres que prestaban servicio en el frente, hacían falta muchas más. En otoño de ese año, volvió sobre el mismo tema, alabando a «la mujer alemana [y] la niña alemana» por «reemplazar a los millones de hombres que hoy están en el frente». «Podemos decir con toda verdad», proclamó exultante Hitler, «que, por primera vez en la historia, todo el pueblo participa en la lucha, parte en el frente y parte en casa». 50

En el frente «racial», Hitler continuó con su enfoque de doble vía. Los esfuerzos por purificar el cuerpo político mediante el asesinato –«eutanasia»– de los discapacitados o de los portadores de enfermedades hereditarias se fueron acelerando a principios de 1941, pese a la creciente preocupación en algunos sectores de la población. Al mismo tiempo, el régimen redobló sus esfuerzos por incentivar a los elementos «racialmente valiosos». El proyecto *Lebensborn* de las SS empezó a peinar la Europa controlada por los nazis en busca de niños de origen «nórdico», como los hijos nacidos de relaciones entre miembros de las fuerzas de seguridad alemanas y mujeres «nórdicas» no alemanas, especialmente en Escandinavia, o los supuestos descendientes de los colonos alemanes, especialmente en Europa del este. 51 Estas medidas iban de la mano de ambiciosos planes colonizadores, inicialmente localizados en Polonia. El problema era que Alemania –irónicamente desde el punto de vista de la ideología del *Lebensraum* de Hitler– sufría una escasez de personas para

«colonizar» los nuevos territorios; en ese momento dentro del país la situación era de pleno empleo, incluso de escasez de mano de obra. La mayoría de los esfuerzos se destinaron al «reasentamiento» de alemanes étnicos procedentes de la Unión Soviética y de áreas bajo la ocupación soviética. En enero de 1941 se firmaron más tratados con Moscú para facilitar la «repatriación» de alemanes procedentes de los estados bálticos. [52]

El régimen todavía no había perdido del todo la esperanza de hacer regresar a los emigrantes alemanes de ultramar. Un informe de febrero de 1941 del Instituto Alemán para el Mundo Exterior, realizado por Alexander Dolezalek, un funcionario del Departamento de Planificación del Personal de Asentamiento para Litzmannstadt y Posen, en Polonia, demuestra hasta qué punto el pensamiento de Hitler a este respecto determinó los planes de asentamiento para el este. El autor destacaba que la entrada de personas de etnia alemana en otros lugares del este de Europa era insuficiente para colonizar los nuevos territorios y que, dado que en su mayoría eran campesinos, carecían de las habilidades industriales y administrativas necesarias para construir la nueva sociedad, y que, si estas no se encontraban, el régimen tendría que recurrir a colonos polacos. «En mi opinión», argumentaba el informe, «la única esperanza radica en un reasentamiento de los procedentes de Estados Unidos. Allí sí hay trabajadores alemanes de todo tipo que, en una sola generación, pueden formar un pueblo unido». Estos serían clave para cohesionar a los recién llegados de diversas procedencias. Dolezalek no se llamaba a engaño sobre la dificultad de esta empresa. La mayoría de los alemanes estaban demasiado integrados en Estados Unidos, donde gozaban de un alto nivel de vida y de grandes espacios abiertos. Por tanto, se resignaba a que la mejor manera para atraer «de vuelta» a los alemanes sería una guerra victoriosa que les hiciera sentirse orgullosos de identificarse con el Tercer Reich. [53]

La respuesta a estos problemas, creía Hitler, radicaba en invadir la Unión Soviética, en la Operación Barbarroja. Su propósito inmediato era golpear a Gran Bretaña y disuadir a Estados Unidos, psicológica, diplomática, militar y económicamente. Hitler seguía convencido de que una de las razones por las que Gran Bretaña seguía resistiendo era la perspectiva de una intervención rusa. Este fue el principal motivo dado en la directiva para lanzar la Operación Barbarroja, y Hitler lo repitió en varias ocasiones durante la primera mitad de 1941. Era «la esperanza de que Rusia [y] Estados Unidos» intervinieran lo que «hace seguir adelante a Inglaterra», manifestó Hitler a los jefes de la Wehrmacht reunidos en el

Berghof el 8 de enero de 1941. [54] Por esta razón, era necesario «aplastar» la «última esperanza continental» de los británicos, es decir, «Rusia». Esto también, añadió Hitler, «permitirá a Japón volverse con toda su fuerza contra Estados Unidos» y de este modo «evitar su entrada en la guerra». [55] El propósito inmediato de la invasión de Rusia en 1941, en resumen, era que Angloamérica sufriera las consecuencias.

Hitler también veía la Operación Barbarroja como la solución a la escasez crónica de alimentos y materias primas en el Reich. La captura de Ucrania y el Cáucaso evitaría que Alemania quedara estrangulada por el bloqueo ruso o prisionera de Stalin. Su plan era llevarse la cosecha de cereales al Reich y transportar el petróleo del Cáucaso por barco a través del mar Negro y del Danubio. [56] Los expertos eran escépticos sobre la estrategia en general. La Oficina de Economía de Guerra señaló que el Reich ya se beneficiaba del acceso a los recursos de la Unión Soviética en virtud del pacto, y que la invasión pondría fin a este acuerdo, privando a Alemania del suministro de metales vitales como el manganeso. [57] Con respecto a la energía, advirtieron a Hitler de que, incluso aunque pudieran hacerse con los yacimientos petrolíferos más o menos intactos, Alemania sencillamente no tendría aún la capacidad para transportar el petróleo hasta el Reich, ni siquiera el acero suficiente para construir una nueva gran flota de petroleros. En cuanto a los alimentos, había dos opciones igualmente poco prácticas: llevarse el cereal antes de ser cosechado, en cuyo caso la tarea de gestionar la cosecha recaería en la administración, o atacar en una fecha posterior, con el riesgo de hacer mucho más fácil su destrucción por parte del enemigo. La lista de objeciones era casi interminable. Hitler pensaba que no actuar suponía un riesgo mayor. Reforzado con los inmensos recursos naturales de la Unión Soviética, esperaba, Alemania podría disuadir a Estados Unidos de entrar en la guerra o, al menos, frenar a Angloamérica en caso de que sí lo hiciera.

Por último, Barbarroja permitiría a Hitler alcanzar su objetivo de medio-largo plazo de conseguir el *Lebensraum* para el pueblo alemán, tan desesperadamente necesario desde su punto de vista. Llevaba casi veinte años articulando con detalle esta meta, que la cercanía del conflicto con Estados Unidos hacía más urgente. Solo «solucionando las cuestiones de la tierra minuciosa y definitivamente», sostenía Hitler, «estaremos en condiciones, en cuanto a material y personal, para poder superar los problemas a los que nos enfrentaremos en dos años», refiriéndose a la beligerancia de Estados Unidos. [58] Barbarroja, en resumen, era la panacea para todos y cada uno de los principales males de Hitler. Resolvería todos sus problemas de un solo y liberador golpe.

En todo esto, el antibolchevismo y el temor a la Unión Soviética en sí, aunque importantes, eran consideraciones de segundo orden. [59] Barbarroja se basaba en la hipótesis de que la Unión Soviética no constituía una amenaza importante, sino que era más bien una víctima básicamente indefensa (aunque, como más adelante veremos, en algunas ocasiones Hitler se refirió a las capacidades soviéticas). «Yo lucharé», les dijo a los generales a principios de febrero de 1941, declarándose «convencido de que nuestro ataque caerá sobre ellos como una tormenta de granizo». [60] Lo que le preocupaba del poder militar soviético era que constituía una amenaza para el petróleo que necesitaba para frenar a Angloamérica. «Actualmente, en la era del poder aéreo», les dijo a sus generales a finales de enero de 1941, «Rusia puede convertir los yacimientos de petróleo rumanos en una gran escombrera humeante… y la propia existencia del Eje depende de esos yacimientos». [61] La relativa indiferencia de la amenaza comunista soviética quedó reflejada en el hecho de que sus objetivos, aunque grandiosos y finalmente ilusorios, eran limitados. Visto en retrospectiva, es evidente que Hitler subestimó en gran medida la tarea militar que tenía por delante, y que calculó catastróficamente mal la capacidad de la economía de guerra soviética, pero esto no significa que no le preocupara en absoluto el desafío que representaba el Ejército Rojo. No hay duda de que en repetidas ocasiones menospreció a la Unión Soviética para justificar sus previsiones de que la campaña sería rápida, pero cuando se trataba de entrar en detalles, el Führer demostraba conocer en cierta medida lo que había al otro lado. Hitler consideraba las fuerzas blindadas rusas «respetables», muy numerosas y con algunos modelos de buena calidad, pero también que «la mayoría estaban muy obsoletos». En la misma línea, calificaba la Fuerza Aérea Soviética como «muy grande numéricamente pero con muchos modelos obsoletos». Aun así, Hitler no creía que la Luftwaffe pudiera «eliminarla», teniendo en cuenta sus propias «pérdidas en el oeste» y la mera inmensidad del «espacio» ruso. En general, pese a sus varios puntos débiles, juzgaba a los rusos «un enemigo difícil». [62] Resumidamente, no parece que Hitler viera la invasión de la Unión Soviética como pan comido, sino como una apuesta, justificada solo por el riesgo aún mayor de no hacer nada y esperar a ser estrangulado a manos de Angloamérica. La evidente preocupación de Hitler respecto al poder soviético y los obstáculos naturales también se reflejaba en su interés por refutar la comparación con la desastrosa invasión de Rusia llevada a cabo por Napoleón Bonaparte en 1812. [63]

La invasión de Rusia prevista requería buscar aliados. El 14 de enero, Hitler recibió al mariscal rumano Antonescu en Berchtesgaden, quien le

ofreció unirse al bando alemán en la guerra si Stalin intervenía en contra de las medidas planeadas por Hitler en los Balcanes. 64 Este dedicó por tanto considerables esfuerzos a mediar en las disputas entre Hungría y Rumania, que en otro caso se habrían enfrentado la una a la otra con más ganas aún que contra Stalin. 65 Hitler necesitaba a Finlandia, Rumania y Hungría por razones básicamente estratégicas, para dotar a Alemania de un frente de ataque adicional; las ofensivas norte y sur, en concreto, dependían de su cooperación. 66 Hitler también trató de poner de su lado, o al menos transmitir tranquilidad a los turcos, cuya neutralidad era vital para la seguridad del flanco sur. 67 Con la excepción del mariscal de Rumania, Antonescu, realmente no confiaba ni valoraba a ninguno de sus aliados; a algunos, como los húngaros, los despreciaba a las claras. No había una verdadera coordinación. 68 Hitler temía que implicar a otras potencias llevara a estos a plantearle inoportunas demandas territoriales, pero lo que más le preocupaba era su fiabilidad. «No se hagan ilusiones sobre nuestros aliados», advirtió a sus generales a finales de marzo de 1941. «Con los rumanos no se puede hacer mucho», continuó Hitler con rotundidad, «tal vez sean capaces de asegurar algún área que no esté bajo ataque con la ayuda de alguna barrera muy grande (como un río)». La conclusión que Hitler extraía con curiosa clarividencia era que «el destino de grandes unidades alemanas no debería depender de la resistencia de una unidad rumana». 69

A lo largo de la primera mitad de 1941, el carácter de la inminente guerra contra la Unión Soviética fue puesto en cuestión por la jefatura del Reich. Algunos planificadores alemanes, en especial Alfred Rosenberg, consideraban la Operación Barbarroja esencialmente como una guerra europea de liberación contra el bolchevismo. Esperaban un brutal ajuste de cuentas con los judíos soviéticos y el aparato bolchevique, sin duda, pero por lo demás su idea era reconvertir la región en un sistema de estados-nación amigos y subordinados. Al principio, Hitler parecía estar de acuerdo con esta visión, entre otras cosas porque encajaba con su idea de que Rusia sería la estación final de la guerra. En sus instrucciones para la política de ocupación del 3 de marzo de 1941, explicó que a fin de «terminar la guerra» no era «en absoluto suficiente derrotar al ejército enemigo». Más bien, continuaba Hitler, «había que dividir toda el área en estados con gobiernos con los que pudieran hacer las paces». Curiosamente, pero a la vez de forma plenamente coherente con su retórica y sus políticas anteriores, Hitler no albergaba planes de revertir las transformaciones llevadas a cabo en los pasados veinticinco años de gobierno soviético. «Toda gran revolución», afirmó, «genera unos hechos que sencillamente no

pueden ser barridos de golpe». La «idea socialista», continuaba Hitler, «no puede desaparecer de la Rusia actual así como así». Debería constituir la base de un nuevo Estado, una vez que la «tendencia judío bolchevique» hubiera sido «eliminada». Lo que Hitler quería «evitar bajo cualquier circunstancia» era la emergencia de una nueva «Rusia nacional». Por esta razón, concluía, la solución consistía en crear unas «entidades estatales socialistas que dependan de nosotros». 70

La tendencia general del debate y la planificación, sin embargo, era avanzar en la dirección contraria. Barbarroja iba a ser una campaña de conquista y aniquilación, por razones que tenían más que ver con Angloamérica que con la Unión Soviética en sí. Los planificadores de la economía de guerra alemana comenzaron a pensar en cómo gestionar el tema de la comida. Su conclusión fue desoladora. Mientras que Ucrania producía un excedente de cereal, la mayoría de las demás regiones de la Unión Soviética que caerían bajo control alemán, no. 71 La victoria por sí sola no traería consigo ningún alivio, sino más bocas inútiles que alimentar. El fin de asegurarse de que el Reich sobreviviría al bloqueo británico, argumentaban, implicaría que unos treinta millones de habitantes de la Rusia europea tuvieran que morir de hambre. Hitler aceptó esta evaluación en enero-febrero de 1941. 72 Según este planteamiento, los alemanes tendrían que matar inmediatamente de hambre a los rusos para que los británicos no acabaran matándolos de hambre a ellos, como habían hecho en la Primera Guerra Mundial.

El «Plan del Hambre» también encajaba en la concepción estratégica a largo plazo de Hitler, que era la conquista de *Lebensraum* para equilibrar a Angloamérica. Despejando estas tierras de su población original, se abría paso a los colonos alemanes que debían ocuparlas y desarrollarlas. Esto, a su vez, proporcionaría al Reich las dimensiones espaciales necesarias para sobrevivir en el mundo de las enormes potencias globales, como el Imperio británico y Estados Unidos. También le permitiría dotar a los alemanes de los niveles de vida que él les había prometido, sin llegar a cumplirlo, en la década de 1930. Si el sueño americano del siglo XX implicaba la distribución de la riqueza, su distopía exigía el control de la escasez. 73 En este punto, la historia de Estados Unidos no solo era en algunos aspectos similar, 74 sino una inspiración, al igual que la del Imperio británico. La cuestión en ese momento era si la Rusia ocupada por Alemania se basaría en el modelo del Raj británico de estados clientes o en el modelo aniquilatorio norteamericano. ¿Sería el destino de los eslavos parecido (en la mente de Hitler) al de los indios del subcontinente o al de los indios «pieles rojas»? La respuesta no estaba aún del todo clara, pero empezaba a

estarlo cada vez más.

Todo ello demuestra que la Unión Soviética fue atacada no porque fuera comunista, sino porque Hitler creía que su expolio, de cara a la lucha a corto y largo plazo contra Angloamérica, sería (relativamente) fácil. Una vez que la invasión estuvo decidida, sin embargo, el antagonismo ideológico con la Unión Soviética empezó a cobrar relevancia. Obviamente, lo más importante en este caso era la preocupación de Hitler por los judíos, a los que veía como la cabeza pensante que estaba detrás de la Unión Soviética y de la emergente coalición angloamericana. Los judíos soviéticos, creía él, serían el motor de la resistencia a la invasión y constituirían una quinta columna tras las líneas alemanas. Hitler decidió eliminarlos durante o inmediatamente después de la invasión. En aquel momento parece que solamente pensaba en los varones judíos adultos, a quienes consideraba combatientes enemigos. Todavía entonces no se contaba con asesinar a todos los judíos soviéticos, al margen de su edad o sexo, y todavía menos con un plan operativo para conseguirlo. 75 Tampoco existía una conexión espacial directa en la mente de Hitler entre el asesinato planificado de los judíos y despejar el *Lebensraum* en el este, el cual se produciría a expensas de la población eslava.

A mediados de marzo de 1941, el esquema general de los planes de Hitler para el asesinato de los varones adultos judíos de la Unión Soviética estaba claro. Ordenó a Himmler que estableciera cuatro *Einsatzgruppen* de la Sicherheitspolizei y SD , que sumarían un total de 3.000 hombres, para desempeñar «tareas especiales» tras las líneas del frente. 76 Durante los tres meses siguientes, estas «tareas» fueron definiéndose con más detalle, consiguiéndose además la cooperación de la Wehrmacht y de otras organizaciones. Hitler no fue solamente el iniciador de las ejecuciones en masa previstas, sino que también se mantuvo al tanto de los preparativos, entre otras cosas porque era él quien tenía que arbitrar las disputas de competencias resultantes. 77 Estos asesinatos no fueron el objetivo de la Operación Barbarroja, pero sí consecuencia de ella. Hitler no necesitaba invadir la Unión Soviética para asesinar judíos, ni para tomarlos como rehenes, dado que ya tenía a millones de judíos en el centro y el oeste de Europa bajo su control.

La campaña contra los judíos soviéticos no era solo un frente más en la lucha contra Angloamérica, por supuesto. Era también parte de una guerra ideológica mucho más amplia contra el bolchevismo. A finales de marzo de 1941, Hitler declaró el conflicto contra los judíos soviéticos como motivado no solo por una mera guerra de recursos como la tierra o las materias primas, sino también como «un combate entre dos formas de ver el

mundo». Condenó el «bolchevismo» como «sinónimo de criminalidad antisocial». Por esta razón, demandaba el Führer, los soldados alemanes debían abandonar las habituales reglas de la guerra. «El comunista no es ningún camarada», afirmó, especialmente los «comisarios» y los miembros de la policía secreta desplegados con el Ejército Rojo. 78 El 12 de mayo, emitió la famosa Orden de los Comisarios, en virtud de la cual estos «líderes políticos» debían ser eliminados por la Wehrmacht inmediatamente después de su captura. Esta medida fue acompañada al día siguiente de una directiva de mucho mayor alcance que establecía el marco de trabajo para la justicia militar durante la Operación Barbarroja. Los partisanos, decretaba, debían «ser eliminados sin piedad», cualquier otro tipo de oposición «aplastada», y donde las unidades alemanas fueran atacadas tras las líneas, debían tomarse «medidas de violencia colectiva» contra la población local. Aparte de esto, Hitler estipulaba, con respecto a la «especificidad del enemigo» y al hecho de que el colapso de Alemania en 1918 y las penurias que acarreó fueron atribuibles a la «influencia bolchevique», que las acciones llevadas a cabo por la Wehrmacht y fuerzas de retaguardia contra civiles no fueran perseguidas, aunque normalmente se consideraran crímenes militares. 79

Hitler, en resumen, planeaba dos programas de asesinato en masa durante o inmediatamente después de Barbarroja. El primero, el de cientos de miles de cuadros comunistas y millones de judíos varones, con el fin de descabezar a la jefatura soviética y proteger la retaguardia. El segundo, matar por hambre a treinta millones de ciudadanos soviéticos para utilizar el cereal que así se ahorrara en alimentar al Reich y –aunque esto en este momento estuviera más implícito que explícito– despejar la tierra para el asentamiento de alemanes.

A finales de marzo de 1941, la atención de Hitler se vio desviada de repente por una crisis acaecida en los Balcanes. A fin de mantener alejados a los británicos y de estabilizar la posición italiana en los Balcanes, hacía tiempo que tenía planeado que Yugoslavia entrara en la órbita del Eje. El 14 de febrero, Hitler recibió al primer ministro yugoslavo, Dragiša Cvetković , en el Berghof, y a continuación, el 4 de marzo de 1941, al príncipe Pablo de Yugoslavia. Hitler hizo la misma oferta a los dos, consistente en la protección y posibles adquisiciones territoriales como Salónica, a cambio de que se alinearan con el Tercer Reich; ambos le respondieron con rodeos, y Pablo advirtió a Hitler de que dicho acuerdo le costaría a él la regencia. El 25 de marzo, Yugoslavia finalmente cedió a la enorme presión. El pacto

fue extremadamente impopular, al menos en Serbia, donde existía un fuerte sentimiento probritánico. En la ceremonia de la firma, Hitler bromeó diciendo que los yugoslavos tenían cara de estar en un funeral. 80 Una invasión de su país estaba, en aquel momento, muy lejos del pensamiento de Hitler.

Dos días más tarde, la noticia de un golpe dado por oficiales serbios en Belgrado dejó al Führer atónito. 81 Llevaba mucho tiempo preocupado por la penetración británica en el país, y una semana más tarde debió de sentirse aún más desestabilizado al enterarse de que el nuevo régimen había firmado un tratado de amistad y no agresión con la Unión Soviética y de la noticia de que Roosevelt estaba planeando prestar ayuda a Belgrado mediante el Programa de Préstamo y Arriendo. 82 Hitler emitió entonces la Directiva 25, que autorizaba la invasión de Yugoslavia y su destrucción como Estado independiente. 83 Todas las declaraciones de amistad yugoslavas fueron ignoradas. El ataque fue también concebido como una operación con vistas a preparar el largo tiempo planeado ataque sobre Grecia. Hitler se apresuró entonces a establecer contactos con los enemigos internos de Yugoslavia; Rosenberg recibió instrucciones de buscar colaboradores croatas. 84

Lo que impulsó la invasión de Yugoslavia y Grecia no fue un interés en ninguno de los dos países en sí, ni una larga enemistad hacia la población local, y menos aún la búsqueda de *Lebensraum.* 85 En la directiva en la que establecía sus planes para la región tras la invasión, Hitler preveía que las ganancias alemanas serían relativamente modestas –algunas antiguas zonas Habsburgo de Eslovenia, limítrofes con Carintia y Estiria, que se anexionarían al Reich–. 86 No se mencionaba ningún plan para el asentamiento de alemanes al sur de esas áreas. Hitler no había mostrado ningún interés previo en ninguno de los pueblos yugoslavos, y el nombre en clave que dio a la operación contra su Estado –«Castigo»– no expresaba otra cosa que una rabia pura y espontánea. Sí sentía en cambio cierta simpatía por los griegos, entre otras cosas por su herencia clásica, y lamentaba «tener que» atacarles. «Dice el Führer», anotó Rosenberg en su diario, «que lamenta mucho tener que luchar contra los griegos». 87 El principal propósito de Hitler en ambas operaciones era dar apoyo a Italia, excluir a Gran Bretaña de los Balcanes y asegurar sus flancos para el ataque sobre la Unión Soviética. La «Proclamación» del Führer al pueblo alemán al comienzo de la campaña de los Balcanes enmarcó el ataque como parte de la lucha contra el «imperialismo británico» y las «altas finanzas judías». «Hemos dejado nuestro flanco norte libre de británicos», continuó, y «estamos decididos a no tolerar este tipo de amenaza tampoco en el sur». 88

El 6 de abril de 1941, Hitler atacó Yugoslavia, comenzando con un masivo ataque aéreo sobre Belgrado. El mismo día, un numeroso contingente de fuerzas alemanas irrumpió en Grecia desde Bulgaria; otras unidades recorrieron el Valle del Vardar, en la Macedonia yugoslava, para rebasar desde el oeste a las defensas griegas situadas en la Línea Metaxas con Bulgaria. Yugoslavia se rindió a mediados de 1941. Para entonces Hitler ya había dirigido su atención hacia el sur. El 13 de abril de 1941, emitió la Directiva 27 para completar la destrucción de Grecia y sacar a Gran Bretaña definitivamente fuera de los Balcanes. 89 Los griegos y los británicos ofrecieron una feroz resistencia, pero pronto fueron vencidos. La aviación alemana tuvo buen cuidado en respetar los enclaves monumentales más importantes de la Grecia clásica. «No tiene que caer ni una sola bomba sobre Atenas», 90 ordenó Hitler. En tres semanas, la Grecia continental había sido invadida por completo. La mayor parte de la Fuerza Expedicionaria Británica escapó por el sur, a través del Mediterráneo.

Entre finales de abril y primeros de mayo de 1941, la posición de Hitler pareció haber mejorado, pero la situación general no había cambiado mucho. En Latinoamérica, por ejemplo, especialmente en Argentina, el servicio secreto y la propaganda británica difundieron información falsa acerca de los supuestos planes de Hitler de subvertir el continente. 91 El mensaje iba dirigido no solo a los gobiernos y poblaciones locales, sino también al presidente norteamericano, que a su vez recicló debidamente estas historias en sus propios discursos contra la Alemania nazi. A mediados de abril de 1941, Roosevelt extendió el perímetro de defensa de Estados Unidos hasta las Azores. Los yacimientos petrolíferos rumanos de Ploesti continuaban estando al alcance de los bombarderos de la RAF en Creta. A Hitler también le inquietaban los planes de invasión británicos contra la península Ibérica. 92 En Irak, tropas británicas desembarcaron en Basora desafiando al gobierno pronazi de Bagdad, que acudió a Hitler en busca de ayuda.

El 11 de abril de 1941, Hitler comunicó que había recibido la noticia de la «lucha nacional de los árabes con gran interés y simpatía». El Führer destacaba que los árabes, como «pueblo antiguo y culto», habían demostrado ser claramente capaces de gobernarse a sí mismos. Por esta razón, Hitler anunció que reconocería «la total independencia de los estados árabes» donde existiera o bien donde fuera deseada, cargando claramente contra el Imperio británico. 93 No obstante, en privado, se mostraba tan crítico con los árabes como ya lo había sido en la década de 1920. «Desgraciadamente», señaló Hitler, «los árabes no son de fiar y se dejan sobornar», algo que los británicos y los franceses «entendían» muy

bien. 94 Más avanzado ese mismo mes, Hitler autorizó a Ribbentrop para recibir al líder nacionalista indio Subhas Chandra Bose: el Führer se negó a reunirse con él, al menos por el momento. 95 Bose explicó que, aunque la propaganda británica y comunista sugería que el nazismo apoyaba el sometimiento de otras razas, el Pacto Hitler-Stalin había puesto de manifiesto los verdaderos instintos «sociales» y «antiimperialistas» de Hitler ante muchos indios. Aunque las conversaciones dejaron claras las esperanzas que algunos en el «sur global» depositaban en el nazismo, Hitler seguía receloso. Bose y Husseini estaban mucho más interesados en él que él en ellos.

Hitler tenía muchas más esperanzas puestas en Japón. A finales de marzo y primeros de abril mantuvo dos reuniones con el ministro de Exteriores japonés, Matsuoka, que llegó a Alemania siguiendo una aventurada y enrevesada ruta a través de la Unión Soviética. Hitler le explicó que su objetivo era «romper» la «hegemonía británica» en Europa para descartar cualquier posible «intervención estadounidense en Europa». En este contexto, el Pacto Tripartito tenía el gran mérito de disuadir a Estados Unidos de «entrar oficialmente en la guerra». Hitler concluyó diciendo que, si bien siempre existiría «cierto riesgo», aquella era la mejor oportunidad que Japón tendría nunca de atacar al Imperio británico. Hitler prometió actuar «inmediatamente en caso de conflicto entre Japón y América» si esta última intervenía para proteger al Imperio británico frente a un ataque japonés. 96 El hecho de que no alentara a los japoneses a luchar contra la Unión Soviética indudablemente se debió, por un lado, a que creía que no necesitaría su ayuda y, por otro, a que quería que se concentraran en Angloamérica. Por este motivo, el Pacto de No Agresión japonés-ruso firmado el 13 de abril de 1941 no perturbó ni lo más mínimo a Hitler.

Incluso entonces, Hitler no había perdido por completo la esperanza de reconciliarse con Gran Bretaña. Todavía a principios de 1941 se mantuvieron contactos, si bien no está claro si fue el Führer quien personalmente los fomentó o si ni siquiera sabía que estaban teniendo lugar. 97 La más importante de estas líneas de comunicación, tal vez abierta con la aprobación de Hitler, iba directamente desde Gran Bretaña al despacho del lugarteniente del Führer, Rudolf Hess. Este había estado planeando una misión con respecto a Inglaterra, de la que hizo varios ensayos, y redactando documentos, hasta finales del año anterior. La Inteligencia británica permitió el diálogo, posiblemente con el fin de averiguar más cosas acerca de las intenciones de Hitler, especialmente respecto a la Unión Soviética.

Hess se reunió con Hitler el 5 de mayo de 1941. No existe constancia de

que en esta ocasión debatiera sobre sus planes con el Führer, pero tampoco nada de lo que se dijo le disuadió de dar un paso verdaderamente trascendental. El 10 de mayo de 1941, Hess, un experto piloto, despegó del aeródromo de Haunstetten, cerca de Augsburgo, y voló más de 1.700 kilómetros, parte de ellos sobre territorio estrechamente vigilado por la RAF , hasta la costa de Escocia, donde aterrizó en paracaídas. Hess solicitó ver al duque de Hamilton, al que creía favorable a una solución negociada, y le presentó su plan personal para un acuerdo de paz entre Alemania y Gran Bretaña. 98 Fue uno de los episodios más espectaculares de la guerra, una incursión shakesperiana en territorio enemigo. Aunque es poco probable que Hitler conociera las intenciones de su lugarteniente, y todavía menos la fecha de la misión, de lo que no hay duda es de que Hess creía que estaba actuando de acuerdo con sus deseos. 99 El momento elegido para la misión, inmediatamente después de la humillación británica en Grecia y antes del inicio de Barbarroja, era ciertamente propicio, y el uso de un «mediador» de la aristocracia era algo que Hitler –quien sobreestimaba enormemente el poder de la corte y la nobleza en Inglaterra– probablemente habría aprobado. El carácter de las afirmaciones de Hess a sus interlocutores británicos –que las conversaciones dependerían de la dimisión del gobierno de Churchill, que los submarinos pronto conseguirían hacer sucumbir a Gran Bretaña por hambre, que Alemania no albergaba intenciones hostiles respecto a Estados Unidos y que las esperanzas británicas de un apoyo estadounidense eran ilusorias– era en gran medida el tipo de mensaje que el Führer quería transmitir.

A la mañana siguiente, el ayudante de Hess le entregó a Hitler una larga carta que Hess había escrito antes de partir. No existe copia del original. El meollo de la misma era que Hess había tratado de llegar a Gran Bretaña con el fin de promover una paz negociada; dado que el Führer no había recibido las noticias directamente de él, la inferencia de que la misión había fracasado parecía clara. Hitler se quedó profundamente impresionado y alarmado –«destrozado», según Rosenberg–. 100 Quienes estaban allí de testigos dijeron que no le habían visto tan afectado desde la muerte de Geli Raubal. 101 En todo caso, parece que el Führer decidió dar a los británicos algún tiempo más para responder y que en ningún momento hizo intento de emitir una declaración preventiva. Hitler esperó casi dos días a tener noticias de su lugarteniente, sin saber si estaba vivo o muerto. En Gran Bretaña, Hess trataba por todos los medios de convencer a sus interlocutores, y su carta definitiva (y no enviada) a Hitler, escrita en cautividad, estaba llena de arrepentimiento por el fracaso de su misión, pero en ningún momento lamentaba haberlo intentado. 102 Para entonces,

sin embargo, hacía tiempo que había quedado claro que los británicos no estaban dispuestos a negociar.

Los riesgos de la misión de Hess ya no podían seguir ignorándose por más tiempo. En primer lugar, existía el peligro de que revelara el plan de ataque a Rusia, del cual Hess estaba al tanto en términos generales; en segundo lugar, estaba la irritación por parte de los aliados del Eje, Japón e Italia, los cuales llevaban las de perder en caso de una reconciliación entre Alemania y Gran Bretaña; [103] en tercer lugar, había que tener en cuenta la embarazosa situación generada por el lugarteniente del Führer, la tercera figura más importante en el escalafón del Tercer Reich, que de repente se había ausentado sin permiso. La noche del 12 de mayo, la radio alemana anunció que Hess, que llevaba años sufriendo una «enfermedad degenerativa», se había perdido mientras pilotaba su avión, víctima de «alucinaciones», y culpaba de ese vuelo a sus ayudantes. [104] La explicación se dio justo a tiempo, porque la BBC emitió la noticia de la llegada de Hess a Gran Bretaña muy poco después. Hitler continuó con su ejercicio de limitación de daños al día siguiente. El 13 de mayo de 1941, llamó a los *gauleiter* para una reunión de emergencia en el Berghof; en momentos de crisis, el Führer tendía a reunir en torno a él a su vieja guardia. [105] La tarea de Hitler no era fácil: desacreditar a Hess, a quien todos allí conocían muy bien, sin causarse más perjuicio a él mismo. Sus comentarios dejaron claro que Hess tenía algunas ideas peculiares, conocidas en todo caso por gran parte de su entorno, pero nada indicaba que el adjunto del Führer estuviera loco. Hitler no criticó los motivos de Hess, que describió como bien intencionados e idealistas, sino su negativa a someterse a la disciplina. [106]

El régimen se apresuró a cerrar filas. El mismo día que la radio emitió el mensaje desautorizando a Hess, Hitler suprimió la oficina de su adjunto y la sustituyó por la cancillería del partido, dirigida por Martin Bormann. De inmediato, la Gestapo también llevó a cabo una investigación sobre los contactos de Hess, [107] cuyo principal propósito no era tanto demostrar la traicionera tentativa por su parte o la de sus colaboradores como establecer el alcance de su conocimiento acerca de la Operación Barbarroja y, por tanto, de la medida en que podía haberla desvelado a los británicos. La eliminación de Hess de la línea de sucesión fue un proceso mucho más pausado. El tema se introdujo en la agenda a principios de junio de 1941, [108] pero no quedó resuelto hasta final de mes, una semana después del inicio de la Operación Barbarroja. [109]

El 17 de mayo de 1941, justo una semana después de que su lugarteniente hubiera aterrizado en paracaídas sobre Gran Bretaña, Hitler emitió la Directiva 29, autorizando el ataque por mar y por aire sobre Creta,

con el nombre en clave de Operación Mercurio. 110 Con él se pretendía completar la expulsión de los británicos de los Balcanes, asegurando así el flanco sur para Barbarroja y privando a la RAF de la última base desde la que podría atacar los yacimientos petrolíferos rumanos. 111 Pese a que Rommel estaba al mismo tiempo avanzando a gran velocidad hacia el este a través del norte de África, Hitler no planeaba una nueva estrategia mediterránea para sacar a Gran Bretaña de Egipto y de Oriente Medio. Se quejó a sus jefes militares de que «no se puede estar ni ayudar en todas partes». «En sí mismo», continuó diciendo el Führer, «el Oriente no sería un problema, si no fuera por el hecho de que otros planes [Barbarroja] eran irrevocables». «Una vez que estos planes se hayan conseguido», prosiguió, «la puerta a Oriente podría abrirse desde allí». 112 En otras palabras, Hitler estaba esperando a irrumpir en Oriente Medio no a través de la fuertemente defendida puerta de Egipto, sino de la (presuntamente) menos vigilada puerta de atrás del Cáucaso soviético.

Estas medidas se vieron acompañadas de una ofensiva política en Oriente Medio. El 23 de mayo, Hitler emitió la Directiva 30. 113 En ella proclamaba «al movimiento de liberación árabe de Oriente Medio nuestro aliado natural contra Inglaterra». En concreto, Hitler destacaba la importancia de los avances en Irak, que amenazaban la posición de Gran Bretaña en Oriente Medio y hacían necesario mantener fuerzas allí en detrimento de otros escenarios. Ordenó hacer «todo lo posible» para apoyar el levantamiento por medios militares. 114 Esto hizo que se procediera a toda prisa a enviar armamento, una misión militar y veinte aviones a Irak para ayudar al gobierno de allí. Hitler calificó al personal desplegado en la zona como «voluntarios», según el «modelo» de la Legión Cóndor. Estos debían vestir uniforme iraquí, y los aviones de la Luftwaffe llevar asimismo la insignia del país. También estableció el «principio básico» de emplear propaganda de manera simultánea al despliegue, la cual estaría a cargo de la Oficina de Asuntos Exteriores en consulta con el OKW . «La victoria del Eje», quería transmitir a los árabes, «llevará a los países de Oriente Medio la liberación del yugo británico y con ella la autodeterminación». 115

En torno al mismo periodo, Hitler autorizó que dos de los más poderosos barcos alemanes, el crucero pesado *Prinz Eugen* y el acorazado *Bismarck* , partieran del puerto noruego de Bergen para atacar los barcos aliados en el Atlántico. La iniciativa partió en este caso de la Kriegsmarine; Hitler, que era totalmente consciente de su vulnerabilidad a los ataques aéreos y temía el efecto de la propaganda sobre la pérdida de estos barcos, accedió con cierta renuencia. Él y el comandante de la fuerza naval, el almirante Lütjens, eran ambos de la opinión de que la mayor amenaza

procedía de los torpederos de las Fuerzas Aéreas de la Armada británica. A Hitler también le inquietaba la cada vez mayor probabilidad de una confrontación con Estados Unidos. Las relaciones ya estaban lo bastante deterioradas por culpa de la guerra submarina, pero la aparición de barcos de superficie en el Atlántico podía precipitar una crisis. Por todas estas razones, Hitler preguntó si podría ordenarse el regreso del *Bismarck* una vez iniciada la misión, si bien no siguió insistiendo en el tema. 116 Como siempre, la preocupación y la audacia coexistían en su mente.

El 20 de mayo, Hitler lanzó el ataque sobre Creta. La fuerza aerotransportada del general Student encontró una fuerte resistencia en la guarnición, en la que se incluía un gran contingente australiano y neozelandés. El comandante británico al mando en el teatro de operaciones, el general Bernard Freyberg, era (como su apellido sugería) de ascendencia en parte alemana. Su comandante de división, Howard Karl [*sic*] Kippenberger, descendía de una pareja alemana emigrada a Nueva Zelanda en 1862. La Royal Navy interceptó y logró dispersar en gran medida a la fuerza aerotransportada, pero a los pocos días los hombres de Student consiguieron imponerse y los británicos se retiraron. Pese a la incertidumbre de esta fase de apertura, Hitler apenas interfirió en la dirección de las operaciones. No obstante, se quedó espantado por el coste de la victoria, que se cobró casi el 20 % de las fuerzas y alrededor del 50 % de la flota de transporte, incluidos instructores de vuelo insustituibles. Hitler decidió no volver nunca a realizar un desembarco aerotransportado a gran escala. El enemigo, explicaba, ahora ya estaba en guardia. Si bien la disposición de Hitler a arriesgar una vez más había compensado, lo cierto es que los británicos les habían hecho pagar un alto precio por su derrota. 117

Visto en retrospectiva, parece claro que Creta constituyó el punto de inflexión alemán, el último éxito «fácil». Gran Bretaña había sido una vez más humillada. El *Wochenschau* nazi, posiblemente utilizando la música sugerida por Hitler, coreografió la llegada de las fuerzas aerotransportadas sobre el agua al ritmo de la «Cabalgata de las valkirias» de Wagner. La opinión pública alemana se mostró exultante con esta nueva victoria espectacular. No obstante, ni Hitler ni la jefatura nazi compartieron esta euforia, que consideraban no solo prematura, sino potencialmente peligrosa. Tampoco la Wehrmacht se hacía ilusiones. El 26 de mayo, Goebbels se hizo eco de las quejas de algunos soldados del frente sobre las historias que hablaban de cobardía británica. «Los británicos», decía que afirmaban, estaban «luchando con gran valentía». 118

Había muchos motivos para ser cautos. Otras iniciativas de Hitler

acabaron en rotundos fracasos. Gran Bretaña aplastó al gobierno iraquí, frustrando así la misión militar alemana. Los aviones de la Luftwaffe allí fueron destruidos. Que los británicos ocuparan la Siria de Vichy solo era cuestión de tiempo. Las negociaciones con Vichy sobre el uso del puerto tunecino de Bizerta para los suministros al Afrika Korps se vinieron abajo. Hitler temía que, si presionaba demasiado a Pétain, el norte de África francés se pasara al lado de De Gaulle (el África central francesa ya lo había hecho el verano anterior), [119] dejando al descubierto su flanco sur. La diplomacia alemana tampoco logró grandes avances en Irán. Pese a la admiración personal del Shah por Hitler, las estrechas conexiones comerciales y la esperanza de que el Tercer Reich proporcionara una tercera vía entre el imperialismo capitalista angloamericano y el comunismo soviético, este se negó, por ejemplo, a apoyar a los golpistas proalemanes en Irak. [120] En ese momento, una parte demasiado grande del mundo quedaba demasiado lejos. Oriente Medio, como Hitler siempre había dicho, tendría que esperar a que terminara la Operación Barbarroja. Las cosas no estaban mejor en el mar. Hacia finales de mayo, el *Bismarck* , el orgullo de la flota de superficie alemana, había resultado gravemente dañado por los torpederos de las Fuerzas Aéreas de la Armada británica y finalmente hundido por la Royal Navy tras una dramática persecución.

Por encima de todo, el desequilibrio fundamental entre el Reich y Angloamérica y la malevolencia de la administración Roosevelt no habían cambiado. Justo a comienzos de junio de 1941, la marina estadounidense puso en marcha la «South Greenland Patrol» para proteger los convoyes, prácticamente garantizando de este modo los enfrentamientos con los submarinos alemanes. Durante su reunión con Mussolini y Ciano en el Paso del Brennero el 2 de junio, Hitler comentó si responder o no a esto, y acabó decidiendo no hacerlo por miedo a que ello condujera a una escalada. Roosevelt, señaló el Führer, estaba simplemente celoso: «odiaba» a los dos dictadores porque estos habían «solucionado problemas que él no había sido capaz de vencer». Pese a todos los déficits generados, y el tan ensalzado «grupo de expertos» que asesoraban a Roosevelt, afirmaba Hitler, en ciudades como Nueva York había entre once y doce millones de desempleados y una pobreza masiva. Las reivindicaciones de Estados Unidos acerca de su poder de producción y su capacidad de ayudar a Gran Bretaña no eran tan fáciles de ignorar y absorbían gran parte de la atención de Hitler durante el conflicto. Pese a hacer como que no creía en las estadísticas, gracias a los informes que Boetticher le enviaba desde Washington, el Führer sabía que los británicos estaban ya recibiendo de Estados Unidos la extraordinaria cantidad de trescientos a cuatrocientos

aviones al mes. 121 Es posible que también tuviera conocimiento del Plan de Formación Aérea del Imperio, su peor pesadilla encarnada en un gran número de hombres de raza blanca de «alto valor» que estaban siendo entrenados en los invulnerables espacios de Canadá, Australasia y Sudáfrica, para hacerle la guerra al Reich.

La reacción de Hitler a la creciente amenaza americana continuó desarrollándose conforme al patrón ya largo tiempo establecido. La propaganda nazi contraatacó enérgicamente a lo largo de la primavera y principios del verano de 1941. La revista *Signal* , dirigida a un público internacional, acusó en abril a Roosevelt de estar preparándose para atacar al Reich enviando armas a Gran Bretaña mediante el Programa de Préstamo y Arriendo. 122 Los medios nazis trataron de dividir a Angloamérica. A finales de mayo de 1941, el Ministerio de Propaganda anunció en una de sus conferencias de prensa que «los instigadores de la guerra no eran los anglosajones [*sic*], sino el gobierno de Estados Unidos y los judíos que estaban detrás de él». 123 Entre bastidores, Hitler insistió en su mensaje en sus reuniones con los americanos. Le dijo a John Cudahy, un firme aislacionista y exembajador en Bélgica, que el giro de Estados Unidos hacia la guerra estaba motivado por un falso «interés comercial» y mendaces afirmaciones sobre intenciones hostiles por parte de Alemania. «Declarar que Europa quería conquistar Estados Unidos», explicó Hitler, «equivalía a afirmar que Estados Unidos quería conquistar la Luna». 124

La otra táctica utilizada por Hitler era evitar la confrontación directa durante el mayor tiempo posible. A medida que la marina de Estados Unidos fue incrementando su actividad en el Atlántico Norte, esto se hacía cada vez más difícil. Los choques entre los submarinos y los buques escolta estadounidenses eran inevitables; la clave estaba en evitar que estos fueran a más y sirvieran a Roosevelt como el pretexto que necesitaba para entrar en la guerra. Con la Operación Barbarroja en puertas, Hitler dio órdenes estrictas de evitar a los buques de guerra estadounidenses y retirarse en caso de ser atacados por los americanos. El 20 de junio de 1941, por ejemplo, un submarino estuvo a punto de lanzar sus torpedos al acorazado *USS Texas* , pero se ordenó su retirada. Al día siguiente, víspera de la invasión de Rusia, Hitler repitió sus instrucciones a la Kriegsmarine. «El Führer desea absolutamente evitar cualquier incidente con Estados Unidos», anotó Raeder, «al menos hasta que los efectos de la Operación Barbarroja hayan quedado claros», es decir, «durante varias semanas». 125 El mensaje no admitía dudas: la confrontación con Estados Unidos tendría que esperar hasta que lo de Rusia estuviera solucionado.

Pero Hitler ya estaba pensando con antelación en el enfrentamiento con

Angloamérica, como demostró el borrador de la Directiva 32, titulado «Preparativos para el periodo posterior a Barbarroja», emitida once días antes del ataque. 126 Tras la derrota de la Unión Soviética, afirmaba, el Eje dominaría toda la Europa continental exceptuando la península Ibérica. Llegado ese momento, ya podría trasladar el foco de la producción armamentística desde el ejército a la fuerza aérea y a la marina (que ya estaban empezando a acaparar el protagonismo dentro de la economía de guerra alemana), 127 es decir, hacia Gran Bretaña y Estados Unidos. La cooperación con Francia sería para entonces más estrecha. Irán, Turquía y España tendrían que ser atraídas dentro de la órbita del Eje, de nuevo con vistas a intimidar a Gran Bretaña. Habría una explotación económica intensiva de los nuevos territorios en el este, vigilada por una gran fuerza de mantenimiento de unas sesenta divisiones. Los siguientes pasos militares serían la toma de Gibraltar, Tobruk y Malta, y un ataque sobre el Canal de Suez. Entretanto, iría teniendo lugar una aproximación a Irak desde el Cáucaso. El movimiento de liberación árabe sería utilizado «en el momento adecuado». A continuación, se reanudaría el asedio de las Islas Británicas y se planearía su invasión.

A los pocos días de la capitulación de Yugoslavia, Hitler nombró a Rosenberg su «enviado para centralizar la gestión de los temas relativos al espacio de la Europa oriental». 128 Este, que había sido informado detalladamente de la visión del Führer para el este, 129 podía ya ponerse a trabajar de lleno. A finales de mayo de 1941, Himmler fue encargado formalmente de garantizar la seguridad tras las líneas del frente. 130 Los preparativos para la siguiente etapa de la guerra contra los judíos también avanzaban rápidamente, acompañados de la habitual retórica pública antisemita. Hitler se refería a la oposición occidental al Eje como producto de «la mente de orientación netamente capitalista de nuestras democracias judías». 131 El 7 de junio de 1941, respondiendo a sugerencias que pedían nuevas regulaciones respecto al estatus de los judíos, dejó claro que «después de la guerra ya no habría judíos en Alemania». 132 Aproximadamente una semana después, Hitler anunció a un visitante que «después de la guerra, todos los judíos tendrían que abandonar completamente Europa», incluidos los «territorios del este». 133 Los varones judíos soviéticos serían –en la práctica– asesinados en el acto por los *Einsatzgruppen.* 134 La decisión de Hitler de hacerlo así no venía principalmente motivada por su hostilidad al bolchevismo, pese a que esta fuera importante, sino por su temor a Gran Bretaña y a Estados Unidos. 135

El 17 de junio de 1941, Hitler emitió la orden definitiva para lanzar Barbarroja. Millones de hombres y miles de vehículos y aviones habían

sido reunidos en secreto, si bien en el caso de estos últimos en un número menor al que un año antes había sido alineado contra los Aliados occidentales debido a las pérdidas sufridas. 136 Había formado una díscola y poco fiable coalición con los que estaban dispuestos a apoyar el ataque y no irse de la lengua. Pero, por encima de todo, Hitler había conseguido engañar a Stalin, el hombre más paranoico del mundo, 137 pese a llevar anunciando sus intenciones veinte años, pese al hecho de que los rusos ya tuvieran una idea más o menos general de la movilización alemana a través del reconocimiento aéreo y otros medios de sus servicios de inteligencia, y pese a las advertencias concretas y fiables de su experto espía en Tokio, Richard Sorge. Stalin había estudiado el *modus operandi* de Hitler y creía que en caso de que fuera a producirse un ataque lo sabría con antelación suficiente porque iría precedido por la habitual andanada de injurias lanzada desde la prensa. Pero Hitler cambiaba continuamente su *modus operandi* . Había comenzado con «golpes de fin de semana» como el anuncio del rearme alemán en 1935, la ocupación del Rin en 1936 y la anexión de Austria en 1938. Luego había pasado a las crisis orquestadas, como la de los Sudetes en 1938, la de Polonia en 1939 y la de los Balcanes a principios de 1941. Ataques relámpago como el llevado a cabo contra Escandinavia en 1940, y Yugoslavia y Grecia en 1941, no habían tenido ningún precedente anterior. El que estaba a punto de recibir Stalin pertenecía a este último tipo. «El procedimiento será el siguiente», explicó Hitler, «tomaremos un camino completamente diferente a los anteriores», «cambiando la partitura a la orquesta». «No habrá polémicas en la prensa», continuó, «sino que guardaremos un total silencio y simplemente atacaremos» en el momento adecuado. 138

Pocos días antes del inicio de la invasión, Goebbels entró en la Cancillería Imperial por la puerta de atrás para evitar a los periodistas extranjeros que merodeaban en torno a la principal. 139 Hitler le dijo que esperaba hacerse con la cosecha ucraniana prácticamente intacta, que la eliminación de Rusia liberaría a Japón para poder enfrentarse a Estados Unidos, y que sería entonces cuando él ajustaría las cuentas con Gran Bretaña. Se declaró optimista y predijo que la campaña duraría unos cuatro meses. Dicho esto, la insistencia de Hitler en que el ejemplo de Napoleón no iba a repetirse –un tema que aparecía recurrentemente en su discurso– parecía traslucir cierto nerviosismo. Hitler se sentía genuinamente optimista, mucho más de lo que lo había sido sobre la proyectada Operación León Marino, pero también sabía que la empresa que quería llevar a cabo constituía una jugada muy arriesgada, basada en una inteligencia imperfecta, y cuyo resultado era incierto. «Me siento», dijo al

parecer el Führer a las tres de la madrugada del 22 de junio, horas antes del ataque, «como si estuviera a punto de empujar una puerta que da a una habitación oscura, desconocida, sin saber lo que hay al otro lado». [140]

El 22 de junio de 1941, la Wehrmacht echó abajo de una patada la puerta de entrada a la Unión Soviética en el acto de allanamiento de morada más brutal que el mundo haya visto nunca. [141] La víctima no daba crédito a lo que estaba ocurriendo; en el momento de la invasión alemana, trenes cargados con remesas de petróleo y cereales soviéticos viajaban rumbo al oeste. «Nosotros no merecíamos esto», reprochó Molotov al embajador alemán cuando este se disponía a marcharse, nada más haber comenzado el ataque. [142] Tras algunas duras batallas fronterizas, el frente soviético no tardó en ceder. En los sectores del norte y el centro, las puntas de lanza alemanas lograron adentrarse mucho en los territorios bálticos y Bielorrusia. Gran parte de la fuerza aérea rusa fue destruida en tierra. A veces, como en el caso de la ciudadela de Brest-Litovsk, el Ejército Rojo presentó una defensa eficaz, aunque sin éxito. Más frecuentemente, grandes contingentes del mismo se vieron rodeados. Cientos de miles y más adelante millones de prisioneros soviéticos de guerra fueron conducidos en manadas hacia el oeste.

Durante las primeras semanas de campaña, Hitler fue siguiendo los acontecimientos sobre el terreno muy de cerca. [143] Tres días después de iniciado el ataque, le preocupó que se fueran formando bolsas demasiado grandes, con la consiguiente dificultad para aislar al enemigo, aplastarlo u obligarlo a rendirse. Para su contrariedad, el jefe del Grupo de Ejércitos del Centro, Bock, recibió la orden de cerrar la pinza antes de lo que él tenía previsto. [144] Esto fue el principio de lo que acabó siendo una pauta, según la cual Hitler asumía un enfoque más cauto que el de sus generales, que era más agresivo. El Führer también era más tendente al escepticismo al informar de sus victorias. «¿Dónde están los prisioneros?», preguntó a las tres semanas de iniciada la campaña. [145] La preocupación de Hitler era reflejo de lo limitado de los instrumentos de los que disponía. Invadió Rusia con dos ejércitos: una moderna pero relativamente pequeña fuerza motorizada y acorazada y otra de infantería tradicional, mucho más numerosa, que tenía que recorrer grandes distancias a pie y cuyo suministro dependía de carros tirados por caballos. [146] Por más que la infantería avanzara, tenía que esperar a que llegaran los carros para consolidar el terreno ganado y poner bajo guarda a los prisioneros y el equipamiento capturado.

Por orden de Hitler, la lucha en el este se libró como una guerra de aniquilación desde el primer momento. 147 Miles de comisarios fueron fusilados en el momento de su captura o inmediatamente después. Al igual que decenas de miles de otros soldados del Ejército Rojo. Millones de prisioneros de guerra soviéticos fueron dejados morir de hambre o extenuados por el trabajo. 148 Tras las líneas, los *Einsatzgruppen* iban matando a todos los varones judíos en edad militar que se encontraban. Por entonces, a mujeres y niños todavía se les perdonaba la vida. 149 También ejecutaban a todos los funcionarios del Comintern, a todos los funcionarios del Partido Comunista, judíos con puestos en el partido y en la administración, y otras varias categorías, como «agitadores», «saboteadores» y «asesinos». 150 La Wehrmacht fue con frecuencia cómplice de estas matanzas. Hitler pretendía evitar las protestas en el ejército mediante apenas disimulados sobornos en forma de bonos y donaciones de tierras a los oficiales de alto rango. 151

Barbarroja fue concebida como una empresa anticolonial y a la vez colonizadora. 152 Hitler decía estar liberando a Alemania y al mundo del imperialismo capitalista angloamericano y la manipulación judía, ya fuera disfrazada de plutocracia o de bolchevismo. Los recursos del mundo, tan injustamente acaparados por los «poseedores», serían ahora redistribuidos a los «desposeídos». Hitler por tanto comenzaba su proclamación, al inicio de Barbarroja, no hablando de la Unión Soviética, ni siquiera de los judíos, sino atacando a Gran Bretaña y al equilibrio de poder con el que esta había oprimido a Alemania y a la Europa continental durante generaciones. La entrada de Londres en la guerra, argumentó, constituía una repetición del intento británico de «evitar» la «consolidación de Europa» por parte de la potencia europea más fuerte en ese momento. 153 Hitler arremetió una vez más contra la «nueva y rebosante de odio política de acorralamiento» por parte de la «bien conocida conspiración entre judíos, democracias, bolcheviques y reaccionarios». Aún quedaban diez párrafos más para llegar realmente a hablar de la Unión Soviética y exponer su lista de agravios respecto a ella, antes de volver a arremeter una vez más contra Inglaterra.

Barbarroja era claramente una empresa colonial, porque implicaba el expolio y la expropiación a la población nativa. Siguiendo muy de cerca a las fuerzas del frente, la administración alemana puso en práctica la incautación de alimentos tanto tiempo planeada; esto resultó una operación mucho más complicada de lo esperado. 154 A medida que la Wehrmacht se iba adentrando cada vez más en Rusia, Hitler avanzaba a su vez en la colonización del nuevo *Lebensraum* . A las tres semanas de iniciada la campaña, llamó a Rosenberg para debatir sobre la «partición del espacio de

Europa del este». Hitler pidió que Crimea y los territorios más al norte deberían ser «despejados de extranjeros y colonizados por alemanes»; también estableció que todas las tierras bálticas deberían pasar a ser «alemanas». El área en torno a Bakú, con sus vitales yacimientos petrolíferos, debía convertirse en una «concesión» a Alemania. «Debemos hacer un jardín del edén de nuestros nuevos territorios del este», dijo Hitler, «son esenciales para nosotros». La clave, concluía, era «dividir el enorme pastel» de forma que podamos «dominarlo, administrarlo y explotarlo». 155 Durante este debate, en el que participaron los representantes del partido, la economía y la Wehrmacht más directamente implicados en las cuestiones del este –Bormann, Göring y Keitel–, Hitler recalcó que «la tarea en el este no era cuestión de una generación, sino de siglos». 156 El tiempo, que tan rápidamente se había contraído en los años inmediatamente anteriores, pareció por un momento volver a expandirse.

El Führer empezó a basar sus argumentos, cada vez más, en que no actuaba solamente en nombre de Alemania, sino en nombre de Europa en general. Igual que Napoleón había atacado Rusia en 1812 con un ejército multinacional formado por franceses, holandeses, italianos y alemanes de la Confederación del Rin, flanqueado por sus incómodos aliados Austria y Prusia, Hitler también invadía a la cabeza de una gran coalición, que para finales del año incluiría a Finlandia, Eslovaquia, Hungría, Rumania e Italia, así como contingentes de voluntarios de España y muchas partes de la Europa ocupada. 157 Él se había tomado no pocos trabajos para controlar a estos aliados, muchos de los cuales se odiaban entre sí mucho más de lo que odiaban a Stalin. 158 Cuando, en un noticiario, la referencia a los soldados italianos como «rápidos» despertó la hilaridad general por su lectura implícita como cobardes, ordenó inmediatamente eliminar los pasajes ofensivos para no poner en riesgo la relación con el Eje. 159 El Führer se mostraba especialmente considerado con Antonescu, de quien hablaba con verdadero respeto. 160 Cuando Odessa estaba a punto de caer, Hitler no quiso dar importancia a las complicaciones generadas por sus aliados durante el asedio y ordenó que se les permitiera a los rumanos atribuirse el mérito. 161

Bajo la superficie, sin embargo, Hitler seguía siendo profundamente ambivalente respecto al valor de sus alianzas. Los únicos soldados de la coalición por los que sentía ilimitada estima eran los finlandeses y los españoles. «No hay hombres más valientes que ellos», comentó Hitler en privado, y «no los consideraba como meros parásitos, sino como aliados de verdad». 162 Los españoles de la División Azul, que llegarían más avanzado el otoño, también se ganaron su admiración durante las batallas

del invierno. 163 Hitler tenía muy baja opinión de eslovacos, italianos, húngaros y (la mayor parte de) las fuerzas rumanas. Tampoco tenía en gran estima a sus varios aliados políticos. Hitler era especialmente mordaz sobre los emigrados rusos blancos, a los que había llegado a conocer bien en la década de 1920 y quienes ahora hacían cola para volver. Les consideraba vagos, inútiles y en general muy inferiores a sus compatriotas femeninas. 164 La principal preocupación del Führer, no obstante, era poder verse obligado a compartir parte de su botín con el resto de Europa. Le enfureció la sugerencia de un «descarado» periódico de Vichy 165 de que la guerra contra la Unión Soviética era una guerra europea de la que no solo Alemania, sino todo el continente, debía beneficiarse. Esto hizo que Hitler se afianzara más en su decisión de garantizar que el Reich, que había pagado el precio más alto en sangre, fuera también el principal beneficiario de la campaña.

La tensión entre el carácter emancipador y explotador de Barbarroja quedó especialmente evidente en el debate sobre los planes de colonización. Hitler comenzó sus comentarios sobre el futuro del este reivindicando que las «decisiones definitivas», en particular sobre estados y fronteras, no debían anunciarse por adelantado, sino que bastaba con «aparecer como los liberadores del bolchevismo». En este sentido, argumentó Hitler, haciéndose eco de sus declaraciones públicas, «la lucha de Alemania era también en beneficio de Europa». 166 En cierta contradicción con el carácter general de sus planes, Hitler se mostró de acuerdo con Rosenberg en que debía fomentarse el sentimiento nacional entre los ucranianos mediante la concesión de una universidad en Kiev. Esto demuestra que, en julio de 1941, la mente de Hitler aún seguía abierta a una futura relación con los estados sucesores previstos. Al parecer, su idea consistía en una combinación de las formas estadounidense y británica de colonialismo. En algunas áreas, como Crimea y otras zonas de Ucrania, la población local simplemente sería sustituida por colonos alemanes, al estilo de lo ocurrido en el Oeste americano. En otras, como las restantes áreas de Ucrania, Hitler tenía previsto establecer pequeños estados independientes al estilo del Raj. «Aquí también», señalaba, «el comportamiento de los británicos en la India con los príncipes indios representa un modelo a seguir». 167

Dicho esto, Hitler no dejaba dudas sobre que la relación entre los alemanes y la población eslava sería profundamente desigual, ni tampoco disfrazaba el hecho de que su retórica «europea» iba en gran medida destinada a engañar a la opinión mundial mientras sobre el terreno se llevaba a cabo una política de hechos consumados. «Nuestros pasos»,

explicó Hitler, «deben obedecer a consideraciones tácticas», tal y como se había hecho respecto a las ocupaciones del oeste. Alemania, seguía diciendo, debería hacer hincapié en que se había visto «forzada» a ocupar y ordenar un territorio y que a raíz de ello estaba obligada también a ocuparse de su población. «Simplemente, deberíamos aparentar», dijo, «estar llevando a cabo un mandato [al estilo de la Sociedad de Naciones], para que «no esté claro» que se pretendía fijar un asentamiento desde el primer momento. La cautela de Hitler estaba motivada por la necesidad, según sus propias palabras, «de no despertar la enemistad de ciertas personas de forma innecesaria y prematura». Lo que quiera que fuera «necesario» hacer –«fusilar, deportar, etcétera»– debía continuar haciéndose, por supuesto. El reciente llamamiento soviético a la guerra partisana era en este sentido una bendición, sostenía Hitler, porque servía de pretexto para «exterminar todo lo que se nos interponga en el camino». La clave estaba en que «no abandonaremos nunca estos territorios». 168 Los alemanes habían llegado al este para quedarse.

Pese al tiempo y el esfuerzo que invirtió en el verano de 1941 en dirigir la campaña rusa y prever sus consecuencias, Hitler nunca perdió de vista la lucha a escala más amplia contra Angloamérica. La estructura de la toma de decisiones militares reflejaba estas prioridades. Hitler presidía el Alto Mando de la Wehrmacht (OKW), responsable de la guerra en general y de cada uno de sus escenarios, a excepción del frente ruso, que dirigía el Alto Mando del Ejército (OKH). El principal enemigo para la Kriegsmarine, la Luftwaffe y la Wehrmacht, en general, seguía siendo Gran Bretaña, y en última instancia Estados Unidos; la concentración en ese momento en Rusia se consideraba algo meramente temporal.

Si contra la Unión Soviética las cosas todavía iban bien, no podía decirse lo mismo de la guerra contra el Imperio británico y la guerra fría con Estados Unidos. Tanto Londres como Washington anunciaron su intención de suministrar a Stalin material de guerra. Dos días después del comienzo de la invasión, Roosevelt descongeló las cuentas soviéticas en Estados Unidos y pocos meses más tarde amplió el Préstamo y Arriendo a Stalin. Su confidente, Harry Hopkins, fue enviado a Moscú. Dos semanas después del inicio de Barbarroja, el 7 de julio de 1941, Estados Unidos quedó a cargo de las ocupaciones de Islandia y Groenlandia, permitiendo así, no solo que las tropas británicas pudieran prestar servicio en otros lugares, sino acercando mucho más a los americanos a la lucha en Europa, lo cual alarmó profundamente al Führer. 169 El 12 de julio, Gran Bretaña firmó un pacto oficial con la Unión Soviética. El propio Hitler había hecho que se estrechara el cerco que tanto temía.

Por otra parte, pese a los primeros éxitos, la resistencia rusa fue más firme de lo que Hitler había imaginado. Durante las primeras semanas de la invasión, las pérdidas en infantería y en carros de combate alemanes fueron mucho mayores que en ninguna campaña anterior. Ralph Ross, criado en Chicago e hijo de Colin Ross, el «asesor sobre América» de Hitler, murió en Ucrania a principios de julio de 1941, seis días antes de su dieciocho cumpleaños. [170] No mucho más tarde, el Führer admitió que, si bien el cuerpo de oficiales soviético era débil, los comisarios eran «duros» y que «individualmente el ruso era tan fanático como lo había sido en la [Primera] Guerra Mundial», esto es, «obstinado y decidido». [171] Hitler reconoció en privado ante Rosenberg que «los soviéticos tenían muchos más y mejores tanques de lo que se había dado por hecho». [172] Una semana después de esto, comentó con exasperación que a los rusos siempre parecían quedarles más hombres. A mediados de julio de 1941, sin embargo, Hitler confiaba bastante en que la caída de la Unión Soviética era solo cuestión de tiempo. Él no creía, señaló en privado, «que la resistencia en la Rusia europea durara más de seis semanas». [173]

El Führer volvió entonces a dirigir su atención a su principal enemigo, Angloamérica. El 13 de julio de 1941, Hitler decretó dejar un fuerte contingente de fuerzas acorazadas para asegurar Rusia, pero establecer nuevas formaciones –como las «divisiones acorazadas tropicales»– para utilizarlas contra Gran Bretaña. [174] Un día después, emitió la Directiva 32b, la primera después de iniciada la invasión. [175] Su título hacía referencia a la Directiva 32 original, sobre el momento en el que terminara Barbarroja. Ese momento, creía Hitler, había llegado ya. «El dominio militar del espacio europeo tras la derrota de Rusia», predecía, «pronto nos permitirá reducir el tamaño del ejército»; solo habría que incrementar las fuerzas blindadas. El armamento naval tendría que limitarse al nivel necesario para la continuación de la guerra «contra Inglaterra y, llegado el caso, contra América». «El centro de gravedad del armamento», decretaba Hitler, «será transferido a la Luftwaffe», que a su vez iba a experimentar «un gran aumento». No se traslucía ninguna euforia ni sensación de una victoria inminente. Por el contrario, ordenó el cese de toda construcción «que no sirviera a las necesidades inmediatas de la Wehrmacht y la economía de guerra». Cuando la Operación Barbarroja parecía tocar a su fin, la guerra de Hitler no había terminado, sino que apenas había comenzado.

Aquel mismo día, Hitler se reunió con Oshima para mantener la presión japonesa sobre Estados Unidos, prevenir la posibilidad de que se hiciera

realidad su pesadilla de un acercamiento entre Tokio y Washington y tranquilizar a su interlocutor asegurándole que él no se sentía en lo más mínimo intimidado por el potencial industrial norteamericano. «Europa», afirmó, era un «arsenal mucho mayor que Estados Unidos», citando la superioridad de Krupp, Rheinmetall, Skoda e incluso Schneider-Creusot. «En lo que respecta a soldados», continuaba Hitler, «él no estaba preocupado en absoluto», porque «al soldado americano él lo conocía muy bien de la [Primera] Guerra Mundial». Esta afirmación del Führer era a todas luces excesiva, especialmente si se piensa en sus anteriores y admirativos comentarios sobre la calidad de los soldados americanos que se había encontrado en julio de 1918, y esta fanfarronería revela su grado de nerviosismo ante la inminente lucha contra el abrumador poder de Estados Unidos. 176 De una forma u otra, estaba claro que la confrontación no podía eludirse. «Si había que enfrentarse contra Estados Unidos», concluía diciendo, «uno tenía que asumir la responsabilidad», porque «consideraba cobarde la idea de retrasar este tipo de cosas». Hitler no rehuiría su cometido «generacional». En este sentido, el tiempo, que en el este parecía expandirse, en el oeste se iba acortando cada vez más.

Las dos directivas siguientes de Hitler, publicadas el 19 y el 23 de julio bajo el título de «Continuación de la guerra en el este», contemplaban básicamente una operación de recogida, dentro del contexto del plan original de Barbarroja. 177 Hitler instaba a impedir a las fuerzas soviéticas su retirada hacia el interior de Rusia y seguidamente emprender avances hacia el Dniéper, Leningrado y Moscú. Los rumanos debían encargarse de cubrir los flancos del sur. No se enviarían nuevas fuerzas a luchar contra los partisanos, con quienes había que emplear el terror y no medios legales. A finales de julio, ante las protestas de comandantes como Bock, Hitler ordenó ir acordonando bolsas más pequeñas y más densas y evitar que el Ejército Rojo huyera hacia el este. 178 En torno a este mismo momento, sin embargo, el optimismo de Hitler respecto a Rusia se vio mermado por el endurecimiento de la resistencia soviética en el frente central. El 26 de julio de 1941 manifestó a Halder que «los rusos no podían ser vencidos operacionalmente». 179 En ese momento ya no parecía probable un desenlace rápido.

En respuesta a ello, Hitler abandonó la concepción original de Barbarroja, que implicaba tanto objetivos político-militares como económicos, y en la que la ofensiva principal se dirigía hacia el norte y el centro contra el Ejército Rojo y el epicentro del poder soviético, y a continuación a la ocupación de Ucrania. En este momento Hitler tenía que escoger una opción, dado que no tenía ni los recursos ni el tiempo

necesarios para conseguir ambos objetivos. El 28 de julio de 1941 le confesó a su adjunto que estaba teniendo dificultades para dormir debido a la lucha que mantenían las dos «almas que moraban en su pecho». En términos político-ideológicos, Hitler creía que la tarea principal consistía en eliminar los «principales abscesos» de Leningrado y Moscú, pero todos los objetivos económicos quedaban al sur, una tierra abundante en leche y miel donde encontrarían «aceite, cereales y todo lo necesario para mantener el *Lebensraum* ». 180 Ese mismo día, Hitler comunicó a sus generales que su principal objetivo era la eliminación de las fuerzas soviéticas situadas en torno a Leningrado y la incautación de las materias primas de la cuenca del Donets, al sur; Moscú le interesaba menos. 181 Dos días después, Hitler ordenó que el Grupo de Ejércitos del Centro pasara a la defensiva. 182 Él atacaría el sur, en parte para acorralar a grandes contingentes de tropas soviéticas y en parte para privar al régimen soviético de los recursos industriales y agrícolas de Ucrania, pero, sobre todo, para que el Reich pudiera contar con ellos de cara a sostener la lucha contra Angloamérica.

Durante las siguientes dos semanas, el cambio de engranajes para reagrupar a la Wehrmacht fue claramente perceptible. El 12 de agosto de 1941, Hitler emitió una nueva directiva en la que la primacía de los objetivos económicos se explicitaba claramente. 183 La Wehrmacht recibió la orden de hacerse no solo con la cuenca del Donets, sino también con la «zona industrial de Járkov». Había que conquistar Crimea y preparar las futuras operaciones contra Bakú. El Grupo de Ejércitos del Centro permanecería a la defensiva hasta que llegara el momento de retomar la ofensiva sobre Moscú.

El periodo entre finales de julio y primeros de agosto de 1941 evidenció también un claro giro en la política respecto a la judería soviética. 184 El momento y la motivación de este cambio, y si tenía su origen en una orden concreta de Hitler, son cuestiones que no están claras. Lo que es seguro, sin embargo, es que, a instancias de Hitler, el 31 de julio de 1941 Göring transmitió a Heydrich la orden de presentar próximamente un «plan global para los preparativos organizacionales, técnicos y materiales para la implantación de la deseada solución final a la cuestión judía». 185 Posteriormente, los *Einsatzgruppen* fueron pasando gradualmente de asesinar «solo» o principalmente a los judíos varones a masacrar a comunidades enteras, incluidas las mujeres y los niños. La Wehrmacht fue a menudo cómplice de estas matanzas, especialmente cuando se solapaban con la campaña contra los partisanos soviéticos. 186 Las ordenara realmente por escrito o no, lo cierto es que el motor último de estas acciones era Hitler. A finales de julio, le explicó a un dignatario extranjero que había ido

de visita que «si un Estado tolera a una sola familia judía», esta pronto se convertiría en el «germen» de una nueva «oleada de descomposición». «Si no hubiera judíos en Europa», prosiguió diciendo Hitler, «la unidad de los estados europeos dejaría de verse amenazada». 187

Al parecer, el Führer no seguía las actividades de los *Einsatzgruppen* con detalle. No existen evidencias de que le enviaran o leyera sus informes. Es cierto que el 1 de agosto de 1941, el jefe de la Gestapo, Müller, pidió a los comandantes de los *Einsatzgruppen* que le proporcionaran material para que él a su vez pudiera hacerle un resumen a Hitler. La orden hacía referencia explícita solo a «material de interés visual, como fotografías, carteles, panfletos y otros documentos», en otras palabras, objetos que pudieran utilizarse con propósitos propagandísticos; al parecer al Führer no le enviaron, ni por tanto pudo examinar, las listas detalladas de las ejecuciones. 188 De un modo u otro, la escalada de finales de julio y primeros de agosto de 1941 afectó principalmente a los judíos soviéticos y bálticos bajo la ocupación alemana, la mayoría de los cuales ya habían sido asesinados para finales de año. 189 La gran mayoría de los judíos polacos, balcánicos, alemanes y del oeste de Europa siguieron vivos, aunque ya se estaba planeando su deportación al este. La deportación (todavía) no constituía un eufemismo del asesinato; la decisión de matar a *todos* los judíos europeos bajo el control nazi no había sido tomada aún.

A principios de agosto de 1941, las tensiones acumuladas de la campaña rusa y otras preocupaciones empezaron a pasar factura a la salud de Hitler. El 8 de agosto, tuvo que guardar cama, aquejado de escalofríos y diarrea. Su médico personal, el doctor Morell, intentó que se restableciera, pero no logró hacerlo a tiempo de que llegara a la reunión informativa militar de aquel día. Era la primera vez que faltaba, y pagó su frustración con Morell; «El Führer está muy irritable», escribió el médico en su diario, «nunca había experimentado esta hostilidad conmigo». Para evitar una recaída, Morell intensificó su tratamiento. Hitler se atiborraba diariamente de estimulantes y otras drogas; la lista incluía ochenta fármacos, más de una docena de ellos inductores de estados de alteración de la conciencia. Pese a ser teóricamente vegetariano, por la sangre de Hitler empezaron a correr cada vez más sustancias animales a partir del otoño de 1941, incluidos derivados de testículos de toro y *Homoseran* , un subproducto del sangrado uterino. 190 En todo caso, el declive de la salud de Hitler era imposible de disimular. Comenzó a quejarse de mareos, acúfenos y dolores de cabeza; empezaron también los primeros síntomas de temblores. 191

La sensación de angustia de Hitler, especialmente respecto a Angloamérica, aumentó en gran medida con la noticia de la firma de la

Carta Atlántica el 14 de agosto de 1941. Churchill y Roosevelt se habían encontrado a bordo de un crucero de combate británico en Bahía de Placentia, en la costa de Terranova, desde donde habían emitido una declaración conjunta. En ella expresaban una optimista visión de un nuevo orden mundial basado en la cooperación internacional, la justicia social, el libre comercio y un igual acceso a los recursos del mundo. 192 La Carta también comprometía a Estados Unidos y el Reino Unido con unos «ciertos principios comunes», como el rechazo del cambio territorial sin «contar con los deseos libremente expresados de los pueblos implicados» y el apoyo al «autogobierno», directamente dirigidos contra el Eje. Por si esto no fuera bastante, el artículo 6 de la Carta decía explícitamente esperar «la destrucción definitiva de la tiranía nazi». En el preámbulo se anunciaba que Estados Unidos investigaría otras medidas para apoyar a «aquellos países activamente interesados en resistir la agresión», incluyendo a la Unión Soviética, del «gobierno hitlerita de Alemania». Para Churchill, la Carta supuso cierta decepción, al no ir acompañada de una entrada inmediata de Estados Unidos en la guerra, 193 pero para Hitler representó en todo caso un golpe considerable. A este le enfureció especialmente la mención a la «destrucción definitiva de la tiranía nazi». 194 Roosevelt estaba ya mucho más cerca de quitarse del todo la careta. El impacto de la Carta en Hitler queda reflejado en el hecho de que continuara refiriéndose a ella en numerosas ocasiones durante los tres años siguientes. 195

Entre mediados y finales de agosto de 1941 el Führer estuvo meditando su respuesta. La Carta constituía en parte un desafío propagandístico con sus ocho puntos, claramente evocadores de los Catorce Puntos del presidente Wilson. Hitler se debatía entre su deseo de ignorarla y la urgente necesidad de refutarla. Él y Goebbels temían que tanto los alemanes como Europa en general pudieran desviarse de su rumbo atraídos por estos cantos de sirena de Roosevelt y Churchill, igual que los alemanes habían creído en su día a Wilson para verse luego traicionados en Versalles. La «dinamita contenida en la declaración de los ocho puntos» tenía que ser desactivada. 196 Del mismo modo que Churchill había emitido una declaración conjunta con Roosevelt, Hitler quería responder tras consultar con Mussolini, su principal aliado, como así hizo, el 25 de agosto de 1941. Su comunicado conjunto fue publicado hacia finales del mes. Imitando el lenguaje de sus rivales anglosajones, enfatizaban que los dos habían debatido en detalle sobre todos los temas políticos y militares que afectaban al desarrollo y la duración de la guerra y dentro de un ambiente de estrecha camaradería y el sentimiento de compartir un destino común. A continuación venía la respuesta propiamente dicha. «El nuevo orden europeo que surgirá de esta

guerra», anunciaban Hitler y Mussolini, «debe eliminar las causas de las guerras europeas pasadas», refiriéndose a los judíos. «La eliminación de la amenaza bolchevique y la explotación plutocrática», continuaban, «permitirá una cooperación pacífica, armoniosa y fructífera de todos los pueblos del continente europeo tanto en el ámbito político como en el económico y cultural». 197

La Carta aceleró, más que provocó, el cambio de estrategia de Hitler, 198 reafirmando más aún su decisión de finalizar la guerra en el este y volver a concentrar sus esfuerzos contra el oeste. Curiosamente, las primeras palabras de Hitler sobre una paz separada con Rusia llegaron el 18 de agosto de 1941, 199 poco después de recibir la noticia de la Carta. Ese mismo día, Hitler volvió a referirse una vez más a la necesidad de terminar el portaaviones *Graf Zeppelin* , una prueba más de sus planes de enfrentarse a Gran Bretaña y Estados Unidos. Dos días después, unos científicos de la base de investigación armamentística de Peenemünde le informaron de su trabajo y de la posibilidad de bombardear Estados Unidos, o por lo menos a las fuerzas americanas enclavadas en Islandia, con cohetes. Hitler se entusiasmó con esta posibilidad y comentó «que este avance era de una importancia revolucionaria para el desarrollo de la guerra en todo el mundo». 200

La proximidad de la guerra con Estados Unidos y la continuada opresión del bloqueo británico, agravada aún más por la invasión de Rusia, introdujo una nueva urgencia a las operaciones en Rusia, reivindicando la necesidad de este cambio de los objetivos militares e ideológicos hacia la consecución de otros de carácter económico. En uno de sus monólogos nocturnos, Hitler arremetió contra el absoluto control de los británicos sobre la vida del continente, y expresó su deseo de que llegara el día en que Europa pudiera abastecerse de los graneros y las minas de Ucrania y la cuenca del Volga. 201 Dos días después, Hitler explicó con más detalle las motivaciones estratégicas y económicas de estas medidas en un memorándum separado para el OKW . En su primera línea, empezaba ya por recordarles a los jefes militares por qué estaban en la Unión Soviética. «El objetivo de esta campaña», explicaba, «es eliminar a Rusia como aliado continental de Gran Bretaña» (aunque obviamente esta alianza se debía solo a la invasión de Hitler) y de este modo «despojar[la] de cualquier esperanza de escapar a su destino con la ayuda de la otra gran potencia». 202 Hitler pasaba a continuación a destacar la importancia de contar con los recursos de Rusia para la economía de guerra alemana.

Durante las dos semanas siguientes, Hitler intervino en repetidas ocasiones para asegurarse de que se cumplían sus instrucciones. 203 Estas

encontraron una fuerte oposición en sus generales, algunos de los cuales eran reacios a ceder las unidades a su mando y otros que no estaban de acuerdo con que la principal fuerza enemiga del frente central siguiera intacta, [204] pero el Führer no admitió el más mínimo debate. Los renuentes se vieron rápidamente silenciados con una racha de espectaculares victorias, cuando la Wehrmacht rodeó a los ejércitos soviéticos en Uman y al oeste de Kiev, haciendo cientos de miles de prisioneros. [205] La propia ciudad de Kiev cayó hacia finales del mes siguiente, para inmenso regocijo de Hitler. [206] De nuevo, el Führer había demostrado tener razón.

Mientras tanto, Hitler estaba preparando su siguiente movimiento contra los judíos, a quienes hacía responsables no solo de la Carta Atlántica, sino de ser la fuerza motora de la política americana. El 19 de agosto de 1941, el Führer le recordó a Goebbels su «profecía pronunciada en el Reichstag de que, si la judería conseguía su objetivo de provocar otra guerra mundial», el conflicto «acabaría con la destrucción de la judería». Hitler señaló que esta predicción «se convertiría en realidad en estas semanas y meses, con una exactitud escalofriante». A este respecto distinguía entre lo que estaba ocurriendo «en el este», donde «los judíos deben pagar la factura», y lo que había ocurrido en Alemania, donde «ya la habían pagado en parte y tendrían que pagarla todavía más en el futuro». «Su último refugio», concluía Hitler, «sigue siendo Norteamérica, y allí también tendrán que pagarla más tarde o más temprano». [207] El número de judíos asesinados experimentó un notable aumento por esta época, pero aunque algunos jefes de los *Einsatzgruppen* recordaron después de la guerra que se había dado «una orden para la liquidación total de los judíos, procedente del propio Führer», a mediados de agosto, [208] no ha sobrevivido ninguna prueba documental de esto, ni podemos saber por tanto qué es lo que habría motivado esta orden. Parte de la intensificación podría deberse a la propia radicalización del aparato de las SS . De una u otra forma, a partir del 15 de agosto, al menos uno de los *Einsatzgruppen* comenzó a fusilar a mujeres y niños, además de a los hombres. [209] La primera aniquilación documentada de una comunidad judía entera tuvo lugar a principios del mes siguiente. [210] El 1 de septiembre de 1941, todos los judíos de Alemania y de la Europa ocupada por los nazis recibieron la orden de llevar puesta una estrella amarilla. Esto tenía en parte como propósito facilitar su identificación como potencial agente enemigo, [211] y en parte mostrar al mundo exterior que el Reich tenía millones de rehenes bajo su control.

Durante el otoño siguiente a la Carta Atlántica, Angloamérica siguió aumentando de forma constante la presión sobre Hitler. La RAF llevó a cabo repetidos ataques sobre ciudades alemanas, culminando con una serie

de bombardeos sobre Berlín, Colonia y Mannheim a primeros de noviembre. Los bombarderos británicos atacaban casi cada noche los buques de guerra *Scharnhorst* y *Prinz Eugen,* atracados en Brest. 212 En el Atlántico, a mediados de noviembre quedaban solamente veintidós submarinos operativos, un número demasiado escaso para causar algún impacto. Los hundimientos disminuyeron todavía más. En el norte de África, la situación de abastecimiento era desesperada y a finales de septiembre de 1941 Raeder advirtió a Hitler con la máxima contundencia de que el Afrika Korps no podría mantenerse a menos que se produjera un despliegue adicional a gran escala de unidades de la Luftwaffe en este escenario. A lo largo de octubre, barcos alemanes e italianos fueron atacados con tal éxito por unidades con base en Malta que los suministros a Rommel prácticamente cesaron del todo. El 8 de noviembre de 1941, un convoy de vital importancia quedó completamente destruido; los italianos estaban demasiado escasos de combustible para intervenir. Diez días más tarde, los británicos emprendieron la ofensiva en el norte de África.

Pese a las exigencias de la campaña rusa, Hitler seguía todos estos acontecimientos con gran preocupación. Dejó claro que la destrucción de la voluntad británica de resistir, que había sido un objetivo clave de la Operación Barbarroja, todavía estaba lejos de conseguirse. También le inquietaba mucho que los británicos lanzaran una ofensiva desesperada en alguna parte, en nombre de Stalin, cogiendo desprevenido al Eje. Una de las zonas vulnerables era Noruega, donde el Führer nunca dejaba de temer operaciones de comandos, e incluso un desembarco a gran escala, que pondrían en peligro su acceso al mineral de hierro sueco. Otra preocupación eran las Islas del Canal. La principal preocupación de Hitler, sin embargo, era el Mediterráneo, donde existía el riesgo de un retorno británico al continente a través del norte de África, Sicilia, Cerdeña, el Egeo y los Balcanes. Su temor era que el fracaso en el Mediterráneo iría seguido de la desintegración del régimen fascista en Italia, que fue lo que ocurrió exactamente en el verano y el otoño de 1943. «La situación política dentro de Italia», le dijo al SKL (el mando de operaciones navales), «se ha visto sometida a una gran presión debido a la escasez de alimentos y a los bombardeos británicos». Hitler continuó advirtiendo de que el régimen fascista no era en absoluto «tan sólido como el gobierno alemán» y que su sustitución por otro colocaría a Italia «inevitablemente dentro del campo de nuestros enemigos». 213 El Führer culpó de las repetidas negativas a la negociación por parte de Gran Bretaña a la manipulación de los judíos. 214

Estas inquietudes se vieron agravadas por algunos síntomas de malestar dentro del imperio de Hitler. A este le preocupaba la lealtad de sus pueblos

súbditos, en especial, la de los aparentemente pasivos checos, cuya producción armamentística él consideraba insuficiente, y la de los ucranianos, de quienes temía pudieran convertirse en el «punto de encuentro de una resistencia panrusa». 215 No obstante, la primera preocupación de Hitler era el sabotaje y la guerra de guerrillas. La invasión de la Unión Soviética aglutinó a los comunistas de todo el continente en contra del Tercer Reich y causó conmoción entre los movimientos de resistencia de la Europa occidental. En Rusia, el movimiento partisano fue lentamente ganando fuerza y, en el otoño de 1941, estalló en Serbia un levantamiento nacionalista. El 16 de septiembre de 1941, Hitler puso en marcha una serie de medidas militares y diplomáticas para pacificar los Balcanes. 216 Estaba convencido de que Londres (y «los judíos») estaba detrás de todos estos empeños y de que estos iban destinados a conectar con las fuerzas de desembarco británicas.

Entretanto, la amenaza norteamericana se iba haciendo cada vez mayor. El 11 de septiembre de 1941, Roosevelt dio una dramática alocución por radio a la nación, en la que anunciaba que «cuando ves que una serpiente cascabel va a atacarte, no esperas a que lo haga para aplastarla». En torno a la misma época (tras un enfrentamiento entre el *USS Green* y un submarino alemán), dio instrucciones a la marina estadounidense de disparar sin previo aviso a los atacantes alemanes que hubiera a la vista. 217 Hacia finales de mes, Roosevelt pronunció unas palabras en el concurrido salón del simbólicamente llamado Hotel Mayflower, en Washington D. C . En su breve discurso, mencionó a Hitler nada menos que veintiuna veces. Afirmó que el «tiroteo» con Alemania ya había comenzado, que «en la historia consta quién disparó primero» y que «lo verdaderamente importante será quién disparó el último». También sacó un mapa falseado, o como mínimo tan distorsionado que era imposible reconocerlo, de la Inteligencia británica, para afirmar que los planes nazis no atentaban solo contra Latinoamérica, sino también contra Estados Unidos». 218 Mucho más que la Carta Atlántica, los discursos pronunciados por el presidente en septiembre y octubre de 1941 constituyeron en realidad declaraciones de guerra. Todo ello fue acompañado de frecuentes condenas al antisemitismo de Hitler, su despotismo y sus planes para acabar con el cristianismo.

Hitler acusaba la creciente enemistad con Estados Unidos con alarma. La embajada alemana allí le mantenía bien informado y le advirtió de que los diplomáticos estadounidenses de todo el mundo estaban compartiendo información de inteligencia con los británicos. 219 A Hitler le preocupaba especialmente el tamaño de la industria armamentística norteamericana, y era además claramente consciente de que Roosevelt estaba proporcionando

a Stalin material de guerra, así como (desde el 6 de noviembre) préstamos por valor de miles de millones de dólares. Por este motivo, en repetidas ocasiones trató de tranquilizar a sus interlocutores asegurándoles que la capacidad de Estados Unidos estaba muy exagerada. 220 Públicamente, Hitler respondía a las pullas sobre las «cifras» americanas afirmando que el número de europeos que tenía trabajando para él era muy superior al de los americanos que fabricaban armas para Roosevelt. 221 La amenaza no se percibía meramente como militar y económica, sino también racial. En una reunión mantenida con Ciano a finales de octubre de 1941, Hitler reconocía el desafío que los «anglosajones» representaban para el Eje, pero añadía con su característica fanfarronería que no solo había 500 millones de europeos frente a 230 millones de americanos, sino que «solo 60 millones de anglosajones vivían en Estados Unidos, y el resto eran italianos, alemanes y gente de otras razas, 222 lo cual resultaba irónico, dado el escepticismo que él había venido manifestando desde la década de 1920 sobre el valor de la mayoría de los europeos como aliados.

Para empeorar aún más las cosas, cuando ya estaba cerca el momento de enfrentarse al poder combinado de Angloamérica, el estado de la economía alemana, que tanto había preocupado a Hitler a comienzos de 1941, no había mejorado llegado el otoño. Por el contrario, a mediados de septiembre de 1941, el Führer se vio obligado a admitir que la industria armamentística ya estaba «funcionando por encima del máximo de su capacidad». 223 El suministro de materias primas o de alimentos tampoco estaba ya asegurado. El bloqueo británico se mantenía. La principal fuente de suministro de petróleo alemana, en Ploesti, estaba amenazada por los aviones soviéticos estacionados en la península de Crimea. «El Führer», según un informe de principios de septiembre de 1941, estaba «muy impaciente por acabar con la amenaza que esto representaba para las áreas productoras de petróleo de Ploesti». 224 El mensaje estaba claro: a menos que Hitler pudiera conseguir materias primas y aumentar radicalmente la producción, Alemania perdería la guerra de desgaste con Angloamérica.

Por si fuera poco, en el otoño de 1941, Hitler se vio metido de lleno en una grave crisis doméstica. La inquietud generada por el programa de eutanasia y la abierta oposición a este por parte de la Iglesia católica eran grandes. En agosto de 1941, el obispo de Münster, Clemens von Galen, denunció los asesinatos desde el púlpito. 225 Cualquiera que fuera la motivación de Galen, el hecho es que suponía un desafío directo al régimen, porque la ignorancia por parte del Führer de estas impopulares muertes ya no podía alegarse ni asumirse por más tiempo. La indignación de Hitler aumentó cuando la BBC emitió el texto del sermón y la RAF lo

esparció en panfletos lanzados desde el aire por toda Alemania y en las líneas del frente. 226 Esta disputa reflejaba una tensión de mucho más alcance entre el Tercer Reich y el cristianismo, sobre el que el Führer se estuvo explayando en privado a lo largo de todo aquel otoño, arremetiendo contra el «cristianismo judío» 227 y celebrando el hecho de que la Iglesia oscurantista ya no tuviera la fuerza suficiente para «luchar contra las ideas de la ciencia quemando a la gente en la hoguera». En todo caso, Hitler lamentaba que siguiera produciéndose la situación de que los niños recibieran la enseñanza científica verdadera sobre la creación del mundo en una clase, y luego en la de religión les impusieran la «historia de la creación que cuenta la Biblia». 228

Estos conflictos agravaron las ya precarias relaciones entre el régimen y la Iglesia católica, entre otras cosas debido a las continuas iniciativas de algunos líderes locales por eliminar las imágenes religiosas de las aulas, conocidas en general como los «decretos del crucifijo». Para empeorar las cosas, en el partido se iba gestando una crisis de alta política en torno a la figura de Josef Wagner, el *gauleiter* de Westfalia del Sur (colindante con Münster) y comisario imperial para el control de precios. Wagner, católico estricto, ya estaba bajo sospecha, pero la conspiración entró en ebullición cuando su hija, embarazada, anunció su intención de casarse con su amante, un hombre de las SS que había roto con la Iglesia. La esposa de Wagner culpaba y maldecía a su hija en una carta que finalmente acabaría llegando a Hitler y desatando su furia. 229

El creciente número de ataques aéreos también iba minando la confianza en el régimen. La propaganda aliada los justificaba como represalia por las acciones alemanas en Rusia 230 y buena parte de la población los entendía como un frente occidental establecido por los angloamericanos y los judíos para castigarles. 231 Los católicos de Westfalia, por ejemplo, veían una conexión entre el pecado del programa de eutanasia y los especialmente duros ataques de la RAF sobre Münster y sus alrededores. El propio Führer se tomó un vivo interés en la subsiguiente evacuación de los civiles de las áreas urbanas al campo.

Hitler respondió a todos estos problemas con una mezcla de evasión y confrontación, tanto dentro del país como fuera. Rechazó las llamadas a ejecutar a Galen, como Bormann defendía, o a enviarlo a un campo de concentración, como el Ministerio de Justicia deseaba. 232 En lugar de ello, Hitler optó por una solución de compromiso. Aplazaría el castigo de Galen y la confrontación con la Iglesia en general hasta después de la guerra. «Después de la guerra», señaló, «me ocuparé definitivamente de este problema». 233 Entretanto, Hitler ordenó poner fin a los ataques contra los

monasterios el 31 de julio, y el fin de la eutanasia para adultos y niños el 24 de agosto de 1941, de nuevo basándose en que se retomaría una vez acabado el conflicto; la eutanasia «salvaje» (extraoficial), sin embargo, continuó, y acabó con la vida de en torno unas 100.000 personas más. Cuatro días después, el decreto del crucifijo quedó rescindido. A principios de septiembre, Hitler exigió poner fin a cualquier acción «que pudiera afectar negativamente a la unidad del pueblo». 234 Josef Wagner, en cambio, fue defenestrado. En una asamblea cuidadosamente preparada que tuvo lugar en Múnich el 9 de noviembre de 1941, el *gauleiter* fue públicamente vilipendiado y expulsado de la sala y del partido. 235

Con respecto a América, Hitler continuó andándose con mucho cuidado. Se negó a dejar campar a sus anchas a la Kriegsmarine en el Atlántico. En cambio, continuó el largo duelo retórico con Estados Unidos, que culminó en un ataque planificado y definitivo contra Roosevelt el 8 de noviembre de 1941, para marcar el aniversario del *putsch* de la cervecería. Pese a la batalla que asolaba Rusia, su principal énfasis estaba puesto en la lucha contra Angloamérica, especialmente en el inminente combate con Estados Unidos. Si bien la lucha contra el bolchevismo continuaba en el este, Hitler pasaba mucho más tiempo cargando contra el capitalismo occidental y la supuesta conexión entre el mercado bursátil y la industria armamentística y las políticas beligerantes de las democracias occidentales. 236 Y aunque también mencionaba a Stalin y a Churchill, el principal destinatario de los comentarios de Hitler era Roosevelt. El Führer estaba ansioso por desacreditar el falso mapa al que el presidente se había referido en el Hotel Mayflower. «Yo no soy un estudiante de secundaria que dibuja mapas en un atlas del colegio», advirtió, señalando que «Sudamérica [estaba] tan lejos como la luna» para él. Sorprendentemente, Hitler no incidió en la invalidez de Roosevelt pese a ser perfectamente consciente de ella. A principios de noviembre de 1941, el Führer comentó en privado que la prensa americana, por lo general irrefrenable, nunca mencionaba el hecho de que el presidente estuviera en silla de ruedas, y que su estado se ocultaba «muy hábilmente» en actos públicos y en fotografías. 237

Obviamente, Hitler no podía escapar al conflicto con Gran Bretaña, que en otoño de 1941 seguía siendo su adversario más inmediato. En primer lugar, su intención era apuntalar sus defensas en Europa, especialmente en el oeste, donde creía que de manera inminente se produciría un ataque británico de distracción. A finales de octubre de 1941, en el momento álgido de la lucha en el frente oriental, ordenó que las Islas del Canal se convirtieran en una «fortaleza inexpugnable», lo que en dos años finalmente se conseguiría, a costa de un gran esfuerzo y un gasto inútil. 238

En segundo lugar, Hitler acudió en apoyo de la posición italiana en el Mediterráneo, en parte desviando recursos del ya vacilante esfuerzo en el Atlántico, pero, especialmente, a costa del frente del este. A mediados de septiembre de 1941, seis submarinos y un *Fliegerkorps* fueron enviados para ayudar a cubrir las operaciones de los convoys; a estos se añadieron luego más submarinos. 239 Hacia finales de octubre, Hitler ordenó llevar a cabo los preparativos para el envío de una flota aérea entera, al mando de Albert Kesselring, al Mediterráneo. A esta se añadiría otro *Fliegerkorps* del Grupo de Ejércitos del Centro para dar apoyo, pese a las objeciones del OKH . Pese a que el propósito de este despliegue era cubrir las deficiencias italianas, Hitler dejó claro que, aunque los alemanes pudieran desempeñar en la práctica un papel principal en ese escenario, había que procurar respetar las sensibilidades de los italianos. 240

El propósito de todas estas medidas era político a la vez que militar. A diferencia de la jefatura naval, que creía que la defensa del «nuevo orden» en Europa requería la «derrota» de Gran Bretaña, el propio Hitler afirmó en privado, a finales de octubre de 1941, «que incluso ahora estaba dispuesto a firmar la paz con Gran Bretaña en cualquier momento», porque el «espacio europeo» ya era «suficiente» para garantizar «el futuro del pueblo alemán». Alemania tenía su *Lebensraum* , si era capaz de mantenerlo. 241 Dicho esto, Hitler no creía que la paz fuera posible mientras el gobierno de aquel momento, presuntamente controlado por los judíos, ocupara el poder en Gran Bretaña, razón por la cual aumentó la presión militar y diplomática, a fin de desplazar a Churchill.

El 17 de septiembre de 1941, Hitler se reunió con Ribbentrop para hablar sobre la función de la Oficina de Asuntos Exteriores alemana en la deportación de los judíos que se encontraban en la Europa central, del sur y del oeste, donde las ramificaciones diplomáticas eran potencialmente muy grandes. 242 Estas medidas se justificaban en general como represalia a las actividades de resistencia. 243 Un día después, el 18 de septiembre de 1941, Himmler informó a Arthur Greiser, el *gauleiter* del Wartheland, de que «el Führer desea que el antiguo [esto es, anterior a la guerra] Reich y Protectorado [de Bohemia y Moravia] debería vaciarse [de judíos] de oeste a este, lo antes posible» y estos debían ser enviados al gueto de Lodz. 244 El 7 de octubre, Hitler dio la orden de que «todos los judíos debían ser expulsados del Protectorado», enviándoles no al Gobierno General como primera medida, sino «más al este, de forma inmediata». Estas deportaciones se retrasaron debido a la «gran necesidad de capacidad de transporte de los militares»; 245 las prioridades indican que la lucha contra los judíos se percibía no solo como un frente más dentro de la guerra en

general, sino uno muy importante. Las deportaciones de judíos desde Bohemia y Moravia, y desde el Reich alemán, comenzaron una semana más tarde, el 15 de octubre de 1941. El 23 de octubre, Himmler prohibió cualquier emigración judía; ya no había escape.

Estas medidas no iban destinadas solo a eliminar el supuesto peligro de la subversión judía, sino también a disuadir a Estados Unidos. Por esta razón, los judíos de la Europa central y occidental debían ser deportados, pero todavía no sistemáticamente asesinados. Eran explícitamente considerados como rehenes contra la eventualidad de una entrada americana en la guerra. 246 Cuando Rosenberg exigió represalias contra los judíos alemanes por la deportación de los alemanes del Volga ordenada por Stalin, Hitler se negó. 247 La Oficina de Asuntos Exteriores le informó de que el Führer estaba «reservando esta medida para el caso de una entrada de Estados Unidos en la guerra». 248 Hitler expresó esta supuesta conexión entre la guerra, especialmente la posibilidad de un conflicto abierto con Estados Unidos, y los judíos en varias ocasiones. El 24 de octubre de 1941, repitió, en privado, la «profecía» que ya había hecho en enero de 1939. 249 Tres semanas más tarde, Goebbels hizo públicamente la misma conexión en un artículo publicado en el semanario *Das Reich* con el titular «Los judíos tienen la culpa», y añadiendo que «ahora estamos experimentando el cumplimiento de esta profecía y la judería está experimentando un destino que, aunque duro, es más que merecido», es decir, «un proceso gradual de exterminio». 250 Dos días después, Rosenberg repitió el mismo argumento en una conferencia de prensa. El mensaje no podía estar más claro.

Entretanto, Hitler no olvidaba su estrategia a largo plazo contra Angloamérica. Con el avance en Rusia, el establecimiento de un enorme imperio autártico alemán en Ucrania y en el Cáucaso, colonizado en un principio por soldados-granjeros, le parecía estar ya a punto de hacerse realidad. 251 Hitler ya tenía el espacio necesario para desarrollar sus planes de asentamiento, concebidos hacía mucho tiempo, destinados a crear unas colonias al estilo estadounidense, que absorberían el excedente demográfico alemán, en lugar de permitir que emigrara, como había ocurrido en el pasado. De hecho, esperaba poder traer de vuelta a algunos de estos emigrantes, así como atraer a colonos de alto valor procedentes de toda Europa. «En diez años», predijo Hitler a mediados de octubre de 1941, cuatro millones de alemanes se asentarían allí y, en veinte, serían «como mínimo diez millones», procedentes «no solo del Reich, sino especialmente de América, y también de Escandinavia, Holanda y Flandes». «Aquí, en el este», explicó, «se repetirá el proceso de la conquista de América». 252

Lo que Hitler estaba planteando con ello no era en absoluto una

reaccionaria utopía agraria. Lo que él buscaba era un este alemán al estilo moderno americano, no la vuelta a un paraíso rural tradicional. Hitler descartó específicamente el asentamiento de habitantes de ciudades alemanes en el campo ucraniano. Sin duda, un campesinado alemán recio y productor de grandes cantidades de grano era esencial para su visión del *Lebensraum* , pero también lo eran las carreteras y vías férreas para conectar las nuevas tierras con los centros industriales metropolitanos. En adelante, las vías férreas se utilizarían solamente para transportar mercancías; la mayoría de los viajes de otro tipo se realizarían en automóvil. Hitler veía el Reich como entrecruzado por dos inmensas arterias en forma de autopistas: una hacia la recién germanizada ciudad de Trondheim, en Noruega, y la otra hacia Crimea. Después de la guerra, el *Volksgenosse* alemán podría utilizar sus coches Volkswagen para ver los territorios conquistados, lo que predispondría mejor a defenderlos. Hitler consideraba las autopistas como un instrumento no solo de transporte, sino también de integración. Y así como las *Autobahnen* originales habían sido «la mejor herramienta para los estados alemanes más pequeños», «las nuevas autopistas» conectarían a los «estados más pequeños de Europa con el Reich alemán». 253 «Los ferrocarriles circunvalan un espacio», proclamó, «pero las carreteras lo abren».

El pensamiento de Hitler sobre el destino de la población nativa fluctuaba entre las soluciones británicas, más suaves, y las americanas, más drásticas. Por un lado, rápidamente se iba distanciando de la idea de otorgar ningún tipo de categoría de Estado a los ucranianos y otros pueblos. En una frase reveladora, Hitler se refirió a la población eslava como indios, con lo que pretendía compararlos con los «indios» de América y no del subcontinente asiático. 254 El hombre de Rosenberg en el cuartel general del Führer lo percibió con desagrado y advirtió del peligro de que el Ostministerium acabara animando a «los eslavos hacinados en reservas [*sic*] a emigrar o extinguirse lo antes posible». Aquellos que se interpusieran en los planes de colonización alemanes, como los tártaros de Crimea, explicó Hitler a principios de octubre de 1941, serían expulsados. El resto podría quedarse vegetando en sus ciudades, sin recibir los beneficios de la educación ni ningún otro servicio. 255 Para ellos, explicó el Führer, «el gobierno británico de la India» era «el objetivo al que aspiraba nuestra administración en el este». 256

A finales de septiembre de 1941, Hitler aprobó unas directrices políticas respecto a Ucrania, motivadas en gran medida por el deseo de asegurar que la siembra y la recogida de la siguiente cosecha se producía sin contratiempos. 257 En tanto que los ucranianos no judíos colaboraran en los

temas agrícolas, la administración alemana mantendría «una actitud benevolente». El «objetivo económico a largo plazo» era la «evolución natural de Ucrania para convertirse en el granero de Europa», mientras que «todo el espacio del este» debía convertirse en «el principal mercado para la industria europea», financiado a su vez mediante la venta de alimentos y materias primas. En última instancia, dicho con otras palabras, la idea de Hitler no consistía solo en un sistema de extracción violenta, sino más bien en un intercambio desigual cuyas condiciones comerciales establecía él. Mientras que algunos planificadores nazis hallaban todo tipo de inspiración en los modelos de colonialismo europeo a la hora de concebir el nuevo «este», 258 el propio Hitler se mantenía resueltamente centrado en el ejemplo angloamericano. Su tratamiento de la población eslava no se inspiraba solamente en la experiencia colonial en África de los alemanes, u otros europeos, sino en la India británica, el sistema de mandato y el exterminio angloamericano de los indios de Norteamérica. Aún en el otoño de 1941, por tanto, la solución de «la India» británica para el espacio postsoviético seguía en pugna con la «americana».

La Operación Tifón, la ofensiva sobre el frente central en preparación de un avance sobre Moscú, comenzó el 2 de octubre de 1941. La proclamación de Hitler que la acompañó recordaba a la Wehrmacht la naturaleza y el propósito de la campaña. Luchaban contra una horda de «bestias» que defendían un régimen soviético que había convertido las riquezas de Rusia en pobreza y hambre. 259 «Este es el resultado», afirmó, «de veinticinco años de dominio judío, cuyo bolchevismo es en realidad la forma general de capitalismo». «Los abanderados de este sistema», proseguía Hitler, eran de hecho «los mismos en ambos casos», es decir, «judíos y nada más que judíos». 260 En otras palabras, contra lo que Hitler estaba luchando en Rusia no era tanto el comunismo como las bestiales marionetas del capitalismo y la judería mundial. Sobre todo, continuaba el Führer, la ofensiva era una «batalla decisiva» destinada a «asestar un golpe definitivo contra el instigador de la guerra, la propia Gran Bretaña». «Porque al aplastar a este enemigo», explicaba a las tropas, «eliminaremos al último aliado de Gran Bretaña en el continente». 261 Con ello Hitler se limitaba a reproducir los mismos argumentos esgrimidos antes para la Operación Barbarroja, que no iba dirigida principalmente contra la Unión Soviética, sino contra el Imperio británico.

Al principio, todo fue bien. Las unidades alemanas fueron arrasando las defensas soviéticas en el frente central. 262 Cientos de miles de prisioneros

fueron capturados en grandes batallas de cerco en Briansk y Vyasma. En el sur, la Wehrmacht volvió a realizar un gran avance. Invadió toda la península de Crimea, a excepción de Sebastopol; algunas unidades de las SS llegaron enseguida a Mariupol, en el mar de Azov. Tropas alemanas cruzaron el río Mius, y hacia finales del mes siguiente, tomaron Rostov, la puerta de entrada al Cáucaso. Una semana después de iniciada la ofensiva, Hitler ya se disponía a reivindicar la victoria. El Führer esperaba, como comentó en privado, rentabilizar el «efecto de esta noticia en la opinión pública mundial». 263 El 8 de octubre de 1941, convocó a su secretario de prensa, Otto Dietrich, para decirle que al día siguiente anunciara a toda la prensa mundial que la Unión Soviética había sido derrotada. 264 Esta acción de Hitler no obedecía a ninguna vana ilusión por su parte, sino a la determinación de desanimar a Gran Bretaña, disuadir a Estados Unidos 265 y alentar a Japón. 266 El mensaje no iba dirigido al consumo interno, sino externo, razón por la que fue comunicado por vía de Dietrich en lugar de por vía de Josef Goebbels. Su éxito dependía no tanto del desempeño real de las operaciones militares, como de imponer –aunque fuera solo temporalmente– su relato.

Durante algunas semanas de octubre y primeros de noviembre, pareció que la estrategia de Hitler podría triunfar. La Wehrmacht se fue acercando más aún a Moscú, en aparente vindicación del anuncio de Dietrich. Había consternación en Londres y Washington, y Alemania se hizo amplio eco de ella. A mediados de octubre, Hitler predijo que «la rápida caída de Rusia tendría un efecto devastador sobre Gran Bretaña». 267 Pero a medida que iba avanzando noviembre, empezó a parecer claro que las cosas no estaban saliendo conforme a lo planeado. Churchill no daba señales de ceder. A primeros de noviembre, la RAF atacó con fuerza sobre Colonia, Mannheim y Berlín, mientras el 8º Ejército británico se abría paso en el norte de África. La posición italiana parecía más débil que nunca. Lejos de sentirse intimidado por los éxitos alemanes en Rusia, Roosevelt los utilizó para advertir a los americanos de que ellos serían los siguientes. Entretanto, la resistencia soviética se iba endureciendo cada vez más. Hitler comentó que el Ejército Rojo estaba luchando con una «locura fanática y brutal». 268 La nieve y la lluvia convirtieron las carreteras rusas en barrizales; luego, el frío y el hielo paralizaron las unidades acorazadas y mecanizadas. El reabastecimiento fue haciéndose cada vez más difícil. El avance se ralentizó. A finales de noviembre, el Ejército Rojo reconquistó Rostov y cerró la puerta de acceso al Cáucaso. Al día siguiente llegaron más malas noticias. Hitler se reunió con su ministro de Armamento, Fritz Todt, y con Walter Rohland, el jefe de la producción de carros de combate. Este último

le dijo que la guerra no podría ganarse; Todt se mostró de acuerdo en que la victoria militar era ya imposible y que la guerra debería terminarse «políticamente». 269 El 5 de diciembre de 1941, los rusos lanzaron un contraataque a gran escala ante las mismas puertas de Moscú. El Grupo de Ejércitos del Centro empezó a retroceder, aunque hasta aproximadamente una semana más tarde Hitler no fue plenamente consciente de la gravedad de la situación. 270

Hitler estaba ya convencido de que se encontraba en un callejón sin salida, no solo en Rusia, sino en general. Con gran parte de sus fuerzas empantanadas, el Führer empezó a perder la fe en la lucha acorazada. «Yo nunca he utilizado la palabra *Blitzkrieg* », insistió el 8 de noviembre de 1941, «porque es una palabra completamente estúpida». 271 En el cuartel general de Rastenburg, las recriminaciones eran cada vez más frecuentes y más duras. El 16 de noviembre, Hitler desahogó su frustración ante la grave situación del abastecimiento debida a los atascos ferroviarios con una diatriba contra el intendente general, Eduard Wagner, a quien calificó de «teórico ridículo». Mientras el ataque continuaba en un punto muerto, acusó también a los generales, especialmente a Bock, de haberle convencido de atacar Moscú, cosa que él nunca había querido. 272 El 19 de noviembre de 1941, dos días después del inicio de la ofensiva británica en el norte de África, y con el telón de fondo de la cada vez más estancada situación en Rusia, Hitler había admitido que Gran Bretaña y el Reich nunca podrían derrotarse el uno al otro. 273 Una semana después, Hitler dio un paso más allá al comentar a un visitante que «si alguna vez el pueblo alemán dejara de ser tan fuerte y tan sacrificado como para entregar su propia sangre en aras de su existencia, merecería fenecer y ser destruido por una potencia más poderosa». 274 Por primera vez en toda la guerra, algo más de una semana antes de la gran contraofensiva rusa frente a Moscú, y al menos dos semanas antes de que Estados Unidos entrara en la guerra, Hitler estaba contemplando la derrota y aniquilación de Alemania.

Hitler respondió a este empeoramiento de la situación con una combinación de medidas militares, económicas, raciales y diplomáticas. En Rusia, la lentitud del avance hacia Moscú le tenía abatido, pero no reaccionó violentamente hasta el estancamiento de la ofensiva al sur, cuya misión era entrar en el Cáucaso. Su nerviosismo contrastaba con la actitud –todavía– relativamente relajada de los jefes de la Wehrmacht. 275 El 2 de diciembre, el Führer fue en avión a visitar al Grupo de Ejércitos del Sur y ver la situación por él mismo. Cuando Rundstedt ordenó una retirada ante el contraataque soviético en Rostov, Hitler le relevó del mando sumariamente. Esta fue la primera gran crisis habida en el este y, en

general, la primera en ser resuelta con un relevo público del mando. Durante algunos días más, Hitler mantuvo la ilusión de que pronto podría reanudarse el avance, 276 pero, de hecho, aquel año no habría más ofensivas al sur. Las implicaciones que esto supuso para Hitler fueron enormes, mucho mayores que el fracaso de no poder tomar Moscú, porque todas las esperanzas de llegar hasta los yacimientos petrolíferos en el norte del Cáucaso tuvieron que abandonarse. El Reich no contaría con un suministro energético asegurado antes de Navidad. Barbarroja había fracasado en toda regla: no había obligado a los británicos a pedir la paz, no había disuadido a Roosevelt y no había conseguido los recursos necesarios para enfrentarse a la entrada de Estados Unidos en la guerra, prevista para el año siguiente.

La renovada importancia de las consideraciones económicas, brevemente relegadas ante las prioridades militares y políticas del ataque sobre Moscú, se hizo cada vez más evidente a partir de finales de 1941. El 22 de noviembre, Hitler señaló que «todas las guerras» eran motivadas en un principio no por factores «raciales», sino «económicos». Y decididas por la «producción de armamento, tanques y municiones». Por esta razón, tendría que promover el «armamento» alemán de forma que el enemigo se quedara «sin aliento». 277 Esto es lo que motivó el decreto de Hitler del 3 de diciembre de 1941 para la «Simplificación y Aumento de nuestra Producción Armamentística», 278 una respuesta directa al estancamiento global detectado. En él se ponía mayor énfasis en la «producción en masa» y la «racionalización» a costa de «equipos técnica y estéticamente más desarrollados, de mejor calidad artesanal». Resulta difícil imaginar un rechazo más directo del *Mittelstand* alemán y de los inveterados valores artesanales alemanes, y una acogida más clara del modelo de Ford. Hitler finalmente había reconocido que la guerra no se ganaría con la calidad alemana, sino con la cantidad americana.

Aproximadamente por esta misma época, Hitler potenció también sus políticas raciales, si bien no está claro si lo hizo en respuesta a los acontecimientos inmediatos o como parte de un plan a largo plazo. El 28 de noviembre de 1941, recibió al gran muftí de Jerusalén, un paso importante dirigido tanto contra el Imperio británico como contra el enemigo común de la judería mundial. 279 El muftí expresó su agradecimiento al Führer por su «simpatía por la causa árabe y especialmente la palestina», y se condolió con él por el sufrimiento que ambos habían experimentado a manos de «británicos y judíos». Hitler prometió no solo librar una «inflexible batalla contra los judíos», sino no tolerar tampoco su presencia en Palestina, donde constituían «un punto estatal clave para la destructiva influencia de los intereses judíos» en el mundo en general. Con el tiempo, el muftí se

convertiría en un entusiasta partidario de asesinar judíos en Palestina y en Europa, dondequiera que se hallaran. 280 Un día después, sin guardar ninguna relación con la visita del muftí, la Oficina de Seguridad del Reich cursó una convocatoria para una conferencia de secretarios de Estado dirigida a resolver los detalles burocráticos de la «solución global a la cuestión judía».

Diplomáticamente, Hitler respondió a este punto muerto tratando de estrechar la unión con Japón; le aterrorizaba que Tokio pudiera dejarle en la estacada. 281 Hitler no sabía que la fuerza de combate de portaaviones japonesa ya iba camino de atacar Pearl Harbor el 26 de noviembre de 1941. Tokio pidió que el apoyo que Alemania le había prometido en caso de hostilidades con Estados Unidos quedara formalizado en un tratado. Decidido a no permitir que Japón se enfrentara a Estados Unidos solo, y convencido de que Roosevelt estaba a punto de entrar en la guerra de todas formas, el Führer aceptó. Rápidamente, se redactó un tratado en el que Hitler prometía que «en caso de guerra entre Japón y Estados Unidos», él mismo se consideraría de inmediato en guerra con América; lo mismo sería aplicable a Japón en el caso de que Alemania o Italia se encontraran en guerra con Estados Unidos. 282 La redacción del texto dejaba claro que no se trataba solo de un tratado defensivo, sino principalmente ofensivo.

El 7 de diciembre de 1941, los japoneses lanzaron un devastador ataque por sorpresa sobre la flota estadounidense del Pacífico estacionada en Pearl Harbor. 283 Hitler reaccionó a la noticia con sorpresa, pero también con alivio. 284 Pese a la tensión que de forma constante había ido acumulándose con Estados Unidos, Alemania no tenía ninguna medida militar prevista con antelación. Los submarinos estaban concentrados no en la costa este de Estados Unidos, sino en el Mediterráneo; el resto estaban esparcidos por todo el Atlántico. Esto era en parte consecuencia de las exigencias de la guerra contra Gran Bretaña, y, en parte, del deseo de no facilitarle a Roosevelt un pretexto para entrar en la guerra antes de que Hitler estuviera preparado. Por otra parte, Hitler se sintió aliviado de que Japón acaparara importantes recursos británicos y norteamericanos en Extremo Oriente, y aceptaba no solo tener que cumplir sus compromisos del tratado con Tokio, sino que era de vital interés para él evitar que su aliado fuera derrotado por sí solo. En todo caso, el Führer estaba convencido de que él ya estaba de facto en guerra con Estados Unidos. 285 De una forma u otra, estaba decidido a tomarle la delantera a Roosevelt. Esta vez, a diferencia de lo ocurrido en 1917, el Reich no esperaría a ser atacado por Estados Unidos, sino que sería el primero en golpear directamente. El Führer se apresuró por tanto a llegar desde su cuartel general en Prusia Oriental a Berlín, a fin

de rematar las negociaciones sobre el tratado con Japón, preparar su propia declaración de guerra y diseñar la estrategia global para enfrentarse a la nueva situación.

Militarmente, la respuesta de Hitler fue rápida. El 8 de diciembre, el día después de Pearl Harbor, emitió la Directiva 39, que ordenaba «detener inmediatamente todas las operaciones de ataque importantes» en el este e instaba a la Wehrmacht a «pasar a la defensiva». 286 Lo justificaba relacionándolo con la «inesperadamente temprana y brusca llegada del invierno» y los consiguientes «problemas de abastecimiento», pero esto no era más que una parte del motivo. La directiva era en primer lugar una reacción no solo a la contraofensiva soviética ante Moscú, sino al sentimiento general de haber ido entrando en un callejón sin salida a lo largo del mes anterior y al nuevo contexto global generado por la entrada de Japón en la guerra. Fue una decisión libre de Hitler, no impuesta por Stalin. La crisis del invierno a las puertas de Moscú –que ya se estaba propagando a la línea del frente– todavía no había hecho mella en él. Antes incluso de Pearl Harbor, Hitler tenía la mirada puesta en Occidente, no en Oriente. 287

El 11 de diciembre de 1941, Hitler le presentó al Reichstag su declaración de guerra contra Estados Unidos. 288 El ambiente era sombrío y su discurso fue precedido de una notablemente pesimista introducción de Göring. El tono de Hitler fue medido y grave, casi fúnebre. Subrayó las pérdidas de la campaña rusa, que –según comunicó al Reichstag– le habían costado a la Wehrmacht 162.314 muertos, 571.767 heridos y 33.334 desaparecidos. Hitler presentó la nueva guerra como una lucha generacional que le había sido impuesta por la perfidia de Roosevelt y la manipulación de los judíos. A continuación, pasó a disparar contra su blanco principal, Roosevelt. Basándose en los informes del embajador polaco en Washington, el conde Potocki, acusó al presidente norteamericano de haber animado a Varsovia a resistirse a las justificadas demandas alemanas en 1939. El Führer explicó esta perfidia refiriéndose al funcionamiento del capitalismo estadounidense, al que, afirmaba, la Comisión Nye había culpado de la entrada americana en la Primera Guerra Mundial. Todo esto, según Hitler, estaba ocurriendo por deseo del «judío eterno», el «poder» que había detrás de Roosevelt, que trataba de reducir a Alemania al mismo caos y sometimiento que la Unión Soviética. Retomando los mismos temas que habían formado parte de su repertorio retórico durante los dos años anteriores, el Führer planteaba la lucha como una «lucha de liberación» de Japón y del Reich alemán contra la ambición de Roosevelt de establecer una «dictadura económica ilimitada» en todo el

mundo en conjunción con Gran Bretaña. Era la sublevación de los «desposeídos» contra el «presidente americano y su camarilla plutócrata».

Hitler también presentaba la guerra como una lucha racial entre dos «tribus» del pueblo germano. «No fue Inglaterra la que civilizó al continente», afirmó, «sino que fueron tribus germánicas de nuestro continente, anglosajones [*sic*] y normandos, los que partieron hacia esa isla, favoreciendo un desarrollo ciertamente singular». Este fue otro ejemplo más de la admiración del Führer por la excepcionalidad británica. «De igual manera», continuó diciendo, «tampoco fue América la que descubrió a Europa, sino al contrario», por lo que cualquier valor que pudiera poseer procedía del viejo continente, aunque, desde entonces, Estados Unidos había sido corrompido por la influencia «judía» y «negroafricana». De hecho, subrayó el Führer, Alemania había «ayudado a defender a Estados Unidos con la sangre de muchos de sus hijos». En este sentido, aunque Hitler no lo expresara exactamente con las mismas palabras, el nuevo conflicto constituía también una guerra civil germánica. Por tanto, hacia el final del discurso, como resumen, Hitler habló del choque entre el Reich y «el mundo anglosajón-judío-capitalista» que estaba tratando de «exterminar» a Alemania. Estos temas, los mismos que venían impulsando a Hitler desde la década de 1920, le llevaban en aquel momento a su conclusión lógica: una guerra de aniquilación contra los anglosajones, los judíos y sus marionetas los bolcheviques.

Con la declaración de guerra contra Estados Unidos llegó el momento que culminaba toda la trayectoria de Hitler y, como hemos visto, también el que, a su modo de ver, él se había esforzado tanto en evitar o retrasar. 289 Lo que le había llevado a la guerra con la nación más poderosa de la Tierra no eran ni la ignorancia ni la indiferencia, sino la convicción de que la confrontación era inevitable, antes o después. Fue la única declaración formal de guerra que Hitler hizo en su vida. El discurso marcó un punto y aparte en el largo duelo retórico de Hitler con Roosevelt. La hasta entonces larga guerra fría se caldeó definitivamente. A partir de ese momento, el Reich ya no respondería solo con palabras, sino con las armas.

A lo largo de las siguientes semanas y meses, las consecuencias del giro de Hitler hacia la guerra mundial se hicieron evidentes. Las primeras víctimas fueron los judíos, los rehenes a quienes a partir de ese momento se hizo responsables del comportamiento de Estados Unidos. El 12 de diciembre, el día después de la declaración de guerra a Estados Unidos, Hitler se reunió con los *gauleiter* en una conferencia convocada a toda prisa. 290 En ella les recordó su amenaza de 1939 de tomar represalias contra la judería en el caso de que «empujaran» a Europa a la guerra. «La

guerra mundial ya está aquí», continuó, «[y] la exterminación de los judíos debe ser la consecuencia necesaria de ello». 291 Del mismo modo, ordenó a Rosenberg, cuyo importante discurso sobre la judería mundial se había visto retrasado por la entrada de Estados Unidos en la guerra, que borrara las referencias a los «judíos de Nueva York», dado que su evidente intención amenazante en ese momento ya no hacía falta. Rosenberg sugirió hablar entonces del «exterminio de los judíos». «El Führer», dejó anotado, «aprobó este enfoque y dijo que ellos nos habían echado encima la guerra» con toda su «destrucción», por lo que «no debía extrañar que las consecuencias también las sufrieran ellos antes que nadie». 292 En Rusia, judíos de ambos sexos y de todas las edades, con o sin uniforme, llevaban tiempo siendo tratados como combatientes ilegales y asesinados sin más trámites. 293 Ahora los judíos de Alemania, así como los de Europa central y occidental, serían asesinados también. Ya fuera la entrada de Estados Unidos en la guerra el factor decisivo, o un mero catalizador de esta medida, 294 una cosa es clara: la principal motivación y el contexto determinante para la guerra de aniquilación de Hitler contra la judería europea fue su relación con Estados Unidos, que en ese momento estaba entrando en una fase nueva y más letal. El asesinato de los judíos era un tema ya zanjado; solo quedaban pendientes las cuestiones referentes a su definición y puesta en práctica.

La guerra mundial de Hitler requería una estrategia también mundial. Con el ataque japonés sobre la posición británica en Asia oriental, la ruptura con el Imperio británico –otra confrontación que Hitler había tratado por todos los medios de evitar– era ya total. El 9 de diciembre de 1941, la reunión secreta con el muftí se hizo pública. Hitler estaba ya irrevocablemente alineado con las fuerzas anticoloniales de Oriente Medio. Pese a todas sus ambigüedades personales sobre el destino de la raza blanca en Oriente Medio, estaba exultante con las victorias japonesas. 295 El 13 de diciembre, Hitler se reunió con Oshima para tratar sobre la nueva situación. 296 En Año Nuevo, dijo, se reanudarían importantes operaciones en Rusia. También afirmó que su «objetivo principal» era «primero la destrucción de Rusia» y a continuación «avanzar a través del Cáucaso hacia el sur» y «torpedear a las fuerzas navales y a la marina mercante anglosajonas [*sic*]». Su primer ataque sobre Rusia sería al sur, en parte «debido al petróleo», e iría seguido de otro en Irak y en Irán contra el Imperio británico. Solo entonces volvería a centrar su atención en el sector central. La toma de Moscú era «menos importante para él». En varias ocasiones, Oshima sugirió que Japón y el Reich coordinaran sus operaciones, pero Hitler no mostró mucho interés en ello. Lo único que pidió específicamente a los

japoneses fue que cortaran el suministro de material de guerra americano a la Unión Soviética vía Vladivostok, lo cual estos nunca hicieron.

La nueva situación militar también llevó a Hitler a consolidar su autoridad dentro de la Wehrmacht. A mediados de diciembre de 1941, tomó conciencia de la magnitud de la crisis en el frente central. 297 Muchos comandantes, cuyos soldados estaban exhaustos, en clara desventaja numérica y a menudo bajo la amenaza del cerco, quisieron retirarse. Hitler dio permiso para algunas retiradas, pero a la mayoría del ejército le exigió que se mantuviera firme. Explicó que era igual de peligroso retroceder, abandonando de este modo posiciones fijas, que aguantar. Además, argumentaba el Führer, eso suponía «tener que abandonar artillería y equipamiento militar». El comandante del Grupo de Ejércitos del Centro, Bock, se mostró de acuerdo con esta valoración, y afirmó que la decisión de retroceder o no era una cuestión de criterio muy delicada, y que a veces solo cabía tomarla lanzando una moneda al aire. 298 Durante los primeros días que siguieron, fue bombardeado con llamadas telefónicas y órdenes de Hitler exigiendo que «no diera ni un solo paso atrás» y «aguantara hasta el final, pasara lo que pasara». 299 El 17 de diciembre, Bock –que ya había solicitado dejar el cargo por motivos de salud– fue invitado a presentar su dimisión y relevado del mando del Grupo de Ejércitos del Centro. Dos días más tarde, el 19 de diciembre de 1941, Hitler saqueó Brauchitsch y él mismo asumió el mando supremo del ejército.

Hitler veía el nuevo conflicto como una guerra de desgaste. La clave para la victoria residía en la producción y la destrucción. Uno de los frentes era el transporte. Hitler veía el «problema del tonelaje» como la «cuestión decisiva para el actual curso de la guerra». Quien lo resolviera «probablemente ganaría la guerra». 300 O bien los submarinos causaban la suficiente destrucción para cortar las vitales «vías de subsistencia» de Gran Bretaña o bien ellos mismos serían destruidos en un número suficiente como para hacer inevitable la destrucción del Reich. La misma lógica cabía aplicar al transporte aéreo y al terrestre, en todos los escenarios. Los frentes estaban estrechamente interconectados en la mente de Hitler, entre otras cosas debido a las inmensas cantidades de equipamiento que entonces estaban recibiendo los rusos por parte de Angloamérica, y de las que él estaba absolutamente al tanto. 301 Justo a finales de diciembre de 1941, el Führer le comentó a Raeder que preferiría el hundimiento en el Ártico de «cuatro buques que transportaran tanques al frente ruso» que la destrucción de un tonelaje mucho mayor en el Atlántico Sur. 302 Si en la década de 1930 Hitler había participado en una batalla por el consumo contra el sueño americano, en ese momento se había embarcado en una batalla por la

producción contra la Unión Soviética y –especialmente– Angloamérica.

Para ello, el Reich necesitaba de millones de trabajadores más. «No estamos faltos de soldados», se lamentaba Hitler a principios de diciembre de 1941, «sino de trabajadores». 303 El día de Nochebuena emitió un decreto oficial en el que establecía que la cuestión «decisiva» para la economía de guerra alemana era en aquel momento cómo integrar a los prisioneros soviéticos de guerra en el sistema de producción. Esto requería, continuaba, «la provisión de un racionamiento adecuado y desterrar el peligro de una epidemia de tifus». 304 La jerarquía racial del comienzo de la Operación Barbarroja, por tanto, se había invertido. En aquel entonces el plan de Hitler había sido matar de hambre a los eslavos, pero mantener vivos a los judíos de Europa central y occidental para que le sirvieran de rehenes. Ahora los eslavos vivirían, aunque solo fuera para trabajar, y los judíos morirían.

17

La lucha contra los «anglosajones» y la «plutocracia»

A medida que el nuevo año iba avanzando, Hitler estaba convencido de estar librando una guerra global de aniquilación. O bien Alemania destruía completamente a sus enemigos, o sería destruida por ellos. «Si el pueblo alemán ha perdido su fe», le dijo Hitler a Himmler durante un almuerzo privado el 27 de enero, «si el pueblo alemán ya no está dispuesto a entregarse en cuerpo y alma a fin de sobrevivir, entonces el pueblo alemán no tendrá más opción que desaparecer». [1] En Rusia, se encontraba inmerso en una lucha desesperada contra el Ejército Rojo a lo largo de todo el frente central. A escala global, Hitler creía enfrentarse a un complot plutocrático para acabar con el Reich y someterlo a la esclavitud de las fuerzas del capitalismo internacional. De hecho, la guerra con los judíos estaba a punto de convertirse en el mayor crimen de la historia de Europa, que él consideraba un mero acto de destrucción preventiva.

No obstante, el combate militar y político más importante seguía siendo el enfrentamiento con Angloamérica o, como Hitler lo denominaba invariablemente, utilizando el lenguaje popular alemán, los «anglosajones» (*Angelsachsen*). La entrada de Estados Unidos en la guerra puso aún más de manifiesto esta lucha «racial». Hasta el final, ya fuera en privado o en documentos oficiales, Hitler no dejó de referirse a las «potencias anglosajonas», [2] los «estadistas anglosajones», [3] «las unidades anglosajonas» o simplemente «los anglosajones». [4] Con estas palabras expresaba odio, temor y respeto. Cuando Kesselring alabó las capacidades de los soldados británicos, Hitler le miró con dureza y replicó: «Sí, ellos también son germánicos»; [5] de hecho, él los consideraba, junto con los americanos de ascendencia anglosajona, los mejores alemanes. El concepto del Führer de parentesco racial y un incómodo sentido de inferioridad volvió a aflorar a la superficie cuando en un discurso declaró que «en realidad, nosotros colonizamos a los británicos, no los británicos a nosotros». [6] En privado, continuaba mostrando su admiración por los británicos. [7] Consciente de los peligros de este peculiar discurso, Goebbels ordenó al Ministerio de Propaganda, el 13 de enero de 1942, que la palabra «anglosajón», que sugería un parentesco racial, fuera sustituida por la

expresión «plutocracia angloamericana». [8] No sirvió de nada, ya que prácticamente todo el mundo, empezando por el Führer, continuó refiriéndose a ellos como «anglosajones». El mundo exterior podía pensar que para el nazismo esto era una diferencia insignificante, pero para Hitler la distinción era crucial. La guerra enfrentaba a los teutones –*Germanen* – contra los anglosajones. Se había convertido en un choque entre arios.

Lo que era aún peor, desde el punto de vista de Hitler, el nuevo enemigo estaba formado por alemanes (al igual que lo estaba Gran Bretaña); por los alemanes mejores y más brillantes, que se habían trasladado allí en los siglos XVIII y XIX y que por consiguiente la madre patria había perdido. La parte racialmente valiosa de Estados Unidos no solo era el *alter ego* de Alemania, sino que constituía lo mejor de sí. Volviendo al tema sobre el que había elaborado todo el concepto del *Lebensraum* , a mediados de febrero de 1942 dijo ante un público de cadetes del ejército que había «continentes» –refiriéndose a Norteamérica– que «habían llegado donde habían llegado gracias a la infusión de sangre alemana». Esto, continuó diciendo Hitler, había sido consecuencia del desequilibrio histórico entre el crecimiento de la población alemana y el espacio disponible para alimentarla. El constante declive de los «niveles de vida alemanes» les había obligado a «emigrar a otros territorios, traicionando así a su patria y a su pueblo». De este modo, Hitler explicaba con todo detalle que la terrible consecuencia de todo ello era que pronto se encontrarían luchando contra sus propios hermanos. «Nosotros suministramos el fertilizante a todos los estados que hoy se enfrentan contra nosotros», lamentaba. Si alguien admiraba a «América y su tecnología» en aquel momento, continuó Hitler, él no podía por menos que señalar que «los ingenieros de la América actual» pertenecían «en su mayoría a la segunda o tercera generación de emigrantes alemanes». «Nosotros les proporcionamos esa materia prima», prosiguió diciendo, añadiendo que «todo el material de buenos soldados que tienen procede de nuestra patria alemana». [9] Según Hitler lo veía, la guerra con Estados Unidos también era por tanto una guerra civil alemana.

Nada sintetiza mejor la ambivalencia de la relación entre la Alemania nazi, Estados Unidos y el Imperio británico que el continuo, y entonces clandestino, intercambio de fotografías entre ambos bandos a raíz del estallido de la guerra. Desde la primavera de 1942 y hasta el final de la guerra hubo un vuelo diario entre Lisboa y Berlín que transportaba fotos para y de los Aliados occidentales (unas 40.000 en total). [10] Hitler figuraba en la lista de destinatarios y cada día recibía personalmente sus copias de la mano del enviado de Ribbentrop, Walter Hewel, si bien se desconoce el

uso que hacía de ellas. El propósito no era simplemente adquirir información de inteligencia militar o política, sino participar de este modo en una especie de envío de mensajes encubierto. Los propagandistas nazis utilizaban las fotografías proporcionadas por la agencia Associated Press para demostrar las tesis de su propaganda antisemita y anticapitalista contra Estados Unidos. 11 En la dirección inversa, se enviaban fotos seleccionadas del Führer para conformar la imagen de Hitler al otro lado del Atlántico que luego eran publicadas en cientos de medios estadounidenses. Incluso durante la guerra, ambos bandos continuaron enredados entre sí.

La necesidad de contrarrestar las versiones de los Aliados aumentó con la Declaración de las Naciones Unidas del 1 de enero de 1942, que equivalía a una declaración de guerra por parte de la mayor parte del mundo contra el Reich alemán. Recordando la Carta Atlántica, cada signatario se comprometía a «utilizar todos sus recursos, militares o económicos», contra aquellos miembros del Eje con los cuales ya estaba en guerra, a cooperar con el resto de potencias aliadas y a no firmar acuerdos de paz por su cuenta. Los compromisarios eran, enumerándolos en el orden en el que aparecían en la Declaración, Estados Unidos, Reino Unido, la Unión Soviética, China, Australia, Bélgica, Canadá, Costa Rica, Cuba, Checoslovaquia, República Dominicana, El Salvador, Grecia, Guatemala, Haití, Honduras, la India, Luxemburgo, Países Bajos, Nueva Zelanda, Nicaragua, Noruega, Panamá, Polonia, Sudáfrica y Yugoslavia. Otros, como la Francia Libre, firmaron posteriormente. Todos ellos expresaban su esperanza en que a esta Declaración «se sumaran otras naciones que estén o pudieran estar prestando ayuda material y otras contribuciones a la lucha por la victoria sobre el hitlerismo». 12 Si bien es posible que el Führer no estuviera al tanto de la política aliada de «Alemania primero», 13 lo cierto es que la referencia específica a su derrota –el líder alemán era el único cuyo nombre se mencionaba explícitamente– hacía que pudiera deducirla por sí mismo.

Así pues, pese a todo el parentesco y la ambivalencia, las hostilidades entre el Tercer Reich y Angloamérica estaban ya fuera de toda duda. Esto quedó claramente demostrado con la guerra de los bombardeos, que a partir de principios de 1942 entraría en una nueva fase. Churchill ya se había referido en varias ocasiones a la necesidad de atacar objetivos civiles. «Hay una cosa que le hundirá por completo [a Hitler]», aseguró, «y es un ataque exterminador y devastador de nuestros bombarderos pesados sobre la patria nazi». Sin embargo, no fue hasta este momento cuando el «bombardeo por zonas» pasó a convertirse en la estrategia oficial. El 14 de febrero de 1942, el Estado Mayor Aéreo emitió una directiva acerca de que los bombardeos

debían concentrarse en minar la «moral de la población civil enemiga y en concreto en los trabajadores industriales». 14 El propósito del ejercicio no era militar, en el sentido estricto, sino político: castigar y coaccionar. Poco después, el teniente general del Ejército del Aire, Arthur Harris, fue nombrado jefe del Mando de Bombarderos para llevarla a cabo. La razón para atacar a la clase trabajadora de las ciudades era que sus densamente pobladas áreas del interior de las ciudades o sus barrios residenciales de las afueras eran mucho más fáciles de atacar desde el aire que las instalaciones industriales o militares, que requerían un «bombardeo de precisión». 15

En la primavera de 1942, la nueva estrategia fue puesta en práctica por primera vez con devastadoras incursiones aéreas sobre Lübeck a finales de marzo, y sobre Rostock a finales de abril. Cuatro semanas después, el primero de una serie de «mil bombardeos» aéreos cayó sobre Colonia. 16 Hasta este momento, el impacto de las operaciones de la RAF no es que hubiera sido menor, pero estos ataques eran de una magnitud completamente diferente. El número de civiles muertos era relativamente pequeño, generalmente de algunos centenares, pero el impacto físico y psicológico era inmenso; como mínimo, el número total de refugiados temporales y personas sin hogar llegó a cifrarse en cientos de miles. Las noches de fuego habían empezado y, con ellas, una conflagración que se extendería hasta consumir todo el Reich. 17 Los bombardeos aliados se cobraban la vida de inocentes y culpables por igual. La vida nunca volvería a ser la misma. A lo largo de esta campaña se lanzaron unos 2,5 millones de bombas sobre la Europa continental, la mayoría sobre Alemania. La RAF perdió 22.000 aviones y casi 80.000 tripulantes, principalmente a manos de los cazas y la artillería antiaérea alemanes; los americanos, unos 18.000 aviones y un número similar de hombres que la RAF . Estas cifras eran comparables a las pérdidas militares francesas en Verdún. Hubo 500.000 víctimas civiles alemanas. Un segundo frente, el occidental, empezaba a tomar forma, no en Francia, sino en los cielos del Reich. 18 La guerra había llegado por fin a Alemania.

Los ataques sobre las ciudades alemanas afectaron profundamente a Hitler, que sabía perfectamente lo que significaban para sus habitantes, para su propia credibilidad y para su capacidad de continuar la guerra. Aunque él no se vio directamente en peligro por los bombardeos, que en ningún momento se produjeron cerca de sus cuarteles generales, y de los que estaba protegido por un sistema de búnkeres en Berlín, el Führer sí resultó directamente afectado por la amenaza que suponían para sus seres queridos, en especial para Eva Braun. Esta vivía en Múnich, que no solo constituía la sede de plantas industriales clave, como las de BMW , Krauss-Maffei y

Dornier, sino también la «capital del movimiento» y el tercer centro de población más grande de Alemania. La ciudad ya había sido atacada en septiembre y diciembre de 1941, y volvió a serlo dos veces en 1942, y a intervalos cada vez más frecuentes hasta el final de la guerra. [19] «Tras cada bombardeo aéreo sobre Múnich», recordaba Karl von Eberstein, el comandante de las SS a cargo de la ciudad, «Hitler la llamaba [a Eva] personalmente para ver si estaba bien». [20] Él quería que Eva se trasladara al Berghof, pero ella se negaba, basándose en que la vida allí era demasiado aburrida. No obstante, fueron los masivos ataques sobre Lübeck, Rostock, Colonia y Bremen lo que más preocupación causó a Hitler. [21] Estos no solo causaron un daño y un trastorno económico considerable, sino que socavaron el prestigio del régimen. La Luftwaffe no estaba siendo capaz de defender al Reich; la estrella de Göring, ya en declive tras el fracaso en Inglaterra, cayó aún más bajo. El NSDAP , encargado de ocuparse de la respuesta ciudadana, claramente tampoco estaba demostrando estar a la altura del trabajo. Hitler se quedó tan abatido por la destrucción causada por los bombardeos y por su propia impotencia, que en abril de 1942 se negó a autorizar la exhibición de unas imágenes rodadas para un noticiario tras el bombardeo de Rostock. [22]

Frente a la coalición que trataba de acorralarle, a cuya cabeza se encontraba ya en ese momento el Estado más poderoso del mundo, Hitler iba haciéndose cada vez más consciente de la debilidad de Alemania en términos de capacidad industrial y de recursos minerales. América y Gran Bretaña, explicó en un discurso el 30 de enero de 1942, «tienen el mundo a su disposición», con todo lo necesario para sus esfuerzos bélicos. [23] Esta plenitud, lamentaba, se hallaba alineada en contra de los «tres grandes desposeídos», esto es, Italia, Japón y el Reich. Hitler sabía que la probabilidad de que Alemania lograra imponerse en esta guerra de la redistribución global era escasa, a menos que actuara rápidamente. La producción de los Aliados era ya superior en todas las categorías armamentísticas –aviones, carros de combate y barcos– y por tanto eran cada vez más capaces, mediante los bombardeos y el bloqueo, de evitar que Alemania y la Europa ocupada por Alemania pudiera desarrollar su propio potencial económico. [24] Más pronto o más tarde, el Reich simplemente acabaría siendo arrollado.

En vista de todo ello, no es de sorprender que a principios de 1942 Hitler tratara por todos los medios de desarrollar una estrategia coherente. Como recordaría Walter Warlimont, el jefe adjunto del OKW a partir de diciembre de 1941, tampoco se había dedicado ni un momento a pensar en cuál sería la estrategia americana. [25] Hitler ni siquiera emitió una nueva

directiva para abordar la nueva situación. A diferencia de los angloamericanos, el Tercer Reich jamás desarrolló una estrategia elaborada junto con sus socios del Eje; tampoco hubo cumbres, ni himnos, ni apenas declaraciones, ni consultas entre funcionarios propiamente dichas, nada de la panoplia asociada a una «gran alianza». Los japoneses, a través de Oshima, presionaban constantemente en favor de una coordinación más estrecha, por la que Hitler mostraba escaso interés. Las razones para ello eran simples. Hitler dudaba si apoyar o no la petición de Oshima de llevar a cabo un ataque total sobre la India británica, ni siquiera políticamente, porque todavía tenía esperanzas de llegar a un acuerdo negociado con Londres; [26] el Führer se resistía a reunirse con el líder nacionalista indio Subhas Chandra Bose, que llevaba tiempo intentando que le recibieran en Berlín. Hitler no quería, le diría más adelante a Mussolini, que este tipo de declaración hiciera más difícil llegar a un acuerdo separado de paz germanobritánico, de la misma forma que la política de Berlín respecto a Polonia había frustrado la posibilidad de acercamiento con el Imperio zarista durante la Primera Guerra Mundial. [27] Estas conversaciones ilustran lo mucho que a Hitler le preocupaba todavía el poder británico, incluso en esta fase de la guerra. Por lo demás, Hitler no tenía ninguna estrategia para derrotar a Estados Unidos, porque obviamente no la había. El Führer sabía que Alemania, al igual que Japón, carecía de tecnología, ni siquiera en fase suficientemente avanzada de investigación, que pudiera resultar amenazante para el territorio norteamericano. Hitler estaba sencillamente bloqueado. «Aún no estoy seguro», admitió ante Oshima con apabullante sinceridad el 3 de enero de 1942, «de cómo derrotar a Estados Unidos». [28]

Cierto es que Hitler firmó un acuerdo militar con Italia y Japón el 18 de enero de 1942, pero fue en gran parte de cara a la galería. [29] Existía una división aproximada de esferas de operación, según la cual a alemanes e italianos les correspondía la parte que quedaba al oeste y a los japoneses la parte oriental del meridiano 70 este, pero nada más. [30] A mediados de febrero de 1942, el Führer no respondió a las peticiones de los agregados militares japoneses, el vicealmirante Nomura y el teniente general Ichiro Banzai, y de hecho tampoco a las de sus propios mandos navales, de unir ambas estrategias. [31] Hitler nunca tuvo la intención de llegar a darse la mano con los japoneses en el océano Índico, [32] principalmente porque no creía que fuera a tener la capacidad de hacerlo en el futuro próximo. También creía que no sabía lo suficiente sobre las capacidades japonesas para hacer sugerencias útiles a su Alto Mando. [33] Es muy posible que su decisión fuera la correcta porque, a diferencia de Gran Bretaña y Estados Unidos, que en muchos aspectos compartían una cultura estratégica común,

Alemania y Japón no tenían ninguna experiencia en cooperación militar entre ambos, ni tampoco unos valores compartidos en los que apoyarse.

Hitler tenía en ese momento varios fuegos que apagar en el continente. El primero de su lista era la crisis en el frente central de Rusia, que fue agravándose rápidamente durante los tres primeros meses de 1942. Desde el principio, Hitler insistió en que las retiradas solo debían contemplarse en casos excepcionales, y exclusivamente con su permiso expreso. [34] Hitler estaba convencido de que las retiradas solo servirían para dejar a las tropas expuestas a las mismas amenazas y desde posiciones más arriesgadas, y de que dejar los flancos al descubierto suponía el riesgo de precipitar el colapso de todo el frente. Atribuía esta crisis a las debilidades militares, físicas e ideológicas de la Wehrmacht. No ocultaba su visión de que el liderazgo del ejército dejaba mucho que desear, de que los soldados se habían vuelto demasiado blandos y de que la Wehrmacht en general carecía del espíritu nacionalsocialista que les habría permitido manejar la crisis con más facilidad. El 8 de enero de 1942, Hitler emitió una orden que establecía que los atacantes rusos no eran «formaciones de primera clase», sino «en su mayoría fuerzas mal entrenadas» que, «contrariamente a lo que sostenían a menudo los informes iniciales» de los soldados alemanes, «eran además numéricamente inferiores». [35] Era, aseguraba Hitler, una «cuestión de presencia de ánimo», «especialmente por parte de las personas al mando»; «los rusos», añadió con crueldad, «han demostrado su presencia de ánimo». En otras palabras, el Führer sugería que toda la Wehrmacht, especialmente sus jefes, estaban muertos de miedo y lo que tenían que hacer era espabilar.

Hitler tomó una serie de medidas en ayuda de sus tropas sitiadas. Algunas, como el llamamiento a la población civil a donar prendas de ropa de invierno a los refuerzos que partían hacia el frente del este, fueron tanto propagandísticas como prácticas, como queda reflejado en el hecho de que esta iniciativa fuera puesta a cargo de Goebbels. [36] Otras, como el énfasis en el uso de la fuerza aérea, tuvieron una importante repercusión en las operaciones. Cuando grandes contingentes de soldados alemanes se quedaron aislados a principios de 1942, como en Demyansk, ordenó que fueran reabastecidos por la Luftwaffe. Esto se coronó con éxito, aunque a un coste considerable. Hitler también exigió que se usara la fuerza aérea para compensar la debilidad local de las fuerzas de infantería. Si la Luftwaffe no estaba disponible, o las condiciones meteorológicas impedían volar, el Führer recomendaba cancelar los contraataques. Esta orden causó serias dificultades en tierra, en parte debidas al problema de sincronizar las

operaciones entre la fuerza aérea y las unidades del ejército y en parte, como se quejaba Block, por los «jefes aprensivos e indecisos» que podían esconderse detrás de la voluntad del Führer. 37 En este caso, desde luego, Hitler se situaba en el lado más cauteloso de la disputa.

La crisis del invierno representó también un importante desafío narrativo para el Führer. Este era consciente de que su invasión, iniciada el mismo día de junio que la de Napoleón 130 años antes, podía terminar de la misma manera. Hitler quería desesperadamente evitar caóticas escenas de retirada, con los cadáveres congelados de los alemanes esparcidos por los periódicos del mundo. 38 Cuando emitió su orden de retirarse, por ejemplo, Hitler hizo hincapié en que era «la primera vez que he dado órdenes para la retirada de una gran sección del frente» y que esperaba que «esta retirada tenga lugar de una forma que sea digna del ejército alemán». 39 A mediados de enero, Hitler anunció que el «peligro operacional» en el sur «ya había sido abordado», 40 pero que en el resto de lugares seguiría existiendo durante dos meses más. Para finales de marzo de 1942, se puso fin a los últimos ataques soviéticos. Había sido una experiencia desgarradora, como Hitler admitió sin ambages tanto en privado como públicamente. 41

Entretanto, Hitler procedió a apretar las tuercas en la Europa ocupada. Emitió un feroz decreto contra los partisanos soviéticos en virtud del cual estos quedaban «en principio» sujetos a la «pena de muerte». 42 Seis semanas después, a finales de enero de 1942, nombró a un alto mando de las SS y comandante de policía en Serbia para que se ocupara del movimiento de la guerrilla allí, en aquel momento integrada en su mayor parte por chetniks partidarios de la monarquía. 43 Hitler también quería someter a los partisanos comunistas liderados por Tito, la mayoría con base en Croacia y Bosnia. En Bohemia y Moravia, Reinhard Heydrich gobernaba mediante la estrategia de la zanahoria y el palo (un palo muy grande). Pese a su constante recurso al lenguaje de la aniquilación, Hitler decidió no utilizar gas venenoso contra los partisanos, al menos por el momento, probablemente porque Churchill amenazó, en una transmisión radiofónica, con que si él lo utilizaba en el frente del este, Inglaterra se vengaría usándolo contra las ciudades alemanas. 44 Esto demuestra que, pese a que todas las llamadas de advertencia de Hitler a los angloamericanos fracasaron, en Berlín sí recibían los mensajes procedentes del otro bando y los tenían en cuenta a la hora de actuar. Como consecuencia, el Führer era consciente de la conexión entre la guerra contra Angloamérica, el frente del este y la batalla sobre los cielos de Alemania.

El Führer, que sin duda estaba al tanto de las llamadas a establecer un «Segundo Frente», 45 también estaba profundamente preocupado por la

amenaza de una invasión británica, o como mínimo de sus incursiones aéreas. A finales de enero de 1942, los servicios de inteligencia navales subrayaron la amenaza de un desembarco de los Aliados en Noruega, una de las muchas que se produjeron en el curso de la guerra. 46 Esto preocupaba a Hitler, no solo por el peligro que representaba para el suministro de mineral de hierro, sino también por que los Aliados utilizaran Escandinavia como plataforma desde la que poder atacar el norte de Alemania. Al mes siguiente, Hitler envió dos acorazados, a veces también descritos como cruceros de guerra, el *Scharnhorst* y el *Gneisenau* , y el crucero pesado *Prinz Eugen,* desde Brest, en un audaz «ataque desde el Canal» a través del Estrecho de Dover hacia los nuevos atracaderos noruegos. 47 El propósito principal de la misión era sobre todo disuadir a Gran Bretaña de un posible desembarco en Escandinavia, no atacar convoyes británicos con destino a Rusia. Además, Hitler invirtió enormes recursos en la construcción de fortificaciones en Noruega. Entre ellas se incluían fortines, baterías de artillería, carreteras a prueba del invierno, aeródromos, conexiones ferroviarias, bases de submarinos y diversas instalaciones industriales. 48

Dentro de la propia Alemania, Hitler se dispuso a mejorar las defensas aéreas del Reich. El hecho de que cuando la RAF atacó Lübeck durante un fin de semana de finales de marzo de 1942 no hubiera nadie en sus puestos de Berlín a quien recurrir le había dejado consternado. «El Führer», informó Lammers pocos días después, «ha reprobado rotundamente esta situación» y dicho que todas las máximas autoridades e instituciones de la Wehrmacht deberían estar localizables «todos los días, incluidos domingos y festivos». 49 Hitler hizo también que el control de los hasta ese momento caóticos esfuerzos en auxilio de Lübeck dejara de corresponderle al Ministerio del Interior y se lo confió a Goebbels. 50 Esto reflejaba un reconocimiento por parte del Führer de que combatir los «bombardeos de terror» era tanto una cuestión de propaganda como de practicidad, lo que marcó el comienzo de una implicación cada vez mayor del Ministerio de Propaganda no solo en la defensa civil sino en los esfuerzos nazis en un sentido más general. 51 La presencia de Goebbels se hizo ubicua después de los bombardeos aéreos, mientras que el Führer se negó de plano a visitar las ciudades convertidas en ruinas, como sí había hecho Churchill, o –salvo una excepción– a permitir ser fotografiado entre los escombros.

Hitler también exploró formas de devolver el golpe a los Aliados occidentales. A mediados de abril de 1942 autorizó una serie de bombardeos aéreos sobre ciudades británicas en represalia, aunque no sobre Londres. 52 Esto se tradujo en los «bombardeos Baedeker», llamados

así por la famosa guía de viajes, dado que tenían como objetivo destruir los enclaves de importancia cultural –lugares como Exeter, Bristol, Bath, Norwich y York–. 53 Pero estos ataques fueron tan ineficaces, y las pérdidas tan enormes, que para el verano se suspendieron. Hitler buscó entonces métodos alternativos de aterrorizar a Gran Bretaña y construir nuevas armas de destrucción masiva. A principios de junio de 1942, Wilhelm Ohnesorge, el ministro de Correos y Telégrafos, responsable también de una de las líneas del programa de investigación atómica, trató de despertar el interés de Hitler en la posibilidad de construir una bomba atómica. El Führer se negó a escuchar, señalando a los militares presentes que «de todas las personas allí reunidas», había tenido que ser su «ministro de Correos» el que «le presentara el arma maravillosa que necesitamos». 54 Si Alemania iba a devolverle el golpe a sus enemigos en el futuro próximo, habría que utilizar otros métodos. A finales mismo de junio, ordenó a sus científicos que se prepararan para el despliegue de armas químicas para la primavera de 1943. 55 El tiempo, claramente, era esencial. Al parecer, Hitler había descartado la opción atómica, no por escrúpulos éticos o científicos, sino porque no parecía probable que estuviera lista a tiempo de alterar el rumbo de la guerra.

Hitler también puso el punto de mira sobre objetivos económicos y militares angloamericanos. En alta mar, redobló sus esfuerzos contra el transporte aliado. Los submarinos pillaron desprevenidos a los americanos en el Caribe y cerca de la costa oriental y hundieron un gran número de petroleros. 56 A lo largo de la primavera y principios del verano los hundimientos fueron cada vez más numerosos, para horror del gobierno de Churchill. No obstante, el escenario principal en el que Hitler pretendía asestar un golpe decisivo a Gran Bretaña era el Mediterráneo. A principios de 1942, el Führer se tomó un interés personal en el destino de cada barco del Eje que transportaba suministros a Rommel; por ejemplo, siguió el progreso de un convoy que salió de Nápoles con destino a Libia el 5 de enero de 1942 y aconsejó a Mussolini sobre cómo había que proceder a la carga de cada embarcación. Dos semanas más tarde, Rommel contraatacó por iniciativa propia, haciendo retroceder a los británicos, y deteniéndose al oeste de Gazala a primeros de febrero, debido a la escasez de suministros. Un Hitler exultante le dijo al general Nehring, que iba de camino, desde el frente este, a tomar posesión del cargo de jefe del Estado Mayor del Afrika Korps, que esperaba que la amenaza sobre Egipto, unida a sus inmensas y humillantes pérdidas en Extremo Oriente, hicieran que Gran Bretaña se aviniera a entablar conversaciones de paz. 57

Hitler se concentró entonces en la toma de Malta, que continuaba

siendo la china en el zapato del Eje y cuya caída dañaría gravemente la imagen de Churchill dentro de su país. En febrero de 1942, la Luftwaffe inició un ataque masivo sobre la isla, que se intensificó aún más a partir del 20 de marzo. Para abril de ese año, la cuestión del abastecimiento de Rommel se había aliviado en gran medida, mientras que la situación en la isla era desesperada. En este contexto, los altos mandos alemán e italiano debatieron sobre si organizar o no un ataque sorpresa contra la isla. A mediados de abril de 1942, Hitler dio el visto bueno a la operación y a una nueva ofensiva por parte de Rommel, pero no envió más que una parte de los refuerzos solicitados. A los italianos enseguida les entró miedo y pidieron no solo una enorme asignación de combustible para hacer posible un desembarco, sino que la participación militar alemana fuera mucho mayor. En un primer momento pareció que Hitler accedería. Su encuentro con Mussolini a finales de abril de 1942 fue muy bien, y el Führer se mostró de acuerdo en desplegar un gran número de paracaidistas y otros recursos contra la isla. La secuenciación prevista, no obstante, era crucial, dado que Hitler carecía de los recursos necesarios para iniciar la operación contra Malta y menos aún para llevar a cabo la de Egipto y la de Malta al mismo tiempo. Al final, se decidió comenzar por la ofensiva de Rommel en Libia, a finales de mayo o primeros de junio, seguida del desembarco en Malta, bautizado como Operación Hércules, a mediados de julio o como mucho a mediados de agosto. 58

La lucha contra los Aliados occidentales fue acompañada de una escalada en la guerra contra los judíos. Según el modo de ver de Hitler, «ellos» eran responsables de haber llevado a los anglosajones por el mal camino. En enero de 1942, reiteró la profecía que ya había expresado tres años antes de que «la guerra no solo no seguiría el curso que los judíos imaginaban, es decir, que los pueblos europeo y ario serían exterminados», sino que, por el contrario, «se saldaría con la destrucción de la judería». 59 El 20 de enero de 1942, Heydrich consiguió finalmente celebrar su conferencia, por largo tiempo planeada, en una casa de campo a orillas del Wannsee. Los burócratas allí reunidos debatieron sobre las definiciones de quién era judío –algo que continuó preocupando a Hitler a lo largo de todo el año– 60 y las modalidades de «deportación», que para entonces ya empezaban a significar el asesinato en masa. En las listas se incluían contingentes de judíos de las áreas bajo control alemán y también de países que todavía no habían sido conquistados o coaccionados, como Suecia. Hitler estaba decidido a erradicar la presencia judía de Europa –de toda Europa– para siempre. Claramente, se había cruzado el Rubicón. Pese a la matanza de judíos soviéticos y serbios perpetrada en 1941, la mayoría de

los judíos europeos todavía seguían vivos a principios de 1942; para finales de año, la mayoría de ellos habían muerto. 61 Aunque es posible que Hitler no estuviera al tanto de cada detalle de lo que incluso Goebbels describió como un «procedimiento bastante bárbaro», lo cierto es que, como el ministro de Propaganda continuaba diciendo, fue «el constante protagonista y defensor de una solución radical». 62

Entretanto, Hitler intensificó su propaganda extranjera, dirigida contra el bolchevismo, el capitalismo internacional y los judíos en Europa, y contra el Imperio británico, Estados Unidos, el capitalismo internacional y los judíos en el resto del mundo. Mientras los alemanes se preparaban para atacar Oriente Medio y el Cáucaso y Persia, e incluso Afganistán parecía estar en liza, el foco se centró sobre todo en la zona comprendida entre el este de Libia y el oeste de la India. Ahora que Estados Unidos ya había entrado en la guerra, los propagandistas nazis se pasaron todo el verano de 1942 bombardeando al público árabe con historias sobre la Casa Blanca «judía» del presidente Roosevelt. 63 En la estrategia de Hitler, también hubo un «momento musulmán». 64 Los propagandistas alemanes presentaron al Führer como una figura coránica, un nuevo *mahdi* o –para los chiitas iraníes– el duodécimo imán. Estas iniciativas despertaban la hilaridad de Hitler, pero contaban también con su aprobación. Aunque por supuesto Hitler creía que los árabes eran racialmente inferiores, su actitud era mucho más positiva respecto al islam, que consideraba una religión marcial muy superior a la cristiana. 65

Resulta difícil establecer con exactitud hasta qué punto tuvieron éxito los esfuerzos de Hitler en Oriente Medio. Evidentemente, no todo el que escuchaba, o pudo haber escuchado, las retransmisiones nazis para Oriente Medio empatizaba con ellas. El difunto ayatolá Jomeini, por ejemplo, publicó un tratado contra Hitler en 1942. 66 Los árabes al servicio del aparato de propaganda de Berlín eran instrumentos más que aliados con consideración de iguales para el régimen. 67 Donde la propaganda nazi sí llegó más allá de las meras tradiciones locales fue en su carácter internacional y en proporcionar un enfoque conspiratorio no solo para Oriente Medio sino para todo el sistema mundial. Las Directrices Generales para la Propaganda Extranjera del Ministerio de Asuntos Exteriores iban dirigidas tanto contra «judíos, bolcheviques y plutócratas» como contra «el defensor de la judería», Roosevelt. 68 De una u otra forma, el programa político del panarabismo radical, especialmente del antisemitismo, casaba muy bien con el de Hitler.

En Alemania, Hitler se lanzó de lleno a una batalla por la producción. Pese a la desagradable sorpresa que se había llevado en 1941 respecto a la

cantidad y la calidad del equipamiento ruso, su interés principal se centraba en igualar, no la producción soviética, sino la de Angloamérica, especialmente la de Estados Unidos. El 10 de enero de 1942, mientras la crisis del invierno hacía estragos en el este, Hitler estableció sus prioridades a largo plazo. Estas no habían cambiado desde 1940-1941. «La meta a largo plazo», decretó, «sigue siendo la expansión de la Luftwaffe y la fuerza naval para luchar contra las potencias anglosajonas». 69 Lo único que había cambiado eran los tiempos. En ese momento, en una concesión a la inesperadamente fuerte resistencia presentada por el Ejército Rojo, y la necesidad de hacerse con los recursos soviéticos necesarios para sobrevivir a Angloamérica, Hitler ordenó que la producción debía concentrarse «inicialmente» en las «necesidades cada vez mayores» del Ejército de Tierra; los otros dos ejércitos debían dar un paso atrás, por el momento. 70 Se prestó especial atención a la producción de munición, considerada más urgente que los carros de combate. 71 La construcción naval debía concentrarse en submarinos, buques de escolta y en la defensa de Noruega. A pesar de la temporal prominencia del frente ruso, el decreto destacaba la continuada importancia de la defensa costera (contra los británicos). 72

A principios de febrero de 1942, Hitler mandó llamar a su ministro de Armamento, Fritz Todt, para debatir sobre cómo aumentar la producción. Murió cuando el avión en el que iba a emprender el regreso desde Rastenburgo se estrelló. Hitler nombró entonces a Albert Speer ministro de Armamento. No tenía ninguna duda de que, pese al énfasis a corto plazo en las armas para derrotar a la Unión Soviética, la principal batalla por la producción era contra Angloamérica. «El Führer», informó el OKW a finales de marzo de 1942, «ha ordenado a Speer elevar la producción de munición a un nivel mucho mayor, para poder continuar con la guerra de trincheras en los dos frentes durante años». 73 Hitler se estaba preparando no para una última *Blitzkrieg* contra la Unión Soviética, sino para una larga guerra de desgaste contra la coalición global. El Führer emitió entonces un aluvión de órdenes subrayando la crucial importancia de la producción. «Cada arma y cada bala más», anunció en abril de 1942, «ahorran sangre alemana». 74 También instó al Reich a seguir el ejemplo de Estados Unidos en la producción, evitando refinamientos artesanales y la incesante proliferación de modelos, en pro de la producción en masa. 75 Sobre este tema volvería en numerosas ocasiones, a medida que Alemania se veía cada vez más aplastantemente superada por el coloso estadounidense.

Hitler apoyó a su nuevo ministro hasta el final. Speer fue imponiendo gradualmente su autoridad sobre las muchas instituciones e individuos que dirigían, o decían dirigir, la economía de guerra alemana. La nueva

consigna era «racionalización». Hitler emitió varios decretos restringiendo el uso de vehículos para todas las tareas salvo las más esenciales. [76] A finales de marzo de 1942, nombró a Fritz Sauckel plenipotenciario general para el suministro de mano de obra. La mano de obra esclava que Hitler demandaba era enviada al Reich en cantidades cada vez mayores e iba acompañada de trabajadores «voluntarios» atraídos por la promesa de altos salarios o por las condiciones del país. La producción alemana aumentó, y la propaganda de autopromoción de Speer se aseguró de que todo el mundo tuviera conocimiento de ello. Hasta qué punto este aumento fue producto de las iniciativas de un ministro o reflejo de decisiones tomadas mucho antes es algo que no está claro. Grandes sectores de la industria armamentística alemana, como la construcción aérea y naval, que representaba el grueso de la producción incluso en 1942, no estaban aún bajo el control de Speer. [77] En todo caso, lo que sí estaba claro ya entonces, era que al margen de quién estuviera al mando en Berlín, las posibilidades de igualar la producción de la coalición enemiga, especialmente la de Estados Unidos, eran escasas. El problema no era el nivel de movilización, que ya era muy alto, sino el desequilibrio entre los recursos y la capacidad industrial. [78]

Nadie era más consciente de esto que el propio Hitler. Como hemos visto, el inmenso potencial industrial americano había sido una constante en su pensamiento en la década de 1920 y dominado su estrategia desde finales de la década de 1930. Él desconocía el grado en el que los Aliados abastecían a la Unión Soviética, que era abundante, [79] pero sí era perfectamente consciente de que estaba teniendo lugar. El problema esencial, que Hitler tenía claramente identificado, era que, si bien Alemania controlaba la mayor parte de Europa, estaba en guerra con la mayoría (del resto) del mundo, o al menos, con sus recursos. La coalición enemiga controlaba la mayor parte de los bienes mundiales: las rutas marítimas y el sistema financiero. Las minas, fábricas y granjas del mundo trabajaban para el capital angloamericano, y su producción era transportada por los Aliados y dirigida contra el Reich. En cambio, el Tercer Reich estaba confinado a una reserva europea cuyas economías habían quedado desconectadas de los mercados mundiales y de las materias primas de las que dependían. El nuevo orden europeo de Hitler era –económicamente– muy inferior a la suma de sus partes antes de la guerra. Rivalizar con el cártel global angloamericano era por tanto imposible, [80] tal y como el propio Hitler reconoció en privado ante los *gauleiter* durante una reunión mantenida a finales de mayo de 1942. [81]

El Führer también hacía todo lo que podía por contrarrestar el relato

angloamericano, de cuyo poder negativo y positivo no albergaba dudas. Continuó resaltando el mortal desafío ideológico que representaba el «capitalismo democrático». 82 La crítica de Hitler quedó perfectamente encarnada en la película propagandística alemana *Alrededor de la Estatua de la Libertad. Un paseo por Estados Unidos* , filmada en 1941, pero que le fue mostrada a principios de 1942. Su propósito principal era contrastar el brillo del sueño americano con la descarnada realidad de la vida en Estados Unidos. Se rodaron escenas en las que se veía a la Guardia Nacional y la policía atacando a huelguistas y manifestantes con gas lacrimógeno. Los trabajadores, se informaba a los espectadores, eran esclavos de los «gigantescos trust capitalistas». Resaltaba el importante papel desempeñado por los judíos, como los Rothschild, los Warburg, etcétera. Salían imágenes de famosos gánsteres como John Dillinger, de negros bailando música de *swing* , de mujeres practicando la lucha libre, y, para colmo de lo grotesco, un hombre saltando del séptimo piso de un edificio, ante los ojos de una multitud. 83 La decadencia, la degeneración y la explotación capitalista: esta era la imagen de Estados Unidos que el Führer promovía, con el fin de aminorar los temores de los alemanes ante la lucha contra sus mucho más prósperos primos del otro lado del Atlántico. «El Führer ha visto la película que hemos hecho sobre la vida cultural de Estados Unidos y la ha calificado en términos muy positivos», anotó Goebbels el 15 de febrero de 1942, añadiendo que Hitler había «dado instrucciones para mostrar la película al mayor número de espectadores alemanes posible». 84

El énfasis en la guerra total acabó pasándole factura a Hitler. Se volvió más irritable e introvertido. 85 Su entusiasmo había desaparecido. Seguía en estrecho contacto con los acontecimientos y no tardó en trasladar su cuartel general a las cercanías de la línea del frente de Ucrania, pero el tipo de expediciones propagandísticas que había hecho en Polonia y en Francia eran ya cosa del pasado. 86 Sobre todo, el estado físico de Hitler se iba deteriorando rápidamente. Esto se hacía evidente incluso en los cuidadosamente editados noticiarios. 87 Para los que podían verle de cerca, el declive no dejaba lugar a dudas. Tras visitarle el 20 de marzo para hablar de la crisis del invierno, Goebbels dejó anotado que a Hitler «le habían salido muchas canas» y que «parecía mucho más viejo». El aspecto del Führer le parecía «enfermizo y débil». Ciano, que le vio pocos días después, 88 también opinó que había envejecido considerablemente.

A principios de abril de 1942, Hitler pudo por fin centrar su atención en

preparar la ofensiva del verano contra la Unión Soviética. Al igual que la Operación Barbarroja, esta iba dirigida en última instancia contra los Aliados occidentales. A diferencia de Barbarroja, que en un principio tenía unos objetivos tanto políticos como económicos, el propósito de la Operación Azul, como se le denominó en clave, era sobre todo económico y militar; las consideraciones políticas apenas desempeñaron ningún papel en su concepción original. Hitler se proponía completar lo que en 1941 había quedado a medias, es decir, conseguir los recursos necesarios para continuar la lucha contra Angloamérica y privar de dichos recursos al enemigo. Sus objetivos quedaron explícitos en la Directiva 41 del 5 de abril de 1942. [89] La Wehrmacht tenía que aplastar a la Unión Soviética y desconectarla de sus principales centros industriales. Sebastopol, que llevaba sitiada desde finales de octubre de 1941, fue finalmente tomada. Había que destruir a las fuerzas rusas al oeste del río Don. A continuación, las principales fuerzas motorizadas y acorazadas se dirigirían hacia el sur para lograr abrirse paso en el Cáucaso y hacerse con sus pasos y sus yacimientos petrolíferos; sus flancos serían asegurados tomando Voronezh y Stalingrado al norte y al este. Solo una vez que esto estuviera hecho avanzaría la Wehrmacht hacia su siguiente objetivo, el estrangulamiento definitivo de Leningrado y el enlace con los finlandeses que se encontraban cerca de allí.

La importancia de los objetivos económicos fue resaltada por Hitler en numerosas ocasiones. «Si no consigo el petróleo de Maykop y Grozny», advirtió al comandante del 6º Ejército, Friedrich Paulus, «tendré que poner fin a esta guerra». [90] Contrariamente a lo afirmado en leyendas posteriores, la Operación Azul no contemplaba tres ejes divergentes de avance hacia Voronezh, Stalingrado y el Cáucaso. Las dos ciudades tenían que ser meramente aseguradas a fin de defender el flanco norte de la operación. Hitler ni siquiera insistió en la toma de Stalingrado, limitándose a decir que debería «al menos ser sometida a un intenso fuego de artillería para dejarla inutilizada como centro de armamento y comunicaciones»; en ningún momento se hacía mención a la importancia simbólica o política asociada a la ciudad. La ofensiva principal debía dirigirse hacia el sur, a los yacimientos petrolíferos. [91] Era una guerra por el petróleo. [92]

Consciente de que sus demandas a sus soldados y al pueblo alemán eran cada vez mayores, el Führer les recordó por lo que estaban luchando, y por qué los jóvenes tenían que ser enviados a miles de kilómetros de sus casas. En febrero de 1942, ya dejó caer que posiblemente tuvieran que luchar por abrirse camino hacia el Cáucaso. [93] En ese momento, cuando ya se estaban dando los últimos toques al plan, volvió a sus objetivos de guerra originales

en dos discursos, pronunciados en abril y en mayo de 1942. El alemán, argumentaba Hitler, era un pueblo «sometido» al que se le tenía preso de las «cadenas» de la «democracia», «los trust dirigidos por los judíos» y «los mercados bursátiles y los bancos», con el apoyo del bolchevismo. A fin de garantizar su «pan de cada día para sobrevivir» como «desposeídos», tenían que enfrentarse a la clase internacional de los «poseedores». Este era un enemigo mundial, pero, según anunció Hitler, sería vencido en Rusia. «El este es el campo de batalla», explicó, «en el que se decidirá el resultado». 94 Sería allí, afirmó Hitler ante un público de cadetes del ejército a finales de mayo de 1942, donde Alemania encontraría los recursos y el espacio vital que necesitaba para no desaparecer de la faz de la tierra. 95 Es posible que los explotadores estuvieran sobre todo en Occidente, pero la redistribución tendría lugar principalmente en el este.

Este era el espíritu que hizo que el régimen nazi acelerara los planes para la colonización de Rusia. Hitler tenía ya mucho espacio, y más todavía en perspectiva; de lo que carecería era de las personas adecuadas para poblarlo. El 23 de abril de 1942, el *Reichsführer* de las SS , Himmler, redactó un memorándum en el cuartel general de Hitler sobre «La recuperación del *Volksdeutsche* de América y África después de la guerra». «Es nuestra obligación», anunció el *Reichsführer* , «hacer que vuelvan todas las personas de sangre alemana de algún valor, a fin de colonizar los acres conquistados». Esto no podría hacerlo el Partido Nazi porque el grupo objetivo principal, un *Volksdeutsche* que «estaba a todas luces contaminado políticamente», se encontraba en «América», fuera del control político del Reich. Por tanto, Himmler llamaba a un «reclutamiento personal» a través de los lazos familiares. De este modo, tan pronto estaba reconociendo la profunda implicación de Alemania con América como exigiendo su desvinculación al momento siguiente». 96

La fluidez de la relación racial germano-americana, que tanto venía preocupando a Hitler desde la década de 1920, quedó personificada en el caso del estrecho excolaborador de Hitler, Ernst Hanfstaengl, un hombre que había cruzado el Atlántico en una dirección y en la otra. Desde que había huido de Alemania en 1937, había estado residiendo en Gran Bretaña. El 30 de junio de 1942, cumpliendo una petición directa de Roosevelt, llegó a Estados Unidos para librar una guerra psicológica contra el Tercer Reich. Su tarea era informar al presidente sobre la manera de pensar del Führer. Hanfstaengl fue por tanto el único hombre que trabajó directamente tanto para Hitler como para Roosevelt y personificaba los dos grados de separación existentes entre el Reich alemán y Estados Unidos. 97 Su hijo, Egon, cuyo padrino era Hitler, se unió al ejército estadounidense.

Los Hanfstaengl ejemplificaron a la perfección el peor de los temores de Hitler: que alemanes vestidos con el uniforme americano lucharan contra otros alemanes.

Sorprendentemente quizás, Hitler no prestó mucha atención a los holandeses y los escandinavos, que tanto entusiasmaban a Himmler y sus jefes de las SS . 98 El discurso en torno al «Gran Reich Alemán» fue en gran medida elaborado por ellos y no por el propio Führer. Él continuó centrándose en proveerse de soldados procedentes de estas áreas. La ambivalencia de Hitler quedó reflejada en su cínica visión de los matrimonios entre ciudadanos locales y los ocupantes alemanes. Sugirió que estas relaciones se basaban en gran medida en «una necesidad sexual que no podía satisfacerse en otros lugares» y esperaba que la vista de las mujeres alemanas hiciera volver a entrar «en razón» a los soldados que volvían a casa, entre otras cosas porque muchas de ellas habían perdido verdaderamente su oportunidad de encontrar marido debido a las cuantiosas bajas causadas por la guerra. Tras las protestas de Himmler, Hitler cedió un poco, pero añadió que «por su experiencia» –basada en haber echado un vistazo a las solicitudes de matrimonio– los hombres alemanes tendían en un 90 % de los casos a «casarse con las mujeres y muchachas menos valiosas [escandinavas u holandesas]» que cabía imaginar. 99

Y lo que tal vez resulte más sorprendente aún, Hitler comenzó a adoptar una visión más positiva de los eslavos. Rosenberg, al que su jefe había prestado tan poca atención en 1941, vio llegar su oportunidad a principios de mayo de 1942. Mostró a Hitler fotos de mujeres y hombres ucranianos que trabajaban en las fábricas de Heinkel Werke. «El Führer», señaló, «expresó su asombro ante su aspecto extraordinariamente bueno» e incluso su «belleza». 100 El régimen nazi empezó entonces a mirar con mejores ojos a los ucranianos, checos y polacos, entre los cuales Hitler daba por hecho que habría en torno a un millón que podrían ser «regermanizados». Por la vía del *Deutsche Volkslisten* , los burócratas nazis iniciaron el laborioso proceso de «recuperar» a los alemanes «de alto valor» existentes entre la «masa» eslava, que en la práctica implicaba la germanización de un gran número de personas que Hitler previamente había querido eliminar. Se trataba de un ingente ejercicio de hidrogenación racial, de la extracción de un *ersatz Volk* a partir de una base «inferior». El hombre que había emprendido su trayectoria criticando el concepto de la «germanización» de los pueblos, a diferencia del de los territorios, en ese momento empezó a supervisar el mayor proyecto de asimilación de la historia alemana. 101

En cambio, el destino de los judíos estaba fijado. Nada podía detener la maquinaria de la destrucción, que ya funcionaba a pleno rendimiento para

mediados del año. 102 La tasa de deportaciones se redujo breve y ligeramente a mediados de junio de 1942 debido a los preparativos para la Operación Azul, a los que se dio prioridad sobre los transportes clasificados como «no esenciales» a los campos, que solo afectaban a una proporción mínima del parque móvil. 103 El propio Hitler parecía relativamente poco interesado en los detalles de las matanzas que había ordenado, 104 preocupándole profundamente en cambio la batalla intelectual contra la judería. Declaró como tarea crucial la «lucha intelectual sistemática» contra «los judíos, los masones» y sus aliados. A este fin, hizo examinar todas las bibliotecas y archivos en busca de material que pudiera utilizarse para los «fines ideológicos del NSDAP » y «la posterior investigación académica en instituciones de enseñanza superior». 105

Hitler planeó cuidadosamente la ejecución de la Operación Azul. 106 Ordenó a la Wehrmacht que las operaciones procuraran un envolvimiento más estrecho que el practicado el año anterior, para evitar que el Ejército Rojo pudiera encontrar vías de escape. 107 Hitler contemplaba un uso extensivo de la Luftwaffe para poder superar los problemas planteados por la superioridad numérica del enemigo y la inmensidad del espacio a cubrir. Dedicó mucha atención a la compleja logística de toda la operación. El Führer también se esforzó al máximo por coordinar la ayuda de sus aliados, mucho más importante en esta ocasión porque la Wehrmacht carecía de la mano de obra necesaria para realizar las tareas por sí sola. 108 Hitler suministró a sus socios preciadas materias primas y equipamiento militar, a menudo a costa de las necesidades alemanas. También emprendió una ofensiva diplomática basada en la seducción. El Führer fue a ver en persona al futuro presidente finlandés, el mariscal Mannerheim. Parte de la grabación de esta conversación –la única que tenemos de Hitler hablando en privado– ha sobrevivido. En ella se muestra calmado y comedido en la conversación, lejos del mito que le caracteriza como un cascarrabias. 109 Aún más importantes que los finlandeses eran los húngaros y los rumanos, especialmente estos últimos, a quienes se les confió gran parte de la protección de los flancos. 110

El ataque en Rusia iba a ser acompañado de una ofensiva en el Mediterráneo. En un principio Hitler tenía esperanzas de que empezara con la conquista de Malta, que habría sido de gran ayuda para las posteriores operaciones de Rommel en el norte de África. Pero el Führer pronto se echó atrás. Fue durante una reunión con Mussolini en Schloss Klessheim y en Berchtesgaden el 29/30 de abril de 1942 cuando se acordó aplazar el asalto a la isla hasta después del ataque de Rommel. Tres semanas más tarde, tras una escéptica sesión informativa del general Student sobre los

planes para el desembarco, Hitler volvió a montar en cólera contra los italianos. No confiaba en que mantuvieran la operación en secreto; se mostraba escéptico sobre su capacidad de llevarla a cabo; y temía que, en caso de desastre, la Luftwaffe tuviera que ir a sacarles del apuro. 111 El Führer dijo que los preparativos «intelectuales» debían continuar, pero en términos prácticos la Operación Hércules ya no estaba sobre la mesa. Hitler había suspendido otra operación de desembarco contra los británicos. El hecho de no eliminar Malta –el insumergible portaviones de Gran Bretaña en el Mediterráneo– acabaría constituyendo una de las causas principales para la derrota del Eje en el norte de África.

Estos movimientos fueron parte de una estrategia más amplia por parte del Eje basada en ataques poco coordinados contra la Unión Soviética y el Imperio británico. Los alemanes pretendían llevar a cabo un gigantesco movimiento de pinza contra Oriente Medio mediante el Afrika Korps de Rommel y los ejércitos que se irían abriendo paso por el Cáucaso. A finales de marzo y primeros de abril de 1942, una fuerza de choque japonesa que ya había conseguido adentrarse por el océano Índico lanzó un devastador ataque sobre las bases británicas de Ceilán, hundiendo además un portaaviones. Para finales de mayo y principios de junio de 1942, Japón había tomado Birmania. Con un poco de imaginación, la propia India podía estar también en juego. Con esta idea en mente, Hitler se reunió por fin con el líder nacionalista indio Subhas Chandra Bose en Berlín el 27 de mayo de 1942. 112 El encuentro, que sería el único que ambos líderes mantendrían, no fue bien. Hitler se negó a retractarse de sus hirientes comentarios sobre el nacionalismo indio en *Mein Kampf* . El Führer, que todavía suspiraba por el favor de los británicos, le dijo también a su visitante que aún quedaban 150 años para que los indios estuvieran preparados para el autogobierno. Hitler se negó por tanto a emitir ninguna declaración sobre la independencia de la India. De modo que, no pudiendo él mismo sacar partido de Bose, sugirió que este se dirigiera a Japón, desde donde podría atacar a la India británica por el este.

La estrategia de Hitler para el verano de 1942 suponía una apuesta enormemente arriesgada. Daba por hecho que los rusos aguantarían y lucharían por defender la vital región industrial de Donbás, lo que permitiría que se les pudiera rodear y destruir. Hitler, al igual que el Estado Mayor, también tenía la impresión de que la Unión Soviética había quedado gravemente debilitada por las pérdidas de 1941 y las batallas de invierno. 113 El mayor problema de todos era, no obstante, que ambas operaciones dependían en gran medida de los resultados que consiguieran sus aliados. La estrategia mediterránea requería la plena cooperación

italiana. La Operación Azul se basaba en la capacidad de los húngaros y los rumanos de asegurar el flanco norte de la Wehrmacht, mientras las unidades móviles avanzaban a toda velocidad hacia el sur y se adentraban en el Cáucaso. Dado que Hitler había venido advirtiendo de la poca fiabilidad de los aliados desde la década de 1920 y, más recientemente, en vísperas de la Operación Barbarroja y la inminente ofensiva de Rommel, esta era precisamente la situación en la que no hubiera querido verse.

El 26 de mayo de 1942, Rommel inició su ofensiva en el norte de África. El Panzerarmee Afrika consiguió perforar las líneas británicas y avanzar a toda velocidad hacia la frontera egipcia. Para el 11 de junio, Rommel ya había tomado Bir Hakim, y a continuación Tobruk, el 21 de junio de 1942. Ese mismo día envió a su ayudante, el *Oberleutnant* Brandt, a informar a Hitler y sondearle respecto a futuros movimientos. La situación logística era desesperada porque, al aflojar la presión sobre Malta, los británicos pudieron reanudar los ataques desde la isla contra los barcos de transporte alemanes e italianos. En junio de 1942, solo en torno a un 50 % de los cargueros del Eje consiguieron librarse. Hitler respondió nombrando mariscal de campo a Rommel, pero no envió refuerzos ni hizo nada para solucionar el problema de Malta desplegando unidades de la Luftwaffe contra la isla. Su prioridad era el frente oriental. La esperanza del Führer era que el Panzerarmee Afrika pudiera ser reabastecido a través de Creta y Tobruk. Por el momento esto no tenía demasiada importancia, dado que Hitler confiaba en que la caída de Tobruk, tan férreamente defendida anteriormente, marcara el inminente final del Imperio británico y fuera seguida de una paz negociada. 114

Pocos días más tarde, el 28 de junio, Hitler lanzó la Operación Azul. La Wehrmacht consiguió actuar completamente por sorpresa y avanzar rápidamente. Los aliados de Alemania seguían el avance alemán desde atrás y a veces desde los flancos. El 3 de julio de 1942, Hitler voló a la región de Voronezh para verlo con sus propios ojos. Él no compartía el optimismo general sino que, por el contrario, coincidía con Bock en que el Ejército Rojo no estaba vencido, sino que trataba de llevar a cabo una defensa flexible. 115 Insistió en que los anillos del cerco no fueran demasiado amplios, para que los rusos no tuvieran posibilidad de escapar. 116 La Luftwaffe llevó a cabo un gran despliegue para compensar la escasez de fuerzas de tierra y superar las dificultades derivadas de tener que actuar en espacios tan grandes. 117 Por el momento, este enfoque funcionó bien. El 4 de julio se rindió por fin Sebastopol, dejando así el camino despejado

para un avance hacia el Cáucaso a través del Estrecho de Kerch. El 11 de julio de 1942 se tomó Voronezh, con grandes pérdidas para el ejército ruso. Rostov del Don cayó el 23 de julio. A fin de estar más cerca del escenario de la acción, Hitler trasladó su cuartel general a Vinnytsia, en Ucrania. [118] La victoria en el este, o al menos la consecución de los objetivos marcados para la Operación Azul, parecían a su alcance.

Decidido a alardear de sus méritos como genio militar, Hitler trató de ir dando forma a la historia de la campaña a medida que esta se iba desarrollando. Durante las etapas dedicadas a la planificación, emitió un decreto que contenía las «instrucciones básicas para el tratamiento histórico-militar de la gran lucha por la liberación alemana». Tres semanas antes de que comenzara la ofensiva, puso al coronel Scherff a cargo de la «sección histórico-militar del ejército», cuya tarea sería dejar constancia de la contribución de este último. [119] Hitler también se dispuso a conseguir los recursos económicos tan vitales para los esfuerzos bélicos alemanes. El primer día de la ofensiva, emitió un decreto destacando que «la rápida restauración de la extracción de carbón en el área del Donets es una de las condiciones previas más importantes para la continuación de las operaciones en el este y la explotación del espacio ruso por parte de la economía de guerra alemana». [120] El Grupo de Ejércitos del Sur fue encargado de dar a apoyo a esta empresa, que constituía uno de los principales objetivos de la ofensiva, con todos los medios a su disposición. Tras la captura de Sebastopol, una nueva directiva, la número 43, instaba al lanzamiento de paracaidistas sobre las instalaciones petrolíferas de Maykop, entonces ya a pocos cientos de millas de distancia. [121]

A mediados de julio de 1942, Hitler imprimió aún más velocidad al asesinato de los judíos, ya fuera en respuesta a los primeros éxitos de la Operación Azul, o simplemente porque ahora volvía a disponer de material rodante para llevar a cabo las deportaciones o por alguna otra razón. [122] De lo que no hay ninguna duda es de que tanto Hitler como Himmler empezaban a impacientarse respecto al índice de asesinatos, y que después de una reunión celebrada el 16 de julio en el cuartel general del Führer se decidió salir del estancamiento del transporte. Al día siguiente, Himmler fue a Auschwitz para presenciar el asesinato en las cámaras de gas de una remesa de judíos. Acto seguido ordenó al jefe del campamento acelerar la ampliación de las instalaciones al efecto. Esto se hizo por orden directa de Hitler o bien en respuesta a una instrucción de índole más general del Führer. «Los territorios ocupados del este quedarán libres de judíos», escribió Himmler dos semanas después. «El cumplimiento de esta orden tan sumamente difícil me ha sido encomendado por el Führer». La escalada

fue tan espectacular que fue percibida de inmediato y transmitida al Congreso Judío Mundial, y por tanto a los Aliados, a través de intermediarios. 123

Mientras la Wehrmacht avanzaba a toda prisa por el sur de Rusia, los planes de colonización de Hitler iban adquiriendo prioridad en la agenda. El 12 de julio de 1942, inmediatamente después de la caída de Sebastopol, Hitler ordenó que Crimea fuera vaciada de todos «los rusos y ucranianos que vivían allí». 124 A finales de julio de 1942, Himmler presentó a Hitler la versión revisada del *Generalplan Ost* , con mapas y planes detallados para la construcción de los asentamientos de los colonos. Una parte importante de estos planes consistía en el reasentamiento de los germanoamericanos retornados, a los que se consideraba poseedores de las cualidades de resistencia e iniciativa necesarias para colonizar las estepas, al igual que sus antepasados antaño habían colonizado las llanuras. Algunos de los asentamientos previstos serían por tanto denominados «Colonias-USA ». 125 «El Führer no solo me escuchó», comentaría Himmler poco después, sino que «se contuvo de hacer constantes interrupciones, como tiene por costumbre». 126 Hitler aprobó el plan, que no se reducía a una visión puramente agraria. Hitler, por el contrario, contemplaba no solo la germanización de algunas ciudades existentes, sino también la construcción de todo un nuevo conjunto de centros urbanos. 127 La modernidad de la visión de Hitler también quedaba demostrada en sus planes para una inmensa línea férrea de vía ancha que conectaría los centros de población de los nuevos territorios con el Reich. 128

Aproximadamente por la misma época, el Führer estableció el tratamiento que se preveía dar a la población nativa (o, al menos, al residuo eslavo, una vez filtrados los elementos «nórdicos»). En los territorios del este había que fomentar el aborto; de hecho, sería deseable contar «con un vigoroso programa de contracepción allí» para evitar «la multiplicación de la población no germana». La población no germana no tendría ningún acceso al «sistema de atención médica alemán»; no serían, por ejemplo, vacunados, ni tampoco receptores de ningún tipo de medicina preventiva. A la población no germana no se le enseñaría nada más que a leer y a escribir. Obviamente, no recibirían ninguna «educación superior», por temor a fomentar una «futura resistencia». La población de colonos alemanes, recalcaba, debía mantenerse estrictamente aparte, en caso necesario, alojándose al principio y temporalmente, en barracones. Las ciudades eslavas debían mantenerse en una situación precaria para que la población nativa no tuviera un «nivel de vida más alto» que el que tendrían los colonos alemanes en «las recién construidas ciudades y pueblos»

previstos solo para ellos. 129 Pese a tratarse de una perspectiva bastante desoladora para los eslavos, al menos era más prometedora que el futuro que Hitler había en un principio previsto para ellos según el «Plan del Hambre». Hitler no se esforzaría por mantenerlos vivos, pero tampoco se propondría activamente matarlos. El «problema» eslavo se solucionaría por sí mismo a través de un abandono progresivo, más que de una violencia radical.

Lo más importante del programa de Hitler, al menos en un plazo inmediato, era la guerra contra Angloamérica. Mientras la Operación Azul iba progresando, Hitler volvió a dirigir su atención al Imperio británico y a Estados Unidos. En lugar de atacar Malta, como quería Kesselring, Hitler apoyó el plan de Rommel de continuar la ofensiva en Libia, en parte seducido por su deslumbrante figura, 130 pero, principalmente movido por razones estratégicas y políticas. Le preocupaba, como le dijo a Mussolini, que si Gran Bretaña no era rápidamente desalojada del norte de África, «los bombarderos de largo alcance americanos» se plantarían allí en cuestión de semanas y comenzarían a bombardear el sur de Italia. Por esta razón, la caída de Tobruk debía interpretarse como una oportunidad para rematar al 8º Ejército. «Es posible que en esta ocasión Egipto pueda ser arrebatado a los británicos», señaló con cautela. Podría ser incluso posible combinar esta ofensiva con el avance a través del Cáucaso a fin de «hacer que se derrumbara» toda la posición de Gran Bretaña en «Oriente». 131 Ese mismo día Rommel volvió a atacar, provocando una vez más el retroceso de los británicos, esta vez al otro lado de la frontera egipcia. El 27 de junio de 1942, tomó Marsa Matruh. Aunque los instrumentos utilizados fueron militares, la verdadera estrategia de Hitler seguía siendo política, es decir, lograr la destrucción del gobierno de Churchill, seguida de una paz negociada.

Hitler redobló entonces la presión militar, diplomática y psicológica. Justo a principios de julio, emitió una declaración conjunta con Mussolini sobre Egipto. Un día después, autorizó una enorme asignación de recursos y trabajadores para acelerar la reparación y la construcción naval, incluida la fabricación y conversión de nada menos que cinco portaaviones. 132 Poco después, la Luftwaffe y la Kriegsmarine completaron el devastador ataque al PQ 17, uno de los convoyes del Ártico británico que transportaban suministros para la Unión Soviética a través de Murmansk. La batalla del Atlántico también estaba yendo bien y los hundimientos de buques mercantes aliados iban aumentando constantemente. Hitler estaba encantado con estos éxitos. «El Führer se mostró profundamente impresionado con los éxitos del Ártico y las actividades de nuestros

submarinos», señaló Rosenberg, «y no paraba de volver sobre el tema». [133] A mediados de mes, Hitler recibió al destituido primer ministro iraquí, Rashid Ali. «La conversación se desarrolló dentro del espíritu de confianza y amistad», anunció el comunicado posterior, «que el pueblo alemán siente hacia los pueblos árabes». [134] El estrangulamiento de Gran Bretaña y el derrumbamiento de su imperio, atacado por los alemanes en el oeste y por los japoneses en el este, parecía en ese momento una posibilidad real.

El 23 de julio de 1942, Hitler emitió la Directiva 45 sobre la continuación de la ofensiva en el sur de Rusia. [135] En ella declaraba derrotadas a las fuerzas rusas al oeste del Don, si bien apuntaba que «se estaban congregando fuerzas enemigas en torno al área de Stalingrado, que el enemigo probablemente defenderá con vigor». Hitler decretó que las fuerzas rusas al sur del Don fueran eliminadas. En adelante, el avance se dividiría y las subdivisiones del Grupo de Ejércitos del Sur así lo reflejaron. La ofensiva principal, protagonizada por el Grupo de Ejércitos A, dotado con la mayor parte de las fuerzas acorazadas y móviles, empujaría hacia el sur para hacerse con la costa del mar Negro y los yacimientos petrolíferos. Entretanto, el Grupo de Ejércitos B «construiría una línea defensiva en el Don» y avanzaría contra las fuerzas enemigas en Stalingrado, para «ocupar la ciudad en sí» (un nuevo objetivo) y «bloquear» el puente de tierra entre el Don y el Volga; seguía sin hacerse mención alguna a la importancia simbólica o política asociada a su captura. Una vez conseguido esto, se enviarían «unidades rápidas» a Astracán para cortar el acceso al «afluente principal del Volga». La Luftwaffe apoyaría el avance hacia Stalingrado y destruiría la ciudad, pero «el centro de gravedad principal de la guerra aérea» era capturar los puertos del mar Muerto. Su plan aquí era reabastecer por vía marítima al Grupo de Ejércitos que se encontraba en el Cáucaso. [136]

Dado que la región, de mayoría musulmana, parecía en ese momento a punto de caer en sus brazos, Hitler se paró a pensar seriamente en su futuro. [137] Esto se enmarcaba en el «Momento Musulmán» más amplio que tuvo lugar en el verano de 1942, en el que el Tercer Reich buscó, y a menudo encontró, aliados entre los musulmanes de los Balcanes, la Unión Soviética y Oriente Medio. [138] «El Führer me confirmó», escribió un diplomático alemán a mediados de agosto de 1942, «que Alemania sigue con gran interés la lucha del mundo islámico contra sus opresores y no pretende esclavizar ni emplear la represión contra ningún país islámico». [139] A principios de septiembre de 1942, el Führer llegó incluso a redactar una directiva sobre la política de ocupación en el Cáucaso que ofrecía la posibilidad de una posterior independencia para los pueblos del área. La

motivación de Hitler era en este caso estratégica. 140 Gestionar los yacimientos petrolíferos del Cáucaso sería difícil sin el apoyo, o al menos la aquiescencia, de la población local. Desde el punto de vista del Führer esto requería una estrecha supervisión para evitar que incurrieran en sus tradicionales luchas intestinas. 141 Hitler quería sacar petróleo y para ello necesitaba que imperara el orden.

A finales de julio de 1942, la Wehrmacht volvió a protagonizar un veloz avance. Las fuerzas soviéticas al sur del Don fueron derrotadas rápidamente. El Grupo de Ejércitos B se empleó a fondo para asegurar los flancos; el 6º Ejército continuó hacia Stalingrado. El Grupo de Ejércitos A –la ofensiva principal– avanzaba hacia el Cáucaso. Krasnodar fue tomado el 3 de agosto, junto con sus refinerías de petróleo, y Maykop, donde se encontraban los yacimientos petrolíferos principales, cayó el 9/10 de agosto. Casi todas las instalaciones, no obstante, habían sido destruidas por el Ejército Rojo en su retirada. Al poco tiempo, se llegó a las montañas del Cáucaso, y las tropas de montaña alemanas escalaron el Monte Elbrus para plantar allí la esvástica, hecho que suscitó gran atención mediática, tanto dentro de Alemania como a escala internacional. Justo a continuación de este avance llegaron unidades especiales –la Mineralölbrigade– encargadas de la tarea de proteger los campos petrolíferos y volver a ponerlos en marcha. Hitler recibió un informe inmediato de la situación y posteriormente seguiría siendo puesto al tanto de los avances, a intervalos regulares. 142 La captura de las minas del Donets y algunos de los primeros campos petrolíferos del Cáucaso llegó en un momento muy oportuno, dado que la escasez de energía empezaba ya a ser aguda en el Reich. Muy poco después de la toma de Maykop, Hitler asistió a una reunión de emergencia con Speer, Sauckel, Kehrl y varios magnates industriales, sobre la «crisis del carbón». «Si debido a la escasez de carbón de coque la producción de la industria del acero no puede remontar conforme a lo previsto», advirtió a sus atónitos interlocutores, «la guerra está perdida». 143

Pese a estas preocupaciones, la continuación del avance a mediados de agosto de 1942 elevó los ánimos de Hitler. El *Lebensraum* y la obtención de recursos, objetivos de la campaña rusa, parecían a punto de cumplirse. África y gran parte de Asia parecían a su alcance; el mundo se abría ante él. 144 Además, no paraba de pensar en formas de atacar a Estados Unidos. Hitler no había planificado en un principio llegar a expandirse tanto, pero el carácter global de la coalición enemiga supuso que, por un breve lapso de tiempo a mediados de verano de 1942, solo el mundo entero fuera suficiente para darle la seguridad que tanto ansiaba. Sin embargo, incluso en este momento álgido de su poder, a medida que el otoño se acercaba y el

golpe decisivo seguía resistiéndosele, el Führer empezó a retroceder. Su estrategia, como le explicó a Raeder el 26 de agosto de 1942, era aplastar Rusia y de esta forma conseguir un «*Lebensraum* defendible y a prueba de bloqueos desde el que pudiera librarse la guerra [contra los angloamericanos] durante muchos años más». Esto permitiría al Führer determinar «el resultado y la duración» de la guerra más amplia, que definió como una «batalla contra las potencias marítimas anglosajonas», hasta que estuvieran «listas para la paz». 145 En otras palabras, la victoria en Rusia allanaría el camino no solo para la dominación mundial, sino para una paz negociada con Angloamérica.

Incluso en la cúspide de su poder, Hitler seguía siendo un hombre angustiado, y con razón. El avance japonés en el Pacífico se detuvo de golpe tras su demoledora derrota en Midway a primeros de junio. El 16 de agosto de 1942, las Fuerzas Aéreas del Ejército de Estados Unidos (USAAF) lanzaron su primer bombardeo sobre Europa, contra la estación de mercancías de Ruán. Tres días después, una importante fuerza aérea de ataque canadiense aterrizó en Dieppe, y aunque sufrió cuantiosas bajas, la operación dejó conmocionado a Hitler. 146 Poco después, la ofensiva de Rommel en el norte de África se quedó sin fuerzas en El Alamein, unos cien kilómetros al oeste de Alejandría. Las rutas marítimas estaban ya dominadas por los británicos, que para entonces habían hundido a un gran porcentaje de la flota mercante italiana. Hitler sencillamente carecía de los suministros, fuerzas o capacidad para cruzar el Mediterráneo y acudir en su ayuda. El Führer tampoco estaba satisfecho con los últimos acontecimientos en Rusia. Se había dado cuenta de que la mayoría de los soldados rusos habían escapado del cerco al sur del Don y se habían dispersado hacia el sur o hacia el este para seguir la lucha más adelante. A Hitler le preocupaba en especial la situación en el Cáucaso, donde su punta de lanza se encontraba aún muy alejada hacia el este. Ordenó que se priorizara la provisión de recursos y combustible para el flanco derecho, a cargo del ataque de los puertos del mar Negro. Esta es la razón por la que le enfureció tanto la escalada del Monte Elbrus por parte de sus tropas de montaña, que consideró una tremenda distracción. Lo que a él le interesaba era la franja costera, no las tierras altas. 147 En caso necesario, la Luftwaffe podía abastecer temporalmente a las fuerzas de ataque. De una u otra forma, la Wehrmacht tendría que conseguir los puertos del mar Muerto, o si no la ofensiva hacia Bakú tendría que detenerse en seco.

A primeros de septiembre de 1942, la inquietud de Hitler se tornó en

alarma. 148 El 7 de septiembre, envió a Jodl a reunirse con los comandantes del Cáucaso. Acordaron que las fuerzas situadas en las montañas no se redirigirían hacia el mar, como quería Hitler, sino que defenderían los pasos y cederían parte de sus soldados a la fuerza que avanzaba desde el norte, por la costa, hacia el puerto de Tuapse en el mar Negro. Los intentos del Führer por salirse con la suya resultaron inútiles. La reacción de Hitler fue inmediata. Se sumergió en un «enfurruñamiento» prolongado, negándose a sentarse a la mesa con los jefes del ejército durante casi un mes; también insistió en que cualquier debate futuro fuera grabado en su totalidad a fin de evitar posibles repeticiones. 149 El comandante del Grupo de Ejércitos A fue destituido con carácter sumario el 10 de septiembre.

Hitler asumió el mando directo temporalmente, siendo esta la única vez que ejercería formalmente una jefatura operativa directa durante toda la guerra. En la práctica, intervino muy poco en las operaciones cotidianas del Grupo del Ejército, o al menos no más de lo que lo habría hecho en cualquier caso; 150 su principal objetivo era asegurar el cumplimiento estratégico por parte de la Wehrmacht. El mismo día que Hitler destituyó del mando a List, emitió una orden oficial para el Grupo de Ejércitos A. En primer lugar, ordenaba que el 17º Ejército «se dirigiera de inmediato a Tuapse a fin de tomar la costa del mar Negro» y allanar el camino para un posterior ataque, mucho más al sur, en Suchumi. En segundo lugar, Hitler anunciaba su intención –«dependiendo de lo que ocurriera en Stalingrado»– de enviar desde allí, a finales de mes, «unidades rápidas» en apoyo del 1º Ejército Panzer en su avance sobre Grozny. 151 El avance continuó, pero a una velocidad que iba reduciéndose de forma constante. El 18 de septiembre, Hitler lanzó una larga diatriba en Vinnytsia. 152 En un primer momento se planteó destituir a Jodl, pero luego cambió de opinión. Poco después, el 24 de septiembre de 1942, el jefe del Estado Mayor, Franz Halder, recibió su notificación de despido. «Cuando me iba, me dijo», recordaría Halder más adelante, «que mi constante actitud de sabelotodo había llegado a sacarle de quicio casi por completo». 153 Halder fue reemplazado por Kurt Zeitzler. De un modo u otro, fuera de quien fuera la culpa, estaba claro que aquel año no se podría llegar a los campos de petróleo de Bakú.

En consecuencia, en algún momento entre primeros de septiembre y mediados de octubre, Hitler decidió pasar a la defensa estratégica en Rusia. El 8 de septiembre de 1942, los Grupos de Ejércitos del Centro y del Norte recibieron la orden de mantener sus posiciones a toda costa, en parte para evitar la pérdida de «equipamiento irreemplazable» y en parte también para evitar poner en riesgo «sectores vecinos». 154 Estableciendo una

comparación explícita con «las grandes batallas defensivas de la [Primera] Guerra Mundial», que él consideraba mucho más duras que las de entonces en el frente del este, Hitler hizo público su «eslogan», que era «Cavar y cavar, sobre todo cuando la tierra está aún blanda». El 14 de octubre, Hitler, en efecto, puso también punto final a la Operación Azul en el sur. Declaró que en ese momento la campaña estaba prácticamente «completada». Hitler prometió reanudar las operaciones al año siguiente. Entretanto, dijo que no debían producirse «retiradas ni retrocesos operativos» ante los ataques enemigos. Se proporcionaron instrucciones detalladas sobre la construcción de trincheras y fortificaciones. 155 El lenguaje era inequívoco. La guerra en el este ya no sería una guerra de maniobras, sino de desgaste.

La crisis de septiembre marcó el punto de inflexión operativo de la guerra, y también la ruptura definitiva con la jefatura militar. Acusó a sus comandantes no solo de haber entendido mal el plan operativo desde un principio –«no sabiendo reconocer dónde se hallaba el centro de gravedad»–, 156 sino de desafiar sus órdenes directas. Hitler estaba además convencido de que dentro del cuartel general había personas que estaban revelando secretos al enemigo. 157 De hecho, había en efecto un agente del M16 dentro o muy cerca del OKW , de nombre en clave «Knopf» que había trabajado primero para los polacos y que estaba proporcionando a Londres informes detallados sobre el pensamiento de Hitler. 158 No obstante, la principal preocupación de Hitler era que el hecho de no conseguir tomar los puertos a tiempo hubiera dado al traste con el propósito estratégico de la operación, esto es, abastecer a las puntas de lanza del mar Negro para así poder extraer el petróleo –al menos de Maykop– y transportarlo en camiones cisterna de Tuapse a Rumania, y desde allí, Danubio arriba, hasta Alemania. 159 «Quien se quede sin el petróleo», lamentaba Hitler, «perderá la guerra». 160 En realidad, ya había admitido que, si la guerra no estaba perdida, lo cierto era que ya no podría ganarse.

Hitler se dispuso entonces a mitigar el daño. Dio órdenes de extraer petróleo de Maykop, insistiendo en «la importancia decisiva» de reconstruir las instalaciones de la zona. 161 El Reich no llegaría a recibir nunca más que una gota. Hitler también dio órdenes a la Luftwaffe de destruir los yacimientos petrolíferos soviéticos que estaban más allá de su alcance. El 7 de octubre se dio orden de atacar las instalaciones de Grozny, que la Luftwaffe ejecutó tres días después, y dos semanas más tarde, Hitler exigió que se llevara a cabo un bombardeo sobre el lejano Bakú. 162 Göring, sencillamente, carecía de recursos para hacerlo. La principal respuesta de Hitler, sin embargo, fue cambiar el foco a Stalingrado. El que

en un principio había sido un objetivo secundario, había ido adquiriendo progresivamente importancia en la mente de Hitler a lo largo de la campaña, incluso antes de la crisis del Cáucaso. Si se conseguía tomar la ciudad y cortar la línea de comunicación soviética norte-sur, Hitler podría hacer realidad al menos uno de los objetivos estratégicos de su campaña. El Führer era optimista. Su fe en el comandante de la fuerza atacante era tal que le había considerado el único sustituto posible para Jodl. Paulus, afirmó, era «el único hombre» en quien él «confiaba personalmente», el primero en quien se había «fijado» entre los altos oficiales de la Wehrmacht, alguien que era «fanático» de la «motorización» y un hombre de «personalidad equilibrada», capaz de «mantener la calma». 163

De modo que, desde octubre hasta mediados de noviembre de 1942, el 6º Ejército fue abriéndose paso hasta Stalingrado. 164 La Luftwaffe, a petición directa de Hitler, dejó la ciudad convertida en escombros. Paulus avanzaba lentamente entre las ruinas; los rusos luchaban con todas sus fuerzas por mantenerse, con el Volga a sus espaldas. Las pérdidas fueron enormes en ambos bandos. Los lugares emblemáticos de Stalingrado –el elevador de grano, las fábricas, sus vías férreas muertas en forma de raqueta– adquirieron una notoriedad a escala internacional; el propio nombre de la ciudad encarnaba lo que estaba en juego. A principios de octubre, muchos alemanes, e incluso la opinión mundial, habían llegado a considerar la lucha como una batalla de voluntades entre Stalin y el Führer. 165 Hitler fue obsesionándose cada vez más con la conquista de la ciudad, alentando a Paulus a seguir adelante. «Las dificultades de la batalla de Stalingrado», les dijo a los hombres del 6º Ejército un mes más tarde, «y nuestras mermadas fuerzas de combate no se me ocultan». Pese a ello, Hitler exigió que atacaran una vez más con la misma energía que «tantas veces habían demostrado en ocasiones anteriores» y «el ímpetu que tan a menudo les había caracterizado» a fin de lograr al menos abrirse paso hasta la fábrica de artillería y la planta metalúrgica, llegar al Volga y hacerse con estas áreas de la ciudad. 166

Dicho esto, Hitler, que había personalizado intensamente su rivalidad con Churchill y Roosevelt, no estaba persiguiendo una venganza personal contra Stalin, a quien casi nunca mencionó en público. El nombre de la ciudad era irrelevante para él. El objetivo inmediato de Hitler era la economía y el sistema de comunicaciones soviéticos. «Quiero llegar al Volga en un punto concreto, en una ciudad concreta», dijo, y añadió, «que por pura coincidencia se llama igual que el propio Stalin». «Pero no piensen ni por un instante», continuó diciendo, «que me dirigí hacia allí por esa razón», sino porque era «un lugar muy importante». No menos de

treinta millones de toneladas de mercancía, incluyendo nueve millones de toneladas de petróleo, grandes cantidades de manganeso y toda la cosecha de grano de Kuban, explicó Hitler, pasaban por la ciudad cada año. 167 Su objetivo estratégico era causar un efecto político, no en Moscú, sino en Londres. A principios de octubre de 1942, Hitler rechazó bruscamente la sugerencia de Jodl de que las tropas se retiraran de Stalingrado, «e insistió por primera vez en que la conquista de Stalingrado era importante no solo por razones operativas, sino también urgentemente necesaria por motivos psicológicos», es decir, para impresionar a la «opinión mundial» y animar a sus «aliados». 168 Si la ciudad caía, comentó Hitler a su séquito, Churchill podía caer a su vez o, como mínimo, mostrarse más dispuesto a firmar la paz. 169 En resumen, la ofensiva sobre Stalingrado, al igual que toda la guerra, tenía como motivo principal la pugna contra Angloamérica.

Esto explica por qué, a primeros de noviembre de 1942, Hitler anunció la caída de la ciudad. «Este era un importante punto de transporte», le dijo al público reunido en el Munich Bürgerbräukeller en su alocución anual para conmemorar el fallido golpe, «que yo quería conseguir, y vosotros –estamos siendo modestos– nosotros, ya lo tenemos». 170 La jefatura militar, que sabía más del asunto, no podía dar crédito a este optimismo de Hitler. Los altos mandos llamaron desde Rusia para decir que Stalingrado estaba aún muy lejos de haber sido tomada. 171 De hecho, Hitler, que ya estaba resignado a otro invierno en Rusia, no creía lo que decía. Si proclamaba la victoria prematuramente no era principalmente para animar al angustiado público alemán, ni tampoco para desalentar a los rusos, que sabían que esto no era cierto, sino para influir en la opinión mundial, particularmente en la británica. Un año antes, en octubre de 1941, Hitler había ordenado a Dietrich, por la misma razón, que comunicara a la prensa mundial que la Unión Soviética había sido derrotada. Esta vez volvía a hacer lo mismo.

En el otoño de 1942, Hitler estaba sumido en múltiples crisis. En el oeste, los angloamericanos lanzaron una serie de devastadores ataques. El 23 de octubre de 1942, Montgomery inició su ofensiva en El Alamein. 172 En vista de la aplastante superioridad material aliada, especialmente aérea, el 3 de noviembre Rommel se vio obligado a retirarse. Cinco días más tarde, los angloamericanos pusieron en marcha la Operación Torch (Antorcha), un ingente desembarco en el norte del África francesa. Esta no solo amenazaba el flanco de Rommel, sino que dejaba completamente al descubierto la posición del Eje en todo el Mediterráneo. Mientras que los

submarinos alemanes habían sido incapaces de detener la invasión, su cifra de hundimientos contra la marina mercante aliada en el Atlántico Norte había alcanzado su cota máxima. Hitler puso entonces toda su fe en la nueva generación de submarinos prevista, aunque esta aún tardaría un tiempo en construirse y desarrollarse. 173 Luego, los rusos contraatacaron en Stalingrado con la Operación Urano. El 19 de noviembre lograron atravesar las líneas alemanas al norte de la ciudad y un día más tarde lo hicieron al sur. Algunas de las fuerzas aliadas que guardaban los flancos –formadas por rumanos, húngaros e italianos– lucharon valientemente; muchos huyeron. 174 El 23 de noviembre las dos pinzas llegaron a unirse en Kalach, junto al río Don, bastante al oeste de la ciudad. El 6º Ejército, con sus más de 250.000 hombres y una enorme cantidad de equipamiento, quedó cercado.

Hitler no daba abasto para responder a esta sucesión de reveses. El 22 de noviembre ordenó a Paulus que se mantuviera firme mientras él ideaba un plan. 175 Dos días más tarde, inmediatamente después de que el 6º Ejército quedara aislado, Hitler definió Stalingrado como una «fortaleza». Prohibió cualquier mención a un posible escape y se negó a conceder a Paulus libertad de acción. 176 Hitler temía que el 6º Ejército fuera atrapado en la estepa, al descubierto, y aniquilado. Pensaba que era mucho mejor permanecer dentro del relativo cobijo de la ciudad, especialmente en invierno, y esperar la llegada de refuerzos. Tal vez este fue el motivo que le llevó a anunciar la creación de una nueva condecoración, el broche del «combate cuerpo a cuerpo», como «distintivo visible de reconocimiento a los soldados que lucharon hombre a hombre con arma blanca y [otras] armas del combate cuerpo a cuerpo, pero también como estímulo para el más alto cumplimiento del deber». 177 Entretanto, contando con las garantías dadas por Göring, Hitler planeó abastecer a Paulus desde el aire, como había hecho en Demyansk y Cholm el invierno anterior. Desde el principio y hasta el amargo final de la crisis, el Führer tomó personalmente todas las decisiones importantes respecto a Stalingrado. 178

Hitler planteó la lucha en Stalingrado como un enfrentamiento de voluntades y resistencia. Al final, les dijo a sus generales, era cuestión de «sangre fría». La situación del 6º Ejército se iba haciendo cada vez más desesperada. Los ataques del Ejército Rojo iban reduciendo constantemente el perímetro. Los hombres se congelaban; el equipamiento dejaba de funcionar. Los suministros escaseaban, dado que la Luftwaffe solo podía transportar hasta allí una pequeña cantidad de lo que necesitaba el ejército. Hitler era plenamente consciente de ello. Cuando a mediados de diciembre le comunicaron las cifras totales de lo que diariamente recibían en

municiones, combustible y suministros, que no alcanzaban más que a una parte de lo que se necesitaba, se limitó a comentar: «Es terrible». 179 Una ofensiva enviada en su ayuda se frustró bastante antes de llegar a la ciudad. Sin embargo, mientras Paulus continuara manteniendo los tres aeródromos de Stalingrado y el 6º Ejército siguiera estando cohesionado, existía una oportunidad de aguantar hasta la primavera.

Dos consideraciones revestían la máxima importancia en la mente de Hitler respecto a Stalingrado. La primera, que cualquier retirada del 6º Ejército no solo sería arriesgada, sino que conllevaría inevitablemente la pérdida de una gran cantidad de equipamiento, que no le era posible reemplazar. «Temo», confesó, «que si nos retiramos ahora, perderemos todo el material». 180 Lo que más le preocupaba era la pérdida de piezas de artillería pesada, pero también la de miles de caballos, muchos de los cuales estaban ya en las últimas. En segundo lugar, Hitler no se hacía ilusiones acerca de la posibilidad de recuperar el terreno perdido. «No podremos reconquistarlo», advirtió a los generales, añadiendo: «No imaginen que recuperarán el terreno después de la retirada y de haber dejado todo el equipamiento atrás». La marea nazi estaba bajando, dejando tras de sí un reguero de cadáveres y equipos destrozados, y no volvería a subir.

Aunque el drama de Stalingrado acaparaba la máxima atención del público alemán, y desde entonces ha ido ganando importancia en la memoria histórica, en el pensamiento de Hitler la batalla principal seguía siendo la lucha con Angloamérica. El país y el nombre al que él aludía con especial furia en su retórica no eran la Unión Soviética ni Stalin, sino Estados Unidos y Roosevelt. 181 En términos estratégicos, la invasión aliada del norte de África representaba una amenaza mucho mayor, que hacía que la crisis del este ocupara un segundo plano. Todo el frente Mediterráneo, incluyendo la propia posición de Mussolini y el futuro del Eje en sí, pasó de repente a estar en disputa. Para finales de 1942, la breve concentración aérea requerida en el este por la Operación Azul ya había terminado. Pese a la grave situación en Stalingrado, alrededor de un 70 % de la Luftwaffe fue desplegada en el oeste, tanto en el Mediterráneo como en el propio Reich. 182

Todo esto hizo evidente el enorme desafío de desgaste que representaban en ese momento los Aliados occidentales. Alemania era claramente inferior en el aire. A principios de septiembre, Hitler lamentaba, respecto al ataque aéreo sobre Dieppe, que mientras que «nosotros tenemos 200 cazas», el enemigo «tiene 2.000». «Si la batalla dura tres días», continuaba diciendo, «y yo pierdo 37 o 40 aviones al día», ya «no habrá

nada que hacer», porque, aunque el enemigo perdiera el mismo número de aviones, a él todavía le quedarían muchos. 183 En ese momento los británicos empezaban no solo a ostentar el dominio estratégico de los cielos, sino a disfrutar de una superioridad aérea táctica que antes había sido el distintivo de la Luftwaffe. En adelante y hasta el fin de la guerra, las operaciones de la Wehrmacht contra las potencias «anglosajonas» se verían seriamente limitadas por la RAF y, cada vez más, también por las USAAF . Hitler no salía de su asombro ante la cantidad de barcos que los Aliados habían sido capaces de reunir para la Operación Torch, lo que demostraba que sus propios cálculos sobre los niveles de tonelaje disponibles eran completamente erróneos. 184 Hitler estaba también furioso con la Luftwaffe –un testigo refiere «feroces ataques»– por no haber conseguido contar con un bombardero de largo alcance con el que podría haber atacado la cabeza de puente. 185

Si Hitler quería mantener cerca a sus aliados, y lejos a la coalición enemiga, tenía que evitar que los angloamericanos consiguieran hacerse con un asidero en Europa, ni tampoco a sus puertas. Tres días después de la Operación Torch, lanzó la Operación Atila, la ocupación de la Francia de Vichy, con el fin de prevenir un desembarco aliado allí. La captura de la flota de Vichy fracasó cuando esta fue hundida por los franceses antes de que los tanques alemanes llegaran a Tolón. El último recurso naval de importancia del que el Tercer Reich habría podido disponer se le escapó de las manos. El Führer también estaba decidido a mantenerse firme en el norte de África. Cuando Rommel se presentó sin ser invitado en su cuartel general a finales de noviembre de 1942 para pedir la evacuación de Túnez, Hitler se negó. «Por razones de política exterior», explicó, «simplemente debe mantenerse una cabeza de puente más grande en África». 186 Pese a las necesidades del frente oriental, y especialmente a la agonía de Stalingrado, Hitler envió un numeroso y bien equipado ejército a Túnez, gran parte de él por aire y haciendo por tanto uso de la tan preciada capacidad de transporte, con el fin de dar apoyo a Mussolini y asegurar que el área no volviera a ser utilizada como punto de escala para incursiones aéreas o invasiones contra su flanco sur. El transporte aéreo fue aún mayor que el organizado para Stalingrado. Cuando a primeros de diciembre de 1942 aparecieron los primeros carros de combate Tiger, Hitler decidió que en lugar de utilizarlos por partes en Rusia, los emplearía de forma concentrada en África contra británicos y estadounidenses. 187

Hitler no albergaba ninguna duda del carácter aniquilatorio de su lucha contra las potencias occidentales. Para él, esto quedaba claramente demostrado, no solo por la guerra de bombardeos, sino por el desarrollo de

las operaciones militares. El Führer enfureció por el presunto tratamiento dado por los canadienses a los prisioneros alemanes durante el ataque sobre Dieppe, tras el cual se encontró a algunos de ellos ejecutados con las manos atadas a la espalda. En septiembre de 1942, temiendo otro desembarco, ordenó la deportación de los habitantes de las Islas del Canal. Dos mil de ellos fueron enviados a Biberach, en Wurtemberg. 188 El 18 de octubre de 1942, Hitler dio orden de que a los «llamados comandos» británicos, independientemente de cómo hubieran sido desplegados o de si iban de uniforme o no, «había que matarles, sin dejar uno solo, ya fuera en batalla o mientras huían». 189 Para explicar el porqué de esta acción tan drástica, Hitler se refirió a la crisis de producción. «Yo no sé», dijo, «si todos los oficiales son conscientes de que la destrucción de una sola central eléctrica puede costarle a la Luftwaffe miles y miles de toneladas de aluminio», con la consecuencia de que los muchos aviones que quedarían sin construirse ya no podrían utilizarse en el frente o en la defensa del Reich. «En el este», explicó Hitler, «la guerra es una batalla de exterminio», añadiendo a continuación que «Gran Bretaña y América» se habían «sumado» a esta forma de hacer la guerra mediante prácticas que «en esencia» no diferían «en nada» de las de los partisanos rusos. La intención general que subyacía a la orden, el equivalente occidental a la Orden de los Comisarios en el este, era radicalizar la guerra en el oeste a fin de que armonizara con las prácticas seguidas en el este. 190

La tendencia aniquilatoria en el pensamiento de Hitler respecto a Angloamérica se hizo también evidente en su búsqueda de armas de destrucción masiva. Estaba convencido de que solo un ataque de dimensiones apocalípticas contra Gran Bretaña obligaría a la RAF a poner fin a los ataques sobre las ciudades alemanas, y a Churchill a querer negociar la paz. Tras haber perdido ya las esperanzas en la Luftwaffe, los cohetes parecían la vía más prometedora. A finales de junio de 1942, Speer le informó de la evolución de los experimentos en Peenemünde. En un principio, Hitler se mostró escéptico. 191 Sin embargo, a primeros de octubre tuvo lugar el primer vuelo con éxito de un cohete. Para mediados de ese mismo mes, Hitler ya estaba pidiendo el «despliegue masivo» de cohetes, con una primera tanda de al menos 5.000 unidades, 192 para «poder causar una poderosa impresión con esta arma». 193 Esto requería el uso de una enorme cantidad de combustible, acero y otros recursos. Al acabar la guerra, Hitler había invertido el equivalente a 39.000 aviones en un programa de cohetes que al final resultó irrelevante para el curso de la contienda. 194 El objetivo contra el que pensaban utilizarse estas armas, hay que recordar, no era la Unión Soviética, sino Gran Bretaña.

El fin de las guerras de maniobras en Rusia y en el norte de África acentuó el carácter de desgaste que el conflicto tenía para Hitler. La victoria sería para el bando que pudiera producir más y resistir más que el otro. El 1 de octubre de 1942, bastante antes de la contraofensiva soviética en Stalingrado, Hitler dijo a los *gauleiter* que el final de la lucha estaba lejos y que la pugna por la producción era en ese momento el principal frente de batalla. Era necesario aumentar la movilización. Hitler sabía que uno de los factores clave era la mano de obra, por lo que instó a Sauckel a encontrar solución a la escasez de ella causada por las demandas cada vez mayores de la guerra y la ausencia de tantos hombres que estaban en el frente. 195 Promovió un mayor uso de trabajadores extranjeros, tanto forzosos como voluntarios. Si bien estaba decidido a sacar a los judíos de las fábricas de armamento del Reich, Hitler accedió también a la sugerencia de Sauckel de permitir que los «trabajadores especializados» judíos pudieran permanecer «en un principio» dentro del Gobierno General; al menos por el momento, se dio prioridad a la producción por encima de la aniquilación. 196 Las exigencias de la guerra de producción llevaron a Hitler a moderar su política, al menos respecto a la población no judía. Ordenó que los prisioneros serbios enviados a construir fortificaciones en Noruega fueran «adecuadamente alimentados», dado que aumentar su productividad era el único medio para poder «reducir el número de ellos» y de este modo aliviar la necesidad de proporcionarles alojamiento, ropa y otros suministros. 197 Igualmente, en el otoño de 1942, dio orden de que los «trabajadores autóctonos y sus familias empleados en la industria del petróleo fueran alimentados convenientemente a fin de preservar su disposición y capacidad de trabajo». 198 Hitler incidiría muchas veces en esta visión suya hasta el final de la guerra; dicho lo cual, lo que ocurría en la realidad era una cuestión muy distinta. En el caso de los prisioneros serbios, por ejemplo, un gran número de ellos murió de camino a Noruega, y bastante más de la mitad no sobreviviría a la guerra. 199

Hitler también trató de aumentar la movilización dentro del ámbito doméstico. Hacia finales del mes siguiente, cuando las pinzas soviéticas estaban a punto de cerrarse en Kalach, designó a un enviado especial para que investigara cómo podía liberarse mano de obra «subempleada o mal aprovechada» para prestar servicio en el frente o en otras tareas. 200 Hitler atendía de igual manera a la movilización psicológica del pueblo alemán, cada vez más abatido ante el evidente estancamiento en los frentes de batalla y la escalada de los bombardeos. La cuestión de cómo responder a los ataques de la RAF no era solo un tema de carácter práctico, sino también de política interior. Hitler manifestó su total rechazo a la tendencia de la

Luftwaffe a restar importancia a los bombardeos británicos. «La gente puede soportarlo todo», continuó diciendo, pero hay que decirle «la cruda verdad», 201 no mentiras que ellos mismos sabían que lo eran simplemente a través de su propia observación. Por otra parte, estaba el tema de cómo reducir el peligro para aquellos civiles que no eran requeridos para la producción de guerra. Baldur von Schirach, partidario de sacar a los niños de sus familias y adoctrinarlos, estaba a favor de la evacuación masiva «de aulas escolares enteras» hacia zonas seguras. Temeroso de los efectos que esto tendría sobre la moral de la gente, Hitler dio el visto bueno al plan, pero solo a condición de que «toda obligatoriedad fuera evitada» y añadiendo que «solo los padres debían decidir si sus hijos eran o no evacuados». 202

El Führer también se enfrentó con el cuerpo de oficiales, a cuya falta de coherencia ideológica culpaba de los fracasos en Rusia; en este sentido, «la crisis de septiembre» en el Cáucaso pesaba mucho más que la situación en Stalingrado. En términos más generales, Hitler quería acabar con el dominio absoluto de la aristocracia y la clase media-alta en la profesión militar a fin de –siguiendo la tradición prusiana, más progresista– abrirla al talento. 203 El 1 de octubre de 1942, muy poco después del discurso de Hitler, Rudolf Schmundt fue nombrado jefe del Heerespersonalamt. Esto supuso un giro importante en las relaciones del Führer con el cuerpo de oficiales, en cuya transformación social se volcó con vigor, y que iría seguido de una oleada de nuevas medidas. La apertura social del cuerpo de oficiales no fue solo producto de las presiones de la guerra, sino de la voluntad de Hitler. 204

Estas medidas de modernización fueron acompañadas de algunas estratagemas de tipo más feudal para estrechar la unión de los generales con su Führer. Este hacía tiempo ya que tenía por costumbre recompensarles con sustanciales pagos en efectivo. Hacia finales de septiembre de 1942, casi inmediatamente después de su ofensiva sobre el Cáucaso, entregó a Keitel, como regalo de cumpleaños, un sustancioso cheque con su «más sincero agradecimiento… por la lealtad y la entrega que me ha mostrado… [en] un momento difícil». En octubre de 1942, realizó la primera concesión de tierras a un general, una finca en Silesia confiscada a un propietario judío que pasaría a manos de Ewald von Kleist, a quien poco más tarde nombró comandante del Grupo de Ejércitos A en el Cáucaso. Hitler también hizo regalos de gran cuantía a miembros del gobierno, del partido y de las SS , entre ellos, Wilhelm Frick, Alfred Rosenberg, Konstantin von Neurath, Robert Ley, Joachim von Ribbentrop, Fritz Sauckel, el jefe de Policía y *Obergruppenführer* de las SS , Kurt

Daluege, y al jefe de Estado Mayor de las SA , Wilhelm Schepmann. 205

Los esfuerzos de Hitler por unir a los alemanes en torno a la causa común se veían entorpecidos por las continuas guerras intestinas del régimen. Todavía tenía que dedicar gran parte de su tiempo a mediar en las disputas entre sus paladines: entre Goebbels y Rosenberg por cómo había que presentar la «política colonial» en el este; 206 entre Rosenberg y Ribbentrop por el control de la «Cuestión del Este» en general; 207 entre Rosenberg y los jefes militares por la administración de los territorios del este conquistados; 208 entre Baldur von Schirach y varias autoridades estatales por las evacuaciones de niños desde las grandes ciudades al campo; 209 entre Himmler y Ribbentrop por quién rendía cuentas a Hitler. 210 También existía una lucha de baja intensidad por controlar el acceso a Hitler entre Lammers y Bormann, en la que este último fue gradualmente tomando la delantera. 211 Ninguna de estas disputas reforzó lo más mínimo la autoridad de Hitler. Por el contrario, constituyeron un desperdicio de tiempo y de energía para todos. Tampoco Hitler animó al partido a establecer un Estado paralelo. El 2 de diciembre de 1942, emitió una (inútil) instrucción en virtud de la cual prohibía al NSDAP intervenir formalmente en «asuntos legales de particulares», que debían dejarse a los tribunales; como máximo, el partido podía ofrecer su mediación, con carácter informal, para llegar a una «solución amigable». 212 Con respecto a las formas de gobierno, pensaba Hitler, no había duda; la que menos administración requiriera era la mejor.

De una forma u otra, Hitler seguía decidido a resistir más que la coalición enemiga, o al menos a dar esa impresión. Le dijo al líder fascista holandés, Anton Mussert, cuando este fue a visitarle el 10 de diciembre de 1942, que él «no capitularía, sino que lucharía», aunque tuviera que reclutar a los chicos de catorce a dieciséis años. 213 En un discurso público, afirmó que mientras que la Alemania del káiser se había rendido a las doce menos cuarto, él, «por principio, no pararía hasta las doce y cinco». Por otra parte, afirmaba, su posición era mucho mejor que la de Federico el Grande, «que se enfrentó a una coalición de 54 millones con 3,9 millones [de población]». En aquel momento, continuó diciendo, Alemania todavía seguía manteniendo sus «bastiones más allá de sus propias fronteras». Tenía espacio con el que poder negociar. No obstante, Hitler no se hacía ilusiones. «Sé muy bien», dijo, «que la lucha es muy difícil». 214

Cuando el año iba tocando a su fin, ya no había forma de disfrazar el grave aprieto en el que se encontraba el Reich. Más de 100.000 hombres seguían bajo asedio en Stalingrado, cada día con menos esperanzas de recibir abastecimiento o refuerzos. Muchos más estaban siendo enviados a

toda prisa a Túnez a fin de dar apoyo a la posición del Eje. La RAF bombardeaba el Reich por las noches, cada vez con más eficacia. En 1942 se hundieron más del doble de submarinos que durante los doce meses anteriores, la mayoría de ellos en la segunda parte del año. Las contramedidas aliadas, que Hitler había esperado, estaban pasando factura. [215] Los hundimientos de buques mercantes, que habían tocado techo en noviembre de 1942, descendieron notablemente en diciembre. Para completar esta larga serie de desdichas, en los últimos días del año, la Kriegsmarine fracasó espectacularmente en su misión de atacar y destruir un precariamente defendido convoy del Ártico británico en el mar de Barents. La causa de este fiasco no fue el apocamiento del almirante al mando, sino la bien conocida renuencia de Hitler a arriesgarse a perder barcos importantes, aunque entonces lo describiera como «una vieja plancha» y una «lamentable copia de la Royal Navy». «Su decisión irrevocable», según anunció al representante de Raeder en el cuartel general, era «librarse de todos esos barcos inútiles» y desplegar «las buenas tripulaciones [y] las buenas armas» con más utilidad. También le preocupaba el hecho de que «quedarse en puerto», con la consiguiente reducción de la disposición al combate, convirtiera a la armada en un «caldo de cultivo para la revolución», como había ocurrido en 1918, [216] y él estaba decidido a que la historia no volviera a repetirse.

En su mensaje de Año Nuevo de 1943, Hitler no perdía ningún tiempo en identificar la causa de las penurias por las que el Reich estaba pasando en ese momento, esto es, su propia fragmentación y su némesis en forma de los Estados Unidos de América. Volviendo sobre los viejos temas de la década de 1920, recordaba a su audiencia que gracias a los «siglos de decadencia del Primer Reich alemán», el pueblo alemán se había convertido en un «mero fertilizante cultural para el otro mundo». El «otro» mundo era Angloamérica, especialmente Estados Unidos, que a ojos de Hitler representaba, por encima de todo, una gran amenaza demográfica para el Reich. «Incontables millones de alemanes», explicó a su audiencia, «se vieron obligados a abandonar su patria». «Fueron ellos, en particular», continuaba Hitler, «los que ayudaron a construir ese continente [América] que ahora está tratando de sumir a Europa en la guerra por segunda vez». [217]

En enero de 1943, el enfrentamiento se enconó aún más. En una reunión mantenida en Casablanca a mediados de mes, Churchill y Roosevelt anunciaron que no aceptarían otra cosa que no fuera la rendición

incondicional de Hitler. Hacia finales de enero, las USAAF lanzaron su primer ataque aéreo sobre el Reich, contra el puerto de Wilhelmshaven; Hitler prestó mucha atención a las afirmaciones de la prensa americana acerca de la eficacia de la campaña de bombardeos. [218] En el norte de África, las primeras tropas de tierra ya habían entrado en acción contra la Wehrmacht. La mayor amenaza, sin embargo, procedía del poder de producción de Estados Unidos, que pronto se vería encarnado en la icónica imagen de la imponente *Rosie la Remachadora* , de Norman Rockwell, pisando un deteriorado ejemplar de *Mein Kampf* . Hitler así lo admitía en su mensaje. «Lo que América pretende conseguir por la vía de la producción», dijo, «nos ha sido comunicado bastante a menudo a través de la verborrea del máximo instigador de la guerra, Roosevelt», añadiendo que «lo que realmente puede hacer y ya ha conseguido no nos es desconocido». [219] La guerra civil, que en la mente de Hitler enfrentaba a los ingenieros y soldados alemanes de ambos lados del Atlántico entre sí, entraba de este modo en su máximo apogeo.

Con el plan de hacer volver a los germanoamericanos a colonizar las nuevas tierras del este ahora en suspenso, el Tercer Reich esperaba al menos recuperar parte del valor racial perdido de entre los prisioneros de guerra estadounidenses, cuya cifra fue aumentando a medida que la guerra en Túnez se intensificaba. El Centro de Coordinación para los Alemanes Étnicos de las SS , encargado de la tarea de rastrear los campamentos en busca de «prisioneros americanos y británicos de ascendencia alemana», [220] consiguió dar con muchos cautivos de origen alemán, pero al final perdió la esperanza de convertirles. Más adelante, el *Obersturmbannführer* Rimann informó a Himmler de que «el interrogatorio continuado a los prisioneros de guerra americanos de ascendencia alemana ha puesto en evidencia los problemas asociados a nuestro plan». La mayoría era de segunda o tercera generación, y estaban «completamente americanizados en actitud y conducta». [221] Lo mismo cabía decir de los *Volksdeutsche* canadienses apresados en Dieppe, todos los cuales resultaron ser –lamentablemente– voluntarios. [222]

Hitler ligaba su continuada preocupación por el destino de los emigrantes alemanes con su política hacia los judíos. A menudo le habían reprochado, se quejaba el Führer al almirante Horthy, su duro trato a los judíos pero, ¿y qué pasaba con los «250.000 alemanes» que habían tenido que «emigrar» cada año del Reich? Estos habían tenido que hacerlo bajo unas condiciones tan terribles, alegaba Hitler, que el 30 % de ellos habían muerto de camino a Australia. [223]

Entretanto, el Reich sufría el maltrato del Imperio británico. La furia de

Hitler ante el dominio de la Royal Navy en alta mar estalló en un enfrentamiento con el almirante Raeder el 6 de enero de 1943. Este fue destituido y reemplazado por Dönitz a finales de mes. La RAF continuó machacando las ciudades alemanas, y también –cada vez con más eficacia– a la industria alemana. En su mensaje de Año Nuevo, Hitler reconocía que la «patria» se estaba enfrentando a «duros bombardeos». 224 El primer ataque sobre Berlín, en más de un año, tuvo lugar el 16 de enero; 225 este no fue más que un adelanto de lo que estaba por venir. En Casablanca, Churchill y Roosevelt emitieron una directiva para una ofensiva de bombardeos combinada cuyo propósito era «la progresiva destrucción del sistema militar, industrial y económico alemanes, y minar la moral del pueblo alemán hasta el punto de que su resistencia armada se viera irremisiblemente debilitada». 226 El 23 de enero, el 8º Ejército tomó Trípoli y avanzó sobre Túnez, amenazando la posición del Eje en el norte de África, y tal vez incluso con el total derrumbamiento del régimen fascista en Italia. Hitler también temía que se produjeran incursiones británicas e incluso invasiones a gran escala en las Islas del Canal, en los Balcanes y en Escandinavia, una preocupación que los servicios de inteligencia británicos se encargaron de avivar con una lluvia de informaciones falsas.

Este era el contexto de fondo dentro del cual Hitler contemplaba la crisis en Rusia. Lo que se estaba defendiendo allí, explicó a sus soldados del frente del este, era el espacio vital necesario para salvar a Alemania del bolchevismo y de las «hienas capitalistas judías», procurándole el espacio que necesitaba para un «abastecimiento seguro de alimentos», así como de «las materias primas sin las cuales hoy en día ya no se conciben los entornos humanos». 227 Su principal preocupación allí no era Stalingrado, cuya coyuntura real no había sido todavía revelada al pueblo alemán, sino la situación en el Don, donde el Ejército Rojo se había abierto paso en enero de 1943. 228 Todo el distrito industrial del Donets estaba en peligro, y con él, toda la estrategia industrial de Hitler para librar la guerra. Cuando los generales aconsejaron una retirada para salvar hombres, Hitler se negó. «Sin material», respondió Hitler, «no puedo hacerlo». Los hombres sin equipos no valían de nada, añadió. La región del Donets era de por sí una piedra angular en los planes de Speer para aumentar la producción. Si se perdía, advirtió Hitler, «todo el programa armamentístico será inútil», incluido «el programa de tanques al completo», así como el «programa de artillería» y el «gran programa de munición». 229

La guarnición de Stalingrado, abandonada a su suerte cuando los recursos empezaron a desviarse hacia el norte de África y el Don, poco a poco iba hundiéndose en el desaliento. El 21 de enero, Hitler rechazó una

solicitud directa de Manstein para que permitiera que el 6º Ejército presentara su rendición, a fin de evitar más derramamiento de sangre. Una vez que el Ejército Rojo había conseguido tomar el último aeródromo y dividir la bolsa en dos, el final era solamente cuestión de tiempo. El 30 de enero de 1943, aniversario de la toma del poder, Hitler envió su última comunicación por radio llamando a la guarnición a resistir. A continuación, nombró a Paulus mariscal de campo, añadiendo que nadie con ese rango militar había sido hecho prisionero en toda la historia de Alemania. La deducción era clara: Paulus debía suicidarse antes que dejar que le hicieran preso. El 31 de enero de 1943, la bolsa sur se rindió. Dos días más tarde, la guarnición norte también tiró la toalla. Paulus fue capturado junto con todo su equipo. 110.000 hombres fueron hechos prisioneros de guerra; 60.000 habían muerto a manos del enemigo, o de hambre, durante el asedio. Solo 5.000 llegarían a regresar de los campos soviéticos. Fue la mayor derrota sufrida por la Wehrmacht hasta ese momento.

La caída de Stalingrado dejó desolado a Hitler, no solo por la pérdida de hombres y material, sino por la forma en que Paulus había desobedecido sus órdenes. Temía que Stalin pudiera sacar un rendimiento político a sus prisioneros de alto rango. «Imagínense», dijo, «cuando [Paulus] llegue a Moscú y [vea] la jaula para ratas» [en la famosa prisión de Lubianka], «firmará todo lo que le pongan por delante», predijo Hitler. 230 De hecho, ese momento tardaría en llegar un año y medio, pero al final Hitler demostró estar absolutamente en lo cierto: el mariscal de campo habló en contra del régimen nazi en una emisora de radio de Moscú. A Hitler también le preocupaba que la rendición de Paulus complicara el relato en el que él quería envolver el desastre de Stalingrado. Su plan había sido convertir el sufrimiento de la guarnición en una leyenda épica europea que figuraría junto a las batallas del invierno de 1941-1942 dentro de la narrativa del régimen. Cuando llegó la noticia de la rendición, Hitler se agarró a un clavo ardiendo: tal vez, sugirió, podía argüirse que los soldados lucharon hasta el último hombre, y que «solo sucumbieron ante una fuerza arrolladora cuando estuvieron heridos y derrotados». 231 En su comunicado final sobre Stalingrado, emitido el 3 de febrero de 1943, afirmó que el 6º Ejército había luchado «hasta el último aliento». «Murieron», proclamó, «para que Alemania viviera». 232

Stalingrado causó un grave daño al régimen y a la imagen del propio Hitler. Ocurrió en un momento en el que dentro de Alemania también estaba bajo presión, por otros motivos. A mediados de febrero de 1943, la política racial del régimen fue objeto de una oposición inesperadamente virulenta. Hasta esa fecha, los judíos integrantes de matrimonios mixtos

habían estado exentos de ser deportados. Cuando la Gestapo encerró a unos 2.000 de ellos en la Oficina de la Comunidad Judía de Berlín sita en Rosenstrasse, a la espera de ser enviados al este, sus esposas protagonizaron una ruidosa protesta. Hitler apoyó la decisión de Goebbels de dar marcha atrás, pero insistió en que había que sacar a los judíos de la capital de una forma u otra. 233 Durante la primera mitad de 1943, a Hitler también le preocupaba mucho el efecto de la «escasez» y el racionamiento en la moral de la población civil. 234 El Tercer Reich estaba atrapado en una crisis política y militar a gran escala.

Hitler se afanaba por tratar de estabilizar el frente y proteger la económicamente vital cuenca del Donets. La presión de los generales para retirarse más hacia el oeste iba en ascenso. 235 Cinco días después de la caída de Stalingrado, Manstein, el comandante del reformado Grupo de Ejércitos del Sur, abordó directamente a Hitler, pidiéndole no solo una defensa más flexible, sino también un jefe de Estado Mayor de todos los frentes para poder contar con una estrategia más «coordinada». 236 Durante otra visita, realizada por Hitler al Grupo de Ejércitos localizado en Zaporosje, Manstein le habló con brutal sinceridad. «No puedo seguir así, mi Führer», exclamó. Hacia finales de mes, Kluge fue al cuartel general del Führer a reprocharle que se hubiera llegado a esa situación. 237 Todo ello acabó pasándole factura a Hitler. «Fue como si hubiera envejecido muchos años de golpe», recordaba su ayuda de cámara, Heinz Linge, «su brazo izquierdo y su pierna izquierda llevaban temblándole desde la pérdida de Stalingrado». Guderian, que le vio poco después del desastre del Volga, tuvo la misma impresión. Eva Braun, que llevaba algún tiempo sin ver a Hitler, se quedó impactada por su aspecto cuando ambos volvieron a encontrarse en febrero de 1943. Goebbels, que mantenía un contacto más regular con él, estaba también impresionado, e incluso el propio Hitler comentó su deterioro. Los noticieros de la época también constituyen un testimonio inequívoco de este declive físico en el Führer. 238

A primeros de marzo de 1943, los británicos lanzaron la «batalla del Ruhr», un ataque continuado de cuatro meses contra los centros de producción alemanes en el oeste. 239 Noche tras noche, la RAF golpeó las principales ciudades industriales, realizando no menos de seis incursiones aéreas sobre Essen, cuatro sobre Duisburg y Colonia, dos sobre Bochum, Düsseldorf, Gelsenkirchen y Dortmund, y una sobre Krefeld, Mülheim, Barmen-Wuppertal y Elberfeld-Wuppertal. Hacia la mitad de la campaña, la RAF destruyó la presa de Möhne y la presa de Eder, causando con ello graves inundaciones, inmensos destrozos y miles de muertes entre la población civil. No solo muchas fábricas fueron repetidamente

bombardeadas, sino que se provocaron graves alteraciones en la red de transporte, en el suministro de componentes y en el ritmo del sueño de los trabajadores. Hitler, plenamente consciente de la pérdida de producción que esto conllevaría a corto plazo, se vio obligado a ordenar la evacuación del mayor número posible de industrias, así como de los trabajadores y sus familias. 240 La campaña le supuso un coste de unas seis semanas de producción en total, una cifra altísima; 241 la producción de aviones sufrió un retraso de nueve meses. La moral de los civiles, ya bastante dañada tras los bombardeos de 1942 y el desastre de Stalingrado, acabó de desplomarse por completo. Cuando tres días después del inicio de la ofensiva, Goebbels sacó el tema de los bombardeos mientras hablaba con Hitler, este le cortó en seco. «El Führer casi no me ha dejado terminar», escribió, «y ha declarado inmediatamente que la preocupación por [los bombardeos] no le dejaba dormir por las noches». 242

Pese a todas estas calamidades, Hitler organizó una espectacular reaparición militar. A finales de febrero, el Afrika Korps arrolló sin paliativos a los americanos en el Paso de Kasserine, en Túnez. En el frente del este, Manstein contraatacó enérgicamente y reconquistó Járkov. 243 La vital cuenca del Donets seguía manteniéndose. Entretanto, los ejércitos alemanes del Cáucaso habían sido retirados sin sufrir más desastres, y todavía se retenía una cabeza de puente en Kerch y el Kuban. Esto no solo protegía a Crimea del Ejército Rojo, sino que proporcionaba a Hitler un punto de escala para poder emprender una nueva ofensiva en verano. Donde no había intereses estratégicos o económicos en juego, Hitler cambiaba espacio por tiempo en el este. «El espacio», explicó a principios de marzo, «es uno de los factores militares más importantes», porque «solo se puede funcionar si se tiene espacio». Si la crisis hubiera tenido lugar en la antigua frontera del Reich, sostenía Hitler, la guerra se habría perdido. «Aquí en el este», reiteró, «esto se puede asimilar». Desde esta óptica, en marzo de 1943 Hitler ordenó la evacuación del saliente del Rzhev y de otras áreas expuestas a fin de liberar a estas fuerzas y desplegarlas en otros lugares. 244

Animado por la victoria en Kasserine, Hitler volvió a reflexionar una vez más sobre el carácter de su lucha racial con los «anglosajones». Contradiciendo, al menos en cierta medida, su retórica habitual, atribuyó el bajo rendimiento americano en el campo de batalla al declive de su agricultura, tal y como podía observarse en fotografías. Esto contrastaba con la robustez de los británicos. «No hay duda», opinaba Hitler, «de que el británico es el mejor de los anglosajones». A continuación procedía a comparar una vez más el reducido tamaño de Alemania, que podía

atravesarse en avión en una hora y cuarto, con «continentes enteros» como «América, Asia oriental, Rusia [y] Australia». De aquí pasaba rápidamente a especular sobre lo que podría haber ocurrido si los alemanes hubieran colonizado el norte de Australia, como el duque de Windsor supuestamente había sugerido. Probablemente, concluyó, los británicos sencillamente les habrían acorralado al principio de la guerra. 245 Estas reflexiones se enmarcaban dentro de cavilaciones más amplias sobre la importancia del «tamaño del espacio del Estado», que había permitido a China continuar luchando pese a la pérdida de gran parte de su territorio ante los japoneses. La implicación era evidente: para que Alemania se impusiera en el choque de continentes, tenía que mantener un espacio comparable al de sus rivales en Rusia, contiguo al Reich. La lógica de *Mein Kampf* , *El segundo libro* y la Operación Barbarroja seguía por tanto vigente.

Esta es la razón por la que Hitler se negó a permitir una paz separada a principios de 1943, excepto posiblemente con Gran Bretaña, pese a la crítica posición militar. Jamás se planteó un acuerdo con Roosevelt, porque el Führer le consideraba el líder espiritual de la coalición enemiga, pero tampoco intentó llegar a un entendimiento con la Unión Soviética. Lo principal en este sentido no era la antipatía de Hitler hacia el bolchevismo. Lo cierto es que había empezado a desarrollar, aunque con reticencias, un cierto respeto por Stalin. 246 Inmediatamente después de la derrota en Stalingrado, Hitler le habló a Ribbentrop de su gran admiración por el dictador soviético y la forma en que este había sabido resucitar al Ejército Rojo e inspirar a su pueblo. Pero cuando el ministro de Exteriores sugirió tantear a Moscú sobre una posible paz, el Führer empezó a poner objeciones. Unas seis semanas después, Hitler también rechazó la petición de Mussolini y Bormann de entablar negociaciones con Stalin. 247 En parte, esto se debió a que temía que dicha propuesta fuera interpretada como un signo de debilidad; cualquier acercamiento debía ir precedido de una decisiva victoria militar. 248 El problema principal era que para hacer frente a los angloamericanos –lo que antes era un programa a largo plazo y en ese momento se había convertido ya en una necesidad urgente– Hitler seguía necesitando los recursos de Ucrania y del Cáucaso. Y no era probable que Stalin fuera a entregarle lo segundo ni a permitirle quedarse con lo primero. La guerra con Rusia, le dijo a Mussolini, era «la obra de su vida». Era el miedo al oeste lo que determinaba su intransigencia respecto al este.

Fue esta determinación de conservar su botín territorial lo que hizo que Hitler rehuyera cualquier intento serio de buscar nuevos aliados en Rusia. Verbalmente, dio algunas directrices que parecieron disuadir los planes de la Wehrmacht de establecer un comité ruso e incluso un «ejército de

liberación ruso». [249] También las consideraciones de tipo operativo desempeñaron un papel importante en este aspecto. Hitler dudaba de la fiabilidad y la eficacia de las tropas auxiliares rusas. La razón principal para la renuencia de Hitler, sin embargo, era que no quería encontrarse con las manos atadas, políticamente hablando. No mostró ningún interés en el «Comité Europa» creado por Ribbentrop a principios de abril de 1943 para reflexionar sobre la «estructura global de la futura Europa». [250] En cambio, Hitler, que anteriormente había apoyado una especie de sistema de estados amigos y aliados para la posguerra, expresó entonces su desprecio por la «maraña de pequeños estados que todavía hoy existe en Europa» y que había que «deshacer lo antes posible». [251]

En la primavera de 1943, Hitler todavía tenía una estrategia coherente para ganar la guerra, o al menos para forzar un empate satisfactorio. Mantendría el norte de África, para privar a los angloamericanos de una plataforma de lanzamiento contra el sur de Europa. Protegería los Balcanes, Escandinavia y la costa occidental de Francia frente a un ataque aliado. Vengaría los bombardeos de las ciudades alemanas atacando las ciudades británicas con armas que pronto iban a estar disponibles, y tal vez incluso a ciudades de Estados Unidos. Continuaría su guerra contra los judíos. Apuntalaría sus muchas alianzas europeas y mundiales. Desconectaría a Gran Bretaña de sus fuentes de sustento en ultramar mediante una campaña submarina más intensa. Por último, lanzaría una nueva ofensiva en Rusia a fin de conseguir algunos de los restantes objetivos de Barbarroja, salvaguardar los ya alcanzados, posiblemente dejar a Stalin fuera de la guerra y, como mínimo, demostrar que era él quien seguía llevando la iniciativa militar.

Durante los primeros meses del año, Hitler estuvo preparando su siguiente paso en el este. [252] En marzo de 1943, anunció sus planes de lanzar una ofensiva al sudeste de Járkov, destinada a eliminar un relativamente pequeño brote soviético allí. Fueron los líderes militares, especialmente Manstein y Zeitzler, los que finalmente le persuadieron para poner en marcha una operación mucho más grande en Kursk. [253] Pese a ello, incluso un éxito rotundo no supondría más que darle el equivalente a buen puñetazo en la nariz a Stalin; el propósito del ataque era principalmente político, más que militar. Lo que se buscaba, como dijo Hitler, era hacer «un sonoro llamamiento al mundo», [254] que dejara claro que el Tercer Reich seguía siendo una fuerza a tener en cuenta.

Este era el contexto en el que Hitler se dispuso a redoblar la batalla por la producción. Concedió más poderes a Fritz Sauckel de cara a incrementar

la mano de obra disponible. 255 A finales de enero de 1943, el «Programa Panzer de Adolf Hitler» fue anunciado con gran fanfarria. Conforme a él, en los primeros tres meses del año se daría prioridad a la fabricación de carros de combate para el frente del este. Hitler le comunicó a Speer que debía «producirse la mayor cantidad de tanques posible», aunque «a causa de ello se vieran afectadas otras áreas de producción bélica importantes». 256 Este mensaje se volvió a recalcar pocos meses más tarde, cuando Hitler pidió cifras detalladas de la producción de tanques e hizo saber que «dado que las batallas de este verano dependen completamente de la superioridad numérica en cuanto a carros de combate», esperaba que «se hiciera todo lo posible por mantener estas cifras y a poder ser aumentarlas». 257 Pese a ello, los tanques no representaron más que un 7 % de la producción de este periodo; la proporción de capacidad industrial dedicada a la construcción de aviones fue más de cinco veces superior. 258

La movilización militar y económica debía ir acompañada de una movilización «total» en el interior. A primeros de enero de 1943, antes incluso de la caída de Stalingrado, Hitler emitió un decreto exigiendo más hombres para ir a servir al frente. 259 Hacia mediados de mes habló (aparentemente por primera vez) de «guerra total», y volvió a hacer hincapié en la necesidad de incrementar la mano de obra. 260 Esto fue seguido de más decretos exigiendo la erradicación de la vagancia. 261 Fue también en enero de 1943 cuando Hitler introdujo el servicio obligatorio femenino en trabajos «relacionados con la guerra» para las mujeres menores de cuarenta y cinco años. Esta medida iba dirigida a sumar otros 5,5 millones de mujeres más a la fuerza de trabajo. En la práctica, hubo tantas excepciones –por ejemplo, de madres con algún hijo menor de cinco años o dos menores de ocho años– y la aplicación era tan laxa que prácticamente ninguna mujer que realmente no quisiera trabajar era obligada a hacerlo en contra de su voluntad. 262

Hitler quería que la movilización no fuera solo material, sino también emocional y psicológica. La derrota militar en Stalingrado debía transformarse en un mito propagandístico de resistencia y renovación. 263 Retomando la expresión del Führer, Goebbels anunció públicamente la «guerra total» en un atronador discurso pronunciado en el Sportpalast de Berlín en febrero de 1943, poco después de la caída de Stalingrado. En verano, Hitler ordenó que se empezara a trabajar en una nueva y muy importante película bélica –*Kolberg* – sobre la heroica defensa de una fortaleza durante las Guerras Napoleónicas, cuyo propósito no era solo fortalecer el espíritu de la resistencia en Alemania, sino cultivar el aprecio por el ídolo de Hitler, Bonaparte, que aparecería retratado como una «figura

admirable». Goebbels y el Führer dieron las instrucciones correspondientes para que el director –Veit Harlan– tuviera acceso a todos los extras de la Wehrmacht que pudiera necesitar para componer un «lienzo de grandes dimensiones». No había que escatimar ningún gasto a fin de que la película hiciera palidecer a las que se hacían en Hollywood. 264 Los esfuerzos armamentísticos de Speer también recibieron un gran reconocimiento, dado que, al margen de cuál fuera el incremento real de la producción, no hay duda de que tenían una importante repercusión económica, 265 lo cual resultaba muy reconfortante no solo para Hitler sino para el pueblo alemán. Por ejemplo, hablando de la construcción de la Muralla Atlántica, Hitler exigió que se le diera una «propaganda adecuada» bajo el eslogan «Reforzando la Muralla Atlántica desde Dieppe». 266 En este sentido, la producción y la propaganda constituían dos caras de la misma moneda.

El Führer era profundamente consciente de las fracturas existentes dentro de su cacareado *Volksgemeinschaft* , pero su espacio de maniobra era limitado. Por una parte, él era reacio a obligar a las mujeres de clase media a realizar trabajos de baja categoría, especialmente si todavía tenían edad de tener hijos. No se trataba solo de un tema ideológico. Hitler sabía que el descontento entre las trabajadoras en las fábricas de municiones había constituido una fuente de inestabilidad durante la Primera Guerra Mundial. También le preocupaba ofrecer una falsa ilusión de normalidad durante el mayor tiempo posible, a fin de mantener altos los ánimos de los civiles. Por otro lado, el hecho de que las mujeres de la burguesía se libraran de tener que soportar los rigores que sí eran habituales para sus congéneres proletarias no casaba bien con la ideología del régimen. Especialmente problemáticos eran los privilegios reclamados por las esposas y familias de los altos cargos del partido, que afectaban negativamente a la moral. Hitler hizo repetidos llamamientos a que no se abusara de ellos y a que los miembros del partido y sus familiares se comportaran de forma «ejemplar» para el resto de la población. 267 Como prueba de su determinación a romper con los convencionalismos, Hitler concedió las primeras medallas de guerra dadas a mujeres. Los ataques aéreos británicos, que pulverizaban a hombres y mujeres por igual, resultaron un nivelador muy eficaz. 268

La respuesta de Hitler al problema de la escasez fue más inmediata. La forma de remediarla fue saqueando los territorios ocupados. «El Führer ha señalado con urgencia», dejó anotado Speer, «que las escaseces en el Reich deberían abordarse en primera instancia a expensas de los territorios ocupados». 269 Por ejemplo, si había una escasez de bicicletas para los trabajadores de las fábricas de armamento, debían confiscarse las de

Holanda, Bélgica, Dinamarca, etcétera. Lo mismo era aplicable a los tranvías. En su momento, se promulgaron dos decretos a tal efecto. [270] Este era el trato implícito que Hitler presentaba al pueblo alemán: su imperio europeo no podría proporcionarles la abundancia prometida, pero al menos les ayudaría a aliviar sus necesidades. [271]

Hitler tenía claro cuál era el problema básico, que no era solo de producción, sino también de transporte y movilidad. A mediados de enero de 1943, resaltó la necesidad de dotar de más vehículos al ejército del este. [272] A principios de febrero de 1943, lamentó la pérdida de locomotoras y las numerosas bajas entre la tripulación de los trenes, que esperaba reducir mediante el despliegue de armas antiaéreas. [273] Un mes más tarde, la desesperada falta de transporte le llevó a nombrar a «un plenipotenciario para el registro de vehículos a motor». [274] «La guerra», señaló, era «esencialmente una cuestión de transporte». El fracaso de los alemanes a la hora de «manejar» el «problema de la movilidad», continuó diciendo Hitler, les había costado Stalingrado, y era también una de las causas de la crisis en el norte de África. La principal ventaja de la que goza Alemania, afirmó, la constituían «las líneas interiores», que reducían la cantidad de transporte necesaria, pero advirtió que el primero en resolver el problema de la movilidad sería el que ganaría la guerra. [275]

En mayo de 1943, dos pilares fundamentales de la estrategia de Hitler se vinieron abajo. Las fuerzas del Eje en Túnez capitularon. En términos militares, el desastre fue mucho mayor que el de Stalingrado, con más de 130.000 miembros del personal de la Wehrmacht hechos prisioneros, muchos más de los que habían entrado en cautiverio con Paulus. [276] Como cabía esperar de él, Hitler intervino personalmente para exigir (sin éxito) que los últimos aviones disponibles evacuaran, no a los heridos, sino el equipamiento pesado más importante. [277] Esto reflejaba no solo la falta de humanidad de Hitler en sí, sino la prioridad que otorgaba a los materiales sobre los hombres. Estratégicamente, el final en África era incluso más catastrófico que el desastre en el Don. «Tunezgrado» [278] –como dio en llamarse– dejó completamente al descubierto la posición del Eje en el Mediterráneo, minó la autoridad de Mussolini en Italia y proporcionó a las fuerzas aéreas aliadas las bases necesarias para atacar la fortaleza europea desde el sur.

El problema del Führer era que él no podía estar seguro de dónde atacarían los angloamericanos la próxima vez. La Inteligencia británica organizó una ingeniosa campaña de engaños, la Operación Mincemeat

(Carne Picada), para persuadirle de que el ataque sería en Cerdeña y en Grecia, en lugar de en su siguiente objetivo: Sicilia. 279 La preocupación por los Balcanes siguió atenazando a Hitler y acaparando considerables recursos, hasta que evacuó la región, pasado poco más de un año. 280 Parte de la motivación en este caso era económica, esto es, proteger los recursos minerales de los Balcanes, pero Hitler también se sentía políticamente vulnerable. El 20 de mayo de 1943, manifestó sus temores respecto a los contactos familiares y simpatías probritánicas del Alto Mando italiano. Hitler dijo creer que todo lo que le enviaba al Duce acabaría llegando a Londres y sus previsiones eran que los italianos no tardarían en abandonar el Eje. 281

En este contexto de cosas, Hitler promulgó un decreto, en mayo de 1943, prohibiendo a los altos mandos del Estado, del partido y del ejército mantener contactos «internacionales». «Las experiencias de la guerra», afirmaba en obvia referencia a la situación en Italia, «me han demostrado, sin lugar a dudas, que las relaciones familiares entre los hombres de Alemania y algunos círculos extranjeros pueden tener efectos muy negativos sobre el bien común». «Esto afecta especialmente», continuaba Hitler, «a los lazos familiares de casas nobles reinantes o anteriormente reinantes». Por este motivo, prohibía a los altos cargos casarse con mujeres de países «que están en guerra con nosotros o que nos son políticamente hostiles». Lo mismo cabía aplicar a cualesquiera relaciones familiares, sociales o empresariales con países enemigos en virtud de las cuales pudiera considerárseles «internacionalmente ligados». 282 El Tercer Reich estaba encerrándose cada vez más en sí mismo. Desde el punto de vista de Hitler, los «intermediarios», que en su momento habían constituido una parte importante de su relación con Occidente, ya no eran una poterna, sino un punto débil dentro de sus propias defensas.

Hitler también sufrió un catastrófico revés en el mar. La intensificada campaña submarina contra las líneas de suministro británicas en el Atlántico culminó en marzo con cerca de 630.000 toneladas de barcos hundidos, a costa de la pérdida de 15 submarinos. De haberse mantenido este ritmo, Gran Bretaña probablemente hubiera sucumbido al hambre, y la maquinaria de guerra aliada a ese lado del Atlántico habría tenido que detenerse. Pero el contraataque aliado, especialmente el creciente uso del radar, no tardó en dar la vuelta a la situación. Tras un mes de abril sin resultados concluyentes, los hundimientos descendieron a 264.000 toneladas en mayo de 1943 y la pérdida de submarinos aumentó a 41. Devastado por la paliza, Dönitz retiró temporalmente sus submarinos del Atlántico. Hitler aceptó la derrota con resignación y sin hacer

recriminaciones. Llevaba largo tiempo previendo el desarrollo de este tipo de contraofensivas aliadas y le había sorprendido de hecho la afortunada racha que habían disfrutado los submarinos hasta el momento. 283 Justo al final del mes, Hitler ordenó un «rápido aumento en la producción de submarinos», exigiendo, «como mínimo», una cifra de 40 submarinos al mes. Speer fue puesto a cargo de la tarea. 284 Volvieron a desplegarse submarinos en el Mediterráneo y en el Ártico. Estaba claro, no obstante, que la Kriegsmarine no iba a conseguir doblegar a Gran Bretaña en un futuro inmediato.

Todo dependía pues de la planeada ofensiva en el este. Durante finales de la primavera y principios del verano de 1943, se reunió una enorme fuerza de combate. A finales de junio de 1943, Hitler fue informado de una posible disposición rusa para firmar una paz por separado. 285 Aunque de primeras no rechazó la propuesta, tampoco se asió a ella de inmediato. Aquel mismo mes, Hitler volvió a rechazar una vez más la idea de desplegar a los prisioneros de guerra antisoviéticos a las órdenes del general Vlasov. 286 También se negó a aceptar la sugerencia de Hans Frank de que el Tercer Reich sacara provecho del rechazo a Stalin despertado a raíz del descubrimiento del asesinato de unos oficiales polacos en Katyn (abril de 1943) con el objeto de explorar una vía más conciliadora en Polonia y reclutar a polacos para la Wehrmacht. 287 La razón para esta postura intransigente de Hitler no era tanto racial como política. Temía que esto pudiera complicar la negociación de cualquier tipo de acuerdo de paz con Stalin, repitiendo, supuestamente, los errores de la política propolaca de Bethmann-Hollweg, que en su momento había obstaculizado la llegada a un acuerdo con la Rusia zarista. 288 Hitler también dudaba de la valía militar de estas formaciones, tanto polacas como rusas, y temía que se acabaran convirtiendo en un instrumento para las ambiciones políticas eslavas. Además, se arriesgaría a repetir el error que el Alto Mando alemán había cometido enviando a Lenin a revolucionar Rusia en 1917. 289 Esto último merece especial atención, dado que demuestra que Hitler era perfectamente consciente de que la revolución bolchevique no fue fruto de un complot judeo-plutócrata, sino producto de una arriesgada jugada del Alto Mando alemán.

El 5 de julio de 1943, Hitler por fin lanzó su ataque sobre Kursk, iniciando así la llamada Operación Ciudadela. 290 El contraste con las ofensivas de los cuatro años anteriores fue notable. Hitler sabía que no era capaz de llevar a cabo una guerra de maniobras a gran escala. Pese a toda la potencia de fuego y las fuerzas acorazadas que concentró en Kursk, la ofensiva era limitada y consistía fundamentalmente en una operación de

desgaste destinada a eliminar un importante saliente soviético. Dadas estas premisas, la operación parecía pensada para ser un éxito. La Wehrmacht careció del elemento sorpresa, pero consiguió abrirse paso a través de las primeras líneas de defensa del Ejército Rojo. Las pérdidas soviéticas, tanto en hombres como en material, fueron muy importantes, [291] mucho más cuantiosas que las de los alemanes. La legendaria batalla de tanques que tuvo lugar en Projorovka el 12 de julio le salió especialmente cara al Ejército Rojo. [292] Aunque no podía considerarse de ningún modo un gran avance estratégico, sí parecía posible lograr una importante victoria táctica sobre la Unión Soviética a la que sacar un provecho político y propagandístico.

De hecho, Hitler por entonces ya había decidido suspender la operación. El 10 de julio, los Aliados desembarcaron en Sicilia. La defensa italiana se vino abajo en cuestión de días. El 12 de julio, el Ejército Rojo lanzó una gran ofensiva contra el Grupo de Ejércitos del Centro, cerca de Orel, al norte de Kursk. No está claro cuál de estos dos desafíos llevó a Hitler a detener el ataque sobre Kursk; [293] Hitler no quería desviar fuerzas del este, y dado que Kursk era principalmente una operación política, destinada, entre otras cosas, a tranquilizar a sus aliados, habría sido contraproducente hacerlo. No hay duda, sin embargo, de que, a partir de entonces, la amenaza angloamericana a su flanco sur acaparó gran parte de su atención. La Kriegsmarine recibió órdenes de trasladar los restos del emperador Hohenstaufen Federico II, uno de los ídolos de Hitler, de Sicilia al continente. [294] La batalla por la isla se alargó hasta mediados del mes siguiente, pero para entonces Hitler ya se encontraba en medio de la crisis que temía hacía ya tiempo. Tal vez doblegado por el callejón sin salida en el que se encontraba en Kursk, la invasión de Sicilia por parte de los Aliados y la inminente deserción de Italia, Hitler sufrió un grave derrumbamiento físico que requirió que el doctor Morell le administrara una potente medicación, a fin de que fuera capaz de asistir a la reunión con el Duce que tenía al día siguiente. [295]

El 25 de julio de 1943, Mussolini fue depuesto mediante un golpe de Estado. El nuevo gobierno de Badoglio prometió seguir leal al Eje, pero Hitler no se dejó engañar. Sabía perfectamente que el mariscal era su «peor enemigo». La deserción de Italia era ya inminente. La reacción de Hitler no se hizo esperar. Sicilia tenía que ser evacuada, y rápido. En contra de lo habitual, Hitler dio prioridad a salvar a los hombres antes que el material. «Un poco de material más o menos», señaló, «da igual, las personas son lo que importa». La razón de esto se descubriría pronto. El Führer daba por hecho que la División de Hermann Göring sería capaz de intimidar a los

italianos sin utilizar material pesado. «Para despachar a los italianos nos bastan las armas de pequeño calibre», comentó. [296] Al día siguiente, Hitler ordenó transferir un importante contingente de fuerzas del este a Italia y, por tanto, la rendición del saliente de Orel ante el Ejército Rojo. Dejó claro que estas debían ser «unidades políticamente sólidas, especialmente leales políticamente al fascismo» y les puso el nombre de 3ª División Panzer de las SS («División de la Calavera»); parte de sus miembros fueron reclutados entre los guardias de los campos de concentración. [297] Así pues, su misión era tanto política como militar. Estos refuerzos no fueron capaces de detener a los Aliados que desembarcaron en Salerno, al sur de Nápoles. Los decididos contraataques alemanes fueron derrotados. Los angloamericanos tenían ya un asidero en el continente europeo.

Para empeorar aún más las cosas, la caída del régimen de Mussolini fue acompañada de los bombardeos aliados más intensos hasta la fecha. Durante tres días y tres noches, entre el 25 y el 27 de julio de 1943, los americanos no paraban de bombardear el puerto de Hamburgo por el día, en tanto que la RAF se encargaba de hacer lo mismo en las áreas residenciales por la noche. La tormenta de fuego resultante se cobró la vida de unos 30.000 civiles. Las instalaciones industriales y portuarias quedaron completamente destruidas. Los servicios de emergencia estaban sobrepasados. Hitler estaba desolado. Dönitz, testigo de su reacción, recordaba que era «solo un ser humano inundado, y doblegado, por el dolor». [298] Observando las fotografías de las mujeres y los niños carbonizados, atribuyó una «brutal intención aniquilatoria» a los angloamericanos, y juró no tener «piedad» en el futuro. [299] Su motivación en este sentido era también política. La campaña de bombardeos de los Aliados puso al frente doméstico alemán bajo una presión insoportable. Había que detenerlos, advirtió Hitler, «o la gente acabaría volviéndose loca». El Führer estaba convencido de que solamente la venganza obligaría a los Aliados a retirarse. «El británico solo parará», insistía Hitler, «cuando sus ciudades estén destruidas, no antes». «Yo solo puedo ganar esta guerra», concluyó, «destruyendo al enemigo más de lo que él puede destruirnos a nosotros» o, «como mínimo», «enseñándole los horrores de la guerra». [300] En la mente de Hitler, la guerra aérea se había convertido por tanto en una guerra de desgaste devastador con los angloamericanos.

La caída de Italia y el catastrófico giro en la guerra de los bombardeos desencadenó una grave crisis en el régimen en el otoño de 1943. A nivel popular, los ataques aéreos eran interpretados por muchos como la venganza de los plutócratas judíos contra las políticas nazis. Esto endureció la opinión en contra de los Aliados y «los judíos» entre algunos sectores de

la población, pero también dañó el prestigio del régimen, especialmente a medida que la situación militar en general se iba deteriorando. Tras los ataques aéreos, los funcionarios del NSDAP recibían insultos y empujones por la calle. 301 En Núremberg, las autoridades locales informaron en septiembre de 1943 de que algunos miembros del partido ocultaban sus distintivos cuando salían a la calle, que el saludo de «*Heil* Hitler» iba siendo cada vez menos frecuente, y que la autoridad no quería forzar el cumplimiento de las normas por miedo a suscitar reacciones violentas. 302 Pese a la gravedad de los ataques, la oposición a las evacuaciones en masa no se redujo. Por el contrario, los habitantes de las ciudades empezaron a plantar cara al partido cada vez más. Cuando el *gauleiter* de Westfalia Sur, Albert Hoffmann, trató de retirar las cartillas de racionamiento a las personas que habían vuelto al área sin permiso, hubo una manifestación masiva de cientos de mujeres en la Adolf Hitler Platz de la ciudad de Witten. La policía se negó a intervenir. 303

Estos hechos pusieron a Hitler ante un dilema. Si no respondía, existía el riesgo de que la autoridad del régimen nazi en general se viera socavada. Si tomaba medidas demasiado drásticas, el peligro era que creciera el malestar, y que esto fuera aprovechado por la BBC . Como hemos visto, la deteriorada situación en el extranjero y dentro del país también pasó factura a la salud de Hitler. Es posible que esta fuera la razón por la que Hitler fue mostrándose cada vez más reacio a aparecer en público. No solo se negó a visitar las ciudades bombardeadas, sino que también fue reduciendo sus discursos públicos. En todo 1943 solo pronunció tres, y al año siguiente nada más que dos. 304 El carisma del Führer iba desvaneciéndose rápidamente.

Los múltiples problemas también provocaron una crisis en la alta política del Tercer Reich. Rosenberg lamentó que en realidad «no existiera un gobierno [como es debido]» en el Tercer Reich. Su constante foco en un Führer sobrecargado de trabajo hacía que cuestiones importantes quedaran sin decidir e incluso sin tratar. La ausencia de dirección fue conduciendo a la aparición de «grupos de estilo caudillista» en la élite nazi. Esto, como Rosenberg reconoció, supuso un problema estructural en relación con el acceso a Hitler, que a menudo era imposible de conseguir. Entretanto, las habituales luchas policráticas continuaban. El Estado-Führer, que debía representar la esencia de la decisión, en realidad acabó en una tergiversación perpetua. Dadas las inveteradas críticas de Hitler hacia los fallos de la democracia parlamentaria a la hora de actuar, esto no dejaba de resultar irónico, como los líderes nazis eran perfectamente conscientes. «Ni siquiera en los estados autoritarios», reflexionaba Rosenberg

apesadumbrado, «es fácil llegar a decisiones». 305

Si esto ya era problemático en los asuntos públicos, en los militares podía resultar fatal. Los críticos opinaban que Hitler estaba olvidándose del este, que era el único que tenía una visión global de la guerra y que estaba llevando a cabo una asignación de recursos equivocada entre los diversos frentes. Por esta razón, los comandantes del Grupo de Ejércitos del Sur y del Grupo de Ejércitos del Centro en Rusia, Manstein y Kluge, intentaron convencer a Hitler, a primeros de septiembre de 1943, para que renunciara a los escenarios de conflicto del OKW y pusiera la gestión de la guerra en manos de Zeitzler. Si no lo hacía, debía al menos nombrar a un comandante para dirigir todo el frente del este. 306 En cualquiera de los dos casos, la petición implicaba quitar a Hitler del mando operativo.

Hitler reaccionó enérgicamente a todos estos problemas. A las veinticuatro horas de enterarse del arresto de Mussolini, prometió «liberarle inmediatamente mediante una operación aérea», una vez que hubiera averiguado dónde le tenían. 307 Seis semanas más tarde, en una osada operación, un comando rescató a Mussolini, que se encontraba en un hotel de la cordillera central de los Apeninos italianos y le llevó ante Hitler. Quince días más tarde, el Führer instauró al Duce al frente de la República de Salò, un Estado títere italiano, que nominalmente controlaba toda la mitad norte del país. Las fuerzas aliadas que desembarcaron en Salerno fueron rápidamente cercadas, y el relativamente estrecho frente entre las costas del Adriático y el Mediterráneo fue fortificado. Hitler haría a los Aliados luchar por cada palmo de terreno en su ascenso por la bota italiana. En este sentido, no podía encontrarse más en su elemento: convertiría no solo la península, sino todo el continente, en una «Fortaleza Europa». 308

Pese a la deteriorada situación, Hitler no creía que una paz separada con Occidente fuera posible, porque pensaba que la enemistad de Churchill hacia él era personal. 309 Todavía seguía muy dubitativo respecto al establecimiento de un ejército de liberación ruso. 310 Hitler también rechazaba la idea de una paz separada con Rusia, una idea que tanto Tokio como Ribbentrop apoyaban firmemente, para que así Alemania pudiera volcar toda su atención contra los angloamericanos. 311 La objeción de Hitler no era principalmente ideológica, sino territorial. Hitler advirtió al embajador japonés que no podría aceptar ningún acuerdo que requiriera la devolución de Ucrania a Stalin. Retenerla, recalcó, era esencial para poder continuar la guerra contra las potencias occidentales. 312 En resumen, la postura de Hitler en estos temas no había cambiado. Recelaba de cualquier

cosa que pudiera contribuir a que el nacionalismo eslavo cobrara fuerza, o a reducir sus posibilidades de aferrarse a una porción lo suficientemente grande de *Lebensraum* ruso para garantizar el futuro del Reich y convertirlo en un rival a la altura de Angloamérica. La guerra en el este seguía encontrando justificación principalmente en el oeste.

Tampoco el declive en su posición estratégica hizo que el Führer se inclinara más por aceptar la visión «europea» del Ministerio de Asuntos Exteriores. A principios de septiembre de 1943, este propuso la fundación de una «confederación» europea de la que quedarían fuera los «anglosajones». 313 Una vez más, Hitler no mostró ningún interés en este tipo de acuerdo, ni siquiera con los pueblos más «nórdicos» de Europa. El escepticismo de Hitler sobre el valor de los aliados europeos, especialmente entre los teóricamente más semejantes pueblos escandinavos, quedó demostrado en la reunión que mantuvo con el famoso escritor noruego Knut Hamsun a finales de junio de 1943, que acabó en un enfrentamiento a gritos. 314 Hacia finales de año le dijo al líder fascista holandés Anton Mussert que no tenía idea de «desholandizar» a los holandeses, que quería que Holanda siguiera como estaba, con todas sus «peculiaridades y costumbres». También dejó claro que no tenía «intención» de perseguir un enfoque «uniforme» para todos los «estados pequeños». En lugar de ello, la idea de Hitler era firmar tratados con cada uno de ellos «individualmente». 315 De hecho, Hitler rechazaba la idea de una norma europea «estándar» o una «Constitución unitaria». «No debemos arrebatar a los pueblos toda la libertad que podamos», argumentaba, sino permitirles «toda la libertad que sea posible» Solo se deberían tratar de «resolver en colaboración con los demás pueblos germánicos» aquellos asuntos que «debamos solucionar juntos». 316 Hitler, en otras palabras, era partidario de una forma de subsidiariedad europea.

La política europea de Hitler se regía no solo por consideraciones políticas y militares, sino también por las demandas de la economía de guerra alemana. A mediados de septiembre de 1943, se mostró de acuerdo con la sugerencia de Speer de que debería existir una «planificación europea global» y tal vez también establecer una «oficina de producción» europea. 317 Esto incluiría a Francia como un miembro «igual», lo que quiera que esto significara. Aproximadamente por la misma época, Speer fue puesto a cargo de la industria italiana. 318 Hitler declaró que era «evidente» que, como «potencia líder en Europa», Alemania «retendría el liderazgo absoluto de la planificación de la producción». 319 El predominio del Reich en este nuevo sistema europeo era un axioma. Por esta razón, el Reichsmark, que iba a convertirse en la principal moneda plenamente

convertible del continente, aparecía en ocasiones bajo la denominación de «Euro-Mark» en los documentos de planificación internos del Tercer Reich. 320

Estos movimientos fueron acompañados de medidas para mantener la moral y aumentar la cohesión ideológica y racial. A mediados de septiembre de 1943, Stalin había establecido el Comité Nacional para una Alemania Libre, un grupo de oficiales capturados que eran contrarios a Hitler. 321 El Führer era consciente de la amenaza que dicho grupo representaba para su legitimidad, y comenzó a dar discursos a los líderes militares y a obligarles a reafirmar su lealtad hacia él. 322 También aceleró sus esfuerzos por mejorar la conciencia política del cuerpo de oficiales a una escala más general. En octubre de 1943, Hitler convocó a los jefes de los distritos militares de Alemania y el Ejército de Reserva al cuartel general del Führer. Allí les arengó sobre la necesidad de trascender lo estrictamente profesional en favor del compromiso político. Concretamente, él no quería comisarios al estilo soviético, sino personas capaces de motivar a aquellos que «no logran estar espiritualmente a la altura». El eslogan debería ser «Aquí oficial, allí *politruk* [oficial político soviético]». 323 A finales de diciembre de 1943, Hitler decretó que «en el quinto año de la guerra, el liderazgo y la educación político-ideológica de las fuerzas armadas debía intensificarse». Esto debía hacerse mediante el establecimiento de un «Equipo de Liderazgo Nacional Socialista» dentro de la propia OKW , cuyo jefe se coordinaría con el NSDAP en calidad de «portador de la voluntad política». 324

A Hitler también le preocupaba reforzar la columna vertebral política de la sociedad alemana en términos generales. En agosto de 1943, nombró a Himmler ministro del Interior. Su tarea era evitar una repetición del fiasco italiano en Alemania. 325 La guerra racial era un teatro de operaciones clave, tanto en el sentido «negativo» como en el «positivo». El 6 de octubre de 1943, el *Reichsführer* le explicó en secreto al *gauleiter* de Posen que se había matado a los judíos para mantener la cohesión dentro del frente doméstico. Esto era la «eugenesia negativa». Cuatro días después, Hitler emitió un decreto sobre el tratamiento de los niños nacidos de padres alemanes y madres locales en los territorios ocupados del este. «Los niños nacidos ilegítimamente de madres originarias de los territorios ocupados y cuyos padres sean alemanes», anunciaba, debían ser «registrados». «El Reich», proseguía diciendo, «se hará responsable de los niños si son racialmente valiosos». 326 En eso consistía la «eugenesia positiva».

Si bien Hitler tomó las medidas más radicales contra los judíos y los «no aptos», y estuvo dispuesto a plantar cara más directamente al cuerpo de

oficiales, lo cierto es que siguió muy renuente a enfrentarse a otras estructuras de la sociedad alemana. Por ejemplo, aunque dispuesto a reclutar a mujeres como «personal antiaéreo», insistía en que estos esfuerzos no fueran anunciados públicamente. En lugar de ello, prefería que la noticia de la posibilidad de prestar servicio se difundiera mediante el boca oreja entre las organizaciones femeninas del partido. Muy probablemente aquí se reflejara su temor a que esto no fuera bien recibido entre los sectores más conservadores del país. 327 Hitler tampoco se atrevía a enfrentarse a la Iglesia católica romana, en parte por su poder dentro de Alemania y en parte por las posibles repercusiones internacionales. A principios de diciembre de 1943 manifestó –haciéndose eco de las palabras de Federico el Grande– «que él era de la opinión de que todo el mundo debía tratar de buscar la salvación a su manera» y «que él no quería ejercer ninguna coacción» y que «en el área que estaba bajo su control, cualquiera podía ser miembro de la Iglesia». A continuación, recalcó que él estaba abierto no solo a las principales confesiones cristianas, sino también a las deístas e incluso a las no cristianas. «Entre nosotros tenemos incluso musulmanes», añadió Hitler, 328 y es absolutamente cierto que trajo más musulmanes a Alemania de los que habían llegado nunca. 329

En el otoño y el invierno de 1943, Hitler todavía seguía persiguiendo una clara estrategia militar y política. Hasta entonces siempre había considerado a los angloamericanos como el principal enemigo; en ese momento, el Führer los veía también como la amenaza operativa más inmediata. El 3 de noviembre de 1943, emitió la trascendental Directiva 51 sobre el desarrollo de la guerra. 330 Aunque el «peligro en el este» seguía siendo el mismo, advertía de «un peligro aún mayor en el oeste –¡el desembarco anglosajón!–». En el este, proseguía diciendo, «la mayor [disponibilidad] de espacio» permitía «la pérdida de grandes cantidades de territorio, sin que ello significara un golpe letal contra los centros neurálgicos» del Reich. «¡Pero no en el oeste!», exclamó. Si el enemigo conseguía abrir un frente más amplio allí, las consecuencias no tardarían en ser fatales. Él esperaba que los Aliados atacaran en las siguientes semanas «como mucho en primavera, pero quizás también antes». Si el enemigo conseguía desembarcar allí, continuó diciendo, debería ser contraatacado inmediatamente, antes de que pudiera consolidar su posición. En muchos sentidos, esta directiva se limitaba a ratificar un cambio en el centro de gravedad de los esfuerzos bélicos alemanes, que ya llevaba en marcha algún tiempo. 331

En el frente del este, Hitler ordenó a la Wehrmacht que se atrincherara. Antes incluso del fracaso de la ofensiva de Kursk, había dado el visto bueno a la construcción de fortificaciones a gran escala. 332 A mediados de agosto de 1943, aceptó la idea de un *Ostwall,* aprovechando obstáculos naturales como el Dniéper. 333 La razón por la que Hitler, pese a su estrategia global de mantener el oeste y cambiar espacio por tiempo en el este, era reacio a retirarse mucho más en Rusia, era económica y diplomática. Hacía tiempo ya que había abandonado toda esperanza de lanzar otro ataque sobre los yacimientos petrolíferos del Cáucaso, pero continuó aferrándose a la cabeza de puente de Kuban y a las áreas industriales y mineras de la Ucrania del este bajo su control el mayor tiempo posible. 334 Cuando en septiembre de 1943 esto se perdió, volvió su atención hacia la defensa de Crimea, vital para la protección de los yacimientos petrolíferos rumanos y para garantizar que sus aliados del mar Negro le siguieran siendo leales. Por otra parte, su pérdida podía dar lugar a que Turquía entrara en guerra contra él. 335

Hitler también buscaba llevar la guerra hasta el enemigo. En el otoño de 1943, los submarinos regresaron al Atlántico. En septiembre de 1943, Dönitz presentó unos planes para un submarino nuevo y mucho más avanzado, el modelo XXI , que podía «vivir» bajo el agua durante periodos más largos y desplazarse a una velocidad que le permitía dejar atrás a los buques escolta. Tres meses después, el Führer autorizó la producción en masa de estos submarinos. 336 En el aire, las esperanzas de Hitler estaban puestas en el ME 262, un pionero avión de combate a reacción cuya fabricación masiva autorizó en diciembre de 1943. 337 En contra del deseo de los comandantes de la Luftwaffe encargados de defender el Reich, que querían desplegar el nuevo reactor como caza de combate contra los bombarderos de los Aliados, Hitler ordenó que fuera utilizado como bombardero para llevar a cabo su venganza sobre las ciudades británicas. «Quiero bombarderos, bombarderos, bombarderos», le dijo a la jefatura de la Luftwaffe, «vuestros cazas no valen absolutamente para nada». 338 La consecuencia de ello fue que el ME 262 llegó demasiado tarde, en un número demasiado escaso para cambiar las cosas, y en un momento en el que ni siquiera había suficiente combustible para llenar sus depósitos.

La principal esperanza del Führer para disuadir a Gran Bretaña, no obstante, radicaba en el desarrollo de cohetes capaces de caer sobre Londres. Estos eran, señaló, «tan importantes como la producción de carros de combate». 339 Desde esta convicción, Hitler ordenó modificar el Decreto de los Tanques en favor de un decreto para la producción de cohetes, a la que se destinarían tantos trabajadores empleados en otras tareas como fuera

necesario. [340] En julio de 1943, justificó la asignación de los escasos recursos disponibles a este objetivo calificando el programa de cohetes como una «medida necesaria para aliviar a la nación» que podía «llevarse a cabo con medios relativamente modestos». [341] Hitler estableció que solo debía utilizarse mano de obra alemana, preferiblemente procedente de áreas que hubieran sido «totalmente destruidas» por los bombardeos de los Aliados. [342] Speer recibió la autorización para comenzar la producción en masa de estas armas con el objetivo explícito de continuar la guerra contra Gran Bretaña. [343] «Esta será la represalia contra Gran Bretaña», proclamó el 20 de agosto de 1943, que «la obligará a arrodillarse». [344] A principios de diciembre de 1943, Hitler dio órdenes a los jefes militares del oeste para la «preparación y puesta en práctica de la lucha a distancia contra Gran Bretaña con todas las armas especiales necesarias». [345]

En el núcleo de la estrategia de Hitler a finales de 1943, en la lucha por tierra, mar y aire, no estaba la guerra, sino la política. A mediados de octubre de 1943 admitió que su solución ideal, con lo que se refería supuestamente a una victoria total, tal vez no pudiera conseguirse, pero que intentaba mantenerse firme a fin de aprovechar cualquier acontecimiento fortuito que pudiera surgir. «Mientras uno espere agazapado como un gato», explicó, «y aproveche todas las oportunidades para salirse con la suya, nada está perdido». El enemigo, prometió, mostraría estos «momentos de debilidad»; lo único que Alemania tenía que hacer era aprovecharlos. La clave era actuar con «tenacidad», sabiendo que una repentina crisis interna en uno de los estados de la coalición enfrentados al Reich podía desencadenar la caída de todo el frente enemigo. Por otra parte, señaló, en Estados Unidos había unas elecciones presidenciales programadas para 1944, lo que bien podría suponer un cambio político en Estados Unidos. [346] Por tanto, las medidas defensivas en el oeste fueron dirigidas también a impresionar a los americanos y, en caso necesario, a garantizar que cuando desembarcaran se llevaran un buen escarmiento. A mediados de diciembre de 1943, le recordó una vez más a la jefatura militar que Roosevelt se presentaba a la reelección y que podía «perder» si sufría un revés militar. [347] Repeler la invasión también le permitiría a Hitler crear una división entre Londres y Washington. En resumen, Hitler decretó que «cuando ataquen en el oeste, será cuando se decida la guerra». [348]

Durante los dos últimos meses del año, la acometida sobre la «Fortaleza Europa» de Hitler se intensificó. A mediados de noviembre de 1943, la RAF y las USAAF iniciaron una campaña aérea de seis meses contra la capital del Reich. [349] Los bombarderos de los Aliados también continuaron azotando otras ciudades alemanas. Durante el día, los americanos iban a

por las fábricas y otras áreas relacionadas con la economía de guerra alemana; por la noche, los británicos atacaban las zonas residenciales y a los propios alemanes. «Lo que la patria alemana está teniendo que aguantar en estos momentos», dijo Hitler, «es bien sabido por todos nosotros, y se pueden imaginar cómo me siento yo personalmente al respecto». 350 Una tras otra de las ciudades en las que Hitler había pronunciado sus discursos, de las que se había enseñoreado con sus desfiles triunfales, fueron derrumbándose bajo una lluvia de artefactos incendiarios y explosivos. El centro de Múnich fue golpeado por cientos de bombarderos de la RAF el 6 de septiembre de 1943, y de nuevo el 2 de octubre. Durante la noche del 22 y el 23 de octubre de 1943, Kassel quedó envuelta en una tormenta de fuego. Lo único que pudo hacer el Führer fue plantar cara al «terror aéreo» que, según él, solo serviría para fortalecer la determinación alemana. Erhard Milch, el secretario de Estado del Ministerio del Aire, argumentó tras los bombardeos del otoño que «la propia Alemania es la primera línea de combate». 351 Del mismo modo, en los «informes de situación», que eran las reuniones diarias de Hitler con el Alto Mando, se presentaban los bombardeos bajo el epígrafe «oeste». El «Segundo Frente» ya era un hecho, y no estaba en Francia, sino en los cielos de Alemania.

En resumen, a finales de 1943, antes incluso de que el primer soldado de los Aliados hubiera puesto un pie en Francia, las potencias occidentales acaparaban la mayor parte, no solo de la atención de Hitler, 352 sino también de sus recursos. Este fue el año decisivo de la gran batalla de desgaste. La guerra en el aire consumió gran parte de la economía alemana: en 1943, el 41 % fue a parar solo a la aviación. La siguiente partida más importante eran las municiones, con el 29 %. Otro 8 % aproximadamente fue destinado a buques de guerra, especialmente submarinos, la mayoría de los cuales se desplegaron contra el oeste. Solo en torno a un 6 % de la economía de guerra se invirtió en la producción de carros de combate, pese a las demandas del frente del este. En otoño de 1943, más de 2.000 armas antiaéreas de al menos 88 milímetros de calibre se desplegaron en la defensa del Reich, junto con 1.600 cazas diurnos y nocturnos, muchos más de los desplegados en el este; a comienzos del año, algo menos del 40 % de la Luftwaffe tenía sus bases en el este; a finales del mismo año, la cifra había descendido a aproximadamente un 35 %. De un modo u otro, la mayoría de los esfuerzos de guerra alemanes empezaron a dirigirse entonces a luchar contra los angloamericanos, y la proporción siguió aumentando un mes tras otro. 353

Por si todo esto fuera poco, el Reich había perdido definitivamente la batalla de la producción, y no fue porque no se esforzara. La producción

alemana aumentó considerablemente en 1943, [354] pero ni de cerca lo suficiente. Esto se debió en parte a los bombardeos. A mediados de diciembre de 1943, Hitler fue informado de que la producción de armas, como las de asalto, se había visto sustancialmente reducida a causa de los ataques aéreos de los Aliados. [355] Hitler terminó el año con menos ametralladoras de lo que lo había empezado. [356] Su mayor problema, no obstante, era que la producción occidental había aumentado mucho más rápidamente. El Reich había conseguido igualar el nivel de la Unión Soviética en 1943, pero todavía quedaba muy lejos de alcanzar las cifras de producción de Estados Unidos y, aunque en menor medida, del Imperio británico. Una proporción importante de esa producción iba a parar a los rusos, vía los convoyes del Ártico, Irán y Vladivostok, lo que les daba ventaja en cuanto a movilidad en el campo de batalla. Aunque casi toda la Wehrmacht estaba desplegada en el este, y sufrió la mayor parte de sus bajas luchando contra el Ejército Rojo, [357] su debilidad allí era sobre todo de equipamientos, más que en cuanto a número de hombres. [358] Gracias a los Aliados occidentales, la Unión Soviética tuvo que enfrentarse a menos carros de combate en el este (dado que nunca llegaron a fabricarse) y a muchos menos cazas (porque estos estaban siendo empleados en el oeste). En aquel momento ya era completamente evidente que el ímpetu nacionalsocialista y el cerebro alemán no podrían hacer frente a la fuerza industrial de Occidente. Hitler pudo superar la producción del Plan Quinquenal de Stalin, pero no la del *New Deal* de Roosevelt.

Mientras, la jefatura nazi continuaba con sus guerras intestinas. Los vencedores y los perdedores de estas luchas empezaban a estar claros ya para finales de 1943. Goebbels extendió su autoridad bastante más allá de la propaganda, abarcando grandes competencias dentro del sector civil. Himmler había consolidado su control sobre el aparato de seguridad. Speer era el jefe indiscutible de la economía de guerra alemana. Göring, en cambio, había perdido toda su autoridad. Rosenberg había quedado apartado algún tiempo antes y, en todo caso, sus feudos en Europa del este iban reduciéndose cada vez más. En las inmediaciones de Hitler, el principal vencedor era Martin Bormann, cuyo imparable ascenso era claramente perceptible. Había conseguido quitarse de en medio casi del todo a Hans-Heinrich Lammers, el jefe de la Cancillería Imperial, cuyas funciones como informador de Hitler fueron reduciéndose aún más a lo largo del año. [359] Bormann controlaba de facto no solo el acceso de los civiles a Hitler, sino también, según se cree, todo lo que procedía del Führer. «Ahora Bormann tiene el poder», escribió Rosenberg en el otoño de 1943, «porque nadie que recibiera una comunicación de él podía

distinguir si esta constituía una orden personal del Führer» o meramente reflejaba «la opinión del propio Bormann». 360 En realidad, la autoridad de Hitler no estaba en cuestión, pero, a consecuencia de todo esto, la maquinaria del gobierno, si bien no llegó a paralizarse, funcionó más lentamente aún.

Cuando el año iba tocando a su fin, Hitler seguía siendo un hombre en pleno uso de sus facultades y al mando, si no de su destino, sí del Tercer Reich y de gran parte de Europa. Las fuerzas alemanas seguían presentes en todos los territorios enemigos: en el Cabo Norte hasta la mitad de la bota de Italia, en Grecia, en los Pirineos y zonas bastante interiores de la Unión Soviética. Su figura seguía imponiendo respeto en las reuniones militares y no daba señales de ningún desequilibrio mental. 361 No obstante, físicamente, el deterioro era muy llamativo. Muy pocos sabían que Hitler había necesitado que el doctor Morell le administrara una importante dosis para poder enfrentarse al colapso italiano durante el otoño, pero la mayoría podía ver claramente que era un hombre enfermo. Los síntomas de la enfermedad de Parkinson se hicieron evidentes por entonces. 362 Su declive era ya visible hasta en los noticiarios del *Wochenschau* , al menos para el médico de la Cancillería Imperial, Ernst Schenck, que se percató de su encorvamiento, aunque atribuyéndolo a un problema de columna. 363 Werner Best, que en diciembre de 1943 le vio por primera vez en persona después de más de un año, se quedó «impresionado». «Daba la impresión de ser un anciano, cansado [y] frágil», recuerda, que caminaba con paso vacilante y tan encorvado que parecía «que tenía joroba». «Su cara», continuaba diciendo Best, estaba «hinchada y llena de arrugas» y «la mirada fija y recriminatoria». Aun así, dejó anotado Best, Hitler dominó la conversación con un amplio y diverso repertorio de temas. 364

18

La caída de la «Fortaleza Europa»

El día de Año Nuevo de 1944, Hitler emitió una proclamación para el pueblo alemán y una orden para la Wehrmacht. Ambas demostraban que sus objetivos militares y la ideología que los legitimaba no habían cambiado después de más de cuatro años de guerra. Alemania, afirmó, era «un Estado socialista del pueblo» embarcado en una «lucha por la supervivencia, no solo del Reich alemán, sino de todo el continente europeo» contra los «conspiradores del mundo bolchevique-plutócrata y los judíos que manejaban sus hilos en la sombra». [1] Si no conseguía resistir, advertía Hitler, el Reich y con él Europa entera corrían peligro de ser esclavizados y matados de hambre por las fuerzas de la plutocracia y el imperialismo internacional. «Dondequiera que Gran Bretaña gobierna hoy en día», señaló, aludiendo a la reciente y masiva hambruna sufrida en Bengala, cuando los Aliados habían desviado el grano de los indios aquejados por el hambre para sustentar a los frentes europeos, [2] o al menos se habían negado a proporcionar el transporte necesario para alimentar a las víctimas, «el hambre y la miseria se apoderan de la vida». [3] A nivel mundial, por tanto, Hitler se consideraba un resistente contra el imperialismo angloamericano. En Europa, en cambio, trataba desesperadamente de mantener sus adquisiciones coloniales, especialmente en el este. «Tras cuatro años de batalla», señaló, «Alemania, que empezó la guerra con 634.000 kilómetros cuadrados de *Lebensraum* alemán», ocupaba entonces «2.650.000 kilómetros cuadrados de Europa». [4]

Hitler admitía que 1943 había sido un año extremadamente difícil. La «deplorable traición contra el Duce» había forzado a Alemania a tomar «decisiones muy duras», entre otras, la retirada a gran escala de fuerzas que no estaban siendo atacadas, lo que había resultado difícil de entender para algunos soldados. La razón para retirar a estos hombres del frente del este era proteger «el resto del *Lebensraum* europeo» frente a la arremetida de las «fuerzas anglosajonas». En los Balcanes, la «agitación soterrada» provocada por los «traidores a sueldo de los británicos» estaba amenazando la posición alemana. Hitler reconoció también, en relación con la batalla del Atlántico, que «la balanza de la innovación técnica, en el año 1943», se había inclinado más del lado del enemigo. Lo más doloroso de todo, no

obstante, habían sido los ataques aéreos de los Aliados sobre el Reich, que habían reducido a «escombros» a muchas ciudades alemanas. [5] El Führer prometió superar estas dificultades. Juró que «la hora de la venganza» por esos bombardeos llegaría. Reconstruiría las ciudades alemanas. Por encima de todo, el Führer prometió repeler la esperada invasión de los Aliados. Prometió que «el mundo plutócrata occidental» tendría «el recibimiento que se merece» dondequiera que desembarcara.

Durante los cinco meses siguientes, la confianza de Hitler se vio puesta a prueba por la tormenta lanzada por los Aliados sobre la «Fortaleza Europa». A finales de enero de 1944, los americanos y las fuerzas del Imperio británico desembarcaron tras las líneas alemanas en Anzio y Nettuno, localidades situadas al sur de Roma, no muy lejos de la ciudad, completamente por sorpresa. Hitler exigió que la cabeza de puente aliada fuera rápidamente acordonada, machacada con fuego de artillería y a continuación invadida. Esto obedecía en parte a que sabía que una vez asentado el enemigo no sería fácil de desalojar, en parte a la intención de evitar que hiciera más desembarcos, en parte a su miedo a los efectos de la superioridad aérea de los Aliados, y en parte a reducir las consecuencias políticas. [6] Pese a algunos decididos esfuerzos, sin embargo, Kesselring fue incapaz de hacer retroceder a los Aliados hacia el mar, y tras meses de dura lucha en Monte Cassino, se vio obligado a replegarse a mediados de mayo. Hitler declaró Roma como una indefensa «ciudad abierta», y el 5 de junio de 1944 la capital italiana cayó en manos del general estadounidense Mark Clark. Todo esto, sin que un solo soldado aliado hubiera aterrizado en el norte de Francia, que era donde Hitler esperaba que tuviera lugar la principal acción del bando angloamericano.

Entretanto, Stalin había lanzado tres ofensivas en el este. En el norte, penetró en las líneas alemanas situadas en torno a Leningrado, levantando el asedio a la ciudad, que había durado casi dos años y medio. El dictador soviético se dispuso entonces a atacar Finlandia y abrirse paso en el Báltico. Stalin atacó también en los dos frentes de Ucrania, aislando Crimea y avanzando hacia el oeste en dirección a Rumania y Europa central. Pronto los alemanes se vieron reducidos a un pequeño perímetro en torno a Sebastopol. El avance soviético se vio en gran medida facilitado por la movilidad conferida al Ejército Rojo gracias a cientos de miles de camiones, *jeeps* y otros vehículos procedentes del Programa de Préstamo y Arriendo. [7]

El efecto acumulativo de los reveses sufridos por los aliados europeos de Hitler fue devastador. Llevaban flaqueando desde Stalingrado, pero en este momento ya estaban viendo próximo el fin. Tras la pérdida de Odessa

en abril de 1944, los rumanos fueron poniéndose cada vez más nerviosos. Hitler presentó al mariscal Antonescu pruebas de que su ministro de Exteriores mantenía contactos secretos con las potencias occidentales. [8] Hungría, la que se hallaba más lejana al Ejército Rojo, era también la menos fiable, y a principios de 1944 ya parecía a punto de desmoronarse. El Führer sabía también que los finlandeses, que se encontraban en una situación desesperada a principios del verano, estaban deseando firmar una paz separada con Stalin. La guerra en el mar también iba de mal en peor. En marzo de 1944, Dönitz retiró sus submarinos del Atlántico y les ordenó pasar de las tácticas «en manada» a operar individualmente o como mucho en parejas o en grupos de tres.

La situación en el aire, ya de por sí mala, fue volviéndose cada vez peor. El 1 de enero, los americanos establecieron las llamadas Fuerzas Aéreas Estratégicas de Estados Unidos en Europa para coordinar el ataque al Tercer Reich. Ese mismo día la RAF acometió un intenso bombardeo sobre la capital alemana, el primero de los nueve que esta sufriría en un plazo de seis semanas. El 6 de marzo, las USAAF lanzaron su primer ataque aéreo diurno sobre Berlín. [9] Poco después, sin embargo, la «batalla de Berlín» se suspendió, debido a las graves pérdidas y la obstinada resistencia a arder de la ciudad de anchas avenidas. [10] La campaña había costado a la RAF en torno a 500 bombarderos, además de cobrarse la vida de 10.000 berlineses, dejar a 400.000 de ellos sin hogar y a muchos más sin los servicios básicos. Otras ciudades alemanas también fueron golpeadas, algunas muy duramente, en especial Augsburgo (25/26 de febrero), Essen (26/27 de marzo) y Múnich (24/25 de abril), donde un barrio entero fue casi completamente arrasado por la RAF . Incluso cuando no se estaban produciendo ataques a gran escala, los alemanes vivían atormentados por el incesante zumbido de los Mosquitos de la RAF , que atacaban objetivos precisos y cualquier otro que se pusiera a tiro. Estos ataques tuvieron un efecto importante en la moral de los ciudadanos, deprimidos tanto por la devastación humana y material como por la cada vez mayor evidencia de la superioridad aérea diurna de los angloamericanos en comparación con el Reich. Hitler era perfectamente consciente de ello, por lo que del año 1944 apenas existen fotografías en las que se le vea comprobando los daños causados por los bombardeos. [11]

El Führer tampoco albergaba dudas respecto al inmenso daño que esto estaba causando no solo a la industria alemana, sino también al sistema de transporte y al suministro energético. A finales de febrero, las USAAF lanzaron seis devastadores ataques aéreos sobre fábricas de aviones alemanas, lo que llevó a Speer a advertir a Hitler de una crisis en la

producción de cazas. [12] A finales de abril de 1944, fue informado de las pérdidas de producción de la compañía Krupp a raíz de los renovados ataques sobre Essen; también fue avisado de la reducción en la producción de cazas debida a los ataques sobre la fábrica de Dornier, en Friedrichshafen. [13] Al Führer le preocupaba especialmente el daño infligido por los ataques aliados en la producción de vehículos, esencial para mantener la movilidad en la guerra moderna. A Hitler le inquietaba la gran capacidad de los servicios de inteligencia de los Aliados que posibilitaba estos ataques y que él atribuía a traiciones dentro del ámbito doméstico. [14] Quizás lo más preocupante de todo eran los ataques de las USAAF sobre la producción de petróleo del Reich, a la que fueron dirigidos tres ataques a gran escala, lanzados desde bases italianas, entre abril y junio de 1944. A finales de mayo de 1944, Speer informó a Hitler de los crecientes problemas de suministro debidos a los sistemáticos ataques americanos sobre las refinerías de petróleo rumanas; el Führer recibió también una lista de instalaciones petrolíferas dañadas en Hungría y en el propio Reich, así como una valoración de la catastrófica reducción en la producción que por todo ello cabía esperar. [15]

Por último, el desgaste fue enorme para la Luftwaffe, superada por los ataques y cuyas pérdidas se cifraban en cientos de aviones al mes, solo dentro del espacio aéreo alemán. [16] Este dato no da una idea suficiente de hasta qué punto los esfuerzos bélicos de Hitler se centraron en ese momento en librar la guerra de los bombardeos. Más de 800.000 hombres estaban permanentemente desplegados para defender al Reich, muchos de ellos a cargo de manejar 14.000 armas antiaéreas pesadas y 40.000 ligeras. Otro millón de hombres se ocupaba de arreglar o restablecer servicios esenciales. Los rusos notaron un creciente declive tanto en la cantidad como en la habilidad de los pilotos alemanes en el frente del este. [17] La producción de aviones, artillería antiaérea y otros tipos de armamento para la defensa del Reich acaparaba una enorme y cada vez mayor proporción de la capacidad industrial nazi. En resumen, la entrada de Estados Unidos en la guerra ya había demostrado ser decisiva, mucho antes de que ningún hombre pusiera todavía el pie en Normandía.

Las preocupaciones raciales de Hitler interactuaban estrechamente con estas amenazas político-militares. Si la mayoría de los judíos europeos para entonces ya estaban muertos, le seguía preocupando el peligro que representaban las bolsas que aún quedaban de ellos y, por supuesto, la judería mundial residente en la Unión Soviética y, especialmente, en Angloamérica. Durante los primeros meses de 1944, Hitler reiteró su punto vista de que los judíos habían contaminado Gran Bretaña [18] y Estados

Unidos, inoculando allí una falsa idea que predisponía esos países en contra del Reich alemán. Le inquietaba el supuesto rol de los judíos húngaros a la hora de volver al país en su contra. El Führer continuó también tomándose gran interés en la persecución de los elementos restantes de la judería alemana. Solo en los primeros meses del año, emitió no menos de tres nuevos decretos sobre la situación de los «mestizos», a fin de garantizar que la «sangre alemana» se «mantuviera pura». 19

Resulta irónico, por tanto, que a principios de 1944 las políticas de Hitler hubieran generado ya la misma distopía racial que él había querido evitar. Indudablemente, Hitler había avanzado bastante en el camino de «limpiar» Europa de judíos, pero en Alemania había más extranjeros que nunca antes, especialmente eslavos, trabajando en la economía de guerra. 20 El riesgo de la «contaminación» racial doméstica, patente en las innumerables ordenanzas destinadas a detenerla, era grave. Externamente, Hitler también se encontraba exactamente en la misma situación que había querido evitar. Aliado con una coalición de eslavos y latinos, y otros «desposeídos» del mundo, como el Japón imperial, los alemanes manejaban un perímetro cada vez más reducido frente a la embestida (principalmente) «anglosajona», tanto en tierra como en el mar y en el aire. Por otra parte, muchos de aquellos que entonces se encontraban desplegados contra el Reich eran los descendientes de los mejores elementos del pueblo alemán, que se habían ido marchando a lo largo de los dos siglos anteriores. Bajo su presidencia, Hitler asistió a la mayor avalancha de inmigrantes llegada nunca a Alemania, en el mismo momento en el que estaba siendo atacado por los propios emigrantes del país.

El comandante de las Fueras Aéreas Estratégicas de Estados Unidos, el hombre que estaba dirigiendo la campaña aérea americana contra el Reich, era el general Spaatz. Nacido con el nombre de Carl Spatz en Pensilvania, de ascendencia alemana, había añadido una «a» a su apellido en 1937 para que pareciera que su origen era holandés en lugar de alemán. 21 Los apellidos de algunos pilotos de las USAAF derribados durante el masivo bombardeo de Berlín el 6 de marzo de 1944 hablaban por sí solos: Naushalter, Kolb, Griesel, Frantz, Radtke, Handorf, Lautenschlager, Wagner, Schimmel y Stauss. 22 Las primeras fotos de reconocimiento posteriores al bombardeo fueron tomadas por el comandante Walter Weitner en un Spitfire del 7º Grupo de Reconocimiento Fotográfico del Ejército de Estados Unidos. Esta lucha no fue una justa entre caballeros del aire, como las *dogfights* (peleas de perros) de la Primera Guerra Mundial, sino una lucha desesperada en la que ambos bandos cometieron atrocidades. 23 Aun así, algunos de los pilotos derribados informaron de

que civiles alemanes les habían preguntado por sus parientes en Estados Unidos. [24] La larga vinculación con Estados Unidos continuó incluso en la adversidad.

Y por si ello no bastaba, al otro lado del Canal de Inglaterra, un ejército entero de anglosajones, como Hitler y la Wehrmacht les denominaban casi invariablemente, muchos de ellos de origen alemán, esperaban para poner en marcha su invasión. El Führer sabía perfectamente que el mando supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada había sido entregado a Dwight Eisenhower, aunque se desconoce qué opinaría del hecho de que su enemigo descendiera de los Eisenhauers, menonitas pacifistas que partieron del Sarre hacia Pensilvania en el siglo XVIII . [25] Entre los hombres que estaban a punto de llevar la lucha más allá del Rin estaban el general Clarence Huebner (5º Cuerpo de Ejército), cuyo abuelo, Gottfried Hübner, nacido en Stuttgart, había emigrado a América a principios del siglo XIX ; el general William Schmidt (76ª División), cuyo padre era austriaco; el general Walter Lauer (99ª División), cuyos padres eran alemanes; Emil Reinhardt (69ª División), cuyo abuelo Heinrich Christian Christoph Reinhardt había nacido en Brunswick en 1825; Herman Kramer, nacido de dos emigrantes alemanes; el general Donald Stroh (106ª División), cuyo tatarabuelo había nacido en Rimsdorf/Sarre y luego había emigrado para luchar en la Revolución estadounidense; el general Paul Baade (35ª División), cuyo abuelo Wilhelm Baade había venido al mundo en Windheim, Prusia, en 1830; el general Bertram Hoffmeister (5ª División Acorazada Canadiense), cuyo abuelo paterno emigró de Hamburgo cuando era adolescente.

A finales de enero de 1944, Himmler envió una circular al jefe del Servicio de Seguridad, al jefe del Centro de Coordinación para los Alemanes Étnicos y al jefe de la Oficina Central de las SS . En ella decía que aquellos prisioneros estadounidenses que tuvieran padres o abuelos alemanes debían ser separados de sus camaradas y trasladados a un «campamento especial». El plan de Himmler era «influir» hábilmente en esta «germanidad perdida» con el fin de «ir recuperándola de nuevo de forma gradual». [26] Obviamente, no estaba interesado en los alemanes de origen judío del ejército estadounidense, como Henry Kissinger, que también se estaban preparando para regresar al continente europeo, sino en los Eisenhower. [27] En ambos casos, estas piedras que la madre patria había rechazado se convertirían en los sillares de la coalición enfrentada al Reich. Con los Eisenhauer, Alemania había exportado paz, pero ahora importaba guerra.

Dentro de este contexto, no sorprende que Hitler volviera a una de sus

principales preocupaciones: la supuesta debilidad racial del pueblo alemán. A finales de enero de 1944, convocó a la máxima jefatura militar a la Guarida del Lobo. [28] Les dijo que, en Alemania, el núcleo racial se había visto socavado por las divisiones domésticas habidas desde la Reforma, a diferencia de Inglaterra, donde en aquel momento había comenzado su ascenso hacia su «posterior dominio mundial». «Ya en aquellos tiempos», afirmó, «el sol no se ponía en el Reich alemán». En lugar de ganar poder mundial, sin embargo, Alemania había ido perdiendo en importancia y en población, que sumaba solo 85 millones en lugar de los 300 millones que de otro modo habría tenido, una referencia clara a las pérdidas demográficas debidas a la guerra y a la emigración. Sin la guerra de los Treinta Años, continuó diciendo Hitler, el Nuevo Mundo habría sido sin duda alemán. Aun así, y aquí Hitler se hacía eco de un mito muy arraigado en la Alemania de principios del siglo XX , Estados Unidos casi se había hecho alemán. La decisión de que el inglés fuera la lengua oficial de Estados Unidos, aseveró, fue tomada «por una mayoría solo superior en un voto, un voto emitido, lamentablemente, por un alemán». La preocupación del Führer por los alemanes perdidos y su propensión a darle la espalda a la patria no podía quedar expresada más claramente.

Este es el motivo por el que a Hitler le preocupaba tanto la composición del «pueblo» alemán (*Volk*), que él diferenciaba claramente de la raza nórdica. «Hoy en día sabemos», explicó Hitler en su sesión informativa a los jefes militares, «que el *Volk* no representa en realidad una [única] unidad racial, sino un conglomerado», y que los «valores» no residen en todo el conglomerado en sí, sino en las «cepas raciales». «Un pueblo», argumentó, «es una comunidad de personas con la misma lengua [e] historia», lo cual podría dotarle de «sentimientos similares», pero no significaba que «la pertenencia racial fuera la misma». «Somos un solo pueblo», prosiguió diciendo, «pero no una sola raza». Por decirlo así, había un solo *Volk* y un solo Führer, pero muchas razas. «Nuestro pueblo», explicó, «se compone de un conjunto de cepas raciales», pero «la cepa racial decisiva, que ha formado al pueblo alemán en un sentido puramente organizativo, es la nórdica». Este núcleo «nórdico-germánico» se había impuesto a partir de un «instinto subconsciente de dominación» y absorbido a los demás.

Una vez más, Hitler se mostraba más ambivalente sobre esta mezcla racial de lo que habría cabido imaginar. Por un lado, estaba decidido a destilar el núcleo racial nórdico. Por otro, Hitler veía aspectos positivos en el «matrimonio entre razas» dentro del *Volk* alemán. «Hay una raza eslava», dijo, «que es musical» y «una raza germánica cuya naturaleza es

completamente carente de oído musical». «La combinación de ambas», declaró Hitler, «de repente da como resultado grandes compositores», como «Beethoven, Wagner y Bruckner». La «clave» radicaba en «hacer que, gradualmente, [cada] cepa racial prospere en la parte de la comunidad donde más adecuada sea para hacer el trabajo necesario». En el caso de la música, la mezcla sería «eslavo-nórdica», pero, a efectos militares, el Reich necesitaría la cepa nórdica pura. En otras palabras, según la visión racial de Hitler, cada cepa racial cumplía su función dentro del *Volk* alemán.

El Führer culpaba del atrofiado desarrollo del núcleo nórdico de Alemania al capitalismo. «El proceso de la formación del capital puro», afirmó, y el crecimiento de una «educación general» que no tenía nada que ver con el desarrollo del «verdadero valor racial» habían conducido a la creación de una clase adinerada que se había adueñado de la política pese a carecer de la capacidad para hacerlo. El capitalismo y el racismo, según Hitler, no eran compatibles. Una vez más, Hitler ilustraba esta idea haciendo referencia a los británicos. «Aquí podemos ver la diferencia entre Alemania y Gran Bretaña», continuó, donde «todavía [encontramos] claramente una raza pura dominante que sigue controlando la política, garantizando de este modo un liderazgo completamente unificado a lo largo de las décadas». Cuatro años después de iniciada la guerra, Hitler, lejos de desechar a los británicos como racialmente corrompidos por los judíos, seguía considerándoles un modelo racial. De hecho, acuñó el término «raza dominante» para describir a su clase dirigente.

La solución a la debilidad racial del pueblo alemán, afirmaba Hitler, residía en la «movilización del valor racial». En la medida en que esto implicaba dotar a los alemanes de la disciplina de la que por naturaleza carecían, se requería un «entrenamiento», con lo que quería significar «instrucción» y «adoctrinamiento». No obstante, Hitler hacía aún más hincapié en la «comprensión», el tipo de confianza y fortaleza interna y que portaba por naturaleza el núcleo nórdico (y, cabría añadir, el anglosajón). «Esta es la razón por la que la disciplina y la educación no pueden bajo ninguna circunstancia sustituir la convicción interna», explicaba, sino, como mucho, complementarla. Había muchas maneras de conseguir esto. Una de ellas era la cultura, especialmente la música, el aprecio por la cual contribuía a crear valor racial. «Cuando yo hago sonar un acorde», explicaba Hitler, «reaccionan las cuerdas pulsadas para ese acorde», mientras que las otras no lo hacen, o lo hacen solo más tarde. Esta teoría explica por qué Hitler no podía aceptar que los judíos entendieran a grandes compositores alemanes como Wagner. Otro método de mejora racial era la creación de cohesión ideológica, y en esto el Führer reconocía

los logros bolcheviques a la hora de llevar a cabo «una inmensa reeducación ideológica» en Rusia a partir de 1917. Los alemanes necesitaban que la «uniformidad de una única visión mundial», «el coraje y el poder» y «el fanatismo» se impusieran. Y, lo más importante, Hitler quería establecer lo que él consideraba la unidad racial en Alemania venciendo al orden capitalista y trabajando para la «construcción de una nueva sociedad sin clases».

En el frente militar y político, Hitler continuó con la estrategia que había desarrollado el año anterior. [29] Cada vez estaba más convencido de que la única manera de enfrentarse a la amenaza del aire era la «reubicación», y dado el alcance cada vez más amplio de las flotas de bombarderos angloamericanos, eso significaba ponerse bajo tierra. Hitler exigió que estas medidas no fueran solo temporales, sino parte de una «reubicación definitiva a gran escala de toda la capacidad industrial alemana bajo la superficie». [30] En otras palabras, mientras los anglosajones reinaban en lo alto de los cielos, los alemanes y sus esclavos enanos irían horadando más y más la tierra, haciendo que las montañas resonaran con el repiqueteo wagneriano de los martillos en el metal.

Entretanto, Hitler se preparaba para repeler la inminente invasión aliada, que era su principal prioridad. [31] Creía que la mejor manera de hacerlo era evitar que los angloamericanos desembarcaran, o bien arrasar la cabeza de puente antes de que al enemigo le diera tiempo a consolidarse. Esto implicaba la construcción de extensas fortificaciones, algo sobre lo que Hitler hablaba extensamente y con entusiasmo. «Soy el mayor constructor de fortalezas de todos los tiempos», señaló sin asomo de ironía en enero de 1944. «Construí el Muro del Oeste [y] he levantado el Muro Atlántico». [32] La mayoría de los jefes de la Wehrmacht, más partidarios de la guerra de maniobras que de la estática, no veían con buenos ojos la permanente obsesión del Führer con el acero y el hormigón. En los primeros meses del año, se suscitó una tensa discusión entre Rommel y el comandante de las fuerzas acorazadas del oeste, el temible Geyr von Schweppenburg, sobre el despliegue de las divisiones panzer. Geyr, que todavía añoraba las grandes maniobras de los panzer de los primeros años, quería mantener una gran reserva operativa bastante alejada de la costa para golpear una vez que hubiera quedado claro cuál era el principal «centro de gravedad» del enemigo. Rommel, que tenía una gran experiencia en el poder aéreo angloamericano, sabía que sus carros nunca podrían llegar a las playas a menos que estas estuvieran cerca. [33] Hitler –que tampoco se hacía

ilusiones sobre la movilidad de las formaciones alemanas bajo las condiciones de la superioridad aérea aliada– tendía a estar de acuerdo con Rommel. Advirtió de que, una vez establecida, la cabeza de puente sería «sistemáticamente» expandida «con el despliegue masivo de la fuerza aérea y todo tipo de armamento pesado». [34] Hitler optó por mantener una paz de compromiso y también cubrir todas las apuestas. Algunos panzer se quedaron cerca de la costa y el resto permanecieron más alejados.

El pensamiento que subyacía a la estrategia de Hitler seguía siendo político más que militar. Todavía mantenía su intención de infligir a las fuerzas aliadas que desembarcaran en Francia una derrota tan cruenta que Churchill se viera ante otro Galípoli y Roosevelt perdiera las elecciones presidenciales de noviembre. «Un desembarco fracasado», vaticinó Hitler a sus generales a finales de marzo de 1944, «evitará la reelección de Roosevelt en Estados Unidos». Probablemente terminaría en la cárcel. «También en Gran Bretaña», una derrota aumentaría el «cansancio de la guerra» y debilitaría a Churchill. [35] «Los británicos saben muy bien», le dijo al líder eslovaco monseñor Tiso a mediados de mayo de 1944, «que si hoy lanzan una invasión y esta fracasa, no tendrán ya nada que hacer». [36] De una forma u otra, recalcaba el Führer retomando el mensaje de la Directiva 51, «el frente occidental» era el «frente decisivo» del que, «por sí solo», «dependía el resultado de la guerra y, por tanto, el destino del Reich». [37]

En el este, Hitler continuó a la defensiva, manteniendo las posiciones todo el tiempo posible, y a continuación cediendo espacio a cambio de tiempo. Sus objetivos estratégicos eran tres, todos ellos derivados de la primacía del frente occidental. En primer lugar, Hitler quería retener todo el *Lebensraum* y todos los recursos de Rusia que pudiera a fin de apoyar la economía de la guerra alemana contra Angloamérica. En segundo lugar, a petición de Dönitz, el Führer estaba decidido a mantener a los rusos lejos del Báltico, porque lo necesitaba para poder entrenar a las tripulaciones de la nueva generación de submarinos, fuera del alcance de los bombarderos aliados. [38] En tercer lugar, Hitler quería mantener a Stalin a raya hasta que se hubiera quitado de encima a los angloamericanos, tras lo cual ajustaría cuentas con el este. Su principal foco estaba puesto en los sectores norte y sur. [39] Se enviaron refuerzos a Estonia. El general Lindemann, nuevo comandante del Grupo de Ejércitos del Norte, fue llamado al Berghof a principios de abril de 1944 y aleccionado por Hitler sobre la importancia de defender el Báltico. [40] En el sur, Hitler siguió aguantando en Crimea hasta el 5 de mayo de 1944, cuando finalmente ordenó la evacuación de Sebastopol.

De todos los aliados, era Hungría la que daba más motivos de preocupación. Aunque todavía quedaba a bastante distancia del Ejército Rojo, Hitler estaba convencido de que el gobierno de Kállay había sido sobornado por los judíos y los británicos. «Hace bastante tiempo que sé», declaró Hitler el 12 de marzo de 1944, «que el gobierno húngaro ha estado preparando una traición a las naciones aliadas europeas». Explicaba este comportamiento refiriéndose a la presuntamente poderosa influencia de la «judería» en Hungría y las actividades de «determinados reaccionarios» y «elementos corruptos de la aristocracia húngara». Hitler por tanto decidió ocupar Hungría e ir preparando el camino para establecer un gobierno «nacional» allí. [41] El 18 de marzo de 1944, convocó a su regente, el almirante Horthy, al palacio de Klessheim, cerca de Salzburgo, a una reunión que resultó particularmente tormentosa. El 19 de marzo de 1944, la Wehrmacht y las SS ocuparon Hungría.

Este era el contexto que dio paso a la siguiente fase de la guerra de Hitler contra los judíos. Miles de ellos fueron detenidos a los pocos días de la invasión, y más de 800.000 corrían el riesgo de serlo. [42] Bajo la presión ejercida por la recién creada Junta para los Refugiados de Guerra y el secretario del Tesoro de su gobierno, Henry Morgenthau, Roosevelt emitió una seria advertencia a Hitler sobre el destino de aquellos judíos en particular y de los judíos europeos en general. «En uno de los crímenes más siniestros de la historia», declaró el presidente en una emisora de radio el 24 de marzo de 1944, «el asesinato sistemático y masivo de los judíos de Europa sigue produciéndose sin cesar, hora tras hora». Era por tanto evidente, continuó, «que deberíamos proclamar una vez más nuestra determinación de que nadie que participe en esta barbarie quedará impune». El *New York Times* publicó este discurso bajo el titular «Roosevelt advierte a los alemanes sobre los judíos; afirma que todos los culpables pagarán por estas atrocidades». [43] Si Hitler recibió el mensaje, lo cual es probable, lo cierto es que no pareció afectarle lo más mínimo. A mediados de mayo de 1944, comenzó la deportación en masa de judíos húngaros; 430.000 fueron enviados a Auschwitz en un plazo de dos meses y tres cuartas partes de ellos asesinados de inmediato. [44] Hitler personalmente ordenó que 10.000 soldados de la Wehrmacht que volvían de Crimea ayudaran a las SS en las tareas de vigilancia de los transportes. [45]

Las prioridades de Hitler a principios de 1944 se reflejaban en su despliegue de fuerzas. La inmensa mayoría de la Kriegsmarine y la Luftwaffe y, por tanto, una gran proporción de la economía de guerra estaban enfocadas en la lucha contra los angloamericanos. Es cierto que la mayoría del ejército todavía estaba destacado en el este en junio de 1944,

con 164 divisiones y 1.900 tanques allí, y 111 divisiones y 1.900 tanques en Francia, los Balcanes e Italia, pero estas cifras son engañosas. La medida correcta en este caso no es «hombres-meses», [46] sino otra que cabría definir como «máquinas-meses», esto es, la cantidad de tiempo y de capacidad dedicada a la producción. Visto en conjunto, una gran parte del esfuerzo alemán se dirigía a la guerra con las potencias occidentales, incluso antes de que el primer soldado aliado pisara Normandía. Por otra parte, la alta calidad y el compromiso ideológico de las fuerzas desplegadas en el oeste hablaban por sí solos. Lejos de utilizar a sus temidas y fiables formaciones acorazadas de las SS y divisiones paracaidistas principalmente contra los bolcheviques, Hitler envió la mayoría de ellas a Francia e Italia, [47] a enfrentarse a los enemigos militares e ideológicos más peligrosos del Tercer Reich.

Así se reflejaba también en la retórica pública y privada de Hitler. Indudablemente, le preocupaba Stalin y su capacidad de «convertir» a los oficiales alemanes mediante «métodos secretos de la policía bolchevique». [48] Así, mientras consideraba el peligro soviético una cuestión de mera coacción, para Hitler Occidente constituía una amenaza mucho mayor y más inquietante. En primer lugar, le seguía preocupando mucho que los angloamericanos pudieran ser considerados unos salvadores más creíbles de los peligros del bolchevismo. Advirtió a los alemanes –y europeos– de no creer en las «promesas de ayuda británicas». Solo Alemania, afirmaba, podía «salvar a Europa» de la Unión Soviética. [49] En segundo lugar, Hitler continuaba considerando a Occidente como una amenaza ideológica mortal. A principios de 1944, la Heerespersonalamt publicó, a petición de Hitler, un libro titulado *Por qué luchamos* . Los cuatro enemigos del Tercer Reich eran la judería mundial, el bolchevismo, Gran Bretaña y Estados Unidos. Ni la Unión Soviética ni el mundo eslavo se incluían específicamente en esta clasificación (aunque la Unión Soviética sí estaba implícitamente incluida en el «bolchevismo»). En cambio, Hitler destacaba en especial la importancia de la propaganda en el oeste. [50]

En medio de todo esto, Hitler no se olvidaba del frente doméstico alemán. Continuó intentando reducir el efecto de los incesantes bombardeos sobre la población civil. Desde principios de 1944 casi todos los principales centros urbanos fueron incluidos en las evacuaciones en masa de niños a zonas más seguras, pero Hitler se mantuvo firme respecto a que esto no debía revestir en absoluto carácter obligatorio para los padres que no estuvieran seguros de hacerlo. Tampoco trató de aprovechar este programa para llevarse a estos jóvenes de sus familias y comunidades con fines de adoctrinamiento político. [51] Del mismo modo, continuó

mostrándose extremadamente reacio a utilizar el sistema de la cartilla de racionamiento para evitar que los evacuados –la mayoría mujeres– regresaran a sus amenazadas ciudades de origen. Prefería que, en lugar de ello, se les enseñara acerca de los peligros de los bombardeos. «El [Führer] cree», anotó Goebbels a mediados de enero de 1944, «que el objetivo que perseguimos puede alcanzarse, por encima de todo, por medio de las actividades propagandísticas que una vez más muestren a los padres, lo más gráficamente posible, los peligros a los que se enfrentan sus hijos». 52

Preocupado por las enormes bajas de jóvenes en el frente, y sus consecuencias demográficas a largo plazo, Hitler instó a replantearse el concepto de matrimonio. Cuando termine la guerra, señaló, habrá entre tres y cuatro millones de mujeres sin marido y sin esperanza de conseguirlo. Y, continuaba Hitler, sus hijos no van a venir «del Espíritu Santo», sino de los hombres alemanes que quedaran. Por este motivo, podría ser necesario desplegar a algunos de los supervivientes más valiosos para que fecundaran a estas mujeres. Hitler era perfectamente consciente, obviamente, de que muchas mujeres alemanas iban a resistirse a esta innovación, por motivos emocionales y también por terquedad, en tanto que los soldados podrían quedar desconcertados al enterarse de que sus mujeres se redistribuirían de esta forma una vez que ellos murieran en la guerra. Por tanto, Hitler decidió actuar con cautela. 53

A Hitler no solo le preocupaban las mujeres y la reproducción, sino también las mujeres y la producción. Los problemas derivados de ello fueron ampliamente debatidos durante una reunión celebrada en el Berghof a finales de abril de 1944, a colación del tema de la paga para las mujeres. 54 Robert Ley, el líder del Frente Alemán del Trabajo, afirmó que él llevaba años luchando por «pagar lo mismo, por el mismo trabajo, a las mujeres». Hitler no estaba tan seguro. Explicó que la paga venía determinada por dos consideraciones, no solo el «rendimiento», sino también «según las responsabilidades que un individuo tenía dentro del marco de la comunidad nacional y el Estado». No podía pagarse simplemente en función del rendimiento, ya que en tal caso habría que pagar más a las de veinticuatro años que a las de cincuenta. «La mujer [trabajadora]», afirmó, «solo tiene que cuidar de ella misma», mientras que el hombre tiene que cuidar de su familia. «Si una mujer tiene hijos», prosiguió diciendo Hitler, «debe –ese es siempre nuestro ideal– quedarse en casa y no trabajar». Esto se debía a que «el trabajo de mantener una familia» ha sido «tradicionalmente» considerado más importante que el trabajo realizado por mujeres, «incluso si las mujeres lo hicieran igual». Hitler también temía que subir la paga a las mujeres sin un aumento de la producción de los bienes de consumo para

que ellas los compraran conduciría a la inflación.

Hitler, por supuesto, era consciente de que muchas mujeres tenían que trabajar para alimentar a sus familias. «Solo si una mujer tiene niños que alimentar», dijo, «cabría pagar en concepto de prestaciones para sus hijos». Una vez más, la decisión de Hitler dejaba claro que el pago no era por el rendimiento, sino por la función social. «En principio», explicó, «nuestro Estado debe apartarse de la idea de que la paga es la mera compensación por el trabajo realizado». «¡Debemos hacer todo lo posible», proclamó, «por proteger a nuestro pueblo!». Hitler continuó diciendo: «Uno solo trabaja para sí mismo en el marco de la comunidad nacional», mientras otro «mantiene el *Volk* con la familia y sostiene el futuro». Hitler puso fin al debate diciendo que ciertas ocupaciones «no eran trabajos para hombres», como el de «profesor, camarero o peluquero», y que estos debían reservarse para las mujeres. «Por tanto», estableció a modo de conclusión, habría «igual paga para las mujeres solo en circunstancias excepcionales a fin de evitar problemas».

En junio-julio de 1944, la posición de Hitler se vio sacudida por tres desafíos existenciales. El 6 de junio, los angloamericanos desembarcaron en Normandía, y consiguieron hacerlo completamente por sorpresa. Al principio, Hitler no estaba seguro de si el desembarco constituía la principal acometida de los Aliados o era solo una maniobra distractora que iría seguida de un ataque sobre Calais o alguna otra zona. [55] Constantemente espoleaba a sus comandantes para que incrementaran sus esfuerzos a fin de evitar que Eisenhower consolidara su posición en la costa y aplastar la cabeza de puente que los Aliados habían establecido entre los ríos Orne y Vire, valiéndose en caso necesario de la artillería pesada. [56] Aproximadamente una semana después del desembarco, Hitler lanzó una lluvia de misiles V1 contra el sur de Inglaterra, especialmente Londres, [57] pero su efecto fue mucho menor de lo esperado. Ese mismo día, Hitler prohibió la concesión de cualquier tipo de permiso tanto en la Wehrmacht como en las Waffen-SS . [58] El 17 de junio de 1944, realizó, con carácter excepcional, un viaje a Soissons para reunirse con Rommel y Rundstedt, y dar las gracias a los que habían participado en el despliegue de misiles. Ese mismo día, Hitler rechazó las llamadas para evacuar las Islas del Canal. No mucho más tarde, ordenó transferir las divisiones panzer 9ª y 10ª del este a Normandía.

Su estrategia estaba clara. Les dijo a los líderes militares reunidos en el Berghof a finales de junio que, debido a la «aplastante superioridad aérea

del enemigo» y las armas pesadas que transportaban sus barcos, las posibilidades de que un contraataque se saldara con éxito eran bajas. Dicho lo cual, Hitler advirtió de que «bajo ninguna circunstancia debían permitir el desarrollo de una guerra de movimientos en Francia» porque «el enemigo disfruta de una movilidad muy superior a la nuestra debido a su dominio aéreo y su superioridad numérica en cuanto a los vehículos a motor». Por esta razón, recalcaba, «todo depende de ir acorralando al enemigo estableciendo un cerco de contención en torno a la cabeza de puente, y a continuación ir desgastándolo mediante el despliegue de todos los medios que tuvieran cerca». 59 Esto condujo a un callejón sin salida entre los bosques y setos de Normandía. Fue un enfrentamiento brutal, en el que ambas partes –en especial la División SS Panzer de las juventudes hitlerianas y los temidos canadienses– cometieron atrocidades, aunque las del lado alemán fueron mucho peores. Desde el punto de vista operativo, es posible que la Wehrmacht saliera mejor parada que los Aliados, 60 pero gracias al uso masivo de potencia de fuego de largo alcance, 61 los angloamericanos iban ganando la batalla de desgaste; abrirse paso a través de las líneas alemanas e irrumpir en el campo abierto que había tras ellas era solo cuestión de tiempo.

Entonces, el 22 de junio de 1944, tres años después del inicio de la Operación Barbarroja, Stalin lanzó la Operación Bagration, una ofensiva masiva dirigida contra el Grupo de Ejércitos del Centro. 62 A Hitler, que había creído que el ataque se produciría sobre Ucrania o el Báltico, le cogió completamente por sorpresa. En una semana, el frente alemán cedió; se perdieron más de 350.000 hombres antes de que la ofensiva llegara a su fin. El 27 de junio, Lindemann, el comandante del Grupo de Ejércitos del Norte, advirtió de que su fuerza corría peligro de quedar aislada. 63 Hitler le sustituyó por el general Friesner, el primero de una serie de repentinos cambios de mando en esta área, estratégicamente vital. Para el Alto Mando del Ejército, la ofensiva rusa se convirtió rápidamente en el problema más acuciante. 64 El Führer también estaba profundamente preocupado por el avance soviético, aunque, en el este, no era el sector central lo que más le inquietaba, ya que allí podía continuar cambiando espacio por tiempo, sino Rumania y, especialmente, el Báltico. Durante una reunión de crisis celebrada dos semanas después de comenzada la ofensiva, Dönitz –«a petición del Führer»– señaló la importancia de mantener el área a fin de salvaguardar la importación de mineral de hierro sueco y preservar las zonas de entrenamiento de las tripulaciones de los submarinos. 65

Mientras todo esto ocurría, el embate de las flotas aéreas angloamericanas contra el sistema de transporte, las redes de

comunicaciones y el suministro de energía del Tercer Reich continuaba incesante. Estos ataques habían comenzado antes de la invasión y a partir de ahí no hicieron sino aumentar, en una escalada de bombardeos aéreos sin precedentes. Durante los cuatro meses siguientes a junio de 1944, cayeron más bombas sobre el Reich que en toda la guerra hasta ese momento. 66 Los bombardeos aliados eran además cada vez más precisos, entre otras cosas debido al derrumbamiento de la Luftwaffe, que permitió a los cazabombarderos angloamericanos campar a sus anchas. Las vías férreas quedaron completamente destrozadas; los canales, minados. El 2 de junio, Hitler se lamentó de la escasez de combustible; 67 a finales del mismo mes, Speer le presentó un listado de los sistemáticos ataques aliados sobre refinerías y plantas de hidrogenación, y le advirtió de las inevitables «consecuencias catastróficas» que esto tendría. 68 Poco después, su ministro de Armamento le entregó un memorándum detallado de los efectos de los bombardeos angloamericanos sobre la situación del combustible. El 2 de junio de 1944, en la víspera de la invasión, Hitler se había visto obligado a reducir el número de vehículos motorizados disponibles para la Wehrmacht y las SS «en un 30 % como media», para ahorrar combustible. 69 En el momento en el que más movilidad y energía necesitaba, las acciones del enemigo le estaban debilitando.

A finales de junio de 1944, Hitler comunicó sus reflexiones sobre los problemas a los que se enfrentaba el Tercer Reich en dos trascendentales discursos secretos pronunciados en Berchtesgaden. Su punto de partida era la céntrica localización de Alemania. El Reich, advertía, estaba rodeado, exactamente igual que lo había estado antes de 1918. «Estamos incrustados en esta Europa» y, por tanto, tenemos «enemigos en todos los rincones» del mapa, los «mismos» que en la Primera Guerra Mundial. Esto significaba que Alemania tendría que ser o «un Estado de dureza espartana con una actitud común sostenida por toda la nación y un ejército siempre preparado para atacar», o bien «seremos siempre el fertilizante cultural o el culo de otros». El pueblo alemán, reiteró, correría el riesgo de extinguirse si no consiguiera imponerse en la guerra, ya que esto garantizaría «la selección natural de los fuertes» y «la eliminación de los débiles». Para conseguirlo, continuaba Hitler, él tenía que hacer dos cosas. Primero, lograr su objetivo primigenio de «liberar al pueblo alemán de las influencias capitalistas internacionales», esto es, de los judíos. Esto ya lo había conseguido. «El judío», afirmó sin más, «ha desaparecido». 70

En segundo lugar, también tenía que fortalecer, racialmente hablando, al pueblo alemán. Comenzó esta parte del discurso recordando a su auditorio que «la raza es diferente del *Volk* » y que el pueblo alemán estaba

«formado por una serie de cepas raciales». Su habitual determinismo biológico se veía atenuado por una sensación de incertidumbre cuando se refería a las «leyes de selección genética de Mendel», en virtud de las cuales un hijo teóricamente podía heredar un determinado rasgo tanto del padre como de la madre. La concepción de la raza que exponía a continuación era en muchos sentidos voluntarista e inclusiva. Hitler subrayaba que para él la apariencia externa era menos importante que el carácter interno. Era bastante posible, afirmaba, que «una persona no pareciera en absoluto nórdica, pero que en su fuero interno [y] en su conducta fuera completamente nórdica». El Führer también hizo hincapié en que los alemanes necesitaban disciplina –la palabra que utilizaba era «entrenamiento»– para suplir su falta de uniformidad racial inherente e instintiva. «Gracias a nuestra fragmentación racial, derivada de la ausencia de instinto tribal», explicaba, se requería una «educación ingente» para «compensar lo que la naturaleza lamentablemente nos ha negado», a través de la «superación» de las «diferentes cepas raciales» presentes en el pueblo alemán. 71 Su viejo tema de siempre: los alemanes necesitaban disciplina para conseguir la uniformidad que en los británicos era natural.

El segundo discurso del Führer, dirigido a los líderes de la economía de guerra alemana, fue muy distinto. 72 En él abordó el problema de la producción y fue pronunciado inmediatamente después, no solo del bombardeo de los Aliados, sino también del Plan Morgenthau. Parece que Speer llegó a ver, o a enterarse de algún modo, de una primera versión del plan del secretario del Tesoro de Estados Unidos, Henry Morgenthau, para desindustrializar Alemania tras su derrota. «Si se perdiera la guerra», escribió Speer en sus notas para Hitler, se llevaría a cabo una «despiadada extirpación de la industria alemana, para eliminarla como competidor en los mercados mundiales. El enemigo tiene unos planes económicos concretos que así lo confirman». 73 El discurso del Führer también recalcó los peligros de la derrota, si bien advirtió que a los empresarios de la industria no les quedaría otra alternativa que suicidarse o bien dejar que las fuerzas de seguridad soviéticas les «ahorcaran» o les enviaran a trabajar a Siberia. 74 Como de costumbre, Hitler había orientado su discurso a su auditorio, al que en realidad le preocupaban mucho más los terrores del bolchevismo que el capitalismo angloamericano.

Del mismo modo, las reflexiones del Führer para estos destacados industriales ponían el foco en la pugna con las potencias occidentales, tanto en la batalla de la producción como en la lucha ideológica. Establecían una comparación entre el «estado liberal» del capitalismo, en el que «la economía» era «al fin y al cabo un servidor del capital» y el *Volk* era «el

servidor de la economía», y el Estado nacionalsocialista, en el que el *Volk* era «dominante»; «la economía, un instrumento para mantener al *Volk* », y el «capital», meramente «un medio para dirigir la economía». La intención de estos mensajes era poner a los que le escuchaban en su sitio y recordarles la primacía nazi de la política sobre la economía. La base de la supervivencia nacional, continuó diciendo Hitler, era disponer de «espacio vital» y de todos sus valiosos recursos para poder alimentar a la población y suministrar materias primas a las fábricas. De esto trataba la guerra, reiteró el Führer, y todos los esfuerzos debían dirigirse a ganarla. «La guerra es la movilización de todas las fuerzas del pueblo», dijo, «y todo tiene que subordinarse a ello».

Hitler expuso con todo detalle lo que significaba para la industria alemana. «Esto no es una guerra de soldados», explicó, «sino sobre todo de ingenieros». Con ello Hitler se estaba refiriendo no solo a inventores, sino también a la ingeniería necesaria para la producción en masa de maquinaria. Expresó su admiración por la calidad y la cantidad de la producción soviética, concretamente por el legendario tanque T-34, aunque su principal preocupación seguían siendo los angloamericanos. Sus avances tecnológicos en el campo de la detección habían básicamente neutralizado a los submarinos alemanes. Además habían conseguido una «masiva producción de aviones» que amenazaban con «aplastar» al Reich. A continuación, hacía un llamamiento a la industria alemana para apoyar la producción en masa de nuevas armas, como el tanque Panther, los renovados tanques Tiger y, especialmente, los nuevos submarinos. Por esta razón, Hitler requería un alejamiento del «trabajo de calidad» –lo que también denominaba «calidad alemana»– en aras de una «producción en masa» destinada a la guerra. Una vez más, expresaba un rechazo explícito al pasado artesanal alemán y a la idea de un futuro *Mittelstand* .

Lo que ambos discursos tenían en común era la inquietud que dejaban traslucir ante el desafío, tanto racial como económico, de Angloamérica. Con la referencia al peligro de que los alemanes se convirtieran en el «fertilizante cultural» de otros pueblos, sus primeras reflexiones apuntaban a uno de sus inveterados temores, es decir, la forma en que la emigración alemana había fortalecido a Estados Unidos. Esta obsesión quedaba explícita en su segundo discurso, cuando abordaba el tema de los ingenieros. «Los ingenieros de los americanos», afirmó, «son en su mayoría de origen alemán», concretamente de sangre «suevo-alemánica». Sorprendentemente, Hitler trataba de contrarrestar esta amenaza insistiendo en que sus ingenieros también eran alemanes. «Y tengo el mismo grupo de alemánicos», continuó, «trabajando hoy para nosotros». «La superioridad

del enemigo», se mofaba Hitler, «ahí se ve lo poco superiores que son». [75] Como tantas veces, la excesiva insistencia del Führer resultaba reveladora y era inevitable sacar la clara impresión de que, en opinión de Hitler, los mejores alemanes estaban trabajando para el otro bando.

Estos fueron los últimos discursos importantes que Hitler daría en Berchtesgaden. Últimamente no le había resultado un sitio precisamente animado. Durante años había sido un solar, y en los últimos tiempos gran parte del complejo había estado cubierto de redes de camuflaje y envuelto en niebla artificial para engañar a los posibles bombarderos de los Aliados. Las magníficas vistas sobre el Untersberg a menudo quedaban ocultas. El 14 de julio, Hitler salió del Berghof con destino a Rastenburg, para no volver nunca más.

Aunque a mediados de 1944 el cansancio de la guerra era ya considerable en Alemania, tampoco se percibían movimientos, ni por parte de las élites ni del pueblo, de rebelión alguna contra el Führer. La resistencia activa se limitaba a un número relativamente pequeño de personas, que actuaban movidas por diferentes motivos: el temor a perder la guerra, el patriotismo, el miedo a una victoria soviética, el oportunismo y una genuina repugnancia por los crímenes que se estaban cometiendo en nombre de Alemania. A lo largo de 1943 ese grupo se había organizado cada vez más, hasta desarrollar un plan aproximado de cómo había de ser el orden posterior a la guerra y –en un rasgo de genialidad– había subvertido los planes de contingencia que tenía el régimen para afrontar el malestar civil –bajo el nombre en clave de «Valkiria»– en su propio proyecto de golpe de Estado. Dentro de dicho plan, la importancia de Hitler, más que la del régimen en general, era tan crucial que los conspiradores habían decidido que cualquier acción debía comenzar con su eliminación, y preferiblemente con su muerte. Los varios intentos de matar a Hitler a lo largo de 1943 habían resultado frustrados, y el líder de la conspiración, el conde Stauffenberg, ya había llevado explosivos en presencia de Hitler en tres ocasiones distintas del mes de julio sin que el intento se saldara con éxito; no obstante, más avanzado ese mismo mes, los conspiradores estaban dispuestos a volver a actuar.

El 20 de julio de 1944, Stauffenberg se presentó en el cuartel general del Führer en Rastenburg llevando dos bombas en la maleta. [76] Casi inmediatamente, las cosas empezaron a salir mal. La agenda de Hitler cambió a última hora. Stauffenberg apenas tuvo tiempo de cebar una de las cargas. La reunión se trasladó del búnker habitual a otro lugar. Pese a ello,

el plan estuvo a punto de salir bien. Stauffenberg consiguió colocar su maleta cerca de Hitler, bajo una robusta mesa de roble. A continuación, salió del barracón. La bomba explotó según lo previsto, pero la mesa actuó de escudo, salvando a Hitler de lo peor de la explosión. Afortunadamente para él, el estallido se produjo dentro de un barracón de madera, lo que hizo que gran parte de la onda expansiva se disipara en el exterior y no dentro del búnker, donde todo el que se encontrara allí habría ardido en llamas. Aunque las heridas no fueron ni mucho menos leves, las consecuencias para Hitler se redujeron a una perforación de tímpanos y algunas magulladuras graves. Había tenido mucha suerte: la explosión fue considerable y cuatro de las personas que se encontraban dentro del edificio resultaron tan gravemente heridas que al poco tiempo murieron.

Stauffenberg, que había observado la detonación desde una prudente distancia, dio por hecho que Hitler había muerto. Fue entonces cuando quedó evidente un fallo fundamental de la conspiración. Stauffenberg tenía que regresar a Berlín a decirle a los conspiradores que Hitler había muerto y liderar el golpe de Estado. Con ello se perdió un tiempo muy valioso, y aunque Valkiria se había desplegado en muchos lugares, especialmente en París, uno de los centros neurálgicos de la conspiración, donde fueron detenidos más de mil hombres de las SS y de las SD , el régimen no tardó en volver a tomar las riendas. Simbólicamente, el punto de inflexión se produjo cuando, en la creencia de que Hitler estaba muerto y que había que aplastar la conspiración, el comandante del Grossdeutschland Wachbatallion, el general Otto Ernst Remer, enviado a detener a Goebbels, fue puesto al habla directamente con Hitler, que se encontraba en Rastenburg. El sonido de la voz de Hitler fue suficiente para convencer a Remer. Goebbels fue puesto en libertad y comenzó a tomar medidas en respuesta al golpe. Esa misma noche se anunció a través de una emisora de radio que el Führer estaba vivo y que pronto daría una alocución para el pueblo alemán. Stauffenberg y el resto de sus cómplices en la conspiración fueron fusilados sin más trámite por el comandante del Ejército de Reserva, el general Fromm, que de esta manera trató de encubrir su propia implicación en el fallido complot. El golpe de Estado había fracasado.

El complot del 20 de julio y sus antecedentes pusieron claramente de relieve tanto la debilidad como la fortaleza del estilo de gobierno de Hitler. Lejos de mostrarse paranoico, al menos hasta entonces, Hitler había prosperado dando a sus élites militares y administrativas espacio suficiente para su letal creatividad. Esto le hacía extraordinariamente vulnerable a los enemigos intramuros. Hasta este momento, pasados más de once años desde que se instauró el régimen, y tras cuatro de guerra, los que asistían a

las sesiones informativas diarias no eran previamente registrados ni desarmados. Stauffenberg pudo introducir explosivos en presencia de Hitler en al menos cuatro ocasiones distintas. El Führer tardó seis semanas a partir del golpe en decidirse a prohibir que se portaran armas en su presencia y ordenar a la guardia que registrara a todas las personas externas para comprobar que no ocultaban armas. 77

A este respecto, no debemos confundir la confianza del Führer con simple desidia o candidez. Porque fue esta misma flexibilidad la que también hizo el poder de Hitler tan resistente. Lo que debilitó el golpe de Estado fue la decisión del centro de comunicaciones de Berlín de transmitir los mensajes desde la Guarida del Lobo en lugar de desde la oficina de Olbricht en el Cuartel General del Ejército de Reserva. Y lo que acabó de frustrarlo fue la presteza del comandante del batallón de reserva, el ferviente nacionalsocialista Otto Ernst Remer, al desobedecer la orden de arrestar a Goebbels en cuanto logró hablar personalmente con Hitler. El régimen se había salvado, no porque las tropas cumplieran las órdenes –gracias al exhaustivo trabajo de los conspiradores, estas se mantuvieron ambiguas–, sino porque el personal clave actuó por su propia iniciativa.

Aunque las heridas de Hitler no pusieron en riesgo su vida, y ese mismo día volvió a estar activo, la explosión le infligió un daño mucho mayor del que parecía a simple vista. Los visitantes del cuartel general comentaron lo encorvado y cansado que se le veía. 78 Los oídos le estuvieron sangrando durante varias semanas, y no podía viajar en avión. La única ventaja, señaló Hitler, era que la explosión parecía haber curado el acusado temblor de su pierna izquierda, si bien él «no recomendaría este tipo de cura». 79

El atentado contra su vida dejó conmocionado a Hitler, pero no sorprendido. Hacía tiempo que sospechaba de la posible traición de algunos miembros del cuerpo de oficiales. Con el atentado, los hechos habían venido a darle la razón. Su alocución por radio del día siguiente a la explosión presentaba a los conspiradores como una «reducida camarilla» de aristócratas reaccionarios que habían estado tratando de repetir la «puñalada por la espalda» de 1918. 80 En su posterior discurso a los *gauleiter* , el Führer afirmó que «estos traidores» habían venido participando en un «sabotaje» no solo desde «1941», sino desde su «llegada al poder». 81 Hitler también consideraba su propia supervivencia como una señal de la «providencia», de su triunfo ante la adversidad. Inmediatamente después de la explosión, le dijo a Mussolini cuando este fue a visitarle que había vivido una «salvación milagrosa, y no es la primera vez que escapo de la muerte de esta manera». Esto hacía que estuviera «más convencido que nunca» de que estaba destinado a «llevar

nuestra gran causa», es decir, la guerra, «a una conclusión feliz». [82] Físicamente, por tanto, Hitler quedó seriamente afectado por el complot. Políticamente, en cambio, le infundió nuevas energías. A partir de entonces seguiría avanzando en la puesta en práctica de los principios nacionalsocialistas, especialmente en el ejército.

Pese a su deseo de venganza, y su determinación de arrancar de raíz la «traición», Hitler procedió con cautela. El alcance de dicha traición, que empezó a quedar cada vez más claro a medida que la Gestapo fue desenmascarando a más y más altos cargos militares y civiles, daba que pensar. La respuesta al complot representaba a la vez una oportunidad y una amenaza. Podía utilizar a los conspiradores con fines ejemplarizantes y demostrar la resiliencia del régimen, pero también existía el riesgo de servir de escaparate a la resistencia y convertirles en mártires, como él mismo lo había sido después del *putsch* de la cervecería. Por esta razón, Hitler deseaba evitar por todos los medios el espectáculo de unos juicios largos. [83] Unas dos semanas después de la tentativa de golpe, estableció un *Ehrenhof* –supuestamente a petición del propio ejército– para investigar la complicidad militar en los hechos. Hitler prometió llevar a cabo una «purga implacable». [84] Los que llegaron a tener un juicio fueron condenados por Roland Freisler, el despiadado jefe del Volksgerichtshof, que recibía las instrucciones de Hitler. Por petición expresa del Führer, las sentencias de muerte debían llevarse a cabo mediante un ignominioso colgamiento y no por el método, más honroso, del batallón de fusilamiento. También insistió en que se filmaran las ejecuciones, aunque no hay evidencias contrastables de que realmente llegara a visualizar estas grabaciones. [85]

En todo caso, Hitler no dispuso de mucho tiempo que dedicar a los hechos del 20 de julio. La situación militar, ya de por sí precaria, empeoró radicalmente. Tras un infructuoso intento llevado a cabo el 18 de julio –la Operación Goodwood–, los Aliados occidentales lanzaron la Operación Cobra el 25 de julio. El 31 de julio, los angloamericanos se abrieron paso en Avranches. El contraataque de Hitler en Mortain nunca llegó a prosperar, y todos sus demás intentos por estabilizar el frente fracasaron. [86] Lo que Hitler tanto había temido era ya una realidad. Los Aliados estaban en campo abierto y dada su movilidad y su superioridad aérea nada podía pararles. La mayoría de los soldados alemanes atrapados en la bolsa de Saint-Lô-Falaise huyeron, pero el coste humano, y especialmente el material, fue tremendo. Tal vez los entre 120.000 a 140.000 muertos y heridos habrían podido ser sustituidos, si bien con gran dificultad por reclutas de un nivel inferior, [87] pero los 1.300 tanques, los 500 cañones de asalto y las 5.500 piezas de artillería, por no mencionar camiones y *jeeps* ,

habrían sido de todo punto imposibles de sustituir.

Durante agosto y septiembre, los Aliados fueron avanzando a toda velocidad hacia el este, a través de Francia. El 15 de agosto, desembarcaron en el sur de Francia. Hitler estaba indefenso. Sus intentos de establecer un frente a lo largo del Sena no tardaron en fracasar. París fue liberado el 19 de agosto; la orden del Führer de destruir la ciudad fue desobedecida por el comandante alemán. El 11 de septiembre, los americanos cruzaron la frontera del Reich al oeste de Bitburg. El 17 de septiembre, británicos y estadounidenses lanzaron una operación aerotransportada para tomar los puentes del Rin en Nijmegen y Arnhem. El objetivo era penetrar en las líneas alemanas y continuar hacia Berlín. En torno a la misma época, los americanos se abrieron paso hacia Colonia. Fueron los primeros entre los Aliados en tomar una ciudad alemana importante, Aquisgrán, el 21 de octubre de 1944. 88 Este fue un momento de gran valor simbólico, ya que los sacroemperadores romanos habían sido tradicionalmente coronados allí y la catedral seguía albergando los restos de Carlomagno. La guarnición destacada allí se rindió a los hombres de la 1ª División de Infantería, comandada por el general Clarence Huebner, cuyo abuelo había nacido en Stuttgart.

En el este, primero el frente central y luego el sur también cedieron, al haber quedado sus líneas enormemente debilitadas por la transferencia de grandes unidades al oeste. El Grupo de Ejércitos del Norte perdió temporalmente contacto con el Grupo de Ejércitos del Centro cuando las fuerzas soviéticas llegaron a Tukums, en el Báltico, el 30 de julio. La comunicación se restableció tras un vigoroso contraataque. A lo largo de agosto de 1944, el Ejército Rojo se abrió camino a través de Rusia, llegando a adentrarse unos cuantos kilómetros en Prusia Oriental a mediados de mes. El Ejército Nacional Polaco se alzó en una revuelta, arrebatando el control de Varsovia a los ocupantes alemanes. El 14 de septiembre, Stalin lanzó una ofensiva contra Riga. Dos semanas después, las fuerzas soviéticas llegaron al Báltico, justo al norte de Memel, aislando así una vez más al Grupo de Ejércitos del Norte, esta vez definitivamente. En el sur, Stalin lanzó una ofensiva contra Rumania el 20 de agosto, conquistando Bucarest a finales de mes. El Grupo de Ejércitos de Ucrania quedó hecho pedazos, con unas 400.000 bajas, si bien las pérdidas materiales fueron menos graves que en el oeste. El 29 de agosto, se produjo un importante levantamiento en Eslovaquia. Todo el frente del este alemán pendía de un hilo.

El resultado más inmediato de estos desastres fue el desmoronamiento del sistema de alianzas de Hitler. En Rumania, el mariscal Antonescu fue

destituido el 22 de agosto de 1944, y lo primero que hizo el rey Miguel fue sacar al país de la guerra para, a continuación, ponerlo del otro lado. El 7 de septiembre de 1944, la Finlandia del mariscal Mannerheim firmó un armisticio con la Unión Soviética. Al día siguiente, Bulgaria también se bajó del barco. El 15 de octubre, el almirante Horthy anunció que Hungría iba a abandonar la guerra. Hitler lanzó de inmediato una operación de las fuerzas especiales, que tomaron como rehén a su hijo. Horthy abdicó y una agrupación fascista húngara a modo de títere tomó el poder, pero para entonces cualquier pretensión de formar una coalición de estados europeos que luchara contra las fuerzas aliadas ya se había venido abajo. Todos los almirantes, mariscales y reyes aliados de Hitler se habían marchado. Solo Japón se mantenía fiel. Una vez más, Alemania estaba casi sola frente a un mundo de enemigos.

Por si todo ello no fuera suficientemente grave, la erupción aliada desde Normandía permitió recrudecer la campaña aérea estratégica, dirigida contra la industria, el suministro de energía y el sistema de comunicaciones alemanes, con renovada ferocidad. Speer presentó a Hitler informes detallados de los efectos de los bombardeos de los Aliados, complementados con fotografías y diagramas. 89 Advirtió a su Führer de las consecuentes pérdidas en la producción de acero, motores de carros de combate y vehículos a motor. 90 Incluso en los lugares donde podían extraerse materias primas o producirse bienes de consumo, muchas veces esto no podía completarse o transportarse debido a los daños sufridos por las redes de carreteras, ferroviarias y en los canales. 91 La Gusstahlfabrik de Krupp, en Essen, no fue físicamente destruida del todo pese a los repetidos ataques, pero cesó la producción a partir de octubre de 1944, cuando los bombarderos acabaron con el suministro de energía eléctrica. Para mediados de noviembre, Speer ya estaba advirtiendo a Hitler de que la vital área industrial del Ruhr había quedado en efecto desconectada del resto del Reich. 92

Peor aún, estos ataques se vieron acompañados de devastadores bombardeos contra objetivos civiles: Darmstadt, Friburgo y Heilbronn, así como otros objetivos ya conocidos, como Múnich y Berlín. El Führer se sintió profundamente conmocionado por los bombardeos, entre otras cosas porque temía por la seguridad de Eva Braun en Múnich. 93 Los ataques aliados iban pasando factura a su salud y a sus nervios. 94 Hitler veía estos ataques como una prueba de la intención aniquilatoria de los Aliados occidentales. «La voluntad del enemigo», previno a mediados de septiembre de 1944, «se dirige claramente a la destrucción del pueblo alemán». A fin de conseguirlo, proseguía diciendo, el enemigo «considera

legítimos todos los medios», incluido «el terror más sangriento, mediante los bombardeos contra mujeres y niños». 95 «Está movilizando toda su fuerza para aplastar nuestro Reich», afirmó un mes después, y para destruir «al pueblo alemán y su orden social». «Su meta», reiteró Hitler, «es el exterminio de la persona alemana». 96 La (para él) guerra preventiva de aniquilación que el propio Hitler había lanzado sobre el enemigo mundial en ese momento empezaba a tener lugar en su casa, en Alemania.

Como cabía esperar, los desastres de finales del verano y del otoño de 1944 condujeron a renovados llamamientos por parte de los líderes militares y civiles del Reich a negociar acuerdos separados de paz, así como también a varios ofrecimientos por parte de Japón para mediar con los rusos. 97 Hitler se negó, basándose en que cualquier acercamiento se interpretaría como un signo de debilidad y que sería rechazado en cualquier caso. 98 También se negaba de todo punto a tratar de negociar con el oeste, y así le dijo a Papen, que se había ofrecido personalmente a servir de interlocutor, que «esta guerra debe lucharse hasta el final, sin concesiones». 99 En cuanto a tratar de averiguar lo que pensaban los rusos, señaló, eso sería tan inútil como «tocar un horno encendido al rojo vivo para saber si estaba caliente». 100 Significativamente, Hitler dejó claro que solo accedería a un acuerdo que garantizara la supervivencia de las generaciones futuras. Con ello venía a expresar su determinación de mantener el mayor «espacio vital» que pudiera en cualquier acuerdo definitivo. «El mundo no entiende de espacios vacíos», recordó a un auditorio formado por miembros del partido, y añadió: «Los pueblos que sean numérica o biológicamente demasiado débiles y no sean capaces de llenar sus *Lebensraum,* quedarán confinados, en el mejor de los casos, en una reserva [*sic*]». 101 El lenguaje estaba elegido con cuidado. Si los alemanes no actuaban como los norteamericanos, advirtió Hitler, acabarían como los indios pieles rojas.

A la vista de todos estos desafíos, Hitler organizó un impresionante mitin a finales de 1944. Pese a toda su retórica, su estrategia no se basaba simplemente en la perseverancia, en aferrarse desesperadamente a cada una de las partes de su cada vez más reducido imperio. Por el contrario, Hitler dejó claras sus prioridades de acuerdo con una estrategia global que básicamente no había experimentado alteraciones desde finales de 1943. No se mantendría solo donde pudiera, sino donde lo necesitara. Se retiraría de donde tuviera que hacerlo, y de donde pudiera ceder sin dar lugar a consecuencias fatales. El propósito de esta estrategia era retener todo el potencial económico de Europa posible y, con ello, una capacidad militar fiable. Su esperanza era que esto le permitiría aguantar más tiempo que el enemigo y aprovechar cualquier fractura que pudiera haber surgido en la

coalición. «Debemos seguir luchando hasta que ese momento llegue», señaló, añadiendo que «puede estar más cerca de lo que nadie imagina», [102] y este fue el sentir que siguió reiterando hasta el último día de 1944. «Habrá momentos», predijo Hitler, «en los que las tensiones entre los Aliados serán tan grandes que se producirá una ruptura». Mientras tanto, su trabajo era «mantener la calma bajo cualquier circunstancia». [103]

Hitler tenía claras las prioridades estratégicas resultantes de esto. El problema más acuciante, explicó a los generales, podría parecer el de «la estabilización del frente del este», pero dado que la Wehrmacht disfrutaba de la ventaja de las líneas interiores, debería ser perfectamente factible. El frente oeste, en cambio, era mucho más problemático y constituía de hecho el teatro «decisivo» de la guerra, porque la derrota aquí suponía el riesgo de perder los «puntos de partida para la guerra submarina». A diferencia de la mayoría de los jefes de la Wehrmacht, especialmente del jefe del Estado Mayor del Ejército, Guderian, a quienes les preocupaba la embestida soviética contra el Reich, [104] la estrategia de Hitler seguía centrándose claramente en Occidente.

De acuerdo con este enfoque, Hitler se retiró del sur y el oeste de Francia a posiciones más defendibles. [105] Para septiembre de 1944 había conseguido sacar a la mayoría de sus hombres, si bien no sus equipos. [106] Hitler también ordenó a la Wehrmacht retirarse de los Balcanes, llevándose consigo todo el equipamiento, materias primas y alimentos que pudiera. [107] La razón principal de la retirada era el temor a quedar aislada por la ofensiva del Ejército Rojo en Hungría, pero Hitler preveía además que el vacío resultante causaría tensiones entre Occidente y Stalin; la lucha entre las fuerzas británicas y los izquierdistas griegos más avanzado aquel año demostró que sus esperanzas estaban justificadas. Siguiendo una táctica de «tierra quemada», Hitler ordenó la destrucción de todo –al este, al oeste y dentro del propio Reich– lo que no pudiera llevarse consigo y pudiera ser utilizado por el enemigo en su avance. [108] Al mismo tiempo, el Führer mantuvo su posición en las áreas clave. Insistió en retener todos los puertos franceses que fuera posible, en parte para impedir que los angloamericanos pudieran utilizar las instalaciones para el desembarco de más hombres y material, en parte para tener maniatadas a las fuerzas aliadas y en parte para servir de apoyo a una reanudación de la campaña submarina, una vez que los nuevos submarinos fueran producidos en masa. En el sur de Francia, las ciudades clave de Toulon y de Marsella no tardaron en perderse, para gran disgusto de Hitler, pero la Wehrmacht continuó manteniendo Brest, Lorient y Saint-Nazaire durante algún tiempo, y en algunos casos hasta el final de la guerra, mucho tiempo después de que los Aliados hubieran invadido sus

alrededores. 109 También retuvo Holanda, y por tanto las bases desde las que mantener la ofensiva de los misiles contra Gran Bretaña.

Hitler dirigió entonces su atención a estabilizar los frentes. A finales del verano de 1944, emitió un aluvión de decretos ordenando la fortificación «del emplazamiento occidental de Alemania», una línea que partía de la costa norte alemana, recorría la costa holandesa y luego llegaba, a través de Francia y Alemania, hasta Belfort. Hitler también exigió posiciones defensivas en Italia y a lo largo del Adriático. 110 Una vez a salvo fuera de Francia, la Wehrmacht opuso una obstinada resistencia. Las fuerzas aerotransportadas británicas localizadas en Arnhem fueron aplastadas, y aunque los alemanes fueron incapaces de aguantar en Aquisgrán, consiguieron enzarzar a los americanos en una sangrienta lucha en el bosque de Hürtgen, donde se vivieron escenas comparables a las de la Primera Guerra Mundial. Para noviembre de 1944, el frente occidental se había estabilizado, al menos por el momento.

En el este, Hitler dio prioridad a retener Kurland, con el fin de proteger las áreas de entrenamiento de submarinos y las reservas de petróleo de esquisto de Estonia, así como Hungría, con sus reservas de petróleo y bauxita. 111 Ordenó la supresión del Levantamiento de Varsovia, que finalizó, con enorme derramamiento de sangre, a principios de octubre de 1944. 112 La rebelión eslovaca también fue aplastada, y los judíos de este país fueron deportados y asesinados. En cuanto al resto, Hitler confiaba en el *Ostwall* , un sistema defensivo, de carácter más psicológico que militar, cuyo principal propósito era tranquilizar a la población civil y evitar grandes flujos de refugiados. En lo que respecta a fortificaciones y potencia de fuego, era muy inferior a cualquier otra cosa que Hitler hubiera creado, o estuviera planeando, para frenar a los angloamericanos. A finales de noviembre de 1944, Hitler salió de la Guarida del Lobo para siempre. En adelante, la defensa de Prusia Oriental, y –hasta principios de 1945– todo el este de Alemania, fue una prioridad de orden menor para Hitler. 113

En su lugar, su principal objetivo en el otoño e invierno de 1944 era asestar un golpe demoledor a los Aliados occidentales. Su motivación para hacerlo no había cambiado, seguía siendo la de minar a Churchill y a Roosevelt y, a ser posible, dividir a la coalición aliada. Cada vez citaba más el caso de Federico el Grande como ejemplo de cómo un gran líder pudo sobrevivir a la coalición que le tenía cercado gracias a su «firmeza», lo que le permitió aprovechar las divisiones entre sus enemigos. 114 Uno de los métodos para asestar ese golpe era la ofensiva con misiles. Las descargas del V1 habían causado un gran daño e inquietud en el sur de Inglaterra, pero no habían causado un gran impacto en los líderes políticos de Londres.

Hitler tenía depositadas mayores esperanzas en el cohete V2, razón por la cual estaba firmemente decidido a mantener las bases para continuar su «lucha a distancia» contra Gran Bretaña. Otra arma desplegada contra el oeste fue un avión nuevo y más avanzado, el Me 262, cuyo desarrollo se aceleró, y, en septiembre de 1944, el Führer encargó al diseñador y fabricante Ernst Heinkel la construcción de un caza a reacción más pequeño y más apto para su producción en masa. 115 También tenía la vista puesta en los nuevos submarinos y recibió informes optimistas sobre el éxito del modelo «snorkel». 116

Sin embargo, la mayor esperanza del Führer para cambiar la dinámica era un devastador contraataque contra las fuerzas de tierra angloamericanas. Por esta razón, a finales de agosto de 1944 decidió lanzar una gran ofensiva en el oeste a la primera oportunidad que se presentara. 117 «Su intención era», le diría a Oshima poco después, «emprender la ofensiva en Occidente a gran escala». Hitler esperaba sacar ventaja del tiempo lluvioso de septiembre y octubre para ocultar sus preparativos, anulando la superioridad aérea aliada y lanzando su ataque «a partir de principios de noviembre». 118 Su objetivo, explicó el 16 de septiembre de 1944, era irrumpir a través de las Ardenas, capturar Amberes y de este modo forzar a los Aliados a replegarse a Gran Bretaña. Hitler esperaba que la Luftwaffe prestaría apoyo con unos 1.500 cazas. La fecha de inicio prevista en ese momento era finales de noviembre, pero se retrasaría todavía más. 119 Durante el otoño, el OKW se enzarzó en un furioso debate. Pocos compartían la opinión de Hitler de que las puntas de lanza llegarían a Amberes, y la mayoría se habrían dado por más que satisfechos con que llegaran al Meuse. El 11 de noviembre, Hitler emitió sus directrices para el plan de operaciones, que destacaba la importancia táctica y estratégica del efecto sorpresa, así como la ocasión de aprovechar las adversas condiciones meteorológicas. Solo él decidiría el momento en que debía producirse el ataque. 120

A lo largo de diez semanas, Hitler fue congregando sigilosamente una enorme fuerza en el oeste, incluido un nuevo ejército panzer al completo. Su plan, como le dijo a Oshima, era desplegar más de «un millón» de hombres, «combinarlos con unidades que habría que retirar del frente en todas las áreas», y esperar a la «reposición de las fuerzas aéreas». 121 Hitler ordenó dejar de abastecer sistemáticamente el resto de teatros de operaciones y evitar batallas defensivas que podrían absorber reservas de consumo necesarias para la ofensiva. 122 Lo mismo era aplicable al frente del este, donde el Ejército Rojo continuaba organizando ataques. Uno de estos avances, el que se dirigió hacia Gumbinnen a finales de octubre de

1944, derivó en una masacre entre la población civil de la aldea de Nemmersdorf, en la Prusia Oriental. 123 Hitler continuó insistiendo en no enviar allí refuerzos, sino preservarlos para la proyectada ofensiva en el oeste. Le interesaba más lo que estaba pasando en Kurland, donde la Wehrmacht fue golpeada tres veces, en tres ofensivas distintas, entre finales de octubre y diciembre de 1944. En aras de la claridad, Hitler estableció sus prioridades con todo detalle a finales de noviembre de 1944. «Imperturbable incluso ante la mayor de las crisis y pérdida de territorios», registró el cronista de guerra del OKW , el Führer decidió «que los frentes del oeste y del este debían tener prioridad sobre todos los demás escenarios de la guerra», pero el oeste debía tener «prioridad» sobre el este, y, «dentro del [frente del] oeste», la prioridad debía recaer en los grupos del ejército implicados en la siguiente ofensiva. 124 Hitler completó sus preparativos en el nuevo cuartel general del Führer –Adlerhorst–, emplazado en las montañas de Taunus, justo al norte de Fráncfort, no lejos de la frontera occidental de Alemania.

Con el fin de dar apoyo a esta estrategia, Hitler lanzó un último gran esfuerzo de movilización en la segunda mitad de 1944. Su primer cometido era de índole psicológica: restaurar la confianza pública en el régimen tras las derrotas militares del verano y el atentado contra su vida. Este último había sacudido al pueblo alemán, y el propio Führer lo consideraba una prueba de una «alteración del sistema circulatorio», algo que los alemanes de todas las edades y de todas las épocas se han tomado muy seriamente. 125 El 25 de julio de 1944, cinco días después del atentado, Hitler nombró a Goebbels «plenipotenciario imperial para la guerra total». Se trataba de una medida de carácter esencialmente estratégico, 126 en virtud de la cual el ministro de Propaganda era facultado para movilizar las energías y elevar los ánimos de la población; la gestión efectiva de la economía de guerra seguía en manos de Speer. Para evitar que decayera la moral, Hitler también quería mantener viva la perspectiva de aliviar los incesantes bombardeos de los Aliados. A primeros de julio de 1944, dio permiso a Speer para mostrar a los *gauleiter* , en sesión privada, las imágenes filmadas en color del programa de misiles y, a ser posible, del nuevo caza a reacción, teniendo buen cuidado de no revelar ningún secreto técnico. 127 Poco después, Hitler también autorizó la emisión de películas del cohete V2 para el *Wochenschau* y por tanto para su visionado público, si bien estas en realidad no llegarían a exhibirse hasta mucho después. 128 La finalidad teórica era asegurar al público que la hora de la «venganza» contra los ataques angloamericanos –que el Führer no dejaba de anunciar constantemente– no tardaría en llegar.

En el escenario racial, Hitler continuó su implacable campaña contra la «judería mundial» y otros elementos. Para el invierno de 1944, la deportación y el asesinato de la mayor parte de los judíos húngaros y eslovacos ya se había completado. En el área de la eugenesia «positiva», Hitler siguió preocupado con las cualidades raciales de los británicos y los alemanes que se habían perdido con la emigración al otro lado del Atlántico. Pocos días antes del inicio de su gran ofensiva en el oeste, expresó su respeto por la «dureza y tenacidad» de los británicos y se lamentó una vez más ante sus generales de que el «continente norteamericano» se hubiera «convertido en británico en lugar de en alemán». 129

Una de las tareas más acuciantes a las que se enfrentaba Hitler era el reclutamiento de personal para cubrir las ingentes bajas sufridas en el verano y el otoño de 1944. Para septiembre de 1944, estaba claro que los métodos tradicionales no bastaban para subsanar las pérdidas. La Wehrmacht propuso cubrirlas mediante la creación de milicias regionales basadas en el viejo modelo del *Landsturm* prusiano. Hitler era extremadamente reacio a dar su consentimiento a esta medida, en parte porque temía que propiciara el establecimiento de ejércitos regionales –y tal vez separatistas– al otro lado de las líneas. 130 El temor a otra «puñalada por la espalda» se iba haciendo cada vez mayor. El 16 de agosto, Bormann envió una copia de la Ordenanza del *Landsturm* original de abril de 1813 a la jefatura del Partido Nazi, con la petición de que Hitler la leyera. Al poco tiempo, el Führer concedió permiso a varios *gauleiter* para gestionar las medidas de defensa locales. A partir de aquí, Bormann pasó algunas semanas tratando de convencerle para establecer una nueva milicia de ámbito nacional. 131 Este *Volkssturm* estaría integrado por «todos los hombres aptos para llevar armas», de edad comprendida entre los dieciséis y los sesenta años, y su fin sería la defensa del «suelo patrio». Debía estar bajo el control del NSDAP , en lugar del de la Wehrmacht, y desplegarse conforme a las órdenes que diera Himmler, en su calidad de comandante del Ejército de Reserva. El propio nombre de la nueva organización –un *Volkssturm* , en lugar de un *Landsturm* regional– era reflejo de la permanente preocupación de Hitler por la amenaza del regionalismo.

El principal frente de movilización, no obstante, seguía siendo la producción. Hitler estaba desesperado por sustituir todo el material perdido en Normandía y –en menor medida– en Bielorrusia y el sureste de Europa durante el verano. La Wehrmacht también estaba extremadamente escasa de combustible. 132 Hitler estaba decidido a equipar a los ejércitos destinados en el oeste de cara a la próxima ofensiva. Su principal

competidor había sido siempre Angloamérica, y la proporción de esfuerzos bélicos –entre el 70 y el 80 %, a finales de 1944– [133] dedicados a combatir contra los Aliados occidentales iban aumentado mes a mes. A mediados de octubre, Hitler estuvo conversando con Speer acerca de la producción aérea estadounidense (incluyendo la de Canadá y Australia). El ministro de Armamento informó de notables aumentos en el lado alemán, pero, aunque sus estadísticas fueran desesperanzadamente optimistas dentro de un contexto comparativo, hasta Speer tuvo que admitir que Alemania iba a la zaga, dado que, a excepción de la industria automovilística, había carecido, a diferencia de Estados Unidos, de una «producción en masa» antes de la guerra. [134]

En la propia Wehrmacht escaseaban todavía todo tipo de armas, lo que hacía el equipamiento de las formaciones del nuevo *Volkssturm* altamente problemático. Hitler recalcó que la milicia sería completamente inútil sin armas, y ordenó que fuera equipada con las armas defensivas sobrantes de bombarderos de la Luftwaffe que estuvieran obsoletos o fuera de servicio. El involuntario simbolismo de este movimiento fue superado solo por el anticlímax de la ceremonia de iniciación del *Volkssturm* celebrada el 19 de noviembre de 1944, cuando las pequeñas armas prestadas que portaban los nuevos reclutas tuvieron que ser devueltas después del desfile. Hitler tenía absolutamente claro que las Waffen-SS y el ejército regular debían tener prioridad en las entregas. Su consideración de la calidad militar de las unidades del *Volkssturm* era en general baja, y en varias ocasiones intervino para que despojaran a estas de las armas y pudieran ser entregadas a los soldados de la Wehrmacht. También insistió en que la producción de armamento tenía prioridad sobre el reclutamiento, y aprobó las exenciones de Speer para los llamados a filas del *Volkssturm* que estuvieran desempeñando trabajos importantes en las fábricas. [135] Para Hitler, el ardor nacionalsocialista era bueno, pero la potencia de fuego era mejor.

Todas estas medidas implicaron que Hitler tuviera que volver a arbitrar en un montón de nuevas disputas. Bormann batalló con Himmler por el control del *Volkssturm* , Speer por el reclutamiento de trabajadores para la industria armamentística y Ley por la construcción de fortificaciones. [136] Rosenberg continuó en su constante declive. [137] En cada uno de los casos –ya se tratara del *Volkssturm* o del establecimiento de un *Generalkommissar* para Occidente– [138] Hitler siguió tomando las decisiones importantes, aunque a veces admitiera que, lógicamente, no podía tomarse la decisión correcta por razones de falta de personal. El aparente vencedor de estas batallas fue Bormann, que continuó su

vertiginoso ascenso en la antecámara del poder que rodeaba a Hitler. En términos políticos, sin embargo, la verdadera estrella ascendente fue Karl Dönitz, en cuyos consejos Hitler empezó a confiar cada vez más, y cuya posición se había ido reforzando exponencialmente a lo largo del año. 139 Esto era en parte consecuencia del hecho de que una vez que la ofensiva de los misiles fue apagándose, los tan esperados nuevos submarinos representaban la única esperanza verosímil de Hitler para asestar un fuerte golpe a los americanos. También se debió a que Hitler percibía a Dönitz como un verdadero nacionalsocialista, cuya Kriegsmarine –a diferencia de la flota imperial durante la Primera Guerra Mundial– estaba imbuida de un incondicional espíritu de lucha.

Por otra parte, pese a todo el estrés de la jefatura militar y política, Hitler seguía en plenas facultades mentales y con unas condiciones físicas suficientes para gobernar con firmeza. Obviamente, a menudo se quejaba de su mala salud a sus generales y comentaba el deseo de liberarse, aunque fuera a través de la muerte. 140 El último día del mes de agosto de 1944, Hitler se lamentó de que llevaba cinco años sin ir al teatro, ni a un concierto, ni a ver una película, por culpa de la guerra, y afirmó que su muerte sería para él «personalmente una liberación de sus preocupaciones», sus noches de insomnio y sus «graves problemas nerviosos». En diciembre de 1944, le habló a su médico personal, Theo Morell, de los dolores que le había causado la situación militar y política; curiosamente, era la conspiración de julio, la guerra aérea sobre el Reich y la inminente ofensiva en el oeste lo que le preocupaba por encima de todo, más que el frente oriental. 141 También es cierto que Hitler se vio obligado a emitir una orden por la cual prohibía a los participantes en reuniones entrar en «debates individuales», que podían llevar a distracciones. 142 Esta medida no debería interpretarse como indicativa de que estaba perdiendo el control sobre su audiencia. Simplemente era una respuesta, con retraso, a la inveterada costumbre alemana de entablar largas conversaciones en paralelo y en voz alta, durante las reuniones, delante de los ojos, y de los oídos, del orador principal.

De un modo u otro, a primeros de diciembre de 1944, Hitler había sacado adelante una situación devastadora. A diferencia del otoño de 1943, no había una crisis interna sostenida del régimen. La posición de Hitler no era discutida en general, ni entre la élite ni entre la población, pese a su casi total ausencia pública. El carisma del Führer ya era algo rutinario y la base de su legitimidad revestía un carácter casi tradicional. Algunos de los que habían participado en actividades desleales, como el mariscal de campo Von Kluge, fueron incapaces, incluso a las puertas de la muerte, de

apartarse completamente de su fe. Militarmente, todos los frentes se habían estabilizado, al menos por el momento, en parte debido a que el avance llevado a cabo por los Aliados en el otoño había sido tan rápido que había dejado atrás sus líneas de suministro. 143

El 16 de diciembre de 1944, Hitler lanzó su ofensiva principal en las Ardenas, el mismo terreno boscoso y accidentado en el que había conseguido su gran avance cuatro años atrás. La sorpresa fue total en términos estratégicos y tácticos. Gracias al mal tiempo, en el que confiaban los planificadores alemanes, la aviación de los Aliados fue en principio incapaz de reaccionar con eficacia. Los tanques alemanes lograron penetrar bastante en las líneas americanas, creando una enorme «bolsa» y generando con ello gran consternación en Washington y Londres. Hitler seguía muy de cerca los acontecimientos, interviniendo con frecuencia en el curso de las operaciones. 144 Miles de soldados norteamericanos fueron hechos prisioneros. No obstante, la probabilidad de que Hitler alcanzara su objetivo en Amberes, o de que consiguiera separar a las fuerzas estadounidenses de las británicas era bastante escasa. Incluso en caso de que llegara allí, las puntas de lanza alemanas habrían dependido de una línea de suministro larga y vulnerable. La embestida hacia Amberes fue una parodia mal planeada de la carrera hacia el mar original llevada a cabo en 1940. Esta vez, las formaciones acorazadas de Hitler estuvieron desde el primer momento escasas de combustible y, pese a que sus hombres capturaron muchos vehículos americanos, solo unos pocos de ellos eran capaces de conducirlos, un patético reflejo del continuado atraso comparativo que arrastraba el Tercer Reich. La falta de camiones obligó a Hitler a recurrir para su movilidad a 50.000 caballos, otro ejemplo de la brecha tecnológica que le separaba de los angloamericanos. 145

Pronto, la ofensiva quedó estancada. Los americanos opusieron una feroz resistencia en Bastogne. Cuando el cielo se despejó de nubes, la aviación aliada no tardó en hacer estragos en las columnas alemanas. Los soldados de Hitler, que habían sido enseñados a saludarse con el «saludo alemán», bromeaban con que más les valdría usar la «mirada alemana», en busca de aviones enemigos. La escasez de combustible hizo que las puntas de lanza de los panzer quedaran reducidas a rebuscar petróleo en el desolado paisaje. Los alemanes jamás llegaron al Meuse, y no digamos a Amberes. A finales de diciembre de 1944, Hitler cambió la dirección del foco para ponerlo en el norte de Alsacia, en la Operación Nordwind. 146 El Führer expresó su determinación de «aplastar [a los americanos] uno a uno,

exterminarlos división a división». [147] Una vez más, su motivación era fundamentalmente política. Hitler les dijo a sus generales que esperaba mostrar a los americanos «arios» la inutilidad de continuar la guerra. «Dentro del país, las críticas [a la guerra]», [148] afirmó, «son enormes». No sirvió de nada. La ofensiva en Alsacia también encalló. Ya a comienzos del nuevo año estaba claro que toda la estrategia occidental de Hitler había fracasado. [149]

El Führer no tenía ninguna duda de cuál había sido la causa de su derrota en las Ardenas. Era la misma aplastante superioridad aliada lo que le estaba costando la guerra en general. Por ello, explicó a sus generales, Alemania no podía permanecer a la defensiva. Cada día que pasaba, continuó diciendo Hitler, especialmente cuando volvieran a tener los puertos franceses y belgas operativos, el «despliegue de material» por parte de los Aliados occidentales iría en aumento. Esto les permitiría ejercer su superioridad en cuanto a «munición y equipos» e implementar una «táctica que ya vimos en Amberes», conforme a la cual los carros de combate «reducirían a pedazos cada búnker» y a continuación llegaría la ocupación de los terrenos completamente devastados por fuerzas de infantería relativamente pequeñas. «Las pérdidas humanas», continuó diciendo, «no serán tan grandes para ellos como con el tiempo lo acabarán siendo para nosotros». Entretanto, los angloamericanos «demolerán a paso lento pero seguro todas nuestras conexiones ferroviarias» e irán privando a la Wehrmacht de cada vez más «capacidad de transporte». Los «efectos sobre el frente», predijo, se reflejarán en «una reducción del suministro de municiones, combustible, armas, equipos, vehículos a motor, etcétera». [150] Un manual este que para entonces tanto él como la Wehrmacht ya se sabían de memoria.

A mediados de enero de 1945, Hitler dejó Adlerhorst y regresó a Berlín. No se instaló, como estaba inicialmente previsto, en el cuartel general de Zossen. Hitler temía que aquel complejo de barracones fuera demasiado vulnerable ante un ataque aéreo de los Aliados. En su lugar, Hitler volvió a residir en la Wilhelmstrasse, en el centro de Berlín, donde pasó la mayor parte del resto de la guerra. Su posición era mucho peor en ese momento que a finales del verano anterior. Militarmente, gran parte del conflicto ya se estaba librando en territorio alemán. Económicamente, los bombardeos de los Aliados y la pérdida de materias primas y fábricas en el antiguo imperio nazi habían generado una situación desesperada. A principios de enero de 1945, Speer dio a Hitler un informe detallado con gráficos y tablas sobre el desastroso estado del sistema de transporte, que estaba funcionando al 50 % de su capacidad, con graves consecuencias para la

industria armamentística. Al poco tiempo, advirtió a Hitler de que la producción de municiones había disminuido tan catastróficamente que no podía prometer seguir abasteciendo a los numerosos frentes. [151] Políticamente, el Führer estaba completamente aislado. Cada vez más y más países se iban uniendo a la coalición aliada, en su contra. Los aliados de Hitler, en cambio, –como volvió a afirmar en su discurso de Año Nuevo– [152] habían dejado al Reich en la estacada. Por esta razón, nunca más volvería a ver a su traductor, Paul Schmidt. [153] Ya no quedaba nadie a quien mentir, excepto los propios alemanes, y ellos no necesitaban traducción.

Pese a estos reveses, las líneas principales de la estrategia de Hitler seguían siendo las mismas. Todavía tenía esperanzas de que las tornas pudieran cambiar militarmente, o al menos de poder forzar una paz negociada si mantenía una defensa tenaz. Insistió en la construcción de extensas fortificaciones, al menos en el oeste; [154] el *Ostwall* básicamente solo continuó manteniéndose sobre el papel y la denominación de más de una docena de ciudades como «fortalezas» era meramente simbólica. En ambos casos, Hitler se negó en general a permitir dar pasos atrás. Esto no se debió a que le faltara imaginación para organizar una defensa flexible, sino a que no se llamaba a engaño sobre la superioridad del equipamiento de los Aliados. Una vez salieran de la relativa seguridad de sus búnkeres, Hitler temía que los soldados alemanes corrieran peligro de ser capturados en campo abierto y pronto cundiera el desánimo. [155] Hitler también mantenía su fe en las «nuevas armas» que le permitirían asestar un golpe devastador contra los Aliados occidentales. A primeros de enero de 1945, reiteró su convicción de que el ME 262 debía ser utilizado como bombardero, además de como caza contra las flotas aéreas angloamericanas. Estos movimientos se vieron acompañados de las medidas habituales, que en aquel momento consistían fundamentalmente en exhortaciones en pos de un aumento de la movilización humana. [156] Hasta aquí, nada nuevo.

Sin embargo, la retórica de Hitler introdujo un nuevo matiz que reflejaba un cambio fundamental en su estrategia. Todavía tenía un plan concreto para la victoria, pero era consciente de que la derrota era entonces más probable. [157] De hecho, Hitler siempre pensó que el éxito era dudoso, pero que, si no se intentaba, lo que era seguro era el fracaso. Hasta el momento había estado convencido de que la derrota podía servir de estímulo para la renovación nacional. Hitler había citado a menudo las reflexiones de Clausewitz sobre este tema. A fin de sobrevivir, sin embargo, una nación tenía que perseverar, a través del heroísmo y el

sacrificio, en una lucha que dentro de sí albergaba las semillas de su renacimiento. En cambio, un pueblo deshonrado jamás volvería a levantarse de nuevo. Hitler estaba por tanto decidido a «coreografiar» su propia derrota. 158 Esto marcó un momento decisivo en su visión temporal. Él había comenzado como un mero vocero, convencido de que su misión era preparar el camino para el mesías. Luego se convirtió en el Führer, y cada vez fue estando más convencido de que no podía limitarse a hacerse con el poder en Alemania, sino que debía desarrollar su programa a lo largo de su vida. Ahora volvía al marco inicial, en el que el final ejemplar del Tercer Reich, y su propia muerte, servirían de inspiración para la renovación del pueblo alemán. A medida que el tiempo de Hitler en este mundo se acortaba, el tiempo racial volvía a expandirse una vez más.

El desafío de Hitler en los últimos meses del Tercer Reich no debería por tanto entenderse como mero nihilismo o un deseo narcisista de hacer que su propia pira funeraria llegara más alto, en una especie de Götterdämmerung u ocaso de los dioses wagneriano. Hitler despreciaba la pose del «macho» y nunca dio muestras de desear la muerte ni de adoptar una bravuconería absurda frente al peligro. Esto quedó claramente demostrado en una conversación en cierto modo cómica que mantuvo con sus jefes militares en enero de 1945. Cuando Hermann Fegelein alabó al general de las SS Paul Hausser como el hombre que dijo que «el mayor servicio que puede prestar es morir en primera línea del frente ante el enemigo», Hitler reaccionó con brusquedad. «Yo no quiero eso para nada», respondió, «eso no tiene ningún sentido». Fegelein replicó que Hausser tenía por costumbre caminar bien erguido a través del fuego de artillería y reconvenir a sus ayudantes por ponerse a cubierto y «ser tan sensibles». A Hitler esto tampoco le pareció bien. «Yo también me pondría a cubierto [en esa situación]», respondió. «Solo he conocido a un general [en la Primera Guerra Mundial] que no se ponía a cubierto», añadió Hitler, «pero era sordo y no podía oír [el fuego de artillería]». 159 Hitler, en otras palabras, no estaba interesado en las muertes heroicas en sí, sino en la eficacia militar o política.

A lo largo de enero de 1945, comenzó a caer de verdad la tormenta sobre Alemania. En el oeste se produjo un breve respiro inmediatamente después de que los americanos sacaran a la Wehrmacht y a las SS de las Ardenas a mediados de mes. En el aire, en cambio, no hubo descanso. El día de Año Nuevo quedó especialmente señalado con bombardeos masivos sobre instalaciones industriales, aeródromos y la red de transporte. 160 La noche

siguiente llegó con ingentes ataques de la RAF sobre Ludwigshafen y Núremberg en los que murieron cerca de 1.800 personas. Un día después, las USAAF golpearon las instalaciones de Aschaffenburg, en la Alemania occidental. Luego la RAF cayó con fuerza sobre Hannover, y de nuevo en Múnich. Las USAAF bombardearon también Rastatt y Hamm, donde se encontraban las instalaciones ferroviarias de mayor tamaño del Reich. La Luftwaffe cada vez era menos capaz de intervenir, pese a lo que decían sus cifras en cuanto a personal y máquinas. Hitler estaba furioso ante lo que para entonces se había convertido ya en un safari aéreo por parte de los Aliados. «El enemigo no tiene ni una baja», explotó ante sus generales el 10 de enero, «¡para él es como un paseo militar, a pleno sol!». En poco tiempo, continuó diciendo Hitler con amargura, «no necesitará ya ni cazas». Los interceptores de la Luftwaffe se veían rodeados de un enjambre de escoltas de los Aliados antes de tener siquiera ocasión de acercarse a los bombarderos. «Esto es la caza del conejo», se lamentó. 161

El 12 de enero, el Ejército Rojo atacó Baranow, un día después la Prusia Oriental, y al siguiente lanzó una enorme ofensiva sobre el Vístula. 162 En 24 horas habían establecido una cabeza de puente junto al río al norte de Varsovia; el OKW informó de una «profunda» brecha. 163 Poco después, la Wehrmacht evacuó Varsovia, y al día siguiente Cracovia, sede del Gobierno General de Hans Frank. Hitler trató de apuntalar la línea poniendo a Himmler a cargo de un nuevo Heeresgruppe Weichsel, o Grupo de Ejércitos del Vístula. Definió esta tarea como «organizar la defensa nacional tras toda la línea del frente del este». 164 El principal propósito era probablemente motivacional y narrativo: fortalecer las filas ideológicamente y situar a las SS en el núcleo del esfuerzo de resistencia final con la vista puesta en la posteridad. Militarmente, la decisión daba igual. El Ejército Rojo ya estaba penetrando a lo largo de todo el frente. El 22 de enero llegó al Oder, al norte y al sur de Breslavia. Bromberg cayó el 23 de enero, y Posen fue rodeado el 27 de enero. Ese mismo día, las tropas soviéticas liberaron Auschwitz; la mayor parte de los campos de exterminio ya habían sido abandonados. A finales de enero, los rusos habían capturado las ruinas de la Guarida del Lobo, el por largo tiempo cuartel general de Hitler en Rastenburg. Hitler, que había dejado desnudo el frente del este para apoyar la ofensiva en las Ardenas, se veía impotente para impedir la derrota.

La avalancha rusa no constituyó solo un desastre militar, sino una pesadilla política. La evacuación de la población civil, que Hitler llevaba tratando de evitar desde el otoño del año anterior, no pudo aplazarse más. El 23 de enero de 1945 comenzaron las evacuaciones en masa desde Prusia

Oriental, aparentemente sin que mediara ninguna orden directa del Führer. De hecho, Hitler insistió en que siguiera dándose prioridad a la continuación de la contienda y las necesidades de la economía de guerra. Mientras Dönitz estaba organizando los barcos para trasladar a los refugiados de Prusia Oriental, el Führer le dijo que «las reservas de carbón restantes deben guardarse para fines militares y no pueden utilizarse para la evacuación de refugiados». Cuando Memel fue abandonada, la principal preocupación de Hitler fue la eliminación del «equipamiento pesado» y la destrucción de las instalaciones portuarias más que el rescate de la población civil. 165 Una semana más tarde, Hitler dio instrucciones para que los refugiados fueran trasvasados a Dinamarca a fin de facilitar la situación en el Reich, pero volvió a subrayar que esto solo debía hacerse «siempre que no afectara al transporte de tropas y suministros». 166

En lugar de ello, Hitler se dedicó a dar al avance ruso –y los relatos de asesinatos y violaciones asociados a él, muchos de ellos ciertos– un uso propagandístico. En su última alocución por radio, dada con ocasión del décimo segundo aniversario de la toma del poder el 30 de enero de 1933, Hitler prometió domeñar el «terrible destino que se está sufriendo en el este», con «el exterminio de personas por docenas y centenares de miles», tanto en las ciudades como en el campo. 167 El espectro de la aniquilación, que hacía tiempo se temía que se produjera desde el aire, podía verse ya también en tierra. Imploró a los alemanes que confiaran en sus propias fuerzas para repeler a las hordas bolcheviques y que su salvación no dependiera del oeste, porque este iba a caer víctima del virus judeo-comunista. En un fragmento de su discurso en que quedaba clara su inveterada creencia en la relación manipuladora existente entre la plutocracia y el régimen soviético, Hitler afirmó que el oeste era en ese momento «incapaz de desterrar los demonios que ellos mismos han invocado desde las estepas de Asia». Dicho esto, la sensación de que la amenaza rusa había pasado a ocupar, por primera vez en casi dos años, uno de los primeros puestos en la agenda de Hitler, era ya palpable. En adelante, Hitler prestó más atención al frente del este. «El Führer ha ordenado», registraba el diario de guerra del OKW el 29 de enero de 1945, «en vista de la situación en el este, pasar a la defensiva en el oeste». 168 Las fuerzas acorazadas fueron transferidas al este. 169

Entre finales de enero y primeros de febrero, enfrentado a dificultades abrumadoras en todos los frentes, Hitler se vio obligado a reconocer el fracaso de su proyecto de movilización. Pese a las presiones de la guerra, fue incapaz de superar la profundamente arraigada resistencia de la sociedad alemana a continuar con la guerra total. Esto quedó claro durante

una interminable y cada vez más extravagante conversación que mantuvo con algunos generales el 27 de enero, cuando Hitler trató de persuadirles de que los oficiales de una cierta edad, que ya no fueran capaces de desempeñar las obligaciones asociadas con su rango actual o anterior, fueran reclutados para cumplir funciones de menor categoría. Esta idea se topó con una furiosa resistencia por parte de los generales, que insistían en que a ningún hombre se le podía exigir servir por debajo de otro que ostentara un rango inferior al que el primero tenía en el momento de su retiro. Esto conculcaba su sentido del honor profesional. El Führer señaló lo absurdo de la situación. «Al mismo tiempo que estoy convocando el *Volkssturm* y reclutando Dios sabe qué tipo de personas para la Wehrmacht sin tener en cuenta la cuestión de la edad», dijo, «estoy enviando a personas perfectamente aptas, que son soldados de verdad, a casa a ocupar puestos superfluos en la burocracia». 170 Aunque la lógica de Hitler era impecable, no sirvió de nada. Después de los doce años de existencia del Tercer Reich, que tanto habían transformado Alemania y Europa, todo este episodio venía a demostrar lo poco que Hitler había conseguido cambiar a los propios alemanes.

El verdadero problema, no obstante, no eran los hombres, sino el material. A principios de 1945, Alemania estaba llena de varones adultos, extranjeros y locales. La Luftwaffe, por ejemplo, estaba formada por dos millones de hombres, de los cuales cientos de miles no desempeñaban ya funciones importantes. 171 Pero Hitler no tenía suficientes armas que darles. La economía de guerra, ya entonces en un estado crítico, quedó todavía más maltrecha con la toma del área industrial de la Alta Silesia por parte del Ejército Rojo. Hitler también lamentaba la falta de níquel y estaba preocupado por el efecto del «declive de los materiales» en la producción de aviones a reacción. «Lo peor que podría pasarnos», no obstante, era «la destrucción del sistema de transporte alemán». «Tenemos suficiente carbón», explicó, «las minas producen tanta cantidad que no podemos sacarlo todo». De hecho, continuó diciendo, «tenemos más de 80.000 vagonetas [de carbón] más, pero no podemos transportarlo». El 30 de enero de 1945, Speer, por lo general optimista, mandó a Hitler un memorándum advirtiéndole de que, sin la Alta Silesia, la producción se iría al garete.

Hitler reaccionó al día siguiente pidiendo un «Plan de Emergencia» para producir más armas. Esto fue declarado como una «tarea más importante ahora mismo» que «el reclutamiento [de esos trabajadores] para la Wehrmacht, el *Volkssturm* u otros propósitos». 172 No sirvió de nada. Los cada vez más deteriorados niveles de provisión de equipamientos equivalían prácticamente a la «desmotorización» de la Wehrmacht. El OKH

admitió, a primeros de febrero de 1945, que «el desempeño activo de operaciones ya no es posible». 173 Incluso donde sí había vehículos disponibles, a menudo no había suficiente combustible para conducirlos, porque Hitler emitió instrucciones estrictas de que el combustible solo podía suministrarse a la artillería y a los panzer. 174 En un intento que cabría describir como desesperado, Hitler exigió la creación de unidades ciclistas, dirigidas por tenientes, con «armas capaces de hacer volar tanques» (probablemente bazukas), para atacar las formaciones acorazadas enemigas. 175 Todo esto fue resultado de la destrucción sistemática de la economía de guerra y el sistema de transporte nazi a manos de las flotas aéreas angloamericanas, que entonces bombardeaban constantemente el Reich hasta dejarlo como a principios del siglo XIX . Realmente no hacía falta Morgenthau para desindustrializar Alemania; los ingenieros suevo-americanos ya lo estaban haciendo.

Pese al cambio del centro de gravedad militar hacia el frente del este, la estrategia global de Hitler no había cambiado. Él todavía seguía esperando que los angloamericanos se hartaran de la lucha y la coalición enemiga se dividiera. 176 Para poder aprovechar esta circunstancia, Hitler necesitaba garantizar la supervivencia del Reich y mantener su capacidad de ataque contra los angloamericanos. A este fin, sus disposiciones militares no estaban guiadas por las clásicas consideraciones estratégicas, sino económicas. «La guerra moderna», le dijo a Dönitz el 5 de febrero de 1945, «era principalmente una guerra económica cuyas necesidades deben ser prioritarias». 177 Hitler estableció como prioridades en el frente del este, no el Vístula ni la Prusia Oriental, donde la amenaza soviética era mayor, sino, en primer lugar, la cuenca industrial de Viena y los campos petrolíferos húngaros (que en aquel momento abastecían el 80 % de las necesidades de Alemania) y, en segundo lugar, el área industrial de la Alta Silesia y la Bahía de Danzig, esta última vital para la guerra submarina. 178 Rechazó la oferta de Dönitz de enviar 1.500 oficiales de marina de Gdynia a combatir en Danzig como infantería porque eran especialistas irreemplazables. 179 En Kurland siguió manteniendo un importante contingente –más de 630 tanques a mediados de febrero de 1945, pese a las retiradas– por la misma razón. 180 También quedaban todavía unos 400.000 hombres en Noruega para proteger el mineral de hierro y dar apoyo a la campaña submarina.

El nuevo elemento que hizo aparición en febrero de 1945 fue la diplomacia. Pese a las esperanzas y estratagemas de Hitler, la unión de las tres potencias que formaban Roosevelt, Churchill y Stalin quedó reafirmada en la Conferencia de Yalta, celebrada entre el 4 y el 12 de febrero de 1945. Ya sea como reacción a esto, o siguiendo alguna otra lógica, Hitler

finalmente autorizó, o al menos toleró las negociaciones para una paz separada. El 6 de febrero, fue informado por el comandante supremo de las SS en Italia, el *SS -Obergruppenführer* Karl Wolff, de la existencia de aparentes acercamientos por parte de los Aliados en este escenario bélico, a través de Suiza y de la Iglesia católica. 181 Parece que Hitler recibió la información sin hacer comentarios. El 19 de febrero, Himmler inició un diálogo con el conde Bernadotte sobre una posible paz separada con los Aliados occidentales, se supone que sin conocimiento de Hitler. 182 Sin embargo, en torno a la misma época, el Führer sí dio su visto bueno, aunque a regañadientes, a las propuestas de Ribbentrop a las potencias occidentales, de las que se encargaría el diplomático Fritz Hesse en Estocolmo.

Las instrucciones para Hesse llevaban la impronta de Hitler, mucho más que la de Ribbentrop. Estas hacían hincapié en la fuerza «biológica» de unos doscientos millones de rusos, que estaba a punto de ser aumentada con alrededor de otros cien millones de eslavos, principalmente eslavos del este de Europa. En este contexto, se les dijo a los Aliados occidentales que no podían permitirse el lujo de perder a los alemanes, que eran el «único contrapeso a la inmensa masa bolchevique de eslavos del este». 183 La persistencia en el «Plan Morgenthau», proseguía el argumento, simplemente serviría para que le hiciera el trabajo a Stalin en Alemania. El dictador soviético podría también apoyarse en los «20 millones de bombardeados», personas desesperadas que entonces estaban abriendo los brazos al comunismo. El principal destinatario del documento era Gran Bretaña. Esta debía, en «su propio y más puro interés», establecer un frente en Alemania contra la Unión Soviética al día siguiente de la «posible» derrota del Tercer Reich, especialmente teniendo en cuenta que Estados Unidos probablemente caería de nuevo en el «aislacionismo». Londres tendría por tanto que abandonar «la vieja idea británica de buscar un equilibrio dentro de Europa», y aceptar que «seguir debilitando a Alemania a través de la fuerza aérea angloamericana y el avance de británicos y estadounidenses a largo plazo solo conduciría a la autodestrucción para el lado británico». El argumento no era distinto a los que Hitler llevaba utilizando ya una década, salvo porque en este momento amenazaba a Londres, no con la fuerza alemana, sino con el fantasma de un completo derrumbe alemán. La tapadera de Hesse pronto quedó al descubierto, los Aliados no mostraron ningún interés y el plan de Hitler no llegó a nada.

En lugar de negociar, los Aliados volvieron a la carga. El frente del este se derrumbó bajo los repetidos ataques soviéticos. El tan cacareado *Ostwall* cedió a los pocos días; en febrero de 1945, la Wehrmacht se vio forzada a

admitir con sonrojo que todo el esfuerzo había sido en vano. 184 El 11 de febrero, los últimos defensores de la Colina Buda de Budapest se rindieron tras seis semanas de asedio. Cuatro días más tarde, Breslavia fue rodeada; los suministros tuvieron que hacerse llegar desde el aire. En Prusia Oriental, el Ejército Rojo puso a la Wehrmacht todavía más contra las cuerdas en la costa del Báltico, a medida que la ofensiva principal avanzaba hacia el oeste. Hitler no se dio por vencido, decidido a mantener todo el territorio posible de la provincia, especialmente Königsberg. 185

A primeros de febrero los canadienses avanzaron a través del Reichswald hasta cerca de Kleve, donde tuvo lugar una encarnizada lucha que Hitler siguió de cerca, hasta que la ciudad quedó completamente destruida. 186 Hacia finales de mes, sus puntas de lanza se encontraron con los americanos en Geldern. Los americanos también iban avanzando por el Palatinado, adentrándose en la Alemania occidental. Hitler instó a los defensores a mostrar la misma «fanática resistencia que los americanos habían mostrado para defender Bastogne». 187 En el aire, la presión de los Aliados era incesante. El 3 de febrero, las USAAF lanzaron un ataque a gran escala sobre Berlín en el que murió el presidente del Tribunal del Pueblo, Roland Freisler. Los bombarderos también causaron grandes daños en el distrito gubernamental, incluida la Cancillería Imperial y la propia vivienda de Hitler. La noche del 13 al 14 de febrero de 1945 llegó el golpe más terrible de todos. Un masivo ataque angloamericano sobre Dresde dejó devastada una de las ciudades más bellas de Europa y mató a unos 35.000 civiles. Hitler resultó especialmente afectado por esta debacle. En los días inmediatamente posteriores se planteó seriamente fusilar a un prisionero británico o estadounidense por cada civil muerto en Dresde. 188 También debatió sobre la posibilidad de renegar de la Convención de Ginebra en lo tocante a los angloamericanos (Stalin no figuraba entre los signatarios). 189 Solo tras escuchar las enérgicas objeciones de Ribbentrop y los jefes de la Wehrmacht desistió de la idea. Su percepción de que los Aliados occidentales estaban librando una guerra de aniquilación contra el pueblo alemán seguía siendo muy clara. 190

La tensión bajo la que Hitler se encontraba se hizo patente el 24 de febrero de 1945, cuando se apresuró a convocar a sus *gauleiter* a una reunión. Estos se quedaron impresionados por su aspecto, especialmente por el hecho de que no solo sus manos, sino todo su cuerpo estaba temblando. El mensaje de Hitler era escueto y reflejaba su estrategia narrativa. «Si el pueblo alemán se rinde», advirtió, «quedaría demostrada su carencia de valor moral, y en tal caso merecería la destrucción. Y este sería el correcto veredicto que recibiría de la historia y la Providencia».

Hitler entonces anunció que permanecería a la defensiva en el oeste y contraatacaría en el este. También prometió nuevos submarinos y cazas a reacción, pero sin concretar nada. Hacia el final de la sesión, Hitler «predijo que, si Alemania se mantenía firme durante esta crisis, llegaría el día» en que los Aliados acabarían divididos a causa de «graves conflictos» entre ellos. El discurso de noventa minutos de Hitler generó una gran decepción entre los asistentes, que habían esperado recibir información concreta sobre el despliegue de nuevas armas. «Por primera vez», recordaba el *gauleiter* de Suabia, Karl Wahl, «no causó una impresión convincente en su auditorio» al no recibir la «sensacional noticia que todos esperaban». 191

Ese mismo día, durante una reunión en Múnich, Hermann Esser leyó un comunicado de Hitler en celebración de la confección del programa del NSDAP . Hitler volvía a repetir aquí el mensaje transmitido a los *gauleiter* sobre la «alianza antinatural entre el capitalismo explotador y el bolchevismo destructor», aunque, de hecho, durante la mayor parte de su trayectoria él había venido afirmando que esta alianza era cualquier cosa menos antinatural.

Hitler volvía a reiterar los peligros que representaba el avance del Ejército Rojo para las mujeres y los niños alemanes, pero refiriéndose a la «destrucción judío-bolchevique de los pueblos y sus proxenetas de Europa occidental [en alusión a los británicos] y Estados Unidos», una formulación que sugiere que Hitler seguía considerando a la Unión Soviética básicamente como un instrumento de los angloamericanos. El Führer también destacó el ejemplo de Federico el Grande, aunque más como el hombre que había hecho posible el Segundo Reich que como el gran superviviente de la guerra de los Siete Años. «Cuando el más grande de todos los reyes de nuestra historia, Federico II, corría el riesgo de ser derrotado en su guerra de siete años contra una coalición mundial [*sic*]», afirmaba Hitler, «solamente gracias a su alma heroica, el germen y el núcleo de un futuro Reich salió finalmente victorioso». 192 Una vez más, la estrategia narrativa estaba clara: el llamamiento a resistir era condición previa no solo para la victoria, sino para el renacimiento.

Pese a la extendida preocupación por la situación militar, la autoridad de Hitler siguió sin ser cuestionada entre la jefatura nazi, la Wehrmacht y la población en general. Durante una comida con sus *gauleiter* celebrada tras la reunión del 24 de febrero, Hitler volvió a dominar la estancia y a levantar el ánimo de muchos con sus ideas de dividir a la coalición aliada. 193 Todos seguían aceptando su mediación en sus disputas, como el resto de la jerarquía nazi. El Führer se puso del lado de Goebbels contra Speer sobre el tema del reclutamiento de trabajadores de la industria armamentística y con

Speer contra Bormann sobre el mismo tema, referido en concreto al *Volkssturm.* 194 Pese al constante desmoronamiento del «mito de Hitler» en general, a medida que la situación militar se deterioraba, 195 la lealtad al Führer continuaba inspirando a una gran parte de las tropas. 196 Nada apuntaba por tanto a que pudiera ser derrocado, ni a manos de una revuelta palaciega ni de una revolución popular.

En marzo de 1945, Hitler hizo uno de sus últimos intentos por cambiar la dinámica estratégica. Lanzó dos ofensivas en el frente del este, ambas motivadas por planteamientos económicos más que puramente militares. A primeros de marzo, la Wehrmacht contraatacó en Lauban, en la Baja Silesia, como parte de una operación destinada a recuperar su vital área industrial. En torno a la misma época, se organizó un avance aún mayor, y largo de preparar, 197 en Hungría, con vistas a proteger las últimas reservas de petróleo que le quedaban a Alemania en torno al lago Balatón. La noche del 3 de marzo de 1945, la Luftwaffe llevó a cabo sus primeros bombardeos sobre Gran Bretaña en mucho tiempo, golpeando sobre objetivos de la región central, el norte y también el este de Inglaterra. El lanzamiento de misiles V2 contra Gran Bretaña continuó, lanzándose el último de ellos el 27 de marzo de 1945. Ese mismo día, el entonces ya innecesario comandante del programa de misiles, Hans Kammler, fue nombrado «plenipotenciario general de aviones a reacción» con todos los poderes necesarios para desarrollar y fabricar este tipo de aviones. 198 Por encima de todo, Hitler seguía depositando su fe en los nuevos submarinos y en la guerra submarina más en general, sobre cuyo progreso estuvo siendo informado por la marina durante todo el mes. Según Dönitz, los dos primeros barcos tipo XXIII habían obtenido buenos resultados en las operaciones y su fabricación en masa podría comenzar pronto. El primer modelo XXI, aseguró, empezaría a patrullar en unos pocos días. 199

Pese a la desesperada situación militar, Hitler continuó renuente a emplear otros recursos humanos, aunque por razones muy distintas. Llevaba mucho tiempo preguntándose cómo sacar un mejor partido a los diversos desechos, potencialmente partidarios del Eje, que habían acabado recalando en Alemania bien como prisioneros de guerra o como refugiados. «Uno no sabe», comentó con sus generales a finales de marzo de 1945, «qué más puede estar rondando por aquí», añadiendo que «acabo de enterarme, para mi asombro, de la repentina aparición de una división ucraniana de las SS ». El Führer profesaba un desprecio particular a los indios de Bose. «La Legión India», declaró, «es de chiste». «Hay indios que no pueden matar ni a un piojo y que más valdría que se dejaran comer». «Esos no van a matar a ningún británico», predijo. Hitler

argumentaba que dado lo mal que lo habían hecho los indios desplegados por los japoneses en Birmania, y eso que al fin y al cabo luchaban para liberar su propia patria –«salieron huyendo como ovejas asustadas»–, era bastante improbable que lo hicieran mejor en Europa. Sería más sensato, concluyó, ponerles a hacer molinillos de oración. 200

Estas discusiones eran, en todo caso, algo académicas. A lo largo de marzo de 1945, la coalición enemiga aumentó aún más la presión sobre Alemania. Los Aliados occidentales, que habían ido avanzando lentamente en enero y febrero, hicieron logros espectaculares. El 7 de marzo, los americanos tomaron Colonia, y más importante aún, se hicieron con el puente de Remagen sobre el Rin intacto, permitiendo que un torrente de hombres y de tanques lo cruzaran. Más al norte, Hitler esperaba en vano poder aferrarse a una cabeza de puente cerca de Duisburg que permitiera el transporte de carbón del Ruhr a través del canal de Dortmund-Ems. 201 Los británicos –una vez más, observados muy de cerca por Hitler– 202 se prepararon para montar un ataque aerotransportado y anfibio masivo al otro lado del Rin. Churchill llegó a Venlo el 25 de marzo para ver cómo los «anglosajones» –el 2º Ejército británico, el 1º canadiense y el 9º de Estados Unidos– cruzaban la última gran barrera natural para entrar en Alemania occidental. Un día después, los americanos tomaron Darmstadt. Pese a todos los llamamientos de Hitler, la resistencia en el oeste se estaba derrumbando rápidamente. Todo el flanco izquierdo del Rin estaba ya en manos aliadas, los cruces de los ríos eran seguros y el camino hacia Berlín quedaba abierto para ochenta y cinco divisiones aliadas. Marzo de 1945 también fue el mes en el que tuvo lugar el bombardeo más intenso de toda la guerra, tanto sobre objetivos industriales como civiles. 203

Hitler se veía impotente para hacer nada ante la sucesión de golpes angloamericanos, por tierra y por aire. Reorganizó a los jefes militares en el oeste, sustituyendo a Rundstedt (por «razones de edad») por Kesselring, que a su vez fue reemplazado en Italia por el general Von Vietinghoff, 204 pero estas medidas fueron mayormente estratégicas. Hitler estaba satisfecho con el excelente rendimiento del ME 262 contra los bombarderos aliados, 205 pero su número era demasiado escaso para cambiar el rumbo de las cosas. Estaba espantado ante los pésimos resultados del resto de la Luftwaffe, que prácticamente había desparecido de los cielos de Alemania. «Lo que más preocupa de la Luftwaffe», se quejó Hitler a finales de marzo de 1945, «son los llamados datos ausentes de la aviación». 206 Claramente, muchos pilotos estaban haciendo de la prudencia la mejor parte del valor. En cambio, Hitler estaba cada vez más impresionado por la actitud de Dönitz en la Kriegsmarine. A finales de marzo de 1945, ordenó que el

mando sobre las fortalezas del oeste se pusiera en primera instancia en manos de oficiales de la marina porque, así como se habían rendido muchas fortalezas a lo largo de la guerra, ningún barco se había perdido sin luchar hasta el último momento. 207 Este sentimiento se vio reforzado por la creciente confianza de Hitler en la marina como la única rama de la Wehrmacht que podía considerarse capaz de, si no conseguir la victoria, sí asestar un duro golpe a los Aliados occidentales. El alcance de su fe en los nuevos submarinos queda demostrado por el hecho de que asignara a su producción una cantidad de acero equivalente a 5.100 tanques, por no hablar de horas de trabajo y otros costes de oportunidad. 208

En el este, pese a las pérdidas iniciales, el Ejército Rojo no tardó en frenar la contraofensiva alemana en Lauban y en el lago Balatón. A los diez días, los rusos ya habían retomado su avance. El 25 de marzo de 1945, Hitler ordenó la retirada del saliente que rodeaba Sarajevo. Cinco días después, el frente alemán en Hungría se había desmoronado por completo, aunque Hitler se negó a autorizar ningún tipo de retirada. 209 En el sector central, el Ejército Rojo seguía penetrando más y más en Alemania. Hitler continuó insistiendo en que había que mantener la costa báltica –especialmente Danzig, Pillau y Gdynia– y ordenó a la Kriegsmarine reabastecer por mar a los puertos del Báltico. La mayor parte de Pomerania y el resto de Silesia fueron invadidos. Danzig cayó el 30 de marzo de 1945, y con ella, varios astilleros vitales. Königsberg, aunque rodeada, siguió resistiendo. Millones de refugiados tuvieron que trasladarse, tratando desesperadamente de escapar del Ejército Rojo.

Pese a sus espeluznantes advertencias sobre el destino que les aguardaba a manos de las hordas del este, Hitler siguió dando prioridad a los esfuerzos de guerra sobre la evacuación. «Nuestra gravemente reducida capacidad de transporte», decretó a mediados de marzo de 1945, «debe por encima de todo utilizarse eficazmente». «Dada la actual crisis, el orden de prioridad de los transportes», continuaba diciendo Hitler, «debe determinarse solamente en función de su importancia inmediata para el desarrollo de la guerra». Hitler dejó establecido por tanto que, durante las retiradas, debía darse prioridad a las fuerzas operacionales de la Wehrmacht, luego al transporte de carbón, y a continuación al de alimentos. «El transporte de refugiados solamente puede autorizarse en el caso de que una vez completamente satisfechas todas estas necesidades, quede verdaderamente espacio libre disponible». 210 Hitler anunció también que esperaba que las autoridades militares, civiles y del partido actuaran en consecuencia, lo que a su vez dejaba bastante claro que no quería que ellos fueran los primeros en salir huyendo. 211 Era

perfectamente consciente de la penosa situación de los refugiados, muchos de los cuales formaban caravanas en su huida; su decreto del 23 de marzo de 1945 señalaba la «falta de forraje» en el Reich a causa del número de «caballos utilizados para el transporte desde los territorios del este». 212 Hacia el final del mes, Hitler cedió un poco y autorizó la evacuación prioritaria de los heridos y refugiados de Danzig y Gotenhafen sobre la de los equipamientos de Pillau. 213

La consecuencia directa de los avances de los Aliados y los bombardeos angloamericanos de marzo de 1945 fue el colapso definitivo de la economía de guerra alemana. Una vez perdida la Alta Silesia, hasta Speer tiró la toalla. El 15 de marzo de 1945, envió a Hitler una nota en la que advertía que «el colapso definitivo de la economía alemana se preveía con toda probabilidad para dentro de cuatro a ocho semanas», tras las cuales «la guerra ya no podría continuarse militarmente». 214 Pocos días más tarde, en su última Führerkonferenz, Speer advirtió a Hitler del efecto de los ataques de los Aliados sobre la producción, especialmente de acero, que había caído a dos terceras partes del resultado anterior. 215 La pérdida de Danzig dejó fuera de juego a una de las tres instalaciones dedicadas al ensamblaje de submarinos. El Ruhr estaba a punto de caer en manos de los Aliados, y de hecho ya estaba en realidad aislado del resto de Alemania debido a la destrucción de los canales y vías férreas; a finales de marzo de 1945 se le comunicó a Hitler que hacía ocho días que no se recibía carbón de allí. 216 El Führer se veía en ese momento en la extraña situación de contar con muchos hombres pero muy pocas armas; esta era otra de las razones por las que se resistía a armar a ucranianos e indios. 217 También tenía más trabajadores que fábricas en las que pudieran trabajar.

El memorándum de Speer indujo al parecer algo parecido al pánico en Hitler. Tres días después, ordenó la evacuación de la población civil de todos los territorios occidentales amenazados por el avance angloamericano, a pie si era necesario. 218 Esto habría implicado la huida de millones de personas, muchas más que desde la Prusia Oriental, Silesia y Pomerania. En este caso ocurría lo contrario que en el este, donde Hitler hacía todo lo posible para disuadir a la gente de que se marchara. La mayoría de las personas o bien daban la bienvenida al avance angloamericano o simplemente deseaban el final de los bombardeos y el fuego de artillería. Goebbels, por una vez, no estaba de acuerdo con Hitler. «El Führer ha decidido», anotó en marzo de 1945, «que debería continuarse evacuando el oeste, pese a las extraordinarias dificultades que esto lleva asociado». Esto no era para nada práctico, continuaba explicando Goebbels, «dado que la población sencillamente se niega a dejar sus

pueblos y sus ciudades». 219 Habría que usar la fuerza, y eso podía ser contraproducente. La mayoría de la gente se quedó. Unos pocos días después, Speer convenció a Hitler para que no siguiera adelante con su idea.

Al día siguiente de ordenar la evacuación en el oeste, Hitler emitió su célebre Orden Nerón (19 de marzo de 1945), en virtud de la cual exigía que todas «las instalaciones de transporte, comunicaciones, industriales o de abastecimiento» en riesgo de caer en manos del enemigo fueran destruidas. 220 Ya no cabía ninguna esperanza de que pudieran ser recuperadas intactas, porque cualquier instalación sería destrozada por los Aliados antes de retirarse. Esta tarea debía ser desempeñada por las autoridades militares. El decreto de Hitler para la industria revistió un tono nuevo y mucho más desolador, porque en realidad venía a admitir que la guerra estaba perdida. Sus efectos prácticos fueron mínimos. Speer protestó enérgicamente contra la medida, que fue a continuación matizada mediante dos decretos más. El 30 de marzo de 1945, Hitler dictó que «bajo ningún concepto las medidas tomadas deben debilitar [nuestra] propia capacidad de lucha». También admitió que la «producción debía mantenerse [hasta el último minuto posible]», aun a riesgo de perder fábricas intactas ante los «rápidos movimientos del enemigo». Tanto fábricas como otras instalaciones se destruirían solo cuando estuvieran «directamente» amenazadas por el enemigo. Siempre que fuera posible debían «inmovilizarse» con vistas a recobrarlas más adelante, y no destruirlas completamente. 221 Claramente, Hitler se había sobrepuesto a su pánico inicial.

La Orden Nerón puede interpretarse como una evidencia del desencanto de Hitler con el pueblo alemán. Según el relato de Speer, creía que, al haber perdido la guerra, no necesitaba ninguna economía para sostenerle. Esta visión da por hecho que Hitler pasó de su exaltada visión del pueblo alemán a sentir que este le había «fallado». De hecho, el Führer siempre había mostrado una actitud muy ambivalente hacia el *Volk* alemán. Todo su programa, al fin y al cabo, estaba destinado a poner remedio a sus supuestas debilidades. Por otra parte, solo contamos con la palabra de Speer a este respecto. 222 Ni siquiera la propia Orden Nerón, ni ninguna muestra de la correspondencia de Hitler, ni nada que dijera posteriormente sugiere que Hitler hubiera tirado la toalla respecto al pueblo alemán. Sin duda se sentía frustrado e incluso malhumorado, y es muy posible que con Speer se desahogara un poco, pero la intención de su política no era condenatoria ni destructiva, sino admonitoria y regeneradora. Cuanto más heroicamente cayera el pueblo alemán, creía el Führer, más rápida y completamente volvería a levantarse.

Hitler estaba entonces preparándose para el final. En algunos momentos, durante el mes de marzo, los ataques aéreos sobre la capital del Reich se habían hecho tan intensos que las reuniones militares tuvieron que trasladarse bajo tierra permanentemente. 223 El 7 de marzo, pese a la petición de Hitler de que ella se quedara en Berchtesgaden, Eva Braun se reunió con él en Berlín. Los Aliados se acercaban a toda velocidad y el asedio a la ciudad era ya inminente. Hitler tendría que decidir entonces si quedarse en Berlín o trasladarse a una especie de –en gran medida mitológico– «reducto alpino» en el sur. 224 Todavía no se había decidido. Una de las consideraciones que tenía muy presentes era la amenaza de un ataque aéreo aliado. Berchtesgaden estaba muy expuesto y entrañaba un enorme peligro en este sentido. Cuando a finales de marzo le preguntaron si cabría la posibilidad de reducir la pantalla de humo en torno al Obersalzberg, al menos durante su ausencia, a fin de ahorrar recursos, Hitler le recordó a su interlocutor que «ese es uno de los últimos escondites que nos quedan». Un ataque aéreo importante, vaticinó, y «toda la instalación desaparecerá». Por esta razón, parece que Hitler ya se inclinaba más por quedarse en Berlín. Una surrealista conversación que mantuvo a finales de marzo de 1945, durante la cual comentó la cuestión de apagar la iluminación de las calles a ambos lados del «eje este-oeste» a fin de permitir la creación de un pasillo para poder introducir suministros, también apunta a que Hitler no era partidario de abandonar la ciudad. 225

Abril de 1945 resultaría ser el último mes de la vida de Hitler. El mismo día 1, británicos y estadounidenses rodearon al Grupo de Ejércitos B de Model en la Bolsa del Ruhr. 226 Muchos de estos hombres carecían de las armas de fuego más básicas, tal era la falta de material, o como mínimo del transporte necesario para hacerlo llegar al frente, pese a que estaban luchando en el que había sido el núcleo industrial del Reich. Hitler rechazó sin pensarlo dos veces una petición de reabastecimiento aéreo. En el norte de Alemania, los británicos habían llegado al Elba. Hitler, ansioso por evitar que la mitad norte del Reich quedara aislada, insistió en que el río «debía considerarse no como una línea defensiva, sino como una cuerda de salvamento para la zona del norte de Alemania» que debía mantenerse abierta. 227 Solo una semana después, los británicos atacaron el lado este de la península italiana, y cinco días más tarde, los americanos comenzaron su propia ofensiva en la zona occidental. El 14 de abril de 1945, los angloamericanos dividieron la Bolsa del Ruhr en dos. La mitad oriental se rindió el 16 de abril de 1945 y la mitad occidental lo hizo un día más tarde. Un ejército entero, formado por diecinueve divisiones –350.000 hombres– cayó prisionero de los angloamericanos. Esta fue, con diferencia, la

rendición alemana más importante de la guerra. Su comandante, el mariscal de campo Model, se suicidó pocos días más tarde. Las fuerzas aliadas comenzaron entonces a expandirse en todas direcciones. El 19/20 de abril, los americanos tomaron Leipzig. Eisenhower se contuvo, no obstante, de atacar directamente Berlín.

En el aire, el ataque a las infraestructuras y ciudades alemanas continuó, si bien a un ritmo ligeramente más lento que el mes anterior. Llovía sobre mojado. La mayoría de los objetivos ya habían sido atacados muchas veces antes. No obstante, los bombardeos no eran al azar, ni tampoco sádicos, sino que obedecían a una lógica militar o política clara. 228 El 9/10 de abril, la RAF hundió el *Admiral Scheer* en el puerto de Kiel. La tarde siguiente, Dönitz informó a Hitler de que como mínimo veinticuatro submarinos habían sido destruidos en astilleros y puertos desde comienzos del mes, y otros doce habían resultado dañados. 229 Seis días más tarde, la RAF hundió el *Lützow* en Swinemünde. El 10 de abril, la RAF , que ya había lanzado trece ataques sobre Plauen, en Sajonia, remató la destrucción de la desdichada ciudad. Las USAAF volvieron a golpear sobre Dresde el 17 de abril. El 18 de abril de 1945, la RAF lanzó un ataque aéreo masivo sobre la pequeña isla de Heligoland, en el mar del Norte, básicamente con el fin de destruir las instalaciones de submarinos localizadas allí. Esa misma noche, los británicos lanzaron su último ataque sobre Berlín. Hitler seguía estos ataques muy de cerca, sin decir palabra, desde su búnker. Había muy poco que pudiera hacer al respecto. A la desesperada, la Luftwaffe montó la Operación Hombre Lobo sobre el lago Steinhude, consistente en el sacrificio de cazas de asalto lanzados a chocar directamente con los bombarderos aliados. Ese mismo día, los pilotos kamikaze japoneses se lanzaron contra la flota estadounidense cerca de Okinawa.

Entretanto, los rusos iban eliminando progresivamente las bolsas de resistencia alemanas que quedaban en el Báltico, a las que reabastecía la Kriegsmarine, y acercándose cada vez más a Berlín. Hitler reprendió a la Wehrmacht por mostrarse poco dispuesta, a diferencia de los «anglosajones», a luchar de espaldas al mar. 230 El 9 de abril de 1945, Königsberg se rindió. Hitler ordenó condenar *in absentia* a muerte a su comandante, el general Lasch, y también el arresto de los miembros de su familia. Ante la insistencia de Hitler en seguir con su estrategia submarina, la Wehrmacht seguía aferrándose a Kurland, y de hecho permaneció allí hasta el fin de la guerra. Estas divisiones altamente entrenadas, algunas de ellas acorazadas, hacían falta en el frente central, donde se esperaba que se produjera el siguiente ataque soviético. El 9 de abril, el Ejército Rojo ya estaba avanzando hacia el centro de Viena, y la ciudad se rindió cuatro días

después. Hitler se mantenía muy al tanto de todos estos acontecimientos, e intervenía con frecuencia en las decisiones, pero el ambiente de irrealidad era cada vez más perceptible cuando se ponía a hacer inútiles reestructuraciones, a reorganizar unidades inexistentes y a darle vueltas durante horas a las maquetas arquitectónicas de Giesler y Speer.

A mediados de abril de 1945, Hitler todavía seguía confiando contra toda esperanza que podría dividir a la coalición aliada, ya fuera asestando un golpe devastador con su nuevo armamento, aprovechando las contradicciones internas de los Aliados o por obra de cualquier otro milagro. 231 Estaba decidido a mantener su capacidad militar, negándose, por ejemplo, a garantizar que no daría un primer uso a su importante arsenal de armas químicas. 232 El 12 de abril, la noticia de la repentina muerte del presidente Roosevelt le levantó mucho los ánimos. 233 La euforia de Hitler reflejó hasta qué punto llevaba tiempo considerando al presidente americano como el eje de una coalición global en su contra. Por unos momentos, resultó contagiosa. Esa misma noche, Bormann llamó a sus *gauleiter* para decirles que la muerte de Roosevelt era «la mejor noticia que hemos recibido en años» y que había que anunciar a «todos los hombres que el hombre más peligroso de esta guerra está muerto». 234 Tres días después, Wolff se presentó para informar del desarrollo de las negociaciones con los Aliados en el norte de Italia, aunque cabe dudar de que le contara a Hitler toda la verdad sobre hasta dónde habían llegado. 235

La presión física y mental sobre Hitler era por entonces inmensa. Dönitz refiere su «gran tensión espiritual» y su «extraordinario sufrimiento interior». Hitler también mostraba cada vez más tendencias a estallar en cólera contra todo el mundo, en especial contra los jefes de la Wehrmacht. «Aunque en general se mostraba comedido y estoico», declaró Dönitz, «podía alterarse muy fácilmente hasta el punto de explotar en tremendos ataques de furia». Pese a ello, la mayoría de los testimonios coinciden en que Hitler se mantuvo lúcido hasta poco antes del final, y tal vez hasta el final mismo. Kesselring, el comandante del frente occidental, que le vio por última vez el 12 de abril de 1945, comentó su continuado «vigor intelectual», «en llamativa contradicción con su sensación corporal». 236 Dönitz, cuyo último encuentro con Hitler se produjo nueve días más tarde, afirma que «no cabe elucubrar en absoluto sobre ningún tipo de reducción de sus capacidades intelectuales». Hitler, insistió, estaba en plenas facultades mentales y conservaba su asombroso conocimiento técnico. 237

Lejos de cerrar sus ojos a las realidades militares, Hitler se estaba preparando entonces para el inevitable momento en el que el Reich se partiría en dos, ya fuera debido al avance británico por el Elba o cuando las

fuerzas estadounidenses y soviéticas se encontraran al este de Leipzig. 238 El 15 de abril, emitió una instrucción sobre una estructura de mando revisada en la eventualidad de una «interrupción de la conexión terrestre en Alemania central». Hitler dejó abierto qué parte del Reich elegiría él, dejando tan solo claro que, donde fuera, él ostentaría el mando supremo. Si él se quedaba en la mitad sur del Reich, el mando en el norte debía pasar al almirante Dönitz. En caso de que fuera Hitler quien acabara en la mitad norte, el mando de la zona sur del Reich pasaría a Kesselring. «En cuanto al resto», añadió, no habría «ningún cambio» en el «desarrollo unificado de las operaciones, a mi cargo», al menos mientras la situación de las comunicaciones lo permitiera. 239

El 16 de abril, el Ejército Rojo lanzó un ataque masivo en las colinas de Seelow, sobre el río Oder. 240 Ese mismo día, Hitler emitió su última *Tagesbefehl* , dirigida a los «soldados del frente oriental». Era una advertencia sobrecogedora de que «el mortal enemigo judío-bolchevique» planeaba «machacar y exterminar a nuestro pueblo». Si ellos cumplían su deber, prometía, «este último ataque de Asia» sería repelido, a la vez que solucionaría la «brecha» abierta por los enemigos en el oeste». 241 «En este momento, en el que el destino ha hecho desaparecer al mayor criminal de guerra de todos los tiempos [Roosevelt] de la faz de la tierra», concluía, «se decidirá el punto de inflexión de esta guerra». También envió refuerzos, principalmente *Volkssturm* y equipos antitanques de las Juventudes Hitlerianas. 242 Al norte, el Segundo Frente Bielorruso de Rokossovsky avanzaba hacia Mecklenburgo para cubrir la ofensiva de Zhukov sobre Berlín. Al sur, el Frente Ucraniano de Koniev hizo retroceder al Grupo de Ejércitos del Centro de Koniev y puso rumbo al norte, en dirección a la capital. A los pocos días, la Wehrmacht se vio obligada a retroceder hacia Berlín. Hitler confió entonces en que el Gruppe Steiner al norte de Berlín, el 9º Ejército de Busse al sureste y el 12º Ejército de Walther Wenck al suroeste de la capital acudieran en su rescate.

En medio de la confusión, Hitler celebró su cincuenta y seis cumpleaños. El 20 de abril de 1945, prácticamente toda la jefatura política y militar nazi se congregó para felicitar al Führer por última vez. Como es lógico, el ataque aéreo final sobre la ciudad no contribuyó a elevar el ánimo, bastante decaído. 243 Muchos de los presentes instaron a Hitler a dejar la ciudad y marcharse a Berchtesgaden antes de que fuera demasiado tarde. Hitler, al parecer, lo consideró seriamente, porque ese mismo día dio instrucciones a Dönitz de prepararse para la «inmediata» defensa del «norte», lo que indica que él tenía la intención de dirigirse al sur. 244 Esa misma tarde, Hitler fue filmado en el jardín de la cancillería imponiendo

condecoraciones a una delegación de las Juventudes Hitlerianas que se habían distinguido en combate contra los rusos; son las últimas imágenes rodadas de Hitler que se conocen. La mano le temblaba visiblemente. Al día siguiente, Hitler se despertó con el fuego de artillería ruso; los primeros proyectiles de artillería de largo alcance soviéticos cayeron sobre la ciudad. Zhukov avanzaba mucho más deprisa de lo esperado. Debido al enorme contingente de fuerzas que seguían aún desplegadas en Kurland, Escandinavia y otros lugares, Hitler no contaba más que con unos 100.000 hombres para defender la capital, muchos menos que en el Báltico, la mayoría de ellos de dudosa valía. El 22 de abril de 1945, Hitler volvió a despertarse con el sonido de la artillería rusa, 245 entonces todavía más cerca. Ese mismo día, una ofensiva de ayuda comandada por Steiner, en la que Hitler había depositado todas sus esperanzas, no llegó a materializarse. Hitler reaccionó con un estallido de furia ante un reducido número de generales que ha pasado a la historia. Sus contemporáneos refieren que parecía presa de un «ataque de nervios».

Aquel mismo día, Hitler se recompuso y anunció su decisión de quedarse en Berlín. Su motivación para hacerlo estaba clara. Hitler había renunciado ya a cualquier esperanza de ganar la guerra o de alcanzar una paz negociada aceptable. Huir a Berchtesgaden no habría servido más que para prolongar la agonía, y él ya había dicho que allí sería vulnerable a un ataque aéreo de los Aliados. Pero la consideración que Hitler tenía en cuenta por encima de todas era de índole narrativa. La posteridad jamás le perdonaría una huida ignominiosa de la capital del Reich y una persecución a través de los Alpes. Al menos según su criterio, él no había huido de Rastenburg ante el avance del Ejército Rojo, sino que había trasladado su cuartel general al oeste para supervisar la ofensiva de las Ardenas. A Jodl y Keitel les dijo que, después de todo, no debía haber abandonado nunca la Guarida del Lobo, sino que debía haber caído allí, en su puesto. Ahora sostenía que se quedaría para servir de estímulo a los defensores de Berlín. 246 El diario de guerra del OKW registraba ese día que Hitler había decidido, «en lo tocante a su persona, no realizar ninguna acción evasiva hacia el sur, sino liderar la batalla desde Berlín él mismo y permanecer en la cancillería del Reich». 247 Su objetivo era morir heroicamente para servir de inspiración a las fuerzas del Tercer Reich que quedaran al mando de su sucesor, pero, sobre todo, para las generaciones futuras. Hitler había hablado a menudo del «valor de ruina» de los edificios, 248 y ahora se proponía maximizar el *Ruinenwert* de su propio cuerpo.

El 23 de abril, Hitler hizo saber a través de Goebbels que él había tomado personalmente el mando de la defensa de Berlín. «El Führer»,

como el diario de guerra del OKW expresaba conforme al relato aprobado, «reside en la capital del Reich [y] este hecho confiere a la batalla de Berlín el carácter de una batalla de importancia europea». 249 En privado, en presencia de Hitler, Goebbels explicitó el razonamiento subyacente a la decisión de quedarse en Berlín. «Si las cosas salen bien», dijo, «entonces todo habrá salido bien en cualquier caso». «Si no salen bien», continuaba Goebbels, «y el Führer tuviera que encontrar una muerte honorable en Berlín, y Europa se hiciera bolchevique», entonces, «en cinco años como máximo, el Führer se habrá convertido en una figura legendaria». «El nacionalsocialismo», proseguía, se convertiría en «un mito» y el Führer quedará «consagrado por su última gran acción», de modo que «todo lo humano que se le critica hoy en día se habrá borrado de un plumazo». 250

Esta estrategia conformó la actitud ambivalente de Hitler hacia su séquito en la que sería la última semana, más o menos, de su vida. Por una parte, él había hecho una serie de referencias a protagonizar un acto final rodeado de sus generales y camaradas más leales del partido. Por otro, quería que la lucha continuara, lo que exigía que algunos de ellos huyeran de Berlín para seguir peleando. Lo que al parecer Hitler tenía en mente no era un intento de guerra partisana –la guerrilla *Werwolf* fue en origen una iniciativa de las SS en la que él mostró escaso interés–, 251 sino una defensa convencional más larga que sirviera de inspiración a las generaciones futuras. En efecto, el Führer ordenó a Keitel, Jodl y Bormann dirigirse hacia el sur a fin de llevar a cabo las «operaciones globales» desde allí. 252 Esto explica por qué Hitler se sintió personalmente decepcionado por el número de líderes del partido que se apresuraron a abandonar la ciudad 253 a la vez que estaba conforme con dejarles marchar. Su intención no era tomar como rehenes a ninguno de ellos ni de sus otros seguidores. Por el contrario, Hitler instó a aquellos que no desempeñaban ninguna función importante –ya fueran secretarios, cocineros o ministros– a abandonar la ciudad. 254 Le dijo a Morell que se fuera a casa, se deshiciera de su uniforme e hiciera «como si nunca me hubieras conocido». 255 Algunos no necesitaron que les insistieran. Speer, que fue llamado a despedirse cuando Hitler se enteró de que se encontraba en las inmediaciones, tuvo una despedida fría, sin ni siquiera recibir un apretón de manos. 256 Otros, incluidos Eva Braun y algunos secretarios, se negaron a marcharse. Lo mismo que Keitel, Jodl y Bormann.

Pese a su escalofriante retórica, el Führer no esperaba ni tampoco deseaba que la derrota del Tercer Reich desembocara en la aniquilación del pueblo alemán. De lo que estaba convencido es de que las negociaciones tendrían lugar después de su muerte, 257 por lo que le dijo a su ministro de

Exteriores que se asegurara de que las embajadas en el extranjero siguieran funcionando perfectamente, y le dio permiso para que fuera a Nauen, donde se encontraba el último centro de comunicaciones conectado con el mundo exterior; 258 pero nunca llegó a ir. En su última reunión con Ribbentrop, mantenida el mismo día 20 de abril de 1945 o muy poco después, Hitler admitió por primera vez, al menos ante él, que la guerra estaba perdida. A continuación, le entregó una lista de cuatro puntos que le sirviera de guía para sus futuras conversaciones con los británicos. El primer punto decía que el mantenimiento de la unidad alemana iba en el interés británico de cara a mantener un equilibrio con la Unión Soviética. El segundo instaba a mantener en caso necesario a los estados nacionales europeos bajo la garantía mutua de las grandes potencias. El tercer punto hablaba del establecimiento de un estrecho entendimiento anglo-germano dirigido y basado en la unión con el Imperio británico, cuya capital, en caso necesario, estaría en Londres. El cuarto instaba a la conservación de los elementos nacionales de Alemania, porque de ellos tendrían que depender Gran Bretaña y Estados Unidos para mantener el equilibrio de poder europeo. 259 Los ecos de la anterior retórica de Hitler hacia Gran Bretaña y, sin duda, de la reciente misión fallida de Hesse son innegables.

El Führer se preparó entonces para defender no solamente Berlín, sino la cancillería, hasta el final. Nombró *Kampfkommandant* al Brigadeführer de las SS , Wilhelm Mohnke. Dio instrucciones de que quemaran sus papeles. El 12º Ejército de Walther Wenck fue encargado de la tarea de acudir en ayuda de Berlín e inmediatamente inició un desesperado intento por llegar a la ciudad. 260 Hitler ordenó también que todo el frente contra los «anglosajones» se diera la vuelta para ir a enfrentarse a los rusos. 261 Por primera vez, todo el esfuerzo de guerra alemán iba a dirigirse contra los bolcheviques. A última hora del 23 de abril envió un mensaje por radio a Dönitz para que enviara toda la ayuda posible a Berlín; todos los demás frentes, subrayó, eran secundarios. 262 Al día siguiente, subordinó el OKH al OKW en aras de la «continuación de las operaciones globales». 263 También dio permiso para que los vagones de tren que se encontraban a la espera de partir fueran descargados donde estaban y el material se distribuyera entre los grupos del ejército locales. 264 Continuó expresando su esperanza de que los bolcheviques y los «anglosajones» se enfrentarían entre ellos «de un momento a otro». 265 Durante los siguientes días, lanzó una ristra de órdenes más, como una en la que instaba a un «ataque concéntrico de ayuda sobre Berlín», y emitió instrucciones cada vez más estrambóticas para otros frentes. 266 Para entonces, como algunos bromistas señalaron, la distancia entre el frente del este y el del oeste era la de un

trayecto de metro; ciertamente, Hitler estaba operando dentro de sus líneas interiores. El propósito de todas estas actividades y llamamientos, que desde la retrospectiva parecen delirantes, empero, no era militar, sino político.

La situación militar, mientras, continuaba deteriorándose. El 25 de abril de 1945 fue un día especialmente malo. Las puntas de lanza de Koniev se encontraron con las de Zhukov. Berlín estaba rodeado. También fue el día en que las fuerzas estadounidenses y soviéticas se juntaron en Torgau, dejando al Reich partido por la mitad, y en que los delegados de la coalición de países en contra de Hitler celebraron una reunión en San Francisco para establecer una organización con carácter permanente. Por último, el 25 de abril de 1945 fue el día en el que tuvo lugar la última gran operación de la RAF en Europa, el día en el que 350 Lancasters –manejados por tripulaciones de Gran Bretaña, Australia, Canadá, Rodesia y Polonia– sobrevolaron el Obersalzberg. El Berghof recibió tres impactos directos y quedó gravemente dañado, aunque no destruido. 267 Los bombarderos, en cambio, no acertaron ni una vez en la Kehlsteinhaus. Göring, que estaba residiendo allí, salió ileso. Sin embargo, la RAF había logrado una importante victoria política y psicológica. Hitler ya no estaba a salvo en ninguna parte. Las bombas habían destruido ya dos de sus casas.

La última semana de abril empezaron a vislumbrarse ya los planes de Hitler en una muerte cuidadosamente coreografiada. 268 El 23 de abril recibió un telegrama de Göring en el que afirmaba que, de no recibir respuesta en un tiempo determinado, daría por supuesto que Hitler estaba muerto y procedería a sucederle como canciller según lo establecido en el decreto de 1941. Es prácticamente seguro que no se trató de un golpe de Estado, sino de un intento por parte de Göring de adelantar el comienzo de las negociaciones. Hitler, al parecer, ignoró el mensaje y no reaccionó hasta más avanzada la noche, cuando Göring, que al no tener noticias debió de dar por hecho que el Führer estaba muerto o incapacitado, envió a Ribbentrop un telegrama al mismo efecto. El Führer respondió con un mensaje de radio a Göring en el que rescindía su derecho a la sucesión y calificaba su conducta como «una traición a mi persona y a la causa nacionalsocialista». «Yo gozo», insistió, de «plena libertad de acción», y añadió que «prohibía» a Göring tomar «ninguna otra medida». 269 Hitler ordenó que Göring fuera puesto bajo arresto en Berchtesgaden, como así se hizo de inmediato, pero no ordenó fusilarle sin más. Dos días después, Hermann Fegelein se ausentó sin permiso del búnker, sin que al parecer nadie se diera cuenta en un principio. Poco después, no obstante, Hitler recibió la noticia de que Himmler había mantenido comunicación con los

Aliados occidentales sin autorización. Esto supuso un duro golpe para el Führer, tanto en lo personal como para su heroico relato de una nación y un partido que había luchado hasta el final. Himmler fue destituido. [270] Fue entonces cuando Fegelein, quien al parecer se hallaba implicado en las actividades del *Reichsführer* , fue arrastrado de vuelta al búnker y ejecutado, no por deserción, sino por traición.

Las cosas llegaron a su punto crítico el 28 de abril de 1945. Hitler se enteró de que Mussolini no solo había sido capturado y ejecutado junto a su amante, Clara Petacci, por los partisanos italianos, sino que su cadáver había sido profanado por la muchedumbre. Uno de sus secretarios recuerda que esta noticia le afectó profundamente. [271] En Múnich se produjo un efímero levantamiento contra los nazis. [272] Los rusos estaban cada vez más cerca de la cancillería. Hitler envió una serie de mensajes desesperados pidiendo ayuda antes de que fuera demasiado tarde. [273] En ese momento estaba ya desconectado del mundo exterior, literalmente, dado que el equipo de comunicaciones del búnker se había marchado. La fuga no era viable, al menos no para Hitler, dado su estado físico. Tampoco podía, con su temblor de brazos y piernas, defenderse empuñando su pistola, como a él idealmente le hubiera gustado hacer. Existía un riesgo real de ser capturado vivo bajo tierra, o huyendo entre las ruinas o los bosques. En tal caso habría podido correr el mismo destino que el Duce, lo que habría reducido sustancialmente su «valor de ruina».

Hitler decidió entonces poner el punto final. [274] Anunció su intención de suicidarse. Primero contrajo matrimonio con Eva Braun en una discreta ceremonia, poco antes de la medianoche del 28 de abril, aunque en las aproximadamente treinta y seis horas que duró el matrimonio al parecer siguió refiriéndose a ella como Fräulein. A continuación se despidió de su séquito. Hitler no insistió, ni siquiera llegó a sugerir, que siguieran su ejemplo. En lugar de ello, dictó dos testamentos, uno personal y otro político. Esperaba que la lucha continuara sin él y por tanto daba instrucciones detalladas para la fortificación del «núcleo de la fortaleza alpina». [275] El 29 de abril, la posición militar se agravó. Los británicos cruzaron el Elba en Lauenburg. Los rusos seguían aproximándose cada vez más a la cancillería. Mohnke, el jefe militar del complejo de la cancillería, advirtió a Hitler de que él solo podría aguantar otro día, o como mucho dos. El 30 de abril, el 7º Ejército de Estados Unidos ocupó Múnich. Hitler recibió también la noticia de que la ofensiva de Wenck había quedado en nada. [276] No llegaría ninguna fuerza de ayuda. Los rusos estaban ya a solo unos cientos de metros del búnker. Esa tarde, entre las 15.15 y las 15.30, Hitler y la señora Hitler se retiraron a su pequeña sala de estar dentro del

búnker. Lo qué pasó exactamente no se sabe con seguridad. Parece que Eva Hitler se tomó el veneno y que Hitler se disparó inmediatamente después. Los dos cuerpos fueron sacados de allí y quemados en el jardín de la cancillería. 277

La noche del 1 de mayo, la radio alemana anunció su muerte. «El Führer ha muerto a la cabeza de los heroicos defensores de la capital imperial», decía el comunicado. «Guiado por la voluntad de salvar a su pueblo y a Europa del bolchevismo, ha sacrificado su vida», proseguía. «Este ejemplo de lealtad hasta la muerte», concluía el comunicado, «es vinculante para todos los soldados». 278 En cuanto a las circunstancias de su fallecimiento, la comunicación era figurativamente, si no literalmente, cierta. La verdadera distorsión radicaba en la afirmación de que Hitler había muerto resistiendo frente al bolchevismo. No solo porque su principal enemigo había sido siempre el capitalismo plutócrata internacional, ni porque Hitler fuera más responsable que ningún otro de haber introducido el gigante comunista en el corazón de Europa, sino porque toda su estrategia, hasta el último momento, se basó en utilizar el espectro del bolchevismo, incluso de promover su crecimiento, para conseguir un efecto político en Alemania, Europa y, sobre todo, Angloamérica.

Cuando se abrieron los testamentos de Hitler, se descubrieron algunas sorpresas respecto a su vida personal y a sus decisiones en materia de nombramientos. 279 Distribuía sus bienes terrenales entre varios parientes y amigos, y explicaba por qué se había casado con Eva Braun. Hitler separaba el cargo de canciller, que iba a parar a Goebbels, de la presidencia, que ocuparía Dönitz. Himmler y Göring eran expulsados del partido. Karl Hanke pasaba a ser el nuevo *Reichsführer* de las SS . Bormann era nombrado ministro del partido. Schörner era nombrado comandante supremo del ejército. Saur ocuparía el puesto de ministro de Armamento, señal inequívoca de que la marcha de Speer había dejado bastante mal recuerdo.

Su contenido político, en cambio, era absolutamente predecible. Hitler exigía al nuevo gobierno «cumplir estrictamente con las leyes raciales» y mantener «una implacable resistencia frente a los envenenadores universales de todos los pueblos, es decir, la judería internacional». Afirmaba que «del sacrificio de nuestros soldados y de mi propia unión con ellos hasta la muerte brotará un día la semilla para la realización de una verdadera Comunidad del Pueblo». La elección de Dönitz como presidente obedecía no solo al protagonismo estratégico del almirante en los últimos seis meses de la guerra, y su fanático nacionalsocialismo, sino también a la convicción de Hitler de que era el que mejor podía servir de inspiración al

renacimiento de Alemania tras su propia muerte. Así quedaba claro en el elogio que dedicó expresamente a la Armada. «Ojalá un día pase a formar parte del código de honor del oficial alemán», escribió, «como ya lo es de nuestra Armada, que la rendición de una ciudad o un territorio resulte impensable, y que en concreto los líderes sirvan de ejemplo de leal cumplimiento del deber hasta la muerte».

El resto del documento tampoco habría sorprendido a nadie que hubiera seguido la retórica y la política de Hitler desde 1919. Reiteró su visión de que la guerra había sido «deseada y provocada exclusivamente por estadistas internacionales de origen judío o al servicio de los intereses judíos». «Nunca he deseado», continuaba Hitler, «que la primera y nefasta guerra mundial» fuera seguida de «una segunda contra Inglaterra o incluso contra Norteamérica». Lamentaba que las ciudades y los tesoros de la cultura alemana hubieran quedado reducidos a «ruinas», que millones de varones adultos hubieran caído en el frente, y que cientos de miles de mujeres y niños hubieran muerto abrasados en sus ciudades, pero recordaba a sus lectores que «a nadie podía caberle la más mínima duda» de que los «verdaderos culpables» «tendrían que pagar por su culpa», aunque fuera «por medios más humanos». Con ello hacía una indirecta pero inequívoca referencia a su asesinato en masa de judíos en las cámaras de gas, la guillotina del genocidio. Sorprendentemente, esta última voluntad y testamento no hacía mención alguna al comunismo ni a la Unión Soviética, sino que, en lugar de ello, arremetía contra los verdaderos villanos: «los conspiradores internacionales del dinero y las finanzas», que trataban a los «pueblos de Europa» como «paquetes de acciones». Se refería, por supuesto, a los mismos capitalistas internacionales, la mayoría de ellos judíos, que ya tenía en su punto de mira desde sus primeras declaraciones políticas, allá por 1919. Todo acababa como había comenzado.

Conclusión

La vida de Adolf Hitler continúa tal vez constituyendo el relato más extraordinario de la historia moderna. Nacido en un entorno relativamente humilde, llegó a dominar gran parte de la Europa continental. Por el camino, Hitler superó una serie de dificultades, cada una de las cuales podría haber supuesto el final de su ascensión. A los tiempos de frustración y miseria en Viena siguió su extremadamente azaroso servicio en la Primera Guerra Mundial. Hitler no solo fue abriéndose camino entre las turbulencias de la posguerra, sino que logró que el NSDAP se hiciera un hueco entre la maraña de organizaciones nacionalistas de derechas rivales que había en ese momento en Múnich. Concentró en torno a sí el movimiento tras un desastroso intento de golpe de Estado, juicio y posterior encarcelamiento. Hitler persuadió cada vez a más y más alemanes para que le votaran y manipuló o intimidó a los integrantes de la camarilla del presidente Von Hindenburg para que le convirtieran en canciller. Revivió la economía alemana, o pareció hacerlo, y se embarcó en un programa de rearme sin precedentes. A continuación, Hitler amplió en gran medida el territorio alemán sin mediar un solo disparo, y en los dos primeros años de la guerra, se anotó algunas notables victorias militares. En cada una de estas etapas, las cosas podían haberse torcido mucho para él, por ejemplo, como consecuencia de su intervención personal contra Röhm, la remilitarización de Renania, la crisis de Múnich, la campaña de Noruega o su audaz ataque en el oeste.

Sin duda, Hitler supo sacar provecho del apoyo, la complicidad y la estupidez de otros, y también de la buena suerte sin más, tanto dentro como fuera de Alemania. Pero, de no haber sido por el temprano patrocinio del Reichswehr, posiblemente el NSDAP nunca hubiera llegado siquiera a arrancar. Sin la Depresión, tal vez Hitler no hubiera conseguido el impulso electoral que le llevó hasta el umbral del poder en 1932. Si las viejas élites no se hubieran equivocado en sus cálculos, él nunca habría sido nombrado canciller. Los primeros años de Hitler en el poder dependieron de la colaboración de muchos actores institucionales que, al menos en parte, compartieron con él una identidad de metas. Dentro de la escena internacional, la mayoría de los estadistas y del público no supieron ver la amenaza que él representaba hasta etapas ya muy avanzadas. Algunos consideraban a Hitler la mejor esperanza contra el avance del bolchevismo, otros sentían por él un ligero y, en ocasiones, claramente visible respeto por

la forma en que se había enfrentado al orden establecido. Durante las primeras etapas de la Segunda Guerra Mundial, sus enemigos fueron débiles o incompetentes, y a veces las dos cosas.

Dicho lo cual, sería erróneo pensar que Hitler podría haber sido disuadido. Su Alemania siempre iba, antes o después, a buscar *Lebensraum* , que para él no era una cuestión de codicia, sino de necesidad, aunque la elección del momento preciso permaneció sin concretar largo tiempo. Él siempre habría luchado contra los judíos, aunque no necesariamente los habría exterminado. La resistencia no lograba sino enfurecerle. La crisis de mayo de 1938 acarreó la ruina para los checos; la garantía franco-británica, la de Polonia, y la guerra, o al menos la entrada de Estados Unidos en ella, la de la judería europea. Cierto es que a Hitler se le podría haber visto venir, o incluso detenido, si las potencias europeas hubieran estado preparadas para entrar en guerra contra él con anterioridad, antes de que hubiera ocupado tan gran parte de Europa, en cuyo caso nunca habríamos sabido lo que hubiera sido capaz de hacer.

Desde luego, su trayectoria se coronó, por supuesto, con un final catastrófico. Ninguno de sus objetivos se cumplió, y aunque en varias ocasiones pareció que llegaba a encontrarse muy cerca del triunfo, en realidad los dados jugaban demasiado en su contra. Hitler lo sabía perfectamente, pero también creía que, aunque el porcentaje de posibilidades de éxito fuera pequeño, merecía la pena intentarlo. La negativa a tratar siquiera de escapar del atolladero alemán en el centro de Europa, argumentaba, significaría una muerte segura sin esperanza ninguna de renovación. En cambio, un golpe audaz contra la hegemonía global podía salir adelante, esperaba Hitler, y, en caso contrario, una derrota gloriosa, bien coreografiada, serviría de base para una regeneración nacional posterior.

El orden mundial del capitalismo angloamericano contra el que Hitler se rebeló estructuró toda su carrera política. Algún tiempo antes de empezar incluso a hablar sobre los judíos, Hitler experimentó el poder del Imperio británico en Flandes, el poder demográfico e industrial de Estados Unidos en la segunda batalla del Marne y el dominio absoluto del capitalismo global tras la imposición del Tratado de Versalles. Poco después, se convenció de que los judíos, cuya relación con Angloamérica era desde su punto de vista esencialmente simbiótica, constituía la fuerza impulsora que estaba tras el capitalismo internacional y la coalición que había tirado por tierra al Reich. Según Hitler, entre los instrumentos utilizados para minar a Alemania desde dentro, estaba el virus del bolchevismo, que él consideraba una amenaza mucho mayor que la propia

Unión Soviética. La raíz de este odio a los judíos, por tanto, tenía su origen en su hostilidad a las altas finanzas mundiales, más que en su odio a la izquierda radical. Aquellos que no quieren hablar del anticapitalismo de Hitler deberían callar también sobre su antisemitismo.

La solución de Hitler para salir del atolladero en el que él consideraba que se encontraba Alemania constaba de dos partes. De acuerdo con la primera, instaba a llevar a cabo un programa de transformación racial dentro de Alemania que eliminara a los elementos «dañinos», especialmente a los judíos, y llamaba a «elevar» las ramas de «alto valor» racial en el *Volk* alemán. La segunda consistía en la adquisición de *Lebensraum* en el este, que proveería la tierra y los recursos necesarios para ofrecer un nivel de vida comparable al de Estados Unidos y acabaría con la debilitante emigración de los mejores y más brillantes ciudadanos de la nación, que en algún momento futuro podrían volver como soldados enemigos. Además, con la ampliación de territorios, Alemania sería un país «a prueba de bloqueo» en el caso de que se renovara la guerra con Angloamérica.

Si la intrincada relación de Hitler con el Imperio británico y Estados Unidos era básicamente antagónica, a la vez era también de admiración. Durante largo tiempo mantuvo la esperanza de una alianza con Gran Bretaña y nunca dejó de ensalzar las supuestas cualidades raciales de los «anglosajones» a ambos lados del Atlántico, ni de creer que estos representaban la «mejor» mitad racial de Alemania. Angloamérica fue el modelo de Hitler, mucho más que la Rusia de Stalin o incluso la Italia de Mussolini. El ejemplo en el que se basaba para el proyecto de *Lebensraum* era el Imperio británico, y en especial la colonización del Oeste de Estados Unidos. Hitler y el Tercer Reich fueron por tanto una reacción no a la Revolución rusa sino al dominio de Angloamérica y del capitalismo global. El Holocausto no fue una copia distorsionada del Gran Terror de Stalin, sino un ataque preventivo contra la América de Roosevelt.

Tras su llegada al poder, el Imperio británico y Estados Unidos continuaron constituyendo el foco de las políticas de Hitler. Todo su programa doméstico iba destinado a igualar los «niveles de vida» que ofrecía el «sueño americano». Su verdadera némesis era el Imperio británico y en especial Estados Unidos, contra quien él luchaba por hacerse con el control del «trofeo», o sea, del «mundo». Fue la hostilidad de Roosevelt la que hizo que Hitler acelerara su programa a partir de finales de 1937, y la resistencia británica durante la crisis de mayo de 1938 la que le llevó a proceder al desmembramiento de Checoslovaquia. La lucha contra Gran Bretaña y América «obligó» a Hitler a entrar en guerra con ambos y,

posteriormente, a extender aún más el teatro de operaciones. La búsqueda de *Lebensraum* condujo al conflicto con Gran Bretaña sobre Polonia, que a su vez le «exigió» ocupar gran parte de Escandinavia, Francia, Países Bajos, los Balcanes y el norte de África; y lo que motivó la ofensiva contra Rusia. En un principio, Hitler se había propuesto convertir a Alemania en una potencia mundial, no conseguir el dominio del mundo, pero cada logro parecía ir requiriendo otro. Para 1941-1942, cuando se encontraba dirigiendo operaciones en los tres continentes, y en los siete mares, parecía que solo el mundo entero sería suficiente para Hitler. Pero el premio se le escapó: una vez más, fueron los angloamericanos los que levantaron en sus manos el trofeo, contando con la decisiva ayuda de sus aliados soviéticos, por supuesto.

Hitler, por tanto, no salió más triunfador contra el «mundo de enemigos» que el Reich de la Primera Guerra Mundial. En esta ocasión, en cambio, la muerte y la destrucción asolaron a la población civil mucho antes de que la línea del frente llegara a Alemania, y no mediante el bloqueo, sino por una incesante campaña de terror aéreo. Pese a todas las grandes visiones arquitectónicas del Führer, el aspecto de las ciudades alemanas después de 1945 le debía mucho más a Arthur Harris, jefe del Mando de Bombarderos de la RAF , que a Adolf Hitler. En 1938, Hitler bromeó con que las obras de la nueva Cancillería Imperial hacían que el área pareciera el bosque de Houthulst de Flandes tras los cuatro años de bombardeos británicos durante la última guerra. Siete años después, tres años de bombardeos de la RAF y las USAAF habían reducido no solo a la cancillería, sino a extensas zonas de la Alemania urbana a un estado similar. En la primera guerra, e inmediatamente después, el Imperio británico y Estados Unidos habían hecho pasar hambre a un Reich depauperado; en la segunda guerra, lo pulverizaron. Los molinos de los angloamericanos molieron lentamente, pero molieron con extraordinaria eficacia.

Hitler se guió por cinco criterios clave durante su trayectoria. En primer lugar, estaba preocupado por el poder de «los judíos». Esto lo llevó a tal grado de exageración que la crucial importancia que el antisemitismo tuvo en su visión mundial solo puede describirse como paranoica. En segundo lugar, Hitler menospreció en gran medida a la Unión Soviética, cuya fuerza subestimó en grado máximo: un error de cálculo que se volvería en su contra. En tercer lugar, Hitler estaba convencido del abrumador poder de Angloamérica. Como hemos visto, se demostró que tenía toda la razón para estarlo. En cuarto lugar, y estrechamente relacionado, Hitler creía que los alemanes sobre los que realmente gobernaba –a diferencia del pueblo que

él pretendía formar– eran demasiado débiles y estaban demasiado fragmentados para imponerse a los «anglosajones», la «raza superior» mundial. Ello a su vez resultó completamente cierto aunque, obviamente, parece bastante improbable que él hubiera alcanzado un resultado mejor, aun si hubiera contado con el «tiempo» necesario para «elevar» al pueblo alemán a su antojo. En quinto y último lugar, Hitler predijo que el Reich sería una «potencia mundial» o no sería, y aquí también demostró acertar, si bien esto podría en cierto modo considerarse una profecía autocumplida.

Resulta por tanto terriblemente irónico que Hitler cometiera exactamente los mismos errores que se había propuesto evitar tras sus indagaciones para esclarecer las causas de la derrota alemana de 1918. Juró no volver a luchar en una guerra con dos frentes, pero lo hizo. Prometió contar con mejores aliados que los que el káiser había tenido, preferiblemente con los británicos, y descartó el proyecto de la «Paneuropa» de la década de 1920, pese a lo cual acabó enfrentado a gran parte del mundo teniendo a su lado solo un batiburrillo de pequeños estados europeos e instancias mundiales no estatales. Dejando aparte a los temibles japoneses, se trataba de una verdadera «coalición de lisiados» como aquella de la que él se había burlado en *Mein Kampf* . Si por encima de todo quería evitar tener que enfrentarse de nuevo con los hijos de emigrantes alemanes, o entablar una batalla de producción contra los «ingenieros alemanes» de la otra orilla del Atlántico, al final su Reich se las tuvo que ver con los bombarderos de Carl Spaatz en el aire, y con los ejércitos de Dwight Eisenhower en tierra. Gracias a las políticas de Hitler, los hijos de Alemania regresaron otra vez para enfrentarse contra la madre patria. Si en 1917-1918, estos castigaron al Reich a golpe de látigo, en 1941-1945 lo hicieron con una plaga de escorpiones. La segunda guerra de Hitler fue por tanto aún más catastrófica que la primera. La historia se repitió: la primera vez adoptó forma de derrota y, la segunda, de aniquilación.

Notas

PRÓLOGO

1 . Informe F. Wiedemann (ayudante de brigada), 17.7.1918, BayHSTA , no. 10, «Stab Juli 1918», fol. 37. 2 . Discurso, 6.8.1927, RSA , II, p. 446. En la misma línea: Discurso, 4.8.1929, RSA , III/2, p. 347; y Discurso, 18.1.1928, RSA , II/ 2, p. 633.

INTRODUCCIÓN

1 . Frank Schirrmacher, «Wir haben ihn uns engagiert», *Frankfurter Allgemeine Zeitung* , 6.10.1998. 2 . Alan Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny* (Londres, 1954), pp. 735-736. 3 . Joachim C. Fest, *Hitler. Eine Biographie* (Fráncfort, 1973). Véase una crítica reciente en Magnus Brechtken, «Joachim Fest und der 20 Juli. Geschichtsbilder, Vergangenheitskonstruktionen, Narrative», en Magnus Brechtken, Christoph Cornelissen y Christopher Dowe (eds.), *Verräter? Vorbilder? Verbrecher? Kontroverse Deutungen des 20. Juli 1944 seit 1945* , Geschichtswissenschaft 25 (Berlín, 2017), pp. 161-182, especialmente pp. 169-172. La influyente revista semanal alemana *Der Spiegel* , 14.1.2008, califica la frase «cómo pudo llegarse a esto» como la «pregunta clave» en la historia alemana (*Königsfrage*). 4 . Ian Kershaw, *Hitler: Hubris,1889 -1936* (Londres, 1998), y *Hitler: Nemesis, 1936 -1945* (Londres, 2000). Véase también su *Hitler* (Londres y Nueva York, 1991). Podemos hacernos una idea del alcance de la investigación sobre Hitler a partir de Fest en Gerhard Hirschfeld y Lothar Kettewacker (eds.), *Der 'Führerstaat', Myth os und Realität. Studien zur Struktur und Politik des Dritten Reiches* (Stuttgart, 1981); Gerhard Schreiber, *Hitler-Interpretationen, 1923 - 1983. Ergebnisse, Methoden und Probleme der Forschung* (Darmstadt, 1988); Ian Kershaw*, The Nazi Dictatorship: Problems and Perspectives of Interpretation* (Londres, 2015); y Elizabeth Harvey y Johannes Hürter, *Hitler: New Research* (Berlín y Boston, 2018). 5 . Hellmuth Auerbach, «Hitlers politische Lehrjahre und die Münchener Gesellschaft 1919-1923», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 25 (1977); y Hermann Graml, «Probleme einer Hitler-Biographie. Kritische Bemerkungen zu Joachim C. Fest», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 22 (1974), pp. 76-92. 6 . Kershaw, *Hubris* , p. xxvi. Richard J. Evans comentó que Kershaw había escrito «no tanto una biografía de Hitler como una historia de Hitler», «Review article: new perspectives on Hitler», *Journal of Contemporary History* , 37 (2002), pp. 147-152 (cita, p. 150). 7 . Véase Neil Gregor, «Nazism – a political religion? Rethinking the voluntarist turn», en Neil Gregor (ed.), *Nazism, War and Genocide: New*

Perspectives on the History of the Third Reich (Exeter, 2008), pp. 1-21. 8 . Ian Kershaw, *The 'Hitler Myth': Image and Reality in the Third Reich* (Oxford, 1987). 9 . Ian Kershaw, «'Working towards the Führer': reflections on the nature of the Hitler dictatorship», *Contemporary European History* , 2 (1991), pp. 103-118. 10 . E. g. Ralf Georg Reuth, *Hitler. Eine politische Biographie* (Múnich, 2003). 11 . Volker Ullrich, *Adolf Hitler. Biographie* , vol. 1: *Die Jahre des Aufstiegs, 1889-1939* (Fráncfort, 2013), vol. 2: *Die Jahre des Untergangs* (Fráncfort, 2018). 12 . Peter Longerich, *Hitler. Biographie* (Múnich, 2015). 13 . Wolfram Pyta, *Hitler. Der Künstler als Politiker und Feldherr. Eine Herrschaftsanalyse* (Múnich, 2015). 14 . Hans-Ulrich Thamer, *Adolf Hitler. Biographie eines Diktators* (Múnich, 2018). 15 . No responde la mayoría de las preguntas planteadas por Thomas Kühne, «Zwischen Akribie und Groteske. Variationen der 'Normalisierung' Adolf Hitlers», *Historische Zeitschrift* , 304 (2017), pp. 405-422. 16 . Véase un conjunto de opiniones contemporáneas en Hermann Pölking, *Wer war Hitler. Ansichten und Berichte von Zeitgenossen* (Berlín, 2017), y Philipp Fabry, *Mutmaßungen über Hitler. Urteile von Zeitgenossen* (Düsseldorf, 1969). 17 . Sobre la eugenesia «positiva» y «negativa», véase Daniel J. Kevles, «International eugenics», en *Deadly Medicine: Creating the Master Race* (Washington, D. C., 2004), pp. 41-59, especialmente p. 50. 18 . Por ejemplo, Sebastian Conrad, *Globalisation and the Nation in Imperial Germany* (Cambridge, 2010), pp. 10-11, 275-333 *et passim* ; y Sebastian Conrad y Jürgen Osterhammel (eds.), *Das Kaiserreich International. Deutschland in der Welt, 1871-1914* , segunda edición (Gotinga, 2006). 19 . Michael David-Fox, Peter Holquist y Alexander M. Martin (eds.), *Fascination and Enmity: Russia and Germany as Entangled Histories, 1914-1945* (Pittsburgh, 2012). Véase también Stefan Ihrig, «Review article: the history of European fascism – origins, foreign relations and (dis)entangled histories», *European History Quarterly,* 41 (2011), 278-290, que trata principalmente de las conexiones con España, Turquía, Italia y Rusia. 20 . Por ejemplo, Thomas L. Friedman, *The World Is Flat. A Brief History of the 21st Century* (Nueva York, 2005), p. 395. 21 . Por ejemplo, Sven Beckert, «American danger: United States Empire, Eurafrica, and the territorialization of industrial capitalism, 1870-1950», *American Historical Review* , 122 (2017), pp. 1137-1170. 22 . Véase Tim Snyder, *Black Earth: The Holocaust as History and Warning* (Londres, 2015). 23 . Duncan Bell, «Founding the world state: H. G. Wells on empire and the English-speaking peoples», *International Studies Quarterly* , 62 (2018), pp. 867-879; Madeleine Herren, *Internationale Oganisationen seit 1865. Eine Global- geschichte der internationalen Ordnung* (Darmstadt, 2009), especialmente pp. 73-84. 24 . Como John M. Hobson, «Re-embedding the global colour line within post-1945 international theory», en Alexander Anievas, Nivi Manchanda y Robbie Shilliam (eds.), *Race and Racism in International Relations: Confronting the Global Colour Line* (Londres y Nueva York, 2015), pp. 81-97; Duncan Bell, *The Idea of Greater Britain: Empire and the Future of World Order, 1860-1900* (Princeton y Oxford, 2007); Srdjan Vucetic, *The Anglosphere: A Genealogy of Racialized Identity in International Relations* (Stanford, 2011). 25 .

James Belich, *Replenishing the Earth: The Settler Revolution and the Rise of the Anglo-World, 1783-1939* (Oxford, 2009). 26 . Aimé Césaire, *Discourse on Colonialism* (Nueva York, 2000), p. 36. Véase una interesante, si bien excéntrica, interpretación secundaria de Hitler en Manuel Sarkisyanz, *From Imperialism to Fascism: Why Hitler's 'India' Was to Be Russia* (Delhi, 2003), y *Hitler's English Inspirers* (Belfast, 2003). 27 . Véase Geoff Eley, «Empire, ideology, and the east: thoughts on Nazism's spatial imaginary», en ídem, *Nazism as Fascism: Violence, Ideology, and the Ground of Consent in Germany, 1930-1945* (Londres y Nueva York, 2013), pp. 131-155. 28 . Por ejemplo, Christopher Clark, *Time and Power: Visions of History in German Politics from the Thirty Years' War to the Third Reich* (Princeton, Nueva Jersey, 2019); y Allegra Fryxell, «Turning back the clock? The politics of time in Restoration Europe, 1815-1830», en Michael Broers y Ambrogio Caiani (eds.), *Restoration Europe* (Nueva York, 2018). 29 . Véase una buena y representativa muestra de este trabajo en Gregor (ed.), *Nazism, War and Genocide* ; y Devin O. Pendas, Mark Roseman y Richard Wetzell (eds.), *Beyond the Racial State: Rethinking Nazi Germany* (Cambridge, 2017). 30 . Mark Mazower, *Hitler's Empire: How the Nazis Ruled Europe* (Londres, 2008). 31 . Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy* (Londres, 2006). 32 . Mary Nolan, *The Transatlantic Century: Europe and America,1890-2010* (Cambridge, 2012); Philipp Gassert, *Amerika im Dritten Reich. Ideologie, Propaganda, und Volksmeinung, 1933-1945* (Stuttgart, 1997); Stefan Kühl, *The Nazi Connection: Eugenics, American Racism and German National Socialism* (Oxford, 1994). 33 . Johann Chapoutot, *The Law of Blood: Thinking and Acting as a Nazi* (Cambridge, Mass., 2018). 34 . Lars Lüdicke, *Hitlers Weltanschauung. Von 'Mein Kampf' bis zum 'Nero-Befehl'* (Paderborn, 2016), p. 43 *et passim* . 35 . Dirk Bavendamm, *Der junge Hitler. Korrekturen einer Biographie, 1889-1914* (Graz, 2009); Brigitte Hamann, *Hitlers Wien. Lehrjahre eines Diktators* (Múnich, 1996). 36 . Anton Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München, 1913-1923* (Múnich, 2000). 37 . Thomas Weber, *Wie Adolf Hitler zum Nazi wurde. Vom unpolitischen Soldaten zum Autor von «Mein Kampf »* (Berlín, 2016); Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches. Adolf Hitlers «Mein Kampf», 1922-1945* , segunda edición (Múnich, 2011). 38 . Despina Stratigakos, *Hitler at Home* (New Haven, 2015). 39 . Anna Maria Sigmund, *Des Führers bester Freund. Adolf Hitler, seine Nichte Geli Raubal und der 'Ehrenarier' Emil Maurice – eine Dreiecksbeziehung* (Múnich, 2005). 40 . Heike B. Görtemaker, *Eva Braun. Ein Leben mit Hitler* (Múnich, 2010). 41 . Bill Niven, *Hitler and Film: The Führer's Hidden Passion* (New Haven y Londres, 2018); Timothy W. Ryback, *Hitler's Private Library: The Books that Shaped His Life* (Londres, 2009). 42 . Fritz Redlich, *Hitler: Diagnosis of a Destructive Prophet* (Nueva York, 1999). 43 . Johannes Hürter, *Hitlers Heerführer. Die Deutschen Oberbefehlshaber in Kriey gegen die Sowjetunion 1941/42* (Múnich, 2006). 44 . Stephen G. Fritz, *The First Soldier: Hitler as Military Leader* (New Haven, 2018). 45 . Christian Goeschel, *Mussolini and Hitler: The Forging of the Fascist Alliance* (New Haven y Londres, 2018). Véase también MacGregor Knox, *Common Destiny: Dictatorship, Foreign*

Policy, and War in Fascist Italy and Nazi Germany (Cambridge, 2000). 46 . Kurt Bauer, *Hitlers zweiter Putsch. Dollfuß, die Nazis und der 25. Juli 1934* (St. Pölten, Salzburg, Viena, 2014); Kurt Bauer, «Hitler und der Juli-putsch 1934 in Österreich», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 59 (2011), pp. 193-227. 47 . Andreas Krämer, *Hitlers Kriegskurs. Appeasement und die 'Maikrise' 1938. Entscheidungsstunde im Vorfeld von 'Münchener Abkommen' und Zweitem Weltkrieg* (Berlín, 2014). 48 . Angela Hermann, *Der Weg in den Krieg 1938/39 . Quellenkritische Studien zu den Tagebüchern von Joseph Goebbels* (Múnich, 2011), p. 311. 49 . Rolf-Dieter Müller, *Der Feind steht im Osten. Hitlers geheime Pläne für einen Krieg gegen die Sowjetunion im Jahr 1939* (Berlín, 2011). 50 . Ian Kershaw, *Fateful Decisions: Ten Decisions that Changed the World, 1940-1941* (Londres, 2007). 51 . Edward B. Westermann, *Hitler's Ostkrieg and the Indian Wars: Comparing Genocide and Conquest* (Norman, Oklahoma, 2016), se centra principalmente en la comparación, aunque la inspiración de Hitler en el ejemplo americano se trata brevemente, pp. 3, 14, 36-39; y Carroll P. Kakel, III, *The American West and the Nazi East: A Comparative and Interpretive Perspective* (Nueva York, 2011). 52 . *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg* , 10 vols. (Stuttgart, 1979-2008). 53 . Richard Evans, *Telling Lies about Hitler: The Holocaust, History and the David Irving Trial* (Londres, 2002); Peter Longerich, *The Unwritten Order: Hitler's Role in the Final Solution* (Londres 2001). 54 . Magnus Brechtken y Maximilian Becker, «Die Edition der Reden Adolf Hitlers von 1933 bis 1945. Ein neues Projekt des Instituts für Zeitgeschichte». 55 . SA . El autor no utilizó ninguno de los documentos que posteriormente resultarían ser falsificaciones: Eberhard Jäckel y Axel Kuhn, «Zu einer Edition von Aufzeichnungen Hitler», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 29 (1981). 56 . Por ejemplo, Bavendamm, *Der junge Hitler* , pp. 190-191. 57 . MK . 58 . Véase también Ian Kershaw, «Ideologe und propagandist. Hitler im Lichte seiner Reden, Schriften und Anordnnungen, 1925-1928», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 40 (1992), pp. 263-271; Frank-Lothar Kroll, «Die Edition von Hitlers Reden, Schriften und Anordnungen», en Horst Möller y Udo Wengst (eds.), *50 Jahre Institut für Zeitgeschichte. Eine Bilanz* (Múnich, 1999), pp. 237-247; Wolfram Pyta, «Die Hitler-Edition des Instituts für Zeitgeschichte», *Historische Zeitschrift* , 281 (2005), pp. 381-394. 59 . Max Domarus (ed.), *Hitler Reden und Proklamationen 1932-1945* , 4 vols. (Leonberg, 1988) (en adelante Domarus). 60 . ES . 61 . ADAP ; RH . 62 . FE ; HW ; FK ; y LB . Hay algunos nuevos fragmentos en Helmut Heiber y David M. Glantz (eds.), *Hitler and His Generals: Military Conferences, 1942-1945* (Nueva York, 2002). 63 . Harald Sandner, *Hitler. Das Itinerar. Aufenthaltsorte und Reisen von 1889 bis 1945* , 4 vols. (Berlín, 2016). 64 . Bernd Sösemann, «Alles nur Goebbels-Propaganda? Untersuchungen zur revidierten Ausgabe der sogenannten Goebbels-Tagebücher des Münchner Instituts für Zeitgeschichte», *Jahrbuch für Kommunikationsgeschichte* , 10 (2008), 52-76. 65 . Magnus Brechtken, *Albert Speer. Eine Deutsche Karriere* (Múnich, 2017). 66 . ET ; WA . Las extensas memorias de Wagener no se han citado como un registro textual de las palabras exactas de Hitler. 67 . Mikael Nilsson,»Hitler redivivus.

Hitlers Tischgespräche und *Monologe im Führerhauptquartier* –eine kritische Untersuchung», in *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 67 (enero de 2019), pp. 105-145. 68 . August Kubizek, *Adolf Hitler. Mein Jugendfreund* (Graz, 1995). 69 . Véase August Priesack, «Hitlers Handschrift und Maser's Lesefehler», *Vierteljahrshefte fürZeitgeschichte* , 21 (1973), 334-336, que critica Werner Maser, *Hitlers Briefe und Notizen. Sein Weltbild in handschriftlichen Dokumenten* (Düsseldorf, 1973). 70 . Wolfgang Hänel, *Hermann Rauschning's «Gespräche mit Hitler». Eine Geschichtsfälschung* (Ingolstadt, 1984). 71 . Mikael Nilsson, «Constructing a pseudo-Hitler? The question of the authenticity of Hitlers politisches Testament», *European Review of History* (2015), pp. 1-21. 72 . En cambio, Hamann, *Hitlers Wien* , p. 7, pone explícitamente el foco en el ambiente y la ciudad en lugar de hacerlo sobre Hitler.

73 . Richard J. Evans, «Introduction» a una edición especial de *Journal of Modern History* , 39 (2004), «Understanding Nazi Germany», pp. 163-167 (cita en p. 163).

CAPÍTULO 1: BOCETO DEL DICTADOR DE JOVEN

1 . Véase Peter Ernst, «Adolf Hitlers 'österreichisches Deutsch'. Eine ohrenphonetische Analyse historischer Film-und Tondokumente», *Zeitschrift für Mitteleuropäische Germanistik* , 3 (2013), pp. 30 y 32. Agradezco a Stefan Gaisbauer sus útiles comentarios en cuestiones de dialecto. Sobre la larga y complicada relación de Hitler con la Alta Austria, ver Harry Slapnicka, *Hitler und Oberösterreich. Mythos, Propaganda und Wirklichkeit um das «Heimatgau» des Führers* (Grünbach, 1998). 2 . Walter Ziegler, *Hitler und Bayern. Beobachtungen zu ihrem Verhältnis* (Múnich, 2005), p. 5 *et passim.* Ver también discurso, 22.2.1933, Domarus, I, p. 214. 3 . Bavendamm, *Der junge Hitler* , pp. 60-61, 101, 116. 4 . Detalles biográficos tomados de Bavendamm, *Der junge Hitler* , pp. 92-93, y Hamann, *Hitlers Wien* , *passim.* 5 . Sobre los cambios de dirección, ver Bavendamm, *Der junge Hitler* , pp. 94-95. 6 . Sobre la etapa escolar, ver Bavendamm, *Der junge Hitler* , pp. 109, 135, 143. 7 . Ver Alfred Zerlik, «Adolf Hitlers Linzer Schuljahre», *Historisches Jahrbuch der Stadt Linz 1975* (Linz, 1975), pp. 335-388, que contiene varias copias de sus informes originales. 8 . Véase Bavendamm, *Der junge Hitler* , p. 156. 9 . Adolf y Paula Hitler a la Finanzdirektion Linz, 10.2.1906, SA , p. 46. 10 . Hitler a August Kubizek, 7.5.1906 y 8.5.1906, SA , pp. 44-45. 11 . Brigitte Hamann, *Hitlers Edeljude. Das leben des Armenarzts Eduard Bloch* (Múnich y Zúrich, 2010), pp. 80-81, 87, 89 y 91. 12 . Hamann, *Edeljude* , p. 95. 13 . Hamann, *Hitlers Wien* , pp. 51-52. 14 . Véase Hamann, *Hitlers Wien* , pp. 195-196; Bavendamm, *Der junge Hitler* , pp. 177-178. Gerhart Marckhgott, «'... von der Hohlheit des gemächlichen Lebens'. Neues Material über die Familie Hitler in Linz», *Jahrbuch des Oberösterreichischen Musealvereines* , 138, 1 (Linz 1993), pp. 267-277, especialmente pp. 271, 273 y

275. 15 . Citado en Hamann, *Hitlers Wien* , pp. 59-61. 16 . Hitler a Kubizek, 18.2.1908, 19.4.1908 y 21.7.1908, Viena, SA , pp. 47, 49-50. 17 . Hitler a Kubizek, 17.8.1908, SA , pp. 50-51. 18 . Hitler a Kubizek, 19.8.1908, Viena, SA , p. 51. 19 . Hitler a la magistratura de Linz, 21.1.1914, SA , pp. 53-55. 20 . Véase Hamann, *Hitlers Wien* , pp. 224-225, 229ff. 21 . Declaración de Hitler a la policía, Viena, 5.8.1910, SA , p. 52. 22 . Véase Hamann, *Hitlers Wien* , p. 250. 23 . Werner Graf, *Adolf Hitler begegnet Karl May. Zur Lektürebiographie des «Führers»* (Baltmannsweiler, 2012), pp. 11-12. 24 . Agradezco esta reflexión a T. C. W. Blanning, «Hitler, Vienna and Wagner», *German History* , 18 (2000). 25 . Como Hamann, *Hitlers Wien* , pp. 247, 242, 507-11. 26 . Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , p. 33. 27 . Véase la recopilación detallada en Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , p. 27. 28 . Bavendamm, *Der junge Hitler* , p. 206. Véase Hitler a la magistratura de Linz, Múnich, 21.1.1914, SA , pp. 53-55. 29 . Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , p. 78.

30 . Hamann, *Hitlers Wien* , pp. 7-8 *et passim* ; Bavendamm, *Der junge Hitler* , pp. 19-20 *et passim* .

CAPÍTULO 2: CONTRA UN «MUNDO DE ENEMIGOS»

1 . Véase Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , p. 100. 2 . En su cartilla militar (*Militärpass*) consta que Hitler fue «Kriegsfreiwilliger, 16.8.1914». Copias en Institut für Zeitgeschichte, Múnich (en adelante IfZ), F19/6, fols. 3-4. 3 . Ver Thomas Weber, *Hitler's First War: Adolf Hitler, the Men of the List Regiment and the First World War* (Oxford, 2010). 4 . Hitler a Anna Popp, Graben/Lechfeld, 20.10.1914, SA , p. 59. 5 . Hitler a Joseph Popp, [frente occidental], 20.2.1915, SA , p. 71. 6 . La sensación general de hostilidad hacia Inglaterra en el Regimiento List aparece descrita en Weber, *Hitler's First War* , p. 28. Ver también Matthew Stibbe, *German Anglophobia and the Great War, 1914-1918* (Cambridge, 2001). 7 . Citado en John F. Williams, *Corporal Hitler and the Great War, 1914-1918: The List Regiment* (Londres y Nueva York, 2005), p. 49. Ver también Dieter J. Weiss, *Kronprinz Rupprecht von Bayern (1869-1955). Eine politische Biografie* (Ratisbona, 2007), pp. 109-110. 8 . Aquí sigo a Weber, *Hitler's First War* , pp. 28-50. 9 . Hitler a Joseph Popp, [frente occidental], 3.12.1914, SA , pp. 60-61. 10 . Ver *Hitlers First War* , p. 70. 11 . Hitler a Ernst Hepp [frente occidental], 5.2.1915, SA , p. 69. 12 . Hitler a Joseph Popp, 12.2.1915, SA , p. 70. 13 . Como Williams, *Corporal Hitler* , p. 135. 14 . Citado en Williams, *Corporal Hitler* , p. 143. 15 . Como Christopher Duffy, *Through German Eyes: The British and the Somme 1916* (Londres, 2006). 16 . Véase Weber, *Hitler's First War* , pp. 153-155. 17 . El devastador impacto del bloqueo y la retórica a la que dio lugar se describen en C. Paul Vincent, *Politics of Hunger: Allied Blockade of Germany, 1915-1919* (Athens, Ohio, 1985), pp. 124-156. 18 . Hitler a Balthasar Brandmayer, Múnich, 21.12.1916, SA , p. 78. Una carta recientemente salida a la luz también destaca su determinación a «volver inmediatamente a sus deberes en la línea de frente»: ver

Sven Felix Kellerhoff, «Adolf Hitler sehnte sich nach seiner Ersatz- familie», *Die Welt* , 2.5.2012. 19 . Hitler a Wiedemann, enero de 1917, SA , p. 80. El texto de esta carta no es, estrictamente hablando, contemporáneo, ya que procede de una nota de archivo posterior de su oficial superior, el capitán Wiedemann (Fritz Wiedemann, *Der Mann der Feldherr werden wollte. Erlebnisse und Erfahrungen des Vorgesetzten Hitlers im I. Weltkrieg und seines späteren persönlichen Adjutanten* (Velbert, 1964). 20 . Max Unold a Wiedemann, Múnich, 18.8.1938, Bundesarchiv Koblenz, N1720, Wiedemann 8. 21 . Como Weber, *Hitler's First War* , p. 197. 22 . Como Dino E. Buenviaje, *The Yanks Are Coming Over There: Anglo-Saxonism and American Involvement in the First World War* (Jefferson, NC , 2017), pp. 118-170. 23 . Ver Geoffrey Wawro, *Sons of Freedom: The Forgotten American Soldiers Who Defeated Germany in World War I* (Nueva York, 2018). 24 . Véase Frank Trommler, «The *Lusitania* effect: America's mobilization against Germany in World War I», *German Studies Review* , 32 (2009), pp. 241-266; Jessica Bennett y Mark Hampton, «World War I and the Anglo-American imagined community: civilization versus barbarism in British propaganda and American newspapers», en Joel H. Wiener y Mark Hampton (eds.), *Anglo-American Media Interactions, 1850-2000* (Londres, 2007), pp. 155-175. 25 . David Stevenson, *With Our Backs to the Wall: Victory and Defeat in 1918* (Londres, 2011). 26 . Según la orden regimental de Anton von Tubeuf, 18.4.1918, se trataba de la 45 División de Tiradores Argelinos: BayHSTA, no. 19, «Kriegstagebuch mit Anlagen, 1.4.1918-30.4.1918», fol. 58. 27 . Véase Weber, *Hitler's First War* , p. 211. 28 . Informe de F. Wiedemann, 17.7.1918, BayHSTA, no. 10, «Stab Juli 1918», fol. 37. 29 . Informe 2º Batallón al comandante del regimiento, BayHSTA, no. 17, «Kriegstagebuch mit Anlagen, 1.9.1918-30.9.1918», fol. 361. Sobre el proceso de aprendizaje americano véase Mark Ethan Grotelueschen, *The AEF Way of War: The American Army and Combat in World War I* (Cambridge, 2007). 30 . Colin Ross, *Unser Amerika. Der deutsche Anteil an den Vereinigten Staaten* (Leipzig, 1941), pp. 261-262. 31 . BayHSTA, no. 17, Kriegstagebuch (en adelante KTB), II , batallón, «Kriegstagebuch mit Anlagen», 1.7.1918-31.7.1918, julio 1918, «Gefechtsbericht über die Marneschlacht», 19.8.1918; KTB , II, batallón, en relación con los hechos del 2 de julio (fol. 2) y el 28 de julio (fol. 6). 32 . BayHSTA, Offiziersakte Hugo Gutmann, Kriegsarchiv, OP40983. Ver Weber, *Hitler's First War* , pp. 215-216, y Othmar Plöckinger, *Unter Soldaten und Agitatoren. Hitlers prägende Jahre im Deutschen Militär 1918-1920* (Paderborn, 2013), pp. 16-17. 33 . Ver Stevenson, *With Our Backs to the Wall* ; y Jonathan Boff, *Winning and Losing on the Western Front: The British Third Army and the Defeat of Germany in 1918* (Cambridge, 2012). 34 . El registro de los diarios de guerra choca con el francés (29 de octubre de 1918, fol. 18) y con el británico (20 de octubre, fol. 9): BayHSTA, no 17, KTB , II, batallón, «Kriegstagebuch mit Anlagen, 1.10.1918-31.10.1918»; BayHSTA,»Gefechtserfahrungen in der Abwehrschlacht bei Bapaume», 3.9.1918, KTB , II, batallón; BayHSTA, no. 17, KTB , II, batallón, «Kriegstagebuch mit Anlagen, 1.9.1918-30.9.1918, fols. 5-8; BayHSTA, no. 19, KTB III, batallón: «Gefechtsbericht für 28 und 29.9.18» por

Huber, de la 2ª compañía (fecha del 7.10.1918), p. 14 (sin foliar). 35 . Véase Nick Lloyd, *Hundred Days: The Campaign that Ended World War I* (Nueva York, 2014), pp. 2-7, 115-132 *et passim* . 36 . Fridolin Solleder, «Ein ungleicher Kampf: 3 gegen 33, 12 Oktober 1918», en Fridolin Solleder (ed.), *Vier Jahre Westfront. Geschichte des Regiments List* (Múnich, 1932), p. 339. 37 . Véase Alexander Watson, *Enduring the Great War: Combat, Morale and Collapse in the German and British Armies, 1914-1918* (Cambridge, 2008), pp. 184-231; y Scott Stephenson, *The Final Battle: Soldiers of the Western Front and the German Revolution of 1918* (Cambridge, 2009), pp. 17-66. 38 . Ver Weber, *Hitler's First War* , pp. 93-94 *et passim* . 39 . Ver Timothy Ryback, *Hitler's Private Library: The Books that Shaped His Life* (Londres, 2009), pp. 3-27. 40 . Weber, *Hitler's First War* , p. 345; y Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , p. 151. 41 . Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , p. 127. 42 . Weber, *Hitler's First War* , p. 141. 43 . Lothar Machtan, *Hitlers Geheimnis. Das Doppelleben eines Diktators* (Berlín, 2001), y «Was Hitlers Homosexualität bedeutet. Anmerkungen zu einer Tabugeschichte», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft* , 51 (2003), pp. 334-351. 44 . Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , p. 157. 45 . Véase Klaus Schwabe, «World War I and the rise of Hitler», *Diplomatic History* , 38 (2014), pp. 864-879; Gerhard Hirschfeld, «Der Führer spricht vom Krieg. Der Erste Weltkrieg in den Reden Adolf Hitlers», en Gerd Krumeich (ed.), *Nationalsozialismus und Erster Weltkrieg* (Essen, 2010); y Henrik Eberle, *Hitlers Weltkriege. Wie der Gefreite zum Feldherrn wurde* (Hamburgo, 2014). 46 . Ver Eberhard Jäckel, *Frankreich in Hitlers Europa. Die deutsche Frankreichpolotik im Zweiten Weltkrieg* (Stuttgart, 1966), p. 13, que señala el contraste. Ver también Weber, *Hitler's First War* , p. 329. 47 . Ver Weber, *Hitler's First War* , pp. 176-178. 48 . Véase Henry Grant (Hugo Gutmann) a Joseph Drexel, 6.11.1946, San Luis, Misuri, en BayHSTA, Offiziersakte Hugo Gutmann, OP 40983.

49 . Wiedemann a Thomsen (copia), 28.9.1939 (Thomsen era consejero en la embajada de Washington), Bundesarchiv Koblenz, Nachlass Wiedemann 6. Ver también Sven Felix Kellerhoff, «Wie Hitler seinen jüdischen Kompaniechef schützte», *Die Welt* , 6.7.2012.

CAPÍTULO 3: LA «COLONIZACIÓN» DE ALEMANIA

1 . Sobre la desmovilización en Múnich, véase Adam R. Seipp, *The Ordeal of Peace: Demobilization and the Urban Experience in Britain and Germany, 1917-1921* (Farnham, 2009), especialmente pp. 91-130. 2 . Discurso, 14.4.1926, RSA , I, p. 383. 3 . Véase N. P. Howard, «The social and political consequences of the Allied food blockade of Germany, 1918-19», *German History* , 11 (1993), pp. 161-188, especialmente pp. 182-187. 4 . Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , p. 187. Sobre el contexto en general, véase Robert Gerwarth, *The Vanquished: Why the First World War Failed to End* (Nueva York, 2016). 5 . Véase Weber, *Wie Adolf*

Hitler zum Nazi wurde , pp. 13, 71-72, 79, 80. 6 . Benjamin Ziemann, «Wanderer zwischen den Welten. Der Militärkritiker und Gegner des entschiedenen Pazifismus Major a.D. Karl Mayr (1883-1945)», en Wolfram Wette (ed.), *Pazifistische Offiziere in Deutschland, 1871-1933* (Bremen, 1999), pp. 273-285. El relato del propio Mayr debe tratarse con cautela: A Former Officer of the Reichswehr [Karl Mayr], «I was Hitler's boss», *Current History* , 1 (noviembre, 1941), pp. 193-199. 7 . Othmar Plöckinger, «Adolf Hitler als Hörer an der Universität München im Jahr 1919. Zum Verhältnis zwischen Reichswehr und Universität», en Elisabeth Kraus (ed.), *Die Universität München im Dritten Reich. Aufsätze. Teil II* (Múnich, 2008), pp. 13-47. 8 . Weber, *Wie Adolf Hitler zum Nazi wurde* , p. 151. 9 . Citado en Weber, *Wie Adolf Hitler zum Nazi wurde* , pp. 171-172. 10 . Ver Weber, *Wie Adolf Hitler zum Nazi wurde* , pp. 152-155, 173. 11 . Ernst Deuerlein, «Hitlers Eintritt in die Politik und die Reichswehr», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 7 (1959), pp. 177-227, en pp. 178-179. Ver también William Mulligan, «Restoring trust within the *Reichswehr* : the case of the *Vertrauensleute*» , *War & Society* , 20, 2 (octubre 2002), pp. 71-90, especialmente pp. 72-73, 82-83, 86. 12 . Ver Weber, *Hitler's First War* , p. 266; Ralf Georg Reuth, *Hitlers Judenhass. Klischee und Wirklichkeit* (Múnich, 2009), pp. 103-116; Joachim Riecker, *Hitlers 9. November. Wie der Erste Weltkrieg zum Holocaust führte* (Berlín, 2009); y Gerd Krumeich, *Die unbewältigte Niederlage. Das Trauma des Ersten Weltkriegs und die Weimarer Republik* (Friburgo, 2018). 13 . Pyta, *Hitler* , pp. 139-140. 14 . Algunos sostienen que el tratado fue bastante indulgente. Sally Marks, «The Myths of Reparations», *Central European History* , 11, 3 (septiembre 1978), pp. 231-255. 15 . Discurso [título solo], 23.8.1919, SA , p. 87; Discurso [título solo], 24.8.1919, SA , p. 87. 16 . Discurso [fragmento solo], [25.8.1919], SA , p. 88. 17 . Véase «Vortragsfolge der Aufklärungskommandos Beyschlag im Lager Lechfeld. Aus dem 'Vorläufigen Bericht' Beyschlags», 20.8.1919, y «Schlussbericht des Oblt Bendt an das Gruppenkommando 4. Lager Lechfeld», 25.8.1919, en Deuerlein, «Hitlers Eintritt», p. 198-199. 18 . Deuerlein, «Hitlers Eintritt», pp. 181 y 185. 19 . Reuth, *Hitlers Judenhass* , pp. 153-191, ofrece el primer comentario sistemático sobre el elemento anticapitalista del primer antisemitismo de Hitler. Véase también Friedrich Tomberg, *Das Christentum in Hitlers Weltanschuung* (Múnich, 2012), pp. 13-14, y Plöckinger, *Unter Soldaten und Agitatoren* , pp. 263-267. 20 . Hitler a Gemlich, 16.9.1919, Múnich, SA , pp. 88-90. Véase también Plöckinger, *Unter Soldaten und Agitatoren* , pp. 272, 340, y Wolfram Meyer zu Uptrup, «Wann wurde Hitler zum Antisemiten? Einige Überlegungen zu einer strittigen Frage», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft* , 43 (1995), pp. 687-697. 21 . Véase Werner Bergmann y Ulrich Wyrwa, *Antisemitismus in Zentraleuropa* (Darmstadt, 2011), pp. 32-61; Heike Hoffmann, «Völkische Kapitalismus-Kritik. Das Beispiel Warenhaus», en Uwe Puschner, Walter Schmitz y Justus H. Ulbricht (eds.), *Handbuch zur «Völkischen Bewegung» 1871-1918* (Múnich, Londres y París, 1996), especialmente, pp. 558-560; y Michele Battini, *Socialism of Fools: Capitalism and Modern Anti-Semitism* (Nueva York, 2016), especialmente pp. 75-110. 22 . Véase

Werner Jochmann (ed.), *Nationalsozialismus und Revolution. Ursprung und Geschichte der NSDAP in Hamburg, 1922-1933. Dokumente* (Fráncfort, 1963), pp. 5-9. 23 . Yo mismo me baso en el relato completo de Weber, *Wie Adolf Hitler zum Nazi wurde* , pp. 191-194. Véase también Ulrich von Hasselbach, «Die Entstehung der nationalsozialistischen deutschen Arbeiterpartei, 1919-1923» (tesis doctoral, Universidad de Leipzig, 1931), p. 20. 24 . Citado en Kershaw, *Hubris* , p. 126. 25 . Ver, por ejemplo, Reginald H. Phelps, «Hitler and the *Deutsche Arbeiterpartei* ', *American Historical Review* , 68 (1963), pp. 974-986. 26 . Ver, por ejemplo. Weber, *Wie Adolf Hitler zum Nazi wurde* , pp. 210-211. 27 . Véase también Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , pp. 263-264. 28 . Discurso, 10.12.1919, SA , p. 99. 29 . Discurso, 10.12.1919, SA , p. 97. 30 . Ver, por ejemplo, Geoffrey Stoakes, *Hitler and the Quest for World Dominion: Nazi Ideology and Foreign Policy in the 1920s* (Leamington Spa y Nueva York, 1986), pp. 82-83. 31 . Comentarios, 7.1.1920, SA , p. 101. Hitler utilizó el término, más fuerte, *verhindert* («impide») en lugar de *behindert* («obstaculiza»). 32 . Discurso, 10.12.1919, SA , p. 96. 33 . Adam Tooze, *The Deluge: The Great War and the Remaking of the Global Order* (Londres, 2014). 34 . El uso ocasional de la expresión por parte de Hitler queda recogido en Rainer Sammet, *'Dolchstoss'. Deutschland und die Auseinandersetzung mit der Niederlage im Ersten Weltkrieg (1918-1933)* (Berlín, 2003), pp. 250-255. 35 . Discurso, 20.9.1920, SA , p. 229. Véase también Gerhard L. Weinberg, «The world through Hitler's eyes», en ídem, *Germany, Hitler and World War II: Essays in Modern Germany and World History* (Cambridge, 1995), pp. 30-53 (aquí, p. 34). 36 . Discurso 20.3.1923, SA , p. 846. Ver también Christian Koller, «*Von Wilden aller Rassen niedergemetzelt». Die Diskussion um die Verwendung von Kolonialtruppen in Europa zwischen Rassismus, Kolonial und Militärpolitik (1914-1930)* (Stuttgart, 2001), especialmente pp. 246-249, 313-319, 325-326, 330, 362-375. 37 . Sobre las atrocidades canadienses y por parte de otras fuerzas aliadas, véase Niall Ferguson, *The Pity of War* (Londres, 1998), pp. 376, 379 *et passim* . 38 . Mayr a Hitler, Múnich, 10.9.1919, en Kriegsarchiv, Reichswehr Gruppenkommando 4, no. 314 Propagandakurse, Teilnehmer, G-Z. 39 . Weber, *Wie Adolf Hitler zum Nazi wurde* , p. 99. Ver también Thomas Raithel,'«Kommt bald nach...». Auswanderung aus Bayern nach Amerika, 1683-2003', en Margot Hamm, Michael Henker y Evamaria Brockhoff (eds.), *Good bye Bayern, Grüß Gott Amerika* (Augsburgo, 2004), pp. 23-36 (las cifras de la p. 25 muestran un pico en la década de 1920). 40 . Véase Gerd Koenen, «Hitlers Russland. Ambivalenzen im deutschen 'Drang nach Osten'», *Kommune* , 1 (2003), pp. 65-78, especialmente pp. 65-68. 41 . Ernst Piper, *Alfred Rosenberg: Hitlers Chefideologe* (Múnich, 2007). 42 . Kai-Uwe Merz, *Das Schreckbild. Deutschland und der Bolschewismus, 1917 bis 1921* (Berlín, 1995). 43 . 27.1.1921, SA , p. 301. Otros ejemplos posteriores son 6.11.1929, RSA , III/2, p. 434 (donde se habla de «desarmar al pueblo alemán y entregarlo a las altas finanzas internacionales»), y Artículo 7.11.1929, RSA , III/2, p. 445. Los materiales utilizados en los cursos de formación del Reichswehr retratan a los socialistas básicamente como instrumentos de la Entente para debilitar a Alemania: Kriegsarchiv Bayern,

Reichswehr-gruppenkommando 4, no. 314. 44 . Discurso, 23.1.1920, SA , p. 106; comentarios, 9.8.1920, SA , p. 183; comentarios, 21.6.1920, SA , p. 150; comentarios, 9.8.1920, SA , p. 183. 45 . Hitler a Riehl, 1.3.1920, Múnich, SA , p. 112. 46 . Ver, por ejemplo, Weber, *Wie Adolf Hitler zum Nazi wurde* , pp. 40, 335. Ver también Manfred Weissbecker, «'Wenn hier Deutsche wohnten...'. Beharrung und Veränderung im Russlandbild Hitlers und der NSDAP «, en Hans-Erich Volkmann (ed.), *Das Russlandbild im Dritten Reich* (Colonia, 1994), pp. 9-54, especialmente pp. 13-15. Ver también Koenen, «Hitlers Russland», pp. 71-72. 47 . Artículo, marzo de 1921, SA , p. 340; Artículo, 15.3.1921, SA , p. 393. 48 . Artículo, 26.5.1921, SA , p. 415. 49 . Discurso, 21.10.1921, SA , p.506. 50 . Ver, por ejemplo, Albert Krebs, *Tendenzen und Gestalten der NSDAP . Erinnerungen an die Frühzeit der Partei von Albert Krebs* (Stuttgart, 1959), p. 121. 51 . Weber, *Wie Adolf Hitler zum Nazi wurde* , p. 364. Ver también Timothy W. Ryback*, Hitlers Bücher. Seine Bibliothek – sein Denken* (Colonia, 2010). 52 . Ver Paul Hoser, «Thierschstrasse 41. Der Untermieter Hitler, sein jüdischer Hausherr und ein Restitutionsproblem», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 65 (2017), pp. 131-161, especialmente pp. 134, 140, 147, 160, 161. 53 . Ver Paul Madden, «Some social characteristics of early Nazi Party members, 1919-23», en *Central European History* , 15 (1982), pp. 34-56. 54 . Discurso, 11.6.1920, SA , p. 142. 55 . Ver, por ejemplo, Hellmuth Auerbach,»Hitlers politische Lehrjahre und die Münchener Gesellschaft 1919-1923», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 25 (1977), pp. 14, 23-24. 56 . J. Noakes y G. Pridham (eds.), *Nazism, 1919-1945: A History in Documents and Eyewitness Accounts* , vol. 1: *The Nazi Party, State and Society, 1919-1939* (Nueva York, 1990), p. 14, atribuye la autoría principal a Hitler y Drexler. 57 . Ver, por ejemplo, Jörg Fisch, «Adolf Hitler und das Selbstbestimmungsrecht der Völker», *Historische Zeitschrift* , 290 (2010), pp. 93-118 (cita en p. 105). 58 . Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , p. 274. 59 . Discurso, 13.8.1920, SA , p. 186; Discurso, 5.10.1921, SA , p. 499. 60 . Ver, por ejemplo, Uwe Degreif, «Woher hatte Hitler das Hakenkreuz? Zur Übernahme eines Symbols», *Zeitschrift für Kulturaustausch* , 41 (1991), pp. 310-316, especialmente p. 314. 61 . Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , pp. 280-281. Sobre la fluctuante tirada de imprenta, ver Charles F. Sidman, «Die Auflagen-Kurve des Völkischen Beobachters und die Entwicklung des Nationalsozialismus, Dezember 1920-November 1923», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 13 (1965), pp. 112-118. 62 . Ver, por ejemplo, Roland V. Layton, 'The *Völkischer Beobachter* , 1920-1933: the Nazi Party newspaper in the Weimar Era», *Central European History* , 3 (1970), pp. 353-382, especialmente p. 372; y Detlef Mühlberger, *Hitler's Voice: The Völkischer Beobachter, 1920-1933* (Berna, 2004), vol. 1, p. 22. 63 . Ludolf Herbst, *Hitlers Charisma. Die Erfindung eines deutschen Messias* (Fráncfort, 2010), p. 14 *et passim* . 64 . Ver Stefan Aust, *Hitlers erster Feind. Der Kampf des Konrad Heiden* (Reinbek, 2016), pp. 78-82, especialmente p. 81. 65 . Discurso, 6.2.1921, SA , p. 312; Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , pp. 271-272, 282. 66 . Véase Krebs, *Tendenzen und Gestalten* , p. 119. 67 . Deuerlein, «Hitlers Eintritt», pp. 177-178.

68 . Orden, Múnich, diciembre de 1919, SA , p. 95. 69 . Longerich, *Hitler* , p. 97. 70 . Véase Auerbach, «Hitlers politische Lehrjahre», p. 16. 71 . Michael Kellogg, *The Russian Roots of Nazism: White Émigrés and the Making of National Socialism, 1917-1945* (Cambridge, 2005), pp. 15-17 *et passim* . 72 . Discurso, 29.1.1923, SA , p. 824. 73 . Mike Joseph, «Max Erwin von Scheubner-Richter: the personal link from genocide to Hitler», en Hans-Lukas Kieser y Elmar Plozza (eds.), *Der Völkermord an den Armeniern, die Türkei und Europa* (Zúrich, 2006), pp. 147-165. Ver también Auerbach, «Hitlers politische Lehrjahre», p. 16; Weber, *Wie Adolf Hitler zum Nazi wurde* , pp. 324-325. 74 . Discurso, 17.12.1922, SA , p. 775. 75 . Hitler a Anton Drexler, Múnich, 9.12.1920, SA , p. 277. 76 . Citado en Reginald H. Phelps, «Anton Drexler, der Gründer der NSDAP «, *Deutsche Rundschau,* 87 (1961), pp. 1134-1143, aquí, p. 1140. 77 . Ver, por ejemplo Wolfgang Horn, *Führerideologie und Parteiorganisation in der NSDAP (1919-1933)* (Düsseldorf, 1972), p. 424 *et passim* . 78 . Ver Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , p. 285. 79 . Thomas Weber, *Becoming Hitler: The Making of a Nazi* (Nueva York, 2017), pp. 111 y 132. 80 . Werner Bräuninger, «'Die Partei ist kein abendländischer Bund!' Die Sommerkrise der NSDAP im Jahre 1921», en Werner Bräuninger, *Hitlers Kontrahenten in der NSDAP , 1921-1945* (Múnich, 2004), pp. 28-37. 81 . Hitler a Ausschuss der NSDAP , 14.7.1921, Múnich, SA , p. 436. 82 . Véase Phelps, «Drexler», pp. 1139-1141. 83 . Albrecht Tyrell, *Vom «Trommler» zum «Führer». Der Wandel von Hitlers Selbstverständnis zwischen 1919 und 1924 und die Entwicklung der NSDAP* (Múnich, 1975), pp. 132-133 *et passim* . 84 . Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , p. 295. 85 . Ver, por ejemplo, Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , p. 301. 86 . Tyrell, *Vom «Trommler' zum 'Führer»* , pp. 132, 139-140, 146-147. 87 . Ver Egon Fein, *Hitlers Weg nach Nürnberg. Verführer, Täuscher, Massenmörder. Eine Spurensuche in Franken mit hundert Bilddokumenten* (Núremberg, 2002), pp. 84-85. 88 . Ver, por ejemplo, Hellmuth Auerbach,»Regionale Wurzeln und Differenzen der NSDAP , 1919-1923», en Horst Möller, Andreas Wirsching y Walter Ziegler (eds.), *Nationalsozialismus in der Region. Beiträge zur regionalen und lokalen Forschung und zum internationalen Vergleich* (Múnich, 1996), pp. 65-85. 89 . Herbert Speckner, 'Die Ordnungszelle Bayern. Studien zur Politik des bayerischen Bürgertums, insbesondere der bayerischen Volkspartei von der Revolution bis zum ende des Kabinetts Dr von Kahr» (tesis doctoral, Universidad de Erlangen, 1955). 90 . Se Kai Uwe Tapken, *Die Reichswehr in Bayern von 1919 bis 1924* (Hamburgo, 2002), pp. 415, 419 *et passim.* 91 . Ver Bruno Thoss, *Der Ludendorff Kreis, 1919-1923. München als Zentrum der mitteleuropäischen Gegenrevolution zwischen Revolution und Hitler-Putsch* (Múnich, 1978), especialmente pp. 453-455. 92 . Weber, *Wie Adolf Hitler zum Nazi wurde* , *passim* . 93 . Speckner, «Ordnungszelle Bayern», p. 27. 94 . Discurso, 12.4.1922, SA , p. 624. 95 . Discurso, 17.12.1922, SA , p. 769. Más en general, ver Richard Steigmann-Gall, *The Holy Reich: Nazi Conceptions of Christianity, 1919-1945* (Cambridge, 2003); Samuel Koehne, «Reassessing *The Holy Reich:* leading Nazis' views on confession, community and "Jewish" materialism», *Journal of Contemporary History* , 48 (2013), pp. 423-445; Thomas

Schirrmacher, *Hitler's Kriegsreligion* , 2 vols. (Bonn, 2007); Rainer Bucher, *Hitlers Theologie* (Würzburg, 2008); Claus-Ekkehard Bärsch, *Die politische Religion des Nationalsozialismus. Die religiösen Dimensionen der NS -Ideologie in den Schriften von Dietrich Eckart, Joseph Goebbels, Alfred Rosenberg und Adolf Hitler* (Múnich, 1998). 96 . Discurso, finales de diciembre de 1922, SA , p. 775. 97 . Véase Derek Hastings, *Catholicism and the Roots of Nazism: Religious Identity and National Socialism* (Oxford y Nueva York, 2010), pp. 12, 14, 78, 107-142 *et passim* . 98 . Véase Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , p. 283. 99 . Por ejemplo, «Betr. Verbot des Völkischen Beobachters», Múnich, 29.4.1920, Staatsarchiv Múnich, Pol. Dir. 6697; Ramer (Polizeidirektion) to *Völkischer Beobachter* , 5.10.1921, Múnich, Staatsarchiv München, Pol. Dir. 6697, fols. 119-120. 100 . Véase Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , p. 298. 101 . Artículo, 23.1.1922, SA , p. 553. 102 . Discurso, 28.7.1922, SA , p. 669; Discurso, 16.8.1922, SA , p. 680; Discurso, 7.8.1922, SA , p. 674. 103 . Este párrafo está basado en Henry Ashby Turner, Jr., *German Big Business and the Rise of Hitler* (Oxford,1985), pp. 49-55 (cita en p. 52). 104 . Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , p. 304; Peter Manstein, *Die Mitglieder und Wähler der NSDAP , 1919-1933. Untersuchungen zu ihrer schichtmässigen Zusammensetzung* , tercera edición (Fráncfort, 1990), p. 115, da una cifra más baja. 105 . Joachim Albrecht, *Die Avantgarde des «Dritten Reiches». Die Coburger NSDAP während der Weimarer Republik, 1922-1933* (Fráncfort, 2005), pp. 79-81. 106 . Peter Bor, *Gespräche mit Halder* (Wiesbaden, 1949), p. 109. 107 . Panfleto del NSDAP , 11.2.1922, SA , p. 571; Discurso, 5.10.1921, SA , p. 499; Discurso, «Antes de 9.11.1922», SA , p. 726. 108 . Discurso, 17.6.1920, SA , p. 147; Discurso, 6.3.1921, SA , p. 336; apuntes para un discurso, 6.3.1921, SA , p. 335. 109 . Artículo, 27.1.1923, SA , p. 798; Discurso, 17.4.1920, SA , p. 123; Discurso, 28.2.1921, SA , p. 328; Discurso, 17.6.1920, SA , p. 148; Discurso, 24.11.1920, SA , p. 268. 110 . Artículo, 6.3.1921, SA , p. 330; Discurso, 25.1.1923, SA , p. 798; Discurso, 11.6.1920, SA , p. 145; Notas para un discurso, «Julio 1920», SA , p. 154. 111 . Discurso, 22.9.1920, SA , p. 235; Discurso, 13.4.1923, SA , p. 890; Discurso, 17.4.1920, SA , p. 122; Discurso, 13.4.1923, SA , p. 891; Discurso, 7.8.1922, SA , p. 677; «Nach April 1923', SA , pp. 857, 859. 112 . Discurso, 31.5.1920, SA , p. 137; Discurso, 3.1.1923, SA , p. 777; Discurso, 21.4.1922, SA , pp. 629-631; Artículo, 6.3.1921, SA , p. 330; Discurso, 28.9.1922, SA ,p. 697; notas para un discurso, 1.9.1921, SA , p. 486. 113 . Comentarios, 20.8.1920, SA , p. 205; Discurso, 26.10.1921, SA , p. 509; Discurso, 31.8.1920, SA , p. 219; Circular, 19.11.1921, SA , p. 522. Véase también Rainer Zitelmann, *Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs* (Stuttgart,1987), p. 28 *et passim* ; Claus-Christian Szejnmann, «Nazi economic thought and rhetoric during the Weimar Republic: capitalism and its discontents», *Politics, Religion & Ideology* , 14 (2013), pp. 355-376; y Henry A. Turner Jr, «Hitlers Einstellung zu Wirtschaft and Gesellschaft vor 1933», Geschichte y Gesellschaft, 2 (1976) p. 97. 114 . Discurso, 5.9.1920, SA , p. 222; Discurso, noviembre 1920, SA , p. 268; Discurso, 19.8.1921, SA , p. 458. 115 . Discurso, 26.10.1921, p. 509. 116 . Discurso, 4.3.1920, SA , p. 114. 117 . Por ejemplo, Discurso, 6.7.1920, SA , p. 158. Ver

también: Discurso, 24.6.1920, SA , p. 151; Discurso, 21.7.1920, SA , p. 163; Notas para un discurso, 31.5.1921, SA , pp. 421-422. 118 . Ver Michael Geyer, «Insurrectionary warfare: the German debate about a *levée en masse* in October 1918», *Journal of Modern History* , 73 (2001), pp. 459-527, especialmente pp. 512-513 *et passim* . 119 . Notas para un discurso [después del 29.1.1921], SA , p. 306; Discurso, 11.6.1920, SA , p. 144; Discurso, 7.8.1920, SA , p. 176; Discurso, 12.4.1922, SA , p. 612; Discurso,11.8.1922, SA, p. 677. 120 . Discurso, 20.9.1920, SA , p. 229; Discurso, 17.2.1922, SA , p. 577. 121 . Así es como Keith L. Nelson, «The 'Black Horror on the Rhine': race as a factor in post-World War I diplomacy», *Journal of Modern History* , 42 (1970), pp. 606-627, traduce el uso que Hitler hace del término, p. 626. 122 . Discurso, 30.11.1922, SA , p. 752; Discurso, 24.4.1923, SA , p. 913; notas para un discurso, 20.7.1921, SA , pp. 441-442; Discurso, 28.6.1922, SA , p. 665; Discurso, 11.6.1920, SA , p. 144; Discurso, 11.1.1923, SA , p. 783. 123 . Citado en Gerwin Strobl, *The Germanic Isle: Nazi Perceptions of Britain* (Cambridge, 2000), p. 45. 124 . Véase Jared Poley, *Decolonization in Germany: Weimar Narratives of Colonial Loss and Foreign Occupation* (Berne, 2005), pp. 215-247. 125 . Iris Wigger, *Die «schwarze Schmach am Rhein». Rassistische Diskriminierung zwischen Geschlecht, Klasse, Nation und Rasse* (Münster, 2007), p. 36 *et passim* . 126 . Marcia Klotz, «The Weimar Republic: a postcolonial state in a still-colonial world», en Eric Ames, Marcia Klotz y Lora Wildenthal (eds.), *Germany's Colonial Pasts* (Lincoln, Nebr. y Londres, 2005), pp. 135-147, especialmente pp. 143-145. 127 . En Jonathan Peter Spiro, *Defending the Master Race: Conservation, Eugenics and the Legacy of Madison Grant* (Lebanon, Va., 2009). 128 . Ver Kris K. Manjapra, «The illusions of encounter: Muslim 'minds' and Hindu revolutionaries in First World War Germany and after», *Journal of Global History* , 1 (2006), pp. 363-382, especialmente p. 380. 129 . Discurso, 19.8.1921, SA , p. 458; Artítulo, 1.1.1921, SA , p. 281; Artículo, 27.1.1921, SA , p. 301; Discurso, 5.5.1922, SA , p. 638; Discurso, 24.4.1923, SA , p. 912; notas para un discurso, «mediados 1922», SA , p. 648. 130 . Discurso, 11.6.1920, SA , p. 146; Discurso, 26.10.1920, SA , p. 252; Discurso, [antes de 6.6.1920], SA , p. 140; Discurso, 12.4.1922, SA , p. 617; Discurso, 28.7.1922, SA , p. 663. 131 . Discurso, 22.6.1922, SA , p. 645; Discurso, 28.6.1922, SA , p. 660. 132 . Discurso, 8.11.1922, SA , p. 723. 133 . Ver, por ejemplo, Lorna Waddington, *Hitler's Crusade: Bolshevism, the Jews and the Myth of Conspiracy* (Londres y Nueva York, 2012), p. 34. 134 . Discurso,18.11.1920, SA , p. 732; Conversación, finales de diciembre de 1922, SA , p. 773. 135 . Discurso,17.6.1923, SA , p. 937. 136 . Discurso, 7.5.1920, SA , p. 130; notas para un discurso, 6.3.1921, SA , p.334; Discurso, 5.11.1920, SA , p. 257; Discurso, 21.11.1922, SA , p. 739; Discurso, 11.6.1920, SA , p.144. 137 . Hitler y Anton Drexler a Walter Riehl, Múnich, 1.3.1920, SA , p. 112. 138 . Declaración ante el tribunal, 27.1.1921, SA , p. 303. 139 . Panfleto del NSDAP , 24.9.1921, SA , pp. 492-493. 140 . Werner Bräuninger, «'Als Redner war Ballerstedt mein grösster Gegner'. Ein bayerischer Separatist gegen Hitler», en Bräuninger, Hitlers Kontrahenten, pp. 19-27 (citas en pp. 19-21). 141 . Discurso, 10.4.1923, SA ,

p. 877; Discurso, 28.12.1921, SA , p. 536; Discurso,17.4.1920, SA , p. 124; notas para un discurso, 25.8.1920, SA , p. 208; Discurso, 6.3.1921, SA , p. 335; notas para un discurso, 10.4.1923, SA , p. 869. 142 . Discurso, 11.6.1920, SA , pp. 142, 145; Proclamación, 23.9.1922, SA , pp. 694-695; notas para un discurso, 10.4.1923, SA , p. 870. 143 . Discurso,17.4.1923, SA , p. 901. En la misma línea: Discurso, 20.9.1920, SA , p. 230. 144 . Notas para un discurso,8.12.1920, SA , p. 272. 145 . Véase Brendan Simms, «The return of the primacy of foreign policy», en William Mulligan y Brendan Simms (eds.), *German History* , 21, 3 (2003), número especial sobre «The Primacy of Foreign Policy in German History», pp. 275-292. 146 . Discurso, 29.1.1923, SA , p. 822. 147 . Véase Christian Koller, «Defeat and foreign rule as a narrative of national rebirth – the German memory of the Napoleonic period in the nineteenth and early twentieth centuries», en Jenny Macleod (ed.), *Defeat and Memory: Cultural Histories of Military Defeat in the Modern Era* (Basingstoke, 2008), pp. 30-45, especialmente pp. 31-32, 36-39. 148 . Ver, por ejemplo, Geyer, «Insurrectionary warfare», especialmente pp. 508, 524-527. 149 . Discurso, 13.8.1920, SA , pp. 187-190; Discurso, 6.7.1920, SA , p. 159; notas para un discurso, abril/mayo 1923, SA , pp. 854-855; Discurso, 28.7.1922, SA , p. 663; Discurso, 21.11.1922, SA , p. 737; Discurso, 17.5.1923, SA , p. 928. Ver también Francis R. Nicosia, *The Third Reich and the Palestine Question* (Londres, 1985), pp. 26-28. 150 . Discurso, 17.5.1923, SA , p. 928; Discurso, 10.4.1923, SA , p. 877; Discurso, 30.9.1923, SA , p. 1020. 151 . Discurso, 17.1.1921, SA , p. 297; Discurso, 27.4.1920, SA , p. 127; Discurso, 11.11.1921, p. 515; Discurso, 28.7.1922, SA , p. 671; Proclamación, 29.9.1923, SA , p. 1019. 152 . Discurso, 25.7.1923, SA , p. 951; Discurso, 4.3.1923, SA , p. 843; Discurso, 7.8.1920, SA , p. 177; Discurso, 3.1.1923, p. 779. 153 . Ver, por ejemplo, Rainer Sammet, «Judenmord als Mittel der Kriegführung. Die mörderische 'Lehre' aus der Niederlage im Ersten Weltkrieg», *Historische Mitteilungen* , 23 (2010), pp. 114-146. 154 . Hitler a Gemlich, 16.9.1919, SA , pp. 89-90. 155 . Citado en Pyta, *Hitler* , p. 173. 156 . Artículo, 26.5.1921, SA , p. 414; Discurso, 17.1.1921, SA , p. 297; Discurso, 19.11.1920, SA , p. 263. 157 . Discurso, 12.4.1922, SA , p. 621; notas para un discurso, 17.2.1922, SA , p. 572; Entrevista [antes de octubre de 1923], SA , p. 1023; Discurso,19.6.1920, SA , p. 149. 158 . Ver Max H. Kele, *Nazis and Workers: National Socialist Appeals to German Labor, 1919-1933* (Chapel Hill, 1972), pp. 80, 109-110 *et passim* ; y Joachim Bons, *Nationalsozialismus und Arbeiterfrage . Zu den Motiven, Inhalten und Wirkungsgründen nationalsozialistischer Arbeiterpolitik vor 1933* (Pfaffenweiler, 1995), pp. 42-57. 159 . Discurso, 7.8.1920, SA , p. 178; Discurso, 26.2.1923, SA , p. 841. 160 . Discurso, 10.12.1919, SA , p. 97; Discurso, 17.4.1920, SA , p. 122; Discurso, 30.11.1920, SA , p. 269; Discurso, 12.4.1923, SA , p. 877; Discurso, 26.5.1920, SA , p. 135. 161 . Citado en Weber, *Wie Adolf Hitler zum Nazi wurde* , p. 267. 162 . Discurso, 28.7.1922, SA , p. 658; Conversación [finales de diciembre de 1922], SA , p. 774. 163 . Discurso, 20.4.1923, SA , p. 908. 164 . Véase Arthur L. Smith, Jr., «Kurt Lüdecke: the man who knew Hitler», *German Studies Review* , 26 (2003), pp. 597-606, especialmente p. 598. 165 .Véase Brigitte Hamann,

Winifred Wagner oder Hitlers Bayreuth (Fráncfort, 2002), p. 107. 166 . Detlev Clemens, *Herr Hitler in Germany. Wahrnehmung und Deutungen des Nationalsozialismus in Grosbritannien 1920 bis 1939* (Gotinga y Zúrich, 1996), pp. 45-51. 167 . Truman Smith comenta una conversación con Hitler, 20.11.1922, SA , p. 733. 168 . Henry G. Gole, *Exposing the Third Reich: Colonel Truman Smith in Hitler's Germany* (Lexington, Kentucky, 2013), pp. 65-67. 169 . Véase David G. Marwell, «Unwonted exile: a biography of Ernst 'Putzi' Hanfstaengl» (tesis doctoral, New York State University, 1988), pp. 21-23, 56, 74 *et passim* . 170 . Ver, por ejemplo, Marwell, «Unwonted exile», p. 87. 171 . [Mayr], «I was Hitler's boss», p. 196. 172 . Discurso, 28.9.1922, SA , p. 718. 173 . Discurso, 6.7.1920, SA , p. 158; Discurso, 12.9.1923, SA , p. 1007; notas para un discurso, 31.5.1921, SA , p. 421. 174 . Stefan Ihrig, *Atatürk in the Nazi Imagination* (Londres y Cambridge, Mass., 2014), pp. 10-67 y p. 87 (específicamente para Hitler). 175 . Discurso, 18.9.1922, SA , p. 691; Conversación [antes del 3.11.1922], SA , p.722; Discurso, 14.11.1922, SA , p. 728; Entrevista, 2.10.1923, SA , p. 1027. Véase también Wolfgang Schieder, *Adolf Hitler. Politischer Zauberlehrling Mussolinis* (Berlín, 2017), p. 19 *et passim* . 176 . Discurso, 14.11.1922, SA , p. 728. 177 . Ver, por ejemplo, Walter Werner Pese, «Hitler und Italien, 1920-1926», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 3 (1955), pp. 113-126, especialmente, pp. 113-114. 178 . Entrevista, 19.8.1923, SA , p. 975; Discurso, 21.7.1920, SA , p. 163; Discurso, 1.8.1920, SA , p. 169. 179 . Discurso, 8.4.1921, SA , p. 362; Discurso, 31.5.1920, SA , pp. 137-138; Discurso, 10.9.1922, SA , p. 688. 180 . Discurso, 17.6.1920, SA , p. 148; Discurso, 26.6.1920, SA , p.153. 181 . Discurso, 24.6.1920, SA , p. 151; Discurso, 6.7.1920, SA , p. 160. Ver también Klaus Hildebrand, *Vom Reich zum Weltreich. Hitler, NSDAP und koloniale Frage, 1919-1945* (Múnich, 1969). 182 . Discurso, 1.8.1920, SA , p. 168; Discurso, 31.5.1921, SA , p. 426; Conversación [finales de diciembre de 1922], SA , p. 773. 183 . Discurso, 3.1.1923, SA , p. 780; Discurso, 26.2.1923, SA , p. 836; Artículo [después de 10.3.1921], SA , p. 340; Artículo, 26.5.1921, SA , p. 412; Artículo, 26.5.1921, SA , p. 415. 184 . Discurso, 28.7.1922, SA , p. 671; Discurso, 8.11.1922, SA , p. 724; Conversación, 14.11.1922, SA , p. 729; Discurso, 21.11.1922, SA , p. 736. 185 . Citado en Hamann, *Hitlers Bayreuth* , p. 77. 186 . Conversación [finales de diciembre de 1922], SA , pp. 772-773.

CAPÍTULO 4: LA LUCHA POR BAVIERA

1 . Martin Schlemmer, *«Los von Berlin». Rheinstaatbestrebungen nach dem Ersten Weltkrieg* (Colonia, 2007), pp. 80-174. 2 . Matthias Strohn, *The German Army and the Defence of the Reich: Military Doctrine and the Conduct of the Defensive Battle, 1918-1939* (Cambridge, 2011), pp. 63-86. 3 . Véase un ejemplo de la implicación del Partido Nazi en estos preparativos sobre el terreno en Alfred Krebs, *Tendenzen und Gestalten der NSDAP . Erinnerungen an die Frühzeit der*

Partei (Stuttgart, 1959), pp. 123-125. 4 . Véase Bernhard Fulda, «Adolf Hitler als Medienphänomen», en Klaus Arnold, Christoph Classen, Susanne Kinnebrock, Edgar Lersch y Hans-Ulrich Wagner (eds.), *Von der Politisierung der Medien zur Medialisierung des Politischen? Zum Verhältnis von Medien, Öffentlichkeiten und Politik im 20. Jahrhun- dert* (Leipzig, 2010), pp. 141-159 (aquí, p. 144). 5 . Turner, *Big Business* , pp. 54-55. 6 . Citado en Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , p. 306. 7 . Véase el gráfico en Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , p. 277. 8 . Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , p. 305. 9 . Detlef Mühlberger, *Hitler's Voice: The Völkischer Beobachter, 1920-1933* (Berna, 2004), vol. 1, pp. 29-30. 10 . Ver, por ejemplo, Weber, *Becoming Hitler* , *passim* . 11 . Discurso, 27.6.1923, SA , p. 940. 12 . Citas en Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , p. 304. 13 . Discurso, 6.7.1923, SA , p. 947. 14 . Véase Derek Hastings, *Catholicism and the Roots of Nazism: Religious Identity and National Socialism* (Oxford y Nueva York, 2010), pp. 113, 148-149. 15 . Ver, por ejemplo, Stephan Malinowski, *Vom König zum Führer. Sozialer Niedergang and politische Radikalisierung im deutschen Adel zwischen Kaiserreich and NS - Staat* (Berlín, 2003), pp. 374-376. 16 . Véase Manfred Franke, *Albert Leo Schlageter* , *Der erste Soldat des 3. Reiches. Die Entmythologisierung eines Helden* (Colonia, 1981), pp. 110-111. 17 . Discurso, 11.1.1923, SA , p. 786; Discurso, 27.1.1923, SA , p. 811; Discurso, 11.1.1923, SA , p. 782. 18 . Ver los recuerdos del testigo presencial Hans-Harald von Selchow, 15.10.1956, Sigmaringen, en Bayerisches Hauptstaatsarchiv, Abt. IV, Kriegsarchiv, HS 2775. 19 . Memorándum, 19.4.1923, SA , pp. 902-905 (citas en pp. 903 y 905). 20 . Gottfried Feder, *Der Deutsche Staat auf nationaler und sozialer Grundlage* (Múnich, 1923), p. 6. 21 . «Arbeitsplan des Ausschusses für Volksernährung der nationalsozialistischen Bewegung in vierzehn Thesen», 25.6.1923, Múnich, Staatsarchiv München, Pol. Dir. 6697, fols. 48-53. Ver también Hitler a Sesselmann, 4.7.1923, SA , p. 943. 22 . Ver Bruno Thoss, *Der Ludendorff Kreis, 1919-1923. München als Zentrum der mitteleuropäischen Gegend zwischen Revolution und Hitler-Putsch* (Múnich, 1978), pp. 460-461. Hitler reiteraría más adelante este tema en *Mein Kampf* : MK , I, p. 1551. 23 . Discurso, 27.4.1923, SA , p. 915. 24 . Referido en «Die Lage der Juden in Bayern», *Bayerische Staatszeitung* , 20.11.1923, Staatsarchiv München, Pol. Dir. 6697, fol. 238. 25 . Ver declaración policial del miembro de las SA arrestado, Fritz Huber, 6.6.1923, Polizeidirektion VIa/Ia, Múnich, Staatsarchiv München, Pol. Dir. 6697, fol. 3333. 26 . Christiane Eifert, «Antisemit und Autokönig. Henry Fords Autobiographie und ihre deutsche Rezeption in den 1920er-Jahren», *Zeithistorische Forschungen/Studies in Contemporary History,* 6, 2 (2009), pp. 209-229, especialmente pp. 218-220. Ver también Max Wallace, *The American Axis: Henry Ford, Charles Lindbergh and the Rise of the Third Reich* (Nueva York, 2003), especialmente pp. 43-45. 27 . Ver el informe «Die Geldquellen Hitlers», *Münchener Post* , 21.6.1923, Stadtarchiv München, Zeitungsausschnitte-Personen, Hitler, Adolf. 28 . Conversación [antes de 17.3.1923], SA , p. 845. Robert D. Murphy, *Diplomat among Warriors* (Nueva York, 1964), p. 41. 29 . *München-Augsburger Abendzeitung* , 4.2.1923, Staatsarchiv München, Pol. Dir. 6697, fol. 30 . Citado en Hamann, *Hitlers*

Bayreuth , p. 75. Raffael Scheck, «Swiss funding for the early Nazi movement: motivation, context and continuities», *Journal of Modern History* , 71, 4 (1999), pp. 793-813. 31 . Hitler a Karl von Wiegand [antes del 22 de abril de 1923], SA , p. 910. 32 . Pese, «Hitler und Italien». 33 . Entrevista, 20.8.1923, SA , pp. 974-975. 34 . Ver, por ejemplo, Marwell, «Unwonted exile», pp. 85-87, 90, 96 *et passim* . 35 . Declaración policial, 13.1.1923, SA , pp. 787-789. 36 . Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , p. 305. 37 . Véase Lothar Gruchmann, «Hitlers Denkschrift an die bayerische Justiz vom 16. Mai 1923. Ein verloren geglaubtes Dokument», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 39 (1991), pp. 305-328, especialmente pp. 306 y 324. 38 . Ver relato del Kriminalkommissar Anton Altmann, «Versammlung der Nationalsozialisten im Zirkusgebäude am 14.7.1923», en Staatsarchiv München, Pol. Dir. 6697, fol. 7, y documentos siguientes. 39 . Dieter Groh, *Negative Integration und revolutionärer Attentismus. Die deutsche Sozialdemokratie am Vorabend des Ersten Weltkrieges* (Fráncfort, 1973). 40 . Discurso, 27.1.1923, SA , p. 812. 41 . Citado en Ihrig, *Atatürk in the Nazi Imagination* , p. 87. 42 . Ver Georg Franz-Willing, *Krisenjahr der Hitlerbewegung. 1923* (Preussisch Oldendorf, 1975), pp. 173-176. 43 . Véase Matthias Damm, *Die Rezeption des italienischen Faschismus in der Weimarer Republik* (Baden-Baden, 2013), pp. 330-332. 44 . Erwin Bischof, *Rheinischer Separatismus, 1918-1924. Hans Adam Dortens Rheinstaatbestrebungen* (Berna, 1969), pp. 118, 125. 45 . Citado en Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , p. 317. 46 . Ver testimonio en HP , II, p. 566. 47 . Discurso, 16.9.1923, SA , p. 1014. 48 . Georg Franz-Willing, *Putsch und Verbotszeit der Hitlerbewegung, November 1923-Februar 1925* (Preussisch Oldendorf, 1977), pp. 15-19. Sobre una retórica más conciliadora de Hitler en este contexto, ver 30.10.1923, SA , p. 1050. 49 . Proclamación, 25.9.1923, SA , p. 1014. 50 . Memorándum, 27.9.1923, SA , p. 1015. 51 . Udo Bermbach, *Houston Stewart Chamberlain. Wagners Schwiegersohn – Hitlers Vordenker* (Stuttgart y Weimar, 2015), pp. 559-561. 52 . Véase Weber, *Becoming Hitler* , pp. 281-286. 53 . Alexander Klotz, «Gustav von Kahr (1862-1934). Nicht nur der Verantwortung seines Amtes nicht gewachsen», *Bayernspiegel. Zeitschrift der bayerischen Einigung und bayerischen Volksstiftung* , 6 (1998), pp. 2-9. 54 . Ver Franz-Willing, *Putsch und Verbotszeit der HitlerHitler- bewegung bewegung* , p. 9 (con cita). 55 . Ver las advertencias que Krebs envió a Hitler en Krebs, *Tendenzen und Gestalten* , p. 125. 56 . Hitler a Kahr, 27.9.1923, Múnich, SA , p. 1017. 57 . Proclamación, 29.9.1923, SA , p. 1019. 58 . HP , III, p. 854. Sobre las preocupaciones nazis de la época respecto a la relación de Kahr con el BVP y las tendencias separatistas, véanse los documentos en Ernst Deuerlein (ed.), *Der Hitler-Putsch. Bayerische Dokumente zu 8./9. November 1923* (Stuttgart, 1962), pp. 183, 214, 218, 238-239 *et passim* . 59 . Discurso, 23.10.1923, SA , pp. 1043 y 1049. 60 . Entrevista [30.9.1923], Bayreuth, SA , p. 1022. 61 . Entrevista [antes de octubre de 1923], SA , p. 1023. 62 . Rob Dorman, «Monroe Doctrine for Germany», *Standard Examiner* , Septiembre 1923. Agradezco a Tom Weber que me haya proporcionado esta referencia. 63 . Entrevista, 14.10.1923, SA , pp. 1035-1037. 64 . Véase HP , III, p. 1025. 65 .

Joachimsthaler, *Hitlers Weg* , p. 318. 66 . Sobre esto, véase también John Dornberg, *Der Hitlerputsch. 9 November 1923* (Múnich, 1983), pp. 12-13. 67 . HP , II, pp. 567-568. Ver también la declaración publicada: «Proklamation an das deutsche Volk!», Stadtarchiv München, 282/1. 68 . Proclamación, 8.11.1923, SA , pp. 1056-1057 (cita en p. 1057). 69 . Ver, por ejemplo Marwell, «Unwonted exile», pp. 101-102; Peter Conradi, *Hitler's Piano Player* (Londres, 2004), p. 57. 70 . Werner Bräuninger, «'Hitler bedroht Kronprinz Rupprecht'. Die Auseinandersetzung mit dem Monarchisten Joseph Graf von Soden-Fraunhofen», en Bräuninger, *Hitlers Kontrahenten* , pp. 98-124 (cita en p. 99). 71 . Ver, por ejemplo, Hamann, Hitlers Bayreuth, p. 87. 72 . HP , II, p. 568. 73 . Panfleto de una página, fechado el 8-9 de noviembre de 1923, en Stadtarchiv München, Zeitgeschichtliche Sammlungen, 282/1. 74 . Proclamación de Kahr, «Der Hitler-Putsch», 9.11.1923, Stadtarchiv München, 282/1. 75 . «Die Wahrheit dringt doch durch», por «Ein Mitkämpfer der völkischen Freiheitsbewegung», en Stadtarchiv München, 282/1. 76 . El material relacionado con la época de Hitler aparece recogido en Peter Fleischmann (ed.), *Hitler als Häftling in Landsberg am Lech 1923/24 . Der Gefangenen-Personalakt Hitler nebst weiteren Quellen aus der Schutzhaft-, Untersuchungshaft- und Festungshaftanstalt Landsberg am Lech* (Neustadt an der Aisch, 2015). 77 . Hess a Klara y Fritz Hess, 8.11.1923, HB , p. 313. 78 . Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches. Adolf Hitlers «Mein Kampf», 1922-1945* , segunda edición (Múnich, 2011), pp. 30-31. 79 . Citado en Otto Gritschneder, *Bewährungsfrist für den Terroristen Adolf H. Der Hitler-Putsch und die bayerische Justiz* (Múnich, 1990), p. 35. 80 . Ver, por ejemplo, Hamann, *Hitlers Bayreuth* , pp. 97-99. 81 . HP , I, pp. 299-300 y 305-306. 82 . Ver Volker Dotterweich, «Vom 'Marsch nach Berlin' zum 'Marsch nach Landsberg'. Hitlers Wege nach Landsberg, 1923-1939», en Volker Dotterweich y Karl Filser (eds.), *Landsberg in der Zeitgeschichte – Zeitgeschichte in Landsberg* (Múnich, 2010), pp. 151-193, en lo que se basa gran parte de este párrafo. Ver también Hermann Kriegl, *Die «Hitler-Stadt». Hass auf Juden – NS Dynamik Endlösung»* (Landsberg am Lech, 2009), especialmente pp. 57-60. 83 . Hermann Fobke a Ludolf Haase, 23.6.1924, Landsberg, en Werner Jochmann, *Nationalsozialismus und Revolution. Ursprung und Geschichte der NSDAP in Hamburg 1922-1933. Dokumente* (Fráncfort, 1963), pp. 90-92 (cita en p. 92). Esta carta también contiene una descripción de la rutina diaria de Hitler. 84 . Hitler a Vogel, 10.1.1924, Landsberg, SA , p. 1060. 85 . Ver en general David Jablonsky, *The Nazi Party in Dissolution: Hitler and the Verbotzeit, 1923-1925* (Londres, 1989), pp. 26-27, 30, 32. 86 . Por ejemplo, en Decreto, mayo 1923, RSA , I, p. 85, Hitler describía el diario de Rosenberg *Der Weltkampf* como perteneciente al «indispensable arsenal [intelectual] de todo líder nacionalsocialista». 87 . Jablonsky, *Nazi Party in Dissolution* , pp. 55, 160, 175 (cita en p. 65). 88 . Ver, por ejemplo el informe *Münchner Neueste Nachrichten* citado en HP , IV, p. 1597. 89 . Bernd Steger, «Der Hitler – prozess und Bayerns Verhältnis zum Reich, 1923/24», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 25, 4 (1977), pp. 441-466, especialmente pp. 442-448, 455. 90 . Por ejemplo, HP , I, pp. 20-22, 40. 91 . HP , I, pp. 32-33. 92 . HP , II, p. 533. 93 .

Citado en Jablonsky, *Nazi Party in Dissolution* , p. 71. 94 . HP , III, pp. 1014, 1024 y 1036. 95 . HP , IV, pp. 1574-1589 (con citas). 96 . GT , I/1/I, 13.3.1924, p. 107; 15.3.1924, I/1/I, p. 107; 17.3.1924, I/1/I, p. 108. 97 . Proclamación, 1.4.1924, SA , p. 1228. 98 . Su declaración aparece citada en «Das Programm Hitlers», *Münchner Neueste Nachrichten* , 16.5.1924, Stadtarchiv München, Zeitungsausschnitte, Personen, 212/6, Hitler, Adolf, 1924/IV. 99 . Véase Albrecht Ritschl, *Deutschlands Krise und Konjunktur, 1924-1934. Binnenkonjunktur, Auslandsverschuldung und Reparations problem zwischen Dawes-Plan und Transfersperre* (Berlín, 2002). 100 . Referido como con fecha de 1924 por Walter Stang, que trabajaba para el *Deutsche Zeitung* y visitaba con frecuencia a Hitler en Landsberg, citado en MK , I, p. 627. 101 . Ver, por ejemplo, Angelika Müller, «Der 'jüdische Kapitalist' als Drahtzieher und Hintermann. Zur antisemitischen Bildpolemik in den nationalsozialistischen Wahlplakaten der Weimarer Republik, 1924-1933», en *Jahrbuch für Antisemitismusforschung 7* , ed. Wolfgang Benz para el Zentrum für Antisemitismusforschung der Technischen Universität Berlin (Fráncfort y Nueva York, 1998), pp. 174-197, especialmente pp. 174-179. 102 . Ver, por ejemplo, Christopher Clark, «Weimar politics and George Grosz», en *The Berlin of George Grosz: Drawings, Watercolours and Prints, 1912-1930* (New Haven y Londres, 1997), pp. 21-27 (aquí p. 27). 103 . Jablonsky, *Verbotzeit* , p. 85. Sobre la diversidad social del votante nazi, véase Thomas Childers, *The Nazi Voter: The Social Foundations of Fascism in Germany, 1919-1933* (Chapel Hill, 1983). 104 . Jablonsky, Verbotzeit, p. 93. 105 . Veánse las dos documentaciones (16 de noviembre 1923-20 de febrero de 1924; 3 de abril de 1924-10 de diciembre de 1924) en Fleischmann (ed.), *Hitler als Häftling in Landsberg am Lech* , pp. 231-376. 106 . Ver Hitler a Ludolf Hasse, 16.6.1924, SA , p. 1238, y Declaración, 7.7.1924, SA , p. 1241. Véase también Hermann Fobke a Ludolf Haase, 23.6.1924, Landsberg, en Jochmann, Nationalsozialismus und Revolution, pp. 90-92. 107 . Citado en Plöckinger, *Geschichte eines Buches* , p. 48. 108 . Por ejemplo, Declaración [antes del 7.7.1924], SA , p. 1241; Declaración, 29.7.1924, SA , p. 1243, y Declaración, 4.8.1924, SA , p. 1243. 109 . Hitler a Stier, 23.6.1924, SA , p. 1239. 110 . Jablonsky, *Verbotzeit* , pp. 101-102 (con citas). 111 . Citado en Plöckinger, *Geschichte eines Buches* , p. 56. 112 . Jablonsky, *Verbotzeit* , p. 91. 113 . Declaración, 16.10.1924, SA , p. 1247. Véase, en la misma línea: Hitler a W. Hollitscher, Landsberg, 20.10.1924, SA , p. 1247.

114 . Citado en Plöckinger, *Geschichte eines Buches* , p. 60.

CAPÍTULO 5: PODER ANGLOAMERICANO E IMPOTENCIA ALEMANA

1 . Declaración, 7.7.1924, SA , p. 1241. Ver también Declaración 29.7.1924, SA , p. 1243. 2 . Por ejemplo, Walter Stang del «Grossdeutschen Ringverlages», en Othmar Plöckinger (ed.), *Quellen und Dokumente zur Geschichte von «Mein*

Kampf», 1924-1945 (Stuttgart, 2016), p. 24. 3 . Ver, por ejemplo, la recopilación de Julius Schaub, en Julius Schaub, *In Hitlers Schatten. Erinnerungen und Aufzeichnungen des persönlichen Adjutanten und Vertrauten, 1925-1945,* ed. Olaf Rose (Stegen am Ammersee, 2010), p. 50. 4 . Schaub, *In Hitlers Schatten* , p. 43. Plöckinger, *Geschichte eines Buches* , pp. 50, 66, 152 *et passim* refuta íntegramente la idea de que Hess fuera una especie de coautor. 5 . Como consta en Hess a Ilse Pröhl, 23.7.1924, en Plöckinger (ed.), *Quellen und Dokumente* , p. 79. 6 . Ver, por ejemplo, Sven Felix Kellerhoff, *«Mein Kampf». Die Karriere eines deutschen Buches* (Stuttgart, 2015), p. 55. 7 . Hitler a Siegfried Wagner, 5.5.1924, SA , pp. 1232-1233. 8 . Hess, 19.5.1924, HB , p. 328. 9 . Memorándum de Hess, 16.6.1924, HB , p. 339. 10 . Memorándum de Hess, 9.4.1924, HB , p. 319. 11 . Hess a Klara Hess, HB , p. 324. 12 . Memorándum de Hess, 9.4.1924, HB , p. 319. 13 . Memorándum de Hess, 16.6.1924, HB , p. 339. 14 . Memorándum de Hess, 16.6.1924, HB , p. 339. 15 . Véase Wolfgang Horn, «Ein Unbekannter Aufsatz Hitlers aus dem Frühjahr 1924», Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte, 16 (1968), pp. 280-294. 16 . Ver MK , I, p. 394. 17 . Ver, por ejemplo, Hess a Ilse Pröhl, Landsberg, 10.7.1924, HB , p. 345. 18 . Véase Plöckinger, *Geschichte eines Buches* , p. 23. 19 . Ver «Konzeptblätter vom Juni 1924», en Plöckinger (ed.), *Quellen und Dokumente* , pp. 53-55. 20 . Ver, por ejemplo, Matthias Damm, *Die Rezeption des italienischen Faschismus in der Weimarer Republik* (Baden-Baden, 2013), p. 359. 21 . Hitler a Lüdecke, Múnich [*sic*], 4.1.1924, SA , p. 1059. Ver también Arthur L. Smith, Jr., «Kurt Lüdecke: the man who knew Hitler», *German Studies Review* , 26 (2003), pp. 597-606, especialmente pp. 599-600. 22 . La visita aparece descrita en Hamann, *Hitlers Bayreuth* , pp. 107-110. 23 . Ver Plöckinger (ed.), *Quellen und Dokumente* , p. 89. 24 . Ver Sander A. Diamond, «The years of waiting: National Socialism in the United States, 1922-1933», *American Jewish Historical Quarterly* , 59 (1970), pp. 256-271,especialmente, p. 264. Ver también Cornelia Wilhelm, «'Deutschamerika' zwischen Nationalsozialismus und Amerikanismus», en Horst Möller, Andreas Wirsching y Walter Ziegler (eds.), *Nationalsozialismus in der Region. Beiträge zur regionalen und lokalen Forschung und zum internationalen Vergleich* (Múnich, 1996), pp. 287-302. 25 . Declaración [antes del 22.6.1924], SA , p. 1239. 26 . Rudolf Hess a Gret Georg, 27.11.1924, HB , p. 356. 27 . Jeremy Noakes, «Conflict and development in the NSDAP 1924-1927», *Journal of Contemporary History* , 1 (1966), pp. 3-36. 28 . Jablonsky, *Verbotzeit* , p. 145. 29 . Véase Roger Moorhouse, «Calling time on Hitler's hoax», *History Today* (diciembre 2014), p. 7. 30 . Ver, por ejemplo, Plöckinger, *Geschichte eines Buches* , p. 118. 31 . Ver Plöckinger, *Geschichte eines Buches* , p. 74. 32 . D. C. Watt, «Die bayerischen Bemühungen um Ausweisung Hitlers 1924», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 6 (1958), pp. 270- 280. 33 . Ver Rudolf Hess a Emil Hamm, 11.8.1925, Múnich, y Elsa Bruckmann a Hugo Bruckmann, 26.9.1926, Múnich, en Plöckinger (ed.), *Quellen und Dokumente* , pp. 105-107. 34 . GT , 30.12.1924, I/1/ I, p. 256; GT , 12.1.1925, I/1/I, p. 260. 35 . Plöckinger, Geschichte eines Buches, pp. 66-67 (con citas). 36 . GT ,12.10.1925, I/1/I, p. 364. 37 . Hitler a Rosenberg, 2.4.1925, RSA , VI, pp. 313-317. Ver también Piper, *Rosenberg* , p. 126. 38 . Ver

Donald L. McKale, *The Nazi Party Courts: Hitler's Management of Conflict in His Movement* , 1921-1945 (Lawrence, Kan., 1974), pp. 17-52. 39 . GT , 27.5.1925, I/1/I, p. 308. 40 . Citado en MK , II, p. 1292. 41 . Wolfgang Horn, *Führerideologie und Parteiorganisation in der NSDAP* (1919-1933) (Düsseldorf, 1972), p. 426. 42 . Ver Longerich, *Hitler* , p. 176. 43 . Miriam Käfer, «Hitlers frühe Förderer aus dem Münchner Grossbürgertum – das Verlegerehepaar Elsa und Hugo Bruckmann», en Marita Krauss (ed.), *Rechte Karrieren in München. Von der Weimarer Zeit bis in die Nachkriegsjahre* (Múnich, 2010), pp. 52-79, especialmente p. 58. 44 . GT , 23.11.1925, I/1/I, p. 379. 45 . Guidelines, 26.2.1925, RSA , I, pp. 7-9. 46 . Discurso, 27.2.1925, RSA , I, pp. 14-28 (cita, p. 26). 47 . Artículo, 26.2.1925, RSA , I, p. 2. 48 . Discurso, 5.3.1925, RSA , I, p. 33. 49 . Su crecimiento puede trazarse en los apéndices a Albrecht Tyrell (ed.), *Führer befiehl... Selbstzeugnisse aus der 'Kampfzeit' der NSDAP . Dokumentation und Analyse* (Düsseldorf, 1969), pp. 352-378. 50 . Discurso, 12.6.1925, RSA , I, p. 91. 51 . MK , II, p. 985. 52 . Discurso, 5.7.1925, RSA , I, p. 105. 53 . Decreto, 21.3.1925, RSA , I, p. 46. 54 . Discurso, 14.6.1925, RSA , I, p. 101. 55 . Minutas, NSDAP AGM, Múnich, 22.5.1926, RSA , I, p. 431. 56 . Decreto 26.2.1925, RSA , I, p. 9. Hitler recalcó este mensaje en MK , II, p. 1369. 57 . Ver Peter Longerich, *Die Braunen Bataillone. Geschichte der SA* (Augsburg, 1999), pp. 51-52. 58 . Adrian Weale, *The SS: A New History* (Nueva York, 2010), pp. 29-31. 59 . Ver Andreas Gestrich y Michael Schaich (eds.), «Hitler, Mein Kampf: a critical edition. The debate», *German Historical Institute London Bulletin,* 39 (2017). Para una crítica y análisis literario, ver Hermann Glaser*, Adolf Hitlers Hetzschrift «Mein Kamp'. Ein Beitrag zur Mentalitätsgeschichte des Nationalsozialismus* (Múnich, 2014). 60 . Ver, por ejemplo, Plöckinger, Geschichte eines Buches, pp. 7, 13-17, 93-94, 98-99, 117 *et passim* . 61 . Ver, por ejemplo, Kellerhoff, «Mein Kampf», p. 9. 62 . Ver, por ejemplo, Weber, *Hitler's First War* , p. 269. Ver también Andreas Wirsching, «Hitlers Authentizität. Eine funktionalistische Deutung», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 64 (2016), pp. 387-417. 63 . Ver Plöckinger, *Geschichte eines Buches* , pp. 81-83. 64 . Los cambios principales aparecen destacados en Bernd Sösemann, «Hitlers 'Mein Kampf' en der Ausgabe des 'Instituts für Zeitgeschichte'. Eine kritische Würdigung der anspruchsvollen Edition», *Jahrbuch für Kommunkationsgeschichte* , 19 (2017), pp. 121-150, y Kellerhoff, «*Mein Kampf*» , pp. 160-161. 65 . MK , II, p. 1453. 66 . MK , II, pp. 1239, 1591, 1643-1645; MK , I, p. 271. 67 . MK , I, pp. 623, 573. 68 . Ver, por ejemplo, Discurso, 15.7.1925, RSA , I, p. 125, y MK , I, pp. 423, 531, 533-535, 573. 69 . Por ejemplo, MK , I, pp. 535, 823, 835. 70 . MK , I, pp. 803-805 y 817; MK , II, p. 1619. 71 . Discurso, 27.2.1925, RSA , I, pp. 14-28. 72 . MK , I, p. 351. 73 . Discurso, 28.2.1926, RSA , I, pp. 297-330. Ver, por ejemplo, Werner Jochmann, *Im Kampf an die Macht. Hitlers Rede vor dem Hamburger Nationalclub von 1919* (Fráncfort, 1960), p. 57. 74 . MK , I, p. 643; MK , I, p. 295; MK , I, p. 837; MK , I, p. 471; Discurso, 11.6.1925, RSA , I, p. 88; MK , II, p. 1523. Ver también Roman Töppel, «9 November 1923. Der Hitlerputsch, *Mein Kampf* und die Verschärfung von Hitlers Judenhass», *Medaon* , 12 (2018), pp. 23-37. 75 . Lenin: Discurso,

28.10.1925, RSA , I, p. 191. Dawes: Discurso, 11.6.1925, RSA , I, p. 87; Discurso, 12.7.1925, RSA , I, p. 118; Discurso, 13.12.1925, RSA , I, p. 249; Discurso, 18.3.1926, RSA , I, p. 353. 76 . MK ,II, p. 1427; MK , II, pp. 1583-1585; Discurso, 6.3.1927, RSA , II/1, p. 168. 77 . Por ejemplo, MK , I, p. 611; Discurso, 18.5.1927, RSA , II/1, p. 310. 78 . MK , I, p. 413; MK , II, p. 1685; MK , II, p. 1667. 79 . Discurso, 28.2.1926, RSA , I, p. 314; Discurso, 3.7.1927, RSA , II/1, p. 408; MK , I, pp. 431-433; Discurso, 16.5.1927, RSA , II/1, p. 303; Discurso, 12.6.1925, RSA , I, p. 94; Discurso,16.12.1925, RSA , I, p. 244; MK , I, p. 411. 80 . MK , I, p. 259; MK , I, p. 261; MK , I, p. 259. 81 . Ver, por ejemplo, Gerhard Linkemeyer, *Was hat Hitler mit Karl May zu tun? Versuch einer Klarstellung* (Ubstadt, 1987), pp. 50-51. 82 . MK , II, pp. 1633, 597 y 1651. Sobre las probables fuentes del pensamiento de Hitler sobre Estados Unidos, ver Roman Töppel, «'Volk und Rasse'. Hitlers Quellen auf der Spur», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 64 (2016), pp. 1-35, especialmente pp. 13-15, 33. 83 . Discurso, 12.8.1926, RSA , II/1, p. 41; MK , I, p. 401; MK , II, p. 1617; Discurso, 26.3.1927, RSA , II/1, p. 197. 84 . MK , I, p. 791; MK , I, p. 757; Discurso, 4.7.1926, RSA , II/1, p. 19; Discurso, 9.5.1926, RSA , I, p. 425; Discurso, 26.3.1927, RSA , II/1, p. 201; Discurso, 18.6.1926, RSA , I, p. 479. 85 . Discurso, 26.6.1927, RSA , II/1, p. 392; 6.8.1927, RSA , II/2, p. 443. 86 . Véase Alexandra Przyrembel, *'Rassenschande'. Reinheitsmythos und Vernichtungslegitimation im Nationalsozialismus* (Gotinga, 2003), pp. 56-60 (para el debate en la década de 1920). 87 . MK , I, p. 743; Discurso, 6.4.1927, RSA , II/1, p. 236; MK , II, p. 1117; Discurso, 16.5.1927, RSA , II/1, p. 303. 88 . Artículo, 31.3.1926, RSA , I, pp. 362-363. 89 . Thomas Welskopp, «Prohibition in the United States: the German-American experience, 1919-1933», *Bulletin of German Historical Institute Washington* , 53 (otoño 2013), pp. 31-53. 90 . MK , II, p. 1039; Discurso, 14.4.1926, RSA , I, pp. 388-389. 91 . MK , II, pp. 1093-1095; Discurso, 30.3.1926, RSA , I, p. 361; Discurso, 1.4.1926, RSA , I, p. 368. 92 . MK , I, p. 401; MK , II, p. 1675; MK , I, p. 473. 93 . Discurso, 13.4.1927, RSA , II/1, p. 254; Discurso, 13.4.1927, RSA , II/1, pp. 260-261; Discurso, 6.3.1927, RSA , II/1, p. 168. 94 . Discurso, 6.8.1927, RSA , II/2, p. 446. En una línea similar: Discurso, 6.3.1927, RSA , II/1, p. 168; Discurso, 4.8.1929, RSA , III/2, p. 347; y Discurso, 18.1.1928, RSA , II/2, p. 633. 95 . Discurso, 26.3.1927, RSA , II/1, p. 202. Hasta donde al autor le consta, el único historiador que ha hecho una (breve) mención de esta línea de pensamiento de Hitler es Enrico Syring, *Hitler. Seine politische Utopie* (Berlín, 1994), p. 102. 96 . Discurso, 4.8.1929, RSA , III/2, p. 347. Este tema ha sido comentado por Gerhard L. Weinberg, «Hitler's image of the United States», *American Historical Review* , 69 (1964), pp. 1006-1021, aquí p. 1009. 97 . MK , II, p. 1125; MK , II, p. 1099; MK , II, pp. 1621-1623. 98 . MK , I, p. 299; MK , II, p. 1619; Artículo, 17.9.1925, RSA , I, p. 154. 99 . MK , II, pp. 1403-1409; MK , I, p. 267. Véase un útil resumen en forma de tabla del contenido de *Mein Kampf* en Plöckinger, *Geschichte eines Buches* , p. 43. 100 . Discurso, 12.8.1926, RSA , II/1, p. 43; Decreto, 1.11.1926, RSA , II/1, p. 83; Artículo, 23.4.1927, RSA , II/1, p. 281. 101 . Artículo, 28.2.1926, RSA , I, p. 314; MK , II, pp. 1659-1661. 102 . MK , II, p. 1637; MK , II, p. 1631;

MK , II, p. 1639; MK , II, pp. 1645-1647. 103 . MK , I, p. 391. Ver también Karl Lange, «Der Terminus 'Lebensraum' in Hitlers 'Mein Kampf'», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 13 (1965), pp. 426-437. 104 . MK , II, p. 1657. 105 . MK , II, p. 1657. 106 . MK , II, p. 1657; MK , II, p. 1631. 107 . Véase un enfoque más maximalista en Günter Moltmann, «Weltherrschaftsideen Hitlers», en *Europa und Übersee. Festschrift für Egmont Zechlin* (Hamburgo, 1961), pp. 197-240; Jochen Thies, *Architekt der Weltherrschaft. Die 'Endziele' Hitlers* (Düsseldorf, 1976). Ver también Hess a Hewel, 30.3.1927, citado en Gerhard L. Weinberg, «National Socialist organization and Foreign policy aims in 1927», en Weinberg, *Germany, Hitler and World War II* , pp. 23-29, en p. 28. 108 . Discurso, 6.4.1927, RSA , II/1, p. 236. 109 . Discurso, 16.12.1925, RSA , I, p. 241; MK , I, p. 145; MK , I, p. 143; MK , II, p. 1013. 110 . Discurso, 6.4.1927, RSA , II/1, pp. 236-237; Discurso, 16.12.1925, RSA , I, pp. 242-243. 111 . Véase Ryback, *Hitlers Bücher* , pp. 126, 137-141, y Töppel, «'Volk und Rasse'», pp. 32-33. 112 . Discurso, 6.4.1927, RSA , II/1, p. 236. 113 . MK , II, p. 1017; MK , II, p. 1019. 114 . Sobre la distinción entre eugenésica «positiva» y «negativa», ver MK , II, p. 670. 115 . MK , II, p. 1741. 116 . Ver Eric Kurlander, *Hitler's Monsters: A Supernatural History of the Third Reich* (New Haven y Londres, 2017), pp. xvii-xviii y 211 *et passim* . Véase Bernard Mees, «Hitler and *Germanentum*» , *Journal of Contemporary History* , 39 (2004), pp. 255-270. 117 . MK , I, p. 927; MK , II, p. 997. 118 . MK , II, p. 1013; Discurso, 12.6.1925, RSA , I, p. 95; MK , II, pp. 1013-1015; MK , II, p. 1643. 119 . Decreto, 17.9.1926, RSA , II/1, pp. 65-68 (cita en p. 66); Discurso, 18.5.1927, RSA , II/1, pp. 309-311 (citas en p. 310). 120 . Discurso, 14.6.1925, RSA , I, p. 102. 121 . MK , I, p. 883. 122 . MK , II, p. 1427. 123 . Hitler a Magnus Gött, 4.2.1927, en Paul Hoser, «Hitler und die katholische Kirche. Zwei Briefe aus dem Jahr 1927», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 42 (1994), pp. 473-492 (cita en p. 487). 124 . MK , II, p. 1431. 125 . Discurso, 8.7.1925, RSA , IV, p. 114; Declaración, 14.5.1925, RSA , IV, pp. 318-319; Artículo,26.2.1925, RSA , IV, p. 3; MK , I, p. 349; MK , I, p. 895. 126 . Alexander Demandt, «Klassik als Klischee. Hitler und die Antike», *Historische Zeitschrift* , 274 (2002), pp. 281-314; y Johann Chapoutot, *Der Nationalsozialismus und die Antike* (Fráncfort, 2014), pp. 78-81. 127 . MK , II , p. 1075; MK , I, p. 115; MK , II , p. 1071. 128 . MK , II , p. 1139; MK , I, p. 295; MK , II , p. 1141.

129 . Ver, por ejemplo Longerich, *Hitler* , p. 150.

CAPÍTULO 6: RECUPERANDO EL CONTROL DEL PARTIDO

1 . GT , 22.5.1925, I/1/I, p. 305; GT , 15.6.1925, I/1/I, p. 315; GT , 14.7.1925, I/1/I, pp. 326-327; GT , 14.10.1925, I/1/I, p. 365. 2 . GT , 2.10.1925, I/1/I, p. 360; GT , 19.10.1925, I/1/I, p. 367; GT , 24.10.1925, I/1/I, p. 370; GT , 26.10.1925, I/1/I, p. 371. 3 . Este fenómeno ha sido documentado por Karl-Günter Zelle, *Hitlers zweifelnde Elite. Goebbels – Göring – Himmler – Speer* (Paderborn, 2010), y *Mit*

Hitler imGespräch.Blenden – überzeugen – wüten (Paderborn, 2017). 4 . GT , 25.1.1926, I/1/II, pp. 48-49. 5 . GT , 23.12.1924, I/1/I, pp. 254-255. 6 . Citas en MK , II, p. 1654. 7 . Discurso, 14.2.1926, RSA , I, pp. 294-296. 8 . Ver en GT , 15.2.1926, I/1/II, pp. 55-56. 9 . Toby Thacker, *Joseph Goebbels: Life and Death* (Basingstoke, 2009), pp. 69-70. 10 . GT , 13.4.1926, I/1/II, p. 73. Ver también GT , 16.4.1926, I/1/II, p. 75. 11 . Discurso, 20.10.1926, RSA , II/1, p. 75; Estatutos, 22.5.1925, RSA , I, pp. 461-465; Directrices, 1.7.1926, RSA , II /1, pp. 1-3; Circular, 7.4.1927, RSA , II /1, pp. 241-242; Decreto 9.8.1926, RSA , II/ 1, p. 39; Decreto, 5.2.1927, RSA , II/1, p. 150; Carta, 23.2.1927, RSA , II/1, pp. 159-160; Discurso, 30.7.1927, RSA , II /1, p. 426. 12 . Discurso, 14.6.1925, RSA , I, p. 101; Discurso, 14.6.1925, RSA , I, p. 102; MK , I, p. 897-899; Decreto, 1.7.1926, RSA , II/ 1, p. 1; MK , I, p. 901; Discurso, 12.6.1925, RSA , I, p. 99. 13 . Por ejemplo, Andreas Heusler, *Das Braune Haus. Wie München zur 'Hauptstadt der Bewegung' wurde* (Múnich, 2008), p. 9. 14 . Discurso, 5.7.1925, RSA , I, p. 105; Discurso, 8.7.1925, RSA , I, p. 116; Discurso, 14.6.1925, RSA , I, p. 102; Discurso, 12.6.1925, RSA , I, p. 99; Discurso, 5.7.1925, RSA , I, p. 105. 15 . Discurso, 12.6.1925, RSA , I, p. 99. 16 . Ver, por ejemplo, Daniel Roos, *Julius Streicher und 'Der Stürmer', 1923-1945* (Paderborn, 2014), p. 119. 17 . Fein, *Hitlers Weg nach Nürnberg* , pp. 130-131. 18 . Discurso, 22.5.1926, RSA , I, p. 445. 19 . Ver Albrecht, *Die Avantgarde* , p. 172. 20 . Fein, *Hitlers Weg nach Nürnberg* p. 156. 21 . Hamann, *Hitlers Bayreuth* , pp. 134-146. 22 . Así, por ejemplo, Hans Rudolf Vaget, «Hitler's Wagner: musical discourse as cultural space», en Michael H. Kater y Albrecht Riethmüller (eds.), *Music and Nazism: Art under Tyranny, 1933-1945* (Laaber, 2003), pp. 15-31, especialmente p. 21. 23 . Véase Michael Karbaum, *Studien zur Geschichte der Bayreuther Festspiele (1876-1976)* (Ratisbona,1976), pp. 66-67. 24 . Ver, por ejemplo, Hamann, *Hitlers Bayreuth* , pp. 160-162. 25 . Thacker, *Goebbels* , pp. 74-77; Martin Broszat, «Die Anfänge der Berliner NSDAP 1926/27», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 8 (1960), pp. 85-118. 26 . Andreas Wirsching, *Vom Weltkrieg zum Bürgerkrieg? Politischer Extremismus in Deutschland und Frankreich, 1918-1933/39. Berlin und Paris im Vergleich* (Múnich, 1999), pp. 440-467 (cita en p. 444). 27 . Citado en Weinberg, «National Socialist organization and foreign policy aims», pp. 25, 27. 28 . Discurso, 30.7.1927, RSA , II/1, p. 416; Decreto, 3.7.1926, RSA , II/1, p. 9. 29 . Citado en Fein, *Hitlers Weg nach Nürnberg* , p. 157. 30 . Véase Henriette von Schirach, *Frauen um Hitler. Nach Materialien von Henriette von Schirach* (Múnich, 1985), pp. 29-55. 31 . Declaración, 5.3.1925, RSA , I, p. 32. 32 . Citado en Conradi, *Hitler's Piano Player* , pp. 71-72. 33 . Ver Sigmund, *Des Führers bester Freund* , pp. 97-129. 34 . Discurso, 21.1.1927, RSA , II/1, p. 136. A los presentes también les sorprendió el hecho de que los Discursos de Hitler no abordaran los temas del día a día: Krebs, *Tendenzen und Gestalten* , pp. 126-127.

35 . Discurso, 26.6.1927, RSA , II/1, p. 388; Discurso, 12.3.1927, RSA , II/1, p. 183; Ensayo, agosto 1927, RSA , II/2, p. 501; Discurso, 2.4.1927, RSA , II/1, p. 228.

1 . Hitler a Winifred Wagner, 30.12.1927, RSA , II/2, p. 587.

CAPÍTULO 7: EL DESAFÍO NORTEAMERICANO

1 . Ver Vanessa Conze, *Das Europa der Deutschen. Ideen von Europa in Deutschland zwischen Reichstradition und Westorientierung (1920-1970)* (Múnich, 2005). 2 . Reinhard Frommelt, *Paneuropa oder Mitteleuropa. Einigungsbestrebungen im Kalkül deutscher Wirtschaft und Politik, 1925-1933* (Stuttgart, 1977), p. 15. 3 . Originalmente publicado en 1924, aquí en Heinrich Mann, *Sieben Jahre. Chronik der Gedanken und Vorgänge. Essays* (Fráncfort, 1994), pp. 174-185. 4 . Citado en Jürgen Elvert, *Mitteleuropa! Deutsche Pläne zur europäischen Neuordnung (1918-1945)* (Stuttgart, 1999), p. 87. 5 . Ver, por ejemplo, Victoria di Grazia, *Irresistible Empire: America's Advance through Twentieth-Century Europe* (Cambridge, Mass., 2006); Mary Nolan, *The Transatlantic Century: Europe and America, 1890-2010* (Cambridge, 2012), pp. 76-103. 6 . Alf Lüdtke, Inge Marssolek y Adelheid von Saldern (eds.), *Amerikanisierung . Traum und Alptraum im Deutschland des 20. Jahrhunderts* (Stuttgart, 1996); Mary Nolan, *Visions of Modernity: American Business and the Modernization of Germany* (Nueva York y Oxford, 1994); Anselm Doering-Manteuffel, *Wie westlich sind die Deutschen? Amerikanisierung und Westernisierung im 20. Jahrhundert* (Gotinga, 1999). 7 . Philipp Gassert, «Amerikanismus, Antiamerikanismus, Amerikanisierung», *Archiv für Sozialgeschichte* , 39 (1999), pp. 531-561. 8 . Ver Wolfgang Schivelbusch, *The Culture of Defeat: On National Trauma, Mourning and Recovery* (Londres, 2003), p. 389. 9 . Thomas J. Saunders, *Hollywood in Berlin: American Cinema and Weimar Germany* (Berkeley, 1994), especialmente pp. 117-144. 10 . Discurso, 14.5.1928, RSA , II/2, p. 836. 11 . Discurso, 30.3.1928, RSA , II/2, p. 760; Discurso, 19.5.1928, RSA , II/2, p. 844; Discurso, 19.5.1928, RSA , II/2, p. 843; Discurso, 2.12.1927, RSA , II/2, p. 566. 12 . Discurso, 17.4.1928, RSA , II/2, p. 789; Discurso, 2.12.1927, RSA , II/2, p. 563; Discurso, 15.1.1928, RSA , II/2, p. 615. 13 . Discurso, 19.5.1928, RSA , II/2, p. 843. 14 . GT , 29.8.1928, I/1/III, p. 73. 15 . Véase un resumen de la visión nazi de Europa en Thomas Sandkühler, «Europa und der Nationalsozialismus. Ideologie, Währungspolitik, Massengewalt», en la edición especial de *Zeithistorische Forschungen/Studies in Contemporary History* , 9, 3 (2012), pp. 428-441. 16 . GT , 20.3.1924, I/1/I, p. 109. 17 . Citado en Fein, *Hitlers Weg nach Nürnberg* , p. 161. 18 . Ver, por ejemplo, Daniel Roos, *Julius Streicher und 'Der Stürmer ', 1923-1945* (Paderborn, 2014), pp. 181-182. 19 . GT , 6.12.1929, I/2/I, p. 32; GT , 22.6.1928, I/1/III, p. 42; GT , 30.6.1928, I/1/III, p. 46; GT , 1.7.1928, I/1/III, p. 46. 20 . Ver, por ejemplo, Frank-

Lothar Kroll, «Die Edition von Hitlers Reden, Schriften und Anordnungen», en Horst Möller y Udo Wengst (eds.), *50 Jahre Institut für Zeitgeschichte. Eine Bilanz* (Múnich, 1999), pp. 237-247, especialmente pp. 244-245, y Wolfram Pyta, «Die Hitler-Edition des Instituts für Zeitgeschichte», *Historische Zeitschrift* , 281 (2005), 381-394, especialmente p. 386. 21 . Citado en Hamann, *Hitlers Bayreuth* , pp. 165-166. 22 . Por ejemplo, Discurso, 9.4.1932, RSA , V/1, p. 47; Discurso, 17.10.1932, RSA , V/2, p. 68; Discurso, 27.10.32, RSA , V/2, p. 123. 23 . *El segundo libro* , RSA , II/A, p. 70 (todas las citas posteriores de este volumen son de *El segundo libro*); Discurso, 17.4.1928, RSA , II/2, p. 783; Discurso, 6.8.1927, RSA , II/2, p. 443; RSA , II/A, p. 14; RSA , II/A, p. 15; Discurso, 3.3.1928, RSA , II/2, p. 735; Discurso, 6.8.1927, RSA , II/2, p. 447. 24 . Discurso, 25.6.1931, RSA , IV/1, p. 418; Discurso, 16.10.1927, RSA , II/2, p. 521; Discurso, 16.11.1927, RSA , II/2, p. 546; Discurso, 10.12.1927, RSA , II/2, pp. 577-578; Discurso, 3.3.1928, RSA , II/2, p. 733; Discurso, 2.5.1928, RSA , II/2, p. 828; RSA , II/A, pp. 124-125; RSA , II/A, p. 125; RSA , II/A, p. 87. 25 . RSA , II/A, p. 86. Ver también Stefan Kühl, *The Nazi Connection: Eugenics, American Racism, and German National Socialism* (Oxford, 1994), p. 37. 26 . WA , pp. 145-146. 27 . RSA , II/A, p. 92. 28 . Véase Johnpeter Horst Grill y Robert L. Jenkins, «The Nazis and the American South in the 1930s: a mirror image?», *Journal of Southern History* , 58 (1992), pp. 667-694, especialmente pp. 671-672. 29 . Hitler a Magnus Gött, 2.3.1927, en Hoser, «Hitler und die katholische Kirche», p. 489. 30 . RSA , II/A, p. 14; Discurso, 2.12.1927, RSA , II/ 2, p. 566; Discurso, 15.1.1928, II/ 2, p. 615. 31 . Hess a Klara y Fritz Hess, Múnich, 18.12.1928, HB , p. 395. 32 . Artículo, 29.12.1928, RSA , VI, p. 343; Discurso, 26.4.1928, RSA , II/2, p. 796. 33 . RSA , II/ A, p. 38; RSA , II/A, pp. 105-106; Discurso, 26.4.1928, RSA , II/2, p. 795; Discurso, 3.3.1928, RSA , II/2, p. 721. 34 . RSA , II/A, p. 20. 35 . Discurso, 29.2.1928, RSA , II/2, pp. 681-687; Discurso, 29.2.1928, RSA , II/2, p. 700 (BVP y judíos); y Discurso, 21.3.1928, RSA , II/2, p. 751 (BVP y su cercanía a desviaciones sexuales judías). 36 . Alfons Beckenbauer, «Wie Adolf Hitler durch eine niederbayerischen Grafen zu einem Wutausbruch gebracht wurde. Aus den unveröffentlichten Memoiren des Joseph Maria Graf von Soden-Fraunhofen – zugleich ein Beitrag zur Geschichte des monarchischen Gedankens in Bayern während der Weimarer Zeit», en *Verhandlungen des Historischen Vereins für Niederbayern* , 103 (Landshut, 1977), pp. 5-29. 37 . Discurso, 21.11.1927, RSA , II/2, p. 555; Discurso, 10.12.1927, RSA , II/2, p. 580; Discurso, 11.5.1928, RSA , II/2, p. 835; Discurso, 2.5.1928, RSA , II/2, p. 810; Discurso, 12.1.1928, RSA , II/2, p. 599. 38 . Discurso, 2.5.1928, RSA , II/2, p. 828. 39 . RSA , II/A, p. 6; RSA , II/A, p. 7; Discurso, 3.3.1928, RSA , II/2, pp. 722-723; Discurso, 17.4.1928, RSA , II/2, p. 788. 40 . Discurso, 17.4.1928, RSA , II/2, p. 780; Discurso, 3.3.1928, RSA , II/ 2, p. 732. 41 . Cifras en Horst Rössler, «Massenexodus: die neue Welt des 19. Jahrhunderts», en Klaus J. Bade (ed.), *Deutsche im Ausland – Fremde in Deutschland. Migration in Geschichte und Gegenwart* (Múnich, 1992), pp. 148-150. Ver también James Boyd, «The Rhine exodus of 1816/1817 within the developing German Atlantic World», *Historical Journal* , 59 (2016),

pp. 99-123. 42 . Monika Blaschke, «'Deutsch-Amerika' in Bedrängnis. Krise und Verfall einer 'Bindestrichkultur'», en Bade (ed.), *Deutsche im Ausland* , pp. 171 y 176. 43 . Lieselotte Overvold, «Wagner's American Centennial March: genesis and reception», *Monatshefte* , 68 (1976), pp. 179-187. 44 . Udo Sautter, «Deutsche in Kanada», en Bade (ed.), *Deutsche im Ausland* , p. 185. 45 . Ver Karen Schniedwind, «Fremde in der Alten Welt. Die transatlantische Rückwanderung», en Bade (ed.), *Deutsche im Ausland* , pp. 179-185. 46 . RSA , II/A, p. 8; Discurso, 3.3.1928, RSA , II/2, p. 730; Discurso, 14.4.1928, RSA , II/2, p. 777; Discurso, 26.4.1928, RSA , II/2, p. 796; RSA , II/A, p. 85. Ver también Günter Moltmann, «Nordamerikanische 'Frontier' und deutsche Auswanderung – soziale 'Sicherheitsventile' im 19. Jahrhundert?», en Dirk Stegmann, Bernd-Jürgen Wendt y Peter-Christian Witt (eds.), *Industrielle Gesellschaft und politisches System. Beiträge zur politischen Sozialgeschichte* (Bonn, 1978), pp. 279-296, especialmente pp. 293-294. 47 . Discurso, 18.1.1928, RSA , II/2, pp. 632-633; RSA , II/A, pp. 79, 8, 78; Discurso, 15.1.1928, RSA , II/2, pp. 613-614. 48 . Artículo, 3.11.1928, RSA , III/1, p. 202. 49 . Discurso, 18.1.1928, RSA , II/2, p. 633. La fecha de la copia del documento original es ilegible, pero está claro que se refiere a 1918. Agradezco esta información al doctor Klaus Lankheit del Institut für Zeitgeschichte, Múnich, uno de los editores originales. 50 . Discurso, 6.8.1927, RSA , II/2, p. 445; RSA , II/A, p. 95; Discurso, 6.8.1927, RSA , II/2, p. 455. 51 . RSA , II/A, p. 78. Sobre la actitud hacia el Coudenhove-Kalergi véase también Dina Gusejnova, *European Elites and Ideas of Empire, 1917-1957* (Cambridge, 2016), pp. 195-196. 52 . RSA , II/A, p. 91. 53 . RSA , II/A, pp. 88-82. 54 . RSA , II/A, p. 90; RSA , II/A, p. 27; Discurso, 2.5.1928, RSA , II/2, p. 808. 55 . Hess a Ilse Pröhl, 8.3.1928, HB , p. 391; Hess a Klara y Fritz Hess, 18.12.1928, HB , p. 395; Discurso, 21.8.1927, RSA , II/2, p. 497; Discurso, 29.2.1928, RSA , II/2, p. 691. 56 . RSA , II/A, pp. 60, 119, 123, 129, 182 *et passim* . 57 . RSA , II/A, p. 60. 58 . RSA , II/A, p. 82. 59 . Paul Rohrbach, *Die deutschen Kolonien. Ein Bilderbuch aller deutscher Kolonien* (Dachau, 1912), p. 3 *et passim* ; Friedrich Ratzel, *Wider die Reichsnörgler* (Múnich, 1884), pp. 10-11, 15-16, 23 *et passim* . Agradezco a William O'Reilly estas referencias y su ayuda para entender el fenómeno de la emigración alemana a Estados Unidos. Ver también Woodruff D. Smith, «'Weltpolitik' und 'Lebensraum'», en Sebastian Conrad y Jürgen Osterhammel (eds.), *Das Kaiserreich transnational. Deutschland in der Welt, 1871-1914* (Gotinga, 2006), pp. 29-48, especialmente pp. 31 y 47. 60 . RSA , II/ A, pp. 34, 60, 123 (citas) *et passim* . Manfred Weissbecker, «'Wenn hier Deutsche wohnten...' Beharrung und Veränderung im Russlandbild Hitlers und der NSDAP », en Hans-Erich Volkmann (ed.), *Das Russlandbild im Dritten Reich* (Colonia, 1994), pp. 9-54. 61 . RSA , II/A, pp. 103, 149, 147, 113, 114. 62 . RSA , II/A, pp. 149-150. 63 . GT , 19.1.1928, I/1/II, p. 317; GT , 22.1.1928, I/1/II, p. 317. 64 . Wolfgang Schieder, *Faschistische Diktaturen. Studien zu Italien und Deutschland* (Gotinga, 2008), p. 235. 65 . RSA , II/A, pp. 126-129. 66 . RSA , II/A, pp. 135, 186. 67 . RSA , II/A, p. 32. 68 . RSA , II/A, p. 181. 69 . GT , 5.7.1929, I/1/III, p. 281. 70 . Discurso, 16.11.1930, RSA , IV/1, p. 111. 71 . Véase por ejemplo Thacker,

Goebbels , pp. 97-99. 72 . Turner, *Big Business* , pp. 69, 95 (citas, pp. 66 y 70). 73 . Ver Fein, *Hitlers Weg nach Nürnberg* , p. 160. 74 . Hamann, *Hitlers Bayreuth* , p. 177. 75 . Ver Turlach O Broin, «Mail-order demagogues: the NSDAP School for Speakers, 1928-34», *Journal of Contemporary History* , 51 (2016), pp. 715-737. 76 . Michael Wala, *Weimar und Amerika. Botschafter Friedrich von Prittwitz und Gaffron und die deutsch-amerikanischen Beziehungen von 1927 bis 1933* (Stuttgart, 2001), pp. 122-151. Ver también Philipp Heyde, *Das Ende der Reparationen. Deutschland, Frankreich und der Youngplan, 1929-1932* (Paderborn, 1998), pp. 35-75. 77 . Hannah Ahlheim, «*Deutsche, kauft nicht bei Juden!» Antisemitismus und politischer Boykott in Deutschland 1924 bis 1935* (Gotinga, 2011), pp. 82-90. 78 . Fritz Reinhardt, *Deutschland erwache!* (Herrsching am Ammersee, 1930), p. 5 *et passim* ; Fritz Reinhardt, *Menschenexport in Sicht* (Herrsching am Ammersee, 1931), especialmente pp. 2-4. Muy agradecido a Darren O'Byrne por haber llamado mi atención sobre estos textos. 79 . Hitler a Josef, conde de Soden Fraunhofen, 7.11.1929, RSA , III/2, p. 445. 80 . Ver Gerhard Paul, *Aufstand der Bilder. Die NS – Propaganda vor 1933* (Bonn, 1992), pp. 84-89. 81 . Por ejemplo, Hermann Balle, «Die propagandistische Auseinandersetzung des Nationalsozialismus mit der Weimarer Republik und ihre Bedeutung für den Aufstieg des Nationalsozialismus» (tesis doctoral, Universidad de Erlangen-Núremberg, 1963), pp. 166-171 (citas en 167 y 170). 82 . GT , 29.5.1929, I/1/III, p. 257. 83 . Artículo, 9.4.1930, RSA , III/3, p. 156. 84 . Por ejemplo, Turner, «Hitlers Einstellung», pp. 89-117, especialmente p. 97. Ver también Peter Krüger, «Zu Hitlers 'nationalsozialistischen Wirtschaftserkenntnissen'», *Geschichte und Gesellschaft* , 6 (1980), pp. 263-282. 85 . Barry Eichengreen, *Golden Fetters: The Gold Standard and the Great Depression, 1919-1939* (Oxford, 1992), especialmente pp. 241-246; Charles P. Kindleberger, *The World in Depression, 1929-1939* (Londres, 1973), pp. 108-127; Harold James, *The German Slump: Politics and Economics, 1924-1936* (Oxford, 1986). 86 . Aquí discrepo de Gerhard L. Weinberg, «The world through Hitler's eyes», en Weinberg, *Germany, Hitler and World War II* , p. 50, y Andreas Hillgruber, «Hitler und die USA , 1933-1945», en Otmar Franz (ed.), *Europas Mitte* (Gotinga y Zúrich, 1987), pp. 125-144, especialmente p. 129, donde Hillgruber no ofrece ninguna prueba de su afirmación de que el crac de 1929 marcó un punto de inflexión en la visión de Estados Unidos por parte de Hitler. Enrico Syring, *Hitler. Seine politische Utopie* (Berlín, 1994), pp. 103-104, está en lo correcto. 87 . Discurso, 10.1.1930, RSA , III/3, p. 8; Artículo, 29.1.1930, RSA , III/3, p. 44. 88 . GT , 3.4.1929, I/1/III, p. 219; Artículo, 11.1.1930, RSA , III/3, p. 14; Artículo,11.1.1930, RSA , III/3, pp. 12-13; Artículo, 8.2.1930, RSA , III/3, pp. 81-82; Discurso, 7.4.1931, RSA , IV/3 , p. 267. En 8.3.1930 (Artículo, RSA , III/3, p. 122), Hitler expresó de hecho su temor hacia el armamento ruso. 89 . Fein, *Hitlers Weg nach Nürnberg* , pp. 175-176. 90 . Sobre Coburg véase Albrecht, *Die Avantgarde* , pp. 172-174. Sobre Wagner véase Ulrike Haerendel, «Vom 'Hitler- putsch' zur Gleichschaltung. Münchens Weg zur nationalsozialistischen 'Hauptstadt der Bewegung' 1923 bis 1935», en Fritz

Mayrhofer y Ferdinand Opll (eds.), *Stadt und Nationalsozialismus* (Linz, 2008), pp. 171-172. Ver también Clemens Vollnhals, «Der Aufstieg der NSDAP in München 1925 bis 1933. Förderer und Gegner», en Richard Bauer *et al.* (eds.), *München – «Hauptstadt der Bewegung »* (Múnich, 1998), pp. 157-165. 91 . Donald R. Tracey, «The development of the National Socialist Party in Thuringia, 1924-30», *Central European History* , 8 (1975), pp. 23-50, especialmente pp. 42-43. 92 . Artículo, 1.2.1930, RSA , III/3, p. 58. 93 . Hitler a un destinatario desconocido, borrador, 2.2.1930, RSA , III/3, p. 61. 94 . Así, por ejemplo, Karsten Rudolph, «Nationalsozialisten in Ministersesseln. Die Machterübernahme der NSDAP und die Länder, 1929-1933», en Christian Jansen, Lutz Niethammer y Bernd Weisbrod (eds.), *Von der Aufgabe der Freiheit. Politische Verantwortung und bürgerliche Gesellschaft im 19. und 20. Jahrhundert* (Berlín, 1995), p. 251. 95 . Oron James Hale, «Adolf Hitler: taxpayer», *American Historical Review* , 60 (1955), pp. 830-842, identifica 1929 como el punto de inflexión (p. 836). Ver también Wulf C. Schwärzwäller, *Hitlers Geld. Vom armen Kunstmaler zum millionenschweren Führer* (Wiesbaden, 2001), pp. 112-156. 96 . Hoser, «Thierschstrasse 41», p. 148. 97 . Stratigakos, *Hitler at Home* , pp. 18-20. 98 . Edgar Feuchtwanger, *Als Hitler unser Nachbar war. Erinnerungen an meine Kindheit im Nationalsozialismus* (Múnich, 2014). 99 . Véase Krebs, *Tendenzen und Gestalten* , p. 142. 100 . Así, por ejemplo, Hess a Klara y Fritz Hess, Múnich, 18.12.1928, HB , p. 395. 101 . Ver Hamann, *Hitlers Bayreuth* , p. 185. 102 . GT , 20.7.1930, I/2/1, p. 202. 103 . Ver Sigmund, *Des Führers bester Freund* , *passim* . 104 . GT , 19.10.1928, I/1/III, p. 105. 105 . Heike B. Görtemaker, *Eva Braun. Leben mit Hitler* (Múnich, 2010), p. 21. 106 . GT , 6.12.1929, I/2/1, p. 34. 107 . Citado en Conradi, *Hitler's Piano Player* , pp. 81-82. 108 . WA , p. 33. 109 . GT , 6.12.1929, I/2/1, p.34. 110 . WA , p. 5. 111 . WA , p. 58. 112 . GT , 25.11.1928, I/1/III, p. 131. 113 . Así, por ejemplo, WA , p. 175. 114 . WA , p. 178. 115 . GT , 6.12.1929, I/2/I, p. 33. 116 . GT , *c* .22.11.1929, I/1/ III, p. 378. 117 . Véase Hitler a un destinatario desconocido, 2.2.1930, RSA , III/3, pp. 60-61 (cita en p. 61). 118 . Para un cronograma extenso, véase Syring, *Hitler. Seine politische Utopie* , p. 101. 119 . WA , p. 8. 120 . Weale, *The SS* , pp. 39-46.

1 . Véase Paul Köppen, «'Aus der Krankheit konnten wir unsere Waffe machen' Heinrich Brünings Spardiktat und die Ablehnung der französischen Kreditangebote 1930/31», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 62 (2014), pp. 349-376, especialmente p. 371. 2 . Artículo, 21.2.1931, RSA , IV/1, p. 212; Apelación, 26.5.1930, RSA , III/3, pp. 207-209; Artículo, 21.2.1931, RSA , IV/1, p. 214. 3 . GT , 30.1.1930, I/2/I, p. 75; GT , 22.2.1930, I/2/I, p. 93; GT , 4.3.1930, I/2/I, p. 102. 4 . Artículo, 24.5.1930, RSA , III/3, pp. 204-206. 5 . GT , 20.3.1930, I/2/I, p. 114; GT , 2.4.1930, I/2/I, p. 123; GT , 8.4.1930, I/2/I, p. 143; GT , 29.6.1930, I/2/I, p. 186; GT , 28.3.1930, I/2/I, p. 119. 6 . GT , 28.4.1930, I/2/I, p. 144. 7 . Véase Patrick Moreau, *Nationalsozialismus von links. Die 'Kampfgemeinschaft Revolutionärer Nationalsozialisten' und die 'Schwarze Front' Otto Strassers 1930-1935* (Stuttgart, 1985), pp. 41-48. 8 . Por ejemplo, Declaración de testigo, 25.9.1930, RSA , III/3, p. 440. 9 . Daniel Siemens, *Stormtroopers: A New History of Hitler's Brownshirts* (New Haven y Londres, 2017), pp. 57-58. 10 . Así, por ejemplo, GT , 30.8.1930, I/2/I, pp. 228-229. 11 . Plöckinger, *Geschichte eines Buches* , pp. 193-195. 12 . MK , I, nota al pie 72. 13 . Memorándum, 15.12.1932, RSA , V/2, p. 274. 14 . Discurso, 5.8.1930, RSA , III/3, p. 300. 15 . Artículo, 30.8.1930, RSA , III/3, p. 376; Artículo, 6.9.1930, RSA , III/ 3, p. 383. 16 . GT , 3.9.1930, I/2/I, p. 232. 17 . Discurso, 2.7.1930, RSA , III/3, p. 259. 18 . Discurso, 2.5.1930, RSA , III/3, p. 176; Discurso, 11.6.1930, RSA , III/3, p. 223; Discurso, 10.8.1930, RSA , III/3, p. 311; Discurso, 6.6.1930, RSA , III/3, p. 219. Ver también: Decreto, 6.3.1930, RSA , III/3, p. 118; Discurso, 2.5.1930, RSA , III/3, p. 175; Discurso, 16.6.1930, RSA , III/3, p. 230; Discurso, 18.8.1930, RSA , III/3, p. 351. 19 . Discurso, 24.2.1930, RSA , III/3, p. 106; Decreto, 6.3.1930, RSA , III/3, p. 116; Discurso, 24.7.1930, RSA , III/3, p. 290. 20 . Ver cifras en Fein, *Hitlers Weg nach Nürnberg* , p. 194. 21 . Ver Jürgen W. Falter, «Die Wähler der NSDAP 1928-1933. Sozialstruktur und parteipolitische Herkunft», en Wolfgang Michalka (ed.), *Die nationalsozialistische Machtergreifung* (Paderborn, Múnich, Viena y Zúrich, 1984), pp. 47-59; Richard F. Hamilton, *Who Voted for Hitler?* (Princeton, 1982), pp. 3-8 *et passim* ; y Childers, *The Nazi Voter* , pp. 119-191. 22 . Ver Jan-Bernd Lohmöller, Jürgen W. Falter, Johann de Rijke y Andreas Link, «Der Einfluss der Weltwirtschaftskrise auf den NSDAP -Aufstieg», en Jürgen W. Falter, Christian Fenner y Michael Th. Greven (eds.), *Politische Willensbildung und Interessenvermittlung* (Opladen, 1984), pp. 391-401, especialmente pp. 400-401. 23 . Véanse algunas observaciones prudentes al respecto en Richard Bessel, «The Nazi capture of power», *Journal of Contemporary History* , 39 (2004), pp. 169-188, especialmente p. 170. 24 . Hess a Fritz Hess, Múnich, 24.10.1930, HB , p. 405. 25 . Brechtken, *Albert Speer* , pp. 31-34. 26 . GT , 6.1.1931, I/2/I, p. 319. 27 . Discurso, 16.11.1930, RSA , IV/1, p. 108; Discurso, 1.12.1930, RSA , IV/1, p. 141. 28 . Discurso, 16.11.1930, RSA , IV/1, p.115. 29 .

Así, por ejemplo, Turner, *Big Business* , p. 127. 30 . Artículo 1.11.1930, RSA , IV/1, p. 43. 31 . Discurso, 1.12.1930, RSA , IV/1, pp. 141-144. 32 . WA , pp. 68-69. 33 . Discurso, 18.1.1931, IV/1, p. 174. 34 . Artículo, 8.4.1931, IV/1, p. 274; Discurso, 25.10.1930, RSA , IV/1, p. 30. 35 . Discurso, 1.12.1930, RSA , IV/1, p. 142; Discurso, 29.1.1931, RSA , IV/1, pp. 180-181; Discurso, 23.10.1930, RSA , IV/1, pp. 26-27; Discurso, 1.12.1930, IV/1, p. 142; Discurso, 13.11.1930, RSA , IV/1, p. 103; Discurso, 13.11.1930, RSA , IV/1, p. 96; Discurso, 16.11.1930, RSA , IV/1, p. 110. 36 . WA , pp. 204-206. 37 . WA , p. 213. 38 . WA , pp. 276-277. 39 . WA , p. 214. 40 . WA , p. 214. 41 . Ver, por ejemplo, Discurso, 13.11.1930, RSA , IV/1, p. 91. 42 . Por ejemplo, Discurso, 6.9.1930, RSA , III/3, p. 384; Discurso, 2.11.1930, RSA , IV/1, p. 47; Discurso, 5.11.1930, RSA , IV/1, p. 53; Discurso, 7.12.1930, IV/1, p. 153. 43 . Discurso, 13.11.1930, RSA , IV/1, p. 104; Discurso, 23.11.1930, RSA , IV/1, p. 131. 44 . Ver Reiner Flik, *Von Ford lernen? Automobilbau und Motorisierung in Deutschland bis 1933* (Colonia, Weimar y Viena, 2001), pp. 58-59. 45 . Discurso 8.11.1930, RSA , IV/1, p. 80. En la misma línea, ver Discurso, 5.11.1930, RSA , IV/1, p. 53. 46 . Discurso, 29.1.1931, RSA , IV/1, p. 181. 47 . Discurso, 7.12.1930, RSA , IV/1, p. 152. 48 . Discurso, 8.11.1930, RSA , IV/1, p. 79. En la misma línea, ver Discurso, 7.12.1930, RSA , IV/1, p. 152; Discurso, 24.4.1931, RSA , IV/1, p. 332; Artículo, 4.7.1931, RSA , IV/2, p. 26; Discurso, 9.9.1931, RSA , IV/2, p. 99; Discurso, 3.11.1931, RSA , IV/2, p. 180. 49 . Declaración, 6.2.1931, RSA , IV/1, p. 185. 50 . Discurso, 5.11.1930, RSA , IV/1, p. 53. En la misma línea, ver Discurso, 13.11.1930, RSA , IV/1, p. 95. 51 . Thilo Vogelsang, «Neue Dokumente zur Geschichte der Reichswehr, 1930-1933», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 2 (1954), pp. 397-436 (cita en p. 406). 52 . Fein, *Hitlers Weg nach Nürnberg* , p. 201. 53 . Turner, *Big Business* , pp. 129-131. 54 . Citado en Turner, *Big Business* , p. 218. 55 . Ver, por ejemplo, Horst Matzerath y Henry A. Turner, «Die Selbstfinanzierung der NSDA P, 1930-1932», *Geschichte und Gesellschaft* , 3 (1977), pp. 59-92, especialmente pp. 69-70. Esto queda confirmado por Otto Dietrich, *12 Jahre mit Hitler* (Múnich, 1955), pp. 185-188. 56 . Decreto, 7.11.1930, RSA , IV/1, p. 64. 57 . Albrecht Tyrell, «Der Wegbereiter – Hermann Göring als politischer Beauftragter Hitlers in Berlin 1930-1932/33», en Manfred Funke, Hans-Adolf Jacobsen, Hans-Helmuth Knütter y Hans-Peter Schwarz (eds.), *Demokratie und Diktatur. Geist und Gestalt politischer Herrschaft in Deutschland und Europa. Festschrift für Karl-Dietrich Bracher* (Düsseldorf, 1987), pp. 178-197. 58 . Ver las memorias del número dos, Theodor Duesterberg, *Der Stahlhelm und Hitler* (Wolfenbüttel y Hanover, 1949), pp. 13-14. 59 . Discurso, 22.11.1930, RSA , IV/1, pp. 122-123. 60 . Malinowski, *Vom König zum Führer* , especialmente pp. 445, 478, 508, 516. Ver también Georg H. Kleine, «Adelsgenossenschaft und Nationalsozialismus», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 26 (1978), pp. 100-143, especialmente p. 113. 61 . «Aufzeichnung des Fürsten Eulenburg-Hertefeld über seine Besprechung mit Hitler am 24. Januar 1931», en Kurt Gossweiler y Alfred Schlicht, «Junker und NSDAP , 1931/32», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft* , 15 (1967), pp. 653-662. 62 . WA , pp. 49-53. 63 . Adolf Kimmel, *Der Aufstieg des Nationalsozialismus im Spiegel der*

französischen Presse, 1930-1933 (Bonn, 1969), pp. 73-81; William F. Sheldon, «Das Hitler-Bild in der 'Time' 1923-1933», en Joachim Hütter, Reinhard Meyers y Dietrich Papenfuss (eds.), *Tradition und Neubeginn. Internationale Forschungen zur deutschen Geschichte im 20. Jahrhundert* (Colonia, 1975), pp. 67-81, especialmente pp. 75-77; y Frank McDonough, *«The Times* , Norman Ebbut and the Nazis, 1927-1937», *Journal of Contemporary History* , 27 (1992), pp. 407-424 (sobre los intentos nazis por influir en Ebbutt, p. 40). 64 . Ver, por ejemplo, Hess a Fritz Hess, Múnich, 24.10.1930, HB , p. 405. 65 . WA , p. 89. 66 . WA , p. 90. 67 . Ver, por ejemplo, WA , p. 230. 68 . Entrevista, 2.10.1930, RSA , IV/1, pp. 3-4. 69 . WA , p. 90. 70 . Conradi, *Hanfstaengl* , pp. 80, 83, 85. 71 . Entrevista, 4.10.1930, RSA , IV /1, p. 5; Entrevista, 14.10.1930, RSA , IV/1, p. 21. 72 . Alfred Kube, *Pour le mérite und Hakenkreuz. Hermann Göring im Dritten Reich* (Múnich, 1986), pp. 17-18. Ver también Hans Woller, «Machtpolitisches Kalkül oder ideologische Affinität? Zur Frage des Verhältnisses zwischen Hitler und Mussolini vor 1933», en Wolfgang Benz, Hans Buchheim y Hans Mommsen (eds.), *Der Nationalsozialismus. Studien zur Ideologie und Herrschaft* (Fráncfort, 1993), pp. 42-63. 73 . Véase Wolfgang Schieder, *Faschistische Diktaturen. Studien zu Italien und Deutschland* (Gotinga, 2008), pp. 236-241. 74 . GT , 20.2.1931, II/1, pp. 349-350; GT , 27.2.1931 II/1, p. 354. 75 . Decreto, 3.2.1931, RSA , IV/1, p. 183. Sobre Hitler y la homosexualidad de Röhm, ver Burkhard Jellonnek, *Homosexuelle unter dem Hakenkreuz. Die Verfolgung von Homosexuellen im Dritten Reich* (Paderborn, 1990), pp. 58-61. 76 . «Das aussenpolitische Exposé von Ernst Röhm über die Zukunft Europas» [abril 1931], en Hans-Günter Richardi y Klaus Schumann, *Geheimakte Gerlich/Bell. Röhms Pläne für ein Reich ohne Hitler* (Múnich, 1993), pp. 206-214. 77 . Discurso, 7.3.1931, RSA , IV/1, p. 229; Discurso, 4.4.1931, RSA , IV/1, p. 260. 78 . Véase Richard Bessel, *Political Violence and the Rise of Nazism: The Storm Troopers in Eastern Germany, 1925-1934* (New Haven, 1984); y Conan Fischer, *Stormtroopers: A Social, Economic and Ideological Analysis, 1929-35* (Londres, 1983). 79 . Benjamin Carter Hett, *Crossing Hitler: The Man Who Put the Nazis on the Witness Stand* (Oxford, 2008), pp. 83-89, 263-275. 80 . Discurso, 7.4.1931, RSA , IV/1, p. 272; Decreto, 27.4.1931, RSA , IV/1, pp. 336-338; Discurso, 2.5.1931, RSA , IV/1, p. 352. 81 . GT , 8.6.1931, I/2/I, p. 34. 82 . WA , p. 106. 83 . Milan Hauner, *Hitler: A Chronology of His Life and Time* , segunda edición (Basingstoke, 2005), p. 73; Entrevista, 1.5.1931, RSA , IV/1, pp. 347-348. 84 . Entrevista, 9.6.1931, RSA , IV/1, p. 407. 85 . WA , pp. 154-159. 86 . Discurso, 8.2.1931, RSA , IV/1, p. 194. En la misma línea, Discurso, 22.2.1931, IV/1, p. 220; y Discurso, 19.4.1931, RSA , IV/1, p. 317. 87 . Discurso, 24.4.1931, RSA , IV/1, p. 334; Discurso, 5.11.1930, IV/1, p. 56; Discurso, 11.12.1930, IV/1, p. 164. 88 . Karl Erich Born, *Die deutsche Bankenkrise 1931. Finanzen und Politik* (Múnich, 1967), especialmente pp. 64-109. 89 . Discurso, 8.2.1931, RSA , IV/1, p. 194; Discurso, 16.4.1931, RSA , IV/1, pp. 307-308; Discurso, 9.5.1931, RSA , IV/1, p. 371; Discurso, 3.7.1931, RSA , IV/2, pp. 4-5; Entrevista, julio de 1931, RSA , IV/2, p. 46; Entrevista, 14.7.1931, RSA , IV/2, p. 35; Interview, 22.12.1931, RSA , IV/2, p. 302. 90 . Por ejemplo, WA

, p. 185, sobre la respuesta de Hitler a la devaluación de la libra esterlina en otoño de 1931. 91 . Discurso, 25.6.1931, RSA , IV/1, p. 414. 92 . Discurso, 25.6.1931, RSA , IV/1, p. 417. 93 . Discurso, 4.9.1931, RSA , IV/2, p. 73. 94 . Artículo, 1.11.1930, RSA , IV/1, p. 45. 95 . Turner, *Big Business* , p. 129. 96 . WA , p. 198. 97 . Artículo, 4.4.1931, IV/1, p. 252; Hitler a Rosenberg, 24.8.1931, RSA , VI, pp. 352-353. 98 . Turner, *Big Business* , p. 143. 99 . Hess a Klara y Fritz Hess, 3.9.1931, Berlín, HB , p. 413. 100 . Cita en Turner, *Big Business* , pp. 171-212. 101 . Ver, en todo caso, Heinrich Brüning, *Memoiren, 1918-1934* (Stuttgart, 1970), p. 272. 102 . GT , 24.8.1931, I/2/II, p. 83. 103 . Ver, por ejemplo, Turner, *Big Business* , p. 217. 104 . Hess a Klara y Fritz Hess, 3.9.1931, Berlín, HB , p. 413. 105 . GT , 20.1.1931, I/2/II, p. 200; GT , 26.8.1931, I/2/II, p. 85; GT , 14-16.9.1931, I/2/II, pp. 97-101. 106 . Dietrich, *12 Jahre* , p. 197. 107 . GT , 25.9.1931, I/2/II, p. 107; GT , 22.12.1931, I/2/II, p. 154; GT , 27.10.1931, I/2/II, p. 135. 108 . Cita en Hamann, *Hitlers Bayreuth* , p. 210. 109 . Declaración, 21.9.1931, RSA , IV/2, pp. 109-111. 110 . Comentado en nota al pie a Discurso, RSA , IV/2, p. 111. 111 . Ver, por ejemplo, Stratigakos, *Hitler at Home* , pp. 20-23, 149-154 *et passim* . 112 . GT , 25.9.1931, I/2/ II , p. 107; GT , 30.9.1931, I/2/II, p. 12. 113 . Discurso, 25.9.1931, RSA , IV/2, p. 116. 114 . Decreto, 2.11.1931, RSA , IV/2, pp. 177-178. 115 . Volker Hentschel, *Weimars letzte Monate. Hitler und der Untergang der Republik* (Düsseldorf, 1978), pp. 117-119. 116 . Ver, por ejemplo, Sven Tode, *Die Gelita Story. 125 Jahre DGF Stoess AG* (Hamburgo, 2003), pp. 119-120. 117 . Turner, *Big Business* , p. 239. 118 . Ver, por ejemplo, Wolfram Pyta, *Hindenburg. Herrschaft zwischen Hohenzollern und Hitler* (Múnich, 2007), pp. 635-637. Véase el relato de un testigo presencial en Levetzow a Donnersmarck, en Gerhard Granier, *Magnus von Levetzow. Seeoffizier, Monarchist und Wegbereiter Hitlers. Lebensweg und ausgewählte Dokumente* (Boppard am Rhein, 1982), pp. 307-311. 119 . Larry Eugene Jones, «Nationalists, Nazis and the assault against Weimar: revisiting the Harzburg Rally of October 1931», *German Studies Review* , 29 (2006), pp. 483-494, especialmente pp. 486-488. 120 . GT , 12.10.1931, I/2/II, p. 121. 121 . Entrevista, 20.12.1931, RSA , IV/2, p. 297; Hitler a Groener, 14.11.1931, RSA , IV/2, p. 202; Decreto, 28.11.1931, RSA , IV/2, pp. 212-215; Orden del día, 1.12.1931, RSA , IV/2, p. 225; Decreto, 12.10.1931, RSA , IV/2, pp. 132-134. 122 . Granier, *Levetzow* , p. 163. 123 . Jens Petersen, *Hitler-Mussolini. Die Entstehung der Achse Berlin-Rom 1933-1936* (Tübingen, 1973), pp. 44-45. 124 . Waddington, *Hitler's Crusade* , p. 42. 125 . Cita tomada de Bernard V. Burke, *Ambassador Frederic Sackett and the Collapse of the Weimar Republic, 1930-1933: The United States and Hitler's Rise to Power* (Cambridge, 1994), p. 8. 126 . Hitler a Sefton Delmer, 30.9.1931, RSA , IV/2, p. 120; Hitler a Brüning, 14.10.1931, RSA , IV/2, p. 145; Conferencia de prensa, 4.12.1931, RSA , IV/2, p. 233; Entrevista, 5.12.1931, RSA , IV/2, pp. 236-238. 127 . Ver, por ejemplo, GT , 11.12.1931, I/2/II, p. 169. 128 . GT , 5.12.1931, I/2/II, p. 164. 129 . Artículo, 7.12.1931, RSA , IV/2, pp. 248-249; Artículo, 7.12.1931, RSA , IV/2, p. 251; Entrevista, 20.12.1931, RSA , IV/2, p. 297; Artículo, 7.12.1931, RSA , IV/2, p. 251; Entrevista, 20.12.1931, RSA , IV/2, p. 295. Ver, por ejemplo, Burke,

Sackett , p. 185. 130 . Artículo, 7.12.1931, RSA , IV/2, p. 252; Entrevista, 20.12.1931, RSA , IV/2, pp. 299-300; mensaje emitido por radio el 11.12.1931, RSA , IV/2. 259. 131 . Cita en Krebs, *Tendenzen und Gestalten* , p. 145. 132 . Discurso, 3.7.1931, RSA , IV/2, p. 21. 133 . WA , p. 248. 134 . Hitler a Brüning, 14.10.1931, RSA , IV/2, pp. 148, 158. 135 . Discurso, 26.1.1932, RSA , IV/3, p. 88. 136 . WA , p. 58.

137 . Artículo, 10.9.1930, RSA , III/3, p. 395.

CAPÍTULO 9: COMETER LOS MENOS ERRORES POSIBLES

1 . Véase Krebs, *Tendenzen und Gestalten* , p. 137. 2 . WA , p. 270, que fecha estos comentarios «justo antes de las Navidades de 1931». 3 . Heinrich Brüning, *Memoiren, 1918-1934* (Stuttgart,1970), pp. 504-506. 4 . Ver GT , I, 2/II, 10/11.1.1932, pp. 192-193. 5 . Discurso, 26.1.1932, RSA , IV/3, p. 108. 6 . Hitler a Hindenburg, 28.2.1932, RSA , IV/3, p. 146. 7 . Ver WA , pp. 368-374, 453-460, 474-477. 8 . Lars Lüdicke, *Constantin von Neurath. Eine politische Biographie* (Paderborn, 2014), p. 205. 9 . Hitler a Haniel, 25.1.1932, RSA , IV/3, pp. 68-69. En un principio, el Industrieklub había invitado a Gregor Strasser. 10 . Turner, *Big Business* , p. 97. Ver, por ejemplo, Volker Hentschel, *Weimars letzte Monate. Hitler und der Untergang der Republik* (Düsseldorf, 1978), pp. 115-116; y Henry Ashby Turner, Jr., «Fritz Thyssen und 'I paid Hitler'», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 19 (1971), pp. 225-244, especialmente pp. 231-233. Las afirmaciones respecto a que Hitler recibió importante ayuda financiera extranjera para poder llegar al poder también han sido refutadas: Hermann Lutz, «Fälschungen zur Auslandsfinanzierung Hitlers», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 2 (1954), pp. 386-396. 11 . Discurso, 26.1.1932, RSA , IV/3, p. 104. Ver, por ejemplo, Turner, *Big Business,* pp. 204-217. 12 . Proclamación, 16.2.1932, RSA , IV/3, p. 128. 13 . Larry Eugene Jones, «Adolf Hitler and the 1932 presidential elections: a study in Nazi strategy and tactics», en Markus Raasch y Tobias Hirschmüller (eds.), *Von Freiheit, Solidarität und Subsidiarität – Staat und Gesellschaft der Moderne in Theorie und Praxis* (Berlín, 2013), pp. 549-573, especialmente pp. 555-556. 14 . GT , 20.1.1932, I/2/II, p. 199. 15 . Manfred Overesch, «Die Einbürgerung Hitlers 1930 [*sic*]», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 40 (1992), pp. 543-566. 16 . GT , 3.2.1932, I/2/II, p. 209. 17 . Christoph Raichle, *Hitler als Symbolpolitiker* (Stuttgart, 2014), pp. 29-31 (cita en p. 30). 18 . Ver Jones, «Adolf Hitler and the 1932 presidential elections», pp. 563-564, 569. 19 . Raichle, *Symbol-politker* , p. 32. 20 . GT , 14.3.1932, I/2/II, p. 242. 21 . Artículo, 22.3.1932, RSA , IV/3, pp. 264-265; Adolf Hitler a Nordische Rundfunk AG , 17.3.1932, RSA , IV/3, pp. 245-246. 22 . Ver, por ejemplo, Conradi, *Hitler's Piano Player* , p. 91. 23 . «Streng vertraulicher Bericht über die Besprechung mit Adolf Hitler am 22. März 1932», en William L. Patch, «Adolf Hitler und der Christlich-Soziale Volksdienst. Ein Gespräch aus dem Frühjahr

1932», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 37 (1989), pp. 145-155 (citas en pp. 151, 152, 153, 155). 24 . Ver Jason Crouthamel, «'Comradeship' and 'friendship': masculinity and militarisation in Germany's homosexual emancipation movement after the First World War», *Gender & History* , 23 (2011), pp. 111-129, especialmente pp. 121 (Hindenburg y los homosexuales) y 124-125. 25 . GT , 28.3.1932, I/2/II, p. 250. 26 . Declaración, 6.4.1932, RSA , V/1, p. 32. 27 . Sobre la preocupación personal de Hitler por la política internacional en este momento, ver GT , 23.2.1932, I/2/II, p. 225. 28 . Declaración, 2.4.1932, RSA , V/1, p. 4; Discurso, 23.1.1932, RSA , IV/3, pp. 53-54; Discurso, 8.1.1932, RSA , IV/3, p. 19; Discurso, 1.3.1932, RSA , IV/3, p. 155; 2.3.1932, RSA , IV/3, pp. 165-166; Discurso, 4.3.1932, RSA , IV/3, p. 171. 29 . Discurso, 4.4.1932, RSA , V/1, pp. 20-21; Declaración, 2.4.1932, RSA , V/1, p. 12. 30 . GT , 25.10.1931, 1/2/II, p. 133. 31 . Entrevista, 29.4.1932, RSA , V/1, p. 101. 32 . Ver, por ejemplo, GT , 12.5.1932, I/2/II, p. 279. Ver, por ejemplo, Longerich, *Braunen Bataillone* , p. 154. 33 . Ver, por ejemplo, Rudolph, «Nationalsozialisten in Ministersesseln», p. 263. 34 . Cita en Raichle, *Symbolpolitiker* , p. 36, con otras citas. 35 . Otto Dietrich, *Mit Hitler an die Macht. Persönliche Erlebnisse mit meinem Führer* (Múnich, 1934), p. 70. 36 . Discurso, 2.6.1932, RSA , V/1, p. 150; Discurso, 14.6.1932, RSA , V/1, p. 173. 37 . Ver, por ejemplo, Müller, «Der 'jüdische Kapitalist' als Drahtzieher und Hintermann», p. 182 (sin citas). 38 . Proclamación, 22.6.1932, RSA , V/1, p. 190; Discurso, 3.7.1932, RSA , V/1, p. 205; Prefacio, 15.7.1932, RSA , V/1, p. 222; Discurso, 20.7.1932, RSA , V/1, p. 243; Discurso, 12.6.1932, RSA , V/1, p. 164. 39 . Lutz Kinkel, *Die Scheinwerferin. Leni Riefenstahl und das 'Dritte Reich'* (Hamburgo y Viena, 2002), pp. 35, 39-41 (citas en pp. 35 y 41). 40 . Turner, *Big Business* , pp. 247-248. 41 . GT , 1.6.1932, I/2/II, p. 294. Ver, por ejemplo GT , 3.6.1932, I/2/II, p. 295. 42 . Discurso, 28.6.1932, RSA , V/1, p. 201. Sobre la continuada intensidad del particularismo bávaro, ver Robert S. Garnett, Jr, *Lion, Eagle, and Swastika: Bavarian Monarchism in Weimar Germany, 1918-1933* (Nueva York, 1991), pp. 294-307. 43 . Discurso, 3.7.1932, RSA , V/1, p. 205. 44 . Ver Ian Kershaw, «Adolf Hitler. George Sylvester Viereck, 1932», en la serie «Great Interviews of the 20th Century» de *The Guardian* (2007), pp. 7-9. 45 . Protocolo de reunión, 13.8.1932, RSA , V/1, p. 167. 46 . Citado en Detlef Junker, *Die Deutsche Zentrumspartei und Hitler 1932/33. Ein Beitrag zur Problematik des politischen Katholizismus in Deutschland* (Stuttgart, 1969), p. 59. Ver, por ejemplo, Wolfram Pyta, *Hindenburg. Herrschaft zwischen Hohenzollern und Hitler* (Múnich, 2007). 47 . Discurso, 19.6.1932, RSA , V/1, p. 189; Discurso, 14.6.1932, RSA , V/1, p. 176; Discurso, 24.6.1932, RSA , V/1, p. 198. 48 . Ver Thomas D. Grant, *Stormtroopers and Crisis in the Nazi Movement: Activism, Ideology and Dissolution* (Londres y Nueva York, 2004), pp. 137-138 *et passim* . 49 . Ver, por ejemplo, Thomas Childers y Eugene Weiss, «Voters and violence: political violence and the limits of National Socialist mass mobilization», *German Studies Review* , 13 (1990), pp. 481-498, especialmente pp. 484, 489, 494. 50 . Richard Bessel, «The Potempa murder», Central European History, 10 (1977), pp. 241-254, especialmente pp. 242, 251; Paul Kluke, «Der Fall Potempa»,

Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte , 5 (1957), pp. 279-297. 51 . Ver, por ejemplo, GT , 5.2.1932, I/2/II, p. 211. 52 . Ver, por ejemplo, GT , 2.5.1932, I/2/II, p. 273. 53 . GT , 3.9.1932, I/2/II, p. 356. 54 . GT , 7.10.1932, I/2/III, p. 31. 55 . Heike B. Görtemaker, *Eva Braun. Leben mit Hitler* (Múnich, 2010), pp. 59-63. 56 . Discurso, 29.10.1932, RSA , V/2, p. 123. 57 . Entrevista, 16.8.1932, RSA , V/1, p. 309. 58 . Discurso, 29.10.32, RSA , V/2, p. 123; Entrevista, 16.8.1932, RSA , V/1, p. 309; Discurso, 30.8.1932, RSA , V/1, p. 322. 59 . GT , 1.9.1932, I/2/II, p. 354. 60 . Ver Junker, *Die Deutsche Zentrumspartei* , pp. 86-96. 61 . Kershaw, Hubris, p. 385. 62 . GT , 11.9.1932, I/2/I, pp. 360-361. 63 . GT , 11.9.1932, I/2/I, p. 361. 64 . Discurso, 7.9.1932, RSA , V/1, p. 349; Discurso, 4.9.1932, RSA , V/1, p. 331. 65 . GT , 9.8.1932, I/2/II, p. 335. 66 . Decreto, 8.9.1932, RSA , V/1, p. 351. 67 . Ver Othmar Plöckinger, *Reden um die Macht? Wirkung und Strategie der Reden Adolf Hitlers im Wahlkampf zu den Reichtagswahlen am 6. November 1932* (Viena, 1999). 68 . Hitler a Brüning, 16.10.1932, RSA , V/2, p. 58. 69 . Discurso, 13.10.1932, RSA , V/2, p. 22; Discurso, 30.10.1932, RSA , V/2, p. 129. 70 . Discurso, 25.10.1932, RSA , V/2, p. 109; Discurso, 3.11.1932, RSA , V/2, p. 171; Discurso, 17.10.1932, RSA , V/2, p. 75; Discurso, 16.10.1932, RSA , V/2, p. 64; Discurso, 20.10.1932, RSA , V/2, p. 91; Discurso, 29.10.1932, RSA , V/2, p. 122; Discurso, 30.10.1932, RSA , V/2, p. 133. 71 . Hitler a Papen, 16.10.1932, RSA , V/2, pp. 30-31. 72 . Discurso, 17.10.1932, RSA , V/2, p. 72; Discurso, 2.11.1932, RSA , V/2, p. 151; Entrevista, 4.10.1932, RSA , V/2, p. 10; Discurso, 19.10.1932, RSA , V/2, p. 83; Hitler a Papen, 16.10.1932, RSA , V/2, p. 38; Proclamación, 6.11.1932, RSA , V/2, p. 185; Discurso, 28.10.1932, RSA , V/2, p. 120; Hitler a Papen, 16.10.1932, RSA , V/2, p. 58; Discurso, 17.10.1932, RSA , V/2, p. 69 y p. 72; Discurso, 2.11.1932, RSA , 5/2, p. 164; Discurso, 16.10.1932, RSA , V/2, p. 65. 73 . Discurso, 16.10.1932, RSA , V/2, p. 64; Discurso, 17.10.1932, RSA , V/2, p. 69; Discurso, 22.10.1932, RSA , V/2, p. 92; Discurso, 17.10.1932, RSA , V/2, p. 70; Discurso, 18.12.1932, RSA , V/2, p. 288. 74 . Dietrich, *Mit Hitler an die Macht* , p. 90. 75 . Fein, *Hitlers Weg nach Nürnberg* , p. 215. 76 . Udo Kissenkoetter, *Gregor Strasser und die NSDAP* (Stuttgart, 1978), pp. 164-177. 77 . Citado en Henry Ashby Turner, Jr, *Hitler's Thirty Days to Power: January 1933* (Londres, 1996), p. 74. Ver, por ejemplo, Thomas Childers, «The limits of National Socialist mobilisation: the elections of 6 November 1932 and the fragmentation of the Nazi constituency», en Thomas Childers (ed.), *The Formation of the Nazi Constituency, 1919-1933* (Londres, 1986), pp. 232-259 (especialmente, pp. 232-255). 78 . Ver, por ejemplo, Turner, *Thirty Days,* p. 16 *et passim* . 79 . GT , 21.11.1932, I/2/III, p. 64. 80 . Entrevista, 19.8.1932, RSA , V/1, pp. 313-315. 81 . Irene Strenge, Kurt von Schleicher. *Politik im Reichswehrministerium am Ende der Weimarer Republik* (Berlín, 2006), pp. 198-199. 82 . Hitler a Reichenau, 4.12.1932, RSA , V/2, p. 243. Ver, por ejemplo, Thilo Vogelsang, «Hitlers Brief an Reichenau vom 4. Dezember 1932», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 7 (1959), pp. 429-437. 83 . Ver, por ejemplo, Turner, *Thirty Days* , p. 25. 84 . GT , 6.12.1932, I/2/III , p. 75. 85 . Véanse las notas a 1.12.1932, en RSA , V/2, p. 225. 86 . Fein, *Hitlers Weg nach Nürnberg* , pp. 219-223. 87 . GT , 9.12.1932, I/2/III,

p. 77. 88 . Ver el relato en GT , 9.12.1932, I/2/III, p. 78. 89 . GT , 10.12.1932, I/2/III, p. 79. 90 . Discurso, 18.12.1932, RSA , V/2, p. 288. 91 . Memorándum, 15.12.1932, RSA , V/2, pp. 273-278. 92 . Memorándum, 15.12.1932, RSA , V/2, pp. 273-278; Memorándum, 20.12.1932, RSA , V/2, pp. 292-296. 93 . Turner, *Thirty Days* , pp. 71-72. 94 . GT , 29.12.1932, I/2/III, p. 92. 95 . Citado en Hamann, *Hitlers Bayreuth* , p. 230. 96 . Proclamación, 31.12.1932, RSA , V/2, p. 310. 97 . Citado en Turner, *Thirty Days* , p. 1. 98 . Dietrich, *12 Jahre* , p. 187. 99 . Citado en Turner, *Thirty Days* , p. 56. 100 . Heinrich Muth, «Das Kölner Gespräch am 4. Januar 1933», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht* , 37 (1986), pp. 463-480, 529-541. 101 . Michael Bloch, *Ribbentrop* (Londres, 1992), pp. 28-29. 102 . Larry Eugene Jones, «Die Tage vor Hitlers Machtübernahme. Aufzeichnungen des Deutschnationalen Reinhold Quaatz», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 37 (1989), pp. 759-774, especialmente pp. 766 y 768 (citando a Meissner). 103 . Citado en Turner, *Thirty Days* , p. 77. 104 . Turner, *Thirty Days* , pp. 138-139. 105 . Otto Meissner, *Staatssekretär unter Ebert – Hindenburg – Hitler. Der Schicksalsweg des deutschen Volkes von 1918-1945, wie ich ihn erlebte* (Hamburgo, 1950), pp. 263-264. 106 . Ver, por ejemplo, Turner, *Thirty Days* , p. 141. Ver, por ejemplo, Klaus Schönhoven, «Zwischen Anpassung und Ausschaltung. Die bayerische Volkspartei in der Endphase der Weimarer Republik 1932/33», *Historische Zeitschrift* , 224 (1977), pp. 340-378, especialmente pp. 362-363, donde el enfoque de Schäffer está menos claro. 107 . Carta de nombramiento, 30.1.1933, RSA , V/2, p. 395. 108 . Citado en Duesterberg, *Der Stahlhelm und Hitler* , p. 39. 109 . Lutz Graf Schwerin von Krosigk, *Es geschah in Deutschland. Menschenbilder unseres Jahrhunderts* (Tubinga y Stuttgart, 1951), p. 147. 110 . Citado en Von Kleist-Schmenzin, «Die letzte Möglichkeit. Zur Ernennung Hitlers zum Reichskanzler am 30. Januar 1933», *Politische Studien* , 10 (1959), pp. 89-92 (cita en p. 92).

111 . Larry Eugene Jones, «'The greatest stupidity of my life': Alfred Hugenberg and the formation of the Hitler cabinet, January 1933», *Journal of Contemporary History* , 27 (1992), pp. 63-87 (cita en p. 63).

CAPÍTULO 10: EL «CUENTO DE HADAS»

1 . Proclamación, 30.1.1933, RSA ,V/2, pp. 396-398. 2 . Hess a Ilse Hess, 31.1.1933, HB , pp. 424-425. 3 . Karl Wahl, «*... es ist das deutsche Hezr* ' (Augsburgo, 1954), p. 68. 4 . GT , 31.1.1933, I/2/III, p. 120. 5 . Michael Burleigh, *The Third Reich: A New History* (Londres, 2000). Ver, por ejemplo, Hans-Ulrich Thamer, *Verführung und Gewalt. Deutschland 1933-1945* (Berlín 1986). 6 . En general: Hans-Ulrich Wehler, Deutsche Gesellschaftsgeschichte, vol. 4: *Vom Beginn des Ersten Weltkrieges bis zur Gründung der beiden deutschen Staaten, 1914-1949* (Múnich, 2003), pp. 600-690. 7 . Ver, por ejemplo, Nikolaus Wachsmann, *Hitler's Prisons: Legal Terror in Nazi Germany* (New Haven, 2004).

Sobre la crucial importancia de la violencia y la exclusión en el concepto del *Volksgemeinschaft,* ver Michael Wildt, *Volksgemeinschaft als Selbstermächtigung. Gewalt gegen Juden in der deutschen Provinz 1919 bis 1939* (Hamburgo, 2007); y Peter Fritzsche, *Life and Death in the Third Reich* (Cambridge, Mass., 2008). 8 . Ver Richard J. Evans, «Coercion and consent in Nazi Germany», *Proceedings of the British Academy* , 151 (2007), pp. 53-81; Jane Caplan, «Political detention and the origin of the concentration camps in Nazi Germany, 1933-1935/6», en Neil Gregor (ed.), *Nazism, War and Genocide:New Perspectives on the History of the Third Reich* (Exeter, 2008), pp. 22-41 (donde se hace hincapié en las continuidades); y Riccardo Bavaj, *Der Nationalsozialismus. Entstehung, Aufstieg und Herrschaft* (Berlín, 2016), pp. 63-74. 9 . Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany* (Oxford, 2001). 10 . Véase Darren O'Byrne, «Political civil servants and the practice of administration under National Socialism» (tesis doctoral, Universidad de Cambridge, 2018), pp. 182-190. 11 . Ver, por ejemplo, Karl Dietrich Bracher, Wolfgang Sauer and Gerhard Schulz, *Die Nationalsozialistische Machtergreifung. Studien zur Errichtung des totalitären Herrschaftssystems in Deutschland, 1933/34* (Colonia y Opladen, 1960). 12 . Ver Wolfram Pyta, «Vorbereitungen für den militärischen Ausnahmezustand unter Papen/Schleicher», en *Militärgeschichtliche Mitteilungen* , 51 (1992), pp. 385-428; y Patrick Oliver Heinemann, *Rechtsgeschichte der Reichswehr, 1918-1933* (Paderborn, 2017), pp. 368-369, aquí p. 378. 13 . RH , 30.1.1933, I/1, p. 3; RH , 1.2.1933, I/1, p. 9. 14 . Véase Bernhard R. Kroener, *«Der starke Mann im Heimatkriegsgebiet». Generaloberst Friedrich Fromm. Eine Biographie* (Paderborn, 2005). 15 . Lothar Gruchmann, «Die 'Reichsregierung' im Führerstaat. Stellung und Funktion des Kabinetts im nationalsozialistischen Herrschaftssystem», en Günther Doeker y Winfried Steffani (eds.), *Klassenjustiz und Pluralismus. Festschrift für Ernst Fraenkel zum 75. Geburtstag am 26. Dezember 1973* (Hamburgo, 1973). 16 . Ver Pyta, *Hitler* , pp. 206-207. 17 . Hess a Ilse Hess, 31.1.1933, Berlín, HB , p. 425. 18 . Werner Hoche (ed.), *Die Gesetzgebung des Kabinetts Hitler* , 33 vols. (Berlín, 1933-1939). 19 . Ver, por ejemplo, Stratigakos, *Hitler at Home.* 20 . Su horario puede verse en Bundesarchiv Berlín, Lichterfelde R43I I1609c; y Bundesarchiv Koblenz, N1720 Wiedemann 4. 21 . Brendan Simms, «Walther von Reichenau. Der politische General», en Ronald Smelser y Enrico Syring (eds.), *Die Militärgeschichte des dritten Reiches. 27 biographische Skizzen* (Berlín, 1995), pp. 423-445. 22 . Ver, por ejemplo, Pyta, *Hindenburg* , *passim* . 23 .Ver Rudolf Morsey, «Hitlers Verhandlungen mit der Zentrumsführung am 31. Janur 1933», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 9 (1961), pp. 182-194. 24 . RH , 1.2.1933, I/1, p. 9. 25 . Andreas Morgenstern, «Sabotage gegen eine Rundfunkübertragung», en Haus der Geschichte Baden-Württemberg (ed.), *Anständig gehandelt. Widerstand und Volksgemeinschaft 1933 -1945* (Stuttgart, 2012), pp. 34-36. 26 . RH , 1.2.1933, I/1, p. 15. 27 . Ver, por ejemplo, Meissner, *Staatssekretär* , p. 293. 28 . RH , 2.2.1933, I/1, pp. 29-30. 29 . Müller, «Der 'jüdische Kapitalist' als Drahtzieher und Hintermann», p. XXX (con cita). 30 . RH , 1.2.1933, I/1, p. 14. 31 . RH , 8.2.1933, I/1, p. 55; RH , 2.2.1933, I/1,

p. 24. 32 . Ver O'Byrne, «Political civil servants», pp. 182-189. 33 . RH , 2.2.1933, I/1, p. 24. 34 . Las notas del teniente general Liebmann están publicadas en Thilo Vogelsang, «Neue Dokumente zur Geschichte der Reichswehr, 1930-1933», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 2 (1954), pp. 397-436, en pp. 434-435. Podemos encontrar una versión más larga en Andreas Wirsching, «'Man kann nur Boden germanisieren'. Eine neue Quelle zu Hitlers Rede vor den Spitzen der Reichswehr am 3. Februar 1933», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 49 (2001), pp. 517-550. Sobre la convocatoria de la reunión, ver Kirstin A. Schäfer, *Werner von Blomberg. Hitlers erster Feldmarschall. Eine Biographie* (Paderborn y Múnich, 2006), p. 104. 35 . Wirsching, «'Man kann nur Boden germaniseren'», pp. 546-547. 36 . Vogelsang, «Neue Dokumente», p. 456. 37 . Comentarios, 3.2.1933, Domarus, I, p. 200; Entrevista Lochner, 25/26.2.1933, Domarus, I, pp. 212-213. 38 . 8.2.1933, I/1, pp. 50-51; RH , 21.2.1933, I/1, p. 94. 39 . Véase Tooze, *Wages of Destruction* , pp. 99-101. 40 . Sven Felix Kellerhoff, *Der Reichstagsbrand. Die Karriere eines Kriminalfalls* (Berlín, 2008); y Marcus Giebeler, *Die Kontroverse um den Reichstagsbrand. Quellenprobleme und historiographische Paradigmen* (Múnich, 2010), especialmente pp. 283-288. Véase un reciente cuestionamiento a la ortodoxia en Benjamin Carter Hett, *Burning the Reichstag: An Investigation into the Third Reich's Enduring Mystery* (Oxford, 2014). 41 . GT , 28.2.1933, I/2/III, p. 137. 42 . Ver Thomas Fürst, Karl Stützel. *Ein Lebensweg in Umbrüchen. Vom königlichen Beamten zum Bayerischen Innenminister der Weimarer Zeit* (1924-1933) (Fráncfort, 2007), pp. 426-430. 43 . Cita en Geoffrey Pridham, *Hitler's Rise to Power: The Nazi Movement in Bavaria, 1923-1933* (Londres, 1973), p. 302. 44 . Véase Schönhoven, «Zwischen Anpassung und Ausschaltung», pp. 366-367. 45 . Véase un registro de su discusión en Falk Wiesemann, *Die Vorgeschichte der nationalsozialistischen Machtüber nahme in Bayern 1932/1933* (Berlín, 1975), pp. 294-303 (cita en p. 302). 46 . Martina Steber, «'... dass der Partei nicht nur äussere, sondern auch innere Gefahren drohen'. Die Bayerische Volkspartei im Jahr 1933», en Wirsching (ed.), *Das Jahr 1933. Die nationalsozialistische Machteroberung und die deutsche Gesellschaft* (Gotinga, 2009), pp. 70-91, especialmente pp. 71-73. 47 . RH , 7.3.1933, I/1, p. 160. 48 . GT , 8.3.1933, I/2/III, p. 389. 49 . Ver Susanne Wanninger, «Nationalsozialistische Pläne zur Regierungsbildung in Bayern. Eine Denkschrift von Rudolf Buttmann vom März 1933», en Wirsching (ed.), *Das Jahr 1933* , pp. 92-109, especialmente pp. 92, 95, 97; y Wolfgang Dierker, «'Ich will keine Nullen, sondern Bullen'. Hitlers Koalitionsverhandlungen mit der Bayerischen Volkspartei im März 1933», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 50 (2002), pp. 111-148. 50 . Wiesemann, *Die Vorgeschichte der nationalsozialistischen Machtübernahme* , pp. 277-278. 51 . Hans Günter Hockerts, «Warum war München die "Hauptstadt der Bewegung"?», en Stefanie Hajak y Jürgen Zarusky (eds.), *München und der Nationalsozialismus. Menschen, Orte, Strukturen* (Berlín, 2008), p. 37; Daniel Rittenauer, «Bayerische Landessymbole in der Zeit des Nationalsozialismus 1933-1945», *Zeitschrift für bayerische Landesgeschichte* , 76 (2013), pp. 185-213, especialmente pp. 200-203.

52 . 12/13.3.1933, Domarus, I, p. 222. 53 . Hartmut Jäckel, «Brauchte Hitler das Zentrum? Zur Abstimmung über das Ermächtigungsgesetz am 23. März 1933», *Die Zeit* , 18.3.1983; Josef Becker, «Zentrum und Ermächtigungsgesetz, 1933», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 9 (1961), pp. 195-210. 54 . RH , 20.3.1933, I/1, p. 239. 55 . Klaus Scholder, *Die Kirchen und das Dritte Reich* , vol. 1: *Vorgeschichte und Zeit der Illusionen, 1918-1934* (Fráncfort, Berlín y Viena, 1977), pp. 300-321. 56 . Wolfram Pyta, «Geteiltes Charisma. Hindenburg, Hitler und die deutsche Gesellschaft im Jahre 1933», en Wirsching (ed.), *Das Jahr 1933* , pp. 47, 50, 54 *et passim* . 57 . Ver, por ejemplo, Theodor Duesterberg, *Der Stahlhelm und Hitler* (Wolfenbüttel, 1949), pp. 48-49. Ver, por ejemplo, Werner Freitag, «Martin Luther, Friedrich II und Adolf Hitler – der Tag von Potsdam im neuen Licht», en *Das Land Brandenburg und das Erbe Preussens. Preussen und der Nationalsozialismus* (Potsdam, 1992), pp. 15-31. La dimensión performativa también sorprendió al testigo presencial André François-Poncet, *Als Botschafter in Berlin, 1931-1938* (Mainz, 1948), p. 105. 58 . Discurso, 23.3.1933, Domarus, I, pp. 229-237. 59 . Ver, por ejemplo, Daniel Koerfer, «Die grosse Vollmacht», *Frankfurter Allgemeine Zeitung* , 22.3.2013, p. 38. 60 . Como figura en RH , 29.3.1933, I/1, p. 273. 61 . Discurso, 6.7.1933, Domarus, I, p. 287. 62 . RH , 6.7.1933, I/1, p. 634. 63 . RH , 6.7.1933, I/1, p. 635. Sobre este fenómeno véase O'Byrne, «Political civil servants», pp. 259-260. 64 . Ver Hermann Beck, «Konflikte zwischen Deutschnationalen und Nationalsozialisten während der Machtergreifungszeit», *Historische Zeitschrift* , 292 (2011), pp. 645-680. 65 . Beck, «Konflikte zwischen Deutschnationalen und Nationalsozialisten», pp. 646, 662, 655, 659. 66 . Christopher Dillon, «'We'll meet again in Dachau': the early Dachau SS and the narrative of civil war», *Journal of Contemporary History* , 45 (2010), pp. 535-554. Ver, por ejemplo, Karin Orth, *Das System der nationalsozialistischen Konzentrationslager. Eine politische Organisationsgeschichte* (Hamburgo, 1999), pp. 23-26. 67 . Christopher Dillon, *Dachau and the SS: A Schooling in Violence* (Oxford, 2015), pp. 168-169 (cita en p. 169). 68 . Ver, por ejemplo, Christian Goeschel y Nikolaus Wachsmann, «Before Auschwitz: the formation of the Nazi concentration camps, 1933-9», *Journal of Contemporary History* , 45 (2010), pp. 515-534, especialmente pp. 521-522. 69 . Ver, por ejemplo, Longerich, *Hitler* , pp. 351-352, en el que se basa este párrafo. Ver, por ejemplo, Scholder, *Die Kirchen und das Dritte Reich* , vol. 1, pp. 482-524. 70 . Ver, por ejemplo, Lothar Gruchmann, *Justiz im Dritten Reich, 1933-1940. Anpassung und Unterwerfung in der Ära Gürtner* (Múnich, 1988). 71 . Véase Dan P. Silverman, *Hitler's Economy: Nazi Work Creation Programs, 1933-1936* (Cambridge, Mass., 1998). 72 . Véase O'Byrne, «Political civil servants», p. 160. 73 . 23.9.1933, Domarus, I, p. 302. 74 . Christoph Buchheim, «Das NS -Regime und die Überwindung der Weltwirtschaftskrise in Deutschland», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 56 (2008), pp. 381-414. 75 . Sobre este tema se conserva muy poco en el archivo de Auswärtiges Amt (R80522, USA , Privata 1933). Agradezco al doctor Gerhard Keiper haber llamado mi atención sobre esto. 76 . Este párrafo está en gran parte basado en Weber, *Hitler's*

First War , pp. 291-292. 77 . Michael Zalampas, *Adolf Hitler and the Third Reich in American Magazines, 1923-1939* (Bowling Green, Ohio, 1989), pp. 44-45. 78 . Ver, por ejemplo, Klaus P. Fischer, *Hitler & America* (Filadelfia, 2011), p. 50. 79 . Estas se describen en Arthur L. Smith, Jr, *The Deutschtum of Nazi Germany and the United States* (La Haya, 1965), especialmente pp. 59-90. 80 . Ver Germà Bel, «Against the mainstream: Nazi privatization in 1930s Germany», *Economic History Review* , 63 (2010), pp. 34-55, especialmente pp. 35, 36, 42, 46-48, 52. 81 . Ver, por ejemplo, Tooze, *Wages of Destruction* , p. 11 *et passim* . 82 . Tooze, *Wages of Destruction* , p. 117. 83 . Michael Ebi, *Export um jeden Preis. Die Deutsche Exportförderung von 1932-1938* (Stuttgart, 2004), pp. 12-13 *et passim* . 84 . Declaración, 23.3.1933, Domarus, I, p. 234. 85 . Ver, por ejemplo, Avraham Barkai, *Nazi Economics* (Oxford, Nueva York y Múnich, 1990), p. 159. 86 . RH , 29.5.1933, I/1, p. 508; RH , 7.4.1933, I/1, pp. 313-314; RH , 25.4.1933, I/1, p. 381. Ver, por ejemplo, Roland Ray, *Annäherung an Frankreich im Dienste Hitlers? Otto Abetz und die deutsche Frankreichpolitik* , 1930-1942 (Múnich, 2000), pp. 100-102; y Józef Lipski, *Diplomat in Berlin* , 1933-1939 (Nueva York y Londres, 1968). Sobre los informes de inteligencia véase Zachary Shore, *What Hitler Knew* (Oxford, 2003), pp. 19-20. 87 . Ver Hans Roos, «Die 'Präventivkriegspläne' Pilsudskis von 1933», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 3 (1955), pp. 344-363, especialmente p. 362. 88 . Alexander Wolz, «Ribbentrop und die deutsche Aussenpolitik, 1934-1936», *Historische Zeitschrift* , 300 (2015), pp. 374-415, especialmente p. 381. 89 . Ver Wilhelm von Schramm, *... sprich vom Frieden, wenn du den Krieg willst. Die psychologischen Offensiven Hitlers gegen die Franzosen 1933 bis 1939. Ein Bericht* (Mainz, 1973). 90 . Discurso, 23.3.1933, Domarus, I, p. 235. 91 . Entrevista, 18.10.1933, Domarus, I, p. 319. Ver, por ejemplo, Bernd Sösemann, «Mediale Inszenierung von Soldatentum und militärischer Führung in der NS -Volksgemeinschaft», en Christian Th. Müller y Matthias Rogg (eds.), *Das ist Militärgeschichte! Probleme – Projekte – Perspektiven* (Paderborn, Múnich, Viena y Zúrich, 2013), pp. 358-379, especialmente pp. 361-362. 92 . RH , 12.5.1933, I/1, p. 448. 93 . Ver, por ejemplo, Carl Dirks y Karl-Heinz Janssen, *Der Krieg der Generäle. Hitler als Werkzeug der Wehrmacht* (Berlín, 1999), pp. 84, 114-126 *et passim* . 94 . RH , 6.7.1933, I/1, p. 633. 95 . David Clay Large, «Hitler's Games: race relations in the 1936 Olympics», *German Historical Institute London Bulletin* , 29, 1 (mayo 2007), pp. 5-27, especialmente pp. 8-11. 96 . Ver, por ejemplo, Michael Geyer, *Aufrüstung oder Sicherheit. Die Reichswehr in der Krise der Machtpolitik 1924-1936* (Wiesbaden, 1980), pp. 355-358. 97 . Ver, por ejemplo, R. J. Overy, «German air strength 1933 to 1939: a note», *Historical Journal* , 27 (1984), pp. 465-471, especialmente pp. 467-469. 98 . Sergej Slutsch y Carola Tischler (eds.), *Deutschland und die Sowjetunion, 1933-1941. Dokumente aus russischen und deutschen Archiven* , vol. 1: *30 Januar 1933-31 Dezember 1934* , part I: *Januar 1933-Oktober 1933* (Múnich, 2014), pp. 671 y 726. 99 . Ver, por ejemplo, Meissner, *Staatssekretär,* pp. 339-340. 100 . Discurso, 7.5.1933, Domarus, I, p. 300. 101 . Discurso, 23.3.1933, Domarus, I, p. 236. 102 . Cita en Tammo

Luther, *Volkstumspolitik des Deutschen Reiches, 1933-1938. Die Auslanddeutschen im Spannungsfeld zwischen Traditionalisten und Nationalsozialisten* (Stuttgart, 2004), p. 83 (citas en pp. 65 y 97). 103 . RH , 26.5.1933, I/1, pp. 491-494. 104 . Ver Hans Schafranek, *Söldner für den «Anschluss». Die Österreichische Legion, 1933-1938 (Viena, 2011), 32-3, 134, 148* (la cita de Hitler se halla en la p. 33). 105 . Ver P. Pritz, «Das Hitler-Gömbös Treffen und die deutsche Aussenpolitik im Sommer 1933», *Acta Historica Academiae Scientarum Hungaricae* , 25 (1979), pp. 115-143, aquí p. 125. 106 . Ver, por ejemplo, Boris Celovsky, *Germanisierung und Genozid. Hitlers Endlösung der tschechischen Frage. Deutsche Dokumente, 1933-1945* (Dresden y Brno 2005), pp. 19-20. 107 . RH , 22.4.1933, I/1, p. 359; RH , 12.7.1933, I/1, p. 65. 108 . Ver Markus Urban, «Offizielle und halboffizielle Amerikabilder im 'Dritten Reich'. Deutsche Amerikaliteratur als Spiegel der politischen Entwicklung?», en Jan C. Behrends, Árpád von Klimó y Patrice G. Poutrus (eds.) *Antiamerikanismus in 20. Jahrhundert. Studien zu Ost- and Westeuropa* (Bonn, 2005), pp. 52-71, especialmente, pp. 60-62; Gassert, *Amerika im Dritten Reich* , pp. 183-185. 109 . Herbert Sirois, *Zwischen Illusion und Krieg. Deutschland und die USA , 1933-1941* (Paderborn, 2000); Fischer, *Hitler & America* , pp. 46-69; Michaela Hoenicke Moore, *Know Your Enemy: The American Debate on Nazism* , 1933-*1945* (Nueva York, 2010). Véase una lamentación de la época en: Friedrich Schönemann, *Amerika und der Nationalsozialismus* (Berlín, 1934), pp. 5, 8 *et passim* . 110 . Cita en Zalampas, *Adolf Hitler and the Third Reich in American Magazines* , p. 31. 111 . Memorándum del presidente de la Delegación Estadounidense (Davis) de una conversación con el canciller alemán (Hitler), 8.4.1933, *Foreign Relations of the United States* , 1933, I, pp. 85-89. Agradezco al doctor Bill Foster, subdirector del Homerton College de Cambridge, por haber llamado mi atención sobre esta conversación. Ver, por ejemplo Peter Grose, *Allen Dulles: Spymaster. The Life and Times of the First Civilian Director of the CIA* (Londres, 2006), pp. 114-116. 112 . Por ejemplo, Vizconde Rothermere, «Youth Triumphant», *Daily Mail* , 10.7.1933. 113 . Ver, por ejemplo, Philipp Caspar Mohr, *'Kein Recht zur Einmischung'? Die politische und völkerrechtliche Reaktion Grossbritanniens auf Hitlers 'Machtergreifung' und die einstetzende Judenverfolgung* (Tubinga, 2002), pp. 64, 113, 164, 204 *et passim* . 114 . Proclamación, 10.3.1933, Domarus, I, p. 219. 115 . Amelie Artmann y Stefan Hoerdler, «Zur Rezeption der frühen NS-Gewalt in der Presse», en Stefan Hoerdler (ed.), *SA -Terror als Herrschaftssicherung. 'Köpnicker Blutwoche' und öffentliche Gewalt im Nationalsozialismus* (Berlín, 2013), pp. 200-213; Martin Herzer, *Auslandskorrespondenten und auswärtige Pressepolitik im Dritten Reich* (Colonia, Weimar y Viena, 2012), pp. 34-35 *et passim* . 116 . Louis Lochner, *Always the Unexpected: A Book of Reminiscences* (Nueva York, 1956). 117 . Conradi, *Hitler's Piano Player* , p. 106. 118 . Ver Andrew Nagorski, *Hitlerland: American Eyewitnesses to the Nazi Rise to Power* (Nueva York, 2012); y Erik Larson, *In the Garden of Beasts: Love and Terror in Hitler's Berlin* (Londres, 2011). 119 . Herzer, *Auslandskorrespondenten und auswärtige Pressepolitik* , pp. 73-105. 120 . RH , 2.3.1933, I/1, p. 147. 121 . Hitler

a Papen, 11.3.1933, RH , I/1, p. 205. 122 . Ver Conradi, *Hitler's Piano Player* , pp. 141-142. 123 . RH , 24.5.1933, I/1, pp. 477-479. 124 . Plöckinger, *Geschichte eines Buches* , p. 197. 125 . Ver James J. Barnes y Patience P. Barnes, *Hitler's Mein Kampf in Britain and America: A Publishing History 1930-39* (Cambridge, 1980), pp. 2, 9, 13, 24-25 (sobre Weizmann), 33-34 (sobre censura); y Dan Stone, «The '*Mein Kampf* ramp': Emily Overend Lorimer y Hitler translations in Britain», *German History* , 26 (2008), pp. 504-519. 126 . Por ejemplo, Adolf Hitler, *My Struggle* (Londres, 1933), pp. 124-130, 209 *et passim* (sobre los judíos) y 256-258 (sobre el *Lebensraum*). 127 . Entrevista, 2.5.1933, Domarus, I, p. 265. 128 . Ver, por ejemplo, Otto Dietrich, *Mit Hitler in die Macht. Persönliche Erlebnisse mit meinem Führer* (Múnich, 1934), pp. 201-203. 129 . Madeleine Herren, «'Outwardly... an innocuous conference authority': National Socialism and the logistics of international information management», *German History* , 20 (2002), pp. 67-92. Ver, por ejemplo, Michael Arthur Ledeen, *Universal Fascism: The Theory and Practice of the Fascist International, 1928-1936* (Nueva York, 1972), pp. xviii, 163 *et passim* . 130 . RH , 29.3.1933, I/1, p. 270. 131 . Yfaat Weiss, «Projektionen vom 'Weltjudentum'. Die Boykottbewegung der 1930er Jahre», *Tel Aviver Jahrbuch für deutsche Geschichte* , 26 (1997), pp. 151-179; Ahlheim, *'Deutsche kauft nicht bei Juden'* , pp. 246-249. 132 . Ver, por ejemplo, Fein, *Hitlers Weg nach Nürnberg* , p. 254. 133 . RH , 31.3.1933, I/1, p. 277. 134 . Proclamación, 28.3.1933, Domarus, I, pp. 248-251. 135 . Ver, por ejemplo, Francis R. Nicosia, *Zionism and Anti-Semitism in Nazi Germany* (Cambridge, 2008), p. 79 *et passim* . Ver, por ejemplo, Moshe Zimmermann, «Mohammed als Vorbote der NS -Judenpolitik? Zur wechselseitigen Instrumentalisierung von Antisemitismus und Antizionismus», *Tel Aviver Jahrbuch für deutsche Geschichte* , 33 (2005), pp. 292-305, especialmente pp. 294-299. 136 . Francis R. Nicosia, *The Third Reich and the Palestine Question* (New Brunswick, NJ, 2000), pp. 41-49. 137 . Nicosia, *Zionism and Anti-Semitism* , p. 78. 138 . Cita en Ernst Hanfstaengl, *15 Jahre mit Hitler. Zwischen Weissem und Braunem Haus* , segunda edición (Múnich y Zúrich, 1980), p. 305. La cuestión del dinero (privado) estadounidense para ayudar a la emigración judía volvió a planteársele a Hitler en marzo de 1934: Richard Breitman, Barbara McDonald Stewart y Severin Hochberg (eds.), *Advocate for the Doomed: The Diaries and Papers of James G. McDonald, 1932-1935* (Bloomington, Ind., 2007), pp. 317-318. 139 . Entrevista, 30.10.1933, Domarus, I, p. 325. 140 . Agradezco a Dermot Trainor las muchas conversaciones que hemos mantenido sobre este tema. 141 . Stefan Hübner, «Hitler and Ostasien, 1904 bis 1933. Die Entwicklung von Hitlers Japan- and Chinabild vom Russisch-Japanischen Krieg bis zur 'Machtergreifung'», *OAG-Notizen* , 9 (2009), pp. 22-41, especialmente p. 31. 142 . RH , 26.4.1933, I/1, pp. 376, 375, 389. 143 . Wolfgang Schivelbusch, *Three New Deals: Reflections on Roosevelt's America, Mussolini's Italy and Hitler's Germany, 1933-1939* (Nueva York, 2007). 144 . Anweisung des Propaganda-Ministeriums, 5.7.1933: Gabriele Toepser-Ziegert (ed.), *NS - Presseanweisungen der Vorkriegszeit. Edition und Dokumentation* , vol. 1: *1933* (Múnich, Nueva York, Londres y París, 1984), p. 52. 145 . RH , 6.7.1933, I/1,

p. 631.

146 . Cita en Eric Rauchway, *The Money Makers: How Roosevelt and Keynes Ended the Depression, Defeated Fascism and Secured a Prosperous Peace* (Nueva York, 2015), p. xxiv.

CAPÍTULO 11: LA «ELEVACIÓN» DEL PUEBLO ALEMÁN

1 . RH , 6.7.1933, I/1, p. 629. 2 . RH 28.9.1933, I/2, p. 869. 3 . Peter Longerich, *Hitlers Stellvertreter. Führung der Partei und Kontrolle des Staatsapparates durch den Stab Hess und die Partei-Kanzlei Bormann* (Múnich, 1992). 4 . RH , 1.12.1933, I/2, p. 986. 5 . Ver, por ejemplo, Jeremy Noakes, «Leaders of the people? The Nazi Party and German society», *Journal of Contemporary History* , 39 (2004), pp. 189-212 (especialmente pp. 189-190). 6 . Ver Jürgen W. Falter, «Die 'Märzgefallenen' von 1933. Neue Forschungsergebnisse zum sozialen Wandel innerhalb der NSDAP -Mitgliedschaft während der Machtergreifungsphase», *Geschichte und Gesellschaft,* 24 (1998), pp. 595-616, especialmente pp. 596 y 600. 7 . Ver, por ejemplo, Zitelmann, *Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs* , pp. 400-401. 8 . RH , 6.7.1933, I/1, p. 630. 9 . Discurso, 7.5.1933, Domarus, I, p. 266. 10 . Wirsching, «Man kann nur den Boden germanisieren», p. 546. 11 . RH , 20.9.1933, I/2, p. 812. La distinción entre «raza» y «pueblo» era un lugar común entre los teóricos nazis: Christopher M. Hutton, *Race and the Third Reich: Linguistics, Racial Anthropology and Genetics in the Dialectic of Volk* (Cambridge, 2005), p. 110; y Mark Roseman, «Racial discourse, Nazi violence, and the limits of the racial state model», en Devin O. Pendas, Mark Roseman y Richard F. Wetzell (eds.), *Beyond the Racial State: Rethinking Nazi Germany* (Cambridge, 2017), p. 33 *et passim.* 12 . Ver, por ejemplo, Michael Burleigh y Wolfgang Wippermann, *The Racial State: Germany 1933-1945* (Cambridge, 1992). 13 . Véase David Bankier, «Hitler and the policy-making process on the Jewish Question», *Holocaust and Genocide Studies* , 3 (1988), pp. 1-20. 14 . Ver, por ejemplo, John Connelly, «Nazis and Slavs: from racial theory to racist practice», *Central European History* , 32 (1999), pp. 1-33, especialmente pp. 2-3. 15 . Hans-Walter Schmuhl, *Rassenhygiene, Nationalsozialismus, Euthanasie. Von der Verhütung zur Vernichtung «lebensunwerten Lebens», 1890-1945* (Gotinga, 1987), pp. 151-172 (donde se utiliza el término «eugenesia negativa»). Ver, por ejemplo Gisela Bock, *Zwangssterilisation im Nationalsozialismus. Studien zur Rassenpolitik und Frauenpolitik* (Opladen, 1986), pp. 80-94. 16 . Jeremy Noakes, «Nazism and eugenics: the background to the Nazi sterilization law of 14 July 1933», en R. J. Bullen, H. Pogge von Strandmann y A. B. Polonsky (eds.), *Ideas into Politics: Aspects of European History, 1880-1950* (Londres, 1984), pp. 75-94. 17 . RH , 14.7.1933, I/1, pp. 664-665. 18 . RH , 16. 7.1935, II/ 2, p. 1104. 19 . Véase James Q. Whitman, *Hitler's American Model: The United States and the Making of Nazi*

Race Law (Princeton, NJ y Oxford, 2017), p. 32. 20 . Citado en Stefan Kühl, *The Nazi Connection: Eugenics, American Racism, and German National Socialism* (Oxford, 1994), p. 39. Para una comparación sistemática desde una perspectiva legal, véase Judy Scales-Trent, «Racial purity laws in the United States and Nazi Germany: the targeting process», *Human Rights Quarterly* , 23 (2001), pp. 259-307. 21 . Citado en Kühl, *The Nazi Connection* , p. 85. 22 . Ver Robert N. Proctor, *The Nazi War on Cancer* (Princeton, NJ, 1999), p. 207 *et passim* . 23 . Wirsching, «Man kann nur Boden germanisieren», p. 546. 24 . Ver, por ejemplo, Wolfgang König, *Volkswagen, Volksempfänger, Volksgemeinschaft. «Volksprodukte» im Dritten Reich. Vom Scheitern einer nationalsozialistischen Konsumgesellschaft* (Paderborn, Múnich, Viena y Zúrich, 2004), pp. 17-19 *et passim* . 25 . Dorothee Hochstetter, *Motorisierung und «Volksgemeinschaft». Das Nationalsozialistische Kraftfahrkorps (NSKK) 1931-1945* (Múnich, 2005), pp. 151-166, especialmente p. 158. 26 . Véase Paul Kluke, «Hitler und das Volkswagenprojekt», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 8 (1960), pp. 341-383, especialmente p. 366. 27 . Discurso, 15.2.1936, Domarus, II , pp. 576-579. 28 . Véase Christopher Kopper, «Modernität oder Scheinmodernität nationalsozialistischer Herrschaft. Das Beispiel der Verkehrspolitik», en Christian Jansen, Lutz Niethammer y Bernd Weisbrod (eds.), *Von der Aufgabe der Freiheit. Politische Verantwortung und bürgerliche Gesellschaft im 19. und 20. Jahrhundert* (Berlín, 1995), pp. 399-411, especialmente pp. 401 y 403. 29 . RH , 29.10.1934, II/ 1, pp. 129-130. 30 . Tooze, *Wages of Destruction* , pp. 147-148. 31 . Eva Susanne Bressler, *Von der Experimentierbühne zum Propagandainstrument. Die Geschichte der Funkausstellung 1924 bis 1939* (Colonia y Viena, 2009), p. 204. 32 . Ver, por ejemplo, König, *Volkswagen, Volksempfänger, Volksgemeinschaft* , p. 258. 33 . Ver, por ejemplo, Rüdiger Hachtmann, «Tourismus- geschichte – ein Mauerblümchen mit Zukunft! Ein Forschungsüberblick», *H-Soz-Kult* , 6.10.2011, p. 3. 34 . Shelley Baranowski, *Strength through Joy: Consumerism and Mass Tourism in the Third Reich* (Cambridge, 2004), pp. 38-39 *et passim* . 35 . Dorothee Klinksiek, *Die Frau im NS -Staat* (Stuttgart, 1982). 36 . Discurso, 8.9.1934, Domarus, I, pp. 450-451. En la misma línea, 13.9.1935, Domarus, II , p. 531. 37 . Matthew Stibbe, *Women in the Third Reich* (Londres, 2003), p. 85. 38 . Véase Friedemann Beyer, *Frauen für Deutschland. Filmidole des Dritten Reichs* (Múnich, 2012), pp. 18-24 *et passim.* 39 . Discurso, 8.9.1934, Domarus, I, pp. 450-451. En la misma línea, 13.9.1935, Domarus, II, p. 531. 40 . Lisa Pine, *Hitler's 'National Community': Society and Culture in Nazi Germany* (Londres, 2017), pp. 118-128. 41 . Buchheim, «Das NS-Regime und die Überwindung der Weltwirtschaftskrise», p. 392. 42 . Irmgard Weyrather, *Muttertag und Mutterkreuz. Der Kult um die «deutscheutter' im Nationalsozialismus* (Fráncfort, 1993), pp. 55-84 (cita en p. 55). Ver, por ejemplo, Claudia Koonz, *Mothers in the Fatherland* (Nueva York, 1988). 43 . Gabriele Czarnowski, *Das kontrollierte Paar. Ehe-und Sexualpolitik im Nationalsozialismus* (Weinheim, 1991). 44 . Ver, por ejemplo, Ute Frevert, «Frauen an der 'Heimatfront'», en Christoph Klessmann (ed.), *Nicht nur Hitlers Krieg. Der Zweite Weltkrieg und die Deutschen*

(Düsseldorf, 1989), pp. 51-69. 45 . Discurso, 23.3.1933, Domarus, I, p. 232. 46 . Citado en Kiran Klaus Patel, «Welfare in the warfare state: Nazi social policy on the international stage», *Bulletin of the German Historical Institute* , 37 (2015), pp. 3-38, aquí en p. 20. 47 . Véase Helen Roche, «Zwischen Freundschaft und Feindschaft: exploring relationships between pupils at the Napolas (*Nationalpolitische Erziehungsanstalten*) and British public schoolboys», *Angermion: Yearbook for Anglo-German Literary Criticism, Intellectual History and Cultural Transfers/Jahrbuch für britisch-deutsche Kulturbeziehungen* , 6 (2013), pp. 101-126. 48 . Discurso, 14.9.1935, Domarus II, pp. 533-534. 49 . Helen Roche, «Classics and education in the Third Reich: *die alten Sprachen* and the Nazification of Latin- and Greek-teaching in secondary schools», en Helen Roche y Kyriakos Demetriou (eds.), *Brill's Companion to the Classics, Fascist Italy and Nazi Gemany* (Londres y Boston, 2018), pp. 238-263. Ver, por ejemplo, Helen Roche, *Sparta's German Children: The Ideal of Ancient Sparta in the Royal Prussian Cadet Corps, 1818-1920, and in National Socialist Elite Schools (the Napolas), 1933-1945* (Swansea, 2013). 50 . Ver Paul Kahl, «'Geschaffen durch die hochherzige Unterstützung des Führers und Reichskanzlers Adolf Hitler' Das Weimarer Goethe-Nationalmuseum in der Zeit des Nationalsozialismus», en Tanja Baensch, Kristina Kratz-Kessemeier y Dorothee Wimmer (eds.), *Museen im Nationalsozialismus. Akteure – Orte – Politik* (Colonia, Weimar y Viena, 2016), pp. 293-305, especialmente pp. 293, 297-299. 51 . Ver, por ejemplo, Helen Roche, «'In Sparta fühlte ich mich wie in einer deutschen Stadt' (Goebbels): The leaders of the Third Reich and the Spartan nationalist paradigm», en Geraldine Horan, Felicity Rash y Daniel Wildmann (eds.), *English and German Nationalist and Anti-Semitic Discourse, 1871-1945* (Oxford, 2013), pp. 91-115. 52 . Citado en Helen Roche, «'Anti-Enlightenment': National Socialist educators troubled relationship with humanism and the Philhellenist tradition», *Publications of the English Goethe Society* , 82, 3 (2013), pp. 193-207 (cita en p. 196). 53 . Ver Arne Fryksén, «Hitlers Reden zur Kultur. Kunstpolitische Taktik oder Ideologie?», en *Probleme Deutscher Zeitgeschichte* (Estocolmo, 1971), pp. 235-266, especialmente p. 258 (citas en p. 254). 54 . Discurso, 23.3.1933, Domarus, I, p. 232. 55 . Ver, por ejemplo, Winfried Nerdinger, «Funktion und Bedeutung von Architektur im NS -Staat», en Wolfgang Benz, Peter Eckel y Andreas Nachama (eds.), *Kunst im NS -Staat. Ideologie, Ästhetik, Protagonisten* (Berlín, 2015), pp. 279-300 (cita en p. 285). 56 . Ver, por ejemplo, Pyta, *Hitler* , pp. 63, 69, 99. 57 . Hans Rudolf Vaget, «Hitler's Wagner: musical discourse as cultural space», en Michael H. Kater y Albrecht Riethmüller (eds.), *Music and Nazism: Art under Tyranny, 1933-1945* (Laaber, 2003). Agradezco a Erik Levi de Royal Holloway que me haya proporcionado esta referencia. 58 . Discurso 6.3.1934, Domarus, I, p. 369. Hans Rudolf Vaget, «Wagner-Kult und nationalsozialistische Herrschaft. Hitler, Wagner, Thomas Mann und die 'nationale Erhebung'», en Saul Friedländer y Jörn Rüsen (eds.), *Richard Wagner im Dritten Reich* (Múnich, 2000), pp. 264-281. 59 . Ver, por ejemplo, Pyta, *Hitler* , p. 95. 60 . Holger R. Stunz, «Hitler und die 'Gleichschaltung' der Bayreuther Festspiele. Ausnahmezustand,

Umdeutung und sozialer Wandel einer Kulturinstitution, 1933-1934», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 55 (2007), pp. 237-268, especialmente pp. 258-260; y Hamann, *Hitlers Bayreuth* , pp. 238, 240, 241, 242, 245-247, 250-51. 61 . Ver Wolfgang Ruppert, «Bildende Kunst im NS -Staat», en Benz, Eckel y Nachama (eds.), *Kunst im NS -Staat,* pp. 29-47, especialmente p. 32. 62 . Domarus, I, p. 316. 63 . Andreas Heusler, *Das Braune Haus. Wie München zur «Hauptstadt der Bewe gung» wurde* (Múnich, 2008), p. 9. 64 . Cita en Hans Günter Hockerts, «Warum war München die 'Hauptstadt der Bewegung'?», en Stefanie Hajak y Jürgen Zarusky (eds.), *München und der Nationalsozialismus. Menschen, Orte, Strukturen* (Berlín, 2008), p. 35. 65 . Ver, por ejemplo, Birgit Schwarz, *Geniewahn: Hitler und die Kunst* (Viena, Colonia y Weimar, 2009), pp. 19, 30 *et passim.* Ver, por ejemplo, Frederic Spotts, *Hitler and the Power of Aesthetics* (Londres, 2003). 66 . Ver, por ejemplo, Bill Niven, *Hitler and Film: The Führer's Hidden Passion* (New Haven y Londres, 2018). 67 . Ver las cifras de estas prohibiciones en Klaus-Jürgen Maiwald, *Filmzensur im NS -Staat* (Dortmund, 1983), p. 137. 68 . Véanse algunas estadísticas en Markus Spieker, *Hollywood unterm Hakenkreuz. Der amerikanische Spielfilm im Dritten Reich* (Tréveris, 1999), pp. 348-355. 69 . Ver Ben Urwand, *The Collaboration: Hollywood's Pact with Hitler* (Cambridge, Mass. y Londres, 2013). 70 . Volker Koop, *Warum Hitler King Kong liebte, aber den Deutschen Micky Maus verbot. Die geheimen Lieblingsfilme der Nazi-Elite* (Berlín, 2015), especialmente pp. 11-58. 71 . Ver, en general, Michael H. Kater, *Different Drummers: Jazz in the Culture of Nazi Germany* (Nueva York, 1992). 72 . Ver, por ejemplo, Benjamin G. Martin, *The Nazi-Fascist New Order for European Culture* (Cambridge, Mass., 2016), pp. 62-65 (citas en p. 64). 73 . Tooze, *Wages of Destruction* , pp. 167 y 186. 74 . R. Walther Darré, *Neuadel aus Blut und Boden* (Múnich, 1930), pp. 12-13, 60 (citas en p. 124) *et passim* . 75 . RH , 26.9.1933, I/2, pp. 832-833. 76 . Uwe Mai, *«Rasse und Raum». Agrar- politik, Sozial- und Raumplanung im NS -Staat* (Paderborn, Múnich y Viena, 2002), p. 50. 77 . Ver Mai, «*'Rasse und Raum»* , p. 55. 78 . Véase una opinion escéptica en Buchheim, «Das NS -Regime und die Überwindung der Weltwirtschaftskrise», pp. 381-382, 392 *et passim* . 79 . Silverman, *Hitler's Economy* , pp. vii, 231 y 235. 80 . RH , 20.9.1933, I/2, pp. 806-807. 81 . RH , 20.9.1933, I/2, p. 807. 82 . RH , 20.9.1933, I/2, pp. 814 y 816. 83 . RH , 20.9.1933, I/2, p. 815. 84 . RH , 28.9.1933, I/2, pp. 865-868. 85 . RH , 28.9.1933, I/2, p. 868; RH 28.9.1933, I/2, p. 870; RH , 10.1.1934, I/2, p. 1070. 86 . Ver Immo von Fallois, *Kalkül und Illusion. Der Machtkampf zwischen Reichswehr und SA während der Röhm-Krise 1934* (Berlín, 1994), pp. 40, 89. 87 . RH , 28.9.1933, I/2, p. 865. 88 . RH 28.9.1933, I/2, p. 870; RH 1.12.1933, I/2, p. 986; RH , 28.9.1933, I/2, p. 866. 89 . RH , 13/14.10.1933, I/2, p. 905. 90 . RH , 27.9.1933, I/2, p. 838. 91 . Discurso, 18.10.1933, Domarus, I, p. 317. 92 . RH , 17.10.1933, I/2, p. 908. 93 . 17.3.1933, Domarus, I, p. 276. 94 . RH , 4.12.1933, I/2, p. 999. Ver, por ejemplo Hildebrand, *Vom Reich zum Weltreich* , pp. 622-623 *et passim* . 95 . Ver Zach Shore, «Hitler's opening gambit: intelligence, encirclement, and the decision to ally with Poland», *Intelligence and National Security* , 14 (1999),

pp. 103-122, especialmente pp. 117-118. 96 . Ver, por ejemplo, Meissner, *Staatssekretär* , p. 343. Ver, por ejemplo, Hans Roos, *Polen und Europa. Studien zur polnischen Aussenpolitik, 1931-1939* (Tubinga, 1957), pp. 108-128. 97 . RT , 2.2.1935, p. 169. 98 . Véase la referencia de Friedelind Wagner a un comentario de Hitler el 4.8.1936 en Hamann, *Hitlers Bayreuth* , p. 326. 99 . RH , 5.5.1936, III , p. 852; RH , 14.5.1936, III , p. 853. 100 . RH , 22.10.1935 II/2. 101 . RT , 14.5.1934, p. 119. 102 . B. J. C. McKercher, «Deterrence and the European balance of power: the Field Force and British grand strategy, 1934-1938», *English Historical Review* , 123, 500 (2008), pp. 98-131 (cita en p. 115). 103 . Domarus, I, pp. 372-373. 104 . Edwin Black, «Hitler's carmaker: the inside story of how General Motors helped mobilize the Third Reich», *History News Network* , 14.5.2007. 105 . Esta, en todo caso, fue la versión de Hearst, citada en Conradi, *Hitler's Piano Player* , p. 174.

106 . RT , 14.5.1934, p. 119; RT , 28.6.1934, pp. 138-139; RT , 11.7.1934, p. 147. Ver, por ejemplo, RT , 15.5.1934, p. 124 y RT , 28.6.1934, p. 139.

CAPÍTULO 12: CAÑONES Y MANTEQUILLA

1 . RH , 22.3.1934, I/2, pp. 1197-1198. 2 . Véase, *Wages of Destruction* , pp. 80-81. 3 . RH , 7.6.1934, I/2, p. 1310. 4 . Ver Johannes Bähr, «'Dein Sparen hilft dem Führer'. Sparen in der Zeit des Nationalsozialismus», en Robert Muschalla (ed.), *Sparen. Geschichte einer deutschen Tugend* (Darmstadt, 2018), pp. 91-106. 5 . Citado en Immo von Fallois, *Kalkül und Illusion. Der Machtkampf zwischen Reichswehr und SA während der Röhm-Krise 1934* (Berlín, 1994), p. 118. 6 . Véase Larry Eugene Jones, «The limits of collaboration: Edgar Jung, Herbert von Bose, and the origins of the conservative resistance to Hitler, 1933-34», en Larry Eugene Jones y James Retallack (eds.), *Between Reform, Reaction and Resistance: Studies in the History of German Conservatism from 1789 to 1945* (Providence, RI y Oxford, 1993), pp. 465-501, especialmente pp. 486, 494-497. 7 . Meissner, *Staatssekretär* , p. 365. 8 . RH, 3.7.1934, I/2, p. 1356, 9 . Ver, por ejemplo, Uwe Bachnick, *Die Verfassungsreform vorstellungen im nationalsozialistischen Deutschen Reich und ihre Verwirklichung* (Berlín, 1995), pp. 48-65. 10 . RH , 22.3.1934, I/2, p. 1199. 11 . Véase Martin Broszat, «Reichszentralismus und Parteipartikularismus. Bayern nach dem Neuaufbau-Gesetz vom 30. Januar 1934», en Ursula Büttner, Werner Johe y Angelika Voss (eds.), *Das Unrechtsregime. Internationale Forschung über den Nationalsozialismus* , vol. 1: *Ideologie – Herrschaftssystem – Wirkung in Europa* (Hamburgo, 1986), pp. 178-202, especialmente pp. 185-186. 12 . Goeschel, *Mussolini and Hitler* , pp. 46-47. 13 . Sobre el relato de esta reunión por parte de Hitler, ver RT , 19.6.1934, p. 136; y GT , 17.6.1934, I/3/I, p. 65. 14 . Ver Heinz Höhne, *Mordsache Röhm. Hitlers Durchbruch zur Alleinherrschaft, 1933-1934* (Reinbek bei Hamburg, 1984),

p. 242. 15 . Klaus-Jürgen Müller, «Reichswehr und 'Röhm-Affäre'. Aus den Akten des Wehrkreiskommandos (Bayer.) VII», *Militärgeschichtliche Mitteilungen* , 3, 1 (1968), pp. 107-144. 16 . Descrito en retrospectiva en RT , 7.7.1934, p. 141. 17 . Cita en Heinz Höhne, *Die Zeit der Illusionen. Hitler und die Anfänge des Dritten Reiches, 1933-1936* (Düsseldorf, Viena y Nueva York, 1991), p. 213. 18 . Ver RT , 28.6.1934, p. 139. 19 . Wolfram Selig, «Ermordet im Namen des Führers. Die Opfer des Röhm-Putsches in München», en Winfried Becker y Werner Chrobak (eds.), *Staat, Kultur, Politik. Beiträge zur Geschichte Bayerns und des Katholizismus* (Kallmünz, 1992), pp. 341-356, especialmente p. 349 (Ballerstedt) y p. 352 (Kahr). 20 . RT , 28.6.1934, p. 139. Ver, por ejemplo, RT , 15.5.1934, p. 124. 21 . Domarus, I, pp. 399-400. 22 . Discurso, 13.7.1934, Domarus, I, p. 421. 23 . Domarus, I, p. 421. 24 . Ver Robert Dallek, *Democrat and Diplomat: The Life of William E. Dodd* (Oxford, 2013), pp. 178-179. 25 . Citado en Domarus, I, p. 398. 26 . Discurso, 13.7.1934, Domarus I, pp. 420, 422 *et passim* . 27 . Para una breve descripción del testigo presencial Werner Best véase Siegfried Motlok (ed.), *Dänemark in Hitlers Hand. Der Bericht des Reichsbevollmächtigten Werner Best über seine Besatzungspolitik in Dänemark mit Studien über Hitler, G* öring, *Himmler, Heydrich, Ribbentrop, Canaris u. a.* (Husum, 1988), pp. 125-126. 28 . RH , 11.7.1934, I/2, p. 1375. 29 . Discurso, 13.7.1934, Domarus, I, p. 412; Discurso, 4.9.1934, Domarus I, pp. 447-448. 30 . Ver, por ejemplo, Bauer, «Hitler und der Juliputsch 1934». 31 . Ver Hamann, *Hitlers Bayreuth* , pp. 252-262, 271, 273, 283, 285 (cita). 32 . Bauer, *Hitlers zweiter Putsch* , pp. 136, 141, 159-160, 223 (cita) *et passim* . 33 . Citado en Bauer, *Hitlers zweiter Putsch* , p. 183. 34 . GT , 30.7.1934, I/3/I, p. 86. 35 . Ver Perica Hadži-Jovanč ić , «Ergänzungswirtschaft, Grosswirtschaftsraum and Yugoslavia's responses to German economic theories and plans for the Balkans in the 1930s», *Godišnjak za društvenu istoriju/Annual of Social History* , 2 (2017), pp. 31-56; Roland Schönfeld, «Deutsche Rohstoffsicherungspolitik in Jugoslawien, 1934-1944», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 24 (1976), pp. 215-258; Stephen G. Gross, *Export Empire: German Soft Power in Southeastern Europe, 1890-1945* (Cambridge, 2015). 36 . Citado en Schafranek, *Söldner für den 'Anschluss'* , pp. 157-158, 315. 37 . Ver Franz Müller, *Ein «Rechtskatholik» zwischen Kreuz und Hakenkreuz: Franz von Papen als Sonderbevollmächtigter Hitlers in Wien, 1934-1938* (Fráncfort, 1990). 38 . Blair R. Holmes, «Europe and the Habsburg Restoration in Austria, 1930-1938», *East European Quarterly* , 9 (1975), pp. 173-184, especialmente pp. 179-180. 39 . Proclamación, 20.7.1934, Domarus, I, p. 426. 40 . RH , 1.8.1934, I/2, p. 1384. 41 . Discurso, 17.8.1934, Domarus, I, p. 442. 42 . RH , 27.8.1934, I/2, p. 1391. 43 . El texto del juramento aparece en Domarus, I, pp. 430-431. 44 . Kershaw, «*Hitler Myth*» ; e Ian Kershaw, *Hitler: A Profile in Power* (Londres, 1991). M. Rainer Lepsius, «The model of Charismatic leadership and its applicability to the rule of Adolf Hitler», *Totalitarian Movements and Political Religions,* 7 (2006), pp. 175-190. 45 . RH , 3.4.1935, II/1, p. 1085. 46 . RH , 1.11.1934, II/1, p. 1040. 47 . Ver Domarus, I, p. 445. 48 . Discurso, 26.8.1934, Domarus, I, p. 445. 49 . RT , 2.8.1934, p. 150. 50 . Peter Hubert, *Uniformierter*

Reichstag. Die Geschichte der Pseudo-Volksvertretung, 1933-1945 (Düsseldorf, 1992), pp. 15, 23-45 *et passim* . Ver, por ejemplo, Joachim Lilla, *Statisten in Uniform. Die Mitglieder des Reichstags, 1933-1945. Ein biographisches Handbuch* (Düsseldorf, 2004). 51 . Jane Caplan, *Government Without Administration: State and Civil Service in Weimar and Nazi Germany* (Oxford, 1988). 52 . Longerich, *Hitlers Stellvertreter* , p. 19 *et passim* . 53 . Citado en Noakes, «Leaders of the people?», p. 191 (hablando en el congreso del partido el 11 de septiembre de 1935). 54 . Peter Diehl-Thiele, *Partei und Staat im Dritten Reich. Untersuchungen zum Verhältnis von NSDAP und allgemeiner innerer Staatsverwaltung* (Múnich, 1969), pp. 17-21. 55 . Citado en Noakes, «Leaders of the people?», p. 192. 56 . Heike B. Görtemaker, *Hitlers Hofstaat. Der innere Kreis im Dritten Reich und danach* (Múnich, 2019), especialmente pp. 97-214. 57 . Ver, por ejemplo, Fabrice d'Almeida, *High Society in the Third Reich* (Cambridge, 2008), pp. 63-86. 58 . RH , 7.12.1934, II/ 1, p. 224. 59 . Ver, por ejemplo, Martin Moll, «Steuerungsinstrument im 'Ämterchaos'? Die Tagungen der Reichs- und Gauleiter der NSDAP »', *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 49 (2001), pp. 215-273. 60 . RH , 1.11.1934, II/1, p. 134. 61 . RH , 20.6.1935, II/ 1, p. 1094. 62 . Véase Jeremy Noakes, «Federalism in the Nazi state», en Maiken Umbach (ed.), *German Federalism: Past, Present, Future* (Basingstoke, 2002), pp. 113-145, especialmente p. 129. 63 . Noakes, «Federalism in the Nazi state», p. 130. Ver, por ejemplo, Bachnick, *Die Verfassungsreformvorstellungen im nationalsozialistischen Deutschen Reich* , p. 20 *et passim* . 64 . RT , 11.7.1934, p. 149. 65 . RH , 1.11.1934, gabinete II/1, p. 135. 66 . Wiedemann a Friedrichs (Stellvertreter des F.), 24.1.1935, ED 9 (Aktenstücke aus der Adjutantur des Führers), IfZ. 67 . Wiedemann a Friedrichs (copia o borrador), 7.2.1935, ED 9, IfZ. 68 . Ver RH , 7.8.1935, RH , II/ 2, pp. 711-713, donde Hitler se pone del lado de Goebbels sobre el control de la televisión; sobre la lucha sobre Baviera, véase RH , 1.2.1936, III, pp. 103-105; y RH , 13.11.1936, III, p. 896. 69 . «Wiedergabe des zwischen Hauptmann Wiedemann und Reichsminister Darré am 18 mai 1936 um 10.15 geführten Gesprächs», IfZ, ED 9; copia del borrador, Wiedemann a Bormann, 8.6.1935. 70 . Fein, *Hitlers Wegnach Nürnberg* , pp. 260-261. 71 . Meissner, *Staatssekretär* , p. 619. 72 . RH , 17.10.1935, II/2, p. 879. 73 . Comentarios de Hitler tomados de RT , 30.10.1936, p. 215. 74 . RT , 1.5.1936, p. 183. 75 . RH , 27.10.1936, III, p. 891. 76 . RH , 15.11.1934, II/1, p. 1043; RH , 15.8.21935, II/1, p. 1120; RH , 2.7.1936, III, p. 419; RH , 26.3.1936, III, p. 833. 77 . Ver, por ejemplo, Ian Kershaw, «'Working towards the Führer': reflections on the nature of the Hitler dictatorship», *Contemporary European History* , 2, 2 (1993), pp. 103-118 (cita de Willikens en p. 116). 78 . Ver la lamentación en Hans-Heinrich Wilhelm, «Hitlers Ansprache vor Generälen und Offizieren am 26. Mai 1944», *Militärgeschichtliche Mitteilungen* , 20, 2 (1976), pp. 123-170, especialmente p. 151. 79 . Hans Mommsen, «Cumulative radicalisation and progressive self-destruction as structural determinants of the Nazi dictatorship», en Ian Kershaw and Moshe Lewin (eds.), *Stalinism and Nazism: Dictatorships in Comparison* (Cambridge, 1997), pp. 75-87. 80 . Ver Markus Urban, *Die*

Konsensfabrik. Funktion und Wahrnehmung der NS -Reichsparteitage, 1933-1941 (Gotinga, 2007), pp. 43-47. 81 . Ver, por ejemplo, Fein, *Hitlers Wegnach Nürnberg* , p. 298. 82 . Frank Bajohr, «'Führerstadt' als Kompensation. Das 'Notstandsgebiet Hamburg' en der NS -Zeit», en Fritz Mayrhofer y Ferdinand Opll (eds.), S*tadt und Nationalsozialismus* (Linz, 2008), pp. 267 y 287 (cifras en p. 267). 83 . Ebi, *Export um jeden Preis* , pp. 116-117. 84 . William S. Grenzebach, *Germany's Informal Empire in East-Central Europe: German Economic Policy toward Yugoslavia and Rumania, 1933-1939* (Stuttgart, 1988). 85 . RH , 1.11.1934, II/ 1, pp. 135-136; RH , 4.12.1934, II/ 1, p. 202. 86 . Roland Ray, *Annäherung an Frankreich im Dienste Hitlers? Otto Abetz und die deutsche Frankreich-politik, 1930-1942* (Múnich, 2000), pp. 128-133 (citas en p. 133). 87 . RH , 19.12.1934, II/ 1, p. 1057. 88 . Ray, *Annäherung* , pp. 137-138 (cita en p. 138). 89 . RH , 21.2.1935, II/ 1, p. 375. 90 . RH , 7.8.1934, I/2, p. 1014; RH , 26.9.1934, II/ 1, p. 1023. 91 . Radio Address, 15.1.1935, Domarus, II , p. 472; Entrevista, 16.1.1935, Domarus, II , p. 474; Discurso, 1.1.1935, Domarus, II, p. 467; Entrevista, 17.1.1935, Domarus, II, p. 476. 92 . RT , 18.3.1935, p. 176. 93 . RH , 7.3.1935, II/ 1, p. 1077. 94 . Ver, por ejemplo, Hamann, *Hitlers Bayreuth* , pp. 302-303. 95 . RH , 4.4.1935, II/ 1, p. 1086. 96 . Ver, por ejemplo, Meissner, *Staatssekretär* , p. 399. 97 . Görtemaker, *Eva Braun* , pp. 63, 78, 91, 109 (cita), 111. 98 . Hitler le habló a su secretario de prensa extranjera sobre el incidente: Dietrich, *12 Jahre* , p. 200. 99 . Görtemaker, *Eva Braun* , pp. 190, 194 (cita). 100 . Ernst Günther Schenck, *Patient Hitler. Eine medizinische Biographie* (Augsburg, 2000). 101 . Manfred Funke, *Sanktionen und Kanonen . Hitler, Mussolini und der internationale Abessinienkonflikt, 1934-36* (Düsseldorf, 1971). 102 . Jost Dülffer, *Weimar, Hitler und die Marine. Reichspolitik und Flottenbau 1920-1939* (Düsseldorf, 1973), pp. 348-353; y M. L. Alch, «Germany's Naval Resurgence, British Appeasement, and the Anglo-German Naval Agreement of 1935» (tesis doctoral, Universidad de California, Los Ángeles, 1977), pp. 553-667 (sobre la reacción negativa de los aliados de Gran Bretaña) 103 . Ver, por ejemplo, Thomas Hoerber, «Psychology and reasoning in the Anglo-German Naval Agreement, 1935-1939», *Historical Journal* , 52 (2009), pp. 153-174, especialmente pp. 171-172. 104 . GT , 19.8.1935, I/3/I, p. 67. 105 . Citado en Richard S. Grayson, «Leo Amery's imperialist alternative to appeasement in the 1930s», *Twentieth Century British History* , 17 (2006), pp. 489-515 (cita en p. 505). 106 . Ver, por ejemplo, Wiedemann, *Der Mann der Feldherr werden wollte* , p. 213. 107 . RH , 20.8.1935, II/ 2, pp. 743-744. 108 . Fein, *Hitlers Wegnach Nürnberg* , pp. 312-313. 109 . Cornelia Essner, *Die «Nürnberger Gesetze», Oder, Die Verwaltung des Rassenwahns, 1933-1945* (Paderborn, 2002). 110 . Walter Strauss, «Das Reichsministerium des Innern und die Judengesetzgebung. Als Rassereferent im Reichsministerium des Innern, verfasst von Bernhard Lösener», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 9 (1961), pp. 262-313. 111 . Kershaw, *Hubris* , pp. 563-569. 112 . Aunque algunos consiguieron escapar de la red: Bryan Mark Rigg, *Hitler's Jewish Soldiers. The Untold Story of Nazi Racial Laws and Men of Jewish Descent in the German Military* (Lawrence, Kansas, 2002); Günter Schubert, «Hitlers

‘jüdische’ Soldaten. Ein Defizit der Holocaustforschung oder nur ein Medienereignis?», *Jahrbuch für Antisemitismusforschung* , 7 (1998), pp. 307-321. Solo un reducido número de los casos aquí comentados son de «judíos plenos» según lo establecido por las leyes raciales nazis. 113 . John M. Steiner y Jobst Freiherr von Cornberg, «Willkür in der Willkür. Befreiungen von den antisemitischen Nürnberger Gesetzen», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 46 (1998), pp. 143-187, especialmente pp. 151-152, 161. 114 . Wilhelm Stuckart y Hans Globke, *Kommentare zur deutschen Rassengesetzgebung* (Múnich, 1936), I, p. 55. 115 . James Q. Whitman, *Hitler’s American Model: The United States and the Making of Nazi Race Law* (Princeton, NJ y Oxford, 2017), pp. 55-56, 80, 128, 96 *et passim* . 116 . Véase Robbie Aitken y Eve Rosenhaft, *Black Germany: The Making and Unmaking of a Diaspora Community, 1884-1960* (Cambridge, 2013), p. 266. 117 . Citado en Karsten Linne, *Deutschland jenseits des Äquators? Die NS -Kolonialplanungen für Afrika* (Berlín, 2008), p. 43. Ver, por ejemplo, Susann Lewerenz, *Die Deutsche Afrika-Schau (1935-1940). Rassismus, Kolonialrevisionismus und postkoloniale Auseinandersetzungen im nationalsozialistischen Deutschland* (Fráncfort, 2006); y Peter Martin y Christine Alonzo (eds.), *Zwischen Charleston und Stechschritt. Schwarze im Nationalsozialismus* (Hamburgo y Múnich, 2004). 118 . Véase Aitken y Rosenhaft, *Black Germany* , pp. 250-257. 119 . Véase Eve Rosenhaft, «Blacks and gypsies in Nazi Germany: the limits of the ‘racial state’», *History Workshop Journal* , 72, 1 (2011), pp. 161-170, especialmente pp. 162-163. 120 . Ver, por ejemplo, Daniel Wildmann, *Begehrte Körper. Konstruktion und Inszenierung des «arischen» Männerkörpers im «Dritten Reich»* (Würzburg, 1998), p. 13. 121 . Véase la descripción de la escena que hace Ernst Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* (Múnich, 1970), p. 319. 122 . 15.9.1935, Domarus, II , p. 537. 123 . RH , 12.12.1935, II/ 2, p. 986. 124 . RH 1.7.1936, III , p. 417. 125 . RH , 30.4.1936, III , p. 293. Ver, por ejemplo, Ihrig, *Atatürk in the Nazi Imagination* , pp. 108-146. 126 . RH , 24.8.1935, II/ 2, p. 748. 127 . Armin Fuhrer, *Tod in Davos. David Frankfurter und das Attentat auf Wilhelm Gustloff* (Berlín, 2012), pp. 44-52. 128 . Discurso, 12.2.1936, Domarus, II, p. 575. 129 . Él lo comentó con Goebbels, GT , 23.1.1936, I/3/I, p. 367. 130 . Luther a Auswärtige Amt, 21.1.1936, ADAP , Serie C, IV , p. 996, donde consta en nota al margen: «El canciller está al tanto». 131 . Ian Kershaw, *Making Friends with Hitler: Lord Londonderry and Britain’s Road to War* (Londres, 2004). 132 . 4.2.1936, Domarus, II , p. 572. 133 . Ver, por ejemplo, Josef Henke, *England in Hitlers politischem Kalkül, 1935-1939* (Boppard am Rhein, 1973), p. 36 *et passim.* 134 . GT , 29.2.1936, I/3/I, p. 388. 135 . GT , 29.2.1936, I/3/I, pp. 388-389; GT , 4.3.1936, I/3/II, p. 31. 136 . RH , 6.3.1936, III , pp. 164-165. 137 . Discurso, 7.3.1936, Domarus, II , p. 595. 138 . Philip Towle, «Taming or demonising an aggressor: the British debate on the end of the Locarno system», en Gaynor Johnson (ed.), *Locarno Revisited: European Diplomacy 1920-1929* (Londres y Nueva York, 2004), pp. 178-198 (citas, pp. 181, 185, 189). 139 . Arnd Krüger, *Die Olympischen Spiele 1936 und die Weltmeinung. Ihre aussenpolitische Bedeutung*

unter besonderer Berücksichtigung der USA (Berlín, Múnich y Fráncfort, 1972). 140 . Véase Dirk Schubert, «Führerstadtplanungen in Hamburg», en Michael Bose, Michael Holtmann, Dittmar Machule, Elke Pahl-Weber y Dirk Schubert, «... *ein neues Hamburg entsteht ...'. Planen und Bauen von 1933-1945* (Hamburgo, 1986), pp. 16-45, especialmente pp. 34-35. 141 . Decreto, 17.6.1936, Domarus, II , p. 624. 142 . Hans-Henning Abendroth, *Mittelsmann zwischen Franco und Hitler. Johannes Bernhardt erinnert 1936* (Marktheidenfeld, 1978), pp. 28-36; y Hans-Henning Abendroth, *Hitler in der spanischen Arena. Die deutsch-spanischen Beziehungen im Spannungsfeld der europäischen Interessenpolitik vom Ausbruch des Bürgerkrieges bis zum Ausbruch des Weltkrieges, 1936-1939* (Paderborn, 1973), pp. 15-73. 143 . Dieckhoff Memorandum, 25.7.1936, ADAP , Serie D, III , pp. 11-12. 144 . Véase Pierpaolo Barbieri, *Hitler's Shadow Empire: Nazi Economics and the Spanish Civil War* (Cambridge, Mass., 2015). 145 . Hans-Henning Abendroth, «Die deutsche Intervention im Spanischen Bürgerkrieg. Ein Diskussionsbeitrag», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 30 (1982), pp. 117-129 (cita en 121). 146 . RT , 12.8.1936, p. 191. 147 . Ver, por ejemplo, RT , 12.8.1936, p. 190. 148 . Ver, por ejemplo, Tooze, *Wages of Destruction* , pp. 211-213. 149 . Memorándum de Hitler sobre el Plan Cuatrienal, Obersalzberg, agosto de 1936, ADAP , Serie C, V, pp. 793-801. 150 . Ver, por ejemplo, Herbert A. Strauss, «Hostages of 'world Jewry': on the origin of the idea of genocide in German history», *Holocaust and Genocide Studies* , 3 (1988), pp. 125-136, p. 135 de este libro. Ver, por ejemplo, Peter Longerich, *The Unwritten Order: Hitler's Role in the Final Solution* (Stroud, 2001/3), p. 54. 151 . Christopher Kopper, *Hjalmar Schacht. Aufstieg und Fall von Hitlers mächtigstem Bankier* (Múnich y Viena, 2006), pp. 309-311 *et passim* . 152 . GT , 1.9.1936, I/3/II, p. 172. 153 . GT , 15.11.1936, I/3/ II , p. 252. 154 . RH , 18.10.1936, III , pp. 556-557. 155 . Dieter Petzina, *Autarkiepolitik im Dritten Reich* (Stuttgart, 1968), p. 83. 156 . Tooze, *Wages of Destruction* , pp. 222-230 *et passim* . 157 . Véase descripción en David Clay Large, *Nazi Games: The Olympics of 1936* (Londres, 2007), pp. 3-5. 158 . Véase David Clay Large, «Hitler's Games: race relations in the 1936 Olympics», *German Historical Institute London Bulletin* , 29, 1 (mayo de 2007), pp. 5-27 (cita en p. 22). 159 . Ver, por ejemplo, Wiedemann, *Der Mann der Feldherr werden wollte* , pp. 208-209. 160 . GT , 7.8.1936, I/3/II, p. 151. 161 . Ver Oliver Hilmes, *Berlin 1936. Sechzehn Tage im August* (Múnich, 2016). 162 . Hamann, *Hitlers Bayreuth* , pp. 323-325. 163 . Ribbentrop, «Notiz für den Führer», Wildungen, 28.8.1936, ADAP , Serie C, V, 2, p. 868. 164 . RT , 17.9.1936, pp. 205-206. 165 . David Lloyd George, «I talked to Hitler», *Daily Express* , 17.9.1936. 166 . Memorándum del mayor Dutton, c.9.9.1936, ADAP , Serie C, V, 2, pp. 906-908. 167 . Fein, *Hitlers Weg nach Nürnberg* , p. 328. 168 . GT , 16.9.1936, I/3/II, p. 184. 169 . Discurso, 14.9.1936, Domarus, II, p. 645. 170 . Discurso, 9.9.1936, Domarus, II, p. 638. En esta misma línea: Discurso, 13.9.1936, Domarus, II, p. 728. 171 . RT , 17.9.1936, p. 204. 172 . GT , 2.12.1936, I/3/II, p. 273. Ver, por ejemplo, RH , 21.1.1936, III, p. 807; RH , 5.5.1936, III , pp. 852-853; RH , III, 2.11.1936, p. 893. 173 . Discurso, 12.9.1936, Domarus, II , p. 643; Discurso,

17.12.1936, Domarus, II, p. 658. 174 . Wiedemann a Reschny, Berlín, 25.4.1936, ADAP , Serie C, V/1, pp. 441-442. 175 . RH , 15.8.1936, III , p. 876. 176 . GT , 15.11.1936, I/3/II, p. 251; GT , 13.11.1936, I/3/II, p. 249. 177 . Citado en Abendroth, «Die deutsche Intervention im Spanischen Bürgerkrieg», p. 122. 178 . Véase Geoffrey T. Waddington, «Hitler, Ribbentrop, die NSDAP und der Niedergang des britischen Empire 1935-1938», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 40 (1992), pp. 273-306, especialmente pp. 276-285; Hermann Graml, *Hitler und England. Ein Essay zur nationalsozialistischen Aussenpolitik 1920 bis 1940* (Múnich, 2010), p. 92; y Wolz, «Ribbentrop und die deutsch Aussenpolitik», p. 410. 179 . GT , 25.11.1936, I/3/II, p. 264; GT , 14.11.1936, I/3/II, pp. 250-251; GT , 17.9.1936, I/3/II, p. 185. 180 . GT , 4.12.1936, I/3/II, p. 276. 181 . Según consta en GT , 5.12.1936, I/3/II, p. 278; GT , 7.12.1936, I/3/II, p. 281. 182 . GT , 8.12.1936, I/3/II, p. 282. 183 . GT , 21.12.1936, I/3/II, p. 300. 184 . Luther a Auswärtiges Amt, Washington, 18.8.1936, ADAP , Serie C, V/2, p. 851. 185 . Luther al *Ministerialdirektor* Ritter (AA), Washington, 2.10.1936, ADAP , Serie C, V/2, pp. 949-950. 186 . RH , 19.10.1936, III , pp. 553-554. 187 . Jens Petersen, *Hitler-Mussolini. Die Entshehung der Achse Berlin-Rom, 1933-1936* (Tubinga, 1973), pp. 491-492 (cita en p. 492). 188 . Carl Boyd, *The Extraordinary Envoy: General Hiroshi Oshima and Diplomacy in the Third Reich, 1934-1939* (Washington, DC, 1980), pp. 41-42. 189 . Descrito en Goebbels, GT , 9.6.1936, I/3/II, p. 102. 190 . Ver, por ejemplo, Discurso, 8.11.1937 Domarus, II , p. 757, y Discurso, 6.9.1938, Domarus, II , p. 893. 191 . GT , 27.11.1936, I/3/II, p. 266. En la misma línea véase GT , 15.11.1936, I/3/II, pp. 251-252. 192 . Discurso, 23.9.1933, Domarus, I, p. 302. 193 . Discurso, 13.7.1934, Domarus, I, p. 411. 194 . RH , 24.1.1935, II/ 1, p. 326. 195 . Discurso, 21.5.1935, Domarus, II , p. 506. 196 . Discurso, 8.11.1936, Domarus, II , p. 654.

1 . Cita en Meissner, *Staatssekretär* , p. 423. 2 . Esto queda bien explicado en Paul Spies y Gernot Schaulinski (eds.), *Berlin 1937. Im Schatten von Morgen* (Berlín, 2017). 3 . Véase Domarus, II, p. 683, basado en el recuerdo del propio editor acerca de los comentarios realizados por el *Reichspostminister* , doctor Ohnesorge. 4 . Véase Dietmar Süss, *«Ein Volk, ein Reich, ein Führer» . Die deutsche Gesellschaft im Dritten Reich* (Múnich, 2017), pp. 123, 125. 5 . Ver, por ejemplo, Barkai, *Nazi Economics* , p. 106. 6 . Ver, por ejemplo, Gianluca Falanga, *Berlin 1937. Die Ruhe vor dem Sturm* (Berlín, 2007), pp. 11-13 *et passim* . 7 . Ver Sven Felix Kellerhoff, «'Gebt mir vier Jahre Zeit!'», Welt/N24, Geschichte Bilanz 1937, 30.1.2017; Proclamación, 1.2.1933, Domarus, I, p. 194. Ver, por ejemplo Heinz Höhne, *«Gebt mir vier Jahre Zeit». Hitler und die Anfänge des Dritten Reichs* (Berlín, 1999). 8 . Ver Longerich, *Unwritten Order* , pp. 5-56. 9 . ES , 29.4.1937, pp. 147-148. 10 . RH , 7.5.1937, IV, p. 749. 11 . Reiner Pommerin, *Sterilisierung der Rheinlandbastarde. Das Schicksal einer farbigen deutschen Minderheit 1918-1937* (Düsseldorf, 1979), pp. 64, 77-78. 12 . Ver Aitken y Rosenhaft, *Black Germany* , pp. 232-233, 250-59, sobre el diferente tratamiento dado a negros y judíos. 13 . Citado en Aitken y Rosenhaft, *Black Germany* , p. 257. 14 . Ver, por ejemplo, Massimiliano Livi, *Gertrud Scholtz-Klink. Die Reichsfrauenführerin. Politische Handlungsräume und Identitätsprobleme der Frauen im Nationalsozialismus am Beispiel der «Führerin aller deutschen Frauen»* (Münster, 2005), pp. 114-115 (cita en p. 115). 15 . Wiedemann a Eva von Schröder, 1.7.1938, BAK, N1720 Wiedemann 8. 16 . Los comentarios de Hitler constan en RH , 25.7.1937, IV, p. 460. 17 . RH , 26.1.1937, IV, p. 71; RH , 9.12.1937, IV, p. 657; RH , 5.1.1938, V, p. 965; RH , 21.12.1938, V, p. 1067. 18 . Elizabeth D. Heineman, *What Difference Does a Husband Make? Women and Marital Status in Nazi and Postwar Germany* (Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1999), pp. 17-18. 19 . RH , 11.5.1937, IV, p. 276. 20 . ES , 29.4.1937, pp. 166-167, 140, 142. 21 . «Hitlers Rede zur Eröffnung der 'Grossen Deutschen Kunstausstellung' 1937», en Peter-Klaus Schuster (ed.), *Nationalsozialismus und «Entartete Kunst». Die «Kunststadt» München 1937* (Múnich, 1987), pp. 242-252 (cita en p. 250). 22 . Ver Daniel Wildmann, *Begehrte Körper. Konstruktion und Inszenierung des «arischen» Männerkörpers im 'Dritten Reich'* (Würzburg, 1998), pp. 23-26, 37-40. 23 . Ver, por ejemplo, Ines Schlenker, *Hitler's Salon: The Grosse Deutsche Kunstausstellung at the Haus der Deutschen Kunst in Munich, 1937-1944* (Berna, 2007), pp. 19-20, 23, 63, 130-139 *et passim* . 24 . Véase Brandon Taylor y Wilfried van der Will (eds.), *The Nazification of Art: Art, Design, Music, Architecture and Film in the Third Reich* (Winchester, 1990), pp. 128-143. 25 . Ver, por ejemplo, Schlenker, *Hitler's Salon* , pp. 65-66. 26 . Véase Sabine Brantl, *Haus der Kunst, München. Ein Ort und seine Geschichte im Nationalsozialismus* (Múnich, 2007), p. 99. 27 . Ver Hans J. Reichhardt y Wolfgang Schäche, *Von*

Berlin nach Germania. Über die Zerstörungen der «Reichshauptstadt» durch Albert Speers Neugestaltungsplanungen (Berlín, 2008), pp. 38-39, 50, 87, 95-96, 109-110 *et passim* , y Wolfgang Ribbe, «Auf dem Weg nach Germania? Die Reichshauptstadt als nationalsozialistisches Ziel und in den Planungen für Hitlers Berlin», en Fritz Mayrhofer y Ferdinand Opll (eds.), *Stadt und Nationalsozialismus* (Linz, 2008), pp. 19-20 *et passim* . 28 . RH , 9.3.1937, IV, p. 173. 29 . ES , 29.4.1937, p. 143. 30 . Véase Strobl, Germanic Isle, p. 57. 31 . Ver, por ejemplo, Michaela Karl, «Ich blätterte gerade in *der Vogue, da sprach mich der Führer an* '» *Unity Mitford. Eine Biographie* (Hamburgo, 2016), p. 252. 32 . Ver las notas tomadas por Fritz Wiedemann durante la guerra en Bundesarchiv Koblenz, N1720 Wiedemann 4. 33 . Ver Walter Baum, «Die 'Reichsreform' im Dritten Reich», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 3 (1955), pp. 36-56, especialmente, p. 48. 34 . RH , 7.4.1937, IV, pp. 740-741; RH , 26.1.1937, IV, p. 71. 35 . Friedrich Hartmannsgruber, «Die Reichskanzlei im Dritten Reich und das Verfahren zur Zwangspensionierung von Beamten», en Winfried Becker y Werner Chrobak (eds.), *Staat, Kultur, Politik. Beiträge zur Geschichte Bayerns und des Katholizismus. Festschrift zum 65. Geburtstag von Dieter Albrecht* (Kallmünz, 1992), pp. 397-411 (cita en p. 398). 36 . RH , 9.12.1937, IV, p. 651. Sobre la problemática relación de Hitler con el funcionariado civil profesional véase Caplan, *Government Without Administration* , pp. 102-103 *et passim* , y O'Byrne, «Political civil servants», pp. 170-180. 37 . RH , 9.3.1937, IV, p. 172. 38 . RH , 10.12.1937, IV, p. 659; RH , 6.10.1937, IV, p. 789. 39 . RH , 27.4.1938, V, pp. 320-321; RH , 6.7.1938, V, p. 1029; RH , 25.7.1938, V, p. 1038; RH , 17.8.1938, V, p. 1044. 40 . Por ejemplo, RH , 19.3.1937, IV, p. 200. 41 . Véanse numerosos ejemplos de circulares en RH , 7.4.1937, IV, p. 740; RH , 15.4.1937, IV, p. 742; RH , 11.5.1937, IV, pp. 751, 772. Ver, por ejemplo, O'Byrne, «Political civil servants», p. 235. 42 . Véanse las reuniones programadas: RH , 23.11.1938, V, p. 1063 (en referencia a la de diciembre de 1938), y p. 1064 (en referencia a la de enero de 1939). 43 . Ver, por ejemplo, Friedrich Hartmannsgruber en su prefacio a RH , V, p. 963. Ver, por ejemplo, Dieter Rebentisch, *Führerstaat und Verwaltung im Zweiten Weltkrieg. Verfassungsentwicklung und Verwaltungspolitik 1939-1945* (Stuttgart, 1989), p. 41. 44 . Ver, por ejemplo, Elke Fröhlich, «Hitler-Goebbels-Strasser: a war of deputies, as seen through the Goebbels diaries, 1926-27», en Anthony McElligott y Tim Kirk (eds.), *Working towards the Führer: Essays in Honour of Sir Ian Kershaw* (Mánchester, 2003). 45 . RH , 25.10.1937, IV, p. 548. 46 . RH , 26.1.1937, IV, p. 713; RH , 5.3.1937, IV, p. 728; RH , 29.6.1937, IV, p. 765; RH , 10.8.1937, IV, p. 774. 47 . Véase Martin Moll, «Der Sturz alter Kämpfer. Ein neuer Zugang zur Herrschaftsanalyse des NS -Regimes», *Historische Mitteilungen* , 5 (1992), pp. 19-25. 48 . RH , 5.2.1938, V, p. 977. 49 . RH , 9.3.1938, V, p. 992. 50 . ES , 29.4.1937, pp. 153-156, 159-160. 51 . RH , 5.4.1938, V, pp. 251-252. 52 . ES , 29.4.1937, pp. 160-162. 53 . Dietrich, *12 Jahre* , p. 228. 54 . Véase una narración del encuentro de Deborah Mitford, *Wait for Me! Memoirs of the Youngest Mitford Sister* (Londres, 2010), p. 89. 55 . Mary S. Lovell, *The Mitford Girls: The Biography of an Extraordinary Family* (Londres,

2013). 56 . Citado en Dietrich, *12 Jahre* , p. 235. 57 . Dietrich, *12 Jahre* , p. 213. 58 . Ver, por ejemplo, «Die Auslandspressestimmen zur Rede des Führers von 30 Januar 1937», en LOC Third Reich Collection, DD253.A84.1937. 59 . RH , 10.8.1937, IV, p. 771. 60 . Rechenberg envió el memorándum el 30 de agosto de 1937: RH , 4.10.1937, IV, p. 781. No está claro si Hitler lo vio entonces. 61 . Ver Ribbentrop a Hitler y Neurath, 14.2.1937, Londres, ADAP , Serie C, VI/2, pp. 436-436; Ribbentrop a Hitler y Neurath, 20.2.1937, Londres, ADAP , Serie C, VI/1, pp. 546-548. 62 . El texto clave aquí es de Karina Urbach, *Go-Betweens for Hitler* (Oxford, 2015). 63 . Wiedemann a Bormann, 2.7.1937, N1720 Wiedemann 5, Bundesarchiv Koblenz. Sobre la reunión cara a cara de Hitler con ella, véase Martha Schad, *Stephanie von Hohenlohe. Hitlers jüdische Spionin* (Múnich, 2012), pp. 36-37. 64 . Como aparece citado en «Aufzeichnung des Staatssekretärs des Auswärtigen Amts von Mackensen», 25.8.1937, Berlín, ADAP , Serie C, VI/2, p. 1095. 65 . Ver Valentine Low, «For sale: duke's salute pictures», *The Times* , 22.7.2015, p. 7. 66 . Ver, por ejemplo, en todo caso, Paul Schmidt, *Statist auf diplomatischer Bühne, 1923-45* (Bonn, 1949), p. 383. 67 . Karl, *Unity* , pp. 240-241. 68 . Ver Lovell, *Mitford Girls* , p. 254. 69 . Ver Karl, *Unity.* 70 . Ver Karina Urbach, «Introduction», en Karina Urbach (ed.), *European Aristocracies and the Radical Right, 1918-1939* (Oxford, 2007), pp. 1-12, y Dina Gusejnova, *European Elites and Ideas of Empire, 1917-1957* (Cambridge, 2016). 71 . Jonathan Petropoulos, *Royals and the Reich: The Princes von Hessen in Nazi Germany* (Oxford, 2006); Ian Kershaw, *Making Friends with Hitler: Lord Londonderry and Britain's Road to War* (Londres, 2004). 72 . Ver Karina Urbach, «Age of no extremes? The British aristocracy torn between the House of Lords and the Mosley movement», en Urbach (ed.), *European Aristocracies* , p. 54. 73 . Ver, por ejemplo, Karl, *Unity* , p. 235, citando el diario de Unity. 74 . Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus* , pp. 362-363. 75 . Citas en Alfred M. Beck, *Hitler's Ambivalent Attaché: Lt. Gen. Friedrich Boetticher in America, 1933-1941* (Washington, D. C., 2005), pp. 64, 66. 76 . Ver Warren F. Kimball, «Dieckhoff and America: a German's view of German-American relations, 1937-1941», *Historian* , 27, 2 (1965), pp. 218-243. 77 . Ver memorándum Neurath, 12.3.1937, Berlín, ADAP , Serie C, VI/1, pp. 573-574; Borchers a Dieckhoff, 13.3.1937, Nueva York, ADAP , Serie C, VI/1, pp. 575-578. 78 . Ver Grill y Jenkins, «The Nazis and the American South in the 1930s», pp. 668-669. 79 . Ver Kimball, «Dieckhoff and America», p. 235. 80 . «Bericht des Präsidenten des Deutschen Auslandsinstituts Oberbürgermeister Dr Strolin, Stuttgart, über seine Reise nach den Vereinigten Staaten von Amerika im September-Oktober 1936», 2.12.1936, Stuttgart, ADAP , Serie C, VI/1, pp. 142-147. 81 . Ver la formulación de Hitler en RH , 25.1.1938, V, 1938, p. 70. 82 . Rolf-Dieter Müller, *Der Feind steht im Osten. Hitlers geheime Pläne für einen Krieg gegen die Sowjetunion im Jahr 1939* (Berlín, 2011), p. 60. 83 . Como se resume en un memorándum de 27.5.1937, Berlín, ADAP , Serie C, VI/2, pp. 844-846 (cita en p. 845). 84 . GT , 2.12.1936, I/3/II, p. 273. 85 . Por ejemplo, memorándum, 16.11.1936, ADAP , Serie C, VI/1, pp. 68-70; y memorándum, 15.12.1936, ADAP ,

Serie C, VI/1, pp. 201-204. 86 . ES , 24.2.1937, pp. 99, 101-102. 87 . RH , 22.2.1937, IV, pp. 724-725. 88 . Karen A. Fiss, «In Hitler's salon: the German pavilion at the 1937 Paris Exposition Internationale», en Richard A. Etlin (ed.), *Art, Culture, and Media under the Third Reich* (Chicago, 2002), pp. 316-342, especialmente 318-321. 89 . Véase Danilo Udovič ki-Selb, «Facing Hitler's pavilion: the uses of modernity in the Soviet pavilion at the 1937 Paris International Exhibition», *Journal of Contemporary History* , 47 (2012), pp. 13-47. 90 . Véase Stefanie Schäfers, *Vom Werkbund zum Vierjahresplan. Die Ausstellung «Schaffendes Volk»* , Düsseldorf 1937 (Düsseldorf, 2001). 91 . Ver S. Jonathan Wiesen, *Creating the Nazi Marketplace: Commerce and Consumption in the Third Reich* (Cambridge, 2011), pp. 94-95. 92 . RH , 16.7.1936, III, p. 873. 93 . Ver, por ejemplo, König, *Volkswagen, Volksempfänger, Volksgemeinschaft* , pp. 258-282. 94 . Las cifras se han tomado de Tooze, *Wages of Destruction* , p. 149. 95 . Wolfgang König, «Adolf Hitler vs. Henry Ford: the *Volkswagen* , the role of America as a model, and the failure of a Nazi consumer society», *German Studies Review* , 27, 2 (2004), pp. 249-268, especialmente pp. 256-257; Hans Mommsen y Manfred Grieger, *Das Volkswagenwerk und seine Arbeiter im Dritten Reich* (Düsseldorf, 1996). 96 . Ver, por ejemplo, Buchheim, «Das NS -Regime und die Überwindung der Weltwirtschaftskrise», pp. 411, 413. 97 . Véase Tooze, *Wages of Destruction* , p. 138. 98 . ES , 20.5.1937, pp. 194, 199. 99 . RH , 4.5.1937, IV, p. 747. 100 . RH , 1.7.1937, IV, p. 767. 101 . Ver, por ejemplo, Kopper, *Hjalmar Schacht* , pp. 312-315 (cita en p. 314). 102 . RH , 19.3.1937, IV, p. 736. 103 . Ver Emma Fattorini, *Hitler, Mussolini and the Vatican: Pope Pius XI and the Discurso that Was Never Made* (Cambridge, 2011), pp. 115-119. 104 . Sobre la prohibición, véase RH , 7.4.1937, IV, p. 739. 105 . RH , 4.5.1937, IV, p. 746. 106 . Véase Fattorini, *Hitler, Mussolini and the Vatican* , pp. 115-119. 107 . Vorträge Lammers bei Hitler, 27.5.1937, RH , IV, p. 753. 108 . Discurso, 29.4.1937, en ES , p. 127. 109 . Ver Robert Gerwarth, *Hitler's Hangman: The Life of Heydrich* (New Haven y Londres, 2011), pp. 104-105. 110 . Citado en Hans Günter Hockerts, *Die Sittlichkeitsprozesse gegen katholische Ordensangehörige und Priester, 1936/1937. Eine Studie zur nationalsozialistischen Herrschaftstechnik und zum Kirchenkampf* (Mainz, 1971), p. 218. 111 . Véase Hockerts, *Die Sittlichkeitsprozesse* , pp. 73-74. 112 . RH , 22.6.1937, IV, p. 762. 113 . Por ejemplo, RH , 1.5.1937, IV. 114 . Como se comunica a Hitler en RH , 1937, IV, pp. 775-776. 115 . Citado en Fattorini, *Hitler, Mussolini and the Vatican* , p. 135. Ver, por ejemplo, el enunciado casi idéntico en Discurso, 6.6.1937, Domarus, II, p. 699. 116 . Hockerts, *Die Sittlichkeitprozesse* , pp. 74-75. 117 . RH , 13.1.1937, IV, p. 707. Hitler ya había comentado el tema con el ministro del Interior húngaro, Von Kozma: memorándum de la reunión con Kozma, 15.12.1936, ADAP , Serie C, VI/1, p. 203. 118 . Ver Geoffrey T. Waddington, «Hitler, Ribbentrop, die NSDAP und der Niedergang des britischen Empire 1935-1938», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 40 (1992), pp. 273-306, especialmente pp. 305-306 (cita en p. 305). 119 . Ver, por ejemplo, Stratigakos, *Hitler at Home* . 120 . Véase Erwin A. Schmidl, «Die militärischen Aspekte des Anschlusses», en Gerald Stourzh y

Birgitta Zaar (eds.), *Österreich, Deutschland und die Mächte. Internationale und österreichische Aspekte des 'Anschlusses' vom März 1938* (Viena, 1990), pp. 291-302, aquí p. 293. 121 . ES , 20.5.1937, pp. 190-192. 122 . Discurso, 3.10.1937, Domarus, II, p. 740. 123 . Discurso de Hitler, 13.9.1937, en Wolf Gruner (ed.), *Die Verfolgung und Ermordung der europäischen Juden durch das nationalsozialistische Deutschland, 1933-1945* , vol. 1: *Deutsches Reich, 1933-1937* (Múnich, 2008), p. 702. 124 . Véase Uwe Mai, «*Rasse und Raum». Agrarpolitik, Sozial- und Raumplanung im NS -Staat* (Paderborn, etcétera, 2002), pp. 78-80. 125 . Discurso, 20.5.1937, Domarus, II, p. 222. 126 . Discurso, 24.2.1937, Domarus, II, p. 85. 127 . Proclamación, 10.9.1937, Domarus, II, p. 717. 128 . Ver descripción en Schmidt, *Statist auf diplomatischer Bühne,* pp. 369, 395. 129 . Ver Christian Goeschel, «Staging friendship: Mussolini and Hitler in Germany in 1937», *Historical Journal* , 60 (2017), pp. 149-172. Ver, por ejemplo, Wenke Nitz, *Führer und Duce. Politische Machtinszenierungen im nationalsozialistischen Deutschland und im faschistischen Italien* (Colonia, 2013). 130 . Ver, por ejemplo, Goeschel, «Staging friendship», pp. 164-165. 131 . Wolfgang Benz, «Die inszenierung der Akklamation – Mussolini in Berlin 1937», en Michael Grüttner, Rüdiger Hachtmann y Heinz-Gerhard Haupt (eds.), *Geschichte und Emanzipation. Festschrift für Reinhard Rürup* (Fráncfort, 1999), pp. 401-417, especialmente pp. 405-409. 132 . Ver, por ejemplo, Goeschel, «Staging friendship», pp. 149, 164-165 *et passim* . 133 . Goeschel, «Staging friendship», p. 159. 134 . «Aktennotiz über Besprechung beim Reichsminsiter des Auswärtigen von Neurath, 1.10.1937, Berlin», ADAP , Serie D, I, pp. 380-381 (citas en p. 380). Ver, por ejemplo Georg Christoph Berger Waldenegg, «Hitler, Göring, Mussolini und der 'Anschluss' Österreichs an das Deutsche Reich», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 51 (2003), pp. 147-182. 135 . ES , 29.4.1937, p. 148. 136 . La idea de que 1937-1938 marcó un cambio radical, constituye, por supuesto, un lugar común en la literatura: por ejemplo, Rainer F. Schmidt, *Die Aussenpolitik des Dritten Reiches, 1933-1939* (Stuttgart, 2002), p. 218. 137 . Sobre el fenómeno general véase Frank-Lothar Kroll, «Der Faktor 'Zukunft' in Hitlers Geschichtsbild», en Frank-Lothar Kroll (ed.), *Neue Wege der Ideengeschichte. Festschrift für Kurt Kluxen zum 85. Geburtstag* (Paderborn y Múnich, 1996), pp. 391-409, especialmente pp. 394-395; Frank- Lothar Kroll, «Geschichte und Politik im Weltbild Hitlers», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 44 (1996), pp. 327-353; y Christopher Clark, «Time of the Nazis: past and present in the Third Reich», *Geschichte und Gesellschaft* , número especial 25, «Obsession der Gegenwart: Zeit im 20. Jahrhundert» (2015), pp. 156-187. 138 . Fest, *Hitler* , pp. 737-738. 139 . Por ejemplo, el testigo Werner Best: ver Matlok (ed.), *Dänemark in Hitlers Hand* , p. 128. Discurso, 11.9.1937, Domarus, II, p. 724 y Discurso, 31.10.1937, Domarus, II, p. 745. 140 . Sirois, *Zwischen Illusion und Krieg* , pp. 105-110. Ver, por ejemplo Detlef Junker, «Hitler's perception of Franklin D. Roosevelt and the United States of America», *Amerikastudien* , 38 (1993), pp. 25-36. 141 . Citado en Dorothy Borg, «Notes on Roosevelt's 'Quarantine' speech», *Political Science Quarterly* , 72 (1957), pp. 405-433, (cita

en p. 423). 142 . Steven Casey, *Cautious Crusade: Franklin D. Roosevelt, American Public Opinion, and the War against Nazi Germany* (Nueva York, 2001). 143 . Ver el (posterior) relato del testigo presencial Nicolaus von Below, *Als Hitlers Adjutant, 1937-45* (Mainz, 1980), pp. 47-48. 144 . Lammers a Rechenberg (copia), 6.10.1937, Berlin, AA Pol. Abteilung, Akten betr. politische und kulturelle Propaganda USA , R105012, Pol. Archiv AA . 145 . Staatssekretär y Chef der Reichskanzlei a Ribbentrop y Goebbels, 15.10.1937, Berlín, AA Pol. Abteilung, Akten betr. politische und kulturelle Propaganda USA , R105012, Pol. Archiv AA . 146 . Existe una copia de *Hitler – Amerika – eine Gefahr* in Akten betr. Baron von Rechenberg, Anti-kommunistische Propaganda in Amerika, Pol. Archiv AA 99511. 147 . Engelbert Schwarzenbeck*, Nationalsozialistische Pressepolitik und die Sudetenkrise 1938* (Múnich, 1979), pp. 421-422. 148 . André Deschan, «Rudolf Wolters der Mann hinter Speer», en Wolfgang Benz, Peter Eckel y Andreas Nachama (eds.), *Kunst im NS -Staat. Ideologie, Ästhetik, Protagonisten* (Berlín, 2015), pp. 319-331, especialmente p. 324. La conexión con Washington también fue establecida a través de Leon Krier, *Albert Speer: Architecture, 1932-1942* (Bruselas, 1985), p. 49. 149 . R. Wolters, «Studienreise nach Nordamerika», LOC Third Reich Collection, E169.5938.1937, fols. 58 y 59 (bocetos). 150 . Ver, por ejemplo, Deschan, «Wolters», p. 324. 151 . Véase BAK, N1720, 4 (sin foliar). 152 . Citado en Schubert, «Führerstadtplanungen in Hamburg», p. 19. 153 . Véase la descripción en «Vertretung Hamburgs in Berlin an das Hamburgische Staatsamt, 16.3.1937, Berlin», en Werner Johe, *Hitler in Hamburg. Dokumente zu einem besonderen Verhältnis* (Hamburgo, 1996), pp. 161-163 (citas en p. 162). 154 . Véase Jochen Thies, «Hitler's European building programme», *Journal of Contemporary History* , 13 (1978), pp. 413-431, aquí p. 414. 155 . Sobre la crucial importancia de la dimensión «americana» véase Sylvia Necker, *Konstanty Gutschow 1902-1978. Modernes Denken und volksgemeinschaftliche Utopie eines Architekten* (Hamburgo, 2012), pp. 209-243, especialmente pp. 222, 229. 156 . Véase Wiedemann, *Der Mann der Feldherr werden wollte* , pp. 222-223. 157 . RH , 2.12.1937, IV, p. 801. Ver, por ejemplo, Lammers a Göring, RH , 8.12.1937, IV, pp. 647-648. 158 . Memorándum de Max Domarus, 31.10.1937, basado en la información proporcionada por el testigo presencial *Gaupropagandaleiter* de Würzburg, Domarus, II, p. 745. 159 . Walter Bussmann, «Zur Entstehung und Überlieferung der 'Hossbach-Niederschrift', *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 16 (1968), pp. 373-384; Hermann Gackenholz, «Reichskanzlei, 5. November 1937», en R. Dietrich y G. Oestreich (eds.), *Forschungen zu Staat und Verfassung. Festgabe für Fritz Hartung* (Berlin, 1958); Peter Graf Kielmansegg, «Die militärisch-politische Tragweite der Hossbach-Besprechung», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 8 (1960), pp. 268-275. El texto no es un registro textual aprobado de lo que se dijo, pero indudablemente refleja el contenido de la reunión. 160 . Sandner, *Hitler* , vol. 3. 161 . Discurso, 20.2.1938, Domarus, II, p. 802. 162 . Ver, por ejemplo, Krämer, *«Maikrise»* , pp. 50 y 54. 163 . Existen algunas dudas respecto a si Hitler llegó en realidad a demandar a Danzig. La versión del propio lord Halifax en *Fulness of*

Days (Londres, 1957), pp. 186-187 (cita en p. 187), sugiere que él mismo sacó el tema, en tanto que Hitler «no dijo nada sobre Danzig». 164 . Véase Hartmut Lehmann, «Der Statist als Akteur. Chefdolmetscher Dr. Paul Schmidt zwischen Hitler und Lord Halifax am 19. November 1937», en Volker Dotterweich y Walther L. Bernecker (eds.), *Deutschland in den internationalen Beziehungen des 19. und 20. Jahrhunderts. Festschrift für Josef Becker zum 65. Geburtstag* (Múnich, 1996), pp. 221-233, especialmente pp. 223-224 y 230 (cita en p. 223). 165 . Véase Longerich, *Unwritten Order* , p. 60.

166 . GT , 30.11.1937, I/4, p. 429.

CAPÍTULO 14: «INGLATERRA ES EL MOTOR DE LA OPOSICIÓN CONTRA NOSOTROS»

1 . Ver, por ejemplo, Jörg Fisch, «Adolf Hitler und das Selbstbestimmungsrecht der Völker», *Historische Zeitschrift* , 290 (2010), pp. 93-118, especialmente pp. 107-110. 2 . Citado en Linne, *Deutschland jenseits des Äquators?* , p. 48. Ver, por ejemplo, Jost Dülffer, «Kolonialismus ohne Kolonien. Deutsche Kolonialpläne 1938», en Franz Knipping y Klaus-Jürgen Müller (eds.), *Machtbewusstsein in Deutschland am Vorabend des Zweiten Weltkrieges* (Paderborn, 1984), pp. 247-270 (cita en p. 250). 3 . Memorándum de Schmidt (traductor), 4.3.1938, Berlín, ADAP , Serie D, I, pp. 196-203. 4 . RH , 17.2.1938, V, p. 980. Ver, por ejemplo, Gerhard L. Weinberg, «German recognition of Manchoukuo», *World Affairs Quarterly* , 28 (1957), pp. 149-162. 5 . Ver Graml, *Hitler und England* , p. 98; y Astrid Freyeisen, *Shanghai und die Politik des Dritten Reiches* (Würzburg, 2000), pp. 199-201. 6 . Citado en Wiedemann, *Der Mann der Feldherr werden wollte* , p. 174. 7 . Ver Dietrich, *12 Jahre* , p. 243. 8 . Citado en Sandner, *Hitler* , vol. 3, p. 1502. 9 . Citado en Roger Moorhouse, «Germania: Hitler's dream capital», *History Today* , *62* (marzo 2012), p. 20. 10 . RH , 20.1.1938, V, pp. 970-971. 11 . 10.2.1939, citado en Jost Dülffer, Jochen Thies y Josef Henke (eds.), *Hitlers Städte. Baupolitik im Dritten Reich* (Colonia y Viena, 1978), p. 297. Ver, por ejemplo, Winfried Nerdinger, «Hitler als Architekt. Bauten als Mittel zur Stärkung der 'Volksgemeinschaft'», en Hans-Ulrich Thamer y Simone Erpel (eds.), *Hitler und die Deutschen. Volksgemeinschaft und Verbrechen* (Dresde, 2010), pp. 74-81. 12 . Bernhard Rieger, *The People's Car: A Global History of the Volkswagen Beetle* (Cambridge, Mass., 2013), pp. 71-72. 13 . Véase Marie-Luise Recker, *Die Grossstadt als Wohn- und Lebensbereich im Nationalsozialismus. Zur Gründung der 'Stadt des KdF- Wagens'* (Fráncfort, 1981), pp. 7 (cita), 78-81. 14 . Karl-Heinz Janssen y Fritz Tobias, *Der Sturz der Generäle. Hitler und die Blomberg-Fritsch-Krise 1938* (Múnich, 1994); Klaus-Jürgen Müller, *Das Heer und Hitler. Armee und nationalsozialistisches Regime, 1933-1940* (Stuttgart, 1969), pp. 262-292. 15 . Véase Schäfer, *Blomberg* , pp. 11, 173-182. 16 . Citado en Janssen y Tobias, *Sturz der Generäle* , p. 30. 17 . Citado en Wiedemann, *Der*

Mann der Feldherr werden wollte , p. 112. 18 . Citado en Müller, *Heer und Hitler* , p. 263. 19 . Schäfer, *Blomberg* , pp. 187-188. 20 . Véase RH , 4.2.1938, V, p. 108. 21 . Ver, por ejemplo, Wiedemann, *Der Mann der Feldherr werden wollte* , p. 114. 22 . Martin Moll, «Die Annexion Österreichs 1938 als erster Schritt zur Entfesselung des Zweiten Weltkrieges? Forschungsstand und offene Fragen», *Bulletin für Faschismus- und Weltkriegsforschung* , 15 (2000), pp. 37-72, donde se considera a Göring el motor principal. Ver, por ejemplo Schmidl, «Die militärischen Aspekte des Anschlusses». 23 . «Weisung betreffend Unternehmen Otto, 11.3.1938, Berlin», en Herbert Michaelis y Ernst Schraepler (eds.), *Das Dritte Reich. Innere Gleichschaltung. Der Staat und die Kirchen. Antikominternpakt – Achse Rom-Berlin. Der Weg ins Grossdeutsche Reich* (Berlín, 1966), pp. 650-651. 24 . GT , 10.3.1938, I/5, p. 199. 25 . Hitler a Mussolini, 11.3.1938, ADAP , Serie D, I, pp. 468-470 (cita en p. 470). 26 . Citado en Lovell, *Mitford Girls* , p. 244. 27 . Ver, por ejemplo, Georg Christoph Berger Waldenegg, «Hitler, Göring, Mussolini und der 'Anschluss' Österreichs an das Deutsche Reich», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 51 (2003), pp. 147-182, aquí, p. 152 *et passim* . 28 . Véase Richard Breitman y Allan J. Lichtman, *FDR and the Jews* (Cambridge, Mass., 2013), pp. 100-102. 29 . RH , 23.4.1936, III , p. 1002. 30 . Anthony Sampson, *The Sovereign State: The Secret History of ITT* (Londres, 1973), p. 29. 31 . Véase Wiedemann, *Der Mann der Feldherr werden wollte* , p. 217. 32 . Walter Goodman, *The Committee: The Extraordinary Career of the House Committee on Un-American Activities* (Nueva York, 1968). 33 . «Die Rückwanderung aus den Vereinigten Staaten von Amerika. Bd I 1938-1942», R67398, y «Rückwanderer USA , Einzelfälle», R67435, Archiv Auswärtiges Amt, ADAP , Serie D, IV , pp. 571-573. 34 . Véase Arthur L. Smith, Jr, «The Kameradschaft USA », *Journal of Modern History* , 34 (1962), pp. 398-408, especialmente pp. 399, 400, 404. 35 . Véase Arnold Suppan, «Hitler und die Österreicher. Zwischen totaler Gleichschaltung und partieller Unter- drückung», *Geistes-, sozial- und kulturwissenschaftlicher Anzeiger. Zeitschrift der philosophisch-historischen Klasse der Österreichischen Akademie der Wissenschaften* , 150 (2015), pp. 31-56, aquí, p. 37. 36 . Véase un relato de la reunión en ET , 14.3.1938, pp. 15-16 (citas en p. 16); y Viktor Reimann, *Innitzer. Kardinal zwischen Hitler und Rom* (Viena, 1967), pp. 93-94. 37 . Wilhelm Schwemmer, «Die Reichskleinodien in Nürnberg, 1938-1945», *Mitteilungen des Vereins für die Geschichte der Stadt Nürnberg* , 65 (1978), pp. 397-413. Ver, por ejemplo, Sidney D. Kirkpatrick, *Hitler's Holy Relics* (Londres y Nueva York, 2010), p. 127. 38 . RH , 16.6.1938, V, p. 1022; RH , 13.7.1938, V, p. 1034. 39 . Discurso, 12.9.1938, Domarus, II, p. 905. 40 . RH , 25.7.1938, V, p. 1039; RH , 17.8.1938, V, p. 1042; RH , 9.8.1938, V, p. 585. 41 . Discurso 3.4.1938, Domarus, II , p. 843. 42 . RH , 31.5.1938, V, p. 1011. 43 . Véase William S. Grenzebach, *Germany's Informal Empire in East-Central Europe: German Economic Policy toward Yugoslavia and Rumania, 1933-1939* (Stuttgart, 1988), pp. 218-219, 234, 236-237 *et passim* ; y Andreas Hillgruber, *Hitler, König Carol und Marschall Antonescu. Die deutsch-rumänischen Beziehungen, 1938-1944* (Wiesbaden, 1954),

pp. 13-23. 44 . Leopold Steurer, *Südtirol zwischen Rom und Berlin, 1919-1939* (Viena, Múnich y Zúrich, 1980), pp. 291-293. 45 . Schmidt, *Statist* , p. 391. Sobre la vehemente y sincera renuncia de Hitler, ver *Memoirs of Ernst von Weizsäcker* , traducción de John Andrews (Londres, 1951), pp. 129-130. 46 . Discurso, 7.5.1938, Domarus, II , p. 861. Ver, por ejemplo, Günther Pallaver y Leopold Steurer (eds.), *Deutsche! Hitler verkauft euch! Das Erbe von Option und Weltkrieg in Südtirol* (Bozen, 2011), p. 19. 47 . Ralph-Miklas Dobler, *Bilder der Achse. Hitlers Empfang in Italien 1938 und die mediale Inszenierung des Staatsbesuches in Fotobüchern* (Berlín, 2015), pp. 176-182, 51-94. Ver, por ejemplo, Paul Baxa, «Capturing the fascist moment: Hitler's visit to Italy in 1938 and the radicalization of fascist Italy», *Journal of Contemporary History* , 42 (2007), pp. 227-242. 48 . Fattorini, *Hitler, Mussolini and the Vatican* , pp. 144-145 (cita en p. 144). 49 . Citado en Ranuccio Bianchi Bandinelli, *Hitler, Mussolini und ich. Aus dem Tagebuch eines Bürgers* , traducción y anotaciones de Elmar Kossel (Berlín, 2016), p. 91. 50 . Borrador de la nueva Operación Verde, 21.4.1938, ADAP , Serie D, II , pp. 237-240. 51 . Citado en Krämer, «*Maikrise*» , p. 59. 52 . Ver, por ejemplo, Jost Dülffer, «Humanitarian intervention as legitimation of violence – the German case 1937-1939», en Fabian Klose (ed.), *The Emergence of Humanitarian Intervention: Ideas and Practice from the Nineteenth Century to the Present* (Cambridge, 2016), pp. 208-228. 53 . «Bericht Henleins über seine Audienz beim Führer, 28.3.1938», en Celovsky, *Germanisierung und Genozid* , p. 136. 54 . Citado en Krämer, *«Maikrise»* , p. 145. 55 . Krämer, *'Maikrise'* , pp. 13, 31, 184-187, 197-198, 242, 258, 273, 279 *et passim* . 56 . Wiedemann, *Der Mann der Feldherr werden wollte* , p. 127. 57 . Krämer, «*Maikrise*» , p. 213. 58 . Citado en Wiedemann, *Der Mann der Feldherr werden wollte* , p. 127. 59 . Véase Klaus-Jürgen Müller, *Generaloberst Ludwig Beck. Eine Biographie* (Paderborn, etcétera, 2008), pp. 307-333. 60 . Ver, por ejemplo, Peter Jackson, «British power and French security, 1919-1939», en Keith Neilson y Greg Kennedy (eds.), *The British Way in Warfare: Power and the International System, 1856-1956* (Farnham, 2010), p. 131. 61 . Citado en Beck, *Bötticher* , p. 110. 62 . Ver, por ejemplo, Beck, *Bötticher* , pp. 108-109. 63 . Discurso, 22.5.1938, Domarus, II , p. 864. 64 . Discurso, 14.6.1938, Domarus, II , p. 873. 65 . RH , 17.6.1938, V, p. 462; RH , 10.9.1938, V, p. 669; RH , 21.12.1938, V, p. 1069. 66 . Véase Strobl, *Germanic Isle* , pp. 96-130. 67 . Citado en Wiedemann, *Der Mann der Feldherr warden wollte* , p. 151. 68 . Véase RH , 18.6.1938, V, p. 463. 69 . Adolf Hitler, 'Denkschrift zur Frage unserer Festungsanlagen', 1.7.1938 (http://www.krawa.info/Quellen/DENKSCHRIFT.pdf); John D. Heyl, «The construction of the *Westwall* , 1938: an exemplar for National Socialist policymaking», *Central European History* , 14 (1981), pp. 63-78. 70 . Véase Bernhard R. Kroener, «Die personellen Ressourcen des Dritten Reiches im Spannungsfeld zwischen Wehrmacht, Bürokratie und Kriegswirtschaft, 1939-1944», en Bernhard R. Kroener *et al., Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg* , vol. 5: *Organisation und Mobilisierung des deutschen Machtbereichs* , part I: *Kriegsverwaltung, Wirtschaft und personelle Ressourcen, 1939-1941* (Stuttgart,

1988), pp. 693-1001. 71 . Véase Tooze, *Wages of Destruction* , p.250. 72 . Citado en Krämer, *Kriegskurs* , p. 394. Sobre el giro naval contra Gran Bretaña, ver, por ejemplo, Jürgen Rohwer, «Weltmacht als Ziel? Parallelen in Hitlers und Stalins Flottenbau- Programmen», en Ernst Willi Hansen, Gerhard Schreiber y Bernd Wegner (eds.), *Politischer Wandel, organisierte Gewalt und nationale Sicherheit* (Múnich, 1995), pp. 175-176. 73 . Citado en Krämer, *Kriegskurs* , p. 438. 74 . Ver Paul Moore, «'And what concentration camps those were!': foreign concentration camps in Nazi propaganda, 1933-9», *Journal of Contemporary History* , 45 (2010), pp. 649-674, especialmente pp. 663-667. 75 . Citado en Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens. Deutung Hitlers und seiner Zeit auf Grund eigener Erlebnisse und Erkenntnisse* (Múnich, 1953), p. 243. No existe razón para dudar de la, de otro modo, interesada versión de Frank en este caso. 76 . Ver, por ejemplo, Müller, *Beck* , pp. 334-364. 77 . Ver ET , 25.8.1938, p. 34. 78 . Ver Strobl, *Germanic Isle* , p. 87. 79 . GT , 31.5.1938, I/5, p. 326. 80 . Citado en Christian Faludi (ed.), *Die «Juni-Aktion» 1938. Eine Dokumentation zur Radikalisierung der Judenverfolgung* (Fráncfort y Nueva York, 2013), pp. 42-43. 81 . «Bericht betr. Judenaktion in Berlin vom 17.6 bis 21.6.1938», en Faludi, *«Juni-Aktion»* , pp. 75, 298-301 (cita en p. 299). 82 . RH , 25.7.1938, V, p. 1037. 83 . Ver Wiedemann, *Der Mann der Feldherr werden wollte* , pp. 189-190. 84 . Jochen Thies, *Evian 1938. Als die Welt die Juden verriet* (Essen, 2017); Fritz Kieffer, *Judenverfolgung in Deutschland – eine innere Angelegenheit? Internationale Reaktionen auf die Flüchtlingsproblematik, 1933-1939* (Stuttgart, 2002), especialmente pp. 155-177. 85 . Discurso 12.9.1938, Domarus, II , p. 899. 86 . GT , 24.7.1938, I/5, p. 393. Longerich, *Unwritten Order* , p. 63, destaca el tema de los «rehenes» en la argumentación de Hitler. 87 . ET , 13.8.1938, p. 31. 88 . Ver Schlenker, *Hitler's Salon* , pp. 25, 204 y 232-257 (con un listado de sus compras). 89 . Discurso, 10.7.1938, Domarus, II , pp. 877-878. 90 . Véase descripción de la conversación en ET , 20.8.1938, pp. 33-34. 91 . «Rede Hitlers zum Richtfest der Neuen Reichskanzlei in der Deutschlandhalle», 2.8.1938, en Angela Schönberger, *Die neue Reichskanzlei von Albert Speer. Zum Zusammenhang von nationalsozialistischer Ideologie und Architektur* (Berlín, 1981), pp. 179-181. 92 . Citado en Krämer, *«Maikrise»* , p. 384. 93 . Ver Angela Hermann, «Verhandlungen und Aktivitäten des nationalsozialistischen regimes im Vorfeld von 'München', en Jürgen Zarusky y Martin Zückert (eds.), *Das Münchener Abkommen von 1938 in europäischer Perspetive* (Múnich, 2013), pp. 145-157. 94 . Véase Hermann, «Verhandlungen und Aktivitäten», p. 149. 95 . Karl, *Unity* , p. 277. 96 . RH , 4.9.1938, V, p. 660. 97 . Ver la descripción en Wiedemann, *Der Mann der Feldherr werden wollte* , p. 107. Sobre la importancia de los informes de Thomas a lo largo de 1938, ver Manfred Messerschmidt, «Das strategische Lagebild des OKW (Hitler) im Jahre 1938», en Franz Knipping y Klaus-Jürgen Müller (eds.), *Machtbewusstsein in Deutschland am Vorabend des Zweiten Weltkrieges* (Paderborn, 1984), pp. 145-158. 98 . Sylvia Taschka, *Diplomat ohne Eigenschaften? Die Karriere des Hans Heinrich Dieckhoff (1884-1952)* (Stuttgart, 2006), pp. 178-179. 99 . Discurso, 6.9.1938, Domarus, II , p. 891. 100 . Thomas

Sakmyster, *Miklós Horthy. Ungarn 1918-1944* (Viena, 2006), pp. 217-218. 101 . Discurso, 6.9.1938, Domarus, II , p. 890. 102 . Véase Barbara Rearden Farnham, *Roosevelt and the Munich Crisis: A Study of Political Decision-making* (Princeton, NJ, 1997), pp. 108-136. 103 . Wiedemann, *Der Mann der Feldherr werden wollte* , p. 170. 104 . Günther W. Gellermann, *... und lauschten für Hitler. Geheime Reichssache. Die Abhörzentralen des Dritten Reiches* (Bonn, 1991), p. 117. Ver, por ejemplo, los recuerdos de Hitler el 20.5.1942, Henry Picker, *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier* (Múnich, 2009), p. 457. 105 . Véase Pierre Caquet, «The balance of forces on the eve of Munich», *International History Review* , 40, 1 (2018), pp. 21-40. 106 . Conversación recogida en «Reiseberichte aus dem Sudetenland, 1938», en Helmuth Groscurth, *Tagebücher eines Abwehroffiziers, 1938-1940. Mit weiteren Dokumenten zur Militäropposition gegen Hitler* , ed. Helmut Krausnick y Harold C. Deutsch (Stuttgart, 1970), p. 133. 107 . Hitler a Roosevelt, 27.9.1938, Berlín, Domarus, II , pp. 935-937. 108 . Véase el relato en Wiedemann, *Der Mann der Feldherr werden wollte* , pp. 175-176. 109 . Véase Bernd Sösemann, «'Frieden in Europa' im Konzept der hegemonialen NS - Politik. Zur Eigendynamik aussenpolitischer Propagandakommunikation», en Frank Bösch y Peter Hoeres (eds.), *Aussenpolitik im Medienzeitalter. Vom späten 19. Jahrhun- dert bis zur Gegenwart* (Gotinga, 2013), pp. 167-188. 110 . Por ejemplo, Wiedemann, *Der Mann der Feldherr werden wollte* , p. 187. 111 . Conversación recogida en «Reiseberichte aus dem Sudetenland, 1938», en Groscurth, *Tagebücher eines Abwehroffiziers* , p. 133. 112 . Véase Müller, *Feind steht im Osten* , p. 108. 113 . Véase Müller, *Feind steht im Osten* , *passim* . 114 . Ver, por ejemplo, Mai, «*Rasse und Raum*» , p. 292. Ver, por ejemplo, RH , 20.12.1938, V, pp. 928-930. 115 . ES , 8.11.1938, pp. 234, 238-239. 116 . Jonathan Kirsch, *The Short, Strange Life of Herschel Grynszpan: A Boy Avenger, a Nazi Diplomat and a Murder in Paris* (Nueva York y Londres, 2013), pp. 142-143. 117 . Dieter Obst, «*Reichskristallnacht». Ursachen und Verlauf des anti- semitischen Pogroms vom November 1938* (Fráncfort, 1991), especialmente, pp. 62-64, 79-83, 101-203. 118 . El deseo de Hitler de evitar «otro 1918» queda destacado en Alan E. Steinweis, *Kristallnacht 1938. Ein deutscher Pogrom* (Stuttgart, 2011), pp. 48-49. 119 . Ver, por ejemplo, Angela Hermann, «Hitler und sein Stosstrupp in der 'Reichskristallnacht'», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 56 (2008), pp. 603-619. Ver, por ejemplo, Stefan Kley, «Hitler and the pogrom of November 9/10, 1938», *Yad Vashem Studies* , 28 (2000), pp. 87-113. 120 . Citado en David Cesarani, *Final Solution: The Fate of the Jews 1933-1949* (Londres, 2016), pp. 198-199. 121 . RH , 18.11.1938, V, p. 813. 122 . Kieffer, *Judenverfolgung in Deutschland* , pp. 320-362. 123 . Longerich, *Unwritten Order* , p. 221. 124 . «Gespräch zwischen Adolf Hitler und dem Südafrikanischen Minister Pirow am 24. November 1938 über Deutschlands Machtstellung in der Welt und die 'Judenfrage'», en Susanne Heim (ed.), *Die Verfolgung und Ermordung der europäischen Juden durch das nationalsozialistische Deutschland 1933-1945* , vol. 2: *Deutsches Reich 1938-August 1939* (Múnich, 2009) (citas en p. 488). 125 . Christoph Kreutzmüller, «Augen im Sturm. Britische und amerikanische

Zeitungsberichte über die Judenverfolgung in Berlin, 1918-1938», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft* , 62 (2014), pp. 41-46. 126 . Ver, por ejemplo, Guntram Schulze-Wegener, *Deutschland zur See . 150 Jahre Marine- geschichte* (Hamburgo, 1998), p. 165. 127 . P. ej., Discurso, 26.9.1938, Domarus, II , p. 927. Ver, por ejemplo Discurso, 9.10.1938, Domarus, II , pp. 954-956. 128 . «Gespräch zwischen Hitler und Pirow», pp. 490-491. 129 . Discurso, 8.11.1938, Domarus, II, p. 967. Ver, por ejemplo Discurso, 6.11.1938, Domarus, II , p. 964, en respuesta al Discurso de Churchill emitido por radio el 16 de octubre de 1938. 130 . ES , 8.11.1938, pp. 234-259 (cita en p. 253). 131 . ES , 10.11.1938, pp. 268-286. Ver, por ejemplo, Wilhelm Treue, «Hitlers Rede vor der deutschen Presse (10 de noviembre de 1938)», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 6 (1958), pp. 175-191. 132 . Ver, por ejemplo, Kieffer, *Judenverfolgung in Deutschland* , p. 485 *et passim* . 133 . Weizsäcker, memorándum, 16.12.1938, ADAP , Serie D, IV , pp. 571-572. Hasta donde yo sé, esta maniobra no ha sido comentada hasta la fecha por ningún otro biógrafo de Hitler. 134 . Dieckhoff a Ribbentrop, 16.12.1938, Berlín, ADAP , Serie D, IV , pp. 572-573. 135 . ET , 16.10.1938, p. 40. 136 . Ver Stefan Hübner, «National Socialist foreign policy and press instructions, 1933-9: aims and ways of coverage manipulation based on the example of East Asia», *International History Review* , 34 (2012), pp. 271-291, especialmente pp. 281-282. 137 . Ver el relato en Wiedemann, *Der Mann der Feldherr werden wollte* , pp. 224-225. 138 . Discurso, 9.10.1938, Domarus, II , p. 956; Discurso, 12.9.1938, Domarus, II , pp. 904-905. Ver, por ejemplo, Klaus-Michael Mallmann y Martin Cüppers, *Halbmond und Hakenkreuz. Das «Dritte Reich», die Araber und Palästina* (Darmstadt, 2011), pp. 41-56. 139 . GT , 17.11.1938, I/6, p. 189. 140 . Hans Goldenbaum, «Nationalsozialismus als Antikolonialismus. Die deutsche Rundfunkpropaganda für die arabische Welt», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 64 (2016), pp. 449-489, especialmente pp. 452-453. 141 . Joseph Said Abu Durra a Hitler, 23.12.1938, en Rolf Steininger (ed.), *Der Kampf um Palästina 1924-1939. Berichte der deutschen Generalkonsuln in Jerusalem* (Múnich, 2007), pp. 136-137. 142 . Tooze, *Wages of Destruction* , p. 288. 143 . Marcus Faulkner, «The Kriegsmarine and the aircraft carrier: the design and operational purpose of the *Graf Zeppelin,* 1933-1940», *War in History* , 19, 4 (2012), pp. 492-516, especialmente p. 510. 144 . Discurso 8.11.1938, Domarus, II, p. 968. 145 . R. J. Overy, «Hitler and air strategy», *Journal of Contemporary History* , 15 (1980), pp. 405-421, en p. 409; Tooze, *Wages of Destruction* , p. 288 (cita). 146 . Beck, *Bötticher* , pp. 126-130 (cita en p. 125). 147 . Hartmut Frank, «'Das Tor der Welt'. Die Planungen für eine Hängebrücke über die Elbe und für ein Hamburger 'Gauforum' 1935-1945», en Ulrich Höhns (ed.), *Das ungebaute Hamburg. Visionen einer anderen Stadt in architektonischen Entwürfen der letzten hundertfünfzig Jahre* (Hamburgo, 1991), pp. 78-99 (cita en p. 94). 148 . Citado en Thies, «Hitler's European building programme», p. 414. 149 . Discurso, 17.2.1939, Domarus, II, p. 1081. 150 . «Hitler declares Auto War. $400 car actually on view», *Pittsburgh Press* , 17.2.1939. 151 . Ver, por ejemplo, Wolfram Pyta, «Weltanschauliche und strategische Schicksalsgemeinschaft. Die Bedeutung

Japans für das weltpolitische Kalkül Hitlers», en Martin Cüppers, Jürgen Matthäus y Andrej Angrick (eds.), *Naziver- brechen. Täter, Taten, Bewältigungsversuche* (Darmstadt, 2013), p. 30. 152 . Véase Boyd, *Extraordinary Envoy* , pp. 99-100. 153 . Ver, por ejemplo, Sönke Neitzel, «Der Bedeutungswandel der Kriegsmarine im Zweiten Weltkrieg. Das militärische und politische Gewicht im Vergleich», en Rolf-Dieter Müller y Hans-Erich Volkmann (eds.), *Die Wehrmacht. Mythos, und Realität* (Múnich, 1999), p. 245. 154 . Veánse las cifras en Jürgen Rohwer, «Weltmacht als Ziel? Parallelen in Hitlers und Stalins Flottenbau-Programmen», en Ernst Willi Hansen, Gerhard Schreiber y Bernd Wegner (eds.), *Politischer Wandel, organisierte Gewalt und nationale Sicherheit* (Múnich, 1995), p. 176. 155 . Lutz Budrass, *Flugzeugindustrie und Luftrüstung in Deutschland 1918-1945* (Düsseldorf, 1998), pp. 584-585. 156 . Véase Tooze, *Wages of Destruction* , pp. 297-301. 157 . Stefan Kley, «Intention, Verkündigung, Implementierung. Hitlers Reichstagsrede vom 30. Januar 1939», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft* , 48 (2000), pp. 197-213. Ver, por ejemplo, Hans Mommsen, «Hitler's Reichstag Speech of 30 January 1939», *History and Memory* , 9 (1997), pp. 147-161. 158 . Discurso, 30.1.1939, Domarus, III , p. 1055. 159 . Discurso, 30.1.1939, Domarus, III , p. 1054. 160 . Véase Saul Friedländer, *Das Dritte Reich und die Juden. Die Jahre der Verfolgung, 1933-1939* (Múnich,2007), p. 335; y L. J. Hartog, *Der Befehl zum Judenmord. Hitler, Amerika und die Juden* (Bodenheim, 1997). 161 . Alfred Gottwaldt y Diana Schulle, *«Juden ist die Benutzung von Speisewagen untersagt». Die antijüdische Politik des Reichsverkehrsministeriums zwischen 1933 und 1945* (Teetz, 2007), pp. 51-54. 162 . Ver, por ejemplo, Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews* , vol. I (New Haven y Londres, 2003), pp. 170-171. 163 . Acerca de todo esto, ver Longerich, *Unwritten Order* , p. 68. 164 . Ver Magnus Brechtken, «Auswärtiges Amt, Sicherheitsdienst und Reichssicherheitshauptamt 1933 bis 1942. Antisemitismus und Juden- politik zwischen Machtfrage und Radikalisierungserfahrung», en Johannes Hürter y Michael Mayer (eds.), *Das Auswärtige Amt in der NS -Diktatur* (Múnich, 2014), pp. 156-157. Sobre Palestina como «Weltfrage», ver Dieter Schwarz, *Das Weltjudentum. Organisation, Macht und Politik* (Berlín, 1939), p. 9. Schwarz es un seudónimo de Franz A. Six, Herbert Hagen y Reinhard Heydrich. Sorprende que el foco predominante del libro, escrito algún tiempo antes del Pacto Hitler-Stalin, se ponga en la amenaza del «mundo judío» occidental y no soviética. 165 . Discurso, 30.1.1939, Domarus, III , p. 1052. 166 . Müller, *Der Feind steht im Osten* , pp. 117-118 *et passim* . 167 . Véase «Nazis assail Simms' story», *Pittsburgh Press* , 17.2.1939. 168 . Müller, *Der Feind steht im Osten* , pp. 108-109, 112-113, 120. 169 . Discurso, 30.1.1939, Domarus, III , p. 1065. 170 . GT , 25.3.1939, I/6, p. 300. 171 . Véase James Mace Ward, *Priest, Politician, Collaborator: Jozef Tiso and the Making of Fascist Slovakia* (Ithaca, NY y Londres, 2013), pp. 180-182. 172 . Discurso, 28.4.1939, Domarus, III , p. 1152. Ver, por ejemplo Tara Zahra, *Kidnapped Souls: National Indifference and the Battle for Children in the Bohemian Lands, 1900 -1948* (Ithaca, NY, 2008), pp. 169-251. 173 . Citado a partir del recuerdo personal de comentarios realizados por Hitler el 22.3.1939 en la

Cancillería Imperial, en Hermann Giesler, *Ein anderer Hitler. Bericht seines Architekten Hermann Giesler. Erlebnisse, Gespräche, Reflexionen* (Leoni, 1977), pp. 367-376. 174 . Discurso, 1.4.1939, Domarus, III, p. 1120; Discurso, 23.5.1939, Domarus, III, p. 1198. 175 . Discurso, 19.4.1939, Domarus, III , p. 1143. 176 . Discurso, 23.5.1939, Domarus, III , pp. 1198-1199; Discurso, 4.6.1939, Domarus, III , p. 1207. 177 . Dietrich, *12 Jahre* , pp. 181-182 (cita en p. 182). 178 . Discurso, 28.4.1939, Domarus, III , pp. 1148-1179 (refutación de Roosevelt, pp. 1167-1179). 179 . Ver Günter Maschke en Carl Schmitt, *Staat, Grossraum, Nomos. Arbeiten aus den Jahren 1916-1969* , ed. Günter Maschke (Berlín, 1995), pp. 345-348. Véase una opinion escéptica del impacto de Schmitt en el pensamiento estratégico nazi en Jürgen Elvert, «Carl Schmitt. Ein Vordenker nationalsozialistischer Grossraumplanung?», *Historische Mitteilungen* , 19 (2006), pp. 260-276, especialmente pp. 272-274. 180 . Cita en Domarus, III , p. 1015. 181 . Discurso, 1.5.1939, Domarus, III, p. 1185. 182 . Discurso 23.5.1939, Domarus, III , p. 1197. 183 . Discurso, 28.4.1939, Domarus, III, p. 1158. 184 . «Bericht über Besprechung am 23.5.1939 im Arbeitszimmer des Führers, neue Reichskanzlei», por Rudolf Schmundt, I MT 37, pp. 546-556. 185 . Mario Toscano, *The Origins of the Pact of Steel* (Baltimore, 1967), especialmente pp. 307-395. 186 . Véase Günther Pallaver y Leopold Steurer (eds.), *Deutsche! Hitler verkauft euch! Das Erbe von Option und Weltkrieg in Südtirol* (Bozen, 2011), p. 17. 187 . Ver, por ejemplo, R. J. Overy, «Hitler's war and the German economy: a reinterpretation», *Economic History Review* , 35 (1982), pp. 272-291, especialmente pp. 272 y 289. 188 . «Bericht über Besprechung am 23.5.1939 im Arbeitszimmer des Führers», p. 551. 189 . Véase el intercambio entre Tim Mason y Richard Overy en «Debate: Germany, 'domestic crisis' and war in 1939», *Past & Present* , 122 (1989), pp. 200-240. 190 . Véanse los comentarios en relación con el bloqueo al ejército del 23.5.1939, Domarus, III, p. 1197. 191 . Discurso, 28.4.1939, Domarus, III, p. 1160. 192 . Helmut Schaller, *Der Nationalsozialismus und die slawische Welt* (Ratisbona, 2002), p. 231. 193 . Discurso, 6.6.1939, Domarus, III, pp. 1209-1210. 194 . Müller, *Der Feind steht im Osten* , p. 146. 195 . ET , 8.8.1939, p. 57. Sobre el uso de Hitler de las películas para promover la eutanasia, ver Karl Ludwig Rost, *Sterilisation und Euthanasie im Film des 'Dritten Reiches'. Nationalsozialistische Propaganda in ihrer Beziehung zu rassenhygenischen Massnahmen des NS-Staates* (Husum, 1987), pp. 60, 63, 66-67 *et passim* . 196 . ET , 12.7.1939 y 13.7.1939, pp. 53-54 (con citas). 197 . ET , 13.7.1939 y 17.7.1939, p. 54 (con citas). 198 . ET , 15.8.1939, p. 57 (con citas). 199 . Discurso, 16.7.1939, Domarus, III , p. 1218. 200 . *Hitlerbauten' in Linz. Wohnsiedlungen zwischen Alltag und Geschichte* , Catálogo de la exposición del Nordico Stadtmuseum Linz (Salzburgo, 2013), pp. 126-129 *et passim* . 201 . Wilhelm Lenz y Lothar Kettenacker, Lord Kemsleys Gespräch mit Hitler Ende Juli 1939', *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 19 (1971), pp. 305-321, especialmente pp. 309-310 y 318-320. 202 . ET , 28.7.1939, p. 56. 203 . Véase Ray Moseley, *Mussolini's Shadow: The Double Life of Count Galeazzo Ciano* (New Haven y Londres, 1999), p. 76. 204 . Según se cita en los apuntes de Rudolf Schmundt sobre su Discurso del 22.8.1939,

Domarus, III , p. 1235. 205 . Véase Jost Dülffer, «Der Beginn des Krieges 1939. Hitler, die innere Krise und das Mächtesystem», *Geschichte und Gesellschaft* , 2 (1976), pp. 443-470. 206 . Carl J. Burckhardt, *Meine Danziger Mission, 1937-1939* (Múnich, 1960), p. 345. 207 . Burckhardt, *Meine Danziger Mission* , pp. 339-350 (citas en pp. 342 y 348). Sobre la veracidad general del relato de Burckhardt, véase la rehabilitación llevada a cabo por Ulrich Schlie, «Er verstand es, Hitler aus der Reserve zu locken», *Die Weltwoche* , 8 (29 de febrero de 1996), pp. 49-50. 208 . Reunión, 25.8.1939, Domarus, III , p. 1256. 209 . Informe, 27.8.1939, Domarus, III , p. 1271. 210 . Josef Henke, «Hitler und England mitte August 1939. Ein Dokument zur Rolle Fritz Hesses in den deutsch-britischen Beziehungen am Vorabend des Zweiten Weltkrieges», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 21 (1973), pp. 231-242 (citas en p. 241). Véase una opinion escéptica de Hesse en Helmut Krausnick, «Legenden um Hitlers Aussenpolitik», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 2 (1954), pp. 217-239. Hermann Graml, «Hitler und England im August 1939», en Peter Weilemann, Hanns Jürgen Küsters y Günter Buchstab (eds.), *Macht und Zeitkritik. Festschrift für Hans-Peter Schwarz zum 65. Geburtstag* (Paderborn, 1999), pp. 49-60, argumenta que Hitler ya se había dado completamente por vencido respecto a Gran Bretaña. 211 . Reunión, 23.8.1939, Domarus, III , p. 1249. 212 . Sobre el importante papel de Hitler en la negociación del pacto, véase Ingeborg Fleischhauer, *Der Pakt. Hitler, Stalin und die Initiative der deutschen Diplomatie 1938-1939* (Berlín y Fráncfort, 1990), pp. 408-418 *et passim* . 213 . Véase Tooze, *Wages of Destruction* , p. 321. 214 . Véase Müller, *Der Feind steht im Osten* , pp. 149, 167 *et passim.* 215 . Joachim von Ribbentrop, *Zwischen London und Moskau. Erinnerungen und letzte Aufzeichnungen. Aus dem Nachlass herausgegeben von Annelies von Ribbentrop* (Leoni am Starnberger See, 1953), pp. 178-185. 216 . Cita en Dietrich, *12 Jahre* , p. 79. 217 . Roger Moorhouse, *The Devils' Alliance: Hitler's Pact with Stalin, 1939-1941* (Nueva York, 2014). 218 . Existen varias versiones de lo que se dijo. Véase Winfried Baumgart, «Zur Ansprache Hitlers vor den Führern der Wehrmacht am 22. August 1939», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 16 (1968), pp. 120-149; Hermann Boehm y Winfried Baumgart, «Zur Ansprache Hitlers vor den Führern der Wehrmacht am 22 August 1939», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 19 (1971), pp. 294-304. He seleccionado las citas a partir de las diversas descripciones de la reunión. 219 . Citado en Boehm y Baumgart, «Zur Ansprache Hitlers», p. 295. 220 . Baumgart, «Zur Ansprache Hitlers', p. 145. 221 . Discurso, 22.8.1939, Domarus, III , p. 1237. 222 . Véase el relato en ET , 22.8.1939 y 24.8.1939, pp. 58-59 (citas en p. 58). 223 . Meissner, *Staatssekretär* , p. 504. 224 . Mussolini a Hitler, 25.8.1939, Domarus, III , p. 1260. Ver, por ejemplo, Goeschel, *Mussolini and Hitler* , pp. 158-63. 225 . ET , 25.8.1939, p. 59. Ver, por ejemplo, Rainer A. Blasius, *Für Grossdeutschland – gegen den grossen Krieg. Staatssekretär Ernst Frhr. Von Weizsäcker in den Krisen um die Tschechoslowakei und Polen, 1938/* 39 (Colonia y Viena, 1981), p. 131. 226 . Véase Graml, *Hitler und England* , pp. 119-121. 227 . Cita en Domarus, III , p. 1271. 228 . Gerhard L. Weinberg, «Hitlers Entschluss zum Krieg», en Klaus Hildebrand, Jürgen Schmädeke y Klaus

Zernack (eds.), *1939. An der Schwelle zum Weltkrieg. Die Entfesselung des Zweiten Weltkrieges und das internationale System* (Berlín y Nueva York, 1990), p. 32. 229 . Citas en HT , 28.8.1939, I, pp. 38-40.

230 . Véase Peter Polak- Springer, «'Jammin' with Karlik': the German-Polish 'radio war' and the Gleiwitz 'provocation', 1925-1939», *European History Quarterly* , 43 (2013), pp. 279-300.

CAPÍTULO 15: LOS «POSEEDORES» Y LOS «DESPOSEÍDOS»

1 . Discurso, 1.9.1939, Domarus, III , p. 1316. 2 . Discurso, 1.9.1939, Domarus, III , pp. 1314, 1316. 3 . Citado en Pyta, *Hitler* , pp. 196-197. 4 . Sobre la naturaleza excepcionalmente brutal de la campaña desde el primer momento y el papel del propio Hitler, véase Alexander B. Rossino, *Hitler Strikes Poland: Blitzkrieg, Ideology and Atrocity* (Lawrence, Kan., 2003), pp. 14, 77, 107 *et passim* ; y Jochen Böhler, *Der Überfall. Deutschlands Krieg gegen Polen* (Fráncfort, 2009), especialmente pp. 94-101. 5 . Halder resta importancia al papel de Hitler: Peter Bor, *Gespräche mit Halder* (Wiesbaden, 1950), pp. 136-137. 6 . Ver, en todo caso, el análisis en retrospectiva del comandante Deyhle, 18.10.1940, DV W , pp. 28-29 (cita en p. 29). 7 . Véase Raichle, *Symbolpolitiker* , p. 178; Nikolaus von Vormann, *So begann der Zweite Weltkrieg. Zeitzeuge der Entscheidungen – Als Offizier bei Hitler 22.8.1939-1.10.1939* (Leoni am Starnberger See, 1988), pp. 86-95, 120-123. 8 . Véase Rolf Elble, *Die Schlacht an der Bzura im September 1939 aus deutscher und polnischer Sicht* (Friburgo, 1975), p. 36 *et passim* . 9 . Karl, *Unity* , pp. 306-308. 10 . Véase John Lamberton Harper, *American Visions of Europe: Franklin D. Roosevelt, George F. Kennan, and Dean G. Acheson* (Cambridge, 1994), p. 59. 11 . Ver, por ejemplo, Max Paul Friedman, *Nazis and Good Neighbors: The United States Campaign against the Germans of Latin America in World War II* (Cambridge, 2003), p. 239 *et passim* . 12 . Ian Kershaw, «Überfall auf Polen und die öffentliche Meinung in Deutschland», en Ernst Willi Hansen, Gerhard Schreiber y Bernd Wegner (eds.), *Politischer Wandel, organisierte Gewalt und nationale Sicherheit* (Múnich, 1995), pp. 237-250, especialmente pp. 243-244. 13 . Groscurth, *Tagebücher eines Abwehroffiziers* , 7.9.1939, p. 200. 14 . Ver, por ejemplo, Raichle, *Symbolpolitiker* , p. 209 con cita. 15 . Proclamación del 3.9.1939, Domarus, III , pp. 1, 339-342. 16 . Proclamación, 3.9.1939, Domarus, III , p. 1342. 17 . Proclamación, 3.9.1939, Domarus, III, p. 1340. 18 . Hellmuth Auerbach, *Die angebliche Kriegserklärung der Juden an Deutschland im Jahre 1939* (Múnich, 1986), pp. 1-4 (cita en p. 1). 19 . RT , 29.9.1939, p. 290. 20 . Véase Longerich, *Unwritten Order* , p. 75. 21 . KP , p. 31. Ver, por ejemplo, Peter Longerich, *Propagandisten im Krieg. Die Presseabteilung des Auswärtigen Amtes unter Ribbentrop* (Múnich, 1987), pp. 134-136. 22 . FE , 8.9.1939, pp. 91-92 (citas en p. 92). 23 . Hanno Plass, «Der *Welt-Dienst* . Internationale antisemitische Propaganda 1939 bis 1945», en Michael Nagel y Moshe Zimmermann (eds.),

Judenfeindschaft und Antisemitismus in der deutschen Presse über fünf Jahrhunderte. Erscheinungsformen, Rezeption, Debatte und Gegenwehr (Bremen, 2013), pp. 821-840, especialmente p. 825. 24 . Goldenbaum, «Nationalsozialismus als Antikolonialismus», p. 467. 25 . Patrick Salmon, «British plans for economic warfare against Germany 1937-1939: the problem of Swedish iron ore», *Journal of Contemporary History* , 16 (1981), pp. 53-71. 26 . Véase la tabla en Tooze, *Wages of Destruction* , p. 136. El enorme potencial del Imperio británico se describe en David Edgerton, *Britain's War Machine: Weapons, Resources and Experts in the Second World War* (Londres, 2011), p. 7 *et passim.* 27 . Véase J. Lee Ready, *Forgotten Allies: The Military Contribution of the Colonies, Exiled Governments, and Lesser Powers to the Allied Victory in World War II* , vol. I: *The European Theatre* (Jefferson, NC , y Londres, 1985). 28 . «Gedanken des Oberbefehlshabers der Kriegsmarine zum Kriegsausbruch», 3.9.1939, en LV, p. 19. 29 . Véase Karl-Heinz Völker, *Dokumente und Dokumentarfotos zur Geschichte der deutschen Luftwaffe. Aus den Geheimakten des Reichswehrministeriums 1919-1933 und des Reichsluftfahrtministeriums 1933-1939* (Stuttgart, 1968), pp. 460-466. 30 . Tooze, *Wages of Destruction* , *passim* . 31 . Citado en Tooze, *Wages of Destruction* , p. 337. 32 . Citado en Tooze, *Wages of Destruction* , p. 335. 33 . Carl-Axel Gemzell, *Raeder, Hitler und Skandinavien. Der Kampf für einen maritimen Operationsplan* (Lund, 1965), p. 214. Ver, por ejemplo Ulrich H.-J. Israel, *Graf Zeppelin. Einziger deutscher Flugzeugträger* (Herford, 1994), p. 152. 34 . Véase Beck, *Bötticher* , p. 149. 35 . Roger Moorhouse, *The Devils' Alliance: Hitler's Pact with Stalin, 1939-1941* (Nueva York, 2014), pp. 161-191. 36 . Gemzell, *Raeder, Hitler und Skandinavien,* pp. 215-216. Sobre la cooperación nazi-soviética más en general, véase Jürgen Rohwer, «Weltmacht als Ziel? Parallelen in Hitlers und Stalins Flottenbau-Programmen», en Hansen, Schreiber y Wegner (eds.), *Politischer Wandel* , pp. 176-177. 37 . Discurso, 6.10.1939, Domarus, III , p. 1382. 38 . Discurso, 23.11.1939, Domarus, III , p. 1423. 39 . Bianka Pietrow-Ennker, «Das Feindbild im Wandel. Die Sowjetunion in den nationalsozialistischen Wochenschauen, 1935-1941», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht* , 41 (1990), pp. 337-351, especialmente pp. 341-344. 40 . Ver, por ejemplo, Werner Rahn, «Hitler und die Marineführung im Zweiten Weltkrieg. Aufzeichnungen und Beobachtungen von Zeitzeugen», en Christian Th. Müller y Matthias Rogg (eds.), *Das ist Militärgeschichte! Probleme – Projekte – Perspektiven* (Paderborn, 2013), pp. 215-216 (cita en p. 216); Gerhard Hümmelchen, *Handelsstörer. Handelskrieg deutscher Überwasserstreitkräfte im Zweiten Weltkrieg* (Múnich, 1960), pp. 31-32, 38, 69. 41 . Vormann, *So begann der Zweite Weltkrieg* . 42 . David Mayers, «Nazi Germany and the future of Europe: George Kennan's views, 1939-1945», *International History Review* , 8, 4 (1986), pp. 550-572. 43 . Ver, por ejemplo, Beck, *Boetticher* , pp. 146-147. Hitler estudió los informes de Bötticher, o al menos resúmenes de ellos, en profundidad: Andreas Hillgruber, *Hitlers Strategie. Politik und Kriegführung 1940-1941* , tercera edición (Bonn, 1994), pp. 195-196, 375. 44 . Ulrich Schlie, *Kein Friede mit Deutschland. Die geheimen Gespräche im Zweiten Weltkrieg 1939-1941* (Múnich, 1994), *passim* . 45 . HT , 7.9.1939, I, p. 65.

46 . Bernd Martin, *Friedensinitiativen und Machtpolitik im Zweiten Weltkrieg 1939-1942* (Düsseldorf, 1974), pp. 57-60. 47 . RT , 29.9.1939, p. 290. 48 . Helmut Krausnick, «Hitler und die Morde in Polen. Ein Beitrag zum Konflikt zwischen Heer und SS um die Verwaltung der besetzten Gebiete», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 11 (1963), pp. 196-209. 49 . Debo esta reflexión, que el autor dice «puede ser una exageración», a Martin Winstone, *The Dark Heart of Hitler's Europe: Nazi Rule in Poland under the General Government* (Londres y Nueva York, 2015), pp. 24-25. 50 . HT , 7.9.1939, I, p. 65. 51 . Discurso, 6.10.1939, Domarus, III , p. 1383. El pensamiento de Hitler sobre un *Reststaat* polaco se comenta en Martin Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik, 1939-1945* (Stuttgart, 1961), pp. 13-18; y Christoph Klessmann, *Die Selbstbehauptung einer Nation. Nationalsozialistische Kulturpolitik und polnische Widerstandsbewegung im Generalgouvernement, 1939-1945* (Düsseldorf, 1971), pp. 27-28. 52 . Discurso, 19.9.1939, Domarus, III, p. 1356. 53 . Véase Harry Kenneth Rosenthal, *German and Pole: National Conflict and Modern Myth* (Gainesville, 1976), pp. 103-104, 108. 54 . Discurso, 6.10.1939, Domarus, III, p. 1391. 55 . Ver, por ejemplo, Schlie, *Kein Friede mit Deutschland, passim.* 56 . Discurso, 6.10.1939, Domarus, III , p. 1393. 57 . Discurso, 9.10.1939, Domarus, III, p. 1395. 58 . Reunión ministerial, 30.10.1939, KP , p. 215. 59 . Véase Raichle, *Symbolpolitiker* , p. 201. 60 . Discurso, 9.10.1939, Domarus, III, p. 1395. 61 . Hanns Christian Löhr, *Das braune Haus der Kunst. Kunstbeschaffung im Nationalsozialismus* , segunda edición (Berlín, 2016), p. 149. 62 . Citado en Volker R. Berghahn, «NSDAP und 'geistige Führung' der Wehrmacht 1939-1943», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 17 (1969), pp. 17-71 (cita en p. 71). 63 . FE , 18.9.1939, p. 95. Ver, por ejemplo, Bernd Wegner, *Hitlers politische Soldaten. Die Waffen-SS 1933-1945* (Paderborn, 1982), p. 122; Jan Erik Schulte, Peter Lieb y Bernd Wegner (eds.), *Die Waffen-SS. Neue Forschungen* (Paderborn, 2014). 64 . Vandana Joshi, «Maternalism, class and citizenship: aspects of illegitimate motherhood in Nazi Germany», *Journal of Contemporary History* , 46 (2011), pp. 832-853, especialmente p. 883; Ute Frevert, «Frauen an der 'Heimatfront'», en Christoph Klessmann (ed.), *Nicht nur Hitlers Krieg. Der Zweite Weltkrieg und die Deutschen* (Düsseldorf, 1989), p. 58; Elizabeth D. Heineman, *What Difference Does a Husband Make? Women and Marital Status in Nazi and Postwar Germany* (Berkeley, Calif., 1999), pp. 44-74. 65 . Winfried Süss, *Der «Volkskörper» im Krieg. Gesundheitspolitik, Gesundheitsverhältnisse und Krankenmord im nationalsozialistischen Deutschland, 1939-1945* (Múnich, 2003), p. 81. 66 . Autorización de Hitler a Bouhler y Brandt, «1.9.1939», Berlín, en Ernst Klee (ed.), *Dokumente zur «Euthanasie»* (Fráncfort, 1985), p. 39. 67 . Hans Mommsen, *Das NS -Regime und die Auslöschung des Judentums in Europa* (Gotinga, 2014), pp. 114-122 *et passim* . 68 . Rebentisch, *Führerstaat* , pp. 117, 123, 128, 131. 69 . Por ejemplo, Dietrich contra Goebbels: KP , p. 32. Ribbentrop contra Goebbels: Longerich, *Propagandisten im Krieg* , pp. 331-332. 70 . FE , 8.9.1939, p. 92. 71 . Franz W. Seidler y Dieter Zeigert, *Die Führerhaupt- quartiere. Anlagen und Planungen im Zweiten Weltkrieg* (Múnich, 2000), p. 25. 72 . Moll, «Steuerungsinstrument»,

p. 228. 73 . Ver, por ejemplo, Rebentisch, *Führerstaat* , pp. 397, 399, 401-404, 412, 416 *et passim* . Véase un aviso dirigido a no exagerar el poder de Bormann en Peter Longerich, *Hitlers Stellvertreter. Führung der Partei und Kontrolle des Staatsapparates durch den Stab Hess und die Partei-Kanzlei Bormann* (Múnich, Londres y Nueva York, 1992). 74 . Martin, *Friedensinitiativen* , pp. 76-77. 75 . Ver, por ejemplo, Winstone, *Dark Heart* , p. 28. 76 . Broszat, *Polenpolitik* , p. 17. 77 . Véase Martyn Housden, «Hans Frank – Empire builder in the east, 1939-41», *European History Quarterly* , 24 (1994), pp. 367-393, especialmente pp. 371-372; Dieter Schenk, *Hans Frank. Hitlers Kronjurist und Generalgouverneur* (Fráncfort, 2006), pp. 146-149. 78 . HT , 18.10.1939, I, p. 107. 79 . Ver, por ejemplo, Gerhard Wolf, *Ideologie und Herr- schaftsrationalität. Nationalsozialistische Germanisierungspolitik in Polen* (Hamburgo, 2012), pp. 76-90. 80 . Véanse sus comentarios a Keitel del 17.10.1939, citados en Helmut Schaller, *Der Nationalsozialismus und die slawische Welt* (Ratisbona, 2002), p. 182. 81 . Discurso, 6.10.1939, Domarus, III , p. 1383. Ver, por ejemplo, Michael Wildt, «'Eine neue Ordnung der ethnographischen Verhältnisse'. Hitlers Reichstagrede vom 6. Oktober 1939», *Zeithistorische Forschungen* , 3 (2006), pp. 129-137. 82 . Véase Isabel Heinemann, *«Rasse, Siedlung, deutsches Blut». Das Rasse- und Siedlungshauptamt der SS und die rassenpolitische Neuordnung Europas* (Gotinga, 2003), pp. 144-145. 83 . Wolf, *Ideologie und Herrschaftsrationalität* , pp. 88-89. 84 . FE , 7.10.1939, pp. 101-102 (citas en p. 101). 85 . Véase Hellmuth Hecker, *Die Umsiedlungsverträge des Deutschen Reichs während des Zweiten Weltkrieges* (Hamburgo, 1971), pp. 15-23, 61-77, 78-101, 102-183. 86 . Ver, por ejemplo, Broszat, *Polenpolitik* , p. 13. 87 . RT , 29.9.1939, p. 291. 88 . ET , 26.9.1939, pp. 62-63. 89 . Catherine Epstein, *Model Nazi: Arthur Greiser and the Occupation of Western Poland* (Oxford, 2010). 90 . Sobre este lado más «inclusivo» de la política de ocupación, véase Maren Röger, «Besatzungskinder in Polen, Nationalsozialistische Politik und Erfahrungen in der Volksrepublik», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 65 (2017), pp. 25-50, aquí p. 28. 91 . La ironía queda recogida en Wolf, *Ideologie und Herrschaftsrationalität* , p. 467. 92 . Véase Uwe Mai, *'Rasse und Raum'. Agrarpolitik, Sozial- und Raumplanung im NS -Staat* (Paderborn, Múnich, Viena y Zúrich, 2002), pp. 117, 142 (cita). 93 . RT , 29.9.1939, p. 97. 94 . HT , 27.9.1939, I, pp. 86-89. 95 . Memorándum de Hitler, 9.10.1939, DV W , pp. 4-21. 96 . Discurso, 23.11.1939, Domarus, III , p. 1425. 97 . Discurso, 8.11.1939, Domarus, III, p. 1410. 98 . Discurso, 23.11.1939, Domarus, III , pp. 1422-1423. Ver, por ejemplo, Claire Gantet, «Der Westfälische Frieden», en Etienne François y Hagen Schulze (eds.), *Deutsche Erinnerungsorte* , vol. 1 (Múnich, 2001), pp. 86-104, especialmente pp. 101-102. 99 . Memorándum, 9.10.1938, Domarus, III , p. 1394. 100 . HT , 27.9.1939, I, p. 89. 101 . Memorándum de Hitler, DV W , 9.10.1939, p. 19. 102 . Como aparece citado en ET , 6.12.1939, p. 69. Ver, por ejemplo Deyhle, «Notizen zum Kriegstagebuch», DV W , p. 29. 103 . Directiva 8, 20.11.1939, HW , p. 38. 104 . OKH , 28.12.1939, DW , p. 25. 105 . Memorándum de Hitler, 9.10.1939, DW , pp. 16-19. 106 . Discurso, 6.10.1939, Domarus, III , p. 1, 390. 107 . Discurso, 8.11.1939, Domarus, III ,

pp. 1409-1410. 108 . Discurso, 8.11.1939, Domarus, III , p. 1411. 109 . Ver, por ejemplo, Patel, «Welfare in the warfare state», pp. 4-5. 110 . Discurso, 6.10.1939, Domarus, III , p. 1391. 111 . Discurso, 6.10.1939, Domarus, III , p. 1389. 112 . KP , p. 45. 113 . GT , 12.12.1939, I/7, p. 228. 114 . Ver, por ejemplo, Peter Steinbach y Johannes Tuchel, *Georg Elser. Der Hitler-Attentäter* (Berlín, 2010), pp. 95, 133-135. 115 . Véase un relato detallado de la reunión en Sarah K. Danielsson, *The Explorer's Roadmap to National-Socialism: Sven Hedin, Geography and the Path to Genocide* (Farnham, 2012), pp. 12-173. 116 . Véase Gerd R. Ueberschär, *Hitler und Finnland, 1939-1941. Die deutschfinnischen Beziehungen während des Hitler-Stalin-Paktes* (Wiesbaden, 1978), pp. 33-36 *et passim* . 117 . Sobre el uso intermitente que hace Hitler de esta expresión, ver: Hans-Dietrich Loock, «Zur 'grossgermanischen Politik' des Dritten Reiches», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 8 (1960), pp. 37-63. 118 . ES , 29.4.1937, p. 124. 119 . Véase Deyhle, «Notizen zum Kriegstagebuch», DV W , p. 30. 120 . «Denkschrift der Seekriegsleitung über den verschärften Seekrieg gegen England», 15.10.1939, en Michael Salewski, *Die deutsche Seekriegsleitung 1935-1945* , vol. 3: *Denkschriften und Lagebetrachtungen* (Fráncfort, 1973), pp. 72-86. 121 . Por ejemplo, para Sven Hedin: Danielsson, *Explorer's Roadmap* , p. 173. 122 . Beck, *Bötticher* , pp. 149-150. 123 . Discurso, 23.11.1939, Domarus, III, p. 1424. 124 . Reconstruido por la lectura automatizada de labios en *Hitler's Private World Revealed* , Channel 5, noviembre de 2006. 125 . Véase Ryback, *Hitlers Bücher* , pp. 146-148. Lothrop Stoddard, *Into the Darkness: Nazi Germany Today* (Londres, 1941), pp. 171-180. 126 . Discurso, 19.9.1939, Domarus, III , p. 1354. 127 . En relación con Halder, HT , 29.11.1939, I, p. 106. 128 . Ver, por ejemplo, Harold C. Deutsch, *Verschwörung gegen den Krieg. Der Widerstand in den Jahren 1939-1940* (Múnich, 1969). 129 . ET , 10.12.1939, p. 70. 130 . Ver, por ejemplo, Hans-Adolf Jacobsen, *Fall Gelb. Der Kampf um den deutschen Operationsplan zur Westoffensive 1940* (Wiesbaden, 1957), pp. 27, 37 *et passim* ; y Christian Hartmann, *Halder. Generalstabschef Hitlers 1938-1942* (Paderborn, Múnich, Viena y Zúrich, 1991), pp. 166-167. 131 . Discurso, 23.11.1939, Domarus, III, p. 1427. 132 . HW , 29.11.1939, p. 40. 133 . Discurso, 24.2.1940, Domarus, III , pp. 1455-1456, 1464-1465; Discurso, 30.1.1940, Domarus, III , p. 1459. 134 . Discurso, 30.1.1940, Domarus, III , p. 1460. Véase también: Discurso, 24.2.1940, Domarus, III , p. 1466. 135 . Véase la orden de Rundstedt, 12.1.1940, DV W , p. 137. 136 . Ver, por ejemplo, Bor, *Gespräche mit Halder* , p. 166. 137 . Según Giesler, *Ein anderer Hitler* , p. 387. Este fecha la conversación en el «invierno de 1939-1940». 138 . Ver, por ejemplo, Karl-Heinz Frieser, *Blitzkrieg-Legende. Der Westfeldzug 1940* , cuarta edición (Múnich, 2012), p. 32. 139 . FE, 17.1.1940, pp. 109-110. 140 . Tooze, *Wages of Destruction* , p. 347. 141 . König, *Volkswagen, Volksempfänger, Volksgemeinschaft* , p. 172. 142 . Müller, *Der Feind steht im Osten* , p. 171. 143 . Ver, por ejemplo, Moorhouse, *Devils' Alliance* . 144 . Sobre el alcance de la cooperación, ver Heinrich Schwendemann, «Stalins Fehlkalkül. Die wirtschaftliche Zusammenarbeit zwischen dem Deutschen Reich und der Sowjetunion 1939-1941», en Christoph Koch (ed.), *Gab es einen Stalin-Hitler-*

Pakt? Charakter, Bedeutung und Deutung des deutsch-sowjetischen Nichtangriffsvertrages vom 23. August 1939 (Fráncfort, 2015), pp. 293-312, especialmente pp. 294 y 307. 145 . Ver, por ejemplo, Gabriel Gorodetsky, *Grand Delusion: Stalin and the German Invasion of Russia* (New Haven, 1999); y Albert L. Weeks, *Stalin's Other War: Soviet Grand Strategy, 1939-1941* (Lanham, Boulder, Nueva York y Oxford, 2002), p. vii *et passim* . 146 . Ver Adam Claasen, «Blood and iron, and *der Geist des Atlantiks* : assessing Hitler's decision to invade Norway», *Journal of Strategic Studies* , 20 (1997), pp. 71-96. 147 . Citado en Walther Hubatsch, *«Weserübung». Die deutsche Besetzung von Dänemark und Norwegen 1940. Nach amtlichen Unterlagen dargestellt, mit einem Anhang. Dokumente zum Norwegenfeldzug 1940* (Gotinga, Berlín y Fráncfort, 1960), p. 396. 148 . Citado en Hans-Martin Ottmer, «*Weserübung». Der deutsche Angriff auf Dänemark und Norwegen im April 1940* (Múnich, 1994), p. 59. 149 . Citado en Hubatsch, *'Weserübung'* , p. 366. 150 . KP , 4.1.1940, p. 257. 151 . Citado en Tooze, *Wages of Destruction* , p. 337. 152 . KP , 1.4.1940, p. 307. 153 . Stanley E. Hilton, «The Welles mission to Europe, February-March 1940: illusion or realism?», *Journal of American History* , 58 (1971), pp. 93-120, especialmente pp. 93, 95-96, 103, 110 *et passim* . 154 . «Richtlinien des Fuehrers für die Unterhaltung mit Sumner Welles», 29.2.1940, ADAP , Serie D, VIII, pp. 644-645. 155 . «Unterredung zwischen dem Führer und Reichskanzler und dem amerikanischen Unterstaatssekretär Sumner Welles», 2.3.1940, DAP, Serie D, VIII, pp. 660-665. 156 . Citado en ET , «February 1940», pp. 72-73. (fechado incorrectamente). 157 . Henrik O. Lunde, *Hitler's Pre-Emptive War: The Battle for Norway, 1940* (Filadelfia y Newbury, 2009). 158 . Sobre el «Führungskrise at Narvik», véase Ottmer, *«Weserübung»* , pp. 141-143 (cita en p. 142). 159 . Citado en Rainer Rutz, *Signal. Eine deutsche Auslandsillustrierte als Propagandainstrument im Zweiten Weltkrieg* (Essen, 2007), p. 186. 160 . Adam A. R. Claasen, *Hitler's Northern War: The Luftwaffe's Ill-Fated Campaign, 1940-1945* (Lawrence, Kan., 2001), pp. 139-140. 161 . Proclamación, 9.5.1940, Domarus, III, p. 1502. 162 . Brian Bond y Michael D. Taylor (eds.), *The Battle of France and Flanders 1940: Sixty Years On* (Barnsley, 2001). 163 . Ver, por ejemplo, Deyhle, «Notizen zum Kriegstagebuch», DVW , p. 29. 164 . Diario del OKW (Jodl), 16.5.1940, DW , p. 35. 165 . Diario de Halder, 17.5.1940, DW , p. 40. 166 . Diario de guerra del grupo de Ejércitos A, 17.5.1940, DW , p. 42. 167 . Diario de Halder, 17.5.1940, DW , p. 41. 168 . Véase Gianluca Falanga, *Mussolinis Vorposten in Hitlers Reich. Italiens Politik in Berlin, 1933-1945* (Berlín, 2008), pp. 160-161. 169 . Enno von Rintelen, *Mussolini als Bundesgenosse. Erinnerungen des deutschen Militärattachés in Rom, 1936-1943* (Tubinga, 1951), p. 89. 170 . Véase un reciente resumen del debate en Bruno Comer, «Waarom Hitler treuzelde bij Duinkerke», *De Franse Nederlanden/Les Pays-Bas Français* , 39 (2013) (con un resumen en francés), pp. 178- 187. 171 . Halder, KTB , 24.5.1940, citado en DW , p. 74. 172 . «Der 'Halt-Befehl'», 24.5.1940, DW , p. 120. 173 . Diario de guerra, Grupo de Ejércitos A, 24.5.1940, DW , p. 75; diario de guerra, Grupo de Ejércitos A, 29.5.1940, DW , p. 93; diario de guerra, Grupo de Ejércitos B (Bock),

30.5.1940, DW , p. 97; diario de guerra, Grupo de Ejércitos B, 2.6.1940, DW , p. 107. 174 . Diario de Halder, 25.5.1940, DW , p. 78. 175 . Diario de guerra, Grupo de Ejércitos A, 24.5.1940, DW , p. 75. 176 . Según lo descrito en ET , 23/25.5.1940, p. 80. 177 . HW , 24.5.1940, pp. 53-55. 178 . Este mito quedó refutado hace mucho tiempo por Hans Meier-Welcker, «Der Entschluss zum Anhalten der deutschen Panzertruppen in Flandern 1940», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 2 (1954), pp. 274-290, especialmente pp. 285-286. 179 . Véase la narración de los debates en ET , 27.5.1940, p. 81. 180 . HT , 6.6.1940, I, p. 336. 181 . Diario de guerra, Grupo de Ejércitos B (Bock), 2.6.1940, DW , p. 107. 182 . Véase Joe Maiolo, «The Axis could have won the war [wrong]», en «The great misconceptions of World War Two», *BBC History Magazine* , 14 (mayo de 2013), p. 24. 183 . Ver Ernest R. May, *Strange Victory: Hitler's Conquest of France* (Londres, 2009). 184 . Peter Lieb, «Erwin Rommel. Widerstandskämpfer oder Nationalsozialist?», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 61, 3 (2013), pp. 303-343. 185 . Hermann Böhme, *Entstehung und Grundlagen des Waffenstillstandes von 1940* (Stuttgart, 1966), especialmente pp. 48-68. 186 . Diario de Jodl, 20.5.1940, DW , p. 53. 187 . Citado en Raichle, *Symbolpolitiker* , p. 299. Sobre las dimensiones performativas aquí, ver, por ejemplo, Pyta, *Hitler* , p. 303. 188 . Cédric Gruat, *Hitler in Paris. Juni 1940* (Berlín y Esmalcalda, 2011), especialmente pp. 36-55. 189 . Giesler, *Ein anderer Hitler* , pp. 386-396. 190 . Estos fueron repatriados con gran pompa a mediados de diciembre de 1940: Georges Poisson, *Hitler's Gift to France: The Return of the Ashes of Napoleon II: Crisis at Vichy – December 15, 1940* (Nueva York, 2008). 191 . Raichle, *Symbolpolitiker* , p. 330. 192 . Ver, por ejemplo, Götz Aly, *Hitlers Volksstaat. Raub, Rassenkrieg und nationaler Sozialismus* (Fráncfort, 2005), p. 333 *et passim* . Ver, por ejemplo, Thomas Kühne, *Belonging and Genocide: Hitler's Community, 1918-1945* (New Haven, 2010). 193 . Véase Klaus Urner, *'Die Schweiz muss noch geschluckt werden!' Hitlers Aktionspläne gegen die Schweiz* (Zúrich y Múnich, 1998), pp. 7, 20, 22, 29-30. (El título aquí se refiere a las palabras utilizadas en un informe del SD , no por el propio Hitler.) 194 . Tooze, *Wages of Destruction* , p. 383. 195 . Véase Thomas Sandkühler (ed.), *Europäische Integration. Deutsche Hegemonialpolitik gegenüber Westeuropa, 1920-1960* , *Beiträge zur Geschichte des Nationalsozialismus,* 18 (Gotinga, 2002); Kiran Klaus Patel, «Der Nationalsozialismus in transnationaler Perspektive», *Blätter für deutsche und internationale Politik* , 49 (2004), pp. 1123-1134; y Jonas Scherner, «Europas Beitrag zu Hitlers Krieg. Die Verlagerung von Industrieaufträgen der Wehrmacht in die besetzten Gebiete und ihre Bedeutung für die deutsche Rüstung im Zweiten Weltkrieg», en Christoph Buchheim y Marcel Boldorf (eds.), *Europäische Volkswirtschaften unter deutscher Hegemonie, 1938-1945* (Múnich, 2012), pp. 69-92; y Eberhard Jäckel, *Frankreich in Hitlers Europa. Die deutsche Frankreichpolitik im Zweiten Weltkrieg* (Stuttgart, 1966). 196 . FE , 16.6.1940, p. 126. Ver, por ejemplo, John R. Gillingham, *Industry and Politics in the Third Reich* (Londres, 1985), pp. 139-162. 197 . FE , 9.5.1940, p. 118; FE , 7.7.1940, p. 130. 198 . Martin Schärer, *Deutsche Annexionspolitik im Westen. Die*

Wiedereingliederung Eupen-Malmedys im Zweiten Weltkrieg (Berna, Fráncfort y Las Vegas, 1978), pp. 57, 276-277 (el decreto se encuentra en la p. 57). 199 . Véase Mark Mazower, «Hitler's New Order, 1939-45», *Diplomacy & Statecraft* , 7, 1 (1996), pp. 29-53, especialmente pp. 29-30. 200 . FE , 25.6.1940, p. 129. 201 . Gerd R. Ueberschär y Winfried Vogel, *Dienen und Verdienen. Hitlers Geschenke an seine Eliten* (Fráncfort, 1999), p. 73 *et passim* . 202 . Ver, por ejemplo, Norman J. W. Goda, «Black marks: Hitler's bribery of his senior officers during World War II», *Journal of Modern History* , 72 (2000), pp. 413-452, especialmente p. 433. 203 . Como se cita en ET , 28.5.1940, p. 81. 204 . Dino Alfieri, *Dictators Face to Face* (Londres y Nueva York, 1954), p. 56. 205 . FE , 5.6.1940, p. 123. 206 . KP , 6.7.1940, p. 416. 207 . Richard Toye, *The Roar of the Lion: The Untold Story of Churchill's World War II Discursoes* (Oxford, 2013), especialmente pp. 12-72. 208 . Dietrich, *12 Jahre* , p. 260. 209 . Citado en Giesler, *Ein anderer Hitler* , p. 395. 210 . Alfieri, *Dictators Face to Face* , pp. 57-58 (cita en p. 57). 211 . Véase en general Richard Overy, *The Bombing War: Europe, 1939-1945* (Londres, 2013), p. 73. 212 . FE , 21.6.1940, p. 128. 213 . Wilms, «Einwirkung des Fliegeralarms und der Bombenangriffeauf die Bevölkerung des Luftschutzortes I. Ordnung Hamm (Westf.), 19. Juli 1940», en Ursula von Gersdorff (ed.), *Frauen im Kriegsdienst* , 1914-1945 (Stuttgart, 1969), pp. 317-319. 214 . Armin Nolzen, «'Menschenführung' im Bombenkrieg. Die Tätigkeiten der NSDAP nach Luftangriffen», https://www.historicum.net/persistent/old-purl/1805 , acceso el 22 de enero de 2019. 215 . Sobre la crucial importancia de Estados Unidos en el pensamiento de Hitler tras la caída de Francia, véase Hillgruber, *Hitlers Strategie* . 216 . Reunión, 13.7.1940, Domarus, III , p. 1538. 217 . Discurso, 19.7.1940, Domarus, III , pp. 1557-1558. 218 . Peter Lieb, «Hitler's Britain. Die Kanalinseln im Zweiten Weltkrieg», *Militärgeschichte,* 3 (2016), pp. 4-9, especialmente p. 5. 219 . Entrevista, 15.6.1940, Domarus, III , p. 1524. (La fecha correcta es 9 de junio de 1940.) Ver, por ejemplo, Lothar Gruchmann, *Nationalsozialistische Grossraumordnung. Die Konstruktion einer 'deutschen Monroe-Doktrin'* (Stuttgart, 1962), pp. 160-161. 220 . Helmut Krausnick (ed.), «Denkschrift Himmlers über die Behandlung der fremdvölkischen im Osten (Mai 1940)», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 5 (1957), pp. 194-198, especialmente p. 197. 221 . Ver, por ejemplo, Tobias Jersak, «A matter of foreign policy. 'Final solution' and 'Final victory' in Nazi Germany», *German History* , 21 (2003), pp. 369-391, especialmente p. 377. 222 . Ver Longerich, *Unwritten Order* , p. 96. 223 . Magnus Brechtken, *'Madagaskar für die Juden'. Antisemitische Idee und politische Praxis, 1885-1945* (Múnich, 1997), pp. 226-236 *et passim* . 224 . Citado en Longerich, *Unwritten Order* , p. 92. 225 . Michael Mayer, «Diplomaten im Krieg. Die Deutsche Botschaft Paris und die NS -Unrechtspolitik im besetzten Frankreich», en Johannes Hürter y Michael Mayer (eds.), *Das Auswärtige Amt in der NS Diktatur* (Múnich, 2014), pp. 177-196 (aquí p. 178). 226 . No he podido encontrar ninguna prueba de una orden directa de Hitler para fusilar a los prisioneros africanos en: Peter Martin «'... auf jeden Fall zu erschiessen'. Schwarze Kriegsgefangene in den Lagern der Nazis», *Mittelweg* , 36 (1999), pp. 76-91; Raffael Scheck, *Hitler's*

African Victims: The German Army Massacres of Black French Soldiers in 1940 (Nueva York, 2006). 227 . Martin, «'... auf jeden Fall zu erschiessen'», p. 85. 228 . Véase Raffael Scheck, «French colonial soldiers in German prisoner-of-war camps (1940-1945)», *French History* , 24 (2010), pp. 420-446, especialmente pp. 423, 425 y 427-428. 229 . Ver, por ejemplo, Müller, *Der Feind steht im Osten* , pp. 195-196, 202, 208. 230 . HT , 22.7.1940, II , pp. 30-32. 231 . Ver, por ejemplo, Müller, *Der Feind steht im Osten* , pp. 216-221. Ver, por ejemplo, Hans-Günther Seraphim y Andreas Hillgruber, «Hitlers Entschluss zum Angriff auf Russland (Eine Entgegnung)», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 2 (1954), pp. 240-254, especialmente pp. 246-251. 232 . Walter Ansel, *Hitler Confronts England* (Durham, NC , 1960), pp. 121-189. 233 . Adolf Hitler, «Denkschrift zur Frage unserer Festungsanlagen», 1.7.1938, en Otto-Wilhelm Förster, *Das Befestigungswesen* (Neckargemünd, 1960), pp. 123-148. 234 . Directiva 16, 16.7.1940, HW , pp. 61-65. Ver, por ejemplo, Karl Klee, *Das Unternehmen «Seelöwe». Diegeplante deutsche Landung in England 1940* (Gotinga, Berlín y Fráncfort, 1958); y Monika Siedentopf, *Unternehmen Seelöwe* (Múnich, 2014). Véase una convincente argumentación en favor de la idea de que Hitler no iba de farol en Robert Forczyk, *We March Against England: Operation Sea Lion, 1940-41* (Oxford, 2016), especialmente pp. 42-66. 235 . Directiva 17, 1.8.1940, HW , pp. 65-66. 236 . Memorándum de Raeder sobre la reunión con Hitler, 13.8.1940, en Karl Klee (ed.), *Dokumente zum Unternehmen «Seelöwe». Die geplante deutsche Landung in England 1940* (Gotinga, 1959), p. 258. 237 . FE , 20.8.1940, pp. 135-136 (citas en p. 135). 238 . Egbert Kieser, *Hitler on the Doorstep: Operation «Sea Lion»: The German Plan to Invade Britain, 1940* (Londres, 1997), pp. 222-234. 239 . Véase Anthony J. Cumming, «The warship as the ultimate guarantor of Britain's freedom in 1940», *Historical Research* , 83 (2010), pp. 165-188, especialmente pp. 185-187. 240 . ET , 17/19.8.1940, pp. 86-87. 241 . Richard Cox, *Sealion* (Londres, 1977). Ver, por ejemplo, Andrew Roberts, «Hitler's England: what if Germany had invaded Britain in May 1940?», en Niall Ferguson (ed.), *Virtual History: Alternatives and Counterfactuals* (Londres, 1997), pp. 281-320. 242 . Ver, por ejemplo, Kum'a N'dumbe III, *Was wollte Hitler in Afrika? NS -Planungen für eine faschistische Neugestaltung Afrikas* (Fráncfort, 1993), p. 9 *et passim* . 243 . Klaus Schmider, «The Mediterranean in 1940-1941: crossroads of lost opportunities?», *War & Society* , 15 (1997), pp. 19-41. Ver, por ejemplo, Ian Kershaw, «Did Hitler miss his chance in 1940?», en Gregor (ed.), *Nazism, War and Genocide* , pp. 110-130. 244 . Citado en Matthias Ruiz Holst, *Neutralität oder Kriegsbeteiligung? Die deutsch-spanischen Verhandlungen im Jahre 1940* (Pfaffenweiler, 1986), p. 116. 245 . Véase HT , 29.10.1940, II, p. 154. 246 . KP , 16.9.1940, p. 508. 247 . FE , 30.10.1940, p. 150. 248 . Theo Sommer, *Deutschland und Japan zwischen den Mächten 1935-1940. Vom Antikominternpakt zum Dreimächtepakt* (Tubinga, 1962), pp. 426-449. 249 . Reunión,13.11.1940, Domarus, III , p. 1614. 250 . Kimball, «Dieckhoff and America», p. 225. 251 . Reunión, 21.7.1940, Domarus, III, p. 1562. 252 . KP , 4.9.1940, p. 488. 253 . Ver, por ejemplo, Dietrich, *12 Jahre*

, p. 261. 254 . Citado en Holger H. Herwig, «Prelude to *Weltblitzkrieg* : Germany's naval policy toward the United States of America, 1939-41», *Journal of Modern History* , 43 (1971), pp. 649-668, especialmente pp. 657-658. 255 . Reuniones, 12/13.11.1940, Domarus, III , pp. 1612, 1614. Aquí la visión de Hitler coincidía con la de Ribbentrop, véase Wolfgang Michalka, *Ribbentrop und die deutsche Weltpolitik, 1933-1940. Aussenpolitische Konzeptionen und Entscheidungsprozesse im Dritten Reich* (Múnich, 1980). 256 . Discurso, 8.11.1940, Domarus, III , p. 1605; Reunión, 13.11.1940, Domarus, III , p. 1614. 257 . Discurso, 10.12.1940, Domarus, III, p. 1627. 258 . Discurso, 10.12.1940, Domarus, III, p. 1627. 259 . Discurso, 4.9.1940, Domarus, III, p. 1581; Discurso, 14.11.1940, Domarus, III, p. 1617. 260 . Citado en Strobl, *Germanic Isle* , p. 141. 261 . FE , 15.2.1940, p. 111; FE , 15.9.1940, pp. 13-38. Ver, por ejemplo, König, *Volkswagen, Volksempfänger, Volksgemeinschaft* , p. 126. 262 . Discurso, 4.9.1940, Domarus, III , pp. 1577-1581. 263 . Citado en Goldenbaum, «Nationalsozialismus als Antikolonialismus», p. 465. 264 . ET , 11.12.1940, pp. 91-92. 265 . Ver, por ejemplo, Frank Bajohr, «'... die hatten immer das meiste Geld'. Funktion und Bedeutung eines antijüdischen Klischees im 'Dritten Reich'», en Fritz Backhaus (ed.), *Juden. Geld. Eine Vorstellung* (Fráncfort, 2013), pp. 343-352 (aquí p. 345). Ver, por ejemplo, Stefan Mannes, *Antisemitismus im nationalsozialistischen Film. Jud Süss und Der ewig Jude* (Colonia, 1999), pp. 108-109. 266 . KP , 23.8.1940, p. 475. 267 . R. L. DiNardo y Daniel J. Hughes, «Germany and coalition warfare in the world wars: a comparative study», *War in History* , 8 (2001), pp. 166-190; Malte König, *Kooperation als Machtkampf. Das faschistische Achsenbündnis Berlin-Rom im Krieg1940/41* (Colonia, 2007), pp. 26-49 *et passim* . 268 . Ver, por ejemplo, Lothar Gruchmann, «Die 'verpassten strategischen Chancen' der Achsenmächte im Mittelmeerraum 1940/41», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 18 (1970), pp. 456-475, especialmente p. 462 *et passim* . 269 . ET , 28.10.1940, p. 88. 270 . Sobre España véase Holst, *Neutralität oder Kriegsbeteiligung* , p. 130. 271 . Véase ET , 24.10.1940, p. 88, y Gerhard L. Weinberg, «Pearl Harbor: the German Perspective», en Weinberg, *Germany, Hitler, and World War II* , pp. 194-204, especialmente p. 199. 272 . Paul Preston, «Franco and Hitler: the myth of Hendaye 1940», *Contemporary European History* , 1 (1992), pp. 1-16 (especialmente pp. 5-7); Stanley G. Payne, *Franco and Hitler: Spain, Germany, and World War II* (New Haven, 2008). 273 . Ribbentrop, *Zwischen London und Moskau* , pp. 231-235. 274 . Ver, por ejemplo, el relato de un testigo presencial soviético, Valentin Bereshkow, *In diplomatischer Mission bei Hitler in Berlin 1940-1941* (Fráncfort, 1967), pp. 26-29 (cita en p. 25). 275 . Laurenz Demps (ed.), *Luftangriffe auf Berlin. Die Berichte der Hauptluftschutzstelle 1940-1945* (Berlín, 2012), pp. 33-35. 276 . KP , 30.9.1940, p. 531. 277 . FE , 30.9.1940, p. 143; FE , 12.10.1940, p. 146. 278 . Discurso, 4.9.1940, Domarus, III, p. 1580. 279 . HT , 4.11.1940, II, p. 166; HT , 6.11.1940, II, pp. 168-169; HT , 8.11.1940, II, p. 172; HT , 11.11.1940, II, p. 175; HT , 5.12.1940, II, pp. 209-210. 280 . Directiva 18, 12.11.1940, HW , pp. 67-71. 281 . Ver, por ejemplo, Norman J. W. Goda, «The riddle of the Rock: a reassessment of

German motives for the capture of Gibraltar in the Second World War», *Journal of Contemporary History* , 28 (1993), pp. 297-314. 282 . Véase Halder, KTB , 4.11.1940, II , p. 166; KTB , 6.11.1940, II , p. 169; KTB , 8.11.1940, II , p. 172; KTB , 11.11.1940, II , p. 175; *et passim* . 283 . Ian Kershaw, *Fateful Choices: Ten Decisions that Changed the World, 1940-1941* (Londres, 2008), pp. 54-91. 284 . ET , 15.11.1940, p. 91. 285 . Como se informa en BT , 3.12.1940, p. 170. 286 . Directiva 21, 18.12.1940, HW , pp. 84-88.

CAPÍTULO 16: HACIENDO FRENTE A OCCIDENTE Y ATACANDO A ORIENTE

1 . Véase Gustav Hilger, *Wir und der Kreml. Deutsch-sowjetische Beziehungen 1918-1941. Erinnerungen eines deutschen Diplomaten* (Francfórt, 1955), p. 303; y Heinrich Schwendemann, *Die wirtschaftliche Zusammenarbeit zwischen dem Deutschen Reich und der Sowjetunion von 1939 bis 1941. Alternative zu Hitlers Ostprogramm?* (Berlín, 1993), pp. 276-286. 2 . Véase Evan Mawdsley, «Crossing the Rubicon: Soviet plans for offensive war in 1940-1941», *International History Review* , 25 (diciembre 2003), pp. 818-865, especialmente pp. 817-820. 3 . Ingeborg Fleischhauer, *Die Chance des Sonderfriedens. Deutsch-sowjetische Geheimgespräche, 1941-1945* (Berlín, 1986), p. 15. 4 . «Meldungen aus dem Reich», VI, 3.2.1941, p. 1964; 27.2.1941, p. 2045. 5 . Ver, por ejemplo, Ellen Gibbels, «Hitlers Nervenkrankheit», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 42 (1994), pp. 155-220, especialmente pp. 165-166. 6 . Ernst Guenther Schenck, *Patient Hitler. Eine medizinische Biographie* (Augsburgo, 2000), *passim* . 7 . BT , 1.2.1941, p. 173 (con cita). 8 . Jonathan Dimbleby, *The Battle of the Atlantic: How the Allies Won the War* (Londres, 2015), p. xix. 9 . Proclamación, 1.1.1941, Domarus, IV , pp. 1650-1651 (cita en p. 1650). 10 . FK , 28.2.1941, p. 629. 11 . FE , 25.4.1941, pp. 169-170. 12 . Sobre la preocupación de Hitler por el Mediterráneo en este momento, véase Ralf Georg Reuth, *Entscheidung im Mittelmeer. Die südliche Peripherie Europas in der deutschen Strategie des Zweiten Weltkrieges, 1940-1942* (Coblenza, 1985), p. 41 (cita), pp. 70-71 *et passim* . 13 . BT , 1.2.1941, p. 173. 14 . Véase Gerd R. Ueberschär, *Hitler und Finnland, 1939-1941. Die deutsch-finnischen Erziehungen während des Hitler-Stalin-Paktes* (Wiesbaden, 1978), p. 283. 15 . Citado en David Reynolds, *From World War to Cold War: Churchill, Roosevelt, and the International History of the 1940s* (Oxford, 2006), p. 19. 16 . Henry R. Luce, «The American Century», *Life* , 17.2.1941, p. 64. 17 . Ver, por ejemplo, Stephen Alexander Wertheim, «Tomorrow, the world: the birth of U.S. global supremacy in World War II» (tesis doctoral, Columbia University, 2015). 18 . Ver, por ejemplo, Tooze, *Wages of Destruction* , pp. 440-443. 19 . Véase Philips Payson O'Brien, *How the War Was Won: Air-Sea Power and Allied Victory in World War II* (Cambridge, 2015), pp. 67-94. 20 . Discurso, 4.5.1941, Domarus, IV , p. 1708. 21 . Ver, por ejemplo, Tooze, *Wages of Destruction* , p. 411. 22 . ET , 7.4.1941, p. 400. 23 . Orden, 1.1.1941, Domarus, IV , p. 1649. 24 . Discurso, 30.1.1941, Domarus, IV , p. 1659. 25 . Discurso, 24.2.1941, Domarus, IV , p. 1668. 26 . Josef Burgstaller, *Erblehre, Rassenkunde und Bevölkerungspolitik. 400 Zeichenskizzen für den Schulgebrauch* (Viena, 1941), p. 32. 27 . Colin Ross, *Unser Amerika. Der deutsche Anteil an den Vereinigten Staaten* (Leipzig, 1941), especialmente pp. 14, 222, 262. 28 . Véase Longerich, *Propagandisten im Krieg* , p. 142. 29 . RT , 2.2.1941, p. 356. 30 . Ver, por ejemplo, R. H. S. Stolfi, *Hitler's Panzers East: World War II Reinterpreted* (Stroud, 1992), pp. 219-222. 31 . Véase

Malte König, *Kooperation als Machtkampf. Das faschistische Achsenbündnis Berlin-Rom im Krieg 1940/41* (Colonia, 2007), pp. 54-55 (cita en p. 55). 32 . Directiva 22e, febrero de 1941, HW , p. 99. 33 . Véase Göschel, *Mussolini and Hitler* , *passim* . 34 . Directiva 23, 11.1.1941, HW , pp. 93-95. 35 . Directiva 22, 6.2.1941, HW , pp. 100-103. 36 . Discurso, 24.2.1941, Domarus, IV , pp. 1667-1668. 37 . Ver, por ejemplo, Alan Warren, *World War II: A Military History* (Stroud, 2008), p. 92. 38 . Andreas Hillgruber, «Japan und der Fall 'Barbarossa'. Japanische Dokumente zu den Gesprächen Hitlers und Ribbentrops mit Botschafter Oshima von Februar bis Juni 1941», en Andreas Hillgruber, *Deutsche Grossmacht- und Weltpolitik im 19. Und 20. Jahrhundert* (Düsseldorf, 1977), pp. 223-252. 39 . Directiva 24, 5.3.1941, HW , pp. 103-105. 40 . Véase Wolfram Pyta, «Weltanschauliche und strategische Schicksalsgemeinschaft. Die Bedeutung Japans für das weltpolitische Kalkül Hitlers», en Martin Cüppers, Jürgen Matthäus y Andrej Angrick (eds.), *Naziverbrechen. Täter, Taten, Bewältigungsversuche* (Darmstadt, 2013), pp. 21-44, especialmente pp. 21-22, 31. 41 . Longerich, *Unwritten Order* , pp. 98-99. 42 . Discurso, 30.1.1941, Domarus, IV, p. 1663. 43 . Felix Moeller, *Der Filmminister. Goebbels und der Film im Dritten Reich* (Berlín, 1998), p. 73; Klaus-Jürgen Maiwald, *Filmzensur im NS -Staat* (Dortmund, 1983), p. 137. 44 . Maiwald, *Filmzensur im NS -Staat* , p. 188. 45 . Moeller, *Filmminister* , pp. 385-386. Sobre la censura por parte de Hitler del *Wochenschau* véase Ulrike Bartels, *Die Wochenschau im Dritten Reich. Entwicklung und Funktion eines Massenmediums unter besonderer Berücksichtigung völkisch-nationaler Inhalte* (Fráncfort, 2004), pp. 143-144. 46 . Ver Plöckinger, *Geschichter eines Buches* , p. 185. 47 . Ver, por ejemplo, RT , 2.2.1941, p. 363. 48 . Citado en Hanno Plass, «*Der Welt-Dienst* . Internationale antisemitische Propaganda 1939 bis 1945», en Michael Nagel y Moshe Zimmermann (eds.), *Judenfeindschaft und Antisemitismus in der deutschen Presse über fünf Jahrhunderte. Erscheinungsformen, Rezeption, Debatte und Gegenwehr* (Bremen, 2013), p. 835. 49 . Citado en MacGregor Knox, «1 October 1942: Adolf Hitler, Wehrmacht officer policy, and social revolution», *Historical Journal* , 43 (2000), pp. 801-825, en p. 817. 50 . Discurso, 16.3.1941, Domarus, IV , p. 1674; Discurso, 4.5.1941, Domarus, IV , p. 1708; Discurso, 3.10.1941, Domarus, IV , p. 1766. 51 . Volker Koop, «*Dem Führer ein Kind schenken». Die SS-Organisation Lebensborn e.V* . (Colonia, Weimar y Viena 2007), pp. 197-198 *et passim.* 52 . Hellmuth Hecker, *Die Umsiedlungsverträge des Deutschen Reichs während des Zweiten Weltkrieges* (Hamburgo, 1971), pp. 138-171. 53 . Arthur L. Smith, Jr, «The Kamer adschaft USA », *Journal of Modern History* , 34 (1962), pp. 398-408, especialmente pp. 405-406 (cita en p. 405). 54 . Actas de la reunión, 8.1.1941, en Kurt Assmann, «Die Seekrieg-sleitung und die Vorgeschichte des Feldzuges gegen Russland», en *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem internationalen Militärgerichtshof* , vol. 34 (Núremberg, 1949), p. 696. En la misma línea, véase BT , 1.2.1941, p. 173, y 30.3.1941, p. 181 55 . Assmann, «Die Seekriegsleitung», p. 696. 56 . Ver, por ejemplo, Joel Hayward, «Too little, too late: an analysis ofHitler's failure in August 1942 to damage Soviet oil

production», *Journal of Military History,* 64, 3 (2000), pp. 769-794, aquí, p. 773. 57 . Tooze, *Wages of Destruction* , p. 458. 58 . HT , 30.3.1941, II , p. 335. 59 . BT , 30.3.1941, pp. 180-181. 60 . BT , 1.2.1941, p. 174. 61 . Citado en Hayward, «Too little, too late», p. 783. 62 . Véanse los relatos separados de los pronunciamientos de Hitler ante la jefatura de la Wehrmacht del 20 de marzo de 1941, HT , 30.3.1941, II, pp. 335-338; y el registro dejado por Hermann Hoth: Bert Hoppe y Hildrun Glass (eds.), *Die Verfolgung und Ermordung der europäischen Juden durch das nationalsozialistische Deutschland, 1933-1945* , vol. 7: *Sowjetunion mit annektierten Gebieten I. Besetzte sowjetische Gebiete unter deutscher Militärverwaltung, Baltikum und Transnistrien* (Múnich, 2011), p. 119. 63 . Por ejemplo: la reunión de Hitler con Kvaternik, 21.7.1941, SD , II , p. 552. 64 . Hillgruber, *Hitler, König Carol* , pp. 118-119. 65 . Ver, por ejemplo, Richard L. DiNardo y Daniel J. Hughes, «Germany and coalition warfare in the world wars: a comparative study», *War in History* , 8 (2001), pp. 166-190, especialmente p. 173. Ver, por ejemplo, István Deák, *Europe on Trial* (Boulder, 2015). 66 . Véase Mario D. Fenyo, *Hitler, Horthy and Hungary: German- Hungarian Relations, 1941-1944* (New Haven y Londres, 1972), p. 14. 67 . Véase Reiner Möckelmann, *Franz von Papen. Hitlers ewiger Vasall* (Darmstadt, 2016), pp. 94-99. 68 . Véase Peter Gosztony, *Hitlers fremde Heere. Das Schicksal der nichtdeutschen Armeen im Ostfeldzug* (Düsseldorf y Viena, 1976), pp. 76-78 *et passim* . 69 . HT , 30.3.1941, II , p. 336. 70 . KTB , 3.3.141, I, p. 340. 71 . Véase Tooze, *Wages of Destruction* , pp. 459, 477. 72 . Véase Christoph Dieckmann, «Das Scheitern des Hungerplans und die Praxis der selektiven Hungerpolitik im deutschen Krieg gegen die Sowjetunion», en Christoph Dieckmann y Babette Quinkert (eds.), *Kriegführung und Hunger, 1939-1945. Zum Verhältnis von militärischen, wirtschaftlichen und politischen Interessen* (Gotinga, 2015), pp. 88-122, especialmente pp. 89-90, 94-95. 73 . Véase Timothy Snyder, *Black Earth: The Holocaust as History and Warning* (Londres, 2016). 74 . Sobre los paralelismos, véase Edward B. Westermann, *Hitler's Ostkrieg and the Indian Wars: Comparing Genocide and Conquest* (Norman, Okla., 2016), pp. 3, 14, 36-37; y Carroll P. Kakel, III , *The American West and the Nazi East: A Comparative and Interpretive Perspective* (Nueva York, 2011). 75 . Ver, por ejemplo, Christian Streit, «Ostkrieg, Antibolschewismus und 'Endlösung'», *Geschichte und Gesellschaft* , 17 (1991), pp. 242-255, especialmente pp. 245-249 *et passim* . 76 . Véase Andreas Hillgruber, «Die 'Endlösung' und das deutsche Ostimperium als Kernstück des Rassenideologischen Programms desNationalsozialismus», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 20 (1972), pp. 133-153, especialmente p. 144; y Helmut Krausnick y Hans-Heinrich Wilhelm, *Die Truppe des Weltanschauungskrieges. Die Einsatzgruppen der Sicherheitspolizei und des SD 1938-1942* (Stuttgart, 1981). 77 . Véase, por ejemplo, el acta de una reunión entre Göring y Heydrich, 26.3.1941, en Hoppe y Glass (eds.), *Die Verfolgung und Ermordung der europäischen Juden* , vol. 7, pp. 113-117, especialmente p. 116. 78 . HT , 30.3.1941, II , pp. 336-337. Ver, por ejemplo, Johannes Hürter, *Hitlers Heerführer. Die deutschen Oberbefehlshaber im Krieg gegen die Sowjetunion 1941/42* (Múnich, 2006),

pp. 1-13. 79 . FE , 13.5.1941, pp. 172-173. 80 . Joachim von Ribbentrop, *Zwischen London und Moskau* (Leoni am Starnberger See, 1954), p. 224. 81 . Véase Ernst L. Presseisen, «Prelude to 'Barbarossa': Germany and the Balkans, 1940-41», *Journal of Modern History* , 32, 4 (diciembre de 1960), pp. 359-370, especialmente p. 369. 82 . Hilger, *Wir und der Kreml* , p. 304. 83 . Directiva 25, 27.3.1941, HW , pp. 106-108. 84 . RT , 28.3.1941, p. 364. 85 . La escasa relevancia de los Balcanes se pone de relieve en Jörg K. Hoensch, «Nationalsozialistische Europapläne im Zweiten Weltkrieg», en Richard G. Plaschka, Horst Haselsteiner, Arnold Suppan, Anna M. Drabek y Birgitta Zaar (eds.), *Mitteleuropa-Konzeptionen in der ersten Hälfte des 20. Jahrhunderts* (Viena, 1995), p. 319; y Hans-Ulrich Wehler, «'Reichsfestung Belgrad'. Nationalsozialistische 'Raumordnung' en Südosteuropa», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 11 (1963), pp. 72-84, especialmente p. 80. 86 . «Memorandum des Wehrmachtsführungsstabes im Oberkommando der Wehrmacht von Anfang April 1941 [6.4.1941]», en Wolfgang Schumann (ed.), *Griff nach Südosteuropa. Neue Dokumente über die Politik des deutschen Imperialismus und Militarismus gegenüber Südosteuropa im zweiten Weltkrieg* (Berlín Este, 1973), p. 121. 87 . RT , 9.4.1941, p. 375. 88 . Proclamación, 6.4.1941, Domarus, IV, pp. 1687-1688. 89 . Directiva 7, 13.4.1941, HW , pp. 112-115. 90 . RT , 9.4.1941, p. 375. 91 . Véase Ronald C. Newton, *The «Nazi Menace» in Argentina , 1931-1947* (Stanford, Calif., 1992), pp. 230-232. 92 . ET , 9.5.1941, p. 102. 93 . Citado en Volker Koop, *Hitlers Muslime. Die Geschichte einer unheiligen Allianz* (Berlín, 2012), p. 212. 94 . ET , 24.4.1941, p. 102. 95 . Johannes H. Voigt, «Hitler und Indien», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 19, 1 (1971), pp. 33-63, especialmente p. 53. 96 . Reunión de Hitler con Matsuoka, 27.3.1941, SD , I, pp. 502-514; y reunión de Hitler con Matsuoka, 4.4.1941, SD , I, pp. 518-524. 97 . Bernd Martin, *Friedensinitiativen und Machtpolitik im Zweiten Weltkrieg 1939-1942* (Düsseldorf, 1974); y Schlie, *Kein Friede mit Deutschland* . 98 . Sobre esta compleja relación, véase James Douglas Hamilton, *The Truth about Rudolf Hess* (Barnsley, 2016). 99 . Peter Padfield, *Hess: Flight from the Führer* (Londres, 2001); Rainer F. Schmidt, *Rudolf Hess. 'Botengang eines Toren'? Der Flug nach Grossbritannien vom 10. Mai 1941* (Düsseldorf, 1997). 100 . RT , 14.5.1941, p. 387. 101 . Véase Schmidt, *«Botengang»* , p. 192. 102 . Hess a Hitler, 14.6.1941. Puede encontrarse una traducción al inglés en Peter Padfield, *Hess, Hitler and Churchill: The Real Turning Point of the Second World War – A Secret History* (Londres, 2013), pp. 257-258. 103 . Véanse las preocupaciones de Hitler registradas en RT , 14.5.1941, p. 387. 104 . Citado en Schmidt, *«Botengang»* , p. 185. 105 . Ver, por ejemplo, Moll, «Steuerungsinstrument», pp. 234-236. 106 . Basado en el resumen de Schmidt, *«Botengang»* , pp. 190-191, del que se han tomado las citas, y el acta del Gauamtsleiter Wilhelm Knoth de Kassel: Franz Graf-Stuhlhofer, «Hitler zum Fall Hess vor den Reichs- und Gauleitern am 13. Mai 1941. Dokumentation der Knoth-Nachschrift», *Geschichte und Gegenwart* , 18 (1999), pp. 95-100, aquí parafraseado. Acerca de las dudas de la autenticidad del documento Knoth, que este autor considera verosímiles, véase Moll, «Steuerungsinstrument», p. 235, fol.

82. 107 . Véase Heydrich a Himmler, 15.5.1941, Bundesarchiv Berlin-Lichterfelde, NS 19 3872. 108 . Lammers, Betr. Stellvertretung und Nachfolge des Führers, 4.6.1941, BAK, N1128 Adolf Hitler Nr. 25. 109 . FE , 29.6.1941, p. 180. 110 . Directiva 29, 17.5.1941, HW , pp. 117-119. 111 . Véase Reuth, *Entscheidung* , p. 77. 112 . ET , 24.4.1941, p. 102. 113 . Directiva 30, 23.5.1941, HW , pp. 120-122. 114 . Citado en Mallmann y Cüppers, *Halbmond und Hakenkreuz* , p. 82. 115 . Directiva 30, 23.5.1941, HW , p. 121. 116 . Véase Karl Jesko von Puttkamer, *Die unheimliche See. Hitler und die Kriegsmarine* (Múnich, 1952), pp. 47-48. 117 . Heinz A. Richter, *Operation Merkur. Die Eroberung der Insel Kreta im Mai 1941* (Mainz y Ruhpolding, 2011, pp. 201, 242, 277. 118 . KP , 26.5.1941, p. 751. 119 . Reunión de Hitler con Mussolini, 2.6.1941, SD , I, p. 561. 120 . Véase Jennifer Jenkins, «Iran in the Nazi New Order, 1933-1941», *Iranian Studies,* 49 (2016), pp. 727-751, especialmente pp. 728, 741 y 745. 121 . Reunión de Hitler con Mussolini, 2.6.1941, SD , I, pp. 565-566. 122 . Rainer Rutz, *Signal. Eine deutsche Auslandsillustrierte als Propagandainstrument im Zweiten Weltkrieg* (Essen, 2007), pp. 197-198. 123 . Citado en Günter Moltmann, «Nationalklischees und Demagogie: Die deutsche Amerikapropaganda im Zweiten Weltkrieg», en Ursula Büttner *et al.* (eds.), *Das Unrechtsregime. Internationale Forschung über den Nationalsozialismus* , vol. 1: *Ideologie – Herrschaftssystem – Wirkung in Europa* (Hamburgo, 1986). 124 . Citado en Detlef Junker, «Hitler's perception of Franklin D. Roosevelt and the United States of America», en C. A. van Minnen y J. F. Sears (eds.), *FDR and His Contemporaries: Foreign Perceptions of an American President* (Londres, 1992), p. 153. 125 . LV, 21.6.1941, p. 263. 126 . Directiva 32, 11.6.1941, HW , pp. 129-134. Ver, por ejemplo Karl Klee, «Der Entwurf zur Führer-Weisung Nr. 32 vom 11. Juni 1941. Eine quellenkritische Untersuchung», *Wehrwissenschaftliche Rundschau* , 6 (1956), pp. 127-141. 127 . O'Brien, *How the War Was Won* . 128 . FE , 20.4.1941, p. 168. 129 . RT , 2.4.1941, p. 372. 130 . Véase Hans Buchheim, «Die höheren SS- und Polizeiführer», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 11 (1963), pp. 362-391, especialmente pp. 365, 372. 131 . Discurso, 4.5.1941, Domarus, IV , p. 1699. 132 . Ver, por ejemplo, Lammers a Bormann, 7.6.1941, en Andrea Löw (ed.), *Die Verfolgung und Ermordung der europäischen Juden durch das nationalsozialistische Deutschland 1933-1945* , vol. 3: *Deutsches Reich und Protektorat Böhmen und Mähren, September 1939-September 1941* (Múnich, 2012). 133 . Reunión de Hitler con Mussolini, 12.6.1941, SD , I, p. 573. 134 . Helmut Krausnick, «Hitler und die Befehle an die Einsatzgruppen im Sommer 1941», en Eberhard Jäckel y Jürgen Rohwer (eds.), *Der Mord an den Juden im Zweiten Weltkrieg. Entschluss- bildung und Verwirklichung* (Stuttgart, 1985), pp. 88-106. 135 . Ver, por ejemplo, Shlomo Aronson, *Hitler, the Allies and the Jews* (Cambridge, 2004), p. 32. 136 . O'Brien, *How the War Was Won.* 137 . Ver, por ejemplo, el resumen que hace Gromyko en Schwendemann, «Stalins Fehlkalkül», p. 294. 138 . GT , 16.6.1941, I/9, p. 378, de Hitler. 139 . GT , 16.6.1941, I/9, pp. 376-379. 140 . Dietrich, *12 Jahre* , p. 82. 141 . David Stahel, *Operation Barbarossa and Germany's Defeat in the East* (Cambridge, 2009). 142 .

Citado en Hilger, *Wir und derKreml* , p. 313. 143 . Stahel, *Operation Barbarossa* , pp. 228-230, 400 *et passim* . 144 .Véase BT , 26.6.1941, pp. 198-199. 145 . BT , 2.7.1941, p. 207. 146 . Ver, por ejemplo, David Stahel, «Rediscovering Operation Barbarossa – the importance of the military campaign», en Christoph Dieckmann y Babette Quinkert (eds.), *Kriegführung und Hunger, 1939-1945. Zum Verhältnis von militärischen, wirtschaftlichen und politischen Interessen* (Gotinga, 2015), p. 64. 147 . Alex J. Kay, Jeff Rutherford y David Stahel (eds.), *Nazi Policy on the Eastern Front, 1941: Total War, Genocide, and Radicalization* (Rochester, NY, 2012); Stephen G. Fritz, *Ostkrieg: Hitler's War of Extermination in the East* (Lexington, 2011); y Johannes Hürter (ed.), *Notizen aus dem Vernichtungskrieg. Die Ostfront 1941/42 in den Aufzeichnungen des Generals Heinrici* (Darmstadt, 2016). 148 . Véase Christian Streit, *Keine Kameraden. Die Wehrmacht und die sowjetischen Kriegsgefangenen, 1941-1945* (Stuttgart, 1978), pp. 88-89. 149 . Krausnick y Wilhelm, *Die Truppe des Weltanschauungskrieges* . 150 . Véase Longerich, *Unwritten Order* , p. 110. 151 . Norman J. W. Goda, «Blackmarks: Hitler's bribery of his senior officers during World War II», *Journal of Modern History* , 72 (junio 2000), p. 434. 152 . Ver, por ejemplo, Snyder, *Black Earth* , *passim* . 153 . Proclamación, 22.6.1941, Domarus, IV, p. 1726. 154 . Véase Dieckmann, «Das Scheitern des Hungerplans», pp. 99-101. 155 . «Aufzeichnungen Martin Bormanns über die Besprechung Adolf Hitlers mit seinen Mitarbeitern über die Ziele des Krieges gegen die Sowjetunion», 16.7.1941, Führerhauptquartier (FHQ), en Czesław Madajczyk (ed.), *Vom Generalplan Ost zum Generalsiedlungsplan* (Múnich, 1994), pp. 15-18. 156 . RT , 20.7.1941, p. 400. 157 . Sönke Neitzel, «Hitlers Europaarmee und der 'Kreuzzug' gegen die Sowjetunion», en Michael Salewski y Heiner Timmermann (eds.), *Armeen in Europa – Europäische Armeen* (Münster, 2004), pp. 137-150, y Jochen Böhler y Robert Gerwarth (eds.), *The Waffen- SS: A European History* (Oxford, 2017). 158 . Véase R. L. DiNardo, «The dysfunctional coalition: the Axis powers and the eastern front in World War II», *Journal of Military History* , 60 (octubre 1996), pp. 711-730. 159 . Véase KB , 2.10.1941, p. 46. 160 . RT , 1.9.1941, p. 403. 161 . KB , 18.10.1941, p. 79. Ver, por ejemplo, RT , 1.9.1941, p. 403. 162 . RT , 20.7.1941, p. 400. 163 . Véase el resumen de sus comentarios el 4/5.1.1942, en Werner Jochmann (ed.), *Adolf Hitler . Monologe im Führerhauptquartier, 1941-1944* (Múnich, 2000), p. 178. 164 . Véanse sus comentarios resumidos en KB , 23.10.1941, p. 97. 165 . «Aufzeichnungen Martin Bormanns», p. 16. 166 . RT , 20.7.1941, p. 393. 167 . «Aufzeichnungen Martin Bormanns», p. 17. 168 . «Aufzeichnungen Martin Bormanns», pp. 16-17. 169 . Reunión de Hitler con Oshima, 14.7.1941, SD , II, p. 550. 170 . Véase el retrato opuesto que hace Ralph Colin Ross, *Von Chicago nach Chungking. Einem jungen Deutschen erschliesst sich die Welt* (Berlín, 1941). 171 . Reunión de Hitler con Oshima, 14.7.1941, SD , II, p. 543. 172 . RT , 20.7.1941, refiere una conversación del 16 de julio, p. 396. 173 . Reunión de Hitler con Oshima, 14.7.1941, SD , II , p. 543; Reunión de Hitler con Kvaternik, 21.7.1941, SD , II , p. 552. 174 . FE , 13.7.1941, p. 182. 175 . Directiva 32b, 14.7.1941, HW , pp. 136-139. 176 . Sobre las preocupaciones

alemanas acerca de Gran Bretaña y Estados Unidos en este momento, véase el memorándum de Raeder que fue aprobado por Hitler: «Denkschrift zum gegenwärtigen Stand der Seekriegführung gegen England Juli 1941», en Michael Salewski, *Die deutsche Seekriegsleitung 1935-1945* , vol. 3: *Denkschriften und Lagebetrachtungen* (Fráncfort, 1973), pp. 192-210. 177 . Directiva 33, 19.7.1941, HW , pp. 140-142; Directiva 34, 23.7.1941, HW , pp. 145-147. Ver, por ejemplo, Stahel, «Rediscovering Operation Barbarossa», p. 74. 178 . BT , 25.7.1941, p. 230. 179 . Halder, KTB , 26.7.1941, III, p. 123. 180 . ET , 28.7.1941, p. 107. 181 . Como se describe en BT , 28.7.1941, p. 233. 182 . Ver, por ejemplo, Halder, KTB , 30.7.1941, III, p. 133. 183 . Directiva 34a, 12.8.1941, HW , pp. 148-150. 184 . Hans Mommsen, *Das NS -Regime und die Auslöschung des Judentums in Europa* (Gotinga, 2014), pp. 131-148. 185 . Citado en Hillgruber, 'Die 'Endlösung''», p. 142. 186 . Por ejemplo, Waitman W. Beorn, «A calculus of complicity: the Wehrmacht, the anti-partisan war, and the Final Solution in White Russia, 1941-42», *Central European History* , 44 (2011), pp. 308-337, especialmente pp. 311-312, en relación con las instrucciones de Hitler; y Omer Bartov, «The barbarisation of warfare: German officers and men on the eastern front, 1941-1945», *Jahrbuch des Instituts für deutsche Geschichte* , 13 (1984), pp. 305-339. 187 . Reunión de Hitler con Kvaternik, 21.7.1941, SD , II, p. 557. 188 . Ver, por ejemplo, Klaus-Michael Mallmann, Andrej Angrick, Jürgen Matthäus y Martin Cüppers (eds.), *Die «Ereignismeldungen UdSSR» 1941. Dokumente der Einsatzgruppen in der Sowjetunion* (Darmstadt, 2011), p. 17 (con citas). 189 . Peter Longerich, *Holocaust: The Nazi Persecution and Murder of the Jews* (Oxford, 2010), p. 192. 190 . Véase Norman Ohler, *Blitzed: Drugs in Nazi Germany* (Londres, 2016), pp. 137-141 (cita en p. 138). 191 . Ver resumen en Gibbels, «Hitlers Nervenkrankheit», p. 167. 192 . Nicholas J. Cull, «Selling peace: the origins, promotion and fate of the Anglo-American new order during the Second World War» *Diplomacy & Statecraft* , 7 (1996), pp. 1-28, especialmente pp. 14-16. 193 . David Reynolds, «The Atlantic 'Flop': British foreign policy and the Churchill-Roosevelt meeting of August 1941», en Douglas Brinkley y David R. Facey-Crowther (eds.), *The Atlantic Charter* (Nueva York, 1994), pp. 129-150. 194 . Ver, por ejemplo, Below, *Als Hitlers Adjutant* , p. 287; estas memorias fueron originalmente escritas solo unos años después del fin de la guerra. Véase Tobias Jersak, «Die Interaktion von Kriegsverlauf und Judenvernichtung. Ein Blick auf Hitlers Strategie im Spätsommer 1941», *Historische Zeitschrift* , 268 (1999), pp. 311-374. 195 . Por ejemplo, Discurso, 30.9.1942, Domarus, IV, p. 1913; Discurso, 21.3.1943, Domarus, IV, p. 2000. 196 . GT , 19.8.1941. II/ 1, p. 269. 197 . Comunicado, 29.8.1941, Domarus, IV, pp. 1749-1750. 198 . Véase Klaus Jochen Arnold, «Hitlers Wandel im August 1941: ein Kommentar zu den Thesen Tobias Jersaks», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft* , 48 (2000), pp. 239-250. 199 . GT , 18.8.1941, II/1, p. 262. 200 . Historisch-Technisches Museum Peenemünde (ed.), *Wunder mit Kalkül. Die Peenemünder Fernwaffenprojekte als Teil des deutschen Rüstungssystems* (Berlín, 2016), p. 72. 201 . Jochmann (ed.), *Hitler. Monologe* , 19/20.8.1941, pp. 58-59. 202 . «Studie»

de Hitler, 22.8.1941, KTB , OKW , I/2, pp. 1063-1068 (cita en p. 1063). 203 . Por ejemplo, BT , 4.9.1941, p. 268. 204 . Ver, por ejemplo, BT , 15.9.1941, p. 277. 205 . David Stahel, *Kiev 1941: Hitler's Battle for Supremacy in the East* (Cambridge, 2013). 206 . KB , 22.9.1941. 207 . GT , 19.8.1941, II/1, p. 265. Ver, por ejemplo, Tobias Jersak, «A matter of foreign policy: 'final solution' and 'final victory' in Nazi Germany», *German History* , 21 (2003), pp. 369-391, especialmente pp. 378-379. 208 . Ver, por ejemplo, Ralf Ogorreck, *Die Einsatzgruppen und die «Genesis der Endlösung»* (Berlín, 1996), p. 179, basándose en el testimonio de Einsatzkommandoleiter Bradfisch. 209 . Véase Streit, «Ostkrieg, Antibolschewismus und 'Endlösung'», p. 248. 210 . Ver, por ejemplo, Longerich, *Unwritten Order* , pp. 120-121. 211 . Ver, por ejemplo, GT , 19.8.1941, II/1, p. 265. 212 . Gerhard Bidlingmaier, *Einsatz der schweren Kriegsmarineeinheiten im ozeanischen Zufuhrkrieg* (Neckargemünd, 1963), p. 231. 213 . LV, 27.10.1941, p. 302. 214 . En comentarios registrados en KB , 19.10.1941, p. 84. 215 . RT , 1.10.1941, pp. 411-412 (cita en p. 412). 216 . FE , 16.9.1941, pp. 198-199. Ver, por ejemplo, FE , 7.12.1941, p. 213). 217 . Véase Thomas A. Bailey y Paul B. Ryan, *Hitler vs. Roosevelt: The Undeclared Naval War* (Nueva York y Londres, 1979), pp. ix-x *et passim* . 218 . Franklin D. Roosevelt, «Address for Navy and Total Defense Day», 27.10.1941; John F. Bratzel y Leslie B. Rout, Jr., «FDR and the 'Secret Map'», *Wilson Quarterly* , 9 (1985), pp. 167-173. Ver, por ejemplo, Stanley E. Hilton, *Hitler's Secret War in South America 1939-1945: German Military Espionage and Allied Counterespionage in Brazil* (Baton Rouge y Londres, 1981). 219 . Véase Beck, *Bötticher* ; y Pyta, «Weltanschauliche und strategische Schicksalsgemeinschaft», p. 36. 220 . KB , 20.10.1941, p. 109; KB , 25.10.1941, p. 105; KB , 20.9.1941, p. 30; KB , 24.10.1941, p. 99. 221 . Discurso, 8.11.1941, Domarus, IV, p. 1777. 222 . Reunión de Hitler con Ciano, 25.10.1941, SD , I, pp. 633-634. 223 . FE , 11.9.1941, p. 197. 224 . KB , 6.9.1941, p. 4. 225 . Véase Ullrich, *Hitler. Die Jahre des Unterganges* , pp. 299-300. 226 . De sus observaciones se informa en RT , 14.12.1941, p. 415. Ver, por ejemplo, Schmuhl, *Rassenhygiene* , p. 352. 227 . KB , 22.10.1941, p. 92. 228 . KB , 25.10.1941, p. 107. 229 . Moll, «Der Sturz alter Kämpfer», pp. 30-36. 230 . Katja Klee, *Im 'Luftschutzkeller des Reiches'. Evakuierte in Bayern, 1939-1953. Politik, soziale Lage, Erfahrungen* (Múnich, 1999), p. 84. 231 . Nicholas Stargardt, *The German War: A Nation under Arms, 1939-1945: Citizens and Soldiers* (Nueva York, 2015), pp. 345-381. 232 . Ver, por ejemplo, Nathan Stoltzfus, *Hitler's Compromises: Coercion and Consensus in Nazi Germany* (New Haven y Londres, 2016), pp. 201-203. 233 . Como consta en RT , 14.12.1941, p. 416. 234 . Citado en Stoltzfus, *Hitler's Compromises* , pp. 202-203. 235 . Véase Moll, «Steuerungsinstrument», p. 237. 236 . Discurso, 8.11.1941, Domarus, IV, p. 1772. 237 . Como se narra en KB , 7.11.1941, p. 123. 238 . Peter Lieb, «Hitler's Britain. Die Kanalinseln im Zweiten Weltkrieg», *Militärgeschichte. Zeitschrift für historische Bildung* (2016), pp. 4-9 (cita en p. 4). 239 . Reuth, *Entscheidung* , p. 101. 240 . Sobre estas cuestiones, véase König, *Kooperation als Machtkampf* , pp. 78-79. 241 . Citado en Rahn, «'Hitler und die Marineführung', p. 221. 242 .

Christopher Browning, *Die Entfesselung der 'Endlösung'», Nationalsozialistische Judenpolitik 1939-1942* (Múnich, 2003), pp. 469-470. 243 . Véase Ben Shepherd, «The clean Wehrmacht, the war of extermination, and beyond», *Historical Journal* , 52 (2009), pp. 455-473, especialmente p. 459. 244 . Himmler aGreiser, 18.9.1941, en Löw (ed.), *Die Verfolgung und Ermordung* , vol. 3, p. 542. 245 . KB , 7.10.1941, p. 64. 246 . Ver, por ejemplo, Longerich, *Unwritten Order* , pp. 130 y 148. 247 . RT , 12.9.1941, p. 408. 248 . Como consta en KB , 21.9.1941, p. 35. 249 . Jochmann (ed.), *Hitler. Monologe* , 24.10.1941, p. 106. 250 . Citado en Longerich, *Unwritten Order* , pp. 148-149. 251 . Rolf-Dieter Müller, *Hitlers Ostkrieg und die deutsche Siedlungspolitik* (Fráncfort, 1991), pp. 25-29 *et passim.* 252 . KB , 17.10.1941, p. 80. 253 . KB , 5.10.1941, p. 56; KB , 20.9.1941, p. 28; KB , 2.10.1941, p. 48. 254 . Jochmann (ed.), *Hitler. Monologe* , 17.10.1941, p. 91. 255 . KB , 18.10.1941, p. 81; KB , 5.10.1941, pp. 53-56; RT , 14.12.1941, p. 581; KB , 17.10.1941, pp. 71-76. 256 . Ver, por ejemplo, RT , 1.10.1941, pp. 411-412. 257 . «Richtlinien für die der Ukraine gegenüber zu verfolgende Politik», en KB , 17.10.1941, pp. 75-76. 258 . Ver, por ejemplo, Patrick Bernhard, «Hitler's Africa in the East: Italian colonialism as a model for German planning in eastern Europe», *Journal of Contemporary History* , 51 (2016), pp. 61-90. 259 . Proclamación, 1 y 2 de octubre de 1941, Domarus, IV, p. 1756. El tema de las «bestias» constituyó un elemento estandarizado de su retórica: Proclamación, 12.9.1941, Domarus, IV, p. 1752; Discurso, 3.10.1941, Domarus, IV, p. 1765; Discurso, 8.11.1941, Domarus, IV, p. 1775. 260 . Proclamación, 1 y 2 de octubre de 1941, Domarus, IV, p. 1756. 261 . Proclamación, 1 y 2 de octubre de 1941, Domarus, IV, p. 1758. 262 . David Stahel, Operation Typhoon: *Hitler's March on Moscow, October 1941* (Cambridge, 2013). 263 . KB , 8.10.1941, p. 69. 264 . Karl-Dietrich Abel, *Presselenkung im NS -Staat. Eine Studie zur Geschichte der Publizistik in der nationalsozialistischen Zeit* (Berlín, 1968), p. 19. 265 . Ver, por ejemplo, Bernd Martin, *Friedensinitiativen und Machtpolitik im Zweiten Weltkrieg 1939-1942* (Düsseldorf, 1974), pp. 474-475. 266 . Ver, por ejemplo, Pyta, «Weltanschauliche und strategische Schicksalsgemeinschaft», p. 39. 267 . KB , 17.10.1941, p. 73. 268 . Discurso, 8.11.1941, Domarus, IV, p. 1775. 269 . Franz W. Seidler, *Fritz Todt. Baumeister des Dritten Reiches* (Fráncfort y Berlín, 1988), p. 356. 270 . Él apenas hizo mención al Grupo de Ejércitos del Centro en una larga «Führerbesprechung» el 6 de diciembre de 1941: véase HT , 6.12.1941, III, pp. 339-342. 271 . Citado en Pyta, *Hitler* , p. 361. 272 . Ver, por ejemplo, ET , 16.11.1941, p. 114 (con cita). 273 . HT , 19.11.1941, III , p. 295. 274 . Reunión con Scavenius, 27.11.1941, SD , I, p. 657. 275 . Ver, por ejemplo, Christian Hartmann, *Halder. Generalstabschef Hitlers 1938-1942* (Paderborn, 1991), p. 297. 276 . «Notizen aus der Führerbesprechung vom 6. Dezember 1941», HT , III, p. 330. 277 . Citado en Enrico Syring, «Hitlers Kriegserklärung an Amerika vom 11. Dezember 1941», en Wolfgang Michalka (ed.), *Der Zweite Weltkrieg. Analysen, Grundzüge, Forschungsbilanz* (Múnich y Zúrich, 1989), pp. 683-696, aquí p. 688. 278 . FE , 3.12.1941, pp. 210-212. 279 . Véase David Motadel, *Islam and Nazi Germany's War* (Cambridge, Mass., y Londres, 2014), pp. 42-43. 280 . Richard J.

Evans, «The German Foreign Office and the Nazi past», *Neue Politische Literatur* , 56 (2011), pp. 165-183. 281 . Pyta, «Weltanschauliche und strategische Schicksalsgemeinschaft», p. 42. 282 . Ver, por ejemplo, Eberhard Jäckel, «Die deutsche Kriegserklärung an die Vereinigten Staaten von 1941», en Friedrich J. Kroneck y Wilhelm G. Grewe (eds.), *Im Dienste Deutschlands und des Rechtes* (Baden-Baden, 1981), pp. 117-137 (citas en pp. 131-132). 283 . Evan Mawdsley, *December 1941: Twelve Days that Began a World War* (New Haven y Londres, 2011). 284 . Véase Gerhard Krebs, «Deutschland und Pearl Harbor», *Historische Zeitschrift* , 253, 1 (1991), pp. 313-369. Ver, por ejemplo, Puttkamer, *Die unheimliche See* , p. 5. 285 . Meissner, *Staatssekretär* , p. 576. 286 . Directiva 39, 8.12.1941, HW , pp. 171-174. 287 . «Notizen aus der Führerbesprechung vom 6. Dezember 1941», HT , III, p. 330. 288 . Discurso, 11.12.1941, Domarus, IV , pp. 1794-1811. Ver, por ejemplo, Syring, «Hitlers Kriegserklärung». 289 . Gerhard L. Weinberg, «Pearl Harbor: the German perspective», en Weinberg, *Germany, Hitler, and World War II* , pp. 194-204, especialmente p. 195. 290 . Moll, «Steuerungsinstrument», pp. 238-243. 291 . GT , 13.12.1941, II/ 2, p. 498. 292 . Alfred Rosenberg, «Vermerk über Unterredung beim Führer am 14.12.1941», en RT , p. 579. 293 . En cambio, los judíos luchando en los ejércitos aliados –incluidos los de Palestina– fueron tratados más o menos igual que los demás combatientes, aunque si esto fue así por defecto o a petición de Hitler es algo que no está claro. Ver, por ejemplo, Yoav Gelber, «Palestinian POWs in German captivity», *Yad Vashem Studies* , 14 (1981), pp. 89-137. 294 . Véanse las opiniones contrastadas de Christian Gerlach, 'The Wannsee Conference, the fate of German Jews, and Hitler's decision in principle to exterminate all European Jews», *Journal of Modern History* , 70 (1998), pp. 759-812; y Hermann Graml, «Ist Hitlers "Anweisung" zur Ausrottung der europäischen Judenheit endlich gefunden?», *Jahrbuch für Antisemitismusforschung* , 7 (1998), pp. 352-362. 295 . Véase RT , 14.12.1941, p. 416. 296 . Reunión de Hitler con Oshima, 13.12.1941, SD , I, pp. 682-688. 297 . Ver, por ejemplo, Klaus Schmider, «Hitler, Roosevelt and the Road to Pearl Harbor» (manuscrito no publicado). Agradezco al doctor Schmider haberme permitido ver este borrador tan sumamente importante. 298 . BT , 16.12.1941, pp. 351-354 (citas en p. 353). 299 . BT , 17.12 y 18.12.1941, pp. 354-355. 300 . Ver, por ejemplo, GT , 13.12.1941, II/2, p. 494. 301 . Por ejemplo, el testigo presencial Below, *Als Hitlers Adjutant* , p. 297. 302 . Citado en Werner Rahn, «Seestrategisches Denken in der deutschen Marine 1914-1945», en Hansen, Schreiber y Wegner (eds.), *Politischer Wandel* , p. 157. 303 . «Notizen aus der Führerbesprechung vom 6. Dezember 1941», HT , III , p. 330.

304 . FE , 24.12.1941, pp. 214-215.

CAPÍTULO 17: LA LUCHA CONTRA LOS «ANGLOSAJONES» Y LA «PLUTOCRACIA»

1 . Citado en Nicholas Stargardt, *The German War: A Nation under Arms, 1939-1945: Citizens and Soldiers* (Londres, 2015), p. 227. 2 . Directiva 44, 21.7.1942, HW , p. 195. 3 . Proclamación, 30.1.1943, Domarus, IV, p. 1977. 4 . Decreto, 1.1.1944, Domarus, IV, p. 2075. Véanse más ejemplos en Directiva 45, 23.7.1942, HW , p. 199; Directiva 47, 28.12.1942, HW , p. 210; Directiva 51, 3.11.1943, HW , p. 233; y FE , 29.3.1943, p. 330. 5 . Citado en Albert Kesselring, *Soldat bis zum letzten Tag* (Bonn, 1953), p. 81. 6 . Discurso, 15.2.1942, Domarus, IV, p. 1842. 7 . Por ejemplo, Jochmann (ed.), *Hitler. Monologe* , 28.9.1941, p. 73; Picker, *Hitlers Tischgespräche* , 29.5.1942, p. 479. 8 . Ver Moltmann, «Nationalklischees und Demagogie», p. 223. 9 . ES , 15.2.1942, pp. 313-315. Ver, por ejemplo, Picker, *Hitlers Tischgespräche* , 7.2.1942, p. 142; y Rüdiger Hachtmann, «'Die Begründer der amerikanischen Technik sind fast lauter schwäbisch-allemannische Menschen'. Nazi-Deutschland, der Blick auf die USA und die 'Amerikanisierung' der industriellen Produktionsstrukturen im 'Dritten Reich'», en Alf Lüdtke, Inge Marssolek y Adelheid von Saldern (eds.) *Amerikanisierung. Traum und Alptraum im Deutschland des 20. Jahrhunderts* (Stuttgart, 1996), pp. 37-66. 10 . Véase Norman Domeier, «Geheime Fotos. Die Kooperation von Associated Press und NS Regime (1942-1945)», *Zeithistorische Forschungen/Studies in Contemporary History* , 14 (2017), pp. 199-230. 11 . Véase Harriet Scharnberg, «Das A und P der Propaganda. Associated Press und die nationalsozialistische Bildpublizistik», *Zeithistorische Forschungen/Studies in Contemporary History* , 13 (2016), pp. 11-37. 12 . Dan Plesch, *America, Hitler and the UN: How the Allies Won World War II and Forged a Peace* (Londres y Nueva York, 2011), pp. 33-37 (citas en p. 34). 13 . Véase Steven T. Ross, *American War Plans, 1941-1945* (Londres y Portland, 1997), pp. 9, 17, 21, 47 *et passim.* 14 . Citado en Alan Warren, *World War II: A Military History* (Stroud, 2009), p. 231. 15 . Véase Richard Overy, «'The weak link'? The perception of the German working class by RAF Bomber Command, 1940-1945», *Labour History Review* , 77, 1 (2012), pp. 11-33 (especialmente p. 24). 16 . Martin Rüther (ed.), *Köln, 31. Mai 1942. Der 1000-Bomber-Angriff* (Colonia, 1992), pp. 46-52. 17 . Jörg Friedrich, *Der Brand. Deutschland im Bombenkrieg, 1940-1945* (Múnich, 2002). 18 . Ver, por ejemplo, Roger Beaumont, «The bomber offensive as a second front», *Journal of Contemporary History* , 22 (1987), pp. 3-19 (cifras pp. 12-13). 19 . Hans-Günter Richardi, *Bomber über München. Der Luftkrieg von 1939 bis 1945 dargestellt am Beispiel der «Hauptstadt der Bewegung »* (Múnich, 1992), pp. 97-102 *et passim* ; Irmtraud Permooser, *Der Luftkrieg über München 1942-1945. Bomben auf die Hauptstadt der Bewegung* (Oberhaching, 1996), especialmente pp. 65-67, 377-387. 20 . Véase Karl von Eberstein, «Women around Hitler», en «Adolf Hitler: a composite picture», IFZ , F135/4 Dokumentation Adolf Hitler. 21 . Sobre la reacción de Hitler al bombardeo de Colonia, ver Below, *Als Hitlers Adjutant* , p. 311. 22 . Véase Felix Moeller, *Der Filmminister. Goebbels und der Film im Dritten Reich* (Berlín, 1998), p. 399. 23 . Discurso, 30 de enero de 1942, Domarus, IV, p. 1830. 24 . O'Brien, *How the War Was Won.* 25 . Matthias Rawert, «Die deutsche Kriegserklärung an die USA 1941», *Militärgeschichte.*

Zeitschrift für historische Bildung (2011), p. 19. 26 . Ver, por ejemplo, Voigt, «Hitler und Indien», pp. 55-57. 27 . Reunión de Hitler con Mussolini, 29.4.1942, SD , II, p. 75. 28 . Reunión de Hitler con Oshima, 3.1.1942, SD , II, p. 41. 29 . Bernd Martin, «Die 'Militärische Vereinbarung zwischen Deutschland, Italien und Japan' vom 18. Januar 1942», en Andreas Hillgruber (ed.), *Probleme des Zweiten Weltkrieges* (Colonia y Berlín, 1967), pp. 134-144; Gerhard L. Weinberg, «Global conflict: the interaction between the European and Pacific theaters of war in World War II», en Weinberg, *Germany, Hitler, and World War II* , pp. 205-216. 30 . Norman Rich, *Hitler's War Aims* , vol. 1: *Ideology, the Nazi State, and the Course of Expansion* (Nueva York, 1992), p. 235. 31 . Véase Alan Donohue, «Hitler as military commander: from Blau to Edelweiss, January-November 1942» (PhD dissertation, Trinity College Dublín, 2015), p. 251. 32 . Ver, por ejemplo, Milan Hauner, *India in Axis Strategy: Germany, Japan, and Indian Nationalists in the Second World War* (Stuttgart, 1981), pp. 280-284, 404-406. 33 . Ver, por ejemplo, Puttkamer, *Die unheimliche See* , p. 51. 34 . Por ejemplo, «Führerentscheidungen vom 3.1.1942», KTB , III , p. 373. 35 . «Führerbefehl vom 8. Januar 1942», FHQ , en KTB , OKW , II/2, p. 1264. 36 . FE , 30.12.1941, p. 216. 37 . BT , 23.3.1942, p. 406. 38 . Sobre el tema de 1812: Discurso, 26.4.1942, Domarus, IV , p. 1872. 39 . «Führerbefehl an die Heeresgruppe Mitte vom 15. zum Rückzug auf die 'Winterstellung'», FHQ , 15.1.1942, p. 1269. 40 . BT , 18.1.1942, p. 360. 41 . Ver la descripción gráfica en Discurso, 26.4.1942, Domarus, IV, p. 1872. 42 . FE , 7.12.1941, p. 213. 43 . FE , 22.1.1942, p. 229. 44 . Ver, por ejemplo, Florian Schmaltz, *Kampfstoff-Forschung im Nationalsozialismus. Zur Kooperation von Kaiser-Wilhelm-Instituten, Militär und Industrie* (Gotinga, 2005), p. 26. 45 . Derek Watson, «Molotov, the making of the Grand Alliance and the Second Front 1939-1942», *Europe-Asia Studies* , 54 (2002), pp. 51-85. 46 . Michael Salewski, *Die deutsche Seekriegsleitung 1935-1945* , vol. 2: *1942-1945* (Múnich, 1975), pp. 9-10. 47 . Ver, por ejemplo, Puttkamer, *Die unheimliche See* , pp. 49-50. 48 . Hitler a Speer, 13.5.1942, en FE , p. 249. Ver, por ejemplo, Robert Bohn, *Reichskommissariat Norwegen. 'Nationalsozialistische Neuordnung' und Kriegswirtschaft* (Múnich, 2000). 49 . «Lammers (Reichsminister und Chef der Reichskanzlei) an die obersten Reichsbehörden Betr. Ständige Diesntbereitschaft in den Obersten Reichsbehörden», 31.3.1942, Berlín, en IfZ, ED 9. 50 . GT , 30.3.1942, II/3, p. 583. 51 . Sobre el aumento de esta función, véase Dietmar Süss, *Tod aus der Luft. Kriegsgesellschaft und Luftkrieg in Deutschland und England* (Múnich, 2011), pp. 132-133. 52 . Heinz Dieter Hölsken, *Die V-Waffen* : *Entstehung, Propaganda, Kriegseinsatz* (Stuttgart, 1984), p. 83. 53 . GT , 27.4.1942, II/4, pp. 183-184. 54 . Rainer Karlsch, *Hitlers Bombe. Die geheime Geschichte der deutschen Kernwaffenversuche* (Múnich, 2005), pp. 84-93 (cita en p. 92). 55 . Schmaltz, *Kampfstoff-Forschung* , p. 26. 56 . Gerhard Sandner, «U-Boot-Krieg in der Karibik. Anmerkungen und Ergänzungen zum gleichnamigen Buch von G. T. M. Kelshall», en Beate M. W. Ratter y Gerhard Sandner (eds.), *Territorialkonflikte im Karibischen Meeresraum. Interessenhintergründe, Stilformen und Lösungsansätze* (Hamburgo, 1993), pp. 117-131. 57 . Reuth,

Entscheidung , pp. 133 y 148. 58 . Reuth, *Entscheidung* , pp. 159-162; Junge a Wangenheim, 1.5.1942, en Reuth, *Entscheidung* , p. 236; Keitel, «Beabsichtigte Operationen im Mittelmeerraum», FHQ , 4.5.1942, resumiendo los resultados de las conversaciones entre el Führer y el Duce, en Reuth, *Entscheidung* , p. 237. 59 . Discurso, 30.1.1942, Domarus, IV, 1829; GT , 27.3.1942, II/3, p. 561; Discurso, 24.2.1942, Domarus, IV, p. 1844; Discurso, 30.9.1942, Domarus, IV, p. 1920; Discurso, 8.11.1942, Domarus, IV, p. 1937. Ver, por ejemplo, los comentarios privados de Hitler referidos en GT , 15.2.19, II/3, p. 320. 60 . Véase Steiner y Cornberg, «Willkür in der Willkür», p. 172. 61 . Christian Gerlach, *The Extermination of the European Jews* (Cambridge, 2016), pp. 99-100. 62 . GT , 27.3.1942, II/3, p. 561. Ver, por ejemplo, Czesław Madajczyk, «Hitler's direct influence on decisions affecting Jews during World War II», *Yad Vashem Studies* , 20 (1990), pp. 53-68; y Martin Broszat, «Hitler und die Genesis der 'Endlösung'», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 25, 4 (1977), pp. 739-775. 63 . Jeffrey Herf, «Hitlers Dschihad. Nationalsozialistische Rundfunkpropaganda für Nordafrika und den Nahen Osten», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 58 (2010), pp. 259-286, especialmente pp. 266-274. 64 . Ver, por ejemplo, Motadel, *Islam and Nazi Germany's War* , pp. 38-70, 88-90, 104 *et passim* . Ver, por ejemplo Francis R. Nicosia, *Nazi Germany and the Arab World* (Cambridge, 2014). 65 . Véase Motadel, *Islam and Nazi Germany's War* , pp. 63-66; y Volker Koop, *Hitlers Muslime. Die Geschichte einer unheiligen Allianz* (Berlín, 2012), pp. 53-55, 65-68, 72-73, 214. 66 . Ver, por ejemplo, Motadel, *Islam and Nazi Germany's War* , p. 109. 67 . Ver, por ejemplo, Goldenbaum, «Nationalsozialismus als Antikolonialismus», p. 460. 68 . Citado en Goldenbaum, "Nationalsozialismus als Antikolonialismus", pp. 466 y 472. 69 . FE , 10.1.1942, p. 219. 70 . Guntram Schulze-Wegener, *Die deutsche Kriegsmarine-Rüstung, 1942-1945* (Hamburgo, Berlín y Bonn, 1997), p. 19. 71 . Ver, por ejemplo, Tooze, *Wages of Destruction* , pp. 568-569. 72 . FE , 10.1.1942, pp. 219-221. 73 . Citas en Tooze, *Wages of Destruction* , p. 568. 74 . FE , 14.4.1942, p. 245. Ver, por ejemplo, FE , 17.4.1942, p. 246; FE , 30.5.1942, pp. 253-254; FE , 23.6.1942, p. 258. 75 . Picker, *Hitlers Tischespräche* , 9.4.1942, p. 292. 76 . FE , 29.6.1942, p. 260. 77 . Rolf-Dieter Müller, «Speers Rüstungspolitik im Totalen Krieg. Zum Beitrag der modernen Militärgeschichte im Diskursmit der Sozial- und Wirtschaftsgeschichte», *Militärgeschichtliche Zeitschrift,* 59 (2000), pp. 343-385, especialmente pp. 348, 356. Ver, por ejemplo, Martin Kitchen, *Speer: Hitler's Architect* (New Haven, 2015). 78 . Ver, por ejemplo, Tooze, *Wages of Destruction* , *passim* . 79 . Véase Hubert P. van Tuyll, *Feeding the Bear: American Aid to the Soviet Union, 1941-1945* (Westport, 1989). 80 . Mark Harrison (ed.), *The Economics of World War II: Six Great Powers in International Comparison* (Cambridge, 1998), pp. 1-42. 81 . GT , 24.5.1942, II/4, p. 355. 82 . Discurso, 26.4.1942, Domarus, IV, p. 1868. 83 . Véase la descripción en Moltmann, «Nationalklischees und Demagogie», pp. 226-227 (con citas). 84 . GT , 15.2.1942, II/3, p. 318. 85 . Christa Schroeder, *Er war mein Chef* (Múnich y Viena, 1985), p. 67. 86 . Ver, por ejemplo, Raichle, *Hitler als Symbolpolitiker* , p. 217. 87 . Véase el análisis de

Gibbels, «Hitlers Nervenkrankheit», pp. 167-169. 88 . *Diary 1937-1943: The Complete Unabridged Diaries of Count Galeazzo Ciano. Italian Minister for Foreign Affairs, 1936-1943* , editado por Malcolm Muggeridge (Londres, 2002), p. 514. 89 . Directiva 41, 5.4.1942, HW , pp. 183-188. 90 . Citado por Bernd Wegner en Horst Boog *et al.* , *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg* , vol. 6: *Der globale Krieg. Die Ausweitung zum Weltkrieg und der Wechsel der Initiative 1941-1943* (Stuttgart, 1990), p. 783. 91 . Ver, por ejemplo, Donohue, «Hitler as military commander», pp. 5-6, 9-10, 11, 31 *et passim* , contradiciendo posteriores apologías de los generales. 92 . Véase Joel Hayward, «Hitler's quest for oil: the impact of economic considerations on military strategy, 1941-1942», *Journal of Strategic Studies* , 18 (diciembre de 1995), pp. 94-135, especialmente pp. 117, 127. 93 . Discurso, 15.2.1942, Domarus, IV, p. 1842. 94 . Discurso, 26.4.1942, Domarus, IV, p. 1869. 95 . Discurso, 30.5.1942, Domarus, IV, pp. 1887-1888. 96 . «Aktenvermerk für Reichsleiter Bormann über die Rückholung der Volksdeutschen aus Amerika und Afrika nach dem Kriege», 23.4.1942, FHQ , Bundesarchiv Berlin-Lichterfelde, NS 19 1467. 97 . Ver, por ejemplo, Steven Casey, «Franklin D. Roosevelt, Ernst 'Putzi' Hanfstaengl and the S-Project, June 1942-June 1944», *Journal of Contemporary History* , 35 (2000), pp. 339-359 (especialmente p. 339). 98 . Geraldien von Frijtag Drabbe Künzel, *Hitler's Brudervolk: The Dutch and the Colonization of Occupied Eastern Europe, 1939-1945* (Londres, 2016), pp. 36-39; y Steffen Werther, «'Nordic-Germanic' dreams and national realities: a case study of the Danish region of SØnderjylland, 1933-1945», en Anton Weiss-Wendt y Rory Yeomans (eds.), *Racial Science in Hitler's New Europe, 1938-1945* (Lincoln y London, 2013), pp. 129-149. 99 . Citado en Koop, *«Dem Führer ein Kind schenken»* , pp. 197-198. 100 . «Vermerk betreffend eine Unterredung Rosenbergs mit Hitler am 8. Mai 1942 über Fragen der Ostpolitik», 8.5.1942, IMT , Dokument 1520-PS, p. 289. 101 . Ver, por ejemplo, Gerhard Wolf, *Ideologie und Herrschaftsrationalität. Nationalsozialistische Germanisierungspolitik in Polen* (Hamburgo, 2012), pp. 467-488, especialmente, pp. 467, 475, 481-482 (cita en p. 475). 102 . Sobre la «aceleración» de los primeros seis meses de 1942 véase Gerlach, *The Extermination of the European Jews* , pp. 87-90. 103 . Alexander Brakel, *Der Holocaust. Judenverfolgung und Völkermord* (Berlín, 2008), p. 89. 104 . Por supuesto, la ausencia de evidencia no constituye necesariamente evidencia de ausencia, y puede aparecer más documentación. 105 . FE , 1.3.1942, p. 237. 106 . Mi propia percepción de la Operación Azul tiene mucho que agradecer a la lectura de Donohue, «Hitler as military commander», especialmente p. 30 *et passim* , que refuta la visión de que fuera un mero aficionado en materia militar. 107 . Directiva 41, 5.4.1942, HW , pp. 183-188. 108 . Donohue, «Hitler as military commander», pp. 155, 69-71, 497-498. 109 . Ver, por ejemplo, Bernd Wegner, «Hitlers Besuch in Finnland. Das geheime Tonprotokoll seiner Unterredung mit Mannerheim am 4. Juni 1942», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 41 (1993), pp. 117-137, especialmente pp. 125-127. 110 . Andreas Hillgruber, *Hitler, König Carol und Marschall Antonescu. Die deutsch-rumänischen Beziehungen, 1938-1944*

(Wiesbaden, 1954). 111 . Véase Reuth, *Entscheidung* , p. 239. 112 . Romain Hayes, *Subhas Chandra Bose in Nazi Germany: Politics, Intelligence and Propaganda, 1941-1943* (Londres, 2011), pp. 114-116. 113 . Véase Bernd Wegner, «The tottering giant: German perceptions of Soviet military and economic strength in preparation for 'Operation Blau' (1942)», en Christopher Andrew y Jeremy Noakes (eds.), *Intelligence and International Relations, 1900-1945* (Exeter, 1987), pp. 293-311. 114 . Reuth, *Entscheidung* , pp. 192-193, 199, 197. 115 . HT , 6.7.1942, III, p. 475. 116 . BT , 3.7.1942, p. 457. 117 . Ver, por ejemplo, Joel S. A. Hayward, *Stopped at Stalingrad: The Luftwaffe and Hitler's Defeat in the East, 1942-1943* (Lawrence, Kan., 1998). 118 . Markus Eikel, «Hitlers Lagezentrum 'Wehrwolf' in der Ukraine 1942/43», *Militärgeschichte. Zeitschrift für historische Bildung* (2009), pp. 8-11. 119 . FE , 6.6.1942, p. 255; FE , 17.5.1942, pp. 251-252. 120 . FE , 28.6.1942, p. 259. 121 . Directiva 43, 11.7.1942, HW , pp. 192-194. 122 . Longerich, *Holocaust* , p. 356. 123 . Ver, por ejemplo, Christopher R. Browning, «A final Hitler decision for the 'Final Solution'? The Riegner Telegram reconsidered», *Holocaust and Genocide Studies* , 10 (Spring 1996), pp. 3-10 (cita en p. 7). 124 . Wilhelm Keitel, «Betr. Aussiedlung aus der Krim», 12.7.1942, FHQ , Bundesarchiv Berlin-Lichterfelde, NS 19 2508, fol. 2. El documento comienza con las palabras: «El Führer ha expresado su intención». 125 . Véase Arthur L. Smith, Jr., «The Kameradschaft USA », *Journal of Modern History* , 34 (1962), p. 407. 126 . Citado en Tooze, *Wages of Destruction* , p. 526. 127 . Véase el relato contemporáneo de Speer de los comentarios de Hitler sobre el tema: FK , 7-9.9.1942, pp. 182-183. 128 . Anton Jochimsthaler, *Die Breitspurbahn Hitlers. Eine Dokumentation über die geplante transkontinentale 3-Meter-Breitspureisenbahn der Jahre 1942-1945* (Friburgo, 1981). 129 . Bormann a Rosenberg, 23.7.1942, FHQ , impreso en su totalidad en Helmut Schaller, *Der Nationalsozialismus und die slawische Welt* (Ratisbona, 2002), pp. 239-240. Transmite una instrucción directa de Hitler. 130 . Ver, por ejemplo, Kesselring, *Soldat bis zum letzten Tag* , pp. 168-169. 131 . Hitler a Mussolini, 23.6.1942, en Reuth, *Entscheidung* , p. 250. 132 . FE , 3.7.1942, p.261. Este documento es una retraducción del inglés. El original se ha perdido. 133 . RT , 14.7.1942, p. 441. 134 . Comunicado, 15.7.1942, Domarus, IV, p. 1897. 135 . Directiva 45, 23.7.1942, HW , pp. 196-200. 136 . Donohue, «Hitler as military commander», p. 271. 137 . RT , 14.7.1942, p. 447. 138 . Ver, por ejemplo, Motadel, *Islam and Nazi Germany's War* . 139 . Citado en David Motadel, «The 'Muslim question' in Hitler's Balkans», *Historical Journal* , 56 (2013), p. 1018. 140 . Ver, por ejemplo, Manfred Zeidler, «Das 'kaukasische Experiment'. Gab es eine Weisung Hitlers zur deutschen Besatzungspolitik im Kaukasus?», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 53 (2005), pp. 475-500. El borrador de la directiva aparece en pp. 499-500. 141 . Picker, *Hitlers Tischgespräche* , 9.5.1942, p. 389. 142 . Ver, por ejemplo, Hayward, «Too little, too late», p. 781. 143 . Citado en Tooze, *Wages of Destruction* , pp. 573-574 (cita en p. 574). 144 . Véase Stephen G. Fritz, *The First Soldier: Hitler as Military Leader* (New Haven y Londres, 2018), pp. 235-256. 145 . LV, 26.8.1942, p. 405. 146 . Ver, por ejemplo, Below, *Als Hitlers Adjutant* ,

p. 318. Ver, por ejemplo, el recuerdo de Halder a Geyr. 23.8.1942, Aschau, en IfZ, ED 91 v. Geyr, vol. 10. 147 . Donohue, «Hitler as military commander», pp. 273, 278. 148 . Wegner en Boog *et al.* , *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg* , vol. 6, pp. 951-961. 149 . LB , pp. 11-12. 150 . Donohue, «Hitler as military commander», pp. 308 y 323. 151 . «'Führerbefehl an die Heeresgruppe A über die Fortsetzung der Operationen», 10.9.1942, KTB , OKW , II/2, p. 1297. 152 . «Besprechung des Führers mit Generalfeldmarschall Keitel am 18. September, 1942», en Johannes Hürter y Matthias Uhl, «Hitler in Vinnica. Ein neues Dokument zur Krise im September 1942», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 63 (2015), pp. 601-638. 153 . Halder a Geyr von Schweppenburg, 9.6.1964, Aschau, en IfZ, ED 91 v. Geyr, vol. 10. 154 . «Führerbefehl über 'Grundsätzliche Aufgaben der Verteidigung'», 8.9.1942, en KTB , OKW , II/2, pp. 1292-1297. 155 . Hitler, «Operationsbefehl Nr. 1, betr weitere Kampfführung im Osten», 14.10.1942, FHQ , en KTB , OKW , II/2, p. 1301. 156 . Hürter y Uhl, «Hitler in Vinnica», p. 623. 157 . Véase el relato en Giesler, *Ein anderer Hiter* , p. 404. 158 . Ben Macintyre, «How Hitler's inner circle was penetrated by an MI6 agent», *The Times* , 13.2.2010, pp. 34-35. 159 . Hürter y Uhl, «Hitler in Vinnica», p. 607. 160 . Citado en Pyta, *Hitler* , p. 404. 161 . FE , 12.10.1942, p. 286. 162 . Hayward, «Too little, too late», pp. 790-792. 163 . Hürter y Uhl, «Hitler in Vinnica», pp. 615, 634-635. Ver, por ejemplo, Torsten Diederich, *Paulus. Das Trauma von Stalingrad. Eine Biographie* (Paderborn, 2008). 164 . Manfred Kehrig, *Stalingrad. Analyse und Dokumentation einer Schlacht* (Stuttgart, 1976), pp. 36-128. 165 . Antony Beevor, *Stalingrad* (Londres, 1998), p. 187. 166 . «Führerbefehl betr. Fortführung der Eroberung Stalingrads durch die 6 Armee», 17.11.1942, in KTB , OKW , II/2, p. 1307. 167 . Discurso, 8.11.1942, Domarus, IV, pp. 1937-1938. 168 . ET , 2.10.1942, p. 129. 169 . Jochmann (ed.), *Hitler. Monologe* , 2.9.1942, p. 383. 170 . Discurso, 8.11.1942, Domarus, IV, p. 1938. 171 . Véase el relato en ET , 10.11.1942, p. 134. 172 . Véase una visión relacionada con esta en Anwar Sadat, «Rommel at El Alamein: an Egyptian view (1942)», en Bernard Lewis (ed.), *A Middle East Mosaic* (Nueva York, 2000), pp. 314-316. 173 . Heinrich Waas, «Eine Besprechung über den U-Boot-Krieg bei Hitler in der Reichskanzlei im Herbst 1942 und ihre Bedeutung für den Kriegsverlauf», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht* , 38 (1987), pp. 684-695. 174 . Sobre la actuación de los italianos, ver Thomas Schlemmer (ed.), *Die Italiener an der Ostfront 1942/43. Dokumente zu Mussolinis Krieg gegen die Sowjetunion* (Múnich, 2005), pp. 58-69 *et passim* . 175 . Beevor, *Stalingrad* , pp. 269-270. 176 . ET , 26.11.1942, p. 139. 177 . FE , 25.11.1942, p. 301. 178 . Ver, por ejemplo, Geoffrey Jukes, *Hitler's Stalingrad Decisions* (Berkeley, Calif., 1985). 179 . LB , 12.12.1942, p. 118. 180 . LB , 12.12.1942, pp. 75, 84. 181 . Discurso, 8.11.1942, Domarus, IV, p. 1933. 182 . Horst Boog, «Der anglo-amerikanische strategische Luftkrieg über Europa und die deutsche Luftverteidigung» en Boog *et al.* , *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg* , vol. 6, pp. 564-565. 183 . Hürter y Uhl, «Hitler in Vinnica», p. 637. 184 . Ver, por ejemplo, Joachim von Ribbentrop, *Zwischen London und Moskau. Erinnerungen und letzte Aufzeichnungen. Aus dem Nachlass herausgegeben von*

Annelies von Ribbentrop (Leoni am Starnberger See, 1953), p. 261. 185 . ET , 8.11.1942, p. 134. 186 . Citado en Pyta, *Hitler* , p. 460. 187 . FK , 1/2/3.12.1942, p. 203. 188 . Lieb, «Hitler's Britain», p. 5. 189 . Directivas 46 y 46a, HW , 18.10.1942, pp. 206-209. Véase también Manfred Messerschmidt, «Kommandobefehl und NS -Völkerrechtsdenken», *Revue de Droit Pénal Militaire et de Droit de la Guerre* , 11 (1972), pp. 110-133, especialmente pp. 121-129. 190 . Ver, por ejemplo, Peter Lieb, *Konventioneller Krieg oder NS - Weltanschauungskrieg? Kriegführung and Partisanenbekämpfung in Frankreich 1943/44* (Múnich, 2007), p. 143. 191 . FK , 23.6.1942, p. 138. 192 . FK , 13/14.10.1942, p. 194. 193 . Citado en Historisch-Technisches Museum Peenemünde (ed.), *Wunder mit Kalkül* , pp. 40-41. 194 . Ralf Schabel, *Die Illusion der Wunderwaffen. Die Rolle der Düsenflugzeuge und Flugabwehrraketen in der Rüstungsindustrie des Dritten Reiches* (Múnich, 1994), pp. 176-177. 195 . FK , 10/11/12.8.1942, p. 171. 196 . Véase FK , 20/21/22.9.1942, p. 189. 197 . FK , 13.8.1942, p. 178. 198 . FE , 12.10.1942, pp. 286-287. 199 . LB , 8.6.1943, p. 266. La petición de Hitler de que la mano de obra extranjera fuera bien tratada por motivos de productividad viene avalada por múltiples testimonios: FK , 3/4/5.1.1943, p. 218; FK , 30.5.1943, p. 267; FE , 30.5.1943, p. 340. Ver, por ejemplo, «Besprechung beim Führer im Berghof am 25.4.1944 mit Lammers, M.B., Ley, Sauckel, Fischböck, Abetz, Leibel, Speer», IfZ, F19/3. Agradezco a Mikael Nilsson por llamar mi atención sobre las muertes serbias; véase Arnt Tole Andersen, *Krigstid og Pangeliv på Ørland 1940-45* (Belgrado, 1997), pp. 65-144. 200 . FE , 22.11.1942, p. 300. 201 . LB , 12.12.1942, pp. 116-117. 202 . Los puntos de vista de Hitler quedan expuestos en «Schreiben des Chefs der Reichskanzlei an mehrere Reichsminister», 17.12.1942, en Herwart Vorländer, *Die NSV . Darstellung und Dokumentation einer nationalsozialistischen Organisation* (Boppard am Rhein, 1988), p. 421. 203 . ET , 26.9.1942, p. 128. 204 . Véase MacGregor Knox, «1 October 1942: Adolf Hitler, Wehrmacht officer policy, and social revolution», *Historical Journal* , 43 (2000), pp. 801-825, especialmente pp. 819-822. 205 . Norman J. W. Goda, «Black marks: Hitler's bribery of senior officers during World War II», *Journal of Modern History* , 72 (2000), pp. 435-436 (cita en p. 436). 206 . «Vermerk über eine Unterredung mit dem Führer im Führer-Hauptquartier», 8.5.1942, I MT Dokument 1520-PS, p. 284. 207 . «Vermerk über eine Unterredung mit dem Führer», pp. 288- 289. 208 . Zeidler, «Das «kaukasische Experiment», p. 484 (sobre el Cáucaso). 209 . Órdenes de Lammers del 7 y 11 de diciembre de 1942, Berlín, en Vorländer, *Die NSV* , p. 420. 210 . Himmler a Schellenberg, 5.12.1942, Bundesarchiv Berlin-Lichterfelde, NS 19 2032. 211 . Durante 1942 Lammers estuvo viendo a Hitler con regularidad, pero ni mucho menos a diario. Véase el registro de sus reuniones en Bundesarchiv Berlin-Lichterfelde, R43II 1609a; y el memorándum de Lammers «Betr Behandlung der an der Reichskanzlei eingehenden Briefe an den Führer», 27.11.1942, Berlín, IfZ, ED 9. 212 . FE , 2.12.1942, pp. 302-303 (cita en p. 303). 213 . Andreas Hillgruber y Jürgen Förster, «Zwei neue Aufzeichnungen über 'Führer' Besprechungen aus dem Jahre 1942», en *Militärgeschichtliche Mitteilungen* , 11 (1972), pp. 109-126

(cita en p. 126). 214 . Discurso, 8.11.1942, Domarus, IV , p. 1935. 215 . Waas, «U-Boot-Krieg». 216 . Rahn, «Hitler und die Marineführung», pp. 226-230 (con citas). 217 . Proclamación, 1.1.1943, Domarus, IV , p. 1967 218 . FK , 3.4.1943, p. 246. 219 . Proclamación, 1.1.1943, Domarus, IV , p. 1968. 220 . *Obersturmbannführer* Waldemar Rimann a Brandt, 30.6.1943, Bundesarchiv Berlin-Lichterfelde, NS 19 3097. Ver, por ejemplo, Valdis O. Lumans, *Himmler's Auxiliaries: The Volksdeutsche Mittelstelle and the German National Minorities of Europe, 1833-1945* (Chapel Hill y Londres, 1993), p. 200. 221 . *Obersturmbannführer* Waldemar Rimann a Brandt, 30.9.1943, Bundesarchiv Berlin-Lichterfelde, NS 19 3097. 222 . Volksdeutsche Mittelstelle a Himmler, 23.1.1943, Bundesarchiv Berlin-Lichterfelde, NS 19 3097. 223 . Protocolo, reunión de Hitler con Horthy, 23.4.1943, ADAP , Serie E, vol. 5, p. 685. Todo mi agradecimiento a Wolfram Pyta por traer esta fuente a mi atención. 224 . Proclamación de Año Nuevo, 1.1.1943, Domarus, IV , p. 1968. 225 . Demps (ed.), *Luftangriffe* , p. 37. 226 . Citado en Beaumont, «The bomber offensive as a second front», p. 13. 227 . Orden del día, 1.1.1943, Domarus, IV , p. 1971. 228 . Véase David M. Glantz, *Operation Don's Main Attack: The Soviet Southern Front's Advance on Rostov, January-February 1943* (Lawrence, Kan., 2018). 229 . LB , 1.2.1943, p. 122. 230 . LB , 1.2.1943, p. 128. 231 . LB , 1.2.1943, p. 130. 232 . Comunicado, 3.2.1943, Domarus, IV , p. 1985. 233 . GT , 9.3.1943, II/7, p. 514. Ver, por ejemplo, Nathan Stoltzfus, *Resistance of the Heart: Intermarriage and the Rosenstrasse Protest in Nazi Germany* (Nueva York, 1996). 234 . FK , 1.5.1943, p. 252. 235 . Eberhard Schwarz, *Die Stabilisierung der Ostfront nach Stalingrad. Mansteins Gegenschlag zwischen Donez und Dnjepr im Frühjahr 1943* (Gotinga y Zúrich, 1986), pp. 69-70, 142-145. 236 . Véase Pyta, *Hitler* , p. 445. 237 . Como consta en ET , 18.2.1943 y 28.2.1943, pp. 144-145. 238 . Acerca de todo esto, ver Gibbels, «Hitlers Nervenkrankheit», pp. 170-171 (con citas). 239 . Alan W. Cooper, *The Air Battle of the Ruhr: RAF Offensive March to July 1943* (Shrewsbury, 1992), especialmente pp. 36-45. 240 . FE , 28.6.1943, pp. 345-346. 241 . Véase el análisis detallado en Tooze, *Wages of Destruction* , pp. 596-601. 242 . GT , 8.3.1943, II/ 7, p. 505. 243 . Schwarz, *Die Stabilisierung der Ostfront nach Stalingrad* , pp. 201-224. 244 . Bernd Wegner, «Der Krieg gegen die Sowjetunion, 1942/3», en Boog *et al.* , *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg* , vol. 6, pp. 1087-1089. 245 . LB , 5.3.1943, pp. 171-172. 246 . Ver, por ejemplo, Pyta, *Hitler* , pp. 465-466. 247 . Véase Bernd Martin, «Verhandlungen über separate Friedensschlüsse 1942-1945. Ein Beitrag zur Entstehung des Kalten Krieges», *Militärgeschichtliche Mitteilungen* , 19-20 (1976), pp. 95-113; Schmidt, *Statist* , p. 562; y Friedrich-Karl von Plehwe, *Schicksalsstunden in Rom. Ende eines Bündnisses* (Berlín, 1967), p. 23. 248 . Véase el relato en Ribbentrop, *Zwischen London und Moskau* , pp. 263-264. 249 . A las que se hace referencia en Brandt a Bormann, 10.3.1943, en Bundesarchiv Berlin-Lichterfelde, NS 19 3768, fol. 2. 250 . Jörg K. Hoensch, «Nationalsozialistische Europapläne im Zweiten Weltkrieg. Versuch einer Synthese», en Richard G. Plaschka *et al* . (eds.), *Mitteleuropa-Konzeptionen in der ersten Hälfte des 20. Jahrhunderts* (Viena, 1995), pp. 322-324

(citas en p. 323). 251 . GT , 8.5.1943, II/ 8, p. 236; Discurso, 7.5.1943, Domarus, IV , p. 2011. 252 . Véase Karl-Heinz Frieser, «Die Schlacht im Kursker Bogen», en Karl-Heinz Frieser *et al* ., *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg* , vol. 8: *Die Ostfront 1943/44. Der Krieg im Osten and an den Nebenfronten* (Stuttgart, 2007), pp. 83-103. 253 . Ver, por ejemplo, Roman Töppel, «Kursk – Mythen und Wirklichkeit einer Schlacht», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 57 (2009), pp. 350-351. Ver, por ejemplo, Marcel Stein, *Der Januskopf. Feldmarschall von Manstein – eine Neubewertung* (Bissendorf, 2004), pp. 189-193. 254 . Operationsbefehl No. 6, 15.4.1943, FHQ , en Ernst Klink, *Das Gesetz des Handelns. Die Operation 'Zitadelle' 1943* (Stuttgart, 1966), pp. 292-294 (cita en p. 292). 255 . FE , 4.3.1943, p. 326. 256 . FE , 22.1.1943, p. 318. 257 . FK , 4.5.1943, p. 253. 258 . Ver, por ejemplo, Tooze, *Wages of Destruction* , pp. 595-596. 259 . FE , 8.1.1943, pp. 309-310. 260 . FE , 13.1.1943, pp. 311-313. 261 . Por ejemplo, FE , 10.5.1943, pp. 335-336. 262 . Ver, por ejemplo, Stibbe, *Women in the Third Reich* , p. 95. Ver, por ejemplo, Stoltzfus, *Hitler's Compromises* , p. 241. 263 . Véase Pyta, *Hitler* , pp. 429-430. 264 . Ver, por ejemplo, Veit Harlan, *Im Schatten meiner Filme. Selbstbiographie, herausgegeben und mit einem Nachwort versehen von H. C. Opfermann* (Gütersloh, 1966), pp. 180-184 (citas en p. 184). 265 . Sobre las habilidades narrativas de Speer, véase Tooze, *Wages of Destruction* , pp. 556-557. 266 . FK , 6/7.2.1943, p. 232. 267 . FE 21.3.1942, p. 243; FE , 10.5.1943, pp. 336-337. 268 . Ver, por ejemplo, Nicole Kramer, *Volksgenossinnen an der Heimatfront. Mobilisierung, Verhalten. Erinnerung* (Gotinga, 2011), p. 167. 269 . F K, 1.5.1943, p. 252. 270 . F E, 30.5.1943, p. 339; y FE , 28.6.1943, p. 341. 271 . Véase en general Götz Aly, *Hitler's Beneficiaries: How the Nazis Bought the German People* (Londres, 2007). 272 . FE , 16.1.1943, pp. 314-315. 273 . FE , 8.2.1943, p. 319. 274 . FE , 3.3.1943, p. 323. 275 . Discurso, 7.5.1943, Domarus, IV , p. 2012. 276 . Sobre la gravedad de las pérdidas comparadas con las de Stalingrado, ver Gerhard Schreiber, «Das Ende des nordafrikanischen Feldzugs und der Krieg in Italien 1943 bis 1945», en Frieser *et al* ., *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg* , vol. 8, p. 1109. 277 . Ver, por ejemplo, el relato del operador de radio en Alfons Schulz, *Drei Jahre in der Nachrichtenzentrale des Führerhauptquartiers* (Stein am Rhein, 1996), pp. 153-154. 278 . Ver Peter Lieb, *Krieg in Nordafrika, 1940-1943* (Ditzingen, 2018), p. 140. 279 . Véase Ben Macintyre, *Operation Mincemeat: The True Spy Story that Changed the Course of World War II* (Londres, 2010). 280 . Directiva 48, 26.7.1943, H W, pp. 218-223. 281 . LB , 20.5.1943, p. 227. 282 . FE , 19.5.1943, pp. 337-338. 283 . Ver, por ejemplo, Puttkamer, *Die unheimliche See* , p. 58. 284 . FE , 31.5.1943, p. 341. 285 . Fleischhauer, *Die Chance des Sonderfriedens* , pp. 108-111, 166-167. 286 . Catherine Andreyev, *Vlasov and the Russian Liberation Movement* (Cambridge, 1987); Alexander Dallin, *German Rule in Russia 1941-1945: A Study of Occupation Policies* (Nueva York, 1957), pp. 567-600; y George Fischer, «Vlasov and Hitler», *Journal of Modern History* , 23 (1951), pp. 58-71. 287 . Véase Martin Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik, 1939-1945* (Stuttgart, 1961), pp. 188-190. 288 . Véase Helmut

Krausnick, «Zu Hitlers Ostpolitik im Sommer 1943», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 2 (1954), pp. 310-311. 289 . LB , 8.6.1943, p. 258. 290 . David M. Glantz y Jonathan M. House, *The Battle of Kursk* (Lawrence, Kan., 1999), pp. 79-147; y Frieser, «Die Schlacht im Kursker Bogen», pp. 104-208. 291 . Véase Töppel, «Kursk», pp. 362, 373, 377. 292 . Karl-Heinz Frieser, «Schlagen aus der Nachhand – Schlagen aus der Vorhand. Die Schlachten von Char'kov und Kursk 1943», en Roland G. Foerster (ed.), *Gezeitenwechsel im Zweiten Weltkrieg? Die Schlachten von Char'kov und Kursk im Frühjahr und Sommer 1943 in operativer Anlage, Verlauf und politischer Bedeutung* (Hamburgo, 1996), pp. 101-135, especialmente pp. 123-128. 293 . «Kursk», pp. 379-383, toma debidamente en cuenta los argumentos revisionistas de Töppel, sobre la importancia de la Operación Orel. 294 . Martin A. Ruehl, «'In this time without emperors'»: las políticas del «*Kaiser Friedrich der Zweite* reconsidered» de Ernst Kantorowicz, *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes* , 63 (2000), p. 187. (La orden fue dada por Göring, pero parece probable que este lo hiciera siguiendo instrucciones de Hitler). 295 . Ohler, *Blitzed* , pp. 167-168. 296 . LB , 25.7.1943, p. 314. 297 . LB , 26.7.1943, p. 371. 298 . Citado en Dieter Hartwig, *Grossadmiral Karl Dönitz. Legende und Wirklichkeit* (Paderborn, 2010), p. 432. 299 . Como se cita en Giesler, *Ein anderer Hitler* , p. 415. Hitler al parecer había mandado las fotografías más o menos inmediatamente: véase LB , 25.7.1943, p. 291. 300 . LB , 25.7.1943, p. 295. 301 . Véase Nicholas Stargardt, «Beyond 'consent' or 'terror': wartime crises in Nazi Germany», *History Workshop Journal* , 72 (2011), pp. 190-204, especialmente pp. 190 y 7-9. 302 . Neil Gregor, «A *Schicksalsgemeinschaft* ? Allied bombing, civilian morale, and social dissolution in Nuremberg, 1942-1945», *Historical Journal* , 43 (2000), pp. 1051-1070, aquí en p. 1065. 303 . Stoltzfus, *Hitler's Compromises* , p. 235. 304 . Ver, por ejemplo, Pyta, *Hitler* , p. 202. 305 . RT , 30.7.1943, p. 481; RT , 13.8.1943, p. 488. 306 . Erich von Manstein, *Verlorene Siege* (Bonn, 1955), pp. 524-525. Ver, por ejemplo, Geoffrey P. Megargee, «Triumph of the null: structure and conflict in the command of German land forces, 1939-1945», *War in History* , 4 (1997), p. 77. 307 . LB , 26.7.1943, p. 370. Josef Schröder, «Zur Befreiung Mussolinis im Sommer 1943», en Josef Schröder, *Hitler und Mussolini. Aspekte der deutsch-italienischen Beziehungen 1930-1943* , ed. Carl August Lückerath y Michael Salewski (Gleichen, 2007), pp. 191-217. 308 . Véase Pyta, *Hitler* , pp. 519-543. 309 . Ver, por ejemplo, Below, *Als Hitlers Adjutant* , p. 347. 310 . Ver, por ejemplo, RT , 13.8.1943, p. 489. 311 . Gerhard Krebs, «Japanische Vermittlungsversuche im Deutsch-Sowjetischen Krieg, 1941-1945», en Josef Kreiner y Regine Mathias (eds.), *Deutschland-Japan in der Zwischenkriegszeit* (Bonn, 1990). 312 . Véase Fleischhauer, *Die Chance des Sonderfriedens* , p. 179. 313 . Von Renthe-Fink, «Notiz für den Reichsaussenminister betreffend Europäischen Staatenbund», 9.9.1943, Berlín, en Karl Drechsler, Hans Dress y Gerhart Hass, «Europapläne des deutschen Imperialismus im zweiten Weltkrieg», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft* , 19 (1971), pp. 916-931, aquí pp. 927-931. 314 . Tore Rem, *Knut Hamsun. Die Reise zu Hitler* (Berlín, 2016). 315 . Véase la narración de

la reunión del *SS-Obergruppenführer* Rauter a Himmler, La Haya, 9.12.1943, Bundesarchiv Berlin-Lichterfelde, NS 19 1556, fol. 191. 316 . «Vorläufige Gedächtnisniederschrift vom Empfang Musserts beim Führer», 2.12.1943 (Abschrift), Archiv Berlin-Lichterfelde, NS 19 1556, fol.192. 317 . FK , 12/13.9.1943, p. 294. 318 . FE , 13.9.1943, p. 359. 319 . FK , 12/13.9.1943, p. 294. 320 . Ver, por ejemplo, Jonas Scherner y Eugene White (eds.), *Paying for Hitler's War: The Consequences of Nazi Hegemony for Europe* (Cambridge, 2016), p. 9. 321 . Gerd R. Ueberschär, «Das NKFD und der BDO im Kampf gegen Hitler 1943-1945», en Gerd R. Ueberschär (ed.), *Das Nationalkomitee 'Freies Deutschland' und der Bund Deutscher Offiziere* (Fráncfort, 1995), pp. 31-51. 322 . Pyta, *Hitler* , pp. 507-513. 323 . Berghahn, «NSDAP und «geistige Führung», p. 51 (con cita). 324 . FE , 22.12.1943, p. 381. 325 . Rebentisch, *Führerstaat* , p. 499. 326 . FE , 11.10.1943, p. 363. 327 . «The Rundschreiben of Bormann, 24.8.1943», en Gersdorff (ed.), *Frauen im Kriegsdienst* , p. 411, hace referencia a «Mundpropaganda und Einzelaufklärung» entre «den Reihen der NS -Frauenschaft und des Deutschen Frauenwerks». 328 . Véase el relato de la reunión del *SS-Obergruppenführer* Rauter a Himmler, La Haya, 9.12.1943, Bundesarchiv Berlin-Lichterfelde, NS 19 1556, fol. 191. 329 . Motadel, *Islam and Nazi Germany's War* , p. 319. 330 . Directiva 51, 3.11.1943, HW , pp. 233-238. 331 . Ver, por ejemplo, Bernd Wegner, «Die Aporie des Krieges», en Frieser *et al* ., *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg* , vol. 8, pp. 246-274, especialmente pp. 247 y 250. 332 . FK , 8.7.1943, p. 278. 333 . John Erickson, *The Road to Berlin* (Londres, 1983), p. 122. 334 . F K, 19-22.8.1943, p. 288. Ver, por ejemplo FK , 28.6.1943, p. 274. 335 . FE , 22.10.1943, p. 365. 336 .FK , 6/7.12.1943, p. 314. Ver, por ejemplo Puttkamer, *Die unheimliche See* , pp. 58-59. 337 . FK ,16/17.12.1943, p. 322. 338 . Citado en Hölsken, *V-Waffen* , p. 90. 339 . Citado en Hölsken,*V-Waffen* , p. 90. 340 . FK , 17/18.7.1943, p. 280. 341 . Citado en Historisch-Technisches Museum Peenemünde, *Wunder mit Kalkül* , p. 42. 342 . FK , 17/18.7.1943, p. 280. Ver, por ejemplo, FK , 19-22.8.1943, p. 291. 343 . FE , 25.7.1943, p. 348. Esta es una retraducción del inglés al alemán. El documento alemán se ha perdido. 344 . Citado en Hölsken, *V-Waffen* , p. 90. 345 . FE , 1.12.1943, p. 377. 346 . Notas estenográficas de comentarios realizados por Hitler el 13.10.1943, en Hürter y Uhl, «Hitler in Vinnica», pp. 600-601. El texto parece estar hecho de citas directas y paráfrasis.Yo he indicado las citas directas y parafraseado las paráfrasis. 347 . LB , 20.12.1943, p. 450. 348 . LB , 20.12.1943, p. 444. 349 . Martin Middlebrook, The Berlin Raids: RAF Bomber Command *Winter 1943-1944* (Londres, 1988). 350 . Discurso, 8.11.1943, Domarus, IV , p. 2055. Ver también Süss, *Tod aus der Luft* , pp. 146, 241. 351 . Citado en Phillips P. O'Brien, «East versus west in the defeat of Nazi Germany», *Journal of Strategic Studies* , 23 (2000), pp. 89-113, aquí p. 98. 352 . Sobre la atención prestada por Hitler a las potencias occidentales en este momento, véase Below, *Als Hitlers Adjutant* , pp. 350 y 352. 353 . O'Brien, *How the War Was Won* . 354 . Véase Cristiano Andrea Ristuccia y Adam Tooze, «Machine tools and mass production in the armaments boom: Germany and the United States, 1929-44», *Economic History Review* , 66 (2013), p. 965. 355 . F K,

16/17.12.1943, p. 326. 356 . F K, 6/7.12.1943, p. 229. 357 . Rüdiger Overmans, *Deutsche militärische Verluste im Zweiten Weltkrieg* (Múnich, 1999), pp. 318-319. 358 . Véase O'Brien, «East versus west». 359 . Véase el diario de nombramientos en Bundesarchiv Berlin- Lichterfelde, R43II 1609b, fols. 12, 59, 137, 200-202, donde figuran la mayoría de las reuniones de Lammers' con el Führer, con Bormann (u otros) presente. 360 . RT , 7.8.1943, p. 484. Ver, por ejemplo, Andreas Zellhuber, *«Unsere Verwaltung treibt einer Katastrophe zu...» Das Reichsministerium für die besetzten Ostgebiete und die deutsche Besatzungsherrschaft in der Sowjetunion, 1941-1945* (Stamsried, 2006), pp. 334-346. 361 . En lo que al autor le consta, la única vez que Hitler pareció mostrarse un tanto errático este año fue en LB , 25.7.1943, pp. 306-307, cuando reiteró una y otra vez su fe en Göring, con una actitud un tanto transtornada. 362 . Gibbels, «Hitlers Nervenkrankheit», p. 171. 363 . Ernst Günther Schenck, *Patient Hitler. Eine medizinische Biographie* (Augsburgo, 2000).

364 . Matlok (ed.), *Dänemark in Hitlers Hand* , p. 129.

CAPÍTULO 18: LA CAÍDA DE LA «FORTALEZA EUROPA»

1 . Proclamación, 1.1.1944, Domarus, IV, p. 2073. 2 . Véase un punto de vista crítico en Madrusree Mukerjee, *Churchill's Secret War: The British Empire and the Ravaging of India during World War II* (Nueva York, 2010). 3 . Proclamación, 1.1.1944, Domarus, IV, p. 2071. 4 . Orden del día, 1.1.1944, Domarus, IV, p. 2075. 5 . Proclamación, 1.1.1944, Domarus, IV, p. 2071; Orden del día, 1.1.1944, Domarus, IV, p. 2075; Proclamación, 1.1.1944, Domarus, IV, p. 2073. 6 . Las instrucciones de Hitler se resumen en KTB , OKW , IV/2, Nachtrag, pp. 24-27. Sobre el miedo a la superioridad aliada en Italia en enero de 1944, KTB , OKW , IV/2, Nachtrag, pp. 20 y 22. 7 . Ver, por ejemplo, Walter S. Dunn, Jr, *Soviet Blitzkrieg: The Battle for White Russia, 1944* (Londres, 2000), pp. 76-77. 8 . Schmidt, *Statist* , p. 589. 9 . Jeffrey L. Ethell y Alfred Price, *Target Berlin: Mission 250, 6 March 1944* (Londres, 1981). 10 . Véase Demps, *Luftangriffe* , pp. 38-39. 11 . En A. J. P. Taylor, *The War Lords* (Londres, 1976), p. 67. 12 . FK , 5.3.1944, p. 337. 13 . FK , 30.4.1944, p. 355. 14 . FK , 30.4.1944, p. 357. 15 . FK , 22/23.5.1944, pp. 370, 382. 16 . Véase Klaus Schmider, «The last of the first: veterans of the *Jagdwaffe* tell their story», *Journal of Military History* , 73 (2009), pp. 231-249, especialmente pp. 235, 239. 17 . Roger Beaumont, «The bomber offensive as a second front», *Journal of Contemporary History* , 22 (enero de 1987), p. 15. 18 . Discurso, 30.1.1944, Domarus, IV, p. 2083. 19 . FE , 20.2.1944, p. 395 (con cita); FE , 20.2.1944, p. 395; FE , 1.4.1944, p. 407 (con cita). 20 . Observación realizada por Gerhard Schmitt-Rink, *Hitlers Bild der Weltwirtschaft. Ein Rückblick auf seine ökonomischen Denkfehler und Wissenslücken (* Berlín, 2010), p. 51. 21 . Mark M. Boatner, *The Biographical Dictionary of World War II* (Novato, Calif., 1996), pp. 518-519. 22 . Véase apéndice en Ethell y Price, *Target*

Berlin , pp. 179-193. Se trata de una lista exclusivamente de pilotos que no incluye a otra tripulación. 23 . Véase la conversación entre Kenneth P. Werrell, Klaus Schmider y Jeremy Black, «The air war over Germany: claims and counter-claims», *Journal of Military History* , 73 (2009), pp. 925-932. 24 . Ethell y Price, *Target Berlin* , pp. 121-122. 25 . Stephen E. Ambrose, *Eisenhower* , vol. 1: *Soldier, General of the Army, President-Elect, 1890-1952* (Nueva York, 1983), pp. 13-14; Carlo D'Este, *Eisenhower: A Soldier's Life* (Nueva York, 2002), p. 58; Dwight D. Eisenhower, *At Ease* (Garden City, NY, 1967), p. 306. 26 . Himmler al Chef der Sicherheitspolizei und des SD , Chef des Hauptamtes Volksdeutsche Mittelstelle y al Chef des SS-Hauptamtes, 30.1.194, Feldkommandostelle, Bundesarchiv Berlin-Lichterfelde, NS 19 3097. 27 . Niall Ferguson, *Kissinger, 1923-1968: The Idealist* (Londres, 2015). 28 . «Ansprache des Führers an die Feldmarschälle und Generale am 27.1.1944 in der Wolfsschanze», IfZ, F19/3. 29 . Gerhard L. Weinberg, «German plans for victory, 1944-1945», en Weinberg, *Germany, Hitler and World War II* , pp. 274-286. 30 . Los comentarios se ofrecen en estilo indirecto en FK , 5.3.1944, p. 338. 31 . Ver, por ejemplo, Wegner, «Aporie des Krieges», pp. 496-499. 32 . Citado en Pyta, *Hitler* , p. 473. 33 . Memorándum de Rommel para Hitler, 16.3.1944, en «Erwin Rommel, Private Chefsachen, Frühjahr 1944», IfZ, ED 100, Sammlung Irving, no. 180 (sin foliar). Ver, por ejemplo, Hans Wegmüller, *Die Abwehr der Invasion. Die Konzeption des Oberbefehlshabers West, 1940-1944* (Friburgo, 1979). 34 . Rommel, «Bericht über den Lagevortrag des Führers», 20.3.1944, en IfZ, ED 100, Sammlung Irving, sin foliar. 35 . Rommel, «Bericht über den Lagevortrag des Führers». 36 . Reunión de Hitler con Tiso, 12.5.1944, SD , II, p. 446. 37 . Rommel, «Bericht über den Lagevortrag des Führers»; Michael Salewski, «Die Abwehr der Invasion als Schlüssel zum 'Endsieg'?», en Rolf-Dieter Müller y Hans-Erich Volkmann (eds.), *Die Wehrmacht. Mythos und Realität* (Múnich, 1999), pp. 210-223. 38 . Ver, por ejemplo, Howard D. Grier, *Hitler, Dönitz and the Baltic Sea: The Third Reich's Last Hope, 1944-1945* (Annapolis, 2007), pp. 12-13. 39 . Grier, *Hitler* , *Dönitz* , p. 13. 40 . Grier, *Hitler, Dönitz* , p. 19. 41 . FE, 12.3.1944, pp. 399-401 (citas en pp. 399-400). 42 . Krisztiän Ungváry, «Hitler, Horthy und der ungarische Holocaust», *Europäische Rundschau* , 42, 1 (2014), pp. 11-19. 43 . Citado en Jay Winik, «Darkness at noon», *World Affairs* (invierno de 2016), http://www.worldaffairsjournal.org/article/darkness-noon-fdr-and-holocaust . 44 . Gerlach, *The Extermination of the European Jews* , p. 114. 45 . FK , 9.5.1944, p. 359. 46 . En esto discrepo con la premisa de Norman Davies, *No Simple Victory: World War II in Europe, 1939-1945* (Londres, 2006), pp. 22-25 (la tabla sobre los «hombres-meses» se muestra en la p. 23). 47 . Ver, por ejemplo, Peter Lieb, *Konventioneller Krieg oder NS -Weltanschauungskrieg? Kriegführung und Partisanenbekämpfung in Frankreich 1943/44* (Múnich, 2007), p. 513. 48 . Circular de Fritz Darges, Persönlicher Adjutant des Führers, 1.1.1944, FHQ , IFZ ED9 49 . Discurso, 30.1.1944, Domarus, IV , p. 2083. 50 . Lieb, *Konventioneller Krieg* , pp. 136-137 y 140. Sobre el desafío cultural representado por Occidente más en general, ver Moltmann, «Nationalklischees und Demagogie», pp. 231-232.

51 . Ver, por ejemplo, Gerhard Kock, *«Der Führer sorgt für unsere Kinder...» Die Kinderlandver – schickung im Zweiten Weltkrieg* (Paderborn, 1997), p. 218. 52 . Citado en Stoltzfus, *Hitler's Compromises* , p. 240. 53 . Hans-Adolf Jacobsen y Werner Jochmann (eds.), *Ausgewählte Dokumente zur Geschichte des Nationalsozialismus* , vol. 2 (Bielefeld, 1964), documento H (sin paginación). 54 . «Besprechung beim Führer im Berghof am 25.4.1944 mit Lammers, M.B., Ley, Sauckel, Fischböck, Abetz, Leibel, Speer», en IfZ, F19/3. Este documento no fue publicado hasta 2011 y no está en FK . 55 . KTB , OKW , IV /1, p. 314. Ver, por ejemplo, Carl Boyd, *Hitler's Japanese Confidant: General Ō shima Hiroshi and MAGIC Intelligence, 1941-1945* (Lawrence, Kans., 1993), pp. 127-128, que cita los informes de Oshima sobre las conversaciones con Hitler y el Alto Mando alemán. 56 . KTB , OKW , IV /1, pp. 311-335. 57 . KTB , OKW , IV /1, p. 315. 58 . Circular de Keitel, «Betr. Urlaubssperre», 13.6.1944, en Bundesarchiv Berlin-Lichterfelde, NS 19 3910, fol. 23. 59 . 29.6.1944, Berghof, OKW , KTB , IV /2, p. 1594. Estos comentarios sobre la movilidad de los Aliados se volvieron a repetir en LB , 31.7.1944, pp. 585-586. 60 . Ver, por ejemplo, Max Hastings, *Overlord: D-Day and the Battle for Normandy* (Londres, 1984). 61 . Adam Tooze, «Blitzkrieg manqué or a new kind of war? Interpreting the Allied victory in the Normandy campaign», adamtooze.com, 27 de agosto de 2017; John Buckley (ed.), *The Normandy Campaign 1944: Sixty Years On* (Abingdon, 2006). 62 . Karl-Heinz Frieser, «Der Zusammenbruch der Heeresgruppe Mitte im Sommer 1944», en Frieser *et al* ., *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg* , vol. 8, pp. 526-603. 63 . Grier, *Hitler, Dönitz* , p. 24. 64 . Wolfschanze, 9.7.1944, en KTB , OKW , IV /2, p. 1595. 65 . Debate del 9.7.1944, Wolfschanze, ein KTB , OKW , IV /2, p. 1595. 66 . Tooze, *Wages of Destruction* , p. 649. 67 . FE , 2.6.1944, p. 416. 68 . FK , 19-22.6.1944, p. 382. 69 . FE , 2.6.1944, p. 418. 70 . «Ansprache des Führers vor Generälen und Offizieren am 22.6.1944 im Platterhof», en IfZ, F19/3. 71 . «Ansprache des Führers vor Generälen und Offizieren». La distinción entre «raza» y «pueblo» también se hace en ES , principios de julio de 1944, p. 339. 72 . ES , principios de julio de 1944, pp. 335-368. 73 . Citado en Tooze, Wages of Destruction, p. 635. 74 . ES , principios de julio de 1944, p. 351. 75 . ES , principios de julio de 1944, p. 365. 76 . Ulrich Schlie, *Claus Schenk Graf von Stauffenberg Biographie* (Friburgo, Basilea y Viena, 2018), pp. 26-53: Peter Hoffmann, *German Resistance to Hitler* (Cambridge, Mass., y Londres, 1988). 77 . Adjutantur der Wehrmacht beim Führer, Konteradmiral von Puttkamer, 14.9.1944 (copia), IfZ, ED 9. 78 . Por ejemplo, Otto Lasch, *So fiel Königsberg. Kampf und Untergang von Ostpreussens Hauptsstadt* (Múnich, 1958), p. 22. 79 . Debate, 31.7.1944, LB , p. 609. 80 . Rundfunkansprache Hitlers vom21. Juli1944anlässlichdes «Stauffenberg-Attentates», http://www.1000dokumente.de/pdf/dok_0083_ahr_de.pdf , acceso el 28 de enero de 2019. 81 . Discurso, 4.8.1944, Domarus, IV , p. 2138. 82 . Citado por Schmidt, *Statist* , p. 594. 83 . Helmut Ortner, *Der Hinrichter. Roland Freisler. Mörder im Dienste Hitlers* (Viena, 1993), p. 235. 84 . FE , 2.8.1944, p. 439. Ver, por ejemplo, Winfried Heinemann, «Selbstreinigung der Wehrmacht? Der Ehrenhof des Heeres und seine Tätigkeit»,

en Manuel Becker y Christoph Studt (eds.), *Der Umgang des Dritten Reiches mit den Feinden des Regimes. XXII. Königswinterer Tagung* (febrero de 2009) (Berlín, 2010), pp. 117-129. 85 . Ver, por ejemplo, Bernd Sösemann, «Verräter vor dem Volksgericht – die denkwürdige Geschichte eines Filmprojekts», en Becker y Studt (eds.), *Der Umgang des Dritten Reiches* , pp. 147-163 (especialmente p. 157), y Magnus Brechtken, «Joachim Fest und der 20. Juli 1944. Geschichtsbilder, Vergangenheitskonstruktionen, Narrative», en Brechtken *et al* . (eds.), *Verräter? Vorbilder? Verbrecher?* , pp. 161-182 (especialmente pp. 172 y 179). 86 . KTB , OKW , IV /1, pp. 338-339; Dieter Ose, *Entscheidung im Westen 1944. Der Oberbefehlshaber West und die Abwehr der alliierten Invasion* (Stuttgart, 1982), pp. 207-259. 87 . Sobre las colosales pérdidas en la fuerza de trabajo alemana aquel mes, véase Rüdiger Overmans, *Deutsche militärische Verluste im Zweiten Weltkrieg* (Múnich, 1998). 88 . Christoph Rass, René Rohrkamp y Peter M. Quadflieg, *General Graf von Schwerin und das Kriegsende in Aachen. Ereignis, Mythos, Analyse* (Aquisgrán, 2007). 89 . FK , 21-23.9.1944, p. 410. 90 . FK , 21-23.9.1944, pp. 412-413. Ver, por ejemplo, FK , 12.10.1944, p. 425. 91 . Sobre el informe de Speer a Hitler acerca de los daños a las redes de transporte y comunicaciones en el Ruhr, véase F K, 1-4.11.1944, p. 431; Alfred C. Mierzejewski, *Bomben auf die Reichsbahn. Der Zusammenbruch der deutschen Kriegswirtschaft 1944-1945* (Friburgo, 1993). 92 . Tooze, *Wages of Destruction* , pp. 648 y 650-651. 93 . Por ejemplo, cuando Hermann Esser fue a ver a Hitler a Berchtesgaden el 13 de julio de 1944, fue inmediatamente requerido para que informara del ataque aéreo más reciente: interrogatorio de Esser, IfZ, F135 Dokumentation Adolf Hitler, fol. 490. 94 . Véanse informes del médico, «Daily treatment of Adolf Hitler [1944]», IfZ, F135/3 Dokumentation Adolf Hitler, fol. 519, 1-9. 95 . FE, 20.9.1944, p. 458. 96 . «Erlass des Führers über die Bildung des deutschen Volkssturmes, 18.10.1944», en Gerd R. Ueberschär y Rolf-Dieter Müller, *1945. Das Ende des Krieges* (Darmstadt, 2005), pp. 160-161 (citas en p. 160). 97 . Ribbentrop, *Zwischen London und Moskau* , p. 265; Boyd, *Hitler's Japanese Confidant* , pp. 158-159. 98 . LB , 31.8.1944, pp. 611-612. 99 . Reunión, 13.8.1944, citado en Domarus, IV , p. 2141. Ver, por ejemplo, Möckelmann, Franz von Papen. 100 . Citado en Ribbentrop, *Zwischen London und Moskau* , p. 266. 101 . Proclamación, 12.11.1944, Domarus, IV , p. 2161. 102 . Discurso, 22.6.1944, in IfZ, F19/3. 103 . LB , 31.8.1944, p. 615. 104 . Grier, *Hitler, Dönitz* , p. 61. 105 . KTB , OKW , IV /1, p. 346. 106 . Joachim Ludewig, Rückzug: *The German Retreat from France* , 1944 (Lexington, Ky., 2012). 107 . Ver los comentarios de Hitler citados en «Anordnung des Reichsministers für Ernährung und Landwirtschaft», 8.9.1944, en Schumann (ed.), *Griff nach Südosteuropa* , p. 249. 108 . Willi A. Boelcke, «Hitlers Befehle zur Zerstörung oder Lähmung des deutschen Industrie potentials 1944/45», *Tradition. Zeitschrift für Firmengeschichte und Unternehmerbiographie* , 13, 6 (1968), pp. 301-316. 109 . Lars Hellwinkel, *Hitlers Tor zum Atlantik. Die deutschen Kriegsmarinestützpunkte in Frankreich, 1940-1945* (Berlín, 2012), p. 175. Para una valoración contemporánea de la Wehrmacht sobre las capacidades portuarias en Francia de agosto de 1944, ver

KTB , OKW , IV /1, p. 374. 110 . FE , 20.8.1944, pp. 442-443. Ver, por ejemplo, KTB , OKW , IV /1, p. 379; y Directivas, 27.7.1944, 29.7.1944, 3.8.1944, 24.8.1944, 29.8.1944, 1.9.1944, 3.9.1944, 12.9.1944, HW , pp. 267-292. 111 . Ver Henrik O. Lunde, *Hitler's Wave-breaker Concept: An Analysis of the German End Game in the Baltic* (Filadelfia y Oxford, 2013). Hitler ordenó que el Alto Mando fuera informado de la importancia económica de mantener Hungría: FK , 1-4.11.1944, p. 427. 112 . Sobre la estabilización del frente del este, véase Karl-Heinz Frieser, «Die erfolgreichen Abwehrkämpfe der Heeresgruppe Mitte im Herbst 1944», en Friesser *et al* ., *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg* , vol. 8, pp. 604-619. 113 . Ver, por ejemplo, Alastair Noble, «The phantom barrier: *Ostwallbau* , 1944-1945», *War in History* , 8 (2001), p. 464 *et passim.* 114 . LB , 12.12.1944, p. 721. 115 . FK , 24.9.1944, p. 411. 116 . Informe del 3.12.1944, KTB , OKW , IV /2, p. 1596. 117 . Hermann Jung, *Die Ardennenoffensive 1944/45. Ein Beispiel für die Kriegführung Hitlers* (Gotinga, 1971), p. 101. 118 . Las palabras de Hitler referidas por Oshima y traducidas por el US Magic Intercepts, en Boyd, *Hitler's Japanese Confidant* , pp. 134-135. 119 . Grier, *Hitler, Dönitz* , p. 148. 120 . «Die Vorbereitung einer eigenen Offensive zwischen Monschau und Echternach (bis 16. Dezember)», KTB , OKW , IV /1, pp. 430-440. 121 . Las palabras de Hitler referidas por Oshima y traducidas por US Magic Intercepts, en Boyd, *Hitler's Japanese Confidant* , p. 134. 122 . KTB , OKW , IV /1, p. 367. 123 . Richard Lakowski, *Ostpreussen 1944/45. Krieg im Nordosten des Deutschen Reiches* (Paderborn, 2016), pp. 69-79. 124 . KTB , OKW , IV /1, p. 441. 125 . LB , 31.7.1944, p. 587. 126 . Ver, por ejemplo, Rebentisch, *Führerstaat* , p. 518. 127 . FK , 6-8.7.1944, p. 391. 128 . Ver, por ejemplo, Felix Moeller, *Der Filmminister. Goebbels und der Film im Dritten Reich* (Berlín, 1998), p. 389. Sobre la gran atención prestada por Hitler al contenido de los noticiarios cinematográficos, incluso en esta fase de la guerra, véase Ulrike Bartels, *Die Wochenschau im Dritten Reich. Entwicklung und Funktion eines Massenmediums unter besonderer Berücksichtigung völkisch-nationaler Inhalte* (Fráncfort, 2004), pp. 147-148. 129 . LB , 12.12.1944, p. 713. 130 . Véase David K. Yelton, *Hitler's Volkssturm: The Nazi Militia and the Fall of Germany, 1944-1945* (Lawrence, Kan., 2002), pp. 7, 9. 131 . Yelton, *Volkssturm* , pp. 16-17. 132 . Sobre la importancia del problema del equipamiento y la escasez de combustible en el otoño de 1944 véase KTB , OKW , IV /1, pp. 385-386. 133 . Ver, por ejemplo, O'Brien, «East versus west», p. 108. 134 . FK , 12.10.1944, pp. 416-417, 424-425. 135 . Yelton, *Volkssturm* , pp. 45, 52, 108. 136 . Yelton, *Volkssturm* , pp. 38, 44; Bormann, «Anordnung betr. Lenkung des Kräfteeinsatzes zum Stellungsbau», FHQ , 7.9.1944, en Bundesarchiv Berlin-Lichterfelde, NS 19 2588, fol. 8. 137 . RT , 26.10.1944, p. 516; RT , 12.11.1944, p. 520. 138 . Ver, por ejemplo, Yelton, *Volkssturm* , pp. 45, 52, *et passim* . Sobre el deseo de Speer de contar con un *Generalkommissar für den Westen,* que Hitler rechazó a fin de evitar ofender al *gauleiter* correspondiente, ver FK , 1-4.11.1944, p. 428. 139 . Ver, por ejemplo, Neitzel, «Der Bedeutungswandel der Kriegsmarine im Zweiten Weltkrieg», pp. 251-253 *et passim* . 140 . LB , 31.7.1944, p. 608; LB , 31.8.1944, p. 620. 141 . Como en todo caso puede verse en los registros de los que

hay constancia. Véase «[1944] Daily treatment of Adolf Hitler», traducido por Virginia Bishop, 12.6.1945, IfZ, F135/3 Dokumentation Adolf Hitler. 142 . «Adjutantur der Wehrmacht beim Führer, Konteradmiral von Puttkamer», circular, FHQ 14.9.1944, IfZ, ED 9. 143 . Phillips Payson O'Brien, «Logistics by land and air», en John Ferris y Evan Mawdsley (eds.), *The Cambridge History of the Second World War* , vol. 1: *Fighting the War* (Cambridge, 2015), pp. 608-636. 144 . Véase KTB , OKW , IV /2, pp. 1342-1348; KTB , OKW , IV /1, pp. 447-448. 145 . Véase Peter Caddick-Adams, *Snow and Steel* : *The Battle of the Bulge, 1944-45* (Nueva York, 2014), pp. 221, 532 *et passim;* Antony Beevor, *Ardennes 1944: Hitler's Last Gamble* (Londres, 2015), p. 84; y ver en general John Zimmermann, *Pflicht zum Untergang. Die deutsche Kriegführung im Westen des Reiches 1944/45* (Paderborn, 2009), pp. 227-236. 146 . KTB , OKW , IV /2, pp. 1347-1348. 147 . LB , 28.12.1944, p. 744. 148 . LB , 28.12.1944, p. 743. 149 . Véase KTB , OKW , IV /2, pp. 1352-1353. 150 . LB , 28.12.1944, pp. 743-744. 151 . FK , p. 444; FK , 14.1.1945, p. 460. 152 . Proclamación, 1.1.1945, Domarus, IV , p. 2186. 153 . Schmidt, *Statist* , p. 585. 154 . Edgar Christoffel, *Krieg am Westwall 1944/45. Das Grenzland im Westen zwischen Aachen und Saarbrücken in den letzten Kriegsmonaten* (Tréveris, 1989), pp. 29-30. 155 . LB , 23.3.1945, pp. 930 y 933. 156 . FK , 3-6.1.1945, p. 465; FK , 20.1.1945, pp. 475-476. 157 . Ver, por ejemplo, Alfred Jodl, «Der Einfluss Hitlers auf die Kriegführung», en KTB , OKW , IV /2, p. 1721. 158 . Ver, por ejemplo, Bernd Wegner, «Hitler, der Zweite Weltkrieg und die Choreographie des Untergangs», *Geschichte und Gesellschaft* , 26 (2000), pp. 493-518, especialmente pp. 513-518 sobre Hitler y Clausewitz; Ullrich, *Hitler. Die Jahre des Untergangs* , pp. 591-627. 159 . LB , 27.1.1945, p. 857. 160 . KTB , OKW , IV /2, p. 976. 161 . LB , 10.1.1945, pp. 813-814. 162 . Heinz Magenheimer, *Abwehrschlacht an der Weichsel 1945. Vorbereitung, Ablauf, Erfahrungen* (Friburgo, 1976), pp, 90-119. 163 . KTB , OKW , IV /2, p. 1017. 164 . FE , 21.1.1945, p. 476. 165 . OBdM, 22.1.1945, en KTB , OKW , IV /2, pp. 1600-1601 (cita del registro del Seekriegsleitung [Alto Mando Naval], p. 1601). Sobre la ausencia de preocupación de Hitler por la población civil del este de Prusia, ver, por ejemplo Lakowski, *Ostpreussen* , p. 139. 166 . FE , 4.2.1945, pp. 479-480 (cita en p. 479). 167 . Discurso, 30.1.1945, Domarus, IV , p. 2195. 168 . «Zusammenfassung der Ereignisse in der 2. Januarhälfte, gegeben von Oberst G. Meyer-Detring am 29.1.1945», en KTB , OKW , IV /2, p. 1053. 169 . Véase KTB , OKW , IV /2, 25.1.1945, p. 1357. «Abgaben an den Osten», KTB , OKW , IV /2, pp. 1380-1381. 170 . LB , 27.1.1945, pp. 873-883 (cita en pp. 874-875). 171 . Ueberschär y Müller, *1945* , p. 59. 172 . FE , 31.1.1945, p. 479. 173 . Andreas Kunz, *Wehrmacht und Niederlage. Die bewaffnete Macht in der Endphase der nationalsozialistischen Herrschaft 1944 bis 1945* (Múnich, 2005), pp. 198-199 (cita en p. 198). 174 . Ver, por ejemplo, KTB , OKW , IV /2, p. 1363. 175 . KTB , OKW , IV /2, p. 1042. 176 . LB , 27.1.1945, pp. 860-861. Ver, por ejemplo, KTB , OKW , IV /2, p. 1066, sobre la estrecha vigilancia que la jefatura militar mantenía sobre posibles desacuerdos de los Aliados. 177 . OBdM, 5.2.1945, KTB , OKW , IV /2, p. 1605. 178 . OBdM, 23.1.1945, KTB , OKW , IV /2, p. 1601. 179 . LV,

21.1.1945, p. 637. 180 . Grier, *Hitler, Dönitz* , p. 85. 181 . Kerstin von Lingen, *SS und Secret Service. «Verschwörung des Schweigens». Die Akte Karl Wolff* (Paderborn, 2010). Ver, por ejemplo, Catherine Schiemann, «Der Geheimdienst beendet den Krieg. 'Operation Sunrise' und die deutsche Kapitulation in Italien», en Jürgen Heideking y Christof Mauch (eds.), *Geheimdienstkrieg gegen Deutschland. Subversion, Propaganda und politische Planungen des amerikanischen Geheimdienstes im Zweiten Weltkrieg* (Gotinga, 1993), pp. 142-165; y Brendan Simms, «Karl Wolff – Der Schlichter», en Ronald Smelser y Enrico Syring (eds.), *Die SS. Elite unter dem Totenkopf* (Paderborn, Múnich, Viena y Zúrich, 2003), pp. 450-452. 182 . Peter Longerich, *Heinrich Himmler* (Oxford, 2012), p. 724. 183 . Reimer Hansen, «Ribbentrops Friedensfühler im Frühjahr 1945», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht* , 18 (1967), pp. 716-730 (el texto del *Sprachregelung* que informaba de la misión de Hesse se encuentra en pp. 725-730); Hansjakob Stehle, «Deutsche Friedensfühler bei den Westmächten im Februar/März 1945», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* , 30 (1982), pp. 538-555. 184 . Véase Noble, «Phantom barrier», p. 464. 185 . Véase Lakowski, *Ostpreussen* , pp. 143, 153, 183, 188-189, 194. 186 . KTB , OKW , IV /2, p. 1368. 187 . Como se informaba en KTB , OKW , IV /2, p. 1380. 188 . Véase Ribbentrop, *Zwischen London und Moskau* , pp. 266-267. 189 . KTB , OKW , I VØ2, p. 1608. 190 . Ver, por ejemplo, Ueberschär y Müller, *1945,* p. 40. 191 . Esta narración de la reunión, con citas del original inglés, se ha tomado del «Report of 7th Army Interrogation Center Paul Kubala of Karl Wahl, *Gauleiter* of Augsburg [*sic*], and Max Amann, Nazi Party member no. 3», IfZ, F135/3 Dokumentation Adolf Hitler, fols. 490k-l. Ver, por ejemplo, el recuerdo del testigo presencial Rudolf Jordan, *Erlebt und erlitten. Weg eines Gauleiters von München bis Moskau* (Leoni am Starnberger See, 1971), pp. 251-258. 192 . Proclamación, 24.2.1945, Domarus, IV , pp. 2203, 2204-2205. 193 . Ver, por ejemplo, Ian Kershaw, *The End: Hitler's Germany, 1944-45* (Londres, 2011), pp. 244-245. 194 . Véase Yelton, *Volkssturm* , p. 82. 195 . Véase Kershaw, «*Hitler Myth*» . 196 . Ver, por ejemplo, las conclusiones de investigadores aliados después de la guerra: Edward A. Shils y Morris Janowitz, «Cohesion and Disintegration in the Wehrmacht in World War II», *Public Opinion Quarterly* , 12, 2 (verano de 1948), pp. 280-315, especialmente p. 304; Kershaw, «*Hitler Myth*» . 197 . Véase KTB , OKW , IV /2, pp. 1417-1426. 198 . FE , 27.3.1945, p. 488. 199 . OBdM, 1.3.1945, KTB , OKW , IV /2, pp. 1611-1612; 12.3.1945, KTB , OKW , IV /2, p. 1616; 16.3.1945, KTB , OKW , IV /2, p. 1617. 200 . LB , 23.3.1945, p. 940. Para un punto de vista más amable, véase Rudolf Hartog, *Im Zeichen des Tigers. Die Indische Legion auf deutscher Seite, 1941-1945* (Herford, 1991), pp. 198-199. 201 . Ver, por ejemplo, OBdM, 3.3.1945, KTB , OKW , IV /2, p. 1612. 202 . Ver relato de OBdM de una reunión con Hitler, 20.3.1945, KTB , OKW , IV /2, p. 1619. 203 . Ver, por ejemplo, Tooze, *Wages of Destruction* , pp. 649-650. 204 . Véase KTB , OKW , IV /2, p. 1165. 205 . FE , 22.3.1945, p. 473. 206 . LB , 23.3.1945, p. 930. 207 . OBdM, 26.3.1945, KTB , OKW , IV /2, p. 1621. 208 . Ver, por ejemplo, Grier, *Hitler, Dönitz* , p. 182. 209 . Véase Lagebuch, 29.3.1945, en KTB , OKW , IV /2, p. 1206.

210 . FE , 14.3.1945, p. 485. 211 . OBdM, 21.3.1945 y 25.3.1945, KTB , OKW , IV /2, pp. 1620-1621. 212 . FE , 23.3.1945, p. 487. 213 . OBdM, 26.3.1945, KTB , OKW , IV /2, p. 1621. 214 . Citado en Brechtken, *Albert Speer* , p. 278. 215 . FK , 22.3.1945, p. 472. 216 . OBdM, 28.3.1945, KTB , OKW , IV /2, p. 1622. 217 . LB , 23.3.1945, pp. 939-940. 218 . Kershaw, *The End* , pp. 289-291. 219 . GT , 15.3.1945, II/ 15, p. 512. 220 . FE , 19.3.1945, pp. 486-487 (cita en p. 486). 221 . FE , 30.3.1945, p. 489. Véanse más detalles en FE , 7.4.1945, p. 491. 222 . Las dos fuentes de los comentarios proceden del propio Speer: ver Heinrich Schwendemann, «'Drastic measures to defend the Reich at the Oder and the Rhine...': a forgotten memorandum of Albert Speer of 18 March 1945», *Journal of Contemporary History* , 38 (2003), pp. 597-614, aquí p. 607. El propio Schwendemann se inclina por aceptar su autenticidad. 223 . Véase Sven Felix Kellerhoff, *Mythos Führerbunker. Hitlers letzter Unterschlupf* (Berlín, 2013), p. 72. 224 . Stephen G. Fritz, *Endkampf: Soldiers, Civilians and the Death of the Third Reich* (Lexington, Ky., 2004), pp. 21-22. 225 . LB , 23.3.1945, pp. 933-934. 226 . Derek S. Zumbro, *Battle for the Ruhr: The German Army's Final Defeat in the West* (Lawrence, Kan., 2006), pp. 239-260. 227 . Ver, por ejemplo, la narración en OBdM, 12.4.1945, KTB , OKW , IV /2, p. 1627. 228 . Ralf Blank, *«Bitter Ends». Die letzten Monate des Zweiten Weltkriegs im Ruhrgebiet 1944/45* (Essen, 2015). 229 . OBdM, 10.4.1945, KTB , OKW , IV /2, p. 1626. 230 . Como consta en OBdM, 4.4.1945, KTB , OKW , IV /2, p. 1623. 231 . Véase el relato de Kesselring de esta reunión con Hitler en Kesselring, *Soldat bis zum letzten Tag* , p. 387. 232 . Véase Schmaltz, *Kampfstoff-Forschung* , p. 30. 233 . Kershaw, *Nemesis* , pp. 791-792. 234 . Citado en Kellerhoff, *Führerbunker* , p. 84. El autor señala que la entrada en el diario de Bormann esa noche era mucho más lacónica. 235 . Véase Lingen, *SS und Secret Service* , p. 69. 236 . Kesselring, *Soldat bis zum letzten Tag* , p. 386. 237 . Citado en Hartwig, *Dönitz* , p. 432. 238 . Véanse las instrucciones de Hitler del 11 de abril de 1945, como se resumen en KTB , OKW , IV /2, p. 1299. 239 . FE , 15.4.1945, p. 492. 240 . Richard Lakowski, *Seelow 1945. Die Entscheidungsschlacht an der Oder* (Berlín, 1995), especialmente pp. 75-89. 241 . «Hitlers letzter Tagesbefehl an die Soldaten der Ostfront», 16.4.1945, en Ueberschär y Müller, *1945* , pp. 167-168. 242 . Yelton, *Volkssturm* , p. 126. 243 . Demps, *Luftangriffe* , p. 41. 244 . «Erlass betr. Beauftragung Dönitz mit den Vobereitungen für die Verteidigung des Nordraumes», FE , 20.4.1945, p. 493. KTB , OKW , IV /2, p. 1436, afirma que Hitler tenía la intención de marcharse el 20 de abril, pero finalmente se decidió por el 22 de abril. 245 . 22.4.1945, KTB , OKW , IV /2, p. 1454. 246 . Anton Joachimsthaler, *The Last Days of Hitler: The Legends, the Evidence. The Truth* (Londres, 1996), p. 102. 247 . KTB , OKW , IV /2, p. 1453. 248 . Véase Raichle, *Symbolpolitiker* , p. 434. 249 . KTB , OKW , IV /2, p. 1262. 250 . LB , 25.4.1945, en Helmut Heiber y David M. Glantz (eds.), *Hitler and His Generals: Military Conferences 1942-1945. The First Complete Stenographic Record of the Military Situation Conferences, from Stalingrad to Berlin* (Londres, 2002), p. 725. (Esta edición contiene una serie de registros correspondientes a abril de 1945 que no están en el original, edición alemana editada por Helmut Heiber.)

251 . Perry Biddiscombe, *Werwolf! The History of the National Socialist Guerrilla Movement , 1944-1946* (Toronto y Buffalo, 1998). 252 . Ver, por ejemplo, 22.4.1945, KTB , OKW , IV /2, p. 1453. 253 . Ver, por ejemplo, Joachimsthaler, *Last Days of Hitler* , p. 97. 254 . Kellerhoff, *Führerbunker* , p. 89. 255 . Citado en Joachimsthaler, *Last Days of Hitler* , p. 101. 256 . Ver, por ejemplo, Brechtken, *Albert Speer* , p. 287, que muestra que las supuestas lágrimas de Hitler en esta ocasión son pura invención. 257 . Véase Reimer Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches. Die deutsche Kapitulation 1945* (Stuttgart, 1966), pp. 48-50. 258 . «Niederschrift Ribbentrops über die letzten Tage in Berlin», en Diether Krywalski, «Zwei Niederschriften Ribbentrops über die Persönlichkeit Adolf Hitlers und die letzten Tage in Berlin», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht* , 18 (1967), pp. 742-743. 259 . El texto de estos puntos se cita al completo en Krywalski, «Zwei Niederschriften», p. 744. 260 . Günther W. Gellermann, *Die Armee Wenck – Hitler's letzte Hoffnung. Aufstellung, Einsatz und Ende der 12. deutschen Armee im Frühjahr 1945* (Coblenza, 1984). 261 . Ver, por ejemplo, KTB , OKW , IV /2, p. 1454. 262 . Joachimsthaler, *Last Days of Hitler* , p. 107. 263 . KTB , OKW , IV /2, 24.4.1945, p. 1456; «Erlass betr. Spitzengliederung der Wehrmacht», FHQ , FE , 24.4.1945, pp. 494-496 (cita en p. 496). 264 . «Erlass, betr. Rückgestaute Bestände an Ausrüstungen und Waffen auf den Bahnhöfen», FE , 24.4.1945, pp. 496-497. 265 . Ver, por ejemplo, cómo lo recuerda Gerhard Boldt, *Die letzten Tage der Reichskanzlei* (Hamburgo y Stuttgart, 1947, 2007), p. 66. 266 . Véase «Einund ausgehende Befehle, Meldungen usw. des Führungsstabs B (6. April bis 1. Mai [1945])», KTB , OKW , IV /2, pp. 1440-1446; 26.4.1945, KTB , OKW , IV /2, p. 1458. 267 . Oliver Haller, «Destroying Hitler's Berghof: the Bomber Command raid of 25 April 1945», *Canadian Military History* , 20 (2011), pp. 5-20. El autor señala que la mayor parte del daño que muestran las fotografías de la posguerra fue causado por las SS en su retirada, al final del conflicto. 268 . Hugh Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler* (Londres, 1947). La esencial exactitud de esta versión es subrayada por Edward D. R. Harrison, «Hugh Trevor-Roper und 'Hitlers letzte Tage'», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 57, 1 (2009), p. 33. Ver, por ejemplo, Henrik Eberle y Matthias Uhl (eds.), *Das Buch Hitler. Geheimdossier des NKWD für Josef W. Stalin, zusammengestellt aufgrund der Verhörprotokolle des Persönlichen Adjutanten Hitlers, Otto Günsche, und des Kammerdieners Heinz Linge, Moskau 1948/49* (Bergisch Gladbach, 2005); Ada Petrova y Peter Watson, *The Death of Hitler: The Full Story with New Evidence from Secret Russian Archives* (Nueva York, 1995). 269 . FE , 23.4.1945, p. 494. 270 . Longerich, *Heinrich Himmler* , p. 729; Ullrich, *Hitler. Die Jahre des Untergangs* , pp. 649-650. 271 . Traudl Junge, *Bis zur letzten Stunde. Hitlers Sekretärin erzählt ihr Leben* (Múnich, 2002), p. 195. 272 . Veronika Diem, *Die Freiheitsaktion Bayern. Ein Aufstand in der Endphase des NS -Regimes* (Kallmünz, 2013). 273 . Véanse las súplicas de Hitler que refiere el general Krebs, KTB , OKW , IV /2, p. 1461. 274 . Mario Frank, *Der Tod im Führerbunker. Hitlers letzte Tage* (Múnich, 2005). 275 . 28.4.1945, KTB , OKW , IV /2, p. 1447. 276 . 30.4.1945, KTB , OKW , IV /2, p. 1467. 277 . Los cadáveres fueron posteriormente

identificados de forma concluyente como los del matrimonio Hitler: Kellerhoff, *Führerbunker* , p. 94. 278 . Citado en Kellerhoff, *Führerbunker* , p. 94. 279 . «Hitlers politisches Testament», 29.4.1945, en KTB , OKW , IV /2, pp. 1666-1669.